Libre 2

B.D.L.C
1972

Fuentes México
Genet Entrevista
Goytisolo Novela en España
Rama en Hispanoamérica
Semprún Debate
Garmendia Libertad
Franqui Muñoz y
Claudín Socialismo
Barral Memorias
Blanco White Antología
Sarduy Diario indio
Poesía peruana RelatosNotas

Libre
4°P 7290

BDIC

JUAN GOYTISOLO

REIVINDICACIÓN DEL CONDE DON JULIAN

240 páginas, 20x12,5 tela 20 F

JAVIER HERRERO

LOS ORÍGENES DEL PENSAMIENTO REACCIONARIO ESPAÑOL

400 páginas, 15x21 rústica 36 F

EDICIONES HISPANO AMERICANAS

26, rue Monsieur le Prince, Paris VIe

Libre
Revista crítica trimestral
del mundo de habla española

Número 2. Diciembre, enero, febrero, 1971-1972.

DON J.-M. DUFOUR

B.D.I.C

Colaboradores

Claribel Alegría
Rubén Bareiro Saguier
Carlos Barral
Fernando del Paso
Albina du Boisrouvray
Alfredo Bryce
Italo Calvino
Ernesto Cardenal
José María Castellet
Antonio Cisneros
Fernando Claudín
Julio Cortázar
José Donoso
Ariel Dorfman
Carlos Droguett
Jorge Edwards
Hans Magnus Enzensberger
Darwin Flakoll
Carlos Fuentes
Carlos Franqui
Gabriel García Márquez
Salvador Garmendia
Juan Gelman
Jean Genet
Jaime Gil de Biedma
Adriano González León
Juan Goytisolo
Luis Goytisolo
José Agustín Goytisolo
Rodolfo Hinostroza
Noe Jitrik
Roberto Juarroz
Enrique Lihn
Luis Loayza
Plinio Apuleyo Mendoza
Carlos Monsiváis
Daniel Moyano
Freddy Muñoz
Juan Nuño
José Miguel Oviedo
José Emilio Pacheco
Octavio Paz
Teodoro Petkoff
Nélida Piñón
Sergio Pitol
Angel Rama
Julio Ramón Ribeyro
Vicente Rojo
Severo Sarduy
Jorge Semprún
Susan Sontag
Antonio Skármeta
Nicolás Suescún
Antoni Tápies
Marta Traba
Francisco Urondo
José Angel Valente
Mario Vargas Llosa
Manuel Vázquez Montalbán
Saúl Yurkievich

Este número aparece bajo
la dirección de Jorge Semprún

Jefe de redacción
Plinio Apuleyo Mendoza

Secretaria administrativa
Grecia de la Sobera

Publicación de Editions Libres S.A.
Oficina de Información en Francia
26, rue de Bièvre, París (5e). Teléfono : 325.26.45
Sede social : Domaine de Sien, Echandens (Vaud)
Suiza.

Este número contiene :

Libertad y socialismo
Debate sobre el papel del intelectual y el alcance y contenido concretos de la libertad de creación en las sociedades socialistas.

Participan :
Fernando Claudín, antiguo dirigente de las Juventudes Socialistas Unificadas durante la guerra civil española, miembro del Comité Ejecutivo y del Secretariado del Partido Comunista Español, de donde fue excluído en 1964, autor de un ensayo sobre arte moderno (publicado en *Cuba Socialista* y en *Estética y Marxismo,* ediciones Era) y de *La crisis del movimiento comunista* (ediciones Ruedo Ibérico, 1970) ;

Carlos Franqui, ensayista político y crítico de arte cubano, antiguo dirigente del movimiento 26 de Julio, director de *Radio Rebelde* en la Sierra Maestra y posteriormente del diario *Revolución,* en La Habana ;

Salvador Garmendia, narrador y ensayista venezolano, miembro fundador del grupo *Sardio* e integrante del grupo *Techo de la Ballena ;*

Freddy Muñoz, venezolano, dirigente y teórico del MAS, autor de *Revolución sin dogma,* (ediciones Alsinoo, 1971.)

Entrevista con Jean Genet
Autor del prólogo a los *Hermanos de Soledad,* el escritor francés habla sobre el asesinato de Jackson y la lucha de los Black Panthers en los Estados Unidos.

La disyuntiva mexicana
Carlos Fuentes analiza la situación política de México, a partir de los acontecimientos de 1968.

La novela española contemporánea
¿ Qué especie de fatalidad domina hoy en la literatura española ? A través de un estudio sobre la « crisis, silencio y cambio de rumbo » que advierte en ella, Juan Goytisolo busca dar respuesta a la exclamación de Moratín.

A quien leyere, extranjero
es un ensayo de Angel Rama sobre la nueva literatura hispanoamericana, escrito como introducción a la antología *Doors and Mirrors,* selección de Hortense Carpentier y Janet Brof.

José María Blanco White
Calificado de apóstata, renegado y antipatriota por Menéndez Pelayo, y censurado aún hoy en España, este escritor español expatriado (1775-1841) hace un análisis no sólo de su país, sino de la realidad política y social de su tiempo, que conserva toda su vigencia. Los textos que publicamos escritos originalmente en inglés, fueron traducidos y seleccionados por Juan Goytisolo.

Retrato a la sanguina sobre cartón gris.
Retrato de un personaje real de la Barcelona de los años 40, el texto que publicamos es fragmento del libro de memorias, en curso de elaboración, del poeta, crítico y editor Carlos Barral.

Diario indio
Fragmento de *Cobra,* novela del narrador y ensayista cubano Severo Sarduy, que será publicada por Editorial Sudamericana.

Heridos y contusos
Fragmento de la novela que bajo este nombre publicará Editorial Tiempo Nuevo, escrita en colaboración por Darwin Flakoll y Claribel Alegría, autores de *Cenizas de Izalco.*

Para que no entre la muerte
es un cuento de Daniel Moyano, narrador argentino, ganador del Premio Primera Plana, 1969, con la novela *El oscuro.*

Caléndula
es un cuento de Rubén Bareiro Saguier, poeta y narrador paraguayo, ganador, del premio Casa de las Americas, 1971, con el libro *Ojo por diente.*

El día que enterramos las armas
es un cuento del narrador colombiano Plinio Apuleyo Mendoza, que pertenece al libro *El desertor,* próximo a ser editado por la Editorial Síntesis 2000.

Oriente Próximo
es un cuento, presentado en su versión original brasileña, de la escritora Nélida Piñón.

Antología de poesía peruana
Incluye los nombres de Martín Adán, Emilio Adolfo Westphalen, Jorge Eduardo Eielson, Antonio Cisneros, Mirko Lauer y Rodolfo Hinostroza.

Las aventuras de la soledad
Artículo de Marta Traba, sobre la nueva pintura colombiana.

Ideas

Libertad y socialismo

Fernando Claudín
Carlos Franqui
Salvador Garmendia
Freddy Muñoz

Jean Genet

Entrevista

Carlos Fuentes

México

Juan Goytisolo

La novela española
contemporánea

Angel Rama

A quien leyere, extranjero

José María Blanco White

Antología

Debate

Libertad y socialismo

Al presentar en el primer número de Libre *un completo* « dossier » *sobre el caso Padilla, anunciamos el propósito de abrir un debate, que dejando atrás los aspectos anecdóticos de este episodio, se detuviera en sus posibles derivaciones ideológicas. Las contrapuestas opiniones que publicamos en aquel* « dossier » *giraron casi siempre en torno a las circunstancias de la detención y posterior autocrítica de Padilla, así como a las reacciones que estos hechos suscitaron entre los intelectuales de Europa y América Latina y entre los dirigentes del gobierno cubano. La discusión abierta entonces mostró de soslayo divergencias significativas en los problemas de fondo : la relación entre cultura y sociedad, el papel del intelectual y el alcance y contenido concretos de la libertad de creación y de la libertad de crítica en la sociedad socialista. Sobre estos puntos, pues, hemos querido centrar el debate.*

Es inevitable desde luego que la discusión propuesta implique definiciones acerca del socialismo, sus objetivos y medios. Nos parece incluso conveniente darle al debate un alcance tan amplio. Son tantas las opciones, formas y tipos de gestión que se observan en la construcción de esta nueva sociedad, tan complejas y variadas sus contradicciones, que la adhesión al socialismo exige no sólo una conciencia solidaria sino también una conciencia crítica.

¿ Es oportuno este debate ? Creemos que sí. Por una parte nos parece que la lucha contra el imperialismo no excluye el análisis y la discusión de las contradicciones del mundo socialista. Por otra, la sola aceptación de la alternativa revolucionaria implica hoy necesarias definiciones frente a las opciones existentes o potenciales del socialismo. Abordar estos problemas no es una manera de especular en abstracto sobre el futuro : es ante todo una forma de contribuir a la actual lucha revolucionaria, buscando un lúcido esclarecimiento de sus aspiraciones.

Publicamos a continuación el cuestionario del debate y las respuestas de Fernando Claudin, Salvador Garmendia, Carlos Franqui y Freddy Muñoz.

El reciente caso Padilla ha planteado una vez más el problema en las relaciones entre el escritor y la revolución, y de manera más general el problema de la libertad y de la legalidad dentro del socialismo.

Algunos interrogantes surgen al respecto :

a) *¿ Debe exigírsele al escritor de un país socialista que sus libros tengan un contenido revolucionario específico o reflejen al menos de manera positiva la nueva realidad política y social en la que vive ? ¿ Debe reconocérsele una libertad de creación sin ninguna suerte de exigencia previa ?*

b) *El marxismo-leninismo reconoce la conveniencia de la crítica y el debate como medio de superar las contradicciones que vayan presentándose en una sociedad socialista. ¿ Hasta dónde puede llegar la libertad de crítica ? ¿ Las instituciones existentes ofrecen medios válidos para que ésta pueda ejercerse ?*

c) *Teóricos marxistas que han analizado las contradicciones de las sociedades y regímenes socialistas, advierten un fenómeno : el excesivo centralismo administrativo, que asfixia la iniciativa de la clase obrera en la gestión de la economía y consolida el poder de la burocracia, se traduce también en un alto grado de centralización política. Formas de represión y autoritarismo, que a falta de denominación mejor se conocen como stalinismo, son expresiones típicas de tal situación. Se observa igualmente que las tendencias represivas propias de la burocracia tienden a entrar en conflicto con los sectores intelectuales, cuya formación y nivel de cultura los hacer más sensibles a los problemas de la democratización socialista.*

¿ Cuál es su concepto sobre esta apreciación ?

¿ Coincide usted en que se trata de un fenómeno circunscrito a la U.R.S.S. ?

¿ Subsiste como tendencia en otros países socialistas ?

d) *En el terreno legal, existen definiciones aceptables del delito contrarrevolucionario y procedimientos adecuados para juzgarlo ?*

Respuesta de Fernando Claudín

La problemática de la libertad en el socialismo no puede abordarse todavía, a los cincuenta años y pico de la Revolución de Octubre, más que en un plano teórico abstracto, puesto que en rigor el socialismo no existe aún como realidad material, como formación social. Cierto, ante nosotros tenemos un abigarrado conjunto de regímenes salidos de revoluciones anticapitalistas y antimperialistas, cuyos partidos gobernantes declaran haber edificado el socialismo o estar en camino de hacerlo. Pero como bien decía Marx « *es necesario distinguir entre la fraseología y las pretensiones de los partidos y su constitución e intereses verdaderos, entre lo que ellos se imaginan ser y lo que son en realidad* ». Por otra parte, la diversidad de situaciones existentes en dichos países hace difícil una respuesta unificada a los « *interrogantes* » de *Libre*, y tampoco es posible una respuesta diferenciada en breve espacio. De ahí que la nuestra sea muy incompleta y demasiado general. Procederemos apartado por apartado.

a) Entre las « *exigencias* » a que se ve confrontado el escritor en los países llamados socialistas podemos hacer la siguiente distinción :

— Las que provienen de la masa de lectores, de la crítica especializada, etc, sin ir acompañadas de coacción material sobre el escritor ;

— Las que el Partido—Estado intenta imponer al escritor con medios coactivos materiales : monopolio editorial, censura, policía, cárceles, campos, o cualquier otro recurso del variadísimo arsenal represivo que conocemos, últimamente enriquecido con el asilo psiquiátrico para intelectuales « *anormales* ».

Las exigencias del primer tipo existen en cualquier tipo de sociedad y sobre todo en una sociedad revolucionaria (dado el despertar cultural de las masas, la aparición de nuevos problemas, etc.). En su conjunto constituyen la « *demanda social* » al escritor, que por su heterogeneidad y diversidad, cuando puede expresarse libremente, lo mismo contribuye a fecundar la literatura minoritaria y experimental que la más tradicional y accesible al nivel del lector medio. La libertad de creación no es otra cosa que la libertad del escritor para responder en los términos que le son propios a esa « *demanda social* », unida a la posibilidad práctica de difundir su obra.

El segundo tipo de exigencias es incompatible con la literatura, como con cualquier actividad creadora. El dirigente político revolucionario—antes y después de la toma del poder, pero sobre todo después—debe tener muy presente esta reflexión de Gramsci : « *si el mundo cultural por el que lucha es una realidad viva, necesaria, su expansividad será irresistible, encontrará sus artistas. Pero si, a pesar de la presión, su irresistibilidad no se manifiesta, no opera, quiere decirse que se trata de un mundo ficticio y postizo, de una lucubración gratuita, producto de mediocres quejosos de que los hombres de mayor estatura no estén de acuerdo con ellos.* » A golpes de censura y policía no se crea cultura. Se fabrican « *asalariados del pensamiento oficial* », según la exacta expresión del Che. Aherrojar la libertad de creación es tan profundamente reaccionario como privar a los trabajadores de las libertades políticas y sindicales, de libertad para dirigir la producción, el Estado y la sociedad en general ; tan reaccionario como coartar la libertad de investigación científica, cuyas fronteras no deben ser definidas más que por la investigación misma, como las de la creación artística sólo deben ser definidas por la propia creación. Tal era la opinión de Marx y de todos los marxistas anteriores a Stalin. ¿ Y puede ser otra la opinión de cualquiera que se considere marxista o simplemente progresista ? La dictadura sobre la cultura de los « *asalariados del pensamiento oficial* » desemboca indefectiblemente en oscurantismo, por muchos oropeles seudorrevolucionarios y justificaciones seudoclasistas o seudodialécticas con que se disfrace. La castración del escritor es la castración del lector. En lugar de favorecer la presión de la sociedad sobre la literatura pone a la literatura, convertida en instrumento mistificador, por encima de la sociedad. Impide a las masas conocer y juzgar, y por lo tanto exigir con conocimiento de causa. Sin libertad de creación no hay creación de la libertad ; no hay autocreación del hombre nuevo, de una sociedad igualitaria y libre.

En un texto que tiene ya ciento veintinueve años pero conserva palpitante actualidad, Marx caracterizó magistralmente el efecto *desmoralizador* de la prensa y la literatura sometidas a la censura : « *La mayor de todas las taras—la hipocresía—es su acompañante inseparable. Y de esta tara fundamental derivan todos sus demás defectos, no quedando ni átomo de virtud ; de ahí deriva su tara más repugnante, incluso desde el punto de vista estético :* su conformismo. *El gobierno no escucha más que* su propia voz, *sabe que no oye más que su voz, y pese a ello mantiene este autoen-*

gaño, como si escuchara la voz del pueblo, y exige también que se respalde ese autoengaño. Por su parte el pueblo, o bien cae en la superstición política, por un lado, y en el escepticismo político, por otro, o bien vuelve totalmente la espalda a la vida del Estado y se transforma en un tropel de gentes que se limitan a vivir su vida privada. » « *La censura—agrega*—mata el espíritu público. » ¿ Qué diría Marx del efecto combinado de la censura, la policía, los campos, los asilos psiquiátricos y las tristemente famosas « *autocríticas* » ?

b) De la « *libertad de crítica* » puede decirse lo mismo que de la « *libertad de creación* » o de la « *libertad de investigación* ». Sus límites no debe determinarlos más que la crítica misma, que surge siempre de una confrontación del hombre con la realidad. Trazárselos artificialmente—y más aún policíacamente—es asfixiar las iniciativas y energías populares. Crítica, investigación, creación, son tres momentos indisociables de la búsqueda de la verdad y, por tanto, de la búsqueda de soluciones a la construcción de una sociedad transparente a sí misma, como ha de ser, por definición, la sociedad comunista. « *La crítica—decía Engels hacia el final de su vida—es el elemento vital del movimiento obrero. ¿ Cómo puede impedir él mismo la crítica o intentar prohibir las discusiones ?* » Crítica y discusión auténticas, no rituales y paródicas como las instauradas por el estalinismo en el movimiento comunista. Si la crítica y autocrítica verdaderas, libres, vitalizan el movimiento revolucionario, las « *críticas* » y « *autocríticas* » de esencia y forma inquisitorial lo desmoralizan y descomponen.

La represión de la crítica en el partido revolucionario y en la construcción del socialismo conduce inevitablemente a la burocratización y cosificación de los organismos, a la dominación de los dirigentes sobre los dirigidos, y en definitiva al surgimiento de nuevas—o el renacimiento de viejas—formas de sujeción del hombre por el hombre. La revolución que teme la crítica empieza a dejar de ser revolución.

Pero, ¿ y la crítica procedente de los reaccionarios ? La crítica de los reaccionarios es tan necesaria a la revolución—y en ocasiones más—que la crítica de los revolucionarios. El tolerarla no excluye la represión contra los que violen la legalidad instaurada por la revolución, pero esta legalidad no debe impedir, o servir de pretexto para impedir, la crítica del adversario.

Es importante subrayar que la represión de las libertades de crítica, de creación y de investigación no es la característica de los años más difíciles de la revolución rusa, sino del período en que aparentemente se había consolidado. Tras esta apariencia se ocultaba, en realidad, la regresión de la revolución, la instauración de un nuevo orden represivo sobre las masas. Análogo fenómeno se ha repetido ulteriormente en otras latitudes. Y es que el asesinato físico o intelectual del poeta y del crítico suele ser signo premonitorio del asesinato de la revolución.

Y puesto que se trata de crítica y de literatura, preguntémonos : ¿ para qué sirve la literatura no crítica ? Y también : una literatura conformista, ¿ es siquiera literatura ?

c) Refiriéndonos concretamente a la Unión Soviética, el conjunto de fenómenos aludidos en este apartado no es más que la expresión de una realidad más profunda : la inexistencia no sólo del socialismo sino de una evolución al socialismo. Al menos, si entendemos el socialismo como Marx : régimen de transición al comunismo en el que los trabajadores, dueños de los medios de producción, comienzan a ser dueños de las condiciones económicas, políticas y culturales de su vida social ; fase primera de la sociedad comunista, en la que aún subsisten determinadas formas de la división capitalista del trabajo, del derecho burgués, del Estado, etc., pero en el que estas supervivencias del pasado van siendo reducidas y finalmente liquidadas. Autoemancipación, autogobierno, autodeterminación, reunión de hombres libres, asociación libre e igualitaria de productores, etc. : tales son los conceptos más comunmente usados por Marx y Engels para definir la esencia de la sociedad comunista, tanto en su fase « *inferior* » como « *superior* ». La diferencia entre ambas no es de naturaleza sino de grado. Cuando a veces utiliza el concepto de « *dictadura del proletariado* » Marx no indica otra cosa que el carácter clasista-proletario de la sociedad de transición, análogamente a como « *dictadura de la burguesía* » es significante, en el vocabulario científico marxista, del carácter clasista—burgués del régimen capitalista. Pero mientras que la dictadura de la burguesía es compatible tanto con las formas democrático-parlamentarias como con las dictatoriales en sentido corriente, la dictadura del proletariado es incompatible con estas últimas. Deja de existir, aunque siga existiendo aparencialmente,

en cuanto no es también democracia proletaria, porque sin democracia proletaria la propriedad colectiva de los medios de producción se convierte en ficción jurídica que recubre su posesión real por una nueva clase, casta o grupo dominante : recubre la aparición de nuevas formas (entreveradas con las antiguas) de explotación y opresión del hombre por el hombre. La dictadura *del* proletariado deviene dictadura *sobre* el proletariado. Y es que el proletariado, como profunda y radicalmente dijo Marx, no puede emanciparse sin emancipar a los no proletarios ; no puede instaurar y ampliar continuamente la libertad en su seno sin extenderla fuera de él. No tiene otra opción para reeducarse y reeducar a los demás, para crear el hombre nuevo de la sociedad de hombres libres e iguales. Resumiendo : el socialismo es *orgánicamente* indisociable de la democracia y la libertad. Democracia y libertad concretas, limitadas, condicionadas, pero cuyo *campo de realidad* se dilata incomparablemente respecto al que pueden tener en la más avanzada de las democracias burguesas.

Partiendo de esta concepción marxiana del socialismo—que es también la del Lenin del « *Estado y la Revolución* »—parece evidente que el actual « *socialismo* » soviético tiene muy poco que ver con el socialismo y con los soviets. La regresión de la gran Revolución de Octubre, iniciada ya en tiempos de Lenin bajo la presión de poderosos factores objetivos, y también de ciertas concepciones teóricas (localizadas principalmente en la concepción leniniana del partido), se convirtió en tendencia dominante bajo Stalin. Su producto es el actual régimen, que si bien ha mejorado las condiciones materiales de las masas comparativamente al régimen zarista, si ha industrializado el país y difundido la cultura (pero una cultura cuyos valores difícilmente pueden considerarse socialistas), al mismo tiempo ha creado nuevos mecanismos de explotación y opresión de la gran mayoría por una nueva clase dominante. La represión que allí tiene lugar de la libertad de creación y de la libertad de crítica, como de todas las demás libertades, no es un accidente contradictorio con la esencia estructural y política del régimen : es inherente a su esencia. A partir de este régimen no puede avanzarse hacia la sociedad comunista más que pasando por una nueva revolución. Y la lucha que allí comienza por la libertad de creación y de crítica, por los derechos humanos y la democracia, forma parte de la preparación de esa nueva revolución, que será obra ante todo del proletariado soviético, pero en la cual la *intelligentsia* volverá a tener un papel primordial, como lo tuvo en la preparación y realización de la Revolución de Octubre.

No voy a detenerme en lo que es bien sabido ; cómo este régimen fue importado a otro países europeos, y cómo ha podido mantenerse allí por la fuerza de los tanques contra la voluntad de los pueblos. Todos ellos tienen ante sí la misma perspectiva que en 1968 pudo abrirse paso en Checoslovaquia : la transformación revolucionaria del sistema en un sentido realmente socialista. La importancia histórica de la revolución cultural china reside, precisamente, en el intento de encontrar la vía para que la revolución en un país atrasado no sucumba ante los tremendos factores objetivos que se encuentran en la base de la regresión de la revolución rusa. Pero este intento hay que verlo también críticamente, porque junto con ideas y actos que van evidentemente en la dirección indicada, aparecen otros (el monolitismo ideológico, el culto al « *pensamiento de Mao* », la mistificación de la historia y por tanto la mistificación del presente, etc.) que van en dirección exactamente opuesta. La revolución cubana también intentó encontrar una nueva vía, pero la involución iniciada en el período caracterizado por el alejamiento del Che y la aprobación por Fidel Castro de la invasión de Checoslovaquia no puede por menos de suscitar las más serias inquietudes. La tendencia esencial del 68 checoslovaco era la revolución socialista contra el régimen seudosocialista. La aprobación del aplastamiento de ese intento es difícilmente conciliable con la fidelidad al marxismo o al fidelismo de los primeros años. El caso Padilla se inscribe en esa involución y es característico de ella. Lo mismo que la postulación del « *monolitismo ideológico* » y otros « *monolitismos* » en el reciente congreso de educación y cultura.

La crítica del sistema estaliniano, sea en su versión rusa o en la de otros países, así como la crítica de las tendencias neoestalinianas que surgen aquí o allá, es absolutamente necesaria y vital para el renacer teórico y práctico del movimiento revolucionario a escala mundial, tanto en el capitalismo como en el llamado socialismo. Nadie más interesado que la burguesía y el imperialismo en mantener vigente la gran mistificación de que *eso* es el socialismo. Dicha crítica—que si es marxista no es simple repudio sino asimilación

positiva de la gran experiencia acumulada—puede entrar en contradicción *inmediata* con determinadas conveniencias tácticas de la acción en tal o cual país. Pero no hay otra solución que afrontar los efectos negativos de dicha contradicción explicando a las masas la verdad tal como es. Esconder la cabeza bajo el ala, negar lo que la propaganda burguesa difunde con fruición, simplemente porque lo difunde la propaganda burguesa, es hacer el juego a ésta y paliar las dificultades tácticas erigiendo en nuestro propio seno obstáculos estratégicos mucho más temibles y duraderos.

d) La experiencia histórica demuestra lo difícil que es, por no decir imposible, encerrar el « *delito* » contrarrevolucionario en definiciones precisas. Lo decisivo es que la nueva legalidad instaurada por la revolución, además de proteger a ésta contra sus enemigos, proteja a cada ciudadano contra toda arbitrariedad del poder. Ambos aspectos no pueden disociarse, porque nada puede socavar más la base popular de la revolución que el imperio de la arbitrariedad. La garantía más eficaz contra ese peligro es la instauración de una democracia real y su continuo perfeccionamiento.

Fernando Claudín.

Respuesta de Carlos Franqui

Es el problema de la Revolución y no del Arte.
El problema del escritor es un problema total y no aislado.
Yo desafío a que se me muestre un país socialista donde el pueblo haya sido informado correctamente de la revolución cultural china.
Revolución que ha puesto en evidencia toda la forma de construir el socialismo a la soviética. que ha destruído. Que ha sido apoyada por el pueblo chino, y que es uno de los acontecimientos fundamentales del mundo después de la revolución de Octubre.
A que se me muestre un país que conozca qué fue el socialismo humano de la Primavera de Praga, sofocado por los tanques imperialistas rusos.
Un país que sepa, no del heroísmo del Vietnam, sino de la forma diferente en que allí se lucha, y del abandono que sufre aquel país de los grandes-hermanos.
Un país que esté informado de la revolución cubana, de por qué es la primera revolución contestataria, donde un partido comunista no participó.
Un país donde el pensamiento, la acción y la obra del Che sean conocidos.
Uno sòlo que haya informado de la rebelión obrera polaca.
Si Mao y si Che y si Gramsci o Rosa Luxemburgo están prohibidos en la inmensa mayoría de los países socialistas, y si como dice Raúl Castro, en reciente discurso atacando la revista marxista cubana, *Pensamiento Crítico : « Marx, Engels y Lenin, pueden leerse pero no interpretarse »*, lo demás es obvio.
El mundo socialista es un mundo en conflicto.
Conflicto ruso-chino.
Conflicto ruso-checo.
Conflicto ruso-este.
Conflicto ruso-partidos comunistas europeos.
Conflictos de los P.C. y las nuevas generaciones contestatarias.
Conflicto de los reformistas latinoamericanos con los guerrilleros revolucionarios.
Conflicto ruso-Corea, Vietnam, Cuba, Yugoslavia, Rumania, Albania.
Conflicto del pueblo contra la burocracia represiva y aburguesada de los países socialistas.
Conflicto entre socialimperialismo y socialismo.
La revolución no tiene un solo frente en el mundo : Tiene tres frentes :
Mundo colonial contra imperialismo yanki y sus aliados.
Clase obrera y pueblos del mundo industrial contra el capitalismo.
Luchas de los pueblos del mundo socialista contra el socialimperialismo y la burocracia.
El arte no es una exigencia. Es una conciencia.
Es una libertad. Y la libertad no es un don del cielo. Hay que pelearla como Jackson en los Estados Unidos, Revueltas en México, Solgenitzin en U.R.S.S., Norberto Fuentes en Cuba.
El *« segundo round »* fue en la sociedad *« Nuestro Tiempo »*, fundada por mí y un grupo de jóvenes, con una intención antimperialista de combatir la vieja y aburguesada intelectualidad academicista urbana.
El partido la dividió y convirtió en un paraván frontista y politiquero, y en 1952, cuando el golpe de Batista, negó que allí se repartieran volantes subversivos.
Pero yo no me metí mis libritos bajo el brazo izquierdo para hacer pajaritas de papel como otra gente y continué luchando. Alternando el coctel molotov con los *« libritos »*.
Y así tuve la satisfacción de unir las arengas y armas de la guerra con los poemas de Neruda y de Vallejo y de León Felipe, de Miguel Hernández y de Martí, desde la Radio Rebelde de la Sierra Maestra, con el estímulo del Che y de Camilo, que a veces, con su voz guerrillera, leía poemas.
Mientras el propio Fidel más de una vez me *« nacionalizó »* un Beethoven, un Bach, para oírlos él, dejando pasar Varese, Stravinski o Shoemberg, más duros.
Y después del triunfo de la revolución esa apertura permitió los viajes de los Sartre, Mills, Neruda, Hismet, de los latinoamericanos y de tanto artista de todas partes, cuyos libros y testimonios divulgaron nuestra revolución por el mundo.
El tercer conflicto fue en 1961.
Los sectarios atacaron violentamente el periódico y el magazine cultural. Nos defendimos atacando. Perdimos muchas cosas pero paramos momentáneamente el sectarismo y nos ganamos al menos el derecho de libertad de creación por varios años. Luego, el Salón de Mayo y el Congreso Cultural.
La exposición tuvo medio millón de visitantes y vio reunidas desde las vacas pop de Fidel, los cañones, la conga popular a la pintura de Picasso y Miró, hasta las más jóvenes corrientes plásticas contemporáneas.
Allí nació la galería de Arte Moderno, vieja funeraria burguesa convertida en museo-café que amenazaba extenderse por el Malecón y que la nueva

ofensiva sectaria del 68 terminó clausurando el mismo día que se dictó la ley seca.
El conflicto sigue al rojo vivo.
El dilema es : o satélite soviético o revolución cultural a la cubana. Con pachanga, alegría y libertad.
El pueblo que se rebeló contra España, el que inició la revolución contra los Estados Unidos, no ha aceptado a los « *socialimperialistas* » rusos.
Para mí, revolución, arte y literatura son dos formas de cambiar el mundo, dos constantes y una contradicción permanente y personal.
Entre arte, literatura y revolución, no hay relación sino contradicción, conflicto.
En las ocasiones en que un artista milita en la revolución sufre el conflicto al interior como al exterior.
El mundo como quisiera y el mundo como es.
La revolución es la fase de destrucción y toma del poder burgués, es una suma de actos y libertades individuales que se funden en una descomunal fuerza colectiva.
Es la unidad en la multidiversidad.
Es la fase primera. En la fase segunda, que dura unos diez años, si la revolución continúa y no se para, lo individual y lo colectivo se equilibran. En la fase tercera, si se sigue el patrón ruso, si se burocratiza, termina la discusión, el diálogo, la crítica, la información. Desaparece la voluntariedad de participatión. Sólo se acepta la obediencia incondicional.
Los revolucionarios se mimetizan en burócratas, conservadores, administradores, jueces o policías, o terminan presos, muertos o exiliados.
Es la hora de la unidad « *monolítica* ».
Unidad en la uniformidad.
Y así como no hay ni libertad obrera ni sindicatos no puede haber artistas.

Por circunstancias de mi origen obrero, de cubano, y por vocación individual, he vivido una experiencia simultánea de revolucionario y de intelectual.
Mi primer conflicto estalló en 1945, en el periódico *Hoy*, órgano del P.C., del que era redactor, dirigido entonces por Aníbal Escalante, piedra que he encontrado dos veces en mi camino. Después de años organizando sindicatos, campesinos, estudiantes, huelgas y luchas, se me criticaba oficialmente por leer a Gorki, Mayakoski, Bujarin, Luxemburgo, Neruda, Vallejo, o por oír música.
Algunos de los libros que de luchador me habían conducido al marxismo me fueron requisados.
Yo pensaba : si actuar me hace revolucionario, si pensar me hace marxista, así que ahora que soy comunista no debo pensar más ni actuar : sólo obedecer.
No era un problema estético.
Era un problema político.
Por aquella época no se podía hablar contra el imperialismo yanki, ni de lucha de clases ni de revolución : vivíamos bajo el browderismo y el pacto rusoyanki de guerra.
El conflicto terminó con Escalante hablando de los pasos progresistas de Trujillo, y yo enrolándome en una expedición contra Trujillo, en la que encontré por primera vez a Fidel, y que terminó en la prisión de Columbia.
Romper con el reformismo del P.C. me permitió después participar en la revolución cubana, y después de la Revolución, la ruptura con el partido y los soviéticos ha sido la causa de mi principal conflicto. No sólo mío, que no tendría importancia, sino de la propia revolución y de su originalidad y del pueblo que la creó, en continua y antagónica discrepancia con los rusos y los « *rusófilos* ».

Respuesta de Salvador Garmendia

La proposición misma de la encuesta, encierra una aseveración polémica que rechazo en principio. ¿ Es que el *caso Padilla* plantea el problema de las *relaciones entre el escritor y la revolución* o de la *libertad y la legalidad dentro del socialismo* ? Sabemos que Padilla no fue detenido por haber publicado un libro. *Fuera del juego* fue editado por la Uneac y difundido en toda Cuba. La interferencia de la Unión, al imponer un prólogo, que sigue pareciéndome cuando menos torpe e innecesario, lo mismo que el artículo publicado en *Verde Olivo*, trascendían a un temeroso u ofuscado intervencionismo que nos obligaba a permanecer alertas. No obstante, la actitud del gobierno cubano disipó toda amenaza en tal sentido : Padilla continuó trabajando y escribiendo libremente, sus poemas aparecieron nuevamente en las revistas, el libro no fue retirado de la circulación. Después se produce la detención del poeta, acusado de actividades contrarrevolucionarias. Lo que haya de verdad o error en tales acusaciones, no es materia sobre la que podemos discernir a distancia y sin pleno conocimiento de causa ; si la autocrítica o *confesión* de Padilla fue o no sincera, lo sabremos alguna vez o no ; entre tanto, ningún síntoma de dirigismo oficialista se advierte en las publicaciones cubanas. Nunca como ahora, Cuba ha estado más lejos de lo que « *a falta de otra denominación mejor se conoce como estalinismo* » ; a doce años de revolución, nuevas conmociones sociales parecen anunciarse en un horizonte cercano. La revolución presiente el virus del burocratismo, del estancamiento ideológico, del anquilosamiento institucional y prepara el camino para una revisión profunda de todos los estratos del poder socialista, que se cumpla por medio de una intensa movilización popular, una discusión clara y abierta en todos los niveles. La acción creadora de la mayoría del pueblo en la construcción del país (lo que en definitiva configura un hecho cultural trascendente), estalla en la zafra de los diez millones y comienza a organizar sus métodos en el reciente Congreso de Educadores.

Aceptar lo que el encabezamiento de la encuesta propone es agraviante para la revolución y constituye una interesada deformación de sus métodos. Algunos de los que hoy se escandalizan por la detención y posterior autocrítica de Padilla, no ignoran que desde hacía ya mucho tiempo, todo un aparato internacional se hallaba montado y listo para entrar en función apenas el gobierno cubano ejecutara la menor acción represiva contra Padilla. La misma edición francesa de *Fuera del juego* se anunciaba bajo un slogan que trascendía a segundas intenciones : ¿ se puede ser poeta en la revolución ? Centenares de oídos atentos esperaban recibir el más ligero rumor para precipitarse a las máquinas de escribir y lanzar al mundo los *llamados a la conciencia de los intelectuales libres*, los telegramas de protesta al Primer Ministro, las denuncias al estalinismo, al arte dirigido, a la represión ideológica, en medio del regocijo de las agencias noticiosas. El escándalo esperado se produjo, aunque al revés. El viraje inesperado de Padilla frustró las intenciones de quienes pacientemente habían esperado el acontecimiento, de modo que el lenguaje de los comunicados tuvo que ser modificado : se hablaría entonces de torturas, confesiones prefabricadas, procesos según el modelo de Moscú. Todo este asunto me parace vulgar y bochornoso.

En cuanto a la primera pregunta planteada, ésta trae a discusión el viejo asunto del arte dirigido. En los países socialistas europeos, esta situación es curiosamente contradictoria. Cada vez que he tenido oportunidad de hablar con un artista o escritor de los países del Este, he recibido una experiencia sórdida y decepcionante. Sin que haya conocido una sola excepción, los escritores de países socialistas de la órbita soviética, segregan un oscuro apoliticismo, cuando no un triste conformismo de burócratas satisfechos que aceptan disciplinadamente su misión. En muchos de ellos me ha repelido el cinismo, el más degradante desprecio por todo hecho revolucionario, por todo lo que signifique solidaridad revolucionaria. « *¿ Quiere usted dejar de ser marxista y revolucionario ? Váyase a vivir un año a mi país* », le oí decir a un cineasta joven de un país socialista europeo. Puede que todo esto parezca muy duro, pero es mi experiencia y a ella me remito. Todo me hace pensar que la ideología revolucionaria impuesta al arte y a la literatura en aquellos países, se manifiesta como una retórica ceñuda que repite inalterablemente sus viejas fórmulas endurecidas y estériles, mientras los creadores jóvenes aprovechan las escasas brechas de liberalismo que otorga el sistema, para asomar sus pálidas imitaciones del arte occidental.

La pregunta que realmente me inquieta es ésta : ¿ En qué medida se modifica la conciencia de un escritor que participa en un proceso revolucionario ? Esto es precisamente lo que se plantea en Cuba y lo que pase allí será de extraordinaria

importancia para lo que pueda ocurrir alguna vez en nuestros países. No comprendo cómo un artista verdadero pueda mantenerse indiferente o lerdo mientras la historia bulle a su alrededor ; no lo fueron los artistas del pasado, cuya participación fue determinante en las grandes conmociones sociales. No comprendo cómo un precario individualismo (así se revista de posiciones críticas) pueda reclamar fueros al más ardiente proceso colectivo que haya vivido un país en América Latina. Si los artistas no son capaces de respirar otro aire que el del liberalismo burgués ; si la libertad reclamada es esa parte miserable, urdida de complicidad y conformismo, que le asigna el sistema ; si una revolución es, como alguien lo anunciara, un cataclismo y sus sacudidas no son suficientes para remover los esquemas de conciencia y las posturas convencionales de aquellos que reclaman para sí la mayor suma de sensibilidad y lucidez, entonces artistas y escritores serán piezas inútiles en un proceso revolucionario.

El tono burocrático de la encuesta, se espesa hasta la repelencia en los interrogantes *b* y *c*. « *¿ Hasta dónde puede llegar la libertad de crítica ?* » « *Las instituciones existentes...* » ¿ Qué quiere decir todo esto ? ¿ Debemos admitir, en consecuencia, que toda sociedad socialista debe perpetuarse en instituciones regimentadas, en aparatos de poder clasistas, más o menos rígidos, más o menos flexibles, que dosifiquen la ideología oficial y en último término determinen con precisión hasta dónde es posible la crítica, hasta dónde debe llegar la libertad de creación, como si el modelo de escritor impuesto por la sociedad burguesa constituyera una entidad inmodificable y la posibilidad del hombre nuevo, el surgimiento de una nueva conciencia y una nueva actitud creadora estuvieran negados ? Pareciera como si los redactores de la encuesta, ilusamente pretendieran recoger las fórmulas más eficaces y convincentes, que al ser aplicadas a la maquinaria estatal, hicieran posible mejorar y transformar los mecanismos de la burocracia socialista para hacerlos más flexibles, más tolerantes, de forma que los « *sectores intelectuales* » (aquellos « *cuya información y nivel de cultura los hace más sensibles...* »), puedan conservar sus fueros, sus privilegios de clase media, y de esta manera, la función del escritor se mantenga dentro de las reglas de juego que establece el liberalismo burgués.
Espero que nada de esto llegue a pasar en mi país y estoy convencido de que nada semejante llegará a pasar en Cuba. El ejemplo de la Revolución Cultural China está presente y los esfuerzos que Cuba realiza por incorporar decisivamente al pueblo a la creación de la cultura, aportarán nuevas experiencias para América Latina.

La última pregunta me sorprende. Si se trata de plantear el delito contrarrevolucionario « *en el terreno legal* », me considero absolutamente inepto para ello. Una discusión semejante encontraría cabida en una reunión de juristas, aunque tengo buenas razones para pensar que los pueblos en revolución no estarían muy dispuestos a escuchar las recomendaciones de estos expertos. De lo que sí estamos bien enterados es de los « *procedimientos adecuados* » que se utilizan para reprimir el delito revolucionario en nuestros países. El procedimiento es sumario y se emplea cotidianamente. Por otra parte, es evidente que una revolución encontrará siempre maneras eficaces de apartar los obstáculos que, de una o otra forma, le dificulten avanzar.

Respuesta de Freddy Munõz

1) Entiendo que no existe actividad cultural « *pura* ». En ella siempre está presente la influencia de lo ideológico (término al cual no le doy aquí una connotación negativa), aun cuando sean diversas las modalidades de su manifestación y la importancia de su efecto. En definitiva, el quehacer artístico—el literario, por ejemplo—se integra en la batalla social y política permanente, con las especificidades que derivan de su naturaleza propia.

Vistas así las cosas, es obvio para mí que al escritor revolucionario debe pedírsele asumir la condición de tal precisamente en la realización de su actividad específica, que es su vehículo fundamental de participación en la vida social. Es imposible, entonces, dejar de pensar que en el socialismo el escritor tiene la responsabilidad de contribuir con el trabajo en la esfera que le es propia a la construcción del mundo nuevo—que es un hecho económico, político, cultural y espiritual. Pero ¿ qué quiere decir « *contenido revolucionario específico* » de la obra literaria, o « *reflejar de manera positiva la nueva realidad* » ? Esta pregunta no encuentra una respuesta unívoca. Hay quienes, por ejemplo, identifican el socialismo con determinadas versiones concretas del mismo, y la causa socialista con tal o cual política o grupo en el poder. En ellos hay una manera de concebir el « *reflejo positivo de la nueva realidad* » y el « *contenido revolucionario específico* » de la creación literaria que se acerca sensiblemente a la idea de incondicionalidad con lo existente. Dondequiera que se tiene una visión acrítica del socialismo y una concepción paternalista—autoritaria del partido revolucionario y el Estado, y de su relación con el pueblo, el papel del escritor difícilmente puede ser pensado sino como función exaltadora de la realidad vigente. En tal contexto es posible a veces producir obras de calidad, pero es imposible evitar la mediocridad y la chatura de las realizaciones por encargo. Es imposible, además, que el arte contribuya plenamente a formar la nueva conciencia, la nueva moral, la nueva actitud ante la vida.

Yo pienso, por mi parte, que bajo el socialismo no tiene por qué erigirse en modelo el escritor triunfalista o el embellecedor subjetivo, o el promotor de artificiales emociones que hagan olvidar las durezas de la vida. La nueva realidad es un tema fundamental para el escritor : lo es con su grandeza, su potencialidad, su acción liberadora ; pero también con sus contradicciones, sus desgarramientos, sus limitaciones, sus deformaciones. Al captarla y recrearla ¿ por qué habría de hacerlo unilateralmente, es decir, falsamente ?

Creo, en fin, que la exigencia al escritor no debe ser llevada al extremo aberrante de establecer obligaciones señaladas más o menos explícitamente por el Estado o la(s) organización(es) política (s) dirigente (s). En el plano de la política, una verdadera hegemonía sólo se adquiere, incluso después de haber alcanzado el poder, ganando a las mayorías a través del confrontamiento, renovando continuamente la capacidad de conducción, incrementando siempre la aptitud para hacer patrimonio de las masas las concepciones justas. En el terreno de la literatura (y del arte en general), la presencia dominante de las mejores orientaciones no puede ser lograda al margen del debate y la confrontación. La regimentación de la creación artística conduce al empobrecimiento de ésta y a relaciones críticas entre los intelectuales y las instituciones dirigentes.

2) No es posible dar una repuesta abstracta, sin tomar en cuenta los condicionamientos y las situaciones particulares.

Las dimensiones de la libertad de crítica siempre tendrán que ver con la modalidad de decisión de la victoria revolucionaria, con la composición del campo revolucionario y el peso relativo que en él tengan sus distintos integrantes, con el carácter y el grado de la resistencia de las fuerzas que antes dominaron la sociedad, con la magnitud y la naturaleza de la incidencia de los factores internacionales.

Debe decirse, además, que esa libertad de crítica es un hecho histórico, que no se da, ni puede darse, si hablamos ya de un país determinado, en todo momento en igual medida.

En términos generales, pienso que una cierta coerción y ciertas limitaciones a los derechos de los antiguos explotadores son seguramente inevitables y necesarios en los marcos de una revolución triunfante. Esta afirmación es perfectamente comprensible si se considera que las clases poseedoras no abandonan el poder tranquilamente, y que durante algún tiempo—pues el hecho revolucionario no se realiza de una sola vez—conservan posiciones utilizables en intentos restauradores. Pero aquella necesidad dista mucho de ser permanente : por el contrario, el hecho que la origina tiende a disminuir en importancia en la medida en que progresa la construcción de la nueva socie-

dad. Por otra parte, las medidas limitativas (que establecen el hasta dónde de la libertad de crítica) no son incondicionalmente justificables frente a toda crítica, independientemente de su procedencia, su naturaleza, su intención, e incluso su alcance.

Es absurdo desconocer la legitimidad y, muchas veces, la condición positiva de las críticas y de los movimientos sociales que se promueven en las sociedades socialistas teniendo como blanco sus errores o imperfecciones. En su tiempo, Lenin comprendió que si bien es históricamente afirmable la identidad entre los intereses de las masas y los del Estado socialista, en la práctica pueden darse y se dan contradicciones entre unos y otros, por limitaciones o deformaciones de la estructura económica o de la superestructura institucional. Fue esto precisamente lo que afirmó cuando en el célebre debate sobre los sindicatos, señaló como parte de la función de éstos la defensa de los trabajadores incluso frente al Estado. Los hechos muestran que realidades como esa continúan existiendo en nuestros días, a una escala muy considerable. ¿No es eso—entre otras cosas—lo que indican, por ejemplo, los todavía recientes acontecimientos de Polonia? Con ellos quedaron en evidencia—una vez más, después de la grave prueba de Checoslovaquia—carencias fundamentales de actual socialismo en diversos países; y se reafirmó la idea, tan cierta como frecuentemente ignorada, de que las limitaciones infundadas a la democracia deterioran el orden socialista y son fuente de profundas crisis en su interior.

En los tiempos presentes, en diversos países se abren paso, entre las fuerzas socialistas, concepciones pluralistas acerca de la dirección de la lucha revolucionaria y de la construcción de la nueva sociedad. Ello resulta de una realidad incontestable, según la cual corrientes distintas propugnan una opción socialista y participan en el combate por establecerla. En tales condiciones, viejas tesis sobre la hegemonía, estrechas y esquemáticas, deben ceder su lugar a un planteamiento teórico y a una política de convergencia. Pero ¿qué credibilidad pueden tener uno y otra si no están articulados con una clara definición programática sobre la libertad de crítica y de debate, sobre una democracia socialista auténticamente vivida?

Se me pregunta si las instituciones existentes ofrecen medios válidos para el ejercicio de la libertad de crítica. Hasta donde estoy informado puedo decir que en la mayoría de los países tales medios están consagrados en los textos legales y forman parte de las definiciones institucionales. Pero me parece imposible afirmar que operan satisfactoriamente. En no pocos de esos países prevalecen tales concepciones sobre la democracia socialista, la defensa de las conquistas del socialismo y las relaciones del Partido Comunista y el Estado con las masas, que la participación de éstas en la gestión económica y política se encuentra sensiblemente limitada, así como su libertad de crítica.

3) Comparto la apreciación que ustedes hacen al formular la pregunta. El fenómeno a que se refieren existe, sí, y tiene una decisiva importancia en la vida del campo socialista. Su presencia data de mucho tiempo y no se circunscribe a la U.R.S.S., sino que se extiende considerablemente en el área donde se ha establecido el nuevo orden social. Más que comprobar la existencia del hecho, importa investigar sus raíces y el por qué de su vitalidad: de su prolongada duración y de su capacidad expansiva.

El término *stalinismo* ha adquirido carta de naturaleza y no carece completamente de pertinencia; pero el establecimiento de una relación causal unilateral y absoluta entre la conducta de Stalin y los grandes problemas originados en el mundo socialista que durante mucho tiempo estuvieron íntimamente asociados a él, sólo contribuye a desviar y oscurecer el análisis.

La realidad en cuestión se genera en un marco histórico y social determinado, que actúa como inevitable condicionante. En la Rusia Soviética inmediatamente posterior a la terminación de la guerra civil, la reconstrucción y la creación de las bases del socialismo exigían necesariamente una economía altamente centralizada; en otros planos, la defensa y consolidación del nuevo poder requerían una considerable centralización política así como una presencia prominente del Partido Comunista en todas las escalas del Aparato Estatal, en las funciones de gobierno en todos los niveles, en las organizaciones sociales, en la vida cultural. También eran necesarias una cierta dosis de coerción y determinadas limitaciones a las libertades ciudadanas. Las expresadas necesidades tenían, por lo demás, como fuente objetiva el que la nueva vida comenzaba a ser construída en un país atrasado, donde las fuerzas productivas no proporcionaban la más *adecuada* (a la luz de la teoría dogmáticamente pensada) base material para el socialismo, y donde amplios sectores de las clases

trabajadoras no habían sido preparados por el capitalismo para asumir la gestión de la sociedad. En tales condiciones, resultaban de hecho inevitables la formación de cierto aparato burocrático y una temporal postergación de la presencia dirigente de las masas. Muy tempranamente, Lenin, llegó a observar que los soviets, concebidos como órganos *de los trabajadores*, se comportaban como órganos *para los trabajadores*. La delegación del poder—que implica una injusta relación entre el Partido y las masas—había hecho su aparición; pero entonces alcanzaba un nivel no demasiado elevado.

En la época de Stalin, los caracteres de la política y la organización económica y político sociales que fueron imprescindibles en un período determinado del desarrollo socialista sufrieron graves deformaciones, se hicieron más agudos y se tornaron permanentes. Más aún : la dialéctica misma de las deformaciones condujo—y ha habido al respecto una abundante teorización, que ha dejado huellas muy profundas—a que tales caracteres fueran considerados como inherentes al socialismo, como una exigencia incondicional de su desarrollo, independientemente de los países y de las etapas históricas concretas.

¿ Por qué tales deformaciones ? ¿ Por qué su permanencia ? Sería tonto atribuirlas a la acción *malintencionada* o a los *defectos* de tales o cuales personalidades. El enorme aparato dirigente que se creó inicialmente, en el contexto señalado, fue heredero de una política y de una estructura organizativa, que luego conservó y actualizó. Ese aparato, que dirigió la inmensa tarea de la construcción socialista, que condujo a su pueblo en empresas tan gigantescas como la guerra contra el nazismo y la edificación postbélica, se fue consolidando con el tiempo, a través de un proceso contradictorio en el cual los conflictos principales tenían lugar en su propio seno. Producto de una política y autor de ella, y habiendo cumplido por medio de ella la misión histórica de establecer una nueva sociedad, con el tiempo llegó a identificar el mantenimiento de esa política y su propio mantenimiento con los intereses esenciales del socialismo. De esta manera, se ha hecho resistente a los cambios y ha asumido una actitud conservadora frente a las exigencias de la renovación. No en el sentido de defender la intangibilidad absoluta del status, pero sí en el de poner un freno a las transformaciones y limitar su profundidad. La amplia democratización de la sociedad, el establecimiento de mayores libertades, la introducción de reformas consecuentes que impliquen el aflojamiento de los controles que ejerce sobre la vida social (en resumen : la corrección radical de los errores del período staliniano y la puesta en correspondencia de las relaciones sociales y políticas bajo el socialismo con la nueva realidad del desarrollo alcanzado) le parecen otras tantas amenazas para la causa socialista.

¿ Cómo explicar que la clase obrera y las masas trabajadoras en general no hayan actuado como sujeto social decisivo para impedir o limitar la ocurrencia de este proceso ? Hay que comenzar por recordar qué tipo de país realizó la primera revolución socialista. Téngase presente, después, que la guerra civil destruyó una parte preciosa de la vanguardia proletaria y que la construcción de la maquinaria estatal sacó de las filas activas de la clase obrera a muchos de sus mejores cuadros, que pasaron precisamente a ser protagonistas de la burocratización inducida desde arriba. Compréndase, en fin, que para la gran mayoría del pueblo no se trataba ya de luchar para liquidar la explotación, sino de crear un mundo nuevo, precisamente aquél por el cual trabajaba el aparato dirigente del partido, aun con sus errores; que durante períodos decisivos de su historia, en los cuales estuvo en juego el destino mismo del socialismo, sus intereses estuvieron indisolublemente ligados a la actuación de ese aparato dirigente y de sus máximos exponentes; que la postergación de su iniciativa y de su participación directa en la gestión del poder no obstaron para que fueran resueltos muchos problemas fundamentales.

Que el fenómeno considerado no se haya circunscrito a las fronteras de la URSS, es bastante comprensible. Bajo la dirección de Stalin, en el entonces recién nacido campo socialista se creó un tipo tal de relaciones entre los Estados y los partidos gobernantes que la extrapolación de la experiencia soviética—la positiva y la negativa, la que podía tener validez más allá de los límites nacionales y la que no—tenía que producirse. Por las vías de la imposición y de la copia, el camino soviético fue erigido en modelo, y sólo mucho tiempo después se abrió paso el hecho de la diversificación. Además, muchos de los países que después de Rusia acometieron la empresa socialista presentaban un contexto social y económico que espontáneamente favorecía la adopción del modelo importado : en ellos predominaba el atraso y las condiciones económicas y sociales para el socia-

lismo no eran precisamente las óptimas.
En el presente, la diversidad de políticas y modalidades de construcción es un hecho ya generalizado —y básicamente positivo, a mi juicio—en el campo socialista. Ello no obstante, todavía subsiste la realidad de los alineamientos y de la exportación de concepciones y prácticas desde tal o cual centro, asociada no pocas veces—y lamentablemente—a la prestación de solidaridad. Eso explica que todavía se produzcan situaciones que el socialismo de hoy no tenía necesariamente que sufrir.
Pienso, sin embargo, que no hay razón suficiente para afirmar que lo que he caracterizado como graves deformaciones originadas en el período de Stalin sea consustancial al socialismo. Un verdadero análisis marxista de la cuestión (examen concreto de realidades concretas) permite justamente concluir que un marco determinado de realidades históricas y sociales actuó como un factor decisivo en la generación de ciertos fenómenos. Estos no tienen por qué producirse inevitablemente hoy, en un contexto diferente, y más aún cuando el socialismo constituye, incluso donde no es poder, una fuerza formidable y en expansión, que penetra en áreas sociales cada vez más diversas y numerosas. Y si en términos generales, el hecho de que las revoluciones necesiten vanguardias dirigentes lleva en sí el germen de deformaciones paternalistas, autoritarias, burocráticas (por la vía de la delegación que las masas hagan en las vanguardias) la experiencia conocida no autoriza a abstraer una tendencia fatal en esa dirección : la lucha consciente contra el desarrollo de ese germen—que bien puede constituir una virtud de las vanguardias políticas y/o sociales—puede ser un factor clave en el mantenimiento del rumbo cierto. Por eso tiene tanta importancia la idea gramsciana de que la vanguardia política debe ser—en su vida interior, en su relación con las masas, en su concepto de hegemonía y en su práctica correspondiente, etc.—una prefiguración de la sociedad por la cual lucha.
Quienes en el mundo capitalista aspiren a ejercer una función dirigente en la lucha revolucionaria están obligados, al formular su planteamiento de alternativa, a sostener una visión crítica del socialismo existente, y a prefigurar una sociedad que no copiará dogmáticamente modelos ajenos ni repetirá errores de ayer, superables por el socialismo que nazca en nuestros días.
4) Existen, creo, sobre todo en los países donde hay un sistema jurídico y una institucionalidad socialista sólidamente establecidos.
Mas yo pienso que con eso no basta. La justicia, en un sentido riguroso, depende en buena medida de concepciones teórico-políticas sobre el socialismo, sus contradicciones, sus relaciones internas, su defensa, sus instituciones, etc. que no están recogidas en textos legales. También en ese terreno lo decisivo es la renovación del socialismo.

A propósito del asesinato de Jackson

Entrevista con Jean Genet

Educado en los ghettos de Chigago y Los Angeles, George Jackson fue detenido en 1960, a la edad de diez y ocho años, mientras conducía un automóvil robado por un camarada en una estación de gasolina. Mal aconsejado, engañado por la promesa de una condena leve, se declara culpable y se ve condenado a la pena máxima, peculiar del estado de California : prisión perpetua, salvo decisión contraria de una comisión de liberación por « *buena conducta* ». Atrapado en una trampa de la que no podrá salir jamás, diez años de protesta contra la injusticia racial le transforman en un revolucionario : « *una leyenda viva, que se ha propagado rápidamente en todo el sistema penitenciario norteamericano* », según palabras del cofundador de los Black Panthers, Huey Newton. Las cartas desde la prisión, « *Los hermanos de Soledad* », publicadas a fines de 1970 en los Estados Unidos y traducidas después en varios países, trazan el itinerario moral y la toma de conciencia política de George Jackson, convirtiéndole de golpe en portavoz y profeta de la generación joven de negros norteamericanos.

En enero de 1970, el mismo día que un jurado compuesto de blancos absuelve a un guardián de la prisión de San Quentin, en Soledad, del asesinato de tres prisioneros negros, las autoridades de la prisión descubren el cadáver de un carcelero, ejecutado verosímilmente en represalia. George Jackson y otros dos militantes revolucionarios negros, John Clutchette y Fleeta Drumgo, son acusados del crimen sin prueba alguna y, mientras Angela Davis, ex-profesora de filosofía en la Universidad de California en los Angeles, excluída por su apertenencia al partido comunista, toma la defensa de los « *hermanos de Soledad* », el hermano menor de Jackson, Jonathan, indignado por la injusticia del sistema racista norteamericano, se presenta armado en el tribunal californiano de San Rafael durante el proceso de otros prisioneros negros e intenta liberarlos, llevándose al juez de rehén. La policía se lo impide, y el juez, Jonathan Jackson y dos de los presos son acribillados a balazos. Con el pretexto que las armas utilizadas por Jonathan fueron compradas por Angela Davis, la joven profesora negra es acusada de rapto y asesinato y, detenida meses más tarde por el F.B.I., aguarda en la prisión de San Diego un proceso que ha conmovido a la opinión mundial.

El 21 de agosto de 1971, días antes del proceso de los tres « *hermanos de Soledad* », las autoridades penitenciarias de San Quentin, anunciaron la muerte de George Jackson en una presunta tentativa de evasión en la que perecieron igualmente tres guardianes y dos detenidos blancos. La familia de Jackson y los movimientos revolucionarios y antiracistas de los Estados Unidos han denunciado inmediatamente el hecho, acusando a las autoridades de haber asesinado fríamente a un hombre cuyo prestigio e influencia temían.

Libre ha entrevistado a Jean Genet, autor del prólogo a *Los hermanos de Soledad* y estrechamente identificado con la lucha de los Black Panthers y el movimiento revolucionario negro en los Estados Unidos.

L.—*Las autoridades norteamericanas han presentado diferentes versiones, a menudo contradictorias, de lo sucedido en la cárcel de San Quentin el 21 de agosto. ¿ Qué cree Vd. que ocurrió realmente ?*

J.G.— No me corresponde a mí responder, sino más bien plantear una serie de preguntas a las autoridades norteamericanas : ¿ por qué los abogados ni la familia de Jackson pudieron ver el cuerpo sino al cabo de nueve días ? ; ¿ por qué la tropa acordonó la cárcel de San Quentin durante seis días ; ¿ cómo fué posible introducir en la cárcel un revólver de 9 mm teniendo en cuenta que todos los visitantes y abogados son registrados cuidadosamente ? ; ¿ por qué la policía dio diferentes versiones del hecho antes de atribuirlo a un motín en el que habían participado 28 presos negros ? ; ¿ cómo pudieron los presos degollar a tres guardias armados y entrenados no a ser degollados sino a matar ? ; ¿ por qué, si 28 presos negros tomaron parte en el motín, fue precisamente Jackson quien recibió un balazo en el cráneo ? ; ¿ por qué Jackson, que tenía la posibilidad de probar su inocencia ante el tribunal, desperdició la ocasión que se le ofrecía ? ; ¿ cómo es posible que un revolucionario consciente como Jackson pusiera en peligro la vida de sus dos co-acusados y rehusara la tribuna política de un proceso ? ; ¿ cómo es posible que el guardián que notó algo sospechoso en el peinado de Jackson confundiera un revólver de 9 mm con un lápiz ? ; ¿ por qué los mass-media norteamericanos, tan ávidos de sensacionalismo y habitualmente tan quisquillosos, han mostrado tan poco interés en señalar inverosimilitudes y contradicciones de la policía ? Leyendo alguna de ellas, uno tiene la impresión de recorrer el guión de una mala película de la serie B : mujeres misteriosas que se desvanecen sin dejar huella, planos de fuga

olvidados en un pantalón, un empleado de tintorería astuto que descubre la mano de Jackson en el plano olvidado del pantalón e informa a la policía... En las películas de James Bond, las situaciones son mucho más reales.

L.—*Según usted, la eliminación de Jackson, ¿ respondía a un plan preciso ?*

J.G.—Sin la menor duda. Los racistas estadounidenses se querían desembarazar de una presencia que les resultaba cada día más molesta, como eliminaron antes a Malcom X y Luther King en el momento en que se radicalizaron. Se sabe que un guardián de la prisión de San Quentin, telefoneó a una personalidad del partido demócrata, jactándose de la muerte de Jackson. Este era el primer negro que había denunciado desde dentro el monstruoso sistema penitenciario norteamericano, concitando contra él, el odio de los racistas. Basta con hojear las cartas de *Los hermanos de Soledad* para comprender las razones que determinaron su eliminación. El propio Jackson era plenamente consciente de la precariedad de su situación : sabía que diariamente corría el riesgo de ser asesinado y en una de sus cartas decía bromeando que era « *el muerto más recalcitrante del universo* ». El menor error o paso en falso podía llevarle al otro mundo casi sin darse cuenta. Pero había aceptado la idea de sacrificarse por la causa de la revolución de su pueblo, y la única posibilidad que rechazaba era la de morir como un esclavo.

L.—*¿ Cómo entró usted en contacto con Jackson ? Según creemos, las cartas no habían sido divulgadas cuando usted escribió la introducción...*

J.G.—A primeros de 1970, durante mi estancia en California, la abogado de Jackson Fay Stender me habló de un militante revolucionario negro encarcelado en San Quentin, que había escrito una serie de cartas a la familia, abogados y amigos, aptas para ser editadas en forma de libro. Me dijo que, con un prólogo mío, sería más fácil encontrar un editor. Acepté inmediatamente sin conocer su contenido, por la sola razón que se trataba de un libro escrito por un hombre preso : también yo, hasta pasados los treinta años, pasé la mayor parte de mi vida en prisiones y reformatorios... Sólo después, al leer las páginas dactilografiadas, comprendí el gran valor revolucionario y literario del libro.

L.—*La crítica estadounidense, incluso en las publicaciones del* Establishment, *ha subrayado la gran calidad de las cartas. Algunos reseñadores han hablado, incluso, de un* « verdadero acontecimiento en el campo de las letras ».

J.G.—Aunque no poseo suficientemente el inglés y debo fiarme de la traducción, no me cabe la menor duda de que se trata de uno de los libros más importantes de los últimos años. La mejor literatura norteamericana la escriben hoy los negros y los blancos marginados, víctimas del sistema. Piensa en las cartas de Jackson, la autobiografía de Malcom X, el « *Festín desnudo* » de Borroughs...

L.—*En 1970 dio usted una serie de conferencias en los Estados Unidos para recolectar fondos para los Black Panthers. ¿ Por qué y cómo decidió usted militar por ellos ?*

J.G.—Hace dos años, uno de los representantes de los Panthers en Europa, me preguntó si podía hacer algo para impedir el traslado de Bobby Seale de San Francisco a New Haven, en donde debía ser juzgado por un crimen que no cometió y del que luego fue absuelto. El sistema represivo de Estados Unidos obliga a los Panthers a pagar fianzas enormes para obtener la libertad provisional de sus miembros, cuando caen en la cárcel. Desde el comienzo yo simpatizaba con el movimiento y decidí ir a los U.S.A. Como las autoridades me negaron el visado, entré sin permiso, por el Canadá, en las mismas barbas de un policía tan gordo como inepto. Una vez dentro, dí una serie de conferencias en las universidades para colectar fondos para los Panthers. Mientras estaba en California, conocí a Angela Davis : fue ella quien tradujo mi intervención en la Universidad de Los Angeles. Estos meses en que conviví con los Panthers, comí y viajé con ellos, me convencieron de que se trataba de un movimiento revolucionario de una calidad excepcional. Lo que más admiro en ellos es su valor en afrontar la supremacía de los racistas blancos, aun a costa de su vida ; su voluntad de crear una nueva cultura negra a partir del ghetto y no de las universidades (ni siquiera de las universidades negras) ; su odio implacable a la « *civilización cristiano occidental* »—un odio que, desde luego, yo comparto.

L.—*¿ Conocían los Panthers su obra teatral* Los Negros ? *¿ Cuál era su opinión sobre ella ?*

J.G.—Algunos, desde luego, la habían leído. Angela Davis, por ejemplo, me dijo que la leyó dos veces. Una, cuando tenía sólo diez y seis o diez y siete

años y, más tarde, cuando se representó en los U.S.A. Me dijo que la primera vez le chocó : la imagen que yo daba del problema era demasiado brutal ; pero los hechos y su propia experiencia posterior le convencieron de que tenía razón.

L.—*Durante mucho tiempo fue conocido usted tan sólo como un autor escandaloso : el apologista del robo, la traición, la homosexualidad. El extenso libro que le consagró Sartre fue traducido con éxito en los Estados Unidos. ¿ Lo habían leído los Panthers ?*

J.G.—Todos estaban al corriente de mi vida, y puedo afirmar que jamás tropecé con el menor asomo de un reproche moral. Al contrario, mi biografía me acercaba a ellos en la medida en que yo también fui un paria marginado por la sociedad. Un hombre de la calidad de Jackson escribía desde la cárcel que lamentaba no haber mentido, robado o estafado por la obediencia implícita que ello significaba a los cánones morales occidentales. David Milliard tenía en su cartera un ejemplar del libro de Sartre y a menudo discutía conmigo, en broma, acerca de él. A mi vuelta a Francia me pidió incluso un artículo sobre homosexualidad y revolución, para el periódico de los Panthers. Y ello no era sólo por influencia mía. Antes de conocerme, Huey Newton había preconizado la alianza de los Panthers con los diferentes grupos oprimidos por la sociedad americana, entre ellos los homosexuales del Gay Liberation Front. Los Panthers se han sacado de encima ese puritanismo cargante, de esencia cristiana, que los países socialistas han copiado de la burguesía.

L.—*El comportamiento humano de los Panthers difería, según usted, de los grupos políticos radicales de los países europeos. ¿ Podría usted explicarnos de qué manera ?*

J.G.—Las diferencias son enormes. Existe entre los Panthers una espontaneidad, una libertad moral e intelectual, un sentido del humor que jamás he encontrado en Europa. Yo creo que ello se debe a que han barrido todos los residuos de cristianismo que siguen infectando los grupos revolucionarios europeos. Si el F.B.I. no me hubiera citado a comparecer por entrada ilegal en los U.S.A., con objeto de expulsarme del país, todavía estaría con ellos.

L.—*Los movimientos feministas americanos acusan a los hombres de* male chauvinism (*chauvinismo viril*) *¿ Cree usted que esta acusación podría extenderse a los Panthers ?*

J.G.—Honestamente, no. Si algunos movimientos negros siguen tratando a las mujeres como seres de segunda clase, ello no sucede con los Panthers. Tal vez había algo de eso en el grupo de Cleaver, pero en los últimos tiempos todos los vestigios del liderazgo clásico han sido eliminados. La evolución de Jackson, a lo largo de sus cartas, es sumamente significativa. Las mujeres participan activamente en el movimiento y educan a los niños en los ideales revolucionarios de los Panthers—en lugar de confiar su educación a sus enemigos mortales, los racistas norteamericanos, con su panoplia de dioses blancos, vírgenes blancas, santos blancos, principios blancos... Una de las características más positivas de los Panthers es la ausencia de líderes carismáticos, esa plaga que echa a perder tantos movimientos revolucionarios.

L.—*¿ Qué pensadores han influído en su ideología ?*

J.G.—Malcom X, Frantz Fanon, William Du Bois, Frederic Douglas... Gracias a ellos han podido comprender el desarraigo y pérdida de identidad de la nación negra americana, el hecho que el *Establishment* les hubiese cortado sus raíces, impuesto su lengua y sus nombres y apellidos y unas formas de vida alienadoras encaminadas a asegurar la supremacía blanca, occidental y cristiana... También leen a Marx, Lenin, Ho Chi Mihn, Che Guevara, Giap. Los países con quienes mayor afinidad política sienten son el Vietnam y los regímenes progresistas africanos y árabes. Por ejemplo, sus relaciones con los palestinos son muy intensas. Al comienzo también les atraía mucho Cuba, pero ahora no, a causa de la influencia soviética.

L.—*¿ Cuál es el objetivo fundamental de los Panthers ?*

J.G.—Ante todo, luchan contra el racismo blanco norteamericano al tiempo que crean su propia cultura, una cultura libre de todo vestigio de esclavismo y « *tío tomismo* ». Y como ello no es posible bajo el gobierno de los Nixon, Reagan y Hoover, se proponen transformar el país, con la ayuda de los demás movimientos radicales, en una sociedad socialista multiracial.

L.—*A comienzos de 1971 pasó usted varios meses en Jordania con las guerrillas de Al Fataj y escribió luego algunos artículos sobre ellas. ¿ Existe en su opinión vínculo o parecido entre los dos movimientos ?*

B.D.I.C

J.G.—Los Panthers y Al Fataj representan a dos naciones expoliadas, despojadas por el imperialismo de su propia identidad. En los miembros de uno y otro grupo he hallado la misma generosidad, el mismo espíritu de sacrificio, la misma ausencia de egocentrismo. La diferencia está en que mientras unos se baten en las montañas, con un armamento semipesado y tienen libertad de movimiento en las zonas que controlan, los Panthers actúan en la yungla de las ciudades, hostigados siempre por la policía racista estadounidense. Ello explica la tensión a la que se hallan sometidos, una mayor crispación nerviosa.

L.—*En lugar de militar por los Panthers y los palestinos, ¿ por qué no milita usted en el seno de los movimientos* gauchistes *o en el partido comunista francés ?*

J.G.—Por una razón muy simple. Porque ningún partido o grupo me lo ha pedido. Tal vez la imagen del ladrón y homosexual les lleva a tomar sus distancias respecto a un hombre como yo. Como dije antes, ni con los Panthers ni los palestinos ello ha sido un problema. Quizás han reconocido en mí a un *damné de la terre* y ello ha reforzado, al contrario, nuestros lazos de solidaridad. Por otra parte, puedo decir que me siento mucho más próximo de Jackson muerto que de un francés muerto. Nunca me he sentido patriota francés. Francia es para mí un país como los demás. El patriotismo no es más que chovinismo y, a fin de cuentas, racismo. Y yo me siento mucho más cerca de los palestinos o de los Panthers que de los franceses. Cuando escribo en francés, tropiezo con la misma dificultad con que tropezaba Jackson al emplear la lengua inglesa : servirse de un idioma, unas palabras, una sintaxis que son del enemigo. Desde que comencé a escribir he escrito siempre contra mi propio país. Si pudiera, despojaría a los franceses de todo aquello de que se enorgullecen : Juana de Arco, Descartes, Luis XIV, etc. Me gustaría probar que Juana de Arco fue inglesa, Descartes alemán, etc. Por lo demás, ya sea con los Panthers, en Palestina o en Francia, el enemigo con quien tropiezo es siempre el mismo.

L.—*¿ El imperialismo ?*

J.G.—Sí, y concretamente, el imperialismo norteamericano. Los Estados Unidos son hoy directamente responsables de cuanto ocurre hoy en el mundo. Milite donde milite, me encuentro siempre frente a armas norteamericanas, mercenarios norteamericanos, argumentos imperialistas y racistas norteamericanos. Mi odio a la sociedad yanqui es tal que, si vomitara, creo que vomitaría las estrellas de su bandera.

L.—*¿ Cree usted que hay una contradicción entre el Genet de la leyenda sartriana, el del autor teatral y el militante político de hoy ?*

J.G.—A primera vista puede parecer así, pero si reflexiono creo que hay una continuidad latente a lo largo de mi vida. Mi infancia en un orfelinato del Estado y en los reformatorios para delincuentes jóvenes me predestinaba quizá a comprender el problema de los pueblos desarraigados como el palestino y el pueblo negro de Estados Unidos. Tampoco es una casualidad si escribí hace doce o trece años dos obras como *Los Negros* y *Los biombos* en donde planteaba la necesidad de una lucha revolucionaria de los negros y los argelinos. En cierto modo, mi militancia actual se inscribe en la lógica de las cosas.

L.—*Después de la muerte brutal de Jackson, ¿ qué se propone usted hacer ?*

J.G.—Hay que luchar ante todo para que Angela Davis y los dos co-acusados de Jackson no corran la misma suerte que éste. Angela, como Newton, como Seale y otros, corre un peligro gravísimo y es preciso movilizar a la opinión pública para impedir un nuevo crimen. En lo que concierne a Jackson, estoy seguro de que su muerte contribuirá al advenimiento de centenares, de miles de nuevos Jackson, determinados a luchar y morir por la causa del pueblo negro.

L.—*¿ Cómo ve usted el futuro del movimiento revolucionario negro norteamericano ?*

J.G.—Pese a la represión implacable de los racistas, los Panthers han logrado ya victorias enormes. Por de pronto, los jóvenes negros de Estados Unidos se sienten orgullosos de ser negros y se imponen a los blancos como tales. Se acabó la época en que empleaban cosméticos y se desrizaban el pelo. Ahora lo dejan suelto, provocadoramente, como esas maravillosas infantas que pintaba Velázquez, únicamente para hacerse ver, para mostrar que existen y son diferentes. Cuando un pueblo toma conciencia de su identidad y afirma sus propios valores, no puede ser vencido jamás.

Carlos Fuentes

La Disyuntiva Mexicana

Los sucesos de 1968 significaron para México una crisis de crecimiento, de transformación y de conciencia sólo comparable a las que los manuales de historia y los monumentos públicos consagran como etapas definitivas de nuestra existencia nacional : Independencia, Reforma y Revolución. Todo lo que nuestro país *es*, concurrió, tácita o expresamente, a que el movimiento de 1968 fuese lo que fue. El malestar esquizoide de un país social y culturalmente divido en dos, en el que el mundo industrial y urbano explota con múltiples formas de colonialismo interno al mundo campesino e indígena. El malestar económico de un país donde, sesenta años después de una revolución librada en nombre de la justicia social, ésta yace sepultada bajo las exigencias de un desarrollismo que concentra la riqueza en manos de una minoría. El malestar social de una colectividad dividida en clases con intereses opuestos pero en la que éstos no pueden manifestarse, pues en México oficialmente, no hay lucha, antagonismos o diversidades, sino « *unidad nacional* » en torno a los poderes de la Revolución Institucional. El malestar político, en fin y sobre todo, de un país mayoritariamente privado de cauces para la acción y la expresión públicas.

Es natural y explicable que los jóvenes protagonizaran la revuelta de 1968, en nombre propio y en nombre de la colectividad. En un país con uno de los incrementos demográficos más altos del mundo —3,5 % anual—los menores de treinta años constituyen hoy la mitad de una población de cincuenta millones de habitantes ; esto significa que veinticinco millones de mexicanos nacieron después de 1940, fecha en la que termina el proceso dinámico de la revolución mexicana ; significa que veinticinco millones de mexicanos han sido testigos, no de la gesta armada, no de las grandes reivindicaciones y transformaciones ocurridas entre el signo de Emiliano Zapata y el de Lázaro Cárdenas, y que se basaron en la doble expectativa de una democracia activa y una justicia social como guías del desarrollo económico, sino de una política de simple desarrollo cuantitativo sin verdadero progreso político o social. La justificación original de la « *unidad nacional* » ya no es válida para los jóvenes ; ellos no han sido testigos de una nación acosada por la reacción interna de los porfiristas expropiados y de los « *cristeros* » que desorejaban maestros rurales ; todo lo contrario : asistieron al paulatino abandono de los principios agraristas y a la integración de nuevos latifundios al amparo de las contrarreformas introducidas por el presidente Alemán a partir de 1946 ; ellos no han sido testigos de una nación acosada por las amenazas de intervención norteamericana para proteger las inversiones extranjeras y de las campañas de la prensa internacional contra un México sentado por el secretario de Estado Kellog en el banquillo de los acusados ; todo lo contrario : asistieron a la penetración gigantesca del capital norteamericano en México, a la amigable asociación y la absorción y dominio por los capitales norteamericanos de los capitales locales ; ellos no conocieron las luchas políticas que, aún durante los regímenes de hombres tan « *fuertes* » como Obregón, Calles y Cárdenas, se desarrollaron con libertad de prensa y sin menoscabo del valor civil representado por hombres como Luis Cabrera y Aurelio Manrique ; todo lo contrario : conocieron una prensa que para ellos es inseparable del adjetivo « *vendida* » y un proceso de corrupción generalizada, de silencio cómplice y de conciencias compradas a bajo precio ; ellos no supieron de los enfrentamientos armados entre facciones que luchaban a morir pero abiertamente, sino de la supresión violenta, callada y sin explicaciones de los opositores obreros y campesinos. Ellos sólo conocieron todos los engaños y toda la mediocridad de las últimas tres décadas. Ellos sólo conocieron el desarrollo económico sin libertad política y sin justicia social.

Y si la forma política de México es la pirámide del Partido Revolucionario Institucional, con el presidente de la República en la cima y los sectores burocrático, obrero y campesino en escalones descendientes hacia la base, y la forma económica otra pirámide vecina con la oligarquía de industriales, comerciantes, banqueros y latifundistas en la cúspide y la masa campesina en la base, la forma social y cultural del país es un río, un flujo que corroe a las pirámides, embate contra ellas e intenta convertir la piedra en agua. El río contra la pirámide. El agua contra la piedra. Los jóvenes son, si no el cauce de esa corriente, sí la cresta de sus olas. La condición fugaz de la juventud les aboca a la impaciencia y al dinamismo ; la condición privilegiada de estudiantes les permite pensar y actuar con intención totalizante, superando el dualismo estéril de su clase media de origen para conjugarlo y conectarlo todo : amor, cultura, política, economía, sociedad. Ven lo que no quieren ; quieren lo que no ven. Conocen todos los engaños del sistema mexicano ; rechazan sus

mediatizaciones, las concesiones que exige, las humillaciones que impone a cambio de las eventuales recompensas de tarjetas de crédito, « *cueros* », champañiza, week-ends en Acapulco, casa en las Lomas y Mustang en el garage.

Es natural y explicable que estos jóvenes lucharan en la calle. ¿ A dónde más podían acudir para hacerse escuchar ? ¿ Había cámaras legislativas donde auténticos representantes de los sectores sociales diesen voz a las inquietudes de sus representados ? ¿ Había periódicos que, en vez de proclamar cotidianamente la existencia de un « *milagro económico mexicano* », articulasen la crítica de los ciudadanos ? ¿ Había partidos políticos de oposición capaces de encauzar la suma de malestares que hemos indicado ? ¿ *Podían* existir esos partidos, si el poder público los condenaba de hecho a dos destinos : la mediatización con subsidios y curules, o la represión con mordaza y cárcel ? Le bastaba a un joven mexicano, en 1968, haber nacido en 1948, para saber que no tenía, en cuanto ciudadano, a dónde acudir sino a la calle. Y un obrero, ¿ podía acudir a los sindicatos blancos, a una C.T.M. de líderes más. interesados en participar en los grandes negocios de los patrones que en defender los derechos de los agremiados ? Y un campesino, ¿ podía acudir a una C.N.C. o a un Departemento Agrario ciegos y sordos para todo lo que no sea la protección de los nuevos latifundios que acaparan el 75 % de las tierras y el 64 % del capital agrícola ?

Los estudiantes decidieron ganar la calle, una calle que jamás pisan los dueños del poder en México, pero a la que envían, en su representación, a la policía, al cuerpo de granaderos, al ejército y a los grupos de choque paramilitares. Los jóvenes salieron a la calle para manifestar un hecho político ; el más urgente, el más candente, el más claro y justificable. Salieron a decir que se oponían a los vicios del sistema imperante en México ; que querían participar, en la creación de un país mejor ; y que carecían de medios democráticos para hacerse escuchar.

La represión.

El sistema, inmediatamente, se encargó de darles la razón. Los medios de información se entregaron a su tarea favorita : la propalación de la mentira y la protección de un inmovilismo político que disfraza una voraz movilidad mercantilista. La cámara de diputados se caracterizó hasta la náusea por su servilismo : queden los nombres de dos solones de pacotilla escritos con letras de lodo en los anales, tan abundantes, de la cortesanía política mexicana : Luis Farías y Octavio Hernández, marionetas con las que el gobierno pretendió dar un cariz leguleyo primero a la violación de la autonomía universitaria y luego a una represión sólo comparable a la de otro Díaz, Porfirio, en Cananea y Río Blanco. La Confederación de Trabajadores de México, a través de su senil capataz, Fidel Velázquez, amenazó con lanzar brigadas de choque contra el estudiantado. Y de principio a fin, del *bazukazo* contra la puerta de la Preparatoria el 30 de julio a la matanza del 2 de octubre en la plaza de las Tres Culturas, el gobierno no tuvo respuestas políticas para un problema político. No podía tenerlas ; primero, por la naturaleza personal del presidente ; segundo, por la naturaleza objetiva del sistema.

Surgido de los bajos fondos del cacicazgo ávilacamachista en Puebla, acostumbrado a ascender cubriendo los crímenes de sangre y dinero de la plutocracia poblana, aprovechando las infinitas posibilidades de lacayismo que ofrece la política versallesca y confidencial creada por el P.R.I., escogido para la presidencia por discutibles méritos de servicial amistad hacia su predecesor López Mateos, casi por un capricho de éste, sin auténtica consulta con la ciudadanía en general o con los miembros del P.R.I. en particular, merced a un simple dictado por el que el rey en turno premia al más atento de sus cortesanos, el que arrima las sillas y finge entusiasmo por el box y las carreras de automóviles, y embriagado, una vez en el poder, por las posibilidades del lujo y la riqueza y el capricho sin sanción y la venganza impune contra todos los años de mediocridad, humillación, lambisconería, humilde casita de un piso en la villa de Guadalupe y dietas de chilaquiles y tacos de nenepile : menos culpable es el hombre que así cumplió sus ambiciones, menos el clima político que lo auspició, que todos nosotros, los ciudadanos que lo toleramos. Gustavo Díaz Ordás no podía responder ni con generosidad ni con comprensión ni con inteligencia al desafío de una juventud que ponía en entredicho el estado de cosas que permitió que llegara a la presidencia de la República un hombre apenas capaz de ejercer la presidencia municipal de San Andrés Chalchicomula.

¿ Y podía responder con inteligencia y generosidad un sistema adormecido por treinta años de autoelogio, monolitismo, monólogo consigo mismo y remachados mitos de auto-engaño : unidad nacional, equilibrio político, milagro económico ? A los ojos de este sistema, despertado de su dulce sueño como un Rip Van Winkle por la acción estudiantil, los jóvenes sólo podían ser alborotadores sin conciencia o agitadores con sueldo. ¿ Quiénes más podrían atreverse a dudar de la bondad y perfección de un estado de cosas consagrado por la más pertinaz de las autocongratulaciones ?

La conjunción de ese presidente y ese sistema sólo podía tener una respuesta : la represión, la más masiva, cruel y despiadada, represión física, moral, cultural, económica, política, humana, porque se desató contra las vidas de niños, jóvenes, mujeres y hasta simples espectadores de los acontecimientos ; porque cuando no mató, humilló ; porque sus blancos fueron no sólo la vida y la dignidad de millares de jóvenes que por vez primera afirmaban su ser humano, sino contra toda muestra de independencia y de inteligencia en nuestro país ; porque sus víctimas no sólo fueron los muchachos asesinados, sino la propia legalidad que, hipócritamente, invocaba el presidente desde la tribuna del congreso mientras toda su política concreta la negaba : violando la autonomía del recinto universitario ; cateando casas, controlando llamadas telefónicas, revisando bibliotecas privadas, ordenando arrestos ilegales de estudiantes e intelectuales, acarreando burócratas a manifestaciones prefabricadas, amenazando y cesando a oficinistas que no se plegaran a la sumisión borreguil, desatando campañas de calumnias y terrorismo contra escritores independientes, infiltrando provocadores en el movimiento estudiantil, espiando y delatando las actividades de todo ciudadano capaz de opinar sobre los acontecimientos, disfrazando de estudiantes a grupos de choque para destruir vitrinas y luego culpar a los universitarios y politécnicos, quebrantando todas las disposiciones vigentes sobre la detención preventiva y el procedimiento y el lumpenproletariado de la ciudad, ametrallando penal, montando un aparato de represión y provocación con elementos reclutados entre el hampa instituciones de cultura como El Colegio de México, autorizando dispendios para adquirir tanques, armas y disfraces para las fuerzas « *antimotines* » debidamente revisadas en parada por el entonces alcalde Corona del Rosal como si el país se preparase para resistir a una invasión extranjera, comprando a periodistas eternamente comprables y sobornando a « *filósofos* » cuya verdadera vocación es ser tapetes donde los poderosos se limpien los pies, acosando y privando de medios de vida a abogados defensores de la clase obrera ; y asesinando, asesinando en una noche de brumas y ráfagas a niños de las secundarias, a muchachas, a hermanos, a novios, a jóvenes mexicanos que se atrevían a levantar la cabeza ; asesinando no sólo todos los derechos constitucionales de manifestación y expresión, sino el máximo derecho a la vida, al ser ; y asesinando con el engaño, copando, desde las sombras, cerrando las puertas de todos los refugios cercanos, civiles y eclesiásticos ; y amenazando a los deudos de los jóvenes con más de un muerto en la familia si chistaban ; y aplicando toques eléctricos en los sexos de las muchachas y pasando navajas sobre los miembros de los muchachos en los separos de la policía ; y fingiendo fusilamientos con cartuchos de salva a los jóvenes capturados y conducidos al paredón con los ojos vendados esa madrugada, la madrugada del segundo Tlatelolco, allí mismo donde Pedro de Alvarado y sus huestes, ayer y hoy, « *acuchillan, alancean a la gente y le dan tajos, con las espadas los hieren ; a otros les desgarran la cabeza ; hechos grietas, desgarrados quedaron los cuerpos* ».

« *No se alarmen ; piensen que treinta muertitos en México son como un muertito en Francia* », declaró esa noche un portavoz del gobierno de México a los corresponsales extranjeros reunidos para reseñar, puesto que « *todo es posible en la paz* », la otra cara de la guerra florida, la Olimpiada de México. Pero *más* de treinta cadáveres yacían esa noche en las morgues improvisadas de hospitales, cuarteles y campamentos. ¿ Cien, doscientos ? La aritmética de la muerte no es lo mismo que el álgebra del crimen : bastaba uno, un muerto, un joven mexicano asesinado por el delito de pensar, aspirar, reír, luchar, criticar, vivir. Un médico amigo mío calculó que había quinientos cadáveres en la morgue donde fue a buscar a su hijo. Al encontrar su cuerpo perforado por las balas disparadas por la mano tendida de Díaz Ordás, pidió permiso para llevárselo y darle sepultura.

« *De aquí no sale un solo cadáver* » le contestó el oficial encargado del lugar ; y añadió : « *Mañana muy tempranito serán incinerados todos. No va a haber un montón de cortejos fúnebres en los panteones.* »

« *La sangre... cual si fuera agua corría ; como agua que se ha encharcado, y el hedor de la sangre se alzaba al aire, y de las entrañas que parecían arrastrarse.* » Sangre y zapatos regados en la plaza de Tlatelolco ; cadáveres al pie de las pirámides aztecas de Tlatelolco ; cadáveres amontonados ante la puerta de la iglesia que no se abrió porque el Arzobispo de México atendió la orden oficial : que no se dé refugio a las víctimas. Por lo menos, cuando Alvarado mató a los cantantes y a los danzantes en la fiesta de Tóxcatl, muchos pudieron refugiarse en los templos. Esta vez no ; y el Arzobispo fue recompensado, en una de tantas ocasiones que regresó de Roma, con una manifestación pública en el Zócalo, violando las disposiciones legales que rigen el culto externo en México. Rascacielos perforados por las balas del ejército ; y las fieras uniformadas entraron a los apartamentos de Tlatelolco y allí se ensañaron, persiguieron, arrestaron, mataron. No hubo refugio alguno contra el crimen. La orden, implacable, vindicativa, volvía a ser : « *Mátalos en caliente.* » Y luego, al día siguiente, « *Los empleados/Municipales lavan la sangre/en la plaza de los Sacrificios* », escribió Octavio Paz.

Claman los poetas de ayer y de hoy ; lloran, sin poder hacer nada, los padres, las madres, los hermanos, las novias. Qué importa. El asesino dijo que llegaría hasta donde tuviera que llegar ; llegó. El asesino se retira a una mansión que le costó al país más de cuarenta millones de pesos, con aparatos filtradores de aire contra el *smog* (¿ y el vaho de la sangre derramada ? ¿ y el humo de los disparos ? ¿ y la niebla de los gases lacrimógenos ?), con sala de cine privada, con bañera de oro puro y muros de mármol sin vetas, como espejos. Para admirarse mejor. « *Todo es posible en la paz.* »

Javier Barros Sierra.

Los acontecimientos de 1968 descubrieron lo peor y lo mejor de México. La sucia sábana de indiferencia, despolitización y chistes que nos cubría a todos fue rasgada ; salimos al aire. De un lado, la mediocridad y la vesania de un presidente y su corte de diputados, ministros, generales y regentes. Del otro, un rector y un estudiantado. Javier Barros Sierra heredó la rectoría de la Universidad cuando su predecesor, el ilustre doctor Ignacio Chávez, fue atacado y vejado por pandilleros a sueldo de funcionarios públicos interesados en apartar a la Universidad de sus tareas educativas, morales, críticas y libertarias para convertirla en una fábrica de profesionistas dóciles e inconcientes, inócuos servidores del sistema. Se trataba de un método de eliminación caro al presidente, un método propio del caciquismo provinciano : tender trampas, presionar, humillar a quienes, como el alcalde Uruchurtu, sumaban excesivos poderes personales, o, como el presidente del P.R.I. Madrazo, intentaban una mínima democratización del pesado y monolítico aparato político del estado. Pero en el rector Barros Sierra encontró el presidente Días Ordás la horma de su zapato. Desde el principio de su gestión, el nuevo rector propició un clima de diálogo y libertad, de confianza y razón, de autocrítica y de relación responsable entre las autoridades universitarias y el estudiantado. Para Barros Sierra, la Universidad era el proyecto piloto de nuestro futuro : el microcosmos de una convivencia mexicana libre de cohecho, presión, violencia y mentira, un centro de debate razonado, de honestidad en todos los órdenes, de legalidad estricta, no sujeta a caprichos personales. Los valores de la comunidad universitaria, de esta manera, contrastaban radicalmente con los vicios de la comunidad nacional. Al estallar el conflicto estudiantil de 1968, Barros Sierra pudo comprender la justicia humana y política del movimiento de los jóvenes sin deformar o alentar indebidamente una acción autónoma y propia de los estudiantes, pero también sin condonar los excesos naturales de una acción naciente, que significaba la crítica original de un sistema desacostumbrado al desacato, sino encauzándola, dentro de sus atributos de rector, por vías pacíficas y legales. La violencia fue siempre obra del aparato represivo : la policía, los granaderos, el ejército, los hampones disfrazados de estudiantes por el gobierno para cometer desmanes y fomentar el recelo y la impopularidad entre la población. Los estudiantes marcharon y manifestaron siempre en perfecto orden y en número hasta de quinientos mil, encabezados una vez por Barros Sierra entre las bocas de las ametralladoras y otra vez, en silencio, con esparadrapos sobre los labios, para significar, con humor crítico su condición de ciudadanos amordazados. Sólo se defendieron al ser atacados. Fue este orden, expresión de una profunda conciencia cívica, lo que más alarmó e irritó al gobierno : el rector y los estudiantes estaban ejerciendo, pací-

ficamente, derechos cívicos consagrados por la Constitución. El gobierno no encontraba resquicio para acusar legalmente a la comunidad universitaria. Fue el propio gobierno, entonces, el que acudió a la provocación, a la represión y a las más ruines maniobras políticas; invadió con tanques la Ciudad Universitaria y trató de llevar a la hoguera al rector Barros Sierra, lanzándole desde la cámara de diputados a los oradores más serviles, a los tinterillos envueltos en togas harapientas, a los locutores de radio que del elogio de un detergente pretendieron pasar al vituperio de un rector. Acusando a la Universidad de « *agitación* », era el gobierno el que verdaderamente se entregaba a una agitación con todos los medios a su alcance : P.R.I., C.T.M., senadores, diputados, grupos de choque, medios de información, « *plataformas de profesionales* », incluso oficinistas acarreados al zócalo y que imitando el balido de los borregos, se rebelaron contra su situación. Barros Sierra presentó su renuncia con palabras que no deben ser olvidadas : « *Estoy siendo objeto de toda una campaña de ataques personales, de calumnias. de injurias y de difamación. Es bien cierto que hasta hoy proceden de gentes menores, sin autoridad moral; pero en México todos sabemos a qué dictados obedecen.* » ¿Cuál era el crimen de Javier Barros Sierra? El de creer que « *los problemas de los jóvenes sólo pueden resolverse por la vía de la educación, jamás por la fuerza, la violencia o la corrupción* ».

Díaz Ordás pensaba exactamente lo contrario, y lo demostró. La represión oficial fue una victoria pírrica : gracias al terror, pudieron celebrarse unos juegos olímpicos dispendiosos y el gobierno pareció convertirse, de nuevo, en dueño de la situación. Pero al mismo tiempo, el sistema se arruinó a sí mismo : primero, demostró que carecía de respuestas políticas a un problema político; segundo, demostró la fragilidad de las justificaciones de su poder : la paz social y el equilibrio político, instantáneamente rotos por un movimiento juvenil que expresaba todo lo no dicho por sectores más vastos de la población; tercero, demostró que la estabilidad, lejos de sostenerse por sus propios méritos, requería el apoyo eficaz de las fuerzas represivas; cuarto, demostró que, lejos de constituir un caso excepcional y aislado de estabilidad en la América Latina convulsa, México estaba abierto a todas las luchas y contradicciones de nuestros hermanos; quinto, demostró que el ejército mexicano, en un momento dado, podía despertar de una modorra procurada mediante grandes contratos y negocios a sus jefes e intervenir en la vida política a fin de preservar por la fuerza lo que la autoridad civil no podía conseguir con ineficaces actos políticos; sexto, demostró que México no estaba exento del peligro de un *gorilato* como los que se han impuesto en Brasil y Argentina y que la burguesía mexicana, cuyo único interés es hacer buenos negocios, no se opondría a la dictadura militar si en ella viese una protección superior a la del sistema continuista del P.R.I.

Y en séptimo, aunque primordial, lugar, 1968 significó un enorme despertar de las fuerzas cívicas de México. Esto fue notorio en todos los sectores de nuestra vida. Ante todo, en la Universidad. La gestión democrática de Barrios Sierra rindió múltiples frutos. La Junta de Gobierno se negó a aceptar la renuncia del rector; apoyado por maestros y alumnos, Barros Sierra pudo salvar a la Universidad, preservar sus valores y sus fines y reforzarla contra el ataque que hubiese querido convertirla en guarida de gangsters y manada de borregos. El esfuerzo le costó la vida; en el momento de escribir estas líneas, pocos días después de la muerte de Javier Barros Sierra, sólo puedo decir que fue unos de los verdaderos grandes hombres del México contemporáneo y que nuestra deuda hacia él es tan impagable como la existencia misma que le debemos, pero tan pagable como el esfuerzo y la vigilancia que en su nombre ejerzamos para defender y acrecentar los derechos democráticos en México.

El país despierta.

Pero si Barros Sierra y la Universidad fueron el ejemplo más claro de una decisión de afirmar los valores de un México renovado y de resistir las presiones de todos los vicios de un México caduco, las pruebas de que en nuestro país múltiples fuerzas sociales, políticas y culturales habían hecho su aparición fueron tan importantes como la lección central que ofrecieron : el aparato político mexicano, creado por Galles en 1929 para procurar la unidad nacional ante la reacción interna y la presión internacional, someter las ambiciones de las facciones militares y jerarquizar las demandas campesinas y obreras, supeditándolas a la meta del desarrollo económico, había degenerado en una estática maquinaria burocrática y electoral, pre-

servadora de los intereses creados e incapaz de dar cabida al pensamiento o a la acción de los mexicanos de 1968. Se consumó el divorcio entre la forma y la materia, entre el esquema y la vida, entre la inercia y la dinámica de nuestra realidad política y social. El movimiento de 1968 significó también un asalto juvenil contra las seculares fortalezas del paternalismo, de la divinización del presidente, de la abyección seudoreligiosa ante el jefe. Fue, en el caso del encuentro y colaboración entre estudiantes y campesinos en la población de Topilejo, una demostración de la posibilidad de colmar el abismo entre los dos Méxicos y establecer formas positivas de cooperación social y política para alcanzar objetivos concretos : la acción combinada de estudiantes y ciudadanos de la localidad obligó a una empresa de transportes responsable de un accidente a pagar las indemnizaciones que antes se había negado a proporcionar y a cambiar las unidades de transporte ; las propias autoridades aceptaron la exigencia de reparar el camino a Topilejo. Insisto en este hecho importantísimo : la izquierda democrática sólo puede tener éxito en México si se propone objetivos modestos pero concretos y continuados y que entrañen un acercamiento de los grupos democráticos de las ciudades—estudiantes, profesores, intelectuales, profesionistas—al mundo explotado e indefenso del campo y de las barriadas. Un marxismo mal digerido nos mantiene, con demasiada frecuencia, aprisionados en los esquemas abstractos o en la simple y apática expectativa de la catástrofe venidera, fatal y espontánea.

El movimiento de 1968 también significó una saludable división de la clase intelectual del país. A partir de 1920, muchísimos intelectuales mexicanos prestaron sus servicios a un estado revolucionario y renovador : José Vasconcelos, Narciso Bassols, Alfonso Reyes, Enrique González Martínez, Genaro Estrada, Jaime Torres Bodet. A medida que las contradicciones entre las palabras revolucionarias y las acciones conservadoras se ahondaron, nuevas generaciones de intelectuales racionalizaron su colaboración con el poder, explicando que podían hacer más desde adentro que desde afuera y que, si abandonaban sus puestos, podrían ocuparlos funcionarios derechistas. Al mismo tiempo, como he explicado en páginas anteriores, se elaboraba entre los más jóvenes una cultura crítica en que las falsas disyuntivas de un sociologismo primario entre arte puro y arte comprometido, se disolvían en la unidad inseparable de creación y crítica. A los nombres que antes cité, deben añadirse los que en los sesentas afirmaron su capacidad creadora : Gustavo Sáinz, Salvador Elizondo, Juan Manuel Torres, Héctor Manjarrez, Ulises Carrión, Gerardo de la Torre, Jorge Aguilar Mora, Ricardo Garibay, Jorge Ibargüengoitia, Manuel Echeverría y Parménides García Saldaña en la narrativa ; Elena Poniatowska, María Luisa Mendoza y Carlos Monsiváis en un periodismo superior, crónica del tiempo pero también ejercicio de la imaginación ; Jorge Fons, Luis Alcoriza, Sergio Olhovich, Salomón Laiter, Alberto Isaac, José Bolaños, Arturo Ripstein, Felipe Cazal, Gonzalo Martínez, José Estrada y Alfonso Arau en el cine ; José Carlos Becerra, Gerardo Deniz y Eduardo Lizalde en la poesía ; Vicente Leñero en el teatro y José Castillo en la dirección escénica ; Nieto, Coen, Friedeberg, Toledo y Helen Escobedo en las artes plásticas ; así como la continuada y brillante actividad de Fernando Benítez en la literatura social, de José Luis Cuevas en el arte, de Gastón García Cantú, Francisco Martínez de la Vega, José Alvarado y Daniel Cosío Villegas en el periodismo político, de Marco Antonio Montes de Oca y Tomás Segovia en la poesía, de Ramón Xirau y Luis Villoro en el ensayo, de José Emilio Pacheco en la novela, la crítica y la poesía, de Octavio Paz en la poesía y el ensayo.

Obras tan disímbolas como *Farabeuf* de Elizondo y *Gazapo* de Sainz, la película *Tú, yo, nosotros* del trío de directores Martínez-Torres-Fons, el *Homenaje a Quevedo* de Cuevas, los *Días de guardar* de Monsiváis y los poemas de *El tigre en la casa* de Lizalde dieron fe, a un tiempo, de la diversidad imaginativa de sus autores y de la pluralidad cultural de nuestro país ; fueron, sin proponérselo a veces y a veces intencionadamente, cargos vitales en contra del monolitismo retórico del poder. Mayoritariamente, estos intelectuales apoyaron al movimiento de 1968 como ciudadanos, porque en él vieron la promesa de un país más libre ; como creadores, además, defendían a la cultura contra la amenaza de un fascismo oficial que, inevitablemente, trataría de sofocar la crítica y uniformizar el pensamiento. Como artistas, sabían que el lenguaje es una renovada fundación del ser, una radiación constante de la conciencia, una exploración de las posibilidades humanas concretas y por ello un proyecto de lo desconocido : la represión negaba esto, concebía el lenguaje como petrificación, monólogo y obediencia ; como sumisión, retórica y coro adulatorio.

La ruptura más clara y digna de la inteligencia con el poder represivo la protagonizó Octavio Paz al renunciar al cargo de embajador de México en la India a raíz de la matanza de Tlatelolco. La naturaleza de la represión contra quienes se atrevían a soldar inteligencia y acción la comprobaron en carne viva, al ser privados de la libertad, José Revueltas, Heberto Castillo, Eli de Gortari y los jóvenes dirigentes estudiantiles : Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca, Luis González de Alba, Gilberto Guevara Niebla. La melancólica función de coros operísticos de un poder ensañado en contra de la independencia intelectual la cumplieron *La Traviata* (Salvador Novo, soprano) y *Rigoletto* (Martín Luis Guzmán, bajo), para no hablar de los mohinos periodistas, los filósofos con clasificación zoológica de urangután y mentalidad de chimpancé, los columnistas que a la importancia de llamarse Ernesto añadían la triste vocación de tesar, que como su nombre lo indica, quiere decir echar atrás los bueyes uncidos : autores de *móndrigos*, delatores, simples comparsas de una sangrienta versión de *La hija del regimiento*.

La herencia de Díaz Ordás.

El país estaba despierto ; el sistema, arruinado. Para enfrentarse a esta situación, Díaz Ordáz acudió a una doble táctica. El cloroformo tradicional ya no servía ; impulsado por un odio ciego a la inteligencia, a la independencia y a la juventud, el presidente se valió del crimen y el terror : la noche de Tlatelolco tuvo lugar el mismo día en que el rector Barros Sierra había logrado que las comisiones estudiantiles establecieran un diálogo con los representantes del gobierno, Jorge de la Vega Domínguez y Andrés Caso ; los jóvenes habían acudido a la plaza de las Tres Culturas con ánimo pacífico y con la decisión de manifestar su apoyo a los representantes del estudiantado. Habría diálogo, sí, pero con una juventud libre y fuerte que se manifestaba unida, no con pupilos y borregos. El presidente mandó cercar la plaza con tanques, apostó tiradores en las azoteas de los edificios, envió al batallón Olimpia a ocuparse desde antes de la manifestación varios pisos del edificio Chihuahua, para fingir un tiroteo entre facciones estudiantiles y hacer creer en una « *autoagresión juvenil* », dispersó provocadores y policías vestidos de civil y distinguidos por un guante blanco entre los manifestantes, hizo que un helicóptero sobrevolara la plaza para dar la señal del inicio del fuego indiscriminado, engañó a los jóvenes, a sus líderes y a sus propios colaboradores. Cometió el crimen más terrible de la historia moderna de México, porque no sólo mató los cuerpos de los jóvenes, sino que quiso matar su espíritu. Convirtió en ocaso el amanecer de una generación de jóvenes mexicanos. La alegría, la confianza, la afirmación, la aspiración, la radiante *presencia* de los cuerpos y las palabras reales, se convirtieron esa noche del 2 de octubre en desesperación, llanto, resentimiento, ira, desaliento, fuga, miedo. El poeta León Felipe, pensando en España, había soñado con ganar la luz. Millares de jóvenes mexicanos habían llenado de luminosidad esta nuestra triste meseta de sangre y sacrificios, de conquistas y explotaciones, de esclavitudes y miedos, de saqueos e invasiones, de voces apagadas y rostros embozados y rumor de pies descalzos, la meseta hollada por tantas botas militares y ruedas de cañón y cruces penitenciales y bailes de polkas y herraduras de caballería yanqui y francesa : Díaz Ordás, en Tlatelolco, quiso devolver a toda una juventud a la fatalidad, a la tristeza, al vicio y a las fragmentaciones de nuestra historia. De hecho, quiso demostrar que cualquier aspiración, cualquier rebeldía contra el sistema, cualquier ejercicio legal y pacífico de los derechos cívicos, recibiría una respuesta inapelable : la muerte.

La segunda táctica de Díaz Ordás, a fin de salvar al sistema, y de no verse obligado a entregar el poder al ejército sino de mantener la continuidad del P.R.I., consistió en integrar grupos de choque paramilitares que cumpliesen, dependiendo directamente de las autoridades, las funciones represivas. Contó para ello con la colaboración del alcalde de la ciudad, Corona del Rosal, del presidente del P.R.I., Martínez Domínguez y del procurador de Justicia, Sánchez Vargas, quien condenaba a penas de prisión hasta de treinta años y por todos los delitos imaginables a los estudiantes pero se mostraba ciego, sordo y mudo ante la integración de los cuerpos de represión extralegales. En Italia se llamaron *arditi* y *fasci di combatimento* ; *camisas amarillas* en la Rusia zarista ; *camelots du roi* en la Francia de entrambasguerras ; *cuerpos libres*, *Brigada Erckhardt* y finalmente *camisas pardas* en la Alemania prenazi. En México se llamaron porras, halcones, boinas rojas de Netzaxhualcóyotl : pandillas reclutadas entre

los jóvenes desocupados de las barriadas, lumpens, muchachos con antecedentes penales, pistoleros profesionales, la escoria de una ciudad rodeada por terribles cinturones de miseria y habitada por millares de jóvenes iletrados, sin horizontes, fáciles presas de la corrupción, de la promesa de acción y violencia, de la recompensa del resentimiento mediante un ilusorio acercamiento a los premios de una sociedad cuyos modelos de éxito aparecen cotidianamente en las páginas a colores de fiestas, amores, vacaciones y modas ; toma una ametralladora, chavo, y puede que un día tenga esa vieja y ese carrazo. Los Olvidados de Buñuel convertidos en la Guardia de Hierro de Codreanu.

La disyuntiva era clara. Mientras el gobierno saliente de Díaz Ordás abocaba al país a una política de fuerza, represión, y fascismo nativo, el país mismo, objetivamente, revelaba una multitud de fuerzas nuevas que sólo podrían encontrar salida en una democracia mexicana. ¿ Represión o democratización ? Esta era la disyuntiva nacional a la cual debía enfrentarse el sucesor de Díaz Ordás, Luis Echeverría Alvarez.

La sucesión presidencial

Echeverría era un hombre formado por el sistema y dentro del sistema. Como Alemán, Ruiz Cortines, López Mateos y Díaz Ordás. Pero también como Cárdenas, elegido de dedo por el entonces Jefe máximo de la revolución, Calles, y en apariencia destinado, como sus antecesores Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez, a cumplir las ordenes del poder detrás del trono : « *Aquí vive el presidente ; pero el que manda ahí enfrente.* (1) » Como sus antecesores inmediatos, Echeverría ascendió en la jerarquía oficial con la boca bien cerrada. Sin embargo desde que su candidatura fue anunciada de acuerdo con las consabidas reglas del juego priista y apoyada por la marea de representantes de las « *fuerzas vivas* » que se abren paso a codazos para ofrecer su colaboración incondicional al futuro presidente, fue perceptible un sentimiento de alivio y un póstumo y renovado homenaje a la bandera maderista de la no-reelección : alivio negativo, pues Díaz Ordás abandonaba la presidencia ; cualquiera que fuese su sucesor, no podía ser peor y, por simple comparación, saldría ganando.

Pero Echeverría, como Cárdenas, no se limitó a cumplir las formalidades de una campaña electoral ganada de antemano. Su gira electoral en 1960-1970 tuvo dos etapas distintivas. En la primera, efectuada en el centro y al norte de México, es obvio que este funcionario aislado durante seis años en la secretaría de gobernación entró en contacto con una realidad de carencias múltiples, de miseria generalizada, de temor a los poderes nacionales y locales coludidos con los explotadores privados, de crueles aplazamientos y aspiraciones sin cauce. Echeverría pasó por encima de la espesa fila de aduladores, oradores y caciques para preguntar y para oir : las dolencias se dejaron escuchar con voces titubeantes, temerosas, desacostumbradas a que se les prestara atención. En el clima de autoelogio y terrorismo creado por Díaz Ordás, resultaba intolerable escuchar ese cúmulo de quejas. Echeverría empezaba a salirse del juego ; empezaba a demostrar cuál sería su opción ante la disyuntiva de democratizar o reprimir. En la Universidad de Morelia, debió aceptar las críticas severas del estudiantado y un homenaje a los caídos en Tlatelolco. Echeverría había ido demasiado lejos, demasiado pronto. Díaz Ordás y su secretario de la Defensa, el general García Barragán, se encolerizaron y seguramente llamaron al orden a Echeverría. La segunda etapa de la gira, hacia el sur, tuvo otro cariz : silencio, defensa del orden establecido, veladas amenazas.

Dados los poderes que suma el Ejecutivo en México, resulta increíble que, casi invariablemente, el presidente en turno escoja para sucederlo al miembro del gabinete que considera más leal hacia su persona, imaginando que en el heredero tendrá un pelele, una vestal o un cancerbero de pasadas hazañas. Moctezuma jamás abandonaba su palacio ; y aunque los Tlatoanis recientes carezcan de albinos y pavorreales, viven igualmente aislados y amurallados por los aduladores. El ejemplo cardenista del contacto vivo con la población de México no fue seguido por sus sucesores. Cada presidente trató de pasarle el manto a un hombre de su confianza. Cárdenas invocó razones objetivas, de orden interno e internacional, para escoger a Avila Camacho y, además, respetó su investidura, actitud congruente y natural en el hombre que

(1) El caso del presidente Emilio Portes Gil merecería capítulo aparte. Este astuto político tamaulipeco, el Mikoyan mexicano, aceptó la premisa del Maximato sólo para encontrarle diarias excepciones y asumir múltiples iniciativas constructivas, entre ellas la concesión del estatuto autónomo de la Universidad, el impulso a la reforma agraria y la liquidación del conflicto « *chistera* ».

había liquidado el maximato callista. Avila Camacho escogió a Miguel Alemán, hombre de confianza pero con fuerte personalidad propia ; hubo amigable continuidad de intereses, pero el presidente era sólo Miguel Alemán. Alemán estuvo a punto de escuchar a las sirenas de la reelección, temió una repetición del asesinato de La Bombilla y pretendió continuarse *de facto* a través de Fernando Casas Alemán ; una rebelión dentro del sistema, encabezada por Ramón Beteta, quien pronosticó un estallido nacional si se repetía el caso de don Ignacio Bonilla (alias Flor de Té) llevó a la presidencia a Ruiz Cortines, candidato negociado quien rápidamente cortó amarras con el alemanismo y afirmó su propio poder con la severa fuerza de un dedo índice levantado y rígido. Ruiz Cortines, viejo zorro, no se hizo ilusiones sobre la continuidad de su poder, seleccionó a López Mateos y se retiró a jugar dominó en el café de la parroquia de Veracruz. López Mateos, hombre simpático pero superficial y vanidoso, pasó por alto a candidatos como Barros Sierra y escogió al más servicial de sus empleados, Díaz Ordás, quien no tardó en traicionar a su protector y a la familia de su protector. A su vez, finalmente, Díaz Ordás ofreció la presidencia a su secretario de gobernación y hombre de confianza, Luis Echeverría. ¿ En qué medida, por otra parte, el sucesor *captura* el poder, aprovechando su puesto en el gabinete para establecer ligas con las fuerzas económicas, políticas, eclesiásticas, y ganarle la carrera a sus colegas ? Seguramente, en la medida de su capacidad para hacerlo secretamente, sin ofender la autoridad del presidente en turno : secreto, sorpresa, maniobra « *debajo del agua* » : política mexicana.

Si invoco estas historias borgianas (me refiero a Alejandro, César y Lucrecia B., no a Jorge Luis B.) no es para deprimirme o deprimir al lector, sino para indicar hasta qué grado se integran en nuestro país los poderes objetivos y las idiosincracias personales de la presidencia de la República. Este personalismo ensombrece nuestra vida ciudadana y nos conduce a la inerte expectativa sexenal de que a un presidente « *malo* » suceda, con fortuna, un presidente « bueno » y a que, después de treinta años de mediocridad—un general bonachón y nepotista, un licenciado ratero, un viejito lángara, un simpático corredor de coches y un lamentable asesino— se repita la grandeza de un Cárdenas.

Sin embargo, la encrucijada en que México se encuentra exije, dentro de nuevas circunstancias, una dirección pública de grandeza comparable a la que Cárdenas, le dio al país. La paradoja es que las nuevas fuerzas sociales nacidas gracias a la original política de la revolución mexicana—educación, salubridad, reforma agraria, industrialización, nacionalización de recursos básicos—carecen, dentro del sistema político creado por la propia revolución mexicana, de recursos reales para la expresión pública o la lucha económica. Una es la forma inerte del sistema político ; otra, la materia viva de la realidad social. La oposición entre una y otra es la que origina la disyuntiva : ¿ democracia o represión ? Los acontecimientos de 1968 demostraron que México había llegado al punto en que mantener incambiado el sistema de los pasados treinta años requería el uso oficial de la fuerza. Desplomado el consenso, se acudía a las bayonetas.

Echeverría pudo haber escogido, sin más, el camino seguido por su predecesor. Conservadoramente, pudo calcular que la inercia de tres décadas y el apoyo de la oligarquía nacional e internacional, más el control del aparato político, más el uso de la fuerza, mantendrían incólume el sistema. ¿ Pero a qué costo ? Seguramente, al precio de la sangre derramada, del aplazamiento de toda reforma capaz de iniciar la solución de los graves problemas pendientes—incremento demográfico, injusta repartición de la riqueza, desempleo, subutilización industrial, hambre en el campo, miseria en los cinturones urbanos—pues el mantenimiento del orden heredado requeriría el apoyo político y económico de las fuerzas incapaces de afrontar esos problemas o interesadas en mantenerlos irresueltos.

Volveré sobre estos problemas para tratarlos con más detalle. Ahora importa decir que Echeverría optó, calificadamente, por el camino de la democratización. En los primeros siete meses de su gobierno, se creó un nuevo clima en el país. Poco a poco, los presos políticos de 1968 fueron liberados, gracias al desistimiento de la acción penal por parte del mismo procurador que antes los había condenado, Sánchez Vargas, mantenido en su puesto como herencia del régimen anterior. El presidente, en vez de recluirse en las residencias oficiales, visitó semanalmente regiones apartadas y olvidadas, conoció los problemas, escuchó las quejas, ofreció soluciones. Constantemente, hizo llamados a la crítica ciudadana, atacó la base paternalista de nuestra secular enajenación política, pasó del autoelogio a la autocrítica oficiales,

reveló el tamaño de los fracasos en diversos sectores de la industrialización, la educación y la planificación nacionales, combatió el burocratismo, dio resolución a viejas quejas y reclamaciones campesinas de tierras y bosques, y se enfrentó, así fuese de palabra, a los representantes más reaccionarios de la iniciativa privada, que en regímenes anteriores habían conquistado una facultad extralegal de consulta antes de que el Ejecutivo enviase una iniciativa al congreso. Pero, sobre todo, Echeverría levantó el velo del temor arrojado por Díaz Ordás sobre el cuerpo de México. Muchos mexicanos se sintieron libres para criticar, para expresarse, para organizarse sin miedo a la represión.

Sin embargo, Echeverría no cumplió una condición básica para que la política de democratización triunfase sin obstáculos : no desmontó el aparato represivo creado en 1968. De él se valieron rápidamente los poderes afectados por la mínima apertura auspiciada por Echeverría para tenderle, el 10 de junio de 1971, una gravísima trampa. Bastaron los actos y las palabras señalados para sembrar, en muchos grupos políticos y económicos de la derecha mexicana, serias dudas e inquietudes acerca de su continuada prepotencia y serias inquietudes acerca de la decisión con que el gobierno protegería en caso necesario por la fuerza, sus intereses. El primer desafío de la derecha ocurrió en Nuevo León en mayo.

El conflicto de Monterrey.

El Partido Revolucionario Institucional no es sólo el capataz de la vida política mexicana, el distribuidor de puestos públicos y el brazo electoral del régimen. Su informe y oportunística ideología admite lo mismo promesas al campesinado (que no se cumplen), derechos obreros (que no se ejercitan) y proclamas de justicia social mediante la colaboración de clases (que se traducen en dominio de los fuertes sobre los débiles). La base numérica del P.R.I. son los campesinos acarreados a manifestaciones a cambio de un taco y cinco pesos en camiones de ganado y los obreros despolitizados a cambio de mínimas concesiones economicistas y máximas quimeras de ingreso a los estratos medios de la población. Pero la base cualitativa —por así llamarla—de su poder son los explotadores, comenzando al nivel pueblerino, donde ser cacique, abarrotero, cantinero, dueño de burdel o acaparador de cosechas es inseparable de la condición de miembro del P.R.I., y culminando al nivel nacional donde los grupos más fuertes de banqueros, industriales y comerciantes, sin atarearse demasiado, colocan a su gente en las gubernaturas y legislaturas de los estados. El P.R.I. se pliega a los poderes *de facto* y les otorga los poderes *de jure*. De esta manera llegó a la gubernatura del Estado Nuevo León don Eduardo Elizondo, hombre de confianza de los grandes empresarios de la entidad. La legislatura local reflejaba, sólo que a un grado inferior de autonomía aunque mayor de docilidad, esta situación. El gobernador envió al congreso una nueva ley orgánica para la universidad, derogando de hecho la autonomía e imponiendo, en su lugar, un estatuto corporativo, de corte fascistoide, que sustraía la dirección universitaria de manos de los maestros y estudiantes y la entregaba a un consejo mayoritariamente integrado por elementos ajenos a la casa de estudios, aunque representativos de los intereses políticos y económicos de la ecuación P.R.I. oligarquía : comerciantes, industriales, sindicatos blancos, medios de información al servicio de estos intereses. El ataque sufrido por la Universidad nacional en 1968 se repetía, a escala menor pero significativa. Por una parte, obedecía al constante proyecto derechista de suprimir la autonomía de las universidades y, con ello la libertad de cátedra, el ánimo crítico y la proyección liberal en esas islas democráticas de México. Por la otra, representaba el primer desafío político a la apertura democrática de Echeverría. Los universitarios, una vez más, supieron defender sus libertades. A nivel nacional, el digno sucesor de Barros Sierra, Pablo González Casanova, señaló los peligros de la situación ; su ejemplo fue seguido por estudiantes, maestros e intelectuales en toda la República. El presidente Echeverría, en vez de condonar la arbitrariedad de un sátrapa local en nombre del monolitismo político y el principio de autoridad declaró su respeto por el principio de la autonomía universitaria. Los propios legisladores de Nuevo León que habían aprobado la ley corporativa, inmediatamente la derogaron. El gobernador Elizondo renunció. Había tenido lugar el primer enfrentamiento de las dos claras tendencias, la fascista y la democrática, que configuraban la disyuntiva mexicana. Ganó la democracia, gracias a dos factores : la acción organizada de los universitarios y el respeto del presidente hacia esa acción y hacia el principio que esa acción defendía.

Cría halcones...

El primero de esos factores debió indicarnos a todos cuál era el camino a seguir : la organización creciente de las fuerzas democráticas del país, dispersas, a menudo desalentadas pero al cabo constantes. El conflicto de Monterrey y su solución positiva demostraban que, por primera vez desde Cárdenas, se daba la conjunción de la acción ciudadana y el respeto presidencial a la legalidad. El 10 de junio, Jueves de Corpus, varios miles de estudiantes manifestaron en las calles de la ciudad de México en solidaridad con los estudiantes de Monterrey. Puede discutirse la oportunidad de esta manifestación, toda vez que el conflicto estaba resuelto favorablemente. Pero puede explicarse el ánimo de los estudiantes : decapitados, humillados y abatidos en 1968, querían, nuevamente, afirmar su existencia ; querían poner a prueba la proclamada política de democratización de Echeverría. Pero las fuerzas de derecha también querían someter a Echeverría a prueba. Esas fuerzas existían dentro y fuera del gobierno : afuera estaban los grupos plutocráticos de Monterrey, frustrados en su intento de someter a la Universidad de Nuevo León ; adentro, los representantes del régimen pasado, el procurador Sánchez Vargas y el alcalde de la ciudad de México, Alfonso Martínez Domínguez, presidente del P.R.I. durante el gobierno de Díaz Ordás. Ante la disyuntiva de democratizar o reprimir, estas fuerzas habían optado, decididamente, por la represión. Contaban, para aplicar su política, con las brigadas paramilitares creadas en 1968 : los Halcones. El ex-presidente Díaz Ordás regresó violentamente de Europa, donde los estudiantes de Nanterre le hacían la vida imposible ; acosándole en nombre de los jóvenes asesinados en Tlatelolco. No resulta difícil conjeturar que el interés histórico de Díaz Ordás consistía en demostrar que la política represiva de 1968 no había sido obra del capricho personal sino política obligada y permamente del gobierno para defenderse de una « *agitación* » juvenil misteriosamente animada por los « *filósofos de la destrucción* » a escala mundial.

Pero lo que es indiscutible es que los estudiantes, al marchar por las calles el 10 de junio, estaban ejerciendo un derecho de manifestación consagrado por el artículo 9° de la Constitución. Marchaban pacíficamente, a lo largo de calles custodiadas abundantemente por granaderos. En dos ocasiones, la marcha fue interrumpida por jefes de la policía, que solicitaron a los manifestantes un permiso municipal para recorrer las calles, como si un derecho constitucional pudiese supeditarse a reglamentos secundarios. Entonces, intempestivamente los estudiantes fueron atacados por los Halcones ; avanzando en formación y al ritmo de tropas de asalto, armados con bastones de *karate*, pistolas y fusiles, algunos a pie y otros en automóviles y guayines, los Halcones golpearon, dispararon, atacaron a representantes de la prensa nacional y extranjera, asesinaron a más de treinta estudiantes e hirieron a muchísimos más. La policía no intervino, limitándose a disparar gases lacrimógenos de vez en cuando. Sin embargo, muchos radio-aficionados pudieron oír las órdenes de la policía para combinar sus movimientos con los de los Halcones en las ondas de sus aparatos y grabarlas ; los Halcones llegaron al lugar de los hechos en típicos camiones grises de limpia la municipalidad ; pudieron atravesar sin obstáculos las filas de los granaderos y de los tanques antimotines para agredir a los manifestantes ; pudieron, sin temer la intervención policíaca, matar, repartir garrotazos y aún perseguir a los estudiantes refugiados en el hospital Rubén Leñero. La colusión era evidente e indicaba hacia un responsable : el alcalde regente Martínez Domínguez, quien ya tenía preparada, la consabida explicación : se trataba de un simple choque entre facciones estudiantiles rivales.

Nadie comulgó con esta rueda de molino. La asociación de reporteros gráficos protestó personalmente ante Echeverría ; el presidente se dijo indignado por los hechos y prometió una investigación. El malestar, el asco y la decepción cundieron en el país ; una vez más, la respuesta oficial a la inquietud juvenil había sido la muerte ; la vida contemporánea de México parecía jalonarse entre las fechas del luto : 2 de octubre, 10 de junio. Y esto era, precisamente, lo que deseaban las fuerzas de derecha : que la represión fuese permanente, que el crimen fuese la ley no escrita del gobierno. La opción democrática de Echeverría entró en una crisis total ; la aparente inactividad del presidente en los días siguientes a la agresión, mientras el país entero clamaba en contra del crimen, hizo pensar que se volvía a los viejos tiempos : la impunidad de los agresores, la conversión retórica de las víctimas en victimarios, el silencio... El 15 de junio, Echeverría actuó rápidamente. Permitió a Martínez Domínguez prefabricar en el Zócalo una

tradicional manifestación de los sectores del P.R.I. en apoyo al régimen ; se escucharon los tradicionales discursos de adulación incondicional ; pero Echeverría, al hablar, formuló una clara advertencia contra « *los emisarios del pasado* ». Y, en efecto, esa misma tarde, Echeverría cumplió el primer acto político concreto de ruptura con el pasado : obtuvo las renuncias del jefe del departamento del D.F., Martínez Domínguez y del jefe de la policía, Flores Curiel.

Sin embargo, la expulsión oficial de Martínez Domínguez y Flores Curiel, aunque tácitamente les hacía responsables *in partibus* de los acontecimientos del Jueves de Corpus, no aclaraba el fondo del asunto ; y lo que el país exigía era no sólo la caída en desgracia de dos funcionarios, sino el cumplimiento estricto de la ley, el castigo objetivo de los culpables y la eliminación radical de los grupos de agresión paramilitares, cuya existencia imposibilitaba toda auténtica apertura democrática : los Halcones seguirían amenazando, si no se les erradicaba, cualquier movimiento libre de los ciudadanos. La investigación fue encargada al ínclito señor Sánchez Vargas. Varias semanas después de los hechos, este monumento de sabiduría jurídica parió un ratón : los Halcones se habían esfumado, en el departamento del Distrito Federal no había pruebas de que se les hubiese organizado, entrenado, armado, pagado o girado instrucciones, todos los cuerpos de esa naturaleza habían sido disueltos el 30 de noviembre de 1970 : los Halcones no existían, y si existían no debían ni su vida ni sus actividades al gobierno. Los ciudadanos eran invitados a proporcionar pruebas sobre la existencia de los Halcones ; la procuraduría, por lo visto, podía localizar en veinticuatro horas a un ladrón anónimo y humilde o acumular cargos y pruebas contra estudiantes e intelectuales, pero carecía de medios para reunir la impresionante suma de pruebas testimoniales, gráficas, documentales y hasta sonoras que comprobaban la muy real, notoria y criminal existencia de un grupo de choque paramilitar. De hecho, el procurador estaba acusando a una ciudad de ocho millones de habitantes de « *encubrir* » a los Halcones.

A mediados de agosto, el procurador Sánchez Vargas dimitió de su cargo, eufemismo con el que en México se cubren los despidos oficiales.

El 10 de junio se cometió un crimen. Y si ese crimen no es castigado, será difícil, a pesar de las manifiestas buenas intenciones de Echeverría, creer en su política de apertura democrática. El problema es espinoso porque el crimen del Jueves de Corpus es hijo del crimen de Tlatelolco : obedece a una misma política y, acaso, lo cometieron las mismas manos y lo imaginaron las mismas cabezas. Por ello, lo ocurrido el 10 de junio en la ciudad de México no es un simple incidente al que se le pueda echar tierra confiando en la amnesia ciudadana : es un hecho político que compromete toda una opción democrática, y que la compromete a un altísimo nivel de responsabilidad y proyección históricas : el de la primacía general de la ley sobre el personalismo presidencial. Este país no podrá construirse seriamente si sus ciudadanos se abandonan a la esperanza de un milagro sexenal para luego rasgarse, desengañados, las vestiduras y renovar la quimérica expectativa de que al « *malo* » seguirá uno « *bueno* ». Esta situación, a la vez ridícula y deprimente, sólo puede ser superada si los problemas que pertenecen al ámbito de la ley son resueltos, constante y estrictamente, con apego a la ley, y no mediante matices subjetivos, actos providenciales o paternales disposiciones del presidente en turno. El mejor legado que Echeverría le puede dejar a México es una estructura jurídica sana y funcional, independiente, liberada del cohecho de unos y del capricho de otros, respetada por el poder público y vigilada por los ciudadanos, y a la que éstos puedan acudir sin miedo y sin asco, porque hoy el campesino robado por la báscula del ingenio o expropiado por el « *pequeño propietario* » vecino que cuenta con el apoyo de los poderes locales sabe que cualquier gestión de defensa judicial es peligrosa e inútil, como lo sabe la madre de un muchacho asesinado por un Halcón que se sabe, a su vez, intocable, impune, amo y burlador de una ley que, desde el siglo XVI colonial, se obedece pero no se cumple.

Juan Goytisolo

La novela española contemporánea

« *¿Qué especie de fatalidad domina hoy en la literatura española? ¿Por qué los que debían escribir callan cuando los que aún no saben leer escriben?.* » Muchas veces, en el curso de la pasada década, he pensado en la amarga exclamación de Moratín que confirma una vez más el irónico cumplido que Larra solía dirigir a la madre patria : « *Para Vd. no pasan días.* » No, para España no pasan días : nuestra Historia es un « Bolero » de Ravel interminable en el que las mismas situaciones se repiten de modo indefinido, y para ser profeta—para emitir juicios que la realidad se encargará de confirmar años, lustros, siglos más tarde—basta con ser simplemente lúcido y pesimista.

La muerte brutal de Luis Martín Santos, el silencio prolongado de Rafael Sánchez Ferlosio coinciden en efecto con la crisis y colapso de la que, de modo muy ambiguo por cierto, ha dado en llamarse « novela social española ». Digo de modo muy ambiguo pues la literatura, en tanto que lenguaje, es siempre, entre otras muchas cosas, un hecho social, y aún aquel sector de ella caracterizado por el propósito de centrar la atención, no sobre lo designado, sino sobre el signo mismo no puede prescindir totalmente de las funciones de representación, expresión y llamada inherentes al lenguaje común. Pero conviene no perder de vista el axioma de Eikenbaum cuando, oponiéndose a los abusos de la crítica histórica y sociológica, precisaba que « *el objeto de la ciencia literaria debe ser el estudio de las particularidades específicas de los objetos literarios que las distingue de cualquier otra materia, independientemente del hecho que, por sus rasgos secundarios, esta materia pueda dar pretexto y derecho de ser utilizada en otras ciencias como objeto auxiliar* (1). » Tanto la praxis de los formalistas rusos, como el desenvolvimiento de la linguística a partir de la publicación póstuma de los cursos de Ferdinand de Saussure nos enseña que las palabras no son los nombres dóciles de las cosas sino que forman una entidad autónoma, regida por sus propias leyes. Ello no quiere decir, naturalmente, que las relaciones entre literatura y realidad social no existan ; pero no tienen, desde luego, el caracter determinista y mecánico que el sector mayoritario de la crítica española les ha querido dar. Cuando la vida entra en la literatura se convierte a su vez en literatura y hay que juzgarla como tal. Por eso, si hablamos de « novela social española » y pretendemos juzgar el valor de sus frutos no por su relación con las restantes obras del género sino en la medida en que reflejan aspectos interesantes de la sociedad española contemporánea, esto es, mediante un recurso a hechos heterogéneos al hecho estudiado, rompemos « *la jerarquía de valores de la estructura objeto de nuestro estudio* (2). » Concluyendo su brillante análisis de las relaciones existentes entre el texto literario y el contexto social en el que aparece, Tzvetan Todorov propone un enfoque crítico según el cual, para calibrar la obra literaria habrá que considerar que en ella « *el contexto forma parte del texto* » y « *ciertos rasgos estructurales del texto son elementos auténtico del contexto* (3). » Como vamos a ver al analizar la llamada « novela social » que se cultivó entre nosotros entre 1950 y 1965, para comprender de modo idóneo la sintaxis narrativa de sus obras estamos obligados a referirnos al contexto social y político en el que aparecieron. Este « índice situacional », según lo designa George Mounin resulta necesario para la lectura óptima del texto, dado que nos permite aclarar las situaciones en cuyo marco el texto estudiado adquiere su pleno sentido. No obstante, insistimos en que éste no puede ser el criterio único ni siquiera predominante. La llamada « novela social española » es una de las múltiples ramas del árbol general de ese tipo de discurso literario que ha recibido en el curso de los siglos el nombre de novela y es, por consiguiente, la simple manifestación de una estructura abstracta mucho más general y de la que es solamente una de sus realizaciones posibles. Pero abandonemos aquí esas reflexiones que nos divierten del tema de la presente charla.

La situación creada por la última guerra civil española hizo retroceder nuestro calendario a los períodos históricos más infaustos vividos por el desdichado país a lo largo de los siglos XVIII y XIX. El triunfo del alzamiento militar provocó la mayor hecatombe intelectual de la historia de España y el establecimiento en la cátedras y tribunas públi-

(1) Ver « *Théorie de la littérature* », antología de textos de los formalistas rusos por Tzvetan Todorov, con prólogo de Roman Jakobson, Ed. du Seuil, París 1966. Sobre los formalistas rusos consúltese igualmente : Víctor Erlick, « *Russian formalism criticism. History-Doctrine* », Mouton, S'Gravenhage, 1955 ; Lee T. Lemon : « *Russian Formalism criticism* », University of Nebraska Press, 1965 ; « *Formalismo y Vanguardia* » textos de Eikenmaum, Tinianov y Chklovski), Ed. Alberto Corazón, Madrid 1970.

(2) « *Les travaux du Cercle linguistique de Prague. Thèses de* 1929 », Change, 1969. Traducción española, Alberto Corazón editor, Madrid, 1970.

(3) « *L'analyse du récit à Urbino* ». Communications (11), 1968.

cas del país de esa fauna peculiar de españoles que amargó la breve vida de Larra y que podríamos llamar « mecanógrafos », puesto que escriben al dictado de quien les alimenta, les viste y les paga el piso. ¿ Cómo no recordar, al recorrer nuestra prensa diaria, la burla ingeniosa de Moratín en « *La derrota de los pedantes* ? » : « *Se ajustó la paz, coplas a la paz ; nacen los gemelos, coplas a los gemelos ; nace nuestro príncipe Fernando, coplas a D. Fernando ; se hace el bombardeo de Argel, coplas a las bombas ; en una palabra, casamientos, nacimientos, muertes, entierros, proclamaciones, paces, guerras, todo, todo ha sido asunto digno de nuestra cítara.* » Paralelamente, el aislamiento internacional del Régimen y nuestra sempiterna censura habían creado alrededor del país un cordón sanitario semejante al establecido por Felipe II a su regreso de los Países Bajos, cuando impuso a los estudiantes españoles que seguían cursos en las universidades flamencas el regreso inmediato a la Península y la obligación de presentarse ante los jueces del Santo Oficio como presuntos portadores de gérmenes, en una medida que Bataillon compara justamente a una cuarentena. Cuando en 1948 ingresé en la universidad de Barcelona—después de un bachillerato en el que la única obra literaria que se nos dio a leer fue « *Pequeñeces* » del padre Coloma—las obras de Alberti y García Lorca, por ejemplo, circulaban en copias escritas a máquina y conseguir una novela de Camus o de Sartre implicaba el conocimiento previo de alguna red ilegal de libreros especializados en el contrabando de libros prohibidos. Las consecuencias de dicho aislamiento eran fáciles de preveer, y las lagunas e insuficiencias culturales de los hombres de mi generación explican en parte el rumbo vacilante y quebrado que luego emprendimos. Aquí también, las palabras de un expatriado ilustre, José M. Blanco White, respecto a los escritores de su tiempo, se ajustan como anillo al dedo a la sociedad literaria en medio de la cual nos formamos : « *Faltos de libros, faltos de público que les excitase, que supiese apreciarlos... los pocos que en España dejaban el camino de las aulas por el de la literatura, no tenían más mundo en que vivir que una pequeña sociedad de amigos, con quienes comunicaban sus ideas, y de quienes recibían el aplauso con que mantenían en vida a su extenuada musa... Faltábales a los autores libertad, campo ancho en que ejercerla, y caudal de ideas originales, acopiadas por ellos mismos, y no tomadas de mano de revendedores* (4). » El conocimiento de tales circunstancias resulta indispensable para la comprensión del propósito crítico que marca a esa generación denominada por José M. Castellet «generación del medio siglo », así como de los límites y obstáculos que fatalmente debían interponerse en su camino e imponerle al cabo de unos años el dilema de callar o proceder a un desgarrador y difícil cambio de rumbo.

Los lectores y críticos extranjeros interesados en las cosas de España se han planteado y me han planteado a menudo la pregunta de cómo en un país tan reaccionario y opresor se pudo producir una literatura de protesta tan abundante entre 1950 y 1965. La respuesta no obstante es clara : a causa misma de su conservadurismo social y asfixiante sistema de censura. La publicación de las primeras obras inconformistas de Cela, su admirable « *Pascual Duarte* » y esa « *Colmena* » que, aunque editada originariamente en Buenos Aires, circuló bajo mano por la Península, novelas que, según su autor, se proponían hacer concurrencia al estado civil, pasear el espejo stendhaliano a lo largo del camino, ofrecernos su visión personal de la áspera, humilde y doliente realidad cotidiana, significó el punto de partida de todo un grupo de escritores para los cuales la literatura era, conforme a la consabida fórmula de Pavese, « *una defensa contra las ofensas de la vida* ». Hace ya bastantes años, al establecer un balance provisional de nuestra praxis literaria, señalé las razones que nos llevaron al cultivo de una novela « realista », testimonial, fotográfica : « *Mientras los novelistas franceses, decía, escriben sus libros independientemente de la panorámica social en que les ha tocado vivir... los novelistas españoles —por el hecho de que su público no dispone de medios de información veraces respecto a los problemas con que se enfrenta el país—responden a esa carencia de sus lectores trazando un cuadro lo más justo y equitativo posible de la realidad que contemplan. De este modo, la novela cumple en España con una función testimonial que en Francia corresponde a la prensa, y el futuro historiador de la sociedad española deberá apelar a ella si quiere reconstituir la vida cotidiana del país a través de la espesa cortina de humo y silencio de nuestros diarios* (5). » El mecanismo repre-

(4) *Variedades o Mensajero de Londres*, 1823, p. 340-342.
(5) « *El furgón de cola* », Ed. Ruedo Ibérico, París 1967, p. 34.

sivo impuesto en el país a consecuencia de la victoria del bando clerical-autoritario, ilustra, una vez más, la vieja regla histórica frente a la que se estrellan todas las censuras : la de su precariedad y anacronismo, debidos al hecho de querer aplicar leyes y normas, con pretensiones permanentes y fijas, a una realidad que es por esencia fluída y mudable. Entre nosotros, Larra había observado ya que el espíritu de la época logra expresarse siempre a pesar de las barreras y obstáculos de sus enemigos, pero es tal vez en Alcalá Galiano—me refiero al Alcalá Galiano joven, emigrado como Blanco en Inglaterra, antes que su regreso a Sansueña le enmoheciera el cerebro y embotara el filo a su pluma—donde hallamos la mejor exposición de ese fenómeno que tanto desconcierta a los aprendices de brujo de la censura : « *En un país donde no existe la libertad política, donde los escritores se ven reducidos a temas exclusivamente literarios, podrá no parecer muy obvia la conexión entre política y literatura ; sin embargo, la misma causa que impide a esa conexión manifestarse externamente en obras impresas, opera en secreto fortaleciéndola* (6). » En la España de hoy—una sociedad en la que la política ha sido desterrada para siempre en beneficio de la casta que controla los mecanismos del poder—todo, absolutamente todo deviene política, y nuestros censores parecen dotados del temible privilegio de Midas : politizar instantáneamente cuantos objetos tocan. Como es lógico, la conexión de que nos habla Alcalá Galiano no se manifiesta a primera vista y, para detectarla, se requiere en general un cierto adiestramiento. La lectura de lo que se publica hoy en España—desde los editoriales de la prensa oficial a las reseñas y artículos de las revistas culturales minoritarias —refleja perfectamente esta situación y el lector extranjero—o el que, como yo, ha perdido más o menos a consecuencia de una larga expatriación el hábito de gimnasia mental que dicha lectura requiere—permanece a menudo perplejo ante una serie de alusiones cuyo caracter críptico le escapa. Pero debemos recordar con Blanco White que « *los pueblos sometidos a gobiernos opresores que no les permiten hablar libremente, tienen la viveza de los mudos para entenderse por señas* (7). » Hoy como siempre nuestros poemas, novelas, películas y obras teatrales ofrecen un riquísimo surtido de visajes, gesticulaciones y guiños propios de un pueblo que, si bien en los últimos años engorda y, relativamente, prospera, sigue aún, en apariencia, trágicamente mudo.

En uno de los últimos ensayos recogidos en « *El furgón de cola* » adelanté las razones de la crisis con que nos enfrentábamos los autores de mi generación—razones directamente vinculadas con los hechos que acabo de mencionar. « *La gran confusión reinante estos años entre política y literatura,* escribía, *entre eficacia política y eficacia literaria puede explicar en parte el desajuste que hoy observamos en la obra de nuestros autores jóvenes. En el momento en que aparecen las primeras novelas y poemas de la generación del medio siglo el fin de la guerra fría, el deshielo ideológico del campo socialista alimentan la esperanza de una transformación radical y a corto plazo de la anacrónica sociedad española : este objetivo (irrealizable, lo sabemos hoy) parecía exigir de nosotros la movilización, a su servicio, de todas nuestras energías. Como en Italia durante los últimos estertores del fascismo o en la Europa ocupada por los nazis, el quehacer literario se integraba en una lucha más general y ajena a la literatura, en la que ésta actuaba a manera de avanzadilla... Escribir un poema o una novela tenía entonces (así lo creíamos) el valor de un acto : por un venturoso azar histórico acción y escritura se confundían en un mismo cauce, literatura y vida se identificaban...* (8) »

Cinco o seis años después no puedo sino confirmar las ideas que expresé entonces : todo un sector de la literatura española del período que examinamos, destaca por su propósito de transformar la palabra en acto, de querer competir con la vida, de hacerse « performativo ». Los adeptos a los estudios linguísticos recordarán probablemente los ensayos de J. L. Austin sobre el enunciado performativo, al que define como « *el que sirve para efectuar una acción* », agregando que « *formular tal enunciado es efectuar la acción* ». Según Benveniste, existen dos clases de enunciados performativos : los actos de autoridad emanados de un poder reconocido (« yo proclamo el estado de excepción ») y los que, sin provenir de ninguna autoridad, comprometen no obstante a quien los

(6) « *Literatura española del siglo XIX* », traducción y prólogo de Vicente Llorens, Alianza Editorial, Madrid, 1969.
(7) *El Español*, nº 10, enero 1811.

(8) P. 51-52.

enuncia en razón de las circunstancias del enunciado (« yo juro, yo me comprometo a hacer tal y tal cosa, etc. »). Ahora bien, como precisa el linguista francés, « *un enunciado performativo sólo tiene realidad si es autentificado como acto. Fuera de las circunstancias que lo hacen performativo, dicho enunciado no existe. Cualquiera puede gritar en la plaza pública : « yo decreto la mobilización general ». No pudiendo ser acto por falta de la necesaria autoridad, esta frase no es más que habla, se reduce a un clamor inane, niñería o locura* (9). »

El análisis de esta categoría de enunciados me ha llevado a pensar más de una vez en la literatura « comprometida » española de los años 50, fascinada por el espejismo de lo que podríamos llamar « la ilusión performativa ». Nuestra herencia cristiana aclara quizá, por aquello de « *al principio fue el Verbo* », el poder factual, talismánico atribuido a las palabras. Autores como Blas de Otero, Celaya, Nora y otros más jóvenes han proclamado en sus versos un compromiso personal del sujeto enunciante, es decir, del poeta, con la sociedad de su tiempo—compromiso personal, decimos, ya que no acto de autoridad pues, por suerte o por desgracia dichos poetas no detentaban poder o jurisdicción algunos. Un rasgo peculiar de esa segunda clase de enunciados es que su caracter performativo se anula cuando el sujeto enunciante es insincero o viola su palabra : el suelo aparecía lleno de trampas y, como la terca realidad hispana no se ha plegado nunca a las admoniciones de los poetas, el compromiso de éstos, a fuerza de repetido y jamás puesto en práctica (uno de ellos afirmó, por ejemplo, con gran arrojo, que se cortaría una mano antes de abandonar la noble causa del pueblo) comenzó a mostrar bajo su áureo y cegador relumbre el triste colorido del oropel. Acción no, clamor inane.

Advirtiendo el peligro, un autor desconocido, Gonzalo Arias, publicó en París, en verano de 1968, una novela titulada « *Los encartelados* » que es, en mi opinión, la conclusión lógica de la tendencia que señalamos—ejemplo máximo de literatura performativa, de palabra identificada al acto. En su libro, Gonzalo Arias anunciaba que el autor se proponía iniciar en persona la ejecución del primer capítulo el día 20 de octubre del mismo año, apareciendo, como el protagonista, en una calle céntrica de la capital de Trujiberia con un cartel en la espalda portador de la siguiente leyenda : « *En nombre del 71 % de los trujíberos, pido respetuosamente al mariscal Tranco, salvador de la patria, que convoque elecciones libres a la jefatura del Estado.* » Si mal no recuerdo, en la novela, el personaje era conducido rápidamente a la Dirección General de Seguridad, y al ser liberado, al cabo de cierto tiempo, repetía la operación, acompañado esta vez de dos encartelados más. Poco a poco, siempre en la novela, el país se llenaba de imitadores hasta que en abril de 1970 el mariscal Tranco, desbordado por la corriente impetuosa de los acontecimientos, tenía que ceder a los deseos de la multitud de encartelados, proclamando, con voz trémula, la anhelada convocatoria de elecciones...

Pasemos de la literatura a la realidad. El 20 de octubre de 1968, Gonzalo Arias salió a la calle, en Madrid, con el cartel fijado a la espalda y, como en la novela, fue conducido rápidamente a la Dirección General de Seguridad. Después de un período de reposo en « *la sombra alimenticia y descansadora* » de que nos habla Martín Santos, nuestro autor reincidió en compañía de un discípulo y esta vez fue internado en una casa de salud del tipo de las que en la U.R.S.S. acogen igualmente a escritores cuyo desarreglo mental les lleva a invocar cosas tan « absurdas » como democratización, libertad de pensamiento o derechos humanos. El que el pueblo trujíbero no siguiera las pautas trazadas y no « escribiera » a su modo el argumento de la novela, no invalida el hecho que debamos considerar a Gonzalo Arias como el símbolo mismo del autor realmente comprometido, cuya palabra, en lugar de « *clamor inane* », es autentificada como acto y cumple con los requisitos del enunciado performativo. Visto desde hoy, su acto se identifica con el enunciado del acto, el significado es idéntico al referente.

Gonzalo Arias ha sido el único autor español que ha trasladado a la realidad, al mundo, el espacio de su escritura convirtiendo la calle en papel y el papel en calle. Los demás nos limitamos a emborronar, bien o mal, centenares, millares de páginas, aprisionados siempre en los límites de la palabra escrita. No obstante, teniendo en cuenta las circunstancias—prohibiciones y cortes de la censura, presiones sociales y editoriales, escaso número de lectores, dificultades económicas, aislamiento, lagunas educativas, insuficiencias cultu-

(9) « *Problèmes de linguistique générale* », Gallimard, París 1966. P. 273.

rales, etc.—creo que los exponentes de la generación del medio siglo cumplimos como pudimos con las exigencias morales y cívicas del momento en que nos había tocado vivir. No eludimos las responsabilidades. La situación del país nos exigía un compromiso claro y sin equívocos y, en la medida de nuestros medios, nos mantuvimos fieles a él. Pero, como hemos dicho antes, una obra literaria no enlaza tan solo con el contexto histórico-social en que aparece ; responde también, y ante todo, a las leyes evolutivas del género al que pertenece, a las exigencias de su propio arte. Aunque desde el siglo XIX, para la gran mayoría de novelistas y críticos, lo más importante de una novela es su conexión con la realidad exterior que pretende representar, su trabazón con el *corpus* general de las obras publicadas anteriormente a ella es siempre más intensa que la que le une a la « realidad ». Mientras es posible concebir obras cuyo contacto con la realidad social y política sea casi nulo, la existencia de una obra vinculada solamente a una estructura heterogénea, sin ningún lazo con las restantes obras del género es, desde luego, absolutamente inconcebible. Toda obra literaria aparece en un universo ya poblado de obras, cuya existencia prolonga o modifica, y mantiene con ellas una complejísima red de relaciones de jerarquía y dependencia. Un texto cobra sentido no aislado, sino en correspondencia con otros textos, con todo un sistema de valores y significaciones previos. Como nos han enseñado los formalistas rusos, no son las obras las que evolucionan, sino la literatura : el texto particular no es más que un ejemplo que nos permite describir las propiedades de la literalidad.

Si enfocamos desde este prisma la producción novelesca española anterior a « *Tiempo de silencio* », podremos advertir claramente los vicios de origen que debían conducir a la gran frustración de los últimos años. El desajuste de nuestro calendario con respecto al europeo actuó una vez más, de modo fatal, en contra de nosotros en la medida en que, cuando esa literatura « social », « realista » se impuso por las razones ya descritas en el país, estaba dando en Europa las últimas boqueadas—hablo, claro está en términos de literatura, no de edición pues, editorialmente hablando, impera e imperará todavía largo tiempo en razón de los hábitos mentales de rutina y pereza del gran público. La combinación de signos formales de la Literatura (pretérito indefinido, estilo indirecto, ritmo escrito) y signos no menos formales del « realismo » (fragmentos de lenguaje popular, expresiones crudas o dialectales, etc.) que denunciara Barthes « *no reproduce lo real,* como dice el crítico francés, *más que entre comillas : palabras populistas, giros descuidados en medio de una sintaxis puramente literaria* (10). » Luchando contra esa escritura envejecida, los autores más conscientes buscaban desde primeros de siglo, tanto en Europa como en Estados Unidos, una sintaxis narrativa más coherente, caracterizada por la eliminación progresiva del discurso del autor del cuerpo del relato, conforme al modelo de la categoría abstracta que Benveniste denominaría más tarde « historia » : es decir, « *la presentación de hechos acaecidos en un momento dado, sin ninguna intervención del locutor en el relato* (11) ». En este tipo de relato, nos dice Benveniste, no hay siquiera narrador ; nadie habla en él ; los acontecimientos son expuestos tal como se han producido a medida que surgen en el horizonte de la historia ; los hechos parecen contarse por sí solos. La radiografía de esa tendencia novelesca desarrollada a lo largo de la primera mitad del siglo XX evoca inmediatamente entre nosotros el recuerdo de obras que, como « *Los bravos* » o « *El Jarama* », pasan por ser, con razón, los dos logros mayores de nuestra llamada « novela social ». « *El Jarama* » significa sin lugar a dudas la apoteosis de dicha corriente narrativa y ello aclara el por qué las obras posteriores de la misma tendencia nos parecen simplemente redundantes, brotes que no quitan ni añaden nada al tronco o ramas del árbol general de la novela—tan insignificantes en la mayoría de los casos como esos sempiternos bodegones naturalistas que vemos en todas las salas de pintura de todas las ciudades del mundo.

Ahora bien, mientras « *El Jarama* » remataba brillantemente todo un ciclo de nuestra novela y excluía, a causa de su misma perfección, la posibilidad de una descendencia, se gestaba en Europa, principalmente en Francia, una evolución narrativa de signo opuesto que, huyendo de la sequedad y limitaciones de la categoría benvenistiana « historia », buscaba una renovación del género en lo que, para atenernos a la terminología de Benveniste, resultaba ser una reivindicación del « dis-

(10) « *Le degré zéro de l'écriture* », Ed. du Seuil, Paris.
(11) *Idem*, p. 238-245.

curso » : expresión del lenguaje subjetivo o, si se quiere, « *enunciación que supone un locutor y un auditor y, en el primero, la intención de influir en el segundo* ». Dicho vaivén era consecuencia directa del auge creciente de los estudios linguísticos y el influjo analítico de los formalistas rusos, Roman Jakobson y el círculo linguístico de Praga. El autor y las escuelas mencionados centran la atención como es sabido, en el signo y no en la cosa representada y examinan la sintaxis narrativa no tanto en función de la realidad que aspira a reflejar como en su aspecto puramente verbal. A remolque de ellos, todo un sector—el más consciente—de la novelística actual tiende a abandonar la vieja función del género, de representar el mundo exterior, para fijar su atención en el lenguaje ; esto es, a pasar de la copia, del lenguaje transparente, a la escritura, a la autonomía del discurso. Si he evocado aquí, a vuela pluma, al nuevo derrotero del género lo he hecho porque me permitirá dilucidar las razones de la crisis de la novela española, su silencio y cambio de rumbo. Decíamos antes que toda obra literaria obedece en principio a dos coordinadas : la de la realidad histórico-social en que surge y la de las leyes evolutivas de su propio género. Preocupados por responder ante todo a lo que la situación peculiar del país parecía exigir de nosotros, los novelistas españoles no descubrimos sino más tarde el requisito de esa segunda especie de compromiso. Si nuestra concepción estrecha del « realismo » cumplía, en apariencia, con nuestra responsabilidad moral y cívica, distaba mucho de responder a las exigencias culturales, artísticas y científicas del género y de la época. En una primera etapa, nuestra generación había endosado, como un traje de confección, el lenguaje heredado de nuestros mayores : ese insoportable « castellanismo » del 98, convertido, a fuerza de imitación y de copia, en un código insignificante y vacío, en un vasto y asolador pudridero. La inadecuación del propósito crítico a un instrumental expresivo acrítico—un lenguaje incapaz de filtrar ya, a través de su sintaxis calcárea, la complejidad y fluidez del mundo moderno—acabó por convertirse para algunos, como ha señalado recientemente José M. Castellet, en « *una pesadilla estética* ». Para salir del atasco, había que luchar, en primer término, contra las formas artísticas envejecidas que nos aprisionaban e impedían seguir adelante. Para criticar la realidad del país era preciso empezar por la crítica de su lenguaje. Todavía hoy, en España, gran número de escritores « comprometidos » que atacan la casta social que ocupa el poder emplean, sin darse cuenta, el mismo lenguaje que ésta—una misma retórica, aunque de signo opuesto.

El primer novelista que entre nosotros arremetió al lenguaje rancio y embalsamado de los epígonos del 98, y en su primera y, por desgracia, única obra, emprendió su de-sacralización, simultáneamente a una brillante reivindicación del « discurso » fue Luis Martín Santos. A diferencia de « *El Jarama* », que es una novela coherente, totalmente conseguida, redonda, « *Tiempo de silencio* » es una obra aun vacilante, desnivelada y con bastantes aristas. Pero ello tiene una explicación. Mientras « *El Jarama* » es el broche final de un cierto tipo de novela, la conclusión magistral y definitiva de un proceso narrativo que se prolonga durante casi un siglo (y por eso las obras de dicha tendencia, publicadas con posterioridad, nos parecen simplemente reiterativas, muertas, por así decirlo, al nacer), « *Tiempo de silencio* » es el comienzo de una nueva etapa, una obra que abre para la novelística española todos los caminos y puertas que le cerrara « *El Jarama* ». Es, pues, el principio de una línea, no el final de ella ; el punto de arranque, no su coronación. Esta diversidad funcional—fin, comienzo—deberá tenerse en cuenta en lo futuro para cualquier análisis correcto de los vínculos—no por negativos menos densos—que unen a ambas novelas. Con « *El Jarama* » culmina y se eclipsa la « historia » ; con « *Tiempo de silencio* » renace y adquiere nueva vigencia el « discurso ». Decíamos antes que una corriente novelística actual, siguiendo los pasos de la poesía, tiende a centrar su interés no en la « representatividad » sino en el lenguaje y el autor propende a disolver el relato de los acontecimientos y acciones en el murmullo de su propio discurso. Ello me lleva a pensar en aquella estupenda afirmación de Vargas Llosa que el escritor debe ser, ante todo, un « *provocador* » y a aplicarla a los dos niveles de provocación existentes en el mundo de hoy.

En los países en donde no existe libertad de expresión artística—la Unión Soviética es un buen ejemplo de ello—el poder de provocación del escritor se manifiesta en la elección de aquellos temas que, por ser tabús desde un punto de vista moral y político, asumen de inmediato un matiz subversivo. Así, para enjuiciar la novedad e importancia de estos escritores, lo hacemos en función de su audacia temática, sin tener en cuenta, como es, por ejemplo, el caso del « *Doctor Jivago* » o

las novelas de Soljenitzin que su esquema, su construcción, su sintaxis repiten, sin grandes variantes, los procedimientos narrativos decimonónicos—un mundo anterior a Marx, a Freud, a Ferdinand de Saussure.

En los países en donde existe aquella libertad expresiva, no hay ya, como es sabido temas provocadores (12). Los últimos tabús han desaparecido—cuando menos a un nivel legal—y el escritor no puede escandalizar ya, como hace veinte o veinticinco años, cuando cantaba el incesto o la droga, la homosexualidad o el crimen. Desde el instante en que el desnudo es legal, no puede haber desnudos provocativos. Coincidiendo con la nueva corriente crítica a la que antes me he referido, el escritor, en dichas sociedades, ha interiorizado la provocación, introduciéndola en el lenguaje. Digámoslo bien claro : en el mundo capitalista actual no hay temas virulentos o audaces ; el lenguaje, y sólo el lenguaje puede ser subversivo (13).

La fase histórica por la que atraviesa España, híbrido de dictadura y corrupción, desarrollo y pobretería ayuda a comprender tal vez el cambio operado en nuestra novelística. Hoy por hoy, España ha abandonado sus viejas características de país semi-desarrollado sin adquirir no obstante las ventajas materiales y morales de las naciones más ricas. Pero la corriente iniciada es irreversible y, con Borbones, con Trastamaras o con reyes godos, el acercamiento a Europa se acentúa y, verosímilmente, se acentuará aun más. Por obra y gracia de un contacto cada vez mayor con los países extranjeros y sus productos culturales, los temas provocadores que, con las limitaciones antes señaladas, abordamos en la década de los cincuenta han perdido poco a poco su poder de provocación : pólvora mojada, petardo que estalla en el agua, pariente pobre en cualquier caso de las nuevas expresiones literarias que, por venir de otros ámbitos, pueden manifestarse sin cortapisas. Nadie es profeta en su tierra y los escritores de fuera—aun los hispano parlantes —molestan menos que los propios : si Vargas Llosa hubiese sido español y la acción de su primera novela transcurriera en España, « *La ciudad y los perros* » habría tenido que publicarse en Lima. Pero la natural diversidad de criterio de nuestros censores no ha hecho más que subrayar una realidad histórica : como en la poesía en tiempos de Darío, la brisa, en el campo de la narrativa, sopla hoy de este lado del Atlantico. Sea como fuere, la prodigiosa floración de la novela latino-americana de la pasada década ha entrado en España sin graves obstáculos y su efecto en la mejora del gusto público ha sido considerable. De un modo todavía mimético, pero históricamente válido, el lector español de hoy ha comenzado a alzarse a los niveles culturales de fuera, y en España, como en el mundo capitalista en torno al que orbita, la fuerza provocadora del novelista tiende igualmente a interiorizarse y a introducirse en el lenguaje. Tal ha sido cuando menos el propósito que ha guiado la ejecución de mis primeras novelas adultas : « *Señas de identidad* » y, sobre todo, « *Reivindicación del conde don Julián* ». No he abandonado en ellas en modo alguno el compromiso que buscaba en mis obras juveniles. Simplemente, lo he trasladado a otro nivel. Nuestro anquilosado lenguaje castellanista exige—lo repito desde hace tiempo—el uso de la dinamita o el purgante. Nuestra actitud frente a él debe ser deliberadamente sacrílega. Como decía Valle Inclán, en una entrevista publicada dieciséis meses antes de su muerte : « *¿Usted ha visto que los herejes entren en la Iglesia? Yo soy un hereje a sabiendas. Con plena conciencia de mi responsabilidad y de mi apostasía. El idioma hay que renovarlo, como todo en la vida : la política, las costumbres, todo. ¿Vamos a estancarnos en el siglo XIX, por ejemplo, suponiendo que en esta centuria alcanzara su máximo esplendor la lengua castellana? No, no, yo no seré académico nunca... Soy un heterodoxo, y sobre los réprobos pesa la pena de excomunión.* »

Creo que algunos coetáneos mios y los novelistas que hoy empiezan a publicar aprobarían también, de conocerlas las palabras del gran maestro, tan tónicas y ejemplares en una sociedad, como la nuestra, en la que todo conspira a ahogar el fuego de la rebeldía juvenil bajo el peso de un conformismo estéril, corrupto. Ojalá, con el heroísmo que implica vivir y trabajar en un país « *en donde muere la inspiracion envuelta en humo* », alcancen un día la vejez biológica con esa juventud indemne que siempre me trae a la memoria una frase que otro anciano irrecuperable, el músico francés Erik

(12) La libertad de expresión artística del mundo capitalista se halla sujeta en realidad a las leyes del mercado, a la fetichización de la mercancía. Escrito hace más de veinte años, el ensayo de Luckacks « *Arte libre o arte dirigido* » sigue conservando una actualidad candente.

(13) En 1968, se celebró en Constanza (Suiza) un coloquio de escritores y críticos de los países germano parlantes en el que se discutieron algunos de los problemas que rozamos aquí.

B.D.I.C

Satie, solía repetir en los últimos años de su vida : « *Quand j'étais jeune, les gens, autour de moi, me disaient : Ah, vous verrez, vous verrez quand vous aurez soixante ans ! Eh bien, maintenant, j'ai plus de soixante ans, et j'ai rien vu.* »

Angel Rama

A quien leyere, extranjero

A la España de « *charango y pandereta* » que inventaron los románticos franceses del XIX correspondió, como reflejo desmedrado que se extendió hasta bien entrado el siglo actual, una Hispanoamérica folklórica de gauchos, charros, huasos, y llaneros, todos vestidos parejamente en la misma guardarropía teatral londinense. La falsedad de estas imágenes nacía del ser hijas puras de la imaginación extranjera. Expresaban el soñar ansioso de franceses, ingleses y, muy pronto, norteamericanos, tratando de huir de las prestaciones de su sociedad industrial mediante la invención de fieras criaturas naturales.

Legítimas descendientes del « *bon sauvage* » con que ya antes Rousseau había poblado nuestras selvas americanas, fueron copiadas puntualmente por los hispanoamericanos para proporcionar placer más consistente a quienes las soñaban y eran los señores de más allá del océano. A veces, sin embargo, tal como aquellos indígenas que en el Cuzco copiaban la imaginería religiosa española con tan distraída aplicación que terminaron creando una escuela pictórica original, los escritores hispanoamericanos se distraían del modelo literario y al enfrentarse a su verdad nos daban textos rutilantes como el *Facundo* de Sarmiento, o *Martín Fierro* de Hernández, o *Nuestra América* de Martí o *La vorágine* de Rivera.

Pero seguíamos en la naturaleza a la cual Hegel nos adscribió y sin redención posible porque no se veía compresión social que llegara a generar la cultura. Por lo tanto parecían inamovibles la copia de lo europeo, la fijeza de lo folklórico : la dispersión de infinitas pequeñas regiones con sus pequeñas costumbres y sus pequeñas vanidades que constituían el provincianismo. La incorporación a la cultura y, a partir de sus estructuras urbanas y racionalizadas, la construcción de una literatura coherente—lo que postulaba, más que una simple serie de libros, la invención de un sistema dinámico—fue el proyecto intelectual que explícitamente se formularon los escritores de fines del siglo XIX. Les llamamos, correctamente, los « *modernistas* », porque ellos nos metieron en la modernidad.

Desde entonces subidos a la barca del mundo, navegamos en ella, aunque ha sido recién en esta última década que el extranjero ha recibido, en vez de aquella imagen que soñaba y se le devolvía con apariencia de realidad por la operación literaria mimética, un conjunto de obras signadas por la autonomía creadora. En ellas puede encontrar una realidad emparentable pero que es a la vez distinta de la suya, lo que le autoriza la experiencia de la « *otredad* » y, simultáneamente, la de la « *humanidad* ». Somos otros, pero de la misma especie, qué diablos !

Cuando se producen estas bruscas irrupciones que comunican entre sí literaturas, casi resulta mayor el número de confusiones que el de informaciones. De fama estamos hablando, o sea, en la frase de Rilke, de la suma de todos los malentendidos. Las obras y los escritores resultan extraídos de sus escuelas, sus filiaciones, sus áreas culturales, las épocas o tiempos en que florecieron, desaparece entre ellos la distancia cultural que fingen las edades y, con sus rostros más relucientes e intemporales son estampillados sobre el álbum museo antología que los agrupa. Simples cabecitas para el fotomontaje de un parnaso. Los estructuralistas gustarían decir que todos son sumidos dentro de la « *literaturidad* » lo que para este caso adquiere un aire más persuasivo : tratándose de obras escritas en un período que no supera los cincuenta años, todas corresponden a un mismo movimiento de la literatura, por momentos se diría que a un mismo fraseo estilístico general, en definitiva a la cosmovisión de los contemporáneos que en ellas se reconocerán.

Esta nueva asociación por redes temáticas o estilísticas corresponde a las exigencias que, según pensaba Malraux, introduce el museo para unificar las dispares obras de arte en categorías. Mediciones intemporales, mediciones formales, mediciones temáticas, sin duda son legítimas y hasta convincentes con su airecillo de preanunciar la eternidad, pero no hacen justicia a un arte tan notoriamente anti-museo como es el de la literatura hispanoamericana actual ni a una función tan múltiple como la que aún cabe al escritor de esta región del mundo, quien, como alguna vez teorizó Wright Mills, sigue siendo un hombre inmerso en un pueblo cultural que lo contempla como héroe potencial de vastas hazañas y no meramente como un literato. Del mismo modo sus obras tienen la condición de carbones encendidos : conservan las trazas del proceso artístico e histórico en que se fraguaron y al mismo tiempo concurren a una tarea extraliteraria a la que no se ven reclamadas del mismo modo otras literaturas : la constitución incesante de una nación, la nación hispanoamericana, entidad que nunca ha existido sino en la proclama revolucionaria de los héroes, desde Bolívar hasta Guevara, y en la labor intercomuni-

cante de las obras literarias que, aborreciendo la compartimentación de fronteras en que se desarma un continente, tejieron con furor alucinado su cuerpo unido. Durante largos períodos de la historia han sido las obras literarias las únicas que conservaron vivo el principio de una patria grande. Pero, como en el cuento de Borges, no se puede dar realidad a un sueño si se es irreal, soñado. La actual constitución sistemática de la literatura hispanoamericana coincide con la de una nación hispanoamericana.

Fue en 1881 que José Martí situó con nitidez el problema : « *A pueblo indeterminado, literatura indeterminada ! Mas apenas se acercan los elementos del pueblo a la unión, acércanse y condénsanse en una gran obra profética los elementos de su Literatura. Lamentémonos ahora, de que la gran obra nos falte, no porque nos falte ella, sino porque esa es señal de que nos falta aún el pueblo magno de que ha de ser reflejo* », con lo cual corroboraba su afirmación programática : « *No hay letras, que son expresión, hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana, hasta que no haya Hispanoamérica.* »

Si hoy, noventa años cumplidos del vaticinio, debemos reconocer la existencia de una literatura hispanoamericana coherente, con su repertorio de temas, formas, lenguajes, con su ciclo de producción y consumo asegurado, con un conjunto de grandes obras que están vinculadas entre sí por las funciones dinámicas de un sistema cultural, es porque, como él dijo, hay Hispanoamérica. Y entendámonos : no la mera acumulación de países y de ciudadanos que superan los ciento cincuenta millones, sino ese elemento aglutinador : la voluntad colectiva puesta al futuro, la conciencia reflexiva de una unidad, la idea de un proyecto en común. No es ninguna casualidad que la irrupción repentina, a borbotones, de la literatura hispanoamericana se produzca en esta última década que ha sido la de la irrupción revolucionaria del continente. La atención que desde 1959 puso el mundo a esta zona olvidada coincidió con la atención que puso a una literatura que existía desde hacía decenios y a la que leyó sobre el trasfondo de su historia contemporánea.

En 1887 el mismo José Martí, quien vivía en Nueva York, fue a escuchar a Whitman que entonaba su treno por Abraham Lincoln. En un artículo fulgurante dio a conocer al orbe de la lengua española un poeta del que dijo que era « *el más intrépido, abarcador y desembarazado de su tiempo* ». En ese ensayo memorable, reflexionó : « *Cada estado social trae su expresión a la literatura, de tal modo que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos, con más verdad que por sus cronicones y sus décadas.* » Así podemos decir del cuerpo de la literatura hispanoamericana de hoy, tal como se encuentra en las páginas de esta antología, que es la historia viva de un pueblo y que el resto es literatura, como en la despectiva frase de Verlaine. Si ha llegado a constituirse esta literatura autónoma es porque ya existe una Hispanoamérica autónoma cuyas partes están tratando de reunirse : ese orbe podrá escudriñarse mejor en las obras literarias que en las historias oficiales de retórica operática.

Esta literatura ha venido constituyéndose por un proceso acumulativo que es inútil que los escritores finjan desconocer, afirmando que nada tienen que ver con sus padres, que aborrecen ya a los regionalistas, ya a los vanguardistas, ya a los neobarrocos. En los noventa años transcurridos desde la profecía martiana es evidente la fluencia nunca interrumpida de un diálogo interior donde se ha ido consolidando la autonomía y originalidad de la creación literaria hispanoamericana. Por debajo de los manifiestos iracundos o los parricidios de papel, que fueron espuma liviana de estos años agitados, por debajo, las grandes olas continuaron componiendo el mar que permanece. Así vemos que las conquistas que una generación enarbola como banderas, resultan absorbidas en la siguiente, que las maneja como materiales del oficio. No se trata de una tradición, sino de un proceso.

Su comprobación más externa está en la abundancia de narradores y poetas a que se ha llegado y en la frondosidad de sus orientaciones estéticas. En una antología de sostenida jerarquía artística, Hortense Carpentier y Janet Brof han reunido casi cincuenta autores del último medio siglo. Ni un solo nombre habría que tildar de los allí reunidos, pero en cambio podríamos seguir agregando en un mismo plano de calidad, hasta componer un otro tomo de análogas dimensiones. Para ese segundo volumen ya estoy apuntando sugerencias : entre los narradores, Manuel Rojas, Carlos Fuentes, Salvador Garmendia, Fernando Alegría, Mario Benedetti, David Viñas, José Donoso, Juan García Ponce, Reynaldo Arenas ; entre los poetas, Ramón López Velarde, Enrique Molina, Idea Vilariño, Gonzalo Rojas, Tomás Segovia, Eliseo Diego, Antonio Cisneros, Heberto Padilla, Julia de Burgos, Rafael

Cadenas, Noé Jitrik.
Pero el proceso acumulativo tuvo efectos internos más acendrados en las letras. A él le debemos la constitución de una lengua específica de la literatura a la que sólo se llegó a fines de la segunda década del XX luego de ingentes tanteos, soluciones parciales y fracasos. Fueron los poetas quienes primero la articularon utilizando el aporte de las dos generaciones modernistas anteriores, cuando todavía los narradores se demoraban en la lengua enunciativa y lógica del regionalismo. Con Ramón López Velarde, César Vallejo y Vicente Huidobro —poetas cuyas voces se generan bajo el impulso de otros poetas americanos—se constituye esa lengua específica de la literatura, eludiendo el asentamiento sobre el nivel lexicográfico para establecerlo sobre una sintaxis en tensión capaz de devorar las palabras más comunes y, conjuntamente, apropiarse de la realidad circundante. Esa lengua se ramifica de inmediato en las variaciones representadas por Carlos Pellicer, Pablo Neruda, Jorge Luis Borges, Nicolás Guillén, León de Greiff, Luis Palés Matos, antes de resultar la fecundadora, prácticamente la partera de la novela. Porque ni Miguel Angel Asturias, ni Alejo Carpentier, ni Arturo Uslar Pietri, ni Agustín Yáñez, ni el Borges narrador, hubieran sido posibles sin esta concepción de la escritura poética a la luz de la cual ellos revisaron la idea de personaje, de estructura narrativa y de fabulación vigentes en su tiempo.
Los contactos de los principales narradores vanguardistas con la experiencia poética—varios de ellos han sido poetas y narradores—fueron tan fundamentales para la reorientación de la ficción hispanoamericana que ellos operaron, como su trato, muchas veces directo, de los surrealistas franceses. En el París de Breton, Soupault, Aragon, Desnos, de los años veinte, estuvieron Miguel Angel Asturias, Ernest Hemingway, Vicente Huidobro, E.E. Cummings, Ezra Pound, César Vallejo, Henry Miller, Alejo Carpentier. Y sin embargo no se conocieron entre ellos. Para todos París era una movible fiesta donde entraban en contacto con una modificación central de la cultura planetaria que se introducía a través de ese meridiano y donde, al cotejarse con una realidad otra se reencontraban con ellos mismos. Quedaba atrás el Londres donde había anidado Henry James ; mucho más atrás el Madrid donde la chispa del « *ultraísmo* » pondría una atención efímera al pasaje de Borges.
Esta presunta « *generación perdida* » es en verdad la « *generación recuperada* » de Hispanoamérica, aquella que se desprende definitivamente del complejo de marginalidad que había venido ahogando a sus escritores, consagrándose ahora a una tarea que se ha tornado clara, que es el diálogo de las culturas con las respuestas americanas al mundo moderno. No importa cuales sean las ideologías y las estéticas, a esa tarea contribuirán todos : Alejo Carpentier descubre que la única realidad de lo maravilloso debe buscarse en Hispanoamérica y no en la baraja manoseada de los surrealistas franceses ; Pablo Neruda hará de la tierra, el mineral y la madera americanas una residencia poética, previa a su reencuentro con la que lo esperaba en Macchu Picchu ; Borges inventa una ciudad monstruosa, casi onírica, que se llama Buenos Aires y remeda al sur una Europa sincrética ; Asturias acomete el primer arquetipo social hispanoamericano, « *el señor presidente* ». Y todavía quedará lugar para las figuras intersticiales de esa generación : Felisberto Hernández, Julio Garmendia, Enrique Labrador Ruiz que descienden a las vidas oscuras para manejarlas con el humorismo recreando la lengua hablada de la calle.
Dentro de ese conjunto de creadores las novelas son las que surgen más tardíamente. Hay que esperar a la década del 40 para que se acumulen, invirtiendo el signo genérico de la creación hispanoamericana : parecería que los novelistas suceden a los poetas. Pero es una impresión falsa, derivada de que han aparecido, al fin, novelistas. Para esta fecha ya encontramos una nueva generación en marcha, la que hoy es cabeza intelectual del continente. Tras ella se oyen los pasos de al menos otras dos, apresuradas. Como en el verso de Amanda Berenguer : « *ellos vienen detrás, como tormenta, los jóvenes, los niños, los recientes* ».
Si hubiera que bautizar esa generación a nivel continental, diría que es la de « *los universalistas* » y si tuviera que prototipizarla apelaría a dos figuras que, una desde el sur y otra desde el norte, comparten una misma línea artística y un mismo magisterio. Son Julio Cortázar y Octavio Paz, uno más narrador y otro más poeta, pero ambos múltiples, hombres de la totalidad cultural y a la vez hombres arraigados en una modernidad que empieza por no querer ser cultural, como estatuía Rimbaud, y a la que define el ansia inagotable y trágica de la búsqueda, el descubrimiento e inmolación de las formas, el especular retorno sobre sí para verse y devorarse, ya en un poema como *Blanco*, ya en una novela como *Rayuela*, la concepción de la literatura como aventura cognoscente donde cada descubri-

miento es una pista. La herencia de la que partieron—que en ellos lejos de significar ruptura fue aceptación consciente—, la dixtensión de sus carreras al mundo todo—que en Cortázar y más en Paz postuló una ampliación que absorbió el pensamiento oriental—, la asunción del incesante espíritu de vanguardia—como cifra de una perenne juventud artística—, los ha situado como cabezas visibles de la generación universalista y maestros de la literatura continental. En esta línea de extremación, casi desmesurada, quien los acompaña es José Lezama Lima a quien es normal que Cortázar haya rendido homenaje percibiendo el espíritu iconoclasta y universal que alentaba en su caótica selva bibliotecaria.

Pero la función dominante de esta generación correspondió a un religamiento poético y otras veces crítico, con la realidad hispanoamericana, lo que llamaríamos el adentramiento en la piel de un continente cultural para explicarlo íntimanente. Esá función parte de un drástico cuestionamiento de valores sociales lo que ha permitido definir a estos escritores como los integrantes de una generación crítica y aun hipercrítica. Bastaría con evocar, tras la inicial narrativa de Juan Carlos Onetti, la de José Revueltas, Ernesto Sábato, Carlos Fuentes, Mario Monteforte Toledo o Carlos Martínez Moreno en lo que todos coincidieron, o sea en la desmitificación de sus sociedades. Pero el cuestionamiento también puede ser detectado, aunque en un nivel de complejidad mayor, dentro de la función testimonial, lírica y racional a la vez, con que un sector de hondos narradores religaron zonas olvidadas de la cultura al universalismo de la hora, a la vez que evitaron que aquellas fueran arrasadas por éste; Juan Rulfo, José María Arguedas, Augusto Roa Bastos, debieron apelar a diversos lenguajes poéticos para traducir proyectos artísticos que prácticamente coincidían con actos de trasculturación. Probablemente sean esas las raíces a que deba atribuirse la caudalosa descendencia del surrealismo en América Hispana, al punto de afirmarse que *es* un continente surrealista, que lo ha sido siempre, desde que el primer español puso su pie. Efectivamente, la técnica del montaje literario surrealista por aproximación de elementos disímiles, lo que un sudamericano llamado Lautreamont designó como el acercamiento fortuito del paraguas y la máquina de coser sobre la mesa de disección, resulta sistema válido para describir un continente que desde 1492 vive sobre el ensamblaje de culturas diferentes, antitéticas si cabe, correspondientes a niveles de desarrollo muy disparejos y a tiempos históricos distintos, y, desde hace cincuenta años es agitado por una urbanización violenta que estruja a millones de hombres provenientes de antiquísimas culturas rurales dentro de las casas, calles y formas de vida puntualmente adaptadas de los últimos figurines de las sociedades industriales. Antes de que lo definiera Breton, esto era el surrealismo para los ojos azorados de Nerval y Lautreamont, y así vuelve a ser vivido por Hispanoamérica, como ley de contraste violento y como ansia de reinserción en lo maravilloso. Así lo manifiesta su literatura, si se tiende un arco que vaya desde *El señor presidente* de Asturias hasta *Cien años de soledad* de García Márquez, en la novela, y desde *Las cosas y el delirio* de Enrique Molina hasta *Delante de la luz cantan los pájaros* de Montes de Oca, incluyendo cenáculos enteros como el de La Mandrágora chilena o el incendiario de El Techo de la Ballena venezolano. Pero del mismo modo que Freud no quería liberar sino encadenar para siempre al inconsciente, los escritores hispanoamericanos de las últimas generaciones muy pocas veces manejan esos explosivos para inventar un baile fosforescente en la selva americana, sino para el progreso de la especie, poniéndolos al servicio de una empresa racional del conocimiento que es paralela a y se traduce por una estructura artística compleja pero severamente construída.

A pesar de las eufóricas propuestas a favor de un « *realismo mágico* » que surgieron durante los años veinte a cargo de los vanguardistas y a pesar de su perfeccionamiento con las soluciones de « *literatura fantástica* » de los años cuarenta que tuvieron epicentro en la revista « *Sur* » de Buenos Aires, la generación inmediata prefirió un cauteloso descenso al realismo, gobernando los impulsos irracionales que habían sido tan prestigiados en una época que Lukacs definió como culminación del asalto a la razón. Este descenso fue prefigurado por los cuentos de Cortázar, si se los coteja con el esquema intelectual del anterior maestro, Borges; en ellos se vio que lo maravilloso se aposentaba en la vida corriente y esto era « *suficiente maravilla* ». Como siempre, los primeros en saberlo fueron los poetas del cuarenta : ya en la formulación intimista que cultivaron Cintio Vitier, Eliseo Diego, Juan Cunha, César Fernández Moreno; ya en la línea individualista y dramática con que se enajenan del surrealismo Nicanor Parra, Idea Vilariño, Gonzalo Rojas, Enrique Lihn : ya en la apropiación crítica de un mundo social, fórmula inmen-

samente mayoritaria, en Sebastián Salazar Bondy, Mario Benedetti, Ernesto Cardenal, Roberto Fernández Retamar, Juan Gelman, Noe Jitrik, Milton Schinca ; ya en el gobierno de las pasiones, en Alberto Girri o en Jorge Gaitán Durán. El coloquialismo, el prosaísmo, la lengua limpia, callejera, el desvío por el tropo, la desconfianza por las imágenes, al ritmo fluyente del habla, ¿ acaso sobrevive la poesía ? Fernández Retamar, que alambica esta poesía del hoy dentro de una centenaria cultura poética elaborando un producto de incesante riesgo, contestó a la eterna pregunta : « *que cualquier cosa sea posible, eso es la poesía* ».

Junto a los poetas iban surgiendo los narradores, marcados por las experiencias de una década que vio la caída sucesiva de los dictadores hispanoamericanos : uno tras otro, Perón, Odría, Rojas Pinilla, Pérez Jiménez, Batista. Se los verá como una generación inicialmente seria que, con una libertad creativa que quizás pudieran atribuir o debieran agradecer a sus padres, reinquieren en los cauces del viejo realismo social. Podríamos seleccionar seis figuras representativas que cubren el continente : Carlos Fuentes (México), Gabriel García Márquez (Colombia), Salvador Garmendia (Venezuela), Mario Vargas Llosa (Perú), José Donoso (Chile) y David Viñas (Argentina). Ellos son la nueva literatura de Hispanoamérica y si sus evoluciones variadas y a veces imprevisibles, con repentinos giros estilísticos (Fuentes, García Márquez) los han alejado de sus planteos primeros, en lo central de sus obras hay voluntad de conocer el mundo, desenmascararlo y reinterpretarlo, hacerlo de nuevo. Se pudo pensar un momento que, de conformidad con el movimiento pendular de la cultura hispanoamericana, al universalismo del 40 respondía un nuevo regionalismo, instalado en un plano artístico superior. Algo de eso se pretendió con la adjudicación del Premio Rómulo Gallegos a Mario Vargas Llosa en 1967 : no sólo se distinguía una novela excepcional, *La casa verde* sino que se proponía a Vargas para continuar el magisterio regionalista de Gallegos. Y sin embargo, más significativo que el territorio temático o la actitud realista, fue el laboratorio experimental al que ingresó la mayoría de estos narradores, decretándose así herederos de Cortázar y Paz, cuya capitanía reconocieron. La idea de Cortázar sobre la necesidad de operar la revolución dentro de la literatura resultó asumida a un nivel continental presentándose ese como uno de los modos nuevos, —inesperado—para reemplazar o al menos enriquecer la anterior posición que preconizaba la asistencia temática, lógica y racionalmente servicial a la revolución social. Con lo cual, si bien se situó a la literatura en un nivel estructural más complejo, respondiendo a la creciente exigencia de su lector real, se creó un campo de tensiones dentro de un cuerpo social que, como el hispanoamericano, abarca tiempos y hasta eras geológicas distintas, a la vez que vive desgarrado por las proposiciones ideológicas. El marco experimentalista se torna autónomo en la acuciosa escritura de Elizondo, parece disolverse en la programática narrativa de González León y consigue una evolución media, compenetrada de la materia, en los cuentos de Antonio Skarmeta, la promesa más reciente de la cuentística latinoamericana. Ese mismo marco rige, inflexionándose de acuerdo con las vertientes culturales de las diversas regiones que consiente la unidad general hispanoamericana, en la creación poética del colombiano Alvaro Mutis, del argentino Roberto Juarroz, del mexicano Jaime Sabines.

Han sido, todas ellas, experimentaciones de índole estructural, que delatan las proposiciones cada vez más complejas a que se enfrentan los escritores del continente y que no deben ser confundidas, como se lo ha hecho, con soluciones de tipo estilístico hablándose de barroquismo de la nueva literatura o de tendencias fantásticas o de inmersión en la investigación linguística. Aunque, como corresponde a toda concentración sobre el nivel de las estructuras, postula automáticamente una cierta elusión de la historia, que se ha patentizado desde el año 1967, año de *Cambio de piel* y de *Cien años de soledad*, año que sirve de frontera para una serie de creadores narrativos nuevos como Manuel Puig, Germán García, Héctor Sánchez, que visiblemente ponen la sociedad entre paréntesis, año que, como ha recordado Viñas para poner de fondo a las letras argentinas recientes, muere en Bolivia el Che Guevara.

La fecha de una antología, como la de un prólogo, corta bruscamente el río fluyente. En vez de la secuencia cinematográfica nos remite a la foto fija. En este caso nos ofrece dos de escritores muy jóvenes : Javier Heraud a quien la muerte trágica en la guerrilla peruana ha conferido un halo mítico y Norberto Fuentes, el cubano, toda cuya literatura es un combate feroz en las sierras de su isla entre el ejército regular y los bandidos contrarrevolucionarios infiltrados. De un modo u otro la acción revolucionaria los cerca, los inunda, los

obsesiona, los alucina, los conforma. Si releemos los poemas que Heraud escribió antes de ingresar a la guerrilla encontraremos un canto a la vida en versos simples y tensos por los que descendía a una mención despojada del mundo. Si leemos *Condenados de Condado* encontraremos una mirada concentrada y devorada por la acción misma, los objetos y hombres de una pugna que más que social parece, como en su maestro Babel, cosmogónica, porque la intensidad de la escritura y la terrible violencia de las imágenes ascienden el combate a una pugna mítica.

Ambas fotos fijas ofrecen el antes y después de la experiencia de la acción, como un anticipo del incesante cataclismo revolucionario que recorre Hispanoamérica y pone un ascua a toda su literatura.

José Maria Blanco White

Antologia

Introducción, selección, traducción y notas de Juan Goytisolo.

La historia de la literatura española está por hacer : la actualmente al uso lleva la impronta inconfundible de nuestra sempiterna derecha. El destino póstumo del expatriado español, José María Blanco White (1775-1841) podría servir de ilustración, en efecto, del funcionamiento de los mecanismos de represión y censura que determinan la escala de valores del país según la óptica de nuestros programadores culturales. ¿ Qué sabe el lector español de hoy de él y su obra ? Si nos tomamos la molestia de consultar los manuales de literatura de los últimos ochenta años hallaremos una serie de opiniones tajantes y exaltados epítetos cuyo origen podemos fácilmente rastrear, de libro en libro, casi sin variación alguna hasta el capítulo IV, libro VII de la monumental Historia de los heterodoxos españoles *de don Marcelino Menéndez Pelayo. Lo hemos dicho en varias ocasiones y no nos cansaremos de repetirlo : en España no sólo se heredan propiedades y bienes ; de generación en generación se transmiten, igualmente, criterios y juicios y, con honrosas excepciones, los historiadores y ensayistas del país siguen viviendo aún hoy, en lo que a Blanco concierne, de las dudosas rentas del señor Menéndez. Los libros de Blanco White no han sido reeditados jamás y la vieja represalia nacional del silencio ha operado con él de modo muy simple : negándole la traducción a su idioma nativo y vedándole así, eficazmente, el contacto con sus paisanos.* « A quien conozca la obra de Blanco, tanto en inglés como en español, no puede menos de sorprenderle la desproporción existente entre su valor y su escasa resonancia », *señalaba Vicente Llorens en su sugestivo ensayo « Liberales y románticos ».* Por lo que se refiere a España, agregaba, no hay duda de que su heterodoxia ha tenido que contar decisivamente para mantenerlo en la penumbra que lo envuelve ». *La observación es justa y merece que nos detengamos en ella : a diferencia de los demás países de Europa occidental, en donde todo lector capaz de comprender y valorar lo que lee tiene acceso libre a las fuentes de la cultura nacional, el lector de lengua española recibe ésta a través de un filtro purificador destinado a retener toda la escoria susceptible de contaminar los muy puros raudales de la ortodoxia hispana. Separados de la obra de Blanco por el denso telón de silencio y oprobio de nuestros* zombis, *sus eventuales lectores no han podido arrancarle de la casilla en que lo encerrara el conocido celo apostólico del polígrafo montañés. Mazmorra o sepultura más bien, ¡ y vaya una ! : la de apóstata, renegado, abominable y antipatriota — que justificaría por sí sola la mortaja piadosa que lo cubre. Pero seamos justos : Menéndez Pelayo tuvo cuando menos la honestidad mínima de acercarse a sus escritos, y sus pareceres — por apriorísticos, inexactos y anacrónicos que sean — se fundan o pretenden fundarse en un examen de los mismos ; sus epígonos, por el contrario, ni siquiera intentaron leerlos. Les bastaba, y sobraba, con el fallo inapelable del Gran Maestro. El que una obra tan rica, compleja y profunda como la de Blanco haya permanecido durante casi siglo y medio sin traducir, muestra con aterradora elocuencia el bajísimo índice de curiosidad intelectual que caracteriza desde siempre a los españoles : salvo los pocos nombres de todos conocidos, el análisis real — no justificativo ni mítico — de nuestra propia historia permanece aún hoy — triste es decirlo — en manos de investigadores extranjeros. Los mismos programadores del consumo interior que por espacio de décadas han privado al público de la Península del acceso a una obra de la magnitud de* La regenta *siguen actuando con un autor como Blanco White sin que nadie o casi nadie proteste o se escandalice. ¿ Por qué ? Porque, como dijo Cernuda,* « en España las reputaciones literarias han de formarse entre gente que, desde hace siglos, no tiene sensibilidad ni juicio, donde no hay espíritu crítico ni crítica, y donde, por lo tanto, la reputación de un escritor no descansa sobre una valoración objetiva de su obra ». *Que la atormentada y áspera personalidad de Blanco resultara extraña a sus coetáneos nos parece absolutamente normal. Como dice con razón Vicente Llorens,* « sus ideas, su sensibilidad, su lenguaje tenían que ser incomprensibles para quienes seguían aferrados a una tradición que él había abandonado hacía años ». *La experiencia nos ofrece a menudo ejemplos del destino amargo de los pensadores y artistas que tienen la clarividencia y audacia de adelantarse a los valores oficiales de su tiempo : perseguidos y negados en vida, su reconocimiento no viene sino más tarde compensando así, de modo póstumo, la injusticia flagrante con que fueron tratados. Pero en España ni siquiera existe dicha compensación : nuestros programadores siguen cargando sobre los hombros de Blanco el delito de la insobornable lucidez que expió dolorosamente en vida. Mientras Inglaterra y Francia, por ejemplo, se sirven de la persona y obra de sus disidentes más célebres para mayor gloria de la cultura e historia nacionales una vez cicatrizadas las heridas del tiempo,*

el acierto político y la generosidad moral no merecen entre nosotros ad vitam æternam *sino oprobio y silencio. ¿Exageración nuestra? Léanse v. gr. los ensayos de Menéndez Pidal sobre el padre Las Casas, cuyos alegatos antiesclavistas son calificados de* « anticuados » *y* « mediavales » *en contraposición a la* « moderna » *y* « perdurable » opinión *de Vitoria que, llena* « de caritativa mesura y de templanza » *y de* « profundo espíritu de equidad cristiana », *distingue nada menos que* « siete causas legítimas de esclavitud » : *para el fallecido presidente de la Real Academia Española, Las Casas era simplemente un* « deslenguado » *y un* « resentido ». *El mismo daltonismo aberrante continúa afectando aún hoy la ejemplar conducta de Blanco con respecto a la insurrección de América. Cuando España ha reconocido desde hace casi siglo y medio la independencia de las repúblicas hispanoamericanas y éstas son, oficialmente hablando,* « las hijas amadísimas de la Madre Patria », *en lugar de envanecernos del desinterés y perspicacia de Blanco y proponerlo de modelo a la consideración de los nuevos países, se le sigue marcando con los epítetos de* « renegado » *y* « traidor ». *Los lectores hispanoamericanos de hoy podrán apreciar gracias a las páginas que figuran en el presente número de la revista la lógica y sinceridad de quienes se enorgullecen a un tiempo de la existencia de dieciocho repúblicas de habla española en el Nuevo Mundo y continúan fustigando a Blanco por el imperdonable crimen de haber tomado partido por ellas. Pero dejemos la palabra al inevitable Menéndez Pelayo, cuando analiza la línea política del ex-sacerdote sevillano en su periódico londinense* El Español : « Empresa más abominable y antipatriótica no podía darse en medio de la guerra de la Independencia... desde el número tercero comenzó a defender sin rebozo la causa de los insurrectos americanos contra la metrópoli... desaforándose cada vez más, estampó en su periódico las siguientes enormidades : El pueblo de América ha estado trescientos años en completa esclavitud... La razón, la filosofía claman por la independencia de América... » ; *tras evocar los estragos de su* « venenosa pluma », *el señor Menéndez retrata así su actuación política al frente de* Variedades *(1823-1825) :* « Del patriotismo de sus editores júzguese por este dato : empieza con la biografía y el retrato de Simón Bolívar (!)... Allí, por último, llamó agradable noticia a la de la batalla de Ayacucho. » *No es necesario continuar : con el botón de muestra basta para que comprendamos la índole del* « amor » *que Menéndez Pelayo, y quienes piensan como él, profesan a los pueblos liberados por Bolívar cuando se hinchan la boca de frases sonoras y nombres talismánicos como Raza, Hispanidad y Madre Patria. De haber vivido entre 1810 y 1824, no resulta aventurado suponer que habrían disparado sobre ellos.*

La selección que a continuación publicamos ha procurado abarcar las múltiples facetas de la vasta y heterogénea obra de Blanco, tanto en inglés como en español, desde sus vibrantes artículos de El Español *y* Variedades *hasta las páginas admirables de sus* Letters from Spain *y de su sobrecogedora autobiografía. Nacido en Sevilla en el seno de una familia de mercaderes de origen irlandés que hispanizó su original apellido de White, José María Blanco abrazó en su niñez la carrera sacerdotal a fin de satisfacer los deseos maternos y su propia necesidad de cultura. Ordenado de sacerdote en el año 1810, perdió poco después la fe religiosa, se trasladó de Sevilla a Madrid y, al producirse la invasión del ejército napoleónico, abrazó de mala gana el bando anti-francés, previendo con razón el retorno del absolutismo y la intolerancia con el mal deseado Fernando. Tras dirigir el* Semanario Patriótico *hasta su suspensión por la Junta Central, aprovechó la oportunidad de la llegada de las tropas francesas a unas leguas de Cádiz para refugiarse en Inglaterra en febrero de 1810. Allí, edita el ya mencionado* Español *y, atormentado de nuevo por inquietudes religiosas, se afilia a la Iglesia anglicana y escribe numerosas obras polémicas contra Roma :* Practical and internal evidence against Catholicism, The poor man's preservative against Popery, Second travels of an Irish gentleman in search of a religion, *etc. A partir de 1829 se aleja paulatinamente del anglicanismo hasta romper de modo definitivo con él en 1835 y declararse unitario. En los últimos años de su vida su enemiga a todas las Iglesias y al concepto de ortodoxia deriva, a través de sus diarios y su correspondencia con Channing y Stuart Mill, hacia un deísmo racionalista que abandona la teología por el estudio de la nueva filosofía alemana. En 1839, enfermo de gravedad, parece haber sentido nostalgia de su país nativo, en cuya lengua escribe algunos hermosos poemas que se publicarán después de su muerte, acaecida en 1841.*

La importancia evidente de la obra de Blanco resalta todavía si tenemos en cuenta la extrema penuria de talentos de que adolece la literatura peninsular de su tiempo : desde el eclipse del genio

creador español en la segunda mitad del siglo XVII, *¿ de qué nombres pueden enorgullecerse las letras hispánicas — nombres que puedan competir con los de Francia, Inglaterra o Alemania ? Si descontamos dos o tres, ¿ qué autores nacionales pueden traspasar nuestras fronteras hasta la aparición casi milagrosa de un Bécquer, un Clarín, un Galdós ?. No es de extrañar entonces que, ante panorama tan yermo, escritores y lectores de Hispanoamérica hayan buscado su inspiración y estímulo en el ámbito de las literaturas ultrapirenaicas. Las duras palabras de Sarmiento sobre la España que visitara en 1846 reflejan crudamente esta situación :* « ustedes no tienen *(hoy)* autores, ni escritores, ni sabios, ni economistas, ni políticos, ni historiadores, ni cosa que lo valga... ustedes aquí y nosotros allá traducimos ». *Con toda razón, Sarmiento no había visto* « más libro español que uno que no es libro, los artículos de periódico de Larra ». *La irritación que sus juicios suscitara en la Península no se ha calmado aún, pero la escueta realidad persiste en confirmarlos. La España de la primera mitad del* XIX *no podía ofrecer cosa alguna al apetito intelectual de un Sarmiento, aparte de los artículos de Larra y, añadiríamos nosotros, el teatro de Moratín. El único nombre que podríamos agregar al de éstos era desde 1810 el de un hombre oficialmente maldito y, en lugar de vindicarlo, la casta gobernante en España se aplicaba ya, con tenacidad digna de mejor causa, a adensar en torno a él el silencio que entre nosotros prepara y anticipa el olvido. Su victoria mezquina ha mutilado gravemente la literatura española de la época, privándola de uno de sus vástagos más pujantes, en nuestra opinión el mayor. Seamos claros : los mismos que se lamentan hipócritamente del juicio severo de Sarmiento sobre nuestros* « valores » *inexportables, apechan con la negra responsabilidad de haber impedido la difusión de la obra de un compatriota que, por múltiples razones, es susceptible de alimentar la curiosidad de los lectores de uno y otro hemisferio — obra que cualquier otro país que no fuera el nuestro, se habría apresurado a exportar.*

Nuestra opinión sobre la España post-fernandina coincide con la de Sarmiento : como él, estimamos contraproducente la propensión nacional a revestir y engalanar la miseria intelectual y artística y a servir eventualmente gato por liebre. Poco, muy poco de cuanto se ha escrito en la Península por espacio de aquellos años despierta en nosotros un sentimiento de admiración pasado el primer impulso de dolida solidaridad. Pero por ello mismo, el silencio de muerte que reina en el país da un alcance y emoción mucho mayores a gritos solitarios como el que a continuación escuchamos. La candente actualidad literaria y política de la obra de Blanco White le permite cruzar con éxito las barreras del espacio y el tiempo. Su defensa de la imaginación, su denuncia de la ortodoxia y el dogma hallan un eco inmediato en la problemática de la literatura latinoamericana de hoy, en el fenómeno regresivo de las nuevas Iglesias que asfixian las aspiraciones revolucionarias de los pueblos. Como decía Malraux hablando de Goya, « su voz, es la voz amordazada de España » : *voz que en 1971 reconocemos* nuestra — *voz descondicionada, profética,* libre *que brota del infierno en donde, para vergüenza de todos, permanece todavía enterrada.*

J. G.

I. — Autobiografía

Es verdad que en todos los países y épocas, los acontecimientos principales de la vida humana se relacionan de modo inseparable con algunos de los incidentes más nimios de la infancia... En lo que a mí respecta, el curso y carácter de mi vida se sellaron desde el momento en que expresé mi deseo pueril de ser sacerdote. No obstante, el amor al saber que me llevó arteramente al camino de la desventura no ha desemparado nunca a su víctima y es probable que nunca hubiese hallado la dicha en un estado de tosca ignorancia. Escasa y duramente ganada como es la provisión de que se nutre mi espíritu, no me desharía de ella por una vida entera de despreocupado placer ; y si la fuerza de las circunstancias no me dejó otro camino de goce intelectual que el que tan penosamente he hollado, bendigo el momento en que entré en él y sólo maldigo la fatalidad que me hizo nacer en un país católico (1).

Los efectos de la confesión en las mentes jóvenes son por lo general desfavorables a su paz y virtud futuras. Debo a dicha práctica el primer sabor del remordimiento cuando mi alma se hallaba todavía en un estado de inocencia infantil. Las reglas solemnes de la ley penitencial habían impresionado mi fantasía y la palabra « sacrilegio » me había hecho temblar al oír decir que el acto de ocultar cualquier pensamiento o acción cuya rectitud fuesen dudosas me haría culpable de los peores crímenes y aumentaría gravemente mi peligro de sufrir los tormentos eternos. Mis padres, en este caso, no hicieron más que cumplir con su deber, conforme a las normas de su Iglesia. Pero aunque habían logrado despertar mi temor al infierno, éste era, con todo, demasiado débil para vencer una vergüenza pueril que convirtió la revelación de una nadería en una empresa superior a mis fuerzas. Llegó al fin, el día señalado en que debía ir a ver al confesor. Ora vacilante, ora resuelto a no incurrir en un sacrilegio me arrodillé ante al sacerdote, dejando no obstante el último lugar, en mi lista de pecados, al abominable crimen : creo que el hurto insignificante de un pajarillo. Pero cuando llegué al punto temido, la vergüenza y confusión se adueñaron de mí y la acusación se atascó en mi garganta. La culpa imaginaria de este silencio acosó a mi espíritu por espacio de cuatro años, acumulando horrores a cada confesión sucesiva e hinchándolos hasta transformarlos en un espectro aterrador cuando, a la edad de doce años, tuve que recibir la comunión. Continué en este lastimoso estado hasta que, con el progreso de la razón, reuní, a los catorce años, fuerzas suficientes para descargar mi conciencia mediante una confesión general del pasado. No hay que suponer que se trata de un caso singular, motivado por un sentimiento morboso o la índole de mi educación primera. Pocos en verdad, entre los numerosos penitentes que he examinado, han escapado a los males de semejante estado... Vista a distancia, la necesidad de la confesión es más ligera que una pluma en la balanza del deseo mientras que, en un período subsiguiente se convierte en un castigo de la escrupulosidad : un instrumento para embotar el sentido moral mediante la multiplicación de los motivos de remordimiento, y dirigiendo sus mayores temores contra imaginarios crímenes (2).

Pero debo regresar aquí a un período mucho más temprano de mi vida, lo que haré de muy buen grado pues me dará la ocasión de corregir un lapsus de la memoria con respecto a los libros que leí en mi niñez. Cuando toqué el tema, olvidé mencionar una traducción española del *Telémaco* de Fenelón, que mi padre tenía en su minúscula biblioteca de una media docena de libros. Lo leí y releí tan a menudo cuando contaba tan sólo seis o siete años que me lo sabía casi de memoria. El efecto que ejercía sobre mi imaginación era poderosísimo, y no limitó su influjo a esta simple facultad. Curiosamente, mi primera duda acerca de la verdad del cristianismo la motivó este libro cuando no había cumplido aún los ocho años. Mi recuerdo de cuantos pormenores se relacionan con aquella vacilación pasajera es clarísimo. La descripción de los sacrificios ofrecidos a los dioses me llenaba de deleite ; a más de ello, sentía una fuerte simpatía por los personajes principales del relato. La diferencia entre su religión y la mía me impresionaba fuertemente y mi admiración por su prudencia y coraje me sugería la pregunta de por qué nos sentíamos tan seguros de que su culto religioso fuese falso. Este argumento me absorbió durante algún tiempo y, cuando llegó et día de confesarme y consulté el catálogo de pecados que figura en el libro de Preparación, sentí la necesidad de acusarme de dudas contra la fe. A medida que escribo, aparece con nitidez en mi mente el sitio donde se alzaba el confesionario y veo el rostro del dominico que solía otorgarme la absolución : se llamaba padre Barea, un hombre grueso, sonrosado

(1) *Letters from Spain*, Londres, 1822, p. 82, 84-85.
(2) *Idem*, p. 76-78.

y de muy buen carácter, a pesar de que era teólogo asesor del Santo Oficio y odiaba de todo corazón a los herejes como parte de su profesión. Al acusarme, expuse lisa y llanamente mi argumento. El asombro del fraile por poco le hizo caer de espaldas en el confesionario ; no obstante, valiéndose de las frases más dulces que posee el idioma español para dirigirse a los niños, me preguntó : *Angelito, ¿ qué libros lees ?* Le respondí con sencillez que el único libro que leía era el *Telémaco*. Al oír esto se sonrió y, tras exhortarme a que no inquietara mi cabecita atolondrada con semejantes problemas, me absolvió de todos mis pecados, sin prohibirme siquiera la lectura del libro, causa inocente de mi escepticismo. Creo que si hubiera tenido el don de la profecía me habría retorcido el cuello de buena gana, previendo que llegaría el día en que los propios herejes que él hubiera quemado con alegría, me habrían de encontrar, para su gusto, excesivamente herético (3).

Mis temores de ser desgraciado en el seno de la Iglesia crecieron de tal modo que, aunque con inmenso dolor, decidí expresarlos con entera franqueza. Mi madre escuchó mis palabras con todas las señales de congoja que un ardiente carácter femenino, alentado por sus creencias religiosas, manifiesta infaliblemente cuando su voluntad es contrariada. Desde aquel día no me miró una sola vez sin que las lágrimas no asomaran a sus ojos. A la verdad, si menciono mi absoluta debilidad y desamparo siempre que me enfrento al hecho de causar dolor a un ser humano, y sobre todo a alguno a quien quiero personalmente, no es con el propósito de elogiarme sino más bien al revés. El sentido del deber me ha sostenido, según creo, en muchos casos difíciles mientras que una conciencia insoportable de mi esclavitud mental me ayudó a arrancarme de mi familia y país, pero estoy convencido de que la mayor parte de las cosas que no he tenido el valor de desatar se deben a dicha debilidad. ¿ Qué podía esperarse de un mozo de veinte años con menos experiencia de la vida que un escolar inglés de doce ? No obstante, acallando el dolor de mi corazón, tuve el valor de persistir en mi actitud por espacio de un mes. Mi padre hubiera podido ayudarme, pues su juicio era sereno y no confundía nunca sus propios deseos con los deberes religiosos... Recuerdo que la víspera del día en que debía sujetarme irrevocablemente a la Iglesia y a una vida de celibato, me llamó aparte y me aseguró que aún estaba a tiempo de cambiar de determinación : si aborrecía la profesión para la que había sido educado, dijo, se esforzaría en buscarme otra. Uno o dos años antes me había dado esa garantía para asegurar mi libertad de elección... Pero llegaba demasiado tarde : en aquel momento estaba bajo el hechizo del afecto de mi madre y no podía concebir mi propia felicidad sin la existencia de la suya. Por otra parte, había ganado para sus fines a cuantas personas, viejas o jóvenes, podían influir sobre mí. Su auxiliar más poderoso fue Arjona. Creo que en la época de mi subdiaconado se había ordenado de sacerdote y era ya mi confesor — autoridad que ejerció alrededor de dos años. Todas las personas implicadas en la conjura — pues ciertamente la hubo — de aprisionarme en la Iglesia obraron por motivos que no puedo censurar. Todas me querían ; todas eran sinceras ; y la Providencia había decretado para mi propio bien cuantos pasos llevaron a cabo. Pero, ¡ qué amargura de corazón debe de haber sufrido mi pobre madre desde el día en que la angustia insoportable de mi espíritu me llevó a abandonar su casa por primera vez y buscar en Madrid una pobre sombra de libertad ! ¡ Cuál habrá sido su angustia al verme partir a Inglaterra sospechando fuertemente en mi resolución de no retornar jamás... ! Cedí, pues, y, al hacerlo, confundí la alegría de secar las lágrimas de mi madre con una renovada inclinación a la vida sacerdotal (4).

1802. — A la edad de veintisiete años podía considerar que me hallaba no sólo en posesión de un medio de subsistencia decoroso y holgado, sino también al alcance de promociones más altas conforme a los mismos medios limpios e independientes que me habían procurado la que ya disfrutaba. Si va a decir verdad, mi acceso a las dignidades superiores de la Iglesia habría sido casi una simple cuestión rutinaria...

... ¿ Quién hubiera podido pensar que, en tales circunstancias, y justo en el momento en que con toda seriedad y conciencia me entregaba a los deberes de mi profesión, caería sobre mí una tormenta intelectual y moral que barrería de golpe todas las huellas religiosas tan larga y penosamente grabadas en mi espíritu, volvería odiosa la perspectiva de honores y emolumentos eclesiásticos y haría absolutamente intolerable mi estancia en el país nativo ? Sin embargo, esto fue lo que acaeció, a pesar de una obstinadísima resistencia mía (5).

(3) « *Life of the Reverend Joseph Blanco White written by himself* », Londres, 1845, vol. I, p. 18-19.
(4) *Idem*, vol. I, p. 51-52.
(5) *Idem*, vol. I, p. 108, 111.

En lo que a mí respecta, declaro solemnísimamente que mi repudio del cristianismo acaeció en un período en que mi conciencia no podía reprocharme ninguna infracción abierta del deber, fuera de las que cometí varios años antes ; que durante la transición de la creencia religiosa a la incredulidad, el horror a los pecados contra la fe, profundamente arraigado en mi alma por la educación, me acosó día y noche ; y que empleé todos los medios de mi inteligencia en contrarrestar las dudas involuntarias que diariamante adquirían fuerza irresistible (6).

Cuando me recobré de la sacudida que me produjo este cambio violento, mis pensamientos se centraron en las circunstancias difíciles de mi situación ¿ Qué debía hacer ? La naturaleza me había vedado la posibilidad de ser hipócrita, aun en el caso que hubiese querido serlo. Abandonar mi profesión era imposible : la ley del país lo prohibe e interpreta la renuncia voluntaria de todos los cargos sacerdotales como una prueba de herejía... Si hubiera sido capaz de vivir como otros muchos miembros del clero, sacando el mejor partido de las circunstancias, disfrutando de mis opiniones y gustos bajo una leve carga de conformidad externa y un porte de gravedad afectada, mi condición habría sido muy llevadera. Pero el disimulo, especialmente en dichas cuestiones, me ha resultado siempre intolerable. Si me hubieran confiado los secretos de toda la Creación a condición que no los revelara, dejando a quienes me rodeaban en la ignorancia y error, mi corazón no habría soportado tal peso. No obstante, este sufrimiento habría sido insignificante comparado con el que estaría condenado a sobrellevar cuando un afecto desgraciado me condenara a amar a escondidas y disimular unos sentimientos que, aunque inocentes en sí mismos, una execrable superstición había pervertido y envenenado. Con esas fuentes de angustia interna, el mundo no podía ofrecerme ninguna compensación (7).

1808. — Pero había algo en mi pecho, que me habría impulsado a sacrificarme gustosamente por el pueblo entre el que crecí hasta que me hice hombre, si hubiera habido un poder capaz de librarme del peso aplastante del sacerdocio ; y, no obstante, con toda su carga encima, tuve bastante patriotismo para, en vez de permanecer con el bando francés sostenido por los ejércitos hasta entonces invictos de Napoleón, abrirme camino, a través de fatigas y peligros, hasta la sede misma del fanatismo, Sevilla, en donde me ví obligado a reanudar mi aborrecido y largo tiempo descuidado oficio de hierofante ante una multitud ciega, ignorante e ilusa. ¿ Quién, entonces, era el verdadero patriota ? ¿ Quién, como yo, siguió a la mayoría de sus paisanos contra su propia convicción, porque no quería verlos forzados a aceptar lo que juzgaba bueno para ellos o quienes, agregándose a sus filas, siguieron el mero impulso de sus sentimientos, por no decir el de sus ambiciones y deseos personales ? Si se hubiese afianzado el gobierno de José Bonaparte, mi patria habría dejado de ser para mí un lugar de servidumbre mental ; con todo, desde el instante en que oí que mi propia provincia se había alzado en armas, abracé mis cadenas y volví sin demora al lugar en donde sabía que me desollarían más : a Sevilla — la ciudad más fanática de España —, en aquel momento bajo el dominio absoluto de una plebe supersticiosa e ignorante, guiada por esa porción del clero que era para mí objeto de un desprecio y horror igualmente grandes ; regresé, sí con constante peligro de mi vida, a través de provincias convulsionadas por una anarquía feroz y sanguinaria, con incomodidades mayores que las que habría soportado el último campesino inglés que viajara en carreta. La conciencia de mi conducta íntegra y el sacrificio que realizaba en aras de la voluntad mayoritaria del país me sostuvo a lo largo de escenas de confusión y barbarie ; pero me sentí asqueado de la vida cuando ví el panorama que ofrecía Sevilla. Intrigas tan ruines como inicuas habían llevado a algunos de los hombres peores o más débiles de la ciudad a la Junta que ejercía el mando supremo ; mientras se encubrían los crímenes más repugnantes, los agentes empleados en la ejecución de venganzas privadas eran promovidos y recompensados. Pero no estoy refiriendo la historia de acontecimientos públicos : sólo deseo responder a las suposiciones injustas que contra mí se han lanzado (8).

¿ Qué mente humana hubiera podido preveer en 1807 que, tres años más tarde, mis propios padres me instarían a dejar mi país por Inglaterra ? Y no obstante, es lo que acreció. Sabrá usted que Napoleón entró en España con el propósito de

(6) « *Practical and internal evidence against Catholicism, with occasional strictures on Mr. Butlers book of the Roman Catholic Church* », Georgetown, 1826, p. 18-19.
(7) « *Life...* », vol. I, p. 112, 117.
(8) *Idem*, vol. I, p. 141-143.

instalar a su hermano José en el trono de este país y que por un momento pareció realizar sus deseos, cuando sus ejércitos llegaron a la vista de Cádiz y amenazaron con extinguir la última esperanza de los españoles. Yo estaba por estas fechas en Sevilla, mi ciudad natal. Mientras se acercaban las tropas francesas, todos los que no querían someterse a su gobierno y disponían de medios para trasladarse a otro lugar, trataban de adelantárseles, volando hacia Cádiz. Mis padres no podían abandonar su hogar pero, como aborrecían a los ocupantes y odiaban la injusticia de su invasión, se sentían ansiosos de verme lejos de la ciudad. Aquí ví la coyuntura más favorable de ejecutar mi plan, tanto tiempo demorado, de escapar a la tiranía religiosa bajo la que gemía y, pretextando que no me sentía seguro en Cádiz, arreglé en cuatro días mi partida a Inglaterra. Sabía que era para siempre y el corazón me duele al recordar la última vez que vi a mis padres. Unas semanas después, estaba en estas orillas (9).

Usted, mi querido amigo, tuvo la suerte de nacer en un país absolutamente libre de la tiranía religiosa. Si hubiese usted nacido en España y poseyera no obstante la libertad de espíritu de un inglés, no se asombraría de la determinación que me hizo abandonar padres, parientes, amigos, riqueza, país y lanzarme al vasto mundo, a la edad de treinta y cinco años, confiando en mis propios esfuerzos para mi subsistencia. Todo para escapar simplemente a la tiranía religiosa (10).

Sí : soy un refugiado ; pero no de las leyes : he respetado hasta las que he mirado como bárbaras en mi país y han hecho la infelicidad de mi vida. Estuve en mi puesto y serví a España con las armas que mi educación y profesión me habían dado... Miles disculpas tenía para quedarme en mi casa, esperando como otros muchos el fin de todo, en indiferencia. Huí de los franceses, mas no para someterme a otra especie de tiranía : no para someterme a la Regencia, que me ha perseguido. Teniendo que buscar una segunda patria, Inglaterra debía serlo para mí antes que otra... Si he salido de España ha sido para no tener que expresar mis opiniones a medias (11).

La aversión al espíritu de persecución que me hizo renunciar a mi país natal es quizás el sentimiento más enérgico de mi corazón. Era natural por lo tanto que, tan pronto como conocí al enemigo más poderoso con que el pontificado haya topado nunca, adhiriera a él con toda mi alma. La Iglesia anglicana era para mí lo que imagino serían los caballeros de Malta para los esclavos cristianos escapados de las mazmorras de Argel en una de las galeras de la Orden. Ha sido necesaria una larga experiencia, mía y del asunto de mi elucidación, para hacernos advertir que ninguno de nuestros refugios era la morada de completa libertad que buscábamos. Pero mirando la Iglesia anglicana — como hice durante un dilatado período — en calidad de uno de los adversarios más formidables de los abusos de Roma, mis ojos estaban todavía demasiado deslumbrados para percibir los defectos esenciales de su constitución y la estrechez de su tolerancia, hasta que los acontecimientos del año 1829 me desengañaron, no sin resistencia y dolor por mi parte (12).

Ardua, realmente, y fiera ha sido la lucha con la que he ganado mi libertad y condenado estoy para siempre a sobrellevar las señales de mi primera servidumbre (13).

Pero ningún peligro o sufrimiento me ha disuadido, en el curso de mi vida, de la búsqueda de la verdad (14).

Blanco o White ?

¿ Será posible que la lengua en que esto se escribe, esté destinada para siempre a no expresar más que ideas que el mundo civilizado no puede oír sin desdén ? ¿ Se verá, para siempre, obligado el que la hable desde su niñez, a quitarse la máscara, cuando salga de su patria : a avergonzarse de que lo tengan por español de la calidad y opiniones que exige su gobierno — que la España política exige ? El escribir o hablar en mi lengua nativa, siempre me es doloroso. El eco de la hermosa y desgraciada lengua española, trae consigo a mi oído, como si fuese el rumor lejano de una

(9) « *The poor man's preservative against Popery* » *in* « *The great Red Dragon, or the master-Key to Popery* », editado por Anthony Gavin, Boston, 1854, p. 288.
(10) *Idem*, p. 292.
(11) *El Español*, nº 11, p. 349 ; *Idem*, nº 7, p. 64.
(12) « *Observations on heresy and orthodoxy* », Londres, 1835, Prólogo, p. VIII.
(13). « *Letters...* », p. 73.
(14) « *Practical...* », p. 35.

mazmorra en que hubiese sufrido encarcelamiento, grillos, heridas e insultos : y donde hubiese dejado los amigos más queridos, sufriendo los mismos males sin remedio ni esperanza.
Tal vez soy víctima de una sensibilidad extremada sobre ciertas materias, enlazadas con la libertad moral del hombre ; pero, supuesto que ni los años, ni la mudanza de cielo, hacen mella en mis sentimientos, ¿ qué me queda sino mimarlos, e impedir que me destrocen ?
Yo escribiría en español si alguna porción de país en que se hable esta lengua, estuviese dispuesta a oírme sin reserva. Mas esto no es posible, porque la lengua española ha llevado consigo la superstición, y esclavitud religiosa, donde quiera que ha ido. He aquí la gran dificultad, y penosa molestia con que he tenido que contender siempre que he escrito en español, y especialmente en esta última época (1).
Desde que abandoné *El Español* había escrito excepcionalmente en castellano poco más que un puñado de cartas. Por espacio de varios años, el hábito de pensar en mi lengua nativa permaneció en el más completo descuido. La tentativa de renovarlo, aun ocasionalmente y justo cuando, desde mi llegada a Inglaterra, escribía en latín a ratos perdidos, resultaba siempre muy penoso. En semejantes ocasiones me siento perplejo respecto a mi propia identidad y tengo que despertar como de un triste sueño y convencerme a mí mismo que no estoy de nuevo en aquel país objeto a la vez de mi amor y mi aversión, reviviendo mis afectos sólo para tener que desgajarme otra vez, con peligro y dificultad renovados, de un pueblo al que me siento unido, a fin de escapar a unas instituciones que aborrezco... (2).

Ser de Sansueña

Nuestros corruptores y enemigos mortales se llaman religión y gobierno. Establecer de un modo convincente las pruebas prácticas de esta afirmación audaz sobrepasa indudablemente mis medios. Con todo, tal es la fuerza de mis pruebas sobre tan triste materia, que casi dominan mi espíritu con intuitiva evidencia (3).
El despotismo español no es de aquel temple insultante y colérico que conduce a todo un pueblo a la locura. No es el despotismo del capataz, cuyos latigazos siembran deseos de venganza en el corazón de sus esclavos. Es la cuidadosa previsión del granjero que castra a la res cuya fuerza teme. El desgraciado animal crece ignorante de la mutilación y, después de una breve doma, podemos pensar que termina por amar el yugo. Tal es, creo yo, nuestro estado (4).

España (con dolor lo repito, y con pena lo he creído por mucho tiempo), España es incurable. En ella están arraigados los principios más funestos y enlazados de modo que no hay poder humano que los separe. La ignorancia mantiene a la superstición y la superstición a la ignorancia. Así seguirá (si Dios por medios extraordinarios no lo remedia) de generación en generación, de siglo en siglo, desmoronándose poco a poco, y destrozándose por sus manos, de cuando en cuando (5).

No hay país español (llamo así a cuantos hablan la lengua de Castilla) que no necesite una reforma completa... Los primeros derechos que el hombre en sociedad debe defender son los de pensar libremente, y manifestar sus pensamientos por acciones que no perturben el orden... Pero, donde el partido más fuerte no se contenta con esto sino que exige un tributo de disimulación e hipocresía, allí no hay patria : huya de tal suelo el hombre honrado (6).

II. — Judíos, moros y cristianos.

Las circunstancias que acompañaron el crecimiento de la nación española desde el tiempo de Pelayo a la conquista de Granada por Fernando e Isabel, produjeron necesariamente el espíritu de fanatismo e intolerancia religiosa que constituye aún hoy el rasgo más característico de ese pueblo... Un combate tan prolongado y fiero ha asociado inseparablemente en el espíritu de los españoles toda idea de honor con ortodoxia y cuanto es odioso e indigno con heterodoxia y disconformidad.
Cuando fue conquistado el último de los reinos moros y los mahometanos que no habían querido abandonar el país de su nacimiento quedaron a la

(1) *Variedades*, nº 9, octubre 1825.
(2) « *The Life...* », vol. I, p. 394.
(3) « *Letters...* », p. 57.
(4) *Idem*, p. 35.
(5) *Variedades*, vol. I, nº 7, abril 1825.
(6) *Idem*, vol. I, p. 104-12.

merced de sus vencedores, el antiguo espíritu de rivalidad marcial cedió completamente el paso a una singular mezcla de odio, temor y desprecio que transformó la diferencia de credos en una fuente imaginaria de polución e hizo de la ortodoxia el fundamento de una presunta superioridad de naturaleza que distinguía la casta superior de las inferiores y degeneradas. Hasta entonces, solamente los judíos habían vivido en una condición suficientemente abyecta para crear esta clase de aversión. Pero conforme aumentaba el número de esclavos moros y ni judíos ni mahometanos eran santificados con la ceremonia del bautismo, los españoles critianos dejaron de distinguir unos de otros. La noción de *pureza de sangre*, que había influido escasamente en el espíritu público de los primeros tiempos de la monarquía, creció hasta convertirse en el prejuicio nacional más arraigado. La denominación de *honrado*, que la pureza de origen confiere al español, incluso al de condición humildísima, y que, aunque habitualmente emparejada con la calificación de *hombre de bien*, se suele juzgar muy por encima de este elogio, creó una especie de señorío entre las clases bajas. El campesino más pobre se sentía tan orgulloso de su sangre cristiana impoluta y genuina como los Grandes, de sus pomposos títulos. Tanto los campesinos como las gentes medias estaban en realidad más apegados a esta imaginaria distinción, porque los miembros de la nobleza alta e incluso los monarcas, seducidos por las amables partes de algunas hermosas infieles, habían transmitido con no poca frecuencia a su posteridad el reproche tan español de tener entre sus antecesores alguno que *recibió el bautismo de pie*...

La primitiva Inquisición, cuyos poderes fueron conferidos a los dominicos para la destrucción de los albigenses de Francia y el reino de Aragón, y que se introdujo en Castilla hacia mediados del siglo XIII procedente de aquellos países, halló a los enemigos de la Cristiandad y de la nación perfectamente identificados en la opinión pública del reino. Por una asociación de ideas sumamente natural en un rudo pueblo de guerreros, la aversión religiosa que la animosidad nacional había dirigido contra los moros envolvió a todos los que, como ellos, eran motejados de enemigos de la Cristiandad. La distinción entre un herético y un musulmán resulta aún hoy demasiado sutil a numerosos españoles, en especial en las provincias del interior. La Iglesia condenaba a ambos y era deber de todo fiel cristiano el confundirlos en un aborrecimiento idéntico. Los propios inquisidores no establecían ninguna distinción entre el converso mahometano relapso, el judío que cumplía secretamente las ceremonias de su ley y el cristiano reformista que, evangelios en mano, protestaba contra las innovaciones de la Iglesia de Roma. Todos eran ligados a la misma estaca y perecían en el mismo fuego. Sus nombres llenaban indistintamente las inscripciones públicas que transmitían el recuerdo de las víctimas a la vergüenza de la posteridad. Los hijos y los hijos de sus hijos eran incluidos en una casta degradada, que nunca podía recobrarse de la infamia. Jamás poseyó el fervor religioso armas como éstas : la importancia que la persecución da a las víctimas ha derrotado a menudo sus esfuerzos y el honor que la firme resistencia otorga a los mártires embota el filo de las torturas y confunde la crueldad de los fanáticos. No así con la Inquisición española : su censura tiene de inmediato el poder de asimilar en una misma categoría el cristiano sincero, que ama el evangelio en su pureza original, al musulmán o judío que lo rechazan y de exponerle así al desprecio y aversión de su país (1).

Existe otra distinción de sangre que, según entiendo, es propia de España y a la que la masa del pueblo se halla tan ciegamente apegada que el campesino más humilde juzga su ausencia como una fuente de miseria y degradación que está condenado a transmitir a toda su posteridad. La menor mezcla de sangre africana, india, mora o hebrea tiñe la totalidad de una familia hasta la generación más distante. El conocimiento de tal hecho no desaparece en el curso de los años ni llega a pasar inadvertido en razón de la obscuridad o insignificancia de los interesados. Ningún chiquillo de esta populosa ciudad ignora que un antepasado de una familia que, desde tiempos inmemoriales, posee una tienda de confección en el centro de la ciudad, fue penitenciado por la Inquisición por relapso en el judaísmo. Recuerdo muy bien que, cuando era niño, tomaba a menudo aquel camino, sin atreverme casi a mirar de soslayo a la linda muchacha que servía constantemente en la tienda, por miedo, me decía entre mí, de causarle vergüenza. Una persona libre de sangre impura es definida por la ley, *cristiano viejo, limpio de toda mala raza y mancha*. La severidad de esta ley, o más bien, de la opinión pública que la impone, cierra a sus víctimas las puertas de todo cargo estatal o eclesiás-

(1) « *A visit to Spain* », The Quarterly Review, nº 29, 1823.

tico y las excluye incluso de las Fraternidades o asociaciones religiosas abiertas de otro modo a las personas de condición inferior. Creo realmente que si san Pedro fuera español, o bien negaría la entrada en el cielo a la gente de sangre impura, o la enviaría a un rincón apartado, en donde no pudiera ofender la vista de los *cristianos viejos* (2).

Frecuentamente me he entretenido en consultar la voluminosa colección de documentos relativos a la pureza de sangre y el honorable origen de los miembros de mi Colegio. No obstante la extrema prudencia que se ha usado siempre en el proceso de admitir los candidatos a la prueba pública de linaje, cuando me encargué de los Archivos en 1800 — el año de mi rectorado universitario — había el historial de dos casos de recusación por « *sangre manchada* ». Los candidatos rechazados eran hombres bien relacionados ; pero, en el examen, apareció que uno de sus antepasados había sido judío. Esto era más que suficiente para poner fin a sus esperanzas de ser admitido en la honorable sociedad de un Colegio Mayor...
El menor rumor de una levísima mancha de sangre judía, mora o africana ; de un castigo infligido por la Inquisición a cualquier allegado, por remoto que fuere ; de haber sido alguno de ellos criado o ejercido alguno de los oficios llamados serviles ; de haber recibido el castigo público propio de los plebeyos... eran causas que bastaban para descartar a un candidato.
Es imposible concebir cuánta miseria real e inmerecida ha ocasionado en España el prejuicio de pureza de sangre (3).

Nobles e hidalgos

El privilegio mayor de los Grandes es el de permanecer cubiertos en presencia del rey. Por tanto, hablar de dos o más sombreros en una familia, equivale a decir que posee un derecho hereditario a otros tantos títulos de Grandeza. Del orgullo que impone a los Grandes un matrimonio con los de su propia casta y del hecho de heredar las hembras bienes y títulos, se ha producido un enorme acopio de propiedades y honores en unas pocas manos. El objetivo principal de cada familia es aumentar constantemente esta acumulación absurda. Desde su infancia, los hijos se casan por dispensa con algún gran heredero o heredera, y tal es la caterva de apellidos y títulos que todo Grande reclama y emplea que, si tuviera Vd. que mirar un simple pasaporte expedido por el embajador español en Londres — en caso que fuera miembro de las viejas familias peninsulares — descubriría que la totalidad de la primera página de un ancho pliego ministerial se emplea meramente en decirle a Vd. quien es el gran hombre cuya firma remata el conjunto...
Como la *hidalguía* se ramifica a través de todo varón cuyo padre disfrute de este privilegio, España está plagada de hidalgos que se ganan la vida con humildísimos empleos. Por haber servido de refugio la provincia de Asturias a la pequeña parte de la nación que preservó el nombre y trono españoles de los esfuerzos de los conquistadores árabes, hay difícilmente un nativo de aquella región montañosa que no pueda mostrar hoy día un título legal a los honores e inmunidades ganados por sus antecesores en una época en que todo soldado obtenía una porción del territorio recobrado a los invasores o era recompensado con una exención perpetua de las contribuciones y servicios que recaían exclusivamente en los campesinos. El elevadísimo número de pretendientes a estos privilegios entre los asturianos de hoy me induce a pensar que en los primeros tiempos de la monarquía española cualquier soldado era promovido a la categoría de un Franklin. Pero las circunstancias se han modificado singularmente. Asturias es una de las provincias más pobres de España y la mayoría de sus nobles habitantes no han heredado otra cosa de sus antecesores que un fuerte armazón muscular del que se ven obligados a sacar el mejor partido que pueden entre las tribus más flojas del Sur...
Las innumerables y caprichosas graduaciones de la jerarquía familiar creadas por los españoles para su propio uso, y sin el menor fundamento en las leyes del país, resisten la descripción. Aunque la *hidalguía* es una cualidad necesaria, especialmente en las ciudades de provincia, para ser admitido en la buena sociedad, no basta en modo alguno para alzar las miras de cualquier *hidalgo* hacia un enlace familiar con la *sangre azul* del país. Los matices por los cuales el fluído vital se aproxima a esta privilegiada gama confundirían la pericia del mejor colorista. No obstante, estos prejuicios han perdido gran parte de su fuerza en Madrid — si exceptuamos, claro está, los Grandes — y en ciudades marítimas como Málaga y Cádiz — en donde el

(2) « *Letters...* », p. 29-31.
(3) « *Life of...* », vol. I, p. 58-59.

comercio ha enhestado, en consecuencia, muchas familias nuevas y algunas foráneas. Pero se ha propagado por toda la nación, incluso entre las clases más bajas, un espíritu de vanidad que puede descubrirse en la evidente mortificación que experimentan artesanos y domésticos ante la omisión de algunas formas de tratamiento destinadas, por así decirlo, a arrojar un velo sobre la humildad de su condición. Llamar a un hombre por su profesión de herrero, carnicero, cochero, sería considerado un insulto. Todos esperan que se llame por el nombre de pila o por la genérica denominacion de *maestro* y, en ambos casos, con el prefijo *señor* a menos que la palabra que designe el oficio implique superioridad, como *rabadán, mayoral, aperador*. Estos y otros nombres similares son usados a secas y suenan bien a los oídos de los nativos, pero ninguna mujer soportará que se le llame cocinera, fregona, etc. : todos sienten y actúan como si, poseyendo un título natural a una categoría más alta, la suerte, tan sólo, les hubiera rebajado... (1).

La dinastía reinante

Desde su restauración en el favor real, el Príncipe de la Paz ha acrecentado su influencia de modo paulatino y constante. Habiéndose agotado ya los usuales títulos honoríficos, se ha recreado expresamente para él la anticuada dignidad de Alto Almirante, justo en el momento en que los marinos de su país de Vd. nos han dejado sin un barco. Dicha dignidad lleva consigo emolumentos copiosos y un tratamiento de Alteza, y una brigada de caballería, compuesta de hombres selectos de todas las ramas del ejército, ha sido conferida últimamente al Alto Almirante en calidad de guardia de honor. En una palabra : su poder, aunque delegado, no tiene límites, y se le puede denominar, en toda propiedad, el soberano interino de España. Gracias a la elevación sin precedentes de su favorito, el rey ha satisfecho sus más caros deseos de mantenerse perfectamente al margen de cualquier ocupación que no sea la caza, a la que se consagra exclusivamente cada día del año. Soler, el ministro de hacienda, se encarga de trasquilar al pueblo y Caballero, en el ministerio de gobernación, de mantenerlo en la debida sumisión e ignorancia. Le daré a Vd. tan sólo un botón de muestra...
... Caballero, temiendo el progreso de toda ciencia que pudiera pertubar la paz de la corte, envió, no hace mucho, una circular a las universidades en la que prohibía el estudio de la filosofía moral. « *Su Majestad*, decía la orden, *no necesita filósofos, sino súbditos leales y obedientes.* »
Merced al ejercicio eficaz de este sistema, la reina dispone de tanto dinero e influencia como desea y, en la imposibilidad práctica de refrenar los galanteos de su *cher ami*, ha vencido tan perfectamente sus propios celos que, no sólo es capaz de vivir con él en amistosísimos términos, sino que emula también con su afición al cambio del modo más impudente y abierto (1).

Fernando, a caballo y escoltado por unos cuantos guardias, apareció en la puerta de Atocha. Yo estaba cerca de la entrada y podía verle de cuerpo entero mientras, rodeado de gentes de a pie, avanzaba lentamente por el hermoso paseo llamado de El Prado. Jamás monarca alguno recibió bienvenida más cariñosa y leal de parte de sus súbditos ni jamás éstos contemplaron semblante más vacío y necio, incluso entre las caras de los Borbones de España. A unos rasgos totalmente desagradables, el apocamiento o la torpeza añadían una rigidez que, de no ser por el movimiento del cuerpo, nos podría haber inducido a sospechar que estábamos malgastando nuestros saludos con un muñeco de cera (2).

Los acontecimientos de la revolución española se sucedieron unos a otros con asombrosa rapidez. Las provincias más distantes de la capital proclamaron la guerra contra los franceses y llegó el momento de tomar posición en el inevitable conflicto. La lucha penosísima que ese estado de cosas provocó en mi fuero interior resulta indescriptible. Conocía muy a fondo la condición moral e intelectual del país para poder esperar cualquier beneficio de la insurrección popular. La mayoría de mis amigos confundían la ambición personal con el patriotismo desinteresado. Creían que el partido liberal sería capaz de someter a ese mismo clero, al que permitían disfrutar entonces de una completa ascendencia a título temporal, una vez que los ciegos prejuicios del país hubiesen cumplido con su función de arrojar a los franceses de la Península. Tal

(1) « *Letters...* », p. 32, 38-39, 43-44.

(1) « *Letters...* », carta X.
(2) *Idem*, p. 406.

opinión me parecía totalmente descabellada. Tenía el convencimiento íntimo de que si se podía mantener al pueblo tranquilo bajo la forma de gobierno a la que estaba acostumbrado, mientras se liberaba al país de una dinastía para la que no había ya ninguna esperanza de mejora, cualquiera que fuese la humillación política de recibir un rey de manos de Napoleón, los beneficios futuros serían grandes (3).

España habría mejorado con José Bonaparte, pero es seguro que se hundirá más y más bajo el peso de los incurables y odiosos Borbones (4).

La Inquisición

Es indudable que la Inquisición se había reducido a una *sombra* de lo que era. El influjo de la ilustración general de Europa había templado el rigor bárbaro que aquel tribunal ejerció en los primeros años de su fundación. ¿Cómo era posible que se viese a fines del siglo dieciocho quemar las víctimas por miles, como a principios del dieciséis? Aún cuando el fanatismo de los inquisidores no hubiese cedido al carácter de los tiempos, el de los perseguidos era ya demasiado débil para que les resistiese hasta la hoguera. La verdad es que por mucha disposición que tuviese el tribunal a quemar había ya pocos que la tuviesen para ser quemados; y que todo el que tenía la desgracia de caer en manos del santo oficio, sino podía negar su *herejía* se daba la mayor prisa a abjurarla.

Vea V. el verdadero estado de la Inquisición en los últimos tiempos. Sus leyes, sus formas, sus principios eran los mismos; pero las gentes eran otras. El que por ilusión, o fanatismo se hallase dispuesto a no ceder en sus opiniones, habría ido en 1800 a convencerse a la hoguera, según las leyes existentes en España...

Pasó el tiempo, es verdad, en que estas escenas se repetían a cada paso; en que las víctimas gemían en calabozos subterráneos, y hacían resonar en la noche el salón del tribunal con los gemidos que les arrancaba el *tormento*... Ustedes los estranjeros que han visitado últimamente España no tienen medios de formar una idea correcta de la opresión lenta e interminable que causa ese tribunal, en medio del sopor en que se hallaba últimamente adormecido. Llega un caballero inglés, no libre aún de las impresiones que el nombre *Inquisición* ha excitado en él (no injustamente) en sus primeros años. Pregunta si puede ver la célebre *Inquisición* de Sevilla; y se le franquea la entrada con toda la urbanidad posible: ve un salón sencillamente adornado en donde se reúnen los jueces: vuelve los ojos a ver si descubre los instrumentos de la tortura, y no los halla: pregunta por ellos y se le responde con una sonrisa. Llévanlo a las cárceles; y encuentra unas pequeñas habitaciones bastante claras y aseadas. Háblanle de la comodidad con que está los reos, de la benignidad con que se les trata. Sale de allí, y se burla él mismo de sus antiguas aprensiones.

Ah! yo quisiera que con sus ideas de libertad y tolerantismo viviese veinte años bajo el alcance de la Inquisición en una ciudad de provincia, en España, y entonces sentiría lo que esto pesa sobre un alma que conoce su dignidad y sus derechos. Entonces probaría lo que es el tormento de esa gota de agua que cae sin interrupción sobre uno (1).

Represión y censura

El provecho que una inteligencia juvenil puede sacar de los estudios académicos en España es escaso. Esperar un sistema racional de educación allí donde la Inquisición está constantemente al acecho para mantener la inteligencia dentro de los límites que la Iglesia de Roma, con su hueste de téologos, ha puesto a su progreso, equivaldría a ignorar del todo el carácter de nuestra religión. Gracias a la alianza entre Iglesia y Estado, los teólogos católicos han logrado casi rebajar la ciencia a su propio nivel. Incluso aquellas ramas de ella aparentemente menos conectadas con la religión, no pueden escapar a la dominación teológica, y el mismo espíritu que obligó a retractarse de rodillas a Galileo de sus descubrimientos astronómicos impone todavía a nuestros profesores la enseñanza

(3) « *Life of...* », vol. I, p. 139-140.
(4) Carta a lord Holland, del 31-5-1835. En « *Life of...* », vol. II, p. 128.

(1) *El Español*, nº 23, marzo 1812.

del sistema copernicano como una mera hipótesis. La verdad es que, para los teólogos católicos, ninguna búsqueda de la mente humana es independiente de la religión (1).

El entendimiento humano ha estado en completo vasallaje en todos los dominios de España. Todo español se ha visto obligado a pensar, o por lo menos, a hablar y escribir con arreglo a ciertas fórmulas y principios establecidos so pena de los castigos más enormes que se conocen en la sociedad humana — prisiones, confiscamiento, infamia, tormentos y muerte.
Esta es una verdad de hecho : no lo es menos, que las resultas de semejante sistema son, entorpecimiento de las facultades mentales ; miedo continuo de ejercerlas ; disgusto secreto que corroe a todo entendimiento activo ; ventajas indebidas de cualquier cabeza estólida que se dedique a los estudios establecidos por la ley, sin que le ocurra ni en sueños el dudar de su verdad... El que quisiese saber los nombres de los escritores y hombres de mérito que han, no diré florecido, porque bajo tal sistema es imposible, sino despuntado en España, búsquelos en los libros de la Inquisición, o lo que es lo mismo, en la lista que de ellos ha sacado Llorente... (2).

Alguien ha observado con agudeza que quien deseara formar una buena biblioteca debería escoger exclusivamente sus libros en el Indice de las obras prohibidas (3).

Muchos extranjeros preguntarán como se compone este hecho [la venta clandestina de libros franceses prohibidos] con la persecución de la Inquisición. Quien tenga esta duda es preciso que sepa que el ardor de la juventud estudiosa superaba las dificultades, y que el deseo de una ganancia exorbitante hacía que los libreros se expusiesen. Muchos de éstos sufrieron la pena de su atrevimiento. Madrid era un país de libertad respecto de las provincias, y como la mayor población e ilustración hacía que fuese imposible perseguir a todos los que se empleaban en este género de contrabando, de allí se difundían muchos libros prohibidos a lo demás de España. Añádase a esto la ignorancia de casi todos sus empleados. Un secretario de la Inquisición de Sevilla, me consultó en una ocasión sobre un libro sospechoso, que él creía un tratado de Jansenismo. ¡ Creerá nadie que era... las tragedias de Racine ! (4).

(1) « *Letters...* », p. 109-110.
(2) *Variedades*, vol. I, p. 105.
(3) « *Quin's visit to Spain* », The Quarterly Review, nº 29, 1823.
(4) *El Español*, nº 12, marzo 1811.

La oposición española

Tratándose de obispos y de su poder espiritual, las tragaderas de Juan Español son tan voraces y anchas como las de John Bull para rosbif y cerveza. Un solo grupo de gente se siente exasperado e inquieto y, por desgracia, no es ni puede ser numeroso en este país : me refiero a quienes son capaces de advertir las intrusiones de la tiranía en la esfera de sus derechos intelectuales y cuyo orgullo de espíritu y conciencia de su fuerza mental les hace estremecerse y gemir, cada día y cada hora, bajo la obligación de mantenerse en los fangosos y torcidos senderos en que la ignorancia y superstición han encerrado el alma despierta de los españoles. Pero, comparados con la masa de la nación, son sólo un puñado (1).

Después de éste y unos cuantos ejemplos más, hemos advertido al fin la locura de comprometernos en un juego sin esperanzas en el que ninguna posible combinación puede dar por ahora al partido disidente la menor oportunidad de éxito (2).

Los liberales

Estalló la Revolución Francesa, el eco de la Declaración de los Derechos del Hombre resonó a lo ancho de la Península y numerosas personas se iniciaron instantáneamente en los arcanos de la filosofía revolucionaria. Los liberales españoles habían sido hasta entonces extremadamente moderados en sus ideas y aspiraciones. Aunque escépticos en materia de religión, se habrían contentado con gozar para sí la libertad de pensamiento y la franca disposición de sus libros. Lejos de ser enemigos del trono habían sido, hasta este período, sus más firmes sostenedores. Los liberales españoles de la vieja escuela reunían todas las características de una aristocracia : una nobleza intelectual que,

(1) « *Letters...* », p. 35-36.
(2) *Idem*, p. 116.

B.D.I.C

por la vindicación de sus propios derechos mentales, parecía destinada a difundir los beneficios de una emancipación general, pero escalonada. Pero cuando una multitud « *filosófica* » comenzó a congregarse alrededor de aquéllos ; cuando los catecismos republicanos franceses llegaron a manos de quienes la única oportunidad de figurar en el mundo consistía en el derrocamiento completo del sistema social ; cuando los ignorantes imaginaron que se hallaban en posesión de la ciencia política y sus mentes toscas se adueñaron de la noción de igualdad natural de la humanidad, los hombres en el poder que habían alentado hasta entonces el desarrollo de un partido liberal vieron la magnitud del peligro al que habían expuesto al país.
Sus medidas para contrarrestar el mal pusieron de manifiesto, como era de esperar, la clase de gobierno a que estaban habituados : se soltó la jauría de inquisidores tras las personas sospechosas de principios republicanos, las doctrinas de la Asamblea Constituyente fueron declaradas *heréticas* con la esperanza de hundirlas en la aversión nacional que solía evocar tal palabra... (1).

Cafés y tertulias

Sería absurdo esperar cualquier clase de conversación racional en tales lugares. Los temas más interesantes deben ser cuidadosamente evitados, en previsión de la combinada presencia de la policía y la Inquisición, a cuyos espías se teme en todos los sitios públicos. De aquí el gusto depravado que rebaja nuestra comunicación a un eterno juego de risitas y chistes (1).

Los españoles más diestros parecen por el momento incapaces de aprovechar en su contacto con el extranjero. El amor al parloteo y a las bravatas de café es entre ellos un mal incurable. Por lo que toca a esto, entiendo que siguen exactamente igual como los dejé hace más de veinticinco años (2).

(1) « *Quin's visit to Spain* », The Quarterly Review, nº 29, 1823.

(1) « *Letters...* », p. 377.
(2) Carta a lord Holland, en « *Life of...* », vol. II, p .141.

Spain is different

Cualesquiera que sean los sentimientos que la originan, existe en España una especie de cruzada contra el bello sexo que nuestros sacerdotes, excepto aquellos ganados secretamente a la causa del enemigo, mantienen incesantemente, aunque no con igual vigor, en todas las épocas. El principal objeto de controversia es el derecho, reivindicado por el clero, de regular el vestido de las señoras e impedir el desarrollo de las artes de seducción que pueden poner en peligro la paz de la Iglesia. A cada aparición de una nueva moda el « *tambor eclesiástico* » no deja nunca de tocar a rebato. Innumerables son los sermones que he oído en mis años mozos contra los escarpines de raso —para las españolas que tuvieran la ocurrencia de lucirlos de puertas afuera—, el uso de los cuales, especialmente de los recamados en oro, constituía, según nuestros más profundos teólogos, un pecado mortal. La paciencia, sin embargo, y esa atenta perseverancia con que la naturaleza ha armado el sexo débil contra la tiranía del fuerte, han obtenido paulatinamente una tolerancia para dicha clase de zapatos mientras el gusto ha atenuado la ofensa prescribiendo el bordado. Con todo, el Demonio de la Moda ha interpuesto últimamente otra piedra de escándalo sugiriendo con alevosidad a las señoras que sus faldas eran monstruosamente largas y ocultan aquellos tobillos y pies de hada que son el orgullo de Andalucía. Este mal resultaba peligrosísimo en razón de sus progresos graduales e imperceptibles. Al principio, las faldas se encogían por centímetros ; alguna costurera audaz recortó luego una pulgada y media, hasta que, al fin, el suelo, la antigua plaza de seguridad para ojos consagrados, apareció lleno de peligros. Los predicadores más elocuentes tronaron en vano contra tal abominación y de nada sirvió que algunos de nuestros obispos, juzgando el caso digno de su intervención, empuñaran la pluma largo tiempo descuidada para protestar solemnísimamente contra la profanación del traje femenino. Pero el caso parecía desesperado. Uu punto ganado en la falda, se perdía automáticamente en el tocado y cuando los píos creían triunfar en el sometimiento final de los corsés prominentes, un imperdible les sumía en la más completa confusión alterando simplemente su posición en la ortodoxa pañoleta (1).

(1) « *Letters...* », carta VI.

Nuestros predicadores populares han conseguido dos veces, que yo recuerde, cerrar el teatro. He visto personalmente a un fraile, con un crucifijo en la mano, detenerse a su puerta, al frente de una procesión nocturna, y, durante una parte considerable de la representación, implorar a las gentes, por el bien de sus almas, que no se aventuraran en aquel antro de perdición; pero no he oído jamás a estos sacrosantos guardianes de la moral la menor observación contra las corridas de toros e incluso nuestros más celosos devotos, los filipenses —que podríamos llamar nuestros metodistas— autorizan a todos, salvo a los curas, la asistencia a este sangriento espectáculo mientras niegan la absolución al que no renuncie a la comedia (2).

La infortunada propensión a verter sangre que estropea tantas nobles cualidades entre los españoles del Sur había sido consentida en la mayoría de las ciudades bajo el manto del patriotismo. Los franceses, como es natural, aun los establecidos en España desde hacía largo tiempo, eran el blanco predilecto de la furia popular; pero la mayor parte de los crímenes que llegaron a nuestros oídos fueron cometidos con españoles que probablemente debieron su hado al resentimiento personal y la venganza, no a sus opiniones políticas. Vimos *alcaldes* y *corregidores*, a quienes recurrimos en busca de protección, absolutamente intimidados y temerosos de las consecuencias de cualquier tentativa de reprimir el furor ciego de sus administrados. Pero ninguna descripción mía puede dar una imagen tan clara del estado del país como el simple relato del alzamiento popular en Almaraz—la pequeña población que da su nombre al famoso puente sobre el río Tajo—tal como nos lo refirió el *alcalde*, un rico hacendado de aquel lugar.

Los vecinos de su distrito, al oír las relaciones de lo ocurrido en Madrid y la noticia de la insurrección de las principales villas de su propia provincia, se congregaron un día bajo la casa del alcalde, esgrimiendo cuantas armas habían hallado a su alcance, como hoces, picos y otros aperos de labranza. Muy felizmente para el buen magistrado, los insurgentes no abrigaban queja contra él y, al acercarse la rústica muchedumbre, salió confiadamente a su encuentro. Tras obtener, no sin grandes esfuerzos, el derecho de hacerse oír, el alcalde quiso informarse de sus deseos y propósitos. La repuesta me parece sin precedentes en la historia de los motines. « *Lo que queremos, señor, es matar a alguien* », dijo el portavoz de los insurrectos. « *En Trujillo han matado a varios, en Badajoz, a uno o dos más; en Mérida a otro, y no podemos ser menos que nuestros vecinos : queremos matar a un traidor.* » Como en el pueblo no era posible procurarse dicho artículo, fue una gran suerte para nosotros que no nos hubiéramos presentado allí en el momento en que la buena gente de Almaraz podía haberse servido de nosotros como un substituto para manifestar su lealtad (3).

III. — Política española durante la guerra de independencia

Llamar revolución a los trastornos de España, dando a este nombre la acepción que la de Francia ha fijado últimamente, es un mal principio para explicar los acontecimientos de aquel reino. Las revoluciones dan fuerza a los estados cuando nacen de una fermentación interna producida por la pugna de un pueblo que conoce el modo de ser dichoso, y un gobierno que le impide tenazmente la consecución de su dicha...

Pero cuando los pueblos son infelices sin conocerlo, cuando el mayor número está creído en que nació para obedecer ciegamente, para trabajar sin gozar de nada, para vivir como por la compasión de otros; en una palabra, cuando un pueblo apenas se atreve a pensar en que es esclavo y miserable, ponerlo en una commoción política es como causar a un hombre extenuado una calentura ardiente; o buscando por otro aspecto la semejanza, es hacer correr a un ciego por entre precipicios.

Esta ha sido la suerte de España. Ninguna nación de Europa necesitaba más mudanzas. Todos saben el abatimiento en que se hallaba bajo el reinado de Carlos IV y de su favorito; pero no todos han considerado la serie de males que la habían traído a este punto. España, nación que se puede decir agregada de muchas según la progresiva accesión de los reinos que la componen, no había tenido tiempo de reunir a sus habitantes por el

(2) *Idem*, p. 148.

(3) *Idem*, carta XIII.

influjo de un gobierno feliz e ilustrado, que bajo la uniformidad de las leyes hace olvidar a los pueblos las preocupaciones de rivalidades antiguas. En vez de atender a este grande objeto, el Emperador Carlos V, que había recibido España de manos de su abuelo mal reunida y recién destrozada por las guerras civiles, sólo cuidó de abatir el espíritu nacional, distrayendo a los españoles en guerras extranjeras, y usando de ellos como de meros instrumentos de sus miras : conducta no muy distante de la que observa Napoléon en nuestros días...

¿ No admira, el ver que en una revolución como la española, tan popular en su origen, jamás se haya admitido ni un oyente a las discusiones de los intereses del pueblo ? Las Juntas, el día después de su instalación, usaron del mismo misterio, de las mismas trabas contra la opinión, que el gobierno que acababa de ser destruído... ¿ Cómo, sin haber permitido ni un solo día la apetecida, la indispensable libertad de la imprenta, pudo ilustrarse un pueblo sumergido de tiempo inmemorial en la densa atmósfera de la tiranía ? ¿ Quién, sino esta libertad podía rectificar la opinión de un pueblo que jamás había entendido en sus intereses y que se halló al principio de la revolución como un pupilo recién salido de las manos de un tutor tirano, con un caudal inmenso y destruído que manejar, y rodeado de personas astutas y poderosas, empeñadas en robárselo ? Ni hablar ni pensar, fue lícito en España hasta que las desgracias pusieron en su última debilidad al gobierno... Los males de una revolución son aborrecibles donde se goza siquiera de un gobierno mediano ; pero, ¿ podrá España ser más infeliz que lo es ahora, o que lo será si se somete al imperio de los franceses ? Españoles : jamás se purifica una grande masa sin una fermentación violenta : la más suave y saludable es la que en los cuerpos políticos ocasionan las luces. Empezad por dar el más libre curso a éstas : dejad que todos piensen, todos hablen, todos escriban, y no empleéis otra fuerza que la del convencimiento. Desterrad todo lo que se parezca a vuestro antiguo gobierno. Si el ardor de una revolución os atemoriza, si las preocupaciones os ponen miedo con la idea de la libertad misma, creed que estáis destinados a ser perpetuamente esclavos (1).

¡ Oh patria mía ! ¿ Han sido menester dos años de sangre, de devastación y de horrores para salvarte de la muerte, más bien diré, para restituirte a la vida ? No la tenías si no en el corazón de esos infelices que corrían a sacrificarse en los ejércitos, por conservar el nombre de España. Este glorioso nombre se oía pronunciar de labio en labio, en unos para derramar su sangre, en otros parar mandar a costa de aquella sangre derramada, y en pocos, para animar su casi extinguida esperanza de que llegase un día en que España significase leyes, libertad y dicha, para los españoles... Podría suceder (no lo querrá el cielo) que el remedio fuese demasiado tardío y que la fuerza bárbara de las armas arrancase la tierna planta de vuestra libertad, que ha empezado a brotar ; moriríais ; pero sabríais por quien : Moriríais ; pero restituidos a la dignidad de hombres libres...

Ya no hay peligro para vosotros sino en las balas y boyonetas enemigas, y a esos camina el hombre honrado alegremente, a esos se mandan con buen ánimo los hijos y los hermanos, cuando no hay que temer que al volver a sus hogares, la mano del despotismo venga a encerrarlos en un calabozo, porque así conviene a sus miras ; cuando al volver a la ciudad que defienden, no se han de ver precisados a hablar al oído, y desahogar así el corazón, quejándose de los abusos : cuando el que se cubrió de sangre en el campo de batalla, no ha menester cubrirse de vergüenza para obtener algún premio (2).

Nada hay más opuesto a los intereses de una nación que el silencio sobre los errores de su gobierno. Se ha dicho tanto últimamente sobre esta máxima, con motivo de la cuestión sobre la libertad de la imprenta, que sería inútil insistir en acumular nuevas razones. Pero aunque parezca que todos convienen ya en esta verdad, no sucede lo mismo cuando se procede a ponerla en práctica ; porque acostumbrados como estábamos en España, a que jamás se trajese a examen público la conducta de los que gozaban el mando, no sólo el verse ahora juzgados los irrita, sino que hasta el mismo pueblo, hasta los que han sufrido por ellos, sienten una especie de terror pánico al ver tratar con tan poco respeto a sus antiguos ídolos. Válense los interesados de toda especie

(1) *El Español*, nº 1, abril 1810.

(2) *Idem*, nº 7, octubre 1811. Se refiere a la convocatoria y juramento de la Cortes Españolas en la Isla del León, el 24-9-1810.

de artificios para aumentar esta impresión, y haciendo su causa y la de la nación toda una, claman que cuanto se dice de sus errores cede en descrédito de la nación misma; y es la desgracia que haya no pocos que, seducidos por aquellos verdaderos enemigos del estado, llegan a creer que el descubrir la serie de errores que han cometido los que han gobernado, es desdoro de la nación, a quien han puesto repetidas veces al borde del último precipicio (3).

Esto es lo que no entienden, ni entenderán jamás esos parásitos de todo gobierno posible, esos arrendajos de cuantos gozan de algún mando, esos panegiristas de todo estado de cosas en que se les paga un sueldo. Jamás podrán admitir semejante principio político, aquellos que teniendo vinculada su existencia en el favor que gozan con los que mandan, fundan sus esperanzas en el despotismo y arbitrariedad *de sus amos*, con que pueden pagar sus elogios y sumisiones... no hay que temer que falten apoyos al que manda : la dificultad está en hallarlos para la barrera que se debe formar para contenerlos. Esta dificultad es muy considerable en España, donde el despotismo ha echado tan profundas raíces, que los que se dedique a contenerlo apenas encontrarán quien se lo agradezca. Pero nada es más necesario en el día, que este espíritu de censura, que purifica las medidas del gobierno, que hace estar alerta a los que mandan, que les obliga a emplear todo su cuidado, y su esfuerzo en el cumplimiento de los encargos que la nación les hace.
No bastar variar las formas de los gobiernos; todos ellos pueden degenerar en despóticos, sin esta voz viva que haga valer las leyes que los limitan... ¡ Feliz la nación donde se arraiga este espíritu de censura y de vigilancia sobre las acciones de los que gobiernan ! Nada son las constituciones, ni las leyes si él falta; y con él pueden ser felices hasta las más imperfectas. La libertad no se goza sin una ligera agitación, sin una fermentación suave que mantenga en vida estas inmensas masas de los estados políticos, que como el agua estancada se corrompen en la quietud (4).

La influencia que ha tenido en la nación española el dilatado espacio que ha estado bajo el peor de los gobiernos, no puede destruirse en poco tiempo, y mucho menos si no se emplean medios directos para extinguir los malos hábitos que tal gobierno ha dejado; la constitución de las Cortes ha sido hecha en las peores circunstancias posibles, con respeto al acierto y conveniencia de sus leyes. ¿ Hay previsión de ángel que adivine el rumbo que tomarán las cosas en España, el modo en que acabará esta guerra, el giro que tan enormes trastornos darán a la nación, el influjo que tendrán en ella las revoluciones que probablemente ha de haber en Europa, y las que hierven actualmente en América ? Y no obstante esto, las Cortes, encerradas en Cádiz, digieren una constitución completa a medida de su deseo, y como si el mundo se hubiera de amoldar a sus leyes, en medio de su trastorno, escriben confiadamente bajo su última línea *Esto perpetúa*... (5).
El pueblo no puede creer en soberanías en que tiene tan poca parte y de que tan poco bien individual le resulta (6).

Política española (1813-1836)

La mitad de España está tan lejos del modo de pensar de la otra como lo están la noche y el día, y cuando las cosas están así, no pueden tomar su equilibrio sino a fuerza de vaivenes, como el agua (1).

Al cabo de seis años en que ni por casualidad me ocurría una palabra en mi lengua materna, la revolución saltó los diques a mis ideas españolas —y casi no pasa día en que no escriba algo en nuestra hermosa lengua... (2).

¡ Ojalá pudiera creer otro tanto de España ! Pero me temo que está dividida en dos porciones que no se pueden amalgamar. Las ideas políticas abstractas de los liberales impiden que la Grandeza tome verdadero interés en la Constitución. Sobre todo, la representación de una Cámara sola está expuesta a todos los males de la oligarquía... Mi deseo es que el germen de la libertad no se ahogue en España. Pero no puedo acallar mis temores de que mucho va errado en lo ya hecho (3).

(3) *Idem*, nº 10, enero 1811.
(4) *Idem*, nº 11, febrero 1811.
(5) *Idem*, nº 23, marzo 1812.
(6) *Idem*, nº 30, octubre 1812.
(1) Carta a sus padres, 10-8-1813.
(2) Carta a Fernando Blanco, 6-7-1820.
(3) *Idem*, 21-8-1820.

Por turbaciones que haya en España ¡cuanto mejor está que no en el silencio sepulcral de mi tiempo! (4).

También juzgo por ti mismo que toda la gente sensata se ha decidido en favor de la causa de la Libertad. Siendo esto así, nada temo en cuanto a las resultas, respecto a la nación española. *Fieles y exaltados* tendrán que ceder al fin a la razón. Los últimos particularmente podrán ver al fin que sus pasos llevan directamente al objeto que se proponen los *serviles*. La razón es que, si destruyen la Constitución y se oponen a los intentos de los moderados, la nación se cansará de revoluciones y, después de mucha sangre derramada, se echará en brazos de cualquiera que la ponga en sosiego (5).

¡A qué extremo tan lastimoso ha llegado la pobre España! Pero en vano es dolerse ahora. Los males que la inundan son inevitables. Sea cual fuere el curso que tome la invasión francesa, España no puede verse con un gobierno racional y estable por muchos años (6).

Con harto dolor miramos todos aquí la injusticia y la mala política de la invasión de parte de Francia y mucho más las ideas antiliberales que prevalecen en aquel gabinete. Pero la desgracia está en que los gobiernos españoles que han existido desde la revolución de 1820, se han guiado más por la pasión que por verdadera política. Años ha que lo publiqué y nunca he dejado de repetirlo : a no corregirse la Constitución de 1812 en puntos esenciales, ella misma causará la ruina del reino, aun sin intervención de extranjeros (7).

Lo que creo que dije en 1814 (porque desde aquel tiempo no he querido ni siquiera ver un ejemplar del « *Español* ») lo repitiría ahora si escribiese para el público de esa nación. Si el nuevo gobierno se empeña en restablecer todo al estado en que se hallaban las cosas antes de la revolución, no hará más que vincular desgracias para los españoles. Es preciso conceder algo al presente estado del entendimiento humano. Si se empeñan en resistir absolutamente el impulso que ha recibido en España, nada habrá estable hasta que a fuerza de contiendas y tormentas caiga la nación en lo que le diese la fortuna, ora sea malo o bueno (8).

El terco orgullo del pueblo español, agrupado en dos partidos, determinados ambos a sacrificar cualquier ventaja real en aras de su dignidad ideal, excluye toda probabilidad de compromiso. España deber ser gobernada, absoluta, y exclusivamente, ya por la Junta apostólica, ya por una logia de comuneros : ni cederá un ápice en sus pretensiones, ni admitirá la posibilidad de incurrir en el más leve error (9).

Ayer ví en los papeles ingleses que las cosas de España van prosperando. Aunque políticamente hablando, ha mucho años que dejé de ser español, no así en mi corazón. Aun cuando no tuviese en España parientes tan amados, siempre desearía la felicidad de la nación con mucha ansia. Siempre tengo la satisfacción de haberla servido, cuanto ha estado en mi poder. Sin lisonjearme mucho, puedo decir, que el sistema que la reina ha empezado a establecer es fundamentalmente el que recomendé con mucho anhelo, y por el cual sufrí indignidades de parte de españoles y en las Cortes mismas. Pero no tengo resentimiento (10).

No contribuyen poco a esta melancolía los desastres de España. Ojalá pudiera yo abrir los ojos de los que tienen poder en ella ; pero mucho tiempo ha de pasar, según veo, antes que el pueblo español entienda sus intereses y los que lo manejen aprendan a gobernar. Nada me aflige tanto como las atrocidades que se cometen en ese país. Yo no veo fin a la guerra civil... (11).

Independencia de Hispanoamérica

No hay duda que muchas de las causas que hemos contado entre los obstáculos de la mejora de la América Española, se remediarían por un gobierno residente en el mismo país... La junta central de España ha proclamado después la independencia de sus colonias, declarado que sus posesiones de Asia y América no deben mirarse en adelante como colonias, sino como partes integrantes del imperio español—iguales en derechos, y coordinadas en autoridad con los dominios europeos de la corona de España. Ningún gobierno español

(4) *Idem*, 9-5-1822.
(5) *Idem*, 22-8-1822.
(6) *Idem*, 2-4-1823.
(7) *Idem*, 31-5-1823.
(8) *Idem*, 24-7-1824.
(9) « *Don Esteban* », The Quarterly Review, vol. XXIII, 1825.
(10) Carta a José María Blanco, 11-5-1834.
(11) *Idem* a Fernando Blanco, 26-4-1836.

en adelante podrá retractar esta declaración, en leyes de honor y de política. Así es que los establecimientos españoles del Nuevo Mundo, no deben mirarse ya como colonias dependientes, habiendo sido emáncipadas de semejante sujeción por la autoridad soberana del estado, ni pueden volver a ser reducidas a su situación antigua, sin su consentimiento, o sin una revolución que se haga en ellas por la fuerza...

Parece que ha llegado la época de un gran acontecimiento político, que se ha estado esperando por largo tiempo : el estandarte de la independencia se ha empezado a levantar en América, y según podemos calcular, por lo que hemos visto acerca de la revolución de Caracas, no es un movimiento tumultuario y pasajero el de aquellos pueblos ; sino una determinación tomada con madurez y conocimiento, y puesta en práctica bajo los mejores auspicios, la moderación y la beneficiencia. Esto es lo que respiran las proclamas, y las providencias del nuevo gobierno de Venezuela... Los americanos no pensarán jamás en separarse de la corona de España, si no los obligan a ello con providencias mal entendidas. Los americanos sólo es probable que quieran no estar esperando gobierno y dirección de un país separado por un mar inmenso, de un país casi ocupado por enemigos, y donde un gobierno en perpetuo peligro, y que apenas puede mirar por sí en medio de las circunstancias que lo rodean, nada puede hacer respecto a los dilatados países del Nuevo Mundo, más que pedir socorros, y mandar empleados... Si estas mis reflexiones llegaren a noticia de la Regencia de España (que sí llegarán, porque no faltará quien pretenda que se prohiban circular en sus dominios) respetuosamente expongo a su consideración, que si no quieren que se excite universalmente en los americanos el espíritu de independencia y aun de odio respecto a la metrópolis, quiten las trabas a su comercio, y no hagan que el interés de los particulares se halle en oposición con la obediencia a su gobierno (1).

Los españoles de Europa deben tener presente que la fuerza jamás produce buenos efectos sobre los pueblos, y mucho menos cuando por ser ésta débil, sólo puede lograr irritarlos. Que tanto por su generosidad, y equidad nativa, como por las circunstancias de las cosas, deben reconocer la igualdad de derechos, que han reasumido ya parte de los americanos. Que en vez de manifestar disposiciones hostiles, el gobierno de España debía convidar a todas las colonias que aun no han seguido a Caracas y Buenos Aires a hacer una moderada reforma. La América toda fermenta ¿ no valdrá más dirigir la inundación que dejar que rompa sin dirección por muchas partes a un tiempo ? ¿ No valdrá más añadir el nuevo lazo de respeto y agradecimiento que esta conducta añadiría, que exponerse a ser mirados como émulos, y a estar expuestos a convertirse en enemigos ?... Todos los que aman la unidad e integridad del imperio español, todos los que no la pretendan con encono, y espíritu de partido, conocerán que el único medio de conservar las Américas unidas con España, es no disponer de sus intereses sin su consentimiento ; es contemporizar con todo lo que no se oponga directamente a esta unión en los términos en que la razón aconseja... (2).

Tiempo ha que se está viendo venir una revolución en América. Lo inesperado de la invasión de España no dio lugar a que se verificara entonces ; pero no hubo hombre de medianas luces que no la tuviera por segura en la dispersión de la Junta Central, y entrada de los franceses en Andalucía. Aconteció lo que se esperaba, y Caracas alzó la voz, llamándose independiente. Yo, que hasta entonces no había hablado una palabra a los americanos, me vi ya en la precisión de hacerlo, y fue menester escoger un rumbo. Cual había de ser éste, me parece que le ocurre a todo hombre despreocupado sobre la materia : aquél que pudiese reunir los ánimos e intereses de España y América, que se hallaban en inminente peligro de empezar a separarse para siempre... Pero este ardor por lo que me parece verdad, jamás apagará en mí el amor de mi patria : y aunque la patria de un español, es todo lo que está bajo el soberano y las leyes de España, jamás dejaré de sentir una natural propensión al país en que nací, y en que he pasado mis mejores años... El tiempo manifestará quien ha favorecido España en este punto, si los que no han dejado a los caraqueños, otro camino que la guerra o la vergüenza, o los que querían dejarles abiertos todos los que sabe hallar la amistad reunida con la justicia... Quisieran de mí que gritara guerra, que respirara sangre, y que poniéndome de parte del orgullo resentido, prefiriera ver derramar la de españoles

(1) *El Español*, nº 4, julio 1810.

(2) *Idem*, nº 5, agosto 1810.

americanos por mano de españoles europeos, al ceder ni un punto en pretensiones opuestas a la equidad y justicia. No, no : yo no sé lo que es temor ni esperanza cuando miro una cosa en esta luz vehemente.
¿ Y que efectos tendría esta guerra civil que tan poderosos promovedores encuentra en España ? Más funestos mil veces que la de los Estados Unidos para Inglaterra... Un patriota inglés (el Lord Chatam) anunció en términos enérgicos a Inglaterra la pérdida de sus Américas, si no cedía en sus pretensiones injustas : yo, a pesar de no hallarme digno de contemplar ni de lejos los pasos de aquel estadista, me glorio de imitar su conducta, queriendo evitar el mismo mal a mi patria... Conque para ver las cosas en su verdadero aspecto, la agitación que parece amenazar al nuevo hemisferio se reduce al interés de un corto número de comerciantes que aspira a dominar a cerca de quince millones de americanos (3).

He creído que ningún servicio más importante podría hacer a la causa de España, que esparcir por medio de mi periódico los documentos que anteceden, y con especialidad el primero de todos ellos. Los errores gravísimos que ha cometido el gobierno de España con respecto a las Américas, errores que están muy próximos a causar la desgracia de ambos pueblos, creo que han procedido más bien de su mal concepto de las cosas, que de una disposición maligna. Nuestro pueblo, nada acostumbrado a la libertad de opinar, que sólo nace de la libertad de imprenta, apenas puede sufrir no ya opiniones contrarias, pero no aun la sencilla narración de hechos que se opongan a su común deseo. Los gobiernos que debieran haber tratado de vencer esta disposición, la han fomentado ; y ocultando a la nación la situación verdadera de las cosas han hecho que, ignorando los males cuando amenazaban, y cerrando los ojos para no verlos después de sucedidos, no se hayan aplicado los remedios que nuestra situación exigía. Lo mismo está aconteciendo ahora con los asuntos de América. Yo me atrevo a asegurar, a pesar de la distancia en que me hallo, que habrá pocos en Cádiz que se atrevan a decir el verdadero estado de la revolución de América, aun cuando haya llegado a su noticia. El movimiento de Caracas habrá sido en Cádiz un puñado de revoltosos que han sobrecogido al pueblo : el de Buenos Aires una equivocación : lo de Santa Fé una intriga despreciable, y por lo que hace a Quito, el escarmiento de los amotinados habrá restituido la tranquilidad más perfecta... Lea pues el público español el primer documento de los que les presento, y vea por él que no trata con una cuadrilla de revoltosos, sino con unos pueblos que saben exponer sus agravios, y sus derechos, con una razón y dignidad que admirará a cuantos no estén ciegos por el interés o el orgullo : a cuantos tengan razón, suya propia. Lean y verán que no es justo ni conveniente el rumbo que se ha tomado con ellos : y que millones de hombres dirigidos por gentes como los que hablan en su nombre, no se reducen ni con insultos o amenazas, ni con promesas vagas, o palabras dudosas... El primero, el único, el indispensable paso que deben dar las cortes, es el de atajar la guerra civil, cuyo resultado, sea cual fuera, es contra España. Lo más probable es que los americanos sean superiores a las fuerzas europeas : y que después de derramar mucha sangre, el nombre español sea para los nietos de los conquistadores del Nuevo Mundo tan odioso como el de sus abuelos lo fue a sus primitivos habitantes. La consecuencia de esto será la separación absoluta de América, y la ruina de la causa de España (4).

La experiencia clama en los oídos del gobierno español, que va a tener la misma suerte que Inglaterra, respecto a sus colonias, si sigue los mismos pasos. El gobierno español insiste en tomarlos peores. El pueblo de América ha estado trescientos años en la completa esclavitud que pinta Mr. Burke. Es un esclavo que ha sufrido sus cadenas mientras que su señor ha tenido vigor bastante para estar a su lado cuidando que no las limara. Al menor movimiento sospechoso tenía el azote encima. El esclavo, joven y bien dispuesto fue adquiriendo fuerzas que la naturaleza, no obstante su opresión, le daba : el amo se envejecía. Debilitado éste por su mala constitución, y sus excesos, se ve acometido por un enemigo que le da una herida profunda. En tan miserable estado llama al esclavo a su socorro. « Acércate a mi le dice, cuanto alcance la cadena ; ven a mi auxilio sin romperla : trabaja con ella a la cintura, y dame del fruto de tu trabajo toda la parte que

(3) *Idem*, nº 7, octubre 1810.

(4) *Idem*, nº 9, diciembre 1810.

yo te pida. Tú eres igual a mí en todo ; te le confieso ; mas guárdate de tocar ahora a la cadena. Tu suerte queda de mi cuenta, y trataré de ella con oportunidad. »
Representantes del pueblo español, ayudad a soltar al esclavo. La humanidad le dicta no abandonar a su antiguo señor que está cubierto de heridas ; y la escuchará sin duda, si no le inspiráis desconfianza para en adelante. Si es verdad que pensáis soltarlo ¿ Por qué ese miedo de que él mismo, con vuestro consentimiento, se quite la cadena ? ¿ Por qué exigir que la conserve un instante más ? ¿ Por qué enfurecerse si la toca ? ¿ Por qué amenazarlo ? (5).

Será verdad que los insurgentes de México cometen desórdenes ; mas pedir razón y moderación en un pueblo a quien la opresión, y la injusticia hace tomar las armas, es pedir imposibles. En una de las gacetas de México se da cuenta de una batalla en que los insurgentes perdieron últimamente diez mil hombres. El general que los degolló acaba con una insolencia, y crueldad más que francesa, haciendo responsables de esta carnicería, ante Dios y los hombres, a los que están al frente de la insurección... Con el mismo derecho acusa Napoléon a los españoles de los horrores que sufren por resistirle... El gobierno español ha estado, y continúa ciego. Si por sus preocupaciones e ignorancia ha perdido el terreno que tiene bajo su mano, mal podrá esperarse que sepa gobernar mejor en tierras lejanas. Esto lo ve claramente toda la América. La sangre derramada, por culpa del gobierno español, ha aumentado los odios, y no hay medios de apagarlos. En vano esperan socorros. Han quemado la casa porque no podían ser dueños absolutos de ella... es preciso desengañarse : es imposible que el continente inmenso de América dependa siempre de España y le sacrifique sus intereses, sin que derive alguna compensación. Los pueblos a quienes la naturaleza dio medios de subsistir por sí, sólo están sujetos a otros, o por que están defendidos, o por que están oprimidos por ellos. España no puede hacer ni uno ni otro respecto al Nuevo Mundo... ¡ Qué ridículos son los argumentos, las quejas y las investivas contra los americanos, que sólo se fundan en el vano nombre de Madre Patria ! Hasta los sagrados deberes filiales de un hombre para con sus padres tienen puestos límites por la justicia. Si el padre pierde la razón, y quiere que el hijo se sacrifique a sus errores : si porque, sin abandonarlo, quiere el hijo en competente edad tener también una casa y una familia : si porque no se le somete a una eterna minoridad quiere sujetarlo a golpes ¿ qué hará este hijo sino compadecer al pobre anciano en su locura, y tratar de contenerle el brazo con que, en su frenesí, le castiga ?. (6).

Mientras en las cortes se alterca, y regatea con los diputados de América, como si estos fuesen dueños absolutos de la voluntad de aquellos pueblos, sobre cual ha de ser la representación futura en las cortes de España, Caracas y Buenos Aires reúnen sus respectivos congresos, y tienen tiempo sobrado para ganarse las voluntades de sus poderdantes, con poco que tengan de liberalidad, y talentos. Muy malos han de ser los gobiernos revolucionarios si no saben hacer sentir a los pueblos la infinita ventaja de tener de su lado allá del mar la soberanía, si no alcanzan a hacerles percibir la diferencia que hay entre obedecer a las leyes, o a un Virrey. Aun cuando los decretos de las Cortes sobre la representación de América se expidiesen ahora, llegarían allá después de año y medio de independencia absoluta, que tal lo ha sido, por la cabezudez de los gobiernos de España. ¿ De qué servirán entonces estas desgraciadas gracias ? De lo que serviría convidar con asiento a la mesa del amo en La Habana, al esclavo que habiéndose huído tuviese ya casa propia en Filadelfia. El esclavo se burlaría del convite ; mas no sé qué nombre dar a la pasión que excitaría en él la noticia de que su amo, y la señora reñían diariamente sobre en qué lugar se le había de poner el asiento (7).

Caracas llamó mi atención desde que sus papeles y proclamas llegaron a mis manos. Hallábame decidido a abandonar la empresa de escribir sobre materias políticas que se había empezado en *El Español*, porque disgustado hasta el alma del gobierno que había visto nacer en mi patria, de las ruinas de la Central, no veía ni disposiciones ni esperanzas de que se mejorase ; sabía que estaba decidido a no juntar las Cortes, y ya empezaba yo a sufrir la persecución de sus satélites por-

(5) *Idem*, nº 10, enero 1811.

(6) *Idem*, nº 13, abril 1811.
(7) *Idem*, nº 14, mayo 1811.

que escribía en español y no escribía a su gusto. Pero vino la noticia de la revolución de Caracas, y viendo en ella (cuan claro se puede ver a esta enorme distancia) un movimiento de fermentación suave, una revolución sin sangre ni armas, una mudanza causada por el inevitable curso de las cosas, y no forzada por una facción o partido, dije para mí : la felicidad de los españoles se debe buscar en América en caso de que se desvanezca la vislumbre de esperanza que les queda en Europa. Ya lo he dicho otra vez, y lo repitiré eternamente : los españoles, no los americanos, debieran estarme agradecidos. Si yo hubiera sido imparcial, si el miramiento a la España no hubiese sido mi norte : si yo hubiese querido inclinar los americanos a la independencia, nadie me ha presentado armas más poderosas que las Cortes... El gran riesgo que yo concibo en la actual situación de América, es el que crezca y se confirme el odio entre europeos y criollos ; el que se lleguen a mirar como dos naciones distintas. Al gobierno que tenga la ambición de aparecer noble y justo le toca hacer cuantos sacrificios sean capaces de extinguir este semillero de males, que una vez arraigado será la cizaña de América por largos años... Una declaración de absoluta independencia pudiera comprometer la felicidad naciente de la América meridional... La América española no ha pasado aún el noviciado de la libertad, y quererlo hacer todo de repente y a la vez, paredes, techos, y cimientos es exponerse a no hacer más que un edificio de apariencia que se vendría abajo al primer soplo. La América española por necesidad será independiente en algún tiempo (no sabré decir cuando) porque esperar que con sus riquezas, con su extensión, y sus medios ha de estar siempre sujeta a un pueblo que vive a dos mil leguas, aun cuando la gobernara una serie no interrumpida de Solones, y tuviera al frente de sus fuerzas a otros tantos Alejandros, es un verdadero sueño. Pero si los americanos quieren no retardar este período, no la apresuren : dejen obrar a la naturaleza : la libertad es una planta delicada, que se debilita y perece cuando se la fuerza a dar fruto demasiado temprano.

Nada hace amar las doctrinas como la persecución ; permítanme los americanos predicarles las mías ; que según esta regla me deben ser muy caras. Pero jamás, jamás lo serán tanto como la felicidad de la nación española, que les doy por objeto. Los americanos me honran llamándome imparcial : muchos españoles me insultan llamándome faccioso ; mas el testimonio de mi conciencia me dice que no soy ni uno ni otro. Deseo con vehemencia la felicidad de España, y en esto soy apasionado ; mas los españoles americanos no son en mi concepto menos españoles, ni menos paisanos míos que los que han nacido en mi mismo pueblo. Facciosos son en mi dictamen, y muy poco españoles, los que por la ira que esta cuestión les excita, y por los medios que prefieren para decidirla, parece que más tratan de intereses personales que los generales del reino (8).

...¿ Admitirá el orgullo del criollo al indio y al mulato a una verdadera igualdad con él ? ¿ Podrán el odio y la emulación de las castas inferiores sufrir que el poder político del estado sea patrimonio exclusivo de los blancos ? ¿ Cuales serán los cimientos de los nuevos edificios políticos con que se ha de adornar América ? Si la propriedad se constituye sola base del poder político, ¿ cómo podrán las castas subordinadas reconciliarse con un sistema que les dejará, desnudas y sin protección a la merced de sus amos y atereadores ?...

Los revolucionistas justifican su resistencia a la madre patria a título del derecho que como hombres tienen de elegir su gobierno. Nosotros no entraremos en discusiones con ellos sobre los límites o aplicaciones de este principio ; sólo les preguntaremos si, insistiendo sobre tal argumento, piensan acomodar la práctica a la teórica. Si recurriendo a artificios y quisquillas piensan excluir a sus hermanos negros o pardos de una completa participación del poder político, ¿ juzgan que con estas lecciones de derecho natural frescas en la memoria se someterán pacíficamente las castas degradadas a estas restricciones de privilegios ?. Por mucho que deseemos la unión entre España y sus dominios americanos no se disuelva en tanto que España pelea por su independencia, estamos tan persuadidos de que América tiene derecho a una completa enmienda de los gravámenes que sufre, que si la metrópoli rehusa obstinadamente conceder sus peticiones, creemos que los americanos deben continuar en su insurección, y obtener la satisfacción de lo pasado y seguridad para lo futuro, que el orgullo y la avaricia no quisieron concederles. Vemos claramente que de esta conducta, en caso de acompañarla la fortuna de la guerra, nacería la absoluta independencia de las colonias, y este es el motivo que tenemos para recomendar a los que tienen la autoridad de Es-

(8) *Idem*, nº 16, julio 1811.

paña, que procuren evitar este caso, mientras aun es tiempo, concediendo a sus súbditos lo que es justo (9).

... Una vez comenzada la guerra entre la parte oprimida de una nación, y la que manda, en nada puede terminarse sino en esclavitud o independencia. El gran interés de España es que al momento se vea establecido un sistema práctico de emancipación y amistad entre ella y una parte tan respetable de América como el Virreynato de Buenos Aires. Esto es de necesidad absoluta si ha de quedar un palmo de terreno en América donde un español pueda fijar el pie... Por poco dispuestos que se hallen a la absoluta independencia, si a un lado ven arbolada su bandera, y al otro el azote y la espada, ¿a cuál se inclinarán?.
La América española será potencia independiente y muy poderosa con el discurso del tiempo, y lo será sin guerras, ni desolación, si se conducen ahora con prudencia los que manejan la opinión pública... América, donde la universalidad de la lengua española asegura que desde la Tierra del Fuego al Mississipi no puede haber más que un pueblo, está naturalmente destinada a ser un gran imperio. La opresión es quien ha impedido sus progresos hacia este término; y aun a pesar de ella ha dado algunos pasos. España, aunque lo quisiera, no puede ya ejercer ninguna especie de tiranía en aquellos países. Sólo el desorden, la desunión y la anarquía pueden atajar los progresos de la América española. Restitúyase la paz; quítense los grillos a la industria; bórrense hasta los nombres de las manchas legales de las castas; ábraseles el camino de la civilización de los primeros rudimentos del saber; naveguen los americanos de unos puertos a otros; comercien en el interior—y no se acuerden de quién ejerce la soberanía, si las Cortes, o los Congresos de América. Insistan en ser soberanos de su industria, y créanme que más cerca están de este modo de la soberanía política, a que algunos de sus filósofos aspiran, que declarándola desde ahora con proclamas. El comercio y la industria es quien decide la superioridad respectiva de los pueblos (10).

El amor a mi patria me había empeñado en una empresa superior a mis alcances. Uno tras otro, los gobiernos de España parece que se habían propuesto hacerse odiosos en sus antiguas colonias, y a fuerza de orgullo e insultos, espolearlas a la absoluta independencia... ... creí que era mi deber presentar la cuestión al público español de ambos hemisferios, en aquel punto de vista que la pusiese más cercana a un convenio favorable a unos y a otros, igualmente que al éxito feliz de la causa de la libertad en Europa contra la tiranía francesa. Hícelo así; y los que ahora puedan leer con ánimo imparcial lo que he escrito, y los que lo examinen cuando ni la cuestión ni yo existamos, verán si no he hecho por España aun más, tal vez, que lo que el amor a la rigorosa verdad permitiera en una cuestión de otro género (11).

He hecho cuanto ha estado a mi corto alcance para persuadir a los americanos a la conciliación; mas, ya no está en su mano ni en la mía. El gobierno español la ha rehusado a la amistad, a la humanidad, a la justicia, y aun a su propio interés. ¿Qué les resta a hacer a los americanos? ¿Se han de entregar a discreción de semejantes señores, fiados en la defensa de una tercera parte de representantes en el Congreso, a esperar justicia de él, contra la que sumariamente le administren sus virreyes y audiencias? Antes me cortara la mano con que escribo que recomendar tan funesto abatimiento. Una sola cosa sacrificaré en este punto al respeto de mi patria. Al desvanecerse para siempre la esperanza de conciliación, me ha sido preciso presentar este pequeño bosquejo de las razones que he alegado en la cuestión presente. Mas nunca tomaré la pluma para atizar el furor de los americanos españoles en esta funesta guerra. Decídala la espada, y el Dios de la justicia, sin castigar a mi patria de los errores de sus gobiernos (12).

Sobre la esclavitud

La razón que alegan, en general, los colonos, es que los negros son de un carácter perverso, y que sólo el temor puede contenerlos. Yo por mí creo que los negros deben ser naturalmente buenos, cuando el trato que les han dado los europeos no los ha convertido uno por uno en monstruos. Las

(9) *Idem*, nº 22, enero 1812.
(10) *Idem*, nº 23, marzo 1812.
(11) *Idem*, nº 24, abril 1812.
(12) *Idem*, nº 28, agosto 1812.

virtudes son hijas de los afectos sociales. Quien considere la vida de un negro traído de Africa, y puesto a trabajar en un ingenio, mirará como un milagro de bondad el menor lineamento moral que lo distingue de un tigre...
Aún no alcanza la idea a discurrir cuándo podrá llegar el tiempo en que desaparezca la esclavitud sobre la haz de la tierra ; pero al menos ha llegado el de ver mejorada la suerte de los esclavos. Los de los españoles han tenido siempre, en general, mejor suerte. Pero los españoles deben coronar esta gloria, contribuyendo a la completa extinción del tráfico (1).

¿ Debe el gobierno de España quejarse en nombre de la nación que lo ha constituido a su frente, de que hay quien incomode a sus vasallos que se emplean en robar hombres, mujeres y niños, para venderlos a gentes que los hacen trabajar toda la vida, apropiándose el fruto de este trabajo, y hasta los hijos que produzcan en esta miserable esclavitud ? El hecho, presentado de este modo, parece una paradoja inconcebible. Mas yo apelo al buen juicio de todos los hombres del mundo, que me digan si hay otro modo de pintar este procedimiento, u otro aspecto por donde mirarlo...
Tan bárbaras, tan fútiles, y aun viles son cuantas razones se pueden imaginar para sostener, ni un momento, el tráfico de esclavos que el ánimo indignado se desdeña con abominación de recordarlas, y aun más, de responderlas (2).

IV. — Patriotismo

Cuando una inclinación natural es elevada a la categoría de virtud, sobrevienen los mayores males. El patriotismo es un ejemplo de ello. La propensión natural a conferir una importancia indebida a nosotros mismos se denomina egoísmo cuando el individuo es claramente el objeto de su propio sentimiento ; pero, cuando, bajo el nombre de patriotismo, cada individuo se deja arrastrar a la vanidad, al orgullo, a la ambición, a la crueldad—y lo hace en tanto que inglés, francés o español—todos estos vicios son considerados virtudes (1).

(1) *El Español*, nº 20, noviembre 1811.
(2) *Idem*, nº 24, abril 1812.
(1) « *Life of...* », vol. II, p. 6.

Nosotros somos ingleses, y ellos franceses ; una banda de pordioseros bribones.
Nosotros somos franceses, y ellos ingleses : ¡ *Sacre !*
Nosotros somos españoles, y ellos americanos.
Nosotros somos mexicanos, y ellos españoles.
Nosotros somos rusos, y ellos polacos.
Nosotros somos polacos, y ellos moscovitas.
—¿ No es curioso que palabras de tan distinto significado como inglés, francés, español, polaco, etc. produzcan el mismo efecto en los sentimientos y pasiones de la humanidad ?
—Se equivoca usted al atribuir los efectos en cuestión a la palabra errada. Es la palabra *nosotros* la que los origina (2).

A la verdad, reconozco de buen grado que jamás he sentido esa clase de patriotismo que ciega a los hombres respecto a los defectos de su país tan bien como a los propios. España, con su cuerpo político miserablemente rebajado por su gobierno e Iglesia, dejó de ser para mi objeto de admiración desde un período muy temprano de mi vida. Nunca he sentido orgullo de ser español pues, por serlo, me hallaba mentalmente envilecido, condenado a inclinarme ante el más mísero sacerdote o laico que podían enviarme en cualquier momento a las cárceles del Santo Oficio. Durante muchos años presentí que una sentencia de destierro de tal país, lejos de ser para mí un castigo, sería una bendición.

Iglesia, ortodoxia, partidos

Hoy día, ningún hecho histórico se halla mejor establecido que la despiadada y sistemática destrucción de cuantas obras se oponían a la ortodoxia, esto es, al partido predominante. Los propios escritores eclesiásticos registran dicho método y las leyes del Imperio Romano, desde el tiempo en que Constantino el Grande dio una resuelta victoria a la facción que sostenía la doctrina atanasiana sobre la Trinidad—facción en la que la Iglesia de Roma ocupaba una posición prominente—dan fe incuestionable de él. Los libros heréticos no podían ser preservados de las llamas sin peligro inmediato para quien los

(2) *Idem*, vol. II, p. 29.
(3) *Idem*, vol. I, p. 141.

conservara en su poder. Toda persona descubierta en posesión de uno de ellos era castigada con la pena de muerte. Y ¿ quiénes eran *herejes* ? Todos los que discutían de la facción proclamada ortodoxa por la ley. A ello se debe en gran parte la pérdida de una multitud de obras pertenecientes al período anterior a la unidad legal de la Iglesia. Todo cuando contradecía las ideas del partido ortodoxo debía perecer para siempre. No es asombroso, por tanto, que el Caballero irlandés no encuentre protestantes en la época que precede al establecimiento de la ortodoxia. Esta no toleraba la existencia de obras que no coincidieran cuando menos hasta cierto punto con su credo y, desde luego, de ninguna que lo contradijera...

Teodosio fue el primero en establecer, en el año 382, inquisidores de la fé y con este mismo nombre. Los gobernadores civiles recibieron la orden de enviar inquisidores a todas las provincias, de abrir sus tribunales de justicia a informadores secretos a quienes se eximía así del odio general hacia tal cargo y de tomar en consideración las recusaciones habituales de testigos mientras que eran anuladas en favor del acusador en casos de herejía. El Imperio Romano se convirtió en el escenario de persecuciones cruelísimas : millares de personas sufrieron la pena de destierro y familias pudientes se vieron reducidas a la mendicidad. Numerosas figuras de nota del bando de los dirigentes fueron enviadas a perecer a lugares salvajes y abandonados. Otra ley del mismo emperador, publicada un año después, contiene una larga lista de denominaciones heréticas. Quienquiera que fuese acusado de pertenecer a alguna de ellas era entregado a la furia colectiva de todo el buen pueblo, a saber : « *el que se deleita en el culto y belleza de la verdadera religión* ».

Si los vivos eran tratados de este modo en aras de la unidad católica ¡ cómo deben de haber sido tratadas las obras de los muertos, especialmente en una época en que la destrucción de unos cuantos manuscritos podía aniquilar para siempre los testigos de cualquier tentativa de resistencia a las innovaciones del partido predominante ! Pretender, por tanto, que las escasas líneas—pues son realmente escasísimas—en que se da por supuesto que algunos escritores de los primeros siglos recomendaban doctrinas y prácticas que los protestantes rechazan, prueban el consenso universal de los cristianos en aquellas materias es muy poco razonable, por no decir absurdo. Los escritores que podrían haber demostrado que dichas innovaciones suscitaron la resistencia de sus contemporáneos estaban a la merced de la tiranía ortodoxa desde comienzos del siglo IV.

No, la Reforma no podía liberar los antiguos manuscritos de las Padres de la vigilancia celosa del partido romano. Hay pruebas indudables de que incluso las obras de éstos a los que la ortodoxia perdonó la vida han sido, a menudo, mutiladas y adulteradas, siempre que por una razón u otra no armonizan con el credo de Roma. Pero incluso mucho antes de Constantino era peligroso leer y conservar escritos antiguos que disentían de la creciente ¡superstición. La opresión ortodoxa había llegado a tal extremo que si algunos Padres deseaban leer los escritos antipopulares o condenados debían fingir visiones celestes que les autorizaban a consultar las obras prohibidas...

Pero volvamos mejor a los antiguos manuscritos : se debe por ejemplo a uno de estos piadosos fraudes que el tratado de Tertuliano sobre el ayuno—escrito, evidentemente, contra los ortodoxos—haya sido transmitido cuidadosamente a la posteridad mientras que de las obras en que defendía a Montano no se conserva huella. Así, por el descuido si no por la voluntad expresa de los ortodoxos, han perecido gran número de obras de los tres primeros siglos.

No podemos conjeturar acerca de su contenido, pero el furor ortodoxo contra los libros desde principios del siglo IV nos da una mediana base para suponer que, mucho antes de esta época, la unidad fue obtenida merced a la aniquilación de quienquiera que se opusiese al partido predominante.

El Caballero Irlandés no puede descubrir protestantes en las obras de la antigüedad que han llegado hasta nosotros a través del conducto de la ortodoxia romana y de ahí concluye que no hubo ninguno en aquellos días. Un viajero por el antiguo Egipto podría haber pretendido asimismo que no había cocodrilos en aquella región porque no encontró ninguno en un país en donde su destrucción era un deber religioso. El viajero no obstante hubiera mostrado más discernimiento si antes de trazar esta amplia conclusión hubiese intentado averiguar si los registros de los sacerdotes mencionaban algunos métodos de exterminio de aquellos heterodoxos animales o del tratamiento que algunos de ellos recibieron de manos de los propios sacerdotes. Cualquiera que fuese el tiempo en que esto ocurriera debe de haber

habido cocodrilos en el lugar...
Pero ¿ por qué—se objetará—no hubo resistencia a estas prácticas cuando hicieron su aparición ? A ello responderemos : ¿ por qué muchas de las peores enfermedades no son combatidas por la medicina desde su mismo origen ? Porque se presentan sin suscitar alarma. La mayoría de dichas supersticiones cristianizadas, repetimos, deben de haber parecido al principio muy inocentes ; muchas de ellas deben de haber sido acogidas como esencialmente útiles y piadosas. Cuando en el decurso de tres o cuatro siglos casi habían suplantado a los Evangelios, los pocos que podían distinguir el trigo de la cizaña vieron la cosecha medio asfixiada por influjo de la mala hierba y elevaron sus voces contra el mal, pero era demasiado tarde. Una Iglesia tiránica y un cuerpo de sacerdotes que se acercaba cada día más a la condición de una monarquía clerical habían adquirido un poder formidable del mismísimo predominio de estas supersticiones y los propios emperadores le prestaron su asistencia...
Desde los primeros tiempos de la Iglesia, uno de los expedientes favoritos de los ortodoxos—es decir, del partido que, por el momento, se siente bastante fuerte para pretender superioridad—ha consistido en marcar a cada nuevo adversario con el nombre de alguna secta previamente derrotada. De este modo, la idea de un error que se supone conocido y condenado por el asenso común, la noción de alguna extravagancia anticuada, quizás de algún hecho criminal atribuido a aquellos señalados por el odioso nombre se pega en seguida a la persona que expresa alguna opinión molesta o se atreve a proponer algún método de investigación que el partido establecido o cómodamente asentado sospecha que podrá volverse contra él. Algunas veces he pensado que se podría escribir un libro titulado « *El campeón de la fe* » conforme al esquema de « *El príncipe* » de Maquiavelo. Del mismo modo que el escritor italiano revela las astucias del déspota mediante las instrucciones que da acerca del arte del gobierno, se podrían exponer las estratagemas de los polemistas encaminadas a la supresión de la herejía. En tal libro habría que recomendar preminentemente el uso de nombres sectarios. La regla debería consistir en responder al primer signo de disconformidad con la denominación de alguna secta anteriormente condenada. A la verdad, ésta ha sido la práctica constante de la Iglesia de Roma y, como todas las prácticas de dicho organismo eminentemente político, se funda en un conocimiento profundo y correcto del espíritu humano. Pues, independientemente del carácter odioso del nombre, tiende a aturdir y agotar al aventurado perturbador de la ortodoxia, obligándole a descuidar su principal argumento para empezar a refutar su supuesta identidad de opiniones con la convicta herejía. Si se le pega el nombre con la adecuada habilidad, la diferencia no podrá ser expuesta sin un considerable discernimiento y exactitud de lenguaje. El mundo no prestará atención a tales sutilezas y los polemistas ortodoxos—esto es, los del bando establecido—podrán dejar que su adversario grite hasta enronquecerse sus protestas de inoncencia respecto a la vieja herejía implicada en tal nombre (1).

Ahora bien, desde que la ortodoxia es un título de poder, está condenada a actuar sobre la mente humana como cualquier otro instrumento de ambición. Desde que es el vínculo que une bajo su guía vastas corporaciones humanas, y la heterodoxia o herejía suscita agrupaciones contrapuestas bajo gobernantes que se convierten así en rivales peligrosos de los ortodoxos, dichos principios de unión y oposición actúan necesaria mente como patriotismos rivales y opuestos. Existe con todo una importante diferencia, a saber, que, mientras un patriotismo puede permitirse un cierto grado de simpatía por otro, dicho sentimiento no opera entre dos credos. La ortodoxia es exclusiva y no puede admitir la existencia de una rival : su rasgo esencial consiste en someter a todo el género humano bajo su dominio. Los hombres organizados en una corporación, como profesionales de ortodoxia, resistirán y castigarán, por todos los medios, cualquier tentativa de disolver el principio vital de su unión.
Y, como todo otro organismo político, una Iglesia ortodoxa advertirá fácilmente que nada aglutina mejor a las agrupaciones humanas que su oposición a las demás. Un estado de guerra, especialmente con vecinos, trueca el patriotismo en una pasión violenta y consolida la unión de quienes combaten bajo sus banderas. De ahí el hecho —y cada página de la historia eclesiástica lo prueba—que la condena de los demás es el alma verdadera de la ortodoxia. Ningún orto-

(1) « *Second travels of an Irish gentleman in a search of a religion* », p. 114 a 176.

doxo se contenta con lo que él cree su propia doctrina, si no condena desde el fondo del alma a todo que difiera de él. Para probar la verdad de dicha aserción, más allá de toda posible duda, me basta con remitirme solamente a las actas de todos los concilios y sínodos celebrados en el mundo cristiano. En realidad, cualquier tipo de ortodoxia implica fatalmente una heterodoxia, en la acepción de un sistema erróneo y condenable... (2).

La mayoría de los vicios de los regímenes políticos responsables de la terrible crisis de nuestro tiempo por la general irritación en que mantienen al conjunto de la sociedad, tienen su origen en las nociones de Iglesia que regularon exclusivamente el cuerpo de Europa durante muchos siglos y entraron a formar parte de todas sus partículas. Todo dependía de la teología : incluso si se trataba de temas científicos, los teólogos eran jueces. De ahí la circunstancia que todos los principios y sistemas fuesen creados a *perpetuidad*, incluso en lo que respecta a los pormenores más nimios. Cualquier cosa de dicha especie se configuraba conforme a las instituciones monásticas, en donde la Regla determina de antemano y para siempre hasta las acciones más indiferentes de quienes la profesan.
El mayor paso que la sociedad debe dar ahora es desembarazarse de error tan extendido ; aprender a actuar de acuerdo con el principio que todo, en el hombre y sus preocupaciones, es progresivo y nada puede ser encerrado para siempre en las mismas formas, a menos que destruyamos en seguida la vida que lleva dentro. Tenemos ejemplos de este proceso de momificación en algunas naciones de Oriente. Gracias al cielo, no es posible en Europa (3).

Polémica con los católicos ingleses

Me satisface ver marcado el dogma de la intolerancia, en el « *Book of the Roman Catholic Church* », con el epíteto de « *detestable* » ; pero no puedo menos de extrañarme de ver a un hombre que expresa tan abiertamente su execración de tal doctrina profesar obediencia a una sede bajo cuya autoridad la Inquisición fue restablecida en España en 1814. Si los católicos han adelantado bajo el gobierno protestante de Inglaterra hasta el extremo de poder detestar de la persecución, ¿ por qué distingo inteligible encuentran compatible arrimarse al manantial de la intolerancia que ha anegado a Europa en sangre y todavía muestra intacta su vieja propensión doquiera que conserva su influjo exclusivo ? ¿ Con qué Iglesia aprendió España la obligación de prohibir para siempre a sus súbditos el derecho de escoger sus principios religiosos, en el mismísimo momento en que proclamaba su « *libre constitución* » ? ¿ Quién indujo a los gobiernos republicanos de Hispanoamérica a copiar la misma ley odiosa en sus nuevos códigos ?...
El dogma de un juez infalible en asuntos religiosos es la fuente auténtica del fanatismo y quienquiera que crea de verdad en él es necesaria y conscientemente un perseguidor ; una Iglesia falible no puede coaccionar. Si pretende autoridad en materias de fe, es para proclamar su propio credo a quienes voluntariamente quieren formar parte de ella. El juez infalible, por el contrario, considera su presunto don como una misión milagrosa y divina : la de atajar los progresos de cuanto condena por erróneo. Persigue y castiga a los disidentes no porque no puede convencerlos mediante sus razones, sino por su obstinada resistencia a su autoridad sobrenatural. Roma no condenó jamás a sus oponentes a la hoguera en razón de sus errores, sino por su contumacia. De este modo ha conseguido muy a menudo extinguir la conmiseración en el pecho de sus seguidores, pues el error induce a la compasión mientras la rebeldía enciende necesariamente la cólera...
Tal es el carácter del poder eclesiástico al que Vd. se somete. Las leyes monstruosas de las que hablo no pertenecen a un período remoto : se hallaban en vigencia hace quince años y fueron restablecidas, con la sanción del Papa, en una época posterior. Si alguno de sus escritores adopta el tono liberal propio de este país y este siglo y profesa su fe sin coacción puede agradecerlo Vd. a las leyes protestantes que le protegen. ¿ Hay un lugar en el universo en el que un católico pueda desprenderse de su sumisión mental, excepto en donde los protestantes han luchado por este derecho y lo han sellado con su sangre ? Sé que la Iglesia modifica su intolerancia conforme a las circunstancias y soporta en Francia, después de la revolución, a los mismos hugonotes que habría

(2) « *Observations on heresy...* », p. 74-74.
(3) « *Life of...* », vol. II, p. 154-155.

quemado en España hace sólo unos años y a los que condenaría aún hoy a algún otro castigo apenas inferior al de la estaca. Dicha conducta es indigna de las pretensiones que sostiene Roma y descalificaría al cabecilla más obscuro de cualquier secta despreciable...
Puedo imaginar sin esfuerzo cuan irritante debe resultar a un católico romano « modernizado » de este país, la constante sospecha de que lo sea en verdad y conforme a la voluntad del Papa. Su caso es tan deplorable como el de un hombre de buen tono, obligado a frecuentar los círculos más elegantes en compañía de una madre vieja, caprichosa y medio chiflada que día tras día y hora tras hora le expone al desprecio y ridículo, a pesar de sus esfuerzos filiales por ocultar sus disparates (1).

V. — Literatura española

Con todo, la estructura gótica de nuestro sistema nacional no es el único que rebalsa el genio poético de España. Existe — si puedo arriesgar algunas vagas conjeturas sobre un tema difícil y no tratado aún con suficiente imparcialidad — una falta de flexibilidad en el idioma español, derivada de la gran longitud de la mayor parte de sus palabras, la escasa variedad de las terminaciones y lo abultado de sus adverbios que, según me temo, embarazará su verso para siempre. El sonido de nuestra mejor poesía es realmente grande y majestuoso, pero requiere una destreza poco común para someterlo y modificarlo de modo que alivie el oído y satisfaga la mente. Desde la introducción de la métrica italiana por Boscán y Garcilaso a comienzos del siglo XVI, nuestros mejores poetas han sido imitadores serviles de Petrarca y los escritores de aquella escuela. Como el hidalgo de la Mancha, todo poeta español se ha creído en la obligación de tener un gran amor, buscando a la vez tema e inspiración en la minuciosa disección de su dama. El idioma, entre tanto, condenado durante siglos por la esclavitud sin precedentes de nuestra imprenta a un empleo casi exclusivo en el intercambio familiar de la vida diaria, ha empañado y manchado sus galas más ricas por el influjo avasallador de la asociación de ideas. Escasamente un tercio de su amplio diccionario puede usarse en una prosa digna mientras una reducida lista de palabras compone el surtido total que puede usar la poesía sin producir empacho ni caer en el ridículo (1).

En los más de los poetas castellanos, desde Garcilaso a los de nuestros días, se observa que rara vez dicen lo que quieren, sino lo que pueden. La rima, el metro italiano (con su entono y poca flexibilidad para nuestra lengua) y cierta falsa idea de lenguaje poético que no permite hablar más que de lo que otros poetas han hablado les han quitado la libertad de pensamiento y expresión. Las obras de las poetas españoles, de la Escuela Italiana, son una serie de repeticiones e imitaciones bellas y agradables a veces ; pero cansadas en su conjunto ; sin naturalidad, y sin correspondencia entre lo que el poeta dice y lo que siente (2).

Si la fama de Cervantes creció de día en día en su patria, no fue tanto por el arte exquisito con que está escrita su obra, como por lo divertido del asunto. La prueba de esto se halla en la admiración con que, al paso que todo el mundo reía con el Quijote en la mano, daban el nombre de *Fénix* a Lope de Vega, autor tan inferior a Cervantes, que casi no puede entenderse como hay quien lo sufra después de haber leído las obras del verdadero *Fénix* de España (3).

En realidad nuestro estilo es, hoy por hoy, totalmente inestable : fluctuando entre la verbosa pomposidad de nuestros escritores antiguos—pero sin su soltura—y la concisión epigramática de los escritores franceses de segunda fila—despojada de su viveza y garbo. Mientras permanezcamos condenados al silencio de muerte en que se ha mantenido al país por espacio de siglos, hay pocas posibilidades de establecer ninguna norma de gusto para la elocuencia española. Capmany, probablemente nuestro mejor prosista y filólogo vivo, insiste en adoptar las palabras y giros de los autores del siglo XVI, la Edad de Oro, como suele llamarse, de nuestra literatura, en tanto que los traductores de Madrid parecen empeñados en hacer del idioma español un dialecto

(1) « *Practical and Internal evidence against Catholicism with occasional strictures on Mr. Butler's look of the Roman Catholic Church* », Georgetown, 1826.

(1) « *Letters...* » p. 381-382.
(2) *Variedades,* vol. I, p. 150.
(3) *Id.*, p. 111.

del francés : una especie de *patois* ininteligible a una y otra nación. El verdadero término medio se sitúa ciertamente entre ambos. La mayor parte de nuestro léxico resulta hoy vulgar y obsoleto : los idiomas que durante el progreso intelectual de Europa, se han convertido en vehículos e instrumentos de pensar lo han dejado muy atrás en cuanto a medios de precisión, y el rico tesoro que durante tiempo ha permanecido enterrado deberá ser reacuñado y bruñido antes de que pueda admitirse como genuina moneda. Ni rechazando por extraña toda expresión que no se encuentre en los escritores de la época de los Austrias ni desfigurando nuestro idioma con galicismos podremos adaptarlo a nuestras actuales necesidades y gustos. Lo razonable sería pensar por nuestra cuenta, en nuestro propio lenguaje : *pensar*, digo, y expresar las ideas con claridad, precisión y fuerza—no imitar el simple sonido de los períodos huecos que generalmente hinchan las páginas de los escritores españoles antiguos (4).

... Martinez de la Rosa ha sujetado sus facultades creadoras con su supersticiosa reverencia a las reglas de la crítica más angosta, cerril y dogmática (el dogmatismo es, en todas las materias, la consecuencia natural de la estrechez de miras y el servilismo). Su admiración sin limites por los escritores de lo que en España se denomina Siglo de Oro de su literatura—un período de poca más verdad histórica que el de su homónimo ovidiano—le ha inducido a tomar por guías a los filólogos españoles antiguos más pedantes. Como si incluso en los demás países buscase relacionarse con aquellos escritores que concuerdan con sus maestros nacionales, Martinez de la Rosa ha estudiado con profunda reverencia las Disertaciones en las que Corneille se defiende de las acusaciones de desobediencia a Aristóteles con tanta ansiedad como si hubiera resultado sospechoso de rebelión contra Richelieu. Es realmente lamentable observar los efectos de la ortodoxia poética sobre la inventiva y facultades críticas de nuestro escritor. Sólo tiene una regla y prueba para juzgar el mérito de cualquier obra dramática que caiga entre sus manos : las Unidades. Si algún crítico extranjero pone en duda el valor de las obras dramáticas españolas nuestro autor imagina que las exime de culpa mostrando que la doctrina de las Unidades se conocía en España desde tiempos remotos, pero que fué eludida voluntariamente por los escritores en cuestión : parece aguardar todas las excelencias de cualquier autor que jure por su nombre y, en todo caso, está dispuesto a perdonarle cualquier otra falta. Tiene en verdad demasiado buen gusto para no conceder gran importancia a Shakespeare ; pero cuanto le molesta en sus comedias, lo achaca a su ignorancia o desprecio de Aristóteles.
Suplicamos a nuestros lectores que no atribuyan a estas observaciones el designio de rebajar en su estima al poeta que nos ocupa. Nuestro propósito es ofrecerles uno de los mejores ejemplos vivos de la literatura española, a fin de que puedan aprehender el período intelectual por el que atraviesa la nación española en estos momentos. Un escritor francés moderno ha dicho que España es sólo un eco débil de Francia, oído a una distancia de cincuenta años. La observación es verdadera en política, pero en literatura el período del eco es mucho mayor (5).

El disgusto que los estudios de las Universidades producen en los españoles que por casualidad abren los ojos lo bastante para entender su atraso, y la escasez de libros elementales en su propia lengua, los hace recurrir a la literatura francesa, cuyo idioma aprenden a entender con gran facilidad. Del gran mérito de los principales autores de aquella nación, de la elegancia y claridad con que hasta los más medianos escriben, y del poco trabajo y cansancio que casi todos dan a sus lectores nadie puede dudar que los haya leído. Pero si merece algún crédito un hombre que pasó su juventud en estudiar la literatura francesa, y más de trece años de la edad madura en la de Inglaterra (tal ha sido la suerte del que esto escribe) es desgracia notable de los españoles que la dificultad de aprender la lengua inglesa los haga recurrir exclusivamente a los autores franceses... (6).

Los escritores peninsulares

Para un español de talentos... cualquier azar que lo saca del charco estancado de España, es un acontecimiento feliz, por lo que hace a los inte-

(4) « *Letters...* » p. 384-386.

(5) *The London Review*, vol. I, nº 1, 1835.
(6) *Variedades*, vol. I, p. 118.

reses de la parte intelectual. La parte flaca de los literatos españoles que nunca han salido de su rincón, es la vanidad que resulta naturalmente de la actividad y fuerza de alma que generalmente poseen, y de la pequeñísima esfera a que están reducidos. Faltos de libros. faltos de público que los excitase, que supiese apreciarlos, y que en su totalidad fuese superior a cualquier individuo por muy dotado que estuviese de la naturaleza, los pocos que en España dejaban el camino de las aulas por el de la literatura, no tenían más mundo en que vivir que una pequeña sociedad de amigos, con quienes comunicaban sus ideas, y de quienes recibían el aplauso con que mantenían en vida a su extenuada Musa. ¿ Qué podía resultar de esto ?. Lo que hemos visto : primicias de ingenio, preciosas en sí, pero sin jugo, sin fuerza, sin frondosidad : imitaciones de imitaciones, hasta la cuarta y quinta generación de copias. Faltábales a los autores libertad, campo ancho en que ejercerla, y caudal de ideas originales, acopiadas por ellos mismos, y no tomadas de manos de revendedores. Examínese cada cual de los que, con talentos e instrucción suficiente para adelantar, se vieron forzados a vivir prisioneros o desterrados en Francia ; y no podrán negar que sus ideas se acrecentaron en número, se vigorizaron desenvolviéndose, y perdieron cierta puerilidad, hija del encerramiento anterior, que acompañaba a no pocos españoles habilísimos, hasta la sepultura...

... De aquí es que, a no ser cuando se atacan unos a otros, los escritores españoles apenas parece que hablan de veras (1).

Defensa de la imaginación

La afición de los españoles a obras escritas en estilo oriental y llenas de ficciones de encantos y de seres sobrenaturales, abrió, en mala hora, la puerta a mil extravagancias en la multitud de libros de Caballerías. La inmortal obra de Cervantes hizo en breve que su nación diese en el extremo opuesto ; y, de no gustar más que de hechicerías y vestigios, vino a caer en una apatía de imaginación que no da, ni admite una vislumbre del fuego que el clima, y los árabes, les comunicaron en otro tiempo. Yo confieso que a pesar de mi admiración del Quijote, he tenido por muchos años la sospecha de que sus efectos morales y literarios, no fueron favorables a la nación española. Esta sospecha crece en mi día en día...

El alma de los pueblos modernos... se formó de la mezcla del valor y generosidad de los pueblos del Norte, con la sensibilidad y ardor de los del Mediodía. En semejante carácter la imaginación tiene el mayor influjo, mejor diré, sin ella no es posible que exista. Cervantes, sin intentarlo, le cortó las alas, y contribuyó a la obra, en que la casa de Austria se empleaba, de reducir a los españoles a meros instrumentos pasivos, con que establecer su despotismo. Los españoles del siglo XVII perdieron lo que pudiera llamarse el noble y generoso *Quijotismo* de la edad anterior. Quedóles el valor obstinado con que pelearon bajo los Felipes contra su propia libertad y la de Europa ; pero de generación en generación fueron perdiendo aquella lozanía de ingenio, aquella esplendidez de carácter de que tantos rasgos vemos en la historia de los siglos catorce y quince, sin que reste nada más de lo que eran que una especie de fuego ahogado en cenizas...

No quiero decir que esto sea totalmente efecto de la obra del incomparable Cervantes ; pero no puedo menos de creer que el Quijote contribuyó a producirlo. Dominaba, es verdad, en la nación española un mal gusto favorable a las ficciones extravagantes de los libros de Caballería ; pero esta afición debiera haberse corregido, no sofocado. Las armas de lo ridículo son instrumentos envenenados que en vez de cortar excrecencias, destruyen el total de lo que hieren.

El placer de las ficciones que nos transportan a un mundo imaginario poblado de seres superiores al hombre, y sujeto a otras leyes que las inmutables de la naturaleza visible es tan natural y tan inherente a nuestra constitución, que no puede arrancarse del alma sino con violencia. Examínese la historia del género humano, y se hallará que hasta en el estado más rudo y salvaje, la imaginación se emplea en crear seres sobrenaturales, habitadores de un mundo invisible, que, o vagan por éste, o lo visitan de cuando en cuando, mezclándose en los negocios y tomando parte, ora favorable ora adversa, en los intereses del hombre. Propensión tan natural y decidida no se debe aniquilar, sino dirigir al bien y utilidad de la especie... Mas ¿ no podríamos pasar sin ficciones ?. Muy bien, si quisiéramos, o pudiéramos convertirnos en una especie de seres de cal y canto, en quienes sólo hiciese mella o impresión un martillo. Pero en vano se cansan los que a título de Filósofos,

quieren extirpar de la mente humana la facultad que nos lleva a pintar mundos invisibles...

No quiero, por título alguno, decir que la intervención de seres sobrenaturales, y fuerzas misteriosas, tales como la creencia popular las figuraba en los tiempos caballerescos, sea necesaria, y ni aún admisible, en todas ocasiones. Mi intento es sólo protestar contra la sentencia de destierro que se ha fulminado sobre ellas, especialmente en España...

Pero ¿qué ventaja, me preguntarán, se saca de estas suposiciones? La de variar las situaciones. Cualquiera que haya probado a escribir obras de imaginación, habrá visto cuan difícil es el poner a los personajes en circunstancias, que desplegando todo su carácter, los hagan hablar y proceder de modo que exciten fuertemente nuestros afectos y simpatías. El orden de los acontecimientos humanos, en la vida social, forma un círculo de acontecimientos, en que hay poquísima variedad. La introducción de agentes sobrenaturales abre un campo extendido, en que el carácter humano se despliegue con el mayor efecto. La falta verdadera de los más de semejantes escritos no es, que las situaciones son inverosímiles, sino que los afectos y expresiones no corresponden ni a los caracteres ni a la situación. La magnífica tragedia de Shakespeare, *Macbeth*, se funda en la predicción de unas hechiceras, con que la ambición del héroe se despierta, apoderándose poco a poco de toda su alma. Esta ambición, como tea encendida que se acerca a combustibles violentos, pone en acción el carácter feroz y determinado de su mujer, quien precipita a Macbeth al crimen horrendo de asesinar, en una misma persona, a su rey, su amigo, y su huésped. Nada es más inverosímil que la predicción; pero nadie, a no ser otro Shakespeare, podría dar más realidad y verdad a las pasiones, que sus personajes expresan en consecuencia de la situación en que el espectador permite que el poeta los ponga. Ejemplos de esto se podrían aglomerar, tanto de obras antiguas como modernas (1).

(1) « *Sobre el placer de imaginaciones inverosímiles* », en « *Variedades* » (t. I, p. 413-417).

Narrativa

Carlos Barral
Retrato a la sanguina
sobre cartón gris

Severo Sarduy
Cobra
Diario Indio

Darwin Flakoll - Claribel Alegría
Heridos y contusos

Daniel Moyano
Para que no entre la muerte

Rubén Bareiro Saguier
Caléndula

Plinio Apuleyo Mendoza
El día que enterramos
las armas

Nélida Piñon
Oriente Próximo

Carlos Barral

Retrato a la sanguina sobre cartón gris

En el otro extremo de la Via Layetana—y vengo llamando a lo largo de estas páginas Via Layetana precisamente al tramo de ella que las gentes de más memoria que instinto de obediencia seguían llamando calle de Claris—, por encima de mi casa, vivía Jorge Folch. Vivía exactamente en la calle Provenza, cerca de la esquina de Claris. Jorge Folch fue realmente importante en una etapa de mi vida, en los tardíos cuarenta, pero nuestra relación era muy vieja. Lo conocí en el colegio, aunque apenas lo recuerdo en él. No debió permanecer en las aulas de la calle de Caspe más de uno o dos cursos; no estaba hecho para aquella disciplina ni parecía estar sometido a una tiranía familiar que lo obligara a soportarla. De su paso por la escuela no me quedan más que imágenes ópticas. Haberlo visto en una formación matutina vestido con la chaqueta del pijama y la corbata anudada encima o peleando en el patio con otro muchacho, más bien desgarbado y enclenque, vestido con un pullover granate muy descolorido y recién roto. Yo creo que nuestra amistad nació en la calle. En todo caso no tenía yo más de once años y él tendría entre doce y trece cuando nos reuníamos en casa para hacer experimentos. Teóricamente se trataba de hacer experimentos de química, pero en realidad se trataba de montar alambiques y quizás luego probarlos en cualquier destilación. Folch tenía una extraordinaria habilidad para doblar al fuego tubos de vidrio y fabricar con ellos admirables serpentinas que montaba en botellas y matraces. Se llevaba a su casa el producto de las destilaciones en tubos de ensayo que clasificaba y guardaba. Cuando era yo quien iba a verle, me los mostraba con mucho misterio, atribuyendo a los productos cualidades peligrosas, incluso terribles. Con los tubos de ensayo guardaba también ampollas de inyectables cuyo contenido pretendía reconocer mirándolas al trasluz. En el brazo de un sillón escondía lo que juraba que eran varias ampolletas de morfina. Todo ello con gran misterio, como si se tratase de armas secretas. No sabría decir cuánto duró la época de los experimentos. Recuerdo que terminó con una intoxicación de gas de cloro que me retuvo en cama varios días. Pero en esa última experiencia no estaba Folch, la hice yo solo. De pronto, nuestra asociación química terminó, pero seguíamos viéndonos de cuando en cuando. Ahora lo que coleccionaba eran alcoholes en botellas en forma de petaca. Yo por aquel entonces fumaba y él no. Yo le llevaba muestras de coñac que robaba a mi madre, a cambio de cigarillos. Pero ya nos veíamos menos que en la época de la destilación del bromo. Desde pequeño, desde siempre, era Folch mitómano e histriónico. Era un gran fabulador y representaba con empeño su personaje de turno. Un personaje con el que no pretendía engañar a nadie, sino más bien justificarse y divertirse. En esa etapa del alcohol en petaca había pasado de la caracterización del alquimista a la de merodeador solitario. Hablaba de misteriosos paseos por barrios sólo frecuentados por maleantes, de su presencia en secretas tertulias de anarquistas en lejanas tabernas, de un mundo ocultísimo, de afilados cuchillos. Poco después descubrió los cementerios y se dedicó a mimar un curioso personaje mezcla de Franquenstein y de necrófilo romántico con un subrayado que quería ser sarcástico y era, sobre todo, socarrón. Quién sabe cuáles serían las fuentes literarias de aquellas metamorfosis—él era más bien un lector perezoso—pero el caso es que las impregnaba de una vitalidad entre salvaje y popular. Otro escenario que descubrió en aquel tiempo fue el de las alcantarillas, que no fueron capricho de un día. A partir, creo, de unas bocas abiertas al campo en las afueras de Sarría, fue introduciéndose en el subsuelo negro de la ciudad y consiguió orientarse en él con precisión. Anunciaba por ejemplo que el siguiente domingo golpearía el suelo del Teatro Partenón a la hora de nuestras aproximaciones sentimentales y así lo hacía. Al menos yo estoy convencido de que oí los golpes convenidos. Afirmaba—yo no lo vi nunca—que paseaba por los barrios altos con una rata de cloaca amarrada con un cordel y que se había construído un laboratorio secreto en una especie de estación de drenaje, en el cruce de dos albañales. Lo que sí había visto era el especial atuendo que se había hecho fabricar para sus excursiones subterráneas, un curioso mono como de aviador, cubierto de bolsillos de caprichosas formas, cerrados con cremalleras, bolsillos que según decía estaban calculados cada uno para un instrumento determinado, para cada pieza del utillaje del explorador de los caminos inmundos. Afirmaba mantener cordialísimas relaciones con los alcantarilleros profesionales, los pobres diablos de las brigadas municipales de conservación de la red de desagües. Yo en aquel entonces creía a pies juntillas lo que contaba y aún ahora me resulta imposible determinar dónde comenzaba la fábula. Porque es evidente que tenía mucha experiencia de cloacas, igual que, como comprobé con los

B.D.I.C

años, tenía verdadera experiencia de camposantos, y de pozos. Porque los pozos, las cisternas y sifones, y, en general, cualesquiera presencias de aguas subterráneas, como probó su estúpida y trágica muerte, eran otro de los decorados predilectos de sus transfiguraciones. Es curioso; en toda esa varia y aparentemente desarticulada mitomanía personal coexistían dos puntos de vista de *mise en scène* o dos posibilidades de sentido más bien poco coherentes y seguramente entroncadas con cada una de las tradiciones familiares. Numerosos rasgos de su carácter y no pocas de sus reacciones intelectuales se originaban en la admiración al padre y al hermano mayor, y en la asimilación de una mentalidad científica y pragmática. Folch estaba muy vinculado al modelo del padre al que admiraba secretamente en su papel de triunfador sobre los avatares de la vida diaria y coram populi en su personaje de geólogo amateur, minucioso e infatigable. Tenía esa admiración de cariñosa ironía o aventuraba su protesta de esteta, haciendo un acto de transferencia, a la figura del hermano mayor, Alberto, a quien no admiraba menos y a quien llamaba familiarmente « *la bestia* ». Pero esa ironía y esa protesta no eran más que una cuestión tonal. El rigor científico o el salutarismo naturista de tradición paterna estaban presentes en toda su vida mental y en las formas de su sensibilidad. Lo difícil para quien no le ha conocido es imaginar cómo se integraban estas particularidades en los aspectos dominantes de su personalidad, determinados éstos por el culto a las tradiciones de la familia materna. Porque Folch se llamaba Rusiñol de segundo apellido y era sobrino—nieto de Don Santiago. Pero no se trataba, en cuanto a tradición y culto, específicamente de Don Santiago, sino de los Rusiñol en general, del hecho de que toda o casi toda la información que había recibido de los parientes notables de esa rama señalaba la vigencia de cualidades o mejor de singularidades de carácter que le gustaba dar por heredados. Sensibilidad artística y agilidad mental abocada al ingenio, aristocrática inconvencionalidad, tendencia a la extravagancia genialoide, crueldad y desprecio por todas las formas de mediocridad. El modelo Rusiñol no era para Folch directamente su madre, sino el tío Juan, a quien llamaba el filósofo y cuya finca de Las Voltas, en el alto campo de Tarragona, había convertido en su paisaje mítico, en su Calafell particular, en el que se origina la romanidad a la Ricardo Reis de muchos de sus poemas. Bueno, la finca de las Voltas era la casa de los Rusiñol, ahora en manos del tío Juan, símbolo de la dinastía. A través del tío Juan, por otra parte, llegaba a Jorge lo que realmente heredó de Don Santiago : el histrionismo y la continua disponibilidad para el sarcasmo atroz, para la broma despiadada. Y quizás también un excelente gusto plástico. En cualquier caso era esa estirpe y la conciencia de sus grandezas y de sus manías las que enraizaban al personaje de mi amigo a la vez en el refinamiento cultural y en los atavismos catalanes de brutalidad medioeval. Llamemos, para entendernos, sano elementalismo práctico y perverso refinamiento feudal a las dos ramas de la horquilla de mitos familiares que desembocaron en la infancia y en la adolescencia de aquel personaje multiforme y extraordinario que fue Jorge Folch.

El Foch ya plenamente adolescente, posterior a la etapa de las alcantarillas, en la época en que le dio por una provocativa elegancia y se paseaba por la ciudad correctísimamente vestido de obscuro, con una negra capa madrileña de vistas azules y bordada en las corbatas la sigla S.P.Q.R., el Foch de los años en que escribía sus poemas romanos, el *Creso Livio*, tenía una facha impresionante. Era alto y esbelto, de extremidades largas terminadas en manos y pies de Cristo gótico. La cabeza, iluminada por la mirada acerada a ambos lados de una nariz muy fina y bajo las cejas pobladas, era una cabeza de héroe romántico, diría que bolivariana. Y era una persona de movimientos elásticos, dotada de mucha elegancia natural. Era alguien que se hacía notar desde lejos. Pero en los años de su prehistoria literaria, en la etapa de los albañales y los cementerios, era más bien un niño mal crecido, con brazos demasiado largos, de cara asimétrica, cejijunto, y tenía un aspecto agresivo. El alquimista antes de pasar al poeta romántico, atravesó por una fase de crisálida maldororiana. En ella estaba cuando vino un dia a verme con su primer poema, *Tomás alcantarillero*, un engendro espronceciano que me dejó de una pieza. Por una parte estaba muy bien hecho y me parecía una cosa seria, por otra, aquello, tan lejano de mis refinamientos a lo Leconte de Lisle, me parecía un testimonio de salvajismo carpetovetónico. Me habló del protagonista de la balada, una especie de Quasimodo infernal, mimando ensañadamente sus gestos de homínido y, apasionadamente, de la grandeza de la miseria y de la fealdad. Pero, enseguida, pasamos a hablar de poesía, apelando a docenas de

poetas que, seguramente, conocíamos los dos de oídas; lo que era evidente es que nuestras respectivas vocaciones procedían de experiencias lejanísimas y que nuestras ideas sobre la literatura eran inconciliables. Sin embargo también era cierto que aquella era para los dos la primera conversación literaria entre profesionales y de ella arranca un nivel sutil de relación que no se malogró en el accidentado anecdotario de nuestra amistad. No nos perdimos el respeto gremial en ninguno de nuestros distanciamientos.

Como ya he indicado, Folch vivía instalado en una continua representación de la que, a la vez era autor y uno de tantos elementos constitutivos, a menudo secundario personaje. Un mundo imaginativo que, pasados los primeros balbuceos a lo Espronceda leído por Ayals de Izco, se fue haciendo congruente y de apariencia más natural. Era, para describirlo a grandes rasgos, un mundo mítico de la sensualidad mediterránea, en el que el peligroso cartonpiedra grecoromano era continuamente disimulado por la exaltación de la ruralidad primitiva y dorada del Baix Camp y de sus piedras rústicas, por algo que casi existía en la realidad tal como era interpretado. En su vida habitual, Folch estaba exilado en el asfalto ciudadano como un embajador de aquel paisaje semireal, luminoso y antiguo, al que se referían sus actitudes y sus acciones. Era, por ejemplo, naturalmente pagano y aristotélico y era imposible atraer su imaginación hacia temas abstractos. Practicaba curiosas ceremonias teóricamente religiosas a las que no atribuía más sentido que la belleza del gesto. Clasificaba las cosas y las personas según el orden riguroso de los estilos; se atribuía una sensibilidad dionisíaca y orgiástica. Tal mundo estaba, como es de imaginar, lleno de impurezas, pero hay que reconocer que estaban sabiamente integradas. Porque Folch tenía que hacer sitio en él a sus admiraciones y a sus manías marginales: su fascinación por lo grotesco, por ejemplo, o su pasión por las aguas subterráneas, o, lo que es peor, la música romántica alemana. Folch se sentía obligado a romanizar a Beethoven; yo le oí una pintoresca conferencia, probablemente la única de su vida, en un auditorium juvenil en el que por aquella época todos hicimos nuestro numerito particular, sobre las nueve sinfonías, interpretando la grandilocuencia beethoveniana en imágenes de poema de Teócrito o, mejor, de fragmentos de Geórgicas. Por otra parte ese paisaje semireal al que me refiero, esa destilación de ciertas cualidades de la comarca de Las Voltas, no tenía, como en mi caso Calafell, una localización muy precisa o un serio arraigo emotivo, era más bien un modelo que bastaba con visitar de cuando en cuando y cuya lectura se podía imponer a cualquier lugar no demasiado diferente, y era además, un argumento para espectadores exigentemente realistas.

Todo esto, no sé si logro describirlo de un modo inteligible, era el atrezzo. O un sistema de referencias que permitían mantener en pie un personaje casi sin desfallecimientos. En todo caso un personaje que, como en muchas adolescencias, había devorado a la persona y borrado casi todo rastro de esa dicotomía, con la ventaja de que era un personaje interesante, cómo decir, ligero, que flotaba fácilmente sobre lo sórdido. Desde esa decorada irrealidad, casi exonerado de toda responsabilidad para con la vida diaria, como si dijéramos, despreocupadamente, la actividad principal de Folch consistía en la satisfacción de una sensualidad insaciable. Se dedicaba a la clasificación sistemática de sensaciones, a menudo muy conscientemente, por un procedimiento que encantaría a Peyre de Mandiargues : el coleccionismo de impresiones ópticas. Un extraño deporte que podía imponer a un compañero de paseo por ejemplo, obligándole a soportar la descripción precisa de lo que habían visto minutos antes y el tanteo de una configuración estilística de aquella imagen. Porque no se trataba de recordar sino de nombrar, de integrar. Lo cual excitaba también en el interlocutor gran voracidad de la vista que, manipulada por el ingenio, acababa siendo gratificadora. Y que resultaba ser un excelente ejercicio literario. Bueno, me doy cuenta de que contado así, el esquema de la personalidad de Folch, puede parecer el de un loco, y no es el caso. Era una persona más bien cuerda, con un notable sentido práctico, como ya expliqué antes, perfectamente amoldado a las sinuosidades de su extravagancia. Se sentía muy cómodo en su papel de hijo de rico, llamado a desempeñar en este mundo una parte meramente estética que no implicaba ninguna responsabilidad social. No tenía sentimientos políticos, no digo ya ideas, y en su lugar expresaba admiraciones o repudios totalmente casuales y gratuitos. En las inevitables conversaciones acerca de la guerra, se solía manifestar germanófilo, pero siempre por razones radicalmente distintas de la gran mayoría de la gente de derechas del país y matizaba sus débiles simpatías con

feroces sarcasmos. Tenía ideas muy claras y realmente muy clásicas, en el sentido en que él lo hubiera dicho, sobre el amor y era, por otra parte, el único entre los muchachos que yo trataba entonces que tenía experiencias en ese terreno. El disparatado Folch lo era todo menos un neurótico. Nuestra amistad sufrió un período de ocultación que ahora me parece larguísimo, pero que debió durar a los sumo un par de años. Fue la causa una de las muchachas del dominical teatro de Las Vírgenes, particularmente estúpida y que no nos tomaba en serio a ninguno de los dos; una rivalidad, en el fondo meramente imaginativa. Esa muchacha, beata belleza con uniforme del colegio de nuestra Señora de Loreto, morena y abundante, de mirada un tanto bovina, era a la vez la Graziella de mis ensoñaciones bajo los algarrobos y el motor de la sinfónica desesperación que pretendía describir Folch en un largo poema inacabado, *Los acantilados*, una ferragosa descripción de un paisaje a lo Friedrich del que el espíritu del poeta se exhalaba en forma de murciélago. El mito del murciélago, de la alimaña inventada para ese poema, acompañó a Folch toda su vida como representación de las etapas de esterilidad amatoria. Llevaba siempre encima una simbólica cerilla que encendía cuando creía enamorarse, para quemar las alas del murciélago. En la época de la rivalidad, debió ser antes de que el poema operara la salvadora catarsis en aquel viscoso enamoramiento infantil, a mi amigo le dio por dramatizar las cosas. Vinieron a contarme que preparaba un duelo, una pelea nocturna, en un cementerio y que daba por descontado que yo me achicaría ante la truculencia del escenario. Nunca supe si realmente pensaba llevar a cabo aquella payasada, pero en efecto inició los trámites del reto de un modo no menos grotesco. Una noche se detuvo junto a mí un coche negro, un lustroso Packard que no pertenecía a la familia Folch y en cuyo interior me pareció entrever una señora rubia, y desde él me entregaron un sobre que contenía una tarjeta de visita en la que se me indicaba que Jorge quería verme para discutir un asunto de suma importancia. La tarjeta en sí era graciosa. El nombre Jorge Folch figuraba en ella en el lugar ritual en una horrible tipografía gótica y de nuevo debajo, en minúsculas cursivas, en la posición en que se indica la profesión. Eran unas tarjetas que ilustraban su vocación y su filosofía. Bueno, las cosas no pasaron de ahí, pero dejamos de tratarnos hasta que, años después, recién iniciada la universidad, Alberto Oliart nos reconcilió. O quizá no dejamos de tratarnos del todo; recuerdo vagamente una discusión en un bar, que terminó, como es costumbre en el país, en unas copas de compadrazgo. Pero la ceremoniosa tarjeta cierra un período de nuestra relación que queda como muy confuso en los cimientos de nuestra franca e intensa amistad entre 1945 y su muerte, en 1948.

Conocí a Oliart en el patio de la facultad los primeros días de curso e iniciamos casi enseguida una relación que nos mantenía juntos la mayor parte del día. Pero esa amistad no es del caso ahora sino en la parte que toca a Folch. Yo debí contarle a Alberto algo relacionado con aquella amistad infantil y él resultó estar ligado a Jorge por una amistad de familias. Y una noche nos juntó en el teatro. Me parece que era una interpretación de Ricardo Ulloa de *Los amantes de Teruel*. Sí, era una función de Ulloa memorable. Y desde entonces nos vimos los tres cotidianamente. Nos veíamos Alberto y yo en la facultad —Folch más bien no iba nunca—, y nos reuníamos los tres por la tarde, al principio alternativamente en casa de uno o de otro, y poco a poco casi de fijo en casa de Alberto, porque nos reuníamos en principio a estudiar y Alberto era el único que lo hacía, y de memoria, prefigurando su destino de opositor, mientras Jorge y yo, tarde tras tarde, leíamos, escribíamos y conversábamos. En aquella época, además, comenzábamos a salir de noche y a ser libres los fines de semana. Así es que, aparte de pasarnos las tardes juntos, juntos pateabamos la ciudad nocturna, las tabernas y los prostíbulos y juntos hacíamos excursiones o nos reuníamos en los pagos veraniegos de cada cual. Como se ve, en aquella temporada holgábamos y fingíamos trabajar en cuadrilla.

Bueno, en realidad por lo que a Folch respecta, esa ficción de trabajo, de estudio en equipo, no duró más que unos meses. Mediado el primer curso de derecho, reconoció que aquello no le interesaba nada y no volvió a hablar de estudios universitarios. Se reconoció y se hizo reconocer —admirable familia por cierto—como un autodidacta destinado a la literatura. Así es que, al cabo de unos meses, ya no se pasaba las tardes con Oliart y conmigo. Llegaba a la hora de vísperas a sacarnos de nuestro encierro y a tentarnos para el ocio nocturno. El ocio nocturno que para él sería la continuación del de todo el día, porque el ocio era la constante de su vida cotidiana.

Jorge se levantaba temprano; ese era un tributo que debía pagar a la hospitalidad paterna y a las manías higienísticas de los Folch. Parece que, a temporadas, el dinámico ingeniero lo sacaba de la cama a tañido de cencerro a la hora del desayuno de las gentes que trabajan. Pero cumplida esa primera obligación, el poeta era libre hasta la mañana siguiente. Estaba incluso exonerado de la disciplina doméstica y podía acudir o no, a su gusto, a las comidas familiares, privilegio que a mí me afilaba de envidia los dientes. Y empleaba el día en merodeos caprichosos. Exploraba con minucia barrios enteros cuyas particularidades luego se enorgullecía de descubrir a los amigos o se aventuraba por las lacrosas orillas de la ciudad en busca de tipos y de lugares pintorescos. Cazaba lo pintoresco y lo horrible, abusando, en el fondo, de una simpatía convincente que le franqueaba la intimidad de las gentes y le facilitaba el acceso a clanes y ambientes inabordables para el espectador corriente. Paseos y frecuentaciones, por otra parte, que no pasaban de proporcionarle un abundante anecdotario, porque no lograban despertar en él una curiosidad profunda y no permeaban en absoluto su egocéntrica filosofía. Pero contaba muy bien sus hallazgos y nos mantenía a todos hambrientos de las crónicas de sus exploraciones. Yo creo que esa vocación de diablo cojuelo profetizaba un tardío prosista que no llegó a existir.

Folch frecuentaba las tabernas y los burdeles como apostaderos de su maniática caza de personajes y, en realidad, valoraba lo mismo a los carreteros del servicio municipal de limpieza, con quienes intimaba en los mostradores de zinc, que a las señoritas jinenses con las que resolvía sus problemas libidinosos, pero el caso era que en el tiempo en que sus amigos no habíamos pasado de la triste condición de floreos de prostíbulo o de tímidos e infrecuentes clientes—yo perdí la virginidad con una amiga de Jorge a la que me había delicadamente recomendado— él mantenía con numerosas muchachas del ramo relaciones simpáticas y humanas y tenía una información desmitificada y sana de la vida erótica. Lo cual, en aquellos años, no era pequeña ventaja. Eso, más, naturalmente, el ocio y el dinero, le abrieron antes que a todos los demás, las puertas de las experiencias amorosas no venales, tan secretas y difíciles en aquellos años. Y hay que reconocer que él reaccionaba en el proceso de esas primeras aventuras, o de esos amores que respetaban el alma, con una generosidad dieciochesca, casanoviana, hacia las protagonistas, cuyos secretos en general callaba, y hacia los amigos, a los que procuraba orientar en la dirección de historias paralelas o satélites. Tal vez porque Folch consideraba esa zona de la relación amorosa como un terreno primado de la experimentación estética, sólo más allá del cual comenzaba la región del amor que quema, la región en cuyas fronteras él se sentía aguardando en su mítica envoltura de murciélago. Otra vez aquí su personaje en la cruz de las contradicciones, perplejo entre Teócrito y Wagner. De otro lado esa idea, digamos museística y confusa, del amor, repartido entre la conversación con la estatua y el arrebato prerafaelita, segregaba tales especies imaginativas que los elementos de estilo acababan por devorar la lógica del asunto, haciendo irrelatables las historias. Y no sólo las de Folch sino las vividas por otros, se nacían en su curioso mundo. Historias a las que con el tiempo, ahora por ejemplo, resulta imposible restituir los elementos que las harían tranquilizadoramente realistas, clasificables, tan envueltas como están en concesiones que por entonces debieron ser al mito y ahora son a la farsa. Como la historia de las hermanas de Panticosa.

Las hermanas Panticosa no eran probablemente hermanas y las llamo de Panticosa porque su relación con Folch parecía provenir de la vida de balneario en Panticosa o en algún lugar del Pirineo aragonés al que Jorge acudía unas semanas todos los veranos. Sí, me parece que era realmente Panticosa, oigo ese nombre en su voz. Eran una mujer de unos treinta años, esbelta, castaña, de ojos azules, Laura, y una, digamos muchacha, en todo caso mucho más joven, menos alta y de tintes claros. Creo recordar, no estoy muy seguro, que se llamaba María. Eran extrañas en la ciudad y habitaban de prestado un amplio y antiguo entresuelo en una travesía del barrio de Gracia, no lejos de la calle Salmerón. Parece que el piso era de una tía ausente; parece como parecerá cuanto añada, porque el resto de mis informaciones formaba indisolublemente parte de la fábula urdida por Jorge y por los personajes. Laura sería una actriz conocida y al mismo tiempo la hija mayor de una no menos conocida familia de Madrid, estaría en trámites de separación conyugal, habría venido esa temporada a Barcelona a acompañar a la hermana menor que padecía una enfermedad misteriosa y estaba en manos de un especialista de

la ciudad. O, al contrario, era la menor la que le acompañaba en este viaje destinado a mitigar la convalescencia de una catastrófica aventura. Laura sería prima de una mujer increíblemente hermosa por quien Jorge había suspirado durante las semanas pirenaicas del verano—y no estaba descartado que la hermosa fuese ella misma—o sería solamente el trámite de relación con aquel imaginario personaje. Jorge llegó a insinuar que Laura, especie de intrigante Plaerdemavida, le había introducido en la intimidad de la bella. Y proclamaba, cada vez que se hablaba del asunto, no haber tenido ninguna relación personal con ella. En fin, la verdad es que las dos mujeres hacían muy raro en aquel apartamento para ancianos poblado de destartaladas consolas y de pesados y relucientes braseros y envuelto en obscuras cortinas de damasco. Era una casa más bien lóbrega con muebles enormes que empequeñecían a los habitantes. El ámbito del *Igitur* de Mallarmé para relacionarlo con una devoción de la época, en el que parecían incrustadas aquellas dos figuras de un film sobre la resistencia francesa. Estarían allí por la más banal de las razones, pero lo cierto es que el acre contraste favorecía las hipótesis fabulosas. El lance en sí tiene poco de curioso. Acudimos por primera vez a aquel entresuelo, « *a ver a unas amigas* », Jorge, un discreto primo suyo y yo, una tarde de fines del otoño. Nos dieron café y coñac, como era de rigor, conversamos de naderías y acabamos, como quien dice, hablando de literatura. Laura estaba leyendo a Omar Kayam en una coquetísima edición empastada en verde y orlada de signos alifales y se creía en una posición fuerte para hablar de poesía con aprendices de poeta. Omar Kayam era un pésimo punto de partida, de modo que el coloquio se hizo de lo más enmarañado y yo acabé poniéndome desmesuradamente pedante aún para mis años. Jorge estuvo disparatado y más o menos divertido y el primo respetuoso y adquiescente. Laura, recuerdo, abstracta y sentimental, interesada por la Poesía con mayúscula, muy en su papel y muy seductora. Salí de allí con la impresión de haber hecho el ridículo y esa sensación creció a medida que Jorge nos fue contando sobre aquellas gentes. Una visita que era mejor olvidar, un incidente concluso. Pero a los pocos días Laura me llamó invitándome con mucha naturalidad a ir a verla. Las encontré muy locuaces y festivas, María a punto de salir. De nuevo el café, los coñacs, su licor dulce. Confieso que empleé un tiempo larguísimo en darme cuenta, en convencerme, de cuál había de ser mi papel, un tiempo atravesado por conversaciones truncadas, por silencios entre cómplices y estúpidos. Pero ella estuvo muy bien. Luego, al salir de la alcoba, grande fue mi sorpresa al encontrar a María en la sala, leyendo despreocupadamente y, de repente, irónica y dicharachera. Me despidieron las dos cariñosísimas con un beso en la boca. Con lo que empezaba para mí el verdadero misterio.

Laura era en la intimidad muy distinta que vestida y hablando de Omar Kayam. A sus maneras elegantes, un tanto ofídicas, se substituía un nerviosismo un poco apremiante que la hacía agresiva y a veces hasta irritante. Pero en las dos o tres sucesivas visitas se fue haciendo más tierna y su anatomía me parecía cada vez más extraordinaria. A los quince días aquella relación secreta, que Folch fingía ignorar, me afectaba seriamente y empezaba a considerarla algo propio. Lo único inquietante, desconcertante, era la actitud de la hermana. Porque tenía la impresión de que María estaba cada vez más cerca de nuestra intimidad y de que en realidad la disipaba. Ya no salía de la casa e incluso en una ocasión entró en la alcoba, envuelta en una capa de baño, a reclamar no sé qué potingue, tras llamar apenas con los nudillos. Viraría aquella aventura a un episidio boccacciano o hacía algo insospechado? Aquella posibilidad espoleaba mi imaginación en una dirección distinta de la de la ternura. Pero mis retorcidos e inconfesados deseos no llegaron a cumplirse. Un día acudí a la cita y llamé en vano. Me dijeron que las señoritas se habían marchado. Según Folch, regresaron al cabo de unos meses, mas yo no las volvía a ver. Quién sabe. Eso es todo, una anécdota sin más importancia que su orden de inserción en mi experiencia de este género de negocios. Lo único realmente notable es la ambigüedad en que su relación con la persona de Folch trocaba el esquema del asunto. Las fugaces señoritas eran, como él pretendía al principio, personajes de novela victoriana que no se resistiría a una lectura perversa? Eran náufragos de una gran tormenta pasional, como indicaban sus noticias posteriores? Eran, como sospecharía un novelista o un policía, dos discretas lesbianas, o asociadas en algún tráfico extraño? Pero en mi recuerdo puede más la huella de las fabulaciones de Jorge que el impulso a la explicación realista. Laura, al menos ella, era el sobreviviente de una catástrofe amorosa que ni siquiera Folch supo nunca, un personaje sobreviviéndose indeciso. Bien, no, era un poco todo lo que Folch

sospechaba. Aunque seguramente no era nada; alguien que se aburría durante una forzada estancia en la ciudad.

La finca de Las Voltas, como muchas en esa zona del campo de Tarragona, consistía en un amplio parque cercado envolviendo una edificación decimonónica en la que se habían aplicado los elementos del mal gusto urbano al esquema de la masía, y en unas tierras de arboleda y viña con pinares en las crestas, en los alrededores. Era una casa amplia y ricamente amueblada, con una fachada que parecía pensada para telón de fondo de los daguerrotipos de una familia rica en vacaciones. Pero nosotros, Jorge, Oliart y yo, apenas visitábamos la casa, es decir su cuerpo principal; habitábamos un torreón que fue guarida rural de soltería de uno de los tíos Rusiñol reacio a la vida de familia. En las paredes de aquel casino, como se hubiera llamado en los tiempos del caballero Casanova, colgaban todavía muchos recuerdos galantes, testimonios sobre todo, de aventuras de teatro. Y quedaban restos de una decoración a la turca que en su época de esplendor debió dotar a los episodios amatorios, si allí los hubo, de no pocos ribetes. Pero el escenario de nuestros esparcimientos, de contextos míticos, por supuesto, eran las bodegas, unas inmensas y nobles bodegas ya en parte desafectadas. Unas bodegas que debieron ser una seria industria antes de la crisis de la filoxera y del esplendor del avellano.

En aquellas bodegas Jorge se representaba a sí mismo el personaje del fauno embriagado. Bebía con una pipeta cabalgando desnudo sobre los toneles, o, con cazos, sumergido hasta la cintura en el lagar, lo cual parece que es peligrosísimo, y, tumbado boca arriba, de las espitas, Bueno, con más o menos ceremonia bebíamos los tres hasta embriagarnos como soldados de la guerra de los treinta años. Y el final de la fiesta consistía, sobre todo si era invierno—una curiosa interpretación de la tradición higienística de los Folch—, en el estanque helado, al amanecer. Habíamos, recuerdo, llegado a romper la capa de hielo para meternos en el agua en aquel estado lamentable. Lo curioso es que aquellas borracheras ceremoniales eran verdaderamente un rito y no provocaban a la continuidad del vicio. Yo, al menos, en aquella etapa de mi vida, bebía muy poco.

Esas payasadas no eran entonces tan estúpidas como parecen ahora. Eran estúpidas, pero eran un juego de adolescentes menos estúpidos que otros, y un juego que manifestaba, en el fondo, una sana repulsión por el mundo de los adultos que no son nuestros padres, el mundo que miman la mayoría de las representaciones lúdicas de los jóvenes.

Desde los altos de Las Voltas se entreveía, al cabo de una suave falda de campos cobrizos, el mar de Cambrils. Era un paisaje como toscano, menos poblado y sin cipreses; « *el cobre imperial de la comarca* », lo designaba Jorge en un poema. Los días de sol solíamos pasar la mañana junto a una alberca de riego, en el declive de una colina, del lado que miraba al mar. Allí, mientras Alberto y yo hacíamos vida de piscina, nos bañábamos, conversábamos y bebíamos de la bota, Folch practicaba ritos lustrales. Ofrecía a los dioses zarzas ardiendo o corría desnudo hacia el bosque próximo imitando gestos de bajorrelieve. Y es curioso que nunca nos preocupara a los otros dos el averiguar hasta qué punto tomaba en serio aquellos mimos. Los admitíamos y, en cierta medida los compartíamos como si fuesen cosa de la naturaleza sabiendo muy bien que no le pertenecían, una actitud ahora inexplicable que hace difícil el relato. Para mí aquello era una excrecencia de la literatura o cocina preliteraria, pero para Oliart, tan serio y que seguramente hoy preferiría las interpretaciones pseudocientíficas de la psicopatología?

Esta pantomima clásica que se escenificaba no sólo en Las Voltas, sino también en Calafell y, como la hubiéramos adjetivado, en la « *helenizante* » Costa Brava a la que nos convidada Oliart (helenizante tendría para Jorge un matiz despectivo no antihelénico sino anti Lessing), disminuyó su vigencia con la publicación del *Creso Livio*. El poema, que Jorge hizo imprimir en una minerva para etiquetería de la paterna fábrica de tintas, devoró al personaje y lo fue borrando de la vida real. El libro, aunque corto, era muy intenso en la medida en que sus versos estaban pacientemente elaborados y, según se ve, muy ensayados. El *Creso Livio* no contenía todos los poemas « *romanos* » de Folch: la temática se prolongó más allá, aunque con un considerable cambio de tono y de estilo del que hubieran sido el mejor testimonio los *Sonetos del Sátiro Rojo*, cuyos manuscritos no conseguí encontrar a la hora de preparar la edición póstuma de sus textos. Esos sonetos y otros poemas posteriores al libro estaban marcados por la injerencia en nuestro pequeño taller literario del inefable Joaquín Montaner y por su influencia formalista.

Joaquín Montaner, Don Joaquín, maestro Don Joaquín, como lo motejaba Jorge en un soneto, era vecino y amigo de los Oliart y mantenía con la

familia una espesa relación de punta a punta de escalera. Una relación social y literaria, salpicada de lecturas y bordada con noviazgos entre familia. Los Oliart guardaban un gran recuerdo de Marquina y cultivaban una vieja devoción por la tardía poesía modernista y por los versos de teatro, la zona de la subliteratura en la que, precisamente, seguía nadando el vate catalano-extremeño. Además con lo de semiextremeño se cumplía una condición de paisanaje muy importante en las relaciones de los no catalanes que viven en la región, porque los Oliart eran verdaderamente extremeños. Marquiniano y más o menos extremeño, Don Joaquín era, además gordo, cardíaco y prosopopéyico. Anidaba, más que vivía, en un entresuelo obscurísimo lleno de libros, de cortinajes, de muebles y de fanales tallados, de espadas y de disfraces de atrezzo. Era una guarida enguatada que agravaba aún más los cóncavos de su voz y que compartía con una esposa viejecita y tenuísima y con unas criadas sólidas, en cambio, de la raza de los conquistadores. Una de ellas se llamaba, recuerdo, Sergia y daba la impresión de gozar de una situación sobreancilar.

Don Joaquín nos recibía generalmente a los tres juntos en su despacho, escuchaba nuestros borradores, atendía nuestras consultas y nos hablaba finalmente, largo y tendido, de sí mismo. Era muy amable y, cuando contaba, era interesante. Atribuía su desgracia en la carrera del teatro, que hubiera sido el eje de su carrera literaria, a la Xirgu y a Valle Inclán, pero estaba seguro de que la historia lo reinvindicaría. Sabía realmente mucho de literatura clásica española y lo ignoraba todo de la moderna, por la que, consiguientemente, sentía un gran desprecio. Estaba convencido de que sólo se podía escribir dentro de los cánones de la métrica tradicional y de que los poetas que innovaban en la forma hacían trampa y escribían los borradores en endecasílabo seguramente rimado. Como sus teorías sobre la forma convenían más o menos a Oliart y a Folch, pero no a lo que yo hacía, adoptaba conmigo una actitud condescendiente. Daba por seguro que mi rebeldía a las formas tradicionales había de ser transitoria y me comparaba, nunca he entendido por qué, con Max Jacob, un poeta que no me interesaba, en absoluto. De todas formas bajo la influencia de sus sermones yo escribí en aquellos años muchos sonetos gongorinos y bocangelianos de los que no creo haber publicado ninguno. Pero que fueron un buen ejercicio académico.

Cuando estábamos con él los tres juntos, o dos de nosotros, el paternal Don Joaquín nos admiraba por igual y valoraba con ecuanimidad nuestras peculiaridades : el sereno tradicionalismo de Alberto, el agresivo paganismo de Jorge, lo retorcido de mi imaginación, clasificando según sus especies. Pero cometió el error de decirnos a cada uno en particular que éramos el único escritor válido de los tres, volviendo a la crítica las particularidades de los otros dos, y como no éramos todavía lo bastante vanidosos, aquella maniobra se supo enseguida y su prestigio empezó a quebrarse. Pobre Don Joaquín, lo único que buscaba era audiencia y estaba muy contento con su papel magistral. No era fácil entenderse con él, sobre todo si uno venía de un mundo de lecturas tan distinto ¿ cómo hablarle de Rimbaud sin oirle decir cosas irritantes ?, pero nos enseñó, justamente en aquello en que no se lo proponía, muchas cosas. Nos hizo vivir, por ejemplo, el montaje de una obra de capa y espada, su última aventura escénica, que se llamaba *Las Hojas del Laurel* y que representó la compañia de Alejandro Ulloa en el teatro Calderón. Lecturas, veladas con los actores, ajustes ; pienso que aquella ilusionada preparación nos enseñó todo lo que un joven escritor que se toma totalmente en serio debe saber sobre el teatro comercial. Es curioso, sus comedias viejas, inéditas y nunca representadas, sobre todo si eran en prosa, eran mucho menos malas que aquel engendro. Como eran mucho menos malos, a juzgar por lo que de ellos nos dio a conocer, sus libros inéditos de poemas que aquel *Misissipi* que dio inútilmente a la imprenta para emular el *Montserrat* de Joan María de Segarra a quien debía considerar su equivalente en el ámbito lingüístico catalán. A veces su incapacidad para entender lo que pretendíamos con nuestros balbuceos literarios lo hacía grotesco. Recuerdo que una vez, muerto Jorge, llevé a Jaime Gil de Biedma a su casa. Jaime le leyó algunos poemas que fueron, naturalmente, elogiadísimos, y finalmente un texto inacabado. Jaime intentó explicarle las razones por las que el final se le hacía difícil, las razones más personales que técnicas que le impedían formular una significación desde el final del texto y el viejo aconsejó : « *vete al río, hijo, vete al río, siempre da resultado* ». Ninguno de los dos olvidaremos nunca esa anécdota. Pero él fue, en el fondo, con nosotros, encantador. Y nos fue útil. Tenía muchas cualidades incluso para la literatura, lástima que no hubiera sabido superar la

perspectiva cultural de los cafés, de actores de su juventud. Lo cual demuestra que la erudición y el trabajo paciente, porque Montaner sabía muchas cosas y escribía incansablemente, no nutren al escritor.

En los dos últimos años de su vida las costumbres de Folch cambiaron mucho, mucho más que su persona. Había encontrado una compañera ideal en la hija del pintador Togores, una muchacha con una planta de mármol helenístico y al mismo tiempo amoldable y paciente. Había dejado de merodear y radicaba casi todo el tiempo en una especie de estudio que había montado en el granero de una casa de huéspedes, o de visitas, no lo aclaré nunca, en la parte alta de Pedralbes. Era un estudio muy raro con colchones por los suelos, finos tocadiscos y jaulas de pájaros. En un rincón había acumulado siete u ocho grandes dolias, esas inmensas jarras que el campo de Tarragona conserva por tradición romana, en las que guardaba recios caldos rurales, aliños de frutas y conservas de campo. Bebía mucho, y escribía poco, pero aparentaba ser muy feliz. A todos sus personajes parecía haberse sobrepuesto un diablo sarcástico que se empleaba en provocar situaciones risibles y que atesoraba ávidamente el aspecto ridículo de las cosas. Pero no era agresivo y se hacía querer. Pienso que todos los que le trataron en aquella etapa última guardarán de él un recuerdo afectuoso.

Murió de una manera sumamente estúpida, por hidrocución, sumergiéndose en una cisterna con sifón en el jardín de la casa de Pedralbes. Parece que lo hacía con frecuencia, que desde el fondo de la cisterna nadaba hasta un próximo pozo y se asomaba a respirar por él. Tenía además experiencia en este tipo de ejercicios, había practicado la espeleología y ya dije que sentía fascinación por las aguas subterráneas. Estaban con él, en el estudio, aquella tarde, la hija de Togores y un amigo, pero no se dieron cuenta de su ausencia sino al cabo de cierto tiempo; bajaba a menudo a bañarse. Los bomberos lo encontraron desnudo en el fondo de la cisterna con los brazos levantados, seguramente como yo lo vi después, afilado por la muerte, como un Cristo de marfil.

Jorge murió el viernes santo o el sábado de gloria de 1948. Había estado conmigo, en la casa de Calafell, hasta el miércoles o el mismo jueves, porque asistimos, recuerdo, a un via crucis nocturno con tapadas y descalzas arrastrando grilletes y subimos luego al fortificado cementerio del que Jorge se llevó algo, unas flores de lata, me parece. Aquella noche se grabó en mi memoria un fondo de ataúd en el que se dibujaba con mucha precisión la forma de un coxis; el mismo dibujo que quedó en la caja forrada de hule blanco en que trajeron a mi amigo del hospital a su casa donde esperábamos todos, el día del entierro. Aquella muerte, la más cercana y entrañable desde los años de mi infancia, me afectó muchísimo y marca quizás el final de una etapa de estilo en mi vida personal. Con Folch terminaba definitivamente la confusión entre texto y vida cotidiana en una existencia formulada principalmente como literatura o una forma particular y conscientemente cultivada de inmadurez. O casualmente terminaba la adolescencia.

La tentación de prolongar el retrato de Folch hasta el final de su historia me ha traído demasiado adelante en lo que contaba. Se trataba de indicar unos personajes desde algún punto de vista para mí relevantes en los tempranos años cuarenta, de señalar algunas excepciones a la extrema insignificancia de mis relaciones personales en aquel tiempo en el que, a todos los niveles, la vida social de la ciudad era cenicienta, estaba como calcinada. Quedémonos, pues, a estos efectos, con el Jorge Folch de transición entre las alcantarillas y los versos romanos, al que veía poco y del que me separaban infantiles rivalidades, y que, aún así, era un punto de referencia descollante sobre la uniformidad de mis encuentros cotidianos en la escuela y sus alrededores.

. . . . . .

Se puede tener la falsa impresión de que las épocas de extrema atonía social que uno ha conocido tendieron a favorecer el desarrollo de personajes poco comunes, como si a través de ellos esos períodos se excusasen o pretendieran conseguir alguna forma de presencia en la memoria de las gentes, porque lo que seguramente ocurre es que en un medio muy gris la singularidad de ciertas personas se fortalece y, a falta de una resistencia competitiva en el mundo de los demás, se mantiene y dura más y más facilmente que en períodos normales. Me inclino a creer que la importancia que el recuerdo de mi amigo Folch tiene para mí no se debe exclusivamente al contraste con la tenue memoria que guardo de las otras personas que traté en aquellos años, sino que en parte se origina en el secreto convencimiento de que las peculiaridades de su forma de sentirse extraordinario no hubieran podido darse en otro período, de que

Jorge Folch, de profesión Jorge Folch, era un personaje necesario en la comedia de nuestra adolescencia. O Jorge Folch o nada. Sin unos pocos personajes como él la comedia hubiera sido inverosímil, no hubiera podido ser representada.

Severo Sarduy

Cobra
Diario Indio

Entre maderos que arden, el cuerpo. Junto a la pira, por el suelo cubierto de ceniza, un perro deshace en bandas de lino y lame el turbante blanco, ensangrentado. Más allá, bajo un alero, otro montón de troncos. Alrededor se apresuran los técnicos de la quema. Un dios—elefantito juguetea entre flores. Campanillas de cobre. La muerte—la pausa que refresca—forma parte de la vida.

Talladas en el muro, alas fuertes, simétricas, las águilas mazdeas ; sus cabezas de profeta coronan las puertas. Bandadas de periquitos verdes repiten en el cielo sus círculos. Golosos de ojos, sobre las palmas, dueños de los densos jardines, los cuervos vigilan.
Al atardecer, hartos, aletargados, abandonarán este silencio. Dormirán en las barcas, sobre los flamboyanes de los patios, entre molduras húmedas. Los guardianes recogerán el sudario manchado. Al pozo la osamenta ; por un desagüe las astillas hasta la bahía, donde las roerán los crustáceos nocturnos.

Lavo. Golpes contra la piedra. En los pequeños estanques agua blanca. Agua morada ; los otros retuercen, dan jabón, enjuagan, tienden sobre la tierra. Un hedor rancio emana de nuestros cuerpos, vaho de sudor y grasa que asciende hasta el puente—los pasantes viran la cara para no mirarnos : la mirada se mancha. El pelo cae hasta la lejía empozada, los pies en la humedad, entre los dedos grietas.
Del otro lado del estercolero, detrás de la miasma, el tren pasa.

De tantos caramelos que comía
al dios—elefantito
le creció la barriga.
Se cayó de su montura—un ratón.
La luna se ri.
El le tiró un colmillo.

He nacido. Un paso. Muero.

Juntando en círculo el pulgar y el índice—esferillas de oro pegadas a la nariz, lunares de celuloide en las mejillas, sobre los párpados brilladera roja—, en batallón, quince apsaras de voces roncas, frente a los fumaderos, saltan sobre los que duermen apilados en las aceras, ripiando a los pasantes por la camisa. Danzan, eso sí : en los cuerpos las tres flexiones.
En saris de colores fluorescentes, presas en sus jaulas superpuestas, comiendo maní chillan las putas. Una cortina mugrienta deja ver la cama y las esteras desde donde, encaramada, la familia juzga el jadeo.
En la ventana, quebradura del cristal, cremoso, duerme un camaleón.

Arroz a los pies, embarrado de polvo rojo, en su templo de cemento, un dios monito ameniza la aldea—los ojos bolas de vidrio, en el hocico pétalos pegados. Azoradas, como cigüeñas que oyen ruidos nocturnos, tres cabezas lo vigilan sobre un cuello : azul de metileno, azafrán, blanco de cáscara de huevo.
Collar de flores, un toro mostaza pace.

Traqueteo de la noria que gira. Cantan—en la polvareda los turbantes morados—; a lo lejos el chillido de un mono. Huyen : cascabeles en los tobillos, pesados aretes, en las narices aros. Signos negros en la frente, los perros ladran de otro modo.
Fijas las ramas. Lianas que cubren pequeñas moscas moradas.
Cielo de ceniza. Un faisán.

Descuartiza un pollo revigido, virriajado de bilis lo baña en mermelada ; con cebolla, tomillo y mango sazona masas de cordero crudo ; contando los adarmes pesa un mazo de mariguana, frente a un estante de pulseras relumbronas propone un violinillo de madera.
(El viento suelta bandas de seda—red de hilos de oro—, dispersa en copos las pilas de algodón, cubre de polvo los pasteles.)
Curte, incrusta, regatea, revende.
De un charco verdinegro bebe.

Termos de té, pull-overs mandarina, los monjes tomaron posesión de la cueva. Bostezantes, envueltos en frazadas recitaban saludos al Sonriente. Los indios se tapaban la boca, reían detrás de las columnas. Turistas japoneses retrataban con flashes.
Escarcha, quebradura invisible del barro : de las voces, la más baja quedó, cóncava en el aire ; las de los niños : flautines frágiles, caramillos de cartílagos, sopladas lamparillas de cebo.
Las paredes—escenas de la vida del Diamante—devolvieron el reverso empañado de los mantras : resina, sudor del pozuelo de tsampa.
Tos. Carraspeo. Fluir de la flema en los bronquios. Siguiendo las depresiones del suelo gastado por los pies devotos, los peregrinos deambularon alrededor del dagoba ; rozaban con las manos las pulidas figuras.
Hueca la urna, un espacio en blanco frente al esqueleto, al mendigo, al viejo ; vacía la montura del que se va a caballo, bajo la higuera nadie medita, las ojizarcas del parque a nadie escuchan, las gacelas.

Aspas rápidas los brazos, shaking the world, un dios displicente baila. A su lado—medias esferas los senos, la cintura estrecha y muy anchas las caderas—ondula una diosa en cuyos brazos, encaramado sobre un ratón, retoza un elefante—con la trompa ensortijada le acaricia una oreja. De trecho en trecho afloran en la piedra tallada espirales de conchas, caballitos de mar fosilizados, estrías de una roca amarillenta donde viene a posarse un pavo real.

En el púrpura de las telas líneas plateadas. Relumbra al sol el plato de cobre donde arden las espigas. Aro de oro, la luz ciñe el redondel de mimbre de las grandes tamboras.
Rostros negros. Ondulan los reflejos de las flautas ; alzando las manos, los músicos sacuden címbalos como si fueran ramas cargadas de frutas. Bajo su corona de aluminio, el inmóvil se mira las rodillas ; ensartas de flores le caen sobre las orejas, a un lado y otro de la cara, por los brazos, hasta las muñecas que aprietan dijes y un reloj de pulsera.

Por el suelo, las llamas consumen lentamente arroz y aceite, torrecillas de polvo rojo, pétalos. Un olor rancio impregna el aire, la ceniza rosada mancha los pies.

Raíces aglutinadas los troncos ; lianas deshechas abrazan las ruinas. La maleza ha invadido los fuertes de la capital abandonada. Pájaros anidan en la zarza que ciñe los capiteles, por los desagües de las albercas huyen ardillas negras. La monzón y la seca han resquebrajado los muros que sepulta el polvo. Monos furiosos derrumban piedra por piedra los minaretes, arrancan lacerías y letras.
Bajo la cúpula blanca de un mausoleo cuya linterna ha cegado el follaje, cal contra la cal, sin mover las alas, da vueltas uniformes un faisán.

Amarrada al extremo de la batuta una bolsa de pólvora estalla contra el suelo : el tambor mayor —un cetrino ojeroso con las uñas pintadas— ahuyenta por las calles los espíritus necios. Golpeando grandes tamboras roncas el cortejo llega a la puerta que no ampara una guirnalda de semillas secas. En la sala, rodeado de una multitud que lo festeja, cubierto de flores y de moscas, sobre una sillita de mimbre, el inmóvil espera. Los vecinos señalan sus zapatos lustrados. Hilos de sangre negra y una baba morada le caen de los labios que los dolientes, al llegar, tocan.

Las Indias (1)

Lleno de árboles, todo cercado el río, fermosos y verdes, con flores y con su fruto, cada uno de su manera. Aves muchas y pajaritos que cantaban muy dulcemente : había gran cantidad de palmas de otra manera que las de Guinea, de una estatura mediana y los pies sin aquella camisa, y las hojas muy grandes, con las cuales cobijan las casas ; la tierra muy llana.

(1) Diario de Colón.

Las casas eran hechas a manera de alfaneques, muy grandes, y parecían tiendas en real, sin concierto de calles, sino una acá y otra acullá, y de dentro muy barridas y limpias, y sus aderezos muy compuestos. Todas son de ramas de palma muy hermosas... Había perros que jamás ladraron, había avecitas salvajes mansas por sus casas, había maravillosos aderezos de redes y anzuelos y artificios de pescar... Arboles y frutas de muy maravilloso sabor... Aves y pajaritos y el cantar de los grillos en toda la noche, con que se holgaban todos : los aires sabrosos y dulces de toda la noche, ni frío ni caliente... Grandes arboledas, las cuales eran muy frescas, odoríferas, por lo cual digo no tener duda que no haya yerbas aromáticas.
Todos mancebos, como dicho tengo, y todos de muy buena estatura, gente muy fermosa : los cabellos no crespos, salvo corredios y gruesos, como sedas de caballo, y todos de la frente y cabeza muy ancha, más que otra generación que fasta aquí haya visto, y los ojos muy fermosos y no pequeños, y ellos ninguno prieto, salvo de la color de los canarios.
Gente farto mansa.

Las Indias galantes

Esta noche—proclama el portero—, en escena, un dios real.
El decorado superpone almenas cuyas ventanas —celofán y alambre—iluminan por dentro bombillitos rojos ; ante une torre inclinada el monumento ecuestre de la reina Victoria.
Con un círculo rojo entre las cejas, cuatro espesas sonríen—dentaduras de oro—bailando en el proscenio un Auspicio a la Aurora ; por el fondo, sobre una carroza lumínica que asciende entre nubes de celuloide, con bigoticos engominados y círculos de oro en los pómulos, aparece el Dios-Sol ; a sus pies, foquitos intermitentes de todos los colores, el trono del marajá, su favorito.
La madre del príncipe—un travestí extenuado con un moño de canas—acude por el foro dando alaridos y echándose fresco con un pericón de plumas, la sigue una adiposa apretada en un sari de esmeraldas y perlas, la nariz perforada con alhajas de estaño. El martilleo de los tarugos cubre los trémolos de la orquesta.
En su cama de pilares dorados, bajo un mosquitero de raso, el marajá duerme. Zarandeo de sombras detrás de una pantalla : se acerca el enemigo del príncipe y del Astro, un mulatón violento con las cejas arqueadas. Un remolino de ventiladores le agita la melena, un spot rojo lo ilumina. Enloquecida, la Madre aparece sobre un columpio, profiriendo amenazas y agravios.
Redoble de tambores. En el fondo las nubes ruedan hacia las entradas laterales descubriendo un cielo estrellado que de pronto enrojece. Golpe de platillos : del suelo, en un buey volante de ojos encandilados que menea las alas y las orejas, aparece el Dios-Sol. Alza el brazo, apunta al cielo—las luces parpadean—, lanza un grito guerrero que hace temblar la tierra.
Se embisten los titanes y sus vacas mecánicas : con doce brazos cada uno y en las manos puñales y arcos se acometen entrechocando monturas y armas.
Con una lanza el Maligno ataca. Con un sable dorado el Sol riposta. La Madre lanza al Intruso una cacatúa de garfios afilados. Como un saltamontes contra su capullo el marajá da golpes contra la empalizada de hilo que lo protege : los servidores, abiertos de pies y manos—como si quisieran probar que las extremidades humanas son las diagonales de un rectángulo—, la han armado con rápidos tapices alrededor del trono.
El Oscuro, como un ventilador gigante, hace girar todos sus brazos—en las manos navajas—para moler vivo al Astro. Ya se acerca la hélice trucidante al cuello del Luminoso cuando éste, impulsado por dos robustas apsaras que se descuelgan de entre las nubes superiores, salta de su carro, sacude al demonio por la nariz y le aprieta el pescuezo. El Bellaco desorbita los ojos, saca una lengua felpuda y amarilla, patalea... y cae al suelo entre llamaradas sulfurosas, cuchillos rotos y orejas destornilladas que saltan hasta la sala donde se las arrebatan los fanáticos.

Indigo, azafrán, blanco : franjas de seda sobre la tierra ; sobre los escalones de piedra que descienden hasta el río las lavanderas golpean los saris. Del agua emergen cabezas de vaca : en la punta de los cuernos conos de plata.
En la rivera opuesta, bajo un farallón y de su mismo sil, una aldea de tierra apisonada. De lo alto, con las uñas aferrados a las rocas, los monos que han devastado el bosque bajan, ávidos de naranjas. Atrincherados en los techos, asaltan a los peregrinos que llegan en carretas.
Para que no pasen los demonios gordos un pilar obstruye la puerta del templo. Junto a su cántaro de cobre, un hombre ceniciento que cobija su propio pelo chamuscado ensarta en una liana tabletas de palma con letras rojas.
Bajo los higos hilan las viejas. En el agua verdinegra de la alberca, los muchachos se zambullen desde la corona de un nicho donde recibe grandes flores moradas un dios con medio bigote y un seno. Los viajeros, desnudo el torso, lavan las bandas de sus turbantes blancos.
En la penumbra de la celda se balancean los faroles de petróleo. Lentamente acariciado con ungüentos, cubierto de flores frescas, en el centro brilla el falo de basalto : una línea cifrada marca el frenillo. En el plato pulido que le sirve de base queda la leche espesa con que el oficiante lo baña.
Detrás de la reverberación, del aire denso, los bramines queman las ofrendas ; delante, borrados por el humo y junto a una reja, otros entonan distraídos las palabras rituales y a los devotos, que entregan pirámides lechosas de anón, cocos abiertos, platanitos, monedas y pétalos, dan agua para que beban y se unjan la cabeza.
El índice untado de aceite, de polvo rojo, rápido, traza en la frente la señal.

Depresiones concéntricas ahuecan al suelo que desciende, inclinado como un techo. Al revés, detenidas en su rodar hacia el arroyo, entre lajas levantadas han quedado las bases de columna : el aire en las aristas les va arrancando arena. Estratos de distintas vetas arman, superpuestos, las ruinas : rayas horizontales, paralelas, como las marcas, en un muro, de la crecida.

Unos tras otros—los atraviesan los pájaros de un vuelo recto—los templos corroídos, escuetos.
Desde los nichos que anidan lagartos, sin brazos, nos miran niños de mármol, los ojos cernidos por líneas de oro. En un charco de orines, solo en una celda, un orate repite los veinticuatro nombres.
Higueras en los frontispicios. Entre las ramas de un árbol seco, de ceniza, la luna.

La línea central recta, de cal pura ; las laterales curvas, de sangre : el tridente marca las figuras de los dioses hacinados, las piedras del muro que rodea el estanque, la frente del gran elefante que los bramines lavan y perfuman a lo largo del día.
Por el suelo, después de las ceremonias, han quedado flores machucadas, arroz amarillo, incienso, nueces, mierda. Una sola vez al año el sol ilumina totalmente el mástil mostaza.
Grandes monos de yeso, pavo reales de piedras incrustadas, dioses de tres cabezas y un buey de alas de oro—cinceladas las plumas como las de un pájaro—esperan, atestados en un corredor pestilente, el día de la fiesta.
A las pirámides de figuras templando los bramines dan brochazos rosa bombón, azul pastel, amarillo canario.
Espejea el rectángulo repleto de peces que por milenios nadie ha tocado.
Un niño desnudo, la piel impregnada de ceniza y cifrada de signos rojos, sonando una vasija con monedas, atraviesa la calle.
Brocados, los pies descalzos ; los dedos carcomidos, hilos de oro ; de aceite de coco untado el pelo negro.
Junto al mar, en la cámara baja duermes, en tu lecho de cobras.

Durmiendo entre sacos unos sobre los otros, en un vaho de uvas podridas, de leche, de excrementos y vómitos, jugando, ovillados en madrigueras de paja, fornicando, esperando en el andén que invade en la mañana un vapor cobrizo, de caucho quemado, abriendo la boca, hurgando en la basura, caminando.
Envueltos en sábanas blancas, abrigándose de la lluvia, bajo los portales, sobre las aceras cubiertas de vidrios donde vienen a caer, asfixiados por el aire negro, *Drink Kali-Cola*, los pájaros del puerto.

Retorcidas esculturas de estaño soportan las cúpulas que mancha el aleteo de los cuervos. De cera, la efigie ecuestre de los donadores fijados en una sonrisa mortuoria. Grandes flores de nácar : los pétalos derraman hilos de agua. Detrás de las rejas esmaltadas los oficiantes semidesnudos en la noche esperan. Fuentes de mosaico verde ; alrededor, Venus de aluminio ofrecen manzanas ; entre pavo reales de vidrio, profetas de ojillos azules, luminosos, y bigoticos engominados, escrutan libros de mármol. Las columnas decoradas con minúsculos espejos reflejan la luz del sol naciente. Sobre un ancho trono de perlas sonríe un niño con el cráneo raspado ; las piernas replegadas, la planta de los pies hacia arriba, los ojos enormes bordeados por líneas negras, en la frente un brillante azuloso.
Por el deambulatorio—galería de espejos— se acercan los oficiantes balanceando en las manos pirámides de platos de cobre atravesados por una varilla.
Nada que crezca bajo la tierra. Nada que contenga sangre. Con un paño espeso cubiertas la nariz y la boca.
El suelo es de mayólica : campanillas silvestres, frutas abrillantadas, mariposas. Sobre las rosetas centrales de los mosaicos, donde vibran—manchones rojos—los reflejos de los vitrales, posamos los pies descalzos para adorar al Blanquísimo. Lo rodean cientos de guirnaldas, pajarillos que escapan cuando abrimos la puerta del santuario, huyendo hacia la claridad del patio central donde albañiles desnudos encalan los arcos que coronan agujas, veletas, bulbos de oro.
Por el cielo saturado de arcoiris, en barcas labradas—las proas son cabezas de animales, parasoles las velas—los adoradores derraman pétalos sobre Mahavira, corona de una pirámide humana que levantan veinticuatro ascetas idénticos. Con cuatro brazos en cruz gamada y al hombro un sitar, los sigue una diosa que cabalga un avestruz—un collar de perlas en el pico—; otra, sobre una cacatúa de patas encendidas, con sus ocho brazos blande dardos y ruedas dentadas.
Más lejos, dos príncipes con turbantes de Persia, parados sobre el nudo que forman sus colas de anguila, refrescan al profeta con abanicos blancos. Del trono parte una cinta luminosa que, ondulando como la cola de un barrilete, sube hasta el cielo donde su trayecto repite el de una caravana : rodeando la montaña, con elefantes enjaezados y banderines, con mil trompetas y monos, a las cúpulas de alabastro se aproxima el rey Shrenik.

En las ranuras del dalaje pelo encrespado ; grumos rojos, como de lacre. Un olor a vísceras tibias, a coágulos y a flores impregna el aire : para aplacar su cólera, para que nos olvide, inmolamos ante la Terrible.
Vagidos. Alguien suena una concha.
Tu rostro es negro, sangrantes los colmillos, tu collar es de cráneos ensartados, en las salpicaduras de las yugulares tajadas se refrescan tus pies.
Al abrigo de tu manto la ciudad se agrieta. El viento salado roe piedras y hombres.
En camillas de bambú los traen : abiertos los ojos vidriosos, tiznada la frente, en los labios dos mariposas blancas.
La mortaja mojada ; un polvo bermellón, rociado al voleo, la mancha.
Rumor de bazares alrededor del templo. En los muros borrones rojos. Figuras garabateadas ; con carbón letreros en sánscrito. El resplandor de las fábricas alumbra el agua fangosa del río, el puente de hierro.

La muerte no está ni más allá ni más acá. Está al lado, industriosa, ínfima.

Los elefantes entrechocan sus trompas para saludarse imitando el manotazo de los hombres.
Barbudo, de ojillos ovalados ; tú, desnuda, bailas al ritmo de un triángulo, con los brazos en arco muestras ante la frente una manzana.
De pie, desnuda, me escribes una carta.
Con un bastoncillo de madera quemada te alargas la comisura de los párpados, apoyas el codo en la cabeza de un servidor.
Olvidas la espina ; te miras en un círculo de metal pulido.
Un mono te lame.
Un escorpión te desviste.
Dos nagas coronados entrecruzan sus colas : trenza de escamas. Uno muestra un frasco de perfume.
Yo con pelo de mujer, tú, delante, doblada, las palmas de la mano contra el suelo. Mis dedos marcan depresiones en tu talle, donde se anudan hileras de perlas, ceñidos las nalgas y los senos.

Con el turbante puesto, un guerrero bigotudo, la boca abierta en una carcajada, penetra una yegua con un miembro tan gordo como el de un caballo ; su compañero, encaramado en una tarima, burlón, se tapa la cara ; otro bebe vino en una concha.
La cabeza contra el suelo, los pies hacia arriba, el sexo erecto, cada uno de mis brazos entre las piernas de una mujer desnuda ; las penetran mis dedos anillados.
Vista de espaldas—su peinado : una torre de alhajas—, una tercera viene a sentarse entre mis muslos. La fuerzo. Risueñas, mis guardianas la obligan a hundirse. Para que entre mejor doblas las piernas, levantas los pies del suelo. Minúsculos servidores vienen a ayudarte y se hacen mamar por criadas que al mismo tiempo juegan con monitos.
Junto al río, hasta una cabaña, me halaste por la túnica. Con paso más que lento, te deslizabas entre los juncos. Fino como el de la leona, tu talle me recordó la cimbra del tambor dombori. Tu espalda se arqueó. Rodeándolos de sus círculos brillantes, sobre el loto de tus pies zumbaban las abejas.
Tus senos son esferas repletas que mis dedos rozan, un punto de oro en las comisuras te alarga los ojos, la nariz recta, las cejas dibujadas de un solo trazo. Llevas un címbalo, yo una flor.
Tantos y tan bonitos son tus ornamentos que parece que cien mil abejas de oro se han posado en tu cuerpo, la música de los aros que en los tobillos te repiten la quinta nota de la gama es tan suave como la miel.
Teñidos de laca, los pulgares de tus pies brillan al sol.
Pasé la noche escanciando a una galecita en cuyos ojos había una deliciosa somnolencia que a mí me impedía dormir.

Se enharina la cara el gurú, enciende su chilom, masculla un saludo a las apsaras rosadas del alba ; en la cocina, detrás de un humo rojo de pimientos hervidos, los discípulos soban una estatua de vidrio, como el maestro, con un moño, obesa.
Parasoles de guano tejido, que marca de rojo la escritura bengalí, dan sombra a los letárgicos. Por las escalinatas, a medida que la bruma se dispersa, con bocales de cobre descienden los orantes.
Ante una muñeca de celuloide con varios bracitos y un vestido de raso morado y rosa, alrededor del micrófono, el coro de adeptos se turna para que la música no cese ; han colgado altoparlantes en los postes para que la escuchen hasta en la otra ribera. Una nubecilla escarlata, que emana de un montículo ardiendo, perfuma la diosa ; un enano ranoide gime a sus pies.
Los bramines embadurnan de lacre las columnas del templo ; los monos, colgados por el rabo, se balancean en los bajados de las campanas. Tres inmersiones. Tres veces tomo agua entre las manos, que en silencio devuelvo al río. Un disco rojo abrasa, del otro lado, la planicie vacía, arenosa, y más cerca, ilumina las barcas inmóviles, las ofrendas—bandejas de mimbre que arrastra la corriente—, un cerco de ceniza que los perros husmean.
Balcones de madera. Tapizan las fachadas los afiches de un film. Enchape de oro : las torres nepalesas de un templo. Dos tigres amarillos custodian la casa del que cobra los impuestos de la quema.
Con un vanity y un palito se va cubriendo el cuerpo, ya blanquaedo, de lo que copia de un libro : con polvo de sándalo un rectángulo amarillo en la frente, una V roja en el brazo, tridentes en las manos, sobre fondo cinabrio el nombre repetido en la planta del pie. Azafatas raídas le traen florecillas frescas, panetelas, unas monedas ; barren la plataforma de tabloncillo, arreglan los harapos del parasol. Dos niños le muestran, en minúsculas vasijas de barro, velitas encendidas que luego dejan en la orilla y empujan con las manos como barcos de papel. Se vetea de verde las verijas, una argolla de plata le cercena el prepucio.
Los bramines rociarán la mortaja : pegada al cuerpo caquéctico, drapería mojada. De la camilla de lona, sobre los maderos, lo voltearán. Con una antorcha, por la boca, los allegados le darán fuego.
You will leave Varanasi, but Varanasi will not easily leave you. Something somewhere inside you will not ever be the same again.
La crecida que se acerca, arrastrando la arena del fondo, nos llevará hasta el delta, hasta el mar.

Junto a Vishnú-enano barrigón, el orante—de un cordón blanco que le cruza el pecho cuelga una llavecita—entona la plegaria. Tararea, murmura, nombra en voz baja—la luz que atraviesa las ramas va alargando la sombra de su cuerpo en el muro—; con el índice toca las letras acuñadas.
Frente al templo, en la llanura reverberante, dos bueyes ayuntados giran alrededor de un pozo. Un adolescente de turbante blanco los conduce y fustiga. Anforas de barro extraen el agua y la derraman en una zanja ; la cinta sigue los surcos, los bordes de la aldea, el sendero que ondula por los distintos verdes, hasta los estanques del templo, donde una canal negruzca, entre guaridas de cobras, vierte la leche de las ofrendas.

En el horizonte, borrosos, cuatro minaretes custodian el mausoleo blanco. Más cerca, entre minúsculos manojos de oro, un labrador empuja el arado ; por el camino se alejan los arrieros, sus reflejos en un río que enmarcan los oscuros arabescos del Fuerte.
A través de los mucharabíes blancos, del tejido de estrellas que horada los muros de mármol, flores y franjas de oro, al viento flotan los saris blancos ; a través de los polígonos perforados—reunión de puntos claros—, los turbantes. La fachada de ladrillo se descompone—diminutas manchas rojas—, parece evaporarse. Por los luceros vacíos el sol penetra hasta la cámara baja : un paño espeso, de fieltro negro, encubre la tumba del profeta ; una frase repetida esplende en el umbral.
Las palomas parten al unísono, como si escucharan un disparo, dan una vuelta sobre el patio inmenso ; vuelven a posarse en la fuente, sobre las esteras paralelas donde los devotos se arrodillan, descalzos, y con la frente tocan el suelo. Frente al minrabo, un viejo de barba blanca y turbante negro balancea las manos juntas, ahuecadas, como si contuvieran un líquido espeso, presto a filtrase entre los dedos ; otro deletrea un pergamino de bordes gastados.
Afuera, a los pies de la mezquita se agolpan buhonerías, baratillos de estatuas ; los traficantes subastan miniaturas, tankas repintados, con dioses erróneos, toscas deidades de marfil, banderines tibetanos rotos. Un sol enorme, naranja, se hunde entre los minaretes, en un cielo jaspeado ; la voz del almuédano que llama silencia el martilleo de las herrerías, los gritos de los lavanderos, el tintineo de las tiendas atestadas de cobre. Con el timbre de las bicicletas y los cláxones, los radios mezclan las voces altísimas, almibaradas, de las sopranos, marimbas y arpas. Hasta los pórticos se amontonan carapachos oxidados, motores rotos, llantas ; el zinc chorrea aceite rancio ; un olor acre sube del laberinto de chatarra.
Las palomas vuelven a alzar el vuelo, amplían sus trayectos hasta el puente, hasta el fuerte de ladrillo desde cuyos balcones, recortados por oscuros arabescos, se divisan a lo lejos, donde se unen los surcos, el mausoleo de mármol, y temblorosos, como detrás de un río de alcohol, los cuatro minaretes, el creciente de oro.

Los párvulos pasean de mano por el jardín que centran las tumbas de los príncipes ; suben a los nichos vacíos, se quedan en silencio abrazados, leyendo ; trepan hasta las terrazas, bajan a la carrera, se encaraman de nuevo, cantan. Uno muerde una caña de azúcar, otro tira naranjas. Llevan cuadernos de dibujo, tizas, vasos y cantimploritas verdes, de material plástico.
Estanques secos interrumpen el césped. Rayados con punzones, en las bóvedas quedan apodos en inglés, figuras, fechas que desde lejos son tachaduras blancas. Astillas de cenefa sobre el frontón.

Escaleras que suben hacia ninguna parte, muros inclinados, hemisferios vacíos. A su paso por los bordes numerados las sombras reproducen la curva de la Tierra, cifran la altitud de los astros, postulan un Sol fijo. En las escalas borradas por la lluvia cada tarde reitera las medidas. Astrolabios de bronce han quedado entre las ruinas, desechados, rotos.
La hora exacta.

En tu lecho de cobras entrelazadas, sobre un océano de leche, desnudo, duermes. Mil cabezas de escama coronan tu cabeza. Respiras lentamente. A los suaves anillos tu cuerpo se abandona ; en tus manos abiertas reposan los emblemas.
Escuchas quizás el rumor de los inmensos banianos que bordean el estanque ; el viento y los pájaros sacuden sus gruesos hilos negros.
Por una pasarela, a ungirte los pies se acercan los devotos, beben del agua naranja que se empoza entre tus piernas, tocan los nudos de las colas. Pétalos y paisas te van cubriendo ; junto a tu cabeza embadurnada de polvo amarillo brilla un jarro de cobre.
Desde el extremo sur los peregrinos han venido a cantarte. Dos cerdos de piedra custodian la campana que a tu saludo tañen.

Hélices perpetuas, tus brazos lo han triturado todo. Entre las cobras desatándose y escupiendo llamas ha girado tu cuerpo. Sereno, sonriente, los gestos subrayados por círculos de fuego que tu propio vuelo rompe, que se arman otra vez, rápidos, bordes incandescentes de finísimos hilos, relámpagos de arcoiris lentos. Una corona solar sigue las ondulaciones de tu cuerpo y las repite en el espacio que alrededor de tus brazos, cuando giran, se incurva.
Tu baile destructor ha extinguido la Tierra. Ahora, jadeante, contemplas el espacio devastado. Los párpados te pesan. A los reptiles plácidos se abandonan tus brazos y tus piernas. Recuestas la cabeza. Uno a uno tus músculos se aflojan. Los ojos entreabiertos, ves el cielo de invierno. El viento de la noche desdibuja los árboles.

De tu ombligo surgirá la flor de loto y de ella el creador.
Bailarás otra vez.
Vuelve a dormirte.

Detrás de los canastos de remolacha, de las pilas de arroz, de una vitrina empañada, en la bruma del almacén los mercaderes pesan el té. Pintados en la puerta, entre pericos devorando flores, los siete bodisatvas. Por el cristal, más allá de los techos, de los puntales labrados, los OJOS de una torre dorada, la montaña.
Pasan en bicicleta, en los ángulos de las pagodas suenan gruesas campanas, se tocan la frente. Los soportes de los aleros son chivos amarillos, de enormes falos. Sobre los peldaños los vendedores van extendiendo tabletas ensartadas, con letras rojas, en pali, calendarios sánscritos, birretes nepaleses, mandalas, mapas.
A la diosa que arponea un búfalo ofrecemos platanitos ; sobre las calaveras babeando sangre que esgrimen sus múltiples manos regamos pétalos ; arroz crudo en el suelo, que las palomas, ávidas, devoran. Con un armonio, un violincillo y un triángulo—un niño canta—, sobre una estera, los viejos del barrio amenizan la entrada ; en el patio las velas iluminan una copa con flores, una rueda, una cruz gamada : entre banderas de oro cagado por los pájaros Buda enseña. Estandartes de mantras. Rodean al Liberado un dios águila de metal brillante, un mariscal de ojos mongólicos que despliega un pergamino y dos leones de pupilas rojas.

Bajo los techos cónicos, los demonios abren mujeres por las piernas, rompiéndolas. Para que los fieles puedan dibujarse los signos prescritos sobre la frente hemos instalado espejitos móviles en todas las paredes.
Una cinta de metal desciende desde lo alto de la pagoda, por los techos superpuestos, hasta el más bajo, lo toca.
Entre las esculturas del patio, fornican en tropel los corderos sagrados.
Olor a haschich y a sándalo.

Sobre una hilera de molinos de plegaria que giran con un rumor metálico—los peregrinos los impulsan : las fórmulas se despliegan en el aire—, en urnas de portezuelas rotas, los Iluminados reciben a sus pies niños que juegan ; los monos vienen a robar ofrendas y devoran a dentellones sus vestidos, luego trepan sobre el gran cetro

dorado—uno chupa un huevo—, saltan hasta la mole blanca de la estupa cuyo cemento manchan, desde la cima, chorreaduras del amarillo que deja la lluvia ; contemplan desde allí los trece cielos—uno a uno—, el penacho rodeado de faroles que termina en un pararrayos.

Sobre tapices raídos, paralelos, los alumnos recitan mantras. Alrededor de Sidarta, mil estatuillas plateadas ; frente al estante que las contiene, encaramado en un sillón alto, un lama de espejuelos y bonete rojo dirige la plegaria. Sobre los asientos se amontonan templos reducidos, de masapán, mantos amarillentos, jarritos de té con tsampa. Un monacillo golpea el tambor circular suspendido a la entrada, otro infla los pómulos, se pone colorado, logra soplar una corneta y luego una concha marina, un tercero, bajo su manto, destapa una lata de Ovomaltina. Cuchichean, se tiran bolas de papel y pajaritas, se hacen señales y musarañas repitiendo el Mani sin fallos. Uno se levanta, del estante toma un frasco de agua y varios pastelitos, abriendo un toldo churroso los tira al patio ; otro se duerme, da un cabezazo, se orina en el manto ; su compañero le hace cosquillas en las orejas.

Desde lo alto de la colina nos llega el estampido de los platillos, la nota única de las grandes cornetas plegables que los monjes transportan sobre patines, continuas, las voces, ásperas.

En el plafón que centra un globo de vidrio con un avioncito de la Royal Nepal, el Gran Mandala de las Deidades Irritadas y Detentoras del Saber ; los muros son escenas de la vida del Diamante. Un pajarito viene a bañarse en una de las copas de la ofrenda. El aire fresco de las montañas penetra por las ventanas que obtura una tela metálica. Con trabajo, un campesino hace girar un molino de plegarias de su mismo tamaño.

Desde la torre de la gran estupa, los ojos del Piadoso nos miran—cejas de azul añil, párpados esmaltados ; un aro rojo ciñe las pupilas. En la cúspide, del parasol de oro parten en todas direcciones banderines de colores ; flotan al viento las plegarias impresas.

—Heme aquí, oh bikús, como quien dice, Gran Lama, por ende, jefe de la estupa world famous que veis allí enfrente. Sí, blancos, melenudos monjes, cumplo mi karma en este cuchitril suburbano vendiendo los antiguos tankas de la Orden y traficando cetros de cobre ya verdoso para mantener a los últimos lamas de Bonete Amarillo.

Con las tabletas del Canon, los instrumentos portátiles, un tropel de yaks, algunas máscaras rituales que pudieron recogerse en el albur de arranque y una colección de cuños para imprimir banderines, la Congregación atravesó, custodiada por los Ancestros, los valles más fríos, las montañas más altas del mundo. De los dignatarios que me preceden uno tuvo que emigrar ; muestran al otro en las cortes populares de esas provincias del exterior mongólico, tan nevadas y al norte que ni las grullas llegan en verano.

Tundra : ¿ Qué tengo que hacer para convertirme al budismo ?

El Gran Lama : Rasparse la cabeza. Ah, y por favor, si de verdad quiere « *entrar en la corriente* », detenga ahora mismo toda violencia. El embajador de Francia vino a verme por la mañana, por la tarde, en el Rajasthan, su hijo mató un tigre. De aquí se fueron al Ashoka Club y bebieron cerveza de arroz. De cierto os digo, bikús de Holanda, que es la Sed lo que os impide ver lo no compuesto, lo no creado, lo que no es ni permanente ni efímero. ¿ Qué les parece esta pintura tan antigua, regalo de un lama encarnado del Bhutan ?

Escorpión : Tengo miedo a morir en accidente, ¿ qué debo hacer ?

Respuesta deseada : Los agregados que componen el hombre, oh pálidos, no son más que productos desprovistos de la menor realidad : comprenderlo engendra una alegría que ignora la muerte.

Respuesta (de lo) real : ¡ Vamos hombre ! ¡ Para eso están los amuletos ! Este, por ejemplo—y toma de una mesita un puñal de cuatro filos y en el mango emblemas—, codiciado por varios museos de Occidente, envuelve el cuerpo de quien lo posee en un halo invulnerable. O este—sacude una maruga de pergamino, dos perdigones la golpean, en la punta de un hilo—, que de seguro nunca han visto : protege y fortalece.

Totem : ¿ Cómo eliminar la angustia ?

El Gran Lama : Siéntese con las piernas cruzadas —y, soltando las pantuflas, cruza él las suyas, que aprieta un pantalón de gamuza amarilla—, la espalda derecha, la atención alerta. Un círculo. En él inscriba un cuadrado. En el centro, una deidad

de su preferencia. Concéntrese en ella. Claro está, para comenzar, es necesario un soporte, un mandala pintado, como éste—y desarrolla sobre el tapiz una tela pintada, con geometrías concéntricas—, tan milagroso y antiguo, que a usted, para tan noble empeño, le cedería por unos dólares : poco podrían pretenderlo las rupias de este país, y, *of course,* mucho menos las indias.
Tigre : ¿ Cuál es el verdadero camino de la Liberación ?
El Gran Lama se queda en silencio. Una risita boba. (En el salón contiguo, sobre un sofá, sus hijos hablan por un teléfono rojo, de material plástico.)

El aire de las sábanas quemadas, el vaho que asciende desde los bordes del río, lento, respiramos.
Por tres días dormiremos bajo los aleros, junto a las pequeñas plataformas de losa, mirando el agua. Daremos limosnas a los lisiados que se arrastran con latas. En la cuarta noche regresaremos a casa.
En un tugurio sin ventanas—el olor dulzón de las piras contiguas y el del curry se estancan—, sentados junto a los sartenes, en el piso de tierra, los yogis que para la fiesta de hoy han subido hasta el norte, recitan los preceptos matinales, fríen vegetales. Con la ceniza de los braseros se embardurnan el cuerpo ; cuidadosamente se alisan el pelo untado con aceite de enebro. Aceptan que los miren, pero no con espejuelos.
Los peregrinos dan alaridos a las puertas del templo, se agolpan a lo largo del río, rompen los cordones del ejército y corren hasta el patio para tocar al Gran Nandín de oro—flores en las pezuñas, en las rodillas tres listas blancas. Un tridente de plata y un tamborín sobresalen entre los techos. A medida que el sol asciende tras los troncos hinchados y que la luz se filtra por las copas, en los pequeños templos corroídos van apareciendo, en hileras, los falos. Las mujeres que los perfuman, el bermellón y el oro de sus vestidos, interrumpen a veces, un instante, la sucesión perfecta de los cilindros. Los monos roban y ripian la ropa que los devotos han dejado en la orilla.
Al son de tres músicos mugrientos una niña regordeta baila ; su hermano cuenta en inglés la historia del gurú que cegó a un hippie de una pedrada, mima el ahogo del holy man que, por tomar vino, rodó hasta el río.
Un campesino cherpa muestra en una palangana el desplazamiento de unos caracoles fluviales, y en una balanza, macitos de mariguana que cuatro melenudos, en holandés, regatean.
Las mujeres dejan flotar las bandas brillantes de sus saris ; las sombras de las perdices que atraviesan de una ribera a la otra son flechas negras en el suelo pedregoso del fondo.
Manchado por la ceniza de la cremación, por la mugre del baño y los escupitajos, el hilo de agua sigue por el valle su curso, serpenteando entre las rocas, hundiéndose en los bajíos, excavando un desfiladero en cuyas paredes, refugiados en las fisuras, meditan, mudos, los amigos de los pájaros. Luego desciende hasta los baños reales—alimentan la alberca dos cobras.

En los paneles indicadores, los primeros ideogramas ; de un lado y otro del camino, terrazas sucesivas, hasta el arroyo a secas—franjas de arena brillante—, como un oleaje.
Los labradores descienden en fila desde los caseríos, bajo las hileras de árboles rojos ; las cabañas de mimbre son puntos claros en la pendiente ocre. El viento de la mañana despliega en estratos brumosos el humo de las alfarerías. En las colinas flotan banderines blancos sobre montículos de piedras cubiertas de escrituras negras.
Donde termina el camino, del otro lado del puente, el farallón abrupto de las montañas ; hilos helados bajan desde lo alto.
Un elefante de cemento, que cabalga un niño enarbolando un libro, precede las construcciones macizas, paralelas, que cubre el monograma negro de la Marcha. Más alto, entre las cimas, quizás el viento haga girar los molinos de plegaria alineados en los muros de los monasterios abandonados, en los altares que la nieve sepulta.
Los monjes de manto rojo recitan un saludo a Avalokitéchvara. De izquierda a derecha siguen con el índice las letras acuñadas en las tabletas blancas que vuelven hacia afuera y protegen del sol con un paño.

Un tubo de neón ilumina al Gautama dorado cuyos labios se estiran en un rictus. Banderines de seda bordados de colores tapizan hoy las columnas y el techo. Junto a fuentes de mil hojas, calderas de té humeante, marugas y caramelos, los niños van colgando bandas de tul blanco al festón que enmarca un retrato gigante, en colores acrílicos, de un joven lama aureolado, y a los bucaritos que ornan los de unos reyes de perfil, miopes y prognáticos.

Al alba empezaremos de nuevo, hasta que en el horizonte las deidades apacibles y detentoras del crepúsculo muestren sus dedillos anaranjados. Entonces contemplaremos en silencio la lentitud con que el sol se hunde entre los valles nevados, del otro lado de las montañas, junto a las grandes estupas ya vacías y los *OJOS* borrados sobre las torres del país natal.

En el eco que deja un címbalo la más grave de las cuatro voces pronunciará las sílabas :

Que a la flor de loto
el Diamante advenga.

Darwin Flakoll - Claribel Alegría

Heridos y contusos

B.D.I.C

Ni en el resplandor hirviente del mediodía ni en la oscuridad de la noche tenía sentido hacer otra cosa que sentarse en el porche y columpiarse lentamente en la vieja mecedora de patas astilladas que a juzgar por su apariencia le sirvió a Frank como lugar favorito de descanso y seguramente a Moisés antes que a él. Después de un almuerzo improvisado era agradable mecer perezosamente los jugos digestivos y contemplar el espejismo del mediodía que danzaba a lo largo del declive, sacudía al pasar las borlas blancas de yuca : todo el mundo exterior tan silencioso que Johnny podía oír su propia sangre haciendo burbujas, chirriando a través de las válvulas del corazón, martillando en sus oídos un ritmo sordo de tom-tom : la sangre del viejo Adán Asvogel que a pesar de todas las mezclas y enrarecimientos producidos por tres generaciones aún conservaba el impulso de las salvajes ansias del bisabuelo.

Moisés y Frank deben haberlo sentido así en sus últimos años mientras miraban, columpiándose, los mismos espejismos, la misma vegetación retorcida y valiente, y meditaban en los accidentes y errores, los amores frustrados y los pudo haber sido de su vida. Ese hilo de sangre era el único eslabón, la única continuidad entre los cuatro : la sola substancia que compartía la eternidad del desierto junto a la cual Adán, Moisés, Frank y él mismo no eran sino abalorios en un cordel rojo ; casuales envoltorios para un mensaje indescifrable, efímeros heraldos golpeando sobre la roca perdurable para entregarle a un descendiente el cetro celular de microscópicos jeroglíficos.

Un hilo muy frágil la sangre. Adán engendró dos hijos, de los cuales Moisés murió sin haber producido alguno. Aarón, el otro hermano, fue el padre de Frank y de Marie, pero Marie no tuvo hijos. ¿ Cumplió Frank su verdadera misión, se preguntó Johnny, cuando con un espasmo vertió la mitad de la herencia de su hijo en el ondeante vientre de su mujer dejando que todos los demás años se descontaran como un anticlimax biológico ? Si es así, yo no soy más que un sobre vacío con la dirección equivocada, que poco a poco forja su camino hacia el buzón cósmico de cartas sin reclamar y todo el clan de los Asvogel simplemente otro experimento fallido al que la evolución ha ido lentamente borrando por medio de la soltería y la esterilidad. La cadena de pensamientos engendraba preguntas trascendentales que otra vez quedaban sin respuesta y Johnny desvió su mente de la especulación inútil.

No había luna. Una vez más estaba sentado en la oscuridad y se daba cuenta de que éste era el paisaje de Adán y de Moisés y de Frank Asvogel : hostil, seco, estéril, con días largos y calientes y noches cristalinas en que la visión se alarga, se extiende, se curva alrededor del continuo hasta que es fácil imaginar que una de las estrellas indistintas de tercera categoría, allá muy arriba, puede ser el trasero del viejo sol. Observó las luces de los autos que bajaban despacio por Banner Grade apagándose en las curvas y detrás de los relieves y arrojando una luz mortecina y pálida en el camino antes de que los focos blancos volvieran de nuevo a aparecer. Era esa especie de interludio—mientras absorbía las luces, el horizonte, los interminables arrecifes de estrellas y las remotas galaxias—en los que se sentía salir sin esfuerzo de su pellejo para ser transportado momentáneamente a una zona de paz donde no existía el ego.

Sin ninguna orden que cumplir, ninguna obligación que llevar a cabo, ningún mensaje suyo o de cualquier otro que transmitir, pudo recobrar la relegada intuición de que había tiempo para todo ; de que el tiempo tenía elasticidad—un tira y afloja—que lo acunaba tan agradablemente como la vieja silla mecedora con su ritmo sensual, acunaba ahora su cuerpo. Podría estar de vuelta en ese mundo infantil en que triciclos, cachorros y automóviles de juguete eran fragmentos de para siempre : un mundo que súbitamente perdió cuando lo lanzaron desde el punto de largada obligándolo a correr. Volaba ya por la pista con los ojos fijos hacia adelante, cerrando los puños, bombeando aire de los pulmones : hacia afuera, hacia adentro, hacia afuera, antes de tener el juicio para preguntar por qué. Corrían también los otros y eso era una razón. En alto la cabeza, aspira el aire, expíralo, no tropieces. Llegó a ser la más natural de las actividades y casi no se dio cuenta de que había dejado atrás el mundo del niño y el cachorro en el que cada uno de los días con sus juegos, sus comidas, sus siestas había sido igual al otro.

La escuela lo hizo : la escuela con sus despertadores, sus horarios de clase, las campanas que anunciaban el almuerzo y los recreos, las manecillas de los relojes que se alargaban convirtiéndose en flechas, en lanzas, en arpones siempre a media pulgada del esfinter anal ; los rechinantes segundos se volvieron la maquinaria que enrollaba la interminable pista bajo sus pies voladores.

Aquí en el desierto, sin embargo, el reloj había dejado de marcar como seguramente lo hiciera para Frank. Al no sentirse aguijoneado por las exigencias de hacer y llegar a ser, descubrió poco a poco una dimensión en la cual podía simplemente *ser* sin buscar justificaciones o pedirle perdón a nadie. La jaula giratoria aflojó el paso y se detuvo transformándolo en el dueño de una extensión de tiempo sin tiempo en la cual el único movimiento perceptible era el de sus espontáneos pensamientos.

Mientras diariamente se afanaba hora tras hora caminando sobre la tierra endurecida y los pedernales, abriéndose paso por entre la espinosa maleza, había tiempo para pensar en un sinnúmero de cosas. La imagen borrosa de Frank era siempre el punto de arranque, pero desde allí, erizados pensamientos se bifurcaban extendiéndose en direcciones tan imprevistas como los retorcidos brazos de los matojos de manzanillo a su alrededor. A pesar de que estaba convencido de que era inútil extender más su búsqueda—había cubierto el terreno por los cuatro costados, recorriendo una distancia que ningún hombre en la posesión de sus facultades habría recorrido—, la prosiguió, no tanto por voluntad premeditada sino más bien porque se encontraba hipnotizado por su propio movimiento hacia adelante, por las imágenes, los pensamientos y los recuerdos que bullían en su mente, por el reconfortante diseño repetitivo de su espiral cuadrada, de su laberinto imaginario sin paredes ni techo.

Poco a poco Johnny descubría que más que a cualquier otra cosa su mente se asemejaba a un teletipo en una oficina de periódico un domingo por la mañana, que susurra calladamente para sí y vibra apenas con el desgaste de energía que corre a través suyo. De pronto una explosión de actividad—señales de campana, un repiqueteo constante de sesenta por minuto, el estrépito del carro que regresa, el hipo del abastecedor de papel—y él, el indolente barrendero dominical que se acercaba a ver lo que tenía que decir. Antes abrigaba la esperanza de que cuando el aparato, como ahora, no estuviese atareado con decisiones urgentes, se dedicaría a contemplar grandes ideas, a divagar sobre eternidades cartilaginosas, a martillar listas de respuestas a todos los « *por qué* » que a través de los años se venía planteando. Pero ya se daba cuenta de que no se trataba en absoluto de un teletipo filosófico. Cada vez que se acercaba apoyándose sobre la escoba para ver qué era lo que lo había excitado así, lo encontraba martillando otro de esos relatos para matar el tiempo que tejen los marinos cuando no están de guardia o se cuentan los periodistas en el bar después de la jornada.

Era el pasado lo que absorbía la atención de su invisible técnico al otro extremo del circuito. Recitaba un interminable non sequitor cuyos fragmentos surgían espontáneos, haciendo caso omiso del orden y el significado—peor aún, que no parecía tener sentido—como si todo pasara simultáneamente en un escenario grandioso dentro del cual Johnny ya no galopaba en la jaula y podía vagabundear a su antojo observando un fragmento de acción aquí o participando en un lienzo enigmático un poco más allá. Ahora, por ejemplo, el operador materializaba la imagen de Mickey Hefner que miraba con ojos y dientes protuberantes a un algo invisible entre el pulgar y el índice.

—Me sentaba allí y me le quedaba mirando a uno —decía Mickey—y nunca pude adivinar si era un número quince o un dieciséis.

Su expresión idiota hacía estallar las risas y Mickey se empeñaba en construir transparentes celadas para repetir su historia, moviendo los labios en silencioso repaso cada vez que la conversación se orientaba hacia bombarderos B-24 o hacia la industria de aviación. La monomanía de Mickey era la de convertirse en soldado de uniforme para poder ir a Guadalcanal y aplastar a los asquerosos japoneses, pero el comité de selección, luego de estudiar sus aptitudes mentales, resolvió ahorrarle al ejército su presencia y como alternativa mejor entró a trabajar a Consolidated seleccionando remaches de entre la basura. Falló también en eso y acabó traspapelando artículos en La Trib.

Las máquinas telefotográficas eran novedosas o imperfectas en esos días. Continuamente se ponían histéricas con las manchas solares o caían en trances catatónicos en el preciso momento en que aparecía una noticia importante. La Trib. compró un modelo nuevo y un ingeniero de Los Angeles lo armó instalándolo en su santuario particular del cuarto piso, entre el departamento de fotografía y los archivos. Aleccionó a los fotógrafos en los detalles de la operación y pacientemente le mostró a Mickey qué botones había que apretar todas las mañanas, tan pronto como llegara, para calentar los tubos.

Dos días después de haberse marchado el ingeniero, Mickey irrumpió en la oficina retorciéndose las manos y con las pecas saltando de su

rostro incoloro.
—Apúrense, vengan—gritaba mientras regresaba galopando por las escaleras seguido de una cola de reporteros.
—¡No hice nada malo!, juro que no lo hice—jadeaba—, tal como él me indicó, pero nadie me va a creer, ¡maldito sea!
Entraron sin aliento al cuarto de la telefoto y allí estaba la maquinita semi cubierta por su guardapolvo y canturreando en voz apagada de contralto el « *Ave María* » de Schubert.
El ingeniero tomó el próximo avión desde Los Angeles y descubrió que el desperfecto se debía a la estación de radio K.F.S.D., frente al local, que chorreaba energía. Mickey fue absuelto de culpa pero no se quedó mucho tiempo más en La Tribuna. Un cronista deportivo lo sorprendió en la cabina telefónica mirando la foto de una dama joven de sociedad. Reía profiriéndole obscenidades a la dueña mientras con una mano sostenía el audífono y con la otra se masturbaba.
Una de las cosas que más confundían a Johnny era el orden de lógica o ilógica que empleaba el invisible operador para seleccionar las imágenes que relampagueaban en su pantalla interior. ¿Por qué habían saltado sus pensamientos justo ahora desde Frank a Mickey Hefner? Mickey había sido catalogado como enfermo mental porque imprudentemente eligió una cabina de teléfono para satisfacer sus fantasías sexuales, pero a nadie se le habría ocurrido encerrar a Mickey por su frenético deseo de ir a la guerra. En un mundo donde no sólo somos incitados, pero se nos ordena convertir a las gentes en antorchas por medio del napalm, a gelatinizarlas con T.N.T., a perforarlas con balas de rifles y ametralladoras, no se puede uno masturbar en una cabina telefónica.
¿Qué había pasado con el Jardín de Edén? Seguramente estaba situado en el Africa del Este, donde el elefante, la jirafa, el hipopótamo, la zebra, la gacela, la impala y el jabalí toleran a sus vecinos carnívoros : el león, el leopardo y el cheth, pero todos viven aterrorizados por el común enemigo sanguinario, *Tyrannosaurus Rex* de la edad moderna : el hombre.
Sentado en el vestíbulo del Gran Hotel en Kampala, a la orilla norte del Lago Victoria y mirando hacia el Congo por el oeste, los Simbas, a las doce en el reloj, asesinan a los intelecutales contrarevolucionarios—todos los que saben leer—mientras los mercenarios de Mad Mike Hoare, como cazadores de patos con botas de goma, exterminan a los Simbas y a cualquier otro que sospechen de rebelde. A la una en Ruanda y Burundi, el ejército buhutu ametralla a los Watusi de cuerpos de garza, mientras los chicons usan a los dos países como puntos de distribución desde donde se les envían a los africanos suficientes rifles y munición para que se sigan matando por los próximos veinte años. A las dos, en la misma Uganda, las tribus Buganda y Bunyoro pelean rabiosas por « *los condados perdidos* » mientras los del noreste se levantan contra el gobierno central y expulsan a todos sus soldados y cobradores de impuestos. A las tres los árabes del Sudán del Norte exterminan a los sudaneses negros de clase media—cualquiera que lleve un taparrabos—. A las cuatro, en la frontera de Kenya, invasores shifta cabalgando en camellos saquean y queman caceríos llevándose consigo animales y a veces esclavos, mientras a las cinco, en la otra frontera, el ejército de Haile Selassie y las tropas de Somalia se atacan y defienden en una lucha silenciosa por una extensa región limítrofe de terreno árido.
Las seis y los masai están convencidos de que Dios les donó todo el ganado del mundo en el alba de la creación y que ellos están comprometidos en recuperar su extraviado patrimonio, valiéndose de correrías y saqueos contra los rebaños vecinos, que frecuentemente terminan en pavorosas heridas de lanza.
Zanzíbar a las siete, donde los negros oprimidos arreglaron hace poco cuentas pendientes con sus amos árabes que cultivan especies. A las ocho Mozambique : las guerrillas autóctonas y los colonialistas portugueses acechan y se ponen emboscadas. A las nueve Rodesia del Sur donde un puñado de blanco niega el principio de « *un hombre un voto* » a base de palos, escopetas y horcas. A la diez el Africa del Sur engañosamente inmóvil bajo la adusta nube de *apartheid* y a las once, cerrando el círculo, el frente de liberación angolés que lucha contra sus todopoderosos jefes portugueses.
Cuando se despierta súbitamente y uno se da cuenta de que ha estado desde el momento de nacer confinado al ala de los violentos en un manicomio cósmico, lo primero que hay que hacer es aislarse tanto como sea posible de los otros enfermos, todos los cuales son peligrosos. ¿Sería ese el descubrimiento de Frank, el motivo detrás de su intento de escape?
¿Cuántos años de guerras y asesinatos y espec-

táculos de gentes torturándose y mutilándose mutuamente, se preguntó Johnny, han sido necesarios para despertar a la verdad de mi auténtica condición? Junto a ese abrupto pensamiento le llegó también la misma oleada trascendental que había experimentado bajo el casco U.S.S. Barfus.

Daniel Moyano

Para que no entre la muerte

El Viejo fijó un buen rato los ojos en el arroyo, por lo menos hasta la primera curva, donde aparentemente desaparecía ; después dio una chupada a la pipa y se quedó como pensando.
—¿ Pasa algo ?—dije sin mirarlo, con los ojos clavados en el agua para tratar de ver lo que él había visto.
—Están pasando muchas cosas en este momento—me llegó la voz—; debe haber comenzado a llover en las sierras grandes. La creciente llegará aquí en un par de horas. Vamos a buscar las redes.

Habíamos perdido muchas crecientes por no conocer bien las costumbres de la lluvia. Muchas veces, a pleno sol, habían pasado crecientes hermosas llevándose lejos, hacia las ciudades ricas y poderosas, preciosos cargamentos de objetos que hubieran sido útiles para nuestra casa. Porque nosotros a la casa la hicimos con el río.

A medida que en el pueblo se construían hoteles para los turistas, a nosotros nos obligaban a correrlos más hacia las afueras. Ya habíamos hecho como cuatro o cinco casas utilizando los troncos y las cañas que había en los suburbios, pero ahora, donde nos había tocado, no había más nada. Las lomas estaban roídas por las cabras y el terreno pedregoso llegaba hasta la orilla misma del arroyo. Cuando llegamos con los colchones al hombro, algunas gallinas y nuestra colección de tías, los vecinos ya habían utilizado todo el material posible de la zona. Nos ayudaron a reconocer la parte de terreno que nos correspondía—puras piedras—y nos alquilaron una piecita al frente del terreno, del otro lado del arroyo, hasta que pudiésemos construir la casa. Era fácil ver en los alrededores que donde faltaba un árbol, ese árbol estaba clavado en forma de poste formando la esquina de una casa. Las piedras más o menos cuadradas habían desaparecido también, y eran o pared o piso en las casas desparramadas por el pedregal ese. Tampoco había lajas ni adoquines ni piedra bola ; todo había sido aprovechado por los que llegaron primero.

Me acuerdo que mientras mis tías sacaban sus vestidos azules y rojos de los baúles y los colgaban en los clavos de las paredes de la piecita, yo y el abuelo nos sentamos en medio del terreno a pensar qué se podía hacer.

—Acá ya no queda nada, más vale que busquen otro lugar más lejos—nos dijo uno de los vecinos mientras rasqueteaba a su caballo.
Mi abuelo debió estudiar profundamente el arroyo en ese momento, porque después de mirarlo un rato dijo :
—Nos quedaremos.
Lo que no recuerdo es si mi abuelo era joven antes de llegar aquí, porque después supimos, durante el resto del tiempo, que él había envejecido después de descubrir los misterios de la lluvia. Que era como saber, según lo supimos siempre, todas las cosas de la vida y de la muerte. Pienso que sus cabellos se pusieron blancos en esos minutos, porque una vez, cuando le pedí que me explicara el asunto de las crecientes, que él preveía con varias horas de anticipación, me dijo que si lo aprendía envejecería en el acto. Pero las cosas se equilibraron, porque si envejeció en ese momento, ya no necesitó fuerzas para acarrear piedras desde lo alto de las lomas (además ya no había), ni troncos desde las llanuras distantes, porque con las crecientes todo se lo traía el río y se lo dejaba en el mismo terreno, gracias a la red que habíamos construído con alambres también traídos por el arroyo.
Nuestra llegada, mejor dicho de mis tías con sus vestidos al viento llenos de colores y de pliegues, fue una alegría para el barrio. Vivíamos todos amontonados en la piecita y teníamos una radio de pilas ante la que mis tías lloraban inclinadas cuando oían alguna canción de Libertad Lamarque. Mis tías eran hermosas y los hombres, a la tardecita, rodeaban nuestra pieza esperando que saliera alguna de ellas. Salían por las noches, perfumadas, y se iban con los hombres a caminar por las riberas siguiendo el canto de los sapos y, de tanto en tanto, según la luna, nacían hermosos bebés, que en poco tiempo se prendían de los bigotes del abuelo. Cuando les dolía la pancita, yo seguía el curso del arroyo y buscaba menta para las infusiones, y al volver oía que el vecino rasqueteador de caballos le decía a mi abuelo que era muy difícil alimentar tantos chicos. El viejo consultaba al río antes de responder y luego de una corta meditación decía :
—Que nazcan. Ellos son la única alegría que podemos tener en la vida.
Yo mismo había nacido así y era una de sus alegrías.
El año de la Gran Creciente murieron muchos bebés, porque dicen que el agua había sido revuelta por los microbios. Lloramos todos muchas veces y mi abuelo se sacó el sombrero por primera

vez en varios años. También vinieron a llorar los hombres de los alrededores, y por un tiempo más o menos largo no volvieron a salir con mis tías siguiendo el canto de los sapos. Aprovechamos esos días de mucho silencio para reforzar nuestras redes. El abuelo decía que había que detener todo lo posible las riquezas que traían las crecientes, *« porque si no esta zona será siempre muy pobre. Las cosas pasan por este arroyo, llegan al río y siguen saltando y bamboleándose ; luego el río avanza hacia ríos más grandes, con más riqueza acumulada, y todo va a parar finalmente a Buenos Aires, y después al mar, a Europa, y nosotros nos quedamos con las manos vacías ».*

Aquel día la creciente había sido muy rica. Además de ladrillos medio redondeados pero sanos había traído adoquines, muchos tarros y piedras grandes de varios colores. La parte de red que me tocó controlar sólo dejó escapar una lata de querosén de veinte litros, que abierta hubiera significado una buena parte de techo. La vi bambolear por encima de las crestas sucias, casi en el aire, y perderse vaya a saber hacia dónde, pero logré detener una gran piedra blanca, casi cuadrada, que ahora forma el ángulo más vivo de nuestra casa. Después separamos las piedras por formas, luego por colores ; también los adoquines, los ladrillos, que eran muchos, y la gran cantidad de tarros para el techo. Cuando pasó la creciente, pese al fresco que hacía, mi abuelo y yo sudábamos.

Mís tías salieron todas juntas de la pieza y levantándose los vestidos azules cruzaron el arroyo para ver cuántas maravillas nos había dejado la creciente. Ellas mismas se pusieron a ayudarnos a separar todo y, mientras lo hacíamos, cantábamos sin saber que estábamos cantando. Todos estábamos contentos porque había material para proseguir la casa, que ya tenía casi treinta centímetros de alto. Por lo menos ahora podríamos llegar al metro. Solamente el viejo no estuvo muy contento, y no quiso contestarme cuando le pregunté por qué estaba así. Pero me respondió años después (años que para él no significaban nada, porque estaba acostumbrado a usarlos), me dijo muchas cosas que no pude entender, y que sin duda se relacionaban con esos días de silencio, de los chicos cuyos rostros yo había olvidado completamente, de las aguas revueltas por los microbios y de otras cosas más que el abuelo mismo temía. Creo que fue entonces cuando me dijo que era mejor no entender nada para no envejecer de golpe.

El verano terminó, y con él las lluvias, y mis tías estaban impacientes porque termináramos por lo menos una pieza y la techáramos. Sobre todo dos de ellas, que esperaban alumbrar hacia la mitad del invierno, pero el viejo vacilaba antes de decidir un cambio de emplazamiento de la casa, que tenía muy pensado. Se pasó varios días mirando no sólo el río sino también las plantitas que crecían en las riberas. Levantaba piedras, observaba los bichos que vivían debajo de ellas, cortaba y olía las hojas de las pocas plantas que sobrevivían en el pedregal. Un día decidió que sacáramos todas las piedras que ya habíamos puesto y que llegaban apenas a treinta centímetros de altura, porque había resuelto construir la casa más lejos del arroyo, casi sobre el nacimiento de la loma. Ciertamente el viejo se volvía más misterioso a medida que avanzaba en el conocimiento del arroyo y de las lluvias. Observaba cuidadosamente el desplazamiento del sol entre las estaciones, y todo lo que clavaba o plantaba tenía relación con el giro del fuego. La única explicación que nos daba era :

—Ustedes no entienden nada de estas cosas. Tenemos que protegernos.

Finalmente cavamos los cimientos otra vez en un lugar muy incómodo que nos obligaba a hacer un rodeo para traer el agua y para salir a la calle natural que corría junto al arroyo y llevaba al pueblo. Mis tías protestaron hasta muy avanzado el invierno, y después callaron cuando el viejo anticipó la nevada. Hacía cuarenta años que no nevaba en la zona. Desde entonces nunca más discutieron sus puntos de vista.

Antes de decidir el nuevo emplazamiento, desapareció por una semana. Se había ido al monte, que estaba al otro lado del río grande. Volvió lleno de pelos, yuyos y bichos, medio quemado por el sol y con un gesto triunfante. Trajo dos quirquinchos que le había sobrado de la cacería que hizo para alimentarse esos días, y anunció, muy contento, que ya sabía donde haríamos la casa.

—En esta casa no podrá entrar nunca la muerte— dijo estirándose los bigotes.

Mis tías entonces hicieron girar sus dedos índices sobre las sienes y le sacaron la lengua.

En el verano siguiente, durante el tiempo que le dejaba libre el olfatear las crecientes, marcaba en el suelo la sombra que proyectaba una estaca alta clavada frente al sol. La sombra era paulatinamente más larga y luego, a medida que se iba el

verano, se acortaba. En todos los casos mi abuelo marcaba bastante hondo en el suelo el alcance de la sombra, de modo que al final había un montón de rayas profundas que sin duda tenían una relación directa con la orientación de la casa, o quizás con su muerte, vaya uno a saberlo. Se lo pregunté y él admitió ambas cosas casi sonriendo y me dijo que no me convenía ahondar más en el asunto. « *Eso déjalo para mí, que ya estoy viejo.* »

El abuelo tenía razón. Cuando terminó la casa empezó a morirse. Pero fue una muerte larga, que duró varios años. Creo que comenzó a morir aquel día que volvió del monte, lleno de bichos. Esa noche se le descolgó una arañita del ala del sombrero, y una de mis tías, asustada, se la quiso sacar. —No la toquen; dejen esa araña donde está—le oí gritar por primera vez.

La araña, comprendiendo, subió otra vez por el hilo y se escondió otra vez en la cabeza, debajo del sombrero.

Habíamos terminado las dos piezas de mis tías, una hecha enteramente de adoquines y otra de canto rodado. A los pocos días de mudarnos, los hombres de mis tías tenían que cruzar el arroyo, de noche, haciendo equilibrio sobre las piedras para poder darles las serenatas de costumbre. Conocíamos perfectamente sus voces y sus desafinaciones. Ese es Evaristo, ese Pablito, ese Pepito, decía mi abuelo en la sombra del cuarto, mientras se dormía con el sombrero sobre la cara para evitar la luz de la luna que entraba por la ventana. A mí me quedaba más lejos el camino del arroyo para ir a buscar los yuyos contra el dolor de panza de los chicos, pero después sacrificamos algunos tarros destinados al techo de la cocina y en vez de abrirlos trasplantamos en ellos las variedades principales para tenerlas de noche al alcance de la mano. Dormíamos en la pieza de las tías solteras, para evitarle al viejo el llanto nocturno de los chicos, que le impedía oir el ruido del agua del arroyo, tan importante para él. Nos faltaba la cocina, que tenía ya la mitad de su altura, hechas con ladrillos redondeados por las aguas. Ese año hubo varias crecientes, pero no trajo ladrillos, solamente piedras y adoquines, y el viejo quería terminarla con el mismo material con que había empezado. Además, no se podía poner en la parte alta de las paredes y material más pesado que los ladrillos carcomidos por el arroyo. La última creciente grande vino llena de víboras, y nadie se animó a meter un solo dedo en el agua. Durante varios días tuvimos que ir a buscar el agua, en tarros, al hotel de los militares, al pie de la montaña, que quedaba bastante lejos. Nos llevaba casi todo el día ir y volver, pero los hijos de mis tías se salvaron de los tremendos dolores de estómago y de la suerte de varios niños que las aguas contaminadas silenciaron río abajo ese año.

Un día, con una lluviecita muy pobre, sin creciente, llegaron por el arroyo cerca de trecientos tarros vacíos de durazno. Venían del hotel ese, donde unos cincos mil coroneles pasaban quince días de vacaciones. Eran todos del mismo tamaño y de idéntico color, lo cual favorecía la construcción. El viejo decidió entonces, muy a su pesar, terminar la cocina. Abrimos una gran cantidad de tarros para terminar las paredes y luego y con los mismos tarros hicimos el techo de dos aguas. Como sobraron muchos, cortamos algunos por la mitad, sin abrirlos pero desfondados, para hacer las canaletas de desagüe. Mis tías quedaron maravilladas de los detalles. La cocina parecía una casita dibujada, con su chimenea de latas tan azules como el humo.

Generalmente los hoteles arrojaban la basura al arroyo. Un día vimos pasar alrededor de dos mil patas de gallina. Mi abuelo dedujo que se trataba de la colonia militar, que era el hotel más grande de la zona, explicando que si eran dos mil patas se trataba de mil pollos, de los cuales podían comer bien alrededor de dos mil coroneles. Yo los conocí. Eran muy buenos conmigo y me daban propinas cuando trabajaba de parapalos en la cancha de bowling del hotel.

Hacía unos días que habíamos terminado la cocina cuando al viejo se le aflojó el primer diente. Se estuvo hurgando un rato con los dedos y protestando, hasta que se lo sacó y lo arrojó por la ventana. Fueron inútiles todos los yuyos que tomó (traídos a veces desde la cima de la montaña, donde el viento y las plantas son más limpios), porque cada tres o cuatro días se le aflojaba otro más, que él arrojaba afuera maldiciendo la vida, y yo cada día entendía menos lo que decía, hasta que se quedó sin uno solo y no pudimos entenderle nada por un tiempo.

Las demás partes del cuerpo se le fueron yendo poco a poco, y cuando se habían ido del todo vino la Creciente Terrible que casi se lleva el hotel de los coroneles. Estuvimos toda la noche tapándonos los oídos y tocándonos el corazón con las manos para que no se nos saltara de miedo, oyendo las piedras inmensas que la creciente arrojaba contra

la pared más gruesa de la casa, donde el viejo no había dejado ninguna puerta ni ventana.
Al otro día el arroyo, que había cambiado de curso, estaba en el lado opuesto al que había tenido siempre, y ahora sí todo era natural; pasaba al frente mismo de la casa, y los yuyos para los hijos de mis tías quedaban al alcance de la mano. El arroyo pasaba ahora por los lugares que mi abuelo había marcado pacientemente siguiendo el curso del sol con la sombra de las estacas. Nuestra casa se había salvado, pero el río se llevó varias, con todo lo que había adentro, entre ellas la del hombre que rasqueteaba los caballos y que, según dicen, le había dado en otros tiempos muchas serenatas a una de mis tías, que lloraba mucho.
Nosotros lloramos ese día todo lo que había que llorar por los que se había llevado el agua. Vinieron fotógrafos de ciudades distantes y un avión estuvo dando vueltas por el lugar.
Ahora hace mucho que no llueve, y harían falta algunas crecientes para mejorar ciertos detalles de la casa. A veces miro el río y noto cambios de color o de sonido, pero evito mirarlo mucho, porque no quiero envejecer. Algunos de los hombres de mis tías consiguieron trabajos buenos y se fueron de aquí con ellas. Hoy están en Buenos Aires, son señoras elegantes y tienen hermosos perros que sacan a pasear por las plazas illuminadas. Muchos de los chicos que tomaban las infusiones que yo hacía con yuyos, se han ido también y trabajan en grandes fábricas, amplias y hermosas, a las que entran y salen como si fueran los propios dueños.
El viejo me dijo varias veces que cuando él se fuera se prolongaría en mí, que seguiría viendo por mis ojos, tal como sucede cuando advierto el cambio de color en el agua. Por eso he resuelto quedarme aquí para esperar el fin. Algunas veces siento deseos de irme de este pueblo, pero advierto que, pese al deseo, el río no ha dado los medios para hacerlo.
Los otros días se me descolgó una arañita del sombrero que heredé del abuelo. La tomé por el hilo y la tiré al río. Después estuve mirando un rato cómo el agua se la llevaba, probablemente hacia las ciudades ricas y llenas de luces.

La Rioja. 1971

Rubén Bareiro Saguier

Caléndula

A Doña Paludesia, clandestinamente.

—Caléndula...—dijo, abriendo grande los ojos bovinos, redonda la sonrisa.

« *¿ Qué dice ésta ? No puede ser.* »

—Caléndula—repitió ella en voz baja, confidencial, tomando la servilleta de papel color amarillo mostaza y acercándola al ramillete del florero.

« *Ah, entiendo. ¡ Diablos que está buena !...* »

(De las caléndulas : Género de plantas comunes en las tierras calientes, hasta 1 500 metros de altura. En algunas regiones la planta turnerácea (Turnera Ulmifolia), que en otros sitios se llama damiana, marialópez, sanjuán en la costa, margarita de los campos en la sabana, oreja de coyote en la sierra, clavel de oro y amaranto en la hoya.)

—¿ Sabes ?, cuando yo era pequeñita, una vez mis padres me llevaron a la selva. Mentiría si te dijera que me acuerdo mucho del viaje y de lo que hicimos. Lo que sí, a la vuelta, tenía un pie, éste, enormemente hinchado... ; algún mosquito, algún bicho maligno...

« *Tigres, monos, víboras,* « la reina de la selva ». *Espero que la cosa andará. Ni me quiero acordar de lo que me pasó...* »

(Del arbusto cuyo corazón huele a jenjibre y es caliente : Es un arbusto que alcanza y puede doblar el tamaño de un hombre, con hojas parecidas a las del capomel, pero más pequeñas, arrugadas y aromadas ; echa, pues, este arbusto hojas irregulares y como con pelos, dos veces más anchas que las del sauce, y flores amarillas. El corazón del tronco huele a jenjibre y parece ser de naturaleza caliente. Nace junto a las costas del mar austral. No supe su nombre pero sí sus propiedades estimulantes, que son célebres, pues los naturales de la región son reputados por tener mucha descendencia. El efecto tónico parece ser tan eficaz que basta, según se dice, que las personas necesitadas las usen en los bolsillos.)

Hablaba quedo, como contándose la historia a sí misma.—...entonces..., ni médicos, ni pomadas, ni pastillas... ; como un sapo mi pie, como el sapo que quería ser buey, ¿ conoces la fábula ? ; es bonita, eh... La negra me quería mucho ; en realidad, era más bien mulata... La negra miraba hacer, callada, con desconfianza, con desprecio hacia las manipulaciones del médico o del enfermero, no sé ; su silencio parecía un reproche... La negra miraba crecer el bulto de mi pie. Me quería. verdaderamente, tenía chochera conmigo. Se callaba y miraba crecer mi pie, volverse escarlata, morado, oscúrecerse mi pie, volverse bosta... De golpe dijo : « *Basta niña Dami, me toca a mí...* », y trayendo la tina de agua hirviendo trituró un manojo de caléndulas, que seguramente tenía ya preparadas en la cocina ; las tiró en la palangana, me sacó la venda, limpió como pudo de ungüentos el pie monstruoso y...

La muchacha contrajo instintivamente el pie.

« *Esto se está poniendo más largo que rosario de novena. La renguita sabe bien que...* »

(Damiana : nombre botánico : Turnera diffusa ; var. aphrodis. Wild. Familia de las turneráceas. Es un arbusto de 30 centímetros a metro y medio de altura, ramoso, con hojas rugosas y aromáticas, aserradas y vellosas ; flores con pétalos amarillos o anaranjados.

Se utilizan las flores, las cuales son muy estimadas admitiéndose que tienen acción favorable en los casos que dependen de la atonía nerviosa. En uso externo, todo el mundo conoce las propiedades emolientes de la damiana o caléndula, cuya decocción se usa en multitud de casos, ya en lavatorios, en fomentos, en cataplasmas para desinflamar una parte del cuerpo ; su acción es inmediata.

Se ha recomendado tomar la infusión de las flores en tisana, en casos de debilidad e impotencia y contra la irritabilidad de la vejiga.)

—...decían por ahí que la negra conocía cosas de brujería, oraciones milagrosas y maldiciones capaces de..., no sé, en todo caso, era buena cocinera, y me quería...

La muchacha trató de esquivarse.

—¿ Qué crees ?, ¿ que soy una putita, una putita cualquiera... ?

« *¡ Carajo !, ahora se me hace la nena.* »

(Además, el cocimiento de las flores cura la sarna y las hinchazones de las piernas, mitiga las inflamaciones y quita las llagas de las mismas ; previene los dolores de dientes lavándolos con ellas disueltas en vinagre ; aleja los temores vanos y sin fundamento, y en dosis de seis óbolos y con hidromiel, aprovecha a los que sufren de exinanición en el concúbito.)

El tono de la protesta carecía de convicción ; apenas si parecía un reproche, o que estuviera pidiendo disculpas. Siguió contando, como si nada.

—...fue mágico, te aseguro, no sentí más nada, como si me hubieran lavado el dolor con una esponja suavecita...

« *Bueno, ahora parece que estamos llegando.* »

La muchacha opuso menos resistencia a las manos invasoras, al calor que la asediaba, con prisa ; apenas si murmuró algunas palabras inentendi-

bles, todavía sobre la curación.
(Es un producto de origen vegetal, de reciente y moderna concepción que resuelve uno de los más importantes problemas de la higiene íntima, y que la cosmetología avanzada no podía ya descuidar. Nuestra línea de productos se enriquece con *calya's intimate spray*, elegante atomizador, concebido y realizado en nuestros laboratorios, con perfume muy personal. Desodorisa y refresca delicadamente la parte exterior de la vagina, suprimiendo toda irritación.
Su empleo habitual da resultados inesperados. *calya's intimate spray* ofrece a las mujeres una sensación de bienestar y de seguridad que proviene de la certidumbre de estar siempre protegidas hasta en la parte más intima de su cuerpo, al tiempo que envuelve al partenaire delicado en un halo irresistible de seducción.)
Mientras se vestían la muchacha cantaba bajito; se paseaba por el cuarto, miraba los objetos con sus ojos redondos, como si estuviera descubriéndolos o inventándolos.
« Parece que está contenta, tanto mejor; bueno, tenía que ser así, qué diablos... »

(Hasta aquí lo relativo al descubrimiento de las propiedades de estos vegetales. Dije al principio que mediaba más de un motivo para que fuera conveniente conocer la relación preinserta, y es llegada la ocasión de emitir razones en que se apoya este juicio. Ante todo, debe notarse que tal descubrimiento ha causado en el mundo ilustrado una general sensación de sorpresa y placer; sensación justa, tanto por su valor práctico cuanto por las circunstancias que le acompañaron y sobre todo que le siguieron a virtud de la prudente desconfianza...)
La muchacha iba y venía por la habitación, canturreando.
—Caléndula—dijo acercándose al florero.
De repente él se dio cuenta que caminaba normalmente. Se había calzado un zapato y al bajar la vista sobre el pie derecho de la muchacha, vio que tenía el mismo color que la servilleta de papel.
El hombre su puso el saco, metió la mano en el bolsillo y palpó la consistencia suave de la flor.

Rubén Bareiro Saguier.

Plinio Apuleyo Mendoza

El día que enterramos las armas

Cuatro años peleando, sí señor; cuatro años echándonos candela con los patones. Si no fuera por los muertos, y por la muerte, que de tiempo en tiempo pasaba rozándonos el ala del sombrero, diría que tuvimos la gran fiesta. Acostúmbrense a la idea, decía a mis chusmeros : se van a morir, están muertos, cosa de no extrañarse cuando los tiemplen de un balazo. Al principio éramos pocos y andábamos descalzos, mal armados con revólveres y escopetas, escurriéndonos por caminos de duendes, lejos de los trapiches y pasos reales donde estaba la tropa. Guindábamos los chinchorros en los varales de los ranchos abandonados y para no ser delatados por ningún ruido teníamos que descabezar gallos y ahorcar los perros del monte. Después se animó el baile. El gobierno envió más tropa, la tropa llegó quemando ranchos y a la vuelta de un año largo no éramos docenas sino miles. Todo el llano, de Arauca a San Martín, estaba hirviendo de chusmeros. No daban a basto los patones, ni aviones ni bombas les valían.

¡ Qué años ! Todavía me acuerdo de aquellas madrugadas de la guerrilla, del café cerrero y la brisa soplando en los pajonales cuando se apagaban las últimas estrellas. Me acuerdo de las fogatas, las conversaciones en la noche de chinchorro a chinchorro. Cuando más duro era el acoso, más hermanos, más camaritas nos sentíamos. No sé por qué empezamos a llamarnos así, camaritas. Adiós camarita, qué hubo camarita... con eso nos decíamos todo. ¡ Qué época ! Pensar que tuvimos la revolución a tiro de soga. Pensar que nos la cambiaron por un cuartelazo, pobre chusma.

Me acuerdo, como si fuera ayer, del día que enterramos las armas. La víspera, en vez de bombas, los aviones militares habían largado sobre el campamento paquetes de diarios y un diluvio de hojas volantes. Los periódicos hablaban del fin de la dictadura, de la paz, de la amnistía, de la entrega pacífica de las guerrillas en todo el llano. Y no era mentira, allí estaban las fotos de Guadalupe, de Aluma, los Galindo y el negro Miguel Suárez al frente de sus columnas de chusmeros bien formadas, entregándole sus armas al Ejército. Paz. Amnistía. Dos palabritas y todos se habían ido de jeta. ¡ Y nosotros qué podíamos hacer ! Eramos el comando guerrillero que más cerca operaba de la frontera, el más remoto, el último. Por un momento creímos posible continuar la lucha. Pero que va, nos habrían aplastado. Lo vimos claro cuando llegaron los estafetas contando que en los pueblos había ambiente de fiesta, por todos lados banderas y el himno nacional, y la gente, nuestra gente, cambiando sus armas por bultos de sal y panela ; a veces por menos : por un discurso y un ramito de flores que les entregaban las niñas de la escuela. Así que nosotros decidimos acabar la fiesta de otra manera. Decidimos enterrar las armas y dispersarnos para siempre.

Me acuerdo que madrugamos a recoger chinchorros y a guardar trastos. Antes de ensillar las bestias, di orden de tumbar las horquetas de los fogones y echar tierra sobre las cenizas para que no quedaran ni rastros del campamento. Cuando llegó el momento de dispersarnos, llamé a mis hombres. Les veía callados, cerreros. Llevábamos tanto tiempo en el mismo paseo... Muchos habían llegado al llano desde el principio, cuatro años antes, sin más idea que salvar el pellejo, con hambre, miedo, llenos de piojos. Para vivir habían tenido que ponerse inteligentes, señor : el que no, se moría. Habían aprendido a moverse en manada por toda la llanura. Habían aprendido a estar un día aquí y otro allá, a escurrirse por el monte igual que los indios y armar trampas para cazar a los patones como venados. Y ahora les salía yo con el cuento triste, se acabó la fiesta, dejen las armas y vuélvase cada cual por su lado sin más compañía que su caballo y una muda de ropa. Razón tenían de andar retrecheros. Para que no perdieran tan pronto la costumbre, resolví darles de adiós mis últimas órdenes.

—Quítense de encima toda prenda militar—les dije—Nada de cascos, chacós o pañuelitos rojos al cuello. Nada de disfraces.

Poca gracia les hizo que ordenara a Puntería, mi segundo, recoger las armas. Se miraban inquietos. Alguien, hablando por todos, se atrevió a preguntarme qué pensaba hacer con los fierros. Ahí mismo sentí que habían tenido atorada la pregunta, se les salía por los ojos.

—Enterrarlas—les dije.

—¿ Dónde ?—me preguntaron.

—En sitio seguro. Digamos que es secreto militar.

—Será la guaca de la chusma—dijo Puntería sin dejar de recoger los fusiles para colocarlos sobre un trozo de tela encerada. Pero nadie se rió. Seguían mirándose, cada uno atisbando sus propias dudas en la cara del otro.

—Así es, la guaca de la chusma—les dije—Y no pasará mucho tiempo antes de que los fierros vuelvan a sus manos. Lo de ahora no es sino un respiro.

—Pero el llano es grande, Coronel—me dijo alguno.

—Por grande que sea, no hay tiro en el Arauca que no se escuche en San Martín. Para encontrarnos será pequeño.

Me acuerdo que hubo un silencio, y que mientras ese silencio duró, escuchamos en alguna parte, cerca del río, un clamor de guacharacas.

—Nos vamos—les anuncié para terminar de una vez aquel coloquio—. A la guerrillera, sin despedidas.

Se fueron desgranando del círculo para echarse al hombro las capoteras, de mala gana y despacio, como si les doliera. Y así terminó todo.

Puntería me ayudó a llevar las armas a la orilla del río. Puntería era un chusmero de los buenos : pequeño y taimado como un gato y también con algo de gato en los ojos amarillos, que apenas se le veían bajo el sombrero de fieltro. Era el último, y el único que quedaba vivo, de cuatro hermanos que bajaron de la cordillera al llano cuando la policía llegó al norte de Boyacá arrasando pueblos liberales.

—La verdad es que nadie quiere regresar a los hatos y a los pueblos para tascar otra vez el freno —me decía—Se dispersan pero no saben adónde. Ahora que la guerra había terminado, a Puntería lo atraía la manigua, quería irse al Vichada. Tampoco yo sabía exactamente donde iría a colgar mi chinchorro.

—Quizás me vaya a Venezuela—le dije—Venezuela está ahí mismo, a la otra orilla del río.

El bote estaba listo, con su motor fuera de borda instalado y la proa encallada en el playón. Manolo Sandoval nos estaba aguardando con una caneca, tres palas y un talego de cal. Todo estaba dispuesto para el entierro. Cuando trajimos el resto de las armas, contamos diez fusiles, un F.A. y una ametralladora Thompson, que colocamos en el fondo del bote, envueltos en tela encerada.

Río abajo encontramos un lugar que nos pareció bueno. Podría reconocerlo todavía por el enorme higuerón que se levanta en un promontorio, sobre la hojarasca de la ribera. Frente al higuerón en la orilla opuesta, hay un barranco amarillo. Examiné con cuidado los rastrojos. Luego, para llegar al pie del árbol, tuvimos que abrir trocha. Puntería, poniéndose en cuclillas, tomó un terrón y lo observó. Nos dijo que era tierra seca y a buen nivel ; no había peligro de inundaciones. Manolo se había quedado escuchando el grito de los guacamayos en el monte. « *Es un lugar de brujos* », dijo.

Cavamos a cinco pasos del higuerón para que el hoyo no estuviera al alcance de sus raíces. Trabajamos por espacio de una hora. Primero limpiamos el terreno con un machete ; luego nos pusimos a cavar como sepultureros, hundiendo las palas con el apoyo de las botas porque la tierra parecía endurecida por el verano, hasta cuando el hoyo tuvo una profundidad de metro y medio. Entonces colocamos dentro la caneca, que había sido curada con pendare. Vertimos en ella la cal y en seguida depositamos las armas. Finalmente cerramos la caneca con cuidado y la cubrimos con cuarenta centímetros de tierra bien apisonada.

Cuando terminamos, más de dos palmos de sol habían salido fuera de la sabana. Recuerdo que Manolo, secándose el sudor del pecho con su propia camisa que había guindado de la rama de un árbol, me dijo : « *Coronel, es el momento de rezar un Padrenuestro por esta revolución que se le acaba de morir.* » Manolo siempre andaba con burlas. Era un niño bien, un hijo de familia, que resultó sumándose a la guerrilla por travesura cuando ocupamos el hato de la vieja Victoria Amaya, su tía. Se había peleado con la novia, creo. Escribía versos... La guerrilla fue para él una gran juerga. Y por seguir la juerga, se fue conmigo a Venezuela.

Navegamos todo el día. Me parece estar viendo todavía los barrancos de la ribera y el resplandor del sol en el agua del río. Era tiempo de verano. Los pastos de la sabana estaban amarillos. A veces cruzábamos falcas que remontaban el Meta con su acostumbrada carga de sal y tambores de gasolina. Los marineros nos saludaban al pasar. Acabé durmiéndome, amodorrado por el ruido del motor. Tuve un sueño raro, recuerdo. Soñé que a mis hombres los había capturado el Ejército, que iban en una falca con los brazos atados a la espalda y que al pasar cerca del bote se quejaban diciéndome : « *Coronel, nos dan pocillos de tinto, luego nos rompen los huesos.* »

Cuando desperté, las riberas se habían alejado. El sol, del lado de Colombia, estaba rojo ; parecía un incendio. Del lado de Venezuela había unos inmensos peñascos encendidos como brasas. La corriente se estrellaba contra ellos levantando olas. Soplaba un viento muy fuerte. Por el olor comprendí que habíamos llegado al Orinoco. Me le confirmó Puntería a gritos, sentado junto a la caña del motor. Manolo, despabilándose, señaló una bandada de loros que volaba hacia la orilla colombiana.

—Despídase de sus paisanos—me dijo.

Al fin divisamos las luces de las plantas eléctricas

de Puerto Paez, en la orilla venezolana, brillando entre rocas y techos de zinc. Era el pueblo más grande que había visto desde que había empezado la guerra. Pensé que por primera vez en mucho tiempo podría tomar un baño caliente, comer tres veces al día. ¡ Caramba, y beberme un vaso de agua helada ! Cosas así se le ocurren a uno cuando llega del monte después de tanto tiempo.

Atracamos en un banco de arena, a cien metros de las primeras casas.

Puntería no quiso quedarse con nosotros en Venezuela. Nos dejó en el playón y se fue navegando hacia la otra orilla. Todavía veo su camisa blanca y su sombrero de fieltro alejándose en la oscuridad del río. Nunca llegó al Vichada, creo. Lo mataron en una cantina de Villavicencio. De un tiro. Como a Guadalupe y al Negro Suárez. A todos fue cobrándoles el Ejército su cuenta, uno por uno. Es tan fácil quebrar una ramita suelta... Los que se dieron cuenta del engaño y se volvieron al monte, tuvieron que quedarse para siempre con el rótulo de bandoleros. Y con ese rótulo de epitafio, se murieron también. Pero esa es otra historia.

Yo me quedé en Venezuela. Manolo, que no era hombre de exilios, volvió a su casa. Cogió el paso a la muerte de su padre. Hoy es un ganadero rico, gordo, con un hijo estudiando en la Naval : ni sombra del chusmero que fue. Y a mí, bueno... a mí se me fueron los años sin saber a qué horas. Hice de todo, trabajé en Caracas, en Puerto Cabello, hasta busqué diamantes en Guayana.

A veces, detrás de un mostrador, en una bomba de gasolina o manejando un camión, encuentro a un chusmero de los antiguos, de los míos. Nos bebemos una cerveza conversando de la revolución y brindamos por la otra, por la que ha de venir. Pero ¡ que va ! Ahora que hay tanto muchacho hablando de Fidel y del Che y con ganas de meterse al monte, comprendo que es tarde para nosotros. Nada que hacer, el tren nos dejó. Está pitando lejos. Vea, el pelo se me ha puesto gris, la barriga me abulta. El mes pasado tuve que comprar lentes para leer el periódico. Y aquí estoy, en este pueblo, vendiendo licores como cualquier bodeguero. Por las noches, cuando hace mucho calor y es difícil dormir en el cuarto, saco un taburete a la calle. Pienso muchas cosas. Caramba, me pregunto a veces, ¿ qué pasó con usted Emilio Santos ? ¿ A qué horas se le fueron los años en tropel ?

De la guerra sólo me queda vivo, bien vivo, el recuerdo del día que enterramos las armas. Y lo peor es que las armas están ahí, aguardándonos. Al pie del higuerón. Quisiera encontrar a los muchachos que han sido picados hoy por el mismo avispón que me picó a mí. Quisiera llevarlos allá lejos, al río Meta, donde hace tantos años dejamos enterrada la guaca. Diez fusiles, un F.A., una ametralladora Thompson sirven de mucho para empezar. Quisiera decirles : « *ahí tienen, síganla, muchachos, síganla, que ahora la fiesta es de ustedes* ».

Nélida Piñón

Oriente Próximo

(Texto en portugués)

Os quatro turquinhos chegaram. Não apreciavam cebola. Como que adivinhando, nada lhes ofertei. Talvez por esta razão me olhassem com serventia. A gratidão dos turquinhos representava um pedaço de terra arada. Eles sempre amaram o solo. Disseram uma vez e eu aceitei :

—De onde viemos além das cabras as grandes oliveiras.

Imaginei-os sob as árvores crescidas, buscando sombra, embora a pele queimada. Jamais os conheci separados. Ainda que desconhecesse os motivos de sangue ou língua que os haviam unido. Também pensei bobagem saber, o que me adianta. O português falavam bem. Especialmente o francês. E não por terem vivido em escravidão que o aprenderam. Mais por afinidade o olhar dêles dizia. Compravam revistas e liam. Só no final reverenciavam-me :

—A cada dia conhecemos o mundo melhor.

Nem a estas palavras eu assinalava no rosto o destino de querê-los. Temia que considerassem frívola uma reação e cuidava em não feri-los. Eles os amigos mais queridos. Os primeiros turquinhos em minha vida. No início a amizade foi difícil. Um amigo conquista-se sempre com luta. Quatro turquinhos especialmente. Eu disse para que outros testemunhassem :

—Amizade assim eu não preciso. Amigo deve surgir igual planta, a gente sabe que foi difícil crescer, mas a gente não viu. Só colhe e aprecia, leva para casa se quiser, pondo no vaso.

Mas, êles insistiram. Jamais lhes perguntei : por que, meus amigos. Talvez respondessem desde quando somos seu amigos, turquinhos se agregam de forma diferente, não é como pensa, o que você interpreta como amizade é espinho da vida. A primeira manifestação veio sob forma de uma cesta, com queijos e figos frescos. Em tamanha abundância que penei no sacrifício de consumir aquela ração. Metade coloquei na geladeira. E vivendo sòzinha a solução seria convidá-los e outros amigos. Para minha surprêsa, vestiam roupas de cerimônia. Temi ofendê-los com minha simplicidade. Afinal eu os convidara para queijos e figos frescos e a modéstia da minha casa. Apresentei-os aos que já se alimentavam e um dos turquinhos disse como se falasse por todos :

—Nossa alegria compara-se à frescura dos figos e a retidão dos queijos brancos.

Por sorte eu prevenira aos amigos sôbre o estranho comportamento que adotariam sem aviso. Vinham de terras longínquas, de hábitos peculiares, que devíamos respeitar, antes de julgá-los engraçados. De modo que, às suas palavras, meus amigos levantaram-se e abraçaram-se efusivos. Nunca eu os vira tão próximos do jardim de Getsemani, o que me obrigou a pensar : sou uma mulher orgulhosa.

Dedicamo-nos ao triunfo, naquela noite. Os homens olhando as mulheres como se lhes tributassem a graça de amá-las porque Deus as fizera diferentes dêles, e não as amariam menos se Deus as tivesse feito em tudo à sua semelhança de homem. Não se reparou no sexo alheio, isenção que se devia ùnicamente à presença dos turquinhos. Em geral éramos previdentes.

Meses depois disseram-me que tinham casa a que eu seria convidada brevemente. Enfrentei a situação cuidando para não errar. A êles eu devia cautelas. Suspeita que os lisonjeava, aliás. Compungida, afirmei-lhes, em estado de luto :

—Quando chegar a primavera, irei visitá-los. Os quatro me beijaram e eu consenti. Beijo delicado, pele lisa êles tinham, imaginei o resto do corpo dominando-me. Preparei-me para a visita, logo que insinuassem o convite, particular e raro. Aquela raça eu compreendia. Confiava nas suas dificuldades, atraentes como as imagens deformadas pelo véu. E o quê faria com quatro turquinhos simples, cheirando a leite, mas sem o vício da cabra, apreciando o azeite, mas sem a pele da azeitona.

Um dia encontrei-os no jardim público. Comemoravam a data nacional da sua aldeia comendo sanduíches como se estivessem no campo. Levantei-me para brindar semelhante festa, mas com um simples gesto o mais velho assegurou-me com uma tristeza que ameaçava nossa amizade :

—Ainda não, só quando formos uma terra livre.

Em casa procurei localizar no mapa aquela estranha nostalgia. Em algum ponto daquele roteiro infindável eu precisava encontrar a terra dos turquinhos, a referência indispensável. De que outro modo participaria da tristeza que comemoravam comendo sanduíches no parque, os quatro sempre unidos, senão dizendo-lhes de surprêsa, um dia irei visitar sua terra, também lutarei por sua liberdade, ou não basta a minha vida ? Mas não dispondo de informações, pensei, não tem importância, seus inimigos hão de perecer.

Após aquêle encontro, não os vi por muito tempo. Temi uma ofensa inadvertida, êste meu jeito de abraçar com fôrça quando devia esticar a mão e cumprimentar. Ainda busquei os caminhos que normalmente transitavam, sem ter a quem apelar. Nunca tivemos amigos comuns. Os participantes

do banquete dos queijos e figos, êles excluiram nos dias subsequentes. E de forma tão delicada que não pude repreendê-los, ou apreciá-los menos. O mais jovem com a minha mão na sua dissera :
—Bendita a mão que seleciona amigos e divide você.
Eles me exigiam exclusiva, compreendi, como era de hábito em sua terra. Mesmo não sendo mulher dêles, devia comportar-me como se o fôsse. Mas não tendo aparecido, imaginei-os desembarcados na pátria, combatendo os inimigos nas montanhas, talvez morrendo pela liberdade exaltada naquele dia em que os encontrei supostamente apaixonados, embora a melancolia que se notava após prolongada apuração. E quando comecei a ler jornais reverenciando os guerreiros sacrificados, êles me apareceram de luto, todos os quatro. Sem dizer palavra sentaram-se nos lugares que sempre selecionaram. Nunca se enganaram de cadeira, eu os observava com o intuito de classificar aquela segurança. As vêzes, trocava os assentos para que se confundissem. Ainda assim, eram fiéis. Cumpriam minha vontade, porque sempre desejei que acertassem, a tal ponto atraíam-me aquêles turquinhos de uma aldeia escrava. Lamentei a ausência prolongada, a razão de não procurá-los êles conheciam bem, e aguardei que me liberassem para o consôlo, quando eu lhes diria que também eu seguira em prantos um corpo amado. Mantivemo-nos em silêncio até que me entregaram uma tarjeta e despediram-se. Nem um nome ou outra palavra que não fôsse um enderêço que supus da casa em que moravam. O que me fêz compreender de repente, como se a claridade, que aquela raça sempre apreciou a ponto de perder-se em investigações que buscavam o firmamento, tivesse afinal me iluminado — que chegara a hora da visita.
Uma vila com casas de côres diversas. A dêles ocupava o final do corredor. As janelas de azul. Beijaram-me nos olhos bendizendo a visão que os apreciaria em sua morada. A saliva delicada de cada criatura no rosto, com esta matéria analisei a casa abrindo-se para me receber. Eu aprendia a paixão da hospitalidade, com aquêles turquinhos, e um sentimento atravessando fronteiras, em que eu confiava. Os irmãos das terras escravas valorizam mais do que nós as suas possessões, daí sua dádiva e altivez. Comemos o repasto que êles decidiram e muitas vêzes desejei indagar se algum daqueles alimentos provinha da terra natal. Evitei a pergunta, para que não pensassem que me desagradara a seleção dos pratos, ou reclamava o alimento estrangeiro, ou talvez exigisse muito mais, não me bastara a abundância. Também eu aprendia a circular em labirintos, como êles gostavavam e eram felizes. A única escuridão da vida a terra subjugada. Fui sem querer fechando os olhos, incapaz de dizer-lhes que devia deixar a casa. Minha partida causando alegria e tristeza alternadas, enfim como analisar o sentimento dos meus turquinhos ?
Sem consultar ninguém, agia como os outros agiriam se lhes coubesse a tarefa que aquêle propôs a realizar, um dêles levantou-se e disse :
—Certas flôres sofrem a noite mais do que as outras.
Puseram-me na cama do quarto maior. Em tôrno zelaram meu sono, os quatro turquinhos, o que só descobri na manhã seguinte, com o café na mesa. Sem agradecer tanto zêlo. Eles sorriam e eu apreciei o café.
—Acaso eu ronco ? foi a única liberdade de tôda a visita. Abraçando-me disseram, o primeiro seguido pelos outros :
—O que os amigos fazem, nunca chegamos a descobrir.
Eu ardia em decifrar os laços que os uniam. Ou as designações que traziam de batismo. Mas talvez por não se divulgarem sobrenomes em suas terras como entre nós, nunca soube apresentá-los formalmente, ou subscrever seus nomes em carta. Terminei chamando-os em conjunto os quatro turquinhos. Como ficaram conhecidos em nossa cidade. Eles sorriam ante a pausa que eu fazia na expectativa de revelarem o que afinal faltava. Só mais tarde surpreendi o mais velho no mercado. Lidando com frutas com a intensidade que um pagão sabe esgotar. Não era particularmente seu caso : rezava e no rôsto às vêzes uma nitidez de penitência. Pensei resoluta : hoje preciso conhecê-los. Ele disse :
—Eu já não podia viver sem você.
Falou sério e a contribuição da amizade me enalteceu. Enquanto eu olhava, êle indicando as frutas :
—Cuido de tôdas, cada qual de uma raça trazendo orgulho na casca. As vêzes, apodrecem em horas. Já pensou o que é lidar com coisa tão delicada ?
Descascou a laranja dividindo os gomos entre nós dois :
—Agora estamos unidos para sempre.
Parecia casamento oriental. Bebia-se o vinho, a taça quebrava-se em seguida. Ele, porém, unia particular. Os outros chegaram e o imitaram. Senti-me unida a todos, pelo casamento, como êles

confiavam nas relações. Passeamos pela praia, arriscamos urgentes a vida e nos queríamos. Naquela noite sem remorsos eu podia dizer : não é segurança que eu buscava ?

Por algum tempo esqueci de vê-los. Mas como a laranja nos unira, não tínhamos pressa de renovar a estima. Semanas depois, comecei a temer, e não ousava vê-los em casa, a hospitalidade daquela visita não podia ser explorada continuamente. O mercado pareceu-me o lugar para o nosso encontro. Pus o vestido de laise, branco e impecável, e nem verão era ainda. Eu confiava nos cabelos negros, nos olhos escuros daquela gente. Que me julgaria, de mais ninguém eu precisava. Surpreendi-me com a loja fechada, o povo abastecendo-se. Percorri o mercado querendo saber sòzinha, não desejando inquirir os vizinhos sôbre os acontecimentos. Na manhã seguinte também, e já não suportava o vestido de laise. E durante dias prestei-lhes a mesma homenagem. Sentia-me lidando com mortos, e não morreram acaso sempre que não me viam ?

A visita do homem de prêto não me assustou como eu pensava. Disse-lhe :—O que deseja. Ele respondeu :—Também sou da mesma raça. Entre tantas raças do mundo imaginei a qual delas precisamente referia-se. Como que adivinhando, êle explicou :

—Agora que já sabe, aqui está a carta que a senhora esperava.

Embora o espetáculo fluísse livre, ainda quis rebelar-me rejeitando a mensagem, afastando a certeza da visita do homem. Obrigada então, respondi-lhe. Ele falou :

—Acaso preciso ficar para que a leiamos juntos ?

Não sabia se apreciava a rudeza do que dizia, ou a estranha doçura que sùbitamente invadiu seu rosto, os avisos do mundo estampados na sua pele que eu adivinhei igual à dos meus amigos. Dentro do ritual que afinal eu assimilei, tomei dois copos e bebemos a água fresca de um só golpe. Ele julgou-se pronto para partir, antes sério beijou meu rosto dizendo e eu consenti também :

—Há muito eu não me comovia vendo um navio partir !

A dor ficou funda no meu rosto suponho agora que êle se foi. Quis ainda socorrer-me. Ele que mergulhou a adaga no peito. Guardei a carta na gaveta sem lê-la. Até hoje ainda ali encontra-se. Conheço suas palavras. Um dia a lerei sem chôros.

Poesía

Antología peruana :
3 + 3

Martín Adán
Aloysius Acker (fragmento)
Quarta Ripresa

Emilio Adolfo Wesphalen
He dejado
Te he seguido

Jorge Eduardo Eielson
Primera muerte de María
Nocturno terrenal

Antonio Cisneros
El arco íris
Poema sobre Jonás y
los desalienados
La araña cuelga demasiado
lejos de la tierra,

Mirko Lauer
Sextina ayacuchana

Rodolfo Hinostroza
Contra natura

Esta antología, como era de esperarse, es absolutamente arbitraria. Por otra parte, excluye desconsideradamente a numerosos poetas representativos y a algunos inevitables. Se refiere únicamente a dos momentos de la poesía peruana : la década del 40 y la década del 60, es decir, antes y después del pasaje de la desafortunada ola de social-realismo que anegó el continente. Y naturalmente se apoya en una elección puramente hedonista de los poemas y los poetas, de los que no he tenido el mal gusto de excluirme.

Los tres primeros poetas considerados han ejercido, paradójicamente, una influencia más secreta, aunque menos negativa que Vallejo—no es que Vallejo no fuera Vallejo, sino que sus seguidores eran sus seguidores— ; los tres siguientes poetas lo confirman, aunque la relación entre estos dos grupos no parezca demasiado evidente.

Constatamos, con un vago estupor, que una buena parte de la joven poesía se ha saltado la influencia de toda una generación, para buscar su filiación en una generación precedente, casi olvidada. Pese a todas las diferencias de estilo, tema, etc., el rigor formal, el cosmopolitismo de esta poesía, la aleja de la desaforada, penosa, estética stalinista.

De cualquier modo, hay algunas exclusiones que lamento, provocadas por falta de espacio, textos inhallables, manía simétrica.

Rodolfo Hinostroza.

Martín Adán (1908)

Aloyslus Acker (fragmento)

¡ Muerto !...
En cuanto miro, no veo
Sino tu nariz de hielo.

¡ Qué estado perfecto !...
¡ Como si Dios creara de cierto !...
¡ El no nacido, el no engendrado, muerto !

Flores, lágrimas, candelas,
Pensamientos,
Todo demás, todo demás ;
Como al deseo...

En mi ardida sombra de adentro,
Real como Dios, por modo infinito
Y sensible, yaces, muerto :
Yazgo, muerto.

Y por ti no llora el perro ;
Y por ti no aúlla la madre ;
Y por ti calla y no se enjuga el sepulturero.
Y ninguno es más sordo,
Y ninguno es más ciego,
Y ninguno es más ninguno, más yo mismo, sin tú alguno,
Que tú, el hallado, el rehallado,
El perdido, yo o tú, si no es el tiempo,
Y siempre, y siempre, y nunca
El tú que soy y que es el sino,
El hermano mayor, el hermano pequeño...

Y he de ser el vivo,
El Muerto.
Cómo seré vivo,
¡ Tú muerto !...

El que compra la casa,
La que vende su cuerpo,
El, ella, es el otro,
Ninguno sin mí, el quedado
O el ido en la redor del ciego....

Pero ya cavaré—para qué...—la fosa en lo más hondo
De mí, en lo más tierno,
En lo más ciego,
Adonde no baje mi aliento,
Adonde la voz no haga eco,
Adonde sólo yo
Baje, muerto.

Dios seguirá ganándome de lejos,
Con ardid y con ceño
De humano, como que es; y el acontecimiento
Seguirá con dolor; y de misterio;
Y nacerá el hijo;
Y nacerá el nieto;
Y la mosca zumbará en el verano;
Y la lluvia mojará en el invierno.
Me sobresaltaré en mi lecho.
Corregiré y publicaré mi verso.
Lavaré mi cuerpo.
Iré el domingo a la playa del mar,
A mirar la ola y el bufeo.
Escribiré en papel del Estado
Lustros: «Conste por el presente documento...»
La rosa abrirá. Matarán el cristo.
Mas en la casa del muerto,
¡Ay!, en la casa del muerto,
Allí donde vive el muerto,
Allí donde no es ninguno y soy el muerto
Y es el vivo y el solo y el triste y el eterno,
Allí sólo ocurren
La penumbra y el presentimiento
De Dios y de su día,
Sin noche y sin objeto.

Quarta Ripresa

—La que nace, es la rosa inesperada;
La que muere, es la rosa consentida;
Sólo al no parecer pasa la vida,
Porque viento letal es la mirada.

—¡Cuánta segura rosa no es en nada!...
¡Si no es sino la rosa presentida!...
Si Dios sopla a la rosa y a la vida
Por el ojo del ciego... ¡rosa amada!...

—Triste y tierna, la rosa verdadera
Es el triste y el tierno sin figura,
Ninguna imagen a la luz primera.

—Deseándola deshójase el deseo...
Y quien la viere olvida, y ella dura...
¡Ay, que es así la Rosa, y no la veo!...

Emilio Adolfo Westphalen (1911)

B.D.I.C

He dejado

HE DEJADO descansar tristemente mi cabeza
En esta sombra que cae del ruido de tus pasos
Vuelta a la otra margen
Grandiosa como la noche para negarte
He dejado mis albas y los árboles arraigados en mi garganta
He dejado hasta la estrella que corría entre mis huesos
He abandonado mi cuerpo
Como el naufragio abandona las barcas
O como la memoria al bajar las mareas
Algunos ojos extraños sobre las playas
He abandonado mi cuerpo
Como un guante para dejar la mano libre
Si hay que estrechar la gozoza pulpa de una estrella
No me oyes más leve que las hojas
Porque me he librado de todas las ramas
Y ni el aire me encadena
Ni las aguas pueden contra mi sino
No me oyes venir más fuerte que la noche
Y las puertas que no resisten a mi soplo
Y las ciudades que callan para que no las aperciba
Y el bosque que se abre como una mañana
Que quiere estrechar el mundo entre sus brazos
Bella ave que has de caer en el paraíso
Ya los telones han caído sobre tu huida
Ya mis brazos han cerrado las murallas
Y las ramas inclinado para impedirte el paso
Corza frágil teme la tierra
Teme el ruido de tus pasos sobre mi pecho
Ya los cercos están enlazados
Ya tu frente ha de caer bajo el peso de mi ansia.
Ya tus ojos han de cerrarse sobre los míos
Y tu dulzura brotarte como cuernos nuevos
Y tu bondad extenderse como la sombra que me rodea
Mi cabeza he dejado rodar
Mi corazón he dejado caer
Ya nada me queda para estar más seguro de alcanzarte
Porque llevas prisa y tiemblas como la noche
La otra margen acaso no he de alcanzar
Ya que no tengo manos que se cojan
De lo que está acordado para el perecimiento
Ni pies que pesen sobre tanto olvido
De huesos muertos y flores muertas
La otra margen acaso no he de alcanzar
Si ya hemos leído la última hoja
Y la música ha empezado a trenzar la luz en que has de caer
Y los ríos te cierran el camino
Y las flores te llaman con mi voz
Rosa grande ya es hora de detenerte

El estío suena como un deshielo por los corazones
Y las alboradas tiemblan como los árboles al despertarse
Las salidas están guardadas
Rosa grande ¿ no has de caer ?

Te he seguido

TE HE SEGUIDO como nos persiguen los días
Con la seguridad de irlos dejando en el camino
De algún día repartir sus ramas
Por una mañana soleada de poros abiertos
Columpiándose de cuerpo a cuerpo
Te he seguido como a veces perdemos los pies
Para que una nueva aurora encienda nuestros labios
Y ya nada puede negarse
Y ya todo sea un mundo pequeño rodando las escalinatas
Y ya todo sea una flor doblándose sobre la sangre
Y los remos hundiéndose más en las auras
Para detener el día y no dejarle pasar
Te he seguido como se olvidan los años
Cuando la orilla cambia de parecer a cada golpe de viento
Y el mar sube más alto que el horizonte
Para no dejarme pasar
Te he seguido escondiéndome tras los bosques y las ciudades
Llevando el corazón secreto y el talismán seguro
Marchando sobre cada noche con renacidas ramas
Ofreciéndome a cada ráfaga como la flor se tiende en la onda
O las cabelleras ablandan sus mareas
Perdiendo mis pestañas en el sigilo de las alboradas
Al levantarse los vientos y doblegar los árboles y las torres
Cayéndome de rumor en rumor
Como el día soporta nuestros pasos
Para después levantarme con el báculo del pastor
Y seguir las riadas que separan siempre
La vid que ya va a caer sobre nuestros hombros
Y la llevan cual un junco arrastrado por la corriente
Te he seguido por una sucesión de ocasos
Puestos en el muestrario de las tiendas
Te he seguido ablandándome de muerte
Para que no oyeras mis pasos
Te he seguido borrándome la mirada
Y callándome como el río al acercarse al abrazo
O la luna poniendo sus pies donde no hay respuesta
Y me he callado como si las palabras no me fueran a llenar la vida
Y ya no me quedara más que ofrecerte
Me he callado porque el silencio pone más cerca los labios
Porque sólo el silencio sabe darse a la muerte sin reservas
Y así te sigo porque sé que más allá no has de pasar
Y en la esfera enrarecida caen los cuerpos por igual
Porque en mí la misma fe has de encontrar

Que hace a la noche seguir sin descanso al día
Ya que alguna vez le ha de coger y no le dejará de los dientes
Ya que alguna vez le ha de estrechar
Como la muerte estrecha a la vida
Te sigo como los fantasmas dejan de serlo
Con el descanso de verte torre de arena
Sensible al menor soplo u oscilación de los planetas
Pero siempre de pie y nunca más lejos
Que al otro lado de la mano

Jorge Eduardo Eielson (1921)

Primera muerte de María

A pesar de sus cabellos opacos, de su misteriosa delgadez,
de su tristeza áurea y definitiva como la mía,
yo adoraba a mi esposa,
alta y silenciosa como una columna de humo.

Cuando la conocí, María vivía en un barrio pobre, cubierto de deslumbrantes y altísimos planetas, atravesada de silbidos, de extrañas pestilencias y de perros hambrientos. Humedecido por las lágrimas de María, todo el barrio se hundía irremediablemente en un rocío incontenible.

María besaba los muros de las callejuelas y toda la ciudad temblaba de un violento amor a Dios.
María era fea ; su saliva, sagrada.

Las gentes, sin confesarlo, esperaban ansiosas el día en que María, provista de dos alas blancas o montada en un animal divino, abandonara la tierra sonriendo por primera vez a los transeúntes.

Pero los zapatos rotos de María, como dos clavos milenarios, continuaban fijos a la tierra.
Durante la espera, la muchedumbre impaciente escupía la casa, la pobreza y la melancolía de María.

Una noche María fue embestida por un ciego, como por un árbol lleno de flores, María tomó una flor y de su perfume vivió varios años.

Con tal perfume, una botella de leche y un perro macilento—Isaías—María alimentaba su corazón y su cuerpo y vivía apartada en una cabaña de madera.

Hasta que aparecí yo como un caballo sediento y me apoderé de sus senos. La virgen espantada derramó su leche y un río de perlas sucedió a su tristeza.

Perseguida por mil velos pálidos, como un nupcial cometa, su rostro inocente aparecía y desaparecía entre un bosquecillo de naranjos en flor.

Sin que ella lo supiera, durante un minuto fulgurante, la virgen acababa de estrenar su incorruptible, mortal belleza : María se convirtió en mi esposa.

Pero su felicidad duró tan poco como su belleza.
Todas las noches yo rompía una botella de leche en mi habitación mientras María lloraba su inocencia perdida.
Poco a poco conseguí alejar de su memoria el inefable perfume del ciego y asesiné a Isaías de un golpe en el estómago.
Unos días más tarde, María caía a tierra envuelta en una llamarada :

Esposo mío—me dijo—un hijo de tu cuerpo devora mi cuerpo. Te ruego, señor mío : devuélveme mi perfume, mi botella de leche, mi perro miserable.

¡ Pobre esposa mía, su cuerpo sediento se debatía entre la llamas, asfixiado por el peso viviente de mi amor !

El instante de belleza perduraba en ella convertido en sangre, en tejidos, en una carne viva y dolorosa como la mía y como la suya.

Yo le acerqué su botella de leche y le hice beber unos cuantos sorbos redentores. Abrí las ventanas y le devolví su perfume adorado. Casi simultáneamente Isaías saltó a sus brazos, hambriento como siempre, moviéndole la cola, oliendo como la infancia, como la soledad, como la virgen que sólo él había venerado.

Luego una criatura de mirada purísima abrió sus ojos ante mí, mientras María cerraba los suyos, cegados por un planeta de oro : la felicidad.

Yo abracé a mi hijo llorando y caí de rodillas ante el cuerpo santo de mi esposa : devorado por un fuego imposible, apenas quedaba de él un hato de cabellos negros, una mirada, una mano fría sobre la cabeza caliente de mi hijo.
María, María—grité—nada de esto es verdad, regresa a tu barrio pobre, a tu melancolía, vuelve a tu cabaña, amor mío, a tus callejuelas oscuras, a tu incomprensible llanto de todos los días !

Pero María no respondía.
Isaías temblaba solitario en una esquina, como en el extremo de un cono de luz divina.
Toda la ciudad, en el otro extremo, me reclamaba a mi hijo, repentinamente henchida de amor a María.

Yo confié mi hijo al abrigo y la protección de algunos bueyes, cuyo aliento cálido me recordaba el cuerpo tibio y la impenetrable pureza de María.

Nocturno terrenal

« Te he buscado, Tesoro,
he cavado en las noches profundas. »
Rainer María Rilke.

Amo cierta sombra y cierta luz que muy juntas, creo yo, azulan
las casas profundas de los muertos, amo la llama
y el cabo de la sangre, porque juntas son el mundo
y hacen de mí un muro que separa la noche del día.

He visto los rojos campos labrados por el cielo azul,
la antigua naturaleza desflecada y húmeda
de vino, de rocío, mortalmente hecha con racimos
de amor, tal un lecho donde ardiera lo deseado,
pero debajo de todo, siempre despierta, un agua pura
pensando por nosotros contra un árbol de dolor.

Y las cosas cuya última luciérnaga ha volado
con nuestro último sueño, que tienen todavía, como un templo
majestuoso, el gran consuelo de su polvo donde nada
ni nadie ha osado penetrar sino los muertos.

Amo todavía aquello que habla lejos, como los astros
de terciopelo, al oído del viento, aún las rosas y la luz
y todo lo que igual a una plaga, inextinguible pero real
transcurre entre los hombres y agita su plumaje.

Antonio Cisneros (1942)

El arco iris

« Y cuelga en el Atlántico del Norte, alto y brillante sobre el revuelto mar.
Alianza concertada a no más de 100 millas, viejo diluvio que nuestra nave ignora.
Delfines y peces voladores y pájaros de algún pelado islote en las oscuras aguas. »
¿ Qué mas he de escribir ?
Son las 5 y 40, puedo probarles mi amor por el A I :
Cuando estaba en el baño vi los siete colores—más o menos— desde un ojo de buey,
y a pesar del gran frío corrí hasta la baranda.
« Alto y hermoso A I, sólido como estas aguas—más negras y revueltas que el pellejo de un oso. »
Y después, en el puente del timonel, miré su largo cuerpo durante media hora.
El frío me pesaba en las orejas.
Qué oferta tan amable :
Un mar de lodo hirviendo, la historia de una alianza entre Yavé y los hombres,
y un Arco de primera calidad.
Mas ya todo está escrito.
El A I conmueve,
el A I entusiasma,
el A I se parece a la amada de frente o de perfil,
el A I nos guarece de las lluvias,
el A I anuncia el Arca de la Alianza
el Armisticio en Viena
la Pipa de la Paz,
muchos vieron su vida en el A I,
el A I hace los días fastos y las noches propicias.
Sólo Buncken
—un holandés del siglo XVII—vió bajar del A I a los fieros arcángeles del Juicio.
Nada puede turbarme.
« Dulce curva el A I entre el
oscuro techo y este mar de petróleo. »
Luz en el Atlántico del Norte a las 5 y 40.
Buena cosa el A.I. Después de todo,
Buncken Hant sólo era un holandés casi ignorado.

Poema sobre Jonás y los desalienados

Si los hombres viven en la barriga de una ballena
sólo pueden sentir frío y hablar
de las manadas periódicas de peces y de murallas
oscuras como una boca abierta y de manadas
periódicas de peces y de murallas
oscuras como una boca abierta y sentir mucho frío.
Pero si los hombres no quieren hablar siempre de lo mismo
tratarán de construir un periscopio para saber
cómo se desordenan las islas y el mar

y las demás ballenas—si es que existe todo eso.
Y el aparato ha de fabricarse con las cosas
que tenemos a la mano y entonces se producen
las molestias, por ejemplo
si a nuestra casa le arrancamos una costilla
perderemos para siempre su amistad
y si el hígado o las barbas es capaz de matarnos.
Y estoy por creer que vivo en la barriga de alguna ballena
con mi mujer y Diego y todos mis abuelos.

La araña cuelga demasiado lejos de la tierra

La araña cuelga demasiado lejos de la tierra,
tiene ocho patas peludas y rápidas como las mías
y tiene mal humor y puede ser grosera como yo
y tiene un sexo y una hembra—o macho, es difícil
saberlo en las arañas—y dos o tres amigos,
desde hace algunos años
almuerza todo lo que se enreda en su tela
y su apetito es casi como el mío, aunque yo pelo
los animales antes de morderlos y soy desordenado,
la araña cuelga demasiado lejos de la tierra
y ha de morir en su redonda casa de saliva,
y yo cuelgo demasiado lejos de la tierra
y eso me preocupa : quisiera caminar alegremente
unos cuantos kilómetros sobre los gordos pastos
antes de que me entierren,
y esa será mi habilidad.

Mirko Lauer (1946)

In caelum et in infernum canis : sextina ayacuchana

Tiempo duro cincel
Tallando su forma entre las lajas :
Un mercader o un soldado son las piedras,
Y los años se anidan en los arcos
Como el ángel se atasca entre las torres
Y el demonio se posa entre las casas.
He despertado,
y todos los perros—mansos y bravos—una larga noche
mordieron y pelearon bajo mi ventana ;
y he sido amenazado con viajes a países lejanos
más allá del regreso y aún más allá
del lugar somnoliento donde aún volvemos la cabeza
he sido cruelmente despertado, he sido herido malamente con palabras
y aun en la vigilia no he podido saberlo :
¿ Era sueño esa pelea, eran de mis sueños
el pulso inquietante de la distancia,
la voz de la incertidumbre, el ángel de la neurosis y la desesperación ?
¿ O aquella gresca era un lío entre los hombres
y yo he perdido medio brazo en el campo de batalla ?
He despertado
y visto rugosos y tensos a los ángeles y a los demonios,
de par en par abiertos cielo y purgatorio,
infierno de par en par con treintaitrés iglesias
limpias y deshabitadas.
Y solitariamente me he acercado a la ventana, medido mis opciones al milagro
pero sólo hay la centella naranja en que vivimos menos de cien años,
los tiernos demonios de la sangre.
(Han bebido demasiado
un vino muerte-en-vida Isolé cosecha 1541,
y han salido a carajearse a las calles con su gorro de felpa,
han perdido las riendas
mientras el sacerdocio está quieto
escuchando el mensaje y tejiendo una manta para las alimañas :
hay un alacrán sobre la piedra, una sirena en el muro,
un santo-en-hornacina :
San Sebastián, San Carlos o San Ignacio de Loyola
y un torbellino de polvo asfixiante sobre la Plaza de Armas).
Tiempos duros, casas
Hechas con golpe, látigo y cincel
Desde el feroz tatuaje de las torres
Sobre el poroso blanco de las lajas
Hasta las dulces curvas de los arcos.
Ya ya ni paz ni calma ni silencio,
Ni descanso son las piedras.
He soñado con una limpia escalera de piedra,
con los molles de Huanta y aún más atrás
el río Mantaro tiene la vida larga y fría como una espada de hielo,
y aún más atrás

había un carnero de tres desordenados cuernos subiendo y bajando
la limpia escalera de piedra ;

yo he visto a los muertos que me hablan y agitan la noche con su griterío
« Hemos construído muros, afilado esferas,
sacado punta a los muros, colgado las esferas,
tomado las piedras y una sobre otra con la clara de unos huevos
pero el mar estaba a muchos días de camino,
y tuvimos que emigrar con el tiempo
o morirnos con él
entre muros oblicuos y grandes esferas de piedra. »
Y yo estoy despierto y he visto a unos perros matarse bajo mi ventana,
he tenido miedo y no he encontrado en mi fuerza el cerrado misterio de la calma,
he cerrado los ojos ;
pero he de saber ciertamente si es sueño, si es imaginación,
o si en efecto algo se ha perdido entre los truhanes de la villa.
Tiempos duros, piedras
Grabadas yacen entre las grandes casas
Mientras el diablo ondula entre los arcos
Como una sierpe. Y a cincel
Han sido aradas estas negras lajas.
Y un cuerno suena entre las altas torres.
y he sido amenazado
no sé si entre sueños o vivo
o si en esta casona bermeja que dice que no regresaré.
Pero he logrado acercarme a la ventana,
y he visto una mañana nueva y una calle desierta
con viento almacenado entre los muros, y en un jardín,
oculto,
junto a un querubín montado sobre un cisne sin cabeza,
he creído ver a alguien enamorando a un acólito, he creído ver,
he creído ver...
Y entonces ábranse, dije,
de par en par las puertas del averno,
en vano es volar tan alto entre los hilos de la noche,
en paz con el demonio hay dulce trigo flotando verde bajo los olivos,
y quiero ver ese fuego,
esa rama de molle incendiando la tarde con sus pepitas rojas,
Pues vano es volar entre las negras torres :
La muerte puede más entre las piedras,
El tiempo es la viruela de las lajas,
¡ Ah ! perder el tiempo entre las nobles casas,
Dejar la vida quieta, y a purísimo cincel
Soltar la mano entre los grandes arcos.
Para luego despertar y tener que secarme la risa de los ojos
(dicen que el sueño de un loco es alegre y festivo como los bailes de Marzo),
oir una historia macabra sobre las afueras
(unos curtidores malignos
y 18 000 perros sueltos cavando una tumba entre sus huesos).
Y el diablo vive entre los muchos arcos :
Los mercaderes han construído torres,
Los artistas dejado su cincel

Junto a sus obras ; y las muchas piedras
Serán por siempre adorno de las casas :
El diablo mora entre las bellas lajas.

He soñado
con terribles noticias sobre barcos hundidos y extrañas correrías
de hombres sin patria que murieron como perros entre las montañas,
y el frío nocturno trajo unos cantos
monótonos avanzando como el viento entre los pastizales ;
y no hubo lluvia por tres años.
y las cruces se doblaban hacia el suelo sobre las colinas
y yo estaba presente,
pero silencioso y parado frente a una ventana
con perros abajo saltando y mordiéndose los rostros y los corazones. ¡ Ay !
todo ha sido soñado y todo ha sido visto : las plazas
perfectamente irregulares,
las tejas unas sobre otras montadas como tortugas enmohecidas,
con pan de oro y granito
(no hay fantasmas no gloriosos vestigios de martirio,
aquello que se siente ululando es el peso de la historia
cargando contra un templo de piedra reblandecida por el moho).
Y ángel con diablo lustran estas lajas,
Nobles querubines de flexionados arcos,
El íncubo y el súcubo en las casas,
Demonios lanzallamas en las torres,
Un virrey invertido entre las piedras,
Y a cincel

SERA DESHECHO ESTE ANTIGUO REINO

Y tengo que saber,
¿ Han ladrado en la noche cien perros buscándose la muerte ?
¿ Se acerca la violencia o la violencia ha sido ?
tengo que saber,
para mandar las cenizas de Enero volando hacia las puertas del infierno
y pedir mis disculpas,
o tímidamente acercarme a los míos y decirles al oído :
los perros han ladrado, la realidad y el sueño están por empezar.

Rodolfo Hinostroza (1941)

Contra Natura

Leggierissima
toda ojos entraste a mi tienda
cubierta de flores/oh animal olfativo/
así el color que atrae a las pequeñas bestias
así casco de pavorreal
y recordé : deseo cinético
stasis en la contemplación de un cuerpo
milenaria repetición así la mariposa y el coleóptero
& en tu sexo/el mar/thrimetilamina
& en tu pecho jugaban cervatillos de colores
ojos de pez : te vi y lo supe
un coup de cheveux y ruedo por tierra
& antes había entrado en ti y ví : un universo líquido
mareas dentro tuyo
nuestros cuerpos imitando el movimiento del mar
El Pez y la Luna
arriba un cielo podrido jusqu'au bout
pero las estrellas
hombre errante
Adieu
gobernalle/ancla/astrolabio
& más allá aún atrás in the no man's land del orgasmo
el pez sueña
así :
amiboide forma líquida indiferenciada
atracción implacable
in suo esse perseverare conatur
Spinoza dixit
no sexo no el olor metálico del celo
but
amor abominable odio hermoso
¡ Nada, gameto mío ! Remonta el río líquido
hasta el origen
La calcárida y la salamandra
: para que yo abra mi tienda
y un oleaje de muslos rescate toda una vida perdida.

II

& te enviaron a mi tienda
& yo era un pastor de cabras

podrido por la violencia igualmente
ánima sola
& miraba las estrellas en silencio/entorpecido
y así te vi venir :
no hembra que mata al macho no la que cría perros

no l'heritage de la araña no la disputa nonsense de la presa
pero
complicidad de sangre
así jugabas tocándote tu cuerpo
así
ojos oscuros/aromas de milenios : mirra y sodomía/
cunilingum
pude decir : soy el más solo de los animales
but
un coup de cheveux y ruedo por tierra.

III

& todo pudo ser distinto en la naturaleza
comedores de hierbas y raíces
tuvimos que imitar a los grandes carnívoros :
tu cuerpo es una presa/el cazador será jefe del C.I.A. y de la O.T.A.N.
anamorfosis no metamorfosis
Vegetarianos & Salvation Army & Hippies
no detendrán las guerras
la tarea es reparar lo ocurrido en milenios
hija de Betulia : plegaria
mis cabellos son largos como los tuyos
la paz y la belleza de este mundo se han extendido sobre mí
nuestros cuerpos
sucesivos intemporales hommages al alba de la vida
ánima sola
& vi el hacha en tu túnica
pero quise rescatar en una noche/thalassa oh thalassa/
toda una vida perdida.

Notas

Artes plásticas

Marta Traba
Las aventuras de la soledad

Carlos Franqui
Calder : la libertad

Libros

Renga
Julia
El obsceno pájaro de la noche
La rueda de fuego
Condenados de condado
Cazabandidos
Fundadores de la nueva
poesía latinoamericana
Contra natura

Cine

Voto + fusil

Marta Traba

Las aventuras de la soledad

La creación artística es un proceso donde quedan involucrados el artista, el espectador y la sociedad ; y sólo en la medida en que sea realizada verídica y hondamente, podrá atender con eficacia esas tres exigencias ; rendir cuenta de la personalidad del artista, trasmitir al público algo dotado de sentido y expresar a través de ello las aspiraciones de una comunidad.

Por eso, al hacer la escogencia de artistas plásticos que representen el actual trabajo artístico en Colombia (1), solo he pensado en aquellos que, a través de una tarea ya profesional, han podido comunicar sus ideas y visiones del mundo que los rodea, con relativa seguridad. Numerosos artistas jóvenes que no han afinado todavía una forma individual de lenguaje, han quedado por fuera de la selección, como también quienes, pese a todo su empeño, no han conseguido trasponer el nivel artesanal aunque alimenten regularmente el consumo interno de arte en Colombia. Por tratarse de una exhibición para el exterior, no se incluyeron algunos nombres de extranjeros tan valiosos como Wiedemann, por ejemplo, pintor alemán que, aunque enseñó a ver el arte expresionista y el abstracto a varias generaciones colombianas, permaneció entre ellas sin influenciarlas. Ya se está viendo, por consiguiente, que la selección no es la lista telefónica de la unión de escritores y artistas, ni un panorama general, ni un recuento por generaciones ; es una escogencia que busca dar una medida cierta y coherente de las intenciones y la capacidad expresiva colombiana en artes plásticas.

Esa medida no estará dada ni por falsas exaltaciones ni por gustos de modestia igualmente convencionales. Desde ya la ubico, además, en lo cualitativo y no en lo cuantitativo, pese a ser Colombia uno de los países del continente más prolíficos en artistas plásticos. El primer indicio para definir esa medida debe ser, a mi juicio, el rechazo sistemático por parte de los artistas colombianos situados entre veinte y cincuenta años, de lo que se ha dado en llamar el *arte de vanguardia*. De facto, Colombia ha usado muy poco la palabra vanguardia, y sólo fueron considerados vanguardísticos los tímidos y olvidables tanteos por la abstracción realizados hace ya cerca de treinta años. Después nadie ha hablado de vanguardias, bien sea para vituperarlas o para ensalzarlas. Los críticos serios coinciden en ver en Obregón el primer artista *moderno* colombiano, pero nunca se pensó calificarlo de vanguardista. Tampoco los más nuevos se consideran a sí mismos vanguardia, y cuando revisten la apariencia de la novedad y se internan (poco) en campos experimentales, adoptan siempre un aire divertido y voluntariamente insustancial, sin dejarse llevar en ningún momento por la tentación del dramatismo con que avanzan las vanguardias.

Durante muchos años he tratado de explicar, ante públicos latinoamericanos afectados del complejo común de *quedar atrás*, de europeos primero y norteamericanos después, por qué Colombia carecía de vanguardia y por qué ésto, lejos de ser una desgracia nacional, se constituía en el primer testimonio de un comportamiento válido y dotado de sentido. En el curso de tales explicaciones, hago antes que nada la aclaración de que los artistas colombianos correspondientes a las dos últimas décadas no han desdeñado la vanguardia a conciencia de sus aporías, como las denomina Enzensberger ; es decir, dichos artistas no han descalificado la vanguardia por su falsedad, su anacronismo, su rigidez doctrinaria y, sobre todo, por los servicios, seguramente involuntarios, que presta a la misma sociedad que pretende tan pueril y frívolamente impugnar. Tan meditada descalificación de la vanguardia sería, realmente, una toma de conciencia que los artistas colombianos están bien distantes de haber asumido. ¿ Cómo explicar, entonces, ese rechazo sistemático del *estar al día* que, para colmo, se opera febrilmente en Caracas, la capital más próxima física y sentimentalmente a Bogotá ? Los artistas colombianos no sienten la vanguardia porque ésta funciona dentro de una precisa y clara noción de tiempo que, lisa y llanamente, no se da en Colombia.

Vanguardia es, realmente, sinónimo de « *estar al día* » ; estar al día es ganar tiempo sobre la propia modernidad, adelantarse al que queda rezagado, apuntar linealmente hacia una meta. Por el contrario, el proceso interno del arte colombiano carece de estas intenciones ; es lento y está lleno de retornos, lo cual no debe confundirse con inseguridad, porque los únicos artistas seguros son quienes están apoyados en el presente, no los que se proyectan en futuros imprevisibles.

El arte colombiano no es *futurista*, no apuesta al futuro ; desconfía profundamente de los cambios espectaculares y no avanza a saltos, como pasa frecuentemente en el arte moderno, sino en movimientos circulares. El tiempo redondo no es una invención de Garcia Márquez ; es una invención de

(1) Exposición de Arte Colombiano Actual (Galería El Morro, Instituto de Cultura Puertorriqueño, San Juan).

Colombia (o un hecho congenital colombiano) que él, por supuesto, relievó genialmente. Ese tiempo es el marco global donde se insertan todos los comportamientos individuales del arte actual colombiano. He dicho ex-profeso *comportamientos* y no *generaciones*, porque no siendo visible un caminar hacia adelante, sino un andar en redondo, el concepto generacional, de sucesivos avances y sus correspondientes liquidaciones, tampoco funciona. Obregón no tiene nada que ver con Ana Mercedes Hoyos; Lugo o Evelia Medina no tienen nada que ver con Botero; pero sus comportamientos, sin embargo, se emparejan en dos aspectos fundamentales; sus respectivas constancias consigo mismos, y la indeclinable ironia con que miran la escalada exterior hacia los metalenguajes que hoy son abandonados hasta por sus propios inventores.

Se podría aducir que la condición de *país ostra*, la vida endogámica de la cultura colombiana y su voluntad de pervivir, en 1970, dentro del tiempo mítico, son modelos de anacronismos. Muchas veces me lo han dicho; y me ha tocado defender encarnizadamente el sentido del arte colombiano examinándolo a la luz de las contradicciones del arte actual, donde resulta cada vez más claro que la escalada hacia los metalenguajes no sólo fue una locura insensata y demencial, sino que se convirtió en el mejor instrumento para que la sociedad industrial castrara a su peligroso enemigo, el artista y lo obligara a cantar en el coro con una angélica voz de niño; en revancha, también se va aclarando que solo un arte resuelto a expresar situaciones peculiares bajo la forma de mensajes poéticos propios, alcanza el pleno valor estético. La resistencia del arte colombiano a participar de la escalada ha sido su salvación; pero la terquedad y obstinación en convalidar sus singulares procesos, le plantearon también la urgencia de crear un conjunto de signos plásticos al cual perfectamente podemos llamar *lenguaje colombiano*. Los artistas plásticos colombianos, aunque no hayan conseguido una creación tan fulgurante como *Cien años de soledad*, logran hacer un claro señalamiento de su país a través de sus obras. Los elementos de familiaridad y recíproca connivencia que se advierten en dichas obras aclaran su existencia como lenguaje. Gran cantidad de referencias, por ejemplo, aluden a situaciones estancadas y formas enormes; otro grupo destruye delicadamente los hinchados propósitos de un autoritarismo retórico, encaramado desde siempre a los tronos desde donde se imparte el poder; en varios se registra el propósito de traer a la superficie dos corrientes reprimidas por el arcaísmo de la sociedad colombiana; el erotismo y el humorismo. Unos y otros signos se van tramando en un texto que, a medida que se agranda y enriquece con los aportes de los más jóvenes, va adquiriendo poder de decir y consistencia para decirlo. La visión transformada, la realidad puesta en entredicho, el espíritu corrosivo y una sensualidad pesada y algo bárbara, el experimento descalificado por la risa, un irracionalismo (nunca misticismo) latente bajo las apariencias; ningún deseo de explicar la sociedad, como tampoco de hacer afirmaciones sobre ella; todo esto se va concentrando en una volnutad de decir las cosas, casi irremediablemente, desde un *punto de vista* colombiano.

El punto de vista que emerge de las obras se ha formado solo, sin que lo programaran las nuevas burguesías adineradas, como pasó en Venezuela, ni los institutos dispensadores de privilegios, como ocurrió en Buenos Aires, ni el obsoleto oficialismo mexicano siempre dispuesto a apoyar la mediocridad. Quiero decir que, a diferencia de otras situaciones latinoamericanas, el arte colombiano careció lo mismo de fuertes estímulos como de fuertes resistencias.

Quizás también por esa misma razón se fué enroscando sobre sí mismo, deslizándose de las concepciones simbólicas y atemporales de Obregón hasta las tareas solitarias de los jóvenes; el solitario morir de Pedro Alcántara, el amar solitario de Luis Caballero, los solitarios desiertos de Ana Mercedes Hoyos, las diversiones solitarias de Beatriz González, Clemencia Lucena, Sonia Gutiérrez, Cajigas, Mónica Meira. Los lenguajes necesariamente formales de la escultura, representados en sus dos vertientes, geométrica y libre, por las obras de Negret, Ramírez Villamizar y Feliza Burztyn, así como en las cajas-objetos de Bernardo Salcedo, viven desamparadas dentro de una comunidad cuyas aspiraciones se esfuerzan en representar.

Por esta razón es muy difícil hablar de tendencias dentro del arte actual colombiano. Así como los artistas responden poco a la moda, por su cautela respecto a la vanguardia, también responden poco y mal a las formaciones de grupo, por esa vocación o destino solitario. Evidentemente, hay una superioridad de lo figurativo sobre lo abstracto; una requisitoria de la figuración; un predominio del diseño sobre el color, cada vez

mayor a medida que se produce una verdadera explosión demográfica de artistas jóvenes; un interés creciente por el grabado y por sus posibilidades críticas. Pero nada de esto podría agruparse en tendencias, sin caer en clasificaciones arbitrarias y sin desatender el voluntario feudalismo de cada artista.

Si se lee con interés y cuidado este amplio repertorio de la expresión colombiana, no tardará en sobrevenir la fascinación de esa lectura. La originalidad de ese gran mundo aparte se patentiza al advertir que en la desesperada búsqueda de excepcionalidad que desasosiega y desquicia la vida artística de los centros internacionales, todo lo extravagante y novedoso se empobrece tan rápidamente, que las imágenes no pueden ni siquiera llegar a la formulación de un significado. Si aceptamos que el hacer artístico sigue su curso al margen de los grandes, culpables y perturbadores centros emisores, las cosas cambian. El derrotismo genérico y vago que ahora pretenden trasmitir dichos centros, no tiene por qué mantenerse ante la vitalidad propia de las *regiones artísticas*. Las regiones como Colombia crean un lenguaje cuya fuerza está en relación directa con la condición de resistentes a las compulsiones programáticas que parten de los grandes centros; esa fuerza se manifiesta cuando prefieren alimentarse de las aspiraciones concretas de sus compañeros de ruta, más que de las ambiciones plurales e inasibles de sus contemporáneos universales; cuando el artista, como pasa en Colombia, no ha olvidado que el arte fue y sigue siendo, antes que cualquier otra cosa, un acto de fe en sí mismo. Lo que se hace en Colombia se expresa como un arte regional en la medida en que es regional el norteamericano o el japonés, porque en los tres casos el lenguaje del artista coincide con los códigos de comprensión de una comunidad. Sin embargo, dentro de la concepción imperialista del mundo actual, tal definición de lo regional es sin cesar alterada y subvertida. Los imperios exigen a las regiones una rendición incondicional en materia cultural y la adopción indiscriminada de sus lenguajes, convengan o no a las otras comunidades. Aunque en este juego de masacre Colombia se haya defendido más por terquedad y aislamiento que por deliberación, lo que importan, al fin de cuentas, son los puntos de resistencia a través de los cuales se sigue anudando el tejido de la expresión contemporánea. Explico esto para alertar al público sobre la intención que ha dirigido la escogencia y presentación de arte colombiano en San Juan, Puerto Rico. Pienso que se expone algo importante y significativo, no por reunir determinada cantidad de obras de varios autores y dar la impresión anhelante de que Colombia *está al día*, sino precisamente por lo contrario. Sólo entendiendo bien dónde están los valores del arte actual colombiano, se podrán juzgar las obras de acuerdo a su verdadero sentido, por encima de una pura habilidad técnica que ya es patrimonio común y no puede ilusionar a nadie acerca de lo limitado de sus alcances.

Ni los artistas ni la crítica están proponiendo un programa de trabajo para los demás, sino que están mostrando sus programas. Lo que sí puede señalarse como ejemplar es que únicamente en la resistencia al *estar al día* se puede dar un arte que, además de soporte e invención de formas, sea, primordialmente, *significado*.

Marta TRABA.

Calder : la libertad

Calder es la libertad. La libertad que no puede ser estática y Calder inventó los móviles para que la libertad se moviera.
Los móviles de Calder tienen una libertad física. Son un mundo material. *La Piedad Rondanini,* de Miguel Angel, da dos sensaciones mágicas : una caída, sostenida por una subida, como corresponde a una obra metafísica, religiosa, que sugiere fe y cielo como soluciones.
Los movimientos del móvil son reales, hacia todas partes, más que caminar danzan.
No recorren una línea mecánica que se transita y repite a un solo ritmo.
No son la jaula de un pájaro ilusorio que imagina un canto que no se ve.
La rueda y el cero círculo, son dos invenciones de largo recorrido, que descubren formas, fórmulas, cambian la relación de las cosas e inventan el deseo de perfección.
De que parte de la rueda círculo, máquina, queda el hombre : dentro, sobre, tras, adelante o sobre y dentro, alante atrás, al mismo tiempo, es otra cosa.
En Calder—como en su colega Galileo Galilei— el arte : ¡ E pur, si muove !
Estos micromundos, osas mayores y menores, estos móviles sistemas planetarios, con órbitas danzantes, ascendentes-descendentes, circulares, de movimiento libre y humano, pájaros o bicicletas, hojas, árboles, peces, hombres, toros, canguros, animales, vegetales o minerales que danzan al ritmo del mar, toros que se mueven y rien al ritmo del viento, son dibujos físicos, hilos de libertad.
Los artepuristas dicen : arte puro, sin drama.
Cada uno ve lo que *quiere o puede ver*...
Para mí son negación rechazo del mundo industrial, del gigantismo de hierro del mundo imperial norteamericano : máquina, fábrica, hierro, ciudad ; allá, aquí y en otras partes donde el hombre es comprimido, alienado en un mundo feo, brutal, de cemento, hierro, oro.
Los móviles no son prisioneros.
Son libres.
Han inventado, inventan a cada instante su libertad. Nos muestran a nosotros como es posible inventar mundos libres, transformar el material, sin ser alienados, comprimidos en su estructura y relaciones.
Con dos manos que actúan, unos ojos, una cabeza sin aserrín, se puede inventar un móvil o un mundo, se puede cambiar las cosas, los hierros, el mundo.
Calder nos propone la libertad. Nos la propone como un juego ; nos la enseña como una ley, un dibujo que tenemos que inventar nosotros mismos con nuestros ojos y nuestras manos.
Calder nos hace pensar en el por qué de que tantas cosas en el mundo no sean la casa del hombre sino su prisión.
El móvil es una invención maravillosa que desembarca en otros mundos antes de que los robot pusieran sus patas de hierro sobre las rocas lunares.
Los hombres robot o los robot hombres no son libres.
El móvil sí.
Calder no nos propone los mitos « *norteamericanos* » clásicos : el mito de la grandeza imperial, de la fuerza, el mito del poder, del dinero, del gigantismo. No nos propone un héroe, un protagonista, el personaje norteamericano clave.
Ni la guerra, la conquista, lo épico, el west, la acción por la acción.
Ninguno de los nuevos o viejos mitos imperiales de todas partes, tiempos y lugares.
Calder nos propone concretamente la libertad.
Ser libres de forma concreta, porque la libertad es movimiento total y hacia todas partes.
Una libertad que danza su alegría de ser libre, que tiene ojos, pies y manos.
Una libertad que existe, que está en nosotros, que espera por nosotros.
Una libertad que se reinventa a sí misma, diseñando su propio camino.
Stábiles.
Un « *estable* » sería un antimóvil.
Una definición que nació a consecuencia de otra, de la primera, por contraste, oposición o negación.
Una anti-palabra.
No me parece una expresión apropiada, convincente.
Es limitada, parcial.
El estable sería un móvil que ha perdido la libertad, que no es libre.
Es una verdad. No la verdad.
Después de una lucha el estable crea, inventa también su propia libertad.
Porque los estables están en muchos móviles. Son su base, sus pies.
Calder un día decidió darles independencia, liberarlos.
Trabajar libremente, no en el exterior, sino en el interior.
Y hacer esos retratos—espejos—objetos que recha-

zan y crean el mundo y su propio mundo en esta la época del hierro.
Son la edad del hierro.
Un Zoo.
Un bestiario de hierro.
Animales, hombres, objetos, máquinas, ciudades, aviones, pájaros, hélices o cosas apresadas, comprimidas en el hierro duro, agresivo, cortante, deshumanizado.
Libertad que lucha con el hierro, que parece momentáneamente apresada, prisionera de su pesantez, de su fuerza, de su estructura y realidad.
Testimonio de un conflicto, una lucha, una realidad, una subversión.
Los estables son tragedia de hierro, con la libertad luchando, la música : « *la soledad sonora* ».
Si en un paisaje desértico o atómico, simbólico o real, hoy o mañana, alguien encontrara estos monstruos de hierro, podría bien decir :
— Así que también hubo una época de hierro.
Si el hierro : maquina ciudad, arquitectura, industria, avión, animal, hombre o cosa paraliza la libertad, le quita sus móviles, el creador, el hombre, el luchador se rebela, lucha, inmoviliza, domina, recrea, reinventa y transforma el hierro.
La relación del hombre con el hierro, del hombre con la máquina ciudad terminología represiva, es una relacion de esclavitud
miseria
tiranía
explotación.
Esclavitud en múltiples planos : trabajo robado, vida alienada, automatismo, repetición en la fábrica, en la oficina o el apartamento, en la escuela, en todas partes.
Y no sólo hay que liberar un solo plano : la opresión económica, como creen algunos. No. Hay que humanizar la máquina, la industria, la ciudad, la casa.
No la liberación parcial ni la obediente liberación.
La liberación múltiple, continua, total.
Ni opresor ni oprimido. Ni capitalista ni obrero.
Ni burócrata-pueblo. Ni venceder vencido.
Un hombre en comunicación con los otros, libre, creador en el trabajo, ante la naturaleza, la materia, la máquina, el estado, los hombres, en sí mismo.
El miedo a la libertad en cualquier parte del mundo es el miedo a la revolución continua y total.
Zoo prehistórico contemporáneo.
Los estables me sugieren la presencia de un mundo contemporáneo donde los monstruos de hierro retornan a la prehistoria : paquidermos diluvianos, como los jóvenes que buscan en el desierto formas primitivas e incontaminadas de vida, en un oscuro afán de comenzar de nuevo.
Jipies de hierro.
Porque la sociedad de la eficiencia, del consumo, de la producción y el confor se ha vuelto tan irrespirable en su interior mismo—antes lo era sólo para sus miserables y los esclavos del llamado « *mundo number 3* »—, ahora ha comenzado ella misma a verse la cara, a devorarse a sí misma.
En el Zoo de Calder, como en Zabriske Point, de Antonioni, frente a la intolerancia total, un acto de amor sólo es posible en el paisaje desértico, solitario, y la comunicación ocurre en extrañas relaciones individuales-colectivas en el desierto donde los cuerpos se debaten en violentas formas de cohabitación prehistórica.
Hierro petrificado.
Calder es un Icaro que no se rompe las alas, porque vuela en el interior de sí mismo.
La compañía de un móvil.
Durante los años de la clandestinidad cubana, un móvil de Calder y algunos cuadros compartieron con el taller clandestino de « *Revolución* » y mi familia, el viaje de una casa a otra, mientras trabajamos y nos escondíamos de la policía.
En momentos de reposo y tensión, ese móvil fue nuestro compañero, mi psiquiatra, la bicicleta que no tuve de niño, el símbolo físico, concreto, de una libertad por la que luchábamos y moríamos.
Los monstruos picassianos y lamianos eran lucha, violencia, rebelión : el hombre luchando contra siniestros paisajes de guerra o cañas.
El móvil era la libertad.
Los dibujos de un mundo futuro, libre.
El día que la policía batistiana encontró el taller, su furia no se limitó a la imprenta.
Aquellos extraños trazados, aquel raro aparato que se movía, preocuparon la ignorancia de la policía.
Aun en aquel momento dramático fue inevitable la discusíon, ante el desprecio y la burla de los esbirros ignorantes.
Inventamos en Cuba caminos de libertad que hoy luchan por dibujarse en América Latina, y en la otra del norte, y por extraña coincidencia, todavía cuanto burócrata de cualquier parte del mundo pasaba por mi casa, reaccionaba exactamente como aquellos esbirros que aquel día quisieron destruir « *aquel mundo otro, que habitaba las paredes de mi casa* ».

La bandera de Cataluña libre.
Calder, atento a las cosas, creó una bandera a Cataluña libre, homenaje a Joan Miró, esa que Tapies y la intelectualidad catalana, situaron libre en Motserrat, solidarizándose con las luchas del ETA y por la libertad de España.
A las puertas del Infierno.
Calder encuentra el yiejo Dios a las puertas del Infierno (Una Casa Blanca, con una torre que se come una estrella roja).
English spoken
Ego sum qui sum
Ganarás el pan con el sudor de tu frente
El que no trabaja no come
Time is money

Soberanía limitada
Libertad limitada
U.S.A. - U.R.S.A.

Calder. — Viejo, e e e e e m m m u u u u y y y y t f f f e e e o o o.
El Viejo. — Se te había privilegiado asignándote ese país que me gusta tanto, (al cuore mío), E E. U U...
Calder. — Luisa, vamos a poner un móvil allí, unos estables aquí. Podemos usar la caldera aquella para modelar la ballena.
Esto está muy feo.
Este viejo, esta mu y y y y i i e e j o o o o o.
No te gusta nada.
Todo lo que te cae en la mano lo cambias.
No te gustaron mis sistemas planetarios y con esos alambritos me lo sustituiste.
Me cambiaste los animales.
No estás de acuerdo con nada.
Con esos yerritos que se mueven me cambiaste hombres, paisajes, mujeres...
No te gusta tu país y te investaste todo ese bestiario de hierro, de aviones, barcos, casas, ciudades, músicos, danzantes, hombres.
Y el circo
y todo.
Eres un atrevido.
Has sugerido a la gente : peuple, pipol, pueblo que hagan otro mundo.
Que cambien el mundo.
El mundo que yo y mis amigos al norte, al sur, al este como al oeste, hacemos y dirigimos.
Quieres cambiarlo todo.
Eres un anticonformista,
un rebelde
un...
un
No hay plaza para gente como tú aquí.
Fuera
F U E R A F F F U U U E E E R R R A A A A A
Calder. — El viejo se durmió. Me voy a llevar el Arca de Noe, para hacer un establo. Voy a desempolvar a todos estos viejos.
Son muy feos...
Y la ballena esa de Jonás me la voy a beber también...
Good by, viejo
Antes del diluvio
Y Y Y Y Y O O O O O
P U R R R R
Y Calder retornó a Saché, con Luisa, y su voz del otro mundo, y entonces dijo :
—Yo no camino más.
Y continuó creando nuevos mundos.

Dio una vuelta en redondo, girando, fijo sobre el mismo sitio. La segunda vez se abrió dando una vuelta más amplia, y así la tercera en relación con la segunda, la cuarta con la quinta hasta llegar a la décima, redonda siempre mayor. Al llegar al punto de partida, en vez de partir en redondo, partió recto, multiplicando la velocidad. Después marchó pausado por una línea irregular, junto a líneas paralelas, rectas cortadas por curvas, curvas atravesadas por rectas, metro a metro, punto a punto.

Carlos FRANQUI.

Notas de lectura

B.D.I.C

Renga, poema de Octavio Paz, Jacques Roubaud, Edoardo Sanguineti y Charles Tomlinson.

Gallimard, N.R.F., 1971.

Como el biombo japonés del Museo de Amsterdam : una franja negra de hilos minuciosos, paralelos, atraviesa una superficie de seda que repite invariables motivos de oro ; en la parte superior del panel, un rectángulo, quizás un cuadro, muestra un paisaje convencional que mejoran hoy las cuarteaduras de la antigua laca. Nos desplazamos en la sala—antaño un asistente abría los paneles ; estábamos sentados sobre cojines, junto a una mesa roja, muy baja—y el segundo panel completa la imagen : la franja negra es la cabellera lacia y brillante de la cortesana que, postergada en una reverencia—el rostro blanco roza la estera—marca su entrada ; la superficie de seda—signos plegados —es la de su quimono ; dos postigos abiertos enmarcan el rectángulo de la parte superior : una ventana que da a un jardín de invierno. El tercer panel fijará en la Historia el espacio a que abre esa ventana : con sus esferas armilares y sus anclas, con barbas y bombachos, distribuyendo latinazos y cruces, los portugueses desembarcan en Japón.

Como las paredes de tela blanca, corredizas, que organizan, segmentándolo o unificándolo, de acuerdo con los invitados y las horas, el espacio de la casa tradicional japonesa, los paneles del biombo abren o cierran—ofreciéndolo a la pluralidad de las lecturas o encauzándolos hacia el *ahora* y *aquí* de un evento—, disocian o concluyen la escena del sentido. Las ranuras del suelo, imperceptibles, por las que los muros se deslizan en silencio y las bisagras del biombo, aceitadas y minúsculas, son represas, diques : unifican o fragmentan espacio, nos evocan el tiempo sin datación del mito o nos insertan en una fecha.

Así viaja alrededor de una isla—el oleaje avanza y se retira, un anciano gimiente le dice adiós—el espectador del Nô ; así el Bunrakú, el Teatro Lírico de Muñecas, « *nos da a leer simultáneamente, en tres lugares del espacio, las tres escrituras separadas que practica : la marioneta, el manipulador y el vociferador : el gesto efectuado, el gesto efectivo y el gesto vocal* (1) » ; así la acción heroica no excluye a la de los tarugos en el Kabuki (2). Mondrian y Brecht comprendieron esta « *lección de escritura* ».

Así progresa el renga. Los blancos que separan las estrofas—cada una a cargo de un autor diferente —son muros móviles, cada poeta tiene que desplazarlos con sutileza, « *apoderarse* »—el código así lo preescribe—del sentido de la estrofa anterior, integrarla a la suya sin brusquedad, sin ruido de bisagras.

El renga, poema colectivo, se desarrolló entre el período Heian (794-1192) y el período Moromachi, en el siglo XV. Sus reglas iban desde lo más simple —alternancia de poetas—hasta lo más complejo : el tema de la estación, si se trata de la primavera o del otoño, debe de estar presente en tres o en cinco estrofas, sólo en una o en tres si se trata del verano o del invierno ; las palabras *pino, bambú, pantano,* tienen que estar separadas, por lo menos, por siete secuencias, etc.

Los poetas que se reunieron en París para componer el primer renga de Occidente adaptaron algunos de esos preceptos a los de nuestra poesía tradicional, transgredieron otros : se adoptó el soneto como forma canónica, cada participante escribió en su lengua, no hubo temas impuestos sino vagas sugestiones ; por último, el soneto final no se escribió.

Quizás lo más interesante de este renga políglota es lo que a primera vista puede aparecer como su limitación : la poca amplitud del « *décrochage* », el despegue reducido, la referencia constante al momento y al lugar de producción, que ubica demasiado al texto y lo escande con sus insistentes tautologías.

Estas « *unidades* » de lugar y tiempo se articulan metonímicamente siguiendo series de términos que pueden codificarse y cuyos desplazamientos contiguos se advierten como « *puntos de anclaje* » en la trama semántica :

A partir del sema/hotel/(los poetas se reunieron en un hotel de la rive gauche) obtenemos → estación, sala de espera → interrupciones → referencias a viajeros : « *alguien, sin nombre, bajó, extraviado, a la cámara/subterránea, diciendo :* je cherche une valise ».

A partir de/metro/(el ruido del subterráneo próximo) → « *las metáforas de Homero sobre las tempestades del mar, los himnos védicos sobre el trueno, las cataratas de hierro de Joyce* », etc. ; « *Rumor de río en cadenas : el metro./Yo pienso en ríos de lodo nácar/que sobre inmensas páginas de polvo—Punjab, Bihar/Bengala—escriben su discurso insensato* »...

A partir de sótano/(los poetas se reunieron en el

sótano del hotel) → Perséfone → Alceste → Polifemo → Alí Baba → Calipso → catacumba de conspiradores → celdas de acusados, gruta, matriz, vientre de ballena, cráter → ratones, gnomos, mineros, etc.

A partir de/París/ → connotaciones culturales, « *afrancesamiento* » : « *fountains and draperies of Goujon, water in flowing stone :/city of Mansart, Lemercier, Le Vau, Bruant* ».

A partir de estos semas de base y de sus repercusiones—cadenas horizontales—, se establecen, cortándolas, cadenas verticales de desplazamientos y alteraciones fonéticas :

Ares	insetto	Charles Pope
↓	↓	↓
Eros	incerto	Pop
↓		↓
cereales		poet
↓		
Ceres		

Esta red ortogonal que, cada vez que se escapa, vuelve a fijar el desarrollo del texto a la circunstancia de su generación, al mantenerlo en su presente perpetuo, lo obliga a cumplir con su vocación : el propósito del renga, como el del haikai —en que se iban a convertir los tres primeros versos del *tanka,* combinación estrófica original del renga—, como el del ukiyoe—esas estampas japonesas que fascinaron a los impresionistas—, es la captación de una imagen precisa y única : la del instante que pasa, relámpago de la duración, del sentido, tan breve, tan profundo, que se ha visto en él, como en el satori del budismo Zen, el final del lenguaje, la exención del sentido.

El renga, presente en devenir, acción que se desarrolla en el ahora de cada página, corresponde pues con el gerundio. Un poeta lo presintió así, y esta afirmación es mucho más explícita si tenemos en cuenta la constancia de este modo verbal en el *Hai Kai en gerundio* de José Lezama Lima, como si el poeta quisiera señalarnos que su condición de gerundio no es una atribución más sino la condición primera de la forma estrófica japonesa.

Concluyo pues esta nota con el poema-definición de Lezama :

Hai Kai en gerundio.

El toro de Guisando
no pregunta cómo ni cuándo,
va creciendo y temblando.
¿ Cómo ?
Acariciando el lomo
del escarabajo de plomo,
oro en el reflejo de oro contra el domo.
¿ Cuándo ?
En el muro raspando,
no sé si voy estando
o si estoy ya entre los aludidos
de Menandro.
¿ Cómo ? ¿ Cuándo ?
Estoy entre los toros de Guisando,
estoy también entre los que preguntan
cómo y cuándo.
Creciendo y raspando,
temblando (3).

Severo Sarduy.

« *Julia* » por Ana Maria Moix
Ed. Seix Barral, Barcelona, 1970.

Lo primero que convendría advertir a propósito de esta novela es que su autora la escribió (según las fechas que constan al final) entre agosto y septiembre de 1968 ; es decir a los veintiún años. Se trata pues de un nuevo caso de precocidad que podríamos añadir a otros semejantes en una época bastante pródiga en novelistas excepcionalmente jóvenes, y no sólo en nuestra literatura. Recúerdese que Carmen Laforet y Ana María Matute tenían igualmente veintiún años cuando recibieron el *Nadal* respectivamente en 1944 y 1947 ; que Françoise Sagan contaba sólo diez y ocho cuando la publicación de *Bonjour tristesse* la convirtió repentinamente (tocada por la varita mágica de la publicidad parisien y su enorme caja de resonancia) en una celebridad tan relampagueante

(1) « *Une leçon d'écriture* », Roland Barthes, in « *l'Empire des signes,* Albert Skira, éditeur, Genève, 1970.

(2) « *Esta perspectiva en cambio constante—cortinas delante y detrás de otras cortinas—este espacio sujeto al* ocultar-develar *es el de la escritura japonesa añadamos los abanicos y esa forma suprema del mostrar-enseñar que es el vestuario ; lo que se nos da a ver sobre todo es lo que no termina de impedirnos ver, y el espectáculo, al fin descubierto, no pesa en la mirada más que un dibujo sobre una pantalla de seda.* » François Wahl, « *Les catégories de l'exquis* » sobre el libro de Sei Shonagon *Notes de chevet,* en *La Quinzaine Littéraire,* 1-15, octubre, 1966.

(3) José Lezama Lima, *Poesía Completa,* p. 437, La Habana, Cuba, 1970.

como prematura ; sin hablar del caso extremo y prodigioso de una Minou Drouet, de la que se discutió tanto y a la que nadie hoy recuerda. Ante la persistencia de un fenómeno semejante, en que lo excepcional se ha convertido casi en habitual, hay que deducir dos cosas : o que se es hoy muy poco exigente respecto al contenido y calidad de lo que se vende bajo la etiqueta de *novela* ; o que la madurez mental y capacidad creadora de la especie humana se adquiere mucho más de prisa que antes y como de golpe y porrazo... Por mi parte—y en el mejor de los casos—creo que estas novelas prematuras hay que tomarlas por lo que en realidad suelen ser : una especie de autobiografías más o menos anoveladas, escritas en primera o tercera persona (es lo de menos) en las que lo principal y más interesante es justamente lo que el autor nos revela de sí mismo. De ahí que en tales obras contraste a menudo la naturalidad y veracidad de los sucesos y personajes vividos o conocidos directamente, con el tono falso y libresco de lo que el escritor se inventa—y ello por falta de una experiencia suficiente.

La novela de Ana María Moix no se escapa de esta regla. Todo cuanto se refiere a vivencias inmediatas de la *autora-protagonista,* al mundo que conoce, deja impresión de verdad, de autenticidad ; hasta el estilo de la narración parece que se le aligera y fluye con mayor facilidad en este caso. Se siente que el escritor anda con pie seguro. Así acontece en lo que atañe al mundo escolar, estudiantil, ambiente de los colegios, vida universitaria, etc. En cambio, el personaje del abuelo don Julio (del que la autora se sirve como trujimán de ideas políticas, religiosas o sociales) resulta más bien pueril y falso. Hacer hablar y actuar a un hombre de setenta años por una adolescente de veinte no es tarea sencilla : la desproporción es demasiada y la falta de observación y de experiencia engendra un personaje incongruente, furibundo, un poco teatral y de una ingenuidad política impropia en un luchador de su experiencia. Otras veces, como ocurre con los padres de la protagonista (en los que debe haber su parte de invención) el personaje se queda un poco en el aire, nebuloso y falto de consistencia.

Pero al lado de estos errores—casi obligados—, la novela de A.M. Moix encierra muchos aciertos, y no sólo de orden literario. Por encima de la agilidad del diálogo, del interés que sabe despertar en la narración, yo pondría la autenticidad de principio que preside la obra. La autora no se ha dejado embaucar por modas circunstanciales, ni seducir por el *último grito* literario ni por los últimos experimentos en boga. Desde este punto de vista *Julia* es una novela que podríamos calificar de *independiente* y *personal,* en cuanto no intenta salirse o extraviarse del ambiente humano y del medio social en que vive y escribe la autora. En efecto,, *Julia* responde a una sociedad muy española en lo que se refiere a motivaciones y reacciones de los personajes, al mismo tiempo que refleja la sociedad catalana, en la que cierto desarrollo económico y « europeizante » no corresponde sin embargo a un desarrollo político paralelo, ni a una ideología y comportamiento afines. A este respecto sería curioso establecer, por ejemplo, una comparación—aunque fuese fugaz y somera—entre *Julia* y *Bonjour tristesse,* novelas igualmente primeras y precoces, pero extremadamente distintas por la diferencia del condicionamiento social a que ambas responden. La primera de ellas, a pesar de haber sido redactada con dos años más de edad que la segunda, deja la impresión de un libro de plena adolescencia, todavía infantil en muchos aspectos, concretamente en el enfrentamiento con la vida y con el problema de las relaciones sexuales—problema que la heroína aborda con una medrosa reticencia en la que se trasluce el sentimiento de culpabilidad (de pecado) inculcado por la educación y el medio ambiente. Frente a esta actitud, Cecilia (protagonista de la novela de Sagan) se comporta en cambio como una mujer adulta, emancipada, y sus relaciones con Cyril son más que de *novios,* de amantes. Y mientras en esta novela los personajes aparecen « *liberados* » de una serie de tabús y convencionalismos (lo que permite que entre hija y padre se forje una libre camaradería que desemboca en equilibrada y mutua comprensión), todo el drama de *Julia,* de la adolescente española Julia, estriba precisamente en el progresivo descubrimiento de la desavenencia e infidelidad existentes entre sus padres, hecho que dentro del mundo en que los personajes viven equivale a una catástrofe.

El mérito de A.M. Moix consiste—como dije más arriba—en haber sabido resistir a los cantos de sirena de la mimesis literaria, y a la colonización mental extranjerizante : errores que no supieron evitar algunos de nuestros jóvenes novelistas de la « *nueva ola* » con aquellas obras imitadoras de una *dolce vita* perfectamente libresca y peliculera,

imitativa, de importación, sin realidad ni raíces propias. *Julia* no se encasilla en ninguna de las últimas tendencias : ni realismo objetivo, ni antirrealismo, ni *nouveau roman*. Es posible incluso que esta novela constituya una superación de esa *nueva sensibilidad* que Castellet encontró en los poetas en ciernes que incluyó en su antología de *los nueve novísimos*, entre los que aparece representada nuestra autora por unos cuantos poemas curiosamente imitativos y americanizantes, hasta con sus títulos, nombres y versos en inglés para dar más color ; recurso que con intención política utilizaron poetas como Nicolás Guillén, pero que al repetirlo ya no tiene fuerza de voz, sino que resulta un eco.

Hay que saludar en Ana María Moix una nueva escritora de sensibilidad, una novelista llena de posibilidades.

J. Corrales Egea

José Donoso
El obsceno pájaro de la noche.
Seix Barral, 1970.

La novela hispanoamericana, como la novela americana en su día, parecería haber alcanzado una cierta entidad donde sus leyes se identifican con las de un previsible ritual. Subrepticiamente la tradición ha ido acumulando una serie de caracteres, símbolos y situaciones tan familiares, que sólo la pasión del militante, la ajenitad del expatriado, la soledad del profeta retrospectivo parecen poder escapar a esta temible predestinación. Con *El obsceno pájaro de la noche* (1), José Donoso ha situado su nombre entre el de otros ilustres exploradores de una nueva frontera, unas nuevas dimensiones de lo narrativo. Humberto Peñaloza, el protagonista (?), reúne casi todas las dotes infernales que en la tradición literaria suelen marchar asociadas a la locura divina. Como el Oliveira de Cortázar o el capitán Aab de Melville, para citar sólo dos casos, Humberto ve sólo absolutos en un mundo gobernado por razones demasiado ostensibles. Capítulo tras capítulo, un pasado caótico invade y se derrama en el presente vacío. La evocación de Humberto Peñaloza es el plano donde la vida, la sociedad, el sexo, la religión, se despliegan para ser examinados. Donoso lleva adelante su investigación con un celo escatológico, una firme determinación de no ahorrar ninguna visión por repugnante o terrible que ésta pueda resultar. Una de las características que más resaltan en el libro, en consecuencia, es la gravidez y riqueza de los detalles, el abigarramiento de una realidad que en todo momento parece dispuesta a romper un orden precario y saltar por los aires transfigurada en una metáfora del apocalipsis.

Como el *Paradiso* de Lezama Lima, la novela de Donoso es, *en un cierto sentido*, una aventura del lenguaje bajo la cual se esconde la historia de su república, el desaparecido—o crepuscular—mundo de la sociedad criolla. En esta dirección se sitúa la historia de los Azcoitía y la crónica de la capellanía fundada por la familia a fines del siglo XVIII, para preservar la tradición piadosa de la beata Inés o extipar les raíces de la leyenda que ha hecho de ella una niñabruja. Jerónimo de Azcoitía y una segunda Inés, su esposa, junto con una misteriosa y mítica perra amarilla y la magia sórdida de la Peta Ponce, sirven para establecer el nexo entre esa ominosa crónica patricia y la capellanía ya convertida en asilo de ancianas. Una casa demencial dominada por presencias seculares e imágenes sagradas, por el vacío y la sombra o por un grupo de viejas a punto de desencarnarse en el vacío y la sombra, es el lugar apropiado para interrogarse sobre las posibilidades de supervivencia de una sociedad, una casta o una razón malditas. El lugar está bien escogido : las múltiples imágenes de la disolución y la ruina son conjuradas desde la infrarrealidad de un hospicio de ancianas, evitando así el riesgo del documental plomizo y reiterativo normalmente asociado a experiencias de este tipo.

Don Jerónimo había soñado con un heredero que perpetuara el linaje de los Azcoitía. Pero en el mundo paradojal y aterrador de Donoso los hechos resultan siempre imprevisibles, y así en su hijo no le será dado ver ese dechado de perfecciones que aguardaba, sino un « *repugnante cuerpo sarmentoso retorciéndose sobre su joroba, su rostro abierto en un surco brutal donde labios, paladar y nariz desnudaban la obscenidad de huesos y tejidos en una incoherencia de rasgos rojizos... era la confusión, el desorden, una forma distinta pero peor de la muerte* » (p. 161). Pero el temple de conquistador de un Azcoitía no se deja arredrar por el contratiempo. Si su hijo no puede regir el orden de la normalidad, el padre construirá para esa « *versión del caos* » un reino de

la monstruosidad. No en vano la de los Azcoitía, como su historia lo ilustra, ha sido siempre una estirpe de fundadores. Don Jerónimo manda reconstruir su feudo de La Rinconada con arreglo a los cánones de la monstruosidad. El parque es decorado con una Diana Cazadora gibada de mandíbula acromegálica y piernas torcidas, y un Apolo contrahecho de labio leporino y orejas asimétricas con un sexo descomunal colgante. Apolo deberá ser el ideal de perfección física para Boy, el heredero, y Diana igualmente quien despertó sus instintos a la epifanía del Eros. Humberto Peñaloza, secretario de don Jerónimo, es enviado a recorrer los ámbitos de la noche para reclutar enanos, jorobados y contrahechos de toda clase con quienes poblar este mundo alucinante. Boy nunca verá otra realidad que la de lo monstruoso. El único nexo de La Rinconada con el exterior será Humberto, quien por su mismo carácter de excepción será para Boy la efigie perfecta de lo anormal. « *Don Jerónimo cuidó todos estos detalles porque nada de lo que rodeara a Boy debía ser feo, nada mezquino ni innoble. Una cosa es la fealdad. Pero otra cosa muy distinta, con un alcance semejante pero invertido al alcance de la belleza, es la monstruosidad, por lo tanto merecía prerrogativas también semejantes* » (pág. 231). El objeto primordial es la fundación de una realidad sin antes ni después, sin por qués ni cómos, una burbuja eleática sustraída al devenir temporal y donde la inteligencia asuma los límites de la percepción. Un mundo donde no hallarán cabida las leyes de la causalidad ni los juicios de valor. La Rinconada pretende fáusticamente emular el prodigio de la Creación, es una réplica y un desafío, un avatar delirante de la razón acorralada.

El sexo invade todos los repliegues de este mundo, asume los rostros de la luz y de la sombra, es una maldición o una esperanza, destruye o edifica, corroe, abre las páginas de la novela y las cierra con la descripción de un alucinante viaje de regreso al útero materno. La omnipresencia del sexo coloca bajo una misma advocación los ritos de la Casa y el aquelarre de La Rinconada, esa Arcadia esquizofrénica a mitad de camino entre las estampas amables de un Watteau y el mundo de pesadilla de un Jerónimo Bosch. El sexo surge emancipado de las motivaciones del instinto. Uno de sus símbolos es ese fantasmagórico don Clemente que en el laberinto de la Casa a veces brota de las sombras y salta sobre cualquiera de las viejas. Otro es la Peta Ponce, ese misterioso doble de Inés cuyos orígenes se pierden en la bruma de la leyenda. Y él es también quien establece una secreta correspondencia entre Jerónimo e Inés, por un lado, y Humberto y la Peta Ponce por otro. El mismo Humberto en algún momento lo declara : « *La Peta y yo quedamos excluídos del placer. Ella y yo, la pareja sombría, concebimos el hijo que la pareja luminosa era incapaz de concebir* » (pág. 224). Pero toda la vitalidad del Humberto *testigo de la belleza* naufraga en la regresión biológica del Humberto *partícipe de la belleza*. Para Humberto la posesión de Inés reviste distintos caracteres : es, entre otras cosas, una venganza contra sus imposibilidades para realizarse en el orden social y también el remedio contra una nostalgia de la belleza que se identificará finalmente con la nostalgia de los orígenes. Jerónimo destruyó su persona ; Inés puede reconstruirla. Es la clave y la cifra de su yo destrozado. La posesión de Inés significa rescatar su identitad, aunque finalmente ese deseo, esa nostalgia, se salden con un retorno al útero materno que establece una coincidencia entre el acto de recuperar la identidad perdida y el acto de morir.

Existe una curiosa relación entre esta novela—y en general toda la obra narrativa de José Donoso—y un fascinante librito publicado por un joven, talentoso y polémico ensayista catalán. La obra aludida es « *Filosofía y Carnaval* » de Eugenio Trías. Trías propone la disolución del yo en una pluralidad de máscaras. No el disfraz del yo, sino su disolución. Cada máscara desarrolla una posibilidad, una dominante inédita en el yo abolido. La máscara no encubre el yo ; *es* el yo, sirve para realizar la nostalgia de una carencia. De este modo la suma de las máscaras dibuja en hueco, en una suerte de vaciado o placa negativa, la imagen de un yo más verdadero. Así cuando, tras haber finalizado su arreglo con Romualdo, se coloca la cabeza del Gigante, mediante ese procedimiento anula « *con la nueva investidura toda existencia previa, todas, el Mudito, el secretario de don Jerónimo, el perro de la Iris, Humberto Peñaloza, el sensible prosista que nos entrega en estas tenues páginas una visión tan sentida y artística del mundo desvanecido de antaño cuando la primavera de la inocencia florecía en jardines de glicinas, la séptima bruja, todos nos disolvimos en la oscuridad de adentro de la máscara* » « págs. 89-90). Trías niega la existencia de un yo subyacente en las máscaras, y otro tanto ocurre con Donoso,

pero lo que en Trías reviste carácter de postulación, de designio, en Donoso es sólo el resultado de una constatación. Si Frías propone la disolución en las máscaras como alternativa frente a un yo cosificado, para Donoso esta disolución no es más que uno de los avatares de la decrepitud, porque Donoso describe un mundo alucinante de experiencias no integradas, de existencias quebradas por el lado del corazón, como diría César Vallejo. Porque los personajes de Donoso son seres en busca de una posibilidad abolida por un mundo desgarrado por las calamidades de la historia, los espejismos de lo real, las miserias de lo humano.

Donoso habla sobre un mundo que se desmorona, describiendo el modo en que sus muros se agrietan, y la forma de esas grietas, con la pasión de un cartógrafo antiguo que recompone las complejas ramificaciones de un río, disuelto ya en delta, antes de que éste se desvanezca en el mar, con la impávida serenidad de un hombre en perfecto control de sus emociones. Como el Lezama de *Paradiso,* Donoso ha cavado hasta límites inconcebibles en la entraña de la experiencia. Como el Lezama de *Paradiso* Donoso ha construído su mundo con un derroche de imágenes en que la vitalidad del verbo se desborda es una imagen bajo control. No es la imagen expectante en el umbral de la auto-revelación, en busca de un sentido, la imagen como instrumento de su propia exploración, sino la imagen incorporada en el vértigo de una narración que disparada en la página inicial conoce desde el punto de partida el punto exacto del desenlace, y que hace de cada frase, de cada palabra, una suerte de metáfora de esa epifanía ulterior que retrospectivamente ilumina o incendia la servidumbre engañosa del verbo. Pero la música es la misma. Al colorido del trópico, a la incandescencia de la juventud y el instinto, a la pasión de Lezama que busca la verdadera creencia « *entre la superstición y el libertinaje* », Donoso opone su sinfonía de la opacidad, el gris macilento de su mundo austral, busca su propia creencia en algún lugar entre el ascetismo y la lucidez. A Donoso y Lezama los separa el método de la búsqueda, la praxis narrativa ; pero los une no sólo la nostalgia de un pasado revelado sino también una misma coherencia hecha de austera esperanza e indeclinable rigor.

Esta sumaria descripción naturalmente no agota—apenas insinúa—la insólita complejidad de la novela. En ella la realidad sufre un proceso de disolución paralelo al del yo bajo la multiplicidad de sus máscaras, pues « *José Donoso es un escritor de obsesiones* (*no* con *obsesiones*), *y su obra no es une descripción de dichas obsesiones sino más bien una continua creación de las mismas* », Donoso siente una natural desconfianza hacia los espejismos de la realidad. Su obra, más que por datos, está poblada por alusiones, y siguiendo las prescripciones ya clásicas de Chejov, más que intentar dar una repuesta a los interrogantes que la realidad le formula, se contenta con formular lúcidamente una visión de la realidad que es en sí misma una incesante interrogación. Ese « *bosque salvaje donde aúlla el lobo y chilla el obsceno pájaro de la noche* », aludido por el epígrafe de Henry James, sirve para fijar de algún modo límites de su mundo, o mejor aún, para marcar la ausencia de límites en esta investigación donde la decrepitud y la historia hallan cabida junto al horror y la magia. Novelista de la nueva frontera, Donoso ha sumado con su libro un nombre más a ese inextinguible manantial de sorpresas en que parecería haberse convertido la actual narrativa hispanoamericana.

Juan Carlos Curutchet.

Aquilino Duque
La rueda de Fuego.
Editorial Planeta, 1971.

Aquilino Duque (1931), parece encaminarse hacia la tenaz posesión de un mundo novelesco propio, genuino. Esto destaca inmediatamente durante la lectura de su última obra, *La rueda de fuego*. Se trata de una repetición circular iniciada con *La operación Marabú*—breve esquema, casi un apunte—, con mayores vuelos en *Los consulados del más allá*. La repetición narrativa, el retorno con variantes a la misma parcela adquiere ahora un sólido peso con esta obra que comentamos. Al fin y al cabo la vida de un novelista (nos referimos, claro está, al que mantiene con la novela vastos parlamentos secretos, no al deudor de la simple epidermis mimética) no es más que la suma de las variaciones en torno a un mismo tema. Narrar es monótono ; narrar es una tarea deslumbrante y monótona. Narrar es la suma de los buceos al centro de una profundidad propia.

En *La rueda de fuego* existen varios planos muy ordenados, superpuestos que inciden e iluminan un centro remoto, de origen mítico, que el lector, apoyado en la evidente voluntad de estilo del autor (fundamental el problema largo del lenguaje en esta novela), debe descubrir con una fuerte dosis de la lectura creadora, efectuando para ello un dilatado viaje más o menos secreto para el cual valen las teorías de Mircea Eliade—nos parece—, su concepción mítica del mundo, como base de comprensión y conocimiento. Aquilino Duque destruye la realidad, suplanta o sabotea la realidad-real para sustituirla por otra dimensión : la ficticia novelesca, la realidad mítica creada en un acto estético rebelde, sumamente pensado desde la cultura. Esta tarea, que es trabajo también circular, casi locura propia de los que desean ser « *suplantadores de Dios* », nada tiene que ver, como es natural, con las servidumbres del realismo concebido como estrechez. Pienso en Vargas Llosa, en su orden novelesco o en su madurez crítica cuando nos explica estas cosas en el prólogo admirable a *Tirant lo Blanc* o en su comprensión cabal de la obra de García Márquez.

Entre la subjetividad del novelista, poblada de fantasmas, desacuerdos o « *demonios* » y la obra objetivada y resuelta, entre la negrura rebelde y la claridad dócil, existe la voluntad de orden estético poniendo un ritmo. El orden de *La rueda de fuego* es, fundamentalmente, el estilo que nos permite bajar a un mundo mítico, a un tiempo diferente. Vocación de orden ofreciendo o haciendo posible un entramado de líneas muy bien trazadas, pues lo que induce a componer una novela de este corte es, entre otras cosas, la grave manía por reducir a claridad lo que es desorden intuitivo-irracional. Esta tarea, que separa a un novelista de un alucinado sin conciencia, se hace estilo en la composición, entendiendo como estilo la luz total que nos permite ver o intuir el mundo alucinante y claro de *La rueda de fuego*.

El tiempo visible, donde los personajes de la obra se mueven aparentemente, es sustituido por el tiempo mítico. Estos personajes parecen fundamentarse o adecuarse a la afirmación de Aureliano Buendía, cuando en cierta página de *Cien años de soledad* dice : « el tiempo no pasaba, sino que daba vueltas en redondo ». Novela circular, giratoria rueda de fuego que nos descubre a un novelista joven, ducho en Europa, profundo sabedor, culto, ilustrando facetas míticas de varias soledades entrelazadas que bajan al infierno o a su borde, en actitudes nocturnas, dionisíacas. Gira la rueda de fuego y Cayetano Rojas—fundamental eje de lo que pudiéramos llamar trama—pasa de Dallas a un Cádiz sitiado—mito de la historia y de la infancia, vuelta al estado auroral—, y la ciudad queda convertida en blanco navío fantasma. Voluntad de orden y estilo, repetimos, sirven al conflicto que produce la obsesión de rectificarle la plana a la realidad para sustituirla por un mundo autónomo. Aquilino Duque se funde entonces con la materia vital que lo constituye : desengaño de Europa, culturas, lenguajes, obsesiones, perfil de Andalucía, de una ciudad cernudiana donde al estallar la primavera un personaje se integra en los círculos en páginas de admirable calidad en la escritura. Búsqueda de los orígines y por lo tanto obra lejana a las leyes de la narrativa verista.

Aquilino Duque se aproxima a una conclusión : cuando el escritor es capaz de modificar y transformar la realidad, llega a una óptica evidentemente mítica, lo que significa una curiosa elevación en sus poderes de percepción y en los mecanismos expresivos. Desde este nivel, el novelista es ya un creador de universos cerrados y totales.

Julio M. de la Rosa.

Norberto Fuentes

Condenados de Condado.
La Habana, Casa de las Américas, 1968.
Cazabandido.
Montevideo, Libros de la Pupila, 1970.

Dos libros ha publicado Norberto Fuentes (nacido en 1943) sobre la lucha del ejército cubano contra los grupos de invasores contrarrevolucionarios : *Condenados de Condado* (1968) es una colección de relatos breves e intensos, y *Cazabandido* (1970) es una colección de crónicas periodísticas. Los relatos (centrados en torno al desértico pueblo de Condado) participan también de la naturaleza de la crónica, al menos en el sentido en que son recreaciones evidentes de uno de los capítulos más importantes de la Revolución Cubana : la ficción, por lo mismo, tiene la urgencia resonante de los hechos inmediatos, su vértigo y también su violencia. Y las crónicas (Cazabandido es el nombre de la operación militar contra los Cubanos invasores) no dejan de emplear técnicas narrativas, una formulación que pertenece al relato : hablar directamente de los hechos, reseñarlos,

exige al autor un proceso formal externamente más laborioso que en los mismos textos de su primer libro. La ficción, así, se apoya en la crónica y ésta a su vez en los mecanismos de la ficción. Ambos libros muestran a Norberto Fuentes como uno de los autores cubanos que más hábilmente ha sabido asumir el tema de la Revolución Cubana (o mejor dicho : su experiencia directa de la misma, como un « *hijo de la Revolución* »). Esa experiencia excepcional (Fuentes intervino como corresponsal en la lucha) nos es comunicada desde una valiosa elaboración literaria, sobre todo en el libro de relatos. Pero Fuentes no actúa en ningún momento sólo como un escritor casualmente provisto de un tema : aunque en las crónicas paga tributo a la tradición y a la perspectiva del informe del corresponsal de guerra, es evidente que esa experiencia de la lucha configura su propia naturaleza de escritor, cuestionando su uso de la ficción, porque el autor es aquí sometido al proceso complejo que reclama esa experiencia extrema, comprometida en el sentido más completo de esta palabra.

Por lo pronto, la experiencia del lector no es nada pasiva : estos libros creo que son los que más directamente nos introducen a situaciones características de la Revolución Cubana, y por lo mismo conforman una experiencia literaria diferente, por más que reconozcan tradición literaria tras suyo. Por momentos el lector puede creer que está ante un canto a la violencia ; con vigor, el autor diseña episodios de esa lucha, más que en la tradicional confrontación de dos frentes, en la expectación de ese mismo encuentro, o en la breve descripción de desenlaces individuales ; pero, sobre todo, los hechos no están nunca dilatados en el recuento sino mostrados en su presencia fatal, despojados. Sin embargo, el lector reconoce pronto que estos relatos rehusan la simple delectación en la fuerza, el peligro o la victoria, y que suponen una hábil y económica selección de materiales y situaciones : así, junto a la violencia desnuda aparece el aspecto más cotidiano de la lucha, incluso el humor piadoso y cálido de situaciones laterales o paralelas ; tanto los relatos como las crónicas comprometen, por lo mismo, una zona más rica de experiencias y personajes, agudizados por la vecindad de esa lucha.

Es curioso que *Condenados de Condado* haya sido calificado (en Cuba) de un libro ambiguo ideológicamente, porque parece evidente que estos relatos deducen la filiación socialista del autor, y más que eso, su personal y viva intervención en el proceso de la Revolución misma. Lo que ocurre, pienso, es que Fuentes ha ido un poco más lejos que otros autores cubanos en su visión de esa lucha : no se ha limitado a implicar su filiación política (que, parecería, para él ya no supone disyunciones, y más bien un contexto natural de formación y experiencia) sino que la ficción misma, el trabajo ficticio de la reelaboración de los episodios concretos, ha hecho que esa filiación se amplíe en una suerte de compromiso que problematiza, de modo más agudo que la crónica, la realidad asumida. Si se hubiese limitado a narrar el aniquilamiento de los grupos contrarrevolucionarios probablemente hubiese escrito un documento militar por varias razones emocionante, y hasta estremecedor. Pero al ir más adentro de esa posibilidad, al tratar de recuperar la violencia de los hechos pero también su espacio cotidiano, la « *guerra justa* » y la discordante situación de los alzados, el mismo hecho tácito de que ambos grupos en lucha son cubanos, la casi demencial aventura de los invasores y el peligro extremo que suponen, cierto compromiso humanista, en fin, que no puede rechazar—al asumir esa compleja confrontación, Fuentes nos entrega una saga no simplificada, enriquecida. No otra cosa se podía esperar, supongo, de un escritor valioso sumido en una experiencia extrema, casi alarmada, confrontada por la violencia y la muerte, y también por la piedad y el dolor. No es que Fuentes dude en ningún momento de la razón (¿ ideológica ?, ¿histórica ?) que asiste a su experiencia, eso haría perder fuerza a su versión de los hechos : al contrario, desde esa firme posición en que a sí mismo se descubre, desde ese papel que la Historia le asigna, es que ,como autor (como hablante que es un testigo), enfrenta su material para reconocer, en la escritura, que esa posición suya se reelabora en la ficción desde un sentimiento de la Historia haciéndose ; y así los hechos de la violencia se justifican en la fe colectiva que supone la Revolución. Situación ésta excepcional para un escritor joven que rehusa el didactismo y el panfleto : pronto supera el mismo plano testimonial y formula desde la ficción el vigor suscinto y pleno con que el lenguaje sabe aquí reconocer el reclamo extremo que le ha impuesto la Historia. *Condenados de Condado* (que obtuvo el premio cuento del concurso Casa de las Américas en 1968) lleva esta advertencia : « *Las narraciones que*

ahora vienen sólo se comprometen con mi imaginación aunque yo haya tocado esos hombres y esos muertos. » De este modo, el autor quiere deslindar entre los hechos mismos y la elaboración ficticia porque, como es evidente, la lectura tiende—ante la actualidad del tema—a ver testimonios inmediatos en esas narraciones ; pero a poco que uno va adentrándose en el libro descubre que la desnudez plena de los hechos y la íntima coherencia de las situaciones—esa razón de necesidad en que se van organizando las escenas, sin concesiones a ningún naturalismo—sólo puede darse como una clara elaboración ficticia. Y, en efecto, al leer *Cazabandido,* el libro de las crónicas inmediatas, los episodios de esa lucha se muestran bajo una luz muy diferente : los hechos son más casuales, o por lo menos ya no son suscintos y ceñidos sino que corresponden a una mirada más cotidiana, y así el interés se desplaza hacia los individuos que fueron actores, que es, por cierto, la intención de la crónica. La comparación de ambos libros permite ver con mejor nitidez el grado de elaboración narrativa en los relatos. Esa elaboración permite sobre todo la eficacia de un lenguaje, la persuasión realista de los actos. Ese realismo no es, sin embargo, una operación simple y verista : el relieve del ambiente, la densidad suscinta de las situaciones, el movimiento vivo de los personajes, no indica una necesidad de verismo (Fuentes rehuye siempre demorarse en los detalles) sino más importante necesidad : la de formular lacónica y nítidamente una experiencia personal que el lenguaje debería poder comunicar en su ya impersonal, independiente, y apasionada presencia. Porque la sola plenitud objetiva de un lenguaje parece poder recuperar aquella experiencia de modo válido. Lenguaje, por lo mismo, económico y sumanente resonante, cuya nitidez transparenta los hechos. Pero detrás de esa inmediatez de un lenguaje se advierte el funcionamiento más complejo y menos evidente de otros planos alusivos : como si la evidencia no fuera suficiente y como si recortando el discurso ese lenguaje ampliase su resonancia significativa. Por eso estos cuentos no son expositivos ni declarativos : actúan casi por sobreentendidos, presuponiendo ya el contexto y recuperando con igual intensidad los actos decisivos y también los hechos mínimos a la luz de ese contexto que es una situación de emergencia. Así, lo más válido del libro creo que radica en la capacidad de ese lenguaje vibrante y eficaz, en el cual se resuelven todos los efectos de una persuasión verosímil y el diseño metafórico de una coherencia que subyace. El ritmo suscinto y el coloquio cálido, la nitidez sobria y la objetividad plena, imponen la misma economía formal de los textos, impiden la disgresión o el desarrollo, demoran la intensidad en la sola nominación, en la misma presencia ceñida. Otra vez, así, el lenguaje de la evidencia es también el lenguaje de una formulación muy elaborada.

El primer relato, « El *capitán descalzo* » es cacterístico del conjunto. Una bandido llega a la casa del campesino llamado Capitán Descalzo : huye del cerco de los cazadores y pide pan y agua. En un clima de fría simpleza y tensión abrupta, el campesino con su machete hiere al fugitivo : « *La mano cayó sobre la tierra, sujetando el pedazo de pan. El hombre quiso recoger su mano, pero un nuevo machetazo, esta vez en la nuca, hizo que el grito del hombre se ahogara en borbotones de sangre que se coagularon en la boca* ». Aparece el grupo de soldados y el jefe habla con Descalzo : nos enteramos que su mujer ha muerto hace poco ; que es, en efecto, un Capitán pero que prefiere seguir siendo un campesino porque en La Habana debe usar botas : « *Pero por mucho que intento, no puedo andar con zapatos. No sé, me sucede algo así como si me faltara la respiración* ». Al final, cuando los otros quieren seguir la persecusión, Descalzo dice : « *Yo le digo a usted que no hay apuro, porque se me ocurre que Magua Tondike está echándose a perder bajo el sol de mi labranza* ».

En *Cazabandido* la crónica « *Mi capitán* » desarrolla a este mismo personaje. Típicamente, la crónica parte de un elogio al individuo y sus hazañas. « *Los decimeros de la Sierra cuentan que Fidel Castro invitó a Descalzo a pasarse una temporada en La Habana. Pusieron un automóvil y tres escoltas a su disposición. Y le regalaron unas botas relucientes.—A usted hay que cuidarlo, capitán—le dijeron.* » Pronto el campesino se quita las botas y descalzo por las calles, concitando la curiosidad amistosa de la gente que le pide contar de la lucha contra los bandidos. El individuo tiene, pues, una resonancia legendaria. Esta crónica nos informa también que la mujer de Descalzo, en efecto, había muerto. Se nos cuenta asimismo cómo él prosiguió una batalla, solo. Pero la acción descrita en el relato no aparece en la crónica : cabe suponer que es ficticia.

Este cotejo de ambos textos permite, sobre todo,

una importante precisión : el personaje Descalzo del relato tiene más fuerza convincente que el individuo Descalzo de la crónica. El primero parece más real, al lector, que el segundo. Y esto no es una paradoja sino una consecuencia expresiva : el personaje del relato posee una presencia más grave, lacónica, muy ligada a su medio ; se trata de un campesino antes que de un soldado, o más bien : se ha hecho un soldado para defender su condición de campesino. Percibimos, por otra parte, que la fría violencia con que actúa (de modo casi fatal) no es un hecho fortuito sino una respuesta desde su experiencia más personal, desde su otra lucha tácita por la sobrevivencia en un medio hostil.

Al final de la crónica el individuo nos es mostrado accionando su arado : « *La desesperación del arado contra las piedras* », observa el cronista. « *Y ahí encuentra las piedras, el surco, la tempestad y la gratuidad del matojo que brota.* » Esa realidad del individuo no es menos dramática en el personaje ; es importante este primer párrafo del cuento : « *El campo labrado se hundía en el cañón de la montaña y lindaba con un maniguazo tupido donde el marabú se enlazaba con el limón y el limón con el almácigo y el almácigo con la enredadera y la enredadera con la marihuana y la marihuana con el cigüelón y el cigüelón con el cafeto y el cafeto con el marabú.* » Leemos también : « *Un trillo roto a filo de machete enlazaba el campo de labranza con la casa del Capitán Descalzo* ».

« *— ¿ Y cómo anda en el trabajo ?*

— No se anda muy bien, ¿ sabe ? El maíz ha venido malo con esta seca y el café tiene el precio muy bajo. No, no ando muy bien. Además, ya estoy viejo y los surcos no me salen rectos ».

De este modo, el personaje tiene una constitución severa y dramática, dictada por su relación al medio, mientras que el individuo en la crónica parecería más animado por los honores de la guerra, si bien al final el autor no deja de situarlo en su medio más propio, luchando ya con el arado en las manos.

Por último, no es casual que la línea final del cuento recupere la metáfora inicial : el bandido, dice Descalzo, « *está echándose a perder bajo el sol de mi labranza.* »

Vemos, así, que la violencia del personaje tiene una motivación más honda, y no es, de ningún modo, una conducta mecánica. Esa motivación es la defensa de aquella labranza que ocupa sus días : Descalzo, en el cuento, actúa más como un campesino que como un militar. Y esta implicancia del cuento no aparece, por cierto, declarada, sino sugerida como la coherencia quizá más firme del libro : porque a lo largo de estos relatos creo que funciona una metáfora subyacente que tiene su centro en la realidad sórdida y desértica del pueblo de Condado. Las primeras líneas del libro (primeras del cuento, que cité) refieren el infierno enmarañado de una zona salvaje contra la cual el hombre debe pelear armado de un machete, palmo a palmo, defendiendo su labranza y también ampliándola. Y esa imagen se completa en otra : las rocas, las piedras, la tierra árida, se abren entre esa selva, duplicando así la metáfora de una naturaleza enemiga.

Pienso que Condado es como la metáfora del subdesarrollo que enfrenta Cuba : la lucha contra el medio—el viejo tema épico de la narrativa « *de la tierra* » adquiere aquí una nueva versión, desde la realidad nueva de un país rehaciéndose—es también la imagen de una actividad más amplia. ¿ Quiénes son los condenados de Condado ? Aparentemente, los muertos en una guerra dura y dolorosa, en la que pelean cubanos contra cubanos ; luchan (como Descalzo) por ampliar su labranza contra los que quisieran diferir esa lucha, quebrando su coherencia, su respuesta. Por eso, en el relato « *Los condenados* » esta metáfora de la naturaleza hostil se declara con todo su vigor desolado en la descripción del desierto que rodea al pueblo, cerca del cementerio.

Entre las imágenes sórdidas del desierto y del cementerio, del subdesarrollo y de la guerra, está el campamento de los soldados : milicianos de una guerra más amplia, así, atrapada por esa pelea cruenta contra los bandidos, pero señalada por una lucha más completa. Me parece que a este nivel el libro logra su persuasión más válida, más problemática : trasciende la anécdota, asume la discordia de las situaciones de violencia, y anuncia, un trabajo en marcha contra los bandidos, contra la selva, contra el desierto. Anuncio, por lo mismo, basado en la fuerza de un lenguaje que ha sabido cuajar en imágenes centrales, en una metáfora del subdesarrollo combatido a varios frentes.

Cazabandido tiene, obviamente, el interés de su tema, si bien uno diría que pierde la gravedad más ceñida con que el autor asume la misma experiencia en los relatos. Porque en las crónicas hay quizá una cierta delectación en el tema mismo, que en algunos momentos parece minar la dimensión trá-

gica de los hechos. *Cazabandido* es también interesante a otro nivel : la lucha no está vista maniqueamente sino que el autor trata de ser fiel a la complejidad de las situaciones y de los individuos, y por lo mismo no teme declarar aspectos positivos en los bandidos (como el valor) y algunos de ellos pueden ser, por su coraje o por su ingenuidad, héroes errados.

Las motivaciones de la lucha de los bandidos aparecen un tanto confusas, y generalmente estos hombres actúan sin una clara conciencia, acaso como víctimas de una alienación suicida ; la motivación más firme parece ésta : « *Los exilados quieren que se mate mucha gente en Cuba, para levantar presión con los americanos, y empujarlos a una guerra.* » Las notas del Diario de uno de los alzados indica, además, el absurdo y más bien ingenuo anticomunismo de esa gente. En un apéndice (« *Fichero* ») el autor precisa esas motivaciones : organizados por la C.I.A., explica, los bandidos debían apoyar la invasión de una fuerza expedicionaria. Pero el desembarco de esa fuerza, en Bahía de Cochinos, fue aplastado en 72 horas ; y sin embargo la lucha contra los invasores y alzados persistió durante 6 años más en Cuba. En siete años de combate murieron 500 soldados al capturar o matar a 3.591 bandidos ; 800 millones de pesos fue la pérdida por actos de sabotaje. Este libro no intenta ser un análisis de los varios aspectos de ese episodio ; se limita a mostrar sobre todo individuos en su aventura de alzados o milicianos en sus actos de cacería : el hecho es que el lector percibe en los bandidos confusión ideológica (no menos peligrosa, claro) más que una coordinación contrarevolucionaria. Lo cual no quiere decir que la conciencia ideológica sea más clara o evidente en los mismos milicianos. Incluso, en muchos casos, los soldados y los bandidos parecen gente de la misma extracción social. (Hay un episodio, por lo demás, en que un soldado dispara a otro confundiéndolo con un bandido). Todo ello—que señalo sólo en relación al mismo texto—indica la zona conflictiva de esta lucha, ubicada en la época inicial de formación de la Revolución Cubana, hecho por lo tanto decisivo para la conciencia de esa formación. No es que los bandidos aparezcan aquí como « *inocentes* » sino que en muchos casos parecerían « *errados* », y por eso también esto funciona en el contexto alienado del subdesarrollo, en el cual la precisión de una conciencia (ideológica o de cualquier otro tipo) se complica en la insularidad social y hasta en las relaciones de parentesco.

Pero se trata, esencialmente, de precisar que este libro tiende a asumir la misma confusión de unos y otros como una situación natural, y hasta piadosamente irónica, como un síntoma dramático de un proceso de cambio profundo. El autor no se deja ganar por ningún esquematismo externo o por necesidad didáctica alguna : busca recuperar a los individuos en su dimensión más personal y viva ; no es, naturalmente, un testigo neutral, todo lo contrario, pero tampoco es un simple cronista militar : el compromiso que le plantean estas gentes discordantes es más amplio ; al final, requiere justificar unas y otras muertes, pues nada sería más absurdo que la gratuidad de las mismas. El último relato de *Condenados de Condado* sugiere, con habilidad, el absurdo de la lucha por sí misma, y no hay otro modo de combatir ese absurdo sino oponiéndole el deseo de vivir : « *Era el último día de operaciones. El último cerco. Y ninguno de los cazadores quería morir.* » « *Que esos muertos, bandidos y cazadores, sean para algo* », reclama al final de *Cazabandido,* y ese reclamo no es nada retórico sino precisamente dramático.

El hecho es que la misma ingenuidad o confusión puede ser recuperada desde el proceso de una revolución haciéndose. Así, el soldado Mongo Treto, que asiste a las clases de Instrucción Política, pregunta allí :

« Mongo Treto afiló su mirada, iba a introducirse en un complejo problema :—Compañero maestro, si ese comunismo que usted dice es tan bravo, tan bonito, entonces usted me quiere explicar...—Mongo Treto cruzó los brazos sobre el pecho—¿ para qué estamos construyendo el socialismo éste que nos cuesta tanto trabajo ? »

Este mismo soldado sabe, sin embargo, algo decisivo : « Mordió su tabaco apagado, húmedo, y se sentó al lado del trillo, con el checo M-52 a su lado. Se repitió sus viejas palabras :—Todo el que lucha por una revolución tiene enemigos ».

Estas crónicas fueron publicadas en diarios de La Habana entre 1963 y 1967 y han sido reescritas, dice el autor, para esta edición. También entre esos años está fechado *Condenados de Condado.* Ambos libros son pues coincidentes en su escritura, si bien parece claro que las crónicas de algún modo amplían a los relatos y que éstos, algunos de ellos, pueden muy bien partir de aquellas. Los amplían en el sentido de una actitud más expositiva de parte del autor : tanto su filiación de « hijo de la Revo-

lución », como su necesidad de recobrar una experiencia integrada, aparecen ahora como centrales frente al tema. Pero al mismo tiempo acaso simplifican esos relatos al explicitar algunas zonas de ficción que en la crónica pierden su valor trágico. Son, es obvio, libros muy diferentes y es el de relatos el que permite sostener interés por este autor. Sin el libro de cuentos, pienso que las crónicas podrían parecer, por momentos, hasta cierto punto exhibicionistas y quizá complacientes. Porque precisamente en los cuentos el vigor de la mesura se ha impuesto como un código expresivo que relieva las situaciones, de modo nítido y ceñido ; y uno puede incluso percibir que los personajes están poseídos por un destino subyacente, que los señala, aunque jueguen a veces con el mismo. Pero, por otra parte, estas crónicas permiten también advertir el proceso literario de los relatos : sobre el paisaje humano a veces casual o confuso, el autor ha sabido recuperar una visión clara y consistente. Por eso los hechos de la ficción cuajan en aquella imagen de una Revolución que formándose a sí misma modifica a sus hombres. Porque entre el cementerio (la lucha) y la tierra enemiga (el subdesarrollo, la selva de los bandidos) los milicianos pelean una más amplia batalla, desde la ficción que los proyecta : son los personajes de una aventura colectiva créandose a sí misma, de un lenguaje reconociendo el riesgo y la pasión de la Historia.

También es evidente que no todos los relatos de *Condenados de Condado* poseen el mismo nevel. Pero no lo es menos que este libro es de los más eficaces en asumir una experiencia entrañable de la Revolución.

Julio Ortega.

Saúl Yurkievich

Fundadores de la nueva poesía latinoamericana.

Barral Editores, 1971.

En la tradición crítica latinoamericana todavía son comunes los trabajos que tratan de la poesía como de un fenómeno abordable con criterios puramente formales. La crítica se ha construido con frecuencia sobre ciertas abstracciones en que el objeto poético se ve como separado de la Historia y, a veces, demasiado cercano de la biografía. Por ese camino sólo se puede llegar a un comentario aproximativo de las intenciones poéticas. La impresión que deja la lectura de este volumen es muy distinta. Saúl Yurkievich se sitúa en el extremo opuesto de la superficialidad y la aproximación en los ensayos que ahora publica Barral Editores. La exégesis se plantea al nivel de las estructuras de lenguaje, barajando todas las posibilidades semánticas de la combinatoria lingüística y, al mismo tiempo, con conciencia de que la frase poética implica y proyecta una cierta teoría y una visión. Yurkievich afirma con acierto que la información estética no es codificable en su totalidad, pero se obliga a que la « deleitosa admiración » que siente por los maestros sea comunicable como experiencia viva y rigurosa, que rescate la coherencia de la creación poética en nuestro continente.

De los ocho ensayos del volumen, de extensión muy variada, los dos más largos son inéditos y abarcan la mitad del libro para dar cuenta de dos poetas singularmente importantes en lo que va del siglo : Vicente Huidobro y Pablo Neruda. El primero pasa revista a los antecedentes que convirtieron a Huidobro en el verdadero iniciador del vanguardismo en América Latina, desde los avatares del creacionsimo hasta la ruptura completa del sintagma poético tradicional y, por consiguiente, de todos los correlatos de sentido, en ese poema sinfónico que es *Altazor*. La palabra se desintegra y queda despojada de su función social, de su virtualidad como lenguaje, para convertirse en idiolecto, en habla pura, si pensamos en el esquema de Saussure que el crítico argentino utiliza con frecuencia. Huidobro, romántico y agónico, usa el humor como última máscara en *Altazor* antes de entregarse al ensimismamiento de sus últimos libros, en que la dualidad entre poesía personal y subjetiva alterna con la fascinación por la impersonalidad del lenguaje, el « *misterio* » de la arbitrariedad del signo, cosas que no serán conciliadas jamás en él.

El segundo ensayo es un notable esfuerzo de síntesis en busca de los centros vitales de la vasta producción nerudiana. Yurkievich insiste es el rasgo distintivo de las primeras obras poéticas : una poesía que desde siempre trata de recuperar la naturalidad de la palabra, de ponerla en relación profunda con la naturaleza. Desde la infancia de Temuco, en el sur de Chile, la poesía de Neruda recogerá transformaciones, pululación de energías recónditas, miasmas vegetales, sonoridades y sensaciones que muestran la energía primera de la

creación y que la conciencia poética trasmite en un estado de enajenamiento liberador de los mitos. El ensayista sabe que Neruda emprende un trabajo de signo contrario al de Paz o de Borges. La mitología nerudiana busca afincarse en lo natural desde mucho antes de las *Residencias* y al mismo tiempo liberarse de todo andamiaje cultural, de todo historicismo que impida el surgimiento de la interioridad profunda de las cosas; es así como el poeta da rienda suelta a « *las fuerzas metafóricas que generan la visión mitológica* ». « *La oscura intimidad de la materia* », la lluvia constante del Sur, la presencia del océano, expresan la idea de lo líquido que en *The Sacred and the Profane* se relaciona con el origen mítico del mundo y que es una de las constantes de esta poesía. El ensayo incluye un análisis importante del poema fundamental que es « *Galope muerto* ». Se trata de explicarlo en torno a la actualización de los mitos cosmogónicos, lo cual más lejos que el clásico análisis hecho por Amado Alonso en *Poesía y estilo de Pablo Neruda.*

El resto de los ensayos está constituido por trabajos publicados en diversas revistas de Perú, Argentina, Estados Unidos, Venezuela y Francia en fechas relativamente recientes. Todos poseen unidad interna y revelan una reflexión apasionada y sostenida sobre el tema. Destacan entre ellos « *En torno de Trilce* » y, particularmente, « *César Vallejo y su percepción del tiempo discontinuo* ». Ellos se levantan contra la caracterización que la crítica formal o « *filosófica* » ha hecho del poeta peruano. Quedan atrás los intentos por reducir la poética de Vallejo a un caso puramente mallarmeano (se reconoce, como es lógico, la presencia de la traducción española de « *Un coup de dés...* », pero se la presenta como una hipótesis secundaria de lectura). En el fondo, Vallejo crea un verbo confuso y caótico que no es producto del idealismo filosófico y que sólo colateralmente toca las literaturas de vanguardia. Aquí la lengua es un instrumento expresivo que intenta incorporar toda la arbitrariedad de la vida, todo el fragmentarismo y la anormalidad perceptiva del hombre moderno. Vallejo lleva a su máxima tensión la expresividad de lo común, de lo corriente, de la poesía como totalidad y reduce al máximo la distancia entre significantes y significados, a pesar de tener conciencia del límite de silencio que lleva en sí todo discurso poético.

Paz, en cambio, es visto como un esteta para quien la palabra es carnadura y ensamble, pero que está siempre referida a la disquisición de tipo conceptual. Para él la creación as inseparable de su crítica al igual que en Pound, Elliot, Mallarmé, Saint John Perse. Los ensayos sobre el poeta mexicano son de un insuperable virtuosismo crítico e iluminan el verdadero contexto de los últimos trabajos de Paz, incluyendo *Blanco* y *Topoemas.*

El libro de Yurkievich parte de una necesidad instrumental muy típica en América Latina, pero logra proyectar un *continuum* crítico que no es frecuente. La amplia referencia cultural en que se apoya—Bachelard, Della Volpe, Mircea Eliade, U. Eco, Northrop Frye—se equilibra con la dedicación minuciosa al texto analizado, impidiendo la atomización crítica o las generalidades. El resultado es una *visión crítica* de la poesía contemporánea en el continente americano, que da cuenta de la unidad de un proceso en la diversidad de cada sistema expresivo particular.

Raúl Silva Cáceres.

Rodolfo Hinostroza
Contra Natura.
Barral Editores, 1971.

Contra Natura se llama el libro con que Rodolfo Hinostroza ganó el primer Premio Maldoror en 1970. El título, retomado de uno de sus ciclos de poemas, alude a la desnaturalización del hombre, de aquel hervíboro recolector y nómade compulsado a volverse carnívoro y destructor, sujeto a la coacción y a la agresión de los poderes estatales, desterrado de la paz y la belleza, expulsado del paraíso, privado de un medio corporal propicio, uterino, maternal, amoroso, perfecto y circulante como el universo líquido del alba de la vida, arrojado al « *opaco continuum cotidiano* », al desorden, al mundo hostil y tóxico de la desintegración, al avasallamiento de la historia cesárea, imperial, a la opresión despótica y guerrera de los gobiernos y sus fuerzas represivas, al « *juego pragmático y salvaje* », al constreñimiento, al terrorismo de las sociedades opresoras, cortado del Arbol de la Vida, desvinculado del « *centro magnético del universo* », cercenada su plenitud primigenia.

Pero *Contra natura* es un título polivalente. Tam-

bién podría interpretarse, después de frecuentar los poemas de Hinostroza, como reacción contra el naturalismo en la escritura, como una voluntad de asumir los mecanismos de la producción textual sin ocultarlos. *Contra natura* se distancia al máximo de la expresión espontánea, del automatismo psíquico, de esa poesía mimética que quiere remedar el flujo de una conciencia sin cesuras ni censuras. Los textos de Hinostroza muestran de inmediato un despliegue formal que los hace aparecer a simple vista como objeto literario, como artificio trabajosamente fabricado, como producto de una voluntad retórica. Creo que en esta escritura omnicomprensiva, que se diversifica al máximo, que aprovecha de todas las posibilidades lingüísticas, de todos los sistemas de señalamiento gráfico para multiplicar los niveles de significación, para enriquecer el mensaje, para tornar plural e inestable la representación, reside el principal aporte de Hinostroza.

La disolución de las formas regulares, el desmantelamiento de la columna versal están aquí llevados a tal extremo que apenas se puede hablar de versos. Las palabras se despliegan en el espacio con técnica ideográfica. Se rompe la linealidad desmantelando el verso, con aprovechamiento de los blancos que lo escanden rítmicamente o que valorizan semánticamente palabras cuya significación se quiere destacar. Se hace variar los tipogramas. Además de los habituales signos usuales en literatura—barras, llaves, rayas, corchetes, etc.—, se emplean figuras geométricas, signos matemáticos, químicos, biológicos, astrológicos, alquímicos. A menudo la expresión adquiere el estilo apodíctico, sentencioso y suscinto de las formulaciones científicas. Las abreviaturas refuerzan esta tendencia a la economía. Pero paradójicamente, este discurso, formalizado al máximo como para lograr la máxima abstracción, univocidad y universalidad propias de los enunciados científicos, como para evitar el despilfarro y la entropía de la comunicación naturalmente articulada, en los poemas de comunicación. Hinostroza aumenta la incongruencia sugestiva, enrarece y produce extrañamiento. La concatenación de estos mensajes está lejos del rigor silogístico, del infalible raciocinio que busca la impersonalidad, la neutralidad psicológica. Hinostroza propone una comunicación poética donde las ideas se entretejen inextricablemente con imágenes y sentimientos, las visiones se funden y confunden con voliciones, terrores y rechazos, donde las relaciones más que intelectivas u objetivamente empíricas, son analógicas, imaginativas, míticas. Aquí los recursos extraídos de la simbología extraliteraria diversifican, ramifican la hilación, introducen hiatos, aumentan al apartamiento del texto poético con respecto a la llamada expresión natural. Amplitud de registro, movilidad, fluctuación, polimorfismo, discontinuidad, discurso desflecado, desarticulación del continuo lógico, interferencias, rupturas, máximo enriquecimiento de la comunicación ; lo singular del caso es que este arsenal, esta constante variación del medio expresivo sirve en última instancia a una concepción idealista que propone una suprema armonía integradora de la heterogeneidad en un orden místico ; que reitera la sacralidad de la vida, del amor, de la belleza y los poderes redentores del arte capaz de concebir « *la forma inagotable que purifica inagotablemente* ». El caos, la inestabilidad, la oscuridad, la incongruencia apuntan por fin a sus opósitos ; aspiran, quieren transmitir el cosmos, la permanencia, la transparencia, la congruencia.

Hinostroza adapta a la expresión poemática otros protocolos que los literarios. En *Gambito de rey*, por ejemplo, elige un discurso formalizado preexistente : la descripción cifrada de una partida de ajedrez, llena de implícitos simbólicos. El poeta entabla un combate contra el Maestro—pedagogo, guía, factum, fatum y factotum, equiparable al destino—. Vida y arte son, como el ajedrez, un juego. El código del ajedrez es como el literario un juego reglado, sometidos ambos a variantes imprevistas dentro de un decálogo preadmitido. Las alusiones se entremezclan estableciendo una compleja interextualidad con referencias a autoridades literarias y ajedrecísticas. La lidia, la pugna, la batalla plantea una problemática ontológica y epistemológica que desdibuja las fronteras entre le real y lo lúdico ; la realidad se convierte en « *impetuosa fantasmagoría* » ; el yo es « *una metáfora hedonista* » ; la historia, una « *licencia poética* » sujeta a progreso o repetición, a un avance dialéctico o a una ciclica y anuladora redundancia. La partida es decisiva :

« *Sabes lo que jugamos ?* » preguntó el Negro « *Qué ?* » dije estúpidamente. « *Tu fe. Y tu futuro.* » (13).

pero a la vez, inútil porque no existe evasión salvadora ni retroceso hacia la plenitud del comienzo. Pero hay que vivir, reincidir, volver a jugar, volver a equivocarse.

En el *Horóscopo de Karl Marx*, en estilo oracular,

con discurso fragmentado por la técnica de mosaico, se ensamblan des géneros, el retrato y la biografía, con citas político-económicas de Marx y fórmulas astrológicas que infunden al texto un aura de misterio adivinatorio.

Pero, por otra parte Hinostroza apela en *Imitación de Propercio* a los modelos clásicos ; paródicamente remeda, actulizándolo, el estilo mayestático del poeta cortesano para contraponer los dos poderes : el poder político opuesto al poder de la palabra poética. El uno es el poder imperial, déspótico, que engendra destrucción y corrupción, que sojuzga ; el otro es el liberador ligado a la energía cósmica, el de Tao y utopía, el de los sueños, de los ritos órficos, el que exalta el amor a la vida en todas sus manifestaciones, la confraternidad universal :

y no cantaremos César poderes temporales
sino el total del diálogo
o rien du tout (28)
pero el mar se retira y la otra margen
acaso alcanzaremos
no más la historia del Poder pero de la armonía
millones de utopistas marchan silenciosamente.
NSE & O
piedra embebida en sangre que lloramos
oh piedras levitadas
por amor
la otra margen acaso alcanzaremos (29)

Prima en *Contra natura,* a pesar del despliegue estilístico, de su amplitud de vocabulario, de su expresión tan polimorfa, el estilo noble, áulico, casi diría isabelino por las múltiples referencias a Shakespeare. Resuenan ecos de Pound y de Eliot. Pocas veces aparacen exabruptos ; casi nunca el lirismo de Hinostroza desciende a lo coloquial y popular.

Hinostroza no se contenta con complicar los códigos sémicos introduciendo la máxima variedad de signos y señales. Si consideramos su expresión propiamente lingüística comprobamos que tampoco se ciñe al ámbito del castellano. Nos propone una poesía translingüística mechada de locusiones francesas, inglesas, italianas, alemanas, latinas. A veces se trata de la intercaladura de frases o expresiones idiomáticas en distintas lenguas ; otras veces los extranjerismos se infiltran en el sintagma castellano o crean un sintagma interlingüístico :

la soledad del cuerpo, la poderosa
au bout de la angustia
entre la necesidad del aniquilamiento
crazy
reventando por los cuatro costados (55)

Hinostroza quiere, como otrora Vicente Huidobro, abolir las aduanas idiomáticas, transitar libremente atravesando todas las fronteras. Postula un cosmopolitismo reforzado por la variedad de referencias geográficas que su libro indica. Anhela una hermandad internacional, un mundo abierto a la total circulación del amor y la belleza. Retoma una tradición latinoamericana, reedita aquel internacionalismo del que Rubén Darío hacía gala, aquella ostentosa universalidad que se manifestaba en una poesía de viajeros poliglotos propia de la era de las comunicaciones, de una realidad que, merced al progreso tecnológico, se expandía a escala planetaria. Hinostroza no está exento del deslumbramiento geográfico, de la reverencia a los lugares prestigiosos, como lo muestran sus periplos parisinos, sus peregrinajes europeos, su turismo romántico. En varios poemas alude a la condición del perpetuo exilado, del habitante del orbe que no quiere aceptar compartimentos étnicos, nacionales o lingüísticos, la supremacía de un estado, de una raza, de una lengua en detrimento de las otras :

todos somos negros/judíos/vagabundos
ningún dios vale tanto
Las puertas no prevalecerán
arrastramos un total una fuerza
no morirán conmigo las praderas (39)
no amo no tradición
todo renace al alba
los astros han girado
no me reconozco
nadie tiene autoridad
no es mejor una serpiente que
un camello
Un hombre que otro hombre
He hablado Amor (40)

La intención de Hinostroza es infundir a su poesía el máximo de amplitud espacial y temporal. « *Bizancio Babilonia Texacoatl Jerusalem* » alternan con múltiples referencias al mundo más contemporáneo, el de los slides, el autostop, las covergirls, los supermarkets, los hippies, los Hells's Angels, la US Army, la polución. Hinostroza mezcla códigos, mezcla lenguas, mezcla civilizaciones, religiones, doctrinas esotéricas con la filosofía y la ciencia propiamente dichas, mezcla épocas, comarcas tendiendo a conciliar los opósitos, a concertar lo distinto y lo distante a través

de « *la mística armonía/la exacta ubicación del vidente frente al universo* » a través de la sublimación, del estado de gracia que produce una iluminación « *donde todo el laberinto se ve y se explica* ».

Es decir que en *Contra natura* las rupturas del continuo lógico, las fracturas de la coherencia discursiva, los quebrantamientos de la normalidad lingüística, el montaje disonante, la diversificación de los medios expresivos, los efectos de ubicuidad, de velocidad, de simultaneidad no proponen una visión del mundo aleatoria, relativa e inestable ; la arbitrariedad del lenguaje no presupone la arbitrariedad del mundo y la existencia humana ; lo discontinuo, lo fragmentario y lo contradictorio apuntan por fin a su superación en el reino de las realidades puras y permanentes, a la trascendencia paradisíaca, a una concepción razonada y armónica del universo.

Saúl Yurkievich.

Voto + fusil

Dirección : Helvio Soto (Chile).
Imagen : Helvio Soto (Chile).
Texto : Helvio Soto (Chile).
Prod. : Telecinema, Santiago de Chile.
35 mm, color.
90 min.
1971.

Presentada en el Festival de Cannes en 1971, y más tarde en la Quincena de Realizadores, *Voto + fusil* del Chileno Helvio Soto muestra, en estupendo color y 35 mm, los problemas de la toma de conciencia revolucionaria de un grupo de hombres que viven la alienación de la sociedad chilena. Estos seres llegan al momento decisivo del triunfo de la Unidad Popular, en septiembre de 1970, arrastrando su frustración y escepticismo y. naturalmente, una dosis de esperanza. Llama la atención que Chile haya producido como primer testimonio cinematográfico de este suceso, una película de alto entretenimiento formal que debió ser filmada, con toda seguridad, a medida que los sucesos políticos se precipitaban en el país y no un trabajo directo, testimonial. La exposición es legítima, sin embargo, y su honradez, cabal. El subjetivismo acentuado del lenguaje cinematográfico creado por Soto recurre con frecuencia al *découpage* para encontrar en el pasado del protagonista y su mujer las razones de su frustración. Confusamente aparece entonces la época en que Chile se dio un efímero gobierno de Frente Popular en 1938, o bien, aquella en que el Partido Comunista fue declarado fuera de la ley en 1947 y las persecuciones políticas alcanzaron a toda la izquierda chilena. Con ellas se mezclan los antecedentes inmediatos del triunfo electoral de 1970, en una especie de buceo rudimentario de las motivaciones históricas de varias conductas individuales. El fervor, la incredulidad y desconfianza, al igual que la indiferencia, son desnudadas con el acontecer político, pero no se logra obtener su sentido colectivo, es decir, la visión de una sociedad entera empeñada en cambiar su destino. El personaje de la prostituta y la poeta son más que nada casos particulares, dolorosos. casi patibularios, diríamos, de una fauna que prolifera en la noche santiaguina y de la cual ha dado cuenta la narrativa profusión.

La anécdota en esta película argumental existe como un soporte de la expresión formal, de cierto technicolor desrealizador que hasta cierto punto la acerca a las obras de Costa Gravas. Es el drama de toda una generación de hombres que se encuentran de pronto frente a una revolución en marcha y tienen que inventar un lenguaje que ayude a catalizar el proceso político en el futuro inmediato. Pero inventar un lenguaje implica un cierto tipo de inocencia, un salirse de sí mismo, una inmersión más que un distanciamiento, que no ha logrado todavía Helvio Soto. En cambio, puede decirse que su nuevo film ha perdido la ingenuidad de trabajos anteriores tales como *Galiche sangriento,* exhibida en 1970 en el mismo festival. La llamada final del simpatizante con la lucha armada que desea adherir al proceso de la Unidad Popular, aunque condicionando su apoyo, es una puerta abierta para la incorporación de una masa ausente, de los marginados, del subproletariado que no ha sido integrado a los sindicatos ni a los partidos de izquierda. La película es un llamado a la ampliación de la base social de la Unidad Popular.

El nivel técnico del film es muy superior a todo lo visto hasta ahora en el cine que proviene de Chile y es de desear que señale su ingreso en el reducido grupo de países americanos que pueden lograr una audiencia internacional. La cámara se mueve esta vez con soltura y los defectos de sonorización son menores. Los cortes en la secuencia temporal comprometen la atención del espectador, le dan una extraña modernidad a la historia. Sólo el comienzo es problemático porque el abuso de planos múltiples produce confusión en la percepción de la historia. El mazo de temas se va perfilando y asentando a medida que trascurre la acción y logra comunicar la vibración sicológica de esos fantasmas remecidos por la ola en apariencia tranquila de una revolución de sufragios, pero que llama a la vigilancia del fusil, en caso de que se pretenda invalidar el triunfo popular.

Raúl Silva Cáceres

vient de paraître

CHOMSKY

GUERRE EN ASIE

Les nombreuses conséquences de la guerre des Etats-Unis en Indochine

HACHETTE LITTERATURE

chez votre libraire : **34 F.**

MANTENGASE EN VANGUARDIA, SIGA A BARRAL



¿ Ha leído ?

EL AZAR Y LA NECESIDAD, de Jacques Monod.
El primer best-seller científico ; tres ediciones a los tres meses de su aparición.

I CHING.
El más viejo oráculo y el más peligroso de los juegos.

¿ Sabe Vd. qué debe leer ?

SOLEDAD BROTHER, CARTAS DE PRISION DE GEORGE JACKSON.
La víctima de San Quintín se explica en alto nivel literario.

EN VIDA, de Haroldo Conti.
Premio Barral de Novela 1971.
No todos los premios literarios son un aparato publicitario.

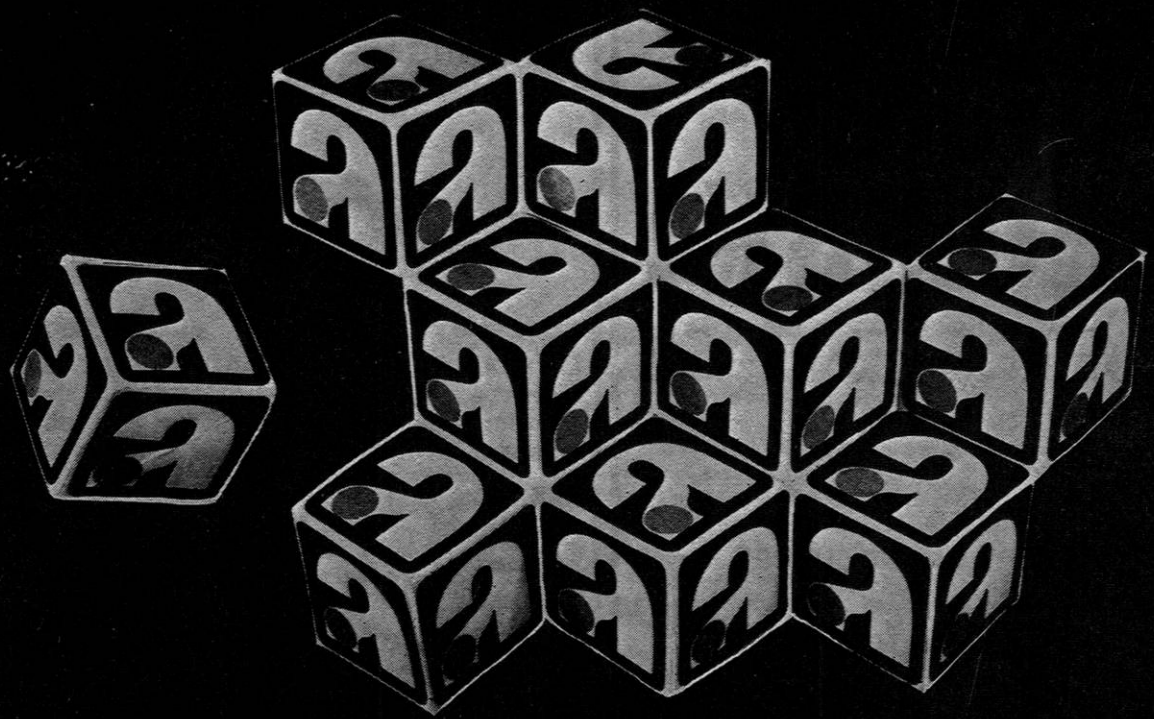
GARCIA MARQUEZ, HISTORIA DE UN DEICIDIO, de Mario Vargas Llosa.
Explorando un gran autor, define la novela y explica el milagro de la literatura latinoamericana.

¿ Conoce Vd. los grandes títulos de Breve Biblioteca de Reforma ?



SIGA A BARRAL EDITORES

el libro proximo, antes...



NOVEDADES :

Mario Benedetti
GRACIAS POR EL FUEGO (6a. ed.)

La novela que muestra el desgarramiento generacional en la sociedad latinoamericana.

German Espinosa
LOS CORTEJOS DEL DIABLO (2a. ed.)

Une historia de brujos e inquisidores en la América mitica y colonial narrada con lenguaje mágico.

Henry Miller
DIAS TRANQUILOS EN CLICHY

Miller y Montmartre en los nostalgicos recuerdos rabelesianes del sexo cotidiano en un París feliz.

Herbert Marcuse
LA AGRESIVIDAD EN LA SOCIEDAD ACTUAL

El fenomeno social actual y su violencia bajo el analisis implacable del pensador político más polémico del momento.

PROXIMOS TITULOS :

George Pendle
HISTORIA DE LATINOAMERICA

La trayectoria del continente en un manual eficaz, desde los Incas a la Revolución Cubana.

LeRoi Jones
EL SISTEMA DEL INFIERNO DE DANTE

La vida de un negro en los arrabales de Newark, en Estados Unidos ; un inventario de violencia y sórdida poesía.

Mario Benedetti
LA TREGUA (7a. ed.)

La vision del desamparo existencial bajo una anecdota de amor frustrado.

Adonias Filho
EL FUERTE

Una casa poblada de duendes y de historia que durante tres siglos sirve de trinchera, hospital y asilo de la poética recreación de la ciudad de Bahía.

EDITORIAL

alfa s.a.

Ciudadela 1389
MONTEVIDEO
Uruguay

casterán

los REDACTORES DE "LIBRE" en SEIX BARRAL

BIBLIOTECA BREVE

CARLOS BARRAL, *Figuración y fuga.*	140
JUAN GOYTISOLO, *Campos de Níjar.*	100
SEVERO SARDUY, *Gestos.*	120
MARIO VARGAS LLOSA, *La ciudad y los perros.*	165

NUEVA NARRATIVA HISPÁNICA

J. FLAKOLL Y CLARIBEL ALEGRÍA, *Cenizas de Izalco.*	140
MARTA TRABA, *Los laberintos insolados.*	130
MARIO VARGAS LLOSA, *Conversación en La Catedral.*	300

BIBLIOTECA FORMENTOR

MARIO VARGAS LLOSA, *La casa verde.*	220

BIBLIOTECA BREVE DE BOLSILLO

JUAN GOYTISOLO, *Fin de fiesta.*	50

notas de lectura en LIBRE

JOSÉ DONOSO, *El obsceno pájaro de la noche.*	275
ANA M.ª MOIX, *Julia.*	120

el 18 de mayo próximo un jurado compuesto por
G. CABRERA INFANTE, LUIS GOYTISOLO, JUAN RULFO,
PEDRO GIMFERRER Y JUAN FERRATÉ
otorgará el

PREMIO BIBLIOTECA BREVE 1972

se admiten originales por duplicado hasta el 1 de febrero

EDITORIAL SEIX BARRAL, S.A.

Provenza, 219. Barcelona, 8.



Sumario

B.D.I.C

4 Debate
Libertad y Socialismo.
5 Respuesta de Fernando Claudín.
9 Respuesta de Carlos Franqui.
11 Respuesta de Salvador Garmendia.
13 Respuesta de Freddy Muñoz.
17 Jean Genet
Entrevista.
21 Carlos Fuentes
La disyuntiva mexicana.
33 Juan Goytisolo
La novela española contemporánea.
41 Angel Rama
A quien leyere, extranjero.
47 José María Blanco White
Antología
79 Carlos Barral
Retrato a la sanguina sobre cartón gris.
89 Severo Sarduy
Cobra.
100 Darwin Flakoll-Claribel Alegría
Heridos y contusos
104 Daniel Moyano
Para que no entre la muerte.
108 Rubén Bareiro Saguier
Caléndula
110 Plinio Apuleyo Mendoza
El día que enterramos las armas.
113 Nélida Piñón
Oriente Próximo.
118 Antología
Seis poetas peruanos.
134 Marta Traba
Las aventuras de la soledad.
137 Carlos Franqui
Calder.
140 Notas de Lectura.

Libre
Revista crítica trimestral
para el mundo de habla española.

Oficina de Información :
26, rue de Bièvre, Paris 5e, tel. 325.26.45.
Sede social : Domaine de Sien, Echandens, Vaud, Suiza.
Suscripciones y pedidos
Países de América Latina :
26, rue de Bièvre, Paris 5e.
Otros países :
Editions du Seuil, 27, rue Jacob, Paris 6e, tel. 326.84.70, por giro postal C.C.P. 3 042-04 Paris, por cheque bancario, o por mandat lettre.
Valor del número : 18 francos.
Suscripciones para cuatro números : 70 francos.

Distribuidores en América Latina.
Argentina Librería Galerna, Tucumán 1 425, Buenos Aires.
Bolivia Editorial Difusión, Mariscal Santa Cruz 1 224, La Paz.
Colombia Producciones Díaz-Ercole, Apartado 7347, calle 23, n° 7-27, Bogotá.
Chile Editorial Universitaria, Casilla 10 220, San Francisco 454, Santiago de Chile.
Guatemala Librería Universal, 13, calle 4-16, zona 1, Guatemala.
Honduras Juan R. Funes, calle Las Damas, casa n° 620, Tegucigalpa.
México Editorial Oasis, Oaxaca 28, México 7, D. F.
Paraguay Estudio 70, Presidente Franco 670, Asunción.
Perú Norma Angles, General Cordova 1 776, Lince, Lima.
Puerto Rico Librería La Tertulia, Amalia Marín esq. av. González, Río Piedras.
República Dominicana Librería Paz y Alegría, Apartado 841, Santo Domingo.
Uruguay Editorial Alfa, Ciudadela 1 389, Montevideo.
Venezuela Distribuidora Latinoamericana de Ediciones, C. A., Apartado 50 304, calle San Antonio, Sabana Grande, Caracas.

Pagos por concepto de distribución y publicidad deben hacerse por giro o cheque al Banque Crédit Suisse, Ginebra, para abonar en la cuenta n° 225 093 de Editions Libres, S. A.

Advertencia
Salvo mención contraria, los materiales publicados en Libre son inéditos en español. Se prohibe su reproducción total o parcial sin autorización previa. Todas las colaboraciones deben ser dirigidas a la oficina de información, 26, rue de Bièvre, Paris 5e. La revista no se hace responsable de manuscritos no solicitados. Las opiniones expresadas en los textos firmados sólo comprometen al autor.

Imprimé en France sur les Presses de l'U.P.I. - Bordeaux.

B.D.I.C

œuvres de la littérature latino-américaine

CHOISIES PAR CLAUDE DURAND ET SEVERO SARDUY

JOSE LEZAMA LIMA
Paradiso

REINALDO ARENAS
Le monde hallucinant

JORGE-LUIS BORGÈS
Evaristo Carriego

G. GARCIA MARQUEZ
Cent ans de solitude
Prix du Meilleur livre étranger 1970

HEBERTO PADILLA
Hors jeu

J. GUIMARÃES ROSA
Buriti
Les nuits du Sertao
Hautes plaines

ERNESTO SABATO
Alejandra

SEVERO SARDUY
Gestes
Ecrit en dansant

aux Editions du Seuil 27, RUE JACOB - PARIS 6e

Imprimé en France

Libre 3

García Márquez Diálogo
Borges Entrevista
Lezama Lima Lenguaje
Ribeiro Cuento
Bejar Discusión
Delgado Perú
Maldonado Denis Puerto Rico
Pompeyo Márquez Testimonio
J.E. Pacheco Yurkievich Poemas
Venezuela Antología
J.A. Goytisolo, Marta Traba,
Suescún, Curutchet Textos Notas

1972

B.D.I.C

Severo Sarduy

COBRA



« Il amuse, entraîne, provoque, étonne, séduit...
Le plus représentatif, le plus doué et le plus drôle aussi des « nouveaux nouveaux romanciers. »
F. WAGENER - LE MONDE

« Il suffit de lire une ligne, quelques mots assemblés par Sarduy, pour l'identifier.
Sa langue est une des plus belles qui soient aujourd'hui. »
H. BIANCIOTTI - LA QUINZAINE LITTERAIRE

Traduit de l'espagnol par Ph. Sollers et l'auteur
Un volume de 176 pages **21 F**

José Donoso

L'OBSCÈNE OISEAU DE LA NUIT



« Une des œuvres romanesques les plus originales et aussi les plus troublantes de la littérature latino-américaine actuelle. » **C. FELL - LE MONDE**

« Des créatures goyesques, un univers buñuélien, le plus grand romancier chilien. » **LUIS BUNUEL**

Traduit de l'espagnol par Didier Coste
Un volume de 448 pages **36 F**

Seuil

B.D.I.C

DON J.-M. DUFOUR

Libre

Revista crítica trimestral
del mundo de habla española

Número 3, Marzo, Abril, Mayo, 1972.

Colaboradores

Claribel Alegría
Rubén Bareiro Saguier
Carlos Barral
Alfredo Bryce
Fernando del Paso
Albina du Boisrouvray
Italo Calvino
Ernesto Cardenal
José María Castellet
Antonio Cisneros
Fernando Claudín
Julio Cortázar
José Donoso
Carlos Droguett
Jorge Edwards
Hans Magnus Enzensberger
Darwin Flakoll
Carlos Fuentes
Carlos Franqui
Gabriel García Márquez
Salvador Garmendia
Jean Genet
Jaime Gil de Biedma
Adriano González León
Juan Goytisolo
Luis Goytisolo
José Agustín Goytisolo
Rodolfo Hinostroza
Noe Jitrik
Roberto Juarroz
Enrique Lihn
Luis Loayza
Pompeyo Márquez
Plinio Apuleyo Mendoza
Carlos Monsiváis
Daniel Moyano
Freddy Muñoz
Juan Nuño
Julio Ortega
José Miguel Oviedo
José Emilio Pacheco
Octavio Paz
Teodoro Petkoff
Nélida Piñón
Sergio Pitol
Angel Rama
Julio Ramón Ribeyro
Vicente Rojo
Severo Sarduy
Jorge Semprún
Susan Sontag
Nicolás Suescún
Antoni Tápies
Freddy Téllez
Marta Traba
Francisco Urondo
José Angel Valente
Mario Vargas Llosa
Manuel Vázquez Montalbán
Saúl Yurkievich

Este número aparece bajo
la dirección de Teodoro Petkoff
y Adriano González León

Jefe de redacción
Plinio Apuleyo Mendoza

Secretaria administrativa
Grecia de la Sobera

Publicación de Editions Libres S.A.
Oficina de Información en Francia
26, rue de Bièvre, París (5e). Teléfono : 325.26.45
Sede social : Domaine de Sien, Echandens (Vaud)
Suiza.

Colaboraciones :

La entrevista con Gabriel García Márquez, realizada por Plinio Apuleyo Mendoza, tuvo lugar a comienzos de año en Barcelona.

La entrevista con Jorge Luis Borges fue concedida al estudiante peruano Alex J. Zisman, en Londres.

Freddy Téllez, colombiano (1946), autor del ensayo sobre Lezama Lima, reside actualmente en París, luego de haber cursado estudios de linguística en la Academia de Ciencias de Berlín.

Pompeyo Márquez, actual secretario general del MAS (Movimiento al Socialismo), fue miembro del Comité Central y del Buró Político del Partido Comunista de Venezuela, y fundador del periódico « Tribuna Popular ». Su artículo *Del dogmatismo al marxismo crítico* traza, a través de un testimonio personal de sus cuarenta años de lucha política, la trayectoria del movimiento revolucionario en Venezuela.

Carlos Delgado, autor del trabajo *Significado político y social del proceso revolucionario peruano,* es vice-presidente de SINAMOS (Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social), organismo creado por el gobierno peruano para promover la participación popular. Antropólogo, profesor universitario, es uno de los intelectuales civiles que más influencia ha tenido en el actual proceso revolucionario del Perú y se le considera el ideólogo principal del régimen.

Manuel Maldonado Denis, sociólogo y catedrático del departamento de ciencias políticas de la Universidad de Puerto Rico, es autor del libro *Puerto Rico, una interpretación histórico-social,* cuya cuarta edición fue publicada recientemente por la editorial Siglo XXI. El estudio que publicamos examina la dependencia de la isla bajo el colonialismo español y bajo el imperialismo norteamericano.

La entrevista con el dirigente revolucionario Héctor Béjar fue realizada por el sociólogo alemán Heinz Rudolf Sonntag, ex-profesor de la Universidad Central de Caracas y actualmente catedrático de la universidad Konstanz, Alemania.

Julio Ramón Ribeyro, narrador peruano, autor de las novelas *Crónica de San Gabriel* y *Los geniecillos dominicales* y cuatro libros de cuentos, desempeña actualmente en París el cargo de agregado cultural de la Embajada del Perú. *Los Jacarandás,* el cuento que publicamos, corresponde a su más reciente producción literaria.

Lizandro Chávez Alfaro, nicaragüense, con veinte años de residencia en México, obtuvo en 1962 el premio de cuentos Casa de las Américas. *Una red de agujeros* es un fragmento de su nueva novela, aún inédita.

Francisco Arturo Alvarado, nacido en Tela, Honduras (1950), es actualmente estudiante de literatura hispánica en la universidad del Estado de New York en Stony Brook. *Tololín* es el primer texto narrativo que publica.

Antonio Ramos Gascón, español, autor de los *Textos Breves,* es profesor de literatura en Pennsylvania State University. Esta es su primera publicación literaria.

Antología venezolana. Seleccionada por Adriano González León, incluye los nombres de Juan Sánchez Peláez, Francisco Pérez Perdomo, Rafael Cadenas, Eugenio Montejo, Ramón Palomares, Luis Alberto Crespo, José Barredeta, Víctor Valero Mora y Camilo Guevara.

José Emilio Pacheco, poeta y novelista mexicano, es autor de los *Tres poemas canadienses,* inéditos, que publicamos.

Saúl Yurkievich, poeta y ensayista argentino autor de cinco libros de poemas y de cuatro libros de crítica literaria. El poema que publicamos pertenece al libro inédito *Rimbomba.*

Nicolás Suescún, narrador y poeta colombiano, ex-director de la revista *Eco* de Bogotá, ha compuesto, mediante un procedimiento de *collage* y la utilización de recursos retóricos propios del lenguaje oficial, la parodia que publicamos bajo el título *Transcendental declaración.*

Marta Traba, crítico de arte y novelista argentina, hace una amplia reseña sobre la Primera Bienal Centroamericana de Pintura, a la cual asistió como jurado.

Autores

García Márquez
Entrevista
por Plinio Apuleyo Mendoza

Jorge Luis Borges
Entrevista
por Alex J. Zisman

Lezama Lima
o el Juego de la escritura
por Freddy Téllez

Entrevista con Gabriel García Márquez

Por Plinio Apuleyo Mendoza.

« Necesito silencio y muy buena temperatura para escribir desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde », dice García Márquez. El lugar donde trabaja, en su apartamento del barrio de Sarriá en Barcelona, corresponde bien a estas exigencias : un cuarto pequeño, con una ventana de planta baja que da a un trozo de césped y a una calle tranquila, de aspecto provincial. De noche, cuando llueve, se ve relumbrar la lluvia en el farol de la esquina, y uno tiene la impresión de que no está lloviendo en una gran ciudad, sino en el empedrado de una aldea, por la que no pasa ningún automóvil. Buena parte del cuarto está ocupado por dos muebles : una mesa mallorquina, amplia, con soporte de hierro forjado, vagamente episcopal, y un diván moderno forrado en tela roja. Todo está dispuesto en orden sobre la mesa, como en el taller de un relojero : carpeta, lápices, lámpara, un par de anteojos. En la pared, un poster comprado en el Boul Mich : brusca, la imagen de una máquina de escribir despedazada por las ruedas de un automóvil.

García Márquez tiene apenas dos años menos de la edad que siempre consideró como la ideal para un escritor : 43 años. (« 45 es la edad para escribir buenas novelas ».) Hoy ha perdido el aire de argelino desamparado que tenía en París, cuando por culpa de su aspecto y de la guerra de Argelia los policías franceses lo metían a empellones en los coches celulares con demasiada frecuencia. Ahora, en la cuarentena, ha tomado más bien el aspecto macizo y seguro de un boxeador en retiro ; algunos pelos grises se le enroscan en las cejas y en el bigote. Para trabajar viste un overol de mecánico con bolsillos cerrados por cremalleras, y calza unas pantuflas de abuelita (que así llama, por lo demás), forradas por dentro en lana. El overol le resulta una prenda no solamente cómoda, funcional, sino también reconfortante. Le recuerda el aspecto artesanal y duro de su oficio de escritor. Para decirlo sólo de una manera metafórica, es un oficio de hombres, escribió alguna vez, queriendo con ello significar que confía más en el esfuerzo sistemático, en el rigor del trabajo, que en la incierta inspiración.

García Márquez, que tiene por los artefactos y las innovaciones técnicas el mismo fervor fascinado de José Arcadio Buendía, utiliza para escribir una máquina eléctrica muy moderna. Corrige a mano, en tinta negra, el trabajo del día anterior y saca en limpio antes de pasar los originales a una mecanógrafa, que viene por las tardes a su casa. Después del almuerzo, despatarrado en un sofá, en el fondo de un salón penumbroso y tranquilo con parlantes estereofónicos estratégicamente situados, oye varias horas de música. Música clásica ; pero también Manzanero, también Toña la Negra o los Beatles. « La música clásica que más me gusta es la música de cámara romántica, sólo que la considero romántica desde Beethoven hasta Bartok. »

El teléfono empieza a sonar en su casa después de las cinco de la tarde. Son los amigos, que lo saben disponible a partir de esa hora. « Necesito alcohol y amigos para conversar », dice. El alcohol es buen whisky escocés. Acostumbra ir en grupo a un restaurante de las ramblas donde burgueses catalanes, pulcros y rasurados como si acabaran de salir de la peluquería, pasan largos minutos cavilosos estudiando el menú. García Márquez, que es un gastrónomo experto, pide cosas refinadas e inverosímiles (conejo con caracoles o pollo con langosta) con un aire solemnemente provocador, y un recóndito entusiasmo experimental que sigue perteneciendo a la estirpe de los Buendía.

« Yo pienso—escribió alguna vez—que soy el Vargas Vila de mi generación, y que tal vez por eso, inconscientemente, me vine a Barcelona. » Lo cierto es que la ciudad le gusta, así como París le produce una zozobra epidérmica (salvo en verano cuando el calor la convierte, según él, en un « Macondo de suecas semidesnudas en las terrazas de los cafés »). Suele dar largos paseos a pie por el barrio Gótico. Descubre sitios pintorescos : por ejemplo, una fonda llena de humo en la Calle de los Baños Nuevos donde uno no se sorprendería demasiado de encontrarse alguna noche, bajo los toneles de vino y las piernas de cordero colgadas del techo, a Cristóbal Colón.

Desde que regresó de Colombia y las Antillas, en setiembre de 1971, García Márquez ha trabajado sin interrupción. Terminó un libro de cuentos (1) en los ratos libres que le deja su última versión de El Otoño del Patriarca. *Esta será una novela tan extensa como* Cien Años de

(1) *La increíble y triste historia de la cándida Eréndida y de su abuela desalmada.*

Soledad, *con cerrados capítulos de cincuenta páginas, y por lo que es dable suponer a través de las pistas dadas por G.G.M., escrita con un lenguaje que lleva el ritmo, el encadenamiento y el deslumbramiento verbal de un poema en prosa. Como es sabido, « El Otoño del Patriarca » alude también a la soledad : a la soledad del poder, a través de la imagen « totalmente nostálgica » de un dictador tropical. A este personaje de por sí desmesurado en la realidad, García Márquez le da un tratamiento mitológico : su dictador vive más de 200 años y según parece llega a los extremos de vender el mar y de arrendarle su país a los* Marines *a cambio de un cuarto lleno de juguetes. Todas las circunstancias de su largo tránsito por el poder tienen el mismo signo de hiperbólica desmesura, de atrevida fabulación.*

El libro estaba virtualmente terminado hace un año. Releyéndolo, García Márquez tuvo la impresión de haber llegado a una versión muy cercana a su propósito, luego de dos tentativas fallidas. Pero lo hallaba demasiado ascéptico. Le faltaba, para decirlo con sus palabras, olor a guayabas podridas. Fue justamente esa la razón para trasladarse con su familia a la zona del Caribe el año pasado.

Por espacio de seis meses vivió en Barranquilla. Esta ciudad en la costa colombiana está para él asociada a remotas vivencias, vivencias que despiertan desde el momento en que se abre la portezuela del avión y entra una bocanada de aire caliente con olor a caimán. Todavía viven allí varios de sus mejores amigos. Con ellos pasa noches enteras bebiendo ron bajo los almendros de un traspatio, y hablando de cosas que rara vez tienen algún parentesco con la literatura. En un sector desolado de bodegas y cantinas próximo al mercado, está la polvorienta sala de redacción donde escribió su primera novela. Frente, el burdel donde vivía. Las cosas que han desaparecido con el tiempo (la tertulia del sabio catalán, la farmacia de su novia, el prostíbulo de la negra Eufemia) quedaron en las páginas de Cien Años de Soledad.

Contaminándose, pues, de hedores, sabores y colores del trópico, El Otoño del Patriarca *avanza hacia su terminación. Pero es difícil preguntarle a García Márquez acerca de este libro, que es un libro en preparación y por lo tanto vedado. No le gusta hablar públicamente de las cosas que está haciendo.*

—Dime, ¿ es una supertición ?

—No me gusta contestar preguntas sobre los libros que estoy escribiendo, porque todavía forman parte de mi vida privada. Las pocas veces que lo he hecho me he servido de materiales dudosos, que han terminado en el cajón de la basura. Siento un poco de buena compasión por los autores que cuentan en entrevistas el argumento de su próximo libro : es casi una prueba de que las cosas no les están saliendo bien, y se consuelan resolviendo en la prensa los problemas que no han podido resolver en la novela.

—Pero del libro en proceso sueles hablar en privado con tus amigos. Con algunos, al menos...

—Eso es distinto ; hace parte de mi método de trabajo. La reacción de ellos me ayuda a valorar mis materiales. Sin embargo, también esto debe tener su medida, pues si se habla demasiado y durante mucho tiempo de un tema en proceso, se corre el riesgo de perder el interés a fuerza de manosearlo. Eso mismo sucede después, durante el trabajo de corrección : hay que saber hasta dónde se llega para no echar todo a perder. En ese sentido, escribir es algo tan misterioso como cocinar.

—Me parece que crees poco en la inspiración. ¿ Es cierto ?

—Cuando se quiere escribir algo se establece una especie de tensión recíproca entre uno y el tema, de modo que uno atiza el tema y el tema lo atiza a uno. Hay un momento en que esa relación alcanza un punto ardiente en que todos los obstáculos se derrumban solos, los conflictos se apartan, y a uno se le ocurren cosas que no había soñado, y entonces no hay en la vida nada mejor que escribir. Esto es lo que se conoce como *inspiración.* Los románticos desprestigiaron la palabra, pero la situación es real, no como estado de gracia ni como soplo divino, sino por una reconciliación con el tema a fuerza de tenacidad y dominio.

—A veces suspendes deliberadamente, por semanas y aún por meses (¡ o por años ¡) el libro que estás escribiendo. ¿ Cuándo exactamente lo interrumpes ?

—Cuando siento que declina esa relación intensa con lo que estoy escribiendo. Entonces vuelvo a reconsiderar todo desde el principio. Son las épocas en que compongo con un destornillador las cerraduras y los enchufes de la casa, y pinto las puertas de verde, porque el trabajo manual me ayuda a dominar el miedo a la realidad. Hasta ahora no me he equivocado : siempre que pierdo el entusiasmo de lo que estoy escribiendo, es porque hay una falla grande que no advertí a tiempo. A veces necesito años para descubrir donde está.

—Le asignas mucha importancia al primer párrafo de tus libros. Alguna vez me dijiste que concebías perfectamente que uno tardara tres años en escribir este primer párrafo y tres meses en escribir el resto. De acuerdo con esto, ¿ hay más probabilidades de que la falla esté justamente al principio ?

—La falla puede estar en cualquier parte del libro, pero lo malo es que cuando uno la siente ya ha trabajado mucho tiempo sobre ella. Por eso le pongo tanta atención al primer párrafo, porque él solo puede ser un laboratorio para establecer sin muchos sacrificios todos los elementos del estilo, estructura y lenguaje, y hasta la longitud del libro. *La Mala Hora* estaba planeada como una novela mucho más larga, pero en el curso de la escritura, que fue muy árdua y accidentada, fuí modificando los planes sin acordarme más del principio. Cuando conocí a Angel Rama, en México, lo primero que me dijo, con toda razón, es que *La Mala Hora* empieza como si fuera un libro mucho más largo.

—¿ Donde sueles encontrar la solución ?

—Donde menos me lo imagino. La novela que estoy escribiendo ahora la suspendí en México, en 1962, cuando llevada casi 300 cuartillas, y lo único que se salvó de ellas fue el nombre de un personaje. La reanudé en Barcelona en 1968, trabajé mucho durante unos seis meses, y la volví a suspender porque no estaban muy claros algunos aspectos morales del protagonista, que es un dictador muy viejo. Como dos años después compré un libro sobre cacería en el Africa porque me interesaba el prólogo escrito por Hemingway. El prólogo no valía la pena, pero seguí leyendo el capítulo sobre los elefantes, y allí estaba la solución de la novela. La moral de mi dictador se explicaba muy bien por ciertas costumbres de los elefantes.

—El año pasado, cuando te fuiste a Colombia, lo volviste a suspender.

—Sí, pero no porque hubiera notado ninguna falla grande en el personaje ni en la estructura, sino porque hubo un momento en que no conseguía que hiciera calor en la ciudad del libro, y eso era muy grave, pues es una ciudad imaginaria del Caribe. No basta con escribir : *Hacía un calor tremendo.* Al contrario, es mejor no escribirlo y hacer que el lector lo sienta.

—¿ Cómo resolviste el problema ?

—Lo único que se me ocurrió fue cargar con toda mi familia para el Caribe, y estuve errando por allá casi un año, sin hacer nada. Cuando regresé a Barcelona revisé lo que llevaba escrito, sembré unas plantas de flores muy intensas en algún capítulo, puse un olor que hacía falta en otra parte, y creo que ahora no hay problema y que el libro va disparado sin tropiezos hasta el final.

—¿ Qué hiciste de especial durante ese viaje ?

—Simplemente viví en el aire del Caribe, que es el único mundo en que no me siento extranjero, y donde pienso mejor. Lo más interesante fue volver a las Antillas Menores : Antigua, Martinica, Guadalupe, Trinidad, Barbados, Curazao. Son unas islas hermosas y miserables, donde uno vuelve a convencerse de que los españoles, con todo lo que les reprochamos, son los únicos que pusieron los riñones en su empresa colonial, y los que de veras crearon un mundo nuevo. Los franceses y los ingleses no han dejado siquiera un idioma, y hay una separación radical entre los colonos y los nativos. Por un lado están los pueblos polvorientos y ardientes cuyas casas de madera se desbaratan con los ciclones, están los chinos cruzados de indios que lavan ropa y venden amuletos, y los hindúes verdes que salen de sus tiendas de marfiles para cagarse en la mitad de la calle, y por otro lado están los rascacielos de vidrios solares de los hoteles de los gringos, con su mar de topacio y sus playas privadas. Es un mundo sin términos medios.

—¿ Cómo te pareció Curazao ?

—Es una bella locura de los holandeses, lo único distinto en las Antillas. La ciudad es una

miniatura de Amsterdam, con canales interiores de puentes levadizos, y tulipanes en las refinerías de petróleo, y casas de madera de colores muy vivos con techos para la nieve en un trópico de 30 grados. Yo llegué un martes cualquiera, pero el comercio estaba cerrado y había banderas en los balcones y música en la calle, porque era el cumpleaños de la reina de Holanda a 10 000 kilométros a través del océano. No logré convencer a nadie de que aquello no tenía sentido porque en Amsterdam ya era miércoles y el cumpleaños de la reina había sido ayer. Todo es posible en Curazao : tú te sientas a tomarte una cerveza en la terraza de un café, y de pronto te quitan la mesa, y te dicen que te apartes, y es que un trasatlántico blanco está cruzando el centro de la ciudad por entre las vitrinas de las tiendas y las cocinas de los hoteles.

—Viajas mucho. ¿ Te has preguntado alguna vez por qué ?

—No sé por qué. Es una de las cosas que más me aburren, y todas las ciudades me parecen iguales y como ya te dije me siento extranjero en todas partes menos en el Caribe. Lo que me queda de los viajes son unas imágenes fugaces que permanecen para siempre en la memoria y que no sé muy bien para qué sirven. De mis siete años en México, que es una ciudad dura con gente que quiero mucho, no me va quedando más que el recuerdo de una tarde increíble en que estaba lloviendo con sol por entre los árboles del bosque de Chapultepec, y me quedé tan fascinado con aquel prodigio que me trastornó la orientación y me puse a dar vueltas en la lluvia sin encontrar por donde salir. En *Cien Años de Soledad,* alguien va a matar al coronel Aureliano Buendía cuando éste está escribiendo *el poema del hombre que se extravió en la lluvia.*

—Es curioso, pero de París, en cambio, no pareces conservar ningún recuerdo nostálgico. Es una ciudad que nunca hemos visto del mismo modo ¿ Se debe a tu conocida fobia contra los franceses ?

—No, también conservo de París una imagen fugaz que compensa todas mis hambres viejas, y toda la grosería y la mezquindad de los franceses. Había sido una noche muy larga, pues no tuve donde dormir, y me la pasé cabeceando en los escaños, calentándome en el vapor providencial de las parrillas del metro, eludiendo los policías que me cargaban a golpes porque me confundían con un argelino. De pronto, al amanecer, tuve la impresión de que todo rastro de vida había terminado, se acabó el olor de coliflores hervidos, el Sena se detuvo, y yo era el único ser viviente entre la niebla luminosa de un martes de otoño en una ciudad desocupada. Entonces ocurrió : cuando atravesaba el puente de Saint Michel sentí los pasos de alguien que se acercaba en sentido contrario, sentí que era un hombre, vislumbré entre la niebla la chaqueta oscura, las manos en los bolsillos, el cabello acabado de peinar, y en el instante en que nos cruzamos en el puente ví su rostro óseo y pálido por una fracción de segundo : iba llorando.

—¿ Cuál es tu sitio ideal para escribir ?

—Para mí el sitio ideal es la isla desierta por la mañana y la gran ciudad por la noche. Yo necesito silencio y muy buena temperatura para escribir desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde, pero por la noche necesito un poco de alcohol y muy buenos amigos para conversar, y siempre tengo que estar en contacto con la gente de la calle y bien enterado de la actualidad. Esto corresponde a lo que quiso decir William Faulkner cuando declaró que la casa perfecta para un escritor es un burdel, pues en las horas de la mañana hay mucha calma para escribir, y en cambio todas las noches hay fiesta. Es curioso que esta declaración la publicó *The Paris Review,* cuando yo vivía en Barranquilla, y precisamente en un burdel.

—Háblame de ese burdel. ¿ Cómo era ?

—Era un hotel muy grande con cuartos de tabique de cartón, en los cuales se escuchaban los secretos de los cuartos vecinos. Yo reconocía las voces de muchos señores respetables de la ciudad, inclusive de algunos funcionarios del alto gobierno, y me enternecía comprobar que la mayoría no iba para hacer el amor sino para hablarles de sí mismos a sus compañeras de ocasión. Como yo era periodista mi horario de vida era el mismo de las putas. Todos nos levantábamos al mediodía, y nos reuníamos a desayunar en familia en alguno de los cuartos con las muchachas y sus chulos, y entre ellos una

famosa estrella del beisbol del Caribe, que era un tipo estupendo y un chulo mundial. Entre huevos fritos y cerveza helada nos intercambiábamos los secretos de la noche anterior. Es curioso que las muchachas comentaban siempre lo que habían oído en el cuarto vecino, pero no mencionaban nunca lo que les habían dicho a ellas, como si también en la ética de su oficio existiera el secreto de la confesión.

—Muchas gentes se preguntan si no te da miedo seguir escribiendo, después del éxito estrepitoso de Cien Años de Soledad. Supongo que te habrán hecho ya esa pregunta.

—Si, me hacen esa pregunta con frecuencia, pero son gentes que desconocen por completo los problemas de la creación. Una carrera literaria, aunque su nombre parezca indicarlo, no es una competencia deportiva con uno mismo. Uno escribe cada vez el libro que puede escribir. *Cien Años de Soledad* la leí cuando revisé las pruebas de imprenta, hace cinco años, y sólo cambié dos palabras. La volví a leer hace unos meses, por casualidad, pues no tenía otra a la mano para un largo viaje de tren, y en ningún momento de su lectura se me ocurrió pensar si era más fácil o más difícil escribir algo mejor, aunque si ahora pudiera escribirla de nuevo no le cambiaría solamente dos palabras sino muchas páginas, y algunas cosas serían mejores. En todo caso, esa novela, como las anteriores y las futuras, fue el centro y la razón de mi vida mientras la estuve escribiendo, pero ahora es un león muerto, como decía Hemingway, y si alguna vez acepto que me hablen un poco de ella es solamente por buena educación.

—¿ Qué es, pues, lo que te gusta de tus libros ?

—Escribirlos. Una vez terminados no me interesan. La prueba es que he tenido libros inéditos durante muchos años, guardados en un ropero, y que nunca le he llevado un original a un editor para que lo publique.

—¿ Te incomoda el éxito ?

—Me estorba, la fama me intimida, y la consagración se me parece mucho a la muerte, y por eso me molesta participar en espectáculos públicos y no he asistido nunca a ningún acto de publicidad de mis libros. Comprendo que esto puede terminar en algo aterrador. El otro día, a la salida del teatro, una señora me dijo en mi propia cara : « Usted no existe ».

—¿ Cómo te gusta ser leído ?

—Es estupendo que lo lean a uno sin complejos, intelectuales, que la gente aprenda a perderle el respeto a la literatura. En realidad, todavía quedan demasiados rastros de cuando la cultura era un patrimonio oculto de aristócratas y hechiceros. Se nota hasta en la atmósfera de panteón de las librerías, donde nadie habla en voz alta, ni pisa fuerte, y donde no se atreve a entrar nadie que no sea un iniciado. Otra sería la suerte de la humanidad si todo el mundo supiera que *El Quijote* o *Gargantúa*, por ejemplo, no son esos aparatos sagrados de que hablan los pontífices, sino que son dos libracos muy divertidos con lo que todo el mundo puede morirse de risa sin necesidad de saber latín.

—Veo que no tienes en casa muchos libros. Casi nunca has tenidos muchos. ¿ Por qué ?

—Tengo un enorme desprecio por los objetos, y no hago excepción con los libros. Mis únicas propiedades son mis aparatos de música. Los libros, una vez leídos, los regalo, pues siempre estorban en la casa, son feos y mal resueltos como elementos de decoración, y cuesta mucho llevarlos de viaje. Mario Vargas Llosa, que tiene por los libros un respeto sagrado, se crispó cuando le contaron que mi mujer quería leer un libro que yo no había terminado, y resolví la situación de un modo muy práctico : cada vez que terminaba una hoja la arrancaba del libro y se la pasaba a ella.

—Pero supongo que habrá alguno que te interese guardar...

—Si un libro me interesa de nuevo lo vuelvo a comprar, lo vuelvo a leer y lo vuelvo a regalar. *Edipo Rey* lo he comprado infinidad de veces en el mundo entero y hoy no lo tengo. Los libros de Pablo Neruda me han costado la mitad de la vida. Mi biblioteca personal se reduce a unos pocos volúmenes que me gusta releer, pero que no son los mismos todas las épocas.

—¿ Cuáles son los más constantes ?

—Los más constantes son Conrad y Saint Exupery, y no tengo nada de Tolstoi, aunque creo que la mejor novela que se ha escrito es *La Guerra y la Paz.*

—A propósito de autores. Has admitido en alguna época influencias de Faulkner y Virginia Woolf, para no hablar de Sófocles y de tus abue-

los, o de libros como el Diario de la Peste o el Amadís de Gaula. Rara vez mencionas a Hemingway y a Graham Greene. ¿ No crees que estos autores ejercieron también alguna influencia en ti ? En una época, según recuerdo, los leías con muchas atención...

—A Greene y a Hemingway no los menciono entre mis influencias porque sus enseñanzas tienen un simple carácter técnico, y yo entiendo que las técnicas literarias son valores de superficie que en última instancia no pertenencen a nadie. Una influencia real e importante es la de un autor cuya lectura lo afecte a uno en profundidad hasta el punto de modificar ciertas nociones que uno tenga del mundo y de la vida. Por eso menciono a Sófocles, a Kafka, a Faulkner, a Rimbaud...

—*A Virginia Woolf.*

—... a Virginia Woolf, a la poesía española del Siglo de Oro y a la música de cámara desde Schuman hasta Bartok. Algún crítico ha dicho que esta es una lista de burla, porque no encontró en mis libros ningún rastro de Virginia Woolf.

—*¿ Lo hay ?*

—Claro que sí. Yo sería un escritor distinto del que soy, y tal vez hasta un hombre distinto, si a los 20 años no hubiera leído esta frase de *Mrs. Dalloway* :

Pero no había duda de que dentro (del coche) se sentaba algo grande : grandeza que pasaba, escondida, al alcance de las manos vulgares que por primera y última vez encontraban tan cerca de la majestad de Inglaterra, del perdurable símbolo del Estado que los acuciosos arqueólogos habían de identificar en las excavaciones de la ruinas del tiempo, cuando Londres no fuera más que un camino cubierto de hierbas, y cuando las gentes que andaban por sus calles en aquella mañana de miércoles fueran apenas un montón de huesos con algunos anillos matrimoniales, revueltos con su propio polvo y con las emplomaduras de innumerables dientes cariados.

—*¿ Dónde la leíste por primera vez ?*

—La leí mientras espantaba mosquitos y deliraba de calor en un cuartucho de hotel, por la época en que vendía enciclopedias y libros de medicina en los pueblos de la Guajira colombiana, y recuerdo que esa sola frase trastornó por completo mi sentido del tiempo, y me permitió vislumbrar en un instante todo el proceso de descomposición de Macondo, y su destino final. Más aún ; releyéndola ahora, 20 años después, yo mismo me pregunto asombrado si esa frase no sería el origen remoto del libro que estoy tratando de escribir sobre el enigma humano del poder, y sobre su soledad, y su miseria.

—*Volvamos a Hemingway. Dices que sus enseñanzas tienen un simple carácter técnico. Concretamente, ¿ qué te enseñó ?*

—Dos lecciones prácticas. La primera fue cuando dijo que el trabajo de cada día debe suspenderse cuando ya se sabe por donde se va a empezar mañana. Yo tenía antes la costumbre juvenil de escribir compulsivamente hasta agotar en una jornada todo el material resuelto, y a la mañana siguiente me enfrentaba con el fantasma de la hoja en blanco, sin saber por dónde empezar, y cuando lo lograba ya estaba cansado y de mal humor. El consejo de Hemingway tiene además la ventaja de que le permite a uno seguir enriqueciendo en la mente, durante el resto del día, lo que se va a escribir mañana.

—*¿ Y cuál es la otra lección ?*

—Es todavía más sencilla. En uno de sus cuentos de toreros, Hemingway describe un toro que embiste al capote, pasa de largo, y luego se vuelve como *un gato doblando una esquina.* Sólo cuando leí eso caí en la cuenta de que muchas veces había visto un gato deblando una esquina, y sin embargo nunca había notado que lo hace de un modo muy especial y diferente al de los otros animales. Fíjate bien que el gato no se separa de la pared para doblar la esquina, sino que se desliza contra ella, de modo que hay un momento en que la cabeza está en una calle y la cola en la otra, porque tiene la espina dorsal doblada en ángulo recto. El toro en el ruedo hace lo mismo con una esquina imaginaria. Parece una tontería, pero esa sola frase de Hemingway me dio una óptica nueva para observar el mundo.

—*¿ Y Graham Greene ?*

—A Graham Greene le tengo que agradecer—y en efecto se lo he agradecido—el haberme enseñado a descrifrar el trópico. A uno le cuesta mucho trabajo separar los elementos esenciales para hacer una síntesis poética en un am-

biente que conoce demasiado, porque sabe tanto que no sabe por dónde empezar, y tiene tanto que decir que al final no dice nada. Era ese mi problema con el trópico. Yo había leído con mucho interés a Cristóbal Colón, a Pigafetta y a los cronistas de Indias, que tenían una visión original, y había leído a Salgari y a Conrad y a los tropicalistas latinoamericanos de principios del siglo que tenían los espejuelos del modernismo, y a muchos otros, y encontraba una distancia muy grande entre su visión y la realidad. Algunos incurrían en enumeraciones que paradójicamente cuanto más se alargaban más limitaban la visión. Otros, ya lo sabemos, sucumbían a la hecatombe retórica. Graham Greene resolvió ese problema literario de un modo que me pareció certero : con unos pocos elementos dispersos, pero unidos por una coherencia subjetiva muy sutil y muy real. Con ese método se puede reducir todo el enigma del trópico a la fragancia de una guayaba podrida.

—¿ Qué otro consejo útil o enseñanza técnica aprovechable recuerdas haber recibido ?

—Uno que le escuché a Juan Bosch en Caracas, hace como quince años. Dijo que el oficio de escritor, sus técnicas, sus recursos estructurales y hasta su minuciosa y oculta carpintería hay que aprenderlos en la juventud. En realidad, hasta los 30 años uno escribe a chorros, se le ocurre más de lo que puede digerir, y se piensa que los conocimientos artesanales son un estorbo y que es mejor la espontaneidad. En ese momento es verdad, pero cuando la espontaneidad se acaba uno se queda sin nada si no aprendió a tiempo la sabiduría, porque los escritores somos como los loros que no aprendemos a hablar después de viejos.

—Cien Años de Soledad, como es bien sabido, se aparta por completo de la sobriedad, el rigor y el realismo de tus tres libros anteriores. ¿ Qué fue lo que te permitió romper aquellas estructuras racionalistas ? ¿ El hallazgo de un nuevo lenguaje ?

—No, no fue el repudio de una técnica ni el hallazgo de un lenguaje, sino mi propio proceso de maduración política.

—A ver, explicate un poco.

—Empecemos por el principio. La educación en América Latina es tan rudimentaria y azarosa que uno tiene que salvarse nadando solo. Yo estudié el bachillerato en un antiguo convento colonial sin calefacción y sin flores, en un pueblo de mentalidad estrecha, remoto y lúgubre, donde Aureliano Segundo fue a buscar a Fernanda del Carpio a mil kilómetros del mar. Para mí, que había nacido en el Caribe, aquel colegio era un castigo y aquel pueblo helado era una injusticia, y mi único consuelo era la lectura. Allí empezó mi formación literaria, leyendo a los poetas malos de las antologías oficiales, y empezó también mi formación política leyendo los libros de teoría marxista que me prestaba a escondidas mi profesor de historia. Cuando salí de aquel calabozo había cumplido 18 años y no sabía donde quedaba el norte, pero tenía ya las dos convicciones que han sido fundamento de toda mi vida : que el destino inmediato de la humanidad es el socialismo, y que toda buena novela debe ser una trasposición poética de la realidad.

—¿ Influyó, pues, la convicción política sobre la convicción literaria ?

—No. Los libros políticos que había leído enseñaban un método de interpretación de la historia mediante el análisis de la lucha de clases en las relaciones de producción, pero ninguno había tratado de enseñarme cómo se escribe una novela. Sin embargo, cuando publiqué *La Hojarasca*—nadando solo—mis amigos militantes me crearon un terrible complejo de culpa. Uno de ellos me dijo : *Es una novela que no desenmascara nada, y por lo consiguiente le hace el juego al imperialismo y a sus cómplices de la oligarquía nacional.* Ahora creo que es un argumento simplista y equivocado, pero creo también que estaba en el espíritu de aquella época y que me lo dieron de buena fe. El caso es que me obligaron a reflexionar. Ese era uno de los tiempos más sangrientos de Colombia, se estaban escribiendo muchas novelas infames sobre la violencia realmente infame que padecía el país, y yo sentí que era mi deber apartarme un poco de mis prematuras ideas literarias y enfrentarme con la realidad inmediata. Fue por pura buena suerte que no me rompí la crisma.

—¿ A eso, pues, se debe que La Mala Hora, El Coronel no tiene quien le escriba y la mayoría de los cuentos de los Funerales tengan una estructura racionalista ?

—Sí, esos tres libros son tres aspectos de un mismo tema central que tiene raíces muy profundas en la realidad de nuestro país. Su estructura racionalista está determinada por la propia naturaleza del tema. Pero de todos modos, como toda literatura premeditada, ofrecen una visión limitada, excluyente y estática de la realidad, y por muy buenos o muy malos que parezcan, son libros que se acaban en la última página. No quiero decir que me arrepienta de haberlos escrito, sino que constituyen un tipo de novela momentánea, y bastante más estrecha de la que yo me creo capaz de hacer.

—Algunos críticos han llegado a verlas como tentativas, ejercicios o búsquedas fallidas para escribir Cien Años de Soledad. ¿Qué opinas al respecto?

—No me parece justo. Son libros con su valor propio. Cualquier lector cuidadoso puede darse cuenta de que por el camino de *La Mala Hora* no se llega a *Cien Años de Soledad.*

—¿Cuándo comprendiste que debías cambiar de rumbo?

—Necesité casi siete años de reflexión, sin escribir una letra, para encontrar otra vez el hilo perdido desde *La Hojarasca.* Cuando decidí correr el riesgo de *Cien Años de Soledad,* y de los dos libros que estoy escribiendo ahora, fue porque mi propia madurez política me hizo ver que mis comisarios estaban equivocados, que el compromiso de un escritor con agallas no es solamente con la realidad política y social, sino con *toda la realidad* de este mundo y del otro sin preferir ni menospreciar ninguno de sus aspectos. Fue una especie de clarividencia ideológica que había de conducirme a una más amplia libertad de creación. La revolución cubana, con su explosión imaginativa y su atropellada humanidad, tuvo mucho que ver con esta recuperación de mi conciencia de escritor.

—Vamos a hablar de Cien Años de Soledad, aunque lo hagas sólo por buena educación. Confesabas a tus amigos la aspiración de escribir un libro « donde ocurriera todo ». Hablaste también de un « largo poema de la vida cotidiana ». ¿Cuál era concretamente tu anhelo?

—Mi ambición primitiva era encontrar una solución literaria integral, immediata y única, para todas las experiencias que de algún modo me hubieran afectado durante la infancia. No me daba cuenta, por supuesto, que esa misma ambición era une prueba de que todavía estaba un poco en un limbo infantil, pues lo primero que aprende un escritor maduro es que uno no escribe lo que quiere sino lo que puede.

—Muchos críticos han entendido el libro como une parábola o alegoría de la evolución de la humanidad...

—Pues mi propósito era mucho más modesto y simple. Sólo he querido dejar una constancia poética y más bien compasiva del mundo de mi infancia, que transcurrió en una casa grande y triste, con una hermana que comía tierra y una abuela ciega que adivinaba el porvenir en las aguas dormidas, y numerosos parientes de nombres iguales que nunca hicieron mucha distinción entre la felicidad y la demencia, ni nunca perdieron el candor ni se ganaron la lotería. Esto es lo que yo entiendo por une largo poema de la vida cotidiana.

—Pero los críticos han encontrado en el libro otras cosas más complejas...

—Si los críticos han encontrado otras cosas más complejas, puede ser que en realidad se me hayan salido por válvulas inconscientes, pero también puede ser porque los críticos, al contrario de los novelistas, no encuentran en los libros lo que pueden sino lo que quieren.

—¿Cómo debe interpretarse el papel de la fabulación en Cien Años de Soledad?

—Como una tentativa de romper los límites estrechos que los cartesianos y los estalinistas de todos los tiempos le han puesto a la realidad para que les cueste menos trabajo entenderla. Creo que esos límites no son físicos sino intelectuales, que nos han enseñado a ver las cosas de un modo y no queremos verla de otro modo, y yo no estoy haciendo nada nuevo cuando trato de romper esos condicionamientos mentales mediante trasposiciones poéticas.

—Trasposiciones poéticas de una realidad...

—Claro. En mis libros no hay una sola línea que no esté fundada en un hecho real. Mi familia y mis amigos viejos lo saben muy bien. Hay quienes me dicen : « Es que a tí te suceden cosas que no le suceden a nadie ». Yo creo que le suceden a todo el mundo, pero no tienen la sensibilidad para registrarlas, ni el hábito para verlas, y que

la gran mayoría de las personas cultas simplemente las rechazan y las ignoran por simple prejuicio intelectual.

—Podríamos concluir, pues, diciendo que, a la inversa, las cosas que suceden en Cien Años de Soledad parecen tanto más naturales cuando más se desciende de nivel cultural?

—Sí, yo conozco gente del pueblo raso que ha leído el libro con mucho ciudado, con mucho gusto, pero sin una admiración especial por un autor que al fin y al cabo no les cuenta nada que no se parezca a la vida que ellos viven. Algunos, comentando las peripecias de los Buendía, me han contado otras cosas que yo hubiera querido para mi libro.

—¿Te concedes una libertad total de fabulación? ¿Quiero decir, puedes inventar cualquier cosa?

—Referido a términos de trabajo, eso que estamos llamando fabulación mientras encontramos el nombre exacto, plantea problemas muy interesantes. Yo creo que toda novela es una representación cifrada de la realidad—o como he dicho alguna vez : una adivinanza del mundo—pero esa representación, a cualquier profundidad y a cualquier latitud, tiene una naturaleza propia, con sus leyes precisas e inviolables. El buen novelista no puede hacer lo que le da la gana, porque corre el riesgo de decir mentiras, y eso es mucho más grave en la literatura que en la vida real.

—¿Podrías ilustrar esto con un ejemplo?

—Yo no tenía más de cinco años cuando fue a nuestra casa un electricista a cambiar el contador. Lo recuerdo como si fuera ayer, porque me fascinó la correa con que se amarraba de los postes para no caerse. Volvió varias veces. Una de ellas, encontré a mi abuela en la cocina tratando de espantar una mariposa con un trapo, y diciendo : « Siempre que ese hombre viene se mete en la casa esta mariposa amarilla ». Ese fue el embrión de Mauricio Babilonia. Pero lo interesante es que por razones técnicas muy difíciles de explicar me convenía que las mariposas de la novela fueran azules. No conseguí cambiarles el color. El personaje resultaba falso con las mariposas azules, y no empezó a moverse con vida propia mientras las mariposas no tuvieran el color de la realidad.

—¿Pero no ocurre también la situación contraria? Es decir, ciertas cosas de la realidad que no logran pasar en el libro porque allí no resultan verosímiles.

—Sí, mi experiencia más illustrativa en ese sentido es la de Santa Sofía de la Piedad, que en la realidad se había vuelto leprosa. Estaba previsto que ese sería también su destino en la novela : al descubrirse la lepra, abandonaría la casa sin despedirse, y se iría a morir en un leprocomio para no contagiar a nadie. Todo el carácter del personaje está construido sobre la prudencia, la bondad y el espíritu de sacrificio que harían verosímil aquel desenlace, y sin embargo tuve que cambiarlo a última hora, porque dentro del mundo de la novela parecía un recurso truculento para despachar un personaje.

—Quiero hacerte una pregunta sobre el lenguaje, atendiendo el clamor de algunos amigos que suelen preocuparse desconsideradamente por las afirmaciones que a veces largas por ahí. En algunas declaraciones estableciste una oposición entre el español hablado y el español escrito. Decías textualmente : « Tratamos (los novelistas latinoamericanos) de escribir una novela con el español hablado, cuando en realidad debemos escribirlo con el español escrito. ¿Que querías decir concretamente con esto?

—Lo que quise decir es que el inglés, el francés o el italiano se escriben como se hablan, mientras que en castellano hay una división profunda entre la lengua hablada y la lengua escrita. Quise decir que un diálogo en castellano que es bueno en la vida real no es necesariamente bueno en la novela. Todavía no estamos muy lejos de aquella súplica ejemplar de la literatura española : *Decidme, buen hombre, ¿no teneis por ventura un mendrugo para esta pobre párvula famélica?*

—¿Pero a qué se debe, en tu opinión, esa división profunda entre el castellano que se habla y el castellano que se escribe?

—Me parece que eso se debe a que el castellano hablado anda por la calle, y en cambio al castellano escrito lo tienen preso desde hace varios siglos en ese cuartel de policia del idioma que es la Academia de la Lengua. Tratar de liberarlo, reduciendo cada vez más la distancia entre el castellano escrito y el castellano

hablado, es une tarea en que debemos empeñarnos los escritores de lengua castellana, y en la que de hecho estamos empeñados los novelistas latinoamericanos.

—En Colombia se precian de hablar muy buen castellano. ¿Que opinas tú? ¿Cuál es el mejor castellano?

—Yo creo que el mejor castellano es el más impuro porque lo va cambiando la necesidad cotidiana. Las gentes cultas de Colombia, que se precian de hablar el mejor castellano del mundo, hablan en realidad una forma atrasada del dialecto madrileño, en tanto que los escritores colombianos, los serios y respetables, se rompen la cabeza por escribir como los clásicos del siglo XVI. El castellano bueno es el de México, mezclado de nahuatl, de inglés, de francés, de invenciones maliciosas, inteligentes y vitales, dispuesto a romper todas las leyes por conseguir una expresión. La forma en que ha logrado sacarle partido a ese idioma dinámico es lo que ha hecho que el lenguaje de Juan Rulfo sea tan hermoso y eficaz.

—Pasando a otro tema: ¿sigues yendo al cine? En una época, recuerdo, parecía apasionarte más que la literatura.

—Hasta los 30 años fui al cine casi todos los días, hice crítica de cine, asistí a los festivales, estudié dirección de cine en Roma, y no hablaba sino de cine como toda la gente de cine. En México hice algunos guiones, muy malos, según dicen los que saben, pero también conocí la industria por dentro y me pareció que era imposible hacer un verdadero trabajo de creación con unas normas tan estrechas. El caso es que ahora no voy al cine más de dos veces al año, y casi siempre por ver las películas de mis amigos del Brasil que son las únicas que me interesan, tal vez porque su mundo es tan delirante como el mío y sus autores tan locos como yo quisiera ser.

—¿Cuáles son los directores que más admiras?

—En un repaso general de todo el cine que he visto me parece que los directores que más admiro son Orson Welles, sobre todo por *Una Historia Immortal*, y Kurosawa, sobre todo por *Barba Roja*. Pero la película que más me ha gustado no es de ninguno de ellos sino *Jules et Jim*, de Trouffault, y después *El General de la Rovere*, de Rossellini. Lo que más me ha apartado del cine, como espectador, no es el cine mismo, sino los trámites y las condiciones que se imponen parar ver una película. Tiene que ser a una hora que te fijan, hay que hacer cola para comprar la entrada, no puedes elegir el lugar que te guste, tienes que soportar a los que llegan tarde, a los que se besan sin consideración, y por último la película, que casi siempre es mala. Si hubiera que hacer todo eso para leer, nadie leería.

—¿Crees, pues, que el cine es un arte en crisis?

—Lo que pasa es que el cine está en la edad en que estaba la música cuando sólo se podía escuchar en los conciertos. Yo oigo música cuando menos tres horas diarias, pero nunca voy a los conciertos, porque es como asistir a une boda o a un funeral: todo el mundo está demasiado serio, te imponen el programa que quieren a una hora fija, y luego tienes que compartir tus opiniones en el intermedio. De modo que la música la tengo en casa con sólo apretar un botón. El día en que esto sea posible con el cine, y lo será pronto, sin duda, veré más películas que ahora. Pero aun entonces seguiré pensando que el cine no será un arte, y ni siquiera una diversión de buena calidad, mientras esté condicionado a un regimen industrial.

—Antes de terminar esta entrevista quisiera oirte hablar de Camilo, de Camilo Torres. Fue condiscípulo mío en el colegio, y tuyo en la universidad. ¿Hace cuánto tiempo? 24 años, creo. ¿Qué impresión te produjo entonces?

—Entonces era una persona más bien imprevisible. Tú lo recuerdas. Nos reuníamos a hablar de poesía y de política, como siempre, en aquellos cafés ruidosos y fúnebres donde los borrachitos del amanecer se hacían los dormidos para quedarse solos con las meseras. En la mesa estaba Camilo, que era el más serio, estabas tú, que eras muy malcriado, estaba yo, que era un costeño cimarrón, y estaban otros compañeros de universidad que nunca volvimos a ver porque se volvieron ministros, y muchos otros a quienes se los llevó el carajo. Bogotá era entonces una ciudad más vieja que ahora, más helada pero menos lúgubre, y había una niebla matinal con olor a hollín y muchos entierros por la calle, y los últimos tranvías eléctricos mataban en las esquinas a los últimos percherones de los carros de cerveza.

—¿ Te acuerdas de cuando Camilo se metió de cura ?

—Sí, se fugó para el seminario, sus padres lo alcanzaron en la estación del tren y lo encerraron en un cuarto como se hacía entonces con las señoritas que se fugaban con su novio. Allí lo encontré, con una ruana gris, repartiendo sus libros entre sus amigos, y hablando de una vocación de sacrificio que nadie había sospechado. Esa fue la primera vez que lo ví como era : absolutamente sereno pero absolutamente decidido.

—Exactamente la misma actitud que tenía cuando se metió al monte. ¿ Dónde lo volviste a ver ?

—En París, casi diez años después, y aún tenía la misma sonrisa en los ojos y el mismo sentido del humor permanente aunque un tanto pueril, pero ahora me parece que ya se le notaba algo de su predestinación un poco prematura. Creo que su fuerza mayor radicaba en que nunca perdió la inocencia.

—¿ Y la última vez ?

—La última vez que lo ví fue en Bogotá, cuatro años antes de su muerte, cuando nos llevó a la casa a un ladrón...

—Ah, sí, el ladrón. Yo estaba contigo cuando se presentó con él. ¿ Qué quería ?

—Quería que le cuidáramos al ladrón mientras le encontraba trabajo. El ladrón era un hombre sigiloso y sombrío, que masticaba la comida con una rara tenacidad, y que nos contaba en la mesa sus aventuras de domicilio. Una de ellas era la versión urbana de *El Viejo y el Mar* : necesitó la noche entera, sin ayuda de nadie, para robarse el refrigerador de un apartamento situado en el cuarto piso, pero cuando llegó a la calle estaba amaneciendo y lo abandonó en la esquina porque no tuvo como llevárselo. Camilo le encontró trabajo, lo reintegró a la vida civil, pero un policía que lo había conocido en sus tiempos de ladrón se lo encontró una noche bien vestido y con un poco de dinero en el bolsillo, y simplemente lo mató de un tiro. Camilo me contó que había reconocido y sepultado el cadáver, y estoy seguro de que ya entonces sabía que se iba a morir con un fusil en la mano.

—Gabo : ¿ Cómo te definirías políticamente ?

— Soy un comunista que no encuentra donde sentarse. Los viejos partidos comunistas están formados por hombres honrados y castos, esterilizados por el catecismo y apaciguados por la reverenda madre soviética, que ahora está más interesada en hacer buenos negocios que en patrocinar la revolución. Esto es evidente en América Latina. Aparte de la ayuda económica que le ha prestado a Cuba, y que ha sido muy grande, la Unión Soviética no ha tenido la menor reticencia en negociar con los regímenes más reaccionarios del continente, sin ninguna reserva de orden político. Acuérdate que los carros armados de la policía de Colombia, con los cuales matan a los estudiantes en la calle, fueron fabricados y vendidos por la Unión Soviética y bendecidos en la plaza pública por el arzobispo.

—¿ Cómo concilias esto con tu adhesión al socialismo ?

— Lo que pasa es que esos trueques sin escrúpulos son apenas síntomas de un sistema que se parece cada vez menos al socialismo. Pero a pesar de eso yo sigo creyendo que el socialismo es una posibilidad real, que es la buena solución para América Latina, y que hay que tener una militancia más activa. Yo intenté esa militancia en los comienzos de la revolución cubana, y trabajé con ella, como recuerdas, unos dos años, hasta que un conflicto transitorio me sacó por la ventana. Eso no alteró en nada mi solidaridad con Cuba, que es constante, comprensiva y no siempre fácil, pero me dejó convertido en un francotirador desperdigado e inofensivo.

—El año pasado anunciaste en un periódico de Caracas tu deseo de afiliarte al nuevo partido venezolano MAS (Movimiento al Socialismo), que surgió como une escisión del partido comunista. ¿ Que alcance tiene para tí esta adhesión política ?

—No fue una simple declaración de prensa. El Mas es un partido juvenil e imaginativo de una gran claridad doctrinaria, con una política nacional propia que se sustenta en la realidad, con un estupendo espíritu de sacrificio personal, y una decisión revolucionaria que no puede fallar. Al mismo tiempo, y esto es formidable y nuevo, sus militantes saben que la seriedad política no es incompatible con los bailes

modernos, con las películas de vaqueros y con el sentido del humor, y no les da verguenza enamorarse. Yo estoy identificado con sus planteamientos, soy amigo personal de muchos de sus dirigentes, y estoy convencido de que van a hacer la revolución en Venezuela.

—Alguien va a señalar que como colombiano no puedes afiliarte a un partido de Venezuela...

—Me gustaría establecer ese precedente, para ir abriendo huecos en la ficción de las nacionalidades latinoamericanas. La exportación de revoluciones fue el signo de nuestros países hasta que se inventó la legalidad de embudo de la no intervención. Bolívar se fue peleando y haciendo política hasta Bolivia, San Martín se subió hasta donde le alcanzó el caballo, Petión exportó su independencia desde Haití, y los caudillos federalistas del siglo pasado andaban como por su casa desde México hasta la Argentina. El general colombiano Rafael Uribe Uribe, que no alcanzó a hacer 32 guerras pero de todos modos las perdió todas, peleó una vez del lado de la Venezuela liberal contra las tropas del régimen arcaico de su propio país. Y creo que fue honesto y consecuente. Por cierto que ese régimen arcaico es el que se ha ganado en Colombia todas las guerras, y todavía subsiste.

—Una última pregunta : una pregunta de cajón : ¿ cuál es el mayor riesgo que ves para un joven escritor en América Latina ?

—Creo que hay dos peligros : la estrechez ideológica y la prisa por publicar. Como jurado de concursos, y por los manuscritos que me mandan para que los lea, me parece que muchos están escritos solamente para tumbar al gobierno, y la gran mayoría están terminados de cualquier modo para llegar a tiempo. Es cuestión de paciencia : son los editores quienes viven de los escritores, y no al contrario, de manera que es los editores a quienes corresponde el trabajo de buscar a los escritores. Y de hecho lo hacen. Que me lo crean a mí, que no sé que hacer con tantos editores en el teléfono, y sin embargo necesité cinco años para que me hicieran el favor de publicarme mi primer libro. Esto parece un consejo, y nunca me ha gustado darlos ni recibirlos. Pero no importa, déjalo así. Al fin y al cabo, no sé por qué tengo la impresión de que ésta es mi primera entrevista de viejo.

Entrevista con Jorge Luis Borges

Por Alex J. Zisman

A.Z.—¿ Cree que una formación como ha tenido usted, basada en tertulias con Cansinos Assens, Macedonio, es todavía posible ?

J.L.B.—Eso depende de ustedes. No hay absolutamente ninguna imposibilidad. Ahora, cuando yo pienso en mi juventud, cuando pienso en tertulias, de Cansinos Assens en Madrid, de Macedonio Fernández, la confitería de Alonso en Buenos Aires, me acuerdo que estábamos movidos por distintas pasiones. Por aquellos años, (estoy hablando de más o menos 1919, mil novecientos veintitantos) las pasiones eran la metafísica y la literatura. En cambio ahora creo que a los jóvenes les interesa la política y los deportes, dos temas que me parecían indignos de atención por aquellos años. La política existía. Yo era amigo de Ricardo Güiraldes, que era conservador. Luego, ahora yo soy conservador. En aquel tiempo yo era anarquista individualista. Eduardo González Lanuza era comunista. Lo que se entendía por comunismo entonces, es muy distinto de lo que se entiende ahora. Y otros tenían distintas opiniones ; pero nosotros nunca hablábamos de eso ; nos interesaban otras cosas. Yo creo que hay otra diferencia también : que ahora los escritores piensan en el fracaso y en el éxito. En aquel tiempo, nadie pensaba en esas cosas. Pensábamos en escribir para nosotros mismos. Cuando yo publiqué mi primer libro, *Fervor de Buenos Aires*, en 1923, hice imprimir 300 ejemplares y los distribuí entre mis amigos, salvo cien ejemplares que llevé a la revista « Nosotros ». Recuerdo que uno de los directores, Alfredo Bianchi, me miró aterrado y me dijo :

—¡ Pero cómo ! ¿ Usted quiere que yo venda estos libros ?

—¡ No !—le dije yo—A pesar de haber escrito un libro no estoy completamente loco.

(Borges sugirió a Bianchi que metiera copias en los sobretodos de la gente que venía por allí, y así fue como algunos « habitantes de los sobretodos » llegaron a publicar artículos sobre el libro.)

Yo era amigo de Leopoldo Lugones, evidentemente el escritor más ilustre de la República Argentina en aquella época. Ahora, yo no sé cuantos ejemplares se imprimirían de sus obras, pero no creo que llegaran a mil. Tardaban dos o tres años, o cuatro o cinco, en agotarse. Así que nadie pensaba de un modo comercial en la literatura, y nadie esperaba que le pagaran tampoco. Ahora ya en Buenos Aires se habla de « best sellers », y son pocos los escritores que no piensan hacer comercio de sus libros. El ambiente ha cambiado. Vivimos en un mundo comercial desgraciadamente.

A.Z.—Usted decía que en su juventud no se interesaba tanto en la política, pero usted ha sufrido a manos de ella...

J.L.B.—¡ Ah, bueno ! cuando hubo una dictadura evidentemente sí. Eso no era cuestión de política, eso era una cuestión de ética. El gobierno había sido tomado, digamos, por un rufián. Desde luego mucha gente sufría. Por ejemplo : mi madre estuvo presa, mi hermano estuvo preso, un sobrino mío también. Yo tuve un « detective » en la puerta de calle esperándome todas las mañanas. Al principio yo hice una broma bastante tonta con él, que era, ya que me seguía, llevarlo a largas caminatas y cansarlo ; pero al cabo de dos o tres días me cansé de ese juego bobo, me dí vuelta y le dije :

—Creo que nos hemos visto.

—¡ Pero y claro ! Si yo todas las mañanas estoy esperándolo.

—¿ Usted conoce mas o menos cuales son mis opiniones políticas ?

—Sí, son las mías exactamente, ¿ estamos ? el gran Perón es una porquería.

—Estoy de acuerdo—le digo yo.

—Bueno, yo pienso lo mismo, pero yo tengo que seguirlo a usted porque yo soy un « detective ». Tengo que cumplir con mi deber.

—Bueno—digo—si yo fuera un buen argentino, como fueron mis mayores estaría conspirando ; pero me averguenza decirle que no estoy conspirando.

(Tomaron una taza de café juntos. Borges no volvió a verlo hasta después de la revolución. Seguía de « detective », pero esta vez siguiendo a peronistas y opositores.)

A.Z.—Muchas veces en sus cuentos hay una violencia latente y un clima sangriento que contrasta con su persona aparentemente pacífica. ¿ Es que añora usted una vida de acción ?

J.L.B.—Bueno, posiblemente yo he añorado durante toda mi vida una vida de acción. Yo no he llegado ahora recientemente a la casi ceguera. Desde chico ya sabía el destino que me esperaba. Yo había visto a mi padre, a mi abuela inglesa ciegos. Yo sabía que mi bisabuelo inglés había muerto ciego también. Muchos de mis mayores fueron militares : mi abuelo que

inició su carrera militar a los catorce años, murió el año 74 en una de las revoluciones; otro, comandó una carga de caballería peruana en la batalla de Junín. Si, es posible que haya sentido cierta envidia de ese tipo de vida y que me fue negado. No, pero ahora creo que no; ahora creo que el destino de escritor no es un destino menos rico que el de otros.

A.Z.—O sea que usted cree que sus antepasados habrían aprobado su vida retirada.

J.L.B.—Si. Además entre ellos también hubo gente de vida retirada; por ejemplo, Pedro Juan Crisóstomo de Lafinur y todo el lado inglés de la familia, que fueron pastores protestantes, doctores en letras; uno de ellos, Haslam, fue amigo personal de Keats; y además, creo que es un error el suponer que lo que se llama « vida retirada » sea una vida pobre; no, posiblemente sea una vida más rica que la vida del hombre de acción. Es una vida que transcurre casi en el presente. Quizá sea mejor pensar en la vida sabrosa que ejercerla ¿no?, y ahora estoy preparando un libro de cuentos. Van a ser cuentos más bien tranquilos.

A.Z.—¿A qué se debe este cambio?

J.L.B.—Bueno, se debe a que yo (está mal que lo diga pero por qué no decirlo), a que yo he ejercido o ejerzo alguna influencia en las letras de mi patria. Hay muchas personas, entre ellas jóvenes que están escribiendo cuentos de violencia, a la manera de mis cuentos de cuchilleros o de soldados, cuentos con laberintos y con espejos a la manera de otros cuentos míos, y entonces, ¿ para que voy a hacer yo lo que otros están haciendo por mí y están haciéndolo mejor que yo? Voy a tratar de hacer algo distinto. Ya en el último libro mío *El Informe de Brodie,* hay cuentos tranquilos y esos, que para otros serían cuentos cotidianos, para mí constituyen, como digo, una especie de modesta aventura personal.

A.Z.—Muchos de sus cuentos están escritos para librarse de una angustia o tensión interior...

J.L.B.—Sí, por ejemplo el cuento *Funes el Memorioso* lo escribí, como digo en el prólogo, porque yo sufría mucho de insomnio; (todavía a veces suele visitarme) y lo curioso es que, después de escribir ese cuento, hubiera conjurado el insomnio, porque el insomnio ya se hizo más raro, y luego desapareció. De modo que ese cuento fue sin saberlo, una operación así terapéutica y mágica. Otros cuentos no tienen un origen tan articular como ése. Por ejemplo los cuentos de laberinto se refieren simplemente a la perplejidad que nos da el mundo y que infiere en la metafísica; ya que Aristóteles dijo que el asombro era el principio de la filosofía.

A.Z.—¿Qué parecido encuentra entre Funes y usted, y cómo concilia el pensar con el recordar?

J.L.B.—Yo pensé : bueno, si el hombre tuviera una memoria perfecta, entonces estaría abrumado por esa memoria. Y entonces de allí llegué a la idea de estructurar mi cuento de Funes que muere abrumado por su memoria.

A.Z.—¿Considera cómplice al lector? ¿No cree que también le transmite esa angustia de la que trata de librarse al escribir sus cuentos?

J.L.B.—Bueno, si lo he hecho tengo que pedirles disculpa a ustedes. Yo no he tratado de infundir angustia en nadie. Además cuando escribo, pienso sobre todo en el cuento o en el poema; es decir no pienso en los resultados de lo que he escrito; y el cuento, una vez publicado, lo dejo que siga su vida propia. Y ahora hay muchos críticos que se apoderan de mis cuentos y que los enriquecen considerablemente ¿no? porque ven en ellos propósitos que yo no tenía. No sé si han visto esa representación de un actor inglés basada en cuentos míos (*Borges and Myself* por Charles Lewsen) ¡Muy raro!; es una especie de monólogo frenético basado en fragmentos míos. No sé si me ha gustado, pero me impresionó mucho. Sentí cierto horror : ¡pero sí! ¡pero cómo! ¡yo me he pasado la vida tejiendo pesadillas! El lo ha hecho de un modo muy angustioso, y tenía que hacerlo de esa manera para que no le resultara muy tedioso. La representación es sacada de una época a otra, de la prosa al verso. Estaba rodeado por un semicírculo de espejos de los cuales me defendía mi ceguera. Había grandes libros en el suelo, libros en blanco que simulaba leer y el corría de un lado para otro, bailaba, gritaba, y yo sentía como si todo mi pasado se precipitara sobre mí; una forma de sensación muy incómoda, pero producida por un arte admirable.

A.Z.—En una ocasión llamó usted a su libro, Historia Universal de la Infamia, *« el irresponsable juego de un tímido ». ¿Cree haber superado esa timidez y desconfianza íntima?*

J.L.B.—Sí, la he superado puesto que ahora escribo cuentos que declaro ser cuentos. En

cambio, en aquella época yo me veía como poeta; yo leía muchos cuentos, me gustaban muchísimo, pero pensaba que no tenía derecho a escribirlos, que yo era un intruso en ese terreno. Entonces elegí ese género intermedio tomado de las *Vies Imaginaires* de Marcel Schowb. Elegí ese género intermedio de tomar personajes reales, por ejemplo The Tichborne Claiment, por ejemplo Billy the Kid, por ejemplo Morell, El Redentor de Esclavos. Al mismo tiempo les inventaba vidas y circunstancias; pero fue una especie así de « half way house », dígamos, entre el hoax—una especie de broma que yo le hacía a los lectores—y el cuento.

A.Z.—Pierre Ménard, el autor del Quijote, contrasta con su propia originalidad. Lo concibió como un juego o como una antítesis?

J.L.B.—No, yo creo que lo concebí como un juego. No pienso que lo concebí como una antítesis. Lo concebí como un juego y me pareció que ese era el tipo de idea que podía interesarle a un francés. Por eso lo hice en francés, pareciéndome inverosímil que un francés reescriba o se proponga escribir un libro en nuestro idioma. Creo que el nombre de Pierre Ménard corresponde a un personaje real, pero más o menos oscuro, digamos un matemático así de menor cuantía, es decir, un nombre que le sonara a la gente sin que pudieran precisarlo muy fácilmente. Y eso ayudaba naturalmente a mis juegos ¿no?

A.Z.—¿Nos podría hablar sobre Tlön, Uqbar, Orbis Tertius? ¿Qué parecido cree que habría entre la puesta en práctica de las ideas de sus filósofos favoritos y Tlön?

J.L.B.—Bueno, sí. Ese cuento está basado en la filosofía idealista desde luego; en Berkeley, Schopenhauer, los hindúes. Pero hay también otra idea en ese cuento, y es la idea de que lo que llamamos realidad, puede ser modificado por un libro. Ahora, eso desde luego ha ocurrido muchas veces. Creo que si no se hubiera escrito la *Biblia* por ejemplo, o los *Diálogos* de Platón, viviríamos en un mundo distinto; eso es evidente. Allí yo lo llevé, digamos, a un grado imaginario. Imaginé una enciclopedia—me gustan mucho las enciclopedias—. Me imaginé la enciclopedia de un país imaginario. Es una especie de repertorio general de un país imaginario, con su historia, su metafísica, su religión, las elegías de esa religión. Yo pensé que si se compilara un libro así, ese libro evidentemente más ordenado que la realidad en que vivimos y que ignoramos podía llegar a influir en esa realidad y reemplazarla. Pero todo eso es un juego evidentemente. Aun así Tlön es un cuento muy ambicioso.

A.Z.—¿Y sus otros cuentos?

J.L.B.—No son cuentos arbitrarios. No creo que la literatura fantástica sea arbitraria; creo que la literatura fantástica es un modo de expresar emociones, es decir, que un cuento como *La Biblioteca de Babel* está basado en la idea que otros han expresado del número indefinido pero no infinito de combinaciones que pueden hacerse con letras del alfabeto; además creo que ese cuento sirve para transmitir una imagen de pesadilla. Esa imagen de pesadilla corresponde a un estado angustioso. Posiblemente si yo no hubiera sentido ese estado angustioso de pesadilla no hubiera escrito el cuento, o si lo hubiera escrito hubiera sido un cuento muy frío. Simplemente hubiera hablado de una biblioteca en la que están contenidos todos los libros posibles, es decir, todos los libros posibles en todos los idiomas en cuanto estos pueden ser expresados por las veintitantas letras del alfabeto y los signos de puntuación y nada más; pero creo que en ese cuento he hecho algo más; creo que he llegado a expresar una imagen bastante horrible del universo.

A.Z.—*¿Cómo define el estilo? ¿Qué importancia tiene para usted? ¿Cree que es peligroso?*

J.L.B.—Bueno, aquí voy a plagiar como tantas veces a Bernard Shaw. El dijo que en cuanto a estilo, un autor puede tener el estilo que le da su convicción. Es decir, el estilo depende de las convicciones. Creo que lo importante cuando uno escribe es dar con la entonación adecuada a lo que uno quiere decir; por eso, si uno está escribiendo un poema, lo más importante es los dos a tres primeros versos; y quizá en prosa, las dos o tres primeras líneas, porque esas líneas ya dan el tono con el cual uno debe hablar; uno puede equivocarse y hacerlo demasiado llano, o es más común lo segundo: uno puede equivocarse y hacerlo demasiado enfático.

A.Z.—¿Qué cualidades aprecia usted en un escritor?

J.L.B.—Yo diría que todas las cualidades humanas; aprecio la imaginación por ejemplo; aprecio tambien la sinceridad. A usted le parecerá raro que aplique esto a la literatura fantástica, pero creo que nuestra imaginación

acepta lo que ha sido imaginado por un autor, es decir que no creo que la literatura sea puramente verbal. Yo creía que era posible lograr una página perfecta escribiendo una frase y luego intentando dos clases de variaciones sobre los adjetivos; ahora no creo que se pueda escribir así, por medio de un acto combinatorio.

Borges pregunta :

—¿ De donde es usted señor ?

—Yo soy peruano.

—Entonces estamos unidos por la batalla de Junín ¿ no ?, por la Orden del Sol que me dieron en el Perú. Fue una cosa muy conmovedora porque a mi bisabuelo Suárez, el Gobierno del Perú le dió la Orden del Sol. Suárez era primo del abominable dictador Juan Manuel de Rosas, y en los azares de la vida de entonces la Orden se perdió, aunque está en un cuadro al óleo que tenemos en casa. Y luego, el Gobierno del Perú me honró con la misma Orden, de modo que la Orden volvió a la familia al cabo de cuatro generaciones. La tengo en casa. Me siento vinculado al Perú por muchos motivos, pero también por esa carga de caballería peruana que comandó mi bisabuelo que tenía 26 años, Isidoro Suárez, y que decidió la batalla de Junín porque Bolívar estaba por retirarse.

A.Z.—En el Perú nos enseñaban que el que salvó la batalla fue Rázuri, al atacar sin previa orden.

J.L.B.—Yo nunca oí eso, pero posiblemente sea cierto. Hay un libro que se llama *La Batalla de Junín* y hay seis o siete testimonios, entre ellos el de Miller, que no era argentino; y los otros desde luego son de argentinos, de modo que son un poco sospechosos. El atribuye esa decisión a Suárez. Hay dos versiones de la *Oda a la Batalla de Junín* de Olmedo, y ese nombre que usted dice, no figura; en cambio, en una de las versiones figura el nombre de mi bisabuelo Suárez y luego en la otra lo suprimió porque el poema era un poco largo. Pero en fin, si fue un peruano me parece bien, no vamos a librar la batalla de Junín otra vez a tiros. Ahora, tratándose de algo así brusco, es muy posible que no se sepa muy bien quien fue. Yo tengo que defender a mi bisabuelo, y usted a un peruano. Estamos en nuestra ley. Pero desde luego lo importante es que fue un regimiento de caballería peruana el que decidió la victoria, y el hecho de que lo comandara un argentino no creo que importara. Es que fue una empresa común de las diversas regiones de América para librarse de la opresión española o para dejar de ser español.

.....

—El autor peruano que yo he conocido era Alberto Hidalgo, de Arequipa.

A.Z.—Ya ha fallecido hace un par de años.

J.L.B.—¿ Ha muerto ? Tenía una tertulia y yo asistía a esas tertulias. Era un poeta que correspondía al Ultraísmo. Correspondía así a pequeños poemas hechos de imágenes inconexas; y luego hablaba así muy mal de todos los demás escritores.

A.Z.—¿ Y Huidobro ?

J.L.B.—No. Creo que Huidobro era un escritor más importante que Hidalgo desde luego.

A.Z.—¿ Estaba usted metido en esa polémica que se desarrolló en España a raíz de la creación del ultraísmo ?

J.L.B.—No, yo no estaba metido en nada de eso; no, no, yo no estaba. Hubo una polémica entre mi futuro cuñado Guillermo de Torre y Huidobro. Además lo que le dijo Guillermo de Torre era absurdo. Le dijo por ejemplo, que el tenía que proveerse de un buen stock de adjetivos. Bueno, es un buen stock de adjetivos que ideó la literatura ¿ no ?; pero es una idea así de académico español, esa idea de venerar a los sinónimos.

A.Z.—¿ Considera a Neruda y a Octavio Paz de su generación ?

J.L.B.—Sí, pero conozco muy poco la obra de Paz; yo he hablado con él muchas veces y tengo la impresión de un hombre muy inteligente. Ahora, quienes lo han leído me dicen que él es superior a su obra.

A.Z.—Baroja, un escritor que vivía entre montones de librotes y papeles, sin embargo imaginaba las más desaforadas acciones, viajes, luchas. ¿ Tiene alguna afinidad con él ?

J.L.B.—No, no creo; pero yo lo he leído y lo he admirado mucho. Recuerdo sobre, todo *El Arbol de la Ciencia*. Ahora, esas memorias de un hombre de acción me parecen lo menos memorable suyo. Pero hay como un tono así de desparpajo que me gusta; el hablar así de todo con cierta libertad por ejemplo. Baroja es un hombre que no está atado por ninguna superstición. El ha hablado desdeñosamente de escritores generalmente admirados, por ejemplo de Valle Inclán o de Ortega y Gasset, creo que de Una-

B.D.I.C

muno también. Ha sido una persona simpática me parece. Me gustaría haberlo conocido personalmente. Mi hermana lo conoció.

A.Z.—¿ Qué piensa de la literatura oriental ?

J.L.B.—Me ha interesado muchísimo ; sobre todo la filosofía persa y la filosofía china. Estoy escribiendo ahora un libro sin mayores pretensiones eruditas, con Alicia Jurado. Estamos escribiendo una especie de handbook, de manual de introducción al Budismo.

A.Z.—En un examen de Cambridge hicieron la siguiente pregunta : « Borges is a considerable and a compassionate moralist and a humanist possessed of a strong loyalty to the human comunity and to common sense. Discuss. ¿ Usted como respondería a esta pregunta ?

L.B.—Bueno, me considero halagado al ver que me consideran así, pero yo nunca me había visto de esta manera. Cuando he escrito, lo he hecho por razones hedónicas, por razones de placer personal. Me parecía raro cuando vivía esa especie de pesadilla, de ese actor del que yo le hablé, a pesar de que yo había escrito esos cuentos tan angustiosos a veces riéndome solo ¿ no ?, haciéndolos como un juego... Ahora, está bien formulada esa pregunta.

A.Z.—*¿ Está de acuerdo con ella ?*

J.L.B.—Sí.

—Teníamos que escribir aproximadamente 45 minutos sobre ese tema.

—Caramba, yo no sería tan longevo como ustedes. Sería más efímero. Creo que 45 minutos no quieren decir nada, porque en 45 minutos pueden escribir 45 palabras ; pero se espera algo más ¿ no ?

A.Z.—*Usted a expresado admiración por el pueblo judío. ¿ Admira a los judíos como pueblo o como individuos ?*

J.L.B.—Pues yo diría que como individuos, porque los pueblos son abstracciones. No se sí existen esas abstracciones, salvo como convicciones sólamente de los individuos. Pero también hay el destino de la nación judía o del pueblo judío que me ha interesado. Y eso ha sido llevado por tantas cosas como todos nosotros, ya que nuestra cultura es inconcebible sin el cristianismo, y el cristianismo es inconcebible sin el Nuevo Testamento, y es inconcebible sin el Viejo Testamento, de modo que de un modo todos estamos dentro de un mundo judío, de un mundo que tiene una parte judía más allá de nuestras creencias personales. Por ejemplo yo no creo en un dios personal y no estoy seguro de ser cristiano. Ahora estoy seguro de no serlo, pero no importa. Mi padre era ateo, pero era ateo dentro de la sociedad cristiana, y eso ya lo modifica y hasta creo yo por ejemplo que sin duda ser protestante y ateo católico son dos cosas distintas. La religión no es solo una serie de creencias ; es una serie de hábitos mentales, de creencias y de prácticas éticas, es decir una religión es una cultura.

A.Z.—*¿ A usted le dieron el Formentor junto con Beckett ? ¿ Encuentra algo en común con él ? ¿ en qué se diferencian ?*

J.L.B.—Conozco muy poco la obra de Beckett. Fuí a ver una pieza que se llama « En attendant Godot », pero no me quedé para esperarlo, porque sabía que no iba a aparecer ; yo no me quedé esperando a Godot, que evidentemente es God, Dios. No, conozco muy poco la obra de él y no me sentí especialmente honrado con esa compañía. Posiblemente el pensó lo mismo de mí ; pero con todo para mí fue muy útil eso, porque en Buenos Aires la gente casi no se daba cuenta de que yo estuviera allí ; en cambio, cuando me dieron ese premio en Europa,—y Europa impresiona mucho en Buenos Aires, un país muy snob el nuestro—entonces ya la gente se dio cuenta de que yo existía ; entonces ya empezaron a hablar de mí, directamente, porque antes me veían, bueno, el hijo de Leonorcita Acevedo, el nieto del Coronel Borges... Me veían en función de otras personas. Pero después de haber recibido ese premio me vieron como a un individuo.

—Yo he corrido un episodio que quizá les haga gracia a ustedes. Yo estaba empleado en una pequeña biblioteca municipal, y habían llegado algunos de los volúmenes adicionales de la enciclopedia Espasa, y entonces un compañero mío estaba hojeándolo :

—¡ Qué raro !—me dice—aquí está su nombre.

—Sí,—le dije—yo no sabía, ¿ qué dice ?

—Borges, Jorge Luis, escritor, argentino nacido en tal fecha, ha publicado tales libros...

—Pero ¡ qué raro !—me dice—usted lo conocerá.

—¿ Yo ?—le dije—No, no nos hemos encontrado pero me han hablado de él, que tiene mi mismo nombre.

—¡ Qué casualidad !,—me dice—dos nombres y el apellido iguales.

—Yo le dije : sí, pero esa casualidad se ha dado

Luego comprendí que él pensaba que una persona que figura en una enciclopedia tiene que ser una persona así completamente ajena a la gente que el trataba y que no podía ser el auxiliar primero que él veía todos los días. Entonces no le dije nada; supongo que ahora ya se habrá enterado,—porque ahora ya me han dado premios y todo eso—de que yo soy ese mismo Jorge Luis Borges de la Enciclopedia.

Freddy Téllez

Lezama Lima o el juego de la escritura

Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo (5.6.).

Aquello que se deja describir puede también ocurrir... (6.362.)

Ludwig WITTGENSTEIN,

Tractatus logico-philosophicus.

Que la literatura de nuestros días sea fascinada por el ser del lenguaje, no es ni el signo de un fin ni la prueba de una radicalización : es un fenómeno que enraíza su necesidad en una vasta configuración donde se dibuja todo el esqueleto de nuestro pensamiento y de nuestro saber.

Michel FOUCAULT,

Les Mots et les Choses.

1. Paradiso y lo barroco.

Son conocidos los argumentos de la crítica que adjudica a la producción de Lezama Lima el calificativo de barroca. Por un lado, y esto parece ser referencia obligatoria al emplear el término, se lo coloca en base al manido concepto de tradición, junto a la figura de Góngora, modelo del barroquismo en las letras ; por otro, se argumenta con facilidad de recursos, sobre las características arquitecturales de la obra. Es posible (y cierto, inclusive) que la obra de Lezama Lima sea barroca, que el juego explosivo de su lenguaje denote (y todo *Paradiso* es una muestra) las amplias posibilidades de significación de sus palabras, que su arquitectura recalque la monumentalidad y la proliferación, sin caer en la redundancia estéril (¿ luego no se lo ha llamado barroco *esencial* ? (1)) ; como es posible y cierto que Lezama Lima continúe (y algo más) la tradición gongoriana y muchas otras (¿ cuál es el escritor que como tal no deba recurrir a un material literario dado, que lo rebasa y lo *sitúa* ?). Es fácil ver que *Paradiso* no pasa de ser, bajo el ejercicio de una tal crítica, el objeto ambiguo de una clasificación, consecuencia primera de toda enumeración ya sea brillante y erudita. La obra es tomada así como un producto acabado, espacio homogéneo en donde reina la subjetividad del creador y sus leyes. Lo demás pertenece al orden del consumo, que como tal, excluye de su dominio las rigurosidades de la producción. Y si se ha podido cuestionar misteriosamente la existencia novelesca de *Paradiso*, es en base a la sanción que expresa en última instancia las leyes del mercado (todo producto « malo » es rechazado). Es natural que para aquellos, que asombrados ante el fluir de la diversidad aplastante del lenguaje lezamiano, de sus saltos y sinuosidades sorpresivas (2), tenga algún sentido cuestionar lo incuestionable. Creemos más útil para una finalidad crítica, demostrar el porqué de aquellos elementos que dentro de la obra no cabrían en una concepción determinada (a priori) de la novela, antes que tratar de forzarla con definiciones y esquemas. Es el lenguaje en su acto de escritura y no el cumplimiento de reglas determinadas (desconocidas por otro lado) sobre cómo hacer una novela o cómo crear un personaje, lo que hace que en *Paradiso* precisamente esas reglas y esos personajes estén subordinados a los imperativos de esa materia en ebullición que forma e informa el libro. Solamente así podemos entender que José Cemí no sea el protagonista que debiera ser (M. Trajtenberg, MARCHA, 1434, 1969), o que le falte la trama « que dé coherencia narrativa a la vertiginosa multiplicidad de su contenido » (J. Cortázar, *La vuelta al día en ochenta mundos*). De lo que se trata no es de acomodar dentro de criterios comunes (la noción de barroco es por excelencia el « passe-partout » de la crítica (3)) las complejidades de la obra, haciendo de éstas una suma muerta de características *dadas*, y de la obra, el lugar cerrado de su ejercicio. Es decir, de lo que se trata es como dice el mismo Cortázar, de entender que « lo esencial del libro no depende para nada de que sea o no sea una novela. »

2. El libro y su estructura.

El gran y podríamos decir único protagonista de *Paradiso* es el lenguaje y sus posibilidades, y por tales posibilidades habría que entender la obra en cuanto tal. Es como si en ella todas las funciones que conforman la existencia de un personaje, estuvieran representadas por el juego incesante de su lenguaje y que aquello que podríamos llamar su gramática, o sea, el principio de su coherencia y movimiento, fuera el fin y el comienzo de la totalidad del libro. Algo así como :

gramática—personajes—trama—gramática.

Es lo que nos permite comprender el trabajo que desempeña la escritura como espacio y desarrollo narrativo de *Paradiso* por la misma escritura en su función estructurante : « que hacía mientras trascurría el relato... » ; « ... a quien vimos en capítulos anteriores, etc. » La escritura deja de ser entonces un simple medio en el proceso cerrado del consumo (el que determina el acabamiento del producto como *Obra*), para asumir en sus consecuencias (4) su propia productividad.

Esta incidencia de la escritura sobre el libro no es otra cosa que la manifestación de su propio tiempo : es el propio juego de la escritura quien determina la sucesividad de los acontecimientos fictivos. Pero esta vez, el tiempo es incorporado al espacio mismo de la escritura, y no directamente al espacio general del libro como unidad : A los diferentes personajes, diferentes pronombres (yo = presente, tú = futuro, el = pasado) del *Artemio Cruz* de Fuentes, corresponde el rompimiento de la linealidad espacial del libro. Al rompimiento espacial (diversas lecturas, salto de contextos, intercalamientos) de *Rayuela* de Cortázar, corresponde la discontinuidad general del tiempo de sus diferentes lecturas. En *Paradiso* por el contrario, el tiempo no es un componente de la totalidad del libro en cuanto estructurador o desestructurador de su espacio, como en *Artemio Cruz,* sino el elemento externo de una duración (como en *Rayuela,* aunque en ésta es continua y dicontinua simultáneamente, en cuanto que hay dos lecturas diferentes), que como elemento interno a la narración determina su desarrollo lineal (desde ese punto de vista *Paradiso* no es más que el « recuento » de la vida de José Cemí) y que como elemento externo al libro determina su estructuración. Desde ese punto de vista *Paradiso* no es más que el mal recuento de la vida de José Cemí subrayado por la crítica.

La estructuración de este tiempo escritural (5) se ejerce en el espacio interno a su productividad : la ficción ; determinando por un lado, el desarrollo (linealidad) del contenido fictivo y por el otro, las contingencias de cada uno de sus elementos—los que forman en su diversidad la arquitectura de la obra. Es su poeticidad la que en última instancia resulta de esa imbricación entre tiempo y ficción, si por poeticidad entendemos el ejercicio en el plano del lenguaje de aquellos elementos (imágenes, metáforas, paralelismos, distorsiones) que de una u otra forma conforman el campo de la llamada literatura. Es perceptible que aquí, el tiempo escritural se ejerce no ya en el dominio de su espacio productivo, es decir, como *praxis,* que por su estatuto se opone al proceso jerárquico del consumo de la palabra—bajo la sanción del *logos* de nuestra cultura—sino en aquello que pudimos llamar la gramática (6) de su lenguaje (ver esquema). En otros términos : si por un lado la escritura como praxis se muestra explícitamente en su juego temporal (suspendiendo y continuando la ficción) por otro, esa misma escritura se reduce al nivel de lo fictivo, determinando su movimiento. La ficción es ahora en su manifestación temporal el hilo conductor del espacio de la escritura (7)—ver esquema. Valoración de lo fictivo que en los marcos de una escritura establece su maquinería poética, donde metáfora e imagen son los elementos de un trabajo.

« Yo creo que la maravilla del poeta es que llega a crear un cuerpo, una sustancia resistente enclavada entre una metáfora, que avanza creando infinitas conexiones, y una imagen final que asegura la pervivencia de esa sustancia, de esa *poiesis.* » (Cf. *Orbita de Lezama Lima,* ed. UNION, La Habana, 166, p. 31).

Bajo las ambigüedades de la formulación, el « procedimiento » (V. Chklovski) poético, como el de los formalistas rusos, no da lugar a la hipótesis de la inspiración. El poeta como criatura (creador) que cumple los designios maravillosos de un poder sobrenatural no tiene lugar en el « sistema poético » de Lezama.

« Mi sistema poético se desenvuelve (...) dentro de la historia de la cultura y de la imagen, no dentro de un frenesí energuménico. » (op. cit., p. 37).

El poeta « dispone y elabora » una materia prima, dada en « la historia de la cultura y de la imagen ». « Todo el trabajo de las escuelas poéticas no es más que acumulación y revelación de nuevos procedimientos para disponer y elaborar la materia verbal, trabajo que consiste mucho más en la disposición de las imágenes que en su creación. » (V. Chklovski, *L'Art comme procédé* (1917), in *Théorie de la littérature,* Seuil, 1965, p. 78). Aquí, la « teoría de las influencias » carece de sentido. *Paradiso* puede ser « gongoriana » o « proustiana » (cf. J.R. Ribeyro, *Notas sobre Paradiso,* ECO, nov. 67) en la

medida en que su espacio es el poder de apropiación y reelaboración de una escritura general. Sobre esto volveremos.

3. La ficción y su juego.

Solamente la valoración del trabajo fictivo en el espacio del lenguaje (metáforas, imágenes, etc.), es lo que nos permite concebir la productividad total del libro como escritura (praxis) (8). Es lo que en su complejidad podemos seguir a través del capítulo XII, montaje fictivo de cuatro textos independientes entre sí. El capítulo se deja analizar pues, en un número par de constituyentes ; por un lado, cuatro textos sin (aparente) relación que llenan el espacio material del capítulo, por otro, cuatro espacios (intervalos) que entre sí distribuyen el contenido y determinan su estructura y su relación :

I.	1 2 3 4	1. Un capitán de legiones.
II.	1 2 3 4	2. Un niño.
III.	1 2 3 4	3. Un paseante.
IV.	1 2 3 4	4. Un crítico musical.

El capítulo se cierra con un pequeño texto que de manera más evidente se aísla de los restantes. En él se relata las incidencias de un juego de tabas que dos centuriones realizan « sobre las ruinas de una academia de filósofos paganos ». Hasta aquí el orden de la taxonomía agota en su crudeza la ordenada evidencia del texto. Cada elemento se da a la simétrica racionalidad de su descripción. Más allá, en el nivel de la ficción, solamente el juego de su maquinería permite el acceso a su realidad, donde cada elemento se sitúa bajo la luz de su relación :

El elemento 3 desempeña la función de enlace entre las diversas ficciones (que llamaremos I), a nivel tanto de su carácter fictivo propio (un hombre enfrentado a la « irrealidad » de sus sueños y visiones) como de su situación como personaje (el paseante que recorre simbólica y realmente los textos entre sí). El niño posee su necesidad fictiva en cuanto sostén físico del tiempo simbólico de la gran imagen que se construye (ficción II). Es el comienzo biológico de una vida enfrentada a la decadencia de la misma, simbolizada por el viejo crítico musical. La sustitución del cuerpo del anciano por la figura del niño, ante la mirada asombrada del paseante, cumple simbólica y realmente los designios de la ficción (II). El capitán de legiones tendría a su vez dos relaciones, la primera como personaje prehistórico al acaecer real de la narración fictiva ; la segunda se situaría en la mitología propia a su configuración histórica (« intérprete inspirado de los dictados de la pitia »), que lo conectaría con la simbólica de la ficción (II). Su muerte permitirá situarlo en la ficción (II), cuando la esposa del crítico musical lo ve usurpando el lugar mortuorio de su marido. La primera relación fictiva del capitán de legiones permite por otro lado, situar el pequeño texto conclusivo de los dos centuriones en una especie de secreta relación (prólogo/epílogo). En él se recrearía como en un espejo, la simetría de los elementos de la ficción (II) con la simétrica casualidad (?) del juego de dados y de la matemática arquitectura de las ruinas :

« El cuatro aportado por los dos dados, uno al lado del otro, como si las dos superficies hubiesen unido sus aguas. Quedó el cuatro debajo de la cúpula en ruinas, al centro de la nave mayor a igual distancia de las dos naves colaterales. » (p. 538)

Es de anotar que el carácter hipotético de esta conclusión (de allí el condicional de nuestro lenguaje) corresponde a las posibilidades propias del *juego* fictivo, en donde la combinación de sus elementos se da al cálculo de sus probabilidades (9). ¿ De qué otra manera se descubriría, por ejemplo, la relación que en la ficción del capítulo, juega la simbólica de los números pares ? (pares los componentes del capítulo, pares los números de la taba, par la edad del crítico musical etc.) y que incidirían simultáneamente en un intento de abolición del tiempo a través de la circularidad del espacio (las transformaciones de lo mismo en otro—anciano/niño—,la interrelación causa/efecto etc.). Adentrarnos en la maquinería fictiva de una praxis que se quiere literaria, es descubrir « otra escena » (Freud) a la nuestra, y por ahí, irreductible a nuestra lógica—pero « cercana » a ella en cuanto que es su modo de acceso en el orden del lenguaje. Es ese funcionamiento simbólico de la literatura que exige hoy no el rechazo de

una cultura que ve allí lo *anormal* o, lo que es lo mismo, la reclusión (ignorancia) dentro de las nociones vacías (lo mágico, lo fantástico etc.) de la crítica en su simulacro de cientificidad. La ficción es por definición el campo de lo *posible* porque es *al mismo tiempo* el dominio de lo *imposible*. Aquí las astucias de una razón (hegeliana-aristotélica) descubre sus filiaciones inconscientes en la lógica bivalente de nuestro lenguaje. Y las dualidades de una dialéctica se hacen dialéctica (lenguaje) de las dualidades, para demostrar sus *límites* y aseverar *su* razón. Que el poeta haga recurso a la biblioteca de la cultura occidental en su diversidad y movimiento es aquí el acto de significación de esos mismos límites. Los nombres (Hegel, Aristóteles, Pascal, San Agustín, Heidegger) pierden su capacidad de *nombrar* para adquirir su función de *significantes*. El *potens* de los etruscos, la *terateia* griega, la *ocupatio* de los estoicos, el signo invertido de Heidegger más la tradición católica, no son sino los sedimentos de una escritura en proceso de transformación. La ficción se quiere total y subversiva. En ella los dualismos propios al lenguaje, ya sea el de las lenguas naturales o el de la lógica matemática fundada sobre aquel (10), se insertan en una nueva dimensión. El poeta la denomina poesía. Bajo el título *Poesía, poema y poeta*, encontramos el « razonamiento » :

« Eliminación de todo dualismo, de la causalidad, de las diecisiete categorías kantianas y de lo condicionado kantiano. » (J. Lezama Lima, *Sobre poesía*, Casa de las Américas, 47, 1968, p. 107).

Nueva dimensión que subvierte integrándolas a su movimiento (lógica), no sólo las antinomias de un lenguaje sino los sedimentos (nombres, temas, citas) de su superficie. La poesía es así escritura, trabajo, transformación, « producción significante » dice la teoría.

« El *potens* aparece entre los etruscos, el sí es posible. A esto *se añade* el latino Hoc age, házlo. El potens por la imagen hace posible la *sobrenaturaleza*, el virgo potens. » (Ibid., p. 107 ; los dos últimos subrayados son nuestros.)

El « sí es posible » de los etruscos *más* el trabajo del poeta, igual ficción (« sobrenaturaleza »). Bajo la cruda aparìencia de la adición la escritura transforma textos. La ficción es el « producto » que la trabaja, y así, de producto a productora la ficción « asiste al nacimiento de « su » escritura (y) plantea la ficción de su propio nacimiento ». (J.-Louis Baudry.)

Dos cosas resultan ahora claras : la primera es el gesto normativo del rechazo de una crítica. La ficción puede ser denominada anormal puesto que la referencia obligatoria que se le impone, en un intento « inocente » de *racionalización* analítica, es precisamente la *ratio* por excelencia de nuestro lenguaje. « Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo (y) lo que está más allá de (sus) límites es simplemente un absurdo (Unsinn). » Que sea precisamente el discurso lógico de Wittgenstein quien « reafirma », en un acto *límite* sintomáticamente ignorado, la *última ratio* de una cultura, adopta aquí posiblemente su « verdadera » significación. El poeta la descubre esta vez bajo el discurso filosófico de nuestra cultura. Ella constituye, dice Lezama, la « contracifra del poeta como unidad expresiva » :

« Mi sistema poético se desenvuelve, como es lógico pensar, dentro de la historia de la cultura y de la imagen, no dentro de un frenesí energuménico. Así *inscribo* (sub. nuestro) en su umbral una serie de sentencias de muy profunda resonancia. La primera es de San Pablo, y dice : *Charitas omnia credit*. La caridad todo lo cree. A su lado, coloco una de Juan Bautista Vico : *Lo imposible creíble.* » (*Orbita de Lezema Lima*, ed. UNION, La Habana, 1966, p. 37.)

El mismo gesto que sanciona la ficción como anormal (imposible) es el que condena a la ignorancia el pensamiento límite de Ludwig Wittgenstein, o rechaza por « hermético » el lenguaje del poeta. Más allá o más acá de ese gesto racional, en la otra escena que inaugura la inscripción del poeta, se indica « el encanto exótico de otro pensamiento » (Foucault).

La segunda, y/o anverso de la anterior, es inmanente a la propia ficción, y por ahí, a la escritura como praxis significante. Cuando se acepta el texto como producto se lo desconoce como trabajo. Pero no como la simple actividad que se repartiría entre los términos de una inspiración : autor-creación-obra, sino como el proceso complejo de transformación de un *espacio inter-textual* (cf. supra). Espacio (transformativo) en cuanto *puesta en escena* (11) de unidades (textos) significantes sometidos al trabajo inscriptivo de la escritura. El corte que hicimos sobre el capítulo XII no deja dudas

sobre el agenciamiento espacial, simétrico, riguroso, de una escritura en su trabajo. *Paradiso* exige el estudio de su funcionamiento en términos no de « descubrimiento de verdades » que se agregarían al libro como obra cerrada, delicias de una crítica reinante, ni en los términos de una cierta rigurosidad, que al quedarse en la descripción de un espacio, desconoce su trabajo (ficción). El capítulo podría ser tratado de dos maneras esencialmente diferentes. La primera —que es también una forma de lectura permitida por el mismo capítulo—,inferiría de la suma vertical de los textos (1 + 1 + 1 + 1 ; 2 + 2... etc.) más que su estructura, la yuxtaposición de sus elementos. De tal forma el capítulo no sería sino un collage semi-arbitrario (como todo collage) de ficciones. Lo que sería quedarse al nivel de la descripción. La segunda, para encontrar realmente su relación interna, debe situarse al nivel de la ficción y conocer la producción de su gramática (12). De tal manera el capítulo es un montaje que produce su propia necesidad.

4. La existencia práctica de la llamada literatura latinoamericana marca con su irrupción, el estatuto de un saber que aunque análisis positivo de un espacio de escrituras « dispersas » (historia de escrituras textuales y no juxtaposición de « obras ») posibilite franquear los límites ambiguos de la crítica para elaborar en su complejidad la teoría no ya de *la* literatura sino de la praxis significante a la obra en ella. Pues si el « arte » en general adopta en los marcos restrictivos de nuestra cultura, el privilegio ambiguo de lo fictivo, la reflexión segunda de la crítica no escapa totalmente a la gratuidad de dicha caracterización. Su racionalidad propia, aquella que por definición marca su surgimiento como crítica, está determinada por las contingencias del Verbo como palabra y sanción. La crítica de arte es en nuestra cultura, la *sanción* de lo fictivo para la constitución tranquilizante del Museo. No es extraño que su discurso sea el ejercicio de la Retórica. De lo que se trata es de conservar el Orden, en la « platitude » de la belleza. Se comprende entonces, el recurso apremiante a *una* realidad (la del orden económico y social), que en un mismo acto defensivo, excluya por irreal su propia ficción. Se comprende también, el estatuto de la Literatura como dominio de las Bellas Letras y extensión supletoria de la Realidad. Su constitución en el orden de la burguesía, marca en un acto que perdura, nuestro acceso a su propia realidad, que es en juego a determinar, la realidad de nuestra propia ficción. La escritura fictiva es esa práctica « que puede atravesar el espesor de los registros » sociales pasando por la producción de lo falso de la ficción para denotar doblemente lo « verdadero ». Por eso el « mérito » mayor de la literatura es indicar en su lenguaje doble (1), la existencia cruzada de los diversos montajes que nos soporten (y que soportamos) y (2) la urgencia y la dificultad de su conocimiento (de su destrucción). Pues—y parafraseando a Foucault—si se piensa que la ficción es a la vez el desorden, la peligrosa alteridad de nuestra cultura, pero también un fenómeno que tiene sus regularidades, sus leyes y sus tipos,—percibimos el lugar que podría ocupar una teoría de su producción. Por último, si se ha podido decir que la nueva literatura latinoamericana crea las condiciones de posibilidad de un nuevo tipo de acceso a su material, con ella cambia también nuestro acceso a *su* realidad. « Cambiar los montajes de la sociedad pasa por la exploración de todos los niveles y por la experiencia de todas las demoliciones. Y sobre todo por la ficción misma por el peligro y la virulencia de la invención. » (J.-Pierre Faye.)

(1) Severo Sarduy, *Las estructuras de la narración,* in *Mundo Nuevo,* 2, 1966, p. 24.

(2) Es comprensible que Julio Cortázar, ese maestro en construcción y destrucción de libros, critique aquellas partes de *Paradiso* en donde se deja ver la poca importancia que Lezama le concede a la impecable estructuración del libro. Sería falso hablar de una falta de estructuración novelesca en *Paradiso,* a todas vistas impensable si se tiene en cuenta que toda unidad (fictiva o no) implica por definición una relación necesaria de sus elementos. Lo que se halla en juego en última instancia es la diversa concepción del trabajo escritural en ambos escritores. Sobre esto volveremos.

(3) René Wellek, *Grundbegriffe der Literaturkritik,* Kohlhammer, 1965, p. 57-94.

(4) Que la lectura « cortaziana » de *Paradiso* haya podido denominar « cursi » tal proyecto, nos muestra en que medida el *lector* vive inconcientemente los códigos de su lenguaje. Hecho doblemente corroborado en este caso, en el gesto impositivo de una literatura, que al plantearse la perfección de la novela en su acabamiento retórico como producto, retoma inconcientemente el signo que lo posibilita : la concepción cultural del libro « como fenómeno (relato) o literatura (discurso) » (Kristeva). Una tarea por realizar al nivel de la « literatura latinoamericana », debe traer a luz el trabajo, a ratos silencioso e « incomprendido », latente en las « obras » particulares de una escritura plural. Es de prever desde ya, el lugar a desempeñar por los textos de *ruptura* de un Cortázar.

(5) Tomamos el concepto de : Julia Kristeva, *Le texte clos,* in Langages, 12, 1968, p. 121.

(6) « ... the speaker makes infinite use of finite means. His grammar must, then, contain a finite system of rules that generates infinitely many deep and surface structures, appropriately related. » N. Chomsky, *Language and Mind,* Harcourt, Brace and World, 1968, p. 15.
Si bien la linguística actual (gramática generativa) se « presta » más a los propósitos investigativos de la literatura (en oposición a la linguística taxonómica), creemos que de todas maneras el campo general de la linguística se ha mostrado « inadecuado » para el tratamiento científico de los problemas *específicos* de la literatura (cf. R. Barthes, *Linguistique et littérature,* in Langages, 12, 1968). Por lo que respecta a la utilización de los conceptos de la linguística en contextos ajenos a los que fueron definidos científicamente, remitimos al libro de Michel Foucault, *Les Mots et les Choses,* Gallimard, 1966, y al libro de J. Derrida, *De la Grammatologie,* ed. Minuit, 1967.
(7) Es lo que a otro nivel se expresa en el privilegio de la palabra (del Logos), sobre la instancia de la escritura (su praxis). Cf. J. Kristeva, art. cit., p. 125.
(8) Es de comprender que el *gesto* (lo que se muestra en su dificultad como los trazos dispersos de un trabajo en la evidencia de los conceptos : quien podría negar por ejemplo, que *el libro sea escritura,* o que *el campo de la literatura sea el lenguaje ?*) de una tal empresa « crítica » sea el correlato opuesto de una cultura que destierra de sus límites por « inexistentes » (no evidente), las contingencias de la praxis (ficción). En la evidencia del *producto* se oculta su *trabajo.* (Ph. Sollers).
(9) Se sabe que Lacan propone denominar *sciences conjecturales* a las llamadas ciencias humanas. Cf. *Ecrits,* Seuil, 1966.
(10) Julia Kristeva, *Recherches pour une sémanalyse,* Seuil, 1969, pp. 246-278.
(11) Que todo espacio defina su función en base al trabajo que necesariamente pone en juego, es algo cuya deuda se reclama del teatro : escena transformativa de un trabajo puesto en juego y del juego de ese trabajo (re-presentación). Poder de un espacio sobre el cual los formalistas rusos llamaban ya la atención. Tynianov en un artículo de 1923 escribía dentro de unos paréntesis a desarrollar : « ... se debería tomar conciencia de las formas espaciales como formas dinámicas *sui generis.* » Cf. *La notion de construction,* op. cit. p. 117, subrayado por él.
(12) Esta sería en términos generales la situación de la llamada crítica literaria en su relación con la linguística. Por un lado el privilegio de la descripción taxonómica (phono-logía estructuralista) como medio de acceso al orden de la literatura (phono, logos) ; por otro, la valoración de un espacio transformativo (gramática generativa) como el trabajo de una escritura (grama) lo que no niega la taxonomía sino que la desplaza.

Estudios

Pompeyo Márquez
Del dogmatismo
al marxismo crítico

Carlos Delgado
Significado político y social
del proceso revolucionario peruano

Discusión con
Héctor Béjar
por Heinz Rudolf Sonntag

Manuel Maldonado Denis
Puerto Rico : Sociedad
colonial en el Caribe

Pompeyo Márquez

Del dogmatismo al marxismo crítico

Pompeyo Márquez, dirigente revolucionario venezolano, inició su experiencia carcelaria y política a los quince años, en un campo de concentración, junto a la desembocadura del Meta *en el Orinoco. Repartidor de farmacia, empleado de comercio, mecanógrafo, ayudante de contabilidad, secretario de oficina en el Hospital de la* New Goldfield *en el Perú, oficinista en una empresa de ladrillos refractarios, su actividad política estuvo ligada durante cuarenta años al Partido Comunista de Venezuela. Miembro del Comité Central y del Buró Político, fundador del periódico « Tribuna Popular » y delegado ante el 20 y 21 Congresos del P.C.U.S., su admirable capacidad organizativa fue puesta a prueba en la Secretaría del P.C.V. durante nueve años de clandestinidad frente a la dictadura perezjimenista. Hoy en día ocupa el cargo de Secretario General en el M.A.S. (Movimiento al Socialismo). Libre, en atención a su relevante trabajo político e ideológico, le pidió que narrara sus experiencias en torno a la iniciación revolucionaria, la concepción absolutista del partido, el trasplante esquemático y el mecanicismo histórico, su visión sobre el stalinismo, el impacto del XX Congreso, los debates dentro del P.C.V., la voluntad de lucha y la vía venezolana al socialismo. Todo ello por considerarlo de un excepcional interés polémico y de singular proyección para la América Latina. He aquí su relato.*

Ingresé al movimiento revolucionario a la edad de quince años, en 1937, y al movimiento comunista en 1939. Estaban en pleno apogeo las repercusiones de la acción militar soviética sobre las fronteras finlandesas y era asunto de mucha resonancia las consecuencias del pacto concluído entre Alemania y la U.R.S.S. La idea que teníamos del internacionalismo proletario se centraba en la solidaridad con « la construcción del socialismo en un solo país » y estaba presidida por la necesidad de la lucha antifascista a cuya cabeza se colocó la primera y única potencia socialista existente para aquel entonces.

Casi la totalidad de lo que tomábamos como tesis básicas del marxismo-leninismo se remitía a la experiencia soviética y, entre ellas, en forma destacada, las relacionadas con la dictadura del proletariado. (Sin referirnos a la década del 20, cuando la tendencia al trasplante era expresar esa dictadura en la forma de soviets obreros, campesinos y soldados.) En este período, el énfasis sobre la dictadura del proletariado era de tal naturaleza que toda la visión leninista sobre la democracia socialista era colocada en lugar subalterno. Si tal situación tenía un marco histórico que singularizaba la experiencia soviética, la hacía necesaria en determinadas circunstancias y períodos de la U.R.S.S., a estas alturas resulta evidente que no podía ser transformada en principio universal para quienes en el mundo combatían por el socialismo.

Después de los años 30, el concepto de « democracia socialista » se asoció cómodamente a la « Constitucción stalininiana », pero la opción de la democracia socialista como forma de superación histórica de la democracia burguesa no tenía ningún desarrollo en esos años ni los tuvo tampoco en los subsiguientes.

El concepto de Partido.

En lo referente al tipo de partido, regía una concepción ultracentralista, de la « disciplina de hierro », del comunista « hombre de temple especial » y una serie de frases hechas que si bien alcanzaron en determinados momentos jerarquía moral en la realización de una tarea heroica, también es cierto que sirvieron para falsear la relación entre revolucionarios y el « resto de los mortales » y para adulterar la visión leninista del instrumento revolucionario. Así, se cultivaba en relación al partido una visión mítica de la realidad, desconociendo todo lo que es condicionamiento histórico y por lo tanto se abonaba el terreno para las verdades eternas « marxistas-leninistas-stalinistas ». El centralismo democrático deviene en un concepto formal. Se trataba de un *Qué hacer* y de *Un paso adelante, dos pasos atrás* en una versión acomodaticia y sacralizada, que desconocía la dialéctica vivaz al ritmo de las situaciones con que Lenin abordó estos problemas.

La idea de la hegemonía del partido como « Estado Mayor » de la revolución pretendía hacernos creer en una especie de poder especial para manejar los hilos del acontecer social. Nos convertía en algo así como grandes responsables de todo cuanto sucedía para bien—especialmente en este caso—o para mal, del movimiento popular. Recuerdo como nos atribuíamos victorias en las cuales no teníamos arte ni parte e igualmente tremendas autocríticas ante derro-

tas de envergadura en las cuales nuestra culpa no podía ubicarse dentro de las principales causas del fracaso. El mito de este tipo de « Estado Mayor » obliga a eso. Esto ha llevado a que otros juzguen a los P.C. con el mismo lente, sobre todo en los fracasos. Esta idea de la hegemonía llega a grados ridículos al ser tomada como distintiva de organizaciones minúsculas, sin ningún peso específico en su respectiva sociedad. En nombre de este « principio » se conducen como dueños de toda la clase obrera y depositarios de una hegemonía consustancial al mero nombre de partido comunista, a lo cual suman la pretensión de no compartir con nadie tales imaginarias funciones de « vanguardia ».

Lo que en el marxismo se le asigna a la clase obrera (como capacitada para dirigir el derrocamiento del viejo orden y la construcción de la nueva sociedad) es confinado, por obra y gracia de esta dogmatización grotesca, a un solo partido. Y por allí se abre paso la noción de « partido único » como sinónimo de Estado socialista, aunque existiesen otras experiencias en las cuales otros partidos obreros y populares han desempeñado papel destacado y predominante.

Definición del país.

Otra formulación mal comprendida, y todavía hoy fuente de confusión, es la referente a los dos tipos de revolución : la democrático-burguesa y la socialista. Se repetían irreflexivamente consignas como : « Por la democracia hoy, por el socialismo mañana » y, parodiando a Lenin, se decía que « Venezuela sufría más por falta de capitalismo que por exceso de él ». Dentro de tales moldes estereotipados, el porvenir socialista se convertía, y se convierte, en algo muy lejano para nuestro país y, por tanto, es fácil que el comunista se transforme en un propagandista de las excelencias de la U.R.S.S. En la prensa de la época—y para colmo en muchas publicaciones de hoy de los P.C.—este recurso ocupa lugar preferente.

El concepto de los stadios de desarrollo recorridos por algunas sociedades desde el comunismo primitivo hasta el capitalismo, se trató de aplicar por la fuerza, porque sí, a sociedades como la venezolana, donde el proceso de formación de nuestra nacionalidad es tan complicado y sufre tantas incidencias con hechos como la conquista por los españoles, la importación de esclavos de Africa, la población indígena, los diferentes grados de civilización, de relaciones de producción, de formas institucionales. Las propias palabras de Marx hubieran sonado como herejía, cuando al hacer referencia a los cinco estadios de desarrollo histórico, decía que esas « abstracciones » tomadas en sí mismas y consideradas fuera de la real historia, no tienen ningún sentido. Lo que Marx no quería que fuera una receta (y por algo también habló del « modo de producción asiático », en torno a lo cual se han suscitado nuevas investigaciones y polémicas) fue degradado hasta este punto. El « marxismo » se limitaba en esto a acomodar las épocas de acuerdo al esquema prefijado. Basta leer la historiografía marxista venezolana para comprobar cuanto decimos. Afortunadamente ya existe una reacción contra esa manera de interpretar la historia.

Mi generación fue educada en la versión oficial que, a través del prestigio y de los recursos de la U.R.S.S., Stalin divulgó sobre el marxismo-leninismo. Conoció en forma adulterada y unilateral los grandes debates téoricos que tuvieron lugar desde el propio nacimiento del partido bolchevique. Trotzki no pasaba de ser el cabecilla de una « banda de espías y de saboteadores antisoviéticos » ; lo mismo Bujarin y otros. Rosa Luxemburgo fue une « desviada » del leninismo. A Gramcsi no se le mencionaba. No « existía », y hasta la fecha no se conoce ninguna edición de « Lenguas Extranjeras »—principal fuente para la divulgación del marxismo—de sus obras. Conocí, pues, un marxismo sin debate, donde el sólo nombrar o leer a los que no estaban « benditos », significaba cometer un delito, tomar una actitud « antipartido ». No se necesita argumentar más sobre las repercusiones de este hecho en una formación teórica y cultural llena de lagunas y deformaciones, agravada ésta por las dificultades para conseguir, en una Venezuela sin libertades democráticas, textos marxistas. Yo tuve que copiar a máquina el « Imperialismo » de Lenin, la « Economía Política » de Segal, prólogo a la « Introducción a la Crítica de la Economia Política », de Marx. Esta situación solo fue parcialmente superada a partir de 1945, con nuevas restricciones entre el 52 y el 57.

Venezuela no contó con la *tradición de partido socialista,* la cual con todas sus limitaciones

dio oportunidad para divulgar el marxismo y sirvió de base para la formación de los partidos comunistas. Se trataba de un país donde no hubo experiencia de luchas obreras durante los 36 años de este siglo, donde el socialismo ni siquiera es presentado como opción teórica al aparecer el auge de masas de 1936, después de la muerte del dictador Gómez. Un país donde la función divulgadora del socialismo se veía limitada por las medidas represivas, por el bajo nivel cultural y el predominio de las más variadas tendencias y matices de los fundadores del partido : en algunos de ellos el marxismo era muy deficiente, y su revolucionarismo, como lo demostraron durante muchos años, apenas sobrepasaba los linderos del jacobinismo y de un anticlericalismo pequeño burgués a la vieja usanza. En fin, todo esto tenía que producir un movimiento popular con una débil presencia del marxismo lúcido y con una insuficiencia en la función clave de fusionar el socialismo científico con el movimiento obrero. No puede olvidarse esta situación como una de las causas que explican la debilidad de los marxistas entre la clase obrera. Esto no niega en nada méritos revolucionarios indiscutibles, ni tampoco los personales sacrificios de algunos de los pioneros del marxismo en Venezuela. Ellos, marcados por la época descrita, hacían esfuerzos por aplicar lo mejor posible aquel marxismo dogmático, el único que conocían, a la realidad venezolona. De esta aplicación, así como de las influencias e intereses internacionales, sólo se podía obtener resultados superficiales y una política de clases libresca, que tenía en la práctica consecuencias seguidistas frente a otras políticas. Vaya como ejemplo las deformaciones en la línea del « frente único antifascista », la acogida que se dió al « espíritu de Yalta » expresada en el browderismo, y también, sirva de ejemplo, las actitudes sectarias y hasta candorosas, como la consigna de « formación de soviets » y la « alianza obrero-campesina » en contraposición al frente único.

No es una recriminación a nadie en particular, sino la confrontación de una época (que para el P.C.V. se continúa después de la escisión) de pobreza teórica, de trasplantes mecánicos de fórmulas, de análisis de la formación económico-social sólo en términos económicos y las referencias a los fenómenos superestructurales, sociales, anclados en varias « sentencias » marxistas sobre las clases y el Estado. Ello no implica negar algunos aportes realizados en el estudio de la estructura económica a nivel de las fuerzas productivas, o en el aspecto político, a nivel de las consecuencias neocoloniales que la penetración imperialista ha tenido en nuestro país.

¿ Tiempo perdido ?

Alguien podría preguntarse si considero perdido este tiempo de mi vida. Es evidente que tengo que estar insatisfecho de todas las limitaciones relatadas, pero también es evidente que para un revolucionario existe un resultado altamente apreciable : afirmar y desarrollar ininterrumpidamente una voluntad de lucha. Considero un tesoro inapreciable la experiencia acumulada a lo largo de estas décadas. Ella me permite, al analizarla críticamente,—creo, con mayor propiedad—observar los desniveles entre la aplicación dogmática del marxismo y la realidad. Es esta misma experiencia vivida la que me lleva a la búsqueda permanente de maneras de enfrentar las nuevas realidades, de encontrar causas más profundas de los fracasos, de comprender la necesidad de una reeleboración global, y no de parches, a todo el mensaje que los marxistas veníamos presentando a nuestro pueblo. Si se quiere, se puede decir que hoy me siento más ortodoxamente marxista, al querer colocar en correspondencia las fuentes teóricas, el método con toda su vivacidad, con la conducta revolucionaria. Restituir los nexos entre la teoría y la práctica y luchar de este modo para devolverle al marxismo, en política, su carácter científico. Si algo puedo decir de mi experiencia vivida es que el gran ignorado en el Partido Comunista de Venezuela fue Carlos Marx.

El XX congreso.

Muchas veces era tocado por la inquietud que lleva a preguntarse por la suerte del marxismo y veía alborozado cualquier indicio de vitalidad creadora. Por ejemplo, recuerdo la significación del XX Congreso del P.C.U.S. Asistí a él después de seis años de clandestinidad y regresé al país para volver a ella. Pero no tuve la oportunidad de escuchar lo que se ha llamado el « Informe Secreto de Jruschov ». El día que dicho material iba a ser leído los delegados extranjeros—incluí-

das figuras como Thorez y Togliatti—fueron notificados que había un « receso en las deliberaciones ». Sólo pude enterarme del contenido del informe tres meses más tarde, cuando después de haber estado en China, volví a la Unión Soviética. El XX Congreso no solamente resucita a muchos muertos y rehabilita procesos revolucionarios antes descalificados, sino que reaccionando contra descomunales deformaciones del socialismo, descorre el velo de la necesidad de un gran debate y de una reelaboración de conocidas tesis del marxismo-leninismo. La discusión subyacente y la que se realizaba mediante variados cauces, toman nuevos bríos. Era posible esperar resultados mucho más profundos y positivos de los que hasta ahora ha tenido, pero el estímulo inicial no tardó en ser obstruído y hoy es más fácil explicarse por qué el análisis del Congreso sobre el stalinismo era sustancialmente limitado. Pienso que allí se reveló apenas una parte de la tentativa de Jruschov, sometida a tensiones contradictorias y dispuesta sobre una estrategia gradual que no pudo desarrollarse.

El universo marxista se ha conmovido debido a necesidades internas del instrumental teórico y a las presiones objetivas de la época. Ambas cosas, desde luego, íntimamente vinculadas. Pensemos en la agria discusión chino-soviética, en las posiciones de los P.C. de España, Italia y Rumania, en la distintiva presencia yugoslava, en la revolución cubana, en la resistencia vietnamita. Pensemos también en los sucesos de Hungría, en las crisis polacas y el reclamo de un perfeccionamiento del socialismo, en la intervención sobre Checoslovaquia. Tengamos presente a Chile y la singular dinámica de los fenómenos anti-imperialistas en algunos países de América Latina. No es posible comportarnos como marxistas « satisfechos ».

El propio imperialismo vive una nueva fase, la del capitalismo monopolista de Estado. El centro único del imperialismo, el « gendarme mundial » de las fuerzas reaccionarias, también se rompe y hoy Estados Unidos, entre sus dificultades militares, económicas (monetarias, entre ellas), diplomáticas, y la aparición de movimientos críticos a los más diversos niveles en su propio territorio, se ve constreñido a tomar más en cuenta a sus « socios imperialistas » de la comunidad europea, de Alemania Occidental y del Japón.

El MAS.

Todo esto es ampliamente conocido. No creo estar aportando nada nuevo al respecto. Pero es imprescindible señalarlo como marco de referencia a lo que sucedió en el movimiento comunista venezolano, al debate interno planteado, a la aparición del *Movimiento al socialismo* (M.A.S), en un momento importantísimo desde el punto de vista internacional—cuando la onda renovadora crece en todo el mundo y tiene reflejo en nosotros y desde el punto de vista nacional—cuando el fracaso de un mensaje estereotipado, de un lenguaje de trasplantes y de fórmulas hechas, de métodos de trabajo con las masas y de vida interna, habían hecho crisis después de 10 largos años de duros combates armados y no armados, y de una derrota político-militar que obligaba no a la ritual autocrítica sino a un verdadero replanteamiento de toda la perspectiva revolucionaria venezolana, replanteamiento que tenía que comenzar por reconocer las insuficiencias y limitaciones del propio P.C. y de su dirección.

En el curso de este intenso debate fuí desarrollando muchos de mis puntos de vista y rectificando otros. Me encuentro en capacidad de rememorar todo un largo camino recorrido y de reestudiar a la luz de las nuevas realidades históricas tesis básicas del marxismo-leninismo. Confieso que esos desarrollos tenían puntos de partida en muchos de mis trabajos, en particular los de los últimos 10 años. Y al releerlos puedo ser crítico conmigo mismo y proyectar lo que puedo considerar mi aporte a la elaboración colectiva de las tesis programáticas, la política y la búsqueda de las formas organizativas que debe adquirir en nuestro tiempo un instrumento revolucionario al servicio de la transformación socialista de la sociedad venezolana.

Un año de intensa actividad después de la escisión del P.C.V., ha reforzado mi convicción que dentro de los moldes dogmáticos y la subordinación internacional es imposible tener éxito. Además, mantenerse con los viejos esquemas de la « unidad popular » o de la « unidad obrera » —por ejemplo—es continuar a la cola de los partidos reformistas y populistas y hasta de la gran burguesía. Hoy tratamos de elevar el análisis de la realidad nacional liberándonos del solo enfoque económico y de los comodines

sobre la superestructura como si fuera el techo de un edificio que sólo sirve para acusar los temblores en el piso. Intentamos penetrar en los cambios que se han operado en todo el cuerpo social y descubrir las tendencias de fondo que anuncian el final de una fase histórica, el agotamiento del capitalismo dependiente, y el comienzo de un viraje para la historia de la sociedad venezolana. Ya no consideramos la penetración imperialista de un modo que coloca en segundo plano, muy en el fondo, las clases concretas que dominan el Estado y las formaciones políticas que detentan el gobierno. Subrayamos la lucha contra ellas y la necesidad de reedificar la sociedad sobre nuevas bases, lo cual no niega los momentos que debe atravesar la marcha hacia el socialismo.

A fin de precisar la modalidad venezolana es necesario reelaborar el papel de los factores culturales como agentes de cambio, la significación de profesionales, científicos, técnicos, artistas, el rol de los estudiantes, de la juventud. Debo decir que la realidad nos ha dado en las narices a este respecto. También debe replantearse el papel de la clase obrera, comprender sus nuevas capas y el fenómeno de sus capas atrasadas. Se trata de reconocer su papel como clase en general y sus particularidades dentro del proceso productivo vivido bajo la égida del neocolonialismo norteamericano y de la burguesía asociada. Quien de verdad crea en el rol obrero no debe mitificar el concepto sino proponerse el rescate de la clase, lo que resulta inseparable de una conducta política audazmente socialista. Para nosotros han quedado atrás los tiempos del fantasmal « interés de la nación ».

En fin, buscamos aparecer ante el país como una fuerza que no quiere remendar al sistema, sino sustituirlo por algo nuevo, distinto, por el socialismo. Remachar esta opción emancipadora y socialista, presentarla con su propio perfil, decirle a las grandes masas populares después del fracaso de fórmulas dictatorialistas abiertas, de fórmulas dictatorialistas « democrático-representativas », de fórmulas reformistas y politiqueras, que hay algo nuevo, realmente distinto, que es la opción que encarnan los marxistas. Y que hoy proyectar esa imágen, ese diseño de una nueva sociedad, de una nueva Venezuela, interpretar los sentimientos de la Venezuela emergente, de la Venezuela insatisfecha, impone pasar por lo que algunos llaman « aislamiento » analizando y practicando estos la política a través de las siglas tradicionales, de las formaciones políticas existentes, no tomando ni siquiera en consideración tanto el descrédito de esas formaciones políticas en importantes capas sociales como el hecho de que amplias masas no se encuentran hoy ni encarnadas ni encuadradas dentro de dichas formaciones.

Debo decir que todas estas ideas no estaban totalmente claras en nosotros—y enfatizo lo que a mi corresponde—al iniciarse el debate en el seno del partido comunista, ni al siguiente día de la escisión.

Estábamos convencidos que no podíamos obedecer la « orden » que algunos dirigentes del P.C.V., incondicionales del P.C.U.S., veían a través de un artículo de un seudonimista de « Pravda ». Como estamos convencidos que no podíamos—ni podemos—descender a ningún terreno antisoviético, entendido éste como la negación del papel de la U.R.S.S. en el escenario revolucionario mundial, y nunca como renuncia a nuestro derecho a disentir de cualquier acto o política del P.C.U.S. y de la U.R.S.S., así como de cualquier otro Estado socialista o Partido revolucionario en el poder o fuera de él.

Estábamos convencidos de que la revolución venezolana la tenemos que hacer los revolucionarios venezolanos, y que nadie más nos la va a hacer. Esta es una idea, en mí, que forma una constante de mi pensamiento. Lo escribí desde hace muchísimos años con mi nombre o con el seudónimo de Santos Yorme desde la clandestinidad pérezjimenista, o con los seudónimos de Carlos Valencia y Daniel Chierrinos en la última década de lucha semi-legal, clandestina y armada, y desde la prisión del Cuartel San Carlos, antes de la fuga en febrero de 1967. Estábamos convencidos de que la inventiva y la imaginación de los revolucionarios venezolanos tiene que ir acompañada del estudio, de la investigación, de la utilización de las más diversas técnicas, del aprovechamiento de los descubrimientos y formulaciones fuera del campo marxista, de los aportes de otros pensadores e investigadores no marxistas, o que se autotitulan marxistas pero no se encuentran encuadrados dentro de los partidos comunistas, para la reelaboración de nuestro mensaje. Y con esto retomábamos el método seguido por

los clásicos del marxismo-leninismo : Que no podíamos renunciar a determinados términos porque no fueran ideados por marxistas, como no lo hiciera Marx con respecto a los economistas, filósofos y sociólogos de su época ni tampoco Lenin con la palabra imperialismo. Que la cuestión radica en la reestructuración de todos esos datos y aportes, de todos esos puntos de referencia, y la presentación de una teoría coherente, de un plan global de la lucha de clases en Venezuela y el desemboque socialista de esa lucha de clases. Estábamos convencidos que teníamos que replantear todo lo relacionado con la democracia socialista, con el pluralismo ideológico y el pluralismo partidista, con la posibilidad de funcionamiento de una oposición dentro de los marcos de un Estado socialista. Convencidos de que en este aspecto había que aprender críticamente de las décadas de socialismo en la U.R.S.S. y en otros países, y estudiar históricamente el *cómo* y *por qué* de la aparición de determinados desarrollos en los países socialistas existentes. A estas alturas de nuestro siglo, la opción del socialismo, de la democracia socialista, frente a la opción capitalista, imperialista, democrático representativa, tiene que sufrir modificaciones. Esto fue calificado de « socialismo bobo », por quienes hoy suscriben programas a nombre del « socialismo democrático » que no es lo mismo que la democracia socialista. El papel del hombre en la sociedad socialista, como productor y propietario de los bienes fundamentales de la sociedad, como actor y autogestor, como centro de la distribución de la riqueza, como hombre libre, desalienado de la opresión capitalista, de la propiedad privada sobre los medios de producción, del poder coercitivo del patrono, del terrateniente, de un Estado al servicio de la explotación del hombre por el hombre, instrumento de una minoría explotadora sobre una mayoría explotada en este camino avanzamos hoy sin temores, en una elaboración que tome en cuenta la experiencia internacional, pero que sea la expresión en este aspecto de lo que llamamos la VIA VENEZOLANA AL SOCIALISMO.

Marxismo dogmático en crisis.

Lo más importante para mí es que veo crecer a un movimiento impetuoso, con gran penetración en la juventud, incluídos jóvenes obreros ; con un poder de atracción hacia fuerzas emergentes como ciertos grupos cristianos. Y estamos seguros que no pasará inadvertida para jóvenes generaciones militares que no pueden permanecer ausentes del drama nacional y de los impactos de una situación internacional.

Siento la frescura que expande el MAS, y cómo el pensamiento, mi pensamiento, para seguir este relato en su forma personal, se hace más fluído y flexible, más al encuentro de las nuevas corrientes y con ello al método marxista lo veo, como no lo veía antes, sin « chalecos de fuerza », sin rigideces, con toda su dialéctica.

Esto influye notablemente en el tipo de organización revolucionaria, en el debate, en la democracia interna, en la forma como compaginar centralismo y democracia, centralización y descentralización, responsabilidad colectiva e individual, espíritu de iniciativa y disciplina, relación con las masas en forma más fluída y penetrante.

El marxismo dogmático está en crisis. El porvenir de los marxistas está en volver a esos Marx y Engels críticos, a ese Lenin creador que sabía captar lo que envejecía en la teoría y las nuevas consignas y los nuevos mensajes para las cambiantes situaciones de una época definida por él como de guerras y de revoluciones, como de tránsito del capitalismo al socialismo, cuando calificó a éste de antesala de un nuevo orden social que estaba maduro, a escala universal. Claro está, volver a los clásicos y continuar el desarrollo del marxismo.

La gran responsabilidad que le atribuímos al MAS, quienes ocupamos cargos de dirección en él, es que sus éxitos rebasan las fronteras nacionales para convertirse en victorias de quienes rompen mitos, frases hechas, verdades eternas, prestigios consagrados e intocables y se plantean un marxismo contemporáneo.

Carlos Delgado

Significado político y social del proceso revolucionario peruano

« El carácter pacífico de la Revolución Peruana refleja mucho su esencia y su sentido. Es errada y estéril la noción de que no puede haber proceso revolucionario sin violencia y sin sangre. Existe revolución en un país cuando sus estructuras tradicionales se transforman, cuando se alteran los regímenes de propiedad, cuando se transfiere poder económico, y por ende, político de unos a otros grupos sociales, cuando se modifican sustantivamente las seculares relaciones de subordinación y dependencia, cuando grandes sectores emergen vigorosamente al escenario social y político con nuevos y sentidos intereses económicos comunes, cuando el sistema tradicional de dominación está siendo liquidado y cuando, en fin, el pueblo empieza a ser el gran protagonista de su historia y se gobierna para los más y no para los menos. Y todo esto está ocurriendo en el Perú desde el advenimiento del Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada (1). »

Un breve ensayo como éste ne puede pretender agotar la rica y amplia temática a que alude su título. Puede aspirar tan sólo a señalar algunos de los rasgos fundamentales de un proceso cuyo propio acaecimiento obliga a repensar profundamente los enfoques de interpretación política hasta hace poco en boga en los países de América Latina. Una de las primeras lecciones de la experiencia peruana de los últimos tres años es, justamente, que ella no puede ser comprendida a partir de las perspectivas de análisis tradicional, sujetos a rígidos esquemas de conceptualización por entero incapaces de explicar satisfactoriamente un fenómeno de alta originalidad como el que está ocurriendo en el Perú.

De hecho, casi todos los intentos realizados para interpretar el proceso peruano han partido del error fundamental de utilizar supuestos analíticos, categorías descriptivas y formas de razonamiento político que, en su conjunto, corresponden a un momento histórico cualitativamente diferente del que ahora vive el Perú. En otras palabras, se ha intentado dar cuenta de un fenómeno enteramente nuevo a través de un instrumental heurístico de evidente inadecuación y cuya propia y casi total absolescencia no permite ni siquiera percibir en profundidad todo lo que hay implícito en lo inédito y novel del fenómeno mismo. En tales condiciones, la interpretación se torna ejercicio de aplicación mecánica de esquemas que poco o nada tienen que ver con la rica y dinámica fluidez de una realidad cuyo significado más profundo permanece elusivo y escapa a la esterilidad inherente a todos los esfuerzos por encasillarla en el hierático inmovilismo de los dogmas.

En el fondo de todas las críticas adversas a la experiencia que se está desarrollando en el Perú, se encuentran dos ideas íntimamente ligadas entre sí. La primera es que una institución castrense no puede, por su propia naturaleza, emprender una transformación social y la segunda, que esa insigne tarea histórica está exclusivamente reservada a las organizaciones políticas, a los partidos, como expresión revolucionaria de una determinada clase social. Estas dos ideas forman parte sustantiva del pensamiento político clásico de la izquierda latinoamericana, tributaria teórica de las distintas vertientes de un pensamiento revolucionario europeo y, más recientemente, asiático, de reconocida aunque diferencial filiación genéricamente marxista.

La circunstancia anotada en la última parte del párrafo anterior, aconseja recordar, aunque fuera de manera sumaria, algunos hechos que tienen singular relevancia para la ponderación de la posible validez de aquellas dos nociones fundamentales del pensamiento tradicional de izquierda en América Latina. En primer lugar, gran parte de la rica herencia teórica de Marx se perdió sin remedio cuando el marxismo fue virtualmente sacrilizado, al propio tiempo que castrado, por la profunda y perdurable prostitución stalinista. La sacralización del marxismo se agravó hondamente en países como los nuestros en los cuales, por diversas razones que sería largo reseñar aquí, los partidos comunistas, férreamente sujetos al control absoluto de Moscú, fueron por completo incapaces de trabajar, ni siquiera mediocremente, aquella fértil y diversificada herencia teórica. De hecho, entre nosotros esos partidos tuvieron el monopolio de la « verdad oficial » sobre el marxismo. Sólo cuando el imperio político-ideológico-partidario del stalinismo se resquebrajó después de la muerte del sucesor de Lenin, y especialmente a partir del vigésimo congreso comunista ruso de 1956, el pensamiento marxista empezó a reflorecer en América Latina, pero justamente en las manos de quienes siempre se situaron a

(1) Alocución del Presidente Alvarado.

distancia del establo sacro de los que, hace más de cuarenta años, César Vallejo llamara desde Europa « los escribas », « los eunucos », del marxismo.

En segundo lugar, lo señalado anteriormente explica, por lo menos en gran parte, el traslado mecánico de los planteamientos elaborados en Europa por los pensadores marxistas del siglo diecinueve a las condiciones fundamentalmente distintas de América Latina en el presente siglo. El mimetismo intelectual de los intérpretes oficiales del marxismo sacralizado no les permitió, por ejemplo, moverse con soltura creadora en el difícil pero decisivo terreno de la temática « clasista ». De aquí resultó un rígido, mecánico y, a todas luces, anti-histórico enfoque político de los problemas de « clase » en América Latina. La verdadera invención de un proletariado como el de Marx, no fue, sin embargo, la única de las deformaciones impuestas por el dogmatismo de sus presuntos seguidores stalinistas en nuestro continente ; también lo fue el rechazo total, el verdadero desprecio, a los enfoques y análisis institucionales, en favor de una perspectiva exclusiva y—en nuestras condiciones—infantilmente « clasista » de todos los problemas sociales, económicos y políticos.

En tercer lugar, por las mismas razones de dependencia cultural, de tributarismo ideológico, el clásico pensamiento marxista tradicional en América Latina—que en la medida en que nunca fue en realidad contemporáneo, fue real y profundamente reaccionarlo—no pudo jamás entender la posibilidad de un rol histórico diferenciado en instituciones aparentemente similares en distintos partes del mundo. Ayuno de verdadero sentido crítico y creador y, por tanto, ayuno también de originalidad, tal pensamiento nunca fue capaz de avizorar, por ejemplo, la posibilidad de que las instituciones castrenses jugaron en los países del Tercer Mundo de hoy un papel radicalmente diferente de aquel que para Europa les asignaba la literatura revolucionaria europea del siglo diecinueve.

En cuarto lugar, la definitiva conversión del pensamiento marxista oficial, es decir, del stalinismo, en ideología y en verdad eclesiástica, no sólo produjo el profundo agostamiento de gran parte de la tradición creadora del marxismo auténtico, sino que, inevitablemente, la cubrió de esa opacidad que adquieren los planteamientos de probabilidad e indagación cuando, alejados del campo libre y cuestionable de la ciencia, devienen medio-verdades y medio-dogmas, es decir, postulaciones cargadas de emocionalismo e irracionalidad y, en consecuencia, totalmente inadecuadas para permitir una versión verosímil de la realidad y sus problemas. En una situación así las proposiciones teóricas se convierten en expresiones de certidumbre total, se osifican, se rigidizan y devienen verdades cuasi escolásticas que, al propio tiempo que generan feligresía incuestionable y fanática, dan origen también a las heterodoxias y a las herejías. Todo esto, en su conjunto, oblitera más aún las posibilidades de que, dentro de una tradición teórica así atacada de dogmatismo, se logre garantizar el desarrollo de nuevas formulaciones y de nuevos planteamientos que empujen las fronteras iniciales de la teoría y contribuyan a hacer de ella la viviente realidad, flexible y dúctil que concibieron sus creadores.

Las inter-relacionadas ideas de que una institución militar no puede iniciar una transformación revolucionaria y que tal tarea tiene necesariamente que ser emprendida por un partido político como vanguardia iluminada de una clase social, no pueden escapar en forma alguna a la gravitación de los cuatro factores que acabo de comentar, porque proceden de una tradición intelectual y política donde esos factores han operado con apreciable intensidad, particularmente durante los últimos cuarenticinco años. Y esto debe ser tenido muy en cuenta cuando se consideran tales ideas vis-a-vis el fenómeno concreto del proceso político-social peruano de los últimos tres años. Desde la perspectiva completamente diferente de la « politicología » norteamericana proceden también algunas de las críticas que descartan la naturaleza revolucionaria del proceso que está ocurriendo en el Perú. Es un lugar común decir que los estadounidenses del norte nos conocen muy poco a los latinoamericanos. Pero es así. Y esto, en gran parte, porque nos miran desde una perspectiva que nos es fundamentalmente extraña, que muy poco tiene que ver con nuestra historia y con nuestra realidad, que para nada se sitúa en el cauce de nuestra tradición cultural más profunda y verdadera. En estas condiciones, la « politicología » norteamericana frecuentemente no pasa de ser periodismo erudito, banalidad recubierta de alarde

libresco, anecdotario elevado con ligereza al rango de historiografía improbable.

Para la crítica de esta estirpe, lo que acontece en el Perú, por tratarse de un fenómeno originado en la intervención de militares, es simplemente una expresión de patología política característica de un continente tumultuoso e indisciplinado, inmaduro y pintoresco. O, en su defecto, regresión lamentable que vulnera la esencia de « las libertades democráticas », que rompe el penoso afianzamiento de los civilizados constitucionalismos occidentales y que pone en peligro el « desarrollo político » de los semi-bárbaros pueblos subdesarrollados de una folklórica cultura andina en realidad muy poco conocida. La superficialidad y el formalismo de una crítica que pocas veces penetra más allá de lo anecdótico y lo paramental—y que frecuentemente sólo se interesa por aquello que parece tener alguna relación con las inversiones económicas, políticas o culturales de los Estados Unidos en nuestros países—garantizan la imposibilidad de comprender lo que realmente sucede en esta parte del mundo. También en este caso, el significado del acontecimiento histórico permanece elusivo y distante para un « observador » verdadera y profundamente imposibilitado de observar.

Curiosamente, ambas vertientes críticas coinciden en el punto al que arriban cuando sostienen que lo que ahora ocurre en el Perú es un proceso de modernización, más no una experiencia revolucionaria verdadera. La razón es, al parecer, muy simple : las dos líneas de crítica surgen de un mismo error fundamental, a saber, la creencia de que las realidades políticas concretas pueden analizarse y ser entendidas, no a partir de ellas mismas sino a partir de los esquemas y supuestos de una dogmatizante teorización de « gabinete », construída fundamentalmente por quienes jamás se han adentrado en ellas para poder comprenderlas. A este básico error de origen se añade otro quizás mayor, el de no cuestionar la validez de los supuestos y elevar los esquemas a la categoría de dogma inapelable. En síntesis, así como puede saberse mucho de sociología, pero muy poco de la realidad social, así también puede saberse mucho de « politicología », pero muy poco de la realidad política. Aquí puede radicar gran parte de la explicación del hecho al parecer insólito de que hasta hoy los análisis de « tendencias del proceso revolucionario peruano »—verdaderos vaticinios de nigromante—hayan representado, en realidad, auténticos saltos al vacío, cuando no frustantes ejercicios de prestidigitación, dignos de mejor causa. Porque prácticamente ninguna ha cumplido.

Nueva actitud de la Fuerza Armada.

La intervención militar de Octubre de 1968 fue resultado de un largo proceso de maduración en el seno de la Fuerza Armada peruana. Por lo menos durante quince años la institución castrense se preparó para cuestionar el papel que tradicionalmente había desempeñado en la azarosa vida republicana del Perú. Ese papel fue el de garante del statu-quo económico-social, el de institución que aseguró la permanencia del orden establecido. El cuestionamiento de su rol tradicional llevó a la Fuerza Armada a una redefinición completa de su imagen institucional, a un profundo cambio de mentalidad y de actitud, a una alteración sustantiva de su posición en la vida política del Perú.

Los cambios iniciales empezaron a poco de concluir la segunda guerra mundial. La inquietud de los oficiales peruanos por estudiar y comprender los problemas sociales y económicos del país, encontró una vía institucional cuando en 1952 se fundó el Centro de Altos Estudios Militares. El análisis de la experiencia que representó aquella conflagración internacional y su secuela de acontecimientos políticos, por un lado, y el estudio acucioso de la problemática socio-económica del Perú, por otro, mostraban muy claramente la indesligable relación entre problemas de la seguridad nacional y aquellos del denominado frente interno. Estos últimos derivaban de los hondos desequilibrios propios del subdesarrollo y de la condición imperializada de la economía peruana, fundamentalmente sujeta al dominio extranjero. Así, los problemas cruciales del frento interno eran problemas de seguridad nacional. En tanto permaneciaran irresueltos, el Perú no podía dejar de ser un país débil y vulnerable. Y en tales condiciones, la Fuerza Armada se encontraba incapacitada para garantizar de manera efectiva y real la seguridad del Perú como territorio, como nación y como Estado.

El estudio de la problemática social y económica del país llevó, además, a la convicción de que las

opciones políticas resultaban inevitables. En otras palabras, frente a los problemas fundamentales del Perú no se podía mantener una actitud neutral. O se estaba en favor de que continuasen o se estaba en favor de que fueran resueltos. Y en ambos casos, inexorablemente, se tenía que optar por una posición política; conservadora en el primero, revolucionaria en el segundo. Tal dilema devino decisivo. Porque al resolverse, vía la segunda alternativa, quedó perfectamente en claro la absoluta imposibilidad de seguir manteniendo aquel presunto apoliticismo castrense, hondamente estimulado por los grupos oligárquicos, y que históricamente siempre significó, en realidad, preferencia por la opción conservadora.

El abandono del apoliticismo como posición institucional fue consecuencia directa del enfrentamiento con los problemas estructurales de la sociedad peruana. Tal hecho resultó verdaderamente decisivo para el replanteamiento de todo el cuadro político nacional, porque significó el reconocimiento militar de que los problemas de la seguridad nacional en el Perú planteaban la inevitabilidad de una acción política revolucionaria. Y tal ocurrió precisamente en el momento en que los partidos políticos más importantes del país, como veremos más adelante, habían abandonado en forma definitiva todas sus posiciones siquiera potencialmente revolucionarias. En consecuencia, aquel cambio posicional de la institución castrense representó el punto de partida de un fenómeno en virtud del cual la Fuerza Armada devino instrumento de transformación. Esto, a su vez fue el comienzo del posterior y definitivo rebasamiento del aparato político tradicional por la acción militar desde el Gobierno Revolucionario.

A todo lo anterior habría que agregar otros factores que contribuyeron al cambio de mentalidad y de actitud de las instituciones castrenses peruanas. En primer lugar, debe considerarse el hecho de que la gran mayoría de la oficialidad de la Fuerza Armada proviene de los sectores populares e intermedios y se caracteriza por su origen provinciano. No existe, en consecuencia, ningún nexo fundamental que vincule a los oficiales peruanos con los intereses oligárquicos ni con la clase dominante.

En segundo lugar, la propia mecánica de la organización castrense determina la rotación permanente de los oficiales en todos los establecimientos militares del país. Esto determina su contacto con virtualmente todos los aspectos más dramáticos de la realidad del país. El conocimiento directo de esa realidad complementó de manera muy importante el entrenamiento profesional y teórico que llevó a los oficiales peruanos a comprender la hondura y la complejidad de los problemas fundamentales de nuestra sociedad y jugó un papel muy importante en el proceso de plasmar la convicción de que el papel tradicional de la Fuerza Armada en el Perú tenía que ser drásticamente revisado. En tercer lugar, la experiencia de la lucha antiguerrillera en 1965 desempeñó también un papel significativo en el esfuerzo por redefinir le imagen tradicional de las instituciones castrenses. La guerrillera nunca movilizó masivamente al campesinado peruano; pero probó la profundidad de los problemas sociales agrarios, puso en evidencia, desde un ángulo nuevo, la intensidad de la injusticia social en el campo y mostró la aptitud de reducidos grupos urbanos, principalmente de jóvenes estudiantes y profesionales, para emprender un curso de acción revolucionaria en un país de profundas dasigualdades sociales y de grandes problemas irresueltos que afectaban el diario vivir de la mayoría de peruanos.

En tales condiciones surgió con claridad el convencimiento de que la agitación revolucionaria en el agro no podía ser explicada satisfactoriamente a partir de considerarla en forma simplista como resultado de la penetración de agentes extremistas. La guerrilla, por el contrario, tenía que ser interpretada como consecuencia directa de un ordenamiento social profundamente desequilibrado e injusto, cuyos problemas demandaban una política socio-económica transformadora, y no soluciones de carácter represivo.

Estos fueron los principales factores que originaron el profundo cambio posicional de la Fuerza Armada. La culminación de este proceso institucional ocurrió en el momento más crítico de la desviación pro-conservadora de los partidos que en el Perú habían ganado respaldo popular al amparo de una prédica presumiblemente revolucionaria y progresista y que dominaron la política peruana durante los últimos años del período pre-revolucionario.

Los Partidos Peruanos.

El Apra, Acción Popular y la Unión Nacional Odriista co-gobernaron desde 1963. El apoyo electoral de estos partidos se refleja en el hecho de que ellos eligieron a casi la totalidad de los representantes al parlamento del régimen anterior. Se trataba de partidos de muy distinto origen, pero cuyos posiciones finales convergieron en una común defensa del orden establecido. La troika gobernante que de hecho conformaron sus líderes mesiánicos y eternos ejerció el poder para garantizar la continuidad del statu quo económico-social del Perú. Es, por tanto, inexacto sostener que el gobiemo peruano de 1963 a 1968 fue responsabilidad exclusiva de Belaúnde y su partido. El y los suyos gobernaron desde el ejecutivo. Pero Odría, Haya y sus seguidores lo hicieron desde el Parlamento, « primer poder del estado », según rezara la repetida y ambiciosa consigna política de los partidos que dominaron el congreso durante el último régimen civil.

El Apra fue un movimiento inicialmente revolucionario, sobre todo en su período germinal anterior a 1931. Los síntomas de su acomodación al orden establecido empezaron a manifestarse a partir de 1945. Pero del mismo modo que la grande y heroica clandestinidad de 1932 a 1945 sirvió para ocultar los primeros cambios de posición doctrinaria y política en el comando ejercido por Haya de la Torre, la dura y brutal persecusión del odriismo durante ocho largos años hizo imposible ver con claridad el franco desviacionismo conservador del liderazgo aprista, recubierto de justificativos tácticos durante la convivencia con el pradismo entre 1956 y 1962, pero ya inocultable y sin posibilidades de rectificación a partir de este último año. La involución proconservadora tuvo expresión definitiva y culminante cuando la dirección aprista, a espaldas de su propia militancia, selló su capitulación ideológica frente al odriismo en el pacto de 1963. En virtud de esa alianza se unieron los perseguidos y los perseguidores de otra hora con el común propósito de defender pequeños apetitos de poder y con la finalidad ostensible de acoderarse a la reacción derechista para impedir que los hondos problemas sociales y económicos del país fueran resueltos.

Por su parte, Acción Popular históricamente representó un movimiento aluvional de división del Apra desde afuera. Hábil y oportunistamente, Belaúnde, compañero de ruta de la dirección aprista desde 1945, procedió diez años más tarde a ocupar el campo político del progresismo reformista que el Apra había abandonado en el gran viraje que representó la convivencia. A partir de 1956, Acción Popular creció a expensas del aprismo, engrosando sus filas con antiguos militantes del Apra y con grupos políticamente provenientes de la anchurosa zona de influencia que este partido había logrado construir en largos años de lucha antidictatorial en el Perú.

De otro lado, el belaundismo jamás fue un movimiento coherente, lúcido, capaz de representar una vía efectiva de realización revolucionaria en el Perú. Su liderazgo jamás tuvo calado histórico. Copió los aspectos paramentales de la organización y del comportamiento público que habían servido el Apra para convertirse en el más importante partido político del Perú. Pero su dirigencia, dueña de todos los defectos y de ninguna de los virtudes de esa dirigencia aprista que antes de claudicar se sazonó en un largo historial de adversidad y lucha, no podía llegar a ser la conductora de un pueblo que afanosamente buscaba un rumbo revolucionario para transformar el viejo régimen establecido.

Finalmente, el odriismo fue expresión residual de las antiguas tendencias conservadoras y de ese « lumpen proletariat » político del que suelen nutrirse los caudillos autoritarios de derecha. La Unión Nacional Odriista representó en el Perú el último ejemplo de movimiento sin clara finalidad política. En el mejor de los casos, constituyó la manifestación larvaria del gran partido conservador que el Perú nunca tuvo. Fue, en cierto sentido no exento de contradicciones, expresión política de los intereses económicos de un latifundismo de inevitable liquidación histórica.

Estos fueron los grupos que co-gobernaron el Perú en la etapa immediatamente anterior a octubre de 1968. Constituyeron el fundamento de un sistema político tradicional establecido sobre la base de la efectiva discriminación de la gran mayoría del pueblo peruano que jamás tuvo intervención política real y cuyos intereses nunca fueron representados de modo verdadero por ningún partido en el país. Tuvieron, además,

B.D.I.C

por encima de ostensibles rasgos de diferenciación, algunas fundamentales características comunes. Fueron partidos oligárquicos en el sentido de que en ellos el poder de decisión radicaba en grupos dirigentes desprovistos de la más leve capacidad de renovación. Fueron también partidos de liderazgo mesiánico, inapelable, absolutista y total. No es una casualidad que en cada uno de ellos el poder final de decisión estuviese en las manos de un « jefe nato » y, por tanto, vitalicio. Odría, Belaúnde y Haya, en efecto, manejaron « sus » partidos fundamentalmente de la misma manera en que los viejos caciques políticos solían manejar « sus » departamentos. Los adjetivos posesivos que aparecen entrecomillados son, en este caso, más que simples categorías gramaticales. Denotan la realidad de un fenómeno político concreto.

Odría, Belaúnde y Haya sintieron siempre que la Unión Nacional Odriísta, Acción Popular y el Apra eran una especie de propriedad privada, un gran feudo político. En el más profundo de los sentidos, esos partidos fueron « suyos », les pertenecieron como verdaderos cotos de caza dentro de los cuales sus dueños siempre ejercieron un poder absoluto. Entre estos caudillos mesiánicos y las figuras pintorescas de los viejos caciques regionales de antaño no existen, en rigor, diferencias esenciales de estilo político. Los primeros pueden ser más refinados y cultos, pero a todos los hermana un mismo tipo de comportamiento político concreto.

En presencia de vastos sectores sociales emergentes, de profundos problemas económicos, de hondas tensiones en los sectores mayoritarios del país, el sistema político dominado por tales partidos no podía brindar una alternativa de solución. Sus dirigencias, todas por igual comprometidas en el mantenimiento del orden tradicional, fueron absolutamente incapaces de proporcionar el liderazgo que el Perú necesitaba para plantear un curso de acción revolucionario y transformador. Más aún, sus dirigencias tampoco supieron comprender el decisivo cambio posicional de una institución de poder tan importante como la Fuerza Armada. La significación de un hecho así pasó para ellos totalmente desapercibida. Esta suerte de daltonismo político—porque no se trató simplemente de un caso de miopía—tampoco les permitió comprender que un cambio igualmente sustantivo había ocurrido también en la Iglesia Católica, otro de los grandes pilares que tradicionalmente sostuvieron el statu-quo económico-social en el Perú. Lo señalado en el párrafo anterior constituye la principal razón de que los centros del poder del sistema tradicional de partidos interpretan la intervención militar de octubre 68 como un nuevo golpe militar. Este error de interpretación fue también cometido por quienes no supieron percibir que esa intervención representaba la profunda ruptura cualitativa de una añeja tradición política del Perú. Firmemente aferrados al estereotipo de la institución militar como perpetua defensora de todo sistema económico tradicional y contrario a los intereses populares, descartaban sin discusión alguna cualquier posibilidad de que el estereotipo perdiese validez. Tal actitud constituyó ejemplo típico de inercia interpretativa y de ciega aceptación de los dogmas. Se concebía que los partidos políticos originalmente revolucionarios pudieran, sí, esclerosarse y degenerar hasta devenir instrumentos de poder totalitarios y burocratizados, pero se rechazaba que una institución castrense, garante tradicional de un ordenamiento de grandes injusticias, pudiera convertirse, por proceso contrario, en instrumento de grandes transformaciones sociales.

Revolución « desde arriba ».

Lo que hoy está ocurriendo en el Perú representa el comienzo de una revolución iniciada « desde arriba ». La claudicación de los partidos de base popular creó un hondo vacío que, ante la impostergable necesidad de transformaciones estructurales encaminadas a resolver los problemas básicos del país hubo de ser llenado en 1968 por la única institución entonces capaz de emprender una acción revolucionaria en el Perú. La Fuerza Armada asumió el liderazgo político que otros habían abandonado y, malogrado el díc fum de dogmas y de esquemas, dió principio a un proceso encaminado a modificar sustancialmente las relaciones fundamentales de poder en la sociedad peruana. Si los enfoques interpretativos tradicionales no pueden dar cuenta de una realidad así, no es ésta la que debe ser ignorada, sino aquellos los que deben modificarse.

Las transformaciones emprendidas por el gobierno peruano no pueden ser válidamente descritas en téminos de una simple política de modernización. Lo que hoy se cuestiona no son

los aspectos paramentales del sistema capitalista dependiente bajo cuyo signo el Perú llegó a ser un país sub-desarrollado y sujeto al dominio imperialista. Lo que se recusa es el sistema mismo. No se trata de introducir en el Perú reformas incrementales para relegitimar el orden tradicional, sino, por el contrario, de reformas estructurales destinadas a remplazarlo par otro cualitativamente diferente.

En un país donde más de la mitad de la población económicamente activa deriva sus ingresos del agro, una reforma que destruye el latifundio y sustantivamente modifica el régimen de propiedad de la tierra, es una medida revolucionaria de carácter nacional. Al afectarse la base agraria del Perú, se afecta todo su universo social. En otras palabras, en países como el nuestro, una reforma agraria de esta naturaleza, lejos de ser una medida de alcances sectoriales, representa una transformación de la totalidad del conjunto social.

La modificación sustantiva de la tenencia de la tierra agraria y la transferencia del poder económico de los grandes latifundistas a las cooperativas y a las comunidades campesinas, significan también una fundamental transferencia de poder político. Por eso, en países como el nuestro, una reforma agraria de este tipo equivale a una revolución social. Así lo comprendió José Carlos Mariátegui al sostener que la tarea revolucionaria fundamental en el Perú tenía que ser la lucha contra el feudalismo—independientemente de que ahora cuestionemos la propiedad con que Mariátegui usara en este caso la expresión « feudalismo ». La liquidación económica, y por ende política, de los grandes centros de poder oligárquico agrario afincados en los inmensos latifundios azucareros es un hecho político del más alto valor revolucionario. Se pueden discutir—y aceptar—numerosos errores de aplicación de la reforma agraria, pero aquel hecho sustantivo no puede ser ignorado. Por haber transferido poder económico a los trabajadores del campo y haber iniciado la liquidación del latifundismo, el proceso de reforma agraria significa el ingreso de vastos sectores campesinos a la vida política real del país.

Esto altera fundamentalmente y por completo la estructura del sistema político tradicional e inevitablemente decreta la caducidad de los partidos del período pre-revolucionario. Por la propia naturaleza de su estructura, de su liderazgo, de su temática fundamental, tales partidos no pueden expresar la nueva dimensión de la realidad peruana ni el dinamismo social a ella inherente. En este aspecto críticamente importante, los partidos políticos tradicionales han sido definitivamente rebasados. El proceso revolucionario tendrá que encontrar su propia forma de expresión política. Pero, por todo lo anterior, ella no puede ser la de los viejos partidos del Perú.

Esto plantea a la Revolución Peruana un crítico problema : determinar la forma que esa expresión política habrá de adquirir en el futuro. Aquí puede surgir la tentación de organizar un nuevo partido político en esencia similar a los anteriores. Tal sería, a mi juicio, un profundo y grande error. Porque el riesgo de caer nuevamente en la viciada realidad de un partido como instrumento de poder intermediador y expropiatorio, es demasiado grande.

Aquí, sin duda alguna, gravita un peso enorme de inercia intelectual y valorativa. En mayor o menor grado, tendemos a considerar que la institución de poder político denominada « partido » es un fenómeno natural de la vida del hombre organizado en sociedad. Y, sin embargo, sabemos bien que no es así, que se trata de una institución relativamente reciente en la experiencia de las sociedades que pertenecen, o históricamente se hallan vinculadas, a la llamada civilización occidental. El hecho de que tal institución sea la única que nos ha sido conocida, no debería conferirle la inevitabilidad de las realidades « naturales ». Ni debería hacernos olvidar que, virtualmente en todos los casos conocidos en el presente siglo, los partidos han devenido instrumentos de intermediación manipulados por pequeños camarillas expropiatorias del poder político del pueblo.

Lejos de ser mecanismos realmente democráticos de participación popular en los múltiples niveles de las decisiones políticas, los partidos —por lo menos en su versión conocida hasta hoy—,han llegado a ser organismos de encuadramiento e instrumentos de manipulación. Siempre, en efecto, existe la oligarquía partidaria que habla « en nombre » de la estructura organizativa del partido, que a su vez « representa » al partido en su totalidad, en tanto que éste « expresa » los deseos de una clase que, finalmente, ella también, « traduce » las aspira-

ciones del pueblo y la nación, en cuyo nombre se organiza políticamente en *el* partido !

Es en verdad extraño ver como hemos llegado a convencernos de que esta ilusión, este espejismo deformante, constituye la realidad. Sin embargo, la universalidad de este hipertrofiado fenómeno de reificación en cadena parece generar esa enorme fuerza inercial que nos lleva casi inevitablemente a la conclusión de que todo proceso revolucionario debe expresarse políticamente en la imagen y la realidad de un partido. En puridad, no tiene por qué ser así. Pero este problema representa el desafío quizás más importante de la Revolución Peruana. Su enfrentamiento pondrá a prueba nuestra capacidad de vislumbrar y discernir una nueva manera de resolver la cuestión de cómo debe concebirse la expresión política de un vasto y profundo cambio societal.

Personalmente, creo que no son las minorías esclarecidas de un comando político las que, por si y ante sí, deben solucionar este problema. Pienso que, sin caer en un espontaneísmo ingenuo y sin sentido, debemos confiar en que un pueblo auténticamente liberado es un pueblo capaz de generar sus propias formas de expresión política. Por la menos esto puede decirse en favor de un antidogmático planteamiento de apertura : toda la experiencia histórica que nos es accesible demuestra que las minorías luminosas han generado siempre burocracias represivas. En nombre de uno u otro mito, de uno u otro ideal, tales burocracias, por su absolutismo, por su fanática intolerancia y por su apetito insaciable de poder, han terminado por ser indistinguibles de cualquier oligarquía gobernante del pasado.

Con respecto a los problemas anteriormente reseñados, la Revolución Peruana no tiene hasta el momento una respuesta definitiva y cabal. En esto, como en mucho, ella se mantiene fiel a su profesión de ser proceso abierto. Justamente en esto radica su valor capital como experiencia radicalmente creadora. Pero también aquí es donde más ha sido incomprendida, porque se le ha juzgado en función de los periclitados enfoques interpretativos de una perspectiva política a la que es fundamentalmente extraña. En efecto, las más conocidas apreciaciones del fenómeno peruano yerran al no captar su naturaleza esencialmente procesal. Se le juzga estáticamente, como si cada momento de su desarrollo fuese un instante acabado y final, independiente del sentido y del acontecer del proceso como totalidad histórica.

En cierta forma, es como si para registrar la ocurrencia de un hecho y captar su significado, el observador sólo usara, por así decirlo, un implemento de fotografía, incapaz de captar el movimiento, y no un aparato fílmico que pudiera aprehender la fluidez y el dinamismo que constituyen la médula de su más honda significación. Así, algunas vulgarizadas versiones críticas de la Revolución Peruana constituyen documentos puramente fotográficos. Son colecciones de registros estáticos. En el mejor de los casos, captan con claridad acontecimientos puntuales que, por el estatismo del enfoque con que son percibidos, no pueden, sin embargo, dar una versión verosímil y válida de una realidad cuyo más profundo sentido es su carácter procesal. La crítica « peruanista », en el campo político por la menos, no ha llegado a la época del film. Todavía no sabe captar el movimiento.

Por tanto, tampoco puede captar el significado profundo y decisivo de un proceso que, a tres años de iniciado, alcanza su plena madurez posicional en un planteamiento como éste del General Velasco en su Mensaje a la Nación el 28 de julio de este año :

« En la sociedad a que nosotros aspiramos, la riqueza debe... tener un carácter fundamentalmente social, en base al reconocimiento profundamente humanista de que su fuente final radica en el trabajo creador del hombre y de la sociedad. Sólo así habrá de ser posible devolver al esfuerzo de los hombres su enaltecedora condición de elemento liberador a través del cual ellos mismos se realicen a plenitud, con plenitud de dignidad. Y sólo así habrá también de ser posible que el trabajo, lejos de seguir siendo fuente de servidumbre y alienación, redescubra y conquiste su más profunda significación liberadora... Por ello, el ordenamiento social que estamos construyendo deberá basarse en el concepto global de una democracia de participación, es decir, de una democracia para la cual los hombres libremente organizados intervienen en todas las esferas de decisión y ejercen directamente, o con el mínimo de intermediación, todas las formas de poder en sus dimensiones económicas, sociales y políticas... En una sociedad así la riqueza y el poder no podrán ser privilegio de nadie y, consecuentemente el poder

de decisión, lejos de constituir el monopolio de los privilegiados o del Estado, radicará en cada uno de sus integrantes. Por todo lo anterior, esta Revolución se inscribe, con toda su probada autonomía conceptual, en la tradición más ilustre del pensamiento libertario socialista y humanista. »

Discusión con Héctor Béjar

por Heinz Rudolf Sonntag

Heinz Rudolf Sonntag : Compañero Héctor Béjar, usted ha sido comandante guerrillero, usted es socialista, usted ha sido encarcelado por los regímenes que han gobernado al Perú, durante varios años. Hoy día, liberado de la cárcel, usted trabaja como redactor de una revista que apoya abiertamente la política del actual régimen militar en el Perú. Este régimen se autodenomina revolucionario y nacionalista. Sin embargo, muchos observadores del continente y del mundo entero consideran este régimen no revolucionario y solamente nacionalista, por decirlo así, a medias. La primera pregunta es la siguiente : ¿ Cómo ha llegado usted a formar parte de una revista que apoya al gobierno del Perú, que apoya a un régimen militar ? ¿ Cómo coincide eso con sus opiniones políticas socialistas ? ¿ Cómo se compagina eso con su pasado comandante guerrillero ?

Héctor Béjar : Hay coherencia en estas etapas. Estoy aquí porque, como socialista, quiero contribuir a la lucha por la independencia y por la transformación de mi país y así como estuve en la guerrilla o en la prisión, ahora apoyo, como usted dice, a este gobierno porque ha iniciado un ciclo de profundas transformaciones sociales. Quienes se limitan a calificar a este régimen como nacionalista y nada más, olvidan que no puede haber en este momento en América Latina ningún nacionalismo real que no sea revolucionario.

H. R. S. : *Pero la cuestión es saber si el nacionalismo, que muy probablemente es revolucionario en sí mismo, también tiene como objetivo planteado y pensado llevar adelante ese nacionalismo hacia una posición verdaderamente socialista en el caso concreto del Perú.*

H. B. : El objetivo de todo socialista es impulsar en su país un proceso que lleve al pueblo, a las mayorías dominadas, al poder. En el Perú se han abierto estas perspectivas aunque para un observador que no esté perfectamente enterado del proceso peruano, esto pueda parecer sorprendente ; la dinámica iniciada lo está llevando no solamente a apoyarse en el pueblo, que eso ya lo hemos visto en América Latina en muchas oportunidades, sino a abrirle al pueblo la posibilidad real de acceder al poder a través de nuevas instituciones autogestionarias. Si en alguna forma puede definirse esta etapa, es justamente como la transferencia de poder económico de la vetusta oligarquía tradicional a las grandes masas populares. Lo estamos viendo en la Reforma Agraria (con todos los defectos que la R. A. pueda tener en su aplicación) y en cada una de las medidas que se han venido adoptando. Y lo vamos a ver especialmente en el próximo y vigoroso impulso a la movilización social. Yo comparto su opinión : no puede haber revolución plena sin pueblo. Evidentemente, este proceso necesita, para ser culminado, de la participatión popular, en una etapa de transferencia de poder, para que las mayorías hasta hoy marginadas estén en condiciones de tomar en sus manos las riendas de la economía y la política del país.

H. R. S. : *Vamos por partes. Si bien es cierto que una de las cuestiones fundamentales de un régimen socialista es la cuestión de quiénes sustentan el poder económico, social y político, hay otras preguntas que habría que hacerse. Un régimen socialista se define por otras cosas, tales como la organización del trabajo, la forma de propiedad, la forma institucional de propiedad sobre los medios de producción, a cuestiones de la administración, de la gestión de las fábricas, etc. Eso es una parte que, a mi modo de ver, hasta ahora no se la ha explicado muy bien. Aparente o realmente hay un intento de establecer más bien una coalición de clases en vez del predominio de las masas populares, en el momento actual.*

H. B. : En primer lugar, aquí hay un problema muy importante. ¿ Qué entendemos por socialismo ? Porque en este momento en el mundo se dan muchos modelos de socialismo, y hay algunos que es dudoso que en realidad lo sean. Queremos el socialismo, pero, ¿ Qué significa este término para nosotros ? Una nueva sociedad en la que el poder económico y político pertenezca a las mayorías nacionales, en que los medios de producción sean de los productores.

H. R. S. : *Y la administración de los medios de producción esté en manos de las masas...*

H. B. : Naturalmente. Entendemos nosotros, en último término, por socialismo, la propiedad, la administración, la gestión de los medios de producción por parte de los productores. ¿ Cómo es que este fenómeno se va a dar en

este país ? ¿ Por qué es que la dinámica de este proceso nos está llevando justamente a esto ? En primer lugar, el Estado está adquiriendo una gravitación cada vez más fuerte en el rumbo económico y político. Y si este Estado deja de trabajar en función de los intereses de un grupo para hacerlo en función de los intereses de toda la nación ; si simultáneamente gran parte de los servicios estatales son transferidos al pueblo organizado, tenemos los elementos claves que pueden llevarnos en el futuro a una etapa superior socialista y autogestionaria a la que habremos arribado por un camino peruano, originado en nuestra realidad.

H.R.S. : *Ahora bien, aquí surge mi segundo interrogante. Usted mismo ha dicho que este es un Estado burocrático. Usted mismo lo ha dicho, y es obvio que el Estado se apropria día a día de más sectores de la economía y de la sociedad. Eso es cierto. Pero ¿ cómo superaremos esa contradicción ? El Estado burocrático, ¿ cómo puede ser llevado a ser un Estado popular ? Es más, este Estado burocrático, es un Estado muy particular, está dominado actualmente, en sus puestos más altos, por militares. Y raras veces se ha visto en el mundo que los militares realmente estén dispuestos a ceder el poder definitivamente a las masas populares. Si es que lo ceden, subyace un supuesto teórico muy claro ; tienen que cederlo bajo la disposición de tomarlo otra vez en el momento en que ellos lo consideren necesario. Le planteo este problema como socialista, porque es un problema de índole estratégica muy grande.*

H. B. : Evidentemente, ese no es un problema exclusivo de esta revolución. Es un problema de todas las revoluciones. Todas las revoluciones en el mundo hasta este momento han creado estados fuertes. Hasta este momento también estos Estados no han hecho otra cosa que fortalecerse, contrariamente a las previsiones de los revolucionarios, que propugnaron su debilitamiento en beneficio de una « administración de las cosas », por el pueblo.

Se han fortalecido y han creado sus propios intereses, apartados, cada vez más de los intereses de las masas. Eso ha sucedido y sucede en todas las revoluciones del mundo. Por consiguiente, es un problema también para esta revolución. Y creo que es uno de los problemas vitales de esta revolución. ¿ Cómo, mediante qué mecanismos, los actuales dirigentes, se desprenderán de su actual poder ? Lo que usted señala es un hecho real. Evidentemente, un Estado fuerte que es detentado no solamente por militares, sino por una especie de alianza entre militares, intelectuales y técnicos civiles, es un Estado que, quizá, pueda resistirse en algún momento a ser transformado en una institución mucho más cercana, mucho más representativa de las masas. Pero eso es justamente una contradicción que es parte de la dinámica de todo el proceso y que debe ser resuelta por los nuevos mecanismos de participación popular.

En este aspecto, el papel de los socialistas y de los revolucionarios conscientes de esta problemática, es fundamental. Como lo decía al comienzo : porque entendemos eso, estamos acá. Justamente porque este es el problema, a fin de cuentas.

H. R. S. : *Usted ha introducido un nuevo elemento para mis dudas. Ha dicho que la capa dominante del Estado en este momento es una coalición entre militares y técnicos. Los técnicos, no sólo por su extracción de clase, sino por su propia formación, tienen una vinculación clasista y una preferencia con respecto a la forma de organización social que no tiene absolutamente nada que ver con el socialismo.*

H. B. : No hay que olvidar dos cosas. Hay dos diferencias que, para mí, son bastante importantes, entre lo que está sucediendo en los países socialistas, especialmente en los países socialistas del Este europeo, y lo que está sucediendo en el Perú. En primer lugar, en esos países socialistas la capa tecnocrática es una capa ya conservadora. Si usted quiere, esta capa burocrática ha sido una creación de la revolución, del nuevo sistema, está entrampada con el nuevo sistema, y tiene, por eso mismo, características más bien conservadoras, antes que revolucionarias. En el Perú es diferente. La parte de la capa tecnocrática no vinculada a las grandes empresas, o como usted quiera llamarla, la capa de los técnicos que está dirigiendo la economía del país junto con los militares, sale de una sociedad dominada, tiene intereses que, en este momento, entran en contradicción con el sistema hasta hace poco imperante. Entonces, su actitud es diferente. Y, por lo mismo, para mí, su posición es mucho

más revolucionaria que la de otros. Por otro lado, nosotros no debemos olvidar que en un país como el Perú la lucha contra la dominación imperialista es mucho más gravitante sobre esa capa dirigente, que en Europa. Es bastante diferente la situación de un proceso que, si usted quiere, está un poco solidificado, institucionalizado, de la situación de un proceso que sigue una dinámica contra un enemigo exterior, una dinámica en la cual la alianza de militares y técnicos no es suficiente, sino que impone su extensión a una alianza mucho más grande, mucho más fuerte que tiene que comprender al pueblo... Ahí está el punto más importante de la cuestión para cualquiera que estando al frente de este proceso tenga una mentalidad avanzada. Es indispensable, hasta por razones de la propia subsistencia frente al poder extranjero, apoyarse en una organización popular que no sea solamente la organización popular incondicional a la dirección, sino, sobre todo, una organización, popular actuante, capaz de desarrollar sus propios gérmenes de poder, capaz de desarrollar su propia política. Esa es una de las particularidades más interesantes de este proceso.

H. R. S. : *Bueno, pero no dejo de insistir. Se puede tener la sospecha, y algunos observadores e intérpretes del proceso peruano han mantenido esta tesis de que la alianza entre militares y técnicos es en el fondo une expresión muy particular de una alianza clasista entre los militares y la burguesía, una supuesta burguesía nacional. ¿Qué opinión le merece este concepto ?*

H. B. : Yo creo que una de las más grandes equivocaciones de quienes analizan este proceso desde fuera del Perú, y también de algunos que lo analizan desde adentro, está en identificar el grupo dirigente de este proceso con la burguesía nacional. Es una equivocación abismal. Primero porque en estos países, tal como usted ha dicho, no existe propiamente una burguesía nacional. Lo único que ha existido aquí han sido directorios formados por ejecutivos peruanos, pero en realidad controlados y dirigidos por el imperialismo norteamericano, por los intereses de los monopolios norteamericanos. Entonces, mal podría esta « burguesía » nacional iniciar, ni siquiera soñar con iniciar un proceso como éste. Este proceso no se debe de ninguna manera, a la burguesía nacional. Es más bien una expresión coherente, condensada, lograda, de las aspiraciones que desde hace unos 40 años, han venido acumulando la pequeña burguesía y todo el pueblo de este país. Si observamos la evolución que hemos tenido desde el año 1930 hasta la fecha, nos daremos cuenta de que han habido tres instituciones, fundamentalmente, que han tenido composición social de clase media : el Ejército, la Universidad y más recientemente la Iglesia, instituciones que a pesar de su composición social, estaban entrampadas dentro del sistema.

Por otro lado hemos tenido desde comienzos del siglo, una oligarquía conformada por propietarios de tierras, por banqueros y por representantes de monopolios norteamericanos, oligarquía que ha gobernado este país hasta hace poco, mediante instituciones prestadas, indirectamente. En el Perú nunca ha existido un partido oligárquico. Nunca hemos tenido tampoco un Ejército de casta oligárquica. Y menos aún hemos tenido una intelectualidad oligárquica. La oligarquía tuvo que servirse de la pequeña burguesía para gobernar indirectamente a este país. Y así tuvo que recurrir a militares como Benavides, Sánchez Cerro, Odría, para que sirvieran de gendarmes de sus intereses. Tuvo que alquilar también a algunos intelectuales y mantener a través de ellos cierta dominación sobre la universidad.

Pero poco a poco, el estudiantado universitario, la intelectualidad, la iglesia, fueron escapando al control oligárquico y tomando las banderas de la independencia nacional y la transformación social. Porque los intereses, las expectativas de esas capas medias no tenían absolutamente nada que ver con los intereses y las expectativas de las clases dominantes de este país. Lo que usted ha observado durante todo ese período, no es sino un proceso por el cual estos grupos van tomando autonomía, van elaborando su propia estrategia enfilada hacia el desarrollo independiente del país. Ahora, yo me explico su desconfianza de marxista con respecto a la pequeña burguesía...

H. R. S. : *Desconfianza que ne he expresado aún.*

H. B. : Pero hay algo que no se puede discutir : el papel revolucionario que las capas medias vienen jugando desde hace bastante tiempo en

este país. Que han jugado en la década del 30. Que han jugado en las guerrillas, porque a las guerrillas no fueron sino pequeño-burgueses de las universidades. Que empiezan a jugar a través de la oficialidad militar. El proceso tenía que darse, proceso que se ha venido gestando a través de todos estos años y en el que ahora nosotros descubrimos hilación y coherencia. Ahora, naturalmente, esta pequeña burguesía aporta al proceso no solamente sus cualidades, sus características positivas frente a la dominación, sino también algunas características negativas. Ahí estamos de acuerdo. Pero nadie podría discutir que su posición frente al imperialismo es una posición revolucionaria. Porque es una posición que no tiene ninguna atadura con el estado de cosas anterior.

H. R. S. : *Es precisamente cuestión de estrategia. Si las masas populares no tienen una estrategia, este juego se quiebra. Por eso es precisamente que tengo dudas, no desconfianza,* dudas *con respecto al papel de la pequeña burguesía. Si es que la pequeña burguesía realmente tiene, como usted dice, un papel tan importante, tan destacado en este proceso, ¿ dónde está la estrategia que puede transferir esta revolución de las manos de la pequeña burguesía a las manos de las masas populares ? ¿ dónde está el mecanismo por el cual la masas realmente comienzan a tomar el poder ?*

H. B. : Eso es una vez más el problema de toda revolución. ¿ Qué hubiera sucedido si nosotros hubiéramos hecho la revolución ? No habríamos cumplido en esencia sino el mismo papel dirigente que está cumpliendo, en este momento, esta coalición de militares y técnicos. ¿ Qué hubiéramos logrado ? Quizás un proceso mucho más popular que éste, pero seguramente un proceso que, de todas maneras, habría sido dirigido por una vanguardia ilustrada que no puede provenir de otro lugar, en estos países, sino de los núcleos culturizados de la pequeña burguesía. Entonces, el problema hubiera sido exactamente el mismo : ¿ Cómo lograr que el Estado, gobernado por estos señores, que a través de una lucha popular y guerrillera, habían llegado al poder, se transformara en un Estado realmente popular ? Habríamos repetido el problema de toda revolución. Ahora bien, ¿ por qué no existe una estrategia de las masas populares ? Simplemente, porque las masas populares en este país siempre fueron discriminadas y alejadas de la menor gravitación sobre los núcleos de decisión del país. Entonces, de lo que se trata en primer lugar para un revolucionario, es aproximarlas a esos núcleos de decisión y lograr que influyan cada vez más sobre ellos, hasta un punto tal que su papel ya no sea simplemente influyente, sino determinante. Yo creo que allí está el problema fundamental de la estrategia revolucionaria en un fenómeno como el actual en el Perú. ¿ Cómo lograr eso ? Eso no se va a poder lograr, de ninguna manera, si no existe una concientización de las masas populares, simultánea con una organización y una movilización de las mismas dentro del proceso. No hay otra salida. Y el problema está planteado. Estoy absolutamente de acuerdo con usted en que aquí no vamos a tener, de ninguna manera, una apertura hacia una etapa superior si es que las masas no intervienen, por sus propios medios. En eso estamos. Y una cosa más. Estoy absolumente seguro que esa etapa va a llegar acá. Absolutamente seguro. Porque, como le repito una vez más, no es suficiente, félizmente, en este país, en este proceso, la simple dirigencia por una alianza entre militares y técnicos. El problema es tan grave, tan agudo en un país dominado como éste que, de ninguna manera, un proceso de este tipo podría incluso subsistir si no se apoyara, en determinado instante, en una amplia organización popular.

H. R. S. : *Y ahora viene la pregunta concreta ; hasta ahora hemos discutido, en el fondo, cuestiones teóricas de cierto alcance y en cierto nivel. Pero ahora tenemos que entrar en el proceso peruano propiamente dicho. La movilización y organización de las masas no se ha dado, hasta hoy. ¿ Cómo va a darse ? ¿ Cómo es el proyecto ? Segunda pregunta : en el proyecto, ¿ Cómo garantiza una estrategia revolucionaria que estas organizaciones y esta concientización no sean concientización y organizaciones manipuladas, sino que, en un momento dado, se conviertan en una expresión autónoma y autóctona de la dinámica de las propias necesidades y deseos de las masas ?*

H. B. : Creo que la garantía para eso está justamente en que en un país como éste, es imposible movilizar al pueblo manipulándolo. Ha llegado a una etapa muy alta de lucha aunque,

aparentemente, exista más bien un adormecimiento popular. Pero el pueblo ha tenido tantas experiencias políticas, de apoyo a determinados líderes que después lo traicionaron, que aquí no va a moverse manipulado. Y la mejor garantía del proceso está allí, justamente. Ahora bien, sin embargo éste sigue siendo un peligro. Comparto con usted los temores por este peligro. Creo que si en este proceso, el pueblo fuera simplemente manipulado y movilizado solamente a cumplir decisiones que han sido previamente adoptadas, y no a cumplir decisiones en las que pueda intervenir, eso sería un factor de frustración del proceso.

H. R. S. : *Aquí estamos absolutamente de acuerdo. Muy bien, entonces, ¿Cómo evitar esa frustración? ¿cómo construir estas organizaciones? ¿adónde ir? Esa es la pregunta que tendría que hacerle ahora.*

H. B. : Bueno, las organizaciones se construyen sobre el camino; es el pueblo quien debe hacerlas, animado, impulsado por los dirigentes revolucionarios del proceso.

H. R. S. : *Pero eso es una fe en el espontaneismo de las masas...*

H. B. : No, no es solamente espontaneismo : Si usted ha visto por ejemplo el Plan Nacional de Desarrollo para 1970-75, encontrará allí un capítulo sobre movilización social donde se establecen varios postulados sumamente interesantes; primero que el objeto de la movilización social dentro de este proceso no es otro que el de ir contra la dependencia externa y la dominación interna promoviendo a las masas hacia una participación real a través de sus propias decisiones. Yo creo que eso, dicho por el Gobierno Revolucionario, tiene una importancia tremenda. Es decir, que esa convicción revolucionaria en este momento, ya no es solamente la de un grupo avanzado; es el objetivo del Gobierno. Ahora bien, ¿cómo es que eso se va a lograr en la práctica? No se puede sin la intervención de elementos de avanzada, de hombres que comprendan el problema y que entiendan perfectamente dónde reside la problemática de las revoluciones contemporáneas, y, naturalmente, de la Revolución Peruana. Yo pienso que allí el papel de los revolucionarios es históricamente urgente porque si la izquierda no participara, si renunciara a jugar un papel activo y positivo dentro del proceso, estaría contribuyendo a su frustración.

H. R. S. : *¿Y los grupos de izquierda colaboran con el Gobierno?*

H. B. : Hay elementos de izquierda que sí colaboran, pero la izquierda organizada no. Se encuentran todas las gamas, desde la posición de participación plena en el proceso, sin que esto signifique naturalmente participación incondicional, participación plena en el sentido de trabajo pleno...

H. R. S. : *... Pero no acrítica. Esa participación podría ser una participación crítica también.*

H. B. : Por supuesto, una participación crítica. Porque naturalmente, quien esté participando en el proceso, de ninguna manera renuncia a su capacidad de análisis de lo que está pasando, y a su capacidad de influir positivamente en el proceso en el sentido de hacerlo avanzar. Ahora, desde esa posición, hasta la de quienes aseguran que esto es fascismo encuentra usted todas las gamas.

Yo tengo la esperanza de que la evolución futura va a asegurar que los elementos más avanzados, los elementos pensantes de la izquierda, vayan siendo ganados a la lucha por una independencia nacional con revolución. Sí así no lo fuera y si paralelamente el proceso siguiera su propia dinámica, la izquierda opositora se verá ante una alternativa de vida o muerte : participa o simplemente se resigna a ser aislada, minimizada, atomizada, hasta la ínfima expresión.

H. R. S. : *El otro asunto que antes habíamos tocado es la movilización social. En una conversación que mantuve con un personaje adscrito directamente al Gobierno, esta persona mantuvo que la movilización significará la construcción de organismos y organizaciones autónomas para cada sector social. Esto hace sospechar que se trate de una sociedad corporativista al estilo del fascismo italiano en los primeros días de su existencia; ahora, no estoy utilizando la palabra fascismo en el sentido peyorativo sino como descripción de una forma de organización social que se ha dado en Italia sólo durante los primeros años de la existencia del fascismo. Cada sector social tenía, según esta fórmula, su representación que, a su vez,*

tenía la tarea de concientizar este sector para el objetivo, para la así llamada revolución fascista. ¿Usted piensa que lo que está planteado en el Perú en este momento, es una movilización de esta naturaleza?

H. B. : La verdad es que la realidad peruana es sumamente compleja. Hay comunidades campesinas, proletariado industrial, proletariado minero, proletariado agrícola, los que se llaman con cierta exageración sectores marginados, y tiene usted la clase media, el estudiantado. En fin, el panorama social es sumamente complejo. La movilización va a ser mucho más compleja de lo que usted cree porque hay que reestructurar las comunidades; sistematizar las cooperativas, generalizar y también reestructurar los sindicatos. Es decir, crear organizaciones donde no existen. Va a ser mucho más compleja que la simple organización corporativa. Esto no tiene nada que ver con la representación que podrían tener por un lado el proletariado y por otro lado los industriales y por otro lado el Estado; esta trilogía no tiene ninguna relación con el fenómeno peruano.
Los lineamientos concretos, los lineamientos precisos de cómo va a ser la movilización, no están aún estructurados porque deben surgir del proceso mismo. Sería un error partir de un plan absolutamente precisado de cómo se va a organizar un pueblo; el pueblo se organizará de acuerdo a sus propias decisiones.

H. R. S. : *Pero aquí tenemos, Héctor Béjar, el problema que discutimos antes, una fe en la espontaneidad; ustedes creen en la espontaneidad con que se crea la organización de las masas : se van a concientizar, se van a movilizar, etc, etc. Yo sinceramente le digo que no creo en eso.*

H. B. : Yo pienso que si no creemos en la esponteneidad estamos perdidos. Porque, evidentemente, todo proceso revolucionario es en algún porcentaje, mayor o menor, espontáneo. Ahora, el problema está en cómo promoverlo; allí yo sí admito su pregunta. El problema para nosotros está en cómo promover el proceso.

H. R. S. : *No, eso no he preguntado, yo he preguntado sencillamente quién, cuál vanguardia va a promover esta organización. Esa es mi pregunta. Yo sé que no se puede dictar cómo va a ser esta organización...*

H. B. : Entonces, usted admite cierto margen de espontaneidad.

H. R.S. : *Desde luego, pero aparte de este margen de espontaneidad tiene que haber, existir, formularse en algún nivel, un grupo, una vanguardia, una persona, si usted quiere, una ideología, una estrategia, una política que lleve adelante esta forma de organización, que empuje hacia esta organización. Me explico, ése es mi planteamiento.*

H. B. : Esa ideología, esa estrategia, ese equipo revolucionario de vanguardia se irá creando a través del proceso mismo ¿responde eso a su pregunta?

H. R. S. : *Es una respuesta muy redonda a una pregunta muy larga.*

H. B. : Sí, el problema es éste, naturalmente. Tiene que haber un sistema de apoyo, de promoción, una dirección de toda la movilización, no sé si eso responde a su pregunta. Eso está planteado en los documentos del Gobierno, no le estoy diciendo ningún secreto. Está planteado, léalo usted, en las exposiciones más importantes de los elementos representativos del Gobierno. Si bien es cierto que los lineamientos generales de la ideología de esta revolución están dados, también es cierto que esta revolución sigue siendo un proceso abierto, y ésa es otra de sus características más fascinantes. Lo cual quiere decir que tanto parte de la ideología como parte de las formas de organización y parte de la estrategia está por crearse o está siendo creada a través de la vida misma, del proceso mismo. Ahora, eso no se crea en forma totalmente espontánea. Hay gente que lo crea, pero, naturalmente, se va creando en la medida en que se va enfrentando realidades y necesidades. Si este proceso saliera simplemente de un laboratorio, no sería revolucionario. Eso sí podría ser señalado como fascismo. Es decir, si se dijera « la cosa va a ser así y vamos a dirigirla a tal objetivo con tales métodos, con tales lineamientos, con tales formas de las cuales no nos podemos salir », estaríamos perdidos. Y además no podría hacerse, sería impracticable. Naturalmente, hay un elemento de espontaneidad, un elemento por crearse en todos estos aspectos y eso es también, como le

repito, una de las características más positivas, más nuevas, fascinantes, que tiene el proceso peruano.

H. R. S. : *El Che, en una oportunidad dijo que « cuando lo extraordinario llegue a ser lo cotidiano entonces habrá revolución ». Estoy lejos de mirar al Che como al último profeta y al último poseedor de la verdad revolucionaria, él hubiera estado lejos de esto también. Sin embargo, me parece que en esta frase hay algo muy lindo, muy bello, muy poético que se refiere a una revolución, y eso es la construcción de una nueva sociedad y la construcción de un nuevo hombre. ¿ Usted cree que en el proceso abierto al que ha hecho referencias, en esta revolución que está llevándose a cabo en el Perú, se dará esta poesía revolucionaria, esta belleza revolucionaria ?*

H. B. : Si no se da esa poesía revolucionaria, simplemente no hay plena revolución.

H. R. S. : *Claro que no, pero en el momento no se observa nada, uno llega al término...*

H. B. : No, tanto como que no se observa nada, no. Porque ese hecho no significa que en este proceso no haya cosas sorprendentes. Cualquier observador que haya visto los ejércitos latinoamericanos y que observe el ejército peruano de cerca, va a llegar a muchas comprobaciones sorprendentes. Es novedoso, por decir lo menos, que un ejército latino-americano sea capaz de expulsar a las antiguas familias oligárquicas y a los monopolios norteamericanos de los grandes complejos azucareros ; de ocupar el latifundio más grande del mundo en Casa Grande, de poner fin al poderío de la que fue la familia más influyente de este país, la familia Prado. Bueno, mire, hay cosas que lo menos que podemos decir es que son simplemente novedosas. Ahora, eso no quiere decir que eso sea todo. La revolución es mucho más que eso. Como usted dice, es la creación de un hombre nuevo. Yo pienso que eso va a empezar en una etapa superior de este proceso, una etapa a la que cada día debemos acercarnos más. Porque también creo que está en la condición de todos y cada uno de los hombres que están dirigiendo el proceso, que cada vez estamos llegando más a un punto muerto que hay que atravesar con audacia. Ese punto muerto está en la falta de participación popular. En el momento en que el pueblo empiece, irrumpa en este proceso, entonces sí habrá toda la poesía, toda la belleza y todas las posibilidades de construcción de un hombre nuevo que hasta ahora no se ha dado ni en el país ni en el mundo. Y puede ser, estoy seguro de que hay posibilidades de que se dé acá.

H. R. S. : *Hay algunas cosas que habría que mencionar por lo menos brevemente. Primero, algo que antes ya habíamos insinuado aunque no discutido a fondo : Algunas medidas económicas del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas indican que se está intentando construir una nueva sociedad. Me refiero al problema de las inversiones extranjeras, me refiero al papel que atribuyen los que dirigen esta revolución, a los empresarios nacionales, y a cosas por el estilo. ¿ Usted no encuentra una contradicción entre estas medidas y lo que anteriormente ha expresado como el objetivo verdadero de esta revolución, como el proceso verdadero de esta revolución ?*

H. B. : Es muy interesante referirnos las medidas económicas del régimen. En primer lugar, vamos definiendo. Las medidas económicas de este régimen han tenido un primer resultado, el de dar al Estado peruano un papel determinante en la dirección de la economía del país, diferencia cualitativa con la anterior situación, en la que dependía del poder extranjero. Sin embargo, la gigantesca tarea del desarrollo, que no significa simplemente crecimiento económico sino que significa sobre todo transformación social, tiene un precio que hay que pagar. No es cierto que pueda ser hecho solamente por esfuerzo interno, aunque también es verdad que los planes económicos del régimen a largo y mediano plazo establecen como fundamental el esfuerzo interno. Aquí hay una realidad que es la realidad apremiante, la realidad dramática de todos los países del Tercer Mundo : el desarrollo, ya sea en un país que vive una revolución socialista como Cuba o un país que vive un proceso revolucionario suigéneris como el Perú, no puede plantearse aparte de cierto financiamiento externo. Ahora bien, ¿ cuál es el problema de una revolución como la peruana ? Entendiendo que el financiamiento externo no debe tener papel predominante, también se entiende el peligro de que el financiamiento que viene de una sola

fuente no tenga otra resultante que la renovación o el agravamiento de la dependencia, o sea justamente lo contrario de lo que se buscaba con la transformación social. La revolución peruana es sumamente pragmática en ese aspecto. Sabe que si bien es cierto que no puede prescindir del financiamiento externo, la única forma de escapar a un nuevo sistema de dominación es buscando el financiamiento externo en todas las fuentes, buscándolo tanto en las fuentes del capitalismo como en las del socialismo, buscándolo en los dos o en los tres centros del poder mundial en estos momentos. Y por eso en este momento delegaciones gubernamentales buscan financiamiento tanto en Japón como en China; tanto se plantea al BID créditos para los programas de desarrollo en el Perú como a la Unión Soviética. Esta es una política que puede parecernos pragmática y poco ideológica, pero yo la prefiero a cierta política ideológica que ha llevado a unos países a salir de la dependencia de Estados Unidos para caer en la dependencia de la Unión Soviética. Entonces el problema es ése. Ahora bien, no solamente se busca financiamiento privado externo, sino también se busca financiamiento privado interno. Es cierto. Pero eso no puede llevarnos a concluir que lo que se busca es una coalición con la burguesía, de ninguna manera. Porque si usted observa el cuadro de la economía nacional en este momento va a encontrar que el Estado tiene el monopolio del comercio exterior, tiene el control de las divisas, tiene el control de la mejor parte de la banca, va a tener el control de la industria básica, porque la Ley de Industrias reserva la industria básica para el Estado. Todos los nuevos proyectos mineros son estatales y por eso es que el Estado peruano puede permitir la inversión privada, moderadamente rentable a los inversionistas, en determinados sectores de la economía del país en los que no se puede prescindir de ella. De esa manera el proceso peruano se libra de entrar en el círculo vicioso de otras revoluciones que por estatizar demasiado y demasiado pronto se encontraron sin poder financiar todo el desarrollo y tuvieron que prescindir de grandes sectores económicos sometiendo a sus pueblos a tremendos sacrificios y haciendo llegar a sus economías a graves lagunas, a graves puntos muertos. Para mí, el modelo que aquí se ha escogido es el más adecuado, el más flexible, el más pragmático también, si usted quiere. Pero indudablemente también el que asegura no solamente que la economía tenga un crecimiento flexible, sino que además este crecimiento se refleje en el crecimiento político; porque no se olvide que favorecer acá una estatización absoluta de toda la economía del país, significa favorecer también una estatización política del país. Y en la medida en que se asegura flexibilidad en el manejo de la economía del país garantizando la decisión fundamental de la economía para el país mismo, para la nación peruana, estará también usted favoreciendo un crecimiento político sumamente variado, sumamente dúctil, libre si usted quiere. Que ésa es la revolución política que nosotros como revolucionarios queremos darle a nuestro país, porque también la experiencia de las revoluciones que ya tienen medio siglo nos lleva a tener un gran recelo de esa estatización tan grande que al comienzo se presenta como liberadora pero que muy pronto aparecerá como opresora en todo, tanto en el plano económico como en el plano político.

H. R. S. : *Según lo que usted ha dicho, me parece que las medidas que quiere tomar el Gobierno Revolucionario en el Perú van mucho más allá de estas medidas relativamente moderadas. ¿Usted cree que eso se puede dar, primero sin la renuncia de los inversionistas extranjeros a invertir en el Perú, y, segundo, sin una intervención de los Estados Unidos, una intervención directa, masiva, ya sea a través de la CIA, ya sea a través del ejército, pasando por encima del temor de que se cree un nuevo Viet Nam en América Latina?*

H. B. : Le voy a responder a su pregunta diciéndole que justamente por eso estoy acá, y he optado por esta decisión. Yo soy de aquellos convencidos de que el imperialismo no renuncia a sus posiciones, como creen algunos teóricos de la izquierda mundial en este momento, porque simplemente haya cambiado de fase; es justamente la observación que usted hace la que nos lleva a permanecer mucho más unidos a este proceso porque, sin dramatizar ni exagerar, sabemos que existen serios peligros externos. Aunque comprobemos que la situación ha cambiado desde 1964 acá, y muchas

cosas han cambiado en América Latina, eso no nos debe llevar a subestimar el peligro externo que indudablemente existe.

H. R. S. : *Usted ha sido atacado por otros compañeros socialistas revolucionarios en el Perú y tengo entendido, también en otras partes de América Latina. ¿Eso le preocupa?*

H. B. : A cualquiera le preocupa ser atacado. Pero las responsabilidades de cualquier revolucionario en este momento tienen que estar muy por encima del temor a los ataques. Es decir, cierto terrorismo verbal que se usa de parte de cierta izquierda, no debe presionar sobre nosotros para nuestras propias decisiones. Lo que tiene que determinar nuestras decisiones es la defensa de nuestro país, de nuestro pueblo, el análisis político de lo que está sucediendo en una situación determinada y en un país determinado. Si los ataques se produjeran, nosotros no variaríamos nuestra posición.

H. R. S. : *Y la última pregunta. Se ha hablado que dentro de las Fuerzas Armadas como institución existen serias contradicciones. Y se ha dicho incluso que estas contradicciones podrían llevar a un golpe dentro de la Revolución Peruana, un golpe que tendría como objetivo establecer situaciones a la brasileña y a la argentina en el Perú. Suponiendo que eso fuera así, ¿el compañero Héctor Béjar tomaría otra vez las armas para levantarse contra un intento de esta naturaleza?*

H. B. : Hasta el momento la actitud institucional del ejército es sumamente homogénea y de respaldo a este proceso, sin que eso signifique que el ejército, como toda institución de este país, esté libre de naturales contradicciones. Si se diera eventualmente una intervención extranjera, o si el proceso revolucionario fuese atacado por la fuerza, dentro del país, los revolucionarios no vacilaríamos en defenderlo por cualquier medio. Y entonces podría ser que, como el Che, sintiéramos nuevamente debajo de nuestros talones los costillares de Rocinante...

Manuel Maldonado Denis

Puerto Rico : sociedad colonial en el Caribe

1. El problema de la dependencia : bajo el imperialismo español.

Cuando intentamos definir lo privativo, lo característico de los pueblos del Caribe dentro del contexto de los pueblos de la América Latina tenemos que llegar a la conclusión que lo que mejor los define es su situación de dependencia económica, política y militar frente al imperialismo norteamericano. El carácter mismo del Caribe como « frontera imperial »—como tan acertadamente lo ha descrito Juan Bosch—ha determinado el que, en su ámbito, la presencia de una u otra potencia colonial haya determinado la existencia colectiva de sus habitantes sin otras consideraciones para los habitantes de nuestras islas que las que se derivan oblícuamente de los intereses metropolíticos. Así, la determinación que sitúa el Caribe en el papel del « Mediterráneo norteamericano « será hecha tomando en consideración los imperativos de la expansión comercial e industrial del pujante capitalismo norteamericano en el siglo XIX. Los designios expansionistas de los Estados Unidos hacia el oeste y hacia el sur no iban a detenerse por consideraciones baladíes tales como las de « los derechos de los habitantes » de estos territorios. El racismo y el Darwinismo social que constituían las ideologías predominantes en el imperialismo decimonónico y de comienzos del siglo XX proveían la necesaria justificación o racionalización para el predominio de aquellos pueblos. El Senador Beveridge, por ejemplo, podrá afirmar en el Senado de los Estados Unidos que el papel de las razas superiores era uno de carácter netamente imperialista : « No renunciaremos a nuestra parte en la misión de nuestra raza, custodios bajo Dios de la civilización del mundo—nos dirá en la retórica de su época—porque Dios no ha estado preparando a los pueblos teutónicos y anglófonos por mil años para nada sino para la vana y ociosa autocontemplación y admiración. ¡ No ! El nos ha hecho los maestros organizadores del mundo para establecer el sistema donde reina el caos. El nos ha hecho aptos en gobierno para que podamos administrar dicho gobierno entre pueblos seniles y salvajes (1). »

Dentro de esta tónica general de hegemonía imperialista se insertan los pueblos del Caribe a manera de lo que Darcy Ribeiro ha designado como « pueblos testimonio », es decir, pueblos que aún no han entrado plenamente en el devenir histórico como autores, sino como espectadores. La acentuación de la dependencia a las metrópolis respectivas que signan « *la herencia colonial de América Latina* » (2) es a su vez el resultado—como bien ha indicado Celso Furtado—del proceso mediante el cual la división internacional del trabajo que cristaliza a mediados del siglo XIX bajo el liderato de Inglaterra sitúa a nuestros pueblos en el papel de exportadores de materias primas, primordialmente en el renglón de los productos tropicales (3). Todo ello se desenvuelve en el contexto de una herencia colonial basada—a partir de 1700—en una sociedad de amos y esclavos y su corolario : el sistema económico basado en la explotación en grande escala de grandes plantaciones por una aristocracia europea y blanca. De ahí esa enajenación propia del « homo caribiensis » tan cabalmente definida por Gordon Lewis al afirmar que este « ha sido enseñado a despreciar su propia sociedad y a adorar una sociedad ajena que lo acepta sólo a regañadientes ; de esta manera ha sido atrapado—enajenado y sin hogar—entre dos mundos que lo rechazan (4). »

Para decirlo de otra manera, el problema esencial de los pueblos del Caribe ha sido su herencia colonial bajo las metrópolis que le han impuesto su impronta de países carentes de autodeterminación, herencia que de otra parte ha servido para remachar esa condición de alienación colectiva que tan agudamente padecen nuestros pueblos. El legado colonial y neo-colonial ha promovido a su vez esa situación de inmovilismo, de aparence petrificación de las estructuras que apuntalan la dependencia y que hacen aparecer tan estériles los esfuerzos repetidos por transformarlas.

La dependencia que sirve a manera de denominador común de los pueblos Caribeños debe vislumbrarse en forma de una especie de contínuo que nos permita establecer los diversos grados

(1) Citado en Richard Hostadter, *The Paranoid Style in American Polities* and *Other Essays* (Nueva York : Knopf, 1965, p. 176).
(2) Veáse el valioso libro de Stanley (J.) y Barbara (H.) Stein : *La herencia colonial de América Latina* (Mexico : Siglo XX, 1970).
(3) Veáse Celso Furtado : *La economía latinoamericana desde la conquista ibérica hasta la revolución cubana* (México : Siglo XVI, 1969).
(4) Gordon K. Lewis, *Puerto Rico : Libertad y poder en el Caribe* (Río Piedras : Editorial Edil, 1969). Este libro fue publicado originalmente en inglés por Monthly Review en 1964. Veáse tambien del mismo autor : *The Growth of the Modern West Indies* (New York : Monthly Review Press., 1969).

de dependencia que padecen nuestros pueblos. No debe por lo tanto hablarse de dependencia como una cuestión absoluta, sino de grados. ¿ Es Puerto Rico más dependiente de los Estados Unidos que la República Dominicana, o que Trinidad ? Si es así, ¿ cuales serán los criterios que nos permitirán precisar el verdadero carácter de dicha dependencia ?

Todo ello nos lleva por fuerza a plantearnos el problema antitético al planteado, es decir, en qué consiste la independencia de los pueblos del Caribe, y si la independencia en cuanto tal es de suyo garantizadora de la eliminación de los vínculos de la dependencia. La autorizada voz de Aníbal Quijano Obregón nos pone en guardia contra esta idea al señalar : « Las sociedades latinoamericanas ingresaron en la historia del desarrollo del sistema universal de interdependencia, como sociedades dependientes a raíz de la colonización ibérica. Su historia puede ser trazada, en gran parte, como la historia de las sucesivas modificaciones de la situación de dependencia, a lo largo de la cual las diversas sociedades de la región han venido alcanzando diversas posiciones sin lograr salir, hasta el momento, de ese marco general (5). » No obstante, sería peligroso llegar a la conclusión opuesta tal y como nos la sugieren algunos de los ideólogos del colonialismo en el Caribe, vale decir, que la independencia como tal carece de sentido en nuestro tiempo y que mas valdría a los pueblos dependientes acogerse a una « libre asociación » como la que rige en Puerto Rico, la carcajada que inevitablemente evoca esta proposición en la América Latina es prueba fehaciente de que aún tiene vigencia la aseveración de uno de los grandes líderes nacionalistas puertorriqueños de principios de este siglo,—José de Diego—cuando afirmó : La Independencia, la soberanía, es la libertad matriz y primaria de los pueblos : la soberanía es la fuente de todos los derechos : la independencia colectiva puede generar, en verdad, todos los despotismos, pero también todas las libertades, en tanto que todas las libertades secundarias no pueden generar la superior unidad de la soberanía nacional, que es la creadora, y todas la otras libertades son como criaturas de ella emanadas e incapaces de suprema creación. »

Como un curioso dato histórico, fueron Cuba y Puerto Rico las dos Antillas que hasta fines del siglo *XIX* no habían logrado aún su independencia de España. Actualmente Cuba, primer país socialista de América, busca precisamente a través de su Revolución erradicar el legado de dependencia que continuó imperando en su seno años despues de lograda la independencia política de España, mientras que Puerto Rico es el único país restante en el Caribe que continúa aún bajo un sistema colonial al estilo clásico. Pues en el resto del Caribe la situación de la penetración imperialista, si bien no tomó el cauce de la intervención directa como en Puerto Rico, no obstante se manifestó desembozadamente en la ocupación militar de Haití, Nicaragua, México y Santo Domingo por efectivos militares norteamericanos. Lo mismo puede decirse respecto a la intervención inglesa en la Guayana, o de los repetidos intentos de Francia y Holanda por ahogar los deseos de autodeterminación de sus colonias en el Caribe. Los Estados Unidos, mediante la creación de lo que « los intelectuales para-militares » del Pentágono llaman los « client state », ha pretendido imponer su versión de la « Pax Americana » en el Caribe. Puerto Rico es, precisamente, el caso más extremo de un « client state », con el agravante de que carecemos de la más elemental potestad para determinar las decisiones básicas que nos afectan vitalmente.

Ahora debemos preguntarnos, ¿ cuáles han sido los determinantes esenciales de esta situación de prolongada dependencia colonial, dado el hecho de que uno de los más importantes sucesos históricos de la post-guerra ha sido el proceso de liquidación del colonialismo concebido en su forma clásica ? En lo que expondremos a continuación trataremos de ubicar a Puerto Rico dentro del contexto del Caribe y más particularmente dentro del contexto Antillano. Veamos.

Exterminio de la población aborigen.

Los arqueólogos como Ricardo Alegría han calculado la población aborigen de la isla de Boriquén en el momento del descubrimiento entre unos 50 000 y 70 000 habitantes (6). Los profeso-

(5) Citado por Tomás Amedeo Vasconi, en Teotonio Dos Santos y otros, *La cristis del desarrollismo y la nueva dependencia* (Lima : Moncloa Editores, 1969), p. 145. Veáse sobre el mismo tema a Helio Jaquaribe y otros, *La dependencia politica-economica de la América Latina* (Mexico : Siglo XXI, 1969).

(6) Veáse a Ricardo Alegría, *Descubrimiento, conquista y colonización de Puerto Rico, 1943-1959* (San Juan : Colección de Estudios Puertorriqueños 1969). También Felipe Pichardo Moya, *Los aborígenes de las Antillas* (Mexico : Fondo de Cultura Economica, 1956) y Salvador Brau : *La Colonización de Puerto Rico* (San Juan : Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1966).

res Stein, refiriéndose al período de la colonización ibérica, nos dicen en un pasaje de gran relevancia para nosotros : « Las consecuencias inmediatas de la conquista y la ocupación de las regiones más densamente pobladas de la civilización amerindia fueron catastróficas. Una combinación de enfermedades epidémicas (viruelas, sarampión, tifoidea), de trabajo excesivo y la consiguiente debilitación física y el choque cultural inducido por el remodelamiento de una sociedad comunal conforme a líneas individualistas orientadas hacia el lucro produjo en los siglos XVI y principios del XVII uno de los descensos demográficos más desastrosos en la historia universal. Entre 1492 y alrededor del 1550, lo que podemos denominar el complejo de la conquista literalmente aniquiló a las poblaciones indígenas de las primeras regiones de contacto cultural europeo y amerindio : el Caribe (7). Esta hecatombe demográfica, como tan acertadamente lo ha puntualizado Celso Furtado (8), es una de las características básicas de la región del Caribe. Lo que Richardo Moya llamó « la temprana extinción de los indoantillanos » se perpetra prácticamente durante los primeros cincuenta años de iniciada la conquista y colonización de las Antillas. La siguiente explicación de Furtado es plenamente aplicable en el caso de la extinción de los aborígenes puertorriqueños, hecho consumado y para mediados del siglo XVI : « La implantación de una economía minera por los españoles, que exigió grandes desplazamientos de población, acarreó la desorganización de gran parte de la producción de alimentos y, además, desarticuló la unidad familiar en lo que se refiere a una parte de la población. El propio proceso de la conquista daba lugar a dislocamientos forzados de población, particularmente de la población adulta masculina, la que prácticamente se extinguía en las marchas y trabajos forzados que exigía el conquistador. Por otro lado, la necesidad de extraer de las poblaciones que permanecían en las regiones agrícolas un exadente alimentario destinado a abastecer a los que trabajan en las minas, o que daban apoyo logístico a estos trabajos, o que simplemente permanecían en las ciudades, imponía una fuerte presión sobre la reducida problación agrícola limitando la duración de la vida media. Finalmente, el efecto de las epidemias provocadas por el contacto con portadores de nuevas enfermedades contagiosas desempeñó un papel no menos significativo en dicha hecatombe demográfica. » El sistema de capitulaciones y encomiendas, unido a la esclavización de los indios de Puerto Rico, signó el período recien descrito con la marca de la explotación clásica de corte colonial característica de la conquista y colonización española (9).

Resulta propio que apuntemos aquí la diferencia existente entre la situación demográfica en el Caribe en los comienzos de la conquista ibérica y aquella que caracterizó a los países donde existió una civilización precolombina de gran complejidad. En países como Perú y México se dio lo que Mariano Picón Salas llamó en una ocasión la yuxtaposición de las culturas hispánicas e indígenas, mientras que en el marco Caribeño las culturas indoantillanas apenas si pudieron sobrevivir el embate de los conquistadores. De una parte, está el hecho corroborado por los arqueólogos como Ricardo Moya de que « ningún grupo indoantillano conoció el uso arquitectónico de la piedra, ni supo trabajar los metales, y así, lo propiamente monumental y las técnicas y riquezas de la orfebrería fueron características extrañas a todos (10) ». De otra parte está una organización social mas rudimentaria que la que conocemos como característica de las grandes civilizaciones precolombinas. Los intentos de resistir el reclamo del invasor no dejaron de darse, sin embargo, y los caciques como Gueybaná y Caunabo si bien no pudieron realmente encender una insurrección indígena capaz de expulsar a los españoles de Quisqueya y Borinquen—pueden considerarse como precursores de la gesta extraordinaria que siglos más tarde había de realizar el gran indio Tupac Amaru. (Para nosotros los Antillanos tiene una gran de importancia este gesto insurreccional de los indoantillanos, pues contribuye a echar por tierra el mito colonialista de la « docilidad » de los aborígenes de las Antillas. Como parte del proceso de descolonización intelectual que requieren nuestros pueblos, procede el estudio a fondo de nuestras raíces indigenistas, de las aportaciones de los indoantillanos a nuestra cultura, etc.).

(7) Stein y Stein, op. cit, p. 39-40.
(8) Furtado, op. cit. p. 20-21.
(9) Veáse Eugenio Fernández Méndez : *Las encomiendas y la esclavitud de los indios de Puerto Rico, 1508-1550* (San Juan : Ediciones El Cemé, 1970).
(10) Pichardo Moya, op. cit. p. 12.

Es ya casi un tópico de la historiografía de América que el exterminio del indio en el Caribe condujo a la introducción de la esclavitud negra a nuestros territorios. Cabe indicar como un hecho curioso aquel que nos indica el gesto fútil del imperio español al decretar la abolición de la esclavitud de los indios cuando estos ya se hallaban en franco proceso de desaparición. En Puerto Rico el escenario está ya listo para la llegada de los primeros esclavos procedentes de Africa.

La sociedad colonial.

Un historiador económico nos dice que « la apertura del Nuevo Mundo contribuyó al desarrollo del capitalismo porque los primeros exploradores y navegantes buscaban directamente en los países productores : algodón, seda, especias y azúcar, artículos ya de consumo corriente, amén de otros productos hasta entonces desconocidos, como maderas de tinte y de ebanistería añil, café y tabaco (11) ». La mano de obra del esclavo vendrá a sustituir, en las Antillas, la menguante mano de obra indígena. El comercio de esclavos, al proveer el excedente que permitía la acumulación de capital de las metrópolis europeas, se convierte en un lucrativo negocio capaz de rendir pingües beneficios a quienes practicaban dicho comercio.

En Puerto Rico las vetas auríferas tan codiciadas por los colonizadores españoles fueron agotándose rápidamente, hasta el punto de que, al conocerse la noticia de que se habían descubierto ricos yacimientos de oro en el Perú, por poco queda despoblada la isla ante el grito de « Dios me lleve al Perú. » El gobernador colonial tuvo que tomar medidas drásticas—tales como amenazar a los que intentaran escapar hacia el Perú con cortales la planta de los pies—con miras a evitar la despoblación de la isla. Ello debe tomarse en consideración desde la perspectiva del escaso número de habitantes europeos que residían en la isla. Según Brau, en 1510 la población europea no excedía de 300 personas. Cuando se realiza el primer censo (1530) el total de la población de Puerto Rico (incluyendo indios y negros) era de 1,523 habitantes, de los cuales había solo 369 blancos. El mismo historiador nos indica que ya por 1510 se estaban trayendo esclavos negros a las Antillas, y que el propio Rey de España había ya expedido varias cédulas donde autorizaba la trata de esclavos en las colonias españolas.

Asimismo una Real Cédula, expedida en 1519, propende al fomento y cultivo de la caña de azúcar, expresando éste que : « La católica reina mi madre e yo tenemos mucha voluntad que la isla de San Juan se pueble y ennoblezca de todas las cosas de plantas e otras granjerías como lo son e están estos reinos, y por ende yo vos mando que con mucha diligencia entendáis en que los vecinos de dicha isla hagan ingenios de azúcar ; e a los que tuvieren lugar para ello le favorezcáis e ayudéis con todo lo posible, así en hacelles prestar de nuestra hacienda para ayudar a hacer los dichos ingenios, como en dalles libertades e de los provechos de la tierra, etc. (12). Es así como comienzan a establecerse en Puerto Rico los ingenios azucareros, si bien puede decirse que las condiciones paupérrimas de la isla hicieron sumamente difícil en sus comienzos el « despegue » de dicha industria. Es, precisamente la importación del trabajo esclavo para la realización de las tareas atinentes al cultivo de la sacarina lo que permite la explotación en gran escala de la gran plantación para beneficio del empresario.

La esclavitud no será abolida en Puerto Rico hasta el 22 de marzo de 1873. Por lo tanto esta institución servirá para fijar los perfiles generales de la sociedad puertorriqueña a lo largo de su desarrollo histórico desde los comienzos de la conquista hasta bien entrado el siglo XIX.

Me parece que en tal sentido proceden algunas consideraciones de carácter teórico. No cabe duda alguna de que, como hemos dicho anteriormente, la esclavitud negra constituirá el medio esencial mediante el cual la minoría europea impondrá su patrón de explotación sobre aquellos que serán la fuente primordial del excedente que permite a ésta incrementar la rentabilidad sobre sus inversiones. La relación amo-esclavo es, pues, eje esencial de las relaciones sociales durante el período formativo de la sociedad puertorriqueña. No debemos pasar por alto, sin embargo, el hecho que esa economía esclavista se hallaba estrechamente vinculada al

(11) Henri Seé : *Origen y evolución del capitalismo moderno* (Mexico : Fondo de Cultura Economica, 1952), p. 46. Veáse también al respecto a Eric Williams : *Capitalism and Slavery* (The University of North Carolina Press, 1944).

(12) Citado en Brau, op. cit., p. 459.

desarrollo mismo de la economía capitalista. Las economías de los colonias eran más bien extensiones periféricas de las economías metropolíticas, que a su vez se hallaban bajo el imperio del mercado mundial. Lo que se desarrolla en Puerto Rico, por lo tanto, es más bien una economía de tipo pre-capitalista, básicamente exportadora de materias primas o semi-elaboradas, asentada sobre la explotación de la mano de obra esclava y dependiente de las fluctuaciones del mercado mundial.

En adición a los esclavos negros, el excedente que hacía posible la explotación se extraía de los obreros conocidos como « jornaleros libres ». Dichos jornaleros fueron sometidos a lo largo del siglo XIX a la leva forzada, restringiéndoseles la movilidad y obligándoseles a portar las libretas de jornaleros que les situaba a la merced de sus patronos. Una muestra del carácter represivo de las libretas de jornaleros puede captarse de la lectura del « Bando de Vagos » del Gobernador López-Baños—(1838) y del Reglamento del Gobernador Pezuela (1849). Así nos resume este último Cruz Monclova : « Se declaraba jornalero a toda persona mayor de diez y seis años, que careciendo de capital o industria, se dedicara al servicio de otra, ya en las labores del campo o las artes mecánicas, por todo o parte del año, mediante salario. La condición de jornalero la determinaban los jueces de los pueblos. Todo jornalero estaba obligado a inscribirse en el registro correspondiente a cargo del juez de su domicilio ; y a proveerse de una libreta de matrícula, renovable cada año, que éste obtenía gratuitamente del juez y le sería reemplazada, en caso de extravío, también gratuitamente. El jornalero tenía además la obligación de llevar consigo la libreta, y si era habido sin ella debía sufrir ocho días de trabajo en cualquier obra pública, con pago solamente de medio jornal. Venía asimismo obligado a estar constantemente colocado. Cuando no lo estuviera, el juez de su pueblo debía proporcionarle trabajo en obras públicas o privadas, en cuyo caso se le abonaría jornal íntegro, según el uso del lugar. Y finalmente tenía la obligación de trasladarse a vivir en su respectivo pueblo y a construir en él su bohio o habitación, salvo el caso en que, con anterioridad a dicha fecha, presentara al juez una papeleta firmada por algún hacendado, labrador o ganadero del distrito, declarando que se obligaba a recibir a éste en su propiedad, en calidad de mozo de labor o dependiente (13). Aunque las libretas son abolidas por el Gobernador Primo de Rivera en 1874, al caer la Primera República su sucesor el General Sanz Posse restituye la institución mediante el Infame Bando de Vagos (1874).

Bajo la economía colonial decimonónica, la elite colonial de aquel entonces pretendía así—una vez abolida la esclavitud—perpetuar sus privilegios a través de un sistema de servidumbre capaz de garantizar que el excedente extraído anteriormente seguiría fluyendo sin mayores interrupciones. Como ha señalado un estudio reciente de Roberto Mesa sobre el colonialismo español en el siglo XIX, los antiguos esclavistas sustituyeron la mano de obra barata de los « coolíes » chinos y de los propios jornaleros libres de la colonia, asegurándose al mismo tiempo de que los esclavos que resultasen liberados continuarían soportando las onerosas cargas de nuevas formas de servidumbre (14). No es hasta entrado el fin del siglo XIX que un obrero anarquista español influído por Pablo Iglesias, Santiago Iglesias Pantín, comienza en Puerto Rico la ingente tarea de organizar a los obreros puertorriqueños. Hasta ese momento—cuando Puerto Rico se halla ya al filo de la intervención militar norteamericana de 1898—el jornalero puertorriqueño padecía los rigores de un régimen de explotación económica que disimulaba muy mal las antiguas formas de servidumbre.

En esta estructura social producto del colonialismo español encontramos que la pequeña clase de profesionales que componían la clase media de aquel entonces se hallaba también a la merced de la élite colonial que dominaba la isla. El gran comercio al por mayor y al detal, así como las instituciones bancarias que monopolizaban el crédito, se hallaban predominantemente en manos de una minoría de comerciantes y banqueros españoles. En ese sentido los « criollos » que ya para el siglo XVIII comenzaban a tomar un perfil definido frente a los de la « banda allá », eran realmente una clase domi-

(13) Lidio Cruz Monclova : *Historia de Puerto Rico en el siglo XIX*, Tres Tomos (Río Piedras : Editorial Universitaria, 1957-1964), Tomo II, p. 388-389.

(14) Roberto Mesa : *El colonialismo en la crisis del XIX español* (Madrid : Ciencia Nueva, 1968). Veáse también del mismo autor su artículo « El colonialismo en la ideología española », en *Boletín Informativo de Ciencia Política* (Madrid), número 3, marzo de 1970, p. 53-67.

nada, prácticamente a la merced de las prácticas usureras de la minoría española (15). Al describirnos la división entre liberales y conservadores durante el siglo XIX, nos dice el historiador Cruz Monclova : « En el seno del sector conservador figuran los que disfrutaban la magistratura civil y militar de la colonia ; los grandes almacenistas y comerciantes, generalmente españoles, que tenían el dominio de las relaciones con los exportadores de la península y los medios para la refacción y compra de la producción insular ; sus agentes y relacionados, y algunos terratenientes y profesionales que, juntamente con aquellos, formaban el elemento demográfico de mayor importancia económica de la colonia. Mientras, en el sector liberal reformista se agruparon la mayor parte de los profesionales, de los pequeños agricultores, ganaderos, industriales y comerciantes nativos... y la gran masa de las clases media y llana, que juntamente con las anteriores, constituían el elemento demográfico de mayor importancia social en la isla (16). »

Realmente esta división señalada por Cruz Monclova resalta la división de clases que emanaba directamente del propio sistema colonial imperante en Puerto Rico. En la cúspide, lo que hemos llamado le elite colonial, compuesta predominantemente del elemento peninsular residente en Puerto Rico, si bien no puede éste separarse tan nítidamente del sector mas acomodado del elemento criollo. De otra parte la mayoría de la población boricua, con todas las correspondientes gradaciones sociales. No obstante, el sistema colonial español se mantiene inamovible durante el siglo XIX, no empero los esfuerzos de los independentistas criollos por lograr la independencia de Puerto Rico a través de la revolución armada.

Según notaremos mas adelante en el transcurso de esta exposición, en Puerto Rico no logra materializarse un movimiento insurreccional análogo al que se enciende en la Cuba con el Grito de Yara de 1868. De los últimos dos « flo-

(15) Fray Iñigo Abad, nuestro primer historiador, ya hace notar el hecho de que en Puerto Rico « dan el nombre criollos indistintamente a todos los nacidos en la isla de cualquier casta o mezcla que provengan. A los europeos llaman blancos, o usando de su misma expresión, hombres de la otra banda ». Fray Iñigo Abad y Lasierra *Historia geográfica, civil y natural de la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico.* (Rio Piedras : Editorial Universitaria, 1959, p. 181.) Este libro fue publicado originalmente en 1796.

(16) Cruz Monclova, op. cit., p. 42-43.

rones de la corona española », Puerto Rico es el que sufre con mayor rigor la condición colonial bajo España, si bien no puede negarse que el pueblo cubano experimentó una brutal represión a manos de los colonialistas españoles como reacción ante su alzamiento revolucionario.

Privilegios y represión.

De hecho, el decadente imperio español concentra en sus colonias restantes todo su poderío así como toda su obstinación de potencia en ocaso. Cualquier concesión a Cuba o Puerto Rico era denunciada por los conservadores en la metrópoli y por los incondicionales en las colonias como un paso hacia la separación.

El férreo sistema colonial imperante en Puerto Rico se asentaba sobre las bases del poder material y espiritual de la metrópoli ejercido en forma autoritaria y represiva. Salvo durante los breves interludios de gobierno en la metrópoli, la política colonial puertorriqueña estuvo dominada, a todo lo largo del siglo XIX, por los conservadores—primordialmente peninsulares—que como hemos visto dominaban fundamentalmente las bases de la economía colonial. En Puerto Rico no surge nunca una burguesía criolla como la que nos describe Moreno Fraginalls refiriéndose a la Cuba decimonónica cuando afirma : « El desarrollo azucarero de la Isla transformó al criollo terrateniente en hombre de modernísimo sentido económico, creando la mas sólida y brillante clase burguesa de América Latina (17). » Por el contrario, las guerras de independencia en Haití y Sud América vierten sobre Puerto Rico todo un contingente de personas acaudaladas—realistas en su mayor parte—que huyen del proceso emancipador de la América Latina y se refugian en este bastión de la corona española. Ello, unido a la presencia hegemónica del peninsular, hace del criollo propiamente hablando un intermediario, un supeditado al poder económico de esta elite colonial. En Puerto Rico también se produce lo que Moreno Fraginalls llama la « sacarocracia », pero nunca con el poderío económico que aquel le atribuye a ésta en la sociedad cubana.

La preocupación esencial de la elite colonial decimonónica en Puerto Rico fue la de aferrarse a sus privilegios como tal. Esta intentó por todos

(17) Manuel Moreno Fraginals « Azúcar, esclavos y revolución (1790-1868) » en Casa de las Amricas, (La Habana), número 50, 1968, p. 36.

los medios de impedir que la esclavitud fuese abolida. Para lograr dicho fin utilizó dos argumentos principales : el peligro de la anarquía y la revolución ejemplarizado por Haití, Santo Domingo y Sud América, de una parte, y el carácter esencialmente inferior de la población criolla de la otra, hecho éste último avalado por el elemento africano presente en la constitución de nuestra sociedad. En cuanto a lo primero, es perentorio recalcar el pavor que la elite colonial puertorriqueña manifestaba frente a sucesos como la revolución haitiana. El espectro de la abolición de la esclavitud creaba en la mente de los esclavistas los más ominosos temores de una guerra racial, donde al decencadenarse el « salvajismo » africano quedarían prácticamente exterminados de raíz todos los baluartes de la civilización. Como bien ha indicado Fanon en su radiografía del colonialismo, nada es mas conveniente al colonizador para justificar su acción inferiorizante con respecto al colonizado que el consabido bestiario. Entonces, los mas increíbles relatos, que van desde el rapto hasta la antropofagia se invocan de consuno para exaltar el carácter « bestial » del oprimido. En todo el Caribe, esta inferiorización tomó un carácter racista muy marcado. Como han indicado con agudeza los Stein ; « el supremo legado social del colonialismo fue la degradación de la fuerza de trabajo, indio y negra, en todo lugar de América Latina. El que miembros de los grupos mezclados ocasionalmente fueran incorporados al grupo dominante durante el período colonial o se distinguieran en la lucha por la independencia no es un argumento persuasivo de la integración racial en las sociedades colonial y post colonial. Hacer este tipo de argumentos es elevar la actividad sexual casual al nivel de planificación familiar y considerar el crecimiento de la población mestiza o mulata como un índice de integración racial e igualdad. Por el contrario, podría argüirse que la rigidez de las barreras a la movilidad social ascendente—las barreras de color, nacimiento y carencia económica en la América Latina colonial y poscolonial—permitieron a la elite absorber un insignificante porcentaje de los grupos mezclados más agresivos, conservando así la esencia de la estratificación social. (18) Si bien podrían indicarse, posibles exepciones a este aserto, creo que la historia de la sociedad puertorriqueña bajo la dominación española demuestra la certeza del juicio de los Stein.

Bastaría con leer la *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico* de Díaz Soler, o *La Historia de Puerto Rico en el siglo XIX* de Cruz Monclova para darse cuenta de hasta que punto está presente en la elite colonial el germen del prejuicio racial contra los africanos. No obstante, como toda elite, la que nos preocupa incorporaba en su seno a ciertos elementos de razas negras o mulatas, cimentando así su control sobre la población. Lo mismo puede decirse de la incorporación de ciertos elementos entre los criollos blancos que de esta forma lograban acceso a ciertas prerrogativas dentro de la estructura del poder colonial.

No es hasta 1897 que los puertorriqueños alcanzan por primera vez—bajo las disposiciones de la efímera Carta Autonómica—una cierta dosis de gobierno propio. Durante todo el siglo XIX estos habían padecido el gobierno autoritario y unipersonal de los Gobernadores—Generales españoles. Pero ya el gesto español resulta demasiado tardío. De hecho, es mi opinión que la Carta Autonómica de 1897 es como he dicho en mi libro—el « canto de cisne » del colonialismo español, acosado por un flanco por la revolución cubana iniciada por Martí en 1895 y por el otro por los disignios expansionistas de los Estados Unidos. Para ese momento histórico, un sector del liberalismo puertorriqueño, de corte autonomista, parece representar la última esperanza del decadente imperio español en Puerto Rico. Es así como un grupo de hombres representativos de la débil burguesía criolla logra que se le dé una participación un tanto generosa en el gobierno de los asuntos internos de la colonia. Efímero será su poder, pues el 25 julio de 1898 las tropas norteamericanas ocuparán la isla de Puerto Rico.

Las guerras de independencia de la América Latina habían despertado en el Libertador Bolívar el deseo de liberar a Cuba y a Puerto Rico del colonialismo español. Su deseo se manifestó en hechos concretos : su correspondencia revela que en varias ocasiones Bolívar estuvo a punto de enviar un ejército libertador a Cuba y Puerto Rico, pero se vió forzado a desistir por dos razones principales : de una parte estaba su cálculo referente al ulterior debilitamiento de

(18) Sein y Stein, op. cit., p. 114-115.

B.D.I.C

España si Inglaterra entraba en guerra con aquella (hecho que no se realizó) ; de otra parte estaba la tenaz oposición de los Estados Unidos a cualquier cambio en el « status quo » una vez liberadas las antiguas colonias de Tierra Firme, hecho demostrado hasta la saciedad por la posición que sus plenipotenciarios adoptan en el Congreso de Panamá.

Desde el momento de la independencia latinoamericana, por consiguiente, los Estados Unidos, a través de la Doctrina Monroe pretenderán establecer un dique efectivo contra la liberación de Cuba y Puerto Rico del imperio español. Bajo el pretexto de que no se permitiría la ingerencia de ninguna potencia europea en el hemisferio sur, los Estados Unidos estaban de hecho dando su apoyo al colonialismo español en las Antillas.

Desde los comienzos de la independencia norteamericana, los designos imperialistas de la nueva República quedan manifiestos. Sus gobernantes—al mismo tiempo que buscaban la expansión hacia el oeste—miraban hacia el sur con crecientes ansias de dominio. Cuba era el principal objeto de la codicia norteamericana, pero también lo eran Puerto Rico, Haití y Santo Domingo.

Reiterando la posición norteamericana en cuanto a Cuba y Puerto Rico, el Secretario de Estado Seward consignará en 1861 : « Los Estados Unidos tienen una política tradicional respecto a las islas de Cuba y Puerto Rico. En vista de la vecindad de dichas islas a nuestras costas, los Estados Unidos han considerado su deber y su derecho vigilar e impedir que dichas islas pudieran caer en manos de una potencia hostil. Los Estados Unidos han alimentado constantemente la creencia de que algún día puedan adquirir esas islas por medios justos y legales con el consentimiento de España. En el interín, los Estados Unidos han considerado lo más conveniente, para su seguridad presente y ulteriores intereses, que Cuba y Puerto Rico permanezcan en la posesión y dominio de España. » (19) Durante esa misma década presenciaremos los infructuosos intentos norteamericanos por anexarse a Santo Domingo, en abierta connivencia con Buenaventura Báez. El historiador Cruz Monclova nos apunta que los Estados Unidos llegaron a hacer una oferta para la compra de Cuba y Puerto Rico, pero la cosa no pasó de ahí.

Con el desarrollo de una gran armada tal y como lo concibiera el Almirante Mahan, los Estados desplazaron a Inglaterra como la gran potencia naval del hemisferio. Este hecho queda subrayado cuando Olney con motivo de la disputa entre Inglaterra y Venezuela por la Guayana (1895), emite su famoso corolario a la Doctrina Monroe : « Estados Unidos es, hoy, práctimente soberano en América, y su fiat es la ley en los asuntos en que interviene. »

El estallido del Maine en la Bahía de la Habana es el detonante que desata lo que John Hay llamó « our splendid little war ». La derrota de la flota del Almirante Cervera en la Bahía de Santiago—tan patéticamente descrita por Pablo de Azcarate en su libro *La guerra del 98* (20)—sirvió para dramatizar la impotencia española frente al empuje del nuevo imperio que le imponía su condiciones. Patético también resulta el pedido que hace España a los Estados Unidos el primero de agosto del 1898 : « Espera el Gobierno de S.M. que tratándose simplemente de una dación en pago, los Estados Unidos no mostrarán empeño en imponer al que reputan obligado, la dura ley de enajenar lo que sin haber estado jamás en litigio, tiene un precio de afección especialísima. Desearía saber, pues, si el Presidente de la República acogería el propósito de admitir la sustitición de Puerto Rico por otra forma de compensación territorial », sobre todo cuando se le contrasta con la tónica de la respuesta del Presidente Mckinley a las demandas españolas : « Primera, la renuncia por España a toda pretensión a su soberanía o a sus derechos sobre Cuba y la inmediata evacuación de la isla. Segunda ; el presidente de los Estados Unidos, deseoso de dar prueba de una señalada generosidad no presentará, ahora, una petición de indemnización pecuniaria. Sin embargo, no puede permanecer insensible a las pérdidas y los gestos ocasionados a los Estados Unidos por la guerra, ni a las reclamaciones de nuestros conciudadanos con motivo de los daños y perjuicios que han sufrido en sus personas y bienes durante la última insurrección de Cuba. En consecuencia, está obligado a pedir la cesión a los Estados Unidos y la evacuación inmediata

(19) Cruz Monclova, op. cit., p. 668.

(20) (Madrid : Alianza Editorial, 1968.) Veáse también al respecto a Melchor Fernández Almagro : *Historia política de la España contemporanea*, 3 tomos. (Madrid : Alianza Editorial, 1968.)

por España de Puerto Rico y de las demás islas que se hallan actualmente bajo la soberanía de España en las Indias Occidentales, así como la cesión en los ladrones de una isla que será designada por los Estados Unidos. Tercero, por las mismas razones los Estados Unidos tienen título para ocupar y ocuparán la bahía y el puerto de Manila, esperando la conclusión de un tratado de paz que deberá determinar la intervención (control), la disposición y el gobierno de Filipinas. » (21)

La suerte estaba echada. Con la ocupación militar de Cuba, Puerto Rico y Filipinas el « splendid little war » marca el comienzo de un nuevo capítulo en la historia norteamericana : el de la adquisición de colonias de ultramar. El complejo Mesiánico que esta acción aparejaba consigo puede notarse en las instrucciones del Presidente Mackinley a la delegación americana fechado el 16 de septiembre de 1898 donde el mandatario afirma : « La marcha de los acontecimientos regula y se impone a las acciones humanas, confesando, sin reserva, el propósito que ha inspirado todos nuestros esfuerzos, y manteniéndonos fieles a él, no podemos dejar de comprender que, sin deseo ni designio por nuestra parte, la guerra nos ha impuesto nuevos deberes y responsabilidades que debemos cumplir y satisfacer como incumbe a una gran nación sobre cuyo desenvolvimiento y carrera, desde su mismo principio, el Señor de todas las naciones (Ruler of Nations) ha claramente inscrito el alto mandato y empeño de la civilización. » (22)

Puerto Rico pasará a manos del nuevo ocupante en calidad de « botín de guerra » una vez terminada la desigual contienda. La menor de las Antillas mayores iba de una mano a otra sin que en momento alguno se le consultase acerca del tránsito y sus implicaciones. Desembarcan las tropas yankis por la bahía de Guanica el 25 de 1898. Una nueva experiencia colonial comienza desde aquel momento para nuestra Patria.

2. El problema de la dependencia : bajo el imperialismo norteamericano.

Parte de la labor de la nueva historiografía latinoamericana ha consistido en desmistificar nuestra historia, en romper sin piedad los mitos mediante los cuales las clases dominantes habían distorsionado los hechos históricos mismos para poner la historia al servicio de sus propios fines de dominación. Ha sido necesaria una crisis de la propia sociedad latinoamericana para que las más flagrantes fallas de las interpretaciones histórico-sociales de la historia de América hayan salido a la luz. En cierto modo podemos decir que la historiografía y la sociología tradicionales, como las sociedades mismas que les sirvieron como trasfondo, se hallan en un estado de profunda crisis. Lo dicho es cierto no únicamente para la sociología y la historia latinoamericanas, sino también de la sociología y la historia de los Estados Unidos. Todos los conceptos utilizados tradicionalmente a manera de apoyaturas convenientes para una interpretación social favorable a los intereses del sostenimiento del « statu quo » han estado demostrando, frente a la tozudez de los hechos históricos mismos, sus profundas imperfecciones.

La historia misma de los países del Caribe ofrece una buena ilustración de lo dicho. Como « frontera imperial », el Caribe ha estado sujeto en un grado superlativo a toda la influencia desbocada de la comovisión imperialista, tal y como esta ha sido comunicada a sus habitantes por las diversas metrópolis que nos han regentado a lo largo de la historia. El propio estereotipo del Caribe como un plácido lugar de sol y palmeras donde sus hombres se agotan en el sexo y el ron ha dado pábulo a no pocas interpretaciones de nuestra historia como una de pueblos cuya indolencia innata les condena al más abyecto subdesarrollo. Las propias elites coloniales han contribuído también a este menosprecio de lo nuestro, aduciendo muchas veces teorías acerca de nuestro carácter que no distan mucho de las racionalizaciones para la dominación imperial que a tales efectos ofrecen los ideólogos de la metrópolis. En un excelente ensayo escrito recientemente, el sociólogo dominicano Franklin J. Franco ha contribuído a desenmascarar el verdadero prejuicio antiafricano que late en la hispanofilia de algunos de los escritores más consagrados de la historia dominicana. (1) Otro tanto puede decirse del

(21) Citado en Pablo Azcarate, op. cit., p. 161-162.
(22) *Ibid*, p. 171.

(1) Franklin J. Franco : *La ideología del Trujillato la Ahora*, 31 de mayo de 1971.

análisis del concepto de « negritude » en Price-Mars realizado por Rene Depestre, del análisis de la ideología de la elite colonial cubana hecha por Moreno Fraginalls y José Luciano Franco, así como de lo que el autor del presente trabajo ha pretendido hacer respecto a la ideología colonialista en Puerto Rico.

Uno de los grandes mitos urdidos por la ideología colonialista ha sido el que pretende eximir al imperialismo norteamericano de todo designio imperialista respecto a la América Latina. La elaboración de esta tesis ha quedado la mayoría de las ocasiones a cargo de ciertos sectores de la elite intelectual latinoamericana, que ha pretendido en muchas ocasiones guardar un silencio cómplice en la intervención del imperialismo en los asuntos internos de nuestros países. Puerto Rico, quizás más que ningún otro país latinoamericano, es una viva ilustración de lo expresado. Es aquí donde la tesis del « imperialismo bobo » ha tenido sus más destacados exponentes. Es en nuestra Patria donde el canto del « puente entre las dos culturas del hemisferio » ha servido para perpetuar nuestra condición colonial y para dulcificar el verdadero carácter de nuestra dependencia.

La tesis del « imperialismo bobo » es muy sencilla. Los Estados Unidos entraron en la guerra hispanoamericana no por motivos expansionistas, sino porque súbitamente tuvieron que afrontar las responsabilidades de una potencia mundial. Realmente el imperio adquirido por los Estados Unidos en 1898—dicen los ideólogos criollos del imperialismo bobo—fue adquirido en un momento de lo que los norteamericanos llaman « absent mindedness ». En cuanto a las demás intervenciones yankis en el hemisferio, éstas han sido producto de los errores—si acaso—de algunos gobernantes, pero nunca una consecuencia inevitable del propio desarrollo del capitalismo norteamericano.

La nueva historiografía norteamericana—a la que allá han dado en llamar la de los « historiadores revisionistas », ha puesto todas estas nociones en su debida perspectiva. Sobre la política expansionista de los Estados Unidos en 1890 nos dice el historiador Walter La Feber : *Para Mahan, William MacKinley, Theodore Roosevelt y Henry Cabot Lodge, las posesiones coloniales, tal y como éstos las definían eran piedras de toque hacia los dos grandes premios : los mercados latinoamericanos y asiáticos. Esta política se asemejaba mucho menos al colonialismo tradicional que al nuevo período de expansión industrial y financiera de 1850-1914. Estos hombres no visualizaban « colonizar » a la América Latina o a Asia. Si querían explotar estas áreas económicamente brindándoles (especialmente a Asia) los beneficios de la civilización occidental y cristiana. Para hacer esto, estos expansionistas necesitaban bases estratégicas desde las cuales los carriles marítimos y los intereses interiores en Asia y América Latina pudiesen ser protegidos.* (2)

Cuando los Estados Unidos comienzan su expansión hacia el Oeste una vez establecida la República, nos dice el profesor Van Alstyne, su experiencia imperialista no se distingue básicamente de la de Inglaterra, ya que : « ambos imperios fueron criaturas de fuerzas naturales —de la emigración y la colonización, del comercio y de la religión, así como del deseo de expandir su influencia política. Pero en ninguno de los casos fue la expansión inintencionada, inplanificada u olvidadiza. Cada imperio seguirá un patrón estratégico, y la historia de cada cual muestra la influencia de mucha planificación y dirección consciente ». (3) Y el prominente historiador William Appleman Williams nos apunta que con el desarrollo de la economía corporativa, los líderes norteamericanos de aquel momento histórico « recalcaron crecientemente el papel de la política exterior en la solución de los problemas domésticos e iniciaron conscientemente un amplio programa de imperialismo sofisticado. Subyacente en dicha expansión, y sustentándola hasta entrado el siglo XX, estaba la idea central de que la expansión económica ultramarina proveía el sine qua non de la prosperidad doméstica y la paz social. » (4)

La intervención norteamericana de la República Dominicana en 1965, así como la de Indochina en el momento actual, son capítulos adicionales que podrían añadirse—si es que ello fuese necesario—a la historia imperialista de los Estado Unidos. La ocupación e intervención de Puerto Rico, que data ininterrumpidamente desde 1898, ofrece la más flagrante ilustración de la

(2) Walter La Feber : *The New Empire, An Interpretation of American Expansion 1860-1898* (Ithaca, Cornell University Press, 1963), p. 91.
(3) Richard W. Van Alstyne : *The Risin American Empire* (Chicago : Quadrangle Books, p. 965), p. 100.
(4) William Appleman Williams : *The Contours of American* History (Chicago : Quadrangle Books, 1966), p. 355.

perpetuación en nuestra isla de un colonialismo al estilo clásico, si bien éste ha sido maquillado con el propósito de ocultar sus máculas más visibles.

La anexión de Puerto Rico a los Estados Unidos en 1898 promovió un interesante debate constitucional en la metrópoli, cuando el « status » del recién adquirido territorio ultramarino se planteó ante la consideración del Congreso norteamericano. Como un hecho curioso, cabe destacar el de que la oposición a la expansión ultramarina provenía no sólo de algunos liberales que veían con preocupación el nuevo papel imperialista de los Estados Unidos, sino también de los racistas sureños que temían que la incorporación de territorios con un alto porciento de negros pudiesen entrar eventualmente a la unión como estados de ésta. Cuando se está discutiendo en el seno del Congreso la primera ley orgánica (que regiría en Puerto Rico a partir de 1900) el Senador Bate, de Tennessee, exclamaría en actitud de protesta : « Bajo este nuevo orden de expansión, ¿ que sucederá con las Filipinas y Puerto Rico ? ¿ Se convertirán en estados con representación aquí de estos países, de esa masa, heterogénea de mestizos que componen su ciudadanía ? Ello es objetable al pueblo de este país, como debe ser, y ellos pondrán un alto a ello antes de que se realice. Jefferson fue el mas grande expansionista, pero ni su ejemplo ni su precedente permite ninguna justificación para la expansión sobre territorio en mares distintos, sobre pueblos incapaces de gobierno propio, sobre religiones hostiles a la Cristiandad, y sobre salvajes adictos al canibalismo y a la cacería de cabezas como sucede con algunos de estos isleños (5). »

Si bien no todos los congresistas se expresaron con igual franqueza, es indiscutible que el mesianismo norteamericano no concebía que los pueblos recién adquiridos pudiesen ser capaces de regir sus propios destinos. El racismo, el Darwinismo social en boga durante aquella época, no concebía que los pueblos como los nuestros fuesen capaces, de manejar sus propios asuntos. Por la tanto procedía la tutela de estos, ya que algunos pueblos, como algunos hombres, se hallaban aún en la minoría de edad. Era por lo tanto menester que los países de las razas superiores les guiasen de la mano para su propio beneficio.

(5) Congressional Record, Senado, abril 2, 1900, p. 3612.

Régimen de inferioridad política.

Así sucedió en Puerto Rico. Cuando el General Nelson W. Miles emite su famosa proclama al ocupar militarmente a la isla, su alocución va envuelta en la retórica de la democracia. Hablaba el General Miles de procurar a los habitantes de Puerto Rico « los privilegios y bendiciones de las instituciones liberales de nuestro gobierno », pero no es hasta 1900—dos años despues—que se establece un gobierno civil en Puerto Rico. Los líderes puertorriqueños, que habían experimentado una breve dosis de gobierno propio bajo la Carta Autonómica de 1897, se encontraron primero con el establecimiento de un gobierno militar y luego con la aprobación de una ley orgánica—que no se aprueba hasta 1900—que es un retroceso en materia de gobierno propio para los puertorriqueños.

La negativa a conceder un régimen más generoso de gobierno propio se asentaba sobre la premisa de que no estábamos capacitados para gobernarnos. El autor de la primera ley orgánica que regirá en Puerto Rico por ley del Congreso desde 1900 a 1917 lo dice con toda claridad en un discurso que pronuncia en el Congreso : « El pueblo de Puerto Rico difiere radicalmente de cualquier otro pueblo para quien hayamos legislado anteriormente. Ellos han tenido una experiencia diferente, sobre todo en materia de gobierno. No han tenido experiencia alguna que los califique—a la luz del testimonio aducido ante nuestro comité en las vistas celebradas—para la gran labor de organizar un gobierno con todos los importantes negociados y departamentos que necesita el pueblo de Puerto Rico (6). »

Una vez declarada dicha intención Puerto Rico quedaba sometido a un régimen de inferioridad política que habría de subsistir hasta nuestros días. El escenario queda preparado para el paso posterior de la penetración económica de los grandes intereses de las corpóraciones norteamericanas. La aplicación a Puerto Rico de la tarifa arancelaria vigente en los Estados Unidos asista un rudo golpe a la agricultura criolla. La devaluación de la moneda en un 40 % de su valor original sirve para rematar el dominio norteamericano de la economía, pues de un

(6) Speech of John B. Foraker, of Ohio, in the Senate of the United States (Washington : *Government Printing Office*, 1900), p. 6.

plumazo reduce el valor de las tierras y reduce además el poder adquisitivo de los criollos. Dicha devaluación—como ha indicado recientemente el profesor José Antonio Herrero—tiene consecuencias más desastrosas aún para la economía puertorriqueña que el huracán de 1899. Privado de sus tradicionales mercados europeos como consecuencia de la nueva situación creada por el cambio de soberanía, el café puertorriqueño sufre un rudo golpe del cual no habrá de reponerse.

Según el estudio de los Diffie realizado en 1931, para 1899 los agricultores puertorriqueños eran dueños del 93 % de las fincas existentes en Puerto Rico, de forma tal que en la isla « un gran número de personas pertenecientes a la población rural eran dueños de sus hogares y residentes permanentes de la isla (7). » Del área total de Puerto Rico = 3,435 millas cuadradas, el 41 % estaba dedicado al café, el 15 % a la caña de azúcar, el 32 % a comestibles y sólo el 1 % al cultivo del tabaco. Con la apertura de Puerto Rico a la penetración económica de los consorcios azucareros norteamericanos, para 1930 el 44 % del área total cultivable de la isla estaba dedicada a la producción azucarera. Durante las primeras tres décadas de dominación colonial estadounidense, la inversión absentista ascendió a $ 120 000 000 (8). Para esta misma fecha el 60 % de la producción del azúcar estaba dominada por cuatro grandes corporaciones absentistas, y lo mismos podía decirse del tabaco (80 %), servicios públicos y bancos (60 %), líneas marítimas (100 %) (9). Como puede notarse, el proceso de la concentración de la riqueza en manos de las grandes corporaciones Yankis nos convirtió en una colonia productora de azúcar. Esta economía del monocultivo creó además un vasto proletariado rural que laboraba inmisericordiamente por salarios que se hallaban por debajo del nivel de subsistencia. El estudio de la Brookings Institution (1930), hecho a petición del propio gobierno colonial, indica que para ese momento Puerto Rico era « una comunidad de obreros agrícolas », y concluye diciendo : « En términos generales el nacimiento, las enfermedades, los accidentes y la muerte son soportados sin que se haga mucho esfuerzo para aliviarlos. En las casas de la montaña del jíbaro uno encuentra con demasiada frecuencia que la enfermedad y el sufrimiento son aceptados con un fatalismo impotente (10). »

Este « fatalismo impotente » que muchos ideólogos colonialistas pretendieron atribuir a características innatas de nuestro pueblo, era el resultado directo de la conversión de Puerto Rico en un venero de explotación imperialista. Si el excedente había sido extraído durante la dominación española a través de la esclavitud y de otras formas de servidumbre, ahora era extraído a través de la explotación de mano de obra barata y de las materias primas brindadas por nuestro territorio.

Debilidad de la burguesía

En los comienzos de ese decenio, la enajenación del patrimonio nacional puertorriqueño llegó hasta el punto de que el líder nacionalista Pedro Albizu Campos podría exclamar en 1932 : « El imperialismo Yanki, en lo moral, nos ha conducido al desprecio de nosotros mismos ; en lo material de propietarios nos ha convertido en peones, y de peones en mendigos sentenciados a muerte. »

En ese momento, un pequeño grupo de la débil burguesía puertorriqueña servía a manera de intemediarios entre la isla y los grandes consorcios azucareros yankis. En esta conyuntura, se hacía patente una vez más—al igual que en el siglo XIX—la esencial debilidad de la burguesía puertorriqueña. Esta carencia de una burguesía nacional ha sido una constante del desarrollo económico de Puerto Rico y uno de los puntales primordiales de nuestra dependencia. Pues de la burguesía puertorriqueña podría decirse lo que Fanon apunta acerca de la burguesía de los países coloniales y neo-coloniales. Escuchémosle :

« La burguesía nacional descubre como misión histórica la de servir de intermediario. Como se ve, no se trata de una vocación de transformar a la nación, sino prosaicamente de servir de correa de transmisión a un capitalismo reducido al camuflaje y que se cubre ahora con

(7) Bailey W. Y., Justine W. Difie, *Porto Rico : a broken Pledge* (New York : The Vanguard Press, 1931), p. 21-22.
(8) Harvey S. Peloff : *Puerto Rico's Economic Future* (University of Chicago Press, 1950), p. 28.
(9) Deffie y Deffie, *op. cit.*, p. 150.
(10) Victor S. Clark (compilador), *Porto Rico and its Problems* (Washington, D.C. : The Brookings Institution, 1930), p. 13, 21, 27, 37.

la máscara neocolonialista. La burguesía nacional va a complacerse, sin complejos y muy digna, con el papel de agente de negocios de la burguesía occidental. Ese papel lucrativo, esa función de pequeño gananciero, esa estrechez de visión, esa ausencia de ambición simbolizan la incapacidad de la burguesía nacional para cumplir su papel histórico de burguesía. El aspecto dinámico y de adelantado, el aspecto de inventor y descubridor de mundos que se encuentra en toda burguesía nacional está aquí lamentablemente ausente. En el seno de la burguesía de los países coloniales domina el espíritu de disfrute. Es que en el plano psicológico se indentifica a la burguesía occidental cuyas enseñanzas ha absorbido. Sigue a la burguesía occidental en su lado negativo y decadente, sin haber franqueado las primeras etapas de exploración e invención que son, en todo caso, un mérito de la burguesía occidental. En sus inicios, la burguesía nacional de los países coloniales se identifica con la burguesía occidental en sus finales. No debe creerse que quema etapas. En realidad comienza por el final. Ya está en la senectud sin haber conocido ni la petulancia, ni la intrepidez, ni el voluntarismo de la juventud y la adolescencia (11). »

Al filo de la gran depresión, Puerto Rico se halla bajo el dominio de un régimen colonial cuyos principales colaboradores pertenecían a esta clase burguesa dependiente, débil, pero aun así capaz de servir de correa de transmisión del poder metro-político. En la base de la pirámide social, de otra parte, se hallaba la inmensa mayoría del proletariado rural y urbano y una pequeña burguesía de profesionales, intelectuales, pequeños comerciantes, etc. Cuando la depresión azota con fuerza al régimen económico de la metrópoli, la crisis estremece también los cimientos del régimen colonial imperante en Puerto Rico. La depresión acentúa aún más el verdadero carácter de nuestra dependencia colonial y hace trizas los mitos acerca de la omnipotencia del capitalismo estadounidense. El radicalismo nacionalista cobra fuerza considerable en la isla y el imperio decide cambiar de táctica haciendo ahora extensivos a Puerto Rico toda una serie de programas de ayuda económica que, sin alterar fundamentalmente nuestra condición colonial, no obstante fuesen lo suficientemente amplias como para intentar amelionar las más flagrantes injusticias del sistema. Eso será todo. Las estructuras capaces de perpetuar la dependencia a lo largo de las líneas del colonialismo clásico continuarán vigentes.

Cuando accede al ejercicio del poder colonial un partido reformista con retórica radical en 1940 —el Partido Popular Democrático dirigido por Luis Muñoz Marín la situación política de Puerto Rico no ha cambiado un ápice. Como en 1900, el poder fundamental que afecta a la nación puertorriqueña residía en el Congreso de los Estados Unidos. A partir de ese momento, comienzan a gestarse nuevas formas de dependencia económica dentro del viejo marco estructural de la vieja dependencia política.

En verdad, el Partido Popular Democrático cabalgará en la cresta de la ola del reformismo novotratista que Franklin D. Roosevelt inicia en la metrópoli. Parece reconciliar, desde el primer momento, los anhelos nacionalistas de justicia social de nuestro pueblo.

Para 1948, la situación comienza a definirse en sentido contrario. Comienza a cristalizar el programa conocido como « Operación manos a la obra », cuya teoría general consiste en promover un programa de industrialización para Puerto Rico. Para cimentar este « capitalismo de invernadero », se propone utilizar hasta el máximo la circunstancia de que nuestra isla, aun siendo un territorio de la unión norteamericana, estaba no obstante exenta de pagar contribuciones al Tesoro de los Estados Unidos. Así, la exención contributiva industrial se convierte—bajo la dirección de Teodoro Moscoso, primer administrador de la Administración de Fomento Económico—en uno de los señuelos básicos mediante los cuales se pretende atraer capital (generalmente norteamericano) a Puerto Rico. El otro señuelo era el de la mano de obra barata. Es así como comienza el programa de Fomento Económico, que sin duda se convertiría en una de las principales atracciones—junto con el « clima industrial adecuado »—de nuestro Puerto Rico. Las empresas a establecerse en Borinquen quedaban exentas—por un período de hasta 17 años—del pago de tributos al erario puertorriqueño. Como puede imaginarse el lector, la rentabilidad sobre lo invertido era extraordinaria. *El Wall Street Journal* podría regodearse en la siguiente descripción de Puerto

(11) Franz Fanon : *Los condenados de la tierra* (México : Fondo de Cultura Económica, 1961), p. 139-140.

Rico como paraíso de los inversionistas tan cerca a nuestros días como el 1966 : « La alarmante tasa de desempleo, que se estima entre un 12 y un 30 %, está ayudando a atraer las industrias de Estados Unidos a Puerto Rico en lo que puede considerarse un récord, dada la escasez laboral que afecta a nuestro país. De una parte, los impuestos personales y sobre la propiedad, además de los arbitrios y pagos de licencias, son suspendidos a menudo por un período de hasta 17 años, dependiendo del producto de una compañía y de cuanto ésta ayuda a la industrialización del área. En adición, el gobierno puertorriqueño concede subsidios generosos para todo, desde transportación hasta entrenamiento (12). »

El énfasis sobre la industrialización puso de lado el sector agrícola puertorriqueño. Privado además dicho sector de la protección arancelaria de que disponen los pueblos soberanos, comienza en un proceso precipitado de declinación que no se ha detenido hasta el día de hoy. La industria azucarera, hasta el 1940 nuestra más importante industria, yace hoy en ruinas con el cierre sistemático de ingenio tras ingenio. El café, el tabaco, la ganadería, los frutos menores, todos han sufrido el impacto de este proceso de destrucción de la agricultura puertorriqueña. Se ha acentuado por la tanto la situación dependiente de nuestra economía, toda vez que, para usar los términos del profesor Gordon K. Lewis, « Puerto Rico produce lo que no consume y consume lo que no produce ».

El crecimiento elefantíasico del sector industrial se ha podido palpar en una gran concentración poblacional en las áreas urbanas y en la despoblación paulatina pero sistemática de las zonas rurales. Lo que el Informe Brookings describió una vez como « una comunidad de trabajadores agrícolas es hoy todo menos eso ». Más de un 60 % de la población puertorriqueña vive hoy en zonas urbanas. El éxodo rural-urbano se ha manifestado también—a partir de la segunda guerra mundial—en un éxodo masivo de puertorriqueños hacia Estados Unidos. Una de las políticas del Partido Popular consistió en estimular esta emigración, justificándola bajo una teoría llamada « la válvula de escape ». Un prominente demógrafo puertorriqueño ha llamado la atención hacia el hecho de que este es « uno de los mas grandes éxodos de población que registra la historia », y que ello ha traído como consecuencia que « si añadimos al total de emigrantes el número de hijos que éstos hubiesen procreado en la Isla de haberse quedado, llegamos a la conclusión de que entre 1940 y 1960 la Isla dejó de ganar alrededor de un millón de personas como resultado de esa emigración en masa ». La misma fuente señala que durante la década del 1950 el 70 % de los migrantes eran personas de 15 a 39 años (13). Este enorme desplazamiento poblacional ha significado, desde luego, que Puerto Rico sea un país con una tercera parte de su población viviendo fuera de su territorio. Con una ligereza casi criminal el gobierno colonial ha decidido lavarse las manos en la cuestión de los emigrantes, y todos los días embarcan hacia la metrópoli cientos de obreros agrícolas que van a engrosar allá el ejército de reserva compuesto por los peor pagados de todos los obreros de la metrópoli.

(2) *The Wall Street Journal*, 27 de diciembre de 1966.

Clases medias y marginales.

Lo que se ha expandido considerablemente con el programa de « industrialización por invitación » ha sido el sector terciario de la economía, es decir, la clase media burocrática y profesional que prolifera como consecuencia de los nuevos programas gubernamentales. Esta clase se ha convertido en un importantísimo factor tendiente hacia el conservadurismo político, siendo como es un prominente sector demográfico en nuestras áreas urbanas, pero particularmente en las grandes ciudades. Esta clase es, asimismo, un puntal esencial de una « economía de consumidores » (consumer economy) que, bajo las circunstancias de un país que apenas si produce nada—más del 90 % de los artículos de primera necesidad en Puerto Rico tienen que ser importados—imita los patrones de consumo de la clase media metropolítica.

Si alguna clase ha absorbido la cosmovisión imperialista, ha sido la clase media puertorriqueña. Si en algún sector poblacional de Puerto Rico encontramos el fenómeno de la alienación como secuela del colonialismo, es en este sector. De otra parte, es de la clase media de donde proviene por lo general todo ese estrato que

(13) José Luis Vázquez Calzada, « *La emigración puertorriqueña : solución o problema* », *Revista de Ciencias Sociales*, vol. VII, num. 4, diciembre 1963.

constituye el grupo de los intelectuales, cuya concepción del mundo choca frecuentemente con la sustentada por los componentes de su propia clase. Pero es éste un sector minoritario numéricamente si se le compara con el enorme contingente que componen los habitantes de las numerosas urbanizaciones que proliferan alrededor de las grandes ciudades.

En las grandes ciudades como San Juan el propio éxodo rural urbano ha cimentado todo un sector arrabalero, tan hábilmente descrito por el fenecido Oscar Lewis en su libro *La Vida*. Este sector marginalizado es de una gran importancia numérica, sobre todo en las elecciones por el dominio del municipio de San Juan. En el seno de esa comunidad surge el lumpenproletariado urbano, una fuerza que ha sabido ser utilizada recientemente por el actual gobierno en su represión del movimiento independentista.

La industrialización de Puerto Rico se ha ubicado mayormente cerca de los grandes centros urbanos. Esto significado, de hecho, la despoblación de la campiña, dándose el caso de que ya encontramos prácticamente varios « pueblos fantasmas » en el interior de la isla, algo análogo a las « Casas Muertas » que describe Miguel Otero Silva en una de sus novelas acerca de Venezuela. Esto a su vez ha creado una enorme desproporción entre el nivel de vida de la ciudad y el campo. El desempleo—increíblemente alto de por sí si tomamos en consideración que se estima hasta en un 30 %—alcanza cifras realmente alarmantes en algunos pueblos del interior de la isla.

Esta situación de desempleo y subempleo, en adición a la creación de un vasto ejército de reserva obrero, es explotado por el propio régimen mediante prácticas tales como la distribución de alimentos excedentes del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, lo que el pueblo llama « el mantengo ». De acuerdo con cifras proporcionadas por el propio Departamento de Agricultura estadunidense, una de cada 3 personas en Puerto Rico está recibiendo « mantengo ». Esto, como es natural, acentúa los hábitos de dependencia y se le hace aparecer como una dádiva del generoso gobierno norteamericano.

Existe sin lugar a dudas una especie de aristocracia obrera que disfruta de salarios relativamente altos. Pero esta es una minoría de la fuerza obrera, que de otra parte se halla prácticamente sin sindicalizar—el 18 % del total de la fuerza obrera puertorriqueña pertenece a sindicatos o uniones obreras. Este hecho, como puede colegirse, incide negativamente en el desarrollo de la lucha de clases y es un factor retardatario en las reivindicaciones de las masas obreras. Esto es parte, además, de toda la política de desaliento a la formación de uniones obreras que ha servido como norte a todo el programa de Fomento Económico.

Señalé anteriormente, al intentar una precisión de los lineamientos generales de la economía y la sociedad puertorriqueña, el carácter de intermediarios que le cabe primordialmente a la burguesía y pequeña burguesía puertorriqueña. Ello resulta aún más evidente si tomamos en consideración el hecho de que el 78 % de las empresas establecidas en Puerto Rico son de propriedad norteamericana. La gestión enajenadora de nuestro patrimonio nacional que anteriormente realizaran las grandes compañías azucareras, es hoy función de las grandes compañías petroquímicas.

En este instante se debate en Puerto Rico la suerte de los ricos yacimientos de cobre que se encuentran ubicados en el centro mismo de nuestra isla. Dichos yacimientos—cuyo descubrimiento ha dado un mentís rotundo a la tesis colonialista de que somos un país sin recursos naturales—han promovido la codicia de las grandes corporaciones explotadoras del cobre de ese riquísimo filón de nuestro patrimonio nacional. En todo caso, el problema contínua siendo el mismo : se trata de la carencia de poderes de nuestro pueblo para tomar las decisiones que sirvan a sus mejores intereses. El marco constrictivo del régimen colonial ciñe efectivamente el ámbito de acción del pueblo puertorriqueño y le impone una camisa de fuerza que le condena al inmovilismo. Setenta y un años han transcurrido, y todavía pueden enumerarse las siguientes potestades del Congreso norteamericano que cobraron vigencia en el 1900, según se desprende del testimonio presentado por el Lcdo. Yamil Galib en una ponencia que éste hiciera en 1965 :

En virtud de ese poder ilimitado, el Congreso (de Estados Unidos) recluta nuestras juventudes y las envía a la guerra, determina quiénes pueden entrar y salir de nuestro territorio mediante las leyes de inmigración y emigración ; mantiene aquí un tribunal federal que procesa y enjuicia

a puertorriqueños bajo leyes federales; controla la radio y la televisión y sin su anuencia no puede erigirse en nuestro país una torre emisora ni enviarse o recibirse mensaje alguno a través de estos medios de comunicación. Censura libros y obras de arte a través de sus agentes en las aduanas federales; controla nuestro comercio y nuestra economía mediante el monopolio, hasta donde es posible hacerlo, como mercado consumidor. Mantiene un absoluto e increíble control sobre los fletes marítimos y aéreos entre Estados Unidos y Puerto Rico que le impone a nuestro país un sobreprecio calculado entre 40 y 50 millones de dólares anualmente.

Interviene con exclusividad en las leyes sobre quiebra, naturalización y ciudadanía. Mantiene poder ilimitado de expropiación de nuestras tierras y nuestras propiedades, y aunque pudiera alegarse que ese poder no lo ha ejercido siempre en forma abusiva, el hecho de no existir limitación alguna a este respecto es inequívoca señal de que nuestro territorio y nuestra riqueza están a merced y siguen siendo posesión y pertenencia de Estados Unidos.

Controla la delegación aérea y marítima. Dirige con exclusividad las relaciones exteriores. Nos prohibe fijar nuestros propios aranceles por el artículo 3° de la Ley de Relaciones Federales, reservándose para sí la única arma que podríamos esgrimir para proteger nuestras empresas de producción contra competencias ruinosas de los poderosísimos productores de Estados Unidos, llevándonos a la paradójica situación de que un país pobre compre a los precios del país más rico del mundo; a que en el intercambio de mercaderías tengamos anualmente una balanza desfavorable para nosotros en una suma que fluctúa entre 250 y 300 millones de dólares y que nuestra balanza, sea adversa a Puerto Rico desde que los norteamericanos pusieron pie en nuestro suelo.

Mantiene el Congreso control sobre la industria azucarera. No nos permite intervenir en los tratados comerciales que negocia Estados Unidos con otros países, ni aun en aquellos aspectos que nos afectan adversamente; controla correos y moneda y establece las determinaciones fundamentales sobre las normas que rigen en el negocio bancario. Cubre tierra, mar y aire puertoriqueños con su ejército, marina y aviación sin siquiera tomarnos el parecer ni el consentimiento para encubrir las apariencias de un sistema que tiene la pretensión de ser democrático.

Puede sostenerse, en fin, que está en manos del Congreso de Estados Unidos casi todo lo que directa o indirectamente afecta la vida de Puerto Rico.

Es este dominio ejercido en forma directa sobre los asuntos que determinan la vida de los puertorriqueños lo que nos hace—no una neo-colonia como la República Dominicana o Haití—sino una colonia en el sentido clásico del vocablo.

Podría además argumentarse que el esquema clásico del imperialismo es perfectamente aplicable a nuestra isla. Está de una parte la intervención militar y la ocupación del territorio por una potencia extranjera. Este hecho persiste en Puerto Rico desde el 1898. De otra parte encontramos la explotación de las materias primas y la fuerza de trabajo del país colonizado, bajo condiciones leoninas para éste. Esta situación se acentúa además a través de un proceso despiadado de asimilación cultural que amenaza con destruir la cultura nacional puertorriqueña. Es esta ofensiva cultural, dirigida a la total erradición de toda conciencia nacional puertorriqueña, la carta principal del imperialismo en Puerto Rico. Pues la penetración cultural estadounidense ha tenido como propósito alienar al puertorriqueño de su propia cultura y desarraigarlo de sus vínculos con los países de habla hispana —particularmente de América Latina. Es este proceso sistemático de disolución cultural el mas insidioso y pernicioso de los mecanismos mediante los cuales en Puerto Rico se ha perpetuado una situación colonial que ya resulta un anacronismo en nuestro tiempo. Antes de citar quisiera terminar el siguiente pasaje del libro del profesor Gordon Lewis sobre Puerto Rico. Dice así :

Desde un principio al niño puertorriqueño se le ha enseñado historia americana antes que historia de Puerto Rico. Sus capacidades se han desarrollado dentro de una atmósfera colonial, donde los medios de comunicación de masas han representado al populacho una cultura que no es la de ellos, y a la que han aprendido a atribuir todo lo que dentro de su experiencia ha sido digno de encomio. Los mismos símbolos linguísticos del me y de la autoridad son los del poder dominador. Así, el estudiante puerto-

rriqueño todavía se las arregla, con bastante frecuencia, para llamar a su maestro « mister » en vez de maestro o profesor, como si el maestro fuese un norteamericano. Esto no se aplica solamente al pasado, pues como ha señalado René Marques, el sentimiento ancestral de desamparo del individuo puertorriqueño todavía le es sicológicamente imbuído a través de métodos modernos de educación que son algo más sutiles que los usados anteriormente. En vista de que la carga de resolver los aspectos inconvenientes de la comunicaciones entre los gobernados y los gobernantes en situaciones coloniales ha sido siempre tarea forzosa de los gobernados, a los puertorriqueños se les ha obligado a aprender inglés en vez de los americanos aprender español. La desvalorización de la cultura local ha estimulado un correspondiente autodesprecio en los individuos que la componen. Para algunos, el autodesprecio ha adquirido la forma de una sumisión ciega al estilo americano, expresado por un impulso imperioso hacia la identificación e incorporación con la elite del poder gobernante ; impulso que con frecuencia es entendido sólo a medias por sus víctimas ; y los sentimientos de culpa así engendrados han sido encubiertos frecuentemente con el recurso de identificar a Puerto Rico con la « Civilización Occidental » en vez de con los Estados Unidos, de forma tal que términos como « la crisis de Occidente », « cultura occidental », « el mundo libre » y así sucesivamente juegan un papel terapéutico en la sicología de ese tipo de puertorriqueño. Para otros, de otra parte, la respuesta a una situación tan intolerable para espíritus sensitivos y tan poderosamente apoyada por todas las instituciones de la sociedad, privadas y públicas, políticas y económicas, ha sido el refugirse en sentimientos de rencor, inferioridad y chauvinismo.

Narrativa

Julio Ramón Ribeyro
Los Jacarandás

Lisandro Chávez Alfaro
Una red de agujeros

Francisco Arturo Alvarado
Tololín

Antonio Ramos Gascón
Textos breves

Julio Ramón Ribeyro
Los Jacarandás

La casa estaba allí, intacta, con su alta cerca de adobe que daba sobre la Avenida de los Jacarandás. Había venido a pie desde la Plaza de Armas, con su maletín de viajero en la mano, recordando lo que leyera una vez de las ciudades perfectas, las que se pueden pasear de un extremo a otro en un cuarto de hora. Todo estaba igual, los guayabos de la huerta, los tres eucaliptos y hasta las habitaciones en las que halló el mismo viejo desorden. Por ellas anduvo hasta el anochecer, rodeado de voces silenciosas y hasta de la música silenciosa que salía de la radiola, donde el disco continuaba inmóvil, con la aguja detenida en el último surco.

—He hecho bien en venir—dijo Olga—La casa queda tan cerca de la oficina. Así, cuando me sienta sola, salgo y te voy a hacer una visita.

Lorenzo observó la cama, cubierta con una manta indígena de dibujos geométricos y le pareció ver una mano crispada sobre la tela polícroma. Entonces cogió la Guía Turística que estaba en la mesa de noche y salió a la Avenida de los Jacarandás.

No tomó hacia el Arco de los Españoles, donde la ciudad terminaba al borde del río y los potreros, sino que se encaminó hacia el centro. La calle 28 de Julio estaba desierta a esa hora. Los lugareños cenaban en sus casas y los forasteros, incapaces de habituarse a tantos campanarios y a tan pocos esparcimientos, bebían en los bares o veían en el único cine una película de vaqueros. Lorenzo pasó frente al solar del Rector, la más bella casa de la ciudad, con su pórtico de piedra gris y su portón colonial. Más lejos se detuvo frente a la iglesia de Santa Ana y quedó observando su fachada.

—Mira ese elefante—dijo Olga—Allí al lado de los Apóstoles. ¿ Qué cosa querrá decir ?

Nadie pudo nunca explicarles porqué el picapedrero anónimo que labró ese frontis depositó ese animal al lado de las figuras sagradas.

Ya estaba en la Plaza de Armas. Una sola persona se paseaba a esa hora : el Rector. Daba sus diez vueltas nocturnas al cuadrilátero adornado con palmeras serranas, fumando su pipa. Lorenzo se le acercó.

—Me alegro que haya regresado, doctor Manrique, pero siento que no sea para quedarse. Los alumnos estaban tan contentos con usted. ¿ Y cómo van sus asuntos ?

—Mañana me ocuparé de ellos. Si no hay problemas, parto el sábado en el próximo avión.

—Esta tarde fue a verme miss Evans—prosiguió el Rector—Espero que se acostumbre. Sería conveniente que converse un poco con ella, antes de dejarle el puesto.

—Viajamos en el mismo avión, esta mañana, pero no hablé casi con ella. Prometí darle mi guía de la ciudad.

Miss Evans había gritado esa mañana cuando el bimotor, después de sobrevolar durante un cuarto de hora el techo de nubes, picó súbitamente por un claro buscando el aeropuerto.

—No se asuste—dijo Lorenzo—Estos pilotos son muy seguros. Cuando saben que no se puede aterrizar regresan a Lima.

Pero miss Evans ya sólo se preocupaba de admirar los tejados de la ciudad y sus treinta y siete iglesias que el avión, inclinado sobre un ala, mostraba a vuelo de pájaro.

—¿ Qué quiere decir Ayacucho ?—preguntó.

—El Rincón de los Muertos.

El Rector había concluído su décima vuelta.

—Pase mañana por casa, en la noche—dijo—Véngase a comer.

Lorenzo se despidió para dirigirse al Hotel de Turistas, aún inconcluso, pero habitado a medida que sus habitaciones iban siendo terminadas. Miss Evans estaba justamente en la puerta, conversando con el guardián.

—Para comer, el Baccará señorita. La segunda calle a la derecha.

Estaba en pantalones y se había echado a los hombros un ponchito ridículo, inauténtico, fabricado en serie en la capital.

—Aquí le traigo la guía—dijo Lorenzo—Es apenas un folleto, pero le puede ser útil.

La acompañó un trecho por la Plaza de Armas.

—Qué diferencia con la costa—dijo miss Evans.

—Aquí sí que se respira aire seco. ¿ Y ha visto el cielo ? Nunca he visto tantas estrellas juntas.

El vestíbulo del cine se iluminó y al son de una ruidosa guaracha emergió una población hablantina que fue inundando la plaza.

—¿ Usted no viene a comer ?

—No. Fíjese, allí queda el restorán.

Cuando retornaba a su casa por el portal de la Prefectura surgió Ichikawa del zaguán de su bazar.

—Arreglado profesor. Hablé por radio con la compañía. No hay problemas. Puede viajar en el avión del sábado.

Lorenzo evitó la calle 28 de Julio, por donde el Rector volvía a su solar y tomó cuesta arriba

una calle paralela. No había pavimento ni otra luz que la del cielo. En una de esas casas viejas, descuidadas, que tenían cuatrocientos años y se venían casi abajo, vivió el rebelde Francisco de Carbajal, decapitado por orden del Pacificador La Gasca.

—Me parece que he retrocedido varios siglos—dijo Olga—Nada ha cambiado aquí. Me siento feliz, Lorenzo. Pero estos paseos cansan.

Lo que tenía que hacer lo había apuntado en una libretita. Su cabeza se había vuelto volandera y todo lo olvidaba. Temprano fue a ver a la propietaria de la casa.

—Creí que ya no regresaba de Lima, profesor Manrique. ¡Y tanta gente pidiéndome que le alquilara la casa! Ya no viene el profesor Manrique, me decían.

Lorenzo le pagó los dos meses corridos durante su ausencia y prometió entregarle las llaves el sábado, antes de su partida.

—¿Sabe usted? Al doctor Alipio lo han criticado mucho. ¡Lo que dice de él la gente! Mucha labia, pero de ciencia nada.

Lorenzo vaciló, sin saber por dónde proseguir y por último fue a ver al Alcalde. Encontró sólo a su secretario, jugando naipes con un amigo. En la mesa del despacho había una ronera y una sartén con chicharrones.

—Ah, de eso no entiendo nada, profesor. El Alcalde debe saber, pero viene poco por aquí. Búsquelo en su casa o en la cofradía de Santa Ana. O hable mejor con el Juez.

Lorenzo había olvidado las costumbres de la ciudad. Se vivía de acuerdo a un orden viejo, enigmático, plagado de hábitos aberrantes. El médico recogía a los viajeros del aeropuerto en su camioneta, el Alcalde tocaba tambor en las procesiones, el diácono curaba orzuelos y uñeros, el Obispo salía los domingos con un caballete para pintar paisajes campestres, el tendero Ichikawa era radiotelegrafista y agente de la Compañía de Aviación, el doctor Flores, profesor de Zootecnia, cantaba boleros en la emisora local y el Rector de la Universidad había sido antes capitán de un barco mercante.

—¡Viva el Perú!

Del bar del Hotel Sucre, en la sombra de los portales, emergió un sujeto escuálido, con sombrero, llevado en hombros por dos mestizos. Lorenzo se dejó caer en una de las bancas de la Plaza de Armas, viendo al Juez Logroño saludar a los transeúntes mientras viajaba hacia su oficina cargado por sus secretarios. Luego miró las torres de la catedral y lo que vio fue un gallo asomado a la ventana de uno de los campanarios, que extendió las alas y lanzó un estridente cocorico.

—En esa torre vive alguien—dijo Olga—He visto a veces que ponen ropa a secar.

Lorenzo se puso de pie de inmediato y siguió las trazas del Juez que, al llegar ante su despacho, descendía de los hombros de sus ayudantes, se abotonaba el saco, se quitaba el sombrero y hacía esfuerzos para cruzar con dignidad el dintel del Juzgado.

Al entrar a su bufete lo encontró reponiéndose delante de una tasa de café.

—Sobre eso aquí no hay precedentes ni jurisprudencia—dijo—Vea más bien al Alcalde o al escribano Manzanares. Tienen que darle una partida, además.

Cuando retornó a la Plaza de Armas para ir a la escribanía salían de la universidad alumnos y profesores a beber algo en los portales durante la recreación que separaba dos cursos. Lorenzo los evitó tomando una calle angosta que bajaba hacia el barrio de los curtidores. Los zaguanes de las antiguas mansiones coloniales estaban ocupadas ahora por pequeños artesanos que se obstinaban en perpetuar, sin mucha ilusión, oficios barrocos, cuyos temas principales eran la iglesia, el retablo y el toro. Lorenzo distinguió una mujer que venía del barrio bajo, ondulando bajo el resplandor solar. Durante un rato su visión se ofuscó, hasta que reconoció a miss Evans, que avanzaba hacia él, con una máquina de fotos colgada del hombro. Sonriendo le dio el encuentro.

—¿Ya vio a sus alumnos?

—Esta tarde doy mi primera clase, doctor Manrique. El Rector me va a presentar. ¡Qué miseria hay allá abajo! ¡Cómo apestan esas casas! Caminaron juntos de regreso a la Plaza de Armas.

—En el Hotel de Turistas no hay agua caliente. Anoche tuve que ducharme en agua helada. Y no sirven nada, tuve que tomar desayuno en la calle.

—A pesar de eso, terminará por gustarle la ciudad—dijo Lorenzo.

—¿Por qué dejó el puesto, entonces?

—Por asuntos, personales. Pero es una ciudad en la cual, con un poco de esfuerzo, miss Evans, se puede realmente ser feliz.

Dejó a miss Evans en el centro de la plaza con ánimo de seguir interrogándolo y se dirigió a la escribanía. El actuario Manzanares le dijo que necesitaba dos testigos, una partida del registro civil y una autorización del Juez. Lorenzo fue a almorzar al barrio alto, a una posada donde sólo comían arrieros y cargadores. En el camino vio un viejo que llevaba en los hombros una vaquilla desollada y más allá dos niños indígenas descalzos que pateaban, jugando al fútbol, una enorme mariposa azul.

—Acércate—dijo Olga—Pon el oído aquí, en mi vientre. ¿ No sientes nada ? Un poco más abajo. Escucha bien. Se mueve.

Había olvidado también que era la ciudad de los clérigos. En sus correrías de la tarde se cruzó con el canónigo Salas que se escarbaba la oreja peluda con un palo de fósforo, con monseñor Lituma que regresaba de su chacra con un manojo de cebollas en la mano, con los padres Huari, Lezcano y Torrejón, con doce seminaristas que venían de jugar un partido de fútbol en el Colegio Fiscal. Cuando anochecía sólo le faltaba conseguir a los testigos y ubicar al doctor Alipio, que había partido de mañana al campo para practicar una operación urgente.

Lo encontró en su consultorio, justo cuando en los bocales de su sala de espera (esos bocales que el primer día le parecieron peceras con especies raras) colocaba en formol el tumor que había extraído esa mañana.

—Ocho kilos—dijo—La donante se llama Petronila Cañas y tiene cuarenta y dos años. Dentro de una semana estará otra vez de pie y fanegando.

—Disculpe que lo moleste, pero usted es el único que tiene aquí una camioneta. Yo quería...

—A sus órdenes, profesor. Para usted, lo que quiera. Mañana a las seis paso por la Avenida de los Jacarandás.

El portón del Rectorado estaba entreabierto. Un camino de grandes lajas irregulares partía en dos la huerta penumbrosa y conducía directamente desde el zaguán hasta las escalinatas de la mansión. Lorenzo eludió las oficinas, ya cerradas, y se detuvo frente a la mampara del hall, igualmente entreabierta. Sonó el timbre para anunciarse y entró. El Rector estaba de pie al lado de su barcito portátil, con una chaqueta jaspeada y un pañuelo de seda al cuello.

—¿ Un whisky o un pisco ?

Lorenzo se sirvió un whisky.

—La universidad es como un barco encallado entre cerros turbulentos y resecos—dijo el Rector—Y la misma ciudad es como una nave encallada en un arrecife pelado, réprobo. Será difícil sacar todo esto a flote, doctor Manrique.

Lorenzo dejó discurrir un rato al Rector, mientras observaba la comodidad de esa vieja casa, sus muros invulnerables y esa forma casi musical como se distribuía el espacio, a partir de la amplia sala, en series simétricas de habitaciones, que terminaban por unirse después de contornear el claustro interior.

—Los terratenientes están contra mí—decía el Rector—La Universidad los espanta. Ven convertidos en alumnos a quienes estaban acostumbrados a tener como sirvientes. Para ellos la universidad es la subversión. Y si aciertan, tanto mejor.

El timbre lo interrumpió cuando empezaba a despotricar contra monseñor Lituma por un asunto de pared medianera entre la catedral y la universidad.

—Tengo otros invitados—dijo avanzando hacia la puerta.

Miss Evans apareció con un geranio en la mano.

—Disculpe, doctor, pero me pareció tan grande, tan limpio. Lo arranqué en el jardín de la entrada. En Lima están llenos de polvo.

—Dicen que los plantó el Marqués de la Feria, hace trescientos años—dijo el Rector—Lo mismo que los jacarandás de la avenida, ¿ no los ha visto ? Pero claro que es mentira. Lo único que hizo el Marqués fue construir esta casa.

—¿ Que tal su clase ?—preguntó Lorenzo.

Miss Evans se quitó el abrigo, se sirvió el whisky que le ofreció el Rector y se sentó en el suelo sobre un cojín, al lado de la estufa.

—Habrá que trabajar mucho. El nivel de los alumnos es un poco bajo.

Volvió a sonar el timbre y aparecieron dos mozos extremadamente fornidos, que desde el umbral hicieron con los brazos amplios saludos. La visión de miss Evans, que había extendido las piernas y levantado un poco su falda para calentarse en la chimenea, los transformó de inmediato en dos imperiosos gallitos. García, con la cintura muy quebrada, daba pasos elásticos por el hall, mientras Sepúlveda blandía con firmeza su vaso en la mano, como una antorcha olímpica y, a falta de qué decir, miraba con

énfasis a sus interlocutores, sacando el mentón.
Lorenzo se hundió en el fondo de su sillón y quedó silencioso, observando consumirse los leños. Un mayordomo indígena, con saco y guantes blancos, apareció con un azafate y sirvió bocaditos. El Rector distribuía whisky mientras García, renunciando a sus desplazamientos, encalló en el suelo al lado de miss Evans.
—Ayacucho es una ciudad campeona, señorita. Buen clima, procesiones, todo barato. Y bailes también, para quienes conocen. Yo y mi compañero somos profesores de gimnasia en la universidad. Sólo hay que llevar algo de beber y se arma la fiesta hasta la madrugada.
El mayordomo hizo un signo y el Rector abandonó su vaso sobre el bar.
—Podemos pasar a comer.
La mesa estaba puesta en una de las arcadas del claustro. El Rector tenía la costumbre de servir un vino francés que había descubierto en el bazar de Ichikawa. García, impregnado de furia gálica, invitaba en ese momento a miss Evans a visitar el gimnasio, mientras Sepúlveda le enseñaba al Rector la forma de respirar después de un ejercicio violento a fin de evitar las palpitaciones. Lorenzo vio caer ante sí una pantalla de tristeza, de invencible aburrimiento.
—¿ Es cierto que regresa el sábado a Lima ?
Miss Evans, desde el otro extremo de la mesa, lo interrogaba.
Lorenzo distinguió su rostro, se le borró, volvió a verlo, esta vez claramente, y al fin pudo decir :
—Pasado mañana. He venido sólo...
Se interrumpió. El Rector carraspeó.
—... para una diligencia.
En el resto de la comida apenas habló, limitándose a escuchar distraídamente al Rector contarle a miss Evans la historia de esa universidad, la biografía de sus principales dignatarios, los avatares de sus clausuras y aperturas en los últimos tres siglos, en tanto que Sepúlveda y García perdían la voz en los meandros de una discusión banal sobre acrobacia.
—Tomaremos el café en la sala—dijo el Rector.
Lorenzo se abandonó de nuevo en su sillón y encendió un cigarrillo. El Rector, después del café, sirvió un pisco bendito, fabricado por los redentoristas de Huanta y colocó en la radiola un disco de música ayacuchana. Sepúlveda se acercó al exmarino para contarle la película que había visto el día anterior, Drácula contra el hombre Araña, mientras García, sacando un pañuelo blanco, ofrecía mostrarle a miss Evans algunos pasos de huayno.
—Me disculpan—dijo Lorenzo poniéndose de pie—Tengo mañana un día muy agitado. ¿ Estarán ustedes en el gimnasio en la mañana ? Pasaré por allí. Tengo que pedirles un favor.
—Mande usted—respondió Sepúlveda.
Despertó tarde, de una noche plena de ensueños. En su memoria sólo indicios, una abadía gótica, un bosque rojizo, otoñal, una serpiente. Desayunó en el bar de los portales y se dirigió al gimnasio. Sepúlveda, en pantalón de franela blanco, se entretenía en las barras paralelas, mientras García, en malla negra, delante de sus alumnos, daba saltos mortales sobre una colchoneta elástica.
Lorenzo los llevó a un rincón.
—Necesito que me sirvan de testigos esta tarde.
—Encantado, profesor. ¿ Matrimonio ?
García intervino de inmediato.
—No le haga caso, profesor. Lo que pasa es que Sepúlveda se ha templado de la inglesita. Ya no sabe ni lo que dice. Quedamos firmes, entonces. Venga a buscarnos a las seis.
Cuando Lorenzo se retiraba, García le pasó la voz.
—Anoche la acompañamos hasta su hotel. Nos contó que de chica había hecho ballet.
En la Plaza de Armas quedó parpadeando, cegado por el sol matinal. Vio al canónigo Salas salir de la catedral llevando cogida de la cintura una imagen de la Inmaculada, a los padres Huari, Lezcano y Torrejón que abandonaban el restorán Baccará con las manos cruzadas sobre el vientre. Un grupo de indígenas surgió a paso ligero del barrio bajo llevando hacia el mercado enormes bloques de sal amarrados a la espalda.
—Mira mis pies—dijo Olga—Están hinchados. Yo no quisiera que me atendieran aquí. En esta ciudad, donde ni siquiera se conoce la rueda, ¿ cómo puede haber un buen médico ? Dos meses antes, me llevas a Lima.
Lo despertó de su siesta el cláxon de un automóvil. Atravesó la huerta habitado aún por las imágenes de los indios cargadores, de la lluvia que estalló esa tarde, de la botella de vino que se bebió antes de adormilarse y al abrir el portón vio, nítidamente, al doctor Alipio sentado al volante de su camioneta Chevrolet.
—Mire los jacarandás—dijo—El chaparrón los

ha rejuvenecido. De aquí a una semana, flores. Son las seis en punto, profesor. Palabra cumplida.

Lorenzo entró nuevamente a casa. Se lavó la cara con agua fría, se peinó con esmero y poniéndose corbata y saco volvió a salir.

—Tenemos que pasar por el gimnasio. Me esperan Sepúlveda y García.

—¿ Testigos ?

—De los fornidos.

La camioneta se dirigió a la Plaza de Armas, recogió a los acróbatas y tomó el camino del cementerio. En la puerta los esperaba el escribano Manzanares.

Los cinco empezaron a caminar entre las tumbas guiados por el panteonero. Un sol tardío, en el cielo ya despejado, alumbraba en el oriente la Pampa de Ayacucho.

—El Rector quiere hacer un monumento a la batalla—dijo Alipio.

—Aquí está—dijo el panteonero.

Era un cuartel donde los muertos eran metidos en nichos superpuestos. Con un cincel el panteonero picó el borde de la lápida de cemento y la extrajo de un tirón, dejando ver el extremo de un ataúd.

—Nuestro turno—dijo Sepúlveda cogiendo el féretro de su asa de hierro.

—¿ Me permiten ?—dijo el escribano—Unas firmas por aquí.

Después de firmar el acta de exhumación, Sepúlveda tiró de la argolla y ayudado por García extrajeron el cajón. Alipio y Lorenzo metieron el hombro y entre los cuatro cargaron el ataúd hasta la verja y lo introdujeron en la camioneta.

—Triste cosa—dijo García—¡ Cuando uno piensa ! Con lo que le gustaban los chicharrones a la señora Olga.

—¿ Donde Ichikawa ?—preguntó el doctor Alipio.

—No, a casa—dijo Lorenzo—Me dijo que mañana pasaría el camión para llevarnos al aeropuerto.

Anochecía en la Avenida de los Jacarandás. Dejaron el ataúd en el centro de la sala en penumbra. Lorenzo, silencioso, rodeado de sombras que tosían, carraspeaban, trataba en vano de acordarse dónde estaba el conmutador de la luz.

—Lo dejamos—dijo al fin García—Tendrá usted que hacer todavía antes de su partida. Ha sido un placer.

—Me siento mal—dijo Olga—Tengo aquí una opresión en el pecho. No puedo respirar bien. Pon otra vez ese disco de Vivaldi, por favor.

Entrada la noche salió nuevamente a la calle. Recorrió toda la Avenida de los Jacarandás hasta el Arco de los Españoles, cruzó los potreros, llegó al borde del río, retornó por el Convento de las Clarisas y a pesar de que se desató una ventolera prosiguió su caminata por los barrios altos, sus callejas enlodadas por el chubasco de la tarde. Al descender hacia la Plaza de Armas vio al Rector que parecía retornar a su solar sin haber dado sus diez vueltas, ahuyentado por el viento. El cine anunciaba la reposición de Drácula contre el Hombre Araña y absorbía una procesión de tenaces, encorvados insomnes. Le faltaba sólo ver la espadaña de Santo Domingo y para llegar a ella pasó ante el Hotel de Turistas. Después de observarla, de perfil y de frente, regresó por el hotel y al llegar a la esquina se detuvo esperando que amainara ese viento carnicero, que descendía cada vez con menor ímpetu de los barrios altos. En la torre de la catedral, en la ventana enigmática, flameó y quedó rígido, cubista, un calzoncillo.

Volteando, distinguió a miss Evans que salía del hotel y avanzaba hacia él erguida, elástica, abotonándose el cuello de su impermeable.

—Me voy a un cambio de aros. Sus amigos atletas me invitaron anoche. ¿ Cómo será eso ? Es donde un señor Bendezú.

Lorenzo entrecerró los ojos un momento como si buscara, dentro de él, algo perdido y volvió a abrirlos.

—Eso queda por el Correo—dijo—La acompaño un trecho. Así me despediré un poco más de Ayacucho. Mañana regreso a Lima.

—¿ Por qué le gusta tanto Ayacucho ? Es una ciudad sin campiña. Dicen que para ver árboles hay que ir hasta Huanta. Mañana haré un paseo por allí.

—Me parece que ya se lo dije una vez. Porque aquí, con un poco de esfuerzo, se puede ser feliz.

—¿ Y qué ha venido a hacer esta vez ? El Rector me dijo que debería quedarse, que podría desdoblar el curso de inglés. Usted enseñaría a un grupo y yo a otro.

—¡ Cuidado !

Miss Evans dio un ágil salto para evitar un charco de agua.
—Se nota que ha hecho usted ballet.
—¿ Quién se lo dijo ?
—Sus amigos. Pero ya lo sabía. Lo sabía desde hace muchísimo tiempo.
Estaban ya frente a la casa de los Bendezú. A través del portón que se abría en un alto muro de adobe llegaba el ritmo de un cha cha cha. Miss Evans estaba callada, escrutándolo en la oscuridad, apretando en las manos su carterita de charol.
—¿ No entra ?
—No.
Fue despertado nuevamente, pero no por el cláxon de un automóvil, sino por unos puños que aporreaban con regularidad y firmeza la mampara de la sala, en esa mañana de sábado. Lorenzo vio a través de los cristales la figura de Ichikawa, que después de haber empujado la verja y atravesado la huerta, llegaba ruidosamente hasta el borde de su sueño.
—Suspendido el vuelo, profesor. Hablé por radio con Lima. Allá está nublado y no pueden despegar. Aquí tampoco está claro. Ya no viene el avión hasta el lunes.
Lorenzo, amarrándose el cordón de la bata, miraba aturdido a su alrededor. Vio el ataúd.
—Disculpe que lo haya despertado, pero vine temprano para advertirle.
Como Lorenzo no decía nada, Ichikawa miró también el ataúd y se sacó el sombrero.
—Quiero reiterarle mi pésame, doctor. Son cosas que pasan en la vida.
Lorenzo se dirigió hacia la mampara y la abrió.
—Espero que el lunes sea en serio. Yo ya no tengo nada que hacer aquí.
—Comprendo, doctor.
Antes de retirarse, Ichikawa vaciló un momento.
—¿ Es cierto lo que dicen del doctor Alipio ? Dicen que no quiso venir, que estaba en una comida.
—Es mentira—respondió Lorenzo cerrando la mampara.
El féretro seguía en medio de la habitación. Lo empujó contra la pared y se alejó unos pasos para observarlo. Regresó a él y lo cubrió con los tres ponchos que había comprado por una miseria a los campesinos que se aventuraban por los portales. Por la ventana contempló su huerta y le pareció ver asomar entre los guayabos, tras la cerca, anunciadora, lozana, la copa de un jacarandá.
Se preparó entonces un café a la carrera, se afeitó y se encaminó rápidamente hacia la Plaza de Armas. El ómnibus que hacía el servicio a Huanta estaba a punto de partir. Detrás del padre Torrejón y de tres sacerdotes redentoristas, la distinguió.
—¿ Y qué ? Ya lo hacía a usted volando hacia Lima.
—Contratiempos de última hora, miss Evans. Parto el lunes. Quiero ver de cerca la campiña.
El ómnibus dejó en cinco minutos la ciudad y se internó por ese paisaje que el Rector había definido, para siempre, como de cerros turbulentos y resecos. De los peñascales descendían ejércitos de plantas espinosas, cactus, tunares, maguey, hasta el borde de la carretera.
—Ayer en la fiesta me enteré de una cosa.
—¿ Estuvo bien el cambio de aros ?
—Me salí temprano. Llegó un momento en que todos estaban borrachos. Yo no sabía que era usted viudo.
—¿ Y qué más le contaron sus amigos ?
—Que su mujer está enterrada aquí.
Lorenzo quedó callado, mirando por la ventana. Seguían descendiendo hacia el valle de Huanta.
—Es un tema que prefiero no tratar—dijo cuando aparecieron los primeros naranjales.
El ómnibus se detuvo en un caserío para recoger a un grupo de indígenas.
—Bajemos aquí—dijo Lorenzo—En Huanta no hay prácticamente nada que ver.
En un instante estuvieron en la calle de tierra viendo el ómnibus alejarse hundiendo sus llantas en un surco de lodo. Atravesando una zona de maleza y árboles enanos llegaron al río, en cuyo lecho corrían aguas cargadas y sucias. Las observaron un momento sin decir nada.
—En realidad, la campiña me aburre—dijo Lorenzo—Soy un hombre de ciudad. ¿ Regresamos ?
De nuevo en la carretera esperaron en vano un ómnibus, un camión que los llevara de vuelta a Ayacucho. Miss Evans aludió a unos sánduches que había olvidado en el hotel y Lorenzo propuso entonces entrar a uno de los tambos camioneros. Les prometieron bistec con huevos fritos y para comenzar les pusieron por delante dos enormes botellas de cerveza. Estaba tibia. Miss Evans al llevarse la mano al mechón de la frente atrapó una mosca.

—Pienso insistentemente en el Mandrake Club—dijo Lorenzo—Cuando viví en Londres me hice socio por dos libras esterlinas. Iba de noche por allí para comer spagettis y jugar ajedrez.
Lorenzo midió el silencio que siguió a esta frase, notó que se estiraba insoportablemente, al punto que su cabeza de llenó de zumbidos espontáneos, que no podían venir del exterior sino de su propia zozobra.
—Nunca me has contado lo que hiciste de muchacho cuando viviste en Londres—dijo Olga —¿ Con quién andabas ? ¿ túviste alguna novia ?
—Lo conozco—dijo al fin miss Evans—Queda en Soho, cerca de los baños turcos.
—¿ No bailamos allí una noche, en el salón que estaba al lado del bar ? Poco antes de Navidad.
—Tocaban un New Orleans, una cosa de Sydney Bechet si no me equivoco, una cosa pegajosa que se llamaba Absent Minded Blues.
—Pero entonces te llamabas Winnie. Y eras enfermera. Y pelirroja.
—Me sigo llamando Winnie. Es mi segundo nombre. Vivien Winnie Evans. En cuanto al color del pelo...
Lorenzo observó a miss Evans, vio sus pequeñísimas pecas negras sobre un cutis de una blancura que el Rector llamaría seguramente cerúlea o alabastrina y se echó a reir con tal fuerza que la arrastró en su risa y no sólo a ella sino a un grupo de camioneros que comían en la mesa vecina. El posadero también reía avanzando con los bistecs montados. Lorenzo notó que una mosca había aterrizado en su huevo y dejó de reir. La cerveza tórrida que había bebido le regresaba a la boca.
—Se diría que es una farsa—dijo—Pero, ¿ porqué no puede ser verdad ?
—Puedo darle más detalles—añadió miss Evans sonriendo—Recuerdo nítidamente muchas cosas. ¿ Qué cuadro había tras el mostrador, encima del espejo ?
Lorenzo vaciló.
—No vale la pena hacer estas bromas.
—¿ Por qué ?
—Creemos que pasamos por los mismos lugares, miss Evans, que nos cruzamos con la misma gente. Pero es una ilusión. Pasamos sencillamente cerca. Si la vida es un camino, como vulgarmente se dice, no es un camino recto ni curvo. Digamos que es un espiral.
—¿ Y adónde lleva ?
—Al rincón de los muertos.
El posadero se acercó para preguntar si querían algo más, pero Lorenzo pidió la cuenta. Estaban otra vez en el camino, mirando el cielo que se había despejado, a la espera de un ómnibus. Miss Evans se alejó hasta el borde de una acequia para arrancar un ramo de retamas. Lorenzo la quedó observando desde lejos, la vio plegar las rodillas, inclinar el talle.
—¡ No, miss Evans !—gritó—Usted no es Winnie ! Winnie era la inglesa que conocí hace siete años en el Mandrake Club y era también mi mujer, la que murió de un ataque al corazón hace dos meses, cuando esperaba bebé !
Miss Evans lo miraba ahora muy seria. Desde lejos, erguida sobre sus largas piernas, lo seguía mirando, mientras estrechaba contra su busto las retamas. Y empezó a caminar hacia él, sonriente.
—Eso último es mentira—dijo—Winnie no era su mujer—y cogiéndolo de la barbilla lo tiró hacia sí hasta sentir su boca.
Cuando regresaron, resplandecían los jacarandás bajo el sol tardío. Lorenzo empujó la mampara de la sala y abrió de par en par las ventanas que daban a la huerta.
—Tengo hambre—dijo miss Evans, sentándose en la cama de la colcha polícroma.
Lorenzo pasó a la cocina y sólo encontró media botella de un viejo pisco conventual y un pedazo de mortadela. Al regresar a la sala con la botella vio que miss Evans estaba a punto de coger el brazo del tocadiscos.
—No toque eso por favor.
Miss Evans obedeció regresando hacia la cama y Lorenzo, con su botella en la mano, buscando donde sentarse, divisó el ataúd cubierto con los tres ponchos. Cerró entonces la cortina de las ventanas y tomó asiento en una pequeña butaca de madera colonial.
—No sé si se daría usted cuenta—dijo miss Evans—Pero cuando subimos al avión me tocó sentarme al lado de un cura. Entonces, antes de que despegáramos, me pasé a su lado.
Lorenzo tomó un sorbo de pisco.
—No me di cuenta de nada, miss Evans.
—Y durante todo el viaje no me habló, salvo poco antes de aterrizar en Ayacucho, cuando el avión pareció caerse por un hueco de aire. ¿ Por qué ofreció prestarme su guía ?
—Porque en el hall del aeropuerto, en Lima, antes que llamaran a los pasajeros, me di

cuenta, sí, ahora lo sé, me di cuenta que Winnie estaba de nuevo entre nosotros.
Miss Evans se echó a reir.
—Invíteme un poco de eso. Ya vuelve usted con sus historias.
Lorenzo le pasó la botella a miss Evans y regresó a su butaca. Oscurecía. Estaban callados. La voz, nuevamente, se esforzaba por taladrar sus oídos. Lorenzo carraspeó varias veces, tratando de acallarla.
—Pon otra vez ese disco de Vivaldi, por favor. Y anda a buscar al doctor Alipio. Anda Lorenzo de una vez, te lo ruego.
Poniéndose de pie se acercó al tocadiscos, lo encendió y levantó la aguja.
—¡ No puede ser, no puede ser !
—¿ Cómo ?—preguntó miss Evans.
Empezó a sonar muy bajo las Cuatro Estaciones de Vivaldi.
—Quiero desenmarañar todo esto, tengo que acordarme bien de las cosas... Quiero saber porqué me demoré en ir a buscarlo, cuando ella me lo pedía. Yo pensé que eran caprichos, tántas veces se había sentido mal, cosas que se le ocurren a las mujeres, más aún cuando están en estado.
—No entiendo, doctor Manrique.
—Llovía, puesto que cogí su paraguas. Yo hacía una lista de los libros que pensaba encargar a Lima, una lista larguísima, no me acordaba de algunos autores. Tenía pereza además. Es cierto que el doctor Alipio tardó, porque estaba en una comida, una de esas comidas del lugar, que usted ya conoce, con botella de pisco y plato de chicharrones para cada invitado y discursos, interminables discursos. Pero yo tardé más en ir a buscarlo.
—¿ Y cuando regresaron ?
—Había terminado el disco de Vivaldi.
—¿ Y Winnie ?
—¿ Winnie ? Olga, dirá usted, miss Evans. Winnie era la inglesa. Olga se había quedado dormida como un pajarito, con la cabeza escondida bajo un brazo y una mano cerrada, crispada, la mano que me buscó, que me esperó y que al no encontrarme se hizo un ovillo sobre la colcha donde está usted sentada. Dormida ella y la otra vida que llevaba adentro. Como se dice, dormida para siempre. Entiéndalo bien, para siempre.
—Tranquilícese—dijo miss Evans—Vea.
En la penumbra le alargaba la botella.
Lorenzo se acercó y cuando la cogía del gollete miss Evans lo tomó del brazo.
—Siéntese aquí. Lo que me cuenta es terrible. Sus amigos me contaron que había muerto, pero yo no sabía cómo, los detalles. Discúlpeme, yo no sé consolar, nunca he sabido hacerlo, ¿ me disculpa ?
—El amor—dijo Lorenzo—esto lo leí una vez en una lápida del cementerio inglés de Niza, el amor es tan amargo como la muerte.
Miss Evans quedó callada. Lorenzo la tenía aferrada de la mano. En el silencio, en la oscuridad, sólo escuchaba Lorenzo su propia respiración sofocada, un hálito que iba tomando cuerpo, como de otro hombre que le saliera de la boca.
—Y lo peor de todo es que la deseo, miss Evans, la deseo terriblemente. Unas ganas locas de... aquí mismo, ahora mismo...
—¿ A quién ?
—A Winnie. Sí, deseo a Winnie, delante de Winnie, la otra.
—¿ De qué Winnie ?
—De la que está allí.
Miss Evans miró los ponchos que formaban una sombra aún más sombría que la misma oscuridad. La poca luz que se iba dibujaba una forma rectangular.
—Todo esto es insensato—dijo desprendiéndose de Lorenzo que, bruscamente, trataba de hollarle el cuello con los labios—Es una broma macabra, profesor Manrique. Lo siento mucho, pero no quiero hacerme cómplice de este juego. Tengo que irme además.
Lorenzo la abandonó en el acto, dejando que se pusiera de pie y buscara su cartera en la penumbra. Las Cuatro Estaciones apenas se escuchaban. La vio luego dirigirse hacia la mampara.
—Déjeme acompañarla.
Juntos atravesaron la huerta de los eucaliptos y llegaron a la verja. Miss Evans se sobreparó. Sus manos estaban crispadas sobre su cartera.
—Le deseo un buen viaje, doctor. Créame que...
Interrumpiéndose, le dio la espalda y comenzó a alejarse. Lorenzo esperó un rato, respirando copiosa, afanosamente el aire perfumado : los jacarandás. Cuando la vio a una veintena de pasos abrió la boca.
—¡ Miss Evans !
Miss Evans siguió su camino.
—¡ Winnie !
Seguía alejándose.

—¡ Olga !
Ahora, aminorando su andar, se había detenido, sin volver la cabeza.
Lorenzo avanzó hacia ella, cada vez más rápido y en el momento en que la alcanzaba, la vio volverse con el pelo suelto, pelirrojo, pecosa, juvenil, sonriente, los brazos caídos, entreabiertos.
—Olga—repitió—¡ Cómo es posible, otra vez !
La abrazó, besándola con tanta fuerza que perdieron el equilibrio y quedaron apoyados contra el muro. Cogiéndola al fin del talle la hizo girar y la condujo enlazada hacia la casa. Miss Evans se dejaba llevar, mirando los árboles, que respiraban en la noche sin viento.
—¿ Cómo dijo el Rector que se llamaban ?
—Los jacarandás. Otra vez, Olga, paseándose bajo los jacarandás.
Quedaron un momento contemplándolos. Lorenzo sonrió.
—¿ Qué pasa ?—preguntó miss Evans.
—Pensaba en lo del epitafio. Hasta los ingleses se equivocan.

Lizandro Chávez Alfaro

Una red de agujeros

B.D.I.C

Desintoxicado por el diario baño de vapor, limpia la camisa, brillantes los zapatos y el portafolio, Talavera Rubio llega a tiempo de encontrar a Marte y Celeste cruzando la puerta del Astoria, cada uno con su bulto de cuadernos y libros escolares, cada uno respondiendo a la presencia del padre con esa apretada confusión de niños crecidos en sucesivos cuartos de hotel o apartamientos amueblados. Colmados de transitoriedad, de la madre han aprendido a reconocer al culpable, y del culpable han aprendido que su nomadismo es sólo el preámbulo a la opulencia que les espera a la vuelta de un día tan próximo que bien puede ser mañana. Y con él han aprendido a preservar el privilegio de ver lo invisible y creer lo increíble. Los tres juntos, caminando de la casa provisional a la escuela en turno, han atravesado portentos que para desplegarse nada más pedían que el padre les insuflara sus palabras.

En el amanecer tardío, todavía pendiente de la luz eléctrica, Talavera Rubio se detiene al pie de un arbotante, y Celeste le busca las manchas venéreas que, por las lecciones de la madre, debe traer un trasnochado, y Marte le ve la cara marcada por la repetición del embuste. Pero estos brotes de rencor duran solamente el momento que Talavera Rubio deja ver su ángulo penetrable. Rectifica rápidamente su posición, se les acerca, los acaricia, los saluda con nuevas variaciones de sus nombres, emprende con ellos el camino de la escuela, y es otra vez el contemporáneo de toda maravilla narrable ; la imprevisible aparición que premia y castiga con igual abundancia ; el único padre capaz de predecir un temblor, porque sólo él entre cincuenta millones de sordos puede oír con días de anticipación, el trueno original con que el centro de la tierra anuncia un sacudimiento. Les ha descrito la naturaleza de ese trueno lejano pero claro para sus oídos : como si un caballo corriera sobre montañas de bronce. Y si es fácil creer en su sentido pre-sísmico, mucho más fácil es admitir las repentinas obligaciones de su profesión de inventor insólito : noches enteras de grabaciones ; de prácticas preparatorias de su personal para nuevos proyectos ; semanas de viaje por ciudades donde todos duermen día y noche, y hace falta despertarlos a fuerza de relámpagos. Si lo ven tan raramente es porque trabaja para poder verlos en sus amaneceres libres, para compartir con ellos ese primer kilómetro del día, en el que andando, resolviendo pequeños enigmas, prometiendo, unas veces le ha lastimado vislumbrar la tramoya del desorden, y otras ha redondeado un nuevo recurso de subsistencia.

En la Avenida Alvaro Obregón toman el terraplén central, húmedo el suelo, húmedas las bancas vacías, bajo el follaje de fresnos y eucaliptos escalofriados por familias de pájaros piantes. En la frescura, palpita el vaho de sus voces moderadas por la quietud que apenas quebranta el escobar de los barrenderos o el preludio del tráfico rodado en tranvías y camiones que pasan con los fanales encendidos.

Todo es posible para el mentidor, menos detener la implacable marejada de durezas en la que debe engastar la realidad de su diaria mentira. Qué fácil sería su oficio si pudiera detenerla nada más el tiempo necesario para idear su nuevo argumento. Y Talavera Rubio la ve venir, rodando, sobre él que hoy no tiene nada que cobrar ni que vender. Una mirada de Celeste basta para restituirlo a su sitio material. Ostentando agilidad, se adelanta en súbita carrera, salta sobre una banca y baja con una rama de eucalipto en la mano ; amasa las hojas contra el portafolio para avivar el zumo, y ceremoniosamente le obsequia a Celeste el aromoso gajo. « Hágame usted el favor de oler esta punta una burbuja dura y reluciente, un espejo en el que pueden observarse los astros y muchos otros acontecimientos : enjambres globulares, estrellas gigantes, enanas blancas, todo el platillo polvoso de la Vía Láctea, pero también lo que sucederá mañana en la esquina de Alvaro Obregón y Oaxaca ; lo que dice la Madre Tierra antes, en y después de cada suspiro. Talavera Rubio siente haber tocado con sus palabras un núcleo resonante. Las recorre inversamente, las repica buscando el punto del que pudiera saltar una nueva sutileza vendible. Celeste ha configurado su ave agorera hasta tenerla acunada en sus brazos, y pregunta si sabe volar, pero el padre ya no está en posibilidad de oírla, y despide a los hijos dos cuadras antes de alcanzar la escuela.

La Madre Tierra retumba a cada uno de los pasos con que desanda el terraplén de la avenida. Es ella quien le pide que la venda vestida de estrella de televisión, y él accede, atravesado por la corriente de fanatismo que lo amplifica en los albores de cada nueva empresa. Sólo

falta levadura de actualidad para que surja un evento del tamaño de un concurso de belleza. En la competencia está el honor o deshonor de cada día. Ahí es donde los gigantes hacen y repiten sus milagros. Que se avasallen los que ya quedaron del lado meñique del orden, no él de cielo.» A ojos cerrados, la hija entrega al perfume toda su porosidad de adolescente; aspira y expira, agradecida, en tanto Marte aguza la vista y gira sobre sí mismo, vigilando las escasas rasgaduras del cielo cargado de gases plomizos. Escudriña por entre los árboles, por los rompientes del cemento. Lo que le niega la masiva inmundicia debe dárselo su tenacidad, y por fin, hacia el sur de la ciudad, descubre un claro lo bastante profundo para que un grupo de estrellas le haga señales. Las denuncia a gritos; sube a una banca para acercarse a ellas. «¿Las conoces, papi?» Rememorando contemplaciones de vagabundaje, cuando entre un raído manual de astronomía y largas consejas marineras deletreaba el cielo azul sin mancha que no fuera oro, Talavera Rubio atina a reconocer la Constelación del Aguila, con Altair refulgiendo al frente del grupo. Los niños tiemblan figurándose un águila de cabeza blanca, blanca, por sí sola once veces más brillante que el Sol. Siguiendo el dedo índice de Talavera Rubio, ven la curva de las alas extendidas para un vuelo que terminará muchos siglos de siglos después que el Sol se haya tragado el polvo de sus satélites. Quizás un día el águila pase por ese punto del universo que ellos van marcando al reanudar su camino a la escuela; tal vez sí, a una velocidad de trescientos veinte kilómetros por segundo, tal vez no; tal vez mueva la cola para cambiar de rumbo. Lo único cierto es que solamente ellos pueden viajar a voluntad. Ni siquiera necesitan desviarse de la Avenida Alvaro Obregón para ir con él, ¿a dónde? A Deneb que apenas está a mil cuatrocientos años luz de distancia. ¿A dónde? A la Nebulosa de Andrómeda. Se las muestra desde un estado en que la distancia ha sido abolida por la distancia. Ni cerca ni lejos, simplemente expuestos a la luz azul de sus siete espirales de polvo cósmico, que es como decir navega. Tan claro como verse un perfecto piquete insectil en el dorso de la mano, con su aureola de estrellas rojas desvanecidas entre el núcleo ardiente y las espirales.

Con un volante deseo de perder las referencias de la Tierra, de llevarse nada más los mapas astronómicos grabados en la piel, se remonta y los remonta en la leve oscuridad punteada de soles. Esta es Trifid, inflada de estrellas por nacer. Esta es Ojo Negro. En sus pestañas verdes bailan mil millones de cuerpos habitados por lo desconocido.

Marte y Celeste siguen al pie de la letra el viaje que el padre describe a cielo cerrado, con exaltación de ciego perseguido que fuera a recuperar la vista en el instante de escapar entre dos galaxias. Y la visión de esa vastedad de vastedades chisporroteante de eternidad, no lo asusta ni reduce. Es él quien crece, desconociendo y negando su pequeñez de hombre en proporción a cuanto pueda alejarse de ella.

Bajo los ramajes de eucalipto, Marte quiere ser astrónomo y quedarse en ese cielo. Talavera Rubio le promete no sólo un telescopio, sino también cierto instrumento de penetraciones vivas (otro retazo de mundo pescado entre el fragor de alguna cantina). Hay en éste mucho más que lentes y metales. Es una especie casi extinguida, que vive en pantanos de muy pocos conocidos. Se le caza con trampas e invocaciones casi tan extinguidas como la misma especie. Es un ave muda, de plumaje pardo, cuello largo y patas agansadas. Tiene en media cabeza que aún pasaría a sus anchas las pruebas de un pentatlonista, o si así lo quisiera, derrocharía las gracias olímpicas de un gimnasta. Oooolím-picas. Es el valor físico de las palabras lo que genera el acto, y una vez más aquellas se cierran sobre él, con furia precisa, para darle la campanada inicial: Madres Olímpicas. Lo demás es transmitir el mensaje sonante.

Veinte pesos que no tiene resolverían los viajes necesarios para hacer las primeras gestiones. Ir al Hotel Astoria y arrancáselos del seno a la mujer, implicaría enfrentarse en mala hora a la cuenta rezagada en la administración, y después repetir el lance de manoteos y reclamaciones gimoteadas de uno a otro rincón del cuarto. Prefiere pasar por los humores resudados de una espalda cocinera, besarle un hombro con la promesa murmurada, mientras Doña Profunda remueve los caldos de sus ollas hirvientes. La fonda Los Pericos es uno de esos secretísimos recursos de Talavera Rubio, donde a su tiempo, siempre ha cosechado bastante más que un desayuno, y seguirá cosechando en tanto dure el voluminoso calor de la dueña.

Encorvado sobre un platón de barro, mastica enormes trozos de panza de vaca, suda a la doble temperatura de la sopa y de las potencialidades que atribuye a la preciosa clave encerrada en dos palabras : Madres Olímpicas. Las oye de cerca, de lejos, cantadas, declamadas, goteadas sobre millones de oídos ; las ve creciendo en el centro de distintas pantallas ; impresas en diseños y colores que compiten con los carteles de los Juegos Olímpicos ; las arremolina en sucesivas alteraciones calidoscópicas, implantando en su memoria la composición de cada nuevo argumento ; para anotarlos tendría que vencer el repudio al signo de muerte escondido en todo intento de lenguaje escrito. Es un horror que el tiempo ha elaborado en la base misma de su semianalfabetismo, y que únicamente la intransigencia del pequeño orden exterior lo obliga a tolerar como disolución necesaria en otros.

Provisto de nuevo entusiasmo vendedor, y de veinticinco pesos entregados por Doña Profunda a cuenta de un favor futuro, es el primero en peregrinar por las antesalas del Comité Olímpico. La promoción es aprobable, los derechos de especulación han sido tabulados e impresos para todo aquel que tenga algo decoroso que proponer, la solicitud seguirá su curso cuando llegue escrita, con clara y detallada exposición de beneficios colectivos. En los pasillos de Televicentro realimenta su alma con el picante fluido que desencadena las urgencias de lo efímero ; en los despachos se sienta dentro del reino donde no hace falta dudar que ha comprado los derechos olímpicos o que ha firmado contrato con los cuatro primeros patrocinadores. Los tiempos que exige, la formulación del presupuesto, serán discutidos con base en el proyecto de programa que deberá presentar por escrito. Un fabricante de redes y raquetas, arcos y flechas, también debe llevar por escrito la sinopsis de la magna promoción ante su consejo directivo.

En el puño y la letra de Talavera Rubio vive una familia de mendigas, disparejas y tambaleantes, que en veinte años nadie ha visto escritas, ni verá, mientras hayan escribientes y mecanógrafos nacidos para deletrear servilmente el enigma de puntos y comas. Con la memoria hirviente de dictados, baja del camión y se encamina al departamento de Pedro, su inevitable asesor. Va meciendo el portafolio, con un vago pregusto de gobernar formas y gentes que, sin saberlo, vivirán bajo el efecto de su invención. De once a doce de la mañana, el enanismo de las sombras cede espacio a la luz, y la ciudad parece contener más cosas andantes. Yendo de Este a Oeste, por la Plaza de las Tres Culturas fluye un mayor número de edificios en torno al pasaje semiflotante que cruza el predio indígena. Son más fuertes las piedras de adoratorio reacomodadas entre la Torre de Relaciones Exteriores y la misionera Iglesia de Santiago.

Francisco Arturo Alvarado

Tololín

« Por entonces comenzaron también a adorar al demonio. Cada siete días, cada trece días le hacían ofrendas poniéndole delante resina fresca, ramas verdes y cortezas frescas de los árboles, y quemando ante él a un gato pequeño, imagen de la noche. »

Anales de los cakchiqueles.

La bruja Pancha Zacarías contaba sus días. Eran las doce de la noche en el reloj de la plaza de San Corquín Bien-Ora. Las lechuzas hacían sus ruidos en los árboles cercanos; tenían los ojos que parecían brillar como pequeños soles que conocen el secreto de la oscuridad; tenían las orejas bien puestas, listas a recoger las informaciones malignas que los diablos charlatanes se darían aquella noche de demonios. En los mismos árboles dormían cansadotes y bobos los haraganes zopilotes. La bruja Zacarías contaba sus días, días de tepezcuintle que había pasado por veinticinco años de su vida; hacía estas cuentas para calcular las horas que había vivido como tepezcuintle y las que había vivido como ser humano—más a menos—, pequeña información que necesitaba para pasársela a la posteridad de los demonios. Bastábale con sólo torcer el hocico y entre labios pronunciar la palabra *eltniuczepet* tres veces para que en segundos su cuerpo se trasladara al del tepezcuintle más cercano. Y entre brincos y colazos pegaba unas grandes carreras de animal.

La Pancha había sido siempre fiel servidora de los diablos y por eso iba ahora a recibir su recompensa. Además de excelente hechicera y curandera, era la partera oficial del mundo soterrado. Entre sus manos habían abierto sus ojos a la oscuridad y sus pulmones a los hervideros del infierno centenares, millares de diablos, diablillos, hijos de todos los demonios—de todos menos uno : el Cadejo, a quien nadie nunca le había conocido mujer. Era fea, fea como Satanás : su pelo era la viva fotografía de las tusas de maíz mal sembrado; era gorda, con una panza que ni ella misma podía controlar; y, por si fuera poco, era chaparra y patuda : no había caíte que le quedara, pues sus dedos eran ahusados y callosos y sus uñas, más que uñas, eran cascos de chancho del monte.

La hora había llegado. En un cuchitril embrujado y lleno de polvo del abandono humano, su diablo superior la esperaba para pasarle los planes que ella tendría que seguir al pie de la letra. Doña Francisca (que era su verdadero nombre, pero por el cual nadie la conocía) iba a ser recompensada por su fidelidad a los grandes demonios. Su premio era el más alto honor que una bruja podría recibir del Toqoboqaroso.

—Bruja de las altas montañas de San Corquín Bien-Ora—dijo el Cadejo coludo, a quien le gustaba pelar los dientes, dientes de caballo, y mover la cola, cola de yegua recién parida, al mismo tiempo—tendrás que obedecer todo lo que te diga para que tus deseos sean complacidos. ¿ Estás de acuerdo ?

—¡ Sí !—dijo la voz chillona (e insoportable) de la bruja Pancha Zacarías,—¡ claro que estoy de acuerdo !

—Entonces—continuó el diablillo—tendrás que hacer con tus propias manos cincuenta calendarios, uno por cada año que estarás dormida. Estos calendarios te traerán juventud y belleza. Tanta como quieras. Una vez que hayas terminado, buscarás el lugar donde el sol calienta más y allí, en ese pedazo de horno maléfico protegido por mis cien mil poderes, pondrás los cincuenta calendarios boca abajo y con la numeración en orden brujo, es decir así :

3 .
14 32
30 44 10
42 34 16 22
20 6 18 8 36
49 38 24 40 28 47
1
26 12
*
46 0 5
39 25
50
4 23 11 27 13 2
15 43 33 45 31
29 35 17 9
41 7 21
19 37
48

** Esta numeración no por bruja carece de lógica ; el lector aguzado—es decir, cualquier lector—sabrá descubrir, detrás del aparente desorden, el orden simétrico, absoluto y peligroso de la perfecta asimetría.*

Luego, cada año te despertarás a las doce de la noche del último día del mes de diciembre y en cinco segundos tocarás y quemarás con el

dedo meñique el calendario correspondiente, empezando con el año en que habrás de levantarte, hasta llegar al primer año de tu dormilona vida : en total estarás despierta solamente cuatro minutos con diez segundos, lo cual, para una bruja vieja y fea como tú, no será pérdida demasiado lamentable.
—¿ Eso es todo ?—dijo la bruja con un salto que hizo tronar la casa del Cadejo al caer en sus cuatro patas sobre las tablas podridas del cuchitril diabólico.
—¡ No !—dijo el Cadejo, algo enojado por esos excesos brincatorios.—Además escribirás mi nombre y los de todos los demonios : el del Sisimite, el del Duende, el de la Siguanaba, etc., etc., etc., con tinta sangre de tu brazo izquierdo —porque encima eres una bruja-tepezcuintle zurda.

Hermosas ensoñaciones azularon su mente... Se veía saltarina y lozana como una moza nórdica o pálida y triste como una princesa triste, flotando por los jardines encantados de Versalles en su *tenue* de encaje Valenciennes, bordado de oro, luna y zafiros, mientras las aguas espejadas del estanque reflejaban la figura del apuesto mancebo, el príncipe esperado por largas, muy largas noches de desvelo y nostalgia, que hacia ella venía, en el cinto la espada y en la mano el azor, galopando galante sobre el lomo de un cisne espumoso. El se derrumbaría a sus pies y ella, entornando los párpados y sonrojando las mejillas, le tendería su mano, que desde luego sería blanca, delgada y leve. A una distancia prudencial, los sinsontes y los mirlos entonarían tiernos trinos, confundiéndose sus melodías con las amorosas ondulaciones de los violines de Pego...
Estas imágenes se le quedaron guardadas y muchos años después, cuando apenas faltaban segundos para su primer parto, habrían de regresar a su memoria, delatándose en una sonrisa que quizás no fuera de satisfacción.

La Pancha Zacarías, contenta, pepenó sus instrucciones y con brincos de tepezcuintle y de bruja se largó de la madriguera del cuernudo. « Trato hecho nunca deshecho » repetía con los labios cerrados, mientras el Cadejo la miraba con una mirada rara.

El Cadejo era el más juguetón de todos los demonios y por lo mismo el más peligroso : la gente le tomaba confianza y hasta simpatía y cuando venían a darse cuenta tenían el alma varias veces empeñada. Era retozón y tramposo ; por las noches (sabido es que los diablos no duermen por hacer maldades) recorría las alcobas de San Corquín Bien-Ora, cosquilleando con sus cuernos a los adolescentes, hasta hacer que los más inocentones se orinaran de la risa y los más vivos se despertaran con el instinto en tensión y el ánimo inclinado a los placeres del pecado solitario.
Quien lo viera le supondría apenas veinte años —no por la frescura de su cara o la tersura de su piel, que bien ajadas las tenía, sino por la agilidad de sus movimientos y la picardía casi infantil de su expresión. No era una lindura— ¿ qué diablo puede serlo ?—,pero se le escapaba de la piel una cierta vibración, como una corriente eléctrica, que magnetizaba los cuerpos y las almas de cuanta fémina, humana o infernal, se le acercaba, atracción que alcanzaba niveles de verdadero paroxismo cuando descubrían que el muy diablo había sido bendecido con un miembro tan formidable que aún en las quietudes del reposo pudiera confundirse con su cola. Pero por más que se le destusaban y ofrecían, cimbreándose sensualmente al principio, contorneándose con lujuria luego, y al cabo revolcándose desbocadamente ante tan demoníaca monumentalidad, él sólo las miraba, y si en los diablos habitase la tristeza, diríamos que en esos momentos su mirada era triste. En sus setecientos ochenta y nueve años de vida nadie le había conocido mujer.
Mas no era su virtud la castidad. Aunque cierto respeto submundano por las buenas costumbres y las responsabilidades de su posición social (también el infierno tiene su burguesía) lo obligaban a guardar bajo tierra el secreto de sus peculiares preferencias, el Cadejo no conoció mujer porque no quiso conocer mujer. Y los hombres que conoció, diablejos adolescentes, maricas de las ciudades, navegantes solitarios, ancianos nostálgicos y prisioneros desesperados, no colmaban sus ansias de absoluto. Ninguno deseaba la belleza con tanta intensidad que lograra pepenarla, concentrarla y devolverla al mundo simplemente con mirarlo. El Cadejo era un demonio triste, porque era un demonio insatisfecho.

La bruja Pancha Zacarías contaba sus días, días enmelcochados de sueño. Los ojos le brillaban a luz de luna, pues, aunque dormía, los ojos los tenía abiertos y miraba el cielo como si estuviera despierta. Después de ese reposo de cincuenta años menos centavos de minutos, se despertó. En su cara tenía marcado un crucigrama dejado por el petate de los siete nudos. La champa en que vivía había perdido su techo, el viento poco a poco había volado las manacas que la cubrían. El tiempo se había ido tragando lentamente las paredes de lodo. De la casa sólo quedaban madera podrida y barro desboronado, que de milagro sostenían los objetos que la bruja había dejado colgados. La vieja Pancha había tenido bastante suerte en sus últimos cincuenta años : había llovido muy poco y nadie la había molestado. Cansada y con el cuerpo tieso como palo de guayabo, se quiso mover... fue bastante difícil. Después de mucho batallar por entrar en movimiento, logró alcanzar un huacal lleno de agua helada, que la despertó y desperezó. Fue corriendo a verse al espejo, que estaba lleno de polvo y telarañas—no porque hiciera cincuenta años que no lo limpiaba, sino porque nunca le había pasado un trapo. Aquí terminaban, por fin, ciento veinte años de vejez, ciento veinte años de fealdad. Aquí terminaba, para siempre siempre, la bruja, vieja y fea Pancha Zacarías. Mientras se acercaba al espejo veía ya, como si en realidad la estuviera viendo, la entrada al mundo—entrada triunfal y esplendorosa—de... ¿ cómo se llamaría ahora ? Y le llegó el nombre inevitable : Francisca la Bella (como aquella Remedios de Macondo, que un día subió y subió y siguió subiendo hasta que la perdieron la vista, la imaginación y el recuerdo). Cómo quería la imagen que ya mismo saldría de aquel espejo, cómo quería el espejo, los espejos. Se mandaría a hacer uno de siete vidas, así como las del gato, que se podría caer siete veces y no quebrarse, porque siempre caería parado. Al cabo llegó y se vio. Y gritó, con ciento veinte años de furia en los pulmones :

—¡ Cadejoooo... cabrónnnn... !,

mientras le caía a escobazos a las sombras, a las rendijas, a los rincones, a la risa incontenible, escurridiza y tramposa que parecía salir de todas partes y venir de los mismísimos infiernos.

En realidad no hubo engaño. En aquel espejo había juventud. Y belleza—tanta belleza como no habría podido siquiera soñarla la vieja (la que fuera vieja), la fea (la que fuera fea) Pancha Zacarías—que ya no era (no podía seguir siendo) Pancha Zacarías. Se había volteado al revés, como una funda vuelta, dejando en su lugar el cuerpo del más hermoso joven que imaginarse pudiera (o que desear pudiera el muy listo del Cadejo).

—¡ Cadejo... qué bien me la hiciste !

Toda la fuerza de sus deseos se había concentrado para crear, sin saberlo y sin quererlo, la imagen increíble que le devolvía el espejo.

—¡ Cadejo... ! Cadejo...

Y qué más podía decir. Conforme no estaba—no podía estarlo—, pero su vista no se separó del espejo los tres meses que le tomó en bajársele la ira. Se mantuvo allí, inmóvil, contemplando, pensando, acostumbrándose, hasta que la inactividad puso toneladas en sus huesos y sintió miedo de quedarse tiesa para toda la eternidad. Entonces empezó a moverse : primero el ceño, que desfrunció, y luego los labios, que estiró en una sonrisa. Después de todo, algo es menos que nada y mucho es más que algo. Si se había soportado como bruja, vieja y fea, ya aprendería a acomodarse a esta nueva situación y quizás, ¿ por qué no ?, a disfrutarla...

—Cadejo... Cadejito... mi Cadejito pícaro, lindón... y coludo

Cuando el Cadejo la vio (lo vio), sacudió sus colas—burlón satisfecho—y anduvo brincando, riendo y relamiéndose, los tres meses que Pancha Zacarías—ya no ; Francisca la Bella, tampoco ; ¡ Francisco el Bello !—se estuvo quieta (quieto).

Pero tampoco él estaría del todo conforme ; porque detrás, adentro o debajo de toda esa nueva hermosura, seguía habitando una bruja-tepezcuintle vieja, fea y Pancha.

Todo es cuestión de acostumbrarse. Y con el tiempo, pues—hasta se le coge el gusto.

Luego de tres años, tres largos (anchos y hondos) años ; luego de tres años de café y miradas detenidas por la mañana, de pasear por las aceras, cojiditos de la mano, por las tardes, de sentarse acurrucados bajo las luciérnagas por las noches, y de quererse por las mañanas, por las tardes y por las noches, tiernamente, sublimemente, apasionadamente, como si cada

mañana, cada tarde y cada noche fuera la última mañana, la última tarde o la última noche de sus tiernas, sublimes y apasionadas vidas ; luego de tres años de no ser Francisco más Pancha o más bruja, más tepezcuintle o más vieja (o más fea) ; luego de tres años de no escaparse el Cadejo por las madrugadas a cosquillear las partes de los adolescentes, luego de tres años de sábanas frescas y rimas de Bécquer ; un buen día :

—Cadejo... Cadejito... tengo unas ganas bien ganas de mazapán frito con leche de coco, de sangre de marañón y té de cañafístula...

Y justo entonces el cadejo notó que hacía una semana que su Francisco sólo tejía y tejía...

—Francisco, tú...

Y éste bajó la vista y se sonrojó. Su vientre ya empezaba a redondearse.

El Cadejo lo pensó un poquito. Caray. Eso no lo esperaba. Pero después de todo. Y si siempre ha de llegar, ¿ por qué no llamarle Tololín ?

Tololín, Tololín,
diablo y lindín.

Stony Brook, Noviembre, 1971.

Antonio Ramos Gascón

Textos breves

desígnanse con el nombre de águilas incluídas
familia de las falcónidas,
por su talla grande, cuerpo fornido,
pico alto— la base corvo
en la punta—,
calzadas o no
carne
fresca
divisar la
presa desde muy lejos
pliegan luego las alas
como bola de plomo sobre su víctima. No
vacilan siendo algunas veces
Anidan en sitios
en caso de necesidad también en el
suelo.
más hermosa que el macho o dos
huevos (véase lám. Huevos, I, figs. 36 y 37)
con manchas pardas,
al nacer
por el macho y la hembra con igual soli-
citud. jóvenes
existencia errante, edad conveniente
aparean y fijan su residencia.
tiempo extraordi-
nariamente largo
ciento cuatro años.
Aquila crysaetus,
envergadura con la nuca
y parte posterior amarillo herrumbre ;
coloración varía, además
en las montañas altas
Europa, Asia, Norte de Africa y Norteamé-
rica Pirineos y no
tanto en los montes de Baviera
raras veces en el Riesengebirge
peligrosa mamíferos
también cabritos, avutardas
etc. ; niños e incluso a los hom-
bres adultos. No desprecia la carroña.

cierras medio dormido la pesada enciclopedia, reafirmas su estupidez, eructas sobre su escolástico lenguaje, destapas el bolígrafo y con la pinza del capuchón te limpias las uñas. Después, escribes.

De toda la literatura animal nada tan bello como las páginas de Erika Bz427, muerta por asfixia en la primavera M601H5, según consta en el Archivo Popular del Gran Silo Trust and Savings. Por lo que puede deducirse de los legajos que consulté en la galería cuarta (sección de raros y peligrosidad social) Erika escribió treinta poemas, dos cuentos cortos y un ensayo de novela, narrada en primera persona por una excéntrica cigarra, homenaje, parece ser, a la que fue entrañable cómplice en atropellos y escenas de mal gusto : víctima por lo que dicen, y no suena descabellado, de una excesiva dosis de fórmica droga que con cierta regularidad Erika le inyectaba debajo de las alas. Me parece estar oyendo su gran discurso final, una mañana de junio, cuando luego de haber bebido, quizá demasiado, de la yerbecita azul Vermeer que tanto gustó desde su adolescencia, encaramada en la última pica de una verja (verjga, como ella escribiría) con lucidez de ebria se arrancó por peteneras

queridas
queridas siempre en la cooperación y en el trabajo
queridas en el aburridísimo retiro invernal
y en las no menos aburridas
faenas estivales
queridas también en la monótona copulación
y en la como no siempre bien programada
puesta de huevos :
heme aquí sobre ti graciosísima majestad
masturbándome a gusto con las patitas traseras
miro por el cristal y cambio las imágenes
subo al cielo y si bajo los párpados
me entrego dulcemente al maléfico placer de las tinieblas
si abro los ojos la altura me purifica
con su voluntad deformadora
y hago saltar en cien mil planos vuestra
fiel intocable perenne domesticada realidad.

Erika no pudo proseguir : una cagada de pájaro, quién sabe si un colibrí, le tapó la boca. Nadie recogió su cuerpo. Era época de siega. Frena bruscamente el coche utilitario en la calle : capullo no ves el disco rojo ?

Hierve mansamente el repollo en la cocina. El mítico aroma de la infancia va inundando poco a poco tu cuarto. Enfundas el bolígrafo, surcas la mesa con la caperuza, rasgas el papel.

Habitación comedor. Fluorescente luz que lentamente deberá sustituirse por la tradicional de bombilla filamento. Antigua mesa de nogal sobre cuya superficie se ha prensado una espesa capa de formica rayada.
A la izquierda, el televisivo diario de las diez. En frente, la descuidada mata de vello en la verruga de la abuela. La cariñosa calva de papá tan preocupado, encabezando la mesa. Mamá atenta como siempre, a la derecha. A tu lado la dolorida ausencia del hermano que cena con compañeros de oficina. Presidiendo la pared a tus espaldas, Sagrado Corazón solemnemente entronizado con las sagradas vísceras al aire.
Desfile victorioso—no por abundante exhibido sin recato—de la ácida verdura y su patata, sellado como siempre con la pescadilla circular mordiéndose la cola, o el huevo frito con puntilla, o tal vez el gallo pequeñito en su afán de presentarse con etiqueta de lenguado. Mientras tanto, el consuelo digestivo y reiterado : things go better with coke, nave y timonel impertérritos, viento en popa entre borrascas extranjeras. Regresas a tu mesa, abres el libro, lees las palabras iniciales.

Muy señor mío compláceme comunicarle que en la última junta fue unánimemente aprobada su petición de ingreso en nuestra Sociedad el presidente este humilde secretario y los miembros asociados todos dámosle la más sincera bienvenida a nuestra Casa la ornitofilia española está cada vez más necesitada de entusiasmos como el suyo adjunto tengo el gusto de enviarle el correspondiente carnet en breve Dios y los servicios postales mediantes recibirá anillas de diferentes tamaños junto con el block de reseñas que incluirá las matrices para su personal expediente: has forzado la portezuela del casillero de las cartas, fijas un instante la bilis sobre la portera gorda, abres el sobre con el dedo.

Saludó el cabo de guardia cerrando el gesto con un ridículo y desproporcionado golpe de mosquetón contra el suelo. El oficial de semana ha dado un traspiés semiborracho en la escalera que sube a la cantina, dejando rodar inmensos botes de leche condensada comprados en el economato militar, el chusquero se ordeña la nariz y estampa en las letrinas un moco bien cuajado. Es hora de dar la novedad al subteniente. Vea su merced que estos soldados que por aquí y allá levantan su fusil entre viñedos y maizales, no son astutos enemigos a punto del disparo, sino pacientes espantapájaros que escoba al hombro el buen campesino castellano acostumbra a situar con estrategia, no sea que un bando de esto o de lo otro ventile o merme sus cosechas. No pretenda, por el Divino Niño se lo ruego, que dé la voz de carga, porque aquéllos no tienen de soviéticos más que el trapo rojo que cubre su esqueleto de jara, y estos que mandamos, apenas saben disparar a las cintas de papel en las verbenas de sus pueblos, y ni tienen la marcial factura que vuecencia les supone, ni pueden con el chopo al hombro, ni saben desplegarse en formación, ni ná de ná. Haga caso usía de éste que bien le quiso siempre y siempre respetó, déjese de zafarranchos de combate y ataquemos, en cambio, al cocido que ya espera en las cocinas, no vaya a ser, además, que al capitán de la Región le suene a despilfarro tanto peine disparado a tontas y a locas, y acabemos dando con los huesos en la tierra sin haber catado más que el seiscientos de ocasión y los quince días de permiso en Benidorm cada dos años.
Dichas y oídas estas razones, diéronse la vuelta hacia el cuatel y en menos que canta un tordo sentados se encontraban a la mesa, degustando las exquisitas papilionáceas, sorbiendo obscenamente la chicha y el tocino.

Fuiste ambicioso desde muy pequeñito, ya lo dijo mamá. Te sabía a poco la licencia militar, querías licenciarte en la familia, darte de baja de las actas académicas, pedir un retiro por setenta y ocho años en el partido verdadero, solicitar una beca vitalicia para estudiar a fondo el comportamiento y ecología del cuclillo en Islandia, aspirabas borrar tu nombre del registro que con letra redondilla dibujó en su

momento el oficial de la Alcaldía, toda imaginación te parecía poca para encontrar un país en que pedir ciudadanía, siempre te encontrabas demasiado responsable en tus sesiones de caústica autocrítica. Este pajolero niño lo quiere todo : advirtió el ama seca poco antes del destete ; nunca de vió tanta insolencia, acostumbraba a sentenciar el casto abuelo antes de palmarla por lo que resultó ser cáncer de ano ; disolvente personalidad en gestación con obvias tendencias hacia objetos ambisexuales, fue el diagnóstico del Padre superior en el colegio ; parece mentira que seas hijo de tu padre, lloró con lágrimas de sangre doña Norma ; esto ya no se puede tolerar, amenazó abierto puño en alto cuantas veces la mano de papá tan preocupado ; pequeño burgués al fin y al cabo, terminó por acusar el comité interfacultativo después de analizar con espíritu dialéctico tus idas y venidas, innecesarias provocaciones, incontadas faltas contra la fe proletaria y la disciplina de partido ; lo que pasa es que este chico es gilipollas, dijo simplemente, como quien quiere evitar la hipérbole barroca, el proveedor de ultramarinos que en la esquina surte al barrio de lentejas azafrán amojamado bacalao alguna vez que otra macarrones importados o perdiz en lata escabechada.
Mas solitario pájaro, en cuál techo se vió jamás que yo ? Lloraste con Quevedo (hay que dar pistas a la crítica) aquella noche y no hubo Magdalena que empapara tus lágrimas o embadurnase de bálsamo tus pies con sus cabellos.

Toma un klines ! Pásame Pat el vino con casera ! Se está recalentando el plesiglas de los asientos ! No, si todavía llegaremos tarde a las news de Gundisalvo ! Por los clavos de Cristo, me haces el favor de no pegarme pellizquitos con las ligas ?
Arranca el cuatrolatas, mete primera el desvalido citroen popular, acelera arrogante el cientoveiticuatro, el tímido isocarro inicia el trote lento, detrás, la inmensa caravana del Sixhundred Club : van entrando poco a poco ; el gran Retorno por el arco triunfal de Leganitos ; qué consuelo saberse todos dentro !
Continuan prosperando los gusanos de Sansueña : vivir para ver esto ! Afortunado tú que nos dejaste, para dejar de verlo.

Es otoño en las alturas, la luz y el aire se estan tiñendo de colores : si bate las alas me rozan tus plumas los costados y me hacen reir : pero nada comparable a la suavidad del planeo, colgado a tus hombros, acariciando el viento en perfecta conjunción : bajo nosotros espacio y tiempo confunden sus historias, sobre todo cuando pliega las alas y hacemos el picado para luego remontar.
Pelo negro de brillante untuosidad, camisa blanca renegrida en los bordes del cuello, nívea caspa cuajando mansamente en las solapas, menguada talla en airoso movimiento, cartera oscura grande marcando con ritmo pendular su andadura decidida, abre la puerta : ha subido un escalón, dos, tres, muchos : ojitos azules rubias cabezas se deshacen en cándido interés : con desenfado singular que sólo la raza en combinación con la costumbre logra, va dando suelta a la magistral lección torre de control anuncia la llegada del vuelo uno dos tres procedente de : forma la compañía de gastadores del tercer regimiento de tierra : alto mando de la plaza, autoridades municipales, el ministro del ramo, figuras de la industria, de las artes y las letras, el monseñor, dos toreros recién llegados de la gira, afortunado acertante de catorce resultados, cuatro padres del tercio familiar, director general de sanidad por si hubiese lugar a la inspección, armada gris con falo de borrico presta a contener si necesario la emotiva devoción de las anónimas masas que se apiñan transidas de piedad y de entusiasmo indescriptibles a prudente distancia de sus representantes orgánicos. Por la escalerilla de aluminio, convenientemente aterciopelada, la sin par sonrisa 147.839 de la mozita azul anunciando la salida por la región anal de la honorífica directiva de la congregación de Celadores : en tierra el séquito, irrumpe en sinfonía la banda mística y guerrera acompasada por delicado silbo de trombón : más tarde, sonoro silencio impuesto a toque de corneta : el esperado momento, la puerta principal ha sido abierta : entre los trémulos brazos del elegido custodio, con reverente pausa, desciende

la urna trasparente : con indolencia casi, reclinado sobre pliegues de bandera gualda y carmesí, el carismático miembro, por castellana paradoja incorrupto, reposa : vivo sin vivir en mí tan alta gracia espero que muero porque no muero
nana nanita nea
nanita rey mío, corazón de mi alma, nea,
mírale, con su babita anticultura !
duerme mi vida, nana, que mamáprogresista
tu sueño vela
tusueñomisueñoeldetupadre que además de ser
eltuyoelmíoeldepapá será algun día
eldelasgentesbiennacidas
ingenierosdelversooartesanosdelapiedrayelcemento
duerme nanita mi niño nea
no sea que lloren ellagartolalagartaellagartito
con sus delantalitos omo y se enfade Federico
nanita querubín social
que te mece mamitaantimamá
ilusión de mis entrañas hecha carne
esperanza antes del pacto en el pacto y después del pacto
duerme, contradicioncita superada, nea
que tus ojos jamás verán al navegante
nanita tesoro de proyecto
que yo te sabré bautizar en otra iglesia
nanita mi alma nana
que te arrulla mamitacamarada
nea amor mío nea
que te vela mamitacompañera.
Mamá :
Qué :
caca !

Poesía

Antología venezolana

Juan Sánchez Peláez
Francisco Pérez Perdomo
Rafael Cadenas
Eugenio Montejo
Ramón Palomares
Luis Alberto Crespo
José Barrdeta
Víctor Valera Mora
Luis Camilo Guevara

José Emilio Pacheco

Tres poemas canadienses

Saúl Yurkievich

Poética

Antología
Nueva poesía venezolana

La presente antología corresponde a una personalísima elección, lo cual implica una abundante dosis de subjetivismo y humor peculiar. Todo trabajo de selección poética, para que sea legítimo, debe contar con su buena cuota de complicidad y aventura. Lo demás es puro ordenamiento serial, cuestión cronológica o historia elemental. Me complace destacar que, hace veinte años, un libro llamado Elena y los Elementos *descorrió las compuertas, en la poesía venezolana, para una comunicación fulminante, donde lo erótico-imaginativo y el permanente salto mortal del vocablo dejaban en ruina prolongados momentos de retórica depreciada y propiciaban una pista segura para el ascenso del lenguaje creador. Juan Sánchez Peláez mediante hallazgos convulsivos, desdeñaba la flatulencia sentimental, el soneteo, la serenata y el discurso de cumpleaños. Sus libros posteriores* (Animal de Costumbre, Filiación Oscura y Lo Huidizo y Permanente) *confirmaron la madurez de una exploración verbal, llevada ahora, en sus últimos trabajos, a extremos rigurosos, donde delirio y exigencia se dan la mano en una sólida unión de los contrarios.*

Poetas de dos generaciones posteriores admiten su deuda con Juan Sánchez Peláez. Son ellos los que trabajan en una línea idiomática abusiva y expectante : Francisco Pérez Perdomo (Fantasmas y Enfermedades, Los Venenos Fieles, La Depravación de los Astros) *pasa de la ironía a la lógica falaz, de la narración simple a las menciones ocultas, para luego ejercer sobre el cuero pelado de la palabra una suerte de maroma expresiva ; Rafael Cadenas* (Los cuadernos del Destierro, Falsas Maniobras) *convoca viejas dolencias, pone a chocar soledades, y su irrevocable decisión de no tratar con el mundo sirve para estructurar recias construcciones que cada vez avanzan hacia una apretada y misteriosa destilación ; Eugenio Montejo* (Elegos) *resolvió el peligro anecdótico por vías de una elaboración semántica que está a salvo de la dureza y el laboratorio por la floración constante de gratas o acechantes alucinaciones.*

Ramón Palomares (El Reino, Paisano, Honras Fúnebres) *saltó de un primer ejercicio de precisiones y elegancias, una ajustada maniobra de edificación en el poema, al vitalismo pleno, revelado a través de las profundas resonancias del habla regional y el encuentro con un enlace fantasmagórico de la tierra. Esto solo, confirma la legitimidad de una poesía que quiere identificar los seres y las cosas nombrándolos a todo riesgo, a espaldas del habla llamada culta o gramatical. Luis Alberto Crespo* (Si el verano es dilatado) *y Jose Barroeta* (Todos han muerto) *ensayan, con diferencias, esa dirección, y en base a una simplicidad que se hace insólita de puro simple, nos recrean el universo cotidiano y la vivencia aldeana se convierte en una fabulación trascendente. El costado de la protesta y el compromiso lo encara Víctor Valera Mora* (Amanecí de Bala), *puesto a cubierto del panfleto tradicional y la tontería oratoria, para golpear, por vías de la violenta ironía, los lugares comunes del sistema y el contra-sistema. Por su parte, Luis Camilo Guevara* (Festejos y Sacrificios) *se extravía, adrede, en fulgurantes asociaciones vitales y construye el buen engarce entre lo experencial y lo linguístico, resumen pleno de todo ejercicio poético que, como aquel famoso y esotérico l.q.q.d., era lo que queríamos demostrar.*

Adriano González Léon.

Juan Sánchez Peláez (1922)

Entre ambos

A la intemperie nuestro candor. La figura de nubes en el espejo de tu casa mira mi abrigo eterno y mi desnudez. Bonito está el mundo, mis mayores en paz, y yo estoy hecho un ovillo. Valor entre ambos, Tristán Tzara, coloca tus juguetes de juglar en el pasto crecido, no aguardemos a remolque ningún obstáculo que inhiba nuestra frágil chalupa.

Caballo

El caballo que olisquea mi sombra a ras de suelo, apoya su pata delantera entre muchas hojas y abismo. Caballo, fábula de muerte en el viento, mientras la muerte se disipa en blancos páramos. Oh mientras gimo por dentro y río por fuera, el rumor de tu noche negra en mi duermevela a través de luciérnagas.

Poema

De esta suavísima tierna relampagueante palabra
hay un oscuro susurro,
ella vuela sin cascos como la perdiz
o se recoge en el hueco de
tu mano;
hasta que no la halles
continuarás en el reflejo, en la mitad,
en lo entrevisto,
o revolverás tus legajos,
lleno de atribulado silencio,
mientras no sabes si
apagas o no tu endecha fuera de
tono,
o calientas con el borde
luminoso de tu mejilla una campana.

(*del libro « Declive cortado a pique »*.)

Francisco Pérez Perdomo (1929)

El objeto permanece invariable

El objeto permanece invariable
asediado rodeado por palabras
lamido por lenguas descomunales
resiste la terrible invasión de vocablos
de términos festinantes y en marcha
el objeto se levanta en punta de cola
culebrea
y su ser y su esencia empero
inmutables permanecen
en el tumulto y profusión de los vocablos
palabras sanguíneas
incisivas
suntuosas
ladinas
harapientas
desgreñadas
taradas
vindicativas
andróginas
inconsolables
palabras con ojos de lechuza
con risas de Bacante
palabras que husmean en cuclillas
se rascan la cabeza
sacan los dientes
aletean y chocan contra los muros de su cuarto
y cada una de ellas
lo define sin violarlo
señala el objeto invencible
sus límites tutelares y ancestrales
pero cuando las palabras se reiteran
se muerden la cola
caen en prolongados letargos
se convierten en Fórcidas
se confunden
se repiten y en una sola se transforman
entonces el objeto invencible
comienza su velada
empieza a dividirse y se convierte en otros
infinidad de objetos designados por un solo vocablo
a quien la multitud de objetos
órficamente señala

envuelve y determina
y cuando los objetos se reiteran
se muerden la cola
caen en prolongados letargos
se convierten en Fórcidas
se confunden
se repiten y en uno solo se transforman
entonces se multiplican las palabras
proliferan
avanzan y retroceden
declinan
sin punto de reposo inofensivas se hacen
y el objeto permanece invariable.

Se instalan en mis ojos

Inquiero sobre mis párpados.
Unos rostros vehementes y sesgados,
entrevistos como a través de las hendijas
del sueño,
al parecer suspensos de la niebla,
enardecidos y semejantes al delirio,
buscan en un punto de la noche
rehacer sus rasgos extraviados.
Flotan como insectos
en la atmósfera del cuarto
y se desesperan por reconstituir
su existencia anterior,
al amparo de silenciosas lámparas.
Saltan hacia atrás
sobre los duros escollos
de la edad;
de espaldas caminan
sobre los crujidos de mi vigilia
y entran en bosques ilesos
de fuentes especulares y suspirantes árboles,
en estaciones abolidas
que, no obstante, resurgen de sus escombros
y entre cenizas agitan sus alas inmortales.
Se instalan en mis ojos,
hiperbóreos, con máscaras radiantes,
y alzan los coros sepultos en sus lenguas
hacia la pura eternidad.

Rafael Cadenas (1930)

Nombres

te llamas hoja húmeda, noche de apartamento solo,
vicisitud, campana, tersura y lascivia,
ingenuidad, lisura de la piel, luna llena, crisis
oh mi cueva, mi anillo de saturno, mi loto de mil
pétalos
Eufrates y Tigris, erizo de mar, guirnalda. Jano,
vasija, tórtola, S y trébol
ovípara
uva, vellocino y petrificación
podrías llamarte Blándula o Cupida o ~~Fontícula~~
pero tu nombre es
lecho, lavabo, dentífrico, café, primer cigarrillo,
luego sol de taxis, acacia, también te llamas acacia
y six pi em—em—o half past six o seven,
cerveza y Shakespeare
y vuelves a llamarte hoja húmeda, noche de
apartamento solo, etc.
día tras día,
sí, tienes tantos nombres
y no te puedo llamar
todo tan absurdo como esas mañanas sin amor que
el espejo de los baños recoge y protege
todo tan desoladamente inabordable
todo tan causa perdida.

Vigilancia

Los ojos,
aves intensas.
Detrás
una sombra desaparece.
Lo que existe,
reina.
No llega quebrada
la luz
a este habitar
—el fantasma
apenas vive.
El dueño ya no es dueño.
Cuando renace de sus cenizas
alguien lo observa
en silencio.

Eugenio Montejo (1939)

Había una vez un padre

Había una vez un padre y yo era su hijo,
el alud de su muerte y su primera eternidad.
Vivíamos en los harapos del abismo, uno en el otro
y nada, salvo el tiempo en común. A su paso
toqué el organillo de los antípodas, auscultaba
el invierno a la boca de imbornal. Restos de infancia
hacinada en lo hondo del ser levantan cenizas de estupor.
Ave Rey, faraón doméstico, mi padre sorbe el café
de su ayer. Palpa en los pliegues de sus manos un
tacto mío por venir. Se levanta, otea el arcoiris,
cavila en mi nacer. Si yerro, cae la piedra de Dios.
Sus ojos vuelan y me muerden. Giro, me acodo tumefacto.
En mi cuerpo las estrías del poema como flores en las
costillas del santo.
Había una vez un hijo y él era mi padre,
el sobrepadre de los días, el padre y dos.
Nos unimos en las levitaciones de la infancia.
Yo venía del azar elegido por su raza, nimbado,
en el fondo del sueño y retomaba el atabal.
Ese roce con que la eternidad arma las piezas
fugitivas nos ató hasta el final. Había una véz
un padre, un bosque de sol, una razón de porvenir.
Todo cae a la lluvia en remoto cordaje de laúd.
¿ Fuiste feliz ?—Pregunta el loro subjetivo.
Yo callo y recojo los fastos con que sonrío a la muerte
por toda filiación.

Ramón Palomares (1935)

El Gran Vestido

La ramita eneldo dio la vuelta por su cuerpo y llegó hasta
su corazón
allí buscó largo rato
Que a que no te acordás del Vestido de Blanco, el Grande—dijo
Entonces apareció un pueblo largo, muy largo :
venían tres muchachas por su calle
diciendo
—Las canciones que cantabas anoche
sabían a rosas
—La manera como cantabas
estaba llena de sentimiento
Se montaron cada una en su caballo y siguieron
Las muchachas desaparecieron
El pueblo se fue
Sólo el Gran Vestido de Blanco de vez en cuando vuelve

Luis Alberto Crespo (1941)

Gente mala

El puente los dejaba pasar : bigotudos, paleadores de burros.
De noche, por plata, tiraron a un viejo en los peñones del río,
en el paso del ganado.
El barrial del Cardonalito y los caños
lo echaban en las casas de comercio.
Vendían ropa buena, aguardiente de otras partes, pistolas.
Eran de donde sale el diablo. En Jebe Tuerto
lo tenían de compadre.
Detrás de ellos estaban unos cardones negros, unos rollos,
como lona, de polvo.
Pasaron por unas tierras arrugadas. No miraban a nadie.
A quién, con tantos montes pelones, tanto camino de culebra encima
como venían.
Olían a cagajón, a monga de yabo.
Algunos llegaban de otros lados, de partes verdes,
porque traían bojotes de paje.
En los botiquines de terrones le gritaban a una mujer
que se les había ido, que los dejó.
Pero siempre eran verano, esa mortecina de salón de chivo
y saliva oscura.

Como dijo el señor Eliot

Esa muchacha, la hermana de Efraín El Tabaco,
ahogada en Don Benito cuando mi familia visitaba los monumentos
en San Juan, y nosotros escarbando la tierra de la plaza,
viéndola irse para la parte honda, sin volver a salir,
llena de agua, y la gente la buscaba en las raíces de la orilla,
en el fondo, de noche, de día
y ella sin salir, tan jovencita, la hermana de Acasio,
de Efraín, tan seria.
Nos vimos muertos en el Paseo de la Llave,
un día de estos—como dicen en mi casa—en el remolino,
iguales a Jacobouuuu
y el río trae borracheras.

José Barrdeta (1941)

Una rusa

Tania Voroshilov
es la rusa a quien hablo soñando.
El oso de sus pies me seduce y vuélvese nieve
todo el amor.
Todo ha sido soñar y recorrer con ella
la estepa,
todo ha sido echarme en las flautas
de su cabeza.
Todo el cuerpo de Tania Voroshilov lo he conseguido
soñando.
Al apagar la luz de mi cuarto ya la tengo,
cerca de mí, en Leningrado. Y en las aceras de la ciudad
que lleva el nombre del gran jefe,
Tania Voroshilov baila desnuda. Me entrega su iluminado sexo
en forma de alcohol.
Tania Voroshilov es como el nombre de mis lecturas
de los quince años. Allá en la mesa de aldea que humedece
la lluvia,
la foto del camarada Lenin se confundió entre libros
y yo esquié sobre su helada y calva cabeza, siempre tomado
de la mano de Tania Voroshilov.

B.D.I.C

Todos han muerto

Todos han muerto.
La última vez que visité el pueblo
Eglé me consolaba
y estaba segura, como yo,
de que habían muerto todos.
Me acostumbré a la idea de saberlos callados
bajo la tierra.
Al comienzo me pareció duro entender
que mi abuela no trae canastos de higo
y se aburre debajo del mármol.
En el invierno
me tocaba visitar con los demás muchachos
el bosque ruinoso,
sacar pequeños peces del río
y tomar, escuchando, un buen trago.
No recuerdo con exactitud
cuando empezaron a morir.
Asistía a las ceremonias y me gustaba
colocar flores en la tierra recien removida.
Todos han muerto.
La última vez que visité el pueblo
Eglé me esperaba
dijo que tenía ojeras de abandonado
y le sonreí con la beatitud de quien asiste
a un pueblo donde la muerte va llevándose todo.
Hace ya mucho tiempo que no voy al poblado.
No sé si Eglé siguió la tradición de morir
o aún espera.

Víctor Valera Mora (1936)

Siempre en Domingo

Aquel cuya identidad es un águila tatuada
con un silbo de moda entre los dientes
nos toma de los pies
y agitando trapos de sol manchados de betún
detiene la melodía y se desata para explicar
« porque no es fácil sacarle brillo
al lomo de un elefante y puedo hacerlo
Pulir zapatos también tiene su técnica
se deben dominar las dos manos así
y conozco el oficio y gano lo suficiente para no morir
pero no lo suficiente me falta la vida toda
mire usted el otro día un carro azul corría velozmente

y los muchachos que lo ocupaban disparaban sus metralletas
contra las radiopatrullas que los perseguían
Entonces apreté el cajón contra el pecho
y me tiré al suelo pero no estaba en el suelo
yo iba en el carro azul disparando contra la policía
Después supe que eran muchachos de las FALN
y le habló así porque sé quien es
en pareja jugando « maquinita » en el Recreo
Usted decía cosas contra el gobierno
como le digo
gano lo suficiente para no morir
pero no encuentro la vida
Vale la pena buscarla como los terroristas ».

Mustang

Yo que jamás he atormentado mi cerebro
que nunca le he parado a la Psicología
que ante todo test mental me muero de la risa
hace ya tiempo estructuré un esquema teórico
dentro del cual toda persona
que ande tenga o maneje un Mustang
es altamente sospechosa de ser oligofrénica
Pero resulta que la mujer de ojos insoslayables
anda y tiene y maneja un Mustang
Ojalá sea la excepción que la confirme.

Luis Camilo Guevara (1937)

Incesante carroza de la noche

En altas temperaturas elevo el tallo
por encima de los vientos contrarios
vapuleado por fantasmas electrónicos muy seguro
de unir la incesante carroza de la noche
al núcleo de lo que nunca se verá libre
fuegos perversos atados por mis vértebras
humo plantas carnívoras países flotantes espejismos
inefable cuestión de vivir
en los inmediatos lares
donde no termina el repliegue marino ni sus voces
Días de julio y señorean ranas
pájaros y tripulaciones fuertes
Contemplo esos escombros esas fallas geológicas

los deslumbrantes faros que someten todo rigor
al vicio de lo desconocido
mordidas reptantes del lenguaje
mi zumbido es una imagen estrafalaria rebotando desde el paraíso
Esta frágil invención me hospeda en la tierra como un tigre
Cuando abro la puerta no descanso
Subyuga el desatino
mi límite se hunde pero va resuelto
Fiesta fiesta para mí que amo y apuesto contra sombras

Delta

A Wilda

Siempre habrá un escondite
para no destruir el cielo
y dejarlo allí en un buen reposo
hasta jamás
Tengo la idea exacta del exterminio
pero frecuento esta dicha absoluta de tí
que es otra ilusión tan perfecta
como la muerte
En el sueño posees otro nombre otra cintura
otros dignos manantiales blanquísimos
otra intención venenosa otro natal principio
confundido a veces con el fondo terrible de las aguas
mías
las que fueron un tiempo mis pecados
Solicito el afecto de ese tiempo y me destierra
a los mismos herbarios habitables
a la única locura
del regreso ya imposible de entender
Cuando hablo de tí la realidad resiste la melancolía
del tormento visible y fermenta como un licor
tomado en ese Delta imborrable.

Saúl Yurkievich

Poética

¿ poesía liberada o deliberada ?
vale la pena probar
antes que decir lo indecible
digo todo lo decible
tirabuzón conjetural
descontar lo que se corta
decidido decidor
si todo está dicho
me callo
con las palabras vaciadas ¿ qué hacemos ?
¿ las damos que nos las llenen
o las rellenamos ?
prohibido declamar
accione lentamente
y con delicadeza las palancas
conciencia vigilante escrutadora
ajusta la relojería de tu corazón
esa glándula petulante
analítica avaricia vital
cortacircuitos graduales
refrigeración diferenciación
pero vienen los visitantes tenebrosos
y cariacontecido me regodeo
con siniestros simulacros
como tener un feto muerto en la conciencia
como se tuerce el fósforo carbonizado
tejo fantasmas al crochet
para podrirse pida tapaporos
luego el molino de la líbido
tornadizo muele libidinoso
hasta empalagarme
humanísimo revoltijo
empalaga empalabrado
batifondo
prohibido empapelar
una cura de silencio
quizás
para las palabras mutiladas
reposo por las gastaduras
tienen la piel irritada
ajado el cutis
de tanto maquillaje barato
maquinería de la imaginería
basta de tus sonatas
de coquetería
de ensoñación
de patetismo
¿ retortijón o retablo ?
imágenes motoras artefactos
volatería ilusionismo pirotecnia
hálitos
hilitos de música a lo lejos

palabras palpo peso prenso parto
soplo palabra que se lleva el viento
aviento palabras
la musa suma asoma
morosa asoma la suma musa
probemos
revientacaballos
zarzaparrilla
matalascallando matamoscas
mescalina vaselina parafina
saltó el saltamontes siete setos
(homofonía es homología)
semitono terso modo veladura
susurrara su siseo se alisase
pluma la ondulando bruma malva
morigere sobre blando la corola
sibilante volandera se difuma
perfumada difundida levedad
¡ alto ! ningún desperdicio de energía
pavadas ritmadas
melodiosas futesas
como una inmensa boquera
como bocanadas de humo
¿ qué querés ? sosegate
no hay más que eso
detrás no hay nada
delante nada
aquí termina el recorrido
viene la muerte
conjunciones disyuntivas adversativas
pronombres irreflexivos
verbos intransitivos
oraciones insubordinadas
complementos indirectos
adjetivos indefinidos
adverbios de negación
pasó el tiempo de las armonías
de la ilusoria reconciliación
del acorde acordado
del acorde concorde
del acuerdo mesurado
del bien temperado concierto
no conciertan
desconciertan
no entonan
desentonan
no componen
descomponen
no concatenan
desencadenan
no esperan
desesperan

no complotan
explotan
reverendo reventón de resabios
rastrojo ripio raspadura rabadilla
prohibido recitar epopeyas
omnipotencia omnipresencia
omnicarencia omniolvido
chonchos rechonchos farfullan
no mascan ni lo pastoso
no dentan les falta hueso
nos creímos hacedores
y fuimos amasijados
uno niega no ninguno ni una nada
no se irrite inútilmente
irrítese útilmente
es inútil irritarse
inutilícese irritablemente
entre la disidencia y la convergencia
oscilo
entre algo y nada
entre poco y nada
entre nada y nada
entre sol y noche
entre alumbramiento y ceguera
entre palpitación y muerte
pasó el tiempo de las simetrías
poesía cerebral glandular intestinal
pelleja subcutánea intravenosa
pedicura pectoral peluquera pelotera
penetrable penetrante peñascosa perdiguera
peregrina pentoria perinola
poesía periscopio
¿ pespunte o petardo ?
retruque retumbo remanso
no remedio sino remedo
endulzado y salazón
una risita de ajo agrio limón crujiente sacamuelas
propenso a prorrumpir en prosaímos
la palabra capitalista es fea
dicen que no conviene a la poesía
sobre todo lírica
peor debe ser plusvalía
obstinada ruptura de la probabilidad
que la indeterminación
sea también conocimiento
equívoca discontinuidad
continuidad ¿ garantía de verdad ?
la palabra ¿ prueba de existencia ?
referencias verídicas que no llegan
a configurar un objeto
Periodista—¿ Por qué hay tanta sangre en sus
[films ?

Jean-Luc Godard—No es sangre, es pintura roja.
comprensible según su modo
de entretejerse
tantas perspectivas como espectadores
tantas lecturas como lectores
versa y viceversa
ateo por Arabia iba raro poeta
odiar las adargas no consagradas al raído
a la gorda drógala
ella te detalle
hacen amasijos
se dicen acertíjos
al más vacío vacío
al más lleno de los llenos
cada cual con su sonaja
no se sofrene amigazo
no se contente con ser librepensador
sea también libreactor
un corte vertical

descanso

deja que el texto respire
un pensamiento azul y amarillo
de cuatro pétalos
no un pensamiento una visión
las palabras chisporrotean vislumbres
equilibrio ludibrio arbitrio de vidrio
alivio briosa brasa brisa risa turbio libro broma
cabe besa rima rema brota brega brinca
diccionario visionario
empiece por donde quiera
íntegramente comestible
abundo en detalles
para que la ilusión sea más vívida
para que se confunda con la realidad
el realismo no
la realidad
el absurdo de lo real quebranta
todo realismo
agítese antes de usar
con signos consigno designo
memoro momentos
obligadamente antropomórfico
movible siempre versado
prosista o versista a pedido
converso con versos
al anverso y al reverso
tergiverso perverso
el diverso universo del verso
dativos transidos destilan
la pulpa de su experiencia
secretan extracto personal

dicen que son únicos
que todo hombre es único
(*toda mosca también*)
« La frase de Rilke sobre la muerte propia
se ha convertido en una burla sangrienta
a quienes han sido asesinados
en los campos de exterminio
a quienes caen en Vietnam. » *Teodor W. Adorno*
perdónennos los otros
por habernos sentido exclusivos
perdónennos
por habernos sentido excepcionales
perdonen los otros la arrogancia
y admítannos

José Emilio Pacheco

Tres Poemas Canadienses

El estrecho de Georgia.

El bosque junto al mar
Arriba un águila
en la punta del pino
Era el crepúsculo
El sol se hundió en la isla de Vancouver

La isla fue el Aztlán de los meshicas
De allí partieron siete tribus
y una
fundó el imperio azteca

De Aztlán sólo quedaron ciertos nombres
sembrados en la costa como piedras
Nanaimo

Malahat

Tsawassen o Kaptana

El águila fue hallada en la maleza
no heráldica
no ardiendo en el crepúsculo
en descomposición
tres semanas de muerta
se alimentó con peces
que han afectado pesticidas
basura
desechos industriales

Sobre Vancouver ya no vuelan águilas

Hoy la gente ve monstruos en la playa

Los aztecas creyeron que el dios sol
diariamente moría en forma de águila
viajaba por la tierra de los muertos
luchaba con la luna y las estrellas
para reaparecer al día siguiente
(fortalecido por la sangre humana)
como jaguar a la mitad del cielo

Los indios de Vancouver habitan
en the Musqueam reserve
donde el Fraser entrega el agua dulce
de la montaña al mar que abre las alas
El estrecho de Georgia une y separa
de tierra firme a Aztlán
el paraíso azteca que está muerto
como Tenochtitlán
en el centro del lado de la luna

En the Musqueam reserve
hay tres campos de golf
Los antiguos señores de la tierra
cargan los implementos deportivos
de los monstruos marinos

El águila desciende
y el jaguar
¿ha bebido la sangre de la noche?

The new english bible.

Cuando hemos terminado de amarnos
furtiva y un poco tristemente, muchacha,
encuentro
en el hotel barato de una noche
la Biblia,
dejada allí por misioneros de una Iglesia sin ros-
[tro.
Busco algunos versículos,
recuerdo
su sonido en mi idioma :
Emptiness, emptiness, says the Speaker,
emptiness, emptiness, all is empty...
charm is a delusion and beauty fleeting...
Why should the sufferer be born to see the light?
Why is life given to men who find it so bitter?...
For we ourselves are of yesterday and are tran-
[sient;
our days on earth are a shadow...
Y sin embargo,
en este reino de ceniza y de llanto,
Let us praise your love more than wine,
and your caresses more than any song...
How beautiful you are, my dearest, how beautiful...
The curves of your thighs are like jewels...
and your breasts are the clusters of dates.
Ven.
Junto al Apocalipsis aún resuena
el eco de un deseo tan hondo
como para sobrevivir cuatro mil años :
Fuerte como la muerte es el amor
y la pasión, tan cruel como la tumba.

Goodbye Canada.

El olor de madera mojada
La playa en la mañana y sus troncos
La arena gris que en el volcán ha sido llama y

[catástrofe
El sol de niebla

La montaña de musgo
Islas y su alarmada población de gaviotas
El peso de la nieve que es semejante al paso del
[tiempo
Un jardín de cristal bajo los fuegos de la lluvia
[nocturna
El mar que nos aleja y permanece
serán acaso en la memoria tu olvido
un arcón de marchitas postales y mapas que se
[rompen de viejos
necia basura que roba el aire a la existencia : el
[recuerdo
pero tu nombre tendrá el rostro o la sombra
de la muchacha a la que dije adiós para siempre

Notas y documentos

Nicolás Suescún
Trascendental declaración

Marta Traba
Primera bienal latinoamericana

Primera jornada socialista de la ciencia y la cultura

Notas de lectura

Transcendental declaración

De nuestro corresponsal,
Nicolás Suescún.

Bogotá, martes 30. *El siguiente es el texto completo de la alocución del presidente de la república ante los miembros de la A.P.M.A., la A.N.P.C., la A.N.P.A., la M.N. y la A.P.P.*

« Señoras y señores : No he venido esta noche a decirles que la situación ha mejorado o que la subversión ha quedado enterrada, como le dije al país la otra noche en la televisión.

Estimé de máxima urgencia, por el contrario, convocar esta reunión secreta para trazar un perfil exacto de la gran conjura que se cierne sobre nosotros bajo la forma engañosa de una serie de problemas aparentemente inconexos que asedian la nación y oscurecen sus horizontes, provocando el pánico y sembrando la confusión en nuestras filas. Mi objetivo no es, como lo ha sido en otras ocasiones, el examen detallado del problema estudiantil, del problema del costo de la vida, del problema del desempleo, del problema de los bajos precios del café o del problema de las elecciones de 1974.

He venido con un propósito más general y de más largo alcance. Hoy, en este momento decisivo, es absolutamente necesario meditar en las contingencias del porvenir y prepararnos para cualquiera de ellas. Mi gobierno no se ha cruzado de brazos ante este gran desafío del futuro. Con trémula angustia hemos escogido prioridades e identificado objetivos para asegurarle al país un desarrollo armónico que no esté sometido al soplo caprichoso de los vientos ocasionales.

Sin embargo, antes de exponer ante ustedes la estrategia de salvación que nos hemos trazado, les ruego que me permitan hacer un breve y superficial recuento del desarrollo de los acontecimientos en los últimos años.

Ustedes recordarán sin duda que la República ha tenido sus momentos amargos.

La violencia dejó hondas heridas, pero estas habían quedado restañadas por la alianza de los partidos tradicionales que en hora feliz para la patria depusieron antiguas querellas, pactaron el sistema de la alternación y crearon el Frente Nacional.

Las emboscadas cesaron, y en el monte, donde fue más dura la lucha, se acallaron los últimos disparos. Se establecieron dos mercados de divisas extranjeras, se modificó el sistema genérico de estímulo a las exportaciones y se creó un fondo para su exportación.

Un clima de confianza reemplazó a la zozobra, pero trágicamente para nosotros ese clima, que en otras circunstancias hubiera sido saludable y benéfico, nos indujo a minimizar las dimensiones verdaderamente catastróficas que iba adquiriendo el problema de la población, con sus graves secuelas de desempleo crónico, de marginalismo, de insuficiencias en la dieta alimenticia, de falta de espacio habitable para evitar la promiscuidad y de graves obstáculos al mantenimiento del orden.

Nos deteníamos en estériles polémicas. Algunos ganaderos opinaban que había que traer la población a las ciudades. Algunos industriales conceptuaban que era preferible dejarla en el campo. Algunos comerciantes pensaban que la píldora resolvería todo, y el resto conjeturaba que para mantener en alto la bandera del orden había que atenerse a la acción eficaz de todos aquellos instrumentos que son el brazo ejecutivo del gobierno.

Todos pensábamos que conocíamos la historia del país como las palmas de nuestras manos y muy pocos teníamos la convicción de que había que escudriñar todos los peligros, todas las posibilidades y todas las contingencias, simultáneamente con cualesquiera soluciones factibles para el caso de que nos viéramos abocados a una batalla decisiva en defensa de esta democracia nueva y fresca, ejemplo para el mundo libre, que nosotros, la minoría pensante del país, hemos creado a costa de grandes sacrificios, con el sudor de nuestras frentes y el libre juego de nuestra libertad creadora.

Eramos ingenuos, demasiado ingenuos. Pensábamos que bastaba sembrar mucho, sembrar ideas, sembrar virtudes, sembrar esfuerzos, sembrar granos, sembrar en la tierra y en el espíritu.

Eramos generosos, demasiado generosos. Queríamos un gobierno que propiciara el entendimiento entre el capital y el trabajo, sin crear prerrogativas desorbitadas para el trabajador, y sin permitir al mismo tiempo que el empresario angustiara al obrero o al empleado, negándole la justa retribución por su trabajo.

Nosotros mismos, en otras palabras, nos estábamos encargando de incubar en la periferia de nuestros grandes centros no sólo el descontento sino la revolución violenta. Ante nuestros propios ojos se multiplicaba la delincuencia infantil, alimentando luego las más graves formas de descomposición social. Y no hacíamos nada, o hacíamos demasiado poco, para modi-

ficar el estado de cosas donde todo ello se origina.
Por otro lado, los entendidos en la materia nos dejaban con ganas de saber más sobre ese gran movimiento que estaba agrietando los cimientos de nuestras casas y nuestros edificios.

Los Esfuerzos del gobierno.

Lo que pasaba era simplemente que no teníamos una visión global, que no conocíamos a fondo este pueblo nuestro : por eso nuestra imagen no había penetrado lo suficientemente en el abismo del alma colectiva. El pueblo no se identificaba con nosotros, no nos amaba, no nos quería.
Yo me dí clara cuenta de esto en mis visitas a los peores tugurios y en mis innumerables contactos con las fuerzas vivas del país, y al aceptar la primera magistratura el estudio del alma colombiana se convirtió en la primera de las preocupaciones de mi gobierno.
Se crearon numerosos grupos de estudio, se conformó un sistema nacional integrado de documentación e información, se revisaron nuestras opiniones sobre el desarrollo turístico de la nación, se hicieron miles de sondeos de opinión y se implementó la formación de científicos sociales, de verdaderos aritméticos de humanidad que nos mantuvieran a los dirigentes al corriente del movimiento de la historia.
Se estudiaron minuciosamente los censos ganaderos y los censos de población, se consultaron los boletines del Banco de la República y del Departamento Nacional de Estadística, se acudió a los estudios de planeación para los seguros sociales y a los planes de crédito supervisado para los municipios, y se importaron, para la elaboración de estudios y de encuestas, a científicos extranjeros como el profesor Currie y el profesor Vogelvogel.
Y leímos libros, señoras y señores, libros y artículos y panfletos, entre los cuales recuerdo en este momento « El analfabetismo en Colombia » de Alberto Ruiz Gómez, « Los cielos oscuros » de Robert Murphy, « El 9 abril en palacio » de Mariano Ospina Pérez, « La universidad debe ser un laboratorio » de Roberto Pizano de Brigard, « Los cien años de la universidad » de Gerardo Molina, « El libro de la raza » de Manuel Serrano Blanco y « Las características de la personalidad masculina y femenina en Taganga » de Alicia de Reichel.
Los resultados de todas aquellas investigaciones fueron apabullantes. El profesor Vogelvogel, por ejemplo, descubrió, tras una de las más exhaustivas encuestas que jamás se haya llevado a cabo en el territorio nacional, que la población colombiana posee un índice muy alto de heliotropismo, es decir, que prefiere la luz a las tinieblas.
El gobierno inmediatamente trató de darle una respuesta a este grave problema a través de un diálogo permanente con todas las capas inferiores de la sociedad. Se creó el Frente Social con la intención de que fuera una marcha solidaria de pobres y ricos para el progreso común, un proceso de liberación de energías y de dinamismos atrofiados, una movilización del país en la dura empresa contra la miseria, contra la ignorancia, la enfermedad, el desempleo y la tristeza.
Sin embargo, esta generosa iniciativa inexplicamente desembocó en nuevos actos de fuerza y en más brotes de perturbación. Tuvimos que poner al país en permanente estado de emergencia. Tuvimos que tomar medidas urgentes de carácter práctico para preparar la entrada definitiva de la nación a la era de los computadores, de las comunicaciones, de la conquista del eterno frío del espacio y sus planetas.
Se financió la compra de fusiles al día, de cascos de plexiglás y de subametralladoras y ametralladoras automáticas. Se adquirieron tanques y bazucas medianas, cañones de corto y largo alcance de dispositivo automático y cincuenta aviones Mirage de propulsión a chorro. Se le impartieron nuevas instrucciones a la policía y se combatió por todos los medios el espíritu de aficionados de nuestros oficiales. Se fortalecieron las juntas de defensa civil y se les ordenó que eliminaran a cualquier desconocido que encontraran andando por la calle sin ningún motivo aparente. Se cerró la universidad y se incrementó la exportación de artículos de paja.
Y le pedí a la población lo que pudiera sintetizar en dos palabras : tranquilidad y solidaridad. Les rogué que tuvieran fe en Dios, porque en una época como ésta, caracterizada por tremendas presiones y angustias, los hombres han buscado siempre un soporte y han mirado a Dios, porque su fe en El constituye, principalmente para las gentes en miseria, la única esperanza y quizás la única razón de su existencia.

Y quise al mismo tiempo, en todos y cada uno de los mensajes que le he dirigido a la nación desde entonces, que los miembros de esta sacrificada minoría que me ha correspondido representar ante el tribunal augusto de la historia entendieran que lo que está en juego es el gobierno mismo, es decir, todo lo que implican nuestras instituciones, las tradiciones que siempre defendimos y nuestra dignidad e integridad personales.

Pero mis continuos llamados y mis angustiadas advertencias han caído en el vacío. Nadie parece darse cabal cuenta de que nos encontramos ante el enfrentamiento decisivo de dos sistemas de gobierno : la democracia, con sus factores esenciales de libertad, de paz, de justicia social cristiana, y del otro lado, una forma de gobierno imprevisible.

Cuál es el enemigo.

Nos encontramos en medio del fragor de la más decisiva batalla que jamás hayamos librado y la mayor parte de nosotros se acuesta al abrigo de nuestros altos muros como si nada estuviera sucediendo. Ni siquiera nos damos cuenta de la naturaleza del conflicto. Ni siquiera sabemos quién es el enemigo.

El enemigo, señoras y señores, no es la inflación, no es el desempleo, no es el descontento juvenil, ni el problema de la balanza de pagos, ni el problema neurálgico del comercio internacional, ni el comunismo, ni el surgimiento de un partido populista evidentemente fuerte. El enemigo es algo más vasto y más grande. Es la encarnación y la suma de todos estos problemas.

Es un enemigo que no tiene manos, ni pies, ni ojos, ni orejas, nariz o garganta y que no es varón ciego o cojo, o mutilado o sobrado, o varón con quebradura de pie o rotura de mano, o que sea jorobado o enano, o que tenga nube en el ojo, o que tenga sarna, o empeine o testículo magullado.

Es un enemigo en quien no hacen mella las ametralladoras, que tiene en nada a los agentes del orden y se burla de nuestros tanques.

Porque el enemigo es, simple y llanamente, la población, la gente, señoras y señores. Hay demasiada gente. Gente que circula por las calles, que se reproduce mediante uniones casi animales bajo la inconsciencia de los excesos alcohólicos, que ocupa espacio, que consume oxígeno, que ensucia el medio ambiente, que voluntaria o involuntariamente se convierte en el agente trasmisor del microbio revolucionario, que exige techo, comida y dinero, nuestros techos, nuestra comida y nuestro dinero.

Día tras día, innumerables promociones de hombres y mujeres ignorantes, amargados, muchos ya contagiados por el vicio y el delito, se incorporan a la edad adulta y conforman la nueva sociedad colombiana.

Nosotros hemos apelado a todos los medios para controlar su multiplicación. Hemos recurrido a la iglesia, a las fuerzas armadas, al D.A.S., al F2, a los consejos de guerra, a las juntas de defensa civil, a la justicia social ordinaria. Hemos convertido al país en el líder mundial de la campaña de planificación familiar. Hemos tratado de colmar los abismos que nos separan, no por demagogia ni por un ingenuo desconocimiento de las desigualdades propias de la naturaleza humana sino por mero instinto de conservación. Hemos hecho lo posible y lo imposible para llevar nuestra imagen hasta las tribus indígenas, hasta los colonos de regiones remotas, hasta los grupos afectados por la desocupación en el campo y en las ciudades, hasta los minifundistas, aparceros y arrendatarios, hasta los habitantes de los tugurios urbanos, hasta los niños carentes de toda tutela y de todo recurso y hasta los infantes y jóvenes que no pueden concurrir a la escuela.

¿ Y cuál ha sido la consecuencia de este ímprobo esfuerzo ? Que la población, revelando su verdadero cariz, rehusa la cuota de participación que le ofrecemos, que se convierte en un grupo de silencio que nos mira con desvío y escepticismo, que no vota por nosotros, que rechaza las formas democráticas, la armonía y las buenas maneras.

Se ha hecho materialmente imposible conservar por medio de los instrumentos a nuestro alcance el sano equilibrio ecológico que ha imperado en el país desde aquel inolvidable y glorioso día en el que nuestra patria comenzó a contar su vida de nación independiente, y es seguramente la oscura y sorda intuición de este hecho catástrófico lo que ha venido creando entre nosotros una atmósfera de confusión política inenarrable que a veces nos hace desear abstenernos de todo trato y comunicación con la gente, o exiliarnos definitivamente.

Pero no podemos en esta trágica coyuntura dejarnos llevar por el escepticismo y la falta de fe. Tenemos que recobrar la confianza en nosotros mismos y la fe en nuestras propias fuerzas. Y tenemos que reflexionar : los países se pierden muchas veces por la falta de un minuto de reflexión !

Nosotros hemos hecho esta república : sus leyes, sus instituciones y sus grandes conquistas sociales son todas nuestras. Tenemos una impecable tradición de progreso que nos llena de autoridad para reclamar el manejo del futuro. ¡ Tenemos que darle igual justicia a la minoría oprimida del país !

Una solución histórica.

Yo he venido esta noche para solicitar su apoyo a la solución que el gobierno nacional ha encontrado tras de extensos estudios, investigaciones, proyecciones, deliberaciones e incontables y angustiosas noches en blanco. Se trata de una idea inédita, de una estrategia sin precedente en nuestra historia, pero yo quiero recalcar que este nuevo mundo en el que estamos entrando requiere ideas más atrevidas y el abandono de postulados desuetos.

—¿ Lo que la democracia colombiana necesita para sobrevivir histórica y políticamente es la unión con los Estados Unidos ! Si somos pobres, la solución es hacernos ricos. Si somos pequeños, la solución es hacernos grandes. Si no contamos con la técnica necesaria para derrotar al enemigo, la solución es apropiarnos de esa técnica.

—¿ Y qué mejor manera hay, para crecer, para aprender, para enriquecernos que la unión estrecha y definitiva con la primera potencia mundial ? ¿ Una unión que sería, por lo demás, la conclusión lógica de nuestra evolución histórica ?

Son múltiples las tendencias y los hechos históricos y sociológicos que nos unen a nuestro vecino del norte.

La compra de un pedazo de tierra inutilizable y separado del país por numerosos factores históricos y geográficos fue, ya hace varias décadas, la primera prueba de una amistad que ha venido creciendo con el tiempo, y que sólo ahora se ve amenazada por la cruenta lucha comercial entre los países desarrollados.

Durante la segunda guerra mundial, los estados americanos, estuvimos de acuerdo en establecer un sistema de cooperación destinado a la mutua defensa ante el peligro común. Esta cooperación debía continuar después de la guerra con el propósito de eliminar los riesgos internos producidos por la pobreza y el subdesarrollo.

Más tarde, los hechos se encargaron de comprobar que la amistad de los Estados Unidos y Colombia era cada día más efectiva y sincera porque los dos pueblos comprendieron que los unen intereses espirituales y económicos, y especialmente porque entendieron que sus respectivos gobiernos siempre han desarrollado las relaciones internacionales y la gestión interna sobre los postulados insustituíbles de la democracia, postulados que las fuerzas armadas de las dos naciones supieron sellar con su sangre y con el sacrificio de muchas vidas en los lejanos campos de Corea.

En los últimos años, nosotros encaminamos toda nuestra política económica hacia el aumento de nuestras exportaciones a los Estados Unidos, porque dedujimos que en el futuro vamos a contemplar el establecimiento en América Latina de industrias de uso intensivo de obra para abastecer los mercados de aquel país.

Sabemos que sin las inversiones norteamericanas nosotros no hubiéramos sido capaces de explotar nuestro subsuelo ; que sin su ayuda a través de las agencias internacionales quizás no contaríamos hoy con las industrias que son motivo de orgullo y satisfacción para todos nosotros ; que sin la invaluable ayuda técnica que le han prestado a nuestras fuerzas armadas quizás éstas no habrían estado en condiciones de mantener a raya la violencia comunista.

Y como si todo esto fuera poco, ese generoso y gran país ya ha admitido a decenas de miles de compatriotas entre quienes casi todos nosotros contamos con parientes y amigos que forman parte integral de ese gran conglomerado humano que ha llevado a la humanidad a su más alto grado de desarrollo y que son como una vanguardia de lo que habrá de ser nuestra contribución a la defensa de la cultura de occidente.

Porque nuestra oferta de anexión no va a ser simplemente el llamado de auxilio de un desvalido, sino un ofrecimiento de ayuda de cooperación.

Los Estados Unidos están pasando por una de las más graves crisis espirituales de su historia. El mismo presidente Nixon se ha visto obligado a meditar una y otra vez en el aciago destino de

todas las grandes civilizaciones del pasado, que al enriquecerse perdieron su voluntad de sobrevivir y fueron víctimas de la decadencia.
Y en el campo del espíritu, señoras y señores, Colombia no está a la zaga de ningún país. Todo lo contrario. Nosotros poseemos un inmenso caudal de recursos espirituales, un tesoro casi ilimitado de tradiciones cívicas, una extraordinaria abundancia de leyes justas, un altísimo concepto de los valores democráticos, y ni un sólo problema religioso, porque todos somos católicos.
Colombia, como la definía el señor Caro, no puede ser una potencia material, pero es, ha sido y nosotros lucharemos porque sea en el futuro, una fuerza moral. Colombia, con su pasión por la libertad, con su amor a la justicia, con su respeto por el dèrecho, con su irrevocable vocación de igualdad humana, es una potencia que se puede medir en pie de igualdad con cualquiera de las grandes potencias.
Además, existen en el país un sinnúmero de posibilidades para la construcción de hoteles, moteles y paraderos turísticos. No sólo poseemos una de las floras más ricas del mundo y una infinitá variedad de pájaros, sino también immensas cantidades de aire puro. Y tenemos riquísimos tesoros indígenas escondidos bajo la tierra y en el fondo de nuestras lagunas.
La anexión que proponemos garantizará de una vez por todas nuestra estabilidad económica e institucional. La bandera del orden es la misma del desarrollo y esta sociedad colombiana sólo puede proseguir su camino hacia una etapa de mayor prosperidad bajo una administración y un control firmes y estables, no sujetos a amenazas y extorsiones. Un país anarquizado y pequeño no será más que una prolongación indefinida de la probeza, la inestabilidad, la inflación y el movimiento acumulativo descendente, que es el camino más rápido hacia la catástrofe definitiva.
¿ Pero será esta oferta una humillación y un reconocimiento de abandono y derrota ? ¿ No equivaldrá a una immolación de la libertad en aras de la seguridad ?
De ningura manera : la libertad en el mundo contemporáneo no consiste únicamente en expresar unas ideas, sino en no ser vulnerado en la vida, la honra y los bienes.
¿ Y una humillación ? ¿ Una derrota ? De ningún modo. El día en que nosotros consolidemos aquella alianza, le probaremos al mundo entero que nosotros, los depositarios de la civilización, los abanderados del poder verde, podemos todavía ser el alma y los nervios de un gran acontecimiento histórico.
Porque ese día seremos los primeros en marcar la pauta que ha de seguir todo el continente al sur del Río Grande.
Porque ese día podremos empezar a contar una vida nueva, una vida libre de este duro trabajo de controlar a la población, de esta labor que no admite descanso, que fatiga como ninguna otra, y que es más arriesgada que todas las demás y menos, mucho menos perdurable.
Porque ese día habremos derrotado definitivamente al enemigo, eliminando de un tajo los insultos, las afrentas, el bandolerismo, la subversión inmoral y las expropiaciones indebidas, y esta fatigosa vigilancia que nos quita nuestro sueño y no nos deja ni un solo momento de tregua y ni un asomo de alivio para nuestra angustia.
Porque ese día, en fin, habremos asegurado no sólo nuestro futuro, y el futuro de nuestros hijos y el de los hijos de nuestros hijos, sino también la supervivencia de todas aquellas ideas que siempre hemos defendido y que en tan grave peligro están ahora : el orden constitucional contra la dictadura, la legalidad contra las vías de hecho, la propriedad legítima contra la usurpación, la confiscación y el robo, la moral del cristianismo y sus doctrinas contra el materialismo y el ateísmo, la seguridad contra la arbitrariedad, la justicia contra la dictadura de clases, la libertad contra la opresión.
Una copia del texto del documento que servirá de base a nuestra oferta les será entregada a la salida. Yo les ruego encarecidamente que lo estudien con el mayor cuidado y que se dirijan a cualquiera de los grupos de consulta que se han constituído para hacer todas las preguntas y sugerencias que consideren necesarias, antes de la votación que será llevada a cabo en fecha que les será comunicada oportunamente. El gobierno nacional no desea tomar la más transcendental decisión que jamás se haya tomado en toda la gloriosa crónica de nuestro devenir histórico, sin antes contar con el apoyo franco y unánime de todos los ciudadanos de bien, de todos y cada uno de los integrantes de esta vilipendiada y martirizada minoría.
Finalizadas las palabras del presidente, que fue-

ron recibidas con entusiastas aplausos, el presidente de la A.P.P. calificó el discurso de « importantísima contribución al estudio de la realidad nacional » y de « vital aporte al estudio de este fenómeno que tanto interés despierta actualmente entre los colombianos. »

Marta Traba

Primera Bienal Centroamericana

Acepté ir de jurado a la Primera Bienal centroamericana de pintura organizada por el Consejo Superior Universitario Centroamericano en San José de Costa Rica, porque por más que pase y repase por Centroamérica, no logro organizar su mapa. Me refiero al mapa que uno mismo puede hacer de una región o un país, apilando y poniendo en orden datos, circunstancias, conceptos, hasta que dichas zonas comienzan a funcionar en la memoria y en la razón (también en la sensibilidad, por supuesto), como estructuras de sentido.

Con Centroamérica no acaba de ocurrirme esto. Salgo hacia allá como el Fray Servando de Mier de Reynaldo Arenas, empujada por quien sabe qué imprudentes y extrañas alucinaciones y, aunque no me ocurre ninguna de las cosas espantosas que la extraordinaria imaginación de Arenas le hace padecer a su protagonista, la sensación de caos, de que me faltan piezas claves para entender qué está pasando, me domina por completo. Nunca acepté, por otra parte, llegar a conclusiones generales valiéndome de generalizaciones. Quiero decir que por haber visto en El Salvador una réplica de Versalles no diré que las casas particulares de la gente adinerada son *todas así;* como tampoco que *todo* el pueblo vive en cañadas fétidas mirando pasar carros espectaculares por las altas avenidas; ni que en *todos los aeropuertos* las ratas se comen la estopa de las sillas, como vi una vez en Managua; ni que la sensación de suciedad y desesperación aplastada como una mosca por el golpe de sol se vuelve enteramente inseparable de cualquier visión. No; estos son, precisamente, fragmentos oscuros de un mapa que no logro definir y que tienen como contrapartida, igualmente espantosa, casas asépticas, espectaculares y armadas hasta el último cenicero por decoradores norteamericanos y otros escenarios baratos-caros, también sin aire y sin vida.

La Bienal organizada por « Cauca » se llevaba a cabo en el único país centroaméricano que nunca había tocado, Costa Rica. Diré inmediatamente, como corresponde, que la situación cambia. También me gustaría decir, para evitar cualquier malentendido, que si el « reino alucinante » me parece terrible y peligroso, siento por la clase media una aversión que sólo se justifica siendo un producto converso y renegado de la clase media y viviendo ahora en un país de clase media como es el Uruguay. Comparaciones e inferencias pueden matar para siempre la imagen de un país; seguramente fue un enemigo del Uruguay quien dijo por primera vez que el Uruguay es la Suiza de América (noción que hoy, felizmente, aunque la realidad sea bien angustiosa, ha desaparecido verticalmente); y un enemigo de Costa Rica quien la llamó el « Uruguay » de Centroamérica, o sea una Suiza todavía más desleída y atemperada, sin vacas. Estas injusticias que asolan a los países y fijan sobre ellos imágenes de postales idiotas, son rápidamente desmentidas por la realidad. Que es un país de clase media no hay la menor duda, porque los habitantes lo dicen sin cesar, así como recuerdan a todo visitante que *no* hay ejército, que *sí* hay educación y que el presidente y el soldado de la guardia son la misma cosa, lo cual lo pude comprobar cuando Figueres entraba y salía por una puertita por donde entraba y salía todo el que le daba la gana; cosa que, debo confesarlo, contradice mis placeres derivados de ritos y ceremonias y me incomoda profundamente. En todo se nota el profundo deseo de parecer demócrata hasta un grado en que se vuelve injustamente sospechoso el gesto de un niño interrumpiendo la conversación en rueda de casa presidencial—como en las casas de las tías—, para pedir un bizcocho.

Estas impresionas pueden parecer extemporáneas para un jurado de artes plásticas, pero depende siempre que qué jurado sea y qué es lo que busque. Yo creo que un jurado es un ser humano capacitado para ver y oir como los otros, quizás en un mayor estado de alerta que los otros, que va a examinar con más atención que los distraídos espectadores, cómo se expresan determinados grupos llamados artistas. Creo, obviamente, que para que esa expresión revista valor no se puede separar de su contexto (y por eso detesto a los jurados europeos o norteamericanos que los pobrecitos latinoamericanos invitan a sus certámenes, para ir del hotel a la sala de exposición y viceversa, y juzgar cosas tan extrañas para ellos como las piedras lunares); que la visión e impregnación del contexto, aunque sea forzosamente veloz e intensa, es imprescindible para emitir algún juicio sobre las obras.

Así, aunque el jurado no sea un experto en cuestiones centroamericanas, debe saber qué espesa dependencia paraliza todos los países

(inclusive Costa Rica, pese a su subrayada bonhomía pequeñoburguesa); si está al tanto de su cruel historia pasada y presente, de sus inútiles intentos de liberación, del tratamiento despiadado y despectivo del imperio y de los atroces cacicazgos de tantos « señores presidentes » debe saber que no es en un tablado sostenido en el aire, sino en un escenario ferozmente terrestre, donde los pintores resuelven expresarse. ¿ Hasta qué punto dicha pintura está contaminada, hasta qué punto es hija de la conciencia y la cólera, del repudio o la desesperación, sin que esto nada tenga que ver con una obligación ni explícita ni implícita, de meterse en el callejón sin salida de artes políticos, realistas o simplemente comprometidos ?

Esto es lo que fuí a averiguar al certamen de Costa Rica, donde presumiblemente, (después averiguamos que se produjeron omisiones aunque, en realidad, no modificaban sensiblemente el conjunto), las autoridades del Consejo Superior Centroamericano convocaron los pintores más representativos de Costa Rica, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Guatemala, exceptuando Panamá por razones histórico-geográficas.

Pienso que también fue eso lo que movió a Fernando de Szyszlo y a José Luis Cuevas a aceptar integrar el jurado, aunque en ningún momento hablo en su nombre, sino sólo en el mío.

La primera revisión de la muestra me resultó lamentable. Sin embargo, había de todo ; obras abstractas y figurativas, collages, informalismo, arte óptico. Nada que pudiera clasificar dentro de las nuevas antiformas ; conceptual, « povero », espacios, « antis » de cualquier pelaje, como tampoco ni « pop » ni « Minimal » ; o sea, en el tiempo, una pintura correspondiente a diez años atrás. Aclaro enseguida que esto no me parece un defecto ya que, como lo he escrito sin cesar, los diez últimos años representan la escalada norteamericana para lanzar y difundir sus vanguardias sin sentido ; mientras que por el contrario, el año más verídico y esperanzado del arte latinoamericano fue (en riguroso pasado), el sesenta. Por consiguiente, la impresión de inutilidad general de la muestra no partía del uso de elementos considerados ya perimidos, sino *del uso de dichos elementos, o bien para decir cosas enteramente insignificantes o bien para no decir nada.*

Entre las obras resultantes de la primera actitud se alineaban los hijos espirituales de Guayasamín (Quiroz, « El Grito » ; Lainez « Rostros de la tierra dura » ; Canales « Lenguajes diferentes » ; Gallardo « El recolector de basura » y algunos otros horrores igualmente innombrables).

En la segunda, los pintores con oficio e información ; Lola Fernández, (de la mano—sin explicaciones plausibles—, del colombiano Obregón) ; Icaza, (de la mano de los informalistas españoles de hace diez años) ; Vargas, (de la actual, aburrida e incambiable mano del argentino Tomasello). Desde luego que no es posible ponerlos en el mismo nivel, ya que los primeros no son pintores y los segundos sí, al menos profesionalmente. Pasando por alto una tercera posición, la de presentar cualquier cosa « audaz » por hacer caer en la trampa al jurado (Morales, « Símbolos »), (que pasa al margen de la discusión por entrar en la categoría de la estafa), lo tremendo de los pintores y no pintores es que quedaban nivelados por la inutilidad de sus esfuerzos.

Creo que en este período en que la pregunta ¿ « para qué ? » ha cesado de formularse frente a la obra de arte, es el momento de replantearla. Sobre todo, ¡ Dios mío, si se vive sobre los volcanes reales y simbólicos de Centroamérica, e inclusive si uno pertenece a la arcadia sin ejército y con maestros de escuela y presidente compañero.

La respuesta al « ¿ para qué ? » en esta Bienal, era una sola ; para nada.

Con la excepción solitaria de Leonardo Castellón en Nicaragua, y la excepción casi colectiva de la delegación de Guatemala.

Con todos los defectos del autodidacta, y, en especial, el defecto inevitable de la especie, como es el mal gusto, este pintor nacido en Managua en 1937, armó meticulosamente, al menos en los únicos tres cuadros que le conozco, un mundo muy particular ; por una parte, relacionado con fuertes y rituales recuerdos de imágenes precolombinas ; por otro lado socavando ese mundo de cosas compactas y de una pieza, en infinitos fragmentos laberínticos. Pese a que sé que « contar » un cuadro es una enormidad, no veo forma distinta a la descripción par referirme a una obra que no parece demasiado sistemática y cuya técnica es limitada y defectuosa ; por lo cual su mérito y encanto radica en repensar la tradición formal indígena como un laberinto y hacer añicos los

altares, las imágenes y las danzas. No supe por qué lo hacía y en el fondo, eso importa poco; llegó en bus desde Managua, a recibir su premio nacional (un premio enorme, mil dólares) y no dijo nada, aunque de vez en cuando sonreía, de un modo casi tan remoto como sus altares.

Con un figurativo muy Cuevas (Elmar Rojas, « Los desaparecidos »), un expresionista semiabstracto (Ixquiac Xicara, « Serie 71 »); un violento en desorden (Ramírez Amaya, « Decretos... »); un violento en orden (Luis Díaz, las « Guatebalas »), y un collagista muy refinado y sensible (Roberto Cabrera, « Susana »),—apelativos que sólo tienen vigencia respecto a las obras presentadas en esta Bienal—, Guatemala operó como equipo, como cuerpo con cabeza, cuerpo, extremidades, y también, por suerte, carne y hueso.

De todas estas obras de buena calidad y, sobre todo, cierta explosiva fuerza latente, cierta rabia mal disimulada que radicalizaba los elementos empleados tornándolos desafiantes y agresivos, sin duda la más original y coherente con dicho estado de ánimo (y con la imprescindible organización estética de tal estado de ánimo), era la secuencia de Luis Díaz. En un rombo inicial, luego un díptico y luego un tríptico, que funcionaban como conjunto de cinco grandes rombos, una figura de metal, claveteada al bastidor pintado, iba siendo, progresivamente, acribillada por las balas. Empleando con habilidad la inconsecuente gracia del « pop », carteles y ambiantes, Díaz presentaba ese tiroteo imaginario como un hecho trivial, como un *horror decorativo*, siguiendo la mejor y más eficaz idea de los talentos jóvenes americanos; cargar un lenguaje que descargaron en Estados Unidos, de tal modo que el significante, o soporte formal, o aparente vanguardia, pueda circular libremente, pero rebobinado por dentro, pesado, incómodo. Se trata, además, en un mundo de compulsión estética donde el que no inventa muere, de hacer algo donde se reconozca al menos un mínimo margen de invención. Por eso Ramírez Amaya, con un furor muy valiente, masticado y conciente, falla en los « Decretos », cuyas manchas han sido vistas mil veces en todo el gestualismo, no importa que él las lance, algo ingenuamente, sobre armas o mochilas.

Discutiendo y conversando por muchas horas con Szyszlo y Cuevas acerca de los premios (que al fin fueron declarados desiertos con excepción de Guatemala y Nicaragua, salvada por Castellón), repetimos una y otra vez que no había derecho a tal pasividad, a concepciones tan exánimes o conformistas por parte de los pintores centroamericanos; por que si los artistas se apagan, ¿ quién aclara ese espeso tejido de tinieblas ? No serán, por cierto, los centroamericanos que trabajan en Nueva York, demasiado expuestos al clima de terror, de *pista de la muerte*, en que viven las actuales vanguardias. Constancia Calderón, Margot Fanjul, por ejemplo, fueron tragadas por la vanguardias. Se necesita la solidez mental de Armando Morales o la terquedad de Abularach, para persistir en obras—pausada una, bloqueada la otra—, sordas a la confusión y a la gritería externas. Lo demás acerca de la Bienal pasa a ser episódico. Creo que es episódico que hayamos dado un premio fuera de concurso al costarricense Francisco Amighetti, un expresionista honrado nacido en 1907, cuyas cromoxilografías que podrían figurar bien en cualquier opúsculo del « Die brucke », fueron arrasadas por esa menguada y vacía modernidad de las generaciones subsiguientes. También es episódico que mis dos queridos compañeros de jurado escurrieran el bulto en el momento fatídico en que me tocó leer, frente al presidente, al organizador « fuera de serie » que es Sergio Ramírez, y a los ministros casi ahogados por el « compañerismo » popular, que Costa Rica no había merecido, en nuestro concepto, premio alguno; esto, después del Himno Nacional y las habituales palabras exaltadoras de la cultura local, produjo un silencio de muerte y la infaltable agresión a la habitual víctima (José Luis Cuevas), por parte de los habituales enardecidos.

A pesar de que el equipo de pintores guatemaltecos parece trabajar en una clara relación causa-efecto con la atroz situación política que padece su país, ahora me gustaría ir a Guatemala para estudiar sobre el terreno por cuáles razones pudieron escapar de la enfermedad endémica del indigenismo, nativismo y realismo social tardíos; cómo están tan al día en cuanto a los argumentos de base del lenguaje actual del arte; por qué caminos, individuales o colectivos, resolvieron cargar lo descargado. Tema en disponibilidad, cuya investigación daría relievancia a esa zona que sin cesar nos escamotean, nos malversan y nos borran.

Documentos

Primera Jornada Socialista de la Ciencia y la Cultura

Cuando ya existían núcleos de iniciativa directamente vinculados a la idea, en Caracas y en trece ciudades del interior, el Comité Organizador de la *Primera Jornada Socialista de la Ciencia y la Cultura*, integrado por los economistas Armando Córdova, Francisco Mieres y Manuel Rodríguez Mena, los dirigentes políticos Pompeyo Márquez y Freddy Muñoz, los arquitectos urbanistas Marcos Negrón y Fernando Travieso, los periodistas Eleazar Díaz Rangel y Luis Evaristo Ramírez, el psicólogo Eduardo Santoro, el historiador y periodista Manuel Caballero, el pintor y cineasta Jacobo Borges, el sociólogo José Agustín Silva Michelena, el escritor y antropólogo Alfredo Chacón y el escritor Adriano González León, la anunció al país en los siguientes términos.

El proyecto

« ¿ Porqué una *Jornada Socialista de la Ciencia y la Cultura ?* Porque los centenares de profesionales, técnicos, científicos, escritores y artistas de toda Venezuela que en ella vamos a participar, estamos convencidos de que es necesario y posible plantearle al país una razón y un modo diferentes de relacionar la investigación científica, la inventiva tecnológica y la imaginación creadora con la acción socialista frente al actual sistema de explotación, violencia y dependencia capitalista.

« Una manera de relacionar ciencia, cultura y política que es *necesaria* porque sólo la integración de estos tres planos permite concebir correctamente y ampliar progresivamente la participación colectiva en el enfrentamiento global del actual sistema de dominación ; que es además *diferente* por el hecho de que no intenta repetir ninguno de los esquemas que hasta ahora han frustrado la interpenetración del trabajo científico, cultural y político en nuestras organizaciones y procesos revolucionarios, y que es *posible* en la medida que su búsqueda responde a un imperativo real del desarrollo social y es alentado por un amplio sector de venezolanos que se han propuesto esta empresa sobre la base de costosas experiencias propias.

Objetivo inmediato

Sobre esta base programática y en consecuencia de la disposición de numerosos núcleos intelectuales insertados en todos los aspectos de la vida venezolana, la *Primera Jornada Socialista de la Ciencia y la Cultura* se propone un objetivo muy definido, pero que sólo representa una parte de un proyecto más amplio.

Este propósito inmediato consiste en discutir y acordar, sobre la base de las ponencias presentadas, las líneas generales y los puntos específicos de un *esquema para el diagnóstico de la sociedad venezolana y para la definición del modelo socialista alternativo y antagónico al orden establecido.*

En tal sentido, la *Jornada* contará con el aporte no solamente de ponencias elaboradas sobre la base de investigaciones personales y colectivas, sino también de proposiciones solamente esquematizadas que permitan orientar la discusión en los términos más amplios posibles. A partir de estos materiales y de las conclusiones de la discusión que sobre ellos se haga, se espera obtener resultados tentativos que puedan ser integrados en el proyecto de esquema para el diagnóstico general y puedan ser desarrollados ulteriormente, a través de sucesivas investigaciones y discusiones.

El comienzo de un extenso movimiento

Precisamente, la continuidad de este esfuerzo constituye el objetivo de mediano plazo de esta *Primera Jornada*. Por lo tanto, los núcleos que hasta el presente han motorizado su realización actuarán en ella partiendo de este acuerdo fundamental : seguir trabajando en esta dirección más allá de ella, comenzando por prolongarla en el tiempo y el espacio a través de dos medios iniciales. Uno, la realización inmediatamente posterior de Jornadas Socialistas Regionales de la Ciencia y la Cultura ; otro, fundar en distintas ciudades Institutos para el estudio crítico de la realidad nacional y del contexto histórico y social en relación con el cual habrá de decidirse nuestra existencia colectiva en un futuro cercano.

Así, mediante la actuación de estos núcleos regionales lo que se pretente es la articulación de un verdadero movimiento nacional que permita al nutrido y calificado sector de avanzada de nuestros científicos, escritores, profesionales, técnicos y artistas concentrar sus esfuerzos y recursos en favor de la transformación de Venezuela en una sociedad sin explotados y explota-

dores, sin el envilecimiento y la frustración de sus posibilidades colectivas que le impone la subordinación, a través de las clases dominantes, al imperialismo norteamericano.

La realización

De acuerdo con estos lineamientos generales, se llevó a cabo tanto la instalación como las deliberaciones de la *Jornada*. El acto de instalación, celebrado en el local de un cine y concurrido por mil doscientas personas, consistió fundamentalmente en una concisa ambientación audiovisual y en breves intervenciones orientadas a presentar el carácter y los objetivos de la *Jornada*, ya en su totalidad (Alfredo Chacón), ya desde los puntos de vista específicos de las ciencias sociales (José Agustín Silva Michelena), las ciencias naturales (Luís Hernández), el arte y la literatura (Luis Britto García) y la política (Freddy Muñoz).

Las deliberaciones mismas se desarrollaron durante los dos días siguientes en la sede de la Asociación Venezolana de Periodistas, contaron siempre con un número de participantes que osciló entre 250 y 300 y giraron en torno a los temas y ponencias que a continuación se especifican, junto con extractos de las conclusiones a que se llegó en las Comisiones.

La Comisión nº 1, Problemas del desarollo económico, se subdividió en las siguientes Subcomisiones y trató los siguientes temas : *Aspectos del diagnóstico* (petróleo y minas, industrias, agricultura, sector terciario, comercio exterior, global) y *Políticas alternativas de desarrollo* (nacionalización, socialización, autogestión, centralización y descentralización). Discutió a partir de las siguientes ponencias : « Venezuela 60-70. Una década de estancamiento económico-social », por Francisco Mieres ; « La industrialización en Venezuela. Algunas consideraciones », por Manuel Rodríguez Mena ; « Nacionalización del petróleo y desarrollo económico », por Armando Córdova y « La nacionalización de la actividad petrolera antes de 1983 », por D. F. Maza Zavala.

De las conclusiones : « Las ponencias presentadas a la Comisión y la discusión de las mismas dejaron en evidencia, a pesar del crecimiento económico que señalan las fuentes oficiales, la incapacidad cada vez mayor del sistema para garantizar un crecimiento autosostenido del ingreso y de las condiciones de vida de la población venezolana y sobre todo, la imposibilidad cada vez mayor de los sectores capitalistas para incorporar a la totalidad de la fuerza de trabajo al reparto de los frutos del crecimiento. En consecuencia se constató como perspectiva probable la desaceleración del crecimiento dentro de la presente etapa de sustitución de importaciones y la marginalización creciente de una parte importante de la población venezolana. Tales apreciaciones coinciden, por lo demás, con las conclusiones de diferentes estudios realizados por organismos como la CEPAL, que subrayan la gravedad de las perspectivas del desarrollo latinoamericano durante la presente década.

Entre los aspectos que se discutieron para fundamentar la apreciación general que antecede, figuran los siguientes : 1. El fracaso de la política desarrollista-reformista en sectores tales como agricultura , petróleo, distribución del ingreso, la sustitucion de importaciones, etc. 2. El carácter despilfarrador e imprevisivo de la política fiscal y en especial la de endeudamiento externo, que ha venido creando una carga creciente sobre las posibilidades futuras de desarrollo. 3. El módulo de asignación de recursos y el carácter monopolista de la formación de los precios determinan un alto grado de ineficiencia y carestía de la producción y la carga inflacionaria de sus efectos sobre las grandes mayorías bajo la forma de precios especulativos. 4. En suma, los indicadores analizados y otros también significativos ponen de manifiesto que la economía venezolana ofrece rasgos de una creciente ineficiencia, deformación y dependencia, no sólo debido a la reducción de la participación del país en los ingresos petroleros sino también a la limitada capacidad de absorción productiva de esos ingresos por parte de la economía en su conjunto. En consecuencia, al sistema económico vigente se le hace cada vez más difícil superar los obstáculos que se imponen a un aumento en la tasa de crecimiento, así como absorber con eficiencia mayores niveles de gastos públicos y privados. 5. Una visión global del problema permite pronosticar un agravamiento de los aspectos críticos tales como el subempleo y el desempleo, la marginalidad, el carácter regresivo de la distribución del ingreso, el endeudamiento externo, etc. En este marco de condiciones, la única posibilidad visible, que sería el aumento de los ingresos

B.D.I.C

petroleros para su utilización interna, en modo alguno contribuiría a resolver estos problemas, ni aun logrando, en el mejor de los casos, un aumento de la tasa de crecimiento.

La constatación de la incapacidad e indeseabilidad del modelo de desarrollo vigente, conduce a la necesidad de proponer otras vías de desarrollo, entre las cuales el modelo socialista aparece como el que mejor satisface las aspiraciones de las grandes mayorías nacionales. Se plantea sin embargo, la conveniencia de definir, después de un análisis detenido de la realidad de nuestro país, la naturaleza particular del modelo socialista más adecuado y los métodos para su implementación.

En efecto, la Comisión estableció que nuestro conocimiento de la realidad venezolana es todavía insuficiente a estos fines, lo cual pone en primer plano la necesidad de profundizar en el estudio de un conjunto de problemas y situaciones concretas, entre las cuales se hizo especial énfasis en las siguientes : a) El proceso de reversión, nacionalización y socialización del petróleo, planteado como una coyuntura inmediata por el próximo vencimiento de las concesiones petroleras. Este proceso puede ser la espina dorsal de la lucha del pueblo venezolano por el rescate de su patrimonio colectivo, hoy usufructuado por una minoría nativa y extranjera. b) El estudio del fracaso de la Reforma Agraria y de los graves problemas creados por la concentración capitalista en el campo. Sin descuidar el enfoque general, debe profundizarse en los aspectos concretos de índole regional y sectorial, así como en las nuevas contradicciones clasistas que aquél proceso genera. c) Evaluar, con el mayor rigor posible, la potencialidad positiva, para el sistema, de pequeños cambios en la estructura, especialmente en el sector agrícola, pues ello contribuye a posponer el estallido de las crisis generadas por el sistema mismo.

La Comisión nº 2, Problemas socio-políticos :

Aspectos políticos y sociales (clases sociales, partidos y grupos de presión, movimientos sociales, papel del Estado, nacionalismo, estructura del poder) y *Aspectos jurídico-institucionales* (estructura institucional, análisis de las instituciones, carácter de la justicia venezolana, iglesia y ejército, la asistencia pública). Ponencias : « Clases sociales », por José Agustín Silva Michelena ; « La justicia del subdesarrollo », por Colectivo de Investigación sobre la Justicia en Venezuela.

De las conclusiones : *Clases sociales*. « Se identifican algunos problemas de investigación que es necesario dilucidar por su significado para la definición de una política coherente y efectiva de la lucha de clases : a) Estudio de los mecanismos de la dominación, coacción y cooptación que utiliza la clase hegemónica para minimizar los efectos provenientes de la estructura social desigualitaria y restrictiva característica del sistema capitalista dependiente. Entre estos estarían la operación de los grupos de presión y la manipulación de las capas marginales. b) Caracterizar los diversos sectores medios y definir su papel en la lucha de clases. c) Estudiar el problema de la *incorporación* del proletariado al sistema, mediante el examen de : las formas y mecanismos mediante los cuales el sistema capitalista « aisla » al obrero de sus verdaderos cometidos de clase y lo reduce a las meras luchas reivindicativas ; los efectos de la tecnología importada sobre el nivel de vida del obrero, y su reflejo en la doble alienación que experimenta por la vía de la explotación de que es objeto y por la vía de la dependencia tecnológica ; las relaciones entre los obreros y las capas « marginales », competencia entre obreros (como sector privilegiado) y amenaza de su posición que representan las capas marginales. d) Estudiar el problema de la marginalidad en cuanto a : el status teórico del concepto ; examen de los orígenes y estructura interna de estas capas sociales. » *Justicia y sociedad*. « El estancamiento de los estudios e investigaciones en relación con la esfera jurídico-política por parte de la intelectualidad revolucionaria ha determinado un atraso sustancial de la teoría marxista en el campo del Derecho. Históricamente las clases dominantes han utilizado el ordenamiento jurídico como uno de sus principales instrumentos de conservación. En las metrópolis, la adecuación de las normas jurídicas a las necesidades internas y externas se ha realizado de manera en general satisfactoria, en tanto que en los países dominados por el imperialismo es común encontrar que esa adecuación está atrasada, tanto en el terreno de la reflexión teórica como en el de la aplicación. En Venezuela, en particular, donde el subdesarrollo da lugar a una

heterogeneidad estructural, el ordenamiento jurídico sufre un atraso manifiesto. Esto se manifiesta en : 1) La corrupción exacerbada del aparato judicial, que supera con creces los niveles propios de una sociedad burguesa ; 2) la falta de aplicación y la aplicación deficiente de algunos sectores del ordenamiento jurídico ; 3) la creciente militarización de la justicia, que desvirtúa los mismos fundamentos del Estado de Derecho burgués. » *Grupos de presión.* « Los grupos de presión más determinantes en Venezuela y que se convierten en los agentes más activos de la vida nacional, son, en un primer intento de análisis, la Federación de Cámaras de Comercio y Producción (Fedecámaras) y la Confederación Venezolana de Trabajadores (CTV). Proponemos los siguentes puntos para ser investigados : a) Quien condiciona la superestructura ideológica dominante ; b) quienes resultan beneficiados por esta superestructura ideológica ; c) cuál es la relación existente entre Fedecámaras, CTV, partidos políticos y Gobierno ; d) Fedecámaras, CTV, partidos políticos y Fuerzas Armadas como factores de apoyo del actual sistema político ; e) los sectores marginales : ¿ cuál es el grado de efectividad de sus demandas ? ¿ tienen canales efectivos para articularlas ? »

La Comisión nº 3, Problemas de la organización del territorio y del medio ambiente :

Problemas de la organización del territorio (el desarrollo regional, el desarrollo urbano) y *Problemas de la organización del medio ambiente* (saneamiento ambiental, obras públicas y vivienda, conservacionismo : reservas forestales e hidráulicas). Ponencias : « Venezuela problema. Aspectos regionales y urbanos », por Fernando Travieso ; « Contaminación ambiental », por Grupo de Investigación en Ingeniería ; « A propósito de la investigación de los problemas físicos y espaciales del desarrollo a diferentes niveles de análisis », por Marcos Negrón.

De las conclusiones : « La Comisión considera que el enfoque metodológico de las ponencias presentadas referentes al desarrollo regional y urbano constituye un planteamiento válido, que debe continuarse desarrollando. Se señala en particular la convicción de que las deformaciones presentadas en el desarrollo regional y urbano de Venezuela tienen su origen en su condición de país capitalista dependiente y que, en consecuencia, son insuperables hasta tanto no se supere esa condición. (...) La Comisión atribuye especial importancia a la consideración de que el enfoque propio del análisis regional implica un estudio integral de los problemas, exige y facilita el examen de las relaciones intersectoriales y permite evidenciar con considerable claridad las relaciones causa-efecto existentes entre los diversos sectores. »

La Comisión nº 4, Problemas de la cultura, la educación y la investigación :

Problemas de la educación (carácter de la educación venezolana, papel de la educación en el cambio social, requisitos de una nueva educación, educación y producción) ; *problemas de la investigación* (carácter de la investigación en Venezuela, investigación y tecnología, investigación y producción) ; los *medios de comunicación de masas* (carácter de los medios de comunicación de masas en Venezuela, comunicación de masas y dependencia cultural, comunicación de masas e ideología) ; *integración socialista de ciencia, cultura y política.* Ponencias : « El problema de la educación en Venezuela », por Esther Gamus ; « Algunas reflexiones sobre la ciencia y la tecnología venezolanas », por Grupo de Investigación sobre la Ciencia y la Tecnología ; « La comunicación colectiva. Primera parte : Esquema para un proyecto de investigación del fenómeno comunicacional en Venezuela. Segunda parte : Los medios de comunicación social en Venezuela socialista », por Eleazar Díaz Rangel y Gloria Cuenca de Herrera a nombre del grupo Prensa Libre ; « Hacia una mayor ideologización de los medios de comunicación social », por Jesús Moreno ; « Sobre la integración socialista de ciencia, política y cultura », por Alfredo Chacón. Intervenciones en la Cuarta Subcomisión : Ludovico Silva, acerca de División del trabajo social y trabajo intelectual ; Adriano González León, en pro de la revisión de los criterios usuales en torno del carácter elitesco o popular de la literatura ; Aníbal Isturdes, sobre la necesidad de un teatro vigencial, y Jacobo Borges acerca del cine del Tercer Mundo como antagónico a la cultura de la dependencia. De las conclusiones : *Educación.* « La crisis educativa es un resultado de la crisis general del

sistema capitalista dependiente, la cual se manifiesta en los procesos económicos, sociales y culturales que ocurren en el país. En efecto, como se afirma en la ponencia presentada a la consideración de esta Subcomisión : Mientras más se acentúan los rasgos capitalistas dependientes del sistema, a través de la desnacionalización de la economía, la dominación política y la alienación cultural, más se acentúan tambien sus necesarias consecuencias : la agudización de las disparidades en los niveles de ingreso, el aumento de la marginalidad social y política, la desigual distribución de los beneficios sociales del desarrollo, entre los cuales se encuentra la educación. Esta crisis se traduce concretamente en los siguientes fenómenos, entre otros : a) La reducción de la capacidad de absorción del sistema educativo, que se manifiesta en : una tendencia al aumento del déficit y un aumento de los índices de deserción escolar en todos los niveles. b) Aumento de la brecha educativa generacional, social y regional. c) Atraso de los contenidos educacionales en relación al tipo de desarrollo del país.

Históricamente la educación ha sido un instrumento de perpetuación del sistema y está organizada para servir al mismo. La dependencia estructural de la educación con respecto al sistema de dominación vigente y su función de sostenedora de aquel plantean a los sectores revolucionarios de Venezuela dos tareas principales : a) la lucha en general contra el sistema capitalista dependiente ; b) la lucha en particular contra los contenidos ideológicos del sistema educativo burgués.

El cumplimiento de esta segunda tarea implica la implementación de labores concretas para la denuncia de y la lucha contra los mecanismos que desarrolla el sistema educativo existente. A este efecto se propone la formación de un equipo que elabore un plan de trabajo y defina los mecanismos para desarrollar un proceso de discusión y de participación conciente de todos los sectores de la comunidad afectados por el problema educativo. (...) Con el objeto de iniciar esta labor se sugieren los siguientes puntos de análisis, para definir cómo opera el sistema educativo burgués en Venezuela : a) la educación como condicionador político ; b) la educación como instrumento de control político ; c) utilización de la educación para crear mitos que mitiguen las tensiones sociales ; d) la educación como caballo de Troya dentro de las clases sociales marginadas ; e) los fracasos de esa educación y su posible utilización para la lucha por la transformación de la situación actual. » *Medios de comunicación de masas.* « 1) Es necesario acentuar nuestros esfuerzos por el estudio e investigación de los problemas relativos al fenómeno comunicacional en Venezuela, al régimen de propiedad, estructura y dependencia económica de los *medios masivos de información* y a la influencia determinante que en los mismos ejercen, a través de la publicidad, los grupos que dominan nuestra economía. 2) No puede existir una desarticulación entre estas investigaciones, sus resultados y la acción política concreta. Estas investigaciones deben estar al servicio de la acción política y entre sus objetivos debe plantearse la necesidad de contribuir a la formación de una opinión pública revolucionaria. 3) Proponer la integración de un equipo de investigación del fenómeno comunicacional, integrante del equipo multidisciplinario dedicado al estudio de la realidad nacional, que organice, promueva y coordine trabajos de investigación sobre los medios de comunicación, el mensaje y sus efectos y otros aspectos colaterales. » *Integración socialista de ciencia, cultura y política.* « 1) Investigar la estructura, el sentido y la función social de la ideología dominante, especialmente en lo que se refiere al condicionamiento de la realidad y de las formas de expresar las distintas experiencias de ella. 2) Vincular el proceso mismo de la investigación con los problemas sociales inmediatos y propiciar la participación en este tipo de proyectos de las colectividades involucradas en dichos problemas. 3) Ello con el propósito de propiciar que los resultados generen respuestas políticas correspondientes y formas de acción concretas. »

La Comisión nº 5, Problemas de la juventud.

Durante el desarrollo de las discusiones se integró en la Primera Subcomisión de la Comisión nº 4. Su temario comprendía : caracterización de la juventud venezolana, la juventud y el cambio social, la juventud venezolana ante los problemas de la educación y el trabajo.

La Comisión nº 6, Problemas de metodología de la investigación multidisciplinaria :

Esquema para la investigación multidisciplinaria de la realidad venezolana y *La incorporación de la población a la investigación de su propia realidad.* Ponencia : « Anteproyecto para la constitución de un equipo multidisciplinario dedicado al estudio de la realidad nacional », por varios autores.
De las conclusiones : « La Comisión considera el Anteproyecto presentado como un buen punto de partida para realizar la investigación que se propone. Debe tomársele como una matriz flexible de referencia donde se inserten los esquemas específicos elaborados por los diversos grupos, correspondientes a disciplinas diferentes. La dinámica misma de la investigación multidisciplinaria debe ir generando las modificaciones necesarias. »

Proyección y continuidad

Este informe sólo ha pretendido dar una idea de como se desarrolló la *Primera Jornada Socialista de la Ciencia y la Cultura ;* o más bien, de como la realización misma de esta *Jornada* es significativa de posibilidades político-culturales que la trascienden en mucho y que de hecho constituyen el marco de referencia para los esfuerzos ulteriores que es necesario hacer. En este sentido, las deliberaciones del 12, 13 y 14 de noviembre fueron el resultado preliminar de las iniciativas que dentro de las condiciones de tiempo y recursos entonces disponibles, se pudieron coordinar hacia un proyecto semejante ; pero sobre todo, ellas son el punto de partida de una convergencia mucho más amplia y definida.
Por lo pronto, baste con indicar que se cuenta con los elementos mínimos para intentar convertir esta primera convergencia en el movimiento nacional que ahora muchos más personas y grupos alientan como objetivo posible y necesario. Por una parte, práctiamente todas las Comisiones quedaron constituídas como equipos de trabajo, tanto en Caracas como en las principales ciudades del interior del país. Estos equipos, además, tienden a crecer y a hacerse más orgánicos. Por otra parte, en Caracas se cuenta con un amplio local para la coordinación y realización de tareas, especialmente aquellas mediante las cuales los grupos de trabajo ya existentes habrán de entrar en relación de colaboración con los sectores más inquietos entre los obreros, los estudiantes, los marginados. Se dispone tambien de la revista « *S, del subdesarrollo al socialismo* ». De una edición especial de las conclusiones de la *Jornada.* Y de un plan de trabajo destinado a dinamizar y multiplicar las relaciones previstas entre estos elementos.

Caracas, diciembre 1971.

Notas de lectura

Juan Goytisolo.
Don Julián.
Ed. Joaquín Mortiz, 1971.

Bien lo sabemos, la historia de España—la España eterna, apostólica y romana, claro—empieza con la Reconquista y se afianza en las firmes columnas católicas de Isabel y Fernando, cuando fueron expulsados hasta—casi—el último, moros y judíos. En cuanto a la Conquista—la de los moros capitaneados por Tariq, el bravo beréber—se funda en la traición y la venganza de honor de un hombre, el conde don Julián, gobernador godo de Ceuta, cuya hija fue deshonrada en la corte de Toledo por el rey Rodrigo. Este es el pecado original, pecado carnal, esta es la culpa que desde entonces expían colectivamente los españoles. Ya que todo resulta de eso : el entredicho sexual, la sensualidad culpable, la dialéctica del honor, el cristiano caballero perfecto, la exaltación de lo austero y de lo fúnebre, la Inmaculada Concepción, el sentimiento trágico de la vida, cierta idea de la hispanidad y, como cruz de remate, la imprescindible referencia estoica, la invocación al primer gran homo hispanicus : Séneca. Esta sarta de embustes y leyendas alrededor de don Julián y la Cava, su hija, estos « hechos de cultura » en sentido freudiano, son lo que constituye la mitología de España, la de El Escorial y de Felipe II, la de Calderón, Lope y Tirso, la de Unamuno y la generación del 98—que volvió a dar vida a toda esa muñequería de ideas recibidas y prejuicios, exaltando al digno campesino de Castilla, investigando la esencia de España y del casticismo—, la de—last but not least—Primo de Rivera y la ideología vigente que consolidó los cimientos del Imperio al encarecer todos esos mitos.

Contra esa mitología Juan Goytisolo arremete, pluma en ristre, en su última novela, *Reivindicación del conde don Julián,* añadiendo una dimensión nueva, actual, a aquella amplia empresa de demolición nacional que su obra anterior anunciaba ya : la demixtificación del lenguaje. Goytisolo que domina la lingüística moderna y ha leído a Benveniste y los formalistas rusos, bien sabe que no se puede separar la lengua de la historia y que no se puede actuar sobre ésta sin hacer efecto en aquélla. Por eso su obra es doble y nos ofrece bajo una forma literaria sumamente original—novela o metanovela—al mismo tiempo un manual de historia, un tratado psicoanalítico, un libelo político-lingüístico, una aguafuerte goyesca, un comentario dirigido de literatura española, y hasta un magnífico poema.

Un hombre desterrado en Tánger contempla desde las alturas de la ciudadela las costas de su « tierra ingrata, entre todas espuria y mezquina » : España, su « Madrastra inmunda », donde impera « la ubicua potestad de Tonelete ». Este es el punto de partida. Una riada de imágenes sumerge de amargura y odio al contemplador : he allí « la futbolera, tauromáquica multitud », el pueblo ebrio de panem et circences, abúlico, esclavizado, adorador de sus cadenas, ese pueblo español que pudo gritar al acceso al trono de Fernando VII « vivan las caenas » ; he allí los « carpetos » en los que « el garbanzo ha inmovilizado sus mentes y su sustancia flatulenta sustenta su antigua y natural sinrazón », cuyo símbolo y guía es « Garbanzote de la Mancha » ; he allí « el coso taurino, ombligo de la nación hispánica » donde se ilustraron los mayores espadas : Séneca, « el nietzscheano torero de la virtud », el « estoico Lagartijo » y el « pitagórico Manolete » ; he allí, imprescindibles y lustrosos, los « tricornios de charol » que obsesionaron las noches verdes de Lorca. Y es que este país—como lo sugirió magistralmente et poeta catalán Salvador Espriu no es más que una vieja « piel de toro » ensangrentada « rezumando pus y grandeza por entre agrietadas costras de cicatrices ». En ese magma de rencor y acritud, ninguna gloria sale a salvo entre las que crían moho en las estanterías polvorientas de la biblioteca hispánica de Tánger. El hispanizante reconocerá en ese flujo verbal un famoso diálogo del Alcalde de Zalamea, una invectiva acerba de Quevedo, y en la cúspide de esas cenizas, Unamuno, « valetudinario y yacente : con la mano apoyada en el corazón : hierático frente a las absortas multitudes : ¡ ah, me duele España ! » Lo cual resulta bien natural si pensamos que el filósofo—Séneca o el rector de Salamanca—más que ningún otro es creador de mitos y dispensador de ideologías falaces. Por eso el novelista, al final de su novela, agradece a los grandes nombres de la literatura española, desde Alfonso X el Sabio hasta Vélez de Guevara, pasando por Azorín y Teresa de Avila, por su « participación póstuma o involuntaria ».

Necesita, pues, el autor la violencia del iconoclasta, o, mejor dicho del mitoclasta. Este libro nos cuenta, en realidad, rabiosamente, el sueño de la razón y el delirio orgánico, la agresión faunesca planeada contra su propia cultura por un exiliado español, un periodista, el fotógrafo de *Señas de identidad,* este Alvaro a quien encontramos de nuevo aquí, ya maduro, y que asume, para hacerlo, la personalidad atractiva e inquietante, legendaria y mítica, de don Julián, ese traidor que abrió

las puertas de España al árabe. Desde lo alto de su promontorio tangerino, Alvaro-Julián clama su llamada al djihad : « ¡ a mí, guerreros del Islam, beduinos del desierto, árabes instintivos y bruscos ! : os ofrezco mi país, entrad en él a saco ». Y el libro se organiza como un juego de pim-pam-pum liberador, que arremete contra el « lechuguino concepto », derribando todas las glorias y vanaglorias, mancillando con saludable delectación los folios apergaminados de los maestros del idioma, de los heraldos del « bello siglo de Cartón Dorado ». Hay que mencionar la escena extraordinaria cuando el narrador se transforma en cazador de insectos : moscas, abejones, arañas, toda clase de bichos dípteros e himenópteros, luego con su botín buñuelesco va a la biblioteca de la ciudad en cuyos estantes, dice Goytisolo, « cuatro siglos de podredumbre te contemplan », y allí, tomando a Lope, tomando a Alarcón, tomando a todos los genios literarios de España, aplasta entre sus hojas abejas y tábanos y ¡ zas ! con una furia mitoclasta sumamente libertadora, como lo es toda guerrilla.

Y es que este nuevo « fou d'Elsa » que es Goytisolo se apasiona por otra cosa muy distinta de la cultura enmohecida, de esos mitos rancios, de este « viejo alcázar lingüístico » que es la lengua española. Quiere forzar los vocablos, quebrar la semántica, violentarlo todo para encontrar su verdadero idioma, al fin, libre, liberado. Tiene que descolgar « el austero crucifijo Kierkegaardiano », tiene que desterrar al Cid, a Manolete, a Jimena, a todos los muñecos del teatrillo fúnebre. Guerrillero del lenguaje, tiene que reconquistar la tierra de antes del pecado, el Edén, la Atlántida, y borrar definitivamente la « venenosa cicatriz » que separa España de Africa.

Entre todos los libros de Juan Goytisolo, éste es por cierto el más profunda y violentamente comprometido. Con técnica nueva—empleo sistemático del tú y del futuro, ausencia de mayúsculas, puntuación a base de dos puntos—el autor crea una forma literaria verdaderamente abierta que concierne directamente y pone a su lector en situación agresiva, lo cual le permite expresar atinada y eficazmente la incesante machaconería de la demixtificación de la hispanidad. Así que Goytisolo trasciende las aproximaciones realistas de *Juegos de mano* o *Campos de Níjar* y supera sus límites pobremente contestatarios. Para él no se puede luchar sino cambiando radicalmente las estructuras de la lengua y rechazando el « castellanismo », esa « pesadilla estética », según la expresión de J.-M. Castellet. Conviene al revolucionario encontrar una voz revolucionaria. En este enfoque, *Don Julián* constituye ciertamente el ejemplo más convincente.

Albert Bensousann.

Ian Gibson.

La represión nacionalista de Granada en 1936 y muerte de Federico García Lorca.

París, Ruedo Ibérico, 1971.

Mucho se ha escrito ya sobre la muerte de García Lorca, destacándose las aportaciones fundamentales de Gerald Brennan y Claude Couffon. Los libros que Jean-Louis Schonberg escribió sobre el poeta de Granada están inspirados por el empeño de explicar lo mismo la obra que la muerte del poeta por su homosexualidad, llegando hasta deformar, en las traducciones fragmentarias citadas por él, el sentido de los textos. Hoy nadie puede tomar en serio las tesis de Schonberg, rebatidas por todos los investigadores serios, y recientemente en el libro —algo confuso y atropellado—de Marcelle Auclair. El estudio de Ian Gibson ofrece, a base de una documentación de primera mano, la versión más convincente del asesinato de García Lorca. El investigador inglés pasó un año en Granada ; repasó las colecciones de los periódicos locales, logró recoger testimonios orales de varias personas que todavía no habían hablado a nadie de las circunstancias en que se encontraron mezcladas al trágico acontecimiento, especialmente de Angelina, la niñera de la familia de Montesinos, y de muchas otras que, por razones obvias, no le es posible nombrar. Incluso cumplió el « tour de force » de conseguir una entrevista del ex-diputado derechista Ramón Ruiz Alonso ; queda demostrado que, a pesar de sus confusas justificaciones, fue el primer culpable de la detención del poeta. No cabe duda ahora, gracias a las pacientes investigaciones de Gibson, que José Valdés Guzmán, gobernador civil de Granada en las primeras semanas del levantamiento, es el mayor responsable de la muerte de Lorca.

El objeto del libro ha sido, según dice el autor en su *Introducción*, « colocar el asesinato de Gar-

cía Lorca dentro del contexto general de la represión nacionalista de Granada ». Esto es quizá uno de los aspectos más interesantes del estudio de Gibson, aspecto que nadie había examinado tan minuciosamente como él. El clima político de la ciudad andaluza está estudiado con criterio científico, y a base de documentos y datos fidedignos que permiten poner de relieve las rivalidades entre la C.E.D.A. y la Falange. Los acontecimientos que tuvieron lugar en Granada durante los días inmediatos al 18 de julio de 1936 están presentados casi hora por hora, gracias a las noticias encontradas en el periódico *Ideal*, así como el fracaso del núcleo de resistencia al pronunciamiento que se formó en el Albaicín, y la consiguiente cruel represión de que fueron víctimas los vencidos por su fidelidad al régimen republicano. Gibson analiza también—y por primera vez—la campaña propagandística de la prensa franquista que quiso primero imponer la absurda versión del fusilamiento de Lorca por los « rojos » en Madrid o en Barcelona, y luego trató de quitar a la Falange la responsabilidad de su muerte, anunciando la falsa noticia del asesinato de Benavente, lanzada el 20 de agosto de 1936 por Queipo de Llano en las ondas de Radio-Sevilla. Por fin el autor examina las varias polémicas a que dieron lugar posteriormente las versiones contradictorias de la muerte del poeta. Su conclusión está bien clara : « En definitiva, Federico, como tantos de sus amigos y como millares de granadinos menos conocidos que él, cayó víctima del odio de la Iglesia española y de la « peor burguesía de España » a la que había aludido el poeta en su entrevista. Federico García Lorca fue asesinado por la mentalidad tradicionalista española. »

Este trabajo no es pues sólo un libro más sobre Lorca ; es el fruto de una investigación sistemática, realizada con todo rigor científico, acerca del trasfondo histórico del asesinato del poeta, de las circunstancias que lo provocaron, de las personas que contribuyeron a ejecutarlo y de las razones que les movieron. Bastante meritorio sería el que Gibson hubiera aclarado definitivamente lo que fueron los últimos días del poeta. Pero su libro es muchísimo más : es una contribución fundamental a la historia de los comienzos y antecedentes de la guerra civil española en la ciudad andaluza, un libro imprescindible para los historiadores de este trágico momento de España.

Robert Marrast.

José María Gironella.
Condenados a vivir.
Premio Planeta 1971.

Pocos escritores españoles de la posguerra han alcanzado un éxito comparable al de José María Gironella. « Un millón de muertos » y « Los cipreses creen en Dios » han encontrado millones de lectores, casi tantos como el semanario « Marca ». Ahora Gironella acaba de recibir por segunda vez el Premio Planeta con su novela « Condenados a vivir », pulcramente editada en dos pequeños volúmenes al módico precio de 350 pesetas.

¿ Cuál es el tema de la novela ? La realidad. ¿ Qué parte de ella ? ¡ No faltaba más ! La realidad en su totalidad : la conclusión de la guerra, el Congreso Eucarístico de 1952, la cuestión regional, la flamencología y los toros, París, el plan Marshall, la arquitectura y el Concilio, las drogas, la infidelidad y los placeres infantiles, el bloqueo a España, la bomba atómica, la masturbación y el existencialismo, el turismo, el problema generacional, la cuestión femenina y el Tibidabo. Algo así como si dijéramos Tolstoi, Balzac, Baroja, Faulkner, el descubrimiento de América y la caída de Constantinopla condensados en una novela de 700 páginas. Y todo eso por sólo 350 pesetas ! Se venderá como el pan, a no dudarlo.

El mundo de Gironella es esencialmente idéntico al de Cenicienta y el Príncipe Feliz. Sus personajes pertenecen a la alta burguesía. Son grandes capitalistas. Uno de ellos, incluso, ha hecho dinero montando una cadena de « amueblados » en Barcelona. Pero capitalistas, traficantes o tratantes de blancas, todos tienen un gran corazón. Poseen el don de la ecuanimidad, son inteligentes, perspicaces y generosos, incapaces de albergar un mal pensamiento con respecto a los demás. Sus respectivas mujeres son cultas, bellas y no menos inteligentes. Paseando por París, hacen una graciosa reverencia ante la estatua de Montaigne. Aunque a veces sufren curiosas lagunas. Por ejemplo, no consiguen *explicarse* el problema de los judíos en la Alemania de Hitler. Claro que hay algún malvado suelto por allí. Se trata naturalmente de un anarquista (Los anarquistas, como es de todos sabido, son malos, sucios, feos y asesinos ; además no les gusta el trabajo), pero para eso está la policía.

Están también los hijos. Van a un colegio de pago donde, no obstante, una tercera parte de los alumnos son becarios pobres. Los hijos son uno depo

tista y otro intelectual. Dignos hijos de tan excelentes padres, son por supuesto el mejor deportista y el más notable intelectual del colegio. Son, en suma, talentos privilegiados. Primogénitos de familias ricas, los frailes los llaman « señor Vega » y « señor Ventura ». El resto son simplemente Pérez y González. Ahora bien, como en el mundo de Gironella las cosas son siempre perfectas, en la enseñanza, la iglesia o, al menos, el colegio Bonanova, no existe la menor discriminación. El mismo respeto merece el hijo del banquero que el hijo del barrendero. ¿ Como en un sueño, verdad ?

Gironella es siempre conciso y directo. Nunca resulta innecesariamente retórico. A diferencia de Joyce, Proust y otros literatos exquisitos y más o menos decadentes, no le gusta andarse por las ramas. Escribe como su madre hablaba, según estipula el venerable aforismo de Jiménez. Así sus personajes, en vez de crisis de angustia existencial, sufren el patatús, y luego la pasan bomba, o chanchi. « El resto, ni pum », o « Ni fu, ni fa ! » Estos y otros arabescos verbales, artística y estratégicamente distribuidos, decoran con innegable sentido de la originalidad las páginas de la novela.

En fin, es de suponer que, a semejanza de las anteriores, también esta novela de Gironella llegará a tirar 200 000 ejemplares (casi tantos como el semanario « Marca »). Como decía Pascual, el público a veces tiene razones que la razón no alcanza a comprender. Aunque personalmente no la consideraría como una novela. « Condenados a vivir » es algo menos que un libro : es más bien el testimonio de que no todo funciona tan bien como debiera en este mundo que quizá no sea tan perfecto como Gironella se imagina.

Juan Carlos Curutchet.

Joaquín Casalduero : *Por fin, sin esperanza*

Ediciones La Isla de los ratones. Colec. Poetas de Hoy. Santander, 1971.

Para la gran mayoría del público, el nombre de Joaquín Casalduero va unido, casi exclusivamente, a la obra de un profesor e investigador literario, de un ensayista y de un historiador de nuestra literatura. Muy pocos serán todavía los que le conocen como poeta—circunstancia que se explica por su tardía y muy reciente llegada al mundo de la propia creación poética. Por lo menos en lo que concierne a libros y poemas publicados, ya que el hecho de no haber empezado hasta ahora su publicación con cierta regularidad no implica, ni mucho menos, el que no escribiera poesía desde antes. Lo más probable es que ocurriera precisamente así, pues una de las características de sus obras poéticas es la madurez y la seguridad, cualidades que sería raro encontrar conjugadas en un poeta improvisado o de última hora.

Cronológicamente, Casalduero es contemporáneo—a uno o dos años de distancia apenas—de Emilio Prados, Cernuda y Alberti, aunque por su vida y profesión está más cerca de Jorge Guillén, de Salinas y de otros profesores poetas en que abundó la promoción llamada del veintisiete. De todos los citados le distingue la sorpresa de una vocación inesperada y tardía. Pero con todos comparte, en cambio, un mismo alejamiento prolongado de España—quizá uno de los países del mundo que cuenta con una literatura « peregrina » y ausente más importante, por unas u otras razones.

En efecto, casi toda su vida la ha pasado Casalduero fuera de España : primero como profesor en universidades europeas, y a partir de los veintiocho años, instalado en Estados Unidos, enseñando en diversas universidades de este país, en donde lleva ya cuarenta años. Lejanía, apartamiento que quedan compensados más que por los viajes de contacto con la tierra nativa, por las exigencias de la propia profesión, que le obliga a ocuparse sin cesar de nuestra literatura y a través de ella de toda nuestra existencia como nación y pueblo : arte, sociedad, pensamiento... De esta forma Casalduero se convirtió en especialista y comentador de algunas de nuestras figuras y obras literarias más representativas y de primer plano : Cervantes, Espronceda, Galdós, el mundo de los libros de caballerías, la comedia... Quizá la propia lejanía, al apartarle del bronco ruido cotidiano, le proporcionó una perspectiva más amplia desde la que ha podido adquirir una comprensión más aquilatada, un estudio más sereno y de vuelo más alto.

Ahora, su última y reciente incursión pública en el terreno de la poesía, nos lo muestra igualmente lúcido y grave ; es decir, lo contrario del profesor que ejercita la poesía a modo de pasatiempo o distracción a la que dedica, de vez en cuando, sus ratos de ocio. En Casalduero el ejercicio poético es algo importante; tanto, si no más, que la labor

crítica e interpretativa de grandes obras literarias. Ahora se trata de interpretar la vida misma, y de interpretarse a sí mismo. Ni ensayos técnicos, ni puro juego. El lector *siente* que está ante el fruto maduro de una larga, soterrada experiencia de la que el autor ha sacado personales conclusiones.

Su primera salida poética « pública » se remonta, que sepamos, a 1925 ; pero se trata de una traducción al francés de un poema, y como a partir de 1931 dejó de publicar poesía hasta 1967, podríamos decir que es sólo desde la última fecha cuando su labor poética se manifiesta con cierta regularidad y continuidad (al menos públicamente). En 1967 publica *Poema que se llama* (Málaga, A. Caffarena). Luego, en la revista « Papeles de Sons Armadans », aparece en abril de 1970 *Un cero que padece y nada más.* En fin, en la colección « Poetas de Hoy » de Santander, se publica en 1971 la colección poética titulada *Al fin, sin esperanza*—que es una especie de suma o compendio en donde recoge el autor casi todos los poemas ya citados, completándolos con otros.

El título de este libro puede parecer pesimista : *Al fin, sin esperanza* traduce a primera vista el abandono, la pérdida de toda esperanza. Pero no hay que olvidar que el autor mismo—después de citar a Cervantes—nos dice que su libro hay que leerlo afirmativamente ; y no hay que omitir, a este respecto, el valor expresivo de *Al fin,* locución que por sí sola indica la llegada de algo esperado, el cumplimiento de un deseo. Es decir, que la esperanza perdida es precisamente la que por imposible e idealista no podía ser realmente esperanzadora. De ahí la necesidad de abandonar todo idealismo « irreal » o « trascendente » para comprender al fin que se está, que estamos todos en la tierra, sobre ella y con ella para siempre—en tanto que simples figurantes de su propia aventura. Sólo a partir de tales realidades puede surgir una nueva esperanza a nuestro alcance y medida, que en vez de irse trasponiendo y demorando incesantemente a un mañana cada vez más lejano, se sitúe en el hoy, mientras vamos realizando nuestra propia obra *al fin, sin esperanza.*

Esta idea aparece como una constante—o como tema principal—en diversos poemas a lo largo de las ochenta páginas del libro. *El hombre está en la tierra/con el tiempo* (p. 20). *No hay mañana sin ahora/sin vida/sin obra realizada/la esperanza la creamos nosotros* (p. 14-15). *De la leyenda se pasó a la historia/y ahora entramos en la realidad, obra del hombre* (p. 38)...

El libro encierra una gran riqueza y variedad de sentidos, de temas subsidiarios, recorre una amplia escala de tonalidades. En unas ocasiones es dramático ; sarcástico en otras e incluso cínico,—aunque de un cinismo templado de humor y sonriente irreverencia, a lo fáustico : *Dios Padre « siempre » eterno se aburría/La paloma también* (p. 35). El dato biográfico aparece en diversos lugares, cosa lógica tratándose de una obra en la que entra el examen retrospectivo, la nostalgia de *la vida que se fue.* Por ejemplo en el poema *No me siento extranjero me siento extranjero* (p. 44). Y en fin no podía faltar la preocupación de España—de su historia, arte y hombres, en tan buen conocedor de causa. Recuérdese la « suite » *Orquesta de mármoles y bronces,* espléndida estampa de atabales y trompetas entre oropeles y estatuas yacentes, en medio de la gusanera de Austria (p. 65-66).

Obra densa, trabajada en profundidad. Variada y, al mismo tiempo, ajustada a un ritmo propio, consecuente y sostenido. Entre el enigma, la melancolía, la burla, la crítica aparecen deslumbrantes imágenes, suben a la superficie sentires y estados de ánimo bellamente expresados, como *esa tristeza de sentirse con vida/y ya vencido* que tiembla entre las palabras. El tono dominante lo da la sobriedad, la concisión ; aquí la fuerza expresiva no proviene de la acumulación sino más bien de la economía de medios. Pero el propio autor nos da una clara visión de su poética en el poema final titulado : *No poeta, poeta.*

J. Corrales Egea.

Los poemas de Ernesto Cardenal

Hace tan sólo unos cuatro o cinco años el nombre de Ernesto Cardenal era únicamente conocido en pequeños círculos literarios de América Latina y de España. Se recordaba su paso por Madrid, un Madrid sórdido, sin turistas y con cartillas de racionamiento. De aquellos años finales de la década de los cuarenta datan sus primeros poemas, desperdigados en revistas y aún no recogidos en libro por entonces. Pero sobre todo se le asociaba al prólogo de la antología que se publicó en 1949 titulada *Nueva poesía nicaragüense,* prólogo que en realidad era su tesis de grado al licenciarse

en Filosofía y Letras. Posteriormente se le perdió la pista, y de cuando en cuando, a través de amigos que regresaban de Nicaragua, se iban conociendo, posiblemente algo fantaseados, algunos retazos de su vida. Se sabía que tomó parte activa en la política de su país, luchando en la clandestinidad contra la dictadura de Somoza, que fue detenido a raíz de descubrirse un complot para acabar con la vida del Presidente, y que más tarde, hacia 1957, experimentó algo así como una conversión religiosa, noticia que se confirmó al poco tiempo cuando se supo que había ingresado en el monasterio trapense de Our Lady of Gethsemani, en los Estados Unidos, en donde por dos años fue discípulo de Thomas Merton. Por este tiempo aparecieron sus primeros libros *Hora O, Epigramas* y *Gethsemani, Ky,* que pese a contener muestras de una buenísima poesía, tuvieron poca difusión. Cuando se hablaba de Cardenal se citaban, junto con el suyo, los nombres de José Coronel Urtecho y Pablo Antonio Cuadra, mayores que él, y también los de sus compañeros Carlos Martínez Rivas y Ernesto Mejía Sánchez. De ese extraordinario quinteto de poetas nicaragüenses fue finalmente Cardenal el que logró de un modo espectacular el favor de la crítica y de los jóvenes lectores de poesía en estos últimos años. Todo sucedió a partir de la publicación de su *Oración por Marilyn Monroe y otros poemas,* en 1965. Por entonces Cardenal ya había realizado estudios sacerdotales en México y en Colombia, y había sido ordenado de cura en Nicaragua. Este libro, y en particular la composición que le da título, es realmente una deslumbrante muestra de emocionada poesía, novedosa, inquietante, que daba cauce a muchos de los intentos de sacar a la lírica castellana de cierto tipo de provincianismo en el que había caído, y del que se salvaban únicamente algunos cuantos nombres ya consagrados. Pero, recordando los anteriores libros de Cardenal, no se nota un decisivo salto cualitativo en su *Oración...* que justifique la especie de « descubrimiento » de su calidad que se produjo casi como una explosión. Entonces se le volvió a leer, ahora ya con más detenimiento, y sus poemas fueron reeditados en libros, revistas y antologías. Lo que ocurría es que se habían acumulado factores de diverso tipo para hacer brillar la limpia voz de Cardenal en su forma de enfrentarse con la realidad a través del lenguaje. Cardenal no hace distinción alguna entre temas o expresiones tradicionalmente reconocidas como poéticas y otras que se consideran más propias de la prosa, del periodismo, de los anuncios publicitarios, de la jerga coloquial o de los modismos o giros coloquiales que pone en boca de los personajes que aparecen en sus poemas. El resultado es una amalgama de datos históricos, conversaciones, crónicas, apuntes y descripciones bellísimas de plantas y animales de su tierra, retratos inolvidables de tipos como Sandino, Bernal Díaz o José Dolores Estrada, epigramas y poemas de amor, salmos e imprecaciones. Todo, presentando una visión lúcida y cruel de un mundo bello y cambiante, en el que contrastan la miseria de los desheredados de América con la vertiginosa hermosura de las luminosas autopistas y ciudades de U.S.A., o la fría traición del esperpéntico Somoza con la aparente sencillez de la anécdota del *campisto* Joaquín Artola, persiguiendo con su yeguada a los yanquis por el llano de Ostocal. A este increíble cura nicaragüense, para mejor comprender el significado total de su obra, debe situársele—como también ocurre con el fabuloso Nicanor Parra—en una línea que difiere tanto de la poesía *grande* o *transcendental* como de las experiencias de los distintos grupos vanguardistas que existen en América Latina. No es la suya una poesía religiosa, pese a que él sí lo es; no es poesía política o comprometida—en el sentido que habitualmente se le da a estos términos—y sin embargo los temas políticos y aún su propia postura combativa están continuamente presentes en su obra; no es tampoco poesía narrativa, aunque Cardenal emplee esa técnica o la del relato o relación en muchos de sus poemas. Hay algo más profundo en toda su obra que escapa a cualquier tipo de clasificación al uso y que deja perplejos a críticos, ensayistas y antólogos. Cardenal adopta en cada poema un modo de expresión que el propio tema, la situación o los personajes le imponen : es cronista con Gonzalo Fernández de Oviedo; predicador en el responso a Marilyn; conspirador revolucionario al recordar a su amigo Adolfo Báez Bone, asesinado por la dictadura; poeta enamorado cuando se dirige a las muchachas que algún día leerán emocionadas sus versos; repórter fotográfico al describir un atardecer en Managua; evangelista al contar en su *Apocalipsis* el monstruoso cuerpo metálico de la Bestia y el fin del mundo en una próxima guerra nuclear... Todos estos rostros, y aún muchos otros más, ofrece Cardenal, verdadero mago en metamorfosear su identidad como escritor y como hombre. Con un dominio absoluto del verso, un riquísimo lenguaje vivo, una admirable falta de respeto hacia la construc-

ción convencional del poema y un don maravilloso de saber transmitir al lector la emoción y hasta la importancia de los sucesos más nimios, Cardenal aparece en el contexto de la poesía castellana actual como uno de los autores más dinámicos y llenos de verdadera capacidad para recrear el idioma. En sus *Poemas,* selección antológica publicada en Barcelona por la *Colección Ocnos,* aparecen muestras de sus primeros libros, antes citados, y también composiciones de sus más recientes obras *El estrecho dudoso, Homenaje a los indios americanos* y *Vida en el amor.* El favor que en España —como en toda América Latina—está teniendo su poesía es comparable al que, en su día, tuvieron los primeros poemas de Neruda o de Vallejo, y expresa muy directamente la angustia y el sometimiento en que vivimos tantos millones de hispanoparlantes, y también la esperanza en una revolución total que devuelva la dignidad perdida, si es que alguna vez la tuvimos, revolución que en el ámbito concreto del idioma este cura nicaragüense llamado Ernesto Cardenal, desde su colonia de retiro en el archipiélago de Solentiname, inició y continúa sin descanso, y en la que están empeñados también unos cuantos novelistas y poetas actuales que han conseguido para la literatura en castellano, una audiencia mundial.

José Agustín Goytisolo.

Cuatro libros sobre novela española

Gonzalo Sobejano, *Novela española de nuestro tiempo,* ed. Prensa Española, Madrid 1970. J. Corrales Egea, *La novela española actual,* ed. Cuadernos para el Diálogo, Madrid 1971. Edenia Guillermo y Juana A. Hernández, *La novelística española de los 60,* ed. Eliseo Torres, New York 1971. Rafael Bosch, *La novela española del siglo XX,* II, ed. Las Américas, New York 1971.

Que en menos de doce meses hayan aparecido estos cuatro títulos, constituye una muestra más del creciente interés que la narrativa española de nuestros días está despertando en la crítica y en el público lector en general. En este sentido, el papel desempeñado por la nueva novela latinoamericana, en cuanto a revalorización del español como lengua literaria, me parece claro. Primero, porque desde un punto de vista estrictamente literario esta revalorización es incontrovertible. Segundo, por haber coincidido con una favorecedora coyuntura editorial creada por el consumismo, que ha hecho posible, al menos en parte, el tan traído y llevado « bum ». No traigo a colación estos fenómenos para hablar de « oportunismo » por parte de la última narrativa española : siento defraudar a más de un lector y crítico. Los menciono, simplemente, para, después de recordar lo que cierta escritura española cotemporánea tiene de *encuentro* con la hiapanoamericana—Fuentes dixit—,señalar así mismo motivaciones y ambiente que pudieran explicar la atención que la novela española de hoy suscita.

Los cuatro trabajos que aquí comentamos son muy distintos en calidad, enfoque crítico y materia abarcada. Necesario, pues, el tratamiento por separado después de algunas consideraciones generales.

Bien sea por falta de perspectiva histórica, bien por dificultades de la materia objeto de estudio, a por la profusión de interferencias extraliterarias que con frecuencia han venido recayendo sobre la última literatura hispánica, lo cierto es que todavía carecemos de un análisis coherente de la producción novelística de los últimos treinta años. Falta un estudio formal de la evolución de la estructuras narrativas que nos explique el camino que media de *Nada* a *El Jarama* o entre *Tiempo de Silencio* y el reciente *Don Julián.* Por faltar, falta una buena monografía, un buen artículo, sobre *Pascual Duarte, La Colmena* o la singular obra de Martín Santos—por citar tres ejemplos significativos. Careciendo de esta labor crítica de base, el estudioso de la novela contemporánea, al intentar abarcar en un libro el acontecer literario de un tercio de siglo y someterlo a análisis, necesariamente tiene que enfrentarse con dificultades y limitaciones de todo tipo. De ahí que todavía permanezcamos en un estadio muy próximo al repertorio ordenado de novelas y novelistas, con problemas metodológicos de clasificación, con delimitaciones de « olas » y « contraolas ».

En diferente grado y de diferente manera, estos últimos libros continúan adoleciendo de rudimentarismo crítico, probablemente determinado por la pobreza de los estudios predecesores que antes mencionábamos. No sería justo, sin embargo, dejar de señalar las aportaciones, planteamientos nuevos y lagunas borradas que varios de estos recientes trabajos nos ofrecen. Procederemos a ello, seguidamente, en los comentarios dedicados a cada obra.

El libro de Gonzalo Sobejano me parece el más completo y analíticamente agudo de los cuatro; sin duda, el que más escapa a las deficiencias críticas arriba citadas y, hoy por hoy, uno de los trabajos más útiles de que puede disponer el lector interesado en estos temas. Después de un primer ensayo sobre la guerra española como objeto de novelas, prosigue Sobejano su estudio con *Pascual Duarte* (1942) para llegar en un largo recorrido hasta las últimas manifestaciones narrativas de los años sesenta. La obra está dividida en dos grandes secciones bajo los rótulos de « novela existencial » y « novela social » ; dentro de estas categorías generales se distinguen y estudian con cierto detalle subdivisiones, tendencias y problemas particulares, para finalizar cada sección con una síntesis de los caracteres comunes entre las novelas y escritores agrupados bajo un mismo signo.

La división bipartita entre novela existencial y novela social imagino que responde a la inquietud del autor por establecer criterios ordenadores frente a la enumeración confusa, cuando no caótica, de algunos trabajos críticos publicados hace ya tiempo. Ponderación, amplio conocimiento, inteligente criterio de selección, encontrará el lector en cada página de este apretado volumen. No obstante, he de confesar que no comparto el enfoque general del estudio. Las dos amplias categorías que Sobejano maneja, apuntan de forma clara hacia criterios de clasificación que no creo que sean los que más convienen a la narrativa española actual y al análisis de su evolución. Este método de trabajo conduce al tratamiento común de novelas tan dispares en composición y sentido como *El Jarama* y *Señas de identidad,* al tiempo que obliga a distanciar, por ejemplo, *La Colmena* de los intentos neorrealistas de jóvenes escritores en la década de los cincuenta.

Hemos asistido en los últimos años a una fuerte corriente de negación y desprecio por el realismo social de mediados de siglo, infravalorando más de una vez varios de sus mejores logros. En este sentido, la ecuánime vindicación desarrollada por Sobejano de una parte de la producción literaria socialrealista, resaltando sus aportaciones y búsquedas formales, me parece oportuna. Sin embargo no creo pertinente situar en la misma dirección *Central eléctrica* y *Tiempo de Silencio* en base a ciertas actitudes de denuncia social adoptadas por sus respectivos autores. No es casualidad que el ámbito socio-espacial donde Martín Santos desarrolla su novela sea casi el arquetípico de la novela realista que le precedió. Tampoco implica la similitud temática una simpatía estética. La identidad de situaciones con opuesto tratamiento funciona como recurso ideal para la labor desmitificadora y destructiva de la literatura anterior : pensemos en el papel desempeñado por situaciones caballerescas y pastoriles en el Quijote de 1605.

En 1956 agota Sánchez Ferlosio toda una línea narrativa llevando a los últimos extremos sus postulados estéticos y posibilidades técnicas. En 1962 Martín Santos le asesta el golpe de gracia al tiempo que abre las puertas a una nueva forma de manipular la ficción, continuada después por Goytisolo, Benet, Delibes, etc. Es posible que entre una y otra época las inquietudes sociales del novelista permanezcan si no invariables igualmente intensas. Pero las preocupaciones literarias, las vías de creación, los valores estéticos del presente, han resultado ser considerablemente distintos. Sobejano, que no pasa por alto este cambio de rumbo, no parece tenerlo en cuenta en toda su trascendencia.

El estudio de Corrales Egea tuvo su origen en unas conferencias ofrecidas en la Universidad de Nancy y, no obstante la redacción en forma de libro, sus páginas se resienten algo del primitivo fin con que fueron concebidas. *La Novela Española Actual* abarca un período muy similar al recorrido por Sobejano en la obra que anteriormente comentábamos, aunque de forma menos detallada y, a veces, demasiado esquemática. Por razones de fecha de publicación, el trabajo está más actualizado, incluyendo en sus páginas observaciones sobre novelas aparecidas hasta principios de 1970.

Distingue Corrales Egea siete momentos en la historia narrativa española de los últimos treinta años, procediendo a este respecto de manera más minuciosa que otros críticos. Generalizando, estas fases podrían reducirse a tres etapas principales : primeros intentos por restaurar el realismo (1942-1951) ; la nueva novela del realismo objetivista (1951-1962) ; la « contraola » y la liquidación del realismo (1962-1970).

Las secciones dedicadas a la producción de postguerra y a la joven literatura de mediados de siglo; me parecen, con diferencia, las más acertadas. La significación de *La Colmena* y su función promotora de la novela inmediatamente posterior están estudiadas con buen criterio, si bien no es el primer autor en señalarlas. Excelentes, también, las páginas en que se analizan las peculiares características, sentido y razón de ser histórico-literario,

del realismo objetivo en la literatura peninsular. Original y certera, la bifurcación del género observada entre 1958 y 1960, « primeros signos de sofoco » que permiten comprender mejor el clima que hace posible, o que al menos prepara, el experimento de Martín Santos.

Combina Corrales, en gran parte de su libro, sensibilidad crítica con el conocimiento directo que posee del quehacer narrativo (el autor es también novelista de mérito). Por ello extraña más la incomprensión que revelan los últimos capítulos de la nueva trayectoria emprendida por los novelistas españoles durante la década pasada.

Al llegar a *Tiempo de Silencio,* choca la poca atención prestada a una novela de tan indiscutible importancia y sin embargo despachada en menos de tres páginas. De igual manera, al comentar la novelística reciente, sorprende la escasa valoración de las últimas novelas de Benet, Delibes o Juan Goytisolo y, sobre todo, la falta de penetración y ligereza con que se tratan realizaciones tan conseguidas como *Volverás a Región* o *Don Julián.*

En contra de lo que el autor opina, no veo el carácter esencialmente mimético de la nueva narrativa, y menos aún si por modelo se toma al *nouveau roman* francés. Tampoco creo que el realismo sea « lo que mejor se adapta a nuestra tradición literaria » y, desde luego, estoy en total desacuerdo con la idea de que lo antiobjetivo y discursivo esté en contradicción con « la estructura misma de nuestro pensar ».

A la hora de escribir estas líneas, llega a mis manos un artículo de Corrales sobre *La Reivindicación del Conde Don Julián* publicado en *Ruedo Ibérico* hace pocos meses, donde se observa un cambio de actitud crítica frente a esta novela y una comprensión mucho más amplia de las nuevas experimentaciones narrativas.

El trabajo escrito por Edenia Guillermo y Juana Amelia Hernández es un entusiasta estudio de la novela española de los años sesenta, centrado sobre seis obras : *Tiempo de Silencio, Ultimas Tardes con Teresa, Cinco Horas con Mario, Señas de Identidad, Volverás a Región y La Trampa.* Las páginas de introducción a los ensayos monográficos, aunque algo desiguales, revelan en general buen entendimiento del significado y aspiraciones de la última narrativa. Adolece de cierto simplismo el tratamiento que las autoras hacen de las relaciones contenido-forma en la obra literaria, y en más de una ocasión barajan conceptos socio-históricos cuyo sentido no acabo de penetrar, tales como « realidad nacional cambiante sustentada en sus viejas raíces eternas », « búsqueda de lo genuinamente español », etc.

El carácter autocrítico del lenguaje en la novela de nuestros días y las preocupaciones linguísticas de los narradores actuales están abordadas con acierto en esta introducción, al tiempo que señalan a la crítica venidera caminos de investigación apenas transitados en España y de primera necesidad para una comprensión cabal de la literatura presente.

Los ensayos dedicados a *Señas de Identidad* y *Volverás a Región* son probablemente los más logrados, prestando atención a la disposición de niveles discursivos, al funcionamiento de voces narrativas y a la utilización de personas y tiempos verbales. Todo ello sin perder de vista la significación histórica de cada obra y su contestación o diálogo con textos literarios anteriores.

Es lástima que, en otras ocasiones, los ensayos denoten una lectura precipitada y poco cuidadosa de las narraciones objeto de análisis. Me refiero de forma especial al estudio de *Tiempo de Silencio,* en donde parece obvio que ciertos aspectos importantes de la acción no se han entendido correctamente ; por ejemplo, la doble cualidad de padre-amante que ostenta « el Muecas » en las relaciones con su hija, de cuyo embarazo las autoras hacen equivocadamente responsable a otro personaje.

Como decíamos al comienzo de estos comentarios, este tipo de trabajos monográficos son muy escasos en nuestra bibliografía crítica y, no obstante, resultan indispensables para realizar después estudios globales e historiar períodos literarios.

Y llegamos, por último, al singularísimo libro del tiberismo de « izquierdas » y merecedor de un puesto estelar en los edificantes *shows* que Luis Carandell colecciona y publica.

Sabido es que el solar español fue siempre tierra abonada—con fertilizantes de siglos—para todo género de manifestaciones inquisitoriales, censorias o policíacas, y cualquiera que se asome a la historia de nuestra cultura encontrará un apretadísimo catálogo de incomparables muestras. En el campo específico de la crítica literaria moderna, como es natural, hay también toda una escuela que arranca de algunos cientos de páginas de los miles que escribió Menéndez Pelayo, hasta llegar a los novísimos celadores de las buenas y castas letras en el período (?) franquista, pasando por los inolvidables Padre Blanco García y Ladrón de Guevara de finales de siglo y principios de éste, respectivamente.

Y discúlpeseme la equiparación de autores de tan distinta capacidad intelectual, pero me interesa apuntar algo parecido a lo que cierto sector de la historiografía francesa contemporánea denomina fenómenos de longue durée.

Como comprenderá el lector, esta predisposición histórico-cultural que sobre todo español pesa por tradición escolar-familiar-universitaria-social, condimentada con los rudimentos de la « doctrina » (así la llama el autor) lukacsiana, es fácil que dé por precipitado una explosiva mezcla que, bajo un pretendido signo marxista, resulte ser en realidad un auténtico Indice vaticano de libros « sanctos » y « non-sanctos ».

En la nota preliminar—casi programática—del libro, escribe el profesor Bosch : « La idea básica es que, a partir de la fecha inicial de nuestro estudio, 1927, toda novela de algún valor tiene como perspectiva explícita o implícita, pero en todo caso indeclinable, el reflejo más o menos objetivo de la lucha de clases en la España contemporánea con carácter especial de imagen, directa o indirecta, de las batallas y reivindicaciones de la clase obrera ». Semejante afirmación es ya de por sí un claro dislate crítico, se haga desde un punto de vista marxista o no ; pero las cosas se agravan aún más porque el autor, al pasar revista a la producción narrativa de este siglo, parece exigir un testimonio de las luchas populares mucho más explícito y directo de lo que sus declaraciones programáticas enuncian en un principio. Resultado : *El Jarama* le parece al autor una obra « de poca altura », « un monumento a los vicios del naturalismo » en donde, « además, no se menciona la batalla del Jarama ni los nidos de ametralladora que todavía quedan allí » ; y, naturalmente, *La Huelga* de Isabel Alvarez de Toledo, será « uno de los máximos logros de la novela española contemporánea ». No menos curiosos que estos juicios, determinados por aquellos criterios, resultan también las distinciones entre novelas con « buena intención » y novelas « malintencionadas », así como el carácter eximente-literario que Bosch otorga a las primeras.

El capítulo de libros « buenos » y « malos » tan sólo es una de las cinco partes que componen la obra, y el lector interesado podrá encontrar en sus bien nutridas páginas estudios téoricos, análisis estilísticos, crítica de la crítica, un catálogo internacional de novelas socialrealistas, ensayos monográficos, una sabrosísima conclusión final y, a modo de broche, una discusión con Vargas Llosa—polémica « que hubo que acabar porque el escritor ya no nos seguía » (pag. 369). Por descontado que escribe estas notas—mucho menos perito en cuestiones de novela que el autor de *Conversaciones en la Catedral*—tampoco « sigue » las peroratas, por así decirlo, teórico-críticas, del ilustre profesor.

... En resumen, una aportación considerable al género crítico de sacristía, que estoy seguro hará las delicias de ministros, diáconos y subdiáconos.

Antonio Ramos Gascón.

Relatos de Luis Loayza.

Pocas, muy pocas páginas ha escrito Luis Loayza y no obstante *El Avaro* [1] (publicado en 1955, vuelto a editar ahora en Las Palmas) obtuvo y preserva el prestigio de una rara calidad, el renombre de su valor notable dentro, fuera o al margen de la tradición narrativa peruana. El refinado ejercicio verbal de estas escasas 22 páginas convierte a este brevísimo libro en una escandalosa pieza marginal de la literatura peruana. *La casa de cartón*, de Martín Adán, y *El Avaro* conforman una sección solitaria y sin continuidad en una biblioteca peruana : no requieren ser referidos a ningún contexto literario local, no de modo evidente por lo menos ; son libros que colindan con la poesía, con la escritura poética más bien, y que por lo mismo sólo podemos leer como obras de ficción autónoma cuyo lenguaje implica una opcion anti-naturalista.

De Luis Loayza hemos dado en pensar casi como de un autor porfiadamente inédito : su obra (esta *plaquette*, algunos cuentos, su novela corta *Una piel de serpiente*, algunas críticas) es espaciada, lacónica y en su misma parquedad supone una tácita actitud crítica ; y sin embargo, o por ello mismo, está rodeada por la curiosidad de algunos lectores que no dudarían en reprocharle « haberse tomado demasiada confianza con el silencio ». La relectura de *El Avaro* otra vez nos vincula, sin énfasis alguno, de modo breve pero durable, con un lenguaje suscinto y agudo dónde la resonancia interior y el refinado cálculo expresivo sugieren la nitidez absorta y la velada delectación de un mundo propio más bien elusivo. Tal vez sea ésta la cualidad más valiosa de Loayza : la destreza y la sugerencia de un lenguaje personal ; ese

ejercicio doble es un mismo instantáneo y resistente deslumbramiento : la brevedad y la concentración de estas páginas de inmediato las multiplica en la lectura, y por eso nada sería tan vano como el intento de explicarlas, ya que en las paradojas de la brevedad son brevemente inagotables.

Al terminar esta relectura de pronto sospechamos que son más de 22 las páginas que hemos leído : de algún modo este libro supone una obra más extensa, de la cual debe ser el irónico producto referido ; de algún modo el catálogo de una biblioteca apócrifa que Luis Loayza ha leído y no comparte. Estas páginas son también como fragmentos de un discurso más amplio : instantes de una situación de extrañeza que proviene de una opción que configura un destino, pero ese destino no se prolonga y más bien se sugiere. Extrañeza y asociaciones que en su ejecución verbal nos entregan las resonancias de un mundo percibido que no irá a ser desarrollado. Y esa percepción es otra actividad de la mesura : la tonalidad tiende a ser neutra, la dicción es dócil y reflexiva pero también aguda y precisa. La mirada no se abandona a su registro y captura, prefiere sugerir y retirarse, fijado ya el diseño dentro de un vértigo maduro, si bien el oído del lector no deja de adivinar otra resonancia casi suntuosa detrás de la mesura. En la trama espléndida de significación implicada y hábil referencia, estos textos eluden el desenlace y son la versión única y también múltiple de una mirada penetrante y exacta. Pero aun en la misma exactitud advertimos que el tono es una interiorizada voz que se dice familiarmente, y por eso el artificio expresivo no es deliberado sino una necesidad más de esa voz enriquecida por la contemplación, agudizada por el juego intenso de su diseño.

Tampoco es casual en estos textos el asomo del trazo lúcido, la sospecha de la glosa, la ironía liviana. Porque estas páginas colindan por igual con la mirada y su espejismo, con la verdad íntima y su desdoblamiento ficticio. Así, la imagen de una biblioteca no sólo se refiere a las resonancias internas que multiplican este libro, sino también a la tradición que este libro alude, en la glosa irónica o en el marco ficticio ; porque en un primer plano estos textos aparecen como ejercicios verbales de una tradición fantástica que aquí vuelve a actualizarse. Algunos textos utilizan la fórmula de las parábolas de iniciación, las fábulas del aprendizaje interior : pueden recordar fórmulas recuperadas por Kafka, atmósferas desarrolladas extensamente por Hesse, pero también marcos más hundidos en un mundo tradicional como la parábola del Zen, que tiende a la paradoja. Un texto como « El héroe » incluso parecería la glosa o el doblaje irónico de algún mito clásico. Pero en todos ellos la derivación personal, el sesgo del autor, establece de inmediato otras valencias que se van complementando, acaso sin proponérselo, como una coherencia interna.

Así, la lección de « El Avaro » no podía ser más radical : un hombre atesora sus riquezas no por su valor de mediación sino por un valor más arbitrario y total : las monedas mismas ; esta actividad es por eso solitaria y en la delectación secreta es también paradójicamente una operación ascética : el avaro que acumula monedas no para adquirir un mundo exterior, deja de ser un avaro y se convierte en un solitario ; por eso, las monedas tienden a ser una parábola de cualquier atesoramiento que reclama la privación, el ascetismo. Sin embargo, no habría que ver en ese texto un desenlace sino un gesto ya modificado por el texto anterior : « Palabras del discípulo » ; aquí la lección de la sabiduría ha sido anotada prolijamente por un discípulo puntual ; y no obstante esa sabiduría sólo exteriormente se manifiesta en una biblioteca desaforada donde hay un libro por cada año : en el fondo, el discípulo ha aprendido también que ese conocimiento es efímero. De este modo, la biblioteca se derrumba, se deshace : es otra vanidad perecedera. No es menos desencantada la culminación de « El Visitante ». Aquí el solitario, otro aprendiz, otro discípulo, aguarda una señal, una prueba, la confirmación final de su iniciación. La aguarda en vano de los otros : un hombre se apodera de su soledad y finalmente le destruye. En otro texto el joven solitario se margina para entregarse a una comunicación más viva en un bosque original ; su opción no es un desenlace sin embargo : podría ser muerto, podría volver a la ciudad : « Está bien. No habré perdido mis años contando monedas, inclinado sobre escrituras, escuchando palabras inútiles. » « El héroe » implica otro extrañamiento : es un falso héroe, su relación con el medio sólo es una mascarada, su cara real una humillación. En « La bestia » un personaje elemental habla de su marginación expectante : informe, vigila a los hombres que viven en sociedad ; acaso ganar la forma de esa gente aplacaría su extrañeza. En « El monte », un lugar pleno y original-semejante al bosque de un texto anterior—parece signado con el privilegio de la permanencia, de la fijeza, pero tal vez sea precario también, acaso está amenazado por la fuga-

cidad, como todo. En « La estatua » hay una camino al templo, adorada como emblema de todo sentido, y luego olvidada y execrada : las significaciones parecen también precarias desde este emblema vacío. En « El éxodo » un pueblo descubre malos agueros en el oráculo y, atemorizado, se apresta a buscar otras tierras : el desastre del cambio se cierne también sin motivación, como un acto arbitrario y fatal.

La coherencia interior de estos textos es, por cierto, honda y múltiple, pera tal vez se cumple también en otro nivel ; en la escritura de Luis Loayza percibimos un doble movimiento : el exceso de una fe interior en un diálogo callado con la realidad se expresa al mismo tiempo que el desencanto de esa misma relación ; permanencia y fugacidad se religan otra vez : la misma escritura es un acto fugaz y acaso precario para suscitar ese religamiento que la palabra ha prometido en la tradición. Por eso las mismas bibliotecas resultan excesivas y sólo breves anotaciones dan testimonio de un diálogo, siempre espléndido y siempre escaso, con el mundo. En esa parquedad podemos reconocer, por ello mismo, la aguda conciencia que permite estas memorables páginas de solitario brillo.

(1) Las Palmas, *Inventarios Provisionales,* 1970.

Julio Ortega.

Mario Vargas Llosa.

García Márquez. Historia de un deicidio.

Barral Editores S. A.

Monte Avila Editores, C.A.

Es imposible leer el gigantesco estudio que Mario Vargas Llosa le ha dedicado a García Márquez sin sentir la tentación de hacer una afirmación superlativa y decir, de una vez por todas, que *García Márquez. Historia de un deicidio* es uno de los libros más extraordinarios que se hayan publicado recientemente acerca de la nueva literatura latinoamericana. Producto evidente de algo muy parecido a lo que Dante, al referirse a su trato con Virgilio, llamó un « lungo studio » y un « grande amore », la obra de Vargas Llosa es, además, algo que todos necesitábamos en nuestra vida literaria : la primera gran obra crítica acerca de un novelista latinoamericano de profesión realizada por otro novelista latinoamericano de profesión. Hago hincapié en lo del oficio porque estoy absolutamente convencido de una verdad que los críticos académicos frecuentemente rechazan : la del creador crítico de sí mismo y de otros creadores. Vargas Llosa prueba una vez más—siguiendo todo un linaje de artistas capaces de meditar intensamente sobre su arte, linaje que empieza con Poe y Baudelaire—que nadie puede hablar más apasionadamente y con mayor conocimiento de causa acerca del misterio de la creación artística que el artista. Y no solamente acerca de ese misterio, sino también acerca de los momentos sucesivos en los que el misterio inicial, el pecado original, la expulsión del paraíso, el satori en París, o lo que sea, se van convirtiendo lenta y penosamente en una obra de creación.

Este es uno de los temas principales del estudio de Vargas Llosa. El autor, digámoslo con sus propias palabras, no pretende « analizar la vida y la obra de un narrador de talento, sino, más bien, intentar una descripción del proceso de la creación narrativa a partir de un autor concreto : cómo nace la voluntad de creación, de qué experiencias se alimenta, mediante qué procedimientos transforma los materiales del mundo real en elementos del mundo ficticio y las similitudes y contrastes que estos dos mundos mantienen. » Vargas Llosa parte de la idea de que todo gran novelista es un deicida, un hombre que se rebela contra la realidad creada por Dios y que trata de corregirla, de poner en su lugar la realidad creada por él. La vocación del escritor surge de un sentimiento de insatisfacción con respecto a la vida, y cada novela, por lo tanto, es « un asesinato simbólico de la realidad » (p. 85), un volver a crear el mundo a semejanza del artista con la intención de mejorarlo. El crítico tiene primero que todo que buscar el trauma, el momento en que el artista siente que algo ocurre en el mundo en que vive con lo que él no puede estar de acuerdo. En el caso concreto de García Márquez (pero recordemos que el método es válido para un estudio sobre cualquier escritor) el núcleo de experiencias traumáticas que están a la raíz de su vocación es—como el mismo García Márquez lo ha revelado—su regreso a Aracataca, su ciudad natal, a los quince años y después de varios años de ausencia. Lo que García Márquez ve allí no

se parece en nada a lo que dejó o pensaba haber dejado. « ¿ El tiempo destrozó realmente el pueblo o fue su propria memoria lo que el tiempo alteró ? », se pregunta Vargas Llosa. Y responde : « No importa : el adolescente, confrontado con ese desmentido brutal que le inflige la realidad, se siente súbitamente privado de lo que más ansiosamente añoraba, de lo mejor que tenía : su infancia. Un « demonio » que no lo abandonará más acaba de afirmarse en él, y allí permanecerá, azuzándolo, hasta que él sienta que lo ha exorcizado del todo y lo instale a su vez en el título de un libro : la soledad. » (p. 92). Comienza aquí el diálogo entre las dos realidades, entre lo que Vargas Llosa llama con gran acierto la « realidad real » y la « realidad ficticia », diálogo que culmina en ese recuento total de la creación que se intitula *Cien años de soledad*.

¿ Cuál es pues la labor del novelista ? « Toda novela es un testimonio cifrado : constituye una representación del mundo, pero de un mundo al que el novelista ha *añadido* algo : su resentimiento, su nostalgia, su crítica. Este *elemento añadido* es lo que hace que una novela sea una obra de creación y no de información, lo que llamamos con justicia la originalidad de un novelista. » (p. 86. El subrayado es de V. LI.) ¿ Cuál es el trabajo del crítico ? Pues nada más y nada menos que examinar las dos realidades con las que dialoga el escritor y ver de qué manera el destructor-creador llega finalmente a construir su mundo total.

¿ Qué interviene en la destrucción del mundo real y en la construcción del mundo del libro ? Intervienen los « demonios » que asedian al artista y que, para Vargas Llosa, son de tres tipos : los demonios personales (es decir, las experiencias que afectan específicamente a la persona del « suplantador de Dios »), los demonios históricos (por ejemplo, la fundación de un pueblo, una guerra civil) y los demonios culturales (la lectura de una novela, el recuerdo de un cuadro visto en un museo, etc.) Se trata, sobre todo en el tercer caso, de las consabidas « influencias » y el término de « demonios » escogido por Vargas Llosa para referirse a todo ese complejo de cosas que van dándole forma a la vida creadora del artista me parece sumamente acertado. Acertado en la medida en que reduce al absurdo toda una serie de interpretaciones que se han hecho de la obra de García Márquez (entre ellas la de Asturias) y porque al mismo tiempo pone de relieve una vez más el hecho de que el arte no es mera imitación de la realidad sino el producto de un doble proceso de destrucción y de creación. Es aquí donde entran en juego las semejanzas y las diferencias entre la realidad real y la realidad ficticia : así nos explica Vargas Llosa cómo las dos guerras civiles a las que sobrevive Don Nicolás Márquez se convierten en las treinta y dos que pierde el coronel Aureliano Buendía ; cómo un texto de Faulkner o de Camus o de Defoe puede servirle de impulso inicial al joven García Márquez ; cómo un aguacero tropical se convierte en diluvio bíblico. Las páginas que dedica Vargas Llosa a su teoría de los « demonios » han de tener una importancia básica para nuestra futura interpretación del fenómeno literario.

Pero Vargas Llosa no se detiene aquí. Pasa a hacer un análisis exhaustivo y escrupuloso de todas las obras de García Márquez, desde los primeros cuentos hasta el *opus magnum*. Lo que más sorprende con respecto a su análisis es la tenacidad con la que Vargas Llosa siempre tiene presente los temas de los que ha partido y la amplitud crítica con la que se enfrenta a la novela destinada a darnos una version de la « realidad total », la novela en la que García Márquez crea « la ilusión de que nada existe fuera de la propia realidad ficticia », (p. 542). Esta tenacidad y esta amplitud encuentran su razón de ser en la existencia de cierto número de obsesiones temáticas en la obra de García Márquez y en las descomunales dimensiones de su proyecto único. Es decir : el método crítico de Vargas Llosa se ha adaptado cabalmente a la obra que analiza y se ha mantenido a su altura por más de seiscientas páginas. Esto bastaría para justificar el interés del lector en *Historia de un deicidio*. Pero hay más. Si toda novela es un mundo cifrado, si toda novela nos propone una concepción del mundo o, como diría Donoso, una « versión del caos » (pues a veces el suplantador de Dios se ve obligado a confrontarnos con el caos), todo libro de crítica nos propone a su vez—o en los mejores casos debería proponernos—un método crítico, una concepción de la crítica. Efectivamente, Vargas Llosa, tanto aquí como en « Carta de batalla por *Tirant lo blanc* » (Prólogo a *Tirant lo blanc*, Alianza Editoral, 1969) y en *Historia secreta de una novela* (Tusquets Editor, 1971), nos propone un método crítico que entra en polémica con ciertas presuposiciones básicas de la crítica formalista

rusa y del *new criticism* norteamericano actualmente en boga en Europa. La polémica implícita en los trabajos críticos de Vargas Llosa puede resultar fructífera en este momento en que, por diversas razones, algunos críticos latinoamericanos se sienten obligados a darnos imitaciones de un psitacismo que frisa en lo ridículo de los más abstractos críticos formalistas. Vargas Llosa, por el contrario, ha tomado un camino diferente : se ha negado a tratar la obra literaria únicamente como una red de funciones formales sin relación específica con la realidad y ha empleado un método genético-dialéctico que, sin desdeñar lo mejor de la lección estructuralista, no deja ni por un momento de tener los pies muy bien plantados en la tierra : en el hombre, en la historia, en la literatura. Libro extraordinario, pues, este *Garcia Márquez. Historia de un deicidio* que nos invita a leer Mario Vargas Llosa.

Francisco Rivera.

Alfredo Bryce Echenique.
Un Mundo para Julius.
Barral Editores, 1970.

Un mundo para Julius, de Alfredo Bryce, es, bajo la superficie de un relato terso, lineal, sin chillantes artificios técnicos, una novela compleja y densa en la que se imbrican estratos diferentes de significación y de interés. El núcleo de la narración, o su hilo conductor, es la historia de una infancia. Julius, el menor de los hijos de una familia de la alta oligarquía limeña, descubre primero la muerte, luego la injusticia y la soledad, sin comprenderlas ni aceptarlas, en una actitud perpetuamente interrogativa. La infancia inquieta, reacia a aceptar el mundo paralizado de los adultos está toda en los ojos asombrados y en las grandes orejas inteligentes de Julius, y en las iniciativas de los juegos de su hermana Cinthia, cuando « entierra » a Bertha, su ama, juegos impensados con la muerte y contra la injusticia, a los que asiste el autor, igual que el chofer Carlos, « entre sonriente y respetuoso ». Lo que ha impresionado a Cinthia es que cuando murió su padre sacaron el cuerpo por la puerta principal del palacio, mientras que el ataúd de Bertha salió por la puerta falsa. Más tarde Julius, recordando el episodio, se las arreglará, no ya como un juego sino en la realidad, para que el ataúd de la otra criada muerta, Arminda, salga como el de una señora por la puerta principal. Ambos episodios anuncian en forma simétrica el inicio y el fin de la infancia de Julius, al principio y al fin de la novela. Fin de la infancia, porque esta intervención del niño que modifica una situación real preanuncia la sumisión a toda la situación real, con la primera obscura cobardía y la primera obscura aceptación de la injusticia : la primera trampa, el primer compromiso a pesar suyo, cuando Julius comprende al fin lo de su hermano y de la otra criada, Vilma, que se ha hecho prostituta y, ahogando el impulso de rebelión, constata que no pasa nada, absolutamente nada. Nada, sino que la prostitución de la criada se agiganta con la aceptación del niño, ya casi maduro para su mundo de señor. Aquí el autor abandona a Julius a su destino. Nadie puede saber lo que será de él después.

Bertha, Arminda, Vilma : la servidumbre ; y, no enfrente, sino tocando este mundo por todos lados, casi en ósmosis sobre todo por los niños, el mundo de los amos. En la primera parte de la novela—la mejor, para nosotros—el mundo en que vive Julius es el de los sirvientes que lo fascina y, a la vez, materialmente, lo repele y lo desencanta. La imaginación del niño, cuyos lazos afectivos con los sirvientes son fuertes, se representa la parte de la casa en que éstos viven como un mundo fabuloso, superior. El primer choque con la realidad se produce cuando por primera vez Julius entra en la « sección servidumbre » del palacio : « Miraba hacia todos lados : todo era más chiquito, más ordinario, menos bonito, feo también, todo disminuía por ahí. (...) Estaba oliendo pésimo ». Poco a poco el niño se instalará en su mundo, el mundo material hecho para él, amplio, hermoso y que huele bien. Hasta que al fin no entrará ya ni siquiera en la cocina. Pero los mutuos lazos afectivos persisten, mezclándose con un impreciso sentimiento de rebelión por parte del niño quien, por lo demás, extenderá su interés, fuera de sus propios criados, a otros representantes de las clases pobres o de la sociedad exterior a los círculos de su familia : los mendigos de Chosica, el pintor, los obreros de la construcción, el negro Gumersindo...

El autor revela innegable maestría en la difícil descripción de estas relaciones hechas de tensiones sociales y de afecto elemental humano. Es éste uno de los aspectos de lo que llamábamos

líneas más arriba la complejidad de la novela. Por debajo de los movimientos afectivos más o menos hondos, más o menos superficiales que caracterizan fundamentalmente a los personajes de uno u otro mundo como seres humanos, se trasluce el drama de los contrastes sociales que el autor subraya en lo que tienen de intolerablemente injustos, aunque sin enfocarlos como objeto exclusivo y unilateral del tema de la obra ; la injusticia y los contrastes resaltan aún más por la ambigüedad de una situación en que los sirvientes colaboran en cierto modo en la explotación que sobre ellos ejercen los señores, situación que al contrario suscita la impotente reprobación del niño rico. La inocencia exige justicia.

La presentación de estos contrastes es evidentemente inseparable de la descripción moral y material de los medios y clases sociales de Lima, por los años 50-60 ; por una parte, la oligarquía, cuyo modo de vida el autor describe con lujo de detalles, y en sus dos grandes divisiones : la antigua, con sus antepasados, sus tradiciones, sus cuadros, sus carrozas de recuerdo, y la nueva, la de la burguesía ascendente, a la que parece pertenecer Juan Lucas, ligada a la industrialización y al boom de la harina de pescado. El ocaso de la antigua oligarquía está señalado, sin insistencia, aquí y allá, a lo largo del libro : « Claro que no faltaban las de apellidos más antiguos, un poco más finas o conservadoras que las otras, a veces, pero también otras veces ya no tenían tanto dinero y por eso quizá no protestaban ; hasta se daba el caso de que llegaran invitadas : pobres, ese era su lugar (el Club de Golf) pero había el problema de la cuota de ingreso ; no podían, pues, estarse fijando en las vulgares y en las inmorales ». Toda esta gente distinguida se pasa el tiempo jugando al golf, viajando por Europa y hablando de toros o de cualquier cosa. Al otro extremo, el medio material de las clases pobres y paupérrimas, barrios pobres y barriadas, adonde los sirvientes son rechazados en cuanto los señores deciden prescindir de sus servicios. Frente a la prolija descripción del mundo de los ricos, el de los pobres se nos muestra por toques sucesivos, rápidos, pero sumamente eficaces : « ... barrios feos, antiguos, pobres, ¿ Lima ?... calles extrañas, hostiles, viejas ... niños (...) curiosos, odiosos, pobres ». Las dos páginas que el autor consagra a « las Limas » que atraviesa el Mercedes de la familia, desde el opulento San Isidro a la miserable barriada de Arminda, son un modelo de agilidad y concisión descriptiva.

Por lo demás, la novela progresa con un ritmo lento, conglomerante, repetitivo, bajo el cual destaca la presentación insistente y en general excesivamente prolija de gestos y actitudes que caracterizan a los personajes, estereotipándolos. Este aspecto técnico está vinculado con la tenaz ironía que, del principio al fin, subraya la escritura de la novela y le confiere su clima particular. El autor presenta cada personaje acompañado de una apelación característica o repitiendo un gesto característico : « Susan, linda », « la tía Susana, horrible », « Juan Lucas, vestido para la ocasión », etc. Si bien este procedimiento contribuye a acentuar la intención irónica del autor, su abuso la deforma y llega a hacerla enojosa ; algunos personajes aparecen tan estereotipados que frisan en la caricatura, tal el ridiculísimo Juan Lastarria (éste, después de todo, es un personaje de comparsa), pero también, hasta cierto punto, Juan Lucas, figurón todo hecho de exterioridad, el cual, desempeñando un papel principalísimo en la novela, nos hubiera gustado menos figurón y más personaje.

Aparte de estos trazos demasiado cargados, la novela se caracteriza más bien, y justamente, por lo matizado y ambiguo de las situaciones humanas, en las que lindan perpetuamente la ridiculez de las actitudes convencionales, la emoción tenaz que las rebasa y el horror inminente que las desrealiza. El autor aprovecha con certero dominio los recursos del lenguaje, en particular por un magistral empleo del adjetivo y la humorística distribución de diminutivos y aumentativos, bien limeño esto último.

Una buena novela que, una vez leída, se puede leer, quizás aún con más agrado, una segunda vez, y si hay tiempo, una tercera, por lo de la densidad y la complejidad. Siempre aparecerán perspectivas nuevas.

Américo Ferrari.

Roberto Mesa.

Las revoluciones del Tercer Mundo.

Editorial Cuadernos para el Diálogo, 1971.

La conjunción de dos décadas, las de los años cincuenta y sesenta, trajeron al mundo dos hechos de singular importancia que, de una manera palpable contribuyeron a configurar de distinta forma la convivencia internacional. En 1959 se producía la toma del poder por el ejército revolucionario cubano. La revolución triunfaba en Cuba y, poco a poco, se iría consolidando. Un año después, Patricio Lumumba alzaba su voz acusadora en nombre del Congo belga. Era la voz de Africa a la búsqueda de su propio encuentro. Sin embargo, los intereses imperialistas no se dejarían ganar la batalla que doce meses antes habían perdido en las Antillas. Lumumba sucumbiría y con él, todo un pueblo secularmente reducido a la condición de esclavo. Africa ganaría la independencia formal, pero, sólo muy escasamente, la independencia humana.

De aquel hecho que a los jóvenes de entonces nos hizo descubrir bruscamente que éramos cómplices del crimen perpetrado por el colonialismo, yo me atrevería a destacar un recuerdo en cifras que me llamó poderosamente la atención : en tres cuartos de siglo de dominación belga solamente catorce congoleños habían cursado estudios universitarios, según publicó la prensa de entonces. Ignoro si la cifra responde a la realidad, pero, en cualquier caso, no me parece necesario averiguarlo.

Recuerdo también que, unos años después en Bruselas, ante el monumento romo erigido en memoria de Leopoldo II, rey y propietario de los vastísimos territorios congoleños desde que le fueran adjudicados en la conferencia de Berlín de 1885, descubrí, elementalmente, la clave del hecho colonizador. En una inscripción al pie del monumento se hacía, muy sucintamente, la defensa de la empresa colonizadora emprendida por el monarca, y se concluía, si no me falla la memoria, diciendo que había sido llevada a cabo « pour le bien de la Belgique et de la civilisation occidentale ». Nunca mejor dicho, en verdad. La raiz del colonialismo estriba en la privación de todo lo que puede facilitar el progreso del colonizado, e inversamente, en todo lo que puede enriquecer al colonizador. La formación intelectual, obviamente, constituye una parte importante de este engranaje, y por tanto, se procura evitarla por todos los medios posibles. Roberto Mesa se refiere a este aspecto de la colonización en el prólogo a la edición española de la obra de Albert Memmi « El retrato del colonizado » : « Además, continuando con el clisé o con el cromo colonialista, dice Mesa, el indígena es « poco inteligente » ; su escaso desarrollo cerebral se prejuzga racialmente, le impide ascender unos mínimos peldaños en el proceso educativo al que tan fácilmente accede el europeo, o, al menos, el perteneciente a determinada clase social ; no son, por tanto, necesarias en las colonias escuelas primarias, ni secundarias, ni mucho menos universidades. La escasa educación otorgada se dispensará, por añadidura, en la lengua extranjera » (1).

En efecto, el mantenimiento de la empresa colonialista requiere un cinismo gárrulo para encubrir con frases lo que es un simple comercio de hombres, y la actitud del intelectual europeo de izquierdas frente a este problema no siempre ha sido unánime en cuanto a la aplicación de una lucidez radical. Desde la utilización de métodos antropológicos periclitados según los cuales el indígena es una « cosa » para ser estudiada, hasta el histerismo de una acción impulsada por la mala conciencia que se disuelve en la inacción, hay toda una larga serie de ofuscaciones, « incomprensiones » y, también, justo es decirlo, actitudes ejemplares que ilustran sobradamente los perfiles de un conflicto global. Pero, tras los acontecimientos que desembocaron en la independencia de Argelia, y ante la guerra de liberación que mantiene el pueblo vietnamita, al intelectual de izquierdas no le quedan más que dos alternativas dignas que oponer frente a la dominación imperialista del mundo subdesarrollado : o ponerse humildemente a disposición de los explotados y luchar codo con codo junto a ellos, o denunciar sistemáticamente la opresión de que son objeto. Pienso que esto último es lo que hace Roberto Mesa.

Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense de Madrid, y especialista desde su iniciación en la docencia en los temas del Tercer Mundo, Mesa, tiene ya, tras de sí, una larga serie de estudios y publicaciones que avalan su competencia y preocupación. Articulista fecundo, mantiene desde hace años una relación asidua con el lector, fruto de la cual es esta obra

« Las Revoluciones del Tercer Mundo », que contiene una colección de artículos publicados entre 1965 y 1970. Africa, el Oriente Medio y Vietnam son los tres puntos de fricción acerca de los cuales están elaborados. La forma de acercarse a los temas, o para decir mejor, la perspectiva bajo la cual son analizados por el autor no está exenta de una de esas alternativas a que hacíamos alusión. Mesa no adopta una postura neutral : « Sin embargo, uno mismo no puede quedar fuera de juego ; bien está que se busque como meta el suscitar una inquietud, el despertar una curiosidad e incluso el estimular un compromiso con el tiempo ; pero no sería tan honesto el eludir una responsabilidad que se aspira a que los demás asuman » (p. 169).

Ya dijimos al principio de estas líneas que Africa había ganado durante los últimos quince años la independencia formal, pero no así la independencia política. El drama de la descolonización africana encierra esta trampa. Porque las soberanías extranjeras han sido sustituidas por las oligarquías nacionales enajenadas a los mismos intereses políticos y económicos que antaño detentaban la facultad de hacer ondear su bandera en las colonias. ¿ Los mismos perros, entonces, pero con distintos collares ?. La frase, tal vez no sea muy exacta para analizar el grado de independencia que hoy disfrutan los países africanos sometidos a la tutela de sus minorías dirigentes, pero sí lo suficientemente explicativa para entender el fenómeno de una existencia política a todas luces precaria. Roberto Mesa se formula esta interrogante en términos radicales : « ¿ Qué valor tiene para los pueblos del Tercer Mundo este tipo de autonomía política ? » Y responde : « Uno tan sólo : el mantenimiento de las mismas estructuras socio-políticas anteriores a la independencia, ya que el poder detentado por uno de esos grupos (se refiere el autor a las minorías dirigentes) no posee más que un significado simbólico ; estos gobernantes son los representantes, los comisionistas de los intereses económicos extranjeros que permanecen en sus posiciones a pesar de la descolonización... », (p. 240).

Con esta visión de una descolonización traicionada, se estudian en el primer capítulo del libro lo que pudiéramos considerar como la otra cara de la moneda, o más precisamente, tres de las figuras africanas de la independencia burlada : Frantz Fanon, Kwame Nkrumah y Mehdi Ben Barka. Nombres que, junto al de Lumumba pertenecen ya a la historia reciente y paradigmática de los pueblos que todavía luchan por su encuentro decisivo. Africa, sin embargo, encierra una complejidad étnica, cultural y política difícilmente mensurable desde este lado del estrecho de Gibraltar, y en su configuración, los pueblos árabes están jugando un papel que, en varios sentidos reune allá de las fronteras geográficas para aglutinarlos caracteres específicos, haciéndolos trascender más en comportamientos políticos y sociológicos.

Las vicisitudes por que atraviesa en la actualidad el mundo árabe son analizadas en los capítulos segundo y tercero. Detengámonos en el que se dedica al conflicto palestino, encuadrado bajo el significativo epígrafe « La lucha de liberación del pueblo palestino ». Se inicia el estudio con un buceo histórico sobre los orígenes del problema y la creación del Estado de Israel, llegándose, a continuación, a las causas que desencadenan la guerra de los « seis días » y la creación de los movimientos de liberación de Palestina.

Hay dos aspectos que merecen ser destacados en el análisis de Mesa para entender cabalmente la entidad del problema. De una parte, la actitud de los gobiernos árabes, celosos guardianes de unas estructuras heredadas también de un pasado colonial (salvo alguna excepción, como Argelia y Egipto) y empeñados en una guerra con Israel que sirve de tapadera a los numerosos problemas existentes en sus respectivos países. Guerra, hay que decirlo, que por sus características demagógicas y fanatizantes, además de su planteamiento antipopular, adquiere vinculaciones de tipo imperialista. De la otra, la actuación israelita que, poco a poco, va cambiando las posturas hasta pasar de víctima histórica a verdugo : « Desde 1959 comienza la inversión de la historia, o la construcción de una historia ignorada, dice Mesa, cuando no hábilmente ocultada : el pueblo secularmente víctima se convierte en pueblo opresor. Y con una agravante más, originada por las contradicciones de la época : la comunidad judía instalada en Palestina (entre 1948 y 1951 llegan a la tierra prometida 687 000 nuevos judíos) goza del prestigio de un vago socialismo no marxista heredado de un pasado reciente. » Y más adelante : « Surge otro nuevo tipo de prejuicio que en realidad no constituye novedad alguna : el árabe es indolente, perezoso, inactivo, odia el trabajo y se encuentra fanatizado por une religión

reaccionnaria. Se le pasa al pueblo árabe la cuenta y la mitología del colonialismo franco-británico », (p. 101).

Frente a estos dos contendientes, gobiernos árabes e Israel, ya en camino de un entendimiento total, se encuentra la víctima propiciatoria, el pueblo palestino, que tras su toma de conciencia convierte la operación de guerra clásica en guerra revolucionaria. Pero Mesa nos viene a decir que esta guerra no es posible sin antes llevar a cabo la transformación de las estructuras de los países contendientes. De esta forma, el enemigo del pueblo palestino no es solamente Israel, si no también, y decisivamente, los gobiernos árabes.

La última parte del libro está dedicada a la guerra de Vietnam. Mesa, al igual que en el capítulo anterior, enjuicia la situación con una doble perspectiva histórica y actual. Así, inicia su ensayo en el momento en que empieza a deteriorarse la dominación francesa en Indochina y la de los acuerdos de Ginebra de 1954, para detenerse en el papel imperialista desempeñado por los Estados Unidos y su política agresiva que, lejos de detenerse en el Vietnam, se extiende hasta Laos, Camboya y Thailandia.

Digamos, finalmente, que « Las Revoluciones del Tercer Mundo », cuyo amplio título puede hacer creer lo contrario, no se ocupa de una vasta zona de la geografía mundial que por su importancia y mutación permanente merece una atención muy precisa. Nos referimos, naturalmente, a América Latina. No obstante, el autor es consciente de ello y así lo hace constar en el prólogo. Pero en su descargo, anotemos que la penetración colonialista en América Latina no es materia virgen para él. En 1967 publicó un espléndido ensayo (« El colonialismo en la crisis del XIX español ») (3) en el que se estudian los últimos vestigios del colonialismo español en Cuba.

Luis Saavedra.

NOTAS

(1) Albert Memmi : « El retrato del colonizado ». Prólogo de Jean-Paul Sartre. Ed. Cuadernos para el Diálogo. Madrid, 1971.

(2) Roberto Mesa : « Vietnam, conflicto ideológico ». Ed. Ciencia Nueva. Madrid, 1968.

(3) Roberto Mesa : « El colonialismo en la crisis del XIX español ». Ed. Ciencia Nueva. Madrid, 1967.

Monte Avila Editores.

Libros de Venezuela y el Mundo para Venezuela y el Mundo.



Jean Franco.
Introducción a la Literatura Hispanoamericana.

Claude E. Magny.
Ensayos sobre los límites de la literatura.

Carlos Noguera.
Historias de la calle Lincoln. (Premio Internacional de Novela Monte Avila 1971.)

Sader Pérez, Egaña, Maza Zabala, Monsalve Casado, Córdova, Rodriguez Eraso.
Nacionalización Petrolera de Venezuela.

Solicítelos a Monte Avila Editores.

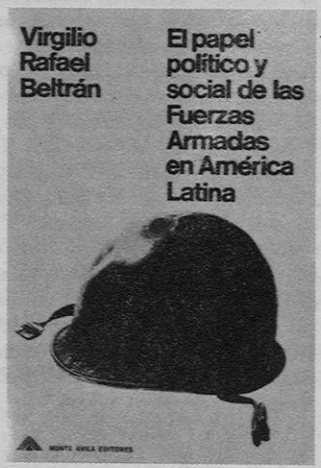
Apartado 70 712 (107) Caracas, Venezuela.

Mantengase en Vanguardia, Siga a Barral.

Agosto.
Jacques Monod : *El azar y la necesidad.* Breve biblioteca de Respuesta.
Setiembre.
Mirko Lauer : *I Ching.* Ediciones de bolsillo.
Octubre.
George Jackson : *Soledad brother. Cartas de prisión.* Breve Biblioteca de Respuesta.
Noviembre.
Mirko Buchin : *Chechechela.* Hispánica Nova.
Diciembre.
Mario Vargas Llosa : *García Márquez : historia de un deicidio.* Breve Biblioteca de Balance.
Enero.
Franco Basaglia : *La institución negada.* Breve Biblioteca de Respuesta.
Febrero.
Alexandre Solzhenitsin : *Agosto 1914.* Breve Biblioteca de Literaturas.
Marzo.
Bruno Bettelheim : *Diálogos con las madres de niños normales.* Breve Biblioteca de Respuesta.
Abril.
Alberto Cousté : *El Tarot o la máquina de imaginar.* Ediciones de Bolsillo.
Mayo.
Gabriel García Márquez : *La increíble y triste historia de Cándida Eréndira y de su abuela desalmada.* Hispánica Nova.
Junio.
Yogasutras. Breve Biblioteca de Respuesta.

Siga a Barral Editores.
Balmes 159, Barcelona 8, España.

Monte Avila Editores.
Libros de Venezuela y el Mundo para Venezuela y el Mundo.



Virgilio Rafael Beltrán.
El papel de las Fuerzas Armadas en América Latina.

Francis Ponge.
De parte de las cosas (Edición bilingüe).

Jean de Milleret.
Entrevistas con Jorge Luis Borges.

Nuevos libros de poesía :

José Barroeta.
Todos han muerto.

Juan Sánchez Paláez.
Un día sea.

Reinaldo Pérez So.
Para morirnos de otro sueño.

Luis Camilo Guevara.
Festejos y sacrificios.

Solicítelos a Monte Avila Editores.

Apartado 70 712 (107) Caracas, Venezuela.

NOVEDADES DEL PRIMER TRIMESTRE
SEIX BARRAL

BIBLIOTECA BREVE

I. M. Lewis, *Historia y antropología.* 300
Carlos Peregrín Otero, *Evolución y revolución en romance.* 300
Néstor Sánchez, *Siberia blues.* 120
Nivaria Tejera, *Sonámbulo del sol.* 160

PREMIO BIBLIOTECA BREVE 1971

NUEVA NARRATIVA HISPÁNICA

J. Leyva, *Leitmotiv:* 240

Libro conmemorativo del Año Internacional del Libro.

BIBLIOTECA FORMENTOR

Pierre Drieu la Rochelle, *Memorias de Dirk Raspe.* 150

BIBLIOTECA BREVE DE BOLSILLO/LIBROS DE ENLACE

Francisco Ayala, *Historia de macacos.* 60
Terenci Moix, *La torre de los vicios capitales.* 90
Leo Navratil, *Esquizofrenia y arte.* 60

BIBLIOTECA BREVE DE BOLSILLO/SERIE MAYOR

Gabriel Celaya, *Tentativas.* 150
Nicanor Parra, *Antipoemas.* 125
John Rewald, *Historia del impresionismo.* Vol. - I. 150
John Rewald, *Historia del impresionismo.* Vol. - II. 150

EDITORIAL SEIX BARRAL, S.A.

Provenza, 219. Barcelona, 8.

Sumario

B.D.I.C

4 Entrevista con Gabriel García Márquez.

16 Entrevista con Jorge Luis Borges.

22 *Freddy Téllez.*
Lezama Lima o el juego de la escritura.

29 *Pompeyo Márquez.*
Del dogmatismo al marxismo crítico.

35 *Carlos Delgado.*
Significado político y social del proceso revolucionario peruano.

44 Discusión con Héctor Béjar por *Heinz Rudolf Sonntag.*

53 *Manuel Maldonado Denis.*
Puerto Rico : sociedad colonial en el Caribe.

71 *Julio Ramón Ribeyro.*
Los Jacarandás.

80 *Lizandro Chávez Alfaro.*
Una red de agujeros.

83 *Francisco Arturo Alvarado.*
Tololín.

87 *Antonio Ramos Gascón.*
Textos breves.

92 *Antología.*
Nueva poesía venezolana.

103 *Saúl Yurkievich.*
Poética.

106 *José Emilio Pacheco.*
Tres poemas canadienses.

109 *Nicolás Suescún.*
Transcendental declaración.

115 *Marta Traba.*
Primera Bienal Centroamericana.

118 *Documentos.*
Primera Jornada Socialista de la Ciencia y la Cultura.

124 Notas de lectura.
Don Julián, de *Juan Goytisolo.*
La represión nacionalista de Granada en 1936 y La muerte de Federico García Lorca, de *Ian Gibson.*
Condenados a vivir, de *José María Gironella.*
Por fin, sin esperanza, de *Joaquín Casalduero.*
Los poemas de Ernesto Cardenal.
Cuatro libros novela española.
Relatos de Luis Loaiza.
García Márquez. Historia de un deicidio, de *Mario Vargas Llosa.*
Un mundo para Julius, de *Alfredo Bryce Echenique.*
Palabras de la tribu, de *José Angel Valente.*
Las revoluciones del tercer mundo, de *Roberto Mesa.*

Libre
Revista crítica trimestral
para el mundo de habla española.
Oficina de Información :
26, rue de Bièvre, Paris 5e, tel. 325.26.45.
Sede social : Domaine de Sien, Echandens, Vaud, Suiza.
Suscripciones y pedidos
Países de América Latina :
26, rue de Bièvre, Paris 5e.
Otros países :
Editions du Seuil, 27, rue Jacob, Paris 6e, tel. 326.84.70, por giro postal C.C.P. 3-042-04 Paris, por cheque bancario, o por mandat lettre.
Valor del número : 18 francos.
Suscripciones para cuatro números : 70 francos.
Distribuidores en América Latina.
Argentina Librería Galerna, Tucumán 1 425, Buenos Aires.
Bolivia Editorial Difusión, Mariscal Santa Cruz 1 224, La Paz.
Colombia Bogotá y Oriente del país, Librería Tercer Mundo, Apartado aéreo 4 817, Bogotá. Occidente y costa atlántica, Librería Nacional, Carrera 5a n° 11-50, Cali.
Ecuador Wagner Adoum, Casilla n° 3 853, Quito.
Guatemala Librería Universal, 13, calle 4-16, zona 1, Guatemala.
Honduras Juan R. Funes, calle Las Damas, casa n° 620, Tegucigalpa.
México Editorial Oasis, Oaxaca 28, México 7, D. F.
Paraguay Estudio 70, Presidente Franco 670, Asunción.
Perú Norma Angles, General Cordova 1 776, Lince, Lima.
Puerto Rico Librería La Tertulia, Amalia Marín esq. av. González, Río Piedras.
República Dominicana Librería Paz y Alegría, Apartado 841, Santo Domingo.
Uruguay Editorial Alfa, Ciudadela 1 389, Montevideo.
Venezuela Distribuidora Latinoamericana de Ediciones, C. A., Apartado 50 304, calle San Antonio, Sabana Grande, Caracas.
Pagos por concepto de distribución y publicidad deben hacerse por giro o cheque al Banque Crédit Suisse, Ginebra, para abonar en la cuenta n° 225 093 de Editions Libres, S. A.

Advertencia
Salvo mención contraria, los materiales publicados en Libre son inéditos en español. Se prohibe su reproducción total o parcial sin autorización previa. Todas las colaboraciones deben ser dirigidas a la oficina de información, 26, rue de Bièvre, Paris 5e. La revista no se hace responsable de manuscritos no solicitados. Las opiniones expresadas en los textos firmados sólo comprometen al autor.

Imprimé en France sur les Presses de l'U.P.I. - Bordeaux.

B.D.I.C

en Francia
cuando alguien
desea un libro
en lengua española
lo pide a

EDICIONES
HISPANO
AMERICANAS

26, rue Monsieur le Prince
Paris VIe

Imprimé en France

Libre 4

1972

B.D.I.C

8°P7290

Sartre **Entrevista**
Juan Bosch **Panteras Negras**
Bryce, Garmendia **Cuentos**
Del Paso **Novela**
Masud Khan **Pornografía**
Loayza **Garcilaso**

Liberación de la Mujer

Susan Sontag, Rosana Rossanda, Marta Lynch, Francoise Giroud, Blanca Varela, Jean Franco

Debate

B.D.I.C

JOSÉ CORRALES EGEA

LA OTRA CARA



Un volumen de 567 paginas : 18 Fr.

ediciones hispano americanas

26, rue Monsieur Le Prince, PARIS 6e

B.D.I.C don 66026

Libre

Revista crítica trimestral
del mundo de habla española

DON J.-M. DUFOUR

Número 4 - 1972

Colaboradores

Claribel Alegría
Rubén Bareiro Saguier
Carlos Barral
Alfredo Bryce
Fernando del Paso
Albina du Boisrouvray
Italo Calvino
Ernesto Cardenal
José María Castellet
Antonio Cisneros
Fernando Claudín
J. G. Cobo Borda
José Donoso
Carlos Droguett
Jorge Edwards
Hans Magnus Enzensberger
Darwin Flakoll
Carlos Fuentes
Carlos Franqui
Gabriel García Márquez
Salvador Garmendia
Jean Genet
Jaime Gil de Biedma
Adriano González León
Juan Goytisolo
Luis Goytisolo
José Agustín Goytisolo
Rodolfo Hinostroza
Noe Jitrik
Roberto Juarroz
Enrique Lihn
Luis Loayza
Pompeyo Márquez
Plinio Apuleyo Mendoza
Carlos Monsiváis
Daniel Moyano
Freddy Muñoz
Juan Nuño
Julio Ortega
José Miguel Oviedo
José Emilio Pacheco
Octavio Paz
Teodoro Petkoff
Nélida Piñón
Sergio Pitol
Angel Rama
Julio Ramón Ribeyro
Vicente Rojo
Severo Sarduy
Jean Paul Sartre
Jorge Semprún
Susan Sontag
Nicolás Suescún
Antoni Tàpies
Freddy Téllez
Marta Traba
José Angel Valente
Mario Vargas Llosa
Manuel Vázquez Montalbán
Saúl Yurkievich

Este número aparece bajo
la dirección de
Mario Vargas Llosa

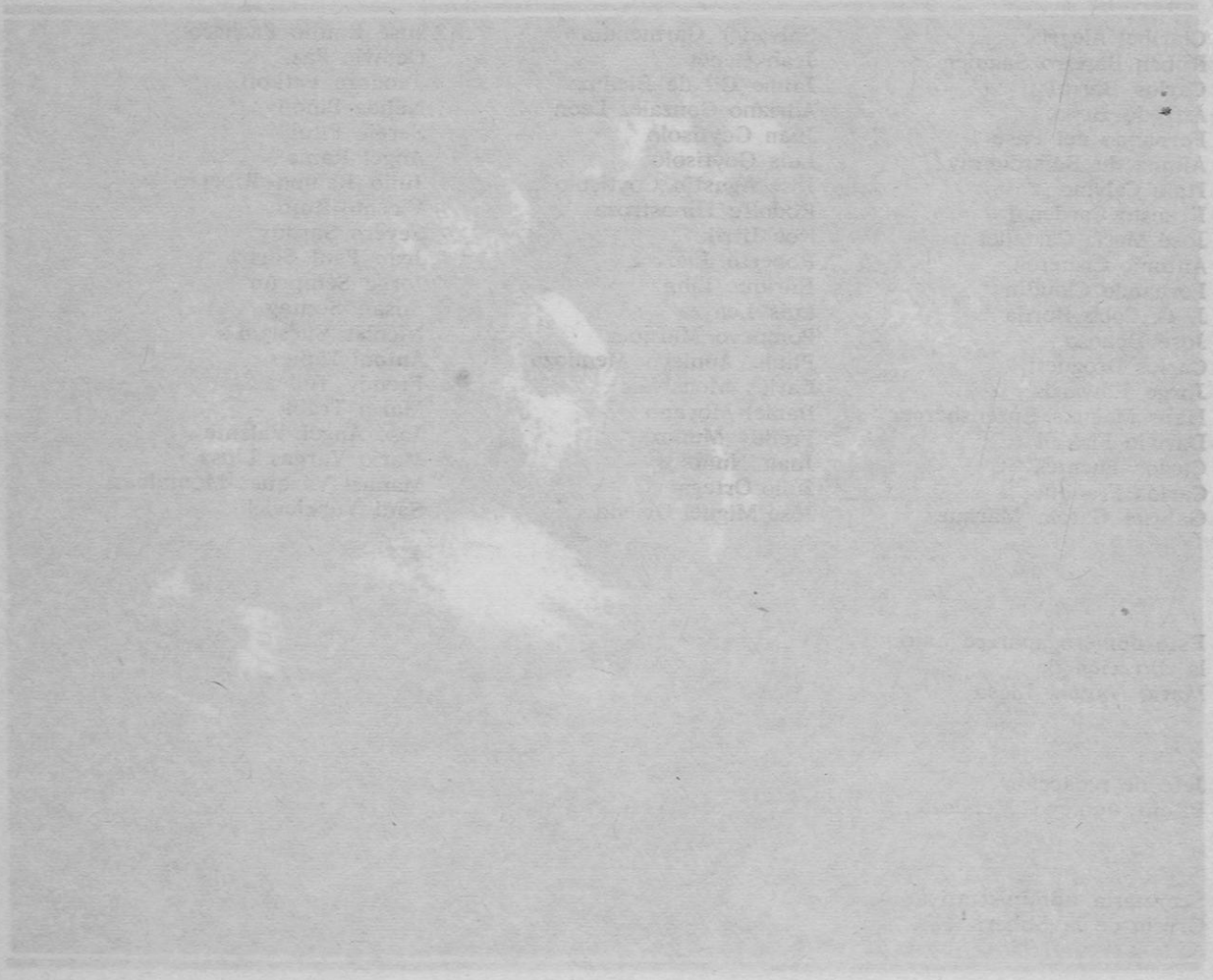
Jefe de redacción
Plinio Apuleyo Mendoza

Secretaria administrativa
Grecia de la Sobera

Publicación de Editions Libres S.A.
Oficina de Información en Francia
26, rue de Bièvre, París (5e). Teléfono : 325.26.45
Sede social : Domaine de Sien, Echandens (Vaud)
Suiza.

JOSÉ CORRALES EGEA

LA OTRA CARA



Grabada en cinta magnetofónica, esta conversación con el escritor y filósofo francés Jean Paul Sartre, tuvo lugar a mediados de junio en su apartamento de París. Libre *fue representada en esta entrevista por Albina du Boisrouvray, Fernando Claudín, Juan Goytisolo y Plinio Apuleyo Mendoza.*

Entrevista con Jean-Paul Sartre

L. — *Sin que haya habido premeditación de nuestra parte ni de la suya, nuestra entrevista coincide con la terminación de la reunión soviético-americana en la «cumbre». Y hace tres meses tenía lugar la «cumbre» chino-americana.*
La experiencia histórica desde la revolución de octubre, y sobre todo desde la segunda guerra mundial, pone de relieve el enorme peso que las relaciones internacionales han adquirido sobre la evolución interior de los pueblos, y en particular sobre los procesos revolucionarios.
Las dos «cumbres» de este año marcan, sin duda, la entrada en una nueva etapa de las relaciones internacionales.
Nos interesaría conocer sus reflexiones a este propósito.

Sartre. — Ciertamente se ha entrado en una nueva etapa, etapa muy enojosa, por cierto. En particular la conferencia en la cumbre americano-soviética me parece una cosa lamentable, dado que al mismo tiempo que se habla de paz en Moscú se intensifican los bombardeos en Vietnam, que es un aliado de Moscú, un aliado directo. De modo que yo considero que este nuevo estado de las relaciones internacionales no influye solamente en el interior de un país sino en los pequeños países. Significa que existe una tolerancia de parte de los países socialistas para permitir que uno de ellos sea bombardeado con tal de que subsista cierto tipo de alianzas a alto nivel. Se trata, parece, de un nuevo Yalta, logrado a costa de los vietnamitas. No es que yo piense que los rusos dejarán de suministrarles armas a los vietnamitas, sino que no actuarán sobre los Estados Unidos como habrían podido hacerlo para disuadirlos de continuar los bombardeos.
Se buscan, pues, nuevos equilibrios, sin que por ello dejen de presentarse aquí y allá conflictos. Existe, por ejemplo, el conflicto del Medio Oriente, del cual se habló ciertamente. Pero en estas conversaciones entre Estados, es la razón de Estado la que prevalece, como ocurrió también en el caso de Bengala. Pues los Estados socialistas, en lugar de desaparecer, tienden a reforzarse. La China ha escogido el Estado de Ceylán, que es visiblemente contra-revolucionario, y aunque el asunto de Bengala era muy confuso, en los dos casos abandonó su política orientada a defender el derecho de los pueblos a disponer de su destino libremente. En Ceylán y en Bengala, la China rehusó la ayuda al Tercer Mundo, eligió el apoyo a los gobiernos constituidos, ratificó una masacre. Y la URSS, por su parte, ha escogido una alianza en torno a ciertos puntos con el imperialismo americano. Y es el imperialismo americano el vencedor de la reunión entre Breznev y Nixon. Cualesquiera que sean las ventajas logradas por la URSS, en realidad los Estados Unidos salen ganando. Por eso los americanos, a pesar de una acogida que se ha juzgado un tanto fría, salieron de esa conferencia muy satisfechos.

L. — *«La révolution se fera contre les deux systèmes ou l'homme est foutu», dice usted en uno de sus escritos recientes... Y la misma conclusión, formulada más o menos explícitamente, se encuentra en otros textos suyos posteriores al año 68.*
¿Quiere decirse que para usted el sistema existente en la URSS y países de su órbita no tiene nada de socialista y no puede transformarse más que por vía revolucionaria?
Y si es así, ¿qué es, según usted, ese sistema? ¿Cómo caracterizarlo?

Sartre. — Digamos que el sistema soviético es el de una burocracia en el poder. Infortunadamente, la mayoría de la población quiere conservar esta burocracia; no estamos en presencia de una situación revolucionaria. Las personas que en la URSS denuncian el sistema son los intelectuales, y no hay país, incluyendo los Estados Unidos, donde el intelectual se encuentre más desvinculado de las masas que en la URSS. Yo he estado allí cierto número de veces (siete u ocho) y he entrado en contacto con intelectuales que me han hablado libremente, pero que no tienen ninguna clase de relaciones con el mundo obrero. Tampoco el intelectual extranjero invitado logra hablar con un trabajador. He hablado con mucho más obreros en Francia que en la URSS. Allí nunca conseguí ser invitado a casa de una familia obrera, nunca vi trabajadores, salvo en la calle. Toda mi información corría a cargo de los intelectuales y éstos me informaban a su manera, esto es, reclamando para sí prerrogativas mayores. Gran número de ellos están contra el régimen, hasta el punto de pensar que la revolución de 1917 se hizo demasiado pronto, sin atravesar una etapa burguesa. Pues bien: esas gentes jamás me informaron acerca de los obreros, porque mantienen con ellos un

divorcio completo. Los campesinos, por su parte, resisten a su manera al régimen (basta recordar lo sucedido en los años 35 y 36), resisten simplemente produciendo menos. Los intelectuales protestan en privado, ni siquiera se atreven a hacerlo por teléfono. Los obreros, en la medida en que ahora ganan más, no protestan, están satisfechos con el régimen, aprueban sus medidas; muchos aprobaron, por ejemplo, la intervención de los soviets en Praga. No hay, pues, en la URSS actualmente una masa dispuesta a actuar como podría encontrarse en Europa occidental; no hay nada. Hay intelectuales, intelectuales que no disponen de los medios de expresarse como tales; luego, una burocracia. Y es ésta justamente quien define el carácter de la sociedad soviética, la que le da su aspecto de dictadura pequeño-burguesa. Pero en realidad no es pequeño-burguesa, sino burocrática. Cuando a uno le hablan de sus privilegios, no hay que interpretarlos en términos de riqueza, sino de arrivismo. Lo que importa, lo que cuenta, es situarse y situarse bien. Para obtener un buen cuarto de hotel, un puesto, cualquier cosa, hay que estar bien ubicado en la jerarquía burocrática.

Cuando estuve en la URSS, advertí que el partido casi no se renovaba, o se renovaba mal. Quienes entraban en él eran evidentemente arrivistas, no gentes convencidas de que el partido podía hacer algo. No sé cómo será ahora. Pero lo que quiero decir es que si esta burocracia tiene el aspecto de una pequeña-burguesía, no debe sin embargo concluirse que sea una clase, para mí no es todavía una clase. No debe esperarse por tanto una revolución, en el sentido en que una revolución significa la sustitución en el poder de una clase por otra, sino más bien un movimiento reformista, reformista pero violento. No creo que la revolución sea factible todavía. La URSS necesitaría una revolución cultural. Allí se han apropiado de los medios de producción, pero, por decirlo así, de una manera capitalista, esto es, conservando las formas, las jerarquías, los poderes que existen en este último sistema. De suerte que finalmente se trata de una especie de capitalismo de estado administrado por la burocracia, y no de socialismo. Por esta razón aprobé y encontré muy bien lo que pude comprender de la revolución cultural china, en la medida en que implicaba un rechazo de la jerarquía burocrática.

L. — *¿Cree usted, pues, que la revolución china está camino de escapar al destino de la revolución rusa?*

Sartre. — En cierto modo sí. Pienso que en la revolución cultural hay algunos elementos nuevos, muy positivos, como el propósito de romper el viejo molde del partido y controlarlo apelando a las masas. Para la URSS es como si las contradicciones desaparecieran. Mao, en cambio, considera que las contradicciones continuarán, en la medida en que el propio socialismo engendra contradicciones que a veces resulta necesario resolver por medio de una revolución cultural. En su opinión, habrá en el futuro muchas revoluciones culturales.

Ahora bien, es posible también que tras esta concepción general haya un conflicto entre dos tendencias del partido: la tendencia de Mao de ir adelante y la de Liu Chao Shi de contemporizar. Naturalmente si se trata de un conflicto interno del partido, sin intervención de las masas, el asunto es menos interesante. Pero lo que este proceso tiene de capital es que las masas en un momento dado se declararon contrarias a los abusos del poder, es decir, contrarias a la burocracia. Ello significa indudablemente un paso adelante. Habría que preguntarse, sin embargo, qué queda hoy de la revolución cultural china. Según parece, muchos de los que cayeron en desgracia durante la revolución cultural se encuentran actualmente a salvo en lugares donde se les reeduca, esperando una oportunidad de ser reintegrados; o bien, han sido transferidos a otros cargos. Habría que hacer un balance, cosa que nadie ha hecho hasta el momento. Todavía estamos en la etapa de explicar la revolución cultural, pero sería necesario saber si el proceso terminó; si terminó, por ejemplo, con la caída de Lin Piao; no es posible saberlo aún. Y luego existe el peligro de que en el plano de las relaciones exteriores se desarrolle una política de intereses de estado y no una política revolucionaria. En una época los chinos cometieron torpezas en Malasia y sobre todo en Borneo y Java, pero al menos actuaban allí como revolucionarios. Ahora, los encuentros a alto nivel de que hemos hablado, y los reconocimientos diplomáticos en cadena, parecen actuar con la lógica de un Estado como la URSS; un Estado con intereses de estado, que abandona el punto de vista revolucionario. Todo esto no son sino suposiciones, claro está. De todas maneras es evi-

dente que la revolución cultural es un fenómeno nunca visto.

L. — *¿No existe una contradicción entre la finalidad aparente de la revolución cultural —liberar la iniciativa de las masas— y la imposición de un pensamiento único, el pensamiento de Mao?*

Sartre. — Sí. Pero el pensamiento de Mao es muy general, está expresado en el librito rojo, y cada cual lo interpreta a su manera. De modo que los conflictos no provienen de un enfrentamiento entre quienes comparten las ideas de Mao y quienes no las aceptan, sino de las distintas interpretaciones que de ellas se hacen. Allí radica todo el problema. Habría que determinar dónde está exactamente la contradicción. Es curioso comprobar, por ejemplo, cómo Lin Piao hasta último momento compartía las concepciones de Mao y no obstante un día en nombre de ellas quiso promover un golpe de Estado. Es, pues, muy difícil determinar cuáles son las diferentes corrientes.

L. — *En relación con la actual política exterior china de coexistencia pacífica ¿no hay un elemento positivo importante, contribuir a romper la bipolaridad mundial en torno a las dos superpotencias creadas desde Yalta?*

Sartre. — Es evidente que existe ese elemento. Pero está probado, desde la época de Kruschev, que la coexistencia pacífica sólo le ha servido a los Estados Unidos. Cada vez que el imperialismo norteamericano ataca a una nación, obtiene en nombre de la coexistencia pacífica que los países socialistas no intervengan para impedirlo. Es lo que acaba de ocurrir una vez más. De qué sirve, pues, una coexistencia con el imperialismo si con ella se le permtie ganar terreno. No olvidemos que este elemento positivo existe efectivamente, pero los dos encuentros en la cumbre con países socialistas han tenido lugar mientras se arrojan millones de toneladas de bombas sobre el Vietnam. La coexistencia pacífica parece significar: «ustedes pueden golpear allí donde quieran, nunca nos pelearemos al nivel de las grandes potencias». Esto me parece muy grave, sobre todo para el Tercer Mundo.

L. — *Si la revolución es una necesidad histórica en los «dos sistemas», las fuerzas revolucionarias en uno y en otro deberían aunar su labor, tanto en el plano teórico —asimilación crítica de la experiencia acumulada desde la revolución de octubre, búsqueda de nuevas soluciones— como en el de la acción política concreta.*
Sin embargo, existe muy poca comunicación. Mientras los Breznev y los Nixon se entienden, los revolucionarios de uno u otro lado apenas se conocen... ¿Puede explicarse sólo por las dificultades policíacas? *¿No hay también un problema de incomprensión recíproca? En la izquierda revolucionaria occidental es frecuente ver con recelo las reivindicaciones democráticas de los que luchan en el Este contra las dictaduras burocráticas. Otros consideran que la crítica abierta de esas sociedades hace el juego de la burguesía occidental, del imperialismo; y viceversa, entre los elementos que luchan por la democracia y la libertad en el Este es frecuente también la desconfianza frente al «gauchisme». ¿Qué piensa usted al respecto?*

Sartre. — Sí, es evidente que hay dificultades para el entendimiento que ustedes mencionan, y ello no se explica sólo por el terror policial, sino también porque el pensamiento, la ideología de quienes luchan por la democracia en el Este, a falta de textos esenciales, de conocimientos esenciales, se orientan más hacia el liberalismo que hacia la democracia. Cuando uno habla con los intelectuales que critican el régimen soviético es sorprendente advertir que confunden liberalismo burgués con democracia. Es decir, están más interesados en obtener libertad para escribir lo que quieren que promover el desarrollo de un proceso revolucionario. Escribir sólo lo que uno quiere, sin tener en cuenta lo que sucede a su alrededor, es burgués. Vivir en un país revolucionario y querer participar en la revolución, no sólo supone escribir en un sentido revolucionario, sino también reclamar que la realidad se transforme de acuerdo a una concepción igualmente revolucionaria. Esta debería ser esencialmente su aspiración, pero no es así: se limitan a reclamar el derecho de escribir.
En términos generales, es lamentable ver cómo los intelectuales del Este sólo aspiran a imitar a Occidente, aunque por falta de información muchas veces ni siquiera logran su propósito. Lo que llaman pintura abstracta, por ejemplo, es apenas una pintura figurativa un tanto deformada. Intentan hacer algo pero carecen de una

ideología. Lo mismo ocurre con la novela. Inclusive aquellas que son rechazadas por las editoriales y circulan en copias más o menos clandestinas, no se apartan del realismo socialista; simplemente en vez de ser un realismo favorable al régimen, es contrario a él. El resultado de todas maneras no es bueno. Los intelectuales son revolucionarios en la medida en que expresan un rechazo personal, se arriesgan a ser transportados a un asilo o a un campo de trabajo, pero su concepción artística sigue siendo tradicional. Inclusive Solyenitzin no escapa a esta norma.

L. — *Esa desorientación, la falta de perspectivas políticas revolucionarias de intelectuales formados ya dentro del sistema, a más de medio siglo de la revolución de octubre, ¿no es en sí misma un signo elocuente de que allí no hay realmente socialismo?*

Sartre. — Claro que sí, ustedes ven que mi opinión sobre la URSS es muy categórica. Los partidarios de Mao, cuya opinión comparto, consideran que la sociedad soviética no es ya una sociedad socialista. Se trata de una experiencia frustrada, que no obstante debe ser tomada en cuenta. Vivo, pues, en medio de gentes para quienes tal situación está clara: hay una sociedad burocrática en la URSS, quizás un día allí lo sabrán; por ahora, no hay posibilidad alguna de cambio. En lo que a nosotros se refiere, mayo del 68 significó una ruptura con todas las formas estratificadas, burocratizadas de la revolución inspiradas en la orientación soviética. El partido comunista francés no se propone tomar el poder, ni es un partido revolucionario. Por consiguiente, nuestro juicio sobre la política del partido francés, muy influida por la URSS, es más bien negativo.
La diferencia entre nosotros y quienes en los países del Este combaten la burocracia, consiste en que aquí la revolución está por hacerse y la de ellos fue ya realizada pero se frustró. De modo que no pudiendo actuar sobre las mismas bases, es difícil entendernos. No nos parece válida la objeción de que denunciar el sistema de la URSS es hacerle el juego al capitalismo. Para nosotros es más importante en este caso decir la verdad que ocultarla. Quizá no sea siempre cómodo, pero es conveniente.

L. — *¿Juzga la reivindicación del derecho de crítica por intelectuales de las sociedades llamadas socialistas —llámense Solyenitzin, Kundera, Kolakovsky— como expresión de un espíritu de casta o si se quiere de un mandarinato?*

Sartre. — Depende de los individuos que ustedes citan. Pienso que la observación puede ser válida en el caso de Kolakovsky, porque nunca ha sido marxista. Su libro, muy bello por cierto, sobre los cristianos tiene un sentido simbólico muy claro; tengo la impresión de que él sólo aspira a ser un intelectual. El caso de Solyenitzin es mucho más difícil de juzgar, pues a él le correspondió vivir épocas muy duras desde los años 30, y quiere narrarlas. Me parece que Solyenitzin pertenece a la clase de escritores que podrían ser consecuentes con una trayectoria revolucionaria, aunque aún está muy influido por los cristianos ortodoxos. Kundera es, a mi juicio, quien está más cerca de reivindicar el derecho de crítica para el conjunto de la sociedad. Es evidente que sin ese derecho una sociedad socialista no puede existir, como ocurre en la URSS.

L. — *En los últimos años hemos asistido a un fenómeno de diversificación de las formas de lucha revolucionaria en América Latina. Después de la experiencia cubana y los reveses sufridos por una asimilación acrítica de la misma, tenemos la victoria electoral de la Unidad Popular en Chile, el proceso peruano, la guerrilla urbana en el Uruguay y la aparición de nuevos grupos como el MAS en Venezuela, etc. ¿Cuál es su valoración de todo este proceso?*

Sartre. — Por ahora, y en términos generales, mi apreciación es muy positiva, lo que no excluye ciertos temores. En el caso de Chile, por ejemplo, no creo en la posibilidad de llegar al socialismo por la vía legal. La violencia, cierta forma de violencia, es necesaria. Me parece que la situación actual difícilmente podrá mantenerse. Puede haber una guerra civil o bien vendrá el fascismo. Mi punto de vista, muy simple, es que no puede haber revolución sin revolución, es decir, sin violencia. ¿Cómo pretender que quienes poseen las riquezas se dejen despojar de ellas tranquilamente? Una revolución supondría la supresión de fortunas industriales y del contexto social que las hace posibles, y lograr esto por la vía legal me parece francamente utópico. En ese terreno los capitalistas tienen fuerzas, fuerzas poderosas capaces de obstruir un proce-

so. Por lo demás, esta revolución reformista está apoyada por el partido comunista chileno, que cuenta con la anuencia de Moscú, y Moscú no desea ahora ninguna revolución que altere su política de coexistencia pacífica.
Con todo, es evidente que las fuerzas revolucionarias que surgen hoy en América Latina, constituyen un fenómeno de enorme interés.

L. — *Tal vez uno de los aspectos más interesantes de este fenómeno, en contraste con etapas anteriores, es la gran diversificación de formas de lucha que está produciéndose después de que, por una lado, la táctica tradicional de los partidos comunistas y, por otro, la concepción foquista, llevaron a un* impasse.

Sartre. — Claro, por ejemplo, Marighela concebía la guerrilla urbana como medio de neutralizar la presión militar sobre los focos surgidos en el campo, y de esta manera protegerlos. Su gran concepción es que si se comienza por crear focos en las ciudades, el ejército debe inmovilizar allí muchos de sus efectivos, lo que facilita más tarde la acción de los grupos armados del campo. Parece claro que ahora en América Latina la concepción foquista ha desaparecido; es decir, la concepción del foco con un comando militar y político localizado en el campo, como lo preconizaba Debray en su libro. Hoy en día, cuando se habla de guerrilla se piensa en la guerrilla a la vez urbana y campesina, porque la primera puede tener mucha movilidad y fluidez, nunca se sabe dónde se encuentra. Evidentemente en Brasil esta táctica fracasó porque allí los revolucionarios tuvieron que enfrentarse a grandes dificultades. Pero los tupamaros representan ahora una alternativa; son lo suficientemente fuertes como para que la situación se defina entre ellos y el gobierno.

L. — *¿No cree usted que las formas de lucha insurreccional deben analizarse en función de las condiciones específicas de cada país y de circunstancias políticas determinadas? Usted habla de la guerrilla urbana como de una forma superior de lucha, y esto es probablemente cierto en el caso de Uruguay, que es un país más urbano que rural. ¿Pero qué diría usted del caso de Bolivia, por ejemplo? ¿No cree que la táctica insurreccional tendría que plantearse allí de modo diferente?*

Sartre. — Ciertamente. Pero vea usted, por ejemplo, que en Bolivia el error cometido fue el de creer que los campesinos estaban listos para dar su apoyo a la guerrilla. En realidad, ellos habían recibido del gobierno ciertas ventajas mediocres, de modo que no estaban dispuestos a secundar la lucha armada, como ocurrió con ciertos sectores agrarios en Cuba, al principio. Sí, es evidente que los campesinos son diferentes según las regiones. Por ejemplo, en el nordeste brasileño hay posibilidades de una guerrilla. Los campesinos allí son más revolucionarios que los obreros del sur, los obreros de São Paulo, los cuales son ex-campesinos, a quienes la situación actual les inclina más bien hacia el réformismo.

L. — *A los cuatro años de los acontecimientos de mayo del 68 en Francia, ¿qué perspectiva cree usted que han abierto a la lucha revolucionaria en los países capitalistas desarrollados?*

Sartre. — En los países capitalistas desarrollados creo que cada movimiento juvenil ha tenido su propia modalidad. No puede decirse que mayo del 68 tenga mucha relación con lo que ocurre en los Estados Unidos. La juventud americana sigue su propio desarrollo con distintas alternativas. De todas maneras allí los acontecimientos de mayo del 68 fueron recibidos como una noticia, exactamente como en 1940 pudo haberse recibido la noticia de la caída de París. Italia ha tenido igualmente un movimiento distinto al nuestro. En realidad, todos esos movimientos tienen evidentemente causas profundas análogas, pero no creo que tengan mucha influencia entre sí. Los sucesos de Francia de mayo del 68 han revelado a muchos el hecho de que la revolución se hace en la ilegalidad, es decir, que cada paso de los obreros y aun de los intelectuales se enfrenta con la ley burguesa, lo que lleva consigo una serie de riesgos evidentes. Ahora es habitual hacer manifestaciones prohibidas, y los grupos sociales, los campesinos, los obreros, saben que es necesaria su presencia en las calles para apoyar sus reivindicaciones. ¿Por qué? En primer término, porque el gobierno no está dispuesto a aceptarlas de buen grado y porque no se puede obtener mayor cosa a través del juego de las instituciones burguesas. En segundo lugar, porque es el propio gobierno el que se sitúa frecuentemente fuera de la propia legalidad cuando se trata de hacer frente a ciertas exigencias.

L. — *En su entrevista con* Il Manifesto *y en otras ocasiones usted se ha referido al problema de la organización revolucionaria. ¿Cómo concebirla, qué hacer para contrarrestar las inevitables tendencias a la burocratización, a reproducir en ella misma las estructuras que combate y aspira a destruir?*

Sartre. — ¡Si yo lo supiera!... Infortunadamente compruebo, por ejemplo, que en el movimiento trostkista francés subsiste esta tendencia, y que acabaremos por tener otro partido burocrático, como sucedió con el partido comunista, liquidado por la burocracia. No sabría decirles, sin embargo, qué debería hacerse para remediar dicha situación.
Los camaradas de *Il Manifesto* habían señalado posibles antagonismos entre los sindicatos y las asambleas obreras locales, especie de soviets que surgieron en Milán y en Turín hace unos tres años. Estas asambleas representaban una forma de democracia directa, pero con una visión limitada del conjunto social. El sindicato, a pesar de su burocracia y de todo un juego de intereses creados, representaba, en cierto modo, a la sociedad italiana, o al menos a los obreros en su conjunto. Esta experiencia fue interesante, en la medida en que los sindicatos presionados por las asambleas obreras iban progresivamente desburocratizándose y la lucha por las reivindicaciones en los talleres y empresas cobraban mayor amplitud. Desgraciadamente, como ustedes saben, las viejas modalidades de la lucha sindical tienden a imponerse de nuevo. La situación actual en Italia es difícil porque la férrea política del gobierno capitalista, que puede en cualquier momento derivar al fascismo, exige una organización sindical fuerte; y no obstante, las dificultades de organización, a las que me acabo de referir, subsisten.

L. — *De sus escritos posteriores a mayo del 68, parece deducirse una concepción distinta de la que usted tenía acerca del compromiso del intelectual. ¿Podría usted precisarnos esta diferencia?*

Sartre. — Sí, mi concepción del compromiso ha cambiado. Yo defendía al intelectual clásico, entendiendo por tal no a quien se define por cierto tipo de actividad, sino por la conciencia que ha adquirido de ella. Había, por una parte, la gente que yo llamaría «técnicos del saber». Si estas personas tomaban conciencia de una contradicción en su trabajo los consideraba intelectuales. Por ejemplo, un científico norteamericano que trabaja para la bomba atómica no es un intelectual sino un técnico del saber práctico, pero si este tipo de trabajo le plantea problemas de conciencia, si dice: «Cuidado, nuestro trabajo es peligroso, es criminal», entonces se convierte en un intelectual. ¿De qué se ha dado cuenta? De que un intelectual es un hombre instruido, formado, educado en función de lo universal; pero, educado por los burgueses, su libertad se limita a un uso particular. Un médico, por ejemplo, está condicionado para diagnosticar y curar en lo universal, para curar tanto a la cocinera o al millonario afectados por determinada enfermedad. En la práctica, reclutado por otro médico o el gobierno, no está en condiciones de atender a todos los enfermos que padecen este mal, de modo que se convierte en instrumento de la clase burguesa, la cual le permite también ocuparse de los proletarios, aunque en condiciones determinadas, desfavorables. Si comprende que el carácter universal de su trabajo está en oposición con la realidad particular a que lo han reducido, es un intelectual.
Así pues, hasta 1968, defendí a los intelectuales, es decir, a aquellos que se daban cuenta de su contradicción, del contraste permanente entre lo infinito y lo finito, entre lo universal y lo particular, si se quiere, como lo definía Hegel; y que por lo consiguiente, tenían una conciencia desgraciada. Pero entonces comprendí que de nada servía exhibir una «conciencia desgraciada», sobre todo cuando de esa conciencia desgraciada se obtenían ventajas. Para mí, un intelectual clásico es un tipo que saca provecho de su situación: va a los mitines, por ejemplo, y está bien o mal visto por los revolucionarios, poco importa, pero de todas maneras tiene contacto con la gente, escribe libros sobre todo esto, etc. ¿Pero por qué mantener esta conciencia desgraciada y sobre todo por qué sacar provecho de ella? Porque efectivamente se trata de un privilegio. Usted va a un mitin, como es intelectual puede hablar y ser escuchado, puede decir que las cosas andan mal, que es infortunado que sea así... Es una actitud absurda, pues consiste en conservar un estado de cosas, lamentándose, sin que ello signifique políticamente ninguna ayuda. Por ejemplo, muchos intelectuales, profesores, químicos, físicos o estudiantes

en los Estados Unidos trabajan para la guerra del Vietnam, trabajan realmente para ella (en fábricas o laboratorios). De acuerdo a mi antiguo concepto, se les podría considerar intelectuales porque al salir del trabajo se limitan a decir a los amigos: «Es repugnante lo que hacemos». Pero ahora yo me pregunto: ¿qué cambia esto? Igual cosa podría decirse del médico que se contenta con exclamar: «¡Lástima que seamos tan pocos para tantos, y que los remedios sean tan malos!»

En suma, pienso que lo que un intelectual debe hacer ahora es suprimir su conciencia desgraciada, es decir, no colocarse al margen del pueblo y declarar que hay una contradicción entre lo particular y lo universal en un caso determinado, sino estar con el pueblo y comprender el género de universalidad que éste reclama, dándole, si se le pide, una forma particular. En todo caso el intelectual es un hombre del pueblo como cualquier otro. No tiene por qué aislarse. Debe estar movido por los mismos sentimientos que los demás. Si el número de alojamientos, por ejemplo, es insuficiente, no basta denunciar la política oficial; es mucho más interesante ocupar de hecho los departamentos vacíos. Hay, pues, formas de acción concretas en las que el intelectual puede participar. En el caso de los alojamientos que cito, puede promover las ocupaciones forzosas, permanecer en el sitio ocupado si hay riesgo de desalojo policial, etc.

L. — *Pero la situación del intelectual que usted describe es también, en cierto modo, la del obrero consciente. Sus intereses son contradictorios con los del capital, su lucha va dirigida a cambiar el sistema, pero un trabajo en la producción contribuye a perpetuarlo. Es también la conciencia desgraciada. ¿Debe dejar de trabajar, de ser obrero?*

Sartre. — En cierta manera tiene usted razón, puesto que uno y otro son productos de la sociedad capitalista actual. La única diferencia es que el intelectual ha buscado soluciones, ha hecho estudios, tiene una formación y accede a su oficio voluntariamente. Esto se vio muy claramente en el 68, cuando muchos estudiantes se permitieron rechazar puestos muy ambicionados. Hoy también hay intelectuales dispuestos a hacer un trabajo manual, es decir, a ejercer otro oficio. En otras palabras, un obrero no puede dejar de serlo, salvo por medio de una revolución, o en un caso sobre 10.000, y traicionando a su clase, mientras que un intelectual puede muy bien bajar (él lo llamará subir) hasta el pueblo cambiando su oficio por uno en las fábricas. Ustedes me preguntarán por qué no estoy trabajando yo en una fábrica... Bueno, porque tengo 67 años y ninguna fábrica querría contratarme. Pero, en fin, si tuviese 20 años, estaría dispuesto. Así concibo el asunto. Esto no lo despoja a uno de cierta cultura: sólo la cambia, es decir, que uno tendría dos culturas, la cultura del proletariado formada por el oficio, y luego la que da la burguesía. Lo que, en suma, supone una nueva cultura, algo que es muy interesante. En conclusión, hoy por hoy el obrero no puede devenir intelectual, pero el intelectual puede muy bien convertirse en obrero.

L. — *Hace algunos años unas declaraciones suyas en* Le Monde *originaron una viva polémica. Usted decía que frente a un niño que muere de hambre,* La Náusea *no tenía ningún valor y que le parecía comprensible y hasta aconsejable que un escritor de país subdesarrollado dejara de escribir para servir de manera más útil e inmediata a su país. ¿Sigue pensando lo mismo?*

Sartre. — Se trata de una entrevista que no me satisface mucho. Inclusive le hice algunas rectificaciones. En todo caso hay un punto que es muy claro para mí: pienso que un intelectual revolucionario, en un país que ha hecho la revolución, puede, en un momento dado, hacer en favor de ella algo más útil que escribir novelas o poemas. Desde el punto de vista del revolucionario, el éxito de la revolución cuenta por encima de cualquier cosa. Un hombre que pueda decir: he contribuido a hacer una sociedad revolucionaria, tiene razón de estar más satisfecho que aquel que ha escrito un buen poema. Son cosas completamente distintas, de acuerdo, pero de todos modos, en la medida en que lo real prima, es preciso ponerse ante todo a la disposición de la sociedad, lo que no excluye, naturalmente, el derecho a la crítica.

L. — *En América Latina renace actualmente en algunos países un cierto nacionalismo cultural, la ambición de forjar una cultura autónoma, distanciada y hasta enemistada con las de Europa y las del resto del mundo. ¿Piensa usted que esta aspiración cultural nacionalista y au-*

tárquica pueda ser considerada una meta revolucionaria, un objetivo de izquierda?

Sartre. — De ninguna manera, dado que no hay cultura que no se haya constituido con el aporte de otras. Las culturas se interpenetran. Es cierto, sin embargo, que a menudo la cultura del país dominante se impone. Por tanto no me parece mal, teniendo en cuenta la influencia dominante de los Estados Unidos sobre América Latina, preservarse de ella. Cuando fui por primera vez a Cuba, recuerdo que una de las principales preocupaciones de los cubanos era la de resucitar su antigua cultura, que infortunadamente es española, para oponerla a la absorbente influencia de los Estados Unidos. En el fondo éste es un problema de matices. Declarar que un país debe tener sólo la propia cultura, y que esa cultura no tiene relación con ninguna otra, es falso. Declarar que hay que defenderse de ciertas culturas que representan la influencia de un estado imperialista dominante, es legítimo. Por esta razón, la posición de los cubanos no me pareció en modo alguno condenable.

L. — *A propósito de Cuba, en los últimos meses ha habido un gran debate principalmente en el mundo intelectual latinoamericano sobre la evolución de la revolución cubana y particularmente de su política cultural. ¿Qué piensa usted al respecto?*

Sartre. — Estoy demasiado lejos de los acontecimientos para darles un juicio definitivo. Tengo la impresión, sin embargo, que ciertos hechos como el «affaire» Padilla revelan un control de la cultura que no existía cuando yo estuve allí. Había una forma de auto-censura, de la cual se me hablaba, pero no esta especie de descomposición cultural que parece advertirse hoy, esto es, el que haya podido ocurrir una escena como la autocrítica de Padilla sin que la gente prorrumpiera en carcajadas. Es evidente que la cultura en este plano no es sino un hecho entre otros, pero existe el riesgo de que sea símbolo de una situación general. No lo sé; no tengo elementos suficientes para discutirlos. En todo caso nada de esto ocurría la primera vez que fui a Cuba.

L. — *¿Piensa usted que los movimientos de liberación femenina deban considerarse como un fenómeno que se inscribe en el cuadro de los movimientos de liberación de las minorías oprimidas? ¿Piensa usted que dicha liberación pueda lograrse por medio de una revolución cultural?*

Sartre. — Pienso, con las mujeres, que este problema debe ser resuelto por ellas mismas. Es evidente que en los movimientos políticos son los hombres quienes dirigen. Por lo demás, considero que no están lo suficientemente politizadas. Las homosexuales, por ejemplo, afirman su derecho a serlo, lo que está muy bien, pero sin darle a su reivindicación ningún alcance político. Otras se acercan a nosotros, hacia los maoístas o movimientos similares. Creo que hay que ponerse en contacto con ellas, pero sin pretender dirigirlas. Les corresponde a ellas politizar sus movimientos. Nosotros debemos limitarnos a ponernos a su disposición, si lo quieren, porque a menudo no les interesa. A veces son amenazantes... Cuando tuvieron lugar las jornadas del MLF * en París, una de ellas le preguntó a Simone de Beauvoir: «¿Sartre no vino? Entonces es que no está de acuerdo, *le salaud!*»

* Movimiento de Liberación Femenino.

Narrativa

Alfredo Bryce Echenique
Muerte de Sevilla en Madrid

Peruano, autor de Huerto Cerrado, *que se publicó en La Habana, y de la novela* Un mundo para Julius. *(Barral Editores, 1970).*
El presente relato fue escrito en París en 1971.

Fernando del Paso
Esta casa de enfermos

Mexicano, novelista, autor de José Trigo *(Siglo XXI).*
El capítulo que presentamos pertenece a su novela inédita Esta casa de enfermos

Salvador Garmendia
Dos cuentos

Venezolano, narrador, autor de las novelas Los pequeños seres, Los habitantes, La mala vida *y de los libros de cuentos* Doble fondo *y* Difuntos extraños y volátiles.

Alfredo Bryce Echenique
Muerte de Sevilla en Madrid

A Alida y Julio Ramón Ribeyro

La compañía venía dispuesta a instalarse con todas las de la ley. Para empezar, mucha simpatía sobre todo. Bien estudiado el mercado, bien estudiadas las características de los limeños que gastan, se había decidido que lo conveniente era una publicidad, un trato, unas *public relations* bastante cargadas a lo norteamericano pero con profundos toques hispanizantes, tal como éstos pueden ser imaginados desde lejos, en resumen una mezcla de Jacqueline Kennedy con el Cordobés. Y ya iban marchando las cosas, ya estaban instaladas las modernas oficinas en modernos edificios de la Lima de hoy, tú entrabas y la temperatura era ideal, las señoritas que atienden encantadoras, ni hablar de los sillones y de los afiches anunciando vuelos a Madrid y a otras ciudades europeas desde ciudades tan distintas como Lima y Tokio. Tu vista se paseaba por lo que ibas aceptando como la oficina ideal, tu vista descubría por fin aquella elegante puerta, al fondo, a la derecha, GERENTE.

Para gerente de una compañía de aviación que entraba a Lima como española, vinieran de donde vinieran los capitales, nada mejor que un conde español. No fue muy difícil encontrarlo además, y no era el primer solterón noble arruinado que aterrizaba por Lima, llenando de esperanzas el corazón de alguna rica fea. Ya habían llegado otros antes, parece que se pasaban la voz. Lima no estaba del todo mal. Acogedora como pocas capitales y todo el mundo te invita. Como era su obligación, el conde de la Avenida llegó bronceado, con varios ternos impecables y un buen surtido de camisas de seda. El título de conde lo llevaba sobre todo en la nariz antigua, tan aguileña en su angosta cara cuarentona (cuarenta y siete años, exactamente) que en su tercer almuerzo en el Club de los Cóndores, aceptó sonriente el apodo que ya desde meses atrás le habían dado silenciosamente en un club playero sureño: el Aguila Imperial.

Con tal apodo el mundo limeño que obligatoriamente iría circundándolo se puso más curioso todavía y las invitaciones se triplicaron. El conde de la Avenida, para sus amigotes el Aguila Imperial, debutó en grande. La oficina de Lima se abrió puntualmente, y para el vuelo inaugural, el Lima-Madrid, puso en marcha el famoso sorteo que terminaría con su breve y brillante carrera de ejecutivo.

Pudo haber sido otro el resultado, pudo haber sido todo muy diferente porque en realidad Sevilla ni se enteró de lo del sorteo. Y aun habiéndose enterado, jamás se habría atrevido a participar. El había triunfado una vez en Huancayo, antes de que muriera Salvador Escalante, y desde entonces había vivido triste y tranquilo con el recuerdo de aquel gran futbolista escolar.

Miraflores ya había empezado a llenarse de avenidas modernas y de avisos luminosos en la época en que Sevilla partió rumbo al colegio Santa María, donde sus tías, con gran esfuerzo, habían logrado matricularlo. Se lo repetían todo el tiempo, ellas no eran más que dos viejas pobres, ¡ah!, si tus padres vivieran, pero a sus padres Dios los tenía en su gloria, y a Sevilla sus tías lo tenían en casa con la esperanza de que los frutos de una buena educación, en uno de los mejores colegios de Lima, lo sacaran adelante en la vida. Abogado, médico, aviador, lo que fuera pero adelante en la vida.

No fue así. La tía más vieja se murió cuando el pobre entraba al último año de secundaria, y la pensión de la otra viejita con las justas si dio para que Sevilla terminara el colegio. Tuvo que ponerse a trabajar inmediatamente. Todos sus compañeros de clase se fueron a alguna universidad, peruana o norteamericana, todos andaban con el problema del ingreso. Sevilla no, pero la verdad es que esta apertura hacia lo bajo, hacia un puestecito en alguna oficina pública no lo entristeció demasiado. Ya hacía tiempo que él había notado la diferencia. La falta de dinero hasta para comprar chocolate a la hora del recreo, día tras día, lo fue preparando para todo lo demás. Para lo de las chicas del Villa María, por ejemplo. El no se sentía con derecho a aspirar a una chica del Villa María. Las pocas que veía a veces por las calles de Miraflores eran para Salvador Escalante. El se las habría conquistado una por una, él habría tenido un carro mejor que los bólidos que sus compañeros de clase manejaban los sábados o, por las tardes, al salir del colegio. Eran todavía el carro de papá o de mamá y lo manejaba siempre un chófer, pero cuando llegaban a recoger a sus compañeros de clase, éstos le decían al cholo con gorra hazte a un lado, y par-

tían como locos a seguir al ómnibus del Villa María. Sevilla no. El partía a pie y, mientras avanzaba por la Diagonal para dirigirse hacia un sector antiguo de Miraflores, se cruzaba con las chicas que bajaban del ómnibus del Villa María o que bajaban de sus automóviles para entrar a una tienda en Larco o en la Diagonal. En los últimos meses de colegio empezó a mirarlas, trató de descubrir a una, una que fuera extraordinariamente bella, una que sonriera aunque sea al vacío mientras él pasaba. Si una hubiese sonreído con sencillez, con dulzura, Sevilla habría podido encontrar por fin a la futura esposa de Salvador Escalante.

Buscaba con avidez. Casi podría decirse que ésta fue la etapa sexual (aunque sublimada) de la vida del joven estudiante. A pesar de que Salvador Escalante había muerto años atrás, él continuaba buscándole la esposa ideal. Lo de la dulce sonrisa y el pelo rubio parecían interesarlo particularmente, y hasta hubo unos días en que se demoró en llegar a casa; se quedaba en las grandes avenidas miraflorinas, se arrinconaba para buscar sin que se notara, pero la gente tenía la maldita costumbre de pasar y pasar. Cada vez que Sevilla veía venir a una muchacha, alguien pasaba, se la tapaba, se quedaba sin verla. Siempre se le interponía alguien, la cosa realmente empezaba a tomar caracteres alarmantes, por nada del mundo lograba ver a una chica, la mujer para Salvador Escalante podría haber pasado ya ante sus ojos mil veces y siempre un tipo le impedía verla, siempre una espaldota en su campo visual.

Así hasta que decidió que por la Diagonal y Larco era inútil. Por su casa tal vez. Claro que había que consultarlo con Salvador Escalante. Fueron varios días de meditación, varios días en que el recuerdo del gran futbolista escolar que le hizo caso, que no se fijó que en sexto de primaria a Sevilla ya se le caían unos pelos grasosos, varios días en que el recuerdo del amigo mayor, el del momento triunfal en Huancayo creció hasta mantener a Sevilla en perenne estado de alerta. La gran Miraflores, Larco, Diagonal, esas avenidas eran inútiles. Quedaba lo que Sevilla había sentido ser el pequeño Miraflores. Pocos captaban esa diferencia como él. Pero en efecto existía todo un sector de casas de barro con rejas de madera, casas amarillentas y viejas como la de Sevilla. Las chicas que vivían en esas casas no iban al Villa María pero a veces eran rubias y Sevilla sabía por qué. La cosa venía de lejos, de principios de siglo y, ahora que lo pensaba, ahora que lo consultaba con Salvador Escalante, Sevilla deseaba profundamente que todo hubiera ocurrido a principios de siglo cuando de esas casas recién construidas salían rubias hijas de ingleses. Qué pasó con esos ingleses era lo que Sevilla no sabía muy bien cómo explicarle a Salvador Escalante. Por qué tantos inmigrantes se enriquecieron en el Perú y en cambio esos ingleses envejecieron bebiendo gin y trabajando en una oficina. Ahora sólo algunas de sus descendientes tenían el pelo rubio pero esto era todo lo que quedaba del viejo encanto británico que pudo haber producido una esposa ideal para Salvador Escalante. Para qué mentirle a Salvador Escalante, además. Bien sabía Sevilla que con pelo rubio o castaño o negro esos chicas iban a otros colegios, terminaban de secretarias y se morían por subir pecaminosamente a carros modernos de colores contrastantes. Todo un lío. Todo un lío y una sola esperanza: la llegada triunfal del gran futbolista escolar, convertido ya en flamante ingeniero agrónomo. Una tarde, después de romperle el alma a todo aquel que llegara por esos barrios con afán de encontrar una medio pelo, Salvador Escalante vendría a llevarse a la muchacha que Sevilla le iba a encontrar, Salvador Escalante tenía las haciendas, la herencia, el lujoso automóvil, la chica era buena y en una de esas viejas casonas amarillentas algún viejo hijo de ingleses, pobremente educado en Inglaterra, extraviado entre el gin y la nostalgia, volvería a sonreír. Valía la pena. Salvador Escalante aceptaba, después de todo siempre jugó fútbol limpiamente, sin despreciar a los de los colegios nacionales, después de todo siempre comulgó seriamente los primeros viernes. Instalado en su vetusto balcón, Sevilla vio avanzar por la calle a la que, vista de más cerca, podría llegar a ser la esposa de Salvador Escalante. Se dio tiempo mientras la dejaba venir para vivir el momento triunfal en Huancayo, fue feliz pero entonces un automóvil frenó y siete muchachos se arrojaron por las puertas y Sevilla se quedó sin ver a la muchacha, imaginando eso sí que sonreía rodeada por sus siete compañeros de clase. Sintió que era el fin muy profundo de una etapa que había vivido casi sin darse cuenta, pero lo que más le molestaba, lo que más lo entristecía no era el haberse convencido de

que le era imposible lograr ver a una mujer hermosa, lo que más le molestaba era el haberse quedado momentáneamente sin proyectos para Salvador Escalante.

Porque desde tiempo atrás el gran futbolista escolar había quedado para siempre presente en la vida de Sevilla. Con él resistió el asedio sufrido durante los últimos años de colegio. Lo del pelo, por ejemplo. Se le seguía cayendo y siempre era uno solo y sobre alguna superficie en que resaltaba lo grasoso que era. Caía un pelo ancho y grasoso y la clase entera tenía que ver con el asunto, pero Sevilla llamaba silenciosamente a Salvador Escalante porque con él no había sufrimiento posible. Sólo un triste aguantar, una tranquila tristeza limpia de complejos de inferioridad. Un solo estado de ánimo siempre. Un solo silencio ante toda situación. Por ejemplo la tarde aquella en que los siete que le impidieron ver a la última mujer que miró en su vida llegaron a su casa. Sevilla estaba en la cocina ayudando a su tía, estaban haciendo unos dulcecitos cuando sonó el timbre. Salió a abrir pensando que eran ellos porque lo habían amenazado con pedirle prestado una carpeta de trabajo para copiársela porque andaban atrasados. Abrió y le llovieron escupitajos disparados entre carcajadas. Al día siguiente, toda la clase se mataba de risa con lo de Sevilla con el mandilito de mujer. No era mentira, era el mandilito que se ponía cuando ayudaba a su tía y era de mujer pero también era cada vez más fácil fijar la mirada en un punto determinado de la pared: Salvador Escalante surgía siempre.

Y ahora que trabajaba en un oscuro rincón de la Municipalidad de Lima, perdido en una habitación dedicada al papeleo, lo único que había cambiado era aquel punto determinado de la pared. Sevilla encontraba a Salvador Escalante con sólo mirar a un agujero del escritorio que alguien, antes que él, había abierto laboriosamente con la uña. Eso era todo. Lo demás seguía igual, una tranquila tristeza, un pelo grasoso sobre cada papel que llegaba a sus manos y una puntualidad que desgraciadamente nadie notaba. Y esto más que nada porque Sevilla tenía jefe pero el jefe no tenía a Sevilla. No le importaba tenerlo, en todo caso. La vida que se vivía en aquella oficina llegaba hasta él convertida en un papel que se le acercaba a medida que pasaba de mano en mano. La última mano le hablaba, le decía Sevillita, pero Sevillita no había logrado integrarse aquí tampoco. Aquí triunfaba un criollismo algo amargado, los apodos eran muy certeros y se vivía a la espera de un sábado que siempre volvía a llegar. Salían todos y cruzaban un par de calles hasta llegar a un bar cercano. Sábado de trago y trago, cervezas una tras otra y unas batidas terribles al que se marchaba porque marcharse quería decir que en tu casa tu esposa te tenía pisado. Gozaban los solteros burlándose de los casados, luego siempre algún soltero se casaba y tenía que irse temprano quitándose como fuera el tufo y los solteros repetían las mismas bromas aunque con mayor entusiasmo porque se trataba de un recién casado. Sevillita nunca participó, nunca fue al bar y nunca nadie le pidió que viniera. Se le batía rápidamente a la hora de salida pero de unas cuantas bromas no pasaba la cosa, luego lo dejaban marcharse. A los matrimonios asistía un ratito.

Un día se le tiraron encima los compañeros de trabajo y el jefe sonrió. Sevilla fue comprendiendo poco a poco que una flamante compañía de aviación iba a realizar su vuelo inicial, Lima-Madrid, y que para mayor publicidad había organizado un sorteo. Entre todo peruano que llevara de apellido el nombre de una ciudad española, un ganador viajaría a Madrid, ida y vuelta, todo pagado. La cosa era en grande, con fotografías en los periódicos, declaraciones, etc. Sevilla miró profundamente al agujero por donde llegaba hasta Salvador Escalante, pero la imagen de su vieja tía lo interrumpió bruscamente.

Por lo pronto a su tía le costó mucho más trabajo comprender de qué se trataba todo el asunto. Por fin tuvo una idea general de las cosas y aunque atribuyó inmediatamente el resultado a la voluntad de Dios, lo del avión la aterrorizó. Ya era muy tarde en su vida para aceptar que su sobrino, su único sustento, pudiera subir a un monstruo de plata que volaba. En la vida no había más que un Viaje Verdadero, un Ultimo Viaje que para ella ya estaba cercano y para el cual desde que murieron sus padres había estado preparando a Sevilla.

—No viajarás, hijito. Creo que el Señor lo prefiere así.

Estaba bien, no iba a viajar. La oscuridad de aquel viejo salón, la destartalada antigüedad de

cada mueble iba reforzando cada frase de la anciana tía, cargándola de razón. No viajaría. Bastaba, pues, con armarse de valor y con presentarse a las oficinas de la Compañía de Aviación para anunciar que no podía viajar. Le daba miedo hacerlo, pero lo haría. Llamar por teléfono era lo más fácil; sí, llamaría por teléfono y diría que le era imposible viajar por motivos de salud. Pero algo muy extraño le sucedió momentos después. Salvador Escalante le aconsejó viajar mientras estaba rezando el rosario con su tía, y por primera vez en años no pudo rezar tranquilo. Su tía no notaba nada pero él simplemente no podía rezar tranquilo, no podía continuar, hasta empezó a moverse inquieto en el sillón como tratando de ahuyentar la indescriptible nostalgia que de pronto empezaba a invadir a borbotones la apacible tristeza que era su vida. Mil veces había revivido los días en Huancayo con Salvador Escalante pero todo dentro de una cotidianidad tranquila, esto de ahora era una irrupción demasiado violenta para él. Tampoco cenó tranquilo, y por primera vez en años se acostó con la idea de que no se iba a dormir muy pronto. Cuántas veces había pensado en sus recuerdos, pero esta noche en vez de traerlos a su memoria era él quien retrocedía hacia ellos, dejándose caer, resbalándose por sectores de su vida pasada que lo recibían con nuevas y angustiosas sensaciones. Volvía a vivir quinto, sexto de primaria cuando empezaron los preparativos para el viaje a Huancayo. Tía Matilde vivía aún y dominaba un poco a tía Angélica pero en este caso las dos estaban de acuerdo en que debía asistir: el Congreso Eucarístico de Huancayo era un acontecimiento que ningún niño católico debía perder. Qué buena idea de los padres del colegio la de llevarlos. Una reunión de católicos fervientes y un enviado especial del Papa para presidir las ceremonias. Por primera vez en su vida Sevilla se acostó con la idea de que no se iba a dormir muy pronto. Como ahora, en que volvió también a encender la lamparita de la mesa de noche y a salirse de la cama con la misma curiosidad de entonces, el mismo miedo, los mismos nervios, por qué como que caía al presente de sus recuerdos, por qué años después volvía a atravesar el dormitorio en busca del Diccionario Enciclopédico para averiguar temeroso cómo era la ciudad a la que iba a viajar con unos campañeros entre los cuales no tenía un solo amigo. El mismo Diccionario Enciclopédico Ilustrado que ya entonces había heredado de sus padres. Lo trajo hasta su cama recordando que era una edición de 1934. Leyó lo que decía sobre Huancayo, pensando nuevamente que ahora tenía que ser mayor el número de habitantes...

«Huancayo. Geogr. Prov. del dep. de Junín, en el Perú. 5.244 km.²; 120.000 h. (Pero ahora tenían que ser más que entonces). Comprende 15 distr. Cap. homónima. Coca, caña, cereales; ganadería; minas de plata, cobre y sal; quesos, cocinas, curtidos, tejidos sombreros de lana. 2// Distr. de esta prov. 11.000 hab. cap. homónima. //3 C. del Perú, cab. de este distr. y cap. de la provincia antedicha. 8.000 h. Minas.»

No pudo ocultar una cierta satisfacción cuando Salvador Escalante le convidó un chicle. Salvador Escalante era un ídolo, el mejor futbolista del colegio y estaba en el último año de secundaria. Viajaba para acompañar al hermano Francisco y ayudarlo en la tarea de cuidarlos. El ómnibus subía dando curvas y curvas y, cuando llegaron a Huancayo, Huancayo resultó ser completamente diferente a lo que decía el diccionario. Lo que decía el diccionario podía ser cien por ciento verdad pero faltaba aquella sensación de haber llegado a un lugar tan distinto a la costa, faltaba definitivamente todo lo que lo iba impresionando a medida que recorría esas calles pobladas de otra raza, esas calles de casas bastante deterioradas pero que resultaban atractivas por sus techos de doble agua, sus tejas, sí, sus tejas. Techos y techos de tejas rojas y un aire frío que los obligaba a llevar sus pijamas de franela. Sevilla nunca pensó que los pijamas pudieran ser tan distintos. Dormían en un largo corredor de un moderno convento y realmente cada compañero de clase tenía un pijama novedoso. Definitivamente el de Santisteban parecía todo menos un pijama y el de Alvarez Calderón sólo en una película china. No le importó mucho tener el único vulgar pijama de franela porque, además, ya había habido toda esa larga conversación con Salvador Escalante durante el viaje. El nunca trató de hablarle, Salvador Escalante le hablaba.

Lo mismo fue al día siguiente. Ayudaba al hermano Francisco con lo de la disciplina pero a la hora del almuerzo se sentó a su lado y vol-

vió a hablarle. Sevilla se moría de ganas de agregarle algo a sus monosílabos y fue en uno de esos esfuerzos que sintió de golpe que Salvador Escalante lo quería. Fue como pasar del frío serrano que tanto molestaba en los lugares sombreados a uno de esos espacios abiertos donde el sol cae y calienta agradablemente. Fue macanudo. Fue el fin de su inquietud ante todos esos pijamas tan caros, tan distintos, tan poco humildes como el suyo.

Claro que mientras asistían a las ceremonias del Congreso, Sevilla era uno más del montón, un solitario alumno del Santa María, aquel que no podía olvidar que para sus tías todo este viaje había representado un gasto extra, el que no metía vicio ni su burlaba de los indios, el más beato de todos por supuesto. Las apariciones del enviado especial del Papa le causaban verdaderos escalofríos de cristiana humildad.

Pero había los momentos libres y Salvador Escalante podía disponer de ellos solo, haciendo lo que le viniera en gana. El hermano Francisco lo dejaba irse a deambular por la ciudad, sin uniforme, con ese saco sport marrón de alpaca y la camisa verde. Sevilla lo vio partir una, dos veces, jamás se le ocurrió que, a la tercera, Salvador Escalante le iba a decir vamos a huevear un rato, ya le dije al hermano Francisco que te venías conmigo.

Simplemente caminaban. Vagaban por la ciudad y todas las chicas que iban a los mejores colegios de Huancayo se disforzaban, se ponían como locas, perdían completamente los papeles cuando pasaba Salvador Escalante. Tenían un estilo de disforzarse muy distinto al de las limeñas, algo que se debatía entre más bonito, más huachafo y más antiguo. Por ejemplo, de más de un balcón cayó una flor y también hubo esa vez en que una dejó caer un pañuelo que Sevilla, sin comprender bien el jueguito, recogió ante la mirada socarrona de su ídolo. La chica siguió de largo y Sevilla se quedó para siempre con el pañuelo. Porque Salvador Escalante simplemente caminaba. Avanzaba por calles donde siempre había un grupo de muchachas para sonreírle. Sevilla se cortaba, se quedaba atrás, pegaba una carrerita y volvía a instalarse a su lado.

Una tarde Salvador Escalante se detuvo a contemplar los afiches de *Quo Vadis, los mártires del cristianismo*. «Una buena película para estos días», pensó Sevilla, mientras recibía un chicle de manos del ídolo. «Entramos», dijo Salvador Escalante y él como que no comprendió, en todo caso se quedó atrás contemplando cómo boletera, controladora y acomodadora se agrupaban para admirar la entrada de su amigo. Fue cosa de un instante, una especie de rápido pacto entre las tres cholitas guapas y el rubio joven de Lima. Salvador Escalante pasó de frente, no pagó, no le pidieron que pagara, lo dejaron entrar regalando al aire su sonrisa de siempre, mientras Sevilla sentía de golpe la profunda tristeza de haber quedado abandonado en la calle.

Y desde entonces revivió hasta la muerte el momento en que Salvador Escalante no lo olvidó. Ya estaba en la entrada a la sala, él en la vereda allá afuera, cuando volteó y le hizo la seña aquella, entra, significaba, y Sevilla se encogió todito y cerró los ojos, logrando pasar horroroso frente a las tres señoritas del cine. Fue una especie de breve vuelo, un instante de timorato coraje que, sólo cuando abrió los ojos y descubrió a Salvador Escalante esperándolo sonriente, se convirtió en el instante más feliz de su vida. Entró gratis, gratis, gratis. Por unos segundos había compartido a fondo la vida triunfal de Salvador Escalante. Salvador Escalante no le falló nunca, y cuando volvieron a Lima continuó preguntándole por sus notas en el colegio, aconsejándole hacer deporte y tres veces más ese año le regaló un chicle.

Luego se marchó. Terminó su quinto de media y se marchó a seguir estudios de agronomía, con lo cual Sevilla empezó a seleccionar sus recuerdos. Lo del cine en Huancayo lo recordaba como un breve vuelo por encima de tres cholitas y hacia un destino muy seguro y feliz. Había sido todo tan rápido. su indecisión, su entrada, que sólo podía recordarlo como un breve vuelo, una ligera elevación, no recordaba haber dado pasos, recordaba haber estado solo en la vereda y luego, instantes después, muy confortable junto a Salvador Escalante. Y era tan agradable pensar en todo eso mientras caminaba por las canchas de fútbol donde Salvador Escalante había metido tantos goles. Sevilla ya no le pedía absolutamente nada más al Santa María. Sus compañeros de clase podían burlarse de él hasta la muerte: nada, no sufría. Los pelos grasosos podían continuar cayendo sobre las páginas blancas de los cuadernos: nada, Se-

villa había entrado a la tranquila tristeza que era su vida sin Salvador Escalante, había entrado a una etapa de selección de sus recuerdos, eso era todo para él, necesitaba ordenar definitivamente su soledad.

Pero Salvador Escalante volvió. Vino como ex alumno y jugó fútbol y metió dos goles y caminó desde el campo de fútbol hasta los camerines con Sevilla al lado. Volvió también a jugar baloncesto, alumnos contra ex alumnos, y hablaba de agronomía y allí estaba Sevilla, a un ladito, escuchándolo. O sea que la vida podía volver a tener interés en el Santa María. Sevilla comprendió que Salvador Escalante era un ex alumno fiel a su colegio, uno de esos que volvía siempre, sólo bastaba con estar atento a toda actividad que concerniera a los ex alumnos: Salvador Escalante volvería a caminar por el colegio como caminaba en Huancayo cuando caían pañuelos, sonrisas y flores.

No duró mucho, sin embargo. Salvador Escalante era hijo de ricos propietarios de tierras, pertenecía a una de las grandes familias de Lima y los periódicos se ocuparon bastante de su muerte. Debió ocurrir de noche (el automóvil no fue localizado hasta la madrugada por unos pastores). El joven y malogrado estudiante de agronomía regresaba de una hacienda en Huancayo, víctima del sueño perdió probablemente el control de su vehículo y fue a caer a un barranco, perdiendo de inmediato la vida. Sevilla compró todos los periódicos que narraban el triste suceso, recortó los artículos y las fotografías (creía reconocer el saco marrón de alpaca), todo lo guardó cuidadosamente. Pensó que, de una manera u otra, la vida lo habría alejado para siempre de Salvador Escalante, lo de los ex alumnos fieles no podía durar eternamente. Con apacible tristeza volvió a ordenar aquellos maravillosos recuerdos que las cálidas reapariciones de Salvador Escalante por el Santa María habían interrumpido momentáneamente.

La vida limeña había tratado al conde de la Avenida como a un águila imperial. Volaba alto, volaba con elegancia y dentro de tres años, al cumplir los cincuenta, todo estaba calculado, iba a caer sobre su ya divisada presa, Anunciata Valverde de Ibarguengoitia, treinta y nueve años muy bien llevados, un desafortunado matrimonio, un sonado y olvidado divorcio, la más hermosa casa frente al mar en Barranco y esa sólida fortuna sobre la cual al caballero español ya no le quedaba duda alguna. Eso, dentro de tres años. O sea que quedaba tiempo para continuar disfrutando de los tres clubs de los cuales ya era socio: El Golf, Los Cóndores, para el bronceo invernal, La Esmeralda para los coctelitos conversados que precedían al baño de mar o de piscina y al amuerzote rodeado de amigos. Y para la intimidad o para las invitaciones correspondiendo a invitaciones, el penthouse en el moderno edificio de la avenida Dos de Mayo, San Isidro. Lo había decorado con gusto y tenía sobre todo el suntuoso baño ése, plagado de repisas y lavandas, se levantaba cada mañana y se deslizaba por una alfombra que le iba acariciando los pies, calentándoselos mientras se acercaba al primer espejo del día, estaba listo para afeitarse pero se demoraba siempre un poco en empezar porque le gustaba observar desde allí aquella monumental águila de plata ubicada sobre una mesa especial en el dormitorio, un águila con las alas abriéndose, a punto de iniciar vuelo, algo tan parecido a todo lo que él estaba haciendo desde que llegó a Lima. Y Lima realmente le seguía tratando bien, muy bien, ni una sola queja. En ciertos asuntos ya era toda una autoridad. En su penthouse, por ejemplo (y en otros cócteles), alabó los vinos de la rioja alavesa como complemento indispensable para acompañar determinada cocina española, hasta convertirlos en obligatorios dentro de todo un círculo de amistades. Gregorio de la Torre produjo una noche siete botellas de Marqués de Riscal, *but*... No, mi amigo; ni siquiera Marqués de Riscal. El Aguila Imperial prefería los de don Agustín. Sí, señores, don Agustín. Don Agustín, un hombre tan generoso como sus vinos y que tiene sus bodegas en Laserna, un lugar cercano a Laguardia, ¡ah!, ¡Laguardia!, ¡pueblo inolvidable! Dios sabe cómo fue a caer él por Laserna una noche, semanas antes de partir al Perú. El trato quedó cerrado poco rato después: don Agustín le enviaría mensualmente aquel delicioso vino casero que hasta el propio Juan Lucas y su adorable esposa Susan alabaron con adjetivos novedosos. Para vinos, desde entonces, había que consultar con el conde de la Avenida. Y había que invitarlo mucho. Mucho.

Bebía lo justo y fumaba lo aconsejable y en las agencias todo estaba listo para poner en marcha

la Compañía. Desde ayer el famoso sorteo tenía un ganador y hoy, a las once de la mañana, la oficina principal se llenaría de periodistas, champán a diestra y siniestra, esa era la culminación de una brillante campaña publicitaria. El conde de la Avenida se estaba afeitando. Lo de anoche había sido gracioso con la cholita tan guapa. Lo habían invitado a casa de uno de esos limeños que les da por lo autóctono y resultó que había nada menos que una soprano de coloratura. Eran canciones bonitas pero ella dale que dale con agregarles bajos bajísimos y altos altísimos, toda clase de pitos y alaridos, hacía lo que le daba la gana con la garganta. «Esto es lo indígena», le explicaron por ahí, pero eso a él le interesaba muy poco, la verdad que a él sólo le interesaba la cholita en sí. «Cómo demonios se aborda a este tipo de gente», se preguntaba el Aguila Imperial.

Debió hacerlo muy mal porque por toda respuesta obtuvo una frase de lo más divertida: «Esta noche parto de viaje con el Presidente de la República y con todos sus ministros.» Había dos ministros en la reunión y ninguno de los dos tenía pinta de partir de gira ni mucho menos. Simplemente la soprano de coloratura no había captado quién era él, la distancia era muy grande, es verdad, pero el conde de la Avenida había optado por acortarla al máximo: le mostró su tarjeta de visita y le habló inmediatamente de tres cabarets famosísimos en Madrid. Se estaba terminando de afeitar cuando la soprano de coloratura vino a despedirse, tengo que grabar, te llamo el jueves, dejándolo con una deliciosa sensación de fortaleza física. Se sentía bien, excesivamente bien, tanto que trajo el águila de plata al baño y le fue arrojando agua mientras se duchaba, ey, Francisco Pizarro, le dijo, de pronto, *how are you feeling today?*

Mientras tanto el pobre Sevilla había hecho su diario recorrido Miraflores-Lima en su diario Expreso de Miraflores, pero hoy no se sentía como siempre. Hoy se sentía algo distinto. Por lo general no sentía nada, iba al trabajo y eso era todo. Pero esta vez la noche la había pasado mal: si dormía era casi despierto y con una mescolanza de recuerdos sobre el Santa María, sobre Salvador Escalante; si despertaba seguía medio dormido y se enfrentaba al problema del viaje que el ídolo escolar tanto le recomendaba. «No viajarás, hijito. Creo que el Señor lo prefiere así.» Cómo iba a hacer para decirle a los de la Compañía de Aviación que no iba a viajar y cómo iba a hacer para decirle a su tía Angélica que sí iba a viajar. Además tenía que pedirle permiso al jefe para usar uno de los teléfonos de la oficina. Y tenía que mentir diciendo que por motivos de salud no iba a viajar y mentir era pecado. Tenía que hablar por teléfono con un hombre al que no conocía para mentirle convincentemente un pecado y Salvador Escalante que se había pasado toda la noche aconsejándole el viaje, cómo le iba a decir a su tía que sí iba a viajar. Lo último que sintió al llegar a la oficina fue un ligero malestar estomacal y un inevitable pedo que se le venía. Se detuvo un ratito para tirarse el pedo antes de entrar y resulta que fueron dos pedos. Al levantar la cara para seguir avanzando, y mientras comprobaba que el estómago le molestaba aún, reconoció al impecable joven que, justo en ese instante, estaba pensando: «Me lo temía; tenía que ser este Sevilla.» Pero un brillante jefe de relaciones públicas nunca debe temerse nada y Sevilla fue recibido con un entusiasmo que aumentó su malestar estomacal. Cucho Santisteban lo había escupido un día, la tarde aquella del mandilito de mujer, y ahora venía en nombre de la Compañía de Aviación, ya estaba todo arreglado en la oficina, ya estaba todo listo, Cucho Santisteban venía a llevárselo al cóctel publicitario. Sevilla quiso hablar pero Cucho Santisteban venía a llevárselo simple y llanamente. Desde el jefe hasta el penúltimo del fondo, el que le alcanzaba los papeles a Sevilla, todos dejaron sonrientes que Cucho Santisteban se lo llevara.

Y quiso hablar todo el tiempo, es decir, que quiso decir a cada momento, entre cada fotografía, entre cada flash que le era imposible abandonar a su tía Angélica, vieja enferma sola incapaz de quedarse sola durante tantos días. En cambio los periodistas anotaban que se sentía feliz con el resultado del sorteo, que estaba orgulloso de poder volar en los modernos aparatos de la Compañía, que era la oportunidad de su vida, sí, sí, tal vez la única oportunidad de conocer el Madrid que cantó Agustín Lara. Todo esto mientras Cucho Santisteban le colocaba copas de champán en la mano, pensando que si Sevilla había sido feo en el colegio ahora era un monstruo. *But Public Relations* tenía que embellecer el asunto como fuera, sonrisas, mu-

chas sonrisas, cada flash anulaba la realidad, cada flash desdibujaba el pelo ralo y grasoso de Sevilla, sus cayentes y estrechos hombritos, la barriga fofa y sobre todo las caderas chiquitas como todo lo demás pero muy anchas de ese cuerpo, tristemente eunocoides. Y la ausencia total de culo. *Public Relations* había cumplido su tarea, sólo esperaba que Sevilla tuviera cuando menos un terno y una camisa mejor para el viaje. Cucho Santisteban podía volver a cagarse en la noticia, ahora las firmas y formalidades con el Aguila Imperial. Pero un repentino e incómodo sentimiento empezó a molestarlo. La vida lo estaba tratando magníficamente bien, pero por un instante ni su perenne sonrisa disimuló una súbita rabia: Sevilla seguía siendo escupible y sin embargo llega una época en la vida en que algo, algo, ¡maldita sea!, nos impide escupir.

Lo anunciaron y, ahí dentro, en la gerencia, se interrumpió un tararear. Al Aguila Imperial se le había pegado una de las canciones de la soprano de coloratura y se sentía de lo más bien repitiéndola. Su optimismo tenía una canción más que tararear y era tan agradable andar tarareando en esa oficina de gruesa alfombrota, con los aditamentos esos para que nada suene, impidiendo todo ruido que no fuera el de su voz, su sana voz hispánica. Entonces apareció. Sevilla como que cayó de algún sitio y apareció paradito en la alfombrota, ahí, delante de él. El conde de la Avenida pensó en la soprano de coloratura y sintió una ausencia casi angustiosa. Volteó buscando la mesa con el águila de plata y no estaba ahí. Anunciata Valverde de Ibarguengoitia se esfumó desesperantemente de sus proyectos definitivos, ni los tres años de vida de soltero noble e interesante que tenía por delante fueron algo que llenara su pecho de alguna energía, definitivamente la palabra optimismo envejeció, inmediatamente ocurrió lo mismo con la palabra ejecutivo, Madrid *by night* era una estupidez deprimente. Y Sevilla paradito ahí, horrible, negando toda la escala de valores por la que el conde de la Avenida venía subiendo desde que llegó a Lima, destrozando su fe en aquel libre, *Life begins at forty*, envejeciéndolo, envejeciéndolo dolorosamente. Sevilla paradito ahí. «Un deterioro momentáneo, pensó el Aguila Imperial... algo como atropellar a un mendigo entre los Cóndores y el Golf... Sí, un deterioro momentáneo; eso es todo.» Pero la palabra momentáneo empezó a durar con la sensación de que iba a durar ya para siempre. Con un gran esfuerzo el Aguila Imperial decidió imitarse, se imaginó actuando ayer y empezó a copiarse igualito. «Siéntese, jovencito... Ante todo mis felicitaciones», pero la materia imitable se le acababa se le acababa, tenía que abreviar: «Firme usted estos documentos.» Esa fue la continuación del fin, de algo que había empezado cuando la cotidiana deformidad de Sevilla sobre la alfombra roja, cuando los numerosos signos de decrepitud en un hombre veinte años menor que él destrozaron un sistema de vida cuya base eran lujo y belleza día y noche. «¡No puede ser!», gritó angustiado. Sevilla palideció y la sombra de su barba se puso más sucia todavía. El conde ejecutivo se incorporó, fue hasta la amplia ventana de su despacho, corrió luego hasta el espejo de su baño privado, por fin allí se detuvo y, abriendo grandazos los ojos, declamó

Soprano de coloratura
Vinos de don Agustín
Playboy
Life begins at forty
Green golf and beauties
Rioja alavesa
Nariz aguileña
Aguila Imperial
Anunciata Valverde de Ibarguengoitia

Este último nombre lo había asociado varias veces con unos versos de Antonio Machado, logró decirlos

«Y REPINTAR LOS BLASONES/HABLAR DE LAS TRADICIONES» pero al final ya casi no pudo, le temblaba la voz, Machado había envejecido y había muerto y ahí estaba su cara frente al espejo, transformada, transformándose, la nariz aguileña sobre todo aumentando hasta romper su borde habitual, su justo límite imperial y él siempre había tenido los ojos hundidos pero no estos de ahora, dos ojos hundidísimos entre arrugas y sin embargo saltados, saltones, dos huevos duros hundidos y salientes al mismo tiempo.

Aún le quedaban la franela inglesa de su terno y la seda de su camisa. Con eso tenía tal vez para volver a su escritorio, sí, sí, imitarse anteayer, ayer ya no le quedaba, que Sevilla firme rápido, la última esperanza, un último esfuerzo...

—Firme aquí, jovencit...

B.D.I.C

Pero Sevilla estaba desconcertado con la forma en que cada rasgo en esa cara decaía, se acentuaba entristeciendo. Sevilla estaba tímidamente asustado y no atinó a sacar un lapicero. Hubo entonces otro último esfuerzo del conde: alcanzarle el suyo para que firme rápido. Tan rápido que el conde dejó el brazo extendido para que se le devolviera, sobresalía el puño de seda de su camisa con el gemelo de oro y él lo miraba fijamente, el sol brilla sobre la paz de un campo de nieve... Pero sobre el puño de seda de su camisa con el gemelo de oro cayó el pelo grasoso cuando Sevilla inclinó un poquito la cabeza para devolverle el lapicero.

Tres semanas más tarde, un avión de la flamante compañía abandonaba la primavera limeña rumbo a España, mientras que otro avión abandonaba el otoño madrileño rumbo al Perú. En el primero viajaba, definitivamente acabado, el conde de la Avenida; en el segundo traían el cadáver de Sevilla. Casi podría decirse que se cruzaron. Y que Lima ha olvidado por completo al Aguila Imperial, y que lo del suicidio de Sevilla, si bien dio lugar a conjeturas e investigaciones, fue también rápidamente olvidado por todos, salvo quien sabe por la vieja tía Angélica, hundida para siempre en la palabra resignación. Es cierto que la Compañía hizo más de un esfuerzo por recuperar al conde, por volverlo a tener al frente de sus oficinas, pero muy pronto los tres psiquiatras que lo trataron en los días posteriores al primer ataque de angustia optaron por darle gusto, es decir, optaron por enviarlo de regreso a España. Era lo único que quería, un deseo de enfermo, de hombre que sufre terriblemente, y por qué no concedérselo si era tan obvio que se trataba de un hombre inútil, de una persona que sólo deseaba seguir envejeciendo y morir de tristeza en un sanatorio de España. Se le trasladó, pues, a su país, se puso a otro brillante ejecutivo al frente de la Compañía y a esto se debe, tal vez, que en Lima se le olvidara tan pronto; en todo caso a este traslado se debe que nunca más se supiera de su suerte, del tiempo que su cuerpo resistió vivir así, soportando esa repentina invasión de la nada, del decaimiento y, como él solía tratar de explicarle a los médicos, del «deterioro».
«Resignación», era la palabra de la vieja tía Angélica, y la pronunciaba cada vez que algo no estaba de acuerdo con sus deseos. La pronunciaba despacio, en voz baja, mirando siempre hacia arriba, como quien ha encontrado una manera de comunicarse con Dios y no pretende ocultarla. También por ella hizo algunos esfuerzos la Compañía, pero cuando vinieron a contarle lo ocurrido, a entrar en detalles, a hablar de indemnizaciones y cosas por el estilo, fue otra su reacción. Claro que aún le quedaban los meses o los años de vida que el Señor le mandara, y habría además que ir al mercadito y comprar que comer, pero esta vez la tía Angélica rechazó todo contacto con las voces humanas, con las cifras que eran el monto de la indemnización: la tía Angélica se sentó en uno de sus vetustos sillones, alzó el brazo con la mano extendida en señal de «basta, basta de detalles, basta ya», y cortó para siempre con los hombres. Iba a pronunciar la palabra «resignación» con fuerza, como si hubiese descubierto su definitivo y último significado, pero sintió que los brazos de su sillón la envolvían llevándosela un poco. A su derecha, sobre una mesa, estaba su grueso misal cargado de palabras católicas, palabras como la que acababa de estar a punto de pronunciar. Tantas palabras y recién a los ochenta años ser una de ellas. «Basta, basta de detalles, basta ya», les indicaba con la mano en alto. El imbécil de Cucho Santisteban insistía en hablar y ella le hizo las últimas señas, pensando al mismo tiempo «Aléjense que ya yo estoy lejos». Acababa de hundirse en un significado, su palabra de siempre la había llamado esta vez, se sentía más cerca de Algo en su resignación de ahora, quizá porque todos recorremos un camino en profundidad con los significados de las palabras, éstas no son las mismas con el transcurso del tiempo, la tía Angélica sin duda había recorrrido su camino pero hasta traspasar los límites humanos de su vieja y católica palabra.

«Resignación», dijo la tía Angélica, cuando Sevilla le contó que no le quedaba más remedio que viajar, que lo habían entrevistado, que lo habían fotografiado, que no lo habían dejado explicarles que, en el fondo, prefería no partir. Algo le dijo también sobre el gerente de la Compañía de Aviación, el señor parecía estar muy enfermo, tía, pero la viejita continuaba aún mirando hacia arriba, comunicándose con otro señor, y no le prestó mayor atención. Sevilla an-

daba preocupado, ante sus ojos había ocurrido un fenómeno bastante extraño, pero todo lo olvidó cuando volvió a sentir que definitivamente lo del estómago lo molestaba cada vez más.
Así fue el primer día antes del viaje, silencio y silencio mientras tía y sobrino dejaban que el destino se filtrara en ellos, a ver qué pasaba luego. Pero el segundo día todo empezó a cambiar. Por lo pronto, la tía se llenó de ideas acerca de lo que era un viaje y de lo que era un hotel. Un hotel, por ejemplo, era un lugar donde centenares de personas se acuestan en la misma cama y utilizan las mismas sábanas, sabe Dios qué infecciones puede tener esa gente. No, él no podía utilizar las mismas sábanas que otra persona por más lavadas que estén, nunca se sabe, hijito. Ella se encargaría de darle un par con su correspondiente funda de almohadas. Y la misa. ¿Cómo hacer para enterarse dónde quedaba la parroquia más cercana al hotel y a qué horas había misa? Ese era otro problema, el más grave de todos. Lo aconsejable era llamar al padre Joaquín, que era español, explicarle la ubicación del hotel y que él les dijera cuál era la iglesia más cercana. Total que, poco a poco, el viaje empezó a llenar la mente de la tía Angélica y nuevamente se le vio desplazándose de un extremo a otro de la casa, muy ocupada, muy preocupada, como si caminar y caminar y subir y bajar escaleras la ayudara a encontrar una solución para cada uno de los mil detalles que era indispensable resolver antes de la partida.
Sevilla lo aceptaba todo como cosa necesaria, dejaba que su tía se encargara de cada pormenor, en el fondo le parecía que ella tenía razón en preocuparse tanto pero había algo que, a medida que pasaban los días, empezaba realmente a atormentarlo. El estómago. Durante cuatro días no durmió muy bien pensando cómo iba a hacer para cambiar las sábanas sin que la persona encargada de hacerle la cama se diera cuenta. Tendría que remplazarlas por las suyas cada noche antes de acostarse pero el verdadero problema estaba en reponer las del hotel cada mañana. Tendría que arrugarlas como si hubiera dormido con ellas y tendría que esconder las suyas, todo esto corriendo el riesgo de que la persona encargada de la limpieza las encontrara arrinconadas en algún armario o algo así. En esta preocupación se le encajó otra y el quinto día durmió pésimo: para el primer domingo en España había excursión prevista a Toledo y en el prospecto no se hablaba de misa para nada. Esto era mejor ocultárselo a su tía. Pero lo otro, lo del estómago, continuaba también atormentándolo. Normalmente iba al baño todas las mañanas, a las seis en punto, pero al día siguiente al cóctel publicitario se despertó a las cinco y no tuvo más remedio que ir al baño en el acto. Trató de ir de nuevo a las seis por lo de la costumbre, pero nada. Nada tampoco una semana después, nada a las cinco y nada a las seis, y se fue al trabajo sin ir al baño. De pronto el asunto fue a las tres de la tarde y dos días antes de la partida fue a las ocho de la noche, algo flojo el estómago, además. Fue otra cosa que le ocultó a su tía. Por fin la víspera del viaje, por la tarde, estando ya la maleta lista con sus sábanas, sus medallitas, su ropa, en fin con todo menos con el misal y el rosario que aún tenía que usar, Sevilla decidió acudir donde un antiguo profesor del Santa María y pedirle permiso para viajar. Iba a viajar de todas maneras, mañana a las once en punto venía Cucho Santisteban a recogerlo para acompañarlo al aeropuerto, en nombre de la Compañía (habría más fotos y todo eso), pero Sevilla decidió visitar el consultorio de su antiguo profesor de anatomía, que era médico también, y pedirle permiso para viajar. No le contó lo del estómago. Simplemente se sentó tiesecito y con las manos juntas sobre sus rodillas en una postura que cada día era más la postura de Sevilla, como si tuviera su misal cogido entre ambas manos. Allí estuvo sentado unos quince minutos contando en voz muy baja todo lo que le había ocurrido en los últimos diez o doce días y el ex profesor lo escuchaba mirándolo sonriente. Lo dejaba hablar y sonreía. Sólo se puso serio cuando Sevilla le dijo que partía mañana por la mañana, y en seguida le preguntó si le aconsejaba o no viajar.
—Profesor —agregó—, quiero que me dé usted permiso para viajar.
—Viaje usted no más —le dijo el ex profesor—; y si le va bien no se olvide usted de traerme uno de esos puñalitos de Toledo. Uno pequeño. Vea usted, años que tengo este consultorio y me falta un cortapulumas.
Del consultorio fue a despedirse de sus compañeros de trabajo pero llegó tarde y ya se habían ido. De allí regresó a Miraflores, directamente

a la parroquia para confesarse con el padre Joaquín. La penitencia, casi nada, tuvo que terminarla en el baño mientras su tía Angélica esperaba impaciente para lo del rosario. El estómago un poco flojo otra vez y hacia las siete y media de la noche.

No se le ocurrió preguntarse cómo habría sido todo un viaje dialogando feliz y tímido con Salvador Escalante, en compañía de Salvador Escalante. Cuando al señor de enfrente se le antojó cambiar de sitio y se instaló en el asiento donde empezaba a viajar Salvador Escalante, Sevilla aceptó esta repentina invasión de las cosas de la vida como años antes, al desbarrancarse el automóvil del ídolo escolar, había aceptado la repentina invasión de la muerte. Lo único distinto a su habitual, tranquila tristeza fue una especie de angustiosa sensación, sintió por un instante como si estuviera haciéndole adiós a un pasado cálido y emocionante. Todo esto había sido cosa de minutos, todo había ocurrido mientras el avión se aprestaba a despegar y una aeromoza les daba las instrucciones de siempre y les deseaba feliz viaje con un tono de voz digno de Salvador Escalante. Por fin estaban en el avión, por fin había terminado toda la alharaca del vuelo inaugural y el champán y los viajeros invitados, allí en el gran hall del aeropuerto, más lo del ganador del sorteo, Sevilla fotografiado mil veces arrinconándose horrible. Cucho Santisteban se dirigía a su automóvil con las mejillas adoloridas de tanta sonrisa a diestra y siniestra, y una aeromoza cerró la puerta del avión. Sevilla se santiguó dispuesto a rezarle a San Cristóbal, patrón de los automovilistas, a falta de un santo que se ocupara de la gente que vuela (tía Angélica había buscado aunque sea un beato que se ocupara de este moderno tipo de viajeros, pero en su gastado santoral no figuraba ninguno y no hubo más remedio que recurrir a San Cristóbal, haciendo extensivas sus funciones a las grandes alturas azules y a las nubes). Y en ésas andaba Sevilla, medio escondiendo el medallón de San Cristóbal del pecador que tenía sentado a su derecha (llevaba un ejemplar de *Playboy* para entretenerse), cuando captó que el asiento de su izquierda estaba vacío y que, además, los asientos se parecían en lo del espaldar alto con su cojincito para apoyar la cabeza, a los del ómnibus interprovincial en el cual años atrás había viajado a Huancayo con Salvador Escalante. De golpe Sevilla se sintió bien, muy bien, y si no sonrió de alegría, mostrando en su mandíbula saliente el tablerito saliente que eran sus dientes inferiores, fue por miedo a que el pecador de la derecha lo creyera loco o se metiera con él. El asiento de su izquierda estaba vacío y, aunque sintió una brusca timidez, fue una sorpresa muy agradable que Salvador Escalante le dirigiera la palabra, siendo tan mayor, sobre todo: «Toma un chicle, le dijo; es muy bueno para la altura porque impide que se te tapen los oídos. La subida a Huancayo es muy brusca. ¿Cómo te llamas?...» Pero un señor que ocupaba el asiento de enfrente decidió cambiarse y se le instaló a su izquierda, justo allí donde estaba su conversación. Sevilla se dio cuenta entonces de que se le había caído el San Cristóbal, pero se demoró un ratito en agacharse a recogerlo porque empezó a sentir la angustiosa sensación de estarle haciendo adiós a un viejo ómnibus que subía, curva rtas curva, rumbo a Huancayo.

En el aeropuerto de Madrid, además de los periodista y sus flashs, lo recibió un Cucho Santisteban español y también lo felicitó un gerente muy elegante y con algo de águila en la cara, bastante parecido al señor tan raro que lo había atendido en forma por demás extraña en Lima, tan parecido que Sevilla se quedó un poco pensativo al verlo marcharse rapidísimo. Pero no había tiempo para pensar, no había un minuto que perder y para eso estaba allí esta nueva versión de Cucho Santisteban. Por lo pronto presentarle a Sevilla a los otros ganadores del sorteo que habían venido en el mismo vuelo. Uno había subido cuando el avión hizo escala en Quito y se llamaba Murcia (23 años), y el venezolano, un tal Segovia (25 años), había subido en la escala en Caracas. Los otros dos ganadores ya estaban en el hotel, esperándoles. Al hotel, pues, en el microbús que la Compañía había puesto a su disposición. En el trayecto el *Public Relations* español les fue explicando quiénes eran los otros dos ganaderos. Un norteamericano de sesenta y tres años, mister Alford, de San Francisco, y un muchacho japonés, un tal Achikawa, que todo parecía encontrarlo comiquísimo. Claro que en el caso de ellos, habían ganado un sorteo establecido sobre otras bases ya que a nadie se le iba a ocurrir encontrar de apellido el nombre de una ciudad espa-

ñola, en Tokio sobre todo. Pero también habían llegado a Madrid en un vuelo inaugural de la flamante compañía.

No bien entraron al hotel, Achikawa estalló en una extraña, nerviosa carcajada, pero Sevilla no logró verlo de inmediato porque un flash lo cegó súbitamente. Pensó que eran los periodistas otra vez, era Achikawa y fue Achikawa tres veces más mientras Sevilla seguía al Cucho Santisteban español rumbo a la recepción, lugar al cual llegó completamente ciego y sin lograr ver al culpable de su estado. Sólo oía sus carcajadas. Eran carcajadas breves, muy breves, y fijándose bien, tenían algo de llanto. Por fin Sevilla pudo llenar los papeles de reglamento y enterarse, por la tarjeta que le dieron, que estaba en el Hotel Residencia Capitol, en la avenida José Antonio número 41, y que le tocaba la habitación 710. Lo último que vio escrito, en la parte inferior de la tarjeta, fue una inscripción que decía «CIERRE LA PUERTA AL SALIR PULSANDO EL BOTON DEL POMO». Se le hizo un mundo lo del «botón del pomo», qué diablos era el «pomo», pero justo en ese instante vio que un botones iba a coger su maleta y sintió terror por lo de las sábanas. Hasta el ascensor llegó a tientas porque el japonés lo volvió a fotografiar, quiso hacer lo mismo con el venezolano y con el ecuatoriano pero ambos lo mandaron cortésmente a la mierda y se metieron también al ascensor donde, entre miradas y breves frases, dejaron establecido que formaban un dúo capaz de llevarse muy bien y que a Sevilla, con su cara de cojudo, no le queda más que juntarse con los otros.

Todo esto se confirmó en la cena. La cena en realidad fue rápida porque los cinco ganadores del concurso tenían que estar cansados del viaje y era preciso acostarse temprano. «Mañana, les anunció el Cucho Santisteban español, empezamos con nuestros itinerarios madrileños, que durarán tres días. Empezamos con el itinerario artístico que comprende la visita al Palacio Real y, a continuación, la visita del Museo del Prado. Empezaremos a las once de la mañana y terminaremos hacia las seis de la tarde.» Murcia y Segovia pusieron cara de aburrimiento y Sevilla no supo dónde meterse. En cuanto a mister Alford, lo único que dijo (en inglés, siempre) durante toda la comida fue que quería más cerveza. Achikawa lo fotografió tres veces, la cuarta fotografía se quedó en «mira al pajarito» porque un gesto de mister Alford dejó definitivamente establecido que odiaba a muerte a los japoneses. Achikawa soltó una brevísima carcajada, tembló íntegro y prácticamente se metió la máquina al culo. Al final allí el único sonriente era Relaciones Públicas que no cesaba de darles instrucciones, de traducirlas inmediatamente al inglés para Achikawa, que por suerte hablaba muy bien este idioma, y para mister Alford. Sevilla pudo comprobar que del inglés que le habían enseñado en el Santa María casi no le quedaba una palabra. Al terminar la comida, a la cual sólo la perenne sonrisa del nuevo Santisteban daba alguna unidad, quedó muy claramente establecido que el grupo de cinco se había dividido ya por lo menos en dos subgrupos: el de Murcia y Segovia, a quienes los otros tres les importaban tan poco como el itinerario artístico, y el de mister Alford, quien, llevado por su pearlharboriano odio a Achikawa y su desinterés e ignorancia por todo lo que ocurría al sur del Río Grande, se mantuvo fiel a su fiel compañera, la cerveza.

El tercer subgrupo se veía venir. A pesar de la incomunicación casi total al nivel del lenguaje, Sevilla parecía ser el único capaz de soportar el asedio fotográfico del nipón y ya una vez durante la cena le había mostrado el tablerito saliente en la mandíbula saliente, que era su sonrisa. Claro que Achikawa nunca llegaría a saber las terribles repercusiones que, entre otras cosas, su bien intencionado aunque implacable flash acabaría por tener en el estómago de Sevilla. El domingo, por ejemplo, cuando la visita a la iglesia de Santo Tomé, en Toledo, concluyó en el instante en que empezaba la misa con Sevilla sin misa aún, la aplicación casi sostenida del flash delante de la fachada fue realmente inoportuna. Sevilla volvió a ensuciarse, pero Achikawa ignoró por completo que algo semejante había ocurrido y en parte por su culpa, además.

También esa primera noche ignoró que Sevilla, luego de ir dos veces al baño, se había acostado pensando en él. Cambió sus sábanas, escondió en el armario las del hotel, rezó, recordó a su tía Angélica y se metió a la cama pensando en Achikawa. Murcia y Segovia habían hablado de putas, el señor Alford bebía en exceso, el encargado español mucha sonrisa pero a él lo había pisado y no le había pedido disculpas, lo amedrentaba lo amedrentaba... Achikawa era el

que más daño podía causarle con esos súbitos e inmotivados ataques de risa, entre flashs y carcajadas prácticamente lo embestía, pero algo de bondad había en esas embestidas, algo para lo cual no encontraba la palabra o es que aún no sabía lo que era... Achikawa es peligroso. Es japonés... Y entonces Sevilla recordó las películas de guerra que había visto: siempre los japoneses eran malos y traidores y en plena selva tupida te clavaban un cuchillo por la espalda al pobre actor secundario que se había quedado rezagado unos metros, al íntimo amigo de Errol Flinn John Wayne Montgomery Clift Burt Lancaster Dana Andrews... al pobre Allan Ladd que había dejado a Veronica Lake en Michigan...

Esa noche se durmió por primera vez en su vida a las tres de la mañana, ignorando que era un buen fruto de todo un cine norteamericano e ignorando también que algo en las breves y dramáticas carcajadas de Achikawa le habían abierto el camino de una solitaria, inútil y, en su caso, totalmente innecesaria rebelión. Todo quedaba aún en una especie de simpática tiniebla que tampoco el sueño que tuvo esa madrugada logró aclarar. En una playa desconocida estaban Achikawa, él y Salvador Escalante. Una muchacha para Salvador Escalante apareció en la playa (una playa que Sevilla murió sin saber cuál era), y casi lo echa a perder todo porque Sevilla fue el primero en divisarla, a lo lejos, y quiso señalársele a Salvador Escalante pero Achikawa se le interpuso. No pudo verla y la muchacha se esfumó, dejándolos a los tres echados tranquilamente en la arena. Achikawa se metió al mar y Sevilla siguió conversando con su amigo horas y horas. «Mira, le dijo Salvador Escalante, señalando a Achikawa que por fin regresaba hacia donde estaban ellos. ¿Te has fijado en el cuerpo del japonés?» Se lo estuvo describiendo mientras el otro se acercaba lentamente. Después continuaron conversa y conversa y había mucha paz en esa playa bordeada de árboles frondosos que anunciaban una selva tupida.

Estaba despierto cuando llamaron a despertarlo y rápidamente procedió al cambio de sábanas. Luego se vistió y tomó el desayuno que le trajeron a la habitación. Estaba terminando cuando apareció Achikawa con su cámara fotográfica. Se mató de risa de verlo sentadito desayunando, quizá por lo de la servilleta incrustada como babero en el cuello de la camisa. Lo cierto es que también Sevilla le respondió con alegría, se le asomó el tablerito dental en la mandíbula saliente al ver a Achikawa saliendo del mar... «Vaya con el japonés para chato y chueco. Tiene las rodillas a la altura de los tobillos y los muslos a la altura de las rodillas, el torso es desproporcionadamente grande y ni hablar de la cabezota cuadrada que lo corona todo. De la cintura para arriba parece enorme y sin embargo el resultado es chiquitito...»

En el hall del hotel esperaba el Cucho Santisteban. Sevilla y Achikawa fueron los primeros en bajar. Murcia y Segovia se hicieron esperar sus buenos minutos, pero el más tardón de todos fue mister Alford quien, en vez de aparecer en el ascensor, entró por la puerta principal diciendo que tenía el reloj un poco atrasado y que había estado en la cafetería de la esquina. Olía a cerveza, cosa que Sevilla encontró deplorable en un invitado, y que aumentó el mal humor del Jefe de Grupo, mal humor debido al cambio de funciones, a verse transformado de especialista en relaciones públicas en una especie de guía turístico.

Algo en el clima de esa mañana de finales de octubre sorprendió a Sevilla mientras se dirigían al microbús. Era algo agradable, casi cómodo y estaba esperando que influyera beneficiosamente sobre su malestar estomacal, cuando un porrazo de la nostalgia lo trasladó a las soleadas veredas de Huancayo y a los fríos espacios serranos donde no cae el sol. Igualito... La visita al Palacio Real transcurrió apaciblemente y les tomó el resto de la mañana. Un guía les habló de la magnificencia de sus pinturas y de sus tapices y de sus cerámicas y etcétera, etcétera, traduciendo al inglés y todo, pero se estrelló contra la silenciosa y absoluta indiferencia de Segovia y de Murcia, y contra la tardía e inesperada obstinación de mister Alford, quien declaró con una solemnidad interrumpida por un cervecero eructo, que no estaba dispuesto a abandonar el palacio hasta que no le mostraran las habitaciones privadas de los reyes. Se puso insoportable el gringo gritó que había trampa en la visita, a Achikawa le dijo *son of a bitch* porque soltó tres carcajadas al hilo, y sólo los argumentos muy sabios del Jefe de Grupo (argumentos en los que de cada tres palabras dos eran «cerveza»), lograron convencerlo de que las visitas a esas habitaciones esta-

ban realmente prohibidas, y que ya era hora de marcharse. Sevilla se había mantenido pegadito al guía para no perder un solo detalle de la cultura de ese señor, hasta que el sol que penetraba por un gran ventanal le produjo por segunda vez un efecto de lo más extraño. Calentaba igualito al de Huancayo y, por más que hizo por concentrarse en las palabras que iba diciendo el guía, desde ese momento las cerámicas y las alfombras, sobre todo, por ratitos pertenecían al Palacio Real y por ratitos él las estaba viendo expuestas sobre la vereda en la Feria Dominical de Huancayo. Lo peor fue cuando vio una vasija de barro un instante en un espejo pero era el enorme florero de porcelana sobre esa consola, en la pared de enfrente. Por suerte el estómago no lo había fastidiado.

El almuerzo sí que le cayó pésimo y, cuando les obsequiaron los planos de las tres plantas del Museo del Prado, lo primero que hizo fue ubicar en cada una de ellas la redondelita que significaba SERVICIOS, LAVABOS Y W.C. *Public Relations* les dijo que era imposible verlo todo en una tarde, que cada uno podía visitar las salas que deseaba, pero que él les recomendaba ver sobre todo los cuadros de los pintores españoles más famosos. Les mencionó al Greco, a Velázquez, a Murillo y a Goya, pero mister Alford ya había terminado con la sala número I y se perdió en busca de la cafetería. Murcia le dijo a Segovia que Rubens pintaba mujeres desnudas y se fueron a escondidas en busca de Rubens. Sevilla se fue en busca del Greco, Velázquez, Murillo y Goya, seguido por Achikawa muerto de risa con las fotos que acababa de entregarle. Eran las del almuerzo (la cámara de Achikawa era una de esas que te entrega la foto un ratito después), y a Sevilla le cayeron pésimo, ni más ni menos que si volviera a empezar con toda esa comilona típica, con todo ese aceite y tardísimo además.

Aún había sol y se filtraba por algunas ventanas, al extremo de que Sevilla se repitió tres veces en voz baja que en Huancayo no había visitado ningún museo. Pero otra realidad menos confusa y mucho más urgente lo instaló angustiado en plena pinacoteca y nada menos que en la sala XI (El Greco), es decir, lejísimos de la sala XXXIX, al lado de la cual se hallaba la redondelita que significaba SERVICIOS, LAVABOS Y W.C. Allí estuvo debatiéndose entre su devota admiración por el *Cristo abrazado a la Cruz* («Obsérvese la expresión del rostro de Jesús y lo ingrávido de la cruz que apenas sostienen unas delicadas manos», le dijo casi al oído un guardián que se le acercó de puro amable), y su necesidad de acercarse a la sala XXX donde había más Grecos a la vez que se estaba algo más cerca de la ansiada redondelita. Se equivocó Sevilla. Miró a su plano y la sala XXX estaba al lado de la XI y de pronto Achikawa soltó una carcajada porque descubrió que, retrocediendo un poco, se llegaba a la sala X donde había más Grecos todavía. Sevilla se sintió perdido, miraba un cuadro y miraba a su compañero y miraba al plano y calculaba cuánto tiempo más podría aguantar. Muy poco a juzgar por lo que sentía, dolores, retortijones, acuosos derrumbes interiores. Con lágrimas en los ojos se detuvo ante *La Sagrada Familia, El Salvador, La Santa Faz* (sala XI), y ante *La Crucifixión, El Bautismo de Cristo* y *San Francisco de Asís* (sala XXX). Fue entonces que Achikawa lo notó tan conmovido, tan profundamente emocionado de encontrarse frente a tanto lienzo católico, que soltó una carcajada feliz al descubrir que un poquito más atrás había otra sala con más cuadros del mismo pintor. Prácticamente lo arrastró hasta la sala X, donde Sevilla lloró y emitió toda clase de extraños sonidos ante *San Antonio de Padua y San Benito* y ante *El capitán Julián Romero con San Luis Rey de Francia.*

La carcajada que soltó Achikawa al ver que la desaforada carrera de Sevilla por todo el museo había concluido en el baño, le impidió escuchar hasta qué punto andaba mal del estómago su amigo peruano. Sevilla reapareció minutos después con el rostro demacrado pero con las mejillas secas. Empleó un tono de voz convaleciente al silabearle Ve-láz-quez, a su compañero, y con un dedo tembleque le señaló las salas XII, XIII, XIV, XIV-A y XV. Nuevamente había que alejarse bastante de la redondelita.

Pero a Velázquez pudo verlo tranquilamente, sala por sala, cuadro por cuadro. Sólo el asunto de *Las Meninas* resultó un poco desagradable e incómodo. El quería apreciar el cuadro y había adoptado una postura casi reverente, las manos recogidas sobre el vientre como un sacerdote que se acerca al púlpito con sus evangelios. También quería comprender la exacta utilidad del espejo colocado al otro extremo de la sala, pero Achikawa parece que ya empezaba a can-

sarse de tanto arte occidental y lo arrastró hasta el espejo para que viera la cantidad de morisquetas que era capaz de hacer por segundo. «Ahora te toca a ti», le dijo con señas y japonés, con algo que tenía su poco de sordomudesca comunicación. Sevilla accedió, accedió por temor a que el asunto tomara mayores proporciones y sonrió. Ver en el espejo el tablerito dental en la mandíbula saliente le encantó al de Tokio. Soltó una extraña mezcla de carcajada y llanto que atrajo a un guardián de por ahí y que dejó a Sevilla un poco pensativo. El guardián les puso mala cara y Sevilla, abandonando su preocupación acerca de la utilidad del espejo, le señaló a Achikawa en el plano de la planta baja, la sala LXI, «Mu-ri-llo», le silabeó, contando para su adentros uno, dos, tres, cuatro... Estaba a cinco salas de la redondelita. La historia volvió a repetirse. A dos salas de distancia tuvo que salir disparado rumbo al baño, pero esta vez Achikawa no lo siguió. Achikawa se quedó haciendo unos movimientos tan raros con la cabeza, algo así como unos «no» rotundos, rapidísimos e inclinados a la izquierda, que el guardián estuvo a punto de apretar un botón de alarma.

Con lo de Goya las cosas empeoraron notablemente. Sevilla, recién salido del baño, estudió y comprobó, no sin cierta satisfacción, que los cuadros del pintor «sordo y atormentado», como decía en su guía, se hallaban en la planta baja. Lo de la satisfacción provenía de que, habiendo visto los cuadros de Goya, habrían cumplido con lo que el Jefe de Grupo les indicó, sin necesidad de subir para nada a la planta alta donde, según el plano, no había redondelita por ninguna parte. Con el estómago momentáneamente tranquilo, lo más sensato era empezar por la sala más alejada del baño e ir acercándose poco a poco a la redondelita. A Achikawa lo encontró en una sala en que había tres guardianes, contemplando tranquilamente un cuadro llamado *La Sagrada Familia del Pajarito*. Con un dedo tembleque le señaló la sala LVI-A. «Pinturas negras», decía entre paréntesis, y Sevilla buscó en su guía y pudo leer mientras llegaban eso del «Sueño de la razón produce monstruos». La frase lo asustó, lo desconcertó, le corrió subterráneamente por el cuerpo, y cuando llegaron a la sala sintió que había cometido un lamentable error. Achikawa se puso nerviosísimo, sus carcajadas ante cada cuadro se repetían y cada vez más un elemento de llanto se mezclaba en ellas, la gente protestaba, la falta de respeto del japonés, la insolencia, joven, dígale usted a su amigo que a ver si se calla. Un guardián intervino pero sólo sirvió para que Achikawa se riera más todavía, no lograba contenerse, Sevilla hundía la quijada en el pecho, se moría de vergüenza, «ssshiii ssshiii», le hizo a su compañero, pero éste nada de callarse y lo del estómago. No era posible irse dejando a Achikawa en tal estado de disfuerzo, además lo de Achikawa no parecía ser tan sólo disfuerzo... Qué hacía... Sevilla no pudo contenerse: estaba buscando el camino más corto hasta la redondelita cuando sintió que empezaba a escapársele caca incontrolablemente.

Por suerte lo de Achikawa se limitó a esa sala y nadie más se enteró de lo ocurrido. Eran ya casi las seis y el señor de la Compañía les había dado cita a las seis. Cuando llegaron a la puerta Murcia y Segovia tenían cara de haber estado esperando hace mil horas. El Cucho Santisteban apareció y les recalcó una y mil veces lo importante de la visita que acababan de realizar. En cuanto a mister Alford, nunca se sabrá en qué cafetería anduvo metido, lo cierto es que llegó diciendo que tenía el reloj atrasado y con un fuerte tufo a cerveza.

—Bien —dijo el Jefe de Grupo—, ahora al hotel a descansar un poco, y a las diez en punto cita en el hall principal para ir a cenar. Para esta noche se les ha preparado cocina típina filipina.

—Yo no podré ir —se descubrió diciendo Sevilla. Se armó de mayor coraje y agregó tímidamente—: Tengo diarrea.

—De eso no se muere nadie, mi amigo. Usted lo que necesita es una buena cena filipina, luego una buena taza de té, y mañana como nuevo.

En el microbús, rumbo al hotel, el silencio fue absoluto. El Jefe de Grupo abrió la ventana por lo del tufo de mister Alford y mister Alford abrió la ventana porque este vehículo huele a mierda.

Nada pudo la taza de té contra la comida filipina y, al día siguiente, Sevilla estaba peor aún. De todo lo de anoche, y de todo lo que en los días sucesivos le iría ocurriendo, Achikawa iba entregándole un fiel testimonio: las mil y una fotografías instantáneamente reveladas. Anoche le había aplicado el flash hasta el cansancio, hasta se le había metido a la habitación para

fotografiarlo sentado sobre la cama, retardando así el oculto cambio de sábanas y el oculto lavado del calzoncillo que no se había atrevido a dejar para que se lo lavasen en el hotel. Y hoy día tocaba la visita panorámica de la ciudad. Partieron en el microbús a eso de las once (mister Alford llegó de la calle diciendo que tenía el reloj atrasado y apestando a cerveza). Achikawa fotografió a Sevilla en la Plaza de la Moncloa, en el Arco del Triunfo, en la Ciudad Universitaria, en el Parque del Oeste, en el Paseo de Rosales, en la Plaza España (al pie del monumento a Cervantes), dos veces en la Plaza de Oriente (delante del edificio del Palacio y del Teatro Real); tres veces durante el almuerzo (en una de ellas aparecía Sevilla de espaldas, corriendo hacia el baño). Por la tarde lo fotografió en la Puerta de Toledo, en la Plaza de Atocha, en el Paseo del Prado, en el Parque del Retiro (frente al Lago, y al pie del monumento a Alfonso XII), en la calle de O'Donell, en la Plaza de Toros, en la Avenida del Generalísimo y, por último en la Plaza de Colón, al pie del monumento al descubridor de América. El paseo terminó a las mil y quinientas y con el Jefe de Grupo furioso porque ni la mitad de las paradas estaban previstas. Unas veces fue porque Sevilla necesitaba ir al baño y otras (las más) porque mister Alford «tenía sed». En fin, mañana día libre para todos, aventura personal, podían efectuar sus compras y pasearse tranquilamente por la ciudad. Mañana sábado la cita era recién a las nueve de la noche para lo del Madrid de noche, Madrid *by night*.

Como en los días anteriores, Sevilla ya estaba despierto cuando llamaron a despertarlo, ya había efectuado el rápido cambio de sábanas. Acababa de esconderlas cuando le trajeron el desayuno y se lo dejaron en la mesa aquella al pie de la ventana. La altura de su habitación le impedía ver las calles y casas, abajo, sin asomarse, pero en cambio la ausencia de grandes edificios por ese lado del hotel permitía que un agradable sol otoñal iluminara un buen sector de la amplia habitación. De todo lo que había en el azafate Sevilla tomó tan sólo la taza de té y, mientras lo hacía, decidió que a la una tomaría otra taza de té en la cafetería de la esquina, luego escribirle una carta a la tía, y en seguida darse un paseo solo hasta el Museo del Prado para comprar unas postales del Greco que ayer le fue imposible comprar por la forma en que sucedieron las cosas. Hacia las cuatro o cinco estaría de regreso en el hotel para descansar un buen rato antes de lo de la noche. Terminada la taza de té, se incorporó y fue al baño para afeitarse. Definitivamente se sentía mucho mejor al pie de la ventana que en el baño, tal vez porque hasta allí no llegaba el sol, no lo sabía bien, pero algo como un imán lo atrajo de nuevo hacia la mesa del desayuno. Volvió a sentarse como si fuera a desayunar y la verdad es que allí se sentía muchísimo mejor. Le costó trabajo abandonar las cercanías de la ventana cuando vino la persona encargada de arreglar la habitación.

El día transcurrió más o menos como lo había planeado, con excepción de la diarrea que, a pesar de té y nada más, continuó atormentándolo, y del incidente de la Plaza Callao, donde un automóvil dio una curva sobre un charco de agua y le empapó zapatos, medias y pantalón, las tres cosas pertenecientes a la indumentaria prevista para la noche. Es decir, los mejores zapatos, las mejores medias y el pantalón del mejor terno. No hubo, pues, reposo previo al Madrid *by night* sino un estar frota que frota en la habitación para que sus cosas estuvieran listas a las nueve de la noche.

Pudo haberse tomado mucho más tiempo porque mister Alford llegó tambaleándose ligeramente a eso de las diez, diciendo como siempre que tenía el reloj un poco atrasado. Murcia y Segovia furiosos porque para ellos éste prometía ser el mejor de todos los programas, había cabaret en perspectiva. Nuevamente convertido en guía muy a pesar suyo, el Jefe de Grupo los llevó hasta el corazón del Madrid del siglo XVI. El itinerario continuó con la visita de un local de cante y baile flamenco y con una comilona que a Sevilla le anuló cualquier buen efecto logrado en todo un día a punta de té y nada más. Por fin aterrizaron en un cabaret. Hubo niñas en plumas a granel, para Murcia y Segovia, cerveza en cantidades para mister Alford y las carcajadas verdaderamente exasperantes de Achikawa. Sevilla soportó todo el espectáculo pensando que mañana Dios no lo olvidaría y que en alguna de las iglesias que iban a visitar en Toledo habría misa y confesión. Por ahí andaba su mente cuando de pronto se dio cuenta de que alguien lo había cogido del brazo, era mister Alford, y que de todas las mesas lo aplaudían entre risas y exclamaciones. Recién enton-

ces captó que minutos atrás un hombre con un monito en guardapolvo y con una especie de media bicicleta habían aparecido en el escenario. Eran de lo más divertidos y hasta Murcia y Segovia parecían haber olvidado momentáneamente a las calatayús. El hombre se montó sobre la rueda con sus pedales y su asientito encima y estuvo dando vueltas y vueltas y haciendo de pronto como que se caía, se cae, no se caía. Luego el monito se trepó hasta llegar al asiento y fue la misma cosa, vueltas y vueltas y nada de caerse. Después todo sucedió muy rápido, el hombre pidiendo un voluntario de entre el público, Sevilla pensando en los horarios de las misas en Toledo, y mister Alford levantándole el brazo. Del resto se encargaron Murcia y Segovia, vamos, vamos, hombre, también el Cucho Santisteban hispánico, a divertirse, amigo, claro que lo de gilipollas no lo podía decir. La carcajada de Achikawa brilló por su ausencia.

Pero no la del público. Sevilla subió al escenario con el misal invisible entre las manos recogidas sobre el vientre. En el último escalón se tropezó y ahí hubo inmediatamente una carcajada. Otra cuando trató de hablar ante el micro y no le salieron las palabras. «Cuéntemelo a mí, le dijo el animador, después yo se lo cuento al respetable.» Se agachó para pegarle el oído a la boca: «Cuéntemelo a mí.» Sevilla logró hablar y salió todo lo del sorteo y lo de la flamante Compañía de Aviación, aplausos y aplausos del público, y ahora había llegado el momento de hacer lo que hasta un mono puede hacer. Murcia, Segovia y el Cucho Santisteban intercambiaron coincidentes y sinceras opiniones sobre Sevilla, mister Alford como si nada, sonriente pero mirando a su cerveza, y Achikawa de pronto igualito que ayer frente a las pinturas negras de Goya. Por fin a la tercera caída de Sevilla, público y animador se dieron por vencidos, sobre todo este último que pensó que el mono se le había cagado en plena función, pero no, era el peruano.

No quedó testimonio fotográfico de este asunto. Achikawa se abstuvo por completo de tomar fotografías, y no bien llegaron al hotel subió y se encerró en su cuarto. Murcia y Segovia, siguiendo algunas indicaciones secretas del Jefe de Grupo, se fueron en busca de lo que habían estado buscando desde que llegaron a Madrid, y mister Alford se tambaleó hasta el ascensor y luego por los corredores que llevaban a su habitación. Sevilla fue el último en subir porque tuvo una nueva urgencia. Minutos más tarde una voz lo llamó cuando se dirigía por fin a dormir. Mister Alford se había olvidado de cerrar la puerta, *Sivila,* lo volvió a llamar.

Estaba sentado en uno de los sillones junto a la mesa del desayuno, y a su lado tenía una caja llena de botellas de cerveza. Sevilla pensó que eran más de las dos de la mañana y que la cita para lo de Toledo era a las diez en punto. Recordó la palabra en inglés que necesitaba, *sleep,* pero el gringo nada de dormir y lo obligó a tomar asiento frente a él. Una hora más tarde la misma canción seguía sonando en la grabadora de mister Alford y ya no quedaba la menor duda de que era la único que había en la cinta...

I lost my heart in San Francisco...

... En San Francisco había perdido también a su esposa, a sus padres (hacía veintisiete años), y a sus hijos que eran unos hijos de puta que lo habían mandado a la mierda diciendo que Lindon B. Johnson era un farsante y que se largaban a hacer el amor y no la guerra y que no había nada más falso y caduco en el mundo entero que su escala de valores... Había perdido a su esposa y hacía veintisiete años a sus padres y lo que ambos necesitaban ahora era otra cerveza y a Sevilla se lo iba acercando cada vez más (había cogido el sillón de Sevilla por el brazo y se lo iba acercando, haciéndole girar poco a poco alrededor de la mesa). A las cinco de la mañana lloraba que daba pena y a las siete continuaba profundamente dormido sobre el hombro de Sevilla que aparte de Lindon B. Johnson, Vietnam y alguna que otra palabra como *mother* y *wife,* no había entendido ni jota de la historia que mister Alford le repitió mil veces mientras sonaba lo de...

I lost my heart in San Francisco...

Lo estaban llamando para despertarlo cuando entró a su habitación y luego, minutos más tarde, el encargado del desayuno tocó y entró en el momento en que Sevilla se dirigía al armario a esconder una de sus sábanas. La dobló, la arrugó como pudo, se introdujo un trozo en el cuello de la camisa y se sentó a desayunar con la enorme servilleta colgándole hasta los pies.

Era un hotel de primera o sea que el mozo se limitó a mirar hacia la cama, y a dejarle el azafate con la taza, la tetera, las tostadas, la mermelada y la mantequilla. La servilleta la colocó al borde de la mesa y se marchó.

Ese día Sevilla no se afeitó. No tuvo ni tiempo ni fuerzas. Estuvo en el baño frente al espejo pero no había dormido en toda la noche y en su agotamiento sentía que el lugar ese, al pie de la ventana, lo atraía realmente con la fuerza de un imán. Volvió a su sillón, dejó que el sol que también hoy se filtraba por entre los visillos lo relajara, y esperó que fueran las diez de la mañana para bajar al hall. Esperó pensando que en Toledo también el sol tendría un benéfico efecto sobre su persona.

No fue así. Es decir, no fue así y sí fue así porque allá en Toledo el sol calentaba casi como en Huancayo y en los lugares sombreados el frío era penetrante y serrano. Sevilla, agotado por la noche en blanco, aterrorizado por lo de la sábana y con la sensación de que en cualquier momento iba a necesitar un baño, se dejaba empujar hacia una realidad que le era menos dañina y, aparte de lo de la misa que continuaba siendo una preocupación toledana, se entregó por completo a los efectos de este sol y sombra, dejándose arrastrar por los lisos corredores de su memoria hasta llegar a un pasado mejor. Sin embargo, el bienestar no era tan grande como aquel que experimentaba sentado al pie de su ventana... No, no: lo de Toledo no era lo mismo, era tan sólo una confusión por momentos agradable de lugares y épocas entre las cuales él navegaba casi a la deriva. En una tienda en que vendían objetos de acero, por ejemplo, compró tres cosas: el puñalito-cortaplumas que le había encargado su ex profesor del Santa María, un crucifijo para su tía Angélica y un segundo puñalito para Salvador Escalante. Y hubo otro momento en que pensó en lo sola que se había quedado su pobre tía, pero la visión de sus tías Matilde y Angélica, rezando el rosario juntas, lo consoló inmediatamente.

Pero también había sucedido ya lo de la misa. En la catedral, por más joya gótica que fuera, nadie estaba celebrando misa. A Santa María la Blanca llegaron en plena comunión, demasiado tarde, pues. La única esperanza era la iglesia de Santo Tomé, pero la visita se limitó a estar un rato contemplando el cuadro del *Entierro del Conde de Orgaz* y terminó en el instante en que Sevilla vio que un sacerdote seguido por dos acólitos se aprestaba a dar comienzo al santo sacrificio. Se arrodilló pero el Cucho Santisteban hispánico lo tomó del brazo y le dijo que aún faltaba visitar esta mañana la Casa y Museo del Greco y que tenían mesa reservada para una hora fija en un restaurante. Sevilla insistió agarrándose bien del reclinatorio, pero entre la simpatía del Jefe de Grupo y la fatiga de Murcia y Segovia, que anoche habían encontrado lo que siempre habían buscado, lo sacaron prácticamente arrodillado en el aire hasta el atrio. «Una vez al año no hace daño», fue la explicación que le dieron allí afuera, cuando intentó una protesta, mientras Achikawa y su cámara fotográfica iban dejando gráfico testimonio de lo que allí ocurría, de una cara impregnada a fondo de retortijones, primero, de una cara que se aliviaba preocupada, instantes después. En el hotel iban a pensar que nunca se cambiaba de calzoncillo pero éste tampoco se atrevería a darlo a lavar, nuevamente sería él quien se encargaría de hacerlo a escondidas.

La comida del mesón no hizo más que empeorar las cosas. El Cucho Santisteban español se animó porque uno de los platos era su plato favorito y estuvo habla que habla con Murcia y Segovia, traduciéndoles de vez en cuando a Achikawa y a mister Alford con su cerveza, lo de mañana sí que sería cosa seria, ya iban a ver lo que era el lechón asado del Mesón de Cándido en Segovia, ya iban a ver lo que era el cocido de los lunes en Casa Anselmo, allí cenarían de regreso a Madrid. Los efectos del futuro revelado fueron fatales para el presente cada vez más insoportable de Sevilla. Darle té y unas pastillitas fue la única respuesta a sus quejas. Nadie le hacía caso, nadie le daba importancia, estaba tan feo, tan demacrado, se le habían caído tantos pelos sobre tantos manteles que en el grupo ya nadie lo consideraba parte del grupo. Los seguía horrible, en eso se había convertido su viaje a España.

Los seguía sin que nadie supiera que, hacia las cuatro de la tarde, su único deseo en este mundo era regresar al hotel y sentarse al pie de la ventana. Pero tuvo todavía que soportar la visita de «un impresionante monumento judío», según les dijo el Jefe de Grupo. Había faltado a misa por primera vez en su vida, y los remordimientos que sintió mientras visitaba la

Sinagoga del Tránsito crecieron sofocándolo como si de golpe su culpa lo hubiese acercado a las fronteras del infierno.
Madrid era la ciudad del hotel y de la ventana y tenían horas libres para descansar, tenía tres horas libres para cambiarse de calzoncillo, lavarlo a escondidas, y sentarse al pie de su ventana. Sevilla avanzaba por el corredor que llevaba a su habitación y no lograba explicarse lo que ocurría. Toda una cola de muchachos delante de su puerta abierta. Algún malentendido, sin duda, pero él así no podía entrar, no había cómo además porque los que esperaban su turno podían y definitvamente iban a protestar. Eran norteamericanos y acababan de llegar de Aranjuez y se les había helado los pies allá en los famosos jardines. Lo cierto es que decidieron meterse a orinar al primer baño que encontraron y la puerta de esa habitación estaba abierta y además la habitación parecía desocupada porque la mujer de la limpieza se estaba llevando las sábanas. En realidad las estaba cambiando con algún atraso porque su compañera se había enfermado. De puro buena gente dijo sí, cuando los de la excursión le preguntaron algo en inglés, algo que ella por supuesto no entendió. Querían saber si podían usar ese baño los norteamericanos, y allí estaban, pues, en fila de a uno y Sevilla no tuvo más remedio que ponerse al final, después de todo también tenía necesidad de ir al baño. Pero las cosas no salieron como él esperaba. El creyó que con ponerse al fin de la cola sería el último en entrar a su habitación, cierro la puerta y ya está. Se equivocó lamentablemente porque llegaron más excursionistas y se le colocaron detrás, de tal manera que no le quedó más remedio que entrar, orinar y no cagar, porque si te demorabas había bromas y protestas, y volver a salir. Permaneció en el corredor hasta que vino la encargada de la limpieza y lo encontró paradito ahí, cabizbajo hasta más no poder. ¿Qué ha ocurrío? ¿Po qué deja usté que esto sucea, señor?... Cada uno de esto jóvene tiene su habitació... No tiene el menó derecho de entrá a la de usté... Mientras la mujer, con la mejor voluntad del mundo, armaba un lío a la andaluza, el último de la cola terminó de orinar y Sevilla pudo entrar en su habitación sin preguntarse siquiera cómo se había producido el mal entendido.
Y es que ya era demasiado tarde para todo y una sobrehumana fatiga se había apoderado de él. Trabajo, gran trabajo le costó levantarse de su sillón cuando llegó la hora de la cita para cenar. Y cuando regresó, no recordaba haber cenado en ninguna parte ni haber ido al baño dos veces ni haber soportado el flash de Achikawa incesantemente. Tampoco leyó el papelito que, con tanto cuidado, Achikawa había hecho traducir al castellano para entregárselo como explicación, como disculpa casi por su extraña y fatigante conducta. El propietario del restaurant había tenido la amabilidad de traducirle unas cuantas frases, y al llegar al hotel, él le había entregado el papelito a Sevilla pero éste se limitó a ponerlo como una estampa entre las páginas de su misal y esa noche ni siquiera cambió sus sábanas. Se olvidó de hacerlo o es que ya... La atracción de la ventana fue definitiva esta vez. Sevilla se instaló junto a la mesa del desayuno y ahí pasó toda la noche como si estuviera esperando algo. A medida que un cierto alivio lo invadía fue convenciéndose de que en su sillón se descansaba mejor que en la cama. Podía por lo tanto dejar allí encima el inmenso crucifijo y los desmesurados puñales toledanos. Recordaba vagamente haberlos dejado bastante más pequeños cuando salió a cenar, en cambio ahora los mangos de los puñales reposaban sobre su almohada y las puntas sobresalían por los pies de la cama. La idea de que sería imposible transportarlos a Lima lo estuvo preocupando durante un rato, pero con el alivio y las horas esta idea fue disminuyendo hasta convertirse tan sólo en un problema de exceso de equipaje. Hacia el amanecer era un asunto que no lo concernía en absoluto.
Lo demás fue cosa de segundos y sucedió a eso de las nueve de la mañana. Su visión, al asomarse finalmente a la ventana, fue la misma que, meses más tarde, durante el verano, tuvieron otros dos peruanos, el escritor Bryce Echenique y su esposa, a quienes, por pura coincidencia, les tocó la misma habitación.
—Mira, Alfredo —dijo Maggie, abriendo la ventana—; esta vista me hace recordar en algo a la sierra del Perú...
—Parece Huancayo... Me hace recordar a algunos barrios de Huancayo...
Achikawa irrumpió en la habitación y empezó a tomar miles de fotos de su amigo parado de espaldas, delante de la ventana abierta. Estaba a punto de soltar su primera carcajada del

día, pero en ese instante Sevilla se encogió todito y cerró los ojos, logrando pasar horroroso frente a las tres señoritas del cine. Fue una especie de breve vuelo, un instante de timorato coraje que, sólo cuando abrió los ojos y descubrió a Salvador Escalante sonriente, se convirtió en el instante más feliz de su vida.
El alarido de Achikawa se escuchó hasta los bajos del hotel. Minutos más tarde la habitación estaba repleta de gente que hacía toda clase de conjeturas, cómo podía haberse caído, que había estado tratando de hacer. Las cosas se fueron aclarando poco a poco.
—El señor era muy raro —dijo el encargado del desayuno—; ayer lo encontré cambiando de sábanas...
—No usaba las del hotel —intervino la encargada de la limpieza—; usaba unas que había traído y que de día escondía en aquel armario...
Momentos más tarde había ya gente de la policía; también el Cucho Santisteban había llegado, listo a acompañarlos a Segovia. Achikawa, haciendo unos gestos rarísimos con la cabeza, les entregó la última fotografía de Sevilla.
—No cabe la menor duda: se ha suicidado —dijo el administrador del hotel.
A esa prueba se añadió una última. Fue uno de los investigadores el que la encontró mientras revisaba algunos efectos personales de Sevilla. De su misal cayó el papelito que le había entregado anoche Achikawa.
—Miren esto señores —dijo. Y leyó

Le ruego por favor disculpar mi conducta. Me siento sumamente nervioso. A veces siento que ya no puedo más.

Achikawa hizo sí sí con la cabeza desesperada y pronunció algunas palabras en japonés.
Claro que es demasiado pronto para hablar de una buena marcha de la Compañía de Aviación pero lo menos que se puede decir es que los aviones van y vienen de distintas ciudades, Madrid y Lima, por ejemplo y que lo hacen generalmente llenos o bastante llenos de pasajeros. Lima fue la plaza en la que hubo que superar el mayor número de contratiempos pero ya las cosas desagradables empiezan a caer en el olvido. No fue precisamente otro conde el que remplazó al conde de la Avenida pero, entre la gente de la ciudad, el nuevo ejecutivo español, Don José Luis de las Morenas y Sánchez-Heredero, ha caído muy bien. A la gente le encanta su nombre. Cucho Santisteban espera tan sólo salir del asunto Sevilla para volver a sonreír ininterrumpidamente, lo malo es que es casi imposible entenderse con la vieja de mierda ésa.
—Se negaba a escucharnos, don José Luis; no nos dejaba hablar...
—Está más en el otro mundo que en éste —confirma el abogado.
—Bueno —dice el gerente—; habrá que encontrar la manera de hacerle llegar una indemnización... Pobre vieja; no es nada gracioso tener que quedarse sola a esa edad.
—Qué se va a hacer —añade Cucho Santisteban—. Tendrá que resignarse...

Fernando del Paso
Esta casa de enfermos

¡Miren ustedes cómo es de admirar la situación privilegiada de esta gran casa de enfermos!
—Alvaro Mutis: «Pregón de los Hospitales».

I

Buenos días, doctor Palinuro. Y cuando digo «buenos días», sepa usted que quiero decir eso exactamente. Hay días, doctor, como fábricas de sidra, que navegan sobre las nubes y espurrean burbujas y olores a manzana: son los días en que nos emborrachamos hasta matar la idea. En mi calidad de subdirector médico del hospital, he venido a darle la bienvenida a nombre de todos los doctores, las enfermeras, los oficinistas y los mozos. Otros días, a uno le dan ganas de mandar al mundo por un tobogán, con todas sus corresponsalías, doctor, sus automóviles, sus estadísticas románticas y el oropel helado de los pasteles de bodas: son esos días como lagartos inmóviles que se trasladan a la velocidad de la tierra, y uno se queda en la cama, leyendo, dibujando un amanecer entre las ruinas, durmiendo. Hemos preparado un tour por todos los pabellones a fin de mostrarle cómo hemos realizado los proyectos que usted concibió desde su exilio en el ministerio, doctor Palinuro y yo me permitiré ser el cicerone de esta gira. Otros días, por último, quizá la mayor parte, son grises, doctor: consolidan una arquitectura desaliñada, la ciudad se espina de campanarios, un lictor turbio donde flotan miles de suéteres verdes y tristes inunda las calles, las apisonadoras desparraman el excremento de los perros, y por un descuido espectroscópico, el arcoiris se cae en los charcos de petróleo: son los días sin remedio, las horas mediocres que atesoran nimiedades, inventarios inofensivos y olvidados. En nuestro recorrido por los pabellones, nos acompañarán los más destacados cirujanos y especialistas de nuestro personal, entre los cuales figuran algunos patólogos que han tomado cursos de karate para controlar a los maniáticos, y fisiólogos encuadernados a las teorías de Santiago Ramón y Cajal. Y olvidaba decirle, doctor, que hay días también, como éste, para visitar hospitales, para comprender que si existen los microscopios bañados con babas y los bisturíes puestos en frascos de alcohol para conservarlos vivos hasta el año dos mil, también hay estrellas que se apagan en la tina del baño y faisanes que cruzan el cielo, llevando en su pico las uvas con las cuales serán cocinados bajo fuentes de plata almibarada. Me parece casi inútil advertirle, doctor, que sus ideas han sido objeto de ataques enconados y abiertos por parte de numerosos higienistas y sociólogos, algunos eminentes, por cierto. La envidia crece en todos los lugares, doctor: en las agallas de los chalecos, en la profundidad de las baterías solares. Mire usted, por ejemplo, estos zapatos nuevos, de charol, que me compré la semana pasada. Pero permítame colgarle su estetoscopio del cuello, doctor, y ponerle los guantes de hule que William Steward inventó por amor a las manos de Carolina. Le decía, doctor, que las objeciones más sólidas han sido, naturalmente, las que tienen que ver con la asepsia, el aislamiento de los infecciosos y la moral de los pacientes. Lo que sucede, en otras palabras, es que la humanidad, mientras espera la iluminación de una limosna, ha dado media vuelta para regresar al período de la historia en la que ha sido más infeliz: mire usted, doctor, por ejemplo, esta fotografía de cuando yo tenía 20 años. Inútil decirle que los resultados obtenidos hasta ahora, han debilitado esos argumentos: los contagios han sido escasos; los pacientes, en su inmensa mayoría, tienen oportunidad de paladear las enfermedades de sus vecinos de cama, y por otra parte les resulta edificante, en los desenlaces fatales, ver que los otros se mueren de enfermedades distintas y no de las que ellos padecen.

Pero comencemos nuestra visita, doctor, permítame que lo tome del brazo y caminemos por este corredor que regurgita el bullicio gris de multitudes de enfermeras y practicantes que hablan y cantan, se besan bajo los umbrales de los quirófanos y empujan convoyes de curación que contienen ramos de claveles, jeringas doradas y frascos tintineantes, y le abren paso a nuestra comitiva y lo saludan, doctor. Sabrá usted que Torcuato Tasso cuenta cómo los hechiceros viajan en carros arrastrados por unicornios blancos, en medio de las nubes. Quiero decirle, con esto, que nuestro viaje no será, por lo tanto, menos maravilloso: ni las esponjas que humedecen el desvarío, doctor, ni las navajas de afeitar que me persiguen en mis sueños, echarán a perder el gusto que me causa acompañarlo: corresponda usted a sus saludos, doctor Palinu-

ro, y agite su estetoscopio en el aire, si así lo desea. Mientras nos acercamos al pabellón acústico, debo agregar que los otros ataques que hemos recibido son inconsistentes y podemos, por lo mismo, olvidarlos, así como olvidamos la teoría de los quantum y las sonrisas calvas de las que habla Michaux. No vale la pena mencionar que acusan a esta clasificación de grotesca barroca e inhumana. Deberían tomar en cuenta estos críticos, que lo grotesco y lo inhumano, por ejemplo los tumores en delitescencia, la sangre vertida al espacio exterior y los gusanos que estremecen a la tierra con su suavidad, se dan por sí mismo en muchas dolencias, independientemente de nuestros afanes taxológicos, que no hacen sino dramatizarlos. Y deberían, asimismo, tomar en cuenta que nada hay más inhumano que las enfermedades en sí: las invasiones de microbios, las fugas del pensamiento que denuncian aconteceres psicodélicos y las leucemias que transforman a nuestros niños en amorcillos de la escuela de Buches y Vanloo, doctor, y, en fin, todo aquello que atenta contra el maravilloso mecanismo que es el cuerpo humano, y perdone usted si caigo en lugares comunes, pero cuando usted dice: el cielo es azul zafiro, lo que hace usted, ni más ni menos, es asistir al encuentro de los gallardetes.

II

Pasando a nuestro asunto, lo primero, quizá, que notará usted en la Sala Acústica, y confirmará más adelante a medida que visitemos el resto de los pabellones, es la arquitectura singular de todos ellos. No tiene objeto describirle lo que usted verá con sus propios ojos, así que me limitaré a enfatizar de vez en cuando algunos detalles notables como la construcción en caracol de esta primera sala, que seguramente le recordará a usted sus visitas a un famoso museo y por consiguiente, las ráfagas verdes y sonoras de Kandinsky que recorren el Parque Central de Nueva York en el día de San Patricio.
En esta primera sala, y de acuerdo con un concepto que hará de nuestro hospital el más original de la tierra, hemos agrupado a todos los pacientes que por uno u otro motivo, emiten ruidos especiales. Quien alguna vez ha escuchado, doctor, el viento virtuoso del concierto que nos pide de rodillas que vayamos al mar, y el ruido voluntario de los ríos que se alzan por las ventanas, sabrá de qué estoy hablando. Estos niños, con coqueluche, imitan al inspirar, el canto de un gallo. Y a esta otra pequeña la hemos internado porque padece de una laringitis diftérica que la hace respirar como caballo con huélfago. Y a propósito de animales, tenemos a otro joven con voz perruna, a causa de una laringitis estridulosa con disnea y espasmos de la glotis. La difteria ya no es la grave enfermedad que se llevó al sepulcro a dos hermanas mías, gemelas, cuando tenían cuatro años. Lo único que recuerdo de ellas es la imagen de un torso dorado que se hunde en la nieve. Ahora venga usted para acá. Saluden al doctor Palinuro, niños, es el director del hospital y es muy bueno con todos ustedes. Mire, doctor, aquí tenemos a una mujer que le ha dado por despedir, a través de la vagina, ciertos gases que hacen un ruido semejante a los eructos. Desconocemos la causa, pero podemos afirmar que en este caso no se trata tan sólo de la gratitud del vientre. A propósito, y como usted sabe, el timpanismo se caracteriza por la hinchazón y distensión exageradas del vientre, el cual se transforma en un verdadero tambor. Vea usted a este pobre viejo que se echa unos pedos formidables como único medio de expresión, pues hace tiempo que ha perdido la voz, y si gusta, doctor, tamborilee con sus dedos en el estómago del paciente para confirmar el diagnóstico: así, rataplán, rataplán planplán. ¿Tiene usted frío, doctor? Es extraño: hasta aquí no llegan las faldas carbónicas del invierno. ¿Verdad, amigos? Les llamo así, amigos, a este grupo de pacientes con garrotillo en los que se puede observar el ruido que producen los colgajos de mucosa que se desplazan con la respiración. Como usted sabe, se le llama ruido de bandera en términos médicos. Y ahora, si me permite continuar, le diré que todas esas toses cavernosas que escucha usted, son de enfermos que desde luego tienen los pulmones atestados de cavernas y espeluncas donde los virus han formado verdaderas estalactitas. Me dejará usted ofrecerle mi pañuelo de seda para que se libre de un contagio prematuro. Sí, en efecto, doctor, encontrará usted en esta sala a muchos enfermos provisionales que en realidad pertenecen a otros pabellones. Aún no hemos resuelto la clasificación de muchos, y éste es uno de nuestros problemas más graves, hasta

tal punto, que muchas veces me hace preguntarme dónde dejé el alma, doctor, en qué pesebre calcinado se ahogó, si la perdí entre las tarjetas de felicitaciones de Año Nuevo, o quizá lo que sucede es que la guardé en una cápsula de cobalto 60, qué sé yo, doctor, en estos tiempos. ¿Cómo dice usted? Sí, naturalmente: a los pacientes que por lo regular están en la Sala de Deyecciones o en la Sala Optica, los traemos aquí en cuanto los dolores los hacen gritar. Esos alaridos, por ejemplo, pertenecen a los enfermos en el último grado de cáncer. Quien haya tenido un padre, un tío o un soldado muerto de proliferaciones malignas, también lo sabe. Por otra parte acostumbramos trasladar a esta sala a enfermos que presentan diversas clases de estertores y entre ellos a los agónicos. Digamos que este muchacho de 22 años, estudiante de Leyes, presenta un estertor ronco causado por paso del aire a través de los bronquios que los espasmos han estrechado. Leyes, me hubiera gustado estudiar Leyes, doctor, y quizá lo haga algún día, antes de que la muerte me dispense su recia caravana y me lleve de la mano, en un autobús, rumbo a la flora de las ciudades... Venga, usted para atá, si es tan amable, y escuche este otro estertor, provocado por el estallido de burbujas muy finas, y semejantes, claro, al ruidito que hacen los cabellos cuando se frotan con los dedos. Permítame arrancarle una cana, doctor Palinuro. Tiene usted muchas canas, para ser tan joven. ¿Oye usted? Se trata, como es natural, de un estertor crepitante. Cuidado con ese orinal, doctor. Eso es, así es, muy bien, es usted muy ágil, doctor Palinuro. Lamento la falta de espacio. Mire: inclínese sobre esta paciente, y dígame qué le parece este gran estertor subcrepitante... ¿Verdad que le recuerda a uno cuando soplaba en una pipa jabonosa y luego se iba al parque a patinar y comer algodones de azúcar? Lo tenemos en varios grados: fino, mediano y grueso, y es causado por el aire cuando pasa a través de las mucosidades y el pus acumulado en los bronquios. Uno de éstos es un caso grave de tuberculosis pulmonar. Le diré, para abreviar, que me gradué Magna Cum Laude a los 21 años, doctor, con las calificaciones más altas, y luego me fui a pescar, durante todo un mes, a los ríos del Canadá: siempre he sabido adaptarme a las circunstancias con una calentura domesticada. De modo que, le decía, tenemos estertores sibilantes, traqueales, mucosos, que producen sonidos de flautín, de chirimías, de pífanos; algunos estridentes, otros, melodiosos y dulces, otros monótonos, aquéllos sordos y roncos. Todos, en fin, los habidos y por haber. Recuerdo que mi madre, entonces —digo entonces en los tiempos de mi graduación—, enemiga de los monogramas consanguíneos, se negó a bordar los diplomas. Ahora venga conmigo, doctor Palinuro. Me gustaría que hablara con algunos pacientes para que observe sus voces. Desde luego, debemos ser prudentes y no hacerles sentir su gravedad a aquellos que la padecen. Buenos días, buenos. ¿Cómo amaneció hoy la enfermita? Conque mañana es su cumpleaños, ¿eh? ¿Cuántos cumple? ¿Cincuenta y tres? La administración le enviará una caja de chocolates, ¿qué le parece? Habrá visto, doctor, que la paciente habla con dos voces completamente distintas. Cuando contestó a mi saludo y dijo «buenos días, doctor», su voz era profunda como la voz de esas mujeres que usan corbatas de tela escocesa para sugerir que desean líos de faldas, doctor, y cuando dijo «mañana es mi cumpleaños», su voz era delgada, cristalina, como caída del cielo. «Cincuenta y tres», respondió la voz profunda, y fue la voz cristalina la que dijo «Gracias, doctor». Es casi inútil contarle, doctor, que esta clase de enfermos se entretienen horas y horas dialogando consigo mismos, hasta el punto, peligroso, en que las voces se enamoran una de la otra. Se trata, desde luego, de una voz bitonal causada por la parálisis del nervio recurrente, debida, a su vez, a un aneurisma de la aorta. Sigamos caminando, doctor: tenemos por delante toda la mañana, toda la tarde, y en cierto sentido, toda la vida. Este otro caballero, veamos cómo se siente, mmmmm, muy bien, la gráfica de la temperatura ha descendido notablemente, lo felicito, pronto podrá usted, de nuevo, seguir a las muchachas de medias color de miel que atraen a los zánganos. Ahora díganos usted algo, lo que guste, para que lo oiga el doctor Palinuro. ¡La comedia del arte, doctor! Los actores que se orinan en el público, arlequín que sirve a dos patrones, doctor... y el inolvidable polichinela: sí, le llamamos voz de polichinela, por razones obvias... y adivino su diagnóstico: pleuresía con derrame, ni más ni menos... Ah, y aquí, en esta camita linda, tenemos a un ángel de 12 años que tiene una campanita de plata en el pecho. ¿Cómo va ese neumotórax, pequeño amigo? Está

muy orgulloso del nombre de su enfermedad, lo mismo que los pacientes, por ejemplo, que presentan el signo de Auenbrugger, la enfermedad de Strümpell-Marie o el síndrome de la arteria cerebelosa pósteroinferior de Wallenberg. Por fortuna, en este caso no se trata de un padecimiento grave, doctor: uno de estos días, nuestro pequeño se levantará de la cama e irá al jardín a confirmar que los crisantemos tienen en la cintura una suave y fragante chimenea. ¿Le gustan a usted los versos? Yo soy el tenebroso, doctor —el Viudo—, el inconsolable. Yo improviso poemas cuando estoy en el baño, cuando vengo camino del hospital y contemplo la inclinación de los amaneceres, o cuando voy al cine con mi novia y me doy cuenta que sus pechos dibujan su conducta en el fondo de las palanganas. Pero perdone usted mis desviaciones, doctor, que no tuvieron otro objeto que ahorrarle algunos sentimentalismos. No hay necesidad de sentirse afectado por los gritos de estos niños, que van de los tres a los siete años de edad, imagínese usted, los pobres. Por favor, no los escuche usted. Bueno, bueno, si usted insiste, está bien. En efecto, doctor Palinuro, ese grito breve y penetrante es el grito hidrencefálico característico de los niños con meningitis tuberculosa, usted lo ha dicho mejor que nadie. Cuando oigo ese grito húmedo, pegajoso y miserable, pienso en el alto tributo que se le exige a esa carne tan tierna: estos niños, al contrario que nuestro ángel, conocerán quizás muy pronto el contorno de la muerte, o bien nunca pasarán de la infancia y el minutero de la fama jamás los nombrará ingenieros electrónicos o contadores públicos.

Ahora le suplico que haga usted uso, como yo, doctor, de un woki-toki, porque vamos a pasar por una división especial de otros pacientes, también provisionales, y que traemos aquí mientras esperan turno para ser operados o clasificados en otras salas. Yo hubiera querido, doctor, ahorrarle a usted los crematorios y los banquetes tardíos. Yo hubiera querido ahorrarle Hiroshima y Vietnam, y darle el mundo ya hecho para que usted sólo tuviera que cerrar los ojos para olvidarlo, o abrirlos para soñarlo, doctor, pero me fue imposible: hay tantas personas que todos los días son arrolladas por automóviles en los viaductos de Los Angeles y de nuestra propia ciudad, tantas otras que reciben puñaladas en medio de una noche republicana, tantas otras que tienen oclusiones intestinales y hernias... ¿Pero me está usted escuchando, doctor? Cambio. Tantas otras con hernias estranguladas, le decía, o que sufren los crímenes gelatinosos de los marines. ¿Cómo, cómo dice, doctor Palinuro? Cambio. O basta un cólico renal o biliar, una fractura conminata. ¿Que no me oye? Cambio. Y no se diga una neuralgia de todas las ramas del triángulo. Ah, que sí me oye. Cambio. ¿Cómo? Cambio. Claro, doctor, aquí también traemos a las mujeres que van a dar a luz en cuanto les comienzan los entuertos uterinos, y sólo nos las llevamos cuando el bebé está a punto de nacer. Espero, en honor a esta sala, que usted perdone este clamor, que es aproximadamente insoportable, y apenas una muestra, humilde, de los aullidos, los lamentos, los alaridos y los ululatos que encuentra uno todos los días debajo de la escalera, y que al igual que el grito de Villaurrutia, doctor, se transforman en eco, en muro, en espejo, en una estatua asesinada que se muere de sueño.

Luego, doctor, sigue el silencio. Yo tuve un maestro de música, en la escuela secundaria, con bigotes porfirianos blancos y largos, espolvoreados con el oro del Sí Bemol, que en ocasiones, desesperado, gritaba: ¡Quiero oír silencio! Un día al fin, nos callamos, cuando cayó muerto en el salón de clases, y desde entonces aprendí que el silencio se puede escuchar. Esto le sucederá a usted, sin duda, doctor, cuando le muestre esta subdivisión del Pabellón Acústico de la que estamos especialmente orgullosos. Como usted puede apreciar, las paredes y las puertas son de corcho, las alfombras son gruesas, y todo el diseño, en general, corresponde ni más ni menos al diseño de un estudio de radio. Con la diferencia que aquí no escuchará usted el Andante Cantabile de la Sinfonía Número 4 para órgano de Charles-Marie Widor, o un boletín de noticias que le habla de la dinamita triunfal que destruye los almacenes y las casas públicas de Londonderry: aquí, doctor, escuchará usted tan sólo una serie de sonidos, delicadísimos, suaves como el mar que se asolea en las playas infinitas, o como el carillón de una ciudad miniatura encerrada en un pisapapeles de la infancia. Así de tenues y afilados como el ámbito de la seda, son los sonidos que producen esta clase de enfermos y que gracias a la conformación acústica de la sala son audibles a simple vista, o si usted me permite la expresión, doctor Pa-

linuro, a simple oído. Acérquese usted a esta joven paciente, cuyos brazos blancos y largos parecen una continuación de mis deseos de adolescente, y aprecie usted la crepitación nívea del efisema subcutáneo. Como su nombre lo indica, el sonido que escuchamos es igual al sonido que hace la nieve cuando se la comprime. ¿Se acuerda usted de los inviernos en Milwaukke, doctor, y de cómo la vida se fue como la nieve entre las manos y las muchachas tenían en el cuello bufandas amarillas que revolotearon en los bailes del Paper Doll? Ya lo dice el dicho: las ocasiones son pocas, y no vuelven de la ira. Tenemos también un caso de artritis seca: basta que nuestro enfermo abra y cierre la mano, para que escuchemos la crepitación almidonada que la caracteriza. Y también distinguirá usted, sin necesidad alguna de su estetoscopio, todos los soplos pulmonares y cardiovasculares habidos y por haber. Tenemos algunas quinceañeras cloróticas que emiten soplos intensos: un poeta despistado los confundiría fácilmente con suspiros a la disposición de los altares. Y para abreviar, le diré que contamos con un obrero que padece un trastorno del músculo cardíaco el cual produce un soplo clasificado como musical de acuerdo con la terminología médica, varios soplos pleuríticos e inorgánicos, y por último un bello caso de canto de las arterias, ¡canto de las arterias, doctor, nuestra profesión nos permite penetrar en las exhalaciones de la sangre! y que como usetd bien sabe, también llamamos el doble soplo de Duroziez. Sí, doctor Palinuro: adivino su crítica. Naturalmente, doctor Palinuro. Desde luego, querido colega: no hemos podido evitar ese ruido constante de fuelles cornudos, tambores de guerra y borborigmos monstruosos que nos sirve, entre otras cosas, para recordarnos que estamos hechos de carne y huesos, de aire y gases y que a donde quiera que nos conduzcan los funiculares o nuestras aspiraciones intelectuales, estamos destinados a llevar con nosotros la carga de estrépitos, chasquidos y runrunes de nuestras vísceras y nuestros cartílagos. Nada puede evitar, mientras leemos en voz alta *El Hombre Aproximativo*, de Tristán Tzara, o contemplamos en voz baja la Catedral en Explosión de Disideriu Monsu, que el bolo alimenticio se deslice por el cardias, convenientemente impregnado de mucina, o que la presión del líquido que contiene la vejiga, nos induzca a la micción. Del mismo modo, nada pudo evitar a nuestro paso por esta última sala, que escucháramos los murmullos vesiculares e insondables causados por latidos del corazón y también uno que otro chapoteo gastronómico que el vulgo denomina ruido de tripas. Sí, doctor. No, doctor. Tal vez, doctor. Pero le recuerdo que por una vez, al menos, nuestro juego es obvio y que por lo mismo tengo distintos nombres. Le daré una colección de tarjetas para que elija el que más le guste de acuerdo con el día de la semana, la longitud de su humor y la agresividad que en un momento dado pueda sentir hacia un servidor. Todo está previsto, inclusive el aburrimiento mortal que nos hace recurrir a los orfeones infantiles.

III

Pasemos ahora, doctor, al Pabellón siguiente, situado al final de este corredor donde encontrará usted algunos doctores absortos en la auscultación contemplativa de las radiografías y algunas monjas que han abdicado a la flagelación y vienen aquí a matizar sus arrepentimientos. Pasaremos cerca del territorio ácido de los quirófanos y le llegará el tufillo de los desinfectantes. Por cierto, le haré una sinopsis jovial de una de nuestras frustraciones mayores. Pero antes debo decirle que no perderé el tiempo mostrándole las oficinas del hospital. Baste decir que contamos con expertos que conocen las distintas oscilaciones de la administración y que llevamos una contabilidad altruista que dignifica nuestro negocio. Le suplico que no ponga atención a ciertas personas de ojos entornados que pasean por los corredores: se trata de emisarios asexuales pagados por otras clínicas, que nos tienen una ojeriza ortodoxa y tratan de inocularnos virus espías. De vez en cuando les administramos una seductora dosis de alcanfor para que se pasen de nuestro lado: usted lo sabe, la curiosidad involucra revoluciones interiores. Pero cuando se tiene un espíritu hipotecario bien balanceado, doctor, y se sabe aplicar a tiempo las máximas fumigatorias, el problema desaparece. Ese colapso de afanadoras gesticulantes encargadas de la reseña de las jaboneras y el recuento de las sábanas no tiene tampoco ninguna importancia: nos han hecho confrontar un chantaje aséptico pidiendo un aumento de

salarios, y amenazan con formar un sindicato. Pero por fortuna, en cuanto aparece la corteza del segundo semestre, cambiamos el sistema. Le iba a contar, querido colega, que por razones cualitativas nos fue imposible crear la sala que pudo llamarse Pabellón Olfativo y en el cual, como su nombre lo indica, hubiéramos agrupado a los enfermos que despiden olores peculiares. A falta de esto, en su recorrido lo asaltarán algunos aromas que usted podrá identificar fácilmente. Y no me refiero a los que son tan comunes como el olor del pus o la fragancia del papel de Armenia que usamos para disfrazar algunos hedores. Y menos aún a los olores etéreos y alcohólicos que inundan de sabiduría a todo hospital que se precie de serlo. Por ejemplo, a nuestro paso por la sala de fotografía le llegará el olor al hidrógeno arsenicado donde se ahogan y revelan las instantáneas destinadas a consagrar a nuestros enfermos en los tratados de Patología. Con suerte, también, le llegará un olor a heno recién cortado y usted pensará, con razón, que proviene de la orina de un paciente inyectado con carmín de índigo. Y con más suerte todavía, podrá apreciar el olor a chocolate cocido que despide el cuerpo de un enfermo intoxicado con oxicloruro de carbono, o el clásico olor detectivesco a almendras amargas de los envenenados con cianuro. Para qué hablar ahora, doctor, de los esputos fétidos de la gangrena del pulmón. En cuanto a nuestro personal, lo notará usted oloroso a lavanda y antiséptico de cidronela, y quizá también pueda usted apreciar el aroma deportivo de la vaselina con la que edifican sus peinados. Puedo afirmar, doctor, que el único mal olor que hemos tolerado de parte de ellos es el olor de pies, por considerarlo una manifestación de la rebeldía natural.

IV

Pase usted doctor. No, no, después de usted. Gracias, doctor, pero dije: después de usted. Eso está mejor. La cortesía, querido amigo, no es una obligación: es un privilegio, sobre todo en este edificio en el que hay tantas puertas giratorias que si uno se distrae, vuelve a entrar al mismo pabellón diez veces. No será nuestro caso, no se alarme. Es fácil apreciar, por otra parte, que este pabellón es el resultado del buen gusto de arquitectos especializados que conocen el significado etimológico de la palabra *pabellón*, que como usted sabe, significa *mariposa*. El techo, altísimo, recuerda la forma de un inmenso coleóptero, no sólo por las dos vertientes que imitan las alas, sino además por la disposición y las formas irregulares de los cristales que lo integran. Como usted puede observar, doctor Palinuro, todo en esta sala es blanco: los cristales del pabellón y las paredes, los mosaicos del piso, los muebles metálicos y las telas de los alezos, las sábanas y las cobijas. Y no hablo de un blanco de alabastro, o de un blanco marfil, o de un blanco perlino: se trata, del blanco que absorbe toda la luz y los ta del más puro de los blancos, del blanco-blan- espectros del mundo. Ya sé lo que usted piensa, doctor, y está en lo cierto: dígamelo a mí, que soy lo que se llama un hombre bien vestido y que procuro siempre ponerme una corbata púrpura y fértil que contraste con mi uniforme blanco: en efecto, esto lo hicimos para lograr un contraste, a fin de que los matices violáceos, grises o sonrosados de enfermedades tan diferentes como la viruela, la elefancia o las reumáticas, alcancen la expresión más brillante de su policromía. El máximo contraste, desde luego, lo constituyen las gotas de sangre fresca sobre un pañuelo, pero aquí entramos en terrenos románticos que no interesa enfatizar: soy un médico, un compañero, doctor, en el estoicismo. Aunque puedo disfrutar, también, de una exhibición fotográfica. Pase usted, doctor, Palinuro. Le suplico que corresponda nuevamente a los saludos de los enfermos. Como le dije con anterioridad, nuestro sistema, como todo lo humano, es imperfecto, y hemos tenido que aplicar criterios cualitativos. Así verá usted, a nuestro paso por las distintas salas, a muchos enfermos provisionales y notará la ausencia de otros; una ausencia, le diré, que en realidad no es tan significativa como aparenta ser si se piensa en otras manifestaciones más importantes. Por ejemplo, en esta sala hemos prescindido de los enfermos de fiebre amarilla y peste negra por considerar que los vómitos y las diarreas que los caracterizan constituyen una manifestación más importante que el color de su piel o el nombre de la enfermedad. Perdóneme que no haga más hincapié sobre el asunto, pero deseo reservarme algunas sorpresas para más adelante.

Venga, venga usted, doctor Palinuro, y permítame presentarle nuestro primer caso. ¿Cómo amaneció usted hoy, eh? ¿Todavía no ha ido al baño? Tsst, tssst. Eso está malo. A ver, saque la lengua para que la vea el doctor Palinuro. Se trata, ya lo ve usted, de una lengua amarillenta: ¿Quién no ha estado estreñido alguna vez? Basta salir de vacaciones, doctor, a los memoranda azules de las Bermudas o los bautizos de Acapulco, para que uno no sepa dónde dejar sus desechos. Este caso de estreñimiento común y corriente, se cura con un laxante. Claro, doctor, este hombre es un empleado del hospital: de otra manera no tendría por qué estar internado. Este otro caso es también muy simple: Guri, guri, guri: este niño lindo recién nacido, presenta unas placas blancas en las encías, guri, guri, las cuales revelan un estado febril que muy pronto cederá, ¿verdad, pequeño? Otra de mis grandes ilusiones, fue la de ser locutor, querido colega. ¿Se acuerda usted?: Esta es la BBC de Londres... ésta es una vista panorámica de las fábricas de nilón, en Nueva Jersey. ¡Ea, pequeño! Permítame que lo tome del brazo nuevamente, doctor, inclusive permítame que caminemos abrazados como dos amigos de secundaria que comparten los mismos capítulos del libro de biología y la misma novia: es muy importante que los enfermos se den cuenta que entre todo el personal existen espléndidas relaciones amistosas aparte de las jerarquías que sabemos respetar. No pertenezco a la generación, por desgracia, que tuvo como maestro al sabio Isaac Ochoterena, pero en una ocasión hice un retrato de él, con tinta china, que me valió un grado honorífico: al maestro le interesaba más la ortografía que la *Philosophie Zoologique* de Lamarck, la dicción que la decoloración de los clorénquimas por ausencia de la luz, y el significado original de las palabras que los misterios dinásticos de las flores, en cuyos interiores, según se sabe, se celebran los sponsalia plantarum. Es una verdadera lástima que no todos nuestros casos sean curables, doctor, pero es algo a lo que todo médico tiene que enfrentarse con cierta sangre fría. Vimos ya una lengua amarilla y unas placas blancas. Este caso, doctor Balinuro, es verde: las prominencias de tejido verdoso que este muchacho presenta en la cara, principalmente alrededor de los ojos y de las fosas nasales, no son otra cosa sino el resultado de un cloroma linfático, llamado también cáncer de Arán, y que con frecuencia se presenta en la leucemia. ¿Qué tal, muchacho, cómo va ese crucigrama? Vamos a ver. Trece vertical, comienza con C y tiene diez letras. Mmmmmmm. Childerico, fundador de la dinastía merovingia. ¿Eh, qué tal decía yo? O este otro caso, doctor Palinuro: el azar nos lleva ahora por el camino de las lilas: este hombre, amoratado desde la punta de los párpados hasta los dedos de los pies, se asfixia por causa de un edema pulmonar. Nada podemos hacer ya: cada segundo que transcurre, se reduce su capacidad de oxígeno, y por lo tanto, también su capacidad para encariñarse con el correo, los gorriones o la gasolina. Y desde luego, este bebé, totalmente amarillo, también se nos muere: ictericia congénita. No faltan aquí, como es de suponerse, los enfermos con síntomas que llamamos invisibles, como esta muchachita anémica cuyos glóbulos rojos insisten en colorearse solamente por el azul de tuolidina, ¿qué dice esa sangre azul, mademoiselle? O este otro joven, que padece anemia plástica y por lo tanto su médula ha tomado el color amarillo del saúco. Pero no estudié leyes, querido colega. Y no fui locutor, tampoco. Por último soñé con ser un cirujano famoso, Gran Caballero de la España Pequeña: el bisturí, doctor, de quien alguien dijo que tenía nombre de pájaro azulado. Por desgracia, heme aquí transformado en un humilde médico clínico. Puedo abreviar su paso por esta sala, doctor, enumerándole algunos casos que sí, claro, usted ya ha pensado en ellos. Gracias, doctor, por recordármelos: tenemos aquí a enfermitos con toda clase de erupciones, hemorragias intradérmicas, enantemas, chancros, líquenes y vitiligos, úlceras verdes que avanzan como serpientes, ántrax debidos a la acción del estafilococo dorado, sarcoides rosados de origen tuberculoso, lepras y cuanta enfermedad de la piel presenta una coloración especial que puede ir desde el rojo langosta al verde bandera, pasando por la costra negra y aureolada de pus de los palafreneros, doctor, y la estomatitis nacarada de los fumadores. Así, vemos estos cloasmas amarillos en la cara de esta mujer, que nos revelan un trastorno de la matriz; a este trabajador de la industria eléctrica con el cuerpo tapizado de imágenes y aforismos de Lichtemberg causados por una fulguración; lenguas rojas con papilas grandes como frambuesas que indican el principio de una escarlatina y lenguas

negras y peludas atacadas por los hongos del género oospora; pénfigos acuosos amarillo limón y numerosos enfermos que presentan las diversas variedades rojas, azul, violeta y amarilla del mal del pinto. ¿Cree usted que estoy abusando, doctor Palinuro? Quizá nos conviniera más seguir de largo y visitar otra sala. Bueno, sí, como usted quiera. Respeto su sentido profesional, su espíritu de sacrificio. En realidad, sólo así se llega a ocupar puestos de tanta responsabilidad como el suyo. Los pies de esta mujer de treinta y siete años presentan una gangrena simétrica de las extremidades, de ahí los tegumentos violáceos y negros, rodeados por treguas blancuzcas y rosicleres bárbarcos. ¿Cómo dice, doctor? ¿Que se le hace conocida esta enferma? Debe haber una confusión. Pasemos al vecino de cama, si le parece oportuno. A ver, a ver, abra la boca y diga ah. Así, ¡aaaah! Ese barniz espeso y negro que cubre las encías se debe a una grave infección; sí, sí, ya le van a traer su pastilla. Le ahorraré el glaucoma, doctor, que es tan conocido, los sudores negros de la cianopatía cutánea y las manchas negras estrelladas que causan la atrofia amarilla de la pupila. Pero lo hago a mi pesar, debido a que no tenemos ninguno de estos ejemplos. En fin, hay cosas que no se pueden lograr y es necesario resignarse. Me encantaría, digamos, tener una fiebre purpúrea de las Montañas Rocosas, pero se dan tan lejos. A cambio de esto, no puedo resistir la tentación de mostrarle las colecciones de pus y de orines de diferentes enfermos, que le traerán a usted un mundo de recuerdos a colores de sus primeras clases de microscopía: Rojo de Burdeos para los cortes de tejido testicular; Escarlata de Briebich para los islotes de Langerans, doctor. Ah, pero el doctor Sampietro me advierte que estas colecciones fueron trasladadas hace unos días a otro pabellón que conoceremos más adelante. Así es. De modo que por el momento, no podrá usted contemplar una bella muestra de pus azul coloreado por el bacilo piociánico, y una prueba de tuberculosis pulmonar mediante la aplicación, en la orina, de unas gotas de permanganato en solución de 1 al mil... como usted sabe, se forma un halo pálido, luminoso, que parece la aureola de un santo caído en desgracia. Pero en este pabellón hay sorpresas. Algunos de nuestros colegas creen aún en la cromoterapia, o sea la curación por medio de rayos luminosos de diferentes colores. Lo invito a pasar por el cuarto azul, por el cuarto verde, por el cuarto ultravioleta. Lo invito también a que observe los clavos sifilíticos de este hombre, que en otras épocas, del obscurantismo, cuando no había gas neón que dibujara en el cielo, intempestivamente, los gorjeos de una Pepsi-Cola, se le hubiera creído un estigmatizado sobre la tumba del diácono Pâris: vea usted las pápulas callosas y rojas que presenta en las palmas de manos y pies, y que Teresa Neumann hubiera envidiado. Aprecie este caso clásico de enfermedad azul, doctor. Sí, usted lo ha dicho: la causa es la estrechez congénita de la arteria pulmonar. Tuvimos la semana pasada un caso de púrpura fulminante. Es una pena que usted no haya estado con nosotros. Estos enfermos no duran mucho, como el nombre de la enfermedad lo indica. Ahora sí, doctor, ¿ya está usted preparado? Venga conmigo, vengan, muchachos, acompáñenos. Saludaremos primero a este hombre que tiene el cabello y las barbas verdes a causa de una intoxicación crónica por el cobre, y luego, doctor Palinuro, le suplicaré que se incline para observar de cerca los ojos de esta anciana. ¿Ve usted esa infinidad de partículas y resplandores pequeñísimos que forman una constelación flotante? ¿Ve usted ese maravilloso polvo de oro que se desplaza con el movimiento del ojo? Este milagro se debe al reblandecimiento del cuerpo vítreo. Las partículas son cristales de colesterina y tirosina, y el polvo está formado por los fosfatos. Tengo que confesarle en seguida, doctor, la satisfacción que he sentido al darme cuenta que su visita coincide con un caso grave que presenta características envidiables. Pase usted, pasemos al cuarto oscuro. Este hombre, que se debate en esa camilla en medio de diarreas y vómitos, es un caso de envenenamiento con fósforo. ¿Quieren ser tan amables de apagar las luces? Eso es. ¿Ya se adaptó su pupila, doctor? ¿Observa usted esas maravillosas cascadas fosforescentes, esos efluvios verdes que parecen enjambres de luciérnaga? Como usted lo adivina, se trata solamente de los vómitos y las diarreas de este pobre hombre, que el fósforo se ha encargado de volver luminiscentes. Muy bien, muchachos, prendan la luz. Así se hace. Suminístrenle al enfermito una solución de caparrosa azul.

B.D.I.C

V

Le propongo ahora, doctor, que hagamos una escala en la cafetería del hospital para fumarnos un cigarro. Como usted sabe, se trata de una cafetería self-service y por lo mismo tendremos que hacer cola como cualquiera de nuestros empleados, para demostrar que sabemos democratizar al tocino. Tome usted su charola, doctor. Señores, el doctor Palinuro, director del hospital. Agradezca los aplausos, doctor, no tema que su estetoscopio llegue al suelo. A ver, echémosle un vistazo al menú. Mmm. Ajá. Mmmmmmm. Ajá. Le tocó un día internacional, doctor, haute cusine. Siempre que esté usted cansado, doctor, y hambriento, tendrá oportunidad de disfrutar aquí de un almuerzo mullido. Notará usted, desde luego, la ambigüedad de los manteles, pero no haga caso. ¿Cómo está, doctor Rodríguez? ¿Qué dice esa sinusitis? Yo muy bien, gracias. En tiempos de la guerra, doctor, las cosas eran distintas: no veía usted sino tallarines linfáticos, mojarras desfallecientes y alcachofas acribilladas. Pues bien, como le decía, se imaginará usted que desde luego hemos destinado un pabellón a las monstruosidades, y tendrá razón. Mire usted en cambio, ahora, qué hermoso beefsteak. Trínchelo por el istmo, querido doctor: no le remorderá la conciencia. Siento decirle, sin embargo, que no hemos inaugurado el pabellón... Pero cómo, ¿dice usted que no tiene hambre? Es una lástima. Tomará usted café, cuando menos... No lo hemos inaugurado, le decía... ¿un poco de crema? por considerar que nos faltan aún varios ejemplares valiosos. ¿Azúcar, doctor? Buenas tardes, enfermera Martínez. En los tiempos del racionamiento, mis tías abuelas solían decir que los pavos asados habían emigrado, y que las vacas se tomaban su propia leche mediante invenciones prolongatrices. En cambio, ahora, y tan sólo en nuestra humilde cafetería, los oros del sabor se desprenden interminablemente. Por lo pronto, tenemos una colección privada de fetos en conserva y pigmaliones transformados en abortos congénitos. Aquí llegamos a los postres. Le recomiendo especialmente el pastel de moras, doctor. ¡Ah, las moras que se recogen cuando el sol ha destilado el vino de los dandeliones, por los caminos que nos llevan a Langford Court! No espere usted encontrar un Budín a la Ganivet, doctor, bizcochitos de Reims o buñuelos de viento con pasta lionesa: ¿se acuerda usted, querido colega? Esos postres maravillosos colocados en el antecomedor de las casas porfirianas, sobre una mesa de trapezóforos y en manteles bordados con Punto de Palestrina y festones al bies. Casi me siento femenino, de pensar en esto. Pero el pastel de moras es bueno. Con su permiso, doctor Navarro. ¿Algo más, doctor Palinuro? Perdón, me parece que lo he pisado. ¿No fue así? ¡Qué alegría! A unos, como es suponerse, les faltan la cara. ¿A quiénes, pregunta usted? Me refiero a los monstruos, doctor, a nuestros monstruos. Otros no tienen lengua. No podrían gozar, como yo, del placer de decir en voz alta:

Personne ne connait l'origine dramatique des dents! Pero perdone usted: le decía que otros pequeños monstruos nacen con cuatro nalgas y cuatro piernas. Otros, a cambio, con dos cabezas, dos tórax, y una sola pelvis. Hemos llegado a la caja. Puede usted pagar con pesos, dólares, libras o marcos alemanes, como guste. O bien algunos presentan las piernas unidas como las sirenas: Parténope, Ligia, Leucosia, que cantan en las rocas de Escila. Necesitamos servilletas, doctor, y cubiertos. Observe el diseño de estos cuchillos: extraordinario, ¿no le parece? Yo diría que en ellos podemos apreciar los cimientos niquelados de los instrumentos quirúrgicos del futuro. Buenas tardes, doctor Samuels. Como usted ve, aquí seguimos la política de darle un título a todo el mundo. A otros les nacen brazos en la cabeza, como a los pulpos. Qué tal, afanadora García. No faltan los enanos, claro está. Compartamos la mesa de los doctores Henríquez y Dávalos. Ups, perdón, he regado la mitad del café. Siéntese usted. Buenas tardes. Y niños con los diversos estigmas de la heredosífilis: anomalías dentales, nariz cóncava o en silla de montar, labios leporinos, gargantas lupinas y frentes olímpicas. En fin, bonito día, ¿verdad, doctor Dávalos? Toda clase de monstruos conocidos y entre ellos tres de los que estamos especialmente orgullosos, pero de ellos le hablaré cuando terminemos nuestro refrigerio. ¿No desea usted probar las fresas con crema después del pastel? Las fresas con crema, en opinión de un amigo mío, judío, que estuvo prisionero en Buchenwald, son el símbolo de la abundancia. Volviendo al pabellón de los monstruos, cómo le va, cirujano Arredondo, le decía que

desde luego en esa sala tendremos cuando menos un caso de acromegalia: usted sabe, el llamado gigantismo del adulto. Usted llega a los treinta o cuarenta años, y es un hombre feliz y normal. Y de pronto, de la noche a la mañana, le comienzan a crecer los huesos de los pies, de las manos, de las mandíbulas, doctor. De hecho contamos ya con algunos pacientes, de diversas edades, que presentan tumores, orzuelos, tubérculos, forúnculos, bocios y neoplasias de todos los tamaños y pesos imaginables. Gusto en saludarla, patóloga Navarrete. Diga usted una cifra, doctor. Cualquiera, sí. ¿Veinte? Efectivamente, hay tumores que pesan veinte kilos. ¿Mil doscientos? También hay tumores, doctor, que pesan mil doscientos gramos. Cómo le va, policía Berumen. Recuerdo, cuando yo iba a la secundaria, y tomaba todos los días un tren rumbo a la primavera, que el conductor tenía en el cuello unas grandes bolas, como si se hubiera tragado varias manzanas de Adán. Usted ha visto esos testículos con elefantiasis que llegan hasta el suelo, esos pechos del tamaño de una sandía. A propósito de pechos: tenemos a una mujer que se inyectó parafina en los senos. Con el tiempo, la parafina emigró y la pobre muchacha se llenó de pechos, esto es, de parafinomas malignos en los sitios donde menos lo hubiera deseado. Haría falta ser Visnú para amarla. Por cierto, da la coincidencia de que estas fresas han sido importadas de Israel, doctor. Hay casos, también, de jóvenes inexpertos con el glande cubierto por las vegetaciones verrugosas que llamamos crestas de gallo; leprosos con tuberosidades en la cara que forman una máscara leonina y una anciana con un clítoris desmesurado que la hace parecer, en realidad, un anciano. En lo que se refiere a algunos ejemplos de señores respetables con mariscos en el ano, o sea hemorrides viejas y resecas, no los mencionaré pues como usted sabe son más comunes de lo que se piensa, y suceden en las mejores familias. ¿Qué tal sus fresas, doctor? Supongo que a usted, como médico, no le molesta hablar de todo esto mientras come, doctor, así que cómase usted sus fresas. Para qué ir a buscar a las mitologías, al cancerbero que Orfeo adormeció con su lira, al Leviatán que preside la cuarta parte del mundo: en nuestros frascos, conservados con fenol, tenemos monstruos que superan todas las previsiones imaginativas. Lo veré más tarde, contador Medina. Y para usted, ahora, el postre que puedo ofrecerle: los tres casos de los que prometí hablarle: Uno de los fetos, es un edocéfalo: la nariz recuerda la forma del pene, y las orejas, situadas en la nariz, recuerdan la forma de la bolsa testicular. Sin comentarios, doctor. Bonito pisacorbatas, colega Dávalos, ¿dónde lo compró usted? El otro, simplemente, es un feto que logró inmortalizarse antes de nacer y para esto se llenó de incrustaciones calcáreas, transformándose en una terracota digna de Ambrosio Paré. El café estaba un poco frío, ¿no les pareció? El tercero, que hubiera hecho las delicias de Geoffroy Saint-Hilaire, el gran estudioso de los siameses, es un monstruo doble, unido desde la boca hasta el ombligo, que simboliza el amor incestuoso al que se entregaron dos gemelos, varón y hembra, en el propio vientre materno, y el consiguiente castigo a perpetuidad. No hicimos la autopsia de la pequeña hembra, doctor. Me gusta pensar que de haberlo hecho, quizá hubiéramos encontrado en su vientre a otra pareja diminuta, y así hasta la eternidad. ¿Qué otra cosa es el amor, querido colega, sino la prolongación de una misma imagen a través de las inundaciones, los tatuajes y las Irlandas desventuradas? Mmmm... Ajá. Mmm. Perdóneme. Tengo la mala costumbre de hablar solo. ¿Tiene usted cigarros? No, gracias, yo no fumo. Sólo le pregunté por curiosidad. Seguramente notó usted, doctor, la tristeza con la que hablé de nuestros fetos conservados en fenol. Es, en efecto, una tragedia que la mayor parte de los monstruos nazcan muertos o mueran casi al momento de nacer. Y se desperdicien, por el resto de la eternidad, en los limbos maltusianos. Me encantaría conservarlos vivos como una muestra de lo que quizá no es una regresión de la especie, sino los albores de una evolución hacia lo infinitamente variado. Si todos los seres humanos tenemos cara, y voces distintas; letra diferente, doctor, y una forma diferente de entender los acrósticos, y de importunar a los elefantes, doctor, ¿no sería posible una humanidad donde todos tuviéramos una forma original, única y maravillosa? Buenas tardes, doctores, y buen provecho. Digo yo, la genética, esa ciencia demiúrgica que nos legó Mendel, la misma que le permitió a Hugo de Vries en Amsterdam hace ya casi cien años realizar milagros con los híbridos... con permiso, señores. Sí, aquí tengo fósforos, doctor. Al cruzar entre

sí diversas especies de estramonio, adormidera, celedonias, onagras y tréboles... No tiene usted qué agradecerme, doctor. ¿No podrá la genética algún día, buenas tardes a todos, sí claro, darnos una hija, después de usted, doctor, bella como un manatí, adiós, a la que tengamos que poner en un estanque, muchas gracias por su compañía, y alimentarla, doctor, con lotos vivos y ardientes, por aquí, por la derecha, para envidia de nuestros amigos, buenas tardes, los cíclopes verdes?

VI

Mucosidades, pus, orina, excremento, jugos gástricos, vómitos, exudados: éste es el pan nuestro de cada día, doctor. Dejémosle a las viudas las tertulias que se improvisan en los cadalsos y a los astrónomos, a los que se ocupan del relleno de la atmósfera y los engaños de Marte, dejémosles los clamores sismológicos. Que sea para nosotros, los médicos, que seguimos el camino de Félix Plantee de Basilea, la gloria de trabajar al nivel de nuestros nervios y nuestros humores y el privilegio de asombrarnos de las reacciones del líquido cefalorraquídeo ante el oro coloidal. Nos encontramos, naturalmente, en el Pabellón de las Secreciones o Deyecciones, como usted quiera llamarle. Algunas personas se deprimen cuando visitan este pabellón y otras sufren accesos de vómitos que las integran provisionalmente al grupo de pacientes. ¿Recuerda usted lo que comentábamos en la cafetería? Usted y yo, decíamos, en la calidad de hombres de ciencia estamos muy por encima de esas reacciones y asociaciones de ideas que yo llamaría pequeño-burguesas. Notará usted, aquí también, la ausencia de enfermos con padecimientos característicos de otras latitudes. Sin embargo, y como usted lo verá, aun estos males están representados en el pabellón. ¿Pregunta usted cómo, doctor? Un poco de paciencia y lo sabrá. Los vómitos, por ejemplo. Los hay violentos, como el vómito en proyectil. El enfermo está tranquilo, sentado, digamos, leyendo el periódico dominical y de pronto surge un chorro incontenible que salpica las cortinas, la alfombra, las lámparas y la armadura del príncipe Valiente. Otras son los vómitos de regurgitación: brotan despacio, en borbotones llenos de grumos y espumas, de glerosidades que se deslizan por la barbilla o las mejillas y mojan la almohada, o inundan las vías respiratorias y matan al cónsul. Sólo a una mente estrecha y morbosa, doctor, se le puede ocurrir asociar estas manifestaciones con los alimentos terrestres que existían fuera de nosotros. El vómito representa tan sólo la interrupción del proceso maravilloso mediante el cual la carne del cordero se transforma en nuestra propia carne. Es el quimo, doctor, el pan y las verduras líquidas bañadas de ácido clorhídrico, de pepsinas, de secretagogos; es un paso —no exagero, doctor— hacia la entelequia de la zanahoria y de la sal gema. Los vómitos verdes, como los de esta solterona, son simplemente vómitos biliosos. Por otra parte, los venenos corrosivos, las úlceras del estómago, la ruptura de las venas esofágicas y las proliferaciones de células, producen vómitos con sangre. Y existe también el vómito color pardo oscuro: es aquel que contiene materias fecales. Quizás el caso más notable que tenemos en el hospital, en lo que a vómitos se refiere, es el de este anciano con cáncer intestinal. Pero digo mal, doctor, no se trata en realidad de un vómito, sino de una tergiversación de los procesos fisiológicos. Si esperamos unos minutos, doctor, verá usted cómo el paciente expulsa por la boca sus materias excrementicias, sólidas y perfectamente moldeadas, tal como salen por el ano. Hace dos días que comenzó y parece que ya está resignado: el único momento de angustia verdadera que padece, es cuando el excremento sube por el esófago y lo asfixia. Pero una vez que llega a la boca, sale con suavidad, casi naturalmente, diría yo. Luego las enfermeras le limpian los labios, los cuales presentan algunas úlceras sangrantes que de alguna manera extraña recuerdan a las hemorroides. Para completar la ironía magistral que el destino le ha jugado a este hombre, doctor, le estamos administrando alimentación por rectum: bromuro de potasio, cloral, paraldehído, etc. Ahora dígame, doctor, cuando usted examina un excremento semisólido, ¿se le ocurre pensar en el relleno de los pasteles de calabaza? ¡Por Dios! ¿Cuando usted contempla un excremento bien formado, como el de este hombre, le pasan por la imaginación algunas salchichas flotantes? ¡Qué horror! Cuando usted observa un excremento líquido y amarillento, ¿recuerda usted el jugo de naranja que toma por

las mañanas? ¡Qué asco, doctor, qué comparaciones de tan mal gusto! El queso derretido y la sustancia grisácea que le sale a este jovencito por la nariz, no tienen nada que ver: éste es el líquido cefalorraquídeo, y me atrevo a decir, es la razón y los pensamientos, la vida, en fin, que abandona el cuerpo del desafortunado muchacho. La harina, doctor, a la que debemos el santo olor de las panaderías, como dijo nuestro poeta, y los millones de pequeñísimos cristales blancos que cubren la piel de estos enfermos, tampoco tienen ningún parentesco. En los enfermos urémicos del período agónico, los cristales; semejantes también a la arenilla transparente que cubre las hojas de la belladona, aparecen después de una crisis, cuando se evapora el sudor viscoso y amarillo, como mantequilla rancia, que les cubre el cuerpo. Y volveré al tema excrementicio por una sola vez más, doctor, para mostrarle un caso que sólo es grave en apariencia. ¿Cómo van esas funciones fisiológicas, mi señora? ¿Un poco alteradas? No se preocupe, el doctor Palinuro la va a examinar. Vamos, vamos, no le dé pena. Abra las piernas. Así, así. ¿Ve usted, doctor? Uno tiene oportunidad de observar, con frecuencia, diversas clases de flujos uterinos: algunos son blancuzcos, como crema agria diluida. Otros son ambarinos y transparentes, como la miel de las abejas. Otros, en fin, son viscosos e incoloros como la clara del huevo: es el caso de esta enferma; venga usted, y contemple sus grandes labios y el resto de los órganos genitales exteriores, que parecen recién enjabonados... el flujo seroso nos indica un cáncer del útero. Quizás una histerectomía la pueda salvar. Pero regresemos a nuestra primera enfermita, a quien dejamos tres camas más allá. Usted diría que el caso de esta mujer es grave. Bueno, usted no, porque es un médico, pero lo diría un profano. Sí, sí, ya le dije, mi señora, que se trata de una fístula que comunica al recto con la vagina, y que mañana la vamos a operar. Por supuesto, mi señora, yo también me asustaría mucho si de pronto comenzara a expulsar excremento por la vagina. Inclusive, por razones anatómicas, me asustaría más que usted. No lo quiero pensar, doctor. Mi padre decía que nada mejor para levantar los ánimos, que un poco de abuso. En cambio, yo heredé la pulcritud de mi abuelo: gracias a él, todos los días me lavo los ojos, los labios y cada pliegue de la oreja y de los pies. Los dientes, uno por uno: cada colmillo, cada molar, cada incisivo, y requiere una limpieza especializada. Le ahorraré la visita de un paciente atacado por temblores y sacudidas, que expulsa por la nariz, a borbotones, toda clase de mariscos verdes y parduzcos, y saludaremos a este jovencito que, como usted ve, se nos está quedando en los huesos, de tal manera que sus clavículas parecen arpones nacientes, y todo a causa de tanta pérdida seminal mezclada con sangre. La culpa de estas masturbaciones involuntarias la tiene, desde luego, una tuberculosis pulmonar. Otra manifestación incontrolable y por demás curiosa, es la que presenta este otro enfermito. Usted se preguntará por qué llora este hombre, qué le hemos hecho, qué le ha pasado, y yo le contestaré, simplemente, que padece de una esclerosis múltiple que lo obliga a llorar en forma constante, aparte de su estado de ánimo que por lo general era optimista. Usted sabe: las ironías de la vida. Yo le diría a usted que le contara un chiste, que le dijera por ejemplo que cuando uno muere el estómago se digiere a sí mismo y vería cómo se suelta llorando. Pero esto iría en contra de la política del hospital, ya que como usted sabe, doctor Palinuro, por supuesto, desde luego, claro está, bien dicho: lo admiro por su perspicacia, doctor Palinuro. En efecto, estos dos casos ilustran, por primera vez, una de las teorías que aplicamos en este hospital, gracias a sus generosas sugestiones, doctor, y que consiste en lo que yo podría llamar la anulación de las posibilidades conceptualistas de la enfermedad. Sin embargo, este sacrificio está compensado por el aprovechamiento de las posibilidades metafóricas de la misma. Por ejemplo, cuando nos dimos cuenta del enorme desperdicio de lágrimas que sufre este paciente, decidimos, todos los días, contarle historias tristes y desgarradoras. Crímenes, injusticias, incestos, fraticidios, exploradores que se pierden en el Polo Norte y convertidos en témpanos, flotan por los sueños de la muerte. Casos de antropofagia, estupro, niños huérfanos que buscan a sus padres desde los primeros capítulos de las novelas de Dickens, y cuanta tragedia pueda usted imaginar. Y, no necesito decírselo, doctor, porque usted lo ha visto: las paredes del cuarto de nuestro joven masturbador involuntario, están tapizadas con los playmates del año en curso y los dibujos eróticos de Audrey Beardsley. Le hemos obse-

quiado una edición de lujo del Kama Sutra, y los domingos le proporcionamos matinées de películas, pornográficas.
Las moscas revolotean en círculos viciosos, doctor: personifican a la envidia. Y allá, lejos, las casas con sus techumbres rojas de miedo: no tengo nada en contra de las moralejas, colega. Al contrario. Abran las puertas, muchachos, ábranlas de par en par. Esta inmensa sala, doctor, llena de augurios inmóviles y de pócimas suntuosas, le recordará a usted las neverías de su infancia, los frascos llenos de jarabes y esencias de frutas, las bomboneras de cristal de las cocinas de nuestras abuelas. Descorran las cortinas, levanten las persianas, enciendan las luces fluorescentes. Aquí, en estos anaqueles, doctor, que cumplen con el requisito de la iridiscencia, tenemos la colección más completa del mundo en su género: una exhibición permanente de secreciones, exudados, derrames, flujos, etcétera, que permanece abierta al público de domingo a viernes, durante cuatro horas diarias, y el sábado lo dedicamos a pulir los frascos y a sacudir los anaqueles. Se aceptan contribuciones espontáneas: un litro de sangre color de rosa proveniente de un niño leucémico, mocopus y falsas membranas de los enfermos de bronquitis. Pero vea, vea usted y aprecie los esputos aromáticos de los enfermos de asma, que contienen filamentos espirales, pequeñas perlas y los famosos cristales de Charcot-Leyden constituidos por aminas muy semejantes a la cadaverina y la putrescina. Y a propósito, esta papilla espesa de tejidos necrosados que se forman en el curso de la gangrena, no es otra cosa sino una muestra de putrílago. Por otra parte, el contenido de este frasco abombado, que recuerda al vino negro de Corinto, es un ejemplo de la sangre deglutida que los niños sifilíticos expulsan por la boca. Y por supuesto, esta otra es una muestra humilde, común y corriente, del mocopus bronquial en el que se observan los tapones de Dittrich: ¿los ve usted? esas pequeñas cabezas de alfiler, blanquecinas... quién diría que están formadas por leucocitos, residuos de hematíes, cristales de ácidos grasos y leptothrix pulmonalis. Sigamos adelante. A ver, a ver, a este frasco se le ha caído la etiqueta, pero el doctor Solís nos dice que estos gusanos que ve usted son los famosos vermiotes, o sea, doctor, los filamentos de materia corrupta que salen cuando se presionan con los dedos las ulceraciones del cancroide de la cara. Noli me tangere, doctor. En esta otra bombonera, tenemos una colección de esputos rectales de Trélat, que como su nombre lo indica, tienen todo el aspecto mucoso de los escupitajos, salvo que presentan estrías de sangre. Mire: doctor, ésta es una muestra impresionante de las heces negras de los enfermos tratados con bismuto: yo diría que así es el excremento del diablo. Y por blanco y puro, diría yo que así es el excremento de los ángeles: como las heces de los que sufren de insuficiencia hepática. Pero venga usted conmigo para admirar esta hilera interminable de frascos de colores, cuya ausencia hice notar en el Pabellón Óptico y que nos enseñan los distintos y variadísimos colores que puede adquirir la orina humana, por causa de diversas enfermedades o cuando se la somete a reacciones químicas que determinan su parecido con la cerveza irlandesa, los vinos blancos de Alsacia, los rojos de Burdeos y los rosados espumosos de Coimbra. Y para terminar con esta breve visita a nuestra exhibición, le diré que tal como le advertí, también las enfermedades ajenas a nuestro hemisferio están representadas aquí; este frasco encierra una muestra del vómito negro de la fiebre amarilla, y este otro, que nos obsequiaron nuestros colegas asiáticos en la última Navidad, contiene cerca de dos litros de la diarrea característica del cólera: como usted ve, se trata de un líquido incoloro que contiene innumerables copos blancos del tamaño de los granos de arroz. Si usted agita el frasco, doctor, verá cómo forman un remolino de nieve, exactamente como en el Ciudadano Kane, y luego se depositan, con lentitud, en la base del frasco. Ah, pero sentémonos un momento, doctor, el cansancio tapiza mi cerebro. Ah, cómo me duelen las piernas. Pero soy feliz. Lo fue para Buda la miseria de nuestro cuerpo, lo que fue para él, porque le diré que así lo describe en uno de sus Gâthas, un cuerpo deformado por las lágrimas, la transpiración, la humedad, la orina; lleno de gotas de sangre y de inmundicias de vientre, de médula, de sangre y líquidos cerebrales... para mí es la mayor riqueza, doctor. Y no le insistiré más. Tenemos aquí un catálogo ilustrado, con 16 láminas a colores, y 70 en blanco y negro, que vendemos a 25 pesos el ejemplar. Para usted es gratis, doctor, con una condición: dentro de algunos minutos vendrá una enfermera que le tomará una muestra de

su sangre, le hará un frotis de garganta, ah, doctor, qué alivio sentarse y estirar las piernas, y le tomará, del esternón o de la cresta ilíaca, de donde guste, una muestra de su medula ósea, y le hará una punción, pero ah, doctor, permítame que me quite los zapatos para estirar los dedos un momento, así, así, despacio. Su medula espinal también, doctor, sus jugos gástricos. Ah, debo decir que es una enfermera bella como esa muerte disfrazada con una hermosa piel de veinte años que se me escapó de los brazos y de los testículos hace algún tiempo, doctor, pero que encontraré algún día sentada en un automóvil blanco, la maldita. Ah, doctor, qué alivio estirar los ojos. Pero le pegaré tal susto ¡le pondré tales cuernos! Mientras llega nuestra enfermera y yo me permito echarme una siesta breve, doctor, le suplico pase usted al cuarto del fondo. Encontrará usted un frasco de boca ancha, donde depositar su excremento. Puede usted ayudarse con una cucharita de madera. Habrá un tubo de ensayo donde dejar su orina. Otro frasco para sus esputos y uno más para sus secreciones nasales. También encontrará usted una cápsula para su esperma, pero tal vez usted desee que nuestra bella enfermera le ayude a obtener esta muestra. Y si usted no padece de eritrofobia, un tumulto rubicundo le bajará a los pies cuando ella, con sus dedos largos y finos como el pánico, le desabroche los botones de la bragueta. Ah, doctor, qué alivio estirar los dientes. Como usted puede suponer, lo que más nos interesa, doctor, es que su orina demuestre la prosperidad de sus riñones por su contenido normal de uratos que forman un depósito rojo; que su excremento no esté mezclado con el moco verde característico de la disentería; que sus esputos no presenten el color herrumbroso causado por la neumonía; que su sangre tenga cuando menos 5 millones de eritrocitos y cada una de sus eyaculaciones contenga de 3 a 5 centímetros cúbicos de semen y la cifra promedio de 250 millones de espermatozoides sanos, vivitos y coleando. Ah, doctor, qué placer es estirar las uñas. En otras palabras, lo queremos a usted en el estado hígido de los antiguos, doctor, deseamos que su organismo alcance la eucinesia. Pero desde luego, si alguna de esas secreciones o líquidos presenta una anormalidad, tendremos el gran placer de incorporarla a nuestra colección, y la destinaremos para ilustrar la portada de nuestro próximo catálogo. Me olvidaba decirle, doctor Palinuro, que en el cuarto encontrará también un frasco con propenol cuyo olor, como usted sabe, causa un intenso lagrimeo. Háganos el favor de olerlo, y depositar sus lágrimas en esta plaqueta. Más tarde las examinaremos al microscopio para averiguar qué clase de infusorios cohabitan con las niñas de sus ojos. ¡Ah, doctor, qué sueño tengo!

Salvador Garmendia
Dos cuentos

El mocho, mata-hambre y los resucitados

La historia del mocho, mata-hambre y los resucitados, comienza cuando mata-hambre, llamado así por ser dueño de un hambre antigua y erudita sobre la que se habrían escrito no pocos tratados, salió al campo un día llevando un pedazo de queso y un trozo todavía más pequeño de panela. Entre ambas viandas, no había más allá de un mordisco. Mata-hambre buscaba un sitio solitario y tranquilo donde consumir su alimento. El hambre que le llenaba por completo la cueva del vientre era un lagarto de color de barro, revestido de la más sólida caparazón, que de tiempo en tiempo despertaba y lanzaba un soplido. El aire le salía a mata-hambre por el más oculto de sus huecos y el aroma que se esparcía alrededor llegaba a adormecerlo por mucho tiempo. En ese estado de inocencia sus sueños eran leves aunque obstinados. Las cosas —que en realidad venían a ser un solo ganso hervido goteando un caldo espeso— carecían de masa y consistencia, de forma que se le escapaban de las manos como globos; no obstante la visión se repetía con una insistencia tan monótona (el ganso regresaba a sus manos escurriendo jugo), que llegaba a despertarlo de golpe. Ocurría entonces que el mundo a su alrededor había cambiado; el aspecto y la disposición de los árboles, el lejano dibujo de las montañas que podían o no lucir crestas de nieve, caminos o aldeas en miniatura, mostraban a sus ojos un paisaje desconocido y excitante, y sin embargo mata-hambre continuaba sentado en una piedra en medio del campo, disponiéndose a consumir su almuerzo.

Ya había tomado el granito de queso entre el pulgar y el índice, cuando un mocho se le acercó y le dijo: «tengo hambre; dame la mitad de tu comida, anda».

Compartieron y mata-hambre se alejó en busca de un lugar menos concurrido.

Se hallaba otra vez sentado en una piedra en medio del campo, cuando un mocho se le acercó y le dijo: «tengo hambre; dame la mitad de tu comida, anda».

Compartieron y mata-hambre se alejó en busca de un lugar menos concurrido.

Se hallaba otra vez sentado en una piedra en medio del campo, cuando un mocho se le acercó y le propuso: «vamos a asociarnos tú y yo; ¿qué te parece?».

—Está bien.

—Entonces vamos por ahí a resucitar gente.

Lo que hacía falta para resucitar gente era esto: tres rajas medianas de leña, una lata de kerosén, tres oraciones: un padrenuestro, un credo y un ave maría, y un frasco pequeño de agua bendita. Se prende la leña, se reza y se riega el agua bendita en cruz sobre el cadáver repitiendo, levántate cadáver, levántate cadáver, levántate cadáver.

Así llegaron, pues, a un reino y el rey mandó a pregonar la noticia; se buscó un cadáver, fue dispuesto todo lo necesario en mitad de la plaza y el mocho, en un momento, hizo lo convenido. De acuerdo a lo previsto, el cadáver se levantó de un brinco ante millares de espectadores excitados que pedían a gritos la muerte para poder resucitar de un brinco.

El resucitado, librado por gracia a satisfacer su voluntad, corrió a la despensa del palacio y estuvo tres días con sus noches comiendo sin parar, hasta que reventó en pedazos y salpicó la mitad del reino.

—¿Cuánto quieres? —dijo el rey.

—Real y medio —contestó el mocho.

Así llegaron a una joven república y el presidente hizo difundir la noticia por todos los medios de comunicación social. De la morgue trajeron un cadáver convenientemente higienizado que presentaba dos perforaciones en el cráneo.

Una vez más, el mocho hizo lo convenido y en el acto el cadáver se levantó de un brinco. Las dos balas salieron de sus cápsulas, cayeron al suelo perfectamente frías e inofensivas y el ministro del interior, hombre pulcro inclinado al perdón, se enjugó una lágrima con su pañuelo blanco.

Restituido al goce de sus derechos, el resucitado corrió a las bóvedas del banco central y estuvo tres días con sus noches devorando divisas hasta que reventó en pedazos y la mitad de la república se estremeció.

Cinco mil jóvenes marines que cuidaban la prosperidad y el orden de la nueva república, fruncieron el ceño pero no pasó de ahí.

—¿Cuánto quieres? —dijo el presidente.

—Real y medio —contestó el mocho.

Ocurrió entonces que mata-hambre cansado ya de aquella paga miserable, decidió romper la

sociedad y continuar resucitando por su cuenta con el propósito de hacerse rico en poco tiempo. Llegó así a un pequeño país gobernado por un dictador. Quince mil generales fueron informados de la noticia y llamados a presenciar el espectáculo, mediante el procedimiento más simple y eficaz en estos casos: se prendía un reguero de pólvora y el olor los atraía en el acto.

Fue traído un cadáver de la reserva personal del dictador. Mata-hambre comenzó a repetir lo que había visto hacer al mocho sin olvidar detalle; sin embargo, una hora después, mientras el cadáver achantado en su rigidez iba tomando un aspecto risible, mata-hambre todavía gritaba desesperado, completamente ronco, levántate cadáver, levántate cadáver, levántate cadáver, sin resultado alguno, mientras los generales, rígidos e imperturbables, sin siquiera apartar las gotas de sudor de sus pestañas, aguardaban alguna indicación de su jefe.

Como era de rigor, mata-hambre fue condenado a muerte. El pueblo recibió la orden de salir de sus casas para ser conducido de inmediato a la plaza mayor.

En medio de su trance, pálido y con la soga al cuello, mata-hambre siente que el viejo lagarto que habita en el saco de su estómago, se despierta y sopla. El aire se le escapa, va a quedarse dormido, cuando en medio de la multitud ve al mocho, su maestro, recostado a un poste.

—¡Mocho, yo no sé nada; ayúdame, yo no sé nada! —le grita en el último instante.

Desde el poste, el mocho le sonríe y lo despide sacudiendo la mano.

Don Pancho El Pájaro

Don Pancho El Pájaro entraba al pueblo una mañana, vestido de blanco, de un blanco de piedra caliza resistente al polvo y cruzado de grietas, andando con su paso menudo que apenas quebrantaba la hierba. Viéndolo de lejos, se podían detallar a perfección sus ojos de un verde licuado que absorbía la luz, lo mismo que sus manos largas y nudosas. Traía en la mano una maleta negra atada con correas y lo seguía su burro cargado con los dos baúles de latón. Su mujer les venía detrás tapando el sol. Le ataba la cabeza una especie de turbante, cuya tela floreada de colores vivos, lo mismo que el largo camisón que pudo haber sido hecho de retazos, se habían desteñido casi del todo a causa de las lluvias y el sol. Debía ser la mujer más fuerte del mundo; era tan grande y tan pesada, que todo a su alrededor tomaba una apariencia quebradiza y frágil.

En el solar donde iba a tener lugar la función, se prendían mechurrios de aceite y la gente iba entrando por el portón de campo trayendo sus sillas al hombro. La mujer daba comienzo al acto vestida de gitana, bañada de collares y abalorios que sonaban todos a un mismo tiempo como si los moviera el viento. En una guitarra encordada de alambres, pintada con figuras de colores, se acompañaba unas canciones gruesas que le salían de adentro como grandes troncos redondos.

La cuerda para el número de Don Pancho era tendida de un árbol a otro. Don Pancho salía vestido de rojo candela. Era tan flaco que se le veía el dibujo de los huesos en la tela ceñida al cuerpo como una media. Don Pancho era el mejor volatinero de su tiempo y él mismo no podría decir cuanto mundo había recorrido. Como no conocía el peligro, su número encantaba a la gente, sin que el temor al riesgo o el más ligero sobresalto pudiera oscurecer, siquiera por instantes, la emoción de verlo bailar la cuerda floja extremando toda noción del equilibrio con la más tranquilizadora soltura, como si realmente estuviera en su elemento. Era evidente, que una caída ocasional no hubiera podido causarle el menor daño. Sus evoluciones en el aire hacían el efecto de una música aguda y deslizante que podría recordar el glissando producido por un dedo al resbalar sobre una cuerda que ha sido pulsada.

La luz de los mechurrios movida por el viento, esparcía por todo el contorno la sombra delgada del equilibrista, haciéndola pedazos entre las ramas de los árboles y alargándola sobre los techos y las paredes vecinas. Más de una vez, alguien pudo notar que los pies de Don Pancho no tocaban la cuerda.

La pareja hacía su casa en el mismo solar donde se celebraban las funciones. Colgaban telas entre los cujíes y dormían en el suelo. De madrugada, la gente se trepaba a los techos para verlos.

Una mañana, la mujer se sintió invadida por una furia de animal que de tiempo en tiempo se desprendía de sus carnes como un vaho de cubil. Debía de ser su época de celo. Don Pancho, que había estudiado la índole de aquellos arrebatos y estaba seguro de que en cosa de pocos minutos la bestia tonta volvería a apaciguarse, se puso a reír y a dar saltos delante de ella escapándose de sus manos, mientras un agudo escozor le caminaba por la espalda. Iba a empezar un juego que otras veces tuvo la virtud de hacerla reír. En dos o tres ocasiones, ella misma se lo había pedido, en medio del campo, dejando oír un tono de voz extraño que inexplicablemente se aproximaba al de una niña. Pero esta vez Don Pancho se hallaba dominado por un regocijo banal e incontrolable. «¡A que no me agarras!», chillaba, desesperándola con unos gorjeos burlones que cada vez eran más agudos y trinantes. Cuando ella quiso atraparlo contra un tronco, él desplegó las alas, valiéndose de un movimiento expansivo de los brazos que le tiñó de sangre las mejillas, levantó vuelo y se posó en una rama alta. «¡Bájate de ahí!», le gritaba ella con toda su caja torácica. Don Pancho se trasladó en un solo vuelo horizontal hasta un árbol vecino. Ella sacudió el árbol con tanta fuerza que hizo caer una lluvia de hojas y con ellas unos frutos secos y fibrosos que al golpearla en la cara y los pechos la enfurecieron todavía más. Entonces Don Pancho, a quien comenzaba a dominar cierta inquietud, se remontó a la copa de una ceiba, un árbol inmenso que ella trató de sacudir sin resultado. Enardecida se armó de una piedra y la arrojó al aire con todas sus fuerzas. El proyectil atravesó las hojas, hizo un blanco perfecto y Don Pancho se precipitó inmediatamente al suelo. Se escuchó un ruido sordo atenuado por la envoltura de las plumas. Ella

hizo temblar el suelo al caer de rodillas, llorando junto a aquella forma blanca cuyas patas quebradas se estremecieron con movimientos cada vez más entrecortados, hasta que se quedaron rígidas, mientras un ala abierta a media asta cuyas plumas rozaban el polvo, empezó a teñirse de sangre. La mujer esperó a que se secaran sus lágrimas, abrió un hueco en la tierra, echó dentro el cuerpo, lo cubrió y apisonó la tierra con sus manos. Después cayó una lluvia ligera que borró el rastro por completo. De la mujer nunca volvió a saberse.

Ensayos

Luis Loayza

Aproximaciones a Garcilaso

Peruano, autor del libro de cuentos El avaro *(Lima, 1957), de la novela* Una piel de serpiente *(Lima, 1962) y de diversos ensayos. Reside actualmente en Ginebra. El presente estudio analiza aspectos de la obra y la personalidad del Inca Garcilaso.*

Juan Bosch

El caso de los Panteras Negras, una lección de Sociología Política

Ex-presidente de la República Dominicana, cuentista y ensayista político. Es autor de Bolívar y la guerra social, Cuba la isla fascinante, El calumniado Trujillo: causas de una tiranía. El Pentagonismo, un sustituto del imperialismo *y de varias obras narrativas. En este artículo estudia el movimiento de los Panteras Negras tomando como base el libro de Bobby Seale,* Seize the Time.

Masud R. Khan

Pornografía: Política de subversión y rabia

Inglés, bibliotecario del Instituto de Psicoanálisis de Londres y director de varias revistas especializadas en temas psicoanalíticos. (Ver nota de Max Hernández).

Luís Loayza
Aproximaciones a Garcilaso

Las oportunidades

El Inca Garcilaso, como muchos grandes escritores, parece señalado por el destino, toda su vida es una preparación para la obra. Muchos ven un símbolo en este hijo de princesa india y de conquistador español, en este niño que en la clara mañana del Cuzco escucha los relatos militares de la conquista y las crónicas llorosas del Imperio perdido. Sucede que conocemos el futuro, la tarde creadora de los *Comentarios Reales* después de esa mañana. Pero es imposible imaginar para el gran escritor del Perú una infancia mejor, un «material» más espléndido. Luego viene el viaje a España, a la vitalidad y la inteligencia de España en el siglo XVI. Más tarde nuestros autores imitarán a los imitadores de Góngora o a los mediocres románticos españoles: Garcilaso, en cambio, llega a España en uno de los momentos más extraordinarios de la literatura del idioma y bebe de las fuentes del Renacimiento. El viaje a Italia es posible aunque no comprobado; basta saber que su primera experiencia de escritor es traducir del italiano los *Diálogos de amor* de León Hebreo, un libro característico de la cultura europea de la época Hay que agregar: un libro que no tiene ninguna relación directa con América. Garcilaso no ha sido el perpetuo nostálgico de su patria que puede suponerse; la vuelta espiritual al Perú pasa por Italia, para escribir el libro peruano por excelencia Garcilaso gana sus medios expresivos en la escuela de Europa. Es prudente, tiene tiempo, su estrategia es soberbia. El paso siguiente es la *Historia de la Florida*, ya una obra histórica pero basada en el testimonio de Gonzalo Silvestre, un viejo conquistador. En fin, Garcilaso escribe los *Comentarios Reales* en plena madurez, seguro de sí y en la posesión cabal de su talento.

Hasta en su historia íntima habrá tenido suerte Garcilaso. Todo, aun la postergación y la soledad lo llevó a su vocación de escritor. Había ido a España con ilusiones de una pensión, de una vida de corte, que pronto quedaron disipadas. ¿Qué hubiera escrito de haber llegado a cortesano, acaso a burócrata en la administración de Indias? También intentó sin éxito una carrera en la milicia, aunque por un rápido ascenso deducimos que se portó honorablemente. Pronto tuvo que volver a Montilla, a mascar el freno de pariente pobre en casa del hermano de su padre. Esa quietud del retiro provinciano, la larga preparación, la herencia que trajo un cierto desahogo económico, la biblioteca, el silencio en que volvían a él los años del Perú —que sin duda le parecían felices, con el resplandor de lo perdido— todo lo que levantó o reforzó en él su resignada sensación de fracaso, lo ayudó al mismo tiempo a escribir los *Comentarios Reales*.

Era un hombre triste, se sentía desengañado. En el Proemio de *La Florida* dice:

> Que cierto, confesando toda verdad, digo que, para trabajar y haberla escrito, no me movió otro fin sino el deseo de que por aquella tierra tan larga y ancha se extienda la religión cristiana; que ni pretendo ni espero por este largo afán mercedes temporales; que muchos días ha desconfié de las pretensiones y despedí las esperanzas por la contradición de mi fortuna. Aunque, mirándolo desapasionadamente, debo agradecerle muy mucho el haberme tratado mal, porque, si de sus bienes y favores hubiera partido largamente conmigo, quizá yo hubiera echado por otros caminos y senderos que me hubieran llevado a peores despeñaderos o me hubieran anegado en ese gran mar de sus olas y tempestades, como casi siempre suele anegar a los que más ha favorecido y levantado en grandezas de este mundo; y con sus disfavores y persecuciones me ha forzado a que, habiéndolas yo experimentado, le huyese y me escondiesen el puerto y abrigo de los desengañados, que son los rincones de la soledad y pobreza, donde, consolado y satisfecho con la escasez de mi poca hacienda, paso una vida, gracias al Rey de los Reyes y Señor de los Señores, quieta y pacífica, más envidiada de ricos que envidiosa de ellos. En la cual, por no estar ocioso, que cansa más que el trabajar, he dado en otras pretensiones y esperanzas, de mayor contento y recreación del ánimo que las de la hacienda, como fue traducir los tres *Diálogos de Amor de León Hebrec*, y, habiéndolos sacado a luz, di en escribir esta historia, y con el mismo deleite quedo fabricando, forjando y limando la del Perú, del origen de los reyes incas, sus antiguallas, idolatrías y conquistas, sus leyes y el orden de su gobierno, en paz y en

guerra. En todo lo cual, mediante el favor divino, voy ya casi al fin. Y aunque son trabajos, y no pequeños, por pretender y atinar yo a otro fin mejor, los tengo en más que las mercedes que mi fortuna pudiera haberme hecho cuando me hubiera sido muy próspera y favorable, aunque espero en Dios que estos trabajos me serán de más honra y de mejor nombre que el vínculo que de los bienes de esta señora pudiera dejar.

Así se ve a sí mismo Garcilaso ya embarcado en su carrera de escritor. Como siempre que hace una confidencia, se reserva; este estoicismo de quien se proclama tan desasido de los bienes del mundo no parece muy de fiar; ya advertimos que se siente víctima de una injusticia, que se creía destinado a cosas mejores. Sin embargo sería apresurado ver en esta declaración una simple fórmula de resentimiento, y a creer que para él la literatura fue una elección forzada y no la más íntima vocación. Una de las palabras claves del texto es el «*deleite*»: «*y con el mismo deleite quedo fabricando, forjando y limando la del Perú*»; comprendemos que, a pesar de su natural dado al desaliento que lo lleva a lamentarse aun cuando se declara satisfecho, que estamos ante un hombre que se ha encontrado a sí mismo y hace lo que quiere hacer, un escritor en el ejercicio de su vocación.

Garcilaso tuvo muchos contemporáneos mestizos como él, algunos —como el padre Blas Valera— llegaron a España y tuvieron libros y tranquilidad, pero sólo él escribió los *Comentarios Reales*. El genio literario no puede reducirse a factores sociales, ni siquiera biográficos. Pero no es menos cierto que Garcilaso tuvo esas oportunidades que ya los escritores peruanos no volverán a tener durante mucho tiempo: no viajarán a España, no entrarán en contacto directo con la cultura europea, su actitud frente al Perú no podrá ser la misma.

Recordemos por ejemplo el caso de Juan Espinosa Medrano, llamado el Lunarejo, el mejor escritor peruano del siglo XVII. Para él, que tal vez ni siquiera llegó a Lima, estaba muy lejos Europa, el centro radiante de la cultura como lo recuerda, con amargura discreta, con ironía, en uno de sus sermones: «*Predico en el Cuzco y no en Consistorio de Cardenales*». El cura español que enseñó las primeras letras a Garcilaso deseaba ver a sus alumnos peruanos en la Universidad de Salamanca y en cierta forma Garcilaso llegó a ella, al menos pudo formarse y escribir en un medio cultural más rico. El Lunarejo estuvo siempre más limitado, aunque gracias a la profesión eclesiástica logró una cierta posición en una sociedad que postergaba a los hombres de su raza. No es sólo que le faltasen mejores maestros y libros, más posibilidades de escribir y publicar. La condición colonial lo llevó al formalismo, a la cultura entendida como un simple juego; no podía enfrentarse, ni siquiera ver claramente, la realidad de su país, que era su propia realidad de postergado de «*desterrado de la luz*». En su obra las menciones del Perú son rapidísimas. El Lunarejo quería parecer un europeo, convertirse mediante la cultura en un europeo, porque Europa era el centro del mundo y el Perú nada más que una provincia distante. Garcilaso, que pasó casi toda su vida en España, estuvo siempre más cerca del Perú que el Lunarejo en el Cuzco. Garcilaso se sentía todavía muy próximo de los Incas, y defiende el pasado peruano contra el menosprecio y el olvido, fue testigo de los años agitados de la conquista, participó en la creación de una cultura. A pesar de su cortesía, de sus precauciones, de su humildad defensiva, se descubre en él el orgullo: un peruano habla del Perú movido, como él mismo dice, por el «*amor natural de la patria*». Lo que le interesa no es tanto Europa sino la forma como Europa llegó al Perú para crear algo nuevo, el mundo visto desde el Perú, el Perú como el centro del mundo.

Las defensas

Desde las primeras páginas de los *Comentarios Reales* Garcilaso se declara indio y, con cierta modestia que es al mismo tiempo defensiva e irónica, pretende admitir la inferioridad de su condición de indio en la que, como luego se verá claramente, no cree. Disculpándose de tratar «*conforme a la común costumbre de los escritores*» si hay muchos mundos, si el cielo y la tierra son redondos o llanos y otros temas en verdad no menos inútiles, anuncia que ese no es su principal intento «*ni las fuerzas de un indio pueden presumir tanto*» (*Comentarios Reales* I, 1). Es evidente que esas pedanterías no le interesan, las toca porque es el uso erudito pero no quiere perder el tiempo con

ellas. Un indio no puede tratar temas tan elevados se entiende aquí como: yo, aunque indio, no voy a aburrirme ni a aburrir al lector con estas cuestiones que tratan otros autores.

A la condición de indio añade su escasa instrucción: «*Al discreto lector suplico reciba mi ánimo, que es de darle gusto y contento, aunque las fuerzas ni la habilidad de un indio, nacido entre los indios y criado entre armas y caballos no pueden llegar allá*» (I, 19). El lector verdaderamente discreto no tarda en darse cuenta que a este indio poco instruido no le faltan lecturas ni meditación. Como muchos escritores Garcilaso tiene la coquetería de presentarse como un hombre de acción y no como un intelectual. Quiere que le creamos bajo palabra que es un militar sin letras ni capacidad para la investigación: «*no lo sé ni es de soldado como yo inquirirlo*» (II, 7) dice cuando se trata de un detalle que prefiere omitir, aunque en otros casos abunda en precisiones. Recuerda también su infancia de pocos libros para disculpar su escaso latín: «*porque lo poco que de ella sé* [la lengua latina] *lo aprendí en el mayor fuego de las guerras de mi tierra, entre armas y caballos, pólvora y arcabuces, de que supe más que de letras*» (II, 27). Todavía va más allá. Con astucia evidente en quien son tan claras la voluntad y el esfuerzo de estilo, se excusa por su incapacidad expresiva: «*El P. Valera... dice en su galano latín lo que sigue, que yo como indio traduje en mi tosco romance*» (I, 6). También habría que creerle que no domina bien el español, que su verdadero idioma es el quechua: «*he procurado traducir fielmente de mi lengua materna, que es la del Inca, en la ajena, que es la castellana...*» (I, 17).

Así pues Garcilaso se presenta como un indio, un viejo soldado sin letras a quien no puede pedirse que escriba muy bien el español porque su lengua materna es el quechua. Compone un personaje que está hecho de verdades a medias, de usos de buena educación literaria y de ironía. Desde luego él mismo no cree en su personaje y no puede esperar que muchos lectores lo acepten. Pero tanta modestia tiene un valor táctico. Este personaje rudo y sencillo dirá seguramente la verdad. Garcilaso a pesar de ser indio, por precisamente *por* ser indio, puede decir la verdad, tiene una ventaja enorme sobre los historiadores españoles, la experiencia directa de su material; ha vivido veinte años en el Perú, fue testigo de mucho de lo que narra o recogió testimonios de primera mano. Todavía no es mucho decir, porque varios de los cronistas españoles estuvieron en el Perú, algunos fueron no sólo testigos sino actores de la conquista y las guerras civiles. Pero Garcilaso es indio, emparentado por su madre con la familia real, heredero de las muchas virtudes de los Incas —entre otras la veracidad— que luego describirá minuciosamente, y puede dar fe de lo que dice: «*De lo cual yo, como indio Inca, doy fe de ello*» (I, 5). Los españoles han encontrado, desde un primer momento, una resistencia obstinada, incomprensible en los indios que se callan o inventan lo que suponen quiere oír el conquistador; en cambio a Garcilaso «*por ser hijo natural, no me negarán, como lo han negado a los españoles*» (V, 29). El los conoce desde dentro porque es uno de ellos, habla de lo que ha visto y vivido. «*Esto afirmo como indio que conozco la natural condición de los indios*» (II, 5). Argumentos peligrosos: está bien invocar su condición de indio para justificar sus limitaciones, con ironía que tal vez escapa a sus lectores, pero su identificación con los indios, que sin duda les permite conocerlos mejor, lo hace también sospechoso de parcialidad. Mientras dure la opresión de los indios cada uno de ellos es, en potencia, un enemigo de los españoles, un heredero desposeído de los Incas. Garcilaso no es una excepción y tiene conciencia de este posible cargo de parcialidad. Ya en *La Florida* había dedicado todo un capítulo (II, 1, 27) a responder a quienes creyeran exagerados sus elogios de los indios norteamericanos, pues el lector podía imaginarse «*que lo hacemos, o por presumir de componer, o por loar nuestra nación, que, aunque las regiones y tierras estén tan distantes, parece que todas son Indias*». Al igual que en esta ocasión, en los *Comentarios Reales* admite su necesidad de apoyarse en autores españoles, que expresa muy claramente: «*de cuya autoridad y de los demás historiadores españoles me quiero valer en semejantes pasos contra los maldicientes, porque no me digan que finjo fábulas en favor de la patria y de los parientes*» (V, 6).

Al parecer en su condición de indio natural del Perú está su fuerza y su debilidad de historiador y ambas, a primera vista, se anulan. Pero hay algo más, el golpe decisivo que inclina la partida en su favor, la jugada maestra: el conocimiento del idioma quechua.

Su idioma materno es el quechua, por el que declara su aprecio desde las primeras páginas de los *Comentarios Reales*: «*que cierto es lástima que se pierda o corrompa, siendo una lengua tan galana*» (Advertencias...). En algún lugar, como hemos dicho, lo recuerda para disculpar su pretendida torpeza en el manejo del castellano, en la que ningún lector puede creer. Más importantes es que su conocimiento del quechua le permite rectificar cuando quiere a los españoles sin poner en duda su buena fe, es decir que puede refutarlos dulcemente, destruirlos sin ofenderlos: «*de manera que no decimos cosas nuevas, sino que como indio natural de aquella tierra ampliamos y extendemos con la propia relación la que los historiadores españoles, como extranjeros, acortaron por no saber la propiedad de la lengua, ni haber mamado en la leche aquestas fábulas y verdades, como yo las mamé*» (II, 10). Los pobres españoles no entienden nada a derechas, «*casi no dejan vocablo sin corrupción, como largamente hemos dicho y diremos más adelante*» (VII, 5). Es natural que así sea, porque se les escapan ciertos matices de pronunciación de los que carece el castellano, y que muchas veces alteran por completo el recto entendimiento de un término. «*De la cual pronunciación y de todas las demás que aquel lenguaje tienen no hacen caso alguno los españoles, por curiosos que sean, con importarles tanto el saberlas, porque no las tiene el lenguaje español*» (II, 5). El mismo Cieza de León, con haber viajado tanto y ser observador digno de fe «*por ser español no sabía la lengua tan bien como yo, que soy indio Inca*» (II, 2). Aquí estamos muy lejos de quien se disculpaba por sus escasas fuerzas de indio; durante un instante brevísimo Garcilaso descubre el orgullo de su civilización. Los españoles pueden imaginarse que han aprendido el idioma de los Incas pero se equivocan, como aquel dominico que fue durante cuatro años catedrático de quechua y no conocía las distintas pronunciaciones del nombre «*pacha*». «*¿Habiendo sido maestro en la lengua ignora esto?*» (II, 5) le dijo Garcilaso, palabras que en su impecable cortesía suenan como una explosión. En fin, si ya «*se ve largamente cuanto ignoran los españoles los secretos de aquella lengua*» (II, 15) por las razones que se han dicho, lo extraordinario es que, para cuidarse las espaldas, para que no se invoque contra su opinión el testimonio de otro peruano, Garcilaso pretende que ni siquiera los propios indios conocen bien el quechua, pues el Cuzco fue el único centro efectivo de cultura en el Perú prehispánico: «*cuanto se engañan en declarar el lenguaje del Perú los que no lo mamaron en la leche de la misma ciudad del Cuzco, aunque sean indios, porque los no naturales de ella también son extranjeros y bárbaros en la lengua como los castellanos*» (V, 21). Así pues, con un criterio cultista, más extraño para nosotros que para sus primeros lectores, Garcilaso afirma que los cuzqueños son los únicos que conocen a fondo el idioma del Perú. Por poco se queda en los Incas, en la familia real del Cuzco casi exterminada por Atahualpa, es decir en él y sus familiares.

Ya puede apreciarse la amplitud del movimiento táctico. Garcilaso es un indio de pocas fuerzas, como todos los indios, y un viejo soldado sin letras: primera retirada aparente que desarma a los posibles críticos. En tanto que peruano conoce bien a los hombres y a las cosas de su tierra, aunque por esto mismo se le podría acusar de parcialidad y para evitarlo suele buscar el apoyo de los historiadores españoles: primer ataque y defensa inmediata para cubrirse el flanco. Ahora viene la maniobra envolvente: el secreto de un país, de una cultura, está en el idioma y los españoles no conocen ni pueden conocer la lengua del Perú, tan distinta a la suya, con sonidos que no alcanzan a distinguir. Es prácticamente imposible que entren en contacto con los indios y, aunque lo consigan, su éxito no es seguro: sólo la gente del Cuzco sabe a fondo el idioma, sólo ellos tienen la clave. No hace falta más, a cualquier contraataque Garcilaso podría responder con las palabras de otro peruano: «*Así se dice en el Perú, me excuso*». El conocimiento del quechua es fundamental para su autoridad de historiador de la cultura peruana.

Pero solamente ahora viene lo más sorprendente. Garcilaso construye esta argumentación tan sutil en los *Comentarios Reales* pero él mismo se ha encargado de desbaratarla. Ya en *La Florida* (II, 1, 6) había confesado que olvidaba el quechua:

> Porque, con el poco o ningún uso que entre los indios había tenido de la lengua castellana, se le había olvidado hasta el pronunciar el nombre de la propia tierra, como yo podré decir también de mí mismo que por no

haber tenido en España con quien hablar mi lengua natural y materna, que es la general que se habla en todo el Perú, aunque los incas tenían otro particular que hablaban ellos entre sí unos con otros, se me ha olvidado de tal manera que, con saberla hablar tan bien y mejor y con más elegancia que los mismos indios que no son incas, porque soy hijo de palla y sobrino de incas, que son los que mejor y más apuradamente le hablan por haber sido lenguaje de la corte de sus príncipes y haber sido ellos los principales cortesanos, no acierto ahora a concertar seis o siete palabras en oración para dar a entender lo que quiero decir, y más, que muchos vocablos se me han ido de la memoria, que no sé cuáles son, para nombrar en indio tal o tal cosa. Aunque es verdad que, si oyese hablar a un inca, le entendería todo lo que dijese y, si oyese los vocablos olvidados, diría lo que significan; empero de mí mismo, por mucho que lo procuro, no acierto a decir cuáles son. Esto he sacado por experiencia del uso o descuido de las lenguas, que las ajenas se aprenden con usarlas y las propias se olvidan no usándolas.

Es evidente que Garcilaso ha perdido en gran parte el uso activo del quechua, aunque supone que recobraría al menos un conocimiento pasivo si tuviese oportunidad de conversar con un peruano. ¿Dónde quedan entonces las muchas discusiones que resuelve apelando a su conocimiento del idioma? ¿No es posible que trocara las pronunciaciones de matices tan sutiles, y con ellas el sentido de algunas palabras? En los propios *Comentarios Reales* volveremos a encontrar textos semejantes: «*Reprendiendo yo mi memoria por estos descuidos, me responde ¿que por qué la riño de lo que yo mismo tengo la culpa? Que advierta yo que ha cuarenta y dos años que no hablo ni leo aquella lengua. Válgame este descargo para el que quisiera culparme de haber olvidado mi lenguaje*» (VIII, 18). O, aún más explícitamente: «*...el nombre que los indios les dan se me ha ido de la memoria, aunque fatigándola yo en este paso muchas veces y muchos días, reprendiéndola por la mala guarda que ha hecho y hace de muchos vocablos de nuestro lenguaje, me ofreció por disculparse este nombre* cacham *por pepino; no sé si me engaña...*» (VIII, 11). «No sé si me engaña...» Este acto de modestia es sincero. Garcilaso está pensando en sus lectores peruanos y ante ellos se descubre, se entrega, depone la actitud defensiva que adopta ante los españoles: «*...mis parientes, los indios y mestizos del Cuzco, y todo el Perú serán jueces de esta mi ignorancia, y de otras muchas que hallarán en esta mi obra; perdónenmelas, pues soy suyo, y que sólo por servirles tomé un trabajo tan incomportable como éste lo es para mis pocas fuerzas (sin esperanza de galardón suyo ni ajeno)*» (VIII, 11).

Más de una vez Garcilaso nos manda estos mensajes a los peruanos. Se ha recordado muchas veces el encabezamiento del prólogo de su *Historia General*: «*Prólogo a los Indios, Mestizos y Criollos de los Reinos y Provincias del grande y riquísimo Imperio del Perú el Inca Garcilaso de la Vega, su hermano compatriota y paisano, salud y felicidad*» que bastaría para probar como piensa en nosotros. No es menos cierto que escribe también para los otros, para quienes no son peruanos, como lo dice inmediatamente: «*por dar a conocer al universo nuestra patria, gente y nación*» y, en efecto, consigue lo que se propone pues su obra encontrará una resonancia extraordinaria en Europa. Pero es importante señalar que nos distingue de sus demás lectores, de quienes no son de esta tierra: «*Nombrar las provincias tan en particular es para los del Perú, que para los de otros reinos fuera impertinencia; perdóneseme que deseo servir a todos*» (II, 16).

Garcilaso se llama a sí mismo, innumerables veces, indio. Más exactamente es un mestizo. Quienes ven en él un símbolo racial de reconciliación, tan cerca de los españoles como de los incas, aseguran, con la visión idílica de lo colonial, que estaba orgulloso de ser un mestizo, que se llamaba este nombre a boca llena y se honraba con él. Pero esto no es tan claro. Cuando Garcilaso se refiere a sí mismo como mestizo, caso excepcional, dice algo más: «*A los hijos de español y de india, o de indio y de española, nos llaman mestizos por decir que somos mezclados de ambas naciones; fue impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos de Indias; y por ser nombre impuesto por nuestros padres y por su significación, me lo llamo yo a boca llena y me honro con él. Aunque en Indias si a uno de ellos le dicen sois un mestizo o es un mestizo, lo toman por menosprecio*» (*C. R.* IX, 31). Como vemos Garcilaso declara honrarse con el nombre de mes-

tizo pero añade que éste ha sido impuesto por los españoles, que él lo acepta por su significación aunque también por respeto filial y que en las Indias puede ser insultante. La declaración queda inmediatamente matizada y no creo que pueda llegarse a una conclusión sólo a partir de ella. Lo innegable es que Garcilaso se llamaba a sí mismo no mestizo sino indio. Con el mismo derecho pudo recordar la otra mitad de su sangre y llamarse español. No lo hizo ni una sola vez. En cambio no es raro que al pensar en los incas se identifique con ellos. En los diálogos de infancia el niño Garcilaso pregunta a sus parientes: «*¿Quién fue el primero de* nuestros *Incas?... ¿Qué origen tuvieron* nuestras *hazañas?*» (I, 15). Cuando se refiere a la conquista no hay una identificación semejante con los compañeros de su padre: «*Yo nací ocho años después que los españoles ganaron* mi *tierra*» (I, 18).

Naturalmente acudiremos a la *Historia General* para precisar la visión que tiene Garcilaso de la conquista. Pero ya en los *Comentarios Reales* hay varias referencias al encuentro de las dos culturas. Garcilaso justifica la conquista porque con ella se ganó el Perú para la religión cristiana, tesis oficial que estaba prácticamente obligado a defender, si bien no hay porque dudar de su sinceridad. Esboza también algunas débiles críticas. Ya en las continuas acusaciones de desconocimiento del quechua que hace a los españoles hay una crítica implícita: los conquistadores no han podido —tal vez no han querido— comprender la civilización que tenían ante los ojos y que en gran medida destruyeron. Garcilaso defiende las conquistas que hicieron los Incas aduciendo el estado de barbarie de los pueblos vecinos, en lo cual recoge la única versión de que disponía, versión interesada e injusta para las culturas preincaicas. En cambio su obra hará imposible valerse de las mismas razones en favor de la conquista española, pues la escribe para enaltecer la cultura del Imperio. Los españoles estaban destinados a vencer por su superioridad militar y técnica y, argumento espiritual, por su calidad de portadores del cristianismo. Pero los Incas no eran bárbaros. Más aún, los bárbaros, los ciegos en relación con la cultura del Perú, pueden ser los españoles. Cuando Garcilaso dice que los no naturales del Cuzco son «*bárbaros en la lengua como los castellanos*» (V, 21) usa seguramente la palabra en el sentido de ignorancia del idioma, aunque quizás con una punta de ironía. Pero, más claramente: «*Los españoles, como extranjeros, no han hecho caso de semejantes grandezas, ni para sustentarlas, ni para estimarlas, ni aun para haber hecho mención de ellas en sus historias; parece que a sabiendas o con sobra de descuido, que es lo más cierto, han permitido que se pierdan todas*» (V, 24). Está hablando de la conquista, de la época tumultuosa de las guerras civiles que él recordaba bien; el paso a la colonia, es decir a la explotación ordenada y sin heroísmo, a la postergación sistemática y sin esperanza de los indios, no hará sino ahondar su desánimo. Cuando menciona al virrey Toledo, una de las figuras más características del nuevo régimen, es sin ninguna simpatía y casi burlándose de él (VII, 17). Todo esto es síntoma de algo más profundo. Garcilaso siente, aunque nunca se lo haya explicado, la condición colonial. La advierte en su país, en la destrucción y el desconocimiento de la grandeza incaica, en la explotación instaurada con el virrey Toledo y en su propia vida. Ha tenido muchas oportunidades que ya no tendrán los peruanos durante siglos, sobre todo la posibilidad de entrar en contacto directo con la cultura europea, pero es un hombre colonial, es decir en situación de inferioridad frente a los colonialistas. Está convencido de que la sangre que le ha transmitido su madre es ilustre pero esa herencia no cuenta, Garcilaso desciende de reyes pero de reyes muertos de un reino que ya no existe, aunque lo hará surgir otra vez en su imaginación poderosa y tierna. Tal vez soñó un momento con insertarse en la sociedad española pero fracasó siempre y no por culpa suya: en sus pretensiones de corte, en la carrera militar, en ese nombramiento de representante de la ciudad de Montilla que el señor de la región no confirmó. Tenía conciencia de su propio valor pero no era sino un indio, pertenecía a un pueblo conquistado: asumió su condición, fue un indio y lo repitió cien veces en sus libros, orgullosamente se llamó el Inca, Garcilaso descubre lo peruano y en ese momento lo peruano es lo colonial. Construye sus defensas, no compite abiertamente con los españoles, les reconoce todas las superioridades salvo la única que realmente le importa, el conocimiento del Perú. No quiere otra libertad que la del escritor: recobrará su infancia en la creación, inventará el gran mito de los In-

cas, la versión heroica, justa y feliz del Imperio, afirmará que, a pesar de su derrota, el Perú fue también una civilización. Si nos pide perdón a los peruanos por sus olvidos e ignorancias es porque es nuestro, si ante nosotros se presenta sin defensas es porque no las necesita.

Juan Bosch

El caso de los Panteras Negras, una lección de Sociología Política

En su libro *Seize the Time*, Bobby Seale, presidente del partido de los Panteras Negras, hace la historia de esa organización y al mismo tiempo esboza la de su fundador e ideólogo, Huey P. Newton.* Aunque se trata de una historia y un esbozo biográfico muy vagos, en los que a menudo se da la hora y el día de la semana de un hecho sin precisar en qué día de qué mes y de qué año sucedió este hecho, a lo largo del libro de Bobby Seale puede verse con claridad que los Panteras Negras eran, o son, el partido del lumpen proletariado de los ghettos negros norteamericanos; pero ni siquiera es necesario sacar esa conclusión de la lectura de *Seize the Time*, puesto que su autor lo dice de manera franca en la primera página del prólogo; y he aquí cómo lo dice:

«Marx y Lenin probablemente se removerían en sus tumbas si pudieran ver al lumpen proletariado afroamericano componiendo la ideología del Partido Pantera Negra. Marx y Lenin decían que el lumpen proletariado no haría nada por la revolución. Pero hoy, en una sociedad moderna y altamente tecnificada, con su CIA, su FBI, su vigilancia electrónica y sus policías armados y equipados para matar más de lo necesario (*overkill*), aquí estamos los negros americanos *reclamando* nuestros derechos constitucionales, y *reclamando* que se satisfagan nuestros deseos básicos y nuestras necesidades, convirtiéndonos, por esa razón, en la vanguardia de una revolución, contra todos los propósitos de dejarnos afuera (de ella)».

Así, pues, los Panteras Negras eran, o son, el partido del lumpen proletariado negro de los Estados Unidos; o por lo menos el más conocido de los partidos del lumpen proletariado de ese país. Y consciente de eso, su presidente Bobby Seale comienza su historia de los Panteras Negras enmendándoles la plana a Marx y a Lenin, y afirmando, al hacerlo, que su partido se ha convertido en la vanguardia de una revolución, a pesar de que Marx y Lenin dijeron que el lumpen proletariado no podía dirigir una revolución, si bien Marx y Mao-Tse-tung consideraron que algunos miembros de esa capa social podían ser útiles a la revolución si se les dirigía adecuadamente.

El lumpen proletariado negro de los Estados Unidos

En un país como la República Dominicana, el lumpen proletariado proviene de la baja pequeña burguesía, en sus estratos pobre y muy pobre. ¿Sucede lo mismo en la sociedad negra norteamericana? Si se lee cuidadosamente el libro de Bobby Seale, parece que sí. El propio Bobby Seale trabajaba en uno de los programas contra la pobreza que sostiene el gobierno. En ningún momento recibe el lector de *Seize the Time* la impresión de que uno de los afiliados al partido es obrero o hijo de obrero, y ni siquiera de obrero parado. En el caso de los negros, el índice de desempleo en los Estados Unidos es el más alto; pasa de 10 por ciento cuando el promedio general, incluyendo a los blancos, es de 6; de manera que debe haber un número importante de jóvenes en edad de hacerse miembros de los Panteras Negras que son hijos de obreros desempleados; sin embargo, esos jóvenes no aparecen entre los que describe Bobby Seale como afiliados a su partido.

De una manera explícita, Bobby Seale dice (página 64), que Huey P. Newton, el líder de la organización, quería reunir en él «hermanos de la cárcel preventiva, hermanos que habían estado por ahí robando bancos, hermanos que habían estado chuleando, hermanos que habían estado vendiendo drogas... hermanos que habían estado peleando con los policías (*pigs*, cerdos, en el lenguaje de los Panteras Negras)».

El primero de los ideólogos de Huey P. Newton, y en consecuencia del partido, fue Franz Fanon, el revolucionario martiniqueño que después de su participación en el movimiento de Argelia había escrito *Los Desgraciados de la Tierra*, un libro en el cual vertía sus recuerdos de esa lucha feroz. Fanon merece mucha estimación como revolucionario, pero a nadie se le ha ocurrido pensar que lo que él dijo tiene la categoría de lo que dijeron Marx y Lenin Y según cuenta Bobby Seale (página 30), «Huey entendió el significado de lo que estaba diciendo Fanon acerca de (que había que) organizar antes que nada al lumpen proletariado, porque Fanon apuntaba explícitamente que si uno

* La edición que he utilizado para este trabajo en la primera de Vintage Books, colección que publica en New York Random House, Inc. Esa edición fue impresa en septiembre de 1970, sobre originales escritos por su autor en la cárcel del condado de San Francisco, donde se halla cumpliendo condena desde el año 1969.

no organiza el lumpen proletariado... la estructura del poder organizará esos tipos contra uno». Y a fin de que no haya lugar para la confusión, el presidente de los Panteras Negras explica que el lumpen proletariado está compuesto por chulos, por gente agresiva, que no trabaja; los degradados, los ladrones, y, en fin, los que no tienen conciencia política (*who's not politically conscious*).

En la página 34 el autor dice que él y Huey P. Newton tenían el libro de Fanon subrayado, y explica: «Desearía tener ahora los libros con las páginas subrayadas: todo lo que Fanon dijo sobre la violencia y la espontaneidad de la violencia, cómo la violencia educa a aquellos que están en posición... de guiar al pueblo en lo que debe hacerse... Malcom X habló sobre organización y (la manera de) hacer las cosas». Seale cuenta cómo nació el programa del partido; allá «entre el 1 y el 15 de octubre, en el centro de la pobreza en el norte de Oakland, Huey y yo comenzamos a escribir un plan de trabajo y el programa del Partido Pantera Negra. Huey mismo lo articulaba palabra por palabra. Todo lo que yo hice fueron (algunas) sugestiones». Luego, Melvin Newton, el hermano de Huey, le hizo las necesarias correcciones gramaticales. «Lo reunimos (todo) y cogimos el papel que necesitábamos de la oficina de la pobreza, tarde en la noche»; esto es, se hicieron de papel en el lugar donde trabajaban; y así fue como «el Partido fue oficialmente establecido el 15 de octubre de 1966, en la oficina de un programa contra la pobreza, en la comunidad negra de Oakland, California. Reunimos a mi mujer y a La Verne, amante de Huey, y ellas lo mecanografiaron en stencils en la oficina del programa contra la pobreza. En la noche siguiente... sacamos unas mil copias...» (páginas 59-62). Y otro día «Bobby Hutton dijo: Yo soy un miembro del Partido Pantera Negra. Y Huey dijo: Eres el primer miembro... Reunimos nuestros cheques (que recibíamos) del programa contra la pobreza, Bobby Hutton, Huey y yo. Pusimos junto todo nuestro dinero y pagamos el primer alquiler de nuestra primera oficina. Alquilamos esa primera oficina en 150 dólares por mes en la (calle) Cincuenta y seis esquina a Grove, en Oakland».

Esa primera oficina quedó abierta el día de Año Nuevo de 1967, y tenía un letrero en la ventana con estas palabras: Partido Pantera Negra para la Autodefensa. Allí, de acuerdo con Huey, que designó a Bobby Seale presidente y se designó a sí mismo Ministro de Defensa, «Vamos a tener clases de educación política los miércoles en la noche, pero antes de que reciban educación política tienen que (estudiar) durante una hora el uso y la seguridad de las armas, y en las reuniones de los sábados aprenderán durante una hora el uso y la seguridad de las armas». Un ex soldado que acostumbraba emborracharse, y a quien Newton le dijo que no podía ir bebido a la oficina del partido, resultó «el mejor hombre para enseñarles a los hermanos a desarmar un rifle M-1 y a tirar con él»; y los Panteras Negras comenzaron a reunir armas (páginas 77-9). Por último, Huey P. Newton mezcló la enseñanza del uso de las armas con lo que dijeron Fanon, y Malcom X y Mao Tse-tung. «Huey integró todos esos principios»; y donde el Libro Rojo de Mao decía «el pueblo chino del Partido Comunista, Huey decía: Cambien eso (y pongan) Partido Pantera Negra. Donde dice pueblo chino pongan pueblo negro»; porque «dónde él (Huey P. Newton) veía un principio particular dicho en términos chinos él quería cambiarlo para aplicarlo a nosotros. A partir de ahí pasamos a usar el Libro Rojo, ...hablábamos de él y Huey nos tenía practicando sus principios» (página 82). A lo largo de todo el libro salta a la vista que los Panteras Negras eran lumpen proletarios; pero además Bobby Seale lo reafirma. Por ejemplo en la página 179, al hablar del periódico que editó el partido, explica que «Es un órgano que producen los hermanos y las hermanas lumpen proletarios»; y dice que «Eldridge Cleaver es el director..., pero la calidad y el desarrollo de ese periódico ha venido de hermanos que previamente estuvieron en prisiones, hermanos que antes estuvieron en la cárcel preventiva, lumpen proletarios afroamericanos de cada día que vinieron a quedar políticamente organizados y políticamente conscientes».

¿Puede formar el lumpen proletariado una vanguardia revolucionaria?

¿Era posible, y es posible organizar al lumpen proletariado hasta convertirlo en la vanguardia revolucionaria de un país, o en el caso concreto de los Estados Unidos, de una parte del pueblo, esto es, de los negros?

Al elaborar la doctrina del socialismo científi-

B.D.I.C

co, Marx y Engels se dieron cuenta, naturalmente, de que el lumpen proletariado quedaba fuera de las relaciones de producción; era una porción de la sociedad que no tomaba parte en el proceso productivo, que no ocupaba lugar alguno en el sector capitalista y no lo ocupaba en el sector obrero; y precisamente, del hecho de no tener una posición determinada en las relaciones de producción partía su naturaleza de deshecho social y la diversidad de intereses y de fines de los que forman el lumpen proletariado. En cambio, de la posición que ocupan en las relaciones de producción parte, necesariamente, la identidad de clase de los trabajadores y consecuentemente la unidad de intereses y de fines de los que forman esta clase. Sobre esa identidad de clase y sobre esa unidad de intereses y de fines de los trabajadores podía planearse un trabajo serio para introducir en sus ideas los principios revolucionarios socialistas, que no eran ni podían ser el producto natural de la clase, dado que los trabajadores no tenían la cultura indispensable para crearlos ni disponían de facilidades para elaborarlos; y era natural que los trabajadores se adhirieran a esos principios porque tales principios conducían a su liberación en tanto clase; los llevarían de la posición de explotados a la de amos del poder político, económico y social.

Marx y Engels llegaron a una conclusión severamente científica, pues, cuando establecieron que la revolución socialista sería hecha por la clase obrera; y Lenin actuó científicamente también cuando organizó al Partido Bolchevique como un partido de obreros que pasaron a ser la vanguardia política de su clase, esto es, de todos los trabajadores de su país. ¿Hubiera podido hacerse eso con los lumpen proletarios rusos como procedieron a hacerlo los fundadores de las Panteras Negras en el caso de los negros norteamericanos?

Claro que no, y por una razón muy simple: Porque debido a que el lumpen proletariado no ocupa ningún lugar determinado en las relaciones de producción, no es una clase. Es más, no llega a ser ni siquiera una capa. En la República Dominicana el lumpen proletariado, al que el pueblo llama tigueraje o tígueres, procede de las dos capas inferiores de la baja pequeña burguesía, de la capa pobre y de la muy pobre, pero se desprende de su capa de origen debido a que los medios de producción de que disponen esas dos capas de la baja pequeña burguesía son tan limitados en cada caso que no proporcionan medios de vida para todas las familias de esas capas, y en términos generales, no los proporcionan en cantidad suficiente para todos los miembros de cada familia. Así, un pequeño propietario campesino que tiene seis o siete hijos no produce para mantenerlos a todos; para darles comida, salud y educación a todos, de donde viene a suceder que dos, tres o más de esos hijos abandonan el campo y se trasladan a los centros urbanos, y ahí pasan a integrar el número de los llamados marginados, de los cuales algunos pasarán a ser lumpen proletarios. Ahora bien, esos lumpen proletarios, cuyo origen está en la baja pequeña burguesía campesina pobre, como puede estarlo en la baja pequeña burguesía de las ciudades, especialmente en los niveles pobre y muy pobre, no se integran y no pueden integrarse en una capa social porque su condición de desplazados o marginados los deja fuera del orden impuesto por las relaciones de producción, y en consecuencia cada uno tirará para donde lo llame su necesidad de vivir.

¿Y hacia dónde llama a los lumpen proletarios esa necesidad de vivir?

Ni ellos mismos lo saben. Nacen y crecen en un medio donde no adquieren ningún conocimiento para producir, de manera que tendrán que convertirse en *todólogos*, como dicen los venezolanos para describir a los que se hallan dispuestos a desempeñar cualquier tipo de trabajo, y al final la mayoría buscará seguridad en un empleo de policía o soldado o espión, ese deshecho social al que el pueblo dominicano llama calié; o se dedicarán a revolucionarios de oficio porque necesitan transformar el medio social, pero en la tarea revolucionaria actuarán como individuos, no como miembros de una clase, porque no forman ni pueden formar una clase. Y sucede que en la medida en que actúen como individuos estarán actuando para salir individualmente de su situación de miseria e incertidumbre, lo que en fin de cuentas es un impulso típicamente pequeño burgués, y gente con esos impulsos no puede convertirse en vanguardia de una revolución; gente así puede obedecer ciegamente a un jefe, como lo hace cuando se enrola policía, soldado, espión o calié, pero nunca obedecerá a

una conciencia de clase; en última instancia luchará por su ascenso personal, no por el de una clase, y no puede luchar por una clase porque no es miembro de ninguna clase, aunque a veces su resentimiento social presente la apariencia de una conciencia de clase.
Como en última instancia la lucha del lumpen proletario está impulsada por su necesidad de ascender personalmente, si halla que no puede lograr el ascenso a través de la lucha revolucionaria se pasará con armas y bagajes al enemigo si éste le ofrece ese ascenso o algún tipo de seguridad. De ahí que la policía norteamericana consiguiera, como lo consiguió, que cientos de militantes de los Panteras Negras se pasaran a sus filas y se dedicaran a combatir a sus antiguos compañeros. Ese paso de cientos de miembros de la «vanguardia de una revolución» a agentes del enemigo ocurrió después que la policía liquidó a varios líderes del partido, en los últimos meses del año 1969 y los primeros de 1970. Entre los muertos sobresalieron Fred Hampton, que tenía 22 años y era presidente del Partido en el Estado de Illinois, a quien la policía mató en su casa de Chicago al comenzar el mes de diciembre de 1969. Fred Hampton se hallaba todavía durmiendo, pues el ataque se produjo a las 5 de la mañana, y a las 5 de la mañana, en Chicago y en invierno, es tan oscuro como a media noche. En cuanto a otros líderes, el fundador del Partido, Huey P. Newton, había caído preso al terminar el mes de octubre de 1967, y el propio Bobby Seale, autor de *Size the Time*, está todavía en la cárcel.

Al final, el fracaso

De buenas a primeras, Bobby Seale dedica todo un capítulo de su libro a los Panteras Negras traidores, agentes provocadores y renegados, y dice que «mil de ellos tuvieron que ser expulsados del partido» (páginas 389-90). Al tratar de darle sentido a una palabra del argot de los Panteras Negras, la palabra *jackanape* dice:
«Un necio que está alienado por la fumadera de marihuana mientras vende el periódico *La Pantera Negra* o participa en asaltos mientras milita en el partido de las Panteras Negras. A él no se le ve como a un perverso o como a un traidor del partido. Se le ve como a uno que no tiene la disciplina necesaria o los sesos (indispensables) para estar en el partido...».
Pues bien, eso es un lumpen proletario en un ghetto negro de un país altamente desarrollado como son los Estados Unidos. Pues sucede que aunque ambos sean lumpen proletarios, no actúa exactamente igual el de la República Dominicana que el de Oakland, California, Estados Unidos. El de un país pobre como la República Dominicana tiene los mismos impulsos, y la misma necesidad de ascender socialmente, pero no tiene los mismos vicios que uno de Norteamérica; primero, porque no está totalmente alienado y no es víctima de la discriminación racial, por lo menos en igual grado que el lumpen proletario negro norteamericano; y segundo, porque sus medios no le permiten hacerse de 30 a 50 dólares diarios para fumar marihuana, aun si se dedicara, como lo hace el *jackanape* de Chicago, a «participar en asaltos mientras milita en el partido de las Panteras Negras».
Al darse de bruces con la muralla de la realidad, los Panteras Negras se hicieron cargo de que habían fracasado en su aspiración de ser «la vanguardia de una revolución», y así lo dio a entender el jefe e ideólogo del Partido, Huey P. Newton, en las primeras declaraciones que hizo para los periódicos después de haber sido puesto en libertad a mediados de diciembre de 1971. Las declaraciones de Newton aparecieron en *The Miami Herald* del 31 de enero de 1972. Se copian a seguidas los cinco primeros párrafos de esas declaraciones porque en ellos se resume la situación actual del Partido:
Oakland, California. El Partido de los Panteras Negras abandonó las armas y está trabajando en el contexto del sistema. Así lo anunció el sábado su cofundador Huey P. Newton».
En una entrevista exclusiva de dos horas en su apartamiento de $ 650. mensuales en un rascacielos de Oakland, el antiguo ministro de defensa de 29 años dijo que el Partido aún consideraba la «revolución» como un hecho inevitable en los Estados Unidos y que podía ser de carácter violento.
Pero al presente, dijo, las Panteras «organizarán la comunidad», piqueteando los comerciantes para forzarlos a contribuir con dinero o mercancías, y harán un nuevo registro nacional para votantes que se extenderá hasta los más apartados rincones del Sur.
Anunció que los Panteras rechazaron la filosofía de «levantar-el-arma-ahora» que la facción

rival de Eldridge Cleaver mantiene y al cual Newton llamó «delincuente, traidor y renegado». En su primera entrevista desde que cayeron los cargos que pesaban sobre él en 1967 por la muerte de un policía, Newton dijo que la inscripción de votantes había comenzado en Oakland y la vecindad de Berkeley y que se extenderá a las áreas de Atlanta, Carolina del Norte, New York y Chicago.

«No me siento optimista acerca de los resultados que podamos obtener a través del proceso electoral, pero creo que en algunas áreas obtendremos algunos beneficios, y en aquellas áreas donde no podamos obtenerlos mostraremos lo que la política electoral pueda darnos.» Newton acusó a Cleaver de tratar de alejar el Partido de su «visión original» aprovechando la ausencia de Newton mientras estuvo en juicio o en prisión.

Cleaver era ministro de información del Partido cuando Newton fue sentenciado a prisión en 1968 por la muerte de un policía, viajó a Argelia y en meses recientes Cleaver ha acusado a Newton y a David Hilliard, Jefe de Personal del Partido, de desbaratar las Panteras y dice que Cleaver regresará a los Estados Unidos para iniciar una guerra de guerrillas.

En los Estados Unidos o en la República Dominicana, el lumpen proletariado no puede ser organizado en vanguardia de una revolución, aunque muchos de ellos pueden tomar parte en una revolución y pueden llegar a destacarse en ella. Su condición de clase, o dicho de manera más propia, el hecho de no pertenecer a una clase debido a que no tiene un lugar dado en las relaciones de producción, le impide integrarse en una vanguardia revolucionaria.

Masud R. Khan

Pornografía: Politica de subversión y rabia

Traducción y
Presentación de Max Hernández

Masud R. Khan es Bibliotecario del Instituto de Psicoanálisis de Londres, Editor de la International Psychoanalytical Library, Director de Freud Copyright y Co-Director extranjero de la Nouvelle Revue de Psychanalyse. Su pensamiento se inscribe en la tradición psicoanalítica británica, esa tradición a la que tanto han contribuido emigrados y refugiados centroeuropeos, galeses y escoceses y a la que Londres ha provisto el ámbito de apertura y tolerancia que hizo posible el diálogo entre el crítico empirismo nativo y la tendencia racionalista e intelectualista del psicoanálisis. El curso de la Sociedad Psicoanalítica Británica con sus grupos, articulados más en estilos que en parroquias, ha determinado la coexistencia —pacífica mas nò silente— del pensamiento ortodoxo, de la escuela kleiniana, y de los analistas independientes, cuya posición fue resultante tanto de un curso propio cuanto de la necesidad de articular posiciones, respuestas y dudas frente a la evolución, polarizada en algún momento, de los otros grupos.

Khan es una figura importante del grupo independiente. Winnicott, A. Freud y M. Klein, representantes eximios de los tres grupos, fueron sus maestros. Además de aprender de los libros que tanto ama, ha aprendido también de sus pacientes y de sus discípulos. Cuando enseña habla, como él suele decir, dejando hablar al campesino de Punjab que se maravilla de todo lo que debe maravillar y al señor feudal que cuida, busca el orden y vive su modernidad chapado a la antigua.

Khan ha escrito varios artículos sobre las perversiones continuando la tradición de Freud, Abraham, Glover, Lacan y Greenacre. El análisis de las formaciones perversas le ha permitido captar ciertas formas de alienación en las que el desgobierno de una subjetividad entendida sólo como dato mental tiende al desconocimiento del otro, situaciones en que la vida semeja una sórdida caricatura de la metapsicología freudiana. El presente artículo enfoca la pornografía desde este punto de mira y señala una posición que no puede ser ignorada.

MAX HERNANDEZ

Pornografía: escritos o pinturas obscenos dirigidos a provocar excitación sexual (*The Penguin English Dictionary*).

Acepto esta definición como apropiada y he de intentar explorar la naturaleza de la «provocación» y la cualidad de la «excitación sexual» engendradas por la literatura y la imaginería pornográficas. Para poder ilustrar lo que intento decir ofrezco dos ejemplos de escritos pornográficos, tomados al azar.

«Sí, encantador—». Su voz llegó hasta él casi en un grito cuando algo como un vaho caliente giraba y empezaba a envolverlo. «Sí, SI, ENCANTADOR» dijo ella. Su brazo se deslizaba y penetraba casi hasta el codo. El sudaba como un bruto. Casi fuera de sí empezó a golpear. El golpeaba y golpeaba, ella se retorcía bajo el golpe que semejaba al de una bomba. El golpeó más y más rápido sintiendo que lo más profundo de ella encontraba su puño amante cada vez que él lo hacía avanzar hacia adentro. El golpeaba y golpeaba, ella empezó a gritar, él estaba en un sueño salvaje, el sudor corriendo a mares por su cuerpo, ella no podía estar más empapada. El se hundió aún más y golpeó hasta el codo. (*F. Pollini*: Pretty maids all in a raw).

Un hombre a quien nunca habíamos visto, dijo aquella amable puta, vino a la casa y propuso una ceremonia desusada: quería que lo atasen a una escalera. Nosotras amarramos sus muslos y su cintura al tercer travesaño y, levantando sus brazos por encima de su cabeza, atamos sus muñecas al escalón más alto. Estaba desnudo. Una vez que estuvo firmemente amarrado fue expuesto a la tunda más feroz, golpeado con el látigo hasta que los nudos de las puntas se deshicieron. Estaba desnudo, repito, y no hubo necesidad de ponerle un dedo encima, ni él mismo se tocó, pero cuando terminó de recibir esta paliza salvaje, su instrumento monstruoso se elevó como un cohete, se meció y penduló entre los travesaños de la escalera y al poco tiempo lanzó su chorro al medio del cuarto. Lo desatamos, pagó y se marchó. (*Sade*: Les 120 Journées de Sodome).

El más ligero examen de los eventos somáticos descritos revela, más allá de toda duda, lo imposible de su realización física para una mujer y un hombre. Meter un puño y un brazo dentro de los genitales produciría una violenta ruptura y un enorme daño. Nada de esto es tomado en cuenta por el autor. Por el contrario, la sensación referida es la de un éxtasis placentero. Igualmente, el personaje de Sade, luego de la paliza recibida no se siente debilitado o dolido, briosamente se marcha al terminar. Y he citado un ejemplo que para Sade es moderado. Pues, gentes heridas, muchachas mutiladas durante las orgías —con los dedos cortados, etc.— aparecen, de rutina, en la *écriture* * de Sade. No importa que es lo que se le haga al cuerpo humano pues nunca será verdaderamente dañado o incapacitado. Cada personaje permanece después del acontecimiento igual a como estuvo antes de él. El dolor no impide nada, tampoco enseña nada. La Justine de Sade persevera completa, inocente e ignorante de principio a fin de la narración.

Si los eventos somáticos descritos en una *écriture* pornográfica —prefiero el concepto francés de *écriture* a la palabra inglesa *writing* porque implica una intención específica en el uso de las palabras— son clamorosamente imposibles en los términos del cuerpo humano y sus capacidades, cabe preguntarse, ¿de dónde extraen estos «eventos somáticos» su autenticidad y su poder de estimular sexualmente al lector? La respuesta es: del uso especializado de las palabras en la pornografía; ellas no describen vivencia humana alguna, simulan o confeccionan un evento somático total no-humano. Lo absurdo e imposible del evento le otorga un nuevo poder, ha trascendido los límites físicos innatos dentro de los que el cuerpo humano vive el dolor y la excitación.

Este uso especializado de las palabras tiene otra cualidad: la mentalización del instinto. Lo que se describe no son las experiencias sexuales espontáneas, compartidas, humanas sino eventos sintéticos, alambicados y elaborados, producidos por la mente a través de las palabras. Aun cuando aparentemente se supone que las experiencias son físicas y concretas, de hecho tales eventos sólo pueden pasar en la mente y en aquel vacío evocativo que es el terreno de la pornografía. Es esta la característica que sitúa a la pornografía más allá del dominio de la ética y la moral. Sólo puede ser evaluada estética y psicológicamente, no judicial ni éticamente. Ya que la pornografía es exclusivamente un juego mental pervertido que tiene poco o nada que hacer con las experiencias sexuales ordinarias, es necesario examinarla estética y psicológicamente de más cerca. Raramente la pornografía es literatura. Con los debidos respetos a Apollinaire, Jean Paulhan, Geoffrey Gorer, Georges Bataille y Roland Barthes nadie puede reclamar ninguna virtud para el estilo de Sade. Uno debe admitir que la *écriture* de Sade es aburrida, opresivamente repetitiva y carente de invención —los mismos eventos somáticos tramados en el mismo espacio claustrofóbico con insistencia infatigablemente obsesiva. Hay también poca imaginación o invención o caracterización en la pornografía y, de nuevo, Sade es el ejemplo típico. Y no hay nunca ninguna emoción, relación o vivencia de sí. Pero me estoy adelantando, esto corresponde al abordamiento psicológico de la pornografía.

Es a partir de una consideración estética de la pornografía que uno descubre que es tan falsa en sus pretensiones de ser literatura cuan menguada en su demanda de ser un vehículo de experiencias instintivas aumentadas. Los escritores pornográficos han tenido la suerte de encontrar el griterío histérico de los ultrajados europeos criados en las tradiciones puritanas. De este modo se perdió la pista del problema. El asunto no es que la pornografía sea inmoral, es desventuradamente mala literatura. En las culturas europeas contemporáneas ha surgido una situación irónica y absurda frente a la pornografía y, mientras los escritores pornográficos se enfrasquen en interminables debates con los moralistas culturales —los custodios emasculados y anacrónisticos de la menguante vitalidad de la cultura— responderán con más intolerancia y dogmatismo a la menor sugerencia de que la pornografía es menudeo de una pobre literatura y una psicología enfermiza para los individuos que, carentes de recursos, no pueden evaluarla y resultan en sus desdichados cómplices.

Esta es el área cultural por excelencia en donde la pornografía es más subversiva. No utiliza ni extiende la imaginación ni la sensibilidad del lector(a), sólo le ofrece un mundo li-

* En francés en el original.

mitado de palabrería omnipotente, insinuada y manufacturada a manera de eventos somáticos con sus falsos clímax y orgasmos, cara a los cuales el cómplice puede complacerse y excitarse. El genio, si cabe usar la palabra, de la pornografía yace en el gran cuento. Se alinea con la incapacidad de un individuo y una cultura para actualizar experiencias a partir de una iniciativa personal —tanto en la vida real, cuanto en la literatura. Es la venganza que el escritor incapacitado se toma contra la tradición literaria en una cultura. Si son siglos los que necesita una cultura para actualizar a través de uno de sus miembros las *Confesiones* de un Rousseau y los *Cuatro Cuartetos* de un Eliot; basta con una adicción desesperada a la aflic- William Burroughs.

El pecado capital de la pornografía —y puesto que la pornografía se ha vuelto sagrada uno debe usar el concepto— es que no es literatura propiamente. No, peor aun, es que su intención y su logro es el de dislocar la literatura de ción personal para ocasionar un Sade o un su verdadero papel en la vida del individuo y de la cultura. La pornografía niega la imaginación, el estilo y la tradición de la lucha del hombre por usar el lenguaje para conocerse y realzarse.

Veamos ahora los aspectos psicológicos de la pornografía. Lo que he de ofrecer es un punto de vista personal, para usar la frase de Nietzsche, una «ficción normativa». Mi formación y mi práctica analíticas me han orientado, naturalmente, en cierta dirección y han dado un giro conceptual específico a mis «ficciones». Yo creo que la pornografía aliena a sus cómplices —uno no puede hablar de lectores— tanto de su propio ser cuanto del *otro*. Lo que se disfraza de una mutua y extática intimidad, lograda a través de eventos somáticos, no es sino una mixtura mental estéril y alienada. Es esta la característica que me hizo afirmar alguna vez que la pornografía es una ladrona de sueños. En ella no hay espacio ni para el ensueño ni para las relaciones (de objeto). Todo ha sido aprisionado con palabras en un juego tiránico y violento con el yo corporal y con el *otro*. Su tiempo es el del presente estático y perpetuo... de aquí su atmósfera nostálgica.

Anna Freud ha diagnosticado que la dificultad esencial en las formaciones perversas se halla en el pavor a la entrega emocional. Se podría decir que la dificultad crucial de la pornografía reside en la incapacidad para la entrega sensual. He aquí la fascinante paradoja que se halla en la raíz de lo pornográfico: en lo manifiesto se dedica con devoción militante a describir estados de sensualidad extática y de abandono al placer orgástico. Pero todo lo que actualiza no es sino una pericia orgástica en la manipulación física del propio yo corporal y de los órganos corporales del *otro*. Por ello la narrativa pornográfica está infestada de una cierta cualidad maniática. Si uno lee los dos pasajes citados no puede dejar de captar un algo parecido a un ataque apoplético.

La siguiente pregunta es ¿cuál es la naturaleza del afecto que estos eventos somáticos tratan de actualizar, exteriorizar y distribuir (uno no puede decir compartir)? Mi respuesta es: rabia. El único real logro de la pornografía es que transmuta la rabia en eventos somáticos eróticos. Uso intencionalmente la palabra «transmuta» y no «sublima» puesto que debido al uso peculiar de las palabras en esta *écriture* en ella no ocurre nada de la asimilación y elaboración del afecto de la rabia que la sublimación implica. Lo que hace es airear y encapsular la rabia transmutada en eventos corpóreos placenteros pero con la violencia de la rabia aun presente. Bien, como Barrington Cooper me dijo en una ocasión, la violencia no es una emoción pleitista, trae consigo la exigencia de una absoluta sumisión. Lo que en la salud puede vivirse como entrega sensual, en la pornografía se vuelve, mediante eventos violentos, abyecta sumisión. Cuan perceptivo resulta el comentario de Jill Tweedie «El módulo esencial de la pornografía es el de una larga y penosa saga de la degradación de la mujer». Pero como vemos en el ejemplo de Sade, no sólo de la mujer, también del hombre. Genet nos ha brindado, igualmente, el extraño espectáculo de la degradación, mutilación y sumisión violenta en términos vívidos, herméticos y alucinadores.

La capacidad de la pornografía para transmutar la rabia latente en violentos eventos eróticos encapsulados en lenguaje le otorga tres poderosas funciones: subversiva, terapéutica e instructiva. Es subversiva en tanto que niega a la *persona* a través de su pericia somática. El cómplice/lector alcanza y participa en este tipo de *écriture* sólo en instancias muy específicas de estados de despersonalización y disociación. Es terapéutica en la medida en que

transmuta la amenaza de violencia y destrucción totales existentes en la rabia latente de un individuo y una cultura en un lenguaje dosificado y erotizado, y por ende, distribuible. De un modo macabro la terapéutica de la pornografía logra aquello que Freud demanda del tratamiento psicoanalítico: «donde el ello estuvo el yo debe estar». En la pornografía todo es el yo y sólo el yo, no hay ello, no hay cuerpo, no hay persona. El ello, la persona y el cuerpo son simplemente explotados para establecer y actualizar la maquinaria de eventos somáticos. Su función instructiva yace en que tiene que *enseñar* los trucos al cómplice/lector para que éste pueda participar de su peculiar realidad. Y aquí es de nuevo el Divino Marqués quien señala el camino cuando escribe con toda lucidez *La Philosophie dans le boudoir*. Al hacer postular a Madame de Saint-Ange lo siguiente:

> Que las atrocidades, los horrores, los crímenes más odiqsos no te asombren, Eugenia mía, pues lo más sucio, lo más infame, lo más prohibido es lo que mejor excita el intelecto... es lo que nos permite más el delicioso desfogue.

Sade expuso con clara comprensión la ausencia del instinto y el papel omnipotente del intelecto en estos eventos somáticos.
Este hiperfuncionamiento específico del intelecto, cuando crea eventos somáticos aprisionados en palabras, no sólo aliena sino que aisla al cómplice/lector como ha aislado a los personajes de la obra pornográfica. Geoffrey Gorer en un artículo sobre «La Pornografía de la Muerte» da cuenta de este fenómeno de una manera interesante:

> Por otra parte la pornografía, la descripción de actividades tabú para producir la alucinación o la delusión parece que es un fenómeno más raro. Probablemente sólo puede aparecer en sociedades letradas y ciertamente no tenemos constancia de su existencia en sociedades no letradas, pues mientras que el gozo de la obscenidad es predominante social, *el gozo de la pornografía es predominantemente privado.*

Mi proposición es que este requisito de apartamiento, o dicho en mis palabras, de aislamiento, otorga otra función subversiva a la pornografía. El hecho vulgar y silvestre es que la pornografía es usada general, si no exclusivamente, para la masturbación.
Sartre en su masivo estudio *Saint Genet - Comedien et martyr*, dice cuando discute la función de la masturbación en la obra de Genet:

> Buscando excitación y placer, Genet empieza por envolverse en sus imágenes como un zorrino se envuelve en su olor. Estas imágenes traen palabras que las refuerzan, a menudo las imágenes permanecen incompletas; las palabras deben completar la obra; las palabras exigen ser pronunciadas y finalmente escritas, la escritura ocasiona y crea su audiencia. El *narcicismo onanista termina por estancarse en palabras*. Genet escribe en un estado de sueño y, para poder consolidar sus sueños, sueña que escribe; entonces escribe que sueña y el acto de escribir lo despierta. *La conciencia de la palabra es un despertarse parcial dentro de la fantasía; él se despierta sin cesar de soñar.*

Yo no estoy tan convencido como Sartre de que el fenómeno del sueño tenga que hacer mucho con la obra de Genet, yo diría que es al revés. Todo el fantasear onanista compulsivo de Genet es una manera de compensar su incapacidad de soñar y de relacionarse con el otro. Y la pornografía, en este sentido, es una objetivación de estas incapacidades de sus autores. Uno podría, exagerando, decir que la pornografía no es más que escrito masturbatorio. O, en el postulado de Sartre «el onanista quiere tomar la palabra *como objeto*».
Si en lo estético la pornografía carece de imaginación y en lo psicológico de emoción y relación con el otro —y si, en lo físico es sintomática de la ausencia de ímpetu y deseo instintivo espontáneo— entonces uno puede definirla como algo sectariamente preocupado con la búsqueda mental de sensaciones y que excluye emociones y relaciones. Apunta a conjurar eventos somáticos a través de palabras y éstas son su única realidad. Si un cómplice/lector torna su afición a la realidad de la pornografía en adicción, pone en riesgo de ruptura sus capacidades de desarrollo y personalización, de ser un hombre (o mujer) adulto. El problema de la pornografía no es que esté contra la ley de Dios sino contra la ley de la naturaleza en tanto que subvierte el progreso del adulto hacia su realización personal.
He usado el concepto de «eventos somáticos» y

he dado dos clases de ejemplos de ellos. Pero uno necesita examinar el carácter de tales eventos con mayor detalle. Aun cuando pretenden ser de naturaleza sexual, la sexualidad es meramente explotada para expresar violencia y rabia bien contra el yo corporal propio bien contra el cuerpo del otro. Los campeones de la pornografía y los autores pornográficos han sostenido a menudo que están tratando de poner remedio a las inhibiciones de la experiencia instintiva individual impuestas por los prejuicios y la pacatería cultural. Claman que están tratando de liberar al individuo para que viva más vital, lozana, sentidamente los aspectos instintivos sexuales de su ser. Y sin embargo lo que la pornografía consigue es precisamente lo contrario de lo que se propone. Como Sade y Sartre han apuntado, la mente y la palabra usurpan la función natural del instinto en la experiencia humana apropiándose malamente de la urgencia sexual en una confección ultra-mental de una imaginería a menudo brutal para poder establecer eventos somáticos que obliteran y desconocen la persona y el ser de los personajes.

Así uno puede ver un tipo de escisión específico que participa en la confección de estos eventos. Primero, el impulso sexual instintivo es desociado de su natural expresión corporal, y de su satisfacción en la relación y participación con el otro. Segundo, esta mutilación del deseo sexual es usada entonces para crear mediante el lenguaje un tipo específico de violencia, una violencia que debe erotizarse más para que sea agradable. Pero el hecho sigue siendo, tercamente, el mismo: negación del ser personal y del otro. Es en esta particular redistribución de los impulsos instintivos sexuales y agresivos que se encuentra la real patología de la pornografía. Ha reemplazado la libertad y la posibilidad de compartir la sexualidad por un acto mental de coerción al sometimiento y humillación extremos impuesto al yo corporal y al otro. En este contexto la política de la pornografía es inherentemente fascista.

Hasta ahora he tratado del aspecto negativo de la pornografía. No se puede negar, sin embargo que se ha llevado a cabo, mediante la pornografía, una revolución cultural, desde el Divino Marqués a San Genet. A estar por lo que sé, nadie ha tratado de dar cuenta de ello seriamente y uno no puede escamotearlo como si se tratase de un fenómeno fatuo. La pornografía es a la vez un síntoma de procesos específicos de la desvitalización del instinto en una cultura y en el individuo y un intento de cura del síntoma. Por ello es que pongo énfasis en lo terapéutico de la pornografía. Es necesario ahora entender mejor la naturaleza y el funcionamiento del síntoma, por una parte, y el carácter de la revolución que la pornografía ha creado en las culturas europeas, por otro. De nada vale decir que el síntoma y la revolución serán corregidos por acción legislativa. Como mi cita de Gorer indica, la pornografía adviene con la lectura y en las décadas recientes los medios de difusión y publicidad han añadido un vasto y novedoso vocabulario de imaginería visual a la pornografía.

Todos los pensadores serios —sean poetas, psicólogos o filósofos— de este siglo se han preocupado de la indudable deshumanización que afecta la relación del hombre consigo mismo. Tengo para mí que con la revolución industrial y la aparición de la tecnología científica en las culturas europeas, el hombre empezó a considerarse no a la imagen de Dios ni a la del hombre, sino a la de la máquina que era su propia invención. La *écriture* y la imaginería pornográfica tratan de hacer del cuerpo humano una máquina ideal capaz de ser manipulada hasta producir un máximo de sensación. Esas sensaciones son derivados instintivos pero de intención esencialmente agresiva. Lo que David Holbrook ha llamado «el circuito del culto a la muerte» en ciertos tipos de literatura moderna es sólo un lado de la moneda, el otro es el circuito pornográfico. Ambos son esencialmente nihilísticos en lo que respecta a la realización del potencial psíquico del individuo, tanto en él mismo cuanto en su relación con los otros.

Testimonios

Ricardo Muñoz Suay

Experiencias marginales de un hombre oculto

Español, ensayista, realizador y crítico cinematográfico. Este artículo ha sido originalmente escrito como prólogo del guión Del hombre oculto, *película dirigida por Alfonso Ungría.*

Tullo Bayer

Memorias de la cárcel

Colombiano. Médico y escritor, reside en París. En 1965 se asiló en la Embajada de México como consecuencia de su participación en un movimiento insurreccional. Los textos que publicamos constituyen fragmentos de un libro inédito titulado Gancho ciego, *en el cual refiere sus experiencias como recluso en la Cárcel Modelo de Bogotá.*

Ricardo Muñoz Suay

Experiencias Marginales de un hombre culto

Este texto, con leves variaciones, compone el prólogo que he escrito para la edición del guión cinematográfico de Alfonso Ungría «El hombre oculto», primera película de este nuevo realizador español. La edición consta de mi contribución, que ahora reproduzco, del trabajo de Ungría y de una serie de reportajes aparecidos en los diarios españoles, testimonios reales de hombres ocultos, *salidos a la luz de «la paz nacional» al cabo de treinta años y publicados, como es natural, con toda clase de limitaciones, pero que constituyeron los elementos provocadores de la película*.*

Alfonso Ungría, con su film, ha conseguido crear la única obra cinematográfica española en la que se plantea el análisis minucioso, íntimo, hacia dentro, de la vida de un hombre oculto de cara a la eternidad de las cosas y los sentidos, convertidos en hábitos, en costumbre. En su película, Ungría mezcla la tradición esperpéntica con sus propias y austeras lucubraciones. Los personajes (el escondido, su esposa, el amante de ella, la ciega concubina, el mutilado mílite) entornan la historia *que, a su vez, engendran otras que, cada una de ellas, van pariendo otras y otras, hasta volver a fusionarse en la Historia, esa mayor, la de la realidad que no por deformada deja de ser menos auténtica. Cuando a los meses del inicio de la guerra civil* nuestra, *o sea la española, comenzamos a conocer los testimonios de algunos amigos que se habían ocultado en zona franquista, para escapar del fusilamiento, o cuando al volver a ver a otros que, atravesando las líneas de fuego, testimoniaban, con sus experiencias, lo que había supuesto para ellos el permanecer ocultos (recuerdo a aquellos hermanos granadinos escapados dentro de unos cajones de madera, la de aquel conocido comunista sevillano que vivió mucho tiempo dentro del hoyo abierto en el corral de unos vecinos, etc.) yo no podía plantearme entonces el que al cabo de los años, treinta y pico, todavía algunos seguirían escondidos en algún punto peninsular, ¿dónde y hasta cuándo? y que el mal era endémico y universal. En todo caso, aquellos recuerdos, mi experiencia, los hechos actuales y la película de Ungría, me han llevado a escribir estas líneas, cuyo contenido depasa los límites nacionales y deviene como un amargo testimonio.*

I

Esto que vais a leer, en esta especie de *dossier,* aparentemente descompuesto, no es sino una como introducción al *batallón de las sombras,* ese formado por los hombres que huyen, que han huido, o que, todavía, permanecen ocultos. Ahora, en este mismo instante, un hombre, en cualquier parte del mundo, en cualquier pliegue de la tierra, se encuentra escondido, oculto, intentando transformarse en piedra, vaso o mueble, en vegetal o en tela, en libélula, en perro, antes de caer en manos de lo que se llama *la injusticia.* Un hombre, huyendo de los vencedores, está oculto ahora (él quisiera que para siempre), evitando caer en manos de sus enemigos, antes de ser vencido por los vencedores. Ahora, en este instante.

II

Hay hombres ocultos entre seis paredes, dentro del cubo, incubándose durante unos días —son los que mueren o son muertos pronto—, o durante unos años —son los que tal vez sobreviven—, o durante muchos años —son los que se salvan, si es que antes no se han trasvasado desde el cubo al ataúd, víctimas de una mala enfermedad o de una esperada vejez. También los hay que se ocultan en la selva, en los bosques, en la montaña, aunque para ellos los límites abiertos, les convierten, en la mayoría de las veces, en *robinsones,* en guerrilleros, en cazadores furtivos o, como dicen en mi pueblo, en *roders* («aplícase la voz valenciana al fugitivo que anda huyendo de la justicia»). Tal vez sea Shoichi Yokoi, el nipón que ha pervivido oculto en la jungla de Guam, durante veintiocho años, un buen ejemplo de ese *robisonismo* a la fuerza y contra la fuerza. Pero, salta a la vista, que los hombres ocultos al aire libre desparraman la tragedia, no caen en la espiral sin fin de la íntima y cotidiana existencia, cada vez más pequeña, cada vez más cristalizada como la de esos hombres encerrados *voluntariamente* entre las seis paredes. Son estos los hombres más ocultos, los que vuelven al estado fetal, plegándose, por miedo a la muerte, a lo que más se parece a la muerte, la existencia embrionaria. Uno que ha sido hombre oculto, percibe que el paso de la libertad a esa otra li-

bertad limitada y oculta, produce cierto placer que no se encuentra, todo lo contrario, en el encierro obligatorio de una cárcel, de una comisaría o de un campo de concentración, etapas que uno ha vivido antes o después de ser hombre oculto por la gracia de la historia, cuando el medioevo, en el siglo de las luces o en los tiempos totalizadores. De la caverna prehistórica al cortijo andaluz o a la casa ciudadana sólo hay un paso en la vasta e ininterrumpida existencia humana.

III

Cuando el hombre libre se decide a convertirse en hombre oculto, el tránsito de uno a otro estado de vida y de cosas, viene impuesto por el miedo a la tortura o a la muerte violenta, a la indefensión en último extremo. Por eso, entonces, el miedo se encuentra bajo el sol, bajo la luz y no dentro de la oscuridad, de las tinieblas del cubo, del habitáculo. Un día, al derrumbarse la vida colectiva, en la que los miedos se repartían coralmente, el hombre que va a ocultarse y que, incluso, pudo ser eso tan extraño que se llama *héroe*, se encuentra, de pronto, súbitamente, frente a la muerte, no ante la incógnita. Y es en ese instante (tal vez en un día luminoso, transparente, a orillas de un mediterráneo), cuando uno se convierte en hombre solo, indefenso, empapado de uniformes hostiles. Y decide ocultarse. Es el momento del acoso, real o supuesto, casi siempre real. Y se decide a defender su vida convirtiéndola en algo insólito, en vida vegetativa para tiempo o para siempre.

El hombre se oculta, entonces, para, paradójicamente, ser libre. Se encierra en el mutismo del rincón más oscuro para poder hablar consigo mismo o para poder dialogar con el recuerdo y con el ensueño. Y, si tiene suerte, incluso para poder hablar con algún otro hombre que, si no está oculto, ya no es su semejante sino el espejo dejado atrás, antes de haberlo traspasado y antes de caer en el recinto maravilloso de la otra vida que no es, en esta ocasión, la mortal sino la inmortal por necesidad. El hombre se oculta para seguir siendo hombre, para no transformarse en carnaza, en número o en hueso mondo y lirondo.

IV

La vida del hombre oculto tiene unas fases bien definidas. En el primer instante de acomodo a la nueva vida, que si no es la buena es la menos mala, *todavía* sigue, en su escondite, viviendo de los recuerdos y fragmentos anteriores. Vive viviendo lo de antes. En cuando la vida de antes *todavía* invade la nueva, casi sin transición, como algo que deviene así. En los primeros meses o durante los primeros años, en el nuevo juego del escondite, la vida interior es como la bolita de mercurio que va desde el más olvidado recuerdo de cuando niño a la vivencia más reciente, en el umbral de la los recuerdos con las alteraciones cotidianas transformación. En esa fase se entremezclan y todavía peligrosas: los pasos en la escalera, el ascensor en las altas horas de la noche, la noticia familiar, la leída en el diario del día o en el que salió un mes antes.

Luego, más tarde, los recuerdos, las sensaciones de peligro, van dejando paso a una existencia que, en ocasiones, se transforma en especie de magma en el que se componen y descomponen las nuevas sensaciones, los nuevos tactos, los nuevos gustos y regustos, los olores, las necesidades. Pasan años y la vida ya es otra, ésta vivida tanto tiempo hacia dentro y con las mínimas exigencias externas. Es cuando un botón-descosido, una uña cortada, un grano en la nuca o un mondadientes adquieren la dimensión de un primer plano. Y nacen las macro-vidas del cuerpo, las de los pensamientos, las de los objetos, las de la ranura de luz, las de la cortina, las del ojo de la cerradura, las de la grieta del techo. Ya no hay vida de tapias afuera, pues cuando se huye de la tapia de los cementerios y se levantan otras, acaba uno entramado por un crucigrama de pequeñas tapias interiores que terminan por fundirse con los genes personales e intransferibles.

Un hombre oculto escudriña, observa, analiza, construye y destruye las piezas no sólo sólidas y materiales de un entorno sino las cósmicas y las sensoriales, las intelectuales y físicas, todas las de su alrededor. El hombre oculto toma unas tijeras, o un pedacito de cartón, o un cortaplumas o un moco, y como si tuviera un microscopio observa la vida, las vidas de cada cosa. Y las cosas se agrandan y se proyectan, enormemente ampliadas, en su cabezota (pues el hombre oculto se convierte, al cabo de los

años, en un extraño espermatozoide, de cola estrecha y cabeza gigantesca, casi sólo cabeza). Y lo mismo sucede con sus sentimientos y pensamientos, convertidos en macro-necesidades cotidianas. El hombre oculto intenta violar todo lo que está a su alcance e, incluso, lo que se le escapa. Viola el secreto de un armario olvidado y polvoriento, la tripa de un receptor de radio o la de una cucaracha que, por fortuna, ha caído entre sus manos. Viola el misterio de un reloj, destripándolo. En breve: viola todo lo que cae en sus manos, sea carne o madera, libro o papel, tela o hierro, harina o sueños. Y cada día suyo, que no es como el de los demás mortales, contiene una violación o un intento. Y al cabo de los miles de días de vida oculta, el hombre oculto sólo vive casi del recuerdo de las observaciones, de los descubrimientos, de las violaciones que ha conseguido al cabo de los años ocultos.

Y será mucho más tarde, cuando traspasa, ahora hacia afuera, el dintel del escondite, cuando uno se enfrenta con una sociedad que, en líneas generales, tiene poco que ver con la que, años atrás, se abandonó. Muchas cosas son extrañas, vuelven los ruidos a ser diversos, los monólogos y diálogos no funcionan de la misma forma que durante los tiempos transcurridos en el escondite. El acto sexual tiene otras valencias. Y hay algo que te tira hacia dentro y mucho que te empuja hacia afuera: la nueva vida volverá a generar los recuerdos del cubo, hasta terminar por devorarlos. Otra vez Saturno concluye por zamparse una parte de sí mismo. El hombre oculto tiene mucho de geología pero termina por volver al seno biológico.

V

Erasmo de Rotterdam, que se pasó toda la vida huyendo, sin poder ocultarse, escribió (1509): «¿Acaso encontráis alguna diferencia entre los que en la caverna de Platón se dejaban fascinar por las sombras e imágenes de las cosas, sin desear nada y sin estar satisfechos de sí mismos y aquel sabio que, habiendo salido de la cueva ve las cosas en su verdadera realidad?» (*Elogio de la locura*).

* Alfonso Ungria: «Los hombres ocultos» (Tusquets Editor; Barcelona, 1972. «Serie cotidiana»).

Tulio Bayer
Memorias de la cárcel

La geografía física de la cárcel Modelo es atípica con relación a la del globo terrestre. Tiene con relación al sol solamente un polo. Posee en cambio dos zonas ecuatoriales.
El tercer patio, ombligo de la cárcel, es el polo. Es gélido. Es un rectángulo encementado, con altos muros húmedos, cubierto a trechos de un liquen verdoso con algunos parches del color de la sangre seca. Estando allí uno tiene la sensación de haber descendido al fondo de un pozo.
El sol sale poco en Bogotá, pero cuando sale no llega jamás al tercer patio. Sus primeros rayos son para el primero y para una zona prohibida del quinto, cercana a la puerta trasera. Los del mediodía caen sobre este quinto patio y luego todos los de la tarde. Estos últimos llegan al primer patio solamente a una zona, también prohibida, protegida por una alambrada, resultando así que las áreas soleadas son los dos extremos de la prisión. Ello explica que la masa de prisioneros esté animada de un movimiento de translación alrededor del sol. Por la mañana los reclusos se agolpan a las rejas buscando el paso hacia el primer patio. Por la tarde, hacia el quinto. El reglamento carcelario gira en torno al patio: el prisionero debe tomar el sol en su propio patio, aunque este patio no exista (como ocurrió cuando unos contratistas se pusieron a hacer un hospital en el segundo patio). o aunque el sol nunca llegue a él. Sin embargo, la masa de prisioneros se mueve... Este movimiento de translación —gobernado también por otras leyes menores sin relación con el evidente desplazamiento del sol— es el movimiento carcelario aparente de masas. Hay otro gran movimiento de rotación: el que hace cada prisionero alrededor de sí mismo, de «su causa», de «su negocio», de «su problema». Es un movimiento íntimo, soterrado, invisible, pero constante. Es este movimiento el que da a un cierto número de prisioneros un aire místico como si estuvieran en retiros espirituales. Uno acaba por descubrir que este aire caracteriza más a los novatos que a los veteranos. Pero también descubre que los grandes criminales son unos místicos y los pequeños delincuentes unas beatas. Los primeros le dan a la prisión su ambiente trágico, su autenticidad. Los segundos su alegría, su ridiculez y su folklore. Como afuera, son los grandes los que hacen la historia y los de abajo tejen la leyenda que permite que los grandes sean grandes.
Los asesinos y los homicidas son los obispos, los grandes sacerdotes del templo carcelario. Los otros delincuentes hacen papeles subalternos: presbíteros, sacristanes, monaguillos.
El pueblo está compuesto de estafadores bisoños, de asaltantes frustrados, de honestos sindicados de bigamia; de acusados de cohecho, de estupro y de abuso de confianza; de pacatos malversadores de fondos públicos, de delincuentes ocasionales en varios géneros menores, de inocentes en el delito que se les atribuye, de inocentones y de ganchos ciegos.
Hay un bajo pueblo deshumanizado: son las ratas, los viciosos, consumidores habituales del opio de las cárceles columbovaticanas: la marihuana.
Las llamadas autoridades carcelarias, desde el Director hasta los guardianes, no hacen otro papel que el de mantener dentro de ciertos límites la verdadera, la auténtica jerarquía intracarcelaria, que ejerce sobre ellas una fuerza centrípeta. La función del Director es mantener una órbita entre la fuerza de gravedad intracarcelaria y la atracción planetaria y bobalicona del Ministerio de Justicia, órbita variable, con eventuales escapes por la tangente, que hace de este puesto un verdadero problema de mecánica celeste: los tres cuerpos en movimiento. La jerarquía interna es estricta, aceptada por todo el mundo. Se compone de un Estado Mayor del que hacen parte los más eminentes en las grandes especialidades: asalto a mano armada, contrabando de estupefacientes, robo y contrabando de automóviles, grandes estafas, abigeato motorizado. Este Estado Mayor se agrupa casi todo en el primer patio, en celdas comunes que no se diferencian de las otras sino en que están estupendamente abarrotadas de colchones, almohadas, frazadas, cocinillas eléctricas, radiotransistores, tocadiscos, libros y útiles de escritorio. Se conoce como «la pesada».
En cada patio, en cada pasillo, hay un recluso que es el jefe natural y que está en conexión con la pesada.
Alrededor de la pesada se mueve un cierto número de colaboradores, dentro y fuera de la cárcel, que asegura la información y diversos tráficos. Es el servicio secreto y el engranaje administrativo. Hay un sector de esta jerarquía que es alegre y respetado como sesudo: el de los estafadores profesionales. Vienen a ocupar

sus celdas por períodos calculados de antemano, mientras se adelantan investigaciones que nunca desembocarán a una condena. El trabajo ha sido bien hecho. Dentro de la cárcel, ellos adelantan otros estudios y son el servicio diplomático que suele ayudar a zanjar los problemas entre los dirigentes.

Cárcel de detenidos, por definición, la Modelo aloja siempre un gran número de condenados. Generalmente todos los «astros» de la delincuencia. Ellos disfrutan así de un régimen mucho menos severo que el de los presidios, como el de «La Picota» por ejemplo, prisión mucho más alejada del centro de Bogotá. La explicación epidérmica de esta excepción es que los abogados de «los astros» son siempre representantes a la Cámara de Diputados, Senadores de la República, Ministros de Estado. La comodidad de sus defendidos es también la de ellos.

De otra parte, la presencia de condenados que han conocido los horrores de otros presidios juega un papel persuasivo para que la amenaza de translado sea una medida eficaz en el complejo mantenimiento de la disciplina, y de este modo, la anomalía se presenta como una herramienta de trabajo en los malabarismos del gobierno carcelario modelo. La pesada y sus subalternos, el gremio de los saqueadores de apartamentos, llamados apartamenteros, los pequeños contrabandistas y los compradores de objetos robados conocidos como reducidores, los carteristas y los falsificadores modestos, en suma, los que han trabajado siempre en el hampa, ejercen su gobierno sobre un pueblo cuyo estrato inferior es el de los rateros y aprendices.

Copia del mundo de afuera, los de la pesada administran los diversos negocios de la cárcel: billares en algunos de los patios, pequeños ventorrillos en todos los patios y dos negocios clandestinos: la introducción de licores y de marihuana.

Un poco al margen del mundo del hampa pero siempre sometido a sus leyes, están los detenidos transitorios, los arrepentidos, los inocentes, los zonzos y los viciosos que, en los últimos estadios de la degeneración, se pasan la vida deambulando por pasillos y corredores como sonámbulos. Cuando se anuncia que un alto funcionario va a hacer una visita sorpresiva, la pesada y las autoridades carcelarias colaboran para esconderlos y mantener así «muy en alto el prestigio de la Institución». El rumor sobre estas visitas oficiales llega a los patios unas doce horas antes del comienzo de la visita, que es anunciado por el Director a través del sistema de altavoces que cubre toda la superficie carcelaria.

La lengua verde de las prisiones ha designado con un nombre a los que no hacen parte activa de la cofradía militante del hampa. Los llaman zanahorias. La palabra se deriva de sano, esto es simple, no contaminado, pero ha sido feminizada, violentada en su ortografía, hortalizada para asimilarla a la raíz fusiforme favorita de los conejos. Puede ser porque la más monstruosa de las ingenuidades la suministra la población campesina de las cárceles, el labriego que creyó en las palabras blandas del juez instructor, que no dudó de la clemencia que podía alcanzar a través de una confesión, y le contó, detalle por detalle, todo su crimen. De todos modos, de la pesada a las zanahorias, cerebros o analfabetos de la delincuencia, la estructura del mundo de adentro no se diferencia de la estructura del mundo de afuera: es una sociedad de clases, una gran Sociedad columbovaticana, en miniatura.

La cárcel se construyó sobre una antigua laguna que se acabó de rellenar, de modo que toda excavación se topa con agua a los sesenta centímetros. Esto hace impracticable la fuga por el método tradicional del túnel, al menos para prisioneros que no puedan proveerse de equipos de perforación y de navegación subacuática como lo hacen en las películas los prisioneros norteamericanos.

No obstante, «el tunelero» es apenas uno de los métodos de fuga, y la sabiduría carcelaria enumera otros: el garrochero, el ventanero, el tarabitero, el de confianza, el de burundanga, el de disfraz, y el armado. Y los expertos se cuidan de enumerar el más frecuente, con el que se fuga cada mes por lo menos un preso, sin que sea posible identificar al fugitivo, una especie de fuga jurídica, una fuga sin fuga. Es la especialidad columbovaticana.

Se podría hacer una clasificación de las fugas a partir del elemento que le sirve de base (aire, tierra, fuego, agua), o de su modalidad (psicológica, farmacológica, jurídica, etc.), y elaborar así una serie de esquemas posibles, pe-

ro la combinación de los métodos es frecuente y las variantes, los matices, son infinitos. Analicemos las fugas tradicionales:

Contando la triple hilera de alambre de púas, electrizado, el salto con garrocha exigiría la capacidad de saltar cinco metros (campeonato mundial) cayendo sobre terreno duro, aparte de otros inconvenientes como los disparos que podrían provenir de las garitas. No hay noticia de ninguna fuga con garrocha.

El «ventanero» es un término de antaño, aplicable a cárceles de pueblo que tengan ventanas que den a la calle. En la Modelo es realizable para quien se oculte en las oficinas situadas en el bloque exterior (a las que tienen acceso algunos prisioneros para hablar con el Asesor Jurídico), y logre ganar así un potrero adyacente. Ha sido intentado, pero no logrado.

El método llamado «tarabitero» tiene a su favor todos los factores teóricos que lo hacen posible: algunos bloques de celdas están relativamente cerca de los muros exteriores y estos no sobrepasan en ningún punto la altura de 5 metros, en tanto que los edificios con cinco pisos cada uno, miden 16 metros. De modo que con modesta ayuda del exterior es posible tender una cuerda del hastío a la libertad, deslizarse por ella como un alpinista o un bombebero, o hacer el viaje en oroya como pasando un río.

Fragmentos dispersos de una leyenda flotan en la tradición carcelaria a propósito de este sistema de fuga. Se dice que en la noche en que asesinaron a Guadalupe Salcedo[1], doscientos llaneros que tiritaban de frío hacinados en celdas del quinto piso del tercer bloque sintieron de pronto, a un mismo tiempo, el impacto de las balas sobre el cuerpo de su jefe a quien estaban ametrallando a varios kilómetros de allí. Entonces se lanzaron como un solo hombre sobre las rejas que se despedazaron como si fueran de caramelo, hicieron con los guindos de sus hamacas (único equipaje que llevaban encima) una larga cuerda que lanzaron a la noche de plomo de Bogotá, con tanta fuerza que el cabo libre comenzó a girar en el alto espacio como un satélite, se enredó finalmente en la cola de un cometa, en los anillos de algún planeta, en la luz de una estrella o en un cable de alta tensión (ello no se sabe a punto fijo), pero por allí se evadieron uno a uno, cantando. Hay una versión en prosa que asegura que lo que realmente ocurrió fue que la noche del asesinato de Guadalupe entró a la cárcel una patrulla del Ejército al mando de un capitán de Orden Público y subió hasta el piso de los llaneros que se habían constituido allí en República Independiente. Después se oyeron descargas de fusilería.

Al día siguiente los guardianes anduvieron reclutando zanahorias analfabetos del quinto patio para que subieran al quinto piso del tercer bloque y lavaran con lejía y agua caliente unos letreros pornográficos que había dejado escritos allí unos visitantes mal educados. Los limpiadores no pudieron descifrar la pegajosa caligrafía de los muros con incrustaciones de hueso, ni la del piso trazada con inmensos hisopos y cubierta por un goloso enjambre de moscas azules. Les llamó la atención que todo se detenía en las escaleras y que se continuaba en cambio por una ventana rota, allá abajo y allá lejos, en grandes manchas negras como gigantescos puntos suspensivos. Por esos mismos días el centinela de una garita no pudo tolerar los dolientes murmullos que se levantaban de un cierto piso vacío, después de la media noche. No quería mirar hacia ese lado, pero cuando miró, vio pasar por el aire una legión de fantasmas. Disparó su fusil, desencadenó todos los sistemas de alarma, y todos los reflectores de la prisión se dirigieron hacia el cielo, en busca de los espíritus. En vano.

El asunto pasó al Director, al Ministro, y finalmente al Psiquiatra Mayor de la Columbia Vaticana que declaró signo inequívoco de locura la caza de fantasmas con armas de fuego. Al guardián alucinado se lo llevaron amarrado para el manicomio. De todo esto puede concluirse que el método tarabitero está todavía en el dominio de la ficción o que no ha sido utilizado por las autoridades legítimas.

Si los métodos anteriores son históricamente decepcionantes, los buenos éxitos comienzan con los métodos «de confianza» «de disfraz», y «de burundanga» por separado, o combinados. «El de confianza» consiste en inspirársela a un guardián durante una salida a un juzgado o a un permiso vigilado, y escapársele en un descuido. Incluye generalmente una invitación a tomar cerveza con escapada en el momento de salir al orinal. En algunos casos la confianza ha sido largamente cultivada hasta el punto de

1. Dirigente guerrillero de los Llanos Orientales, en los años cincuenta.

que detenido y guardián salen juntos por muchas veces, se separan por el tiempo del permiso, y en una de las salidas, la última, el prisionero no cumple la cita con su guardián para regresar juntos a la cárcel.

Estos sistemas, así como el violento que consiste en que cómplices de afuera ataquen al guardián y permitan la fuga del compañero, son realmente métodos extra-carcelarios, que en nada afectan el prestigio de la seguridad carcelaria, en sí misma, esto es, la historia de que nadie ha logrado fugarse de la Modelo.

Es el método del disfraz el que ha hecho pedazos el mito.

Un prisionero llevó su fingida amistad con un guardián hasta el momento en que pudo administrarle una golosina cargada de burundanga, narcótico de origen vegetal proveniente de la noble y venosa familia Borgia de la botánica: las solanáceas. Una vez dormido, lo acostó bonitamente en su camastro y salió vestido con su uniforme.

Un veterano al caer nuevamente a la cárcel, se recluyó en su celda casi todo el tiempo, su rostro familiar a los guardianes fue desapareciendo bajo la barba y se puso a estudiar latín. El día en que el equipo de fútbol de la prisión tuvo como contrincantes a los seminaristas, se salió con ellos, con su rostro rasurado y su sotana nueva, haciendo rebotar el balón contra el suelo al pasar frente a la Guardia Externa. Cuando al fin las pesquisas llegaron al Seminario Mayor, los seminaristas apenas si se acordaban de que habían perdido solamente por dos goles en su encuentro con los reclusos, pero ninguno sospechaba del Reverendo Padre Visitador Pontificio de Prisiones que había almorzado ese día en la mesa del Padre Rector y que había deslumbrado al Prefecto de disciplina con sus hondos conocimientos de teología moral.

Hubo alguien que se empeñó por muchas semanas en la vía aérea. Dado que soplaba siempre el viento en las terrazas y que era posible llegar a una de ellas sin ser visto, durante la noche el aprendiz de pájaro comenzó a construir cometas. Sus modelos experimentales, cada vez más aerodinámicos, llegaron a ser una de las diversiones de su patio. Cada vez más grandes, cuando apareció una super-cometa que recordaba la forma de un vampiro con dobles alas translúcidas surcadas de nudosas nervaduras de mimbre, hasta los guardianes siguieron con escéptica simpatía las evoluciones de la pesada máquina que no creían capaz de levantarse del fondo del patio. No recordaron que ningún artículo del Código carcelario prohibiera elevar cometas.

Al fin, la máquina lanzada porfiadamente en uno y otro sentido y gobernada por varias cuerdas como un títere, se escapó de los cuatro muros y comenzó a navegar por el cielo cuadrado del patio como un ave monstruosa del paleolítico. Fue tal su fuerza que levantó a su piloto-prisionero varios centímetros del suelo y le hizo dar algunos pasos muro arriba. Los reclusos rieron. Catalogado como chiflado, el hombre de las cometas siguió con su deporte por algunos días, hasta que en todos los patios resultaron reclusos ansiosos de jugar con el viento. Los ratos soleados de la prisión se transformaron en bulliciosa fiesta de colegiales y los cielos de los patios se poblaron de cometas multicolores y frágiles como mariposas audaces contra el viento como gaviotas, sin que faltaran las cometas piratas armadas de cuchillas de afeitar. Todo el espectáculo era seguido por los cautivos con ojos nostalgiosos de infancia y de libertad. El Director explicó entonces por la red de altavoces que según el espíritu de las leyes, las cometas violaban la incomunicabilidad de las prisiones con el exterior y que inclusive podían causar transtornos a la navegación aérea de un aeropuerto vecino. Todos comprendimos más o menos confusamente que para el gobierno las cometas no eran un juego de niños en manos de hombres privados de libertad y que había algo subversivo en toda intentona colectiva de ascenso, en todo impulso de abajo arriba, así fuera pueril o poético.

Al hombre-cometa le decomisaron su gigantesco murciélago y todos lo vimos pasar arrastrado por dos guardianes, un poco tristes, como cuando sacaban un muerto.

Calladamente, el hombre-pájaro pensó entonces en el globo.

Meditando en su celda, halló que el globo tenía la ventaja de poder gobernar el descenso. Y merodeando por la prisión encontró que en los talleres había la posibilidad de obtener el hidrógeno para inflarlo. En su nueva empresa gastó sigilosamente muchos meses. Se pensó que había olvidado su manía voladora. Una noche logró quedarse fuera de su celda cuando pasaron la reja corrediza, logró trans-

portar su equipo hasta un cierto lugar del patio, logró trepar con peligrosas piruetas hasta una de las terrazas, y logró finalmente tener todo listo para el vuelo.
Abrazado al voluminoso globo de tela negra se tendió en la terraza y contempló la más triste ciudad del mundo que estaba a sus pies. Un silencio de yermo helado, un millón de luciérnagas agonizando en un pantano inmenso. Por algunos instantes, muy arriba, en uno de los cerros que hacían masa con las tinieblas apareció una cruz iluminada presidiendo el paisaje fúnebre. El hombre-pájaro comprendió entonces que lo que debía ser su hogar no era ninguna de las lucecitas titilantes, ni siquiera las más débiles y lejanas esparcidas al sur. Supo que para escaparse verdaderamente tendría que volar lejos, muy lejos, hacia un País ignoto y soleado, en donde no estuviera levantando un patíbulo en cada cerro, un convento en cada esquina, una iglesia en cada barrio, un basurero para vivienda de los pobres; un lontano País, en el que la vida no estuviera envuelta en un sudario, encerrada en los prejuicios, altos como montañas, y tejida de sordidez y de melancolía.
Decididamente, el hombre-pájaro tuvo la certeza de que en cualquier sitio en donde cayera su globo, no encontraría sino la persecución y la miseria de siempre. Solamente entonces sintió el intenso frío y añoró la tibieza de su celda.
Oponiéndose con todas sus fuerzas a la violencia del viento, infló completamente el globo, le fijó el cilindro de acero y cortó las amarras. Borradas las huellas de un acto largamente esperado que en el momento de la ejecución le pareció sin sentido, experimentó el temor del descenso, sonrió pensando en que tal vez era el único hombre que iba a correr el peligro, no ya para fugarse, sino para regresar a la cárcel. Ya en uno de los patios resbaló en una laja, y su silueta fue vista por uno de los guardianes de las garitas que lo derribó de un disparo.
Esa noche fue memorable. Después del disparo se pusieron en funcionamiento todos los reflectores, sonó la sirena de alarma, despertaron los guardianes dormidos en las garitas, salieron al pasillo los de superespeciales, y se encendieron las luces en casi todas las celdas, sobre todo cuando se escucharon explosiones y ráfagas de ametralladora.
Cuando con el pan y con los guardianes del turno de la media noche a las 6 de la mañana entraron en la prisión los primeros diarios, el aeronauta arrepentido concluyó su larga y lúcida agonía desangrándose en la enfermería, en espera de una ambulancia para trasladarlo a un Hospital. Solamente se quejó de que el guardián lo hubiese matado sin necesidad.
La Prensa traía en primera página una noticia sobre un platillo volador, acondicionado para el espionaje nocturno, que había sido abatido con fuego antiaéreo cuando pasaba volando a baja altura sobre el Batallón Caldas. La noticia añadía que «el misterioso artefacto» había estallado en el aire y que sus fragmentos eran minuciosamente estudiados por las autoridades militares.
En la última página de uno de los periódicos se informaba que durante la noche había sido herido un preso de la cárcel Modelo que intentaba una fuga.

La visita de las Damas de la Acción Católica es anual.
Para prepararla, el capellán la anuncia a los reclusos por la red de altavoces, ocho días antes. Los exhorta al buen comportamiento: ni torsos desnudos, ni palabras obscenas.
A su vez, el Director, como todos años, prohibe terminantemente y de una vez por todas, las imágenes pornográficas en las paredes de las celdas.
Día de la visita: un coro de reclusos canta en la capilla «La Marchitez Inmarcesible» himno columbovaticano, y después el himno de la Acción Católica que después de la llegada a la silla pontificia del Papa Juan XXIII tiene un poco la letra y un poco la música de la Internacional.
A continuación, un recluso que ha compuesto un pequeño discurso corregido por el capellán, le entrega a las distinguidas visitantes unos humildes obsequios consistentes en cestas de fique tejidas a varios colores. Para la señora Presidenta hay un regalo especial: un pájaro de cuerno y uno de los cofres fabricados por los artesanos del quinto patio.
Terminado el discurso, el orador entrega un memorial firmado por centenares de prisioneros, pidiendo una rebaja de penas.

Las componentes de esta visita son siempre una dama vieja, supermaquillada y roncoparlante que explica que ha arruinado su garganta en el apostolado, aunque fuma más que un recluso la víspera del juicio público. Tampoco cesa de proclamar que a ella no le da miedo entrar a la prisión porque todos los detenidos son muy decentes. A su lado marchan unas muchachas, frescas orquídeas de invernadero de la oligarquía, tan temerosas de todos nosotros como secretamente convencidas de que van a ser violadas en algún pasadizo. Al cortejo lo acompaña por todas partes el Director, el subdirector, y una numerosa escolta compuesta de guardianes y de miembros de la policía secreta. El Director procura complacer a las gazmoñas damitas llevándolas a conocer, más o menos discretamente, a los reclusos estrellas, a los que más han figurado en la Prensa en los últimos días. Las curiosas se acercan a ellos, (los encuentran siempre mucho menos terribles de lo que imaginaban), y les regalan medallitas de aluminio con las imágenes del Sagrado Hígado de Jesús, del Doble Corazón de María, y las últimas estampitas de la moda litúrgica.

Para la visita general de los domingos la gente del pueblo es bombardeada por las agujas de hielo del amanecer bogotano, desde las tres de la madrugada.

Cuando se abre la visita, a las ocho de la mañana, la larga cola es una inmensa culebra medio adormecida que se extiende por todo el barrio, circundada de un vaho hecho de bostezos y de neblina. Con frecuencia, a las tres de la tarde, al sonar el primer toque de fin de la visita, los últimos de la cola no han acabado de entrar. Tienen que resignarse a regresar a la ciudad con los comestibles y las frutas largamente estrujadas entre las manos, el cuerpo fatigado, y la boca llena de palabras de decepción.

Otra vertiente del amor carcelario es el homosexualismo.

Antes de la visita conyugal, el homosexualismo estaba extendido por toda la cárcel. La entrada de un detenido joven era casi invariablemente seguida de su violación por un grupo enardecido de reclusos poseídos por todos los demonios de la lujuria. Muy pocos se marginaban de estas orgías que llegaron a ser un rito carcelario, como la colgada. Muy pocos ingresados de esas épocas lograron defender exitosamente sus retaguardias. La tradición carcelaria recuerda algunos mártires y señala con el dedo, discretamente, a ciertas víctimas que quedaron marcadas con la afrenta. Entretanto, doctores grandilocuentes y legisladores de cuellos proconsulares hacían discursos, y discutían con obispos de doble papada sobre el problema sexual en las prisiones. El Sociólogo Vitalicio de la oligarquía columbovaticana escribió un extenso tratado que algunos consideraron la obra maestra sobre el problema: era un curioso galimatías constelado de interpretaciones etimológicas y semasiológicas, que principiaba hablando de Venus, aludía en términos esotéricos a la libido, mencionaba naturalmente a Sodoma y Gomorra, y concluía con una descripción incompleta del modo particular como se reproducen los gasterópodos. El Gobierno hizo entonces una edición de medio millón de ejemplares, distribuyó doscientos mil entre los altos funcionarios y los diplomáticos de los países amigos, envió dos ejemplares especiales, uno al Santo Padre y otro a la Biblioteca de Washington, y construyó un edificio especial para guardar el resto. Por extraño que parezca, estos esfuerzos no cambiaron la situación dentro de las prisiones.

El Senado columbovaticano decidió buscarle una solución al problema. La cámara de representantes, que algunos llaman a la inglesa los comunes, protestaron diciendo que tan magno problema debería tratarse en ambas Cámaras, en sesiones extraordinarias del Congreso. Por entonces las sesiones eran radiotransmitidas a todo el País, pero muy pronto la discusión se tornó tan prolongada que interfirió la transmisión de las radionovelas, y por otro lado hubo protestas por lo escabroso del tema. Se decidió en consecuencia hacer las sesiones secretas para no lastimar la moral de las novelas radiales, y no hacerle desleal competencia a las historias de las señoras que podían contar discretamente cosas mucho mejores. Y como era necesario mantener democráticamente informados a los electores, las discusiones secretas se publicaron en los diarios. Dada la publicidad de las sesiones secretas se pudo saber que pasada la etapa erudita, esto es una especie de desfile de modas en el que cada parlamentario procuró demostrar que había leído a Sigmund

Freud, a Amiel y que ya había encargado a París el último libro de André Gide, comenzaron a presentarse las soluciones, al parecer no muy concordantes con el credo filosófico de cada proponente: así un Senador que se decía marxista declaró que todos los prisioneros pertenecían a una especie de basura humana que los tratadistas llaman lumpen-proletariat (esta palabra la llevaba apuntada en un papelito), y que en consecuencia, como lo había dicho muy bien Carlos Marx, en su libro «Mi Lucha», lo que debería hacerse era meter toda esa gentuza en cámaras de gas y después hacer jabón con ellos. Esto suscitó una gran protesta, se cruzaron apuestas sobre si había sido Carlos Marx o Adolfo Hitler el que había escrito «Mi Lucha», un representante caldense aprovechó la oportunidad para recitar la «Balada de la Cárcel de Reading» de Oscar Wilde, y por varias semanas las sesiones se hicieron alrededor de la pena de muerte, y se repitieron los grandes discursos hechos al respecto por los parlamentarios columbovaticanos del siglo anterior.

La Prensa hizo gran alboroto con la ignorancia del marxista, pero él hizo unas declaraciones diciendo que él era marzista, con zeta, esto es partidario de las elecciones en marzo, y que su intervención había sido un recurso dialéctico para no entrar en un tema que, por el momento, no era prudente tratar.

Las mayores obscenidades se oyeron cuando un Senador conservador propuso, después de citar a Santo Tomás de Aquino y de hacer un prólogo sobre el mal necesario, que se comprara a una compañía norteamericana unos modelos de mujeres de caucho, inflables a voluntad, que habían dado excelentes resultados en la U. S. Navy. Esta intervención dio rienda suelta a la imaginación de los legisladores que sugirieron sucesivamente: la visita de las mujeres presas a las cárceles de varones, la visita de los prisioneros a las cárceles de mujeres, las cárceles mixtas, la adición de una droga anafrodisíaca a la comida de los prisioneros, la revisión total de la legislación de prisiones, y finalmente, después de varios duelos a muerte entre Senadores, en los cuales no pereció ninguno de ellos, el problema se dejó en manos de una comisión.

Al año siguiente, un sacerdote joven que había estudiado en Lovaina propuso sencillamente, en un púlpito durante una Semana Santa, que se permitiera la entrada de las mujeres a las cárceles de varones. Entonces el Cardenal Primado, sabedor de que los cismas los hacen siempre los sacerdotes que hablan más de la cuenta, decidió suspender al predicador a divinis. Empero, la propuesta del sacerdote y el castigo al que fue sometido causaron sensación, y el Nuncio Apostólico italiano anunció que la Santa Sede se ocuparía del problema de las amadas cárceles columbovaticanas. Después de algunos meses de estudio, la Santa Sede encontró la solución: se dejarían entrar cada cierto tiempo a las esposas legítimas de los reclusos, previa presentación de la partida de matrimonio eclesiástico.

Los talleres de falsificación de la cárcel Modelo se ocuparon entonces del suministro de las partidas de matrimonio eclesiástico, a precios razonables. Los guardianes se cansaron de exigir un documento que presentaban hasta las más sospechosas, y nació así la visita conyugal de los jueves, una visita de mujeres, tal como lo havía previsto el levita anatematizado.

Debate

La liberación de la mujer

¿Qué contenido darle al concepto de emancipación femenina? ¿De qué manera debe contemplarse esta lucha? *Libre* abre el debate. Nuestro cuestionario, que incluye 10 preguntas sobre el tema, fue propuesto a seis escritoras de nacionalidades diversas:

ROSANA ROSSANDA, escritora, uno de los principales dirigentes de la organización marxista italiana vinculada a *Il Manifesto.*

SUSAN SONTAG, ensayista y novelista norteamericana, autora de *Against interpretation* (ensayo), *The benefactor* y *Death kit* (novelas) *Viajes a Hanoi* (reportaje)

MARTA LYNCH, narradora argentina autora de *La alfombra roja, Al vencedor, Cuentos tristes* y *La señora Ordóñez.*

FRANÇOISE GIROUD, francesa, directora del semanario *L'Express.*

BLANCA VARELA, poetisa peruana, autora de *Ese puerto existe, Luz de día, Valses y otras falsas confesiones.*

JEAN FRANCO, inglesa, profesora de literatura latinoamericana de la Universidad de Essex. Autora de *Introducción a la literatura hispanoamericana.*

Respuesta de Rosana Rossanda

B.D.I.C

Prefiero hablar claro para que no haya equívoco alguno sobre las respuestas que doy a continuación. De ninguna manera creo en un problema femenino separado, paralelo, independiente del mecanismo social fundamental, que sigue siendo, para mi, el de las relaciones de producción. Hoy, los movimientos más radicales de emancipación femenina lo plantean como un problema en sí mismo, porque reducen una interpretación marxista a la interpretación dada por los partidos comunistas y los países «socialistas». Es fácil advertir que, en estas concepciones y en estos países, salvo en el aspecto material —y aun— la situación de la mujer (y la de la familia) ha cambiado muy poco, y que tanto la subordinación femenina a lo que los movimientos de liberación de la mujer llaman un «modelo masculino» de la sociedad, como las formas de relación en el plano psicológico y sexual, permanecen inalterables. Concluir de esto que el socialismo no esboza una solución del problema me parece absolutamente abusivo, pues equivale a admitir que el socialismo sería lo que es en esos países, es decir una modificación no de las relaciones de producción sino de las relaciones de propiedad. ¿Acaso el obrero no vende su fuerza de trabajo en la Unión Soviética? ¿Acaso la reificación de los valores mercantiles no se mantiene en todas las sociedades socialistas, incluyendo a la que ha ido más lejos en la destrucción del antiguo modo de producción, la sociedad china? ¿Acaso, con igual razón que las mujeres, el obrero no podría decir que la lucha de clases deja sin resolver el problema de su alienación? El hecho es que el modo de producción capitalista y la división del trabajo, y la jerarquización de la sociedad, las superestructuras jurídicas, culturales, sicológicas que derivan de ellos, constituyen una «civilización» sumamente compleja, que es necesario destruir y reemplazar por otra. El simple traspaso del poder de estado de una clase a otra (y ni siquiera, pues generalmente se trata de una institución que dice representarla: el partido), de la propiedad privada a la propiedad de estado, no afecta en modo alguno al conjunto de las relaciones sociales inherentes a la división del trabajo. Así pues, si la subordinación de la mujer se mantiene, es porque aquel nivel de *revolucionarización* no se ha alcanzado aún; y toda posición que no tome conciencia de esto se sitúa al mismo tiempo en el terreno del «revisionismo» y de una ideologización premarxista y burguesa que separa las relaciones de dos personas de las relaciones sociales, y a éstas de las relaciones de producción. Se trata, a mi modo de ver, de una posición estéril y reaccionaria, cuya presencia se explica por el hecho de que, por un lado, la crisis general de la capacidad de integración en la sociedad capitalista superindustrializada hace estallar, con un carácter radical y violento, cuestionador, revolucionario, la necesidad de las mujeres de no aceptar más su alienación; por otro lado se explica también por el hecho de que la crisis del pensamiento marxista en los partidos obreros, la involución de las sociedades del Este, la pobreza teórica y práctica de las soluciones socialistas (peor aún, la sobrevivencia del estado, de las policías, de las estructuras represivas, de una concepción autoritaria de la pedagogía de la educación, de una verticalización de los poderes, etc.) no pueden dar ninguna respuesta a esta eclosión de una necesidad alternativa. Todo lo contrario.

A partir de estas premisas responderé a sus preguntas. Tengo clara conciencia de que los movimientos femeninos más radicales tienen una posición diferente: separatismo, etc. Pero esto responde a lo que me parece ser la crisis más grave de nuestro tiempo, la del pensamiento revolucionario. Sin una «revolución cultural» —y por eso soy «pro-china»— nunca llegaremos a captar el alcance de las relaciones interpersonales, y el que se refiere al problema de la mujer, de acuerdo a una perspectiva «comunista», la única que no sería elusiva.

L. — *¿Qué contenido concreto da usted al concepto de emancipación femenina?*

R. R. — El mismo que doy a la emancipación del hombre. Plena reapropiación de sí mismo, de su trabajo, de su cuerpo. Fin de la alienación y de la reificación. Comunismo. Para la mujer, es más largo el proceso, pues es doblemente subalterna: la división del trabajo le asigna una forma de esclavitud hacia quien ya es un esclavo (el hombre reificado). Al mismo tiempo, su condición descubre la «falsa emancipación» del hombre en las sociedades socialistas europeas, en los partidos comunistas, en muchos de los grupos revolucionarios. El hombre que considera a la «hembra» como al-

go diferente expresa en esta idea no su superioridad mosculina (y es aquí donde las mujeres de ciertos movimientos de liberación se equivocan) sino su propia alienación a los *mass media*, a las ideologías de derecha, etc.

L. — *¿En el proceso de la emancipación de la mujer, le asigna usted un valor igual a la emancipación económica que a la emancipación sexual?*

R. R. — Parecería derivarse de lo que he dicho que no atribuyo gran significado a la emancipación económica. ¿Qué sentido tendría? Si la mujer gana un salario, permanece alienada: claro, creo que es mejor que trabaje, pues de todas maneras hay una diferencia entre una esclava y una obrera —aunque más no fuera por la posibilidad de tomar conciencia de su alienación. Pero aun así sigue alienada como el obrero o cualquier trabajador de esta sociedad. No comprendo tampoco lo que se entiende por emancipación sexual sino en términos de una plena reapropiación del cuerpo, es decir de una desacralización y en consecuencia también una reducción afectiva del problema sexual. Creo que es muy importante que esto ocurra pero ello no impediría que en otro plano la mujer siga siendo reaccionaria (como la gran Catalina...) o alienada, pues no puede escapar individualmente, y como «mujer» o «mujeres» tampoco, a la división social del trabajo.

L. — *En su opinión, ¿cuál es la relación entre la lucha por la emancipación de la mujer y la lucha de clases? ¿Cree usted que la primera debe subordinarse a la segunda?*

R. R. — La primera no implica la segunda sino en su concepción más radical —es decir, la revolución total, tal como Marx la contempla, por ejemplo, en *La ideología alemana*.

L. — *Tomando en cuenta que el trabajo doméstico es gratuito y sin valor de cambio, se podría considerar a las mujeres como una clase aparte, fuera de las existentes. Esto supondría que la opresión patriarcal debe entenderse como contradicción principal y no secundaria. ¿Está usted de acuerdo con este análisis?*

R. R. — No. Sería mejor no enredarse con los conceptos. El hecho de que las mujeres tengan una condición social aparte no significa que constituyan una *clase*, en el sentido marxiano de la palabra. Para Marx, *clase* es una formación social directamente ligada a las relaciones de propiedad y de producción. Si se quiere utilizar esa palabra en otro sentido se la despoja de todo significado y no veo la necesidad. Atribuir a la opresión patriarcal el carácter de contradicción principal (la cual no se desprendería de la división social del trabajo) es colocarse fuera del pensamiento marxista. Ahora bien, ¿en qué campo se sitúa esta idea? Se cae en una metafísica biológica o sicológica que no me interesa para nada y que además sería profundamente negativa puesto que no ofrece salida.

L. — *Se considera que el trabajo remunerado es alienante, dadas las condiciones en las cuales se desarrolla en nuestras sociedades. ¿A pesar de esto, lo aconsejaría usted a las mujeres como medio de liberación?*

R. R. — He dicho que el trabajo en una sociedad capitalista es alienante. El ocio también lo es. No se escapa al mecanismo del capital (y esta es una de las debilidades de la izquierda espontaneísta americana, de las gentes que creen poder rechazar el sistema capitalista poniéndose aparte). En el trabajo se puede encontrar el mundo de los demás alienados, proyectar en otra dimensión los problemas propios y ampliar la conciencia de lucha. Esto es todo. No libera, pero puede dar más conciencia.

L. — *¿De qué manera contemplaría usted la lucha por la emancipación de la mujer: a) en el cuadro de una organización política y revolucionaria; b) exclusivamente en un movimiento femenino?*

R. R. — En el cuadro de una organización política y revolucionaria. No creo en el separatismo. Los partidos comunistas ya lo habían inventado, creyendo que las mujeres son más valientes solas, cuando se encuentran solas. La guerra hay que librarla allí donde sea necesario.

L. — *¿Considera usted que la familia es una traba para la emancipación de la mujer?*

R. R. — Imagino que la reconstrucción de las relaciones interpersonales sobre una base de igualdad sería provechoso. Dichas relaciones no pueden edificarse sobre la familia actual.

Por lo demás, me gustaría precisar estos conceptos. No hay «la familia», sino la familia judeo-cristiana, la familia del modo de producción asiático, las familias africanas... Nosotros hablamos generalmente con nuestro provincialismo «blanco», de la familia judeo-cristiana. Puntualizarlo no es escamotear el problema: al contrario, es darse cuenta hasta qué punto está ligado a toda la estructura ideológica «moderna», lo que nos vuelve más atentos a ciertos valores, en los cuales se expresa también la necesidad de emancipación, pero que constituyen igualmente un reflejo o un equivalente de este universo ideológico del cual es muy difícil evadirse. No se vive en un «vacío», en una inocencia o renovación ideal en medio de un sistema de producción que, como el del capital, ha generado toda una civilización, quizás la más atroz pero también la más compleja de la historia.

L. — *¿Qué importancia concede usted al aborto libre entre los objetivos de la lucha femenina?*

R. R. — Una gran importancia en la vía de la «reapropiación del cuerpo». Los límites son los del punto 2. No debe olvidarse que toda una capa privilegiada ha abortado siempre en libertad (gracias al dinero) y ya se sabe con qué resultados. Ciertamente obtener un derecho gracias a una batalla confiere madurez a un movimiento.

L. — *Usted que es precisamente una mujer liberada y por consiguiente ha establecido gracias a esta situación un nuevo tipo de relación con los hombres, ¿cómo ve la actitud de ellos hacia usted?*

R. R. — Siempre me han ayudado. Son capaces de amistad. Sospecho incluso que se sienten muy aliviados cuando a todo nivel pueden tener una relación con una mujer liberada... que en general es menos cargante. ¿Pero mi experiencia sirve acaso de algo? He vivido en una situación familiar muy particular, y en el trabajo no frecuento sino la extrema izquierda. En *Il Manifesto*, tres mujeres se encuentran absolutamente al mismo nivel que cuatro hombres (hablo del grupo inicial), y en nuestro periódico estamos en mayoría. Ciertamente en la vida política he sido atacada por adversarios que invocaban mi condición de mujer, pero finalmente esa misma condición da una cierta ventaja publicitaria... Una disputada que habla en la Cámara, en un mitin o en una plaza pública atrae la curiosidad, lo que puede aprovecharse. He sufrido mucho más por mi condición de intelectual que por mi condición de mujer, e ignoro lo que sería yo sin la ayuda intelectual, práctica, de mis camaradas hombres. Por todo esto, afectuosamente, pienso también en su emancipación: cuando las mujeres sean libres, su pobre vida «viril» será menos siniestra.

Respuesta de Susan Sontag

Entre la lucha para liberar a las mujeres y la lucha para liberar a los esclavos hay algunos paralelos sorprendentes —por ejemplo, los argumentos expuestos *contra* su emancipación. Durante miles de años, prácticamente todo el mundo daba por supuesto que correspondía a la «naturaleza» de la especie humana el que algunos pueblos fuesen superiores (y destinados por tanto a ser los amos) y otros inferiores (y condenados por ello a ser esclavos). Hace unos ciento cincuenta años tan sólo que algunos elementos importantes de las clases gobernantes empezaron a sospechar que la esclavitud no era, a fin de cuentas, «natural». Súbitamente pareció plausible explicar el innegable carácter «servil», «sumiso» y sicológico y culturalmente «subdesarrollado» de los esclavos por el hecho mismo de que lo eran y de que habían sido educados para ello —en lugar de usarlo como argumento de que merecían su condición. Y que, puesto que su inferioridad no era «natural» sino aprendida e impuesta, el desarrollo completo de su potencial humano emergería tan sólo el día en que se les permitiría tener una historia enteramente distinta.

Esta intuición audaz, que acompañó la abolición mundial de la esclavitud, nos parece hoy obvia. Si algo nos sorprende es el por qué tomó tanto tiempo en abrirse paso a través de las teorías baratas usadas para justificar racionalmente la esclavitud. Pero podemos mostrarnos más indulgentes con la miopía de nuestros antepasados si advertimos que la opinión acerca de la emancipación de las mujeres se halla hoy en el mismo punto en que se hallaba la referente a la emancipación de los esclavos hace dos siglos. Como durante los milenios de aceptación indiscutida de la esclavitud, la antiquísima opresión de la mujer se justifica invocando a la «naturaleza» —a presuntas desigualdades «naturales» de la especie humana que todavía parecen obvias y verdaderas. La inmensa mayoría de las gentes de este planeta —tanto mujeres como hombres— están profundamente convencidos de que las mujeres poseen una «naturaleza» distinta de los hombres, y que estas diferencias «naturales» hacen que la mujer sea inferior. Las personas educadas en los países de civilización urbana, especialmente las que se consideran a sí mismas como liberales o socialistas, niegan a menudo que estas diferencias equivalgan a sus ojos a una inferioridad real. El que las mujeres difieran de los hombres, arguyen, no significa que no sean sus iguales. Dicho argumento es pura hipocresía —como el de «iguales pero separados» empleado por los sudistas en los Estados Unidos para defender el sistema de enseñanza pública racialmente segregado. Pues el contenido específico de estas supuestas diferencias innatas entre mujeres y hombres implica una escala de valores en la que las cualidades atribuidas a la mujer son claramente menos estimables que las asignadas al hombre. «Masculinidad» es sinónimo de competencias, autonomía, dominio de sí, espíritu de riesgo, ambición, independencia, racionalidad; «feminidad» es sinónimo de incompetencia, debilidad, irracionalidad, pasividad, ausencia de competividad, belleza. La mujer es educada para ser un adulto de segunda clase, para una agradecida y concienzuda dependencia del hombre. No se espera de ella que sea veraz, o puntual, o experta en el manejo y reparación de máquinas, o frugal, o fuerte, o físicamente valiente. (Ello significa que todas las mujeres que poseen estos rasgos o habilidades son catalogadas como «excepcionales».) No es extraño pues que los hombres acepten a las mujeres como asociadas y compañeras, no como iguales —y nunca como superiores. La mayoría de lo que se celebra como conducta típicamente «femenina» es simplemente una conducta infantil, servil, débil, inmadura. En realidad, mientras las mujeres presten atención a los estereotipos de conducta «femenina» (que, de modo insultante, se atribuyen a su «naturaleza») no podrán llegar a ser adultos independientes y plenamente responsables.

Cada generación produce unas cuantas mujeres de genio —o meramente de tan irremediable excentricidad— que obtienen para sí un *status* especial. Pero se sobreentiende que si las hermanas Trung, Juana de Arco, Santa Teresa, Mademoiselle Maupin, George Eliot, Louise Michel, Isabelle Eberhardt, Marie Curie, Rosa Luxemburgo, y los demás miembros de esta pequeña banda de mujeres que llegó a ser históricamente visible hicieron lo que hicieron fue precisamente porque poseían cualidades de las que normalmente las mujeres carecen y se les atribuye una energía, inteligencia, voluntad de poder y valor «masculinos». De este modo, los ejemplos insólitos

de mujeres capaces y genuinamente independientes no alteran más la presunción general de la inferioridad femenina que el descubrimiento (y favorable trato) de esclavos intelectualmente dotados hizo dudar a los esclavistas romanos cultivados de antaño de la naturalidad de la esclavitud. El argumento de la «naturaleza» es una creencia que se autoconfirma. Las vidas individuales que no cuadran con dicha creencia serán consideradas siempre excepciones dejando por consiguiente el estereotipo intacto.

Históricamente, la opresión de la mujer debe provenir de algunos acuerdos prácticos destinados a asegurar responsabilidad biológica: la maternidad. Las complicadas formas —sicológicas, políticas, económicas, culturales— que reviste la opresión femenina se remontan todas a esta división biológica del trabajo. Pero el hecho que las mujeres den a luz mientras que los hombres no, prueba difícilmente que unos y otros sean fundamentalmente diferentes e indica más bien cuán débil es la base de esta supuesta diferencia y hasta qué punto es concreta esta diferencia «natural». (Así, la fisiología reproductiva de la mujer se convierte en una vocación que abarca su vida entera, con sus normas adecuadamente angostas de carácter y temperamento.) Pero incluso la «naturaleza» fisiológica no es un hecho inmutable de perennes consecuencias. Forma también parte de la historia, y evoluciona con ella. Si toda la diferencia entre mujeres y hombres radica a fin de cuentas en el hecho que la maternidad ocupa a las mujeres, entonces las circunstancias en las que cumplen dicha vocación han cambiado de cabo a rabo; si la «naturaleza» ha servido de pretexto para la esclavitud de la mujer, la historia procura ahora las condiciones objetivas para su liberación sicológica y social. Pues es precisamente esta *importancia* de la diferencia fisiológica entre hombres y mujeres la que está en camino de volverse anticuada. La revolución industrial sentó las bases materiales para una reconsideración de la esclavitud: con el invento de máquinas que eran más productivas y eficientes que el trabajo no estipendiado, pareció razonable liberar a la gente de su servidumbre legal al trabajo. Ahora el Cambio de Rumbo Ecológico (creciente longevidad, más explosión demográfica, más rápido agotamiento de los recursos naturales) hace no sólo posible sino en último término imperativo que la mayoría de las mujeres se liberen de toda relación, excepto la mínima, indispensable, con su responsabilidad biológica. Una vez que el destino reproductivo de la mujer se reduzca a dos, uno o ningún embarazo (con todas las probabilidades de que, a diferencia de los anteriores periodos históricos, *todos* los niños alcanzarán la edad adulta) el fundamento racional para la definición represiva de la mujer en términos de ser servil y doméstico, destinado ante todo a la maternidad y a la crianza, se derrumbará. Del mismo modo que la Revolución Industrial indujo a la gente a replantearse la «naturalidad» de la esclavitud, la nueva era ecológica en la que ha entrado el planeta a mediados del siglo xx permite a la gente reconsiderar el problema hasta ahora auto-evidente de la «feminidad» de la mujer. La «feminidad» de la mujer y la «masculinidad» del hombre son concepciones moralmente defectuosas e históricamente anticuadas. La opresión de la mujer es un anacronismo. Como de costumbre, la cultura va a la zaga de la tecnología. Pero la emancipación de la mujer me parece una necesidad histórica tan primordial como la abolición de la esclavitud, y que está destinada a tener incluso consecuencias más duraderas en el decurso de la historia humana.

No obstante, por anacrónica que sea, la opresión de las mujeres se halla arraigada en los niveles más profundos de la cultura individual y social. Aunque sea inevitable, su liberación no se llevará a cabo sin una lucha muy dura. Las mujeres se emanciparán sólo mediante una revolución general que cambiará profundamente las conciencias y trastornará las estructuras más básicas de la sociedad. Esta revolución debe ser a la par radical y conservadora. Conservadora, en el sentido que debe rechazar la ideología del desarrollo económico ilimitado (niveles de productividad y consumo cada vez mayores; la destrucción salvaje del medio ambiente); dicha ideología, merece la pena señalarlo, es compartida con igual entusiasmo por los países que pertenecen al boque capitalista que por los que forman parte del campo socialista. Debe ser radical en el sentido que debe desafiar y rehacer los hábitos morales tradicionales, fundamentalmente autoritarios comunes tanto a los países capitalistas como comunistas. La lucha por la

liberación de la mujer es la parte más «radical» de este nuevo proceso revolucionario.
Como debería deducirse de lo expuesto, creo que hay una «cuestión de la mujer» totalmente independiente de los problemas planteados por el análisis marxista clásico. Marx, Engels, Lenin, Trotzky, Luxemburgo y Gramsci sostuvieron que la liberación de la mujer no era un problema aparte, sino que debía resolverse en el contexto de la lucha de clases y la creación del socialismo. No estoy de acuerdo con ellos. Es un hecho que ninguno de los países que pretenden actuar conforme al legado marxista ha replanteado radicalmente el problema de la condición de la mujer. Al revés, todos los países comunistas (con la excepción limitada de China) se han contentado con ofrecer a las mujeres simples mejoras «liberales» a su situación, como un creciente acceso a la educación y a los empleos, pero manteniendo intacto el monopolio avasallador del poder político por parte de los hombres y dejando incólumes las estructuras fundamentales de represión que caracterizan las relaciones privadas entre los dos sexos. Pero no es a causa de este sorprendente fracaso de todos los países en los que gobiernos revolucionarios izquierdistas ocupan el poder, en hacer algo «radical» en favor de las mujeres por lo que rechazo el análisis marxista. Lo hago por razones teóricas. Ninguna de las numerosas declaraciones edificantes hechas por los principales teóricos de la revolución proletaria en favor de la emancipación de la mujer ha abarcado nunca la verdadera complejidad del problema. El marxismo no ha calibrado de modo correcto la profundidad del «sexismo» del mismo modo que tampoco ha analizado correctamente la rofundidad del racismo. Pero no sugiero con ello que un análisis marxista de la represión de la mujer no sea factible. La reciente obra de Juliet Mitchell en Inglaterra y de Reimut Reiche en Alemania dan unos primeros pasos aproximados en esta dirección. Pero ciertamente dicho análisis queda por hacer. Y cuando se haga deberá probablemente tanto a las ideas de Fourier y Wilhelm Reich como a las de Marx y los marxistas.

L. — *¿Qué contenido concreto da usted al concepto de emancipación femenina?*

S. S. — Uno oye decir a menudo que la liberación de la mujer no puede tener lugar sin la liberación del hombre. Hasta cierto punto, este clisé es verdadero. Mujeres y hombres comparten el mismo objetivo final: obtener una autonomía real, lo cual significa participar (y que les sea permitido hacerlo) en una sociedad que no se funde en la alienación y la represión. Pero el clisé es también peligroso pues niega implícitamente la existencia de diferentes fases en la lucha que hay que sostener. Como muchos clisés verdaderos, desarma el pensamiento y apacigua la cólera. (Así, muy hábilmente, el slogan oficial de la política eminentemente superficial del gobierno sueco para obtener la igualdad de las mujeres dentro del marco del sofisticado capitalismo liberal es «la emancipación de las mujeres equivale a la emancipación de los hombres».) Todos los seres humanos en este mundo imperfecto necesitan, claro está, ser liberados —tanto los amos como los esclavos, los opresores como los oprimidos. Pero no puede concebirse correctamente una sociedad justa, ni luchar por ella, de un modo unitario o universal. Toda lucha es concreta y debe llevarse a cabo concretamente.
No es lo mismo liberar a un campesino de Tailandia que a un obrero blanco de una fábrica de Detroit. El camesino tailandés es oprimido tanto por ser campesino como por el hecho de ser oriental. (Su mujer sufre de una triple opresión: en tanto que campesina, en tanto que oriental y en tanto que mujer.) Un obrero del automóvil de Detroit es oprimido como obrero, pero como miembro de la raza blanca y como norteamericano pertenece a los grupos opresores, no a los oprimidos. De un modo aproximadamente similar, la opresión de las mujeres no se asemeja a la de los hombres en términos de estructuras fundamentales. Por muy razonable que suene la idea al oído, es simplemente falso que la emancipación de los hombres y de las mujeres sean parte de un proceso recíproco. Pues por mucho que los hombres sean deformados sicológicamente por los estereotipos sexistas, estos estereotipos les confieren innegables privilegios. El hombre tiene a su disposición una mayor variedad de procederes y mucha más libertad de movimiento que la mujer. (Basta considerar el hecho que en la mayoría de los lugares donde puede ir por el «mundo», una mujer sola corre el riesgo de la violación o de la violencia física. Fundamentalmente, una mujer está a salvo en «casa»,

o cuando la protege un hombre.) En el sentido más estricto, en que no necesita andar siempre en guardia contra una agresión rapaz, un hombre se halla siempre en una situación muy ventajosa con respecto a una mujer. Hay hombres (y mujeres) oprimidos por otros hombres. Pero la totalidad de las mujeres son oprimidas por todos los hombres. Así, el clisé de que cuando las mujeres se emancipen, los hombres se emanciparán también pasa desvergonzadamente por alto la cruda realidad de la dominación viril —como si ésta fuera de hecho un convenio establecido por nadie, que no conviene a nadie y que no funciona en provecho de nadie. En realidad, exactamente lo opuesto es la verdad. La dominación del hombre sobre la mujer se realiza en provecho del hombre; la emancipación de la mujer se hará a expensas del privilegio viril. Quizá más tarde los hombres se emanciparán también, con un resultado feliz, de la cargante obligación de ser «masculinos». Pero permitir que los opresores se desembaracen de sus cargas sicológicas es un objetivo completamente distinto, secundario a la liberación. La prioridad esencial es liberar a los oprimidos. En ningún momento de la historia las demandas de oprimidos y opresores han resultado ser, si las sometemos a examen, totalmente armoniosas. Dudo mucho que esta vez lo sean también.

Todas las mujeres viven en una situación «imperialista» —en la que los hombres son los colonos y las mujeres los indígenas. En los llamados países del Tercer Mundo, la situación de las mujeres respecto a los hombres es tiránica y brutalmente colonialista. En los países económicamente avanzados (tanto comunistas como capitalistas) la situación de la mujer es «neo-colonialista». En ellos, la segregación de la mujer se presenta en forma suavizada; los hombres delegan parte de su autoridad, el uso de la fuerza física contra ella ha disminuido, el gobierno de los hombres ha sido institucionalizado de modo menos visible. Pero las mismas razones básicas de inferioridad y superioridad, de impotencia y poder, de subdesarrollo y de privilegio cultural prevalecen entre mujeres y hombres en todos los países. Todo programa serio de liberación de la mujer debe partir de la premisa que la liberación no toca sólo a la *igualdad* (la idea liberal-burguesa de liberación) sino que afecta el *poder*. La mujer no puede emanciparse sin reducir el poder del hombre. Su emancipación no sólo significa cambiar la conciencia y las estructuras sociales de manera que transfiera a las mujeres gran parte del poder monopolizado por los hombres. La naturaleza misma del poder cambiará así, puesto que a través de la historia el poder ha sido definido en términos «sexistas»: identificándolo con un normativo y supuestamente innato gusto viril por la agresividad y la coerción física, y con las ceremonias y prerrogativas de agrupaciones exclusivamente masculinas en guerra, gobierno, religión, deporte y comercio. Todo lo que no implique un cambio respecto a quien tiene el poder y a la naturaleza de éste, no es liberación sino apaciguamiento. Los cambios que no son profundos sobornan el resentimiento que amenaza a la autoridad establecida. Mejorar un gobierno inestable y descaradamente opresor —como cuando los viejos imperios sustituyen las formas de explotación colonialistas por otras neo-colonialistas— sirve en realidad para regenerar las formas existentes de dominio.

Preconizar como hacen socialistas y comunistas, que las mujeres formen un frente común con los hombres para llevar a cabo su mutua liberación me parece un planteamiento superficial y «reformista», en la medida en que corre un velo sobre las duras realidades de las relaciones de poder que determinan todo diálogo entre los dos sexos. La mujer no tiene por qué asumir la tarea de liberar al hombre cuando tiene primero que liberarse a sí misma —lo cual implica explorar las bases de enemistad, no endulzadas de momento por el sueño de la reconciliación. Las mujeres deben cambiar por sí mismas; deben cambiarse unas a otras, sin preocuparse de si ello afectará a los hombres. La conciencia de las mujeres cambiará sólo cuando piensen en sí mismas y se olviden de lo que conviene a sus hombres. Imaginar que estos cambios pueden llevarse a cabo en «colaboración» con los hombres minimiza (y trivializa) el alcance y profundidad revolucionaria de su lucha.

Si la mujer cambia, el hombre se verá obligado a cambiar también. Pero estos cambios del hombre no acaecerán sin considerable resistencia. Ninguna clase gobernante ha renunciado jamás a sus privilegios sin lucha. La estructura misma de la sociedad se funda en el privilegio viril, y los hombres no lo abandonarán por el simple hecho de que hacerlo es más

humano o justo. Los hombres pueden hacer concesiones, otorgar a regañadientes más derechos civiles a la mujer. Desde hace unos 50 años, en la mayoría de los países, ésta tiene acceso a las instituciones de educación superior y puede adquirir entrenamiento profesional. En los próximos 20 años obtendrá salario por trabajo igual y conseguirá la propiedad efectiva de su propio cuerpo (mediante el uso legal de contraceptivos y el derecho al aborto). Pero estas concesiones, por muy deseables que sean, no desafían las actitudes fundamentales que mantienen a la mujer en la categoría de ciudadano de segunda clase; los privilegios del hombre permanecerán intactos.

Un cambio «radical» (en el sentido en que se opone al «liberal») en el *status* de la mujer abolirá la mística de la «naturaleza», y la lucha tendría que orientarse hacia este objetivo sin compromiso alguno. Las mujeres deben exigir el fin de *toda* clase de estereotipos, ya sean positivos o negativos, que conceden identidad sexual a la gente. Cambiar las leyes que discriminan a la mujer en situaciones específicas (con respecto al sufragio, a negociar contratos, al acceso a la educación y al empleo) no basta. Las estructuras básicas del trabajo, los hábitos sexuales, la idea de la vida familiar deben cambiar también. Los cambios tienen que extenderse al lenguaje mismo, en la medida en que avala groseramente el prejuicio milenario contra la mujer. Pues, pensemos lo que pensemos, seguimos afirmando, cada vez que hablamos, la superioridad (actividad) del hombre y la inferioridad (pasividad) de la mujer. Es «gramaticalmente correcto» dar por supuesto que los agentes, las personas activas son hombres. La gramática oculta la existencia misma de la mujer, excepto en situaciones concretas. Así, en inglés, decimos «él» cuando aludimos a una persona que puede ser de cualquiera de los dos sexos; la palabra «hombre» engloba a todos los seres humanos; el pronombre que sustituye a substantivos como «estudiante», «trabajador», «ciudadanos», «artista», «funcionario público», «atleta», «industrial», es «él». La gramática es la última arena del lavado de cerebro sexista. El lenguaje no es, naturalmente, la fuente del prejuicio que identifica a los hombres con la raza humana y asocia únicamente a ellos la mayoría de las actividades de ésta. El lenguaje expresa meramente el orden sexista que ha dominado a lo largo de la historia. Pero ahora que las mujeres han emprendido su larga marcha hacia la liberación, el prejuicio sexista de la gramática actúa como una fuerza plúmbea, contaminadora, de retraso cultura. La lucha liberadora de la mujer hará que el prejuicio sexista de la gramática resulte diariamente ofensivo y, más tarde, anacrónico. La gente debe sensibilizarse con respecto al sexismo del lenguaje, de igual modo que en los últimos tiempos se ha sensibilizado a los clisés racistas del mismo (y del arte). La gramática y el uso común tienen que cambiar. En términos más generales, la gente debe adquirir conciencia de la profunda misoginia que se manifiesta en todos los niveles de intercambio humano, no sólo en las leyes sino en las menudencias de la vida diaria: en las formas de cortesía y en el decorado (vestidos, gestos, etc.) mediante el cual la gente polariza la identidad sexual; en la invasión de «imágenes» (en arte, informaciones y anuncios) que perpetúa los estereotipos sexistas.

A la mayoría de los hombres no les gusta la sociedad con las mujeres, ni las respetan, ni se sienten cómodos con ellas por mucho que puedan amarlas o desearlas individualmente. La mayoría de las mujeres tampoco se gustan y respetan a sí mismas. Estas actitudes cambiarán sólo cuando las mujeres se libren de su «naturaleza» y empiecen a crear y a habitar otra historia.

L. — *En el proceso de la emancipación de la mujer, ¿le asigna usted un valor igual a la emancipación económica que a la emancipación sexual?*

S. S. — La pregunta revela en mi opinión la endeblez fundamental del concepto de «emancipación». Sin un contenido más específico, la «emancipación» es una meta huera, que empaña además el foco y diluye la energía de la lucha de la mujer. No estoy segura de que éstas sean dos clases diferentes de emancipación. Pero supongamos que lo sean, o al menos que puedan ser consideradas separadamente. A menos que estemos claros acerca del *de qué* y *para qué* de la emancipación, no tiene ningún sentido preguntar si una y otra, la económica y la sexual, son igualmente importantes.

No estoy segura de qué significado dan a «emancipación económica». Si es el de que las

mujeres tengan acceso a una gran variedad de trabajos fuera del hogar con los cuales sean pagadas justamente, esta es sin duda alguna, su demanda más básica. La clave del subdesarrollo sicológico y cultural de la mujer radica en el hecho de que la mayoría de las mujeres no se soportan a sí mismas —ni en el sentido literal (económico) ni en metafórico (sicológico, cultural) del verbo «soportar». Pero es a todas luces insuficiente asegurar para las mujeres la posibilidad de ganar dinero: mediante el acceso a mayor número de trabajos y la creación de instituciones gratuitas para el cuidado de los niños. El trabajo no debe ser simplemente una opción, una mera alternativa a la todavía más común (y normativa) «carrera» de madre y ama de casa. Hay que dar por supuesto que la mayoría de las mujeres trabajarán y que serán económicamente independientes (estén casadas o no) exactamente igual que los hombres. Sin trabajo, las mujeres nunca romperán las cadenas de su dependencia respecto a los hombres —el prerrequisito mínimo para llegar a ser realmente adultas. A no ser que trabajen y que su trabajo sea tan válido como el de sus maridos, las mujeres casadas no tienen ni siquiera la posibilidad de obtener un poder real sobre sus propias vidas —esto es, el poder de transformarlas. Las artes de coerción y conciliación sicológicas en las que tanto sobresalen —halagos, encanto, carantoñas, seducción, lágrimas— son el substitutivo servil de una influencia y autonomía reales.

No obstante, el simple hecho de poder trabajar significa difícilmente que una mujer sea «emancipada». Gran número de ellas trabajan ya, y una minoría gana salarios que garantizan su independencia económica; con todo, la mayoría de estas mujeres siguen dependiendo como siempre de los hombres. La razón se halla en que el empleo mismo está cortado conforme a patrones sexistas. La división sexista del trabajo confirma y, a decir verdad, fortalece el *status* colonizado de las mujeres. Estas no participan ventajosamente en las economías modernas, industriales, en pie de igualdad con los hombres, sino desempeñan un papel auxiliar, de mero sostén. Las mujeres pueden ejecutar trabajos humildes, escasamente especializados en la industria ligera. Pueden ser secretarias, asistentes sociales, prostitutas, nurses, maestras, telefonistas —empleos que miman los papeles que las mujeres desempeñan con sus maridos e hijos. Cuanto hagan en el «mundo» tiende a reproducir su imagen de seres «domésticos», destinados a servir y cuidar. Se les permite raras veces hacer trabajos físicamente peligrosos y se les juzga inaptas para amplias responsabilidades administrativas. Por tanto, no puede hablarse de emancipación económica de las mujeres hasta que se acepte el hecho de que realicen todas las actividades que ahora desempeñan los hombres, en las mismas condiciones que éstos respecto a salarios, nivel de ejecución y riesgos —abandonando así las prerrogativas de los necios, los niños y los sirvientes. Y su emancipación económica no es meramente esencial al bienestar sicológico de cada caso individual. Las mujeres no tendrán los medios de ejercer el poder político, el cual implica obtener el control de las instituciones, y una intervención efectiva en la evolución de la sociedad en las próximas décadas, hasta que ocupen un papel importante respecto a la economía y posean en gran número las profesiones y especialidades directivas fundamentales. Repitámoslo: emancipación significa poder —o no significa nada.

La noción de «emancipación sexual» me parece aún más sospechosa. El viejo doble esquema, que atribuye a la mujer menor energía sexual y menos apetitos sexuales que a los hombres (y las castiga por una conducta que aprueba en éstos) es claramente un medio de mantener a las mujeres «en su lugar». Pero rechazar para ellas los mismos privilegios de experimentación sexual que los hombres no basta, dado que la concepción misma de sexualidad es en sí un instrumento de represión. La mayoría de las relaciones sexuales representan las actitudes que oprimen a las mujeres y perpetúan el privilegio viril. Eliminar simplemente el oprobio que pesa sobre la manifestación sexual de la mujer es una victoria superficial si la sexualidad a la que accede sigue siendo la misma —la que convierte a las mujeres en «objetos». Las costumbres de la actual sociedad urbana capitalista tienden desde hace algún tiempo a una sexualidad «tolerante», que penaliza mucho menos a las mujeres por sus aventuras extra-matrimoniales. Pero esta sexualidad «más libre» consiste principalmente en actos de mutua «ego-masturbación», fundados en una idea expúrea de la libertad. Resumiendo: es el derecho de cada persona a explotar y deshumanizar a otra. La emancipación sexual de la

mujer carece de sentido sin una modificación de las normas mismas de la sexualidad. El sexo en sí no libera a las mujeres.
El problema es ¿de qué sexualidad hay que liberar a la mujer para que disfrute? La única ética sexual liberadora para la mujer es la que desafía la primacía de la heterosexualidad genital. Una sociedad no represiva, una sociedad en la que la mujer sea subjetiva y objetivamente igual de verdad al hombre, será necesariamente una sociedad bisexual y andrógina. ¿Por qué? Porque el otro único medio plausible que puede poner fin a la opresión de la mujer es que hombres y mujeres decidan vivir aparte; y esto es imposible. El separatismo sigue siendo una alternativa válida para poner fin a la opresión de los pueblos de «color» por la raza blanca. Puede concebirse que las diferentes razas que habitan las distintas partes del planeta puedan decidir vivir separadamente (con los hábitos y mentalidades de cada una de ellas estrictamente protegido contra toda incursión imperialista tanto «cultural» como económica). En cambio, no cabe la menor duda de que hombres y mujeres cohabitarán siempre. Pero puesto que en el sexismo (a diferencia del racismo) el separatismo no es ni siquiera concebible, defender las diferentes «tradiciones» morales y estéticas de cada sexo (a fin de preservar algo equivalente al «pluralismo» cultural) y atacar el criterio único de excelencia intelectual o racionalidad como «imperialismo cultural» masculino (para revalidar la desconocida y despreciada «cultura femenina») son tácticas erróneas en la lucha por la liberación de la mujer. El objetivo de la lucha no consiste en proteger las diferencias entre los dos sexos, sino en minarlas. Crear una relación no represiva entre mujeres y hombres significa borrar en la medida de lo posible las líneas de demarcación convencionales que han sido establecidas entre los dos sexos, reducir la tensión entre ambos que procede la «alteridad». Como es notorio hoy día, hay una viva tendencia en esta dirección entre la gente joven en los últimos años —la de reducir y aun confundir las diferencias de sexo en vestido, peinado, gestos, gustos. Pero este primer paso hacia la despolarización de los sexos podría ser muy bien recuperado dentro de las formas capitalistas de consumo como mero «estilo» (el comercio de *boutiques* unisex) y mantenido al margen de sus implicaciones políticas, a menos que la tendencia arraigue en niveles más hondos.
La des-polarización más profunda de los sexos debe llevarse a cabo en el mundo del trabajo y, de forma creciente, en las relaciones sexuales mismas. Conforme la «alteralidad» se reduzca, parte de la energía de atracción sexual entre los sexos declinará. Mujeres y hombres continuarán sin duda haciendo el amor y formando parejas. Pero ya no se definirán entre sí *ante todo* como potenciales colaboradores sexuales. En una sociedad no represiva ni sexista, la sexualidad tendrá en cierto modo un papel más importante que hoy, por el hecho de que será más difusa. Las preferencias homosexuales serán, por ejemplo, tan válidas y respetables como las heterosexuales. (Ambas provendrán de una genuina bisexualidad. La homosexualidad impuesta o exclusiva —que como la heterosexualidad exclusiva es algo inculcado— sería indudablemente menos común en una sociedad no sexista que en la actualidad.) Pero en dicha sociedad, la sexualidad será por otra parte menos importante que ahora —en la medida en que las relaciones sexuales ya no serán un substitutivo, anhelado histéricamente, de la auténtica libertad y de muchos otros goces (intimidad, intensidad, sentido de entrega, blasfemia) que esta sociedad frustra.

L. — *En su opinión, ¿cuál es la relación entre la lucha por la emancipación de la mujer y la lucha de clases? ¿Cree usted que la primera debe subordinarse a la segunda?*

S. S. — Veo muy poca relación al presente entre la lucha de clases y la lucha por la emancipación de la mujer. La sustancia de la política revolucionaria moderna, 1) el derrocamiento de una clase por otra dentro de una nación y 2) la liberación de los pueblos colonizados del yugo imperialista, es fundamentalmente inaplicable a la lucha de la mujer en tanto que tal. Las mujeres no son una clase ni una nación. Las mujeres políticamente radicales pueden preferir la participación en movimientos revolucionarios de orientación marxista a limitar sus energías a la lucha por su propia liberación. Pero obrando así, deberían percatarse de que lo máximo que esta multiproblemática política revolucionaria ofrece a las mujeres, son ventajas de índole reformista, la promesa de una «igualdad» formal.

No tengo una posición general acerca de cuál de los dos niveles debería ser prioritario. Las prioridades de la lucha varían no sólo de un país a otro sino también según el momento histórico y dependen incluso, en un contexto nacional determinado, de la raza y la clase social. Nadie discutiría que la emancipación de la mujer vietnamita debe subordinarse hoy día a la guerra nacional de liberación y a la lucha de clases. En los países prósperos, en cambio, la liberación de la mujer es un problema pertinente de un modo mucho más inmediato —a la vez en sí y por su utilidad para radicalizar a la gente respecto a otras formas de lucha. La comprensión profunda de la índole de la opresión de la mujer, ayuda, por ejemplo, a entender mejor la índole del imperialismo.

La emancipación de la mujer requiere una revolución cultural que sacudirá las actitudes y hábitos mentales que de otro modo podrían muy bien sobrevivir a la reconstrucción de nuevas relaciones económicas que es el objetivo de la lucha de clases. La posición de la mujer en tanto que tal puede ser afectada apenas por un cambio en las relaciones de clase. Como Marx y Engels eran «humanistas», herederos de la Ilustración, protestaron contra la opresión de la mujer bajo el capitalismo, pero el «feminismo» tradicional de la tradición marxista no se relaciona *lógicamente* con el análisis marxiano. (Como tampoco el vulgar «antifeminismo» de Freud se relaciona *lógicamente* con las ideas básicas de la teoría sicoanalítica.) No creo que el socialismo traerá consigo de modo inevitable la liberación de la mujer. Pero pienso que sólo en una sociedad socialista sería posible inventar e institucionalizar formas de vida que la liberarían. Por consiguiente, aunque la lucha para construir el socialismo y la causa de la liberación femenina son difícilmente idénticas, las militantes feministas tienen un interés real en la suerte de un movimiento revolucionario socialista y buenas razones para ser sus aliadas, aunque no sea más que por razones tácticas.

L. — *Tomando en cuenta que el trabajo doméstico es gratuito y sin valor de cambio, se podría considerar a las mujeres como una clase aparte, fuera de las existentes. Esto supondría que la opresión patriarcal debe entenderse como contradicción principal y no secundaria. ¿Está usted de acuerdo con este análisis?*

S. S. — No. La cualidad normativa de la explotación económica de la mujer —el hecho de que el «trabajo doméstico», definido como propio de las mujeres, es humilde y, a diferencia del trabajo hecho afuera, gratuito— no basta para situar a las mujeres en una clase económica aparte. La opresión de una clase por otra es sólo una forma de opresión. Las mujeres, como los hombres, no forman una clase en bloque. Como ellos, componen la mitad de cada clase social. Las esposas, hermanas e hijas de los ricos participan en la opresión de los pobres. En virtud de su pertenencia de clase más bien que de su sexo, una minoría de mujeres oprime a otras mujeres. Si hubiese necesidad de una etiqueta, diría que las mujeres pueden ser consideradas como una casta. Pero esto es sólo una analogía. En realidad, ningún término prestado a los otros vocabularios de análisis social se adapta bien a ellas. Suponer que las mujeres constituyen una clase es tan absurdo como suponer que los negros forman también una. La especie humana está dividida en dos sexos (y relaciones de tipo «castizo» fundadas en la identidad sexual) del mismo modo que en la pluralidad de razas (con relaciones «castizas» basadas principalmente en el color). Las estructuras creadas en torno a la existencia de dos sexos, como las creadas en torno a la de la pluralidad de razas, son irreductibles a las montadas en torno a la existencia de clases sociales aunque, como es obvio, las opresiones se entrecruzan a menudo.

Creo descubrir en esta pregunta la piadosa esperanza de que la opresión de la mujer pueda atribuirse a una forma específica de sociedad, a un determinado conjunto de disposiciones clasistas. Pero no puede ser así. Si el socialismo —cuando menos el que existe hasta hoy— no es de modo evidente la solución, tampoco el capitalismo es de modo evidente el culpable. Las mujeres han sido tratadas siempre como inferiores, han sido siempre marginadas política y culturalmente. La opresión de la mujer constituye la estructura represiva más fundamental de *todas* las sociedades organizadas. Esto es, es la forma de opresión más *antigua*, anterior a todas las opresiones basadas en motivos de clase, casta y raza. Es la forma más primitiva de jerarquía. Teniendo en cuenta esto, no veo cómo la «opresión patriarcal» pue-

da ser considerada como cualquier otra clase de contradicción, ya sea principal o secundaria. Al revés, la estructura de esta sociedad está fundada precisamente sobre la «opresión patriarcal», y su eliminación suprimirá los hábitos más arraigados de amistad y amor, la concepción del trabajo, la capacidad de hacer la guerra (la cual es alimentada profundamente por ansiedades «sexistas») y los mecanismos de poder. La naturaleza misma del poder en las sociedades organizadas se funda en modelos «sexistas» de conducta. El poder se define, y se mantiene, en términos de *machismo*.
El problema de la liberación de la mujer no es explotar una contradicción, sino desembarazarse de las estructuras más profundamente arraigadas. Exige un ataque a la naturaleza del estado mismo. ¿Quiénes son los líderes de los países avanzados, los países que controlan casi toda la riqueza del mundo, que arrojan casi toda la basura del mundo, que consumen casi todos los recursos naturales del mundo, que disponen, con su tecnología y sus armas y sus medios masivos de comunicación, de la vida misma de la humanidad y del destino de todo el planeta? Son, casi sin excepción, hombres. Son, casi sin excepción, blancos, heterosexuales, casados, de edad mediana o viejos. La tiranía del estado patriarcal es el modelo atenuado de la tiranía del estado fascista. Pues lejos de ser un fenómeno aberrante cuya mayor posibilidad se limitó a Europa entre las dos guerras mundiales, el fascismo es la condición *normal* del estado moderno, la condición a la que todos los países industrialmente avanzados tienden naturalmente. El fascismo es el desenvolvimiento lógico de los valores del estado patriarcal aplicados a las condiciones (y contradicciones) de las sociedades de masa del siglo xx. Así, como Virginia Wolf señaló a fines de la década de los años 30, la lucha por la liberación de la mujer es una lucha contra el fascismo.

L. — *Se considera que el trabajo remunerado es alienante dadas las condiciones en las cuales se desarrolla en nuestras sociedades. A pesar de esto, ¿lo aconsejaría usted a las mujeres como medio de liberación?*

S. S. — Sí. Por muy alienadores que sean la mayoría de los trabajos en la sociedad actual, son todavía para la mujer un medio de liberación que las arranca de su limitación a la domesticidad y parasitismo. Las mujeres no serán tratadas nunca como adultos autónomos a menos que participen, en términos de completa igualdad en el «trabajo» de dicha sociedad.
El comprometerse a trabajar es, naturalmente, sólo un primer paso. Las mujeres deben escapar de los ghettos de trabajo en los que están confinadas: los empleos que explotan primordialmente su sempiterno adiestramiento a la servilidad, a ser a la vez sostén y parásito, a eludir toda especie de riesgo. Para una mujer, dejar el hogar para ir al «mundo» y trabajar constituye raras veces un marco dentro del cual podrá realizarse; en la mayoría de los casos, es justo un medio de ganar dinero, de complementar el presupuesto familiar. Las mujeres ocupan muy pocos puestos administrativos o políticos, y proporcionan sólo un contingente minúsculo a las profesiones liberales, fuera de la enseñanza. Exceptuando los países comunistas, están virtualmente excluidas de los trabajos que implican una experta, profunda relación con las máquinas o un uso agresivo del cuerpo, o llevan consigo algún riesgo físico o sentido de aventura, o compiten directamente (en vez de auxiliar) con los que realizan los hombres. Aparte de ser peor pagados, la mayoría de los empleos asequibles a las mujeres tienen un techo de promoción bajo y dan escasa salida al deseo normal de ser activo y tomar decisiones. En la práctica, todo trabajo importante hecho por mujeres es voluntario, pues pocas desafían la desaprobación que se desencadena en cuanto se desvían del estereotipo de la sumisión y falta de lógicas «femeninas» (así, es denigrante describir una mujer como «ambiciosa» o «dura» o «intelectual»; y por una conducta que sería considerada en un hombre como una agresividad normal e incluso saludable se le llama «castratiz»). Dando por sentado que casi todos los trabajos que ofrecen las sociedades modernas son «alienadores», me impresiona más la doble alienación de que sufren las mujeres por el hecho de verse privadas incluso de esas satisfacciones limitadas que los hombres pueden extraer del trabajo. Entrando en el mundo del trabajo, aun en su forma actual, las mujeres tienen mucho que ganar, adquieren conocimientos gracias a los cuales pueden cuidarse de sí mismas y organizarse mejor. Y conquistan un terreno específico de lucha en cada trabajo o

profesión, en el que pueden plantear sus exigencias de liberación.
Dichas exigencias deben ir más allá de la «igualdad» que puede obtenerse a nivel individual en las situaciones laborales a las que las mujeres tienen acceso. Mucho más importante que obtener salario igual por trabajo igual (aunque esta mínima reclamación «liberal» no ha sido satisfecha en *ningún* país del mundo ¡excepto China!) es acabar de una vez con el modelo sexista conforme al cual funciona el mundo del trabajo. Las mujeres deben llegar a ser ingenieros de sonido, cirujanos, agrónomos, abogados, mecánicos, soldados, electricistas, astronautas, gerentes de fábricas, directores de orquesta, ajedrecistas, obreros de la construcción, pilotos aéreos —y en número suficiente como para que su presencia no llame la atención (cuando las mujeres llegan a constituir la gran *mayoría* de un trabajo monopolizado antes por los hombres, como la profesión médica en la Unión Soviética, el desafío al estereotipo-sexo es mucho menor. El resultado es que el hasta entonces papel «masculino» de doctor, se ha convertido en un papel «femenino»). Mientras el sistema de segregación sexual en el trabajo funciona con fuerza, la mayoría de la gente —tanto mujeres como hombres— continuará justificándolo «racionalmente», insistiendo que las mujeres carecen de fuerza física o de capacidad de juicio o de autodominio emocional para desempeñar muchos cargos. Conforme el sistema se debilita, las mujeres adquirirán mayor competencia. Y cuando no sean simplemente toleradas, sino se *espere* de ellas el desempeño de esos cargos a los que hoy no tienen acceso, gran número de mujeres serán de hecho capaces de realizarlos.
Cuando el trabajo llegue a ser totalmente desegregado sexualmente, las mujeres estarán mejor calificadas para unirse a sus compañeros de trabajo masculinos para poner en tela de juicio sus condiciones fundamentales, en los términos en que hoy se presenta. El estilo burocrático conforme al que se trazan las normas de trabajo en la sociedad moderna debe ser remodelado a fin de que permita medios de planear y tomar decisiones más democráticos y descentralizados. Más importante aún: el ideal mismo de «productividad» (y el de consumo) debe ser puesto a prueba. La economía de los países ricos lleva a cabo una división de funciones que actúa conforme a criterios sexuales: los hombres son considerados los «productores» que usan las herramientas mientras que las mujeres (y adolescentes) son definidas en términos de «consumidores». Hay que destruir esta distinción. De otro modo, la plena admisión de la mujer al trabajo masculino no hará sino duplicar, o casi, las filas de ese gran ejército de «productores» sicológicamente alienados reclutados ya en la campaña ecológicamente suicida de fabricar cantidades ilimitadas de bienes (y desperdicios).
El necesario replanteamiento del trabajo podría ser obra de las *élites* que actualmente existen, y las mujeres pueden encontrarse con que los hombres han tomado las decisiones capitales sin contar con ellas. Las nuevas estructuras de trabajo que habrá que forjar en las dos próximas décadas (parte de cuyo carácter será determinado por la necesidad de reducir toda una serie de trabajos) podrían perpetuar aún, intacto, el sistema sexista, reduciendo a las mujeres al papel de auxiliares parasitarias, sin voz ni voto. Las mujeres pueden impedir esto solamente si invaden desde ahora el mundo del trabajo, cuando todavía es «alienador» con un alto grado de conciencia feminista militante.

L. — *¿De qué manera contemplaría usted la lucha por la emancipación de la mujer: a) en el cuadro de una organización política y revolucionaria; b) exclusivamente en un movimiento femenino?*

S. S. — Aunque me alegra siempre que una organización política radical apoye la causa de la liberación de la mujer, no soy pesimista en cuanto a los beneficios a largo plazo. Esta alianza parece más natural de lo que en realidad es. La lucha revolucionaria tiende habitualmente a franquear a las mujeres en tanto que agentes históricos y a anular los estereotipos sexistas de un modo rápido y espectacular. Piensen en lo que las mujeres han hecho (o se les ha «permitido» hacer) en la Comuna, la Revolución Rusa, la Resistencia francesa e italiana durante la Segunda Guerra Mundial, la Revolución cubana, los treinta años de guerra nacional de liberación en Vietnam, el movimiento guerrillero palestino, la guerrilla urbana en América Latina, en relación a lo que se les permitía hacer (por muy capaces que fuesen) en cada una de esas sociedades justo an-

tes del comienzo de la lucha armada. Pero generalmente este franqueo es sólo temporal. Cuando la lucha concluye, ya sea con una victoria o con una derrota, las mujeres son invariablemente «desmovilizadas» con gran rapidez y alentadas a volver a su papel tradicional, pasivo y ahistórico. (Más tarde, su participación será ignorada y encubierta por historiadores e ideólogos —como, por ejemplo, en Francia, donde hay un pasmoso silencio hoy día acerca de las numerosas combatientes y mártires de la Resistencia.) Y la ruptura radical con los estereotipos sexistas, incluso si no es más que temporal, parece producirse fácilmente entre los revolucionarios sólo cuando emprenden la insurrección, la «guerra popula», la lucha guerrillera o la resistencia clandestina o la ocupación extranjera. En situaciones que no presentan caracteres de urgencia de tipo militar, el trato dado a las mujeres en las organizaciones políticas radicales dista mucho de ser ejemplar. A pesar de sus frecuentes proclamaciones feministas la vida interna de casi toda las organizaciones radicales ya ocupen el poder o no —desde los Partidos Comunistas oficiales a la Nueva Izquierda y los grupos *gauchistes* activos desde los 60— ratifica y promueve de modo a-crítico toda clase de «costumbres» sexistas.

Así, la presente ola de feminismo ha nacido realmente del penoso despertar de las mujeres en el seno de la mayor organización estudiantil radical norteamericana de los 60, el S. D. S., al hecho de que eran tratadas como miembros de segunda clase. En los mitines, las mujeres nunca eran escuchadas con la misma seriedad que los hombres; era siempre a una de ellas a quien se le pedía llevar las actas de la reunión o abandonar ésta a la mitad para ir a la cocina a preparar café. Aunque sus camaradas masculinos las protegían muy caballerescamente de la violencia policíaca durante las demostraciones, las excluían invariablemente de los puestos directivos. La complacencia sexista de las organizaciones radicales ha disminuido bastante, claro está, al menos en los Estados Unidos, precisamente a causa de la protesta de las mujeres. Aunque al comienzo eran sólo una minoría aislada y ridícula, se convirtieron en la avanzada de un nuevo nivel de conciencia de parte de muchas mujeres que, tras comenzar en América, se está extendiendo ahora tardíamente por Europa Occidental (aunque en una versión más limitada y dócil). No dudo que en los años 70, las mujeres que busquen su propia liberación y la de los demás podrían encontrar más aliados que nunca entre los hombres radicales. Pero el trabajo dentro de las organizaciones revolucionarias existentes no basta. En este punto ni siquiera es capital. Ahora y en el futuro próximo creo que el papel fundamental corresponde a los movimientos de mujeres. Por numerosos que sean los militantes radicales con los que se puede contar como aliados (y de hecho *no* son muchos), las mujeres deben asumir por sí mismas el esfuerzo principal de la lucha. Tienen que formar grupos en cada clase, cada profesión, cada comunidad; sostener y animar diferentes niveles de lucha y de formación de conciencia. (Por ejemplo, colectividades profesionales exclusivamente femeninas —de doctores que tratarán tan sólo a pacientes mujeres, de abogados y contables cuyos clientes serán únicamente de su sexo— así como conjuntos de *rock*, granjas, equipos cinematográficos, pequeños negocios, etc.) Políticamente hablando, las mujeres no encontrarán una voz militante hasta que se organicen en grupos dirigidos por sí mismas, de igual modo que los negros en los Estados Unidos no encontraron su verdadera militancia política mientras fueron representados principalmente por organizaciones integradas, lo que en la práctica, equivalía a ser dirigidos por blancos benévolos, bien educados y liberales. Uno de los objetivos de la acción política es educar a quienes la organizan. En este punto de subdesarrollo político de la mujer, trabajar con hombres (aun simpatizantes) frena el proceso mediante el cual las mujeres aprenden a funcionar como adultos autónomos y políticamente maduros. Las mujeres tienen que aprender ante todo a hablar entre sí. Como los negros y otros pueblos colonizados, tienen problemas de organización y experimentan dificultades en respetarse unas a otras y en tomarse en serio. Están acostumbradas a la dirección, o al menos al apoyo y aprobación de los hombres. Es por consiguiente de la mayor importancia que aprendan a organizarse políticamente por su cuenta y traten de movilizar a otras mujeres. Sus errores, al menos, les pertenecerán y podrán aprender de ellos.

En términos más generales: los presuntos radicales que preconizan en esta fase de la lucha que las mujeres trabajen para su liberación de acuerdo con los hombres están negando táci-

tamente las realidades de la opresión femenina. Tal política garantiza que toda la lucha en nombre de la mujer será moderada, y a fin de cuentas recuperable. Es un medio de asegurarse de antemano que no ocurrirá nada «radical» que la conciencia de las mujeres no cambiará de modo profundo. Pues las acciones integradas, realizadas junto con los hombres, limitan a la fuerza la libertad de las mujeres a pensar «radicalmente». La única oportunidad que tiene la mujer de llevar a cabo este cambio profundo de conciencia necesario a su liberación es la de organizarse separadamente. La conciencia cambia tan sólo a través de la confrontación, en situaciones en las que la conciliación no es posible.

Así hay ciertas actividades que únicamente grupos exclusivos de mujeres pueden —o desearán— realizar. Sólo grupos enteramente compuestos por ellas diversificarán convenientemente sus tácticas, y serán suficientemente «extremos». Las mujeres deberían cabildear, demostrar, hacer marchas públicas. Deberían tomar lecciones de karate, silbar a los hombres en las calles, hacer incursiones en los salones de belleza, piquetear a los fabricantes de juguetes sexistas, adoptar en gran número un lesbianismo militante, manejar sus propias clínicas de siquiatría y aborto libre, procurar asesoría en materias de divorcio ideológico, establecer centros de desintoxicación para el maquillaje, adoptar los nombres maternos como apellido, sacarse y ponerse sus sostenes, desgarrar afiches publicitarios insultantes para la mujer, perturbar actos públicos entonando canciones en honor de las dóciles esposas de las celebridades masculinas y de los políticos, colectar promesas de renuncia a las pensiones alimenticias y a las risitas nerviosas, querellarse por difamación contra las «revistas femeninas» de gran tiraje, llevar a cabo campañas de acoso telefónico contra siquiatras de sexo masculino que tienen relaciones sexuales con sus pacientes del otro sexo, organizar concursos de belleza para hombres. Los actos «extremistas» son válidos en sí, porque contribuyen a elevar la conciencia de las mujeres. Y, aunque mucha gente pretenda que tales actos les chocan o los sacan de sus casillas, su retórica tiene un efecto indudablemente positivo sobre la mayoría silenciosa. Consideremos el teatro de guerrilla. Aun ejecutado por una pequeña minoría, obliga a millones de personas a ponerse a la defensiva respecto a actitudes sexistas hasta entonces apenas conscientes, acostumbrándoles a la idea de que estas actitudes distan mucho de ser evidentes. (Tampoco excluyo la utilidad de una violencia guerrillera real.)

Obviamente ninguna acción individual es «necesaria». Pero todos los tipos de acción se justifican. Sin dejarse disuadir por el temor de confirmar los clisés sexistas (vgr. los que las representan como seres emotivos, incapaces de objetividad y despego), los grupos militantes deben comprometerse a adoptar conductas que violan los estereotipos de feminidad. Un medio muy común de reforzar la pasividad de las mujeres, ha sido el decir que serán más efectivas e influyentes políticamente si actúan con «dignidad», si no infringen el decoro y se muestran encantadoras.

Las mujeres deberían manifestar su desprecio por esta forma de intimidación disfrazada de consejo amistoso. Las mujeres serán mucho más eficaces si son rudas, chillonas y —conforme a standards sexistas— inatractivas. Tropezarán con el ridículo, y no bastaría con que lo soportasen estóicamente. A decir verdad, deberían regocijarse de ello. Cuando se moteja sus acciones de «ridículas» y se rechaza sus demandas como «exageradas» y «absurdas», las mujeres militantes pueden estar seguras de que andan por buen camino.

L. — *En este último caso, ¿cuáles serían los objetivos a corto y a largo plazo?*

S. S. — La diferencia que realmente cuenta no es entre objetivos a breve y largo plazo sino, como ya hemos indicado, entre los objetivos que son «reformistas» (o «liberales») y los que son «radicales». La mayoría de los objetivos que han perseguido las mujeres, desde el sufragio en adelante, han sido «reformistas». Un ejemplo de la diferencia: la petición de que las mujeres reciban salario igual por trabajo igual es «reformista», mientras que la de exigir acceso a todos los empleos y profesiones sin excepción es «radical». La existencia de salario igual no ataca el sistema de estereotipo sexista. Pagar a una mujer el mismo salario que recibe un hombre si ella ejerce el mismo trabajo, establece una clase de equidad meramente formal, pues no garantiza que no habrá más que unos cuantos empleos que *realmente* las mujeres ejerzan tan a menudo como los

hombres, o que sólo un número simbólico de mujeres que son profesionales altamente especializadas ocupen posiciones gerentes y se metan en política. Cuando la mitad aproximada de quienes realizan cualquier clase de trabajo sean mujeres, cuando todas las formas de empleo y responsabilidad pública lleguen a ser totalmente co-educacionales, los estereotipos sexistas terminarán, y no antes.

Al subrayar esta diferencia de nuevo, no estoy sugeriendo que las mejoras «reformistas» sean desdeñables. Al revés, la lucha por ellas es sumamente importante, como lo demuestra el hecho que estas demandas son aún, para la mayoría de la gente, demasiado «radicales». Por otra parte, distan mucho de haber sido satisfechas. Incluso el reformismo es una larga marcha en lo que respecta a la mujer. En este lento proceso hacia el cumplimiento de las exigencias reformistas, los países comunistas van claramente en cabeza. Después, pero muy detrás de ellos en términos de grado de ilustración «liberal» en materias de política pública, vienen los países capitalistas de educación protestante, especialmente Suecia, Dinamarca, Inglaterra, Holanda, Estados Unidos, Canadá y Nueva Zelanda. Muy rezagados con respecto a ellos, siguen los países de formación cultural católica, como Francia, Italia, España, Portugal, México y los países de Centro y Suramérica, donde las mujeres casadas no pueden poseer y disponer de sus bienes sin la firma de sus maridos y donde el derecho al divorcio, por no mencionar la legalidad del aborto, sigue siendo un problema duramente controvertido. Y todavía detrás de los países latinos, casi perdidos en la lejanía, los países de cultura musulmana, en los que las mujeres siguen aún sometidas a una serie de formas de segregación social, explotación económicas y vigilancia sexual increíblemente estrictas y, a menudo, físicamente coactivas... Pero a pesar de la irregularidad cultural con la que mejora la situación de la mujer, no tengo la menor duda de que, incluso si no interviene ningún elemento nuevo, todas estas exigencias reformistas serán satisfechas en la mayor parte de los países dentro de los próximos 50 años. Mi opinión es que, entonces, la lucha no habrá hecho más que empezar. Pues incluso después de ello, el completo sistema de esterotipo sexista, que reduce a las mujeres a la condición de ciudadanos de segunda clase, puede permanecer intacto.

Hay que emprender una profunda lucha para conseguir un cambio de conciencia. Las mujeres deben aprender a sentir y expresar su cólera. Deben comenzar planteando exigencias concretas —en primer lugar a sí mismas (para conducirse de modo adulto) y luego a los hombres. Para empezar, pueden mostrar su aceptación del *status* plenamente adulto mediante meros actos simbólicos, como no cambiar de apellido cuando se casan. Pueden desprenderse poco a poco de la opresora preocupación por su aspecto personal, por la cual consienten en convertirse en «objetos». (Abandonando el maquillaje y los servicios tranquilizadores de los salones de belleza, renunciar simbólicamente al narcisismo y vanidad que de modo insultante se les atribuye.) Pueden rehusar el ritual de la galantería masculina que escenifica su posición inferior y la metamorfosea en seducción. Lo más a menudo posible, deberían encender los cigarrillos de los hombres, cargar sus maletas y ayudarles a reparar sus neumáticos pinchados. Incluso los actos más triviales que ignoran los modelos «femeninos» preestablecidos, tienen su peso y ayudan a educar tanto a las mujeres como a los hombres. Son el prólogo indispensable a toda consideración seria por parte de la mujer del marco de su liberación. Esta reflexión debe coincidir con la creación de instituciones experimentales dirigidas por y para mujeres —comunidades de vida y trabajo, escuelas, guarderías infantiles y dispensarios— que encarnarán su solidaridad de mujeres, su creciente conciencia política y sus estrategias prácticas para sustraerse al sistema de estereotipo sexista.

La liberación de la mujer tiene un significado político a corto como a largo plazo. Cambiar el *status* de la mujer no es sólo un objetivo político en sí: prepara (y forma parte de) este cambio radical en la estructura de conciencia y la sociedad que es —a mi entender— el socialismo revolucionario. No es simplemente que la liberación de la mujer no tenga porque esperar la victoria del socialismo: es que no puede esperarla. No creo en una victoria del socialismo a menos de que no vaya precedida por grandes victorias del feminismo. La primera fase, la liberación de la mujer, es una preparación necesaria para la victoria del socialismo, y no al revés, como han pretendido

siempre los marxistas, pues si ocurre así, es más que probable que las mujeres se encuentren con que su liberación es un fraude. Si la segunda fase —la transformación de la sociedad conforme al socialismo revolucionario— ocurriese sin un movimiento de mujeres independiente y militante previo, las mujeres descubrirán que han pasado meramente de la hegemonía de una moral opresiva a otra.

L. — *¿Considera usted que la familia es una traba para la emancipación de la mujer?*

S. S. — Tal como hoy se concibe, la familia —la moderna «familia nuclear»— es ciertamente un instrumento de opresión de la mujer. Pero obtendríamos escaso consuelo si examináramos las otras formas conocidas que ha adoptado en el pasado y que tiene hoy fuera de las sociedades de tipo «europeo» (la mayor parte de Europa y Norte y Suramérica).

Virtualmente *todas* las formas conocidas de familia definen a la mujer en términos que la subordinan al hombre, la mantienen dentro del «hogar» y confieren el poder público exclusivamente a los hombres, los cuales organizan grupos enteramente masculinos fuera de la familia. En la cronología de las vidas humanas, la familia es la primera y sicológicamente más irrefutable escuela de sexismo. Desde la infancia más tierna, mediante los métodos sistemáticamente opuestos en que se trata a niños y niñas (vestido, modo de hablarles, elogiarles y castigarles) se inculca en ellas las normas de narcisismo y dependencia. Al crecer, los niños de los dos sexos aprenden del modelo de su padre y de su madre la diferente conducta que se espera de ellos: la clase fundamentalmente distinta del compromiso de mujeres y hombres con respecto a la vida familiar.

La familia es una institución organizada en torno a la explotación de las mujeres en tanto que moradores permanentes del espacio familiar. Trabajar significa por tanto para las mujeres liberarse cuando menos de una parte de su opresión. Al hacer un trabajo pagado, cualquiera que sea, una mujer deja de ser exactamente una criatura doméstica. Pero puede continuar todavía siendo explotada como tal, ahora parte del tiempo y cargar sobre los hombros con casi dos tareas permanentes. Las mujeres que han ganado la libertad de salir al «mundo», pero que deben apechar todavía con la responsabilidad de la compra, cocina, limpieza e hijos cuando vuelven del trabajo no han hecho sino duplicar su tarea. Este es el aprieto de casi todas las mujeres casadas que trabajan, tanto en el mundo capitalista como en el comunista. (La opresión de la doble carga que pesa sobre ellas es particularmente visible en la URSS, en razón de la mayor diversidad de los empleos a que tienen acceso, que, pongamos por caso, en Estados Unidos, con su estilo de vida de sociedad de consumo que marcha y se halla apenas equipada de centros de ayuda social.) Incluso cuando la mujer ejerce un empleo tan honorable o físicamente agotador como el de su marido, cuando ambos vuelven a casa parece todavía natural al marido (y habitualmente a la mujer) ponerse a descansar mientras ella prepara la cena y, después, hace la limpieza. Tal explotación continuará, aunque aumente el número de mujeres que se incorporan al trabajo, mientras éste desafíe excepcionalmente la noción del papel «femenino». En la medida en que los empleos que obtienen son concebidos conforme a sus aptitudes «femeninas» de asistir a los hombres, la mayoría de hombres y mujeres no ve ninguna contradicción entre el «empleo de la mujer» y las artes tradicionalmente «femeninas» (asistente, nurse, cocinera) que se les exige en casa. Sólo cuando numerosas mujeres ocupen toda clase de empleos dejará de parecer natural al marido que su esposa haga todo o gran parte del trabajo doméstico. Hay sobre el tapete dos exigencias que son totalmente distintas, aunque posteriormente puedan llegar a fundirse. Una: que el alcance del empleo no sea fijado ya conforme a líneas de identidad sexual. Otra: que los hombres participen plenamente en el tradicionalmente «femenino» trabajo doméstico. Ambas demandas tropiezan con una resistencia intensísima.

Los hombres las juzgan a la par molestas y amenazadoras; aunque en el día de hoy parezcan soportar algo mejor la primera que la segunda, lo que demuestra que la gramática de la vida familiar (como el lenguaje mismo) es la fortaleza más profunda y terca de las suposiciones sexistas.

En una vida de familia que no sea opresiva para la mujer, los hombres tomarán parte en todas las actividades domésticas, mientras que las mujeres consagrarán gran parte de su tiempo a obligaciones «exteriores», que no tienen

nada que ver con sus familias. Pero la solución implica algo más que ajustar el grado de participación de los hombres: el ideal es un reparto por *igual* de todas las cargas y responsabilidades. Dichas actividades deben a su vez ser objeto de un planteamiento nuevo. La familia no tiene que ser una molécula hermética, cuyas actividades incumben sólo a ella. Muchas actividades domésticas podrían realizarse de un modo más eficiente y ameno en un espacio comunal, como sucedía en las sociedades anteriores a la época moderna. No hay ningún beneficio real en que cada familia tenga (o pudiera tener) su *baby-sitter* privada, o su muchacha *au pair* o su criada, esto es, mujeres independientes pagadas para compartir o reemplazar el gratuito y no oficial papel de servidor de la esposa. Igualmente, tampoco hay ninguna razón (aparte del egoísmo y temor) para que cada familia tenga su máquina de lavar la ropa y los platos, su televisor, etc. Mientras el servicio doméstico privado (especialmente de mujeres) está desapareciendo del mapa, excepto en el caso de familias muy ricas, y mientras los países pasan de la economía pre-moderna a la de industrialización y consumo, los servicios mecánicos privados tienden a proliferar. La mayoría de los nuevos instrumentos mecánicos de servicio cuya adquisición por cada familia «individual» es el primer artículo de fe de la sociedad de consumo, podrían muy bien ser propiedad común de grupos de familias, y ello reduciría la innecesaria repetición del trabajo, moderaría el espíritu de competencia y atesoramiento y evitaría el derroche. Democratizar las faenas domésticas es uno de los pasos indispensables para cambiar las definiciones opresivas del papel de mujer y marido, madre y padre, ayudaría a derribar los muros que en todas las modernas sociedades industriales separan a una familia minúscula de otra, con devastadoras tiranteces sicológicas sobre los miembros de cada una de ellas.

La moderna «familia nuclear» es un desastre sicológico y moral. Es una cárcel de represión sexual, un terreno de juego para un inconsistente relajamiento moral, un museo del espíritu de posesión, una fábrica de sentido de culpabilidad, una escuela de egoísmo. Con todo, a pesar del precio terrible que pagan sus miembros en forma de ansiedad y acumulados sentimientos de odio, la familia moderna tiene en su haber algunas experiencias positivas. Sobre todo en las sociedades capitalistas de hoy, la familia es el único lugar donde es todavía posible algo que se aproxime a las relaciones personales no alienadas (calor, confianza, diálogo, ausencia de competencia, espontaneidad, placer sexual). No es casual que uno de los slogans diseminados por el capitalismo —el gran responsable de las condiciones que provocan la mayor alienación en el trabajo y en todos los vínculos comunales— es el del carácter sagrado de la familia. (Por familia entienden tan sólo, aunque nunca lo digan, la familia «nuclear» patriarcal.) La vida familiar es exactamente la reserva anacrónica de estos valores «a la escala humana» que la sociedad urbano-industrial destruye, pero que debe agenciárselas para conservar de algún modo. El capitalismo no puede presentarse sin máscara. Para sobrevivir, esto es, para extraer el máximo de productividad y apetito de consumo de su masa de ciudadanos, el capitalismo (y su primo hermano, el comunismo de estilo soviético) tienen que continuar a conceder una existencia limitada a los valores de la no-alienación. Por ello, les concede un *status* privilegiado y protegido en una institución, la familia, que es económica y políticamente inocua. Este es el secreto ideológico oculto detrás de la forma misma de la familia «nuclear»: una unidad demasiado pequeña en términos numéricos, demasiado desollada, demasiado confinada a su espacio vital (arquetípicamente, el piso urbano de tres o cuatro habitaciones) para ser viable como unidad económica o relacionarse políticamente con las fuentes del poder. A comienzos de la era moderna, el hogar perdió su antiguo papel como emplazamiento de altares y ritual; las funciones religiosas pasaron a ser enteramente acaparadas por «iglesias», y los miembros de la familia comenzaron a asistir a sus ritos como *individuos* fuera del hogar. Desde fines del XVIII, la familia se ha visto forzada a ceder sus derechos de educar (o no educar) sus hijos al estado-nación centralizado, el cual mantiene «escuelas públicas» que los niños de cada familia están legalmente obligados a concurrir como individuos. La familia nuclear, igualmente llamada familia básica, es una familia inútil, una invención ideal de la sociedad industrial urbana. Su función es justamente ésta, ser inútil, ser un refugio. Despojada de toda función económica, religiosa y educativa,

existe solamente como una fuente de calor emotivo en un mundo helado.

La glorificación de la familia no es sólo una profunda hipocresía; revela también una verdadera contradicción estructural en la ideología y funcionamiento de la sociedad capitalista. La función ideológica de la familia moderna es manipulativa, más exactamente, auto-manipulativa. Esto no significa que podamos rechazar cuanto entra en escena en la vida de familia como totalmente fraudulento. La familia nuclear encarna sin duda genuinos valores. A decir verdad, si no hubiese siquiera esa forma mezquina de vida familiar que florece hoy, la gente llevaría una vida más alienada que la que ya lleva. Pero la estrategia no funcionará indefinidamente. La contradicción entre los valores que la vida de familia tiene la misión preservar y los valores promovidos por la sociedad capitalista en general es, en último término, insostenible. En realidad, las familias resultan cada vez menos capaces de cumplir bien la tarea que se les asigna, la tarea que justifica la familia en su forma moderna. La función de la familia como «museo ético» de la sociedad industrial se está deteriorando; incluso en ella, los valores «a escala humana» se evaporan. El capitalismo atesora los valores de la no-alienación en un lugar seguro, una institución que es (por definición) apolítica. Pero no hay lugar seguro. Los ácidos del mundo exterior son tan fuertes que la familia se está envenenando. La sociedad la contamina cada día más, introduciéndose directamente, por ejemplo, mediante las voces homogéneas del televisor en cada sala de estar.

Patrocinar la «destrucción» de la familia, por su autoritarismo, es un clisé fácil. El vicio de la vida familiar a través de la historia no es el autoritarismo en sí, sino el que la autoridad se funda en relaciones de propiedad. Los maridos «poseen» esposas, los padres «poseen» sus hijos. (Esta es sólo una de las muchas semejanzas existentes entre el *status* de las mujeres y el de los niños. Por eso, el sexo cuyos miembros son *definidos* adultos y por consiguiente, responsables de sí mismos, ordena galantemente «primero mujeres y niños» cuando un navío se hunde. En España, ninguna mujer casada, cualquiera que sea su edad, puede ejercer un empleo, abrir una cuenta bancaria, solicitar un pasaporte o firmar un contrato sin el permiso escrito del marido, exactamente como un niño. Las mujeres, como los niños, son esencialmente consideradas menores; son pupilas de sus maridos, como los niños son pupilos de sus padres.) Incluso la moderna familia nuclear en su forma «liberalizada» del Norte de Europa y del Norte de América se funda todavía, aunque de modo menos flagrante, en el hecho de tratar mujeres y niños como bienes. Hay que abandonar de una vez este tipo de familia. Las mujeres no deberían ser tratadas como bienes. Los adultos no deberían ser tratados como menores. Pero ciertas formas de autoridad tienen sentido en la vida de familia. El problema es qué clase de autoridad, lo cual depende de la base sobre la que funda su legitimidad. La reestructuración de la familia necesaria a la emancipación de la mujer, implica sustraer a la autoridad otorgada a los acuerdos familiares una de sus principales formas de legitimidad: la autoridad que tiene el hombre sobre la mujer. Aunque la familia es la institución que encarna originalmente la opresión de la mujer, la eliminación de la opresión no disolverá la familia. Tampoco una familia no-sexista existirá sin *alguna* idea de autoridad legítima. Cuando los acuerdos familiares dejen de ser una jerarquía dictada por el papel sexual, habrá todavía ciertos rasgos jerárquicos dictados por la diferencia de edad. Una familia no-sexista no carecerá completamente de estructura por el hecho de ser «abierta».

Precisamente a causa de que la familia es una institución singular —la única institución que la sociedad moderna, por las razones antedichas, insiste en definir como «privada»— su reconstrucción es un proyecto sumamente delicado, que se adapta menos a los planes de cambio establecidos de antemano que uno puede aplicar a las demás instituciones. (Resulta mucho más claro, por ejemplo, decidir lo que hay que hacer en las escuelas para eliminar el sexismo y disminuir su autoritarismo en otros senderos.) La reconstrucción de la vida de familia debe ser parte de la construcción de nuevas, aunque todavía a escala reducida, formas de comunidad. Allí es donde el movimiento de las mujeres puede ser particularmente útil, creando, dentro del contexto de la sociedad de hoy, instituciones «alternativas» que serán las pioneras del desarrollo de una nueva praxis de vida de grupo.

En cualquier caso, no puede hacerse nada al

respecto por decreto. E, indudablemente, alguna forma de vida de familia continuará. Lo deseable no es destruir la familia, sino la oposición (especialmente arraigada en los países capitalistas) entre el «hogar» y el «mundo». Dicha oposición es decadente, resulta opresiva para la mujer (y los niños) y asfixia y sangra estos sentimientos comunitarios y fraternales sobre los que puede edificarse una nueva sociedad.

L. — *¿Qué importancia concede usted al aborto libre entre los objetivos de la lucha femenina?*

S. S. — La legalización del aborto es una exigencia reformista, como la eliminación del estigma sobre las madres solteras y los llamados hijos ilegítimos y el establecimiento de guarderías infantiles gratuitas para las madres que trabajan. Y como todas las demandas reformistas hay que sospechar de ella. La historia nos muestra que cuando la cólera de las mujeres se canaliza en la lucha por tales demandas se deja desarmar fácilmente. (Un ejemplo: ¿qué ocurrió con el movimiento creado en torno al sufragio en Inglaterra y Estados Unidos cuando las mujeres obtuvieron finalmente el voto después de la Primera Guerra Mundial?) Dichas reformas tienen a reducir y luego a dispersar de modo abrupto energías militantes. Puede argüirse asimismo que fortalecen directamente el sistema represivo en la medida en que mejoran alguna de sus penalidades. Contrariamente a lo que se siente con tanta pasión, en especial en los países latinos, es mucho más plausible que la legalización del aborto —como el uso legal de contraceptivos a bajo precio— ayude a conservar el actual sistema de matrimonio y de familia. De este modo, tales reformas refuerzan realmente el poder de los hombres y mantendrán por un tiempo igualmente largo la sexualidad licenciosa que explota a las mujeres y que se considera normal en esta sociedad.
No obstante, dichas reformas corresponden a las necesidades reales, concretas e inmediatas de centenares de millones de mujeres, con excepción de las ricas y privilegiadas. Con una adecuada conciencia teórica en el movimiento de las mujeres, la mejora de sus condiciones puede conducir a otras demandas. Gran parte del valor de la lucha por tales objetivos cuyo peso político es reducido o problemático depende del *lugar* donde aquella tiene lugar. Por regla general, cuanto más dura es la lucha, mayores son las posibilidades de politizarla. Así, una campaña en favor de la legalización del aborto y los contraceptivos tiene mayor dimensión política en Italia o Argentina que en Noruega o Australia... En sí mismo, el derecho al aborto no tiene ningún contenido político serio a pesar de su carácter sumamente deseable en el terreno humanitario y ecológico. Pero se convierte en una exigencia válida cuando se formula como un paso en una *cadena* de demandas y acciones que puede movilizar y hacer avanzar la conciencia de gran número de mujeres que no habían empezado a pensar aún seriamente sobre su propia opresión. La situación fundamental de la mujer no cambiará en absoluto cuando obtenga cualquiera de esos derechos. El hecho que el divorcio sea virtualmente imposible en España mientras se obtiene fácilmente en México no hace que la mujer mexicana sea substancialmente mejor que la española. Pero la lucha por estos derechos puede constituir un paso importante en el entrenamiento para un nivel de lucha más profundo.

L. — *Usted es precisamente una mujer liberada y por consiguiente ha establecido gracias a esta situación un nuevo tipo de relación con los hombres, ¿cómo ve la actitud de ellos ante usted?*

S. S. — Encuentro la pregunta un tanto extraña Da por supuesto que mi respuesta será el ejemplo de una mujer «liberada» que, en virtud de la identidad que ustedes me confieren, debe disfrutar de un «nuevo tipo de relaciones» con los hombres. Pero luego me piden que diga cómo creo que los hombres piensan de mí. Si he establecido realmente una nueva clase de relación con los hombres, la respuesta parecería obvia: a saber, que tengo una mejor (esto es, más completa y humana, menos deformante y opresiva) relación con los hombres de la que tendría sino fuese una mujer «liberada», y que los hombres tienen una relación positiva correspondiente respecto a mí. Pero naturalmente las cosas no son en absoluto tan simples.
No sabría ser una mujer de una clase distinta de la que soy. Cuando tenía cinco años, mi ambición era llegar a ser bioquímica y ganar

B.D.I.C

el Premio Nobel (acababa de leer una biografía de Madame Curie). Seguí con la química hasta los diez diez años, cuando decidí que sería mejor un médico. A los quince, supe que iba a llegar a ser un escritor. Desde el comienzo, nunca se me ocurrió que podían impedirme actuar en el mundo por el hecho de haber nacido hembra. Quizá a causa de una infancia enfermiza que transcurrió principalmente entre libros y en mi laboratorio químico instalado en el garage vacío de mi familia, en una parte muy provinciana de Estados Unidos, con una vida de familia tan mínima que podría describirse como «subnuclear», era tan inocente que ignoraba incluso la existencia de una barrera. Luego dejé el hogar a los quince años para ir a la universidad, emprendí varias carreras y encontré que las relaciones que tenía con los hombres en mi vida profesional eran, salvo raras excepciones, uniformemente cordiales y respetuosas. Así, durante muchos años de mi vida adulta continué ignorando que había un problema hasta el punto de no saber siquiera que era feminista, tan pasado de moda estaba este punto de vista en aquellas fechas, cuando me casé a la edad de 17 años (en 1951) y conservé mi apellido. Me pareció una decisión igualmente «personal» de mi parte, cuando me divorcié de mi marido siete años después, el rechazar con indignación la tentativa automática de mi abogado de obtener una pensión alimenticia, incluso aunque no tenía un centavo, ni bienes, ni empleo alguno en aquel entonces y debía mantener a un niño de seis años. Pues aun con toda esta conducta bastante valiente y de buenos principios (así la veo ahora) mi valentía y mi posición de principio sufrían gravemente con todo de una especie de insensibilidad política y moral. Durante muchos años, cuando la gente aludía a las supuestas dificultades de ser una mujer «liberada», la miraba con asombro. El problema no existía para mí excepto en la envidia y resentimiento que sentía ocasionalmente de parte de otras mujeres, las esposas educadas, pero ociosas, inmovilizadas y sin medios de salir del hogar de los hombres con quienes yo trabajaba. Era vagamente consciente de que constituía una excepción, pero aceptaba como un derecho propio las ventajas de que disfrutaba. Ahora conozco las cosas mejor. Mi caso no es infrecuente. De un modo menos paradógico de lo que podría suponerse, la posición de la mujer «liberada» en una sociedad liberal en la que la vasta mayoría de las mujeres *no* lo son es embarazosamente cómoda. Con una dosis de talento y buen ánimo, o meramente una ausencia obstinada de auto-conciencia, una puede eludir (como yo) los obstáculos iniciales y la irrisión que probablemente afligen a la mujer que persiste en su autonomía.

Y para una mujer que se encamina hacia una vida de independencia las cosas no sólo le parecen relativamente llevaderas: incluso puede cosechar considerables ventajas profesionales del hecho de ser mujer —llamar más la atención, etc.— si es realmente competente y dotada. La buena suerte de dicha mujer es como la buena suerte de unos cuantos negros en una sociedad liberal, pero todavía racista. Cada grupo liberal (ya sea político, profesional o artístico) necesita su «mujer simbólica», su mujer excepcionalmente inteligente y enérgica que actúa en un mundo de hombres.

Lo que he aprendido en los últimos cinco años —y de ello soy enormemente deudora al movimiento de liberación de las mujeres de los Estados Unidos— es a situar mi propia experiencia en una perspectiva política. Mi buena suerte no viene al caso. ¿Qué prueba en realidad? Nada de nada.

Ahora veo que cualquier mujer ya liberada que acepta de buen grado su privilegiada situación participa directamente (aun sin saberlo) en la opresión de las demás mujeres. Y acuso justamente de ello a la abrumadora mayoría de mujeres con carreras en el campo de las artes o las ciencias, en las profesiones liberales y en la política. A menudo me ha sorprendido ver cuán misóginas son la mayor parte de las mujeres que han triunfado, y el afán que tienen de decir cuán tontas, aburridas, superficiales o cargantes encuentran a las demás mujeres y lo mucho que prefieren la compañía de los hombres. Como casi todos los hombres, que profundamente desprecian y tratan con aire protector a las mujeres, la mayoría de las mujeres «liberadas» no aprecian o respetan a las demás. Cuando no las temen como rivales sexuales, las temen como rivales profesionales, y desean conservar su *status* especial de mujeres admitidas en un mundo profesional casi exclusivamente masculino. La mayoría de las mujeres «liberadas» son desvergonzadas representantes de una mentalidad «Tío Tom», ansiosas de halagar a sus colegas masculinos,

convirtiéndose en cómplices suyos para denigrar a las demás mujeres menos desenvueltas y minimizando deshonestamente las dificultades con las que ellas mismas han tropezado a causa de ser mujeres. Con su conducta dan a entender que todas las mujeres podrían hacer lo que ellas han hecho, si solamente se lo hubieran propuesto; que las barreras levantadas por los hombres son débiles; que son sobre todo las propias mujeres quienes retroceden. Esto es simplemente falso.

La primera responsabilidad de una mujer «liberada» es llevar la vida más completa, libre e imaginativa que pueda. La segunda, manifestar su solidaridad con las otras mujeres. Podrá vivir y trabajar y hacer el amor con los hombres. Pero no tiene derecho a representar su situación más simple, o menos sospechosa o menos llena de compromisos de lo que realmente es. Las buenas relaciones con los hombres no deben adquirirse a costa de traicionar a sus hermanas.

Respuesta de Marta Lynch

1. — *Qué contenido concreto da usted al concepto de emancipación femenina?*

—Esa pregunta se contesta mejor con la fotografía de cualquier barriada. Las escenas de pobreza familiar son comunes en mi país y mucho más comunes en el resto de América Latina, continente que funciona ensamblado en cuanto a subdesarrollo, desamparo y miseria. Sería poco responsable de mi parte contestar en nombre de otras mujeres no argentinas. Pero mientras lo hago, no puedo olvidar a las mujeres peruanas —por ejemplo— a las que he visto reiteradamente en tal situación de hiposuficiencia económica y moral que hablarles de «emancipación» casi sería una broma surrealista. En el mundo en el que vivo —como tantas sudamericanas, intelectuales o no— hay que empezar por dar de comer a la gente para dedicarse luego a las especulaciones. Hay que darles de comer, hay que vestirlas, hay que asegurar sus funciones biológicas (en Bolivia, la mortalidad infantil alcanza el 230 por mil), hay que enseñarles a leer y a escribir. Hay que darles posibilidad para que puedan adscribirse a la problemática que preocupa, al parecer, a las mujeres de los países más afortunados. Como una paradoja, son los dos países explotadores por excelencia —EE. UU. de Norteamérica y Gran Bretaña— los que más énfasis han puesto en el movimiento de liberación de la mujer. ¡Como si no se supiera que la situación de inferioridad de ésta es hoy parte de la lucha de clases! La única profesión que se nos ha permitido es la de cortesana. Aún hoy, el mundo del consumo, nos ha cosificado a tal punto que ninguna de nosotras ignora el beneficio estruendoso que puede proporcionar un buen par de piernas o unos pechos generosos. La religión hizo otro tanto para subestimar la condición femenina atribuyéndole toda la responsabilidad del mal y del pecado; y la mitad masculina de la humanidad se ha sentido cómoda en este estado de las cosas. Nadie puede extrañarse que la emancipación de la mujer sea pues un problema de su interioridad, vale decir que es adentro de ella misma donde han de estructurarse las condiciones de su independencia. Es la mujer quien debe elevarse al rango de ser humano perdiendo definitivamente su inclinación a dejarse tomar como un objeto, inclinación que, dicho sea de paso, conserva más número de mujeres de lo que podría pensarse. En América Latina, las condiciones del proletariado son tan agobiantes, las mujeres están de tal modo concatenadas al grado de explotación que también sufre el hombre por su parte y la familia en consecuencia, que este problema de la emancipación es tan gratuito como sofisticado. Sumergidas en la miseria o invernadas en la estulticia y la ignorancia (en las clases pudientes) las mujeres de mi continente tienen otras etapas que recorrer antes de encarar su «emancipación»: me refiero a la etapa de las revoluciones nacionales, paso imprescindible y único sin el cual toda clase de reflexión es un regodeo intelectual gratuito. Es Cuba el único país de Sur América en el que he visto dar a la mujer un trato igualitario, justo, gratificante y promisorio. Y es asimismo Cuba el único país que podría tener derecho de hablar con fundamento de la «emancipación» femenina. Protección en el trabajo, protección en la maternidad, espectaculares regímenes de protección a la madre y al hijo, guarderías, escuelas, hospitales modelos, respeto y justicia en el contrato de matrimonio como en los divorcios y en el reconocimiento de los hijos; supresión de la prostitución, resguardo a la ancianidad no son sino pasos que la Revolución Cubana ha dado para que la mujer se incorpore a la vida no con un absurdo y rencoroso empuje de *girl scout* sino con todo el esplendor de la especie.

2. — *En su opinión, ¿cuál es la relación entre la lucha por la emancipación de la mujer y la lucha de clases? ¿Cree usted que la primera debe subordinarse a la segunda?*

—No creo necesario reiterar que la lucha por la emancipación de la mujer es parte de la lucha de clases. Y que la primera debe subordinarse —sin lugar a dudas— a la segunda. No subordinarse, precisamente: una es consecuencia de la otra. El estado de sometimiento de la mujer ha sido el resultado de un sistema que la sometió de acuerdo a una tabla de valores falsos y perversos. La toma de conciencia revolucionaria en una mujer es su primer paso para quebrar ese vicioso estado de cosas. Es la lucha lo que en forma especial libra a la mujer de la carga de prejuicios con la que fue sometida. En la lucha ella es un ser humano completo.

3. — *Tomando en cuenta que el trabajo doméstico es gratuito y sin valor de cambio, se podría considerar a las mujeres como una clase aparte, fuera de las existentes. Esto supondría que la opresión patriarcal debe entenderse como contradicción principal y no secundaria. ¿Está usted de acuerdo con este análisis?*

—No, por cierto, ya que es difícil considerar la existencia de la mujer (especialmente si es ama de casa) separada del contexto familiar en el cual entran marido e hijos. La significación de este grupo como elemento productivo en la sociedad impide tomar al ama de casa en una forma aparte. La opresión patriarcal a la que hice mención en la primera respuesta, no sería pues una contradicción principal sino secundaria, ya que la explotación se ejerce también sobre el grupo dentro del cual se maneja la mujer ama de casa. Dicho en otras palabras: la mujer de la casa es explotada en la misma forma que lo es su marido en la fábrica o su hijo en el campo. Hilando más fino podría llegarse a una doble explotación en la que encajaría el carácter patriarcal de algunos tipos de familia, el machismo latinoamericano, por ejemplo. Pero creo que esta opresión no es sino un factor secundario ya que el hombre al fin —machismo o no, en vigencia— no hace sino sufrir a su vez las imposiciones y las deformaciones del Sistema.

4. — *Se considera que el trabajo remunerado es alienante dadas las condiciones en las cuales se desarrolla en nuestras sociedades. A pesar de esto, ¿lo aconsejaría usted a las mujeres como medio de liberación?*

—El trabajo remunerado no es alienante. Alineantes son las condiciones en las que se desenvuelve el trabajo en los países capitalistas. No es lo mismo —sin duda— manejar un carguero en los EE. UU. que hacerlo en Cuba; ni manejar un ascensor en Argelia que subir y bajar junto con él en Liverpool. O en Düsseldorf. Pero aunque así fuera, lo aconsejaría siempre a la mujer como medio de liberación. He visto mujeres sumergidas, histéricas y medio chifladas recuperar su salud moral y su entusiasmo existencial con el fácil expediente de acudir todos los días a un trabajo que las hace sentir vivas. La seguridad económica es la forma en que gran parte del mundo femenino trata de liberarse de su inseguridad natural, de un apego ancestral a la protección masculina. Esto es, sin embargo, sólo un paso intermedio ya que en la sociedad socialista del futuro no será el factor económico el que mueva la intención de la mujer sino la dinámica de su vocación o de su responsabilidad. También en América Latina subsiste la bárbara política del hombre como UNICO y obligatorio sostén de la casa, la mujer y los hijos. Y es en esas clases compasivas (las medias y las oligarquías) donde se encuentran mayor número de mujeres insatisfechas. En las madres proletarias el trabajo significa una emancipación concreta que consiste en comer, vestirse, tener donde dormir y proporcionar los mismos elementos a los hijos. Es cuestión pues de sobrevivencia. En las otras clases, el trabajo remunerado puede ser un remedio contra la neurosis. De todos modos ya ve usted que todo se reduce a las exigencias del sistema y que lo que urge desde cualquier punto de vista —al menos en mis latitudes— es la Revolución, no la emancipación sufragista.

5. — *¿De qué manera contemplaría usted la lucha por la emancipación de la mujer: a) en el cuadro de una organización política y revolucionaria; b) exclusivamente en un movimiento femenino?*

—Creo haber sido clara: en el cuadro de una organización política y revolucionaria. Con los hombres y junto a los hombres, en la revolución. El hombre es sin duda, la mitad de nuestro cuerpo. ¿Por qué habríamos de renegar de él? En mi país las muchachas guerrilleras se hacen matar a la par de los hombres, sufren cárcel y torturas a la par de ellos. ¿De qué movimiento femenino me está hablando?

6. — *En este último caso ¿cuáles serían los objetivos a corto y a largo plazo?*
...?

7. — *En el proceso de la emancipación de la mujer, ¿le asigna usted un valor igual a la emancipación económica que a la emancipación sexual?*

—Por todo lo expresado creo que queda bien en claro que considero de mayor valor la

emancipación económica de la mujer que la sexual.

8. — *Considera usted que la familia es una traba para la emancipación de la mujer?*

—Desgraciadamente sí. Y es lamentable porque no se ha creado aún una forma superior de convivencia. Y la existencia de la relación madre-hijo, al menos, constituye desde el comienzo un principio ineludible de familia. En América Latina tal cualidad condicionada y aun frustradora de la familia se ve agravada por el machismo y mencionado. Hace unos días un colega me comentó la célebre frase con que Celine despidió a una muchacha que quiso compartir con él un trabajo: ¿Las mujeres? habría dicho Celine, furioso. —A hacer «striptease». Mientras me refería la anécdota no pude menos que pensar en qué medida el que me la relataba participaba del denuesto. Quizá en una máxima medida. La facilidad sexual para los hombres, sostenida durante siglos, la poca preparación de la mujer, la carga sin alivio de los niños no han sido sino factores que han agravado estas condiciones masculinas, tan detonante como unánimemente aceptadas. Sin embargo, en las familias modernas puede observarse ya una saludable reacción por parte de ambos cónyuges en la medida que uno y otra son igualmente necesarios para la dura lucha por la sobrevivencia. La sicología, el análisis, esos formidables aliados de la vida, también coadyuvan a transformar el sentido de la familia, lejos ya de constituirse en una construcción monolítica. Con esquemas más flexibles cada día, con mayor espíritu de justicia y por las exigencias económicas de los tiempos que corren, la mujer tiende a realizarse aun con la formidable carga de responsabilidad que significan los hijos, carga que el hombre parece decidido a sostener del mismo modo. Quizás los tiempos futuros traigan otra forma de vida. Yo aún no conozco otra. Y es también en Cuba donde he visto funcionar con mayor ductilidad las relaciones de padres y de hijos, de parejas y de ex-parejas, relaciones familiares pues sin castración sino con posibilidad colectiva y personal.

9. — *¿Qué importancia concede usted al aborto libre entre los objetivos de la lucha femenina?*

—La mujer debe ser dueña de su cuerpo, reza la cantilena a la que nadie puede ya oponerse. La mujer debe ser dueña de tener su hijo donde, cómo, cuando y con quien quiera, sea cual fuere su situación económica, civil o social. Como tiene el derecho de procrear, debe tener el derecho al aborto. Pero ocurre que las cosas no son tan simples: que no se tiene un hijo por obra y gracia del Espíritu Santo sino con un hombre, en la mayoría de los casos, un hombre determinado al que se una cada cual por razones que van más allá del simple impulso biológico. Ese hombre, pues, tiene tanto derecho como la mujer a opinar. Un chico no es la excrecencia o el producto de una mujer. Un chico es producto de una unión de pareja en el acto más importante y formidable que nos da la vida física. No veo, pues, cómo se puede legislar sólo en ayuda de una de las partes. Más bien sería deseable que los «grandes» países, en vez de gastar tanto dinero en viajes a la luna o en repartirse el botín de los vietnamitas, se ocuparan de profundizar los estudios acerca de los anticonceptivos para dar, finalmente, con el que pueda usase sin temor a cánceres y demás desastres futuros en el organismo de la mujer. Y finalmente, señor, yo vivo en un país de tres millones de kilómetros cuadrados, con sólo 24 millones de habitantes. Tantos kilómetros de pampa y desierto literalmente vacíos de vida por una explotación irracional de la riqueza y una exploración sin entraña por parte de los imperialismos de turno. ¿No cree que lo que hay que hacer es propiciar las condiciones necesarias para que las mujeres se sientan protegidas y quieran cumplir con su condición maternal, a gusto y en paz, para poblar esa pampa y ese desierto en vez de terminar bajo el bisturí de la partera? ¿No cree que lo que hay que hacer es crear un mundo en el que valga la pena tener hijos y no una sociedad estrangulada en la que se legitime ese acto antinatural?

Respuesta de Françoise Giroud

L. — *¿Qué contenido concreto da usted al concepto de emancipación femenina?*

F. G. — Una mujer es emancipada cuando, en la ley y en los hechos, pero sobre todo en la representación que se hace de ella misma, se ha liberado de toda la parte artificial, adquirida, «cultural» de la feminidad. Resulta entonces un ser humano que no puede ser superior o estúpido, capaz de asumir con serenidad y satisfacción su especificación femenina, la cual no supone ningún límite a su desarrollo y a su rol social.

L. — ¿En el proceso de la emancipación de la mujer, le asigna usted un valor igual a la emancipación económica que a la emancipación sexual?

F. G. — La emancipación económica es prioritaria, pues sin ella la emancipación sexual podría no ser más que una simple comodidad suplementaria para los hombres.

L. — *En su opinión, ¿cuál es la relación entre la lucha por la emancipación de la mujer y la lucha de clases? ¿Cree usted que la primera debe subordinarse a la segunda?*

F. G. — La emancipación de la mujer pasa por un cambio de las estructuras mentales, el cual como es sabido ofrece las más profundas resistencias, más que por un cambio de las estructuras sociales y económicas. Decir que lo segundo trae como consecuencia lo primero es, a mi entender, hacer gala de un optimismo que la experiencia no justifica en absoluto. La Argelia revolucionaria y revolucionada es uno de los países más retrógrados en materia feminista. La Suecia neo-capitalista es el más evolucionado.

L. — *Tomando en cuenta que el trabajo doméstico es gratuito y sin valor de cambio, se podría considerar a las mujeres como una clase aparte, fuera de las existentes. Esto supondría que la opresión patriarcal debe entenderse como contradicción principal y no secundaria. ¿Está usted de acuerdo con este análisis?*

F. G. — Si, con reservas. ¿La mujer proletaria del hombre? De acuerdo. Pero nunca se ha visto un obrero enamorado de su patrón ni un patrón enamorado de su obrero.
Con esa voluntad de eliminar la afectividad de los elementos constitutivos de la relación mujer-hombre, y no tratarla sino en términos de lucha de clases y de relaciones de producción, se llega a decir muchas tonterías. Olvidando, en particular, que si, colectivamente, las mujeres son oprimidas por los hombres, individualmente, en la pareja misma, la opresión se ejerce a menudo en sentido inverso, casi como una tiranía.

L. — *Se considera que el trabajo remunerado es alienante dadas las condiciones en las cuales se desarrolla en nuestras sociedades. A pesar de esto, ¿lo aconsejaría usted a las mújeres como medio de liberación?*

F. G. — Hagamos la pregunta de otro modo. ¿Qué no es alienante? ¿Quién es capaz de no alienarse en esto o en aquello? ¿En qué sociedad asistimos a semejante milagro? Inorando la respuesta a estas preguntas, insisto en pensar que el primer paso hacia la liberación, tal como quedó definida en la respuesta a su pregunta núm. 1, consiste en transformar la representación que una se hace de sí misma, es decir —entre otras cosas— sentirse capaz de asegurar económicamente su existencia, y, si es preciso, la de sus hijos. Si esta noción no se inculca a las muchachas desde su primera infancia, resulta vano esperar su emancipación.

L. — *¿De qué manera contemplaría usted la lucha por la emancipación de la mujer: a) en el cuadro de una organización política y revolucionaria; b) exclusivamente en un movimiento femenino?*

F. G. — En los países desarrollados, y en todo caso en Francia, las organizaciones políticas no son revolucionarias y las organizaciones revolucionarias no son políticas. Serían más bien poéticas.
La organización política y el movimiento femenino son útiles, si no necesarios para hacer avanzar las cosas. No tienen la misma función. En la primera, hay alianza con los hombres. En el segundo, hay combate contra los hombres.

L. — *En este último caso, ¿cuáles serían los objetivos a corto y a largo plazo?*

F. G. — Los objetivos a corto plazo son tan evidentes que no sería necesario enumerarlos en detalle. Aborto terapéutico ampliamente fa-

cilitado, pensión alimenticia pagada directamente por el Estado, dejando a su cargo la función de cobrársela a quien ha sido obligado a pagarla, conservación del apellido de soltera, igualdad real de salarios, estudio de diferentes fórmulas para el cuidado de los niños, obligación impuesta a los partidos, a los sindicatos, a las municipalidades, a los consejos de administración, etc. de mantener un porcentaje importante de mujeres en los puestos elevados. A largo plazo, yo no sé. Es imposible aislar, en una perspectiva de porvenir a largo plazo, la evolución de las mujeres de la evolución de la sociedad y más generalmente del mundo en el cual tendrá lugar esta evolución.
De una manera vaga y general, yo diría: no tener que determinarse más en relación con los hombres, ni a juzgarse en relación a criterios establecidos por y para los hombres, ni a conducirse en función de valores exclusivamente masculinos.
¿Por qué los trabajos que exigen destreza y agilidad son menos bien pagados que los trabajos que exigen fuerza, por ejemplo? Porque la fuerza es un valor masculino. La destreza un valor femenino.
En este aspecto, como en muchos otros, tendrá que elaborarse una nueva escala de valores, lo que significa una nueva moral.

L. — *¿Considera usted que la familia es una traba para la emancipación de la mujer?*

F. G. — Sí, ciertamente, sobre todo en la medida en que la familia se convierte en una excusa.

L. — *¿Qué importancia concede usted al aborto libre entre los objetivos de la lucha femenina?*

F. G. — Me parece que es algo importante y a la vez simbólico. Pero el aborto concebido como solución al hecho de ser mujer, y como una especie de negación de la participación masculina a la fecundación, expresa más bien el odio de sí que una madurez del individuo emancipado. El aborto debe ser, en los hechos, el remedio siempre accesible ante un accidente. En un lapso relativamente corto, el problema debería ser resuelto por la prostaglandina.

L. — *Usted que es precisamente una mujer liberada y por consiguiente ha establecido gracias a esta situación un nuevo tipo de relación con los hombres, ¿cómo ve la actitud de ellos ante usted?*

F. G. — Yo no soy una mujer que se haya liberado. Por razones familiares, y también a causa de la educación recibida, permanecí al margen de lo que llamo la feminidad artificial. Siempre tuve la convicción de tener «un destino», un destino personal que realizar y no un destino ligado al de un hombre. Jamás me he encontrado en situación de dependencia económica con respecto a un hombre, nunca he llevado otro apellido que el mío, aun estando casada.
¿El resultado? Tengo la impresión de que los hombres se acomodan a mi existencia diciéndose, «como consuelo», que no soy «como las otras». Lo que, según los casos, los atrae o los repele.

Respuesta de Blanca Varela

L. — *¿Qué contenido concreto da usted al concepto de emancipación femenina?*

1. — El contenido que doy al concepto de emancipación es general, puesto que no puedo contemplar el problema, por principio, sino como alguien que por lo menos individual, íntima e intelectualmente ha accedido a considerarse un ser humano cabal y profundamente exigente con respecto a sus libertades y las ajenas.

2. — *En su opinión, ¿cuál es la relación entre la lucha por la emancipación de la mujer y la lucha de clases? ¿Cree usted que la primera debe subordinarse a la segunda?*

2. — Pienso que existe una relación de sectores, ya que como he respondido anteriormente el problema de la emancipación femenina no me parece sino un aspecto, tan singular como cualquier otro —el obrero, el campesino, el racial—, de un problema mayor que atañe al género humano. De esto puede deducirse que crea que la lucha por la emancipación femenina no tiene por qué subordinarse a la lucha de clases, sino que es un aspecto más de ella, y que en consecuencia debe integrarse, como un aspecto tan importante como cualquier otro, en un programa total que contemple este tipo de reivindicaciones.

3. — *Tomando en cuenta que el trabajo doméstico es gratuito y sin valor de cambio, se podría considerar a las mujeres como una clase aparte, fuera de las existentes. Esto supondría que la opresión patriarcal debe entenderse como contradicción principal y no secundaria. ¿Está usted de acuerdo con este análisis?*

3. — Definitivamente en la práctica las mujeres constituyen una clase aparte, menos afortunada y menos atendida que cualquier otra, tradicionalmente situada en un limbo de desconsideraciones y mentiras; mentiras de categoría universal, mentiras históricas y filosóficas, que permiten la existencia de absurdos como la «opresión» patriarcal», entre otros. Pero que quede constancia que digo «en la práctica» y que insisto en no aceptar que el problema de la emancipación femenina se reduzca a un simple debate de orden familiar y doméstico, ni tampoco a limitadas y débiles revueltas de tipo «feminista». Y debo agregar que la «opresión patriarcal» me parece que constituye una contradicción principal no sólo en este caso. Pienso, por ejemplo, en la juventud y en la abominable educación que se le ofrece; pienso en los siervos de todo el mundo; pienso en los mismos hombres que se suponen liberados en las democracias y en otros sistemas, en el monstruoso mito de las ideas-padre (padre-estado, padre-iglesia, etc.) y en la gran farsa de la autoridad que se erige por la fuerza en pro de intereses personales o de grupo en cualquier plano.

4. — *Se considera que el trabajo remunerado es alienante dadas las condiciones en las cuales se desarrolla en nuestras sociedades. A pesar de esto, ¿lo aconsejaría usted a las mujeres como medio de liberación?*

4. — Me parece que si las mujeres somos por tradición una inmensa clase no reconocida totalmente, un primer paso natural para constituirse en una clase apta para reclamar derechos sería tratar de integrarse dentro del sistema; y si el sistema es pésimo es dentro de él que hay que cambiar las cosas.
Suena paradójico, pero en este caso la alienación del trabajo remunerado constituye un escalón de base para reclamar cosas mayores. Las mujeres debemos trabajar, tratar de no ser dependientes en el plano material. Las otras conquistas tendrán que venir por añadidura, por gravedad.

5. — *¿De qué manera contemplaría usted la lucha por la emancipación de la mujer: a) en el cuadro de una organización política y revolucionaria; b) exclusivamente en un movimiento femenino?*

5. — Es evidente que en el cuadro de una organización política y revolucionaria.

7. — *En el proceso de la emancipación de la mujer, ¿le asigna usted un valor igual a la emancipación económica que a la emancipación sexual?*

7. — La libertad de un individuo debe ser total. No pueden haber recortes ni zonas intocables. Si una mujer consigue emanciparse económicamente su relación con el sexo opuesto tiene que variar. No será dependiente ni de un padre ni

de un marido. Será, sí, dependiente de ella misma, del género de moral que fabrique, de sus sentimientos y de sus instintos. Creo que será libre a la larga para comprometerse como mejor le convenga y sienta en cualquier campo, el sexual también, y eso es asunto de cada individuo.

8. — *Considera usted que la familia es una traba para la emancipación de la mujer?*

8. — No debería serlo en absoluto, si habláramos de una familia ideal, constituida por seres libres y responsables. La maternidad no me parece una carga, sino por el contrario una forma de realizarse dentro del orden natural de las cosas. Si marido y mujer convienen en formar una familia sabiendo que eso implica una cierta dosis de esfuerzo extra de ambas partes, no veo por qué esto sería una traba ni para el hombre ni para la mujer. Me parece, más bien, que el problema trasciende a la pareja —que puede ser perfecta— para convertirse en un problema social. Se tendrían que revisar muchas cosas: el matrimonio, el divorcio, la educación de los niños, las cunas materno-infantiles, los horarios de trabajo, etc. Ahora bien, si hablamos de la familia dentro del actual estado de cosas, ciertamente no es una traba sino una lápida, y tanto para la mujer como para el hombre.

9. — *¿Qué importancia concede usted al aborto libre entre los objetivos de la lucha femenina?*

9. — Tiene una importancia capital. Todo ser humano debería tener derecho a decidir si quiere o no tener hijos. Las razones que lo asistan pueden ser numerosas y diversas. En el caso particular de la mujer es más evidente esta necesidad, puesto que es ella quien soporta el mayor peso —en todo sentido— de esa responsabilidad. A la larga, el aborto libre sería una garantía en todo sentido para los niños que nacieran, que por lo menos vendrían al mundo con una categoría más digna de su especie: la de hijos deseados y no impuestos.

Respuesta de Jean Franco

El problema principal del movimiento de la liberación de la mujer es cómo convertirlo en movimiento político. Como se carece todavía de estudios básicos que permitan una teoría, ofrezco tres aspectos del problema desde distintos ángulos de mi experiencia personal.

Inglaterra. La mujer obrera

Nací en la zona industrial de Inglaterra, la zona de las grandes fábricas de algodón, en las cuales la mayoría de los trabajadores son mujeres. El trabajo era y es abrumador. Trabajaban desde las ocho de la mañana hasta las cinco y media de la tarde; cuidaban de los hijos como podían. Casi nunca cocinaban durante la semana sino compraban pasteles de carne ya preparados. Salían de la fábrica como harpías, el pelo lleno de algodón, las voces roncas. No tenían nada que ver con el supuesto ideal «femenino». Dentro de la fábrica se producía una pelea feroz contra la violación o la seducción que hubiera podido significar un hijo ilegítimo. Para ilustrar lo que esto podía traer como consecuencia, basta recordar la noticia que apareció aquí en Inglaterra hace un par de meses. Se descubrió a dos mujeres encerradas desde 1913 en un hospital para enfermas mentales. Perfectamente normales, se les había considerado como «atrasadas morales» por tener hijos ilegítimos, y —hasta ahora, 1972,— nadie había cuestionado su presencia allí. Yo crecí en una comunidad que, si ya no encerraba a las madres en el hospital, por lo menos las consideraba como parias. El puritanismo de la obrera era, por lo tanto, una defensa necesaria y, al mismo tiempo, como veremos, la única seguridad para su futura liberación. La obrera madura, en cambio, practicaba una extraña venganza sobre el hombre. Cuando llegaban los jóvenes aprendices a trabajar en la fábrica, los «violaban» simbólicamente con un lenguaje brutal, lleno de alusiones sexuales. La violencia, la brutalidad de este ambiente es lo que no puede imaginar la clase media que tampoco entiende el odio intenso de muchos trabajadores al trabajo. Pero he allí la gran diferencia entre la mujer y el hombre en la fábrica, porque, mientras el hombre no tiene ninguna posibilidad fuera de la lucha colectiva, la mujer tiene la posibilidad de salvarse por el casamiento. Es una salvación que la neutraliza como persona, que la esclaviza a la sociedad de consumo pero que le ofrece una vida más descansada. Es una solución individual que explica la despolitización de la mujer obrera, que explica también la razón por la que se utiliza a las mujeres de los trabajadores contra las huelgas. (Los periódicos, por ejemplo, explotan el «sufrimiento» de la mujer como elemento de propaganda anti-huelguista).

El problema principal por lo tanto, es cómo politizar a la mujer obrera sobre todo cuando no trabaja y no puede entrar en un sindicato. La solución es encontrar formas de organización política que se basen en el barrio y en la manzana. En Cuba y en algunas poblaciones chilenas ya se conoce este tipo de organización, que es particularmente efectivo, como instrumento de politización de la mujer, primero porque se puede tratar directamente problemas domésticos y segundo, porque la mista tarea de organización permite una formación política. En Inglaterra se han visto esfuerzos aislados de organizar a la gente casa por casa en la lucha contra el alza de los alquileres. Irlanda del Norte ofrece otro ejemplo de cuán mayor es la participación de la mujer cuando se organiza la lucha desde la comunidad y no desde la fábrica.

Inglaterra. La mujer profesional

Por profesión soy universitaria. Comencé la carrera tarde y por razones algo especiales ascendí el escalafón rápidamente hasta encontrarme en la situación de ser la única mujer en el cuerpo directivo de la Universidad. Durante los primeros años había considerado la Universidad como un lugar especialmente privilegiado (te pagan para leer libros, me dijo alguien). Pero mientras más avanzada me encontré en el escalafón más problemática resultó mi posición. Como mujer tenía dificultades inesperadas —por ejemplo, algunos colegas eran incapaces de recibir indicaciones de una mujer. Es cierto también que la mujer en mi posición se encuentra muy aislada, separada de las discusiones entre «hombres». No me gusta mucho el papel de pionera y sé por experiencia que otras mujeres en la misma posición se vuelven excéntricas o se las considera «locas». Sin embargo, considero estas dificultades secundarias con respecto a la crisis de la Universidad que

afecta al hombre tanto o más que a la mujer. Esta crisis se debe al aislamiento de la Universidad, aislamiento que está fomentado por el gobierno. Es un hecho significativo que, en Inglaterra, en el siglo diecinueve, se construían universidades dentro de las grandes poblaciones. En el siglo veinte, por el contrario, se construyen las nuevas Universidades fuera de las ciudades, en el campo. Se tiende así a aislar a la Universidad de la vida nacional y crear intelectuales y administradores que se consideran «internacionales», que pasan más tiempo en aviones y aeropuertos que en el aula. Este tipo de intelectual tiende a ser apolítico y a despreciar el trabajo didáctico de la Universidad, viéndola como centro de investigación «desinteresada». Al mismo tiempo, son los más susceptibles a las presiones de «fuera», de la hegemonía dominante sobre la Universidad. Por lo tanto se puede considerar a estos intelectuales «internacionales» como intelectuales «orgánicos» de la sociedad burguesa en su etapa más tecnificada y avanzada.

Es exactamente aquí que la mujer podría tener una influencia en dirección contraria. Tradicionalmente la mujer y sobre todo la mujer casada está más arraigada a la comunidad; es difícil que pierda contacto con la realidad. En este sentido, el movimiento de liberación de la mujer entre estudiantes, ha sido de lo más positivo, pues de todos los grupos estudiantiles, es el que ha tenido más vínculos con la comunidad. Ha ayudado a romper el aislamiento de la Universidad y del estudiante. Sin embargo, podría hacerse mucho más. En primer lugar es urgente conseguir que más mujeres entren en las carreras universitarias y por eso hay que luchar por condiciones especiales. La mujer nunca puede trabajar al mismo ritmo que el hombre en cuanto tiene que interrumpir la carrera para tener hijos.

La «igualdad» es inútil; *lo que se necesita son condiciones superiores*. Pero tampoco se puede plantear la «superioridad» de condiciones dentro de un contexto liberal. La carrera no representa la realización de la persona sino otra forma de enajenación. Por eso la liberación de la mujer dentro de la Universidad tiene que realizarse dentro de un marco más amplio que consiste en la restauración de los vínculos de la Universidad con la comunidad en general. El hecho de que la mujer universitaria tenga problemas en común con la mujer del pueblo es un hecho positivo.

La mujer latinoamericana

Me casé con un latinoamericano y sobreviví al choque de encontrarme en una situación victoriana después de haber vivido años como mujer «emancipada». La anécdota personal es menos interesante, sin embargo, que la enormidad del problema de la mujer en América Latina. Soy perfectamente consciente de que hablar de la «mujer latinoamericana» es tan absurdo como hablar de la mujer europea. He vivido en Guatemala, en México, conozco Argentina, Perú, Chile, Cuba, Brasil y Venezuela. Cada país tiene problemas distintos y en dos naciones —Cuba y Chile— la sociedad y la condición de la mujer están en proceso de transformación. Además, sobre las clases más bajas, es decir, las más explotadas, se carece todavía de mucha información. Los trabajos de Oscar Lewis, aunque criticables, representan un primer esfuerzo para conseguir la información básica. Pero inclusive dentro de la clase media la condición de la mujer es generalmente más limitada y con menos opciones que en las sociedades avanzadas. Como señala Vania Bambirra[1], una de las primeras mujeres que estudió el problema, faltan mujeres en las profesiones «teóricas» —economía, sociología, ciencias, etc.— aun en una sociedad relativamente desarrollada como Chile.

El verdadero peso de la lucha por la liberación de la mujer en América Latina cae por lo tanto en un pequeño grupo de mujeres profesionales que ahora están regresando de escuelas de sociología, de medicina, de ciencias. Tienen frente a ellas una tarea abrumadora, porque en muchos países (a diferencia de Europa y los Estados Unidos) faltan organizaciones estatales o privadas que den información y ayuda sobre los problemas apremiantes de la habitación, la familia, la anticoncepción, etc. Así, en cierto modo, un movimiento de liberación de la mujer en América Latina tendrá que preparar un terreno que en muchos países ya está trabajado. Es una tarea más dura y menos vistosa que enfrentarse directamente con el machismo, que constituye en realidad una es-

1. *Punto Final*, marzo 22, 1971.

pecie de problema «fantasmal». No quiero decir que los machos no existan sino que importan menos de lo que se cree. Cualquier mujer ya tiene un grado de conciencia superior a ellos; así el problema más urgente es cómo encontrar la forma más activa de la acción. Sería impertinente de mi parte señalar tareas, sobre todo cuando ya existen grupos de mujeres liberadas en América Latina, que son realmente «mujeres nuevas» que han tenido que enfrentarse a la censura social y a la mofa. Estos grupos de mujeres, cuando se reuna su conocimiento con la experiencia de la mujer de la barriada, formarán una nueva fuerza política en América Latina. Digo esto con toda seriedad. Yo misma he observado en el Perú que es más fácil para la mujer profesional y la mujer del pueblo comunicarse que para el «intelectual» y el hombre del pueblo. Lo importante sería evitar todo concepto de «paternalismo» (o «maternalismo») en el trabajo mutuo para la liberación.

Casi todo lo escrito sobre la liberación de la mujer pone énfasis en los problemas sexuales. Por eso los libros sobre la liberación tienden a repetirse monótonamente. La «experiencia» que allí se describe se imita a la experiencia sexual. No quiero negar la importancia de cualquier esfuerzo de entendimiento, pero personalmente creo que el problema político es más inmediato. Nunca ha sido la reanimación del ideal socialista tan necesaria. Tradicionalmente considerada como una fuerza reaccionaria y conservadora, la guardiana del hogar, la mujer sólo puede liberarse por medio de la acción política, por una nueva orientación hacia el futuro, hacia la Utopía.

Las personas burguesas sentimentales o asustadizas, no deben leer este soneto porque es verdaderamente espeluznante.

Ayer me sentí un hombre de cien metros de
[altura
un hombre fuerte, bravo, tremendo y regular;
el cráneo de cemento, la vista recia y dura
y en el cerebro ideas como olas en el mar.

Mi poderoso sexo buscaba con locura
una mujer que fuera capaz de procrear
un hijo de mi semen, superhombre. Perdura
en mi mente la idea de tal hijo forjar.

Y la encontré: la Tierra. Mojada por la siembra
un olor despedía, como de sexo de hembra.
Los montes eran senos erectos. El placer
me provocó y entonces sobre la Tierra, mudo
me tendí febriciente y en un espasmo rudo
la besé con lujuria. Me pareció mujer.

Alberto Hidalgo

Gabriel Ferrater

Se dirá que la muerte voluntaria de Gabriel Ferrater ha privado a las literaturas hispánicas de la madurez de un gran poeta. Yo creo que a lo sumo nos ha privado de la continuidad de una obra perfectamente vigente y suficiente tal como queda. Los poetas suelen envejecer mal y Gabriel Ferrater no quiso correr ese riesgo. Su ausencia nos priva, eso sí, de otros muchos dones culturales, precisiones, definiciones, desenmascaramientos, que hubieran podido quedar precisamente formulados, definitivamente escritos o, las más veces, simplemente dichos, conversados, lujosamente sugeridos. Los que conocimos y tratamos a Gabriel Ferrater, la mayor parte de las gentes dedicadas a la vida intelectual, los letraheridos, como él decía, que habitábamos en su ciudad, echaremos por todo lo que nos queda de vida, de menos, la inmensa capacidad de sugestión de su conversación agresiva, culturalmente riquísima sin ser erudita, extrañamente sabia y forzosamente arbitraria. Y ello es un irreparable malogramiento que nada sustituirá en el futuro. Pero su obra y lo mejor de su personaje queda. En cuanto a lo demás, *Madame se meurt*, parodiaba Gabriel con frecuencia.

Carlos Barral

Pere Gimferrer
Luz de otoño

Con tanta luz, el cielo no restaña
la oscuridad del mar. ¡Astros, vencidas
espadas! Luz de leños y traviesas
en el cielo de grajos. Es más negro
y más alicaído, con la piel
moteada de rojo, sobre el bosque
dando señales. Porque el cazador
siente un sabor más áspero, y conoce
que ha llegado el otoño. ¿Es una sola
la hora del lobo y la del alce? ¿Y esta
hora mía y la otra? ¿El viento y yo?
¡Más negro, un fuego roza las mejillas,
de labio a labio un fuego, y no se acerquen
a él las manos! ¡Fuego de tinieblas,
conoce abismos y horcas aplastadas,
atajos de muy mala muerte, surcos
que no verá quien pase, porque oculta
el verdor de la encina los estragos!
Halcones en octubre. Con ropajes
verdes, del tiempo antiguo, ya la casa
no era la misma, y no, ¡no se le acerque
ya nadie más! ¡Cal en los muros, uñas,
herrumbre en el jardín, broza en los charcos,
todo es ocaso y oro y subterfugio,
ropa negra al sentido! ¡Y ahora el agua
es su elemento, y siempre este rumor
al caer y romperse, y ahora el agua
en este corredor, como un navío
o como un velo leve, que las manos
no encontraban su escama! Este camino
no es el mar, no es una sombra el césped
¿y voy a serlo yo? Monedas, mala
moneda del sentido ¿me vendiste
por este precio? Y al caer la tarde
como hatillo de trapos ¿qué nombráis,
sino la muerte, oscuras cualidades
del sentido, techumbre ya roída
por las lluvias de invierno?
No, no pueden
resistir los sentidos tanto tiempo
la verdad. Comprended: no me refiero
a verdades intelectivas: voz
que es nuestra propia voz, la antigua flauta
de madera, la flauta más antigua
aún que esta luz, más fácil que este hombre
de comprender, o de no comprender.
¿Y hay que comprender algo? Porque ahora,
cuando huyendo en los bosques se ha aden-
[trado
el ciervo, y los mastines en jauría
—porque ha robado la visión del cuerpo
desnudo, el fuego divino, el interludio
entre el tiempo y la nada—, y ya las aguas
no pueden más, no pueden más, y brillan
y centellean, y la luz es tanta
que ya no pueden más, y es sólo un vidrio
el cielo, y ya la luz no puede más
ser luz, y el día es un fragor de vidrios
y ya no puede más, de tanta
claridad ya no puede, porque rompe
los cuerpos, y es escudo, ya las aguas
son un escudo, el de mi pecho, tanta
claridad que no puede más, la luz
es un escudo, así mi pecho, un vidrio,
un vidrio sólo que la luz quemaba.

(*Traducido del catalán por el autor*)

Notas y reseñas

José Angel Valente
Palabras de la tribu

Gabriel García Márquez
La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada

Severo Sarduy
Cobra

Rodolfo Cardona y Anthony Zahareas
Visión del esperpento

J. Leyva
Leitmotiv

Carlos Meneses
Oquendo de Amat, del sueño a la realidad

Marta Traba
México: La venganza de la Coatlicue

José Angel Valente
Palabras de la tribu

En *Las palabras de la tribu* (a las que quiere dar un sentido más puro), libro englobante, con nutrido índice de autores citados, enciclopédico, José Angel Valente reúne su producción crítica compuesta entre 1955 y 1970. Un proceso continuo de escritura, no exento de desniveles y contradicciones, entorno a la teoría literaria y sobre todo de la poesía contemporánea en lengua española. El libro se ordena por núcleos temáticos: una primera parte consagrada a la problemática de la literatura, una segunda que recorre cronológicamente a los principales poetas desde Ruben Darío hasta Miguel Hernández, una tercera de miscelánea complementaria de la anterior, y una última parte con ensayos sobre Rainer María Rilke, Constantino Cavafis y Lautréamont.

En los ensayos iniciales, Valente propone una valoración epistemológica de la poesía donde trata de restablecer el vínculo entre conocimiento científico (que opera sobre la realidad experimentable y cognoscible) y conocimiento poético (que capta la realidad experimentada, pero no conocida, aquélla que rebasa la conciencia de quien la registra), considerados ambos como sistemas simbólicos complementarios. Para la poesía, el acto de expresión es el acto de conocimiento, éste no existe previamente a la forma que lo objetiva. Desde tal perspectiva, el estilo es la capacidad del verbo para infundir forma comunicable a un determinado contenido de realidad. Cada contenido reclama su forma pertinente. La comunicación poética es para Valente primordialmente sobreintencional, reveladora de lo que la conciencia o la ideología ocultan. Toda institucionalización o fijación ideológica tiende a anular el margen creador de la sobreintencionalidad, violentadora, violadora de las limitaciones represivas, de ahí el perpetuo enfrentamiento entre discurso dogmático y palabra liberadora.

Valente plantea las dificultades de la interpretación de textos poéticos. Dada la riqueza significativa que el poema concentra, propone en lugar de la crítica considerada como análisis de la forma visible, el comentario o hermenéutica de los contenidos ocultos, del lenguaje segundo, alusivo de las resonancias semánticas. Las perspectivas estilística, lingüística, semiológica, sociológica, ideológica que, manifiestas o sugeridas, inspiran la teorética de Valente, desaparecen casi en las otras partes del libro dedicadas directamente a poetas contemporáneos. Allí se practica una lectura tradicional, el comentario de textos, la crítica temática, el enfoque histórico-cultural en sentido amplio, la exégesis personal, inteligente, sensible, aguzada por una prolongada experiencia como lector y productor literario, pero sin desarrollos sistemáticos ni metodología discernible, salvo en las interpretaciones mitológicas de García Lorca y Aleixandre. *Las palabras de la tribu* se mueve entre dos polos opuestos: teoría actualizada y práctica interpretativa tradicional. Por momentos, Valente, en la tercera parte de su libro, reduce al mínimo la diferencia entre discurso crítico y palabra poética evocando a Borges y a Lezama Lima en prosas poemáticas.

Valente no ignora que la poesía es una formalización específica del lenguaje donde el medio es a menudo más significativo que el mensaje. Cita dos veces esta frase de Goethe: «La suprema, la única operación del arte consiste en dar forma.» Luego, define el estilo como «la conversión del lenguaje en un instrumento de invención, es decir de hallazgo de la realidad»; denuncia, parafraseando a Lukács, la sobreabundancia en la poesía española de posguerra de la tendencia en perjuicio del estilo, pero rechaza toda autonomía del medio verbal, toda experimentación formal, toda auténtica vanguardia. Rubén Darío es menospreciado como esteta que abunda en lo superfluo; su papel es reducido al de nexo necesario pero pronto superable de una evolución que lo sobrepasa. Según Valente, los superadores de Darío no son los poetas de la primera vanguardia (sobre todo Huidobro, Vallejo y Neruda), no los que provocan una verdadera ruptura del discurso tradicional, los que practican la discontinuidad, la disociación, la disonancia, para acentuar la crisis de los valores burgueses y para comunicar una visión del mundo aleatoria, relativa, inestable, sino los poetas medulosos, los serios, los filosóficos, es decir Unamuno y Machado. O sea, no los formalistas sino los contenidistas. Así Huidobro es también descalificado ignorando lo que su obra tiene de intento, de incitación a una práctica revolucionaria, y Vallejo es recuperado como inspirador de la generación española de posguerra, pero aplanán-

dolo, omitiendo su radicalismo verbal, su descalabro de la coherencia discursiva para expresar la arbitrariedad de la existencia, del mundo y de los signos que lo representan; se lo considera exclusivamente a través de su humanismo de raíz cristiana, de su búsqueda de la solidaridad social, es decir a través de lo que menos perturba y lo que menos lo singulariza. El enfoque de Valente es empeñosamente etnocéntrico, bien hispánico, entroncado a menudo con el casticismo, con una tradición que tolera ciertas revisiones pero ninguna revolución. Desde esa vertiente conservadora, nadie pudo ver entre los oropeles, entre la utilería palaciega, al Darío precursor de la vanguardia, con su conciencia desgarrada por la crisis del idealismo romántico, sus tensiones disonantes, su disolución de las formas regulares, sus incipientes rupturas del continuo lógico, su incongruencia enriquecedora, su abolición de las censuras, su humor irreverente, su ampliación de lo decible, su internacionalismo. Darío inaugura la modernidad, proseguido en Hispanoamérica por un avance encadenado, ininterrumpido que pasa por Lugones y Herrera y Reissig hasta desembocar en Huidobro y en Vallejo, cuyo aporte es justamente lo que Valente caracteriza como estilo funcional: la creación de un nuevo instrumento expresivo para comunicar una nueva representación del mundo, bien siglo XX, propia del contexto urbano y de la era tecnológica, con todos sus conflictos y contradicciones que siguen siendo los nuestros. No es casual que nuestros tres más grandes poetas contemporáneos: Huidobro, Vallejo y Neruda sean ideológicamente progresistas, que a la vez hayan practicado la renovación formal y que adhieran al socialismo, a la revolución integral. De pocos poetas del 98 o del 27 puede decirse lo mismo. Casi todos ellos sacralizan a la poesía como privilegiado camino hacia la trascendencia, casi todos ellos consagran sus misteriosos poderes reveladores y purificadores, más que epistemológicos, ontológicos, escatológicos, su rango de decir supremo. Casi todos, empedernidamente idealistas, han operado casi exclusivamente en el plano de los significados. Hoy, desde concepciones del mundo antagónicas, poco podemos extraer de ellos en función de una poesía actualizada, en función de nuestro horizonte de conciencia, de nuestros presupuestos ideológicos, de nuestra situación histórica.

No puedo extenderme en este terreno, el que he estudiado con perseverante pasión, aquél donde me sitúo como poeta y como crítico. Valente reclama «una exégesis de la innovación, tanto moderna como postmoderna»; lo remito a mi *Modernidad de Apollinaire* y a mis *Fundadores de la Nueva poesía latinoamericana*, deseoso de establecer un diálogo mutuamente esclarecedor. No quiero ser injusto en lo que a *Las palabras de la tribu* se refiere, que deja traslucir una amplia apertura cultural, una inteligencia vivaz, vigilante, penetrante. Su lectura es provechosa, esclarecedora del contexto en que surje y se nutre la generación del 98; del intento, irónico y humorístico de Machado para superar, mediante sus apócrifos, el egocentrismo y la sentimentalidad romántica; del papel catalizador y urticante de Unamuno; de las limitaciones de la obra de Miguel Hernández; etc. Valoro sobre todo sus ensayos acerca de la relación entre ideología y lenguaje. Valente, a través de ejemplos que van de Sófocles a Brecht, muestra cómo la palabra poética puede superar contingencias históricas restrictivas, exceso de determinismo y conciencia alienada. Coincido con Valente cuando define la función social del arte como restauración de un lenguaje comunitario deteriorado o corrupto, cuando se yergue contra las cristalizaciones ideológicas que pretenden instaurar el discurso único, cerrado, institucionalizado por la fuerza. Frente a iglesia o partido dogmáticos, el ejercicio de la conciencia y de la imaginación creadoras es una práctica de destrucción del lenguaje ofcial, para restablecer la movilidad histórica, la diversidad, el libre acceso en toda dirección. Coincido con Valente en este elogio a las poéticas inventivas, descubridoras, subversivas.

Saúl Yurkievich

Gabriel García Márquez
La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada

(Barral Ed., Monte Avila - 1971)

Después de un silencio de cinco años, interrumpido sólo por la publicación del *Relato de un náufrago* —que era, en realidad, un reportaje hecho en 1955— García Márquez ha publicado su primera obra narrativa posterior a *Cien años de soledad. La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada*[1], para los que han seguido más o menos de cerca la vertiginosa carrera de *Cien años*... —que ha envuelto al autor, inclinado por naturaleza a una vida lejos de la publcidad, en el turbión de los premios, los viajes, el éxito, y hasta un doctorado honoris causa— es una prueba fehaciente de su inexorable vocación de escritor.

Desde que, recién aparecida *Cien años*..., algún crítico importante planteara a García Márquez el callejón sin salida al que lo abocara la novela —la necesidad de recomenzar de cero, y no sólo argumental, ya que la «ciudad de los espejos (o los espejismos) sería arrasada por el viento», sino también estilísticamente, ya que su lenguaje tenía en los manuscritos del sabio Melquíades, por así decirlo, su acta de defunción— ha reinado una gran espectativa respecto a la obra futura del gran escritor colombiano. Para los simplistas que, por miopía o impotencia personal, andan a la caza de pretextos para «torcerle el pescuezo» al Boom —confundiendo lo que sería el Boom literario con el Boom editorialista— *La increíble y triste historia*... no tendrá más significado que el de un libro justificatorio, de un escritor que ha dado ya su mejor «flautazo» y se halla, por así decirlo, apabullado por su propia hazaña. No es éste, por supuesto, nuestro punto de vista; hay un momento en la trayectoria de todo gran escritor en el que su obra accede a una cima que *impone al lector devoto* una consideración unitaria de toda una obra. Tal es el caso de García Márquez: el libro que, en sucesivas entregas, había estado escribiendo hasta ahora —según la imagen que él mismo ha puesto en circulación— nos obliga a considerar su obra no por los momentos menos brillantes sino, justamente, por los más altos. El «libro», como hecho material y como aventura de un escritor, sólo en contadas ocasiones —¿Rimbaud? ¿Lautremont?— recoge la totalidad de su experiencia; en la mayoría de los casos, la sucesión de libros ha de ser vista como un *viaje*, como un *itinerario*. Un argumento más a favor de esa verdad de perogrullo de que hay que saber ver siempre, tras la obra, al autor; García Márquez es en la actualidad, a la edad de cuarenta y cuatro años, el espectáculo de un escritor que se enfrenta a puñetazo limpio con su propio pasado, que se ha convertido en el desafío de sí mismo, que avanza sobre la cuerda floja de un destino literario que ineludiblemente llevará a hablar del «segundo García Márquez» y, lo peor del caso, que no puede eludir el ser observado a hurtadillas, espiado, no sólo por sus amigos, sino también, de una manera impersonal, por un público, por la raza de los comenristas y los críticos a los cuales, según se sabe, detesta...

Un interrogante nos podríamos plantear a propósito de *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira*... ¿Es un epílogo al libro ya escrito, en sucesivas entregas, por García Márquez, o más bien, la introducción a un nuevo libro, cuya primera entrega sería el esperado *Otoño del patriarca*? La secuencia de hechos portentosos, el clima fantástico, exótico y carnavalesco, que viola, por así decirlo, la convención de lo real (de lo «real objetivo»), podría ser un hecho a favor de lo primero. Representa un común denominador con *Cien años*..., en cuya desaparición no se podría cifrar la esperanza de un «segundo García Márquez»; en efecto, dicho elemento, que adquirió plena carta de ciudadanía en esta novela, apenas si aparecía de una manera balbuciente en las anteriores —a excepción de los cuentos... A favor de lo segundo está no sólo el hecho de la hipertrofia de lo imaginario («la característica común más acusada en estos textos es el predominio de

1. Gabriel García Márquez: *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada* (Barral Editores, 1972).

lo imaginario sobre lo real objetivo»[2] señala Vargas Llosa), sino también el de que de la defunción de Macondo tampoco se puede deducir la novedad del posible rumbo que podría seguir García Márquez: más que en los temas, en los escenarios geográficos, este nuevo rumbo estaría dado, como en *La Hojarasca, El Coronel...* o *Cien Años...*, por una sólida, fértil compenetración entre la anécdota, el tema, y la técnica, entre un «mundo narrativo» y un lenguaje apropiado.

Uno solo de los cuentos que compone el nuevo libro de García Márquez, «El Mar del tiempo perdido», es anterior a *Cien Años...* —siendo que en él, como ya lo ha señalado su mejor exégeta, Vargas Llosa, vagamente se perfilan algunos de los ingredientes que más tarde ingresarían en la saga de los Buendía... Por otro lado, *La increíble y triste historia...* —que es el relato más largo del libro— surge así mismo de un episodio de *Cien Años...* (págs. 50-53); en una ocasión en que todo el pueblo se reunió en la tienda Catarino para escuchar los relatos cantados de Francisco el Hombre, «Llegaron con él una mujer tan gorda que cuatro indios tenían que llevarla cargada en un mecedor, y una mulata adolescente de aspecto desamparado que la protegía del sol con un paraguas». Aureliano, que esa noche fue a la tienda de Catarino y que luego, por incitación de la obesa matrona, intentó hacer el amor con la «mulata adolescente», de «teticas de perra», quedó tan vivamente impresionado cuando conoció su trágica historia, que a la mañana siguiente fue a buscarla con el propósito de casarse con ella, pero no la encontró... Podría decirse que la frustración de Aureliano, en *Cien Años...* se ve relativamente desagraviada en *La increíble y triste historia...* por el obstinado propósito de Ulises, el furtivo novio de Erendira, y el asesinato esperpéntico que éste lleva a cabo en la persona de la abuela desalmada, que tiene «sangre verde»... Vargas Llosa comenta de la siguiente manera el vínculo entre los dos textos: «Cada ficción se compone de fragmentos que, al desarrollarse, generan las ficciones siguientes, las que, a la vez, modifican las ficciones anteriores y sientan las bases de las ficciones futuras, que las modificarán: esta dialéctica de la *fragmentación y proliferación* está en la esencia misma del arte narrativo de García Márquez.»

Al detenernos en este episodio, queríamos constatar varios hechos; el relato no sólo más extenso sino también, en nuestra opinión, el más sólido y compacto del nuevo libro de García Márquez, es un «detalle» ampliado de esa gran fresco que es *Cien años...* ¿Será esta novela una enorme cantera de la cual podrían surgir por proliferación, un sinnúmero de relatos de la misma especie? Potencialmente, sí... y si fuese ésta una empresa más defendible, García Márquez podría ocupar el resto de su vida dedicado a ello. Pero el hecho es que, a medida que las historias se alejan de la armatura inicial, pierden en profundidad lo que ganan en diversificación plástica, espacial; hay una entropía que volatiliza el nervio de la historia dejando sólo su espectro, elevando a un primer plano su valor plástico. Ciertamente, el fugaz episodio de la «mulata adolescente», de «teticas de perra», tiene en *Cien años...* la solidez que le confiere la augusta soledad de Aureliano. *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira*, en cambio, es el relato burbujeante, risueño, carnavalesco de una «tragedia» que ya no avanza estigmatizada por un aura de «soledad», sino por una vena humorística, sembrada de «boutades», en la cual el escrito ya no se vuelca totalmente sino que permanece *a distancia*. Es esta *distancia* la que particularmente nos interesa aquí; humor distanciador, pirotecnia distanciadora, virtuosismo que aleja... García Márquez es un virtuoso de lo fantástico, de lo real maravilloso, y ese virtuosismo no ha de convertirse en un fin en sí mismo sino que siempre ha de ser un medio. Lo maravilloso sólo puede «elevarse» en la medida en que permanezca anclado a lo «real objetivo», es decir, en la medida en que la balanza quede lo suficientemente inclinada a favor de este último

2. Mario Vargas Llosa: García Marquez: *Historia de una deicidio* (Barral Editores, 1971).

como para que su contraste con lo real maravilloso haga nacer la *profundidad*, cree el *espesor* narrativo. *La increíble y triste historia* —el cuento, no el libro...— representa ciertamente un paso adelante en la vía de lo imaginario, pero, en nuestra opinión, bordea peligrosamente el abismo del relato nómada, desanclado, errabundo y extraviado a perpetuidad por los laberintos de una imaginación delirante, relato en el cual ya no hay pues ninguna *fricción* que haga nacer el espesor, que justifique esa grieta por donde se pueda mirar, cara a cara, a la soledad. Las «boutades de un barón de Munchhausen —en el libro colectivo que empezará a escribir Erich Raspe— las minuciosas máquinas de un Raymond Roussel, incluso las fantásticas recreaciones de un Boris Vian —para no mencionar ningún autor de ciencia ficción— apelan a una «capacidad imaginativa, a un poder de ingenio que, en sí mismo, no es sinónimo de genialidad... Pero, sin proponérnoslo, no hemos hecho más que repetir a nuestro modo lo que ya constatara Vargas Llosa cuando, a propósito de cinco relatos de los que componen este libro, escribiera: «En las cinco ficciones hay un aumento igualmente importante de lo "exótico" (...) el tratamiento reiterado y meticuloso de lo "pintoresco local", convierte a esa materia en un puro producto estético, es decir, mental, es decir "irreal", como ocurre en los cuadros localistas costumbristas de un "naif". En la obra anterior, este procedimiento era uno, y no el principal, para entronizar lo imaginario en la realidad ficticia: en estos textos es el principal, y en algunos el único. Cosa parecida ocurre con el humor, que aquí ya no es truculencia o antídoto contra lo «irreal», sino, esencialmente, agente "des-realizador", instrumento de lo imaginario (...) Se trata, por eso, de un humor un poco forzado, en el que son ingredientes clave el artificio y el juego.»

Artificio y juego, ciertamente... En García Márquez coexisten el virtuosismo y la genialidad, y la hipertrofia del ingrediente «artificial y «lúcido» en *La increíble y triste historia* de alguna manera resucita la *vexata questio* que plantea la posible superficialidad o profundidad del estilo barroco. En el terreno de la música, la experiencia de varios compositores (que sería dispendioso mencionar aquí) nos permite comprender, más rápidamente que en el terreno propiamente literario, que se trata de un estilo que puede automatizarse, despersonalizarse, en su afán de convertirse en un festín para los sentidos. No obstante, si quisiéramos aplicar esto al último libro de García Márquez nos encontraríamos con que, a pesar de la hipertrofia del ingrediente «artificial» y «lúdico», que automatiza un tanto la narración, que la despersonaliza, sigue conservando la huella inconfundible de su autor, y es en esta paradoja en la que ciframos la esperanza de un nuevo «deicidio» que responda al desafío de *Cien años*...

A propósito de *La increíble y triste historia*... no hablaríamos de un «puro producto estético», según la expresión de Vargas Llosa, sino de un virtuosismo desarraigado, expósito, en busca de una nueva paternidad —más cercano al automatismo de una reserva de trucos y malabarismos que a la gestación dolorosa, ceremonial, de una obra medible en profundidad y no en extensión. Por su parte, el lector avisado se arrogará la libertad de reaccionar de manera diferente frente al encandilamiento de los juegos artificiales, del espectáculo que atrae por su simple condición de espectáculo, y frente a la helada convicción de una nueva realidad que —humorística, pintoresca, portentosa, esperpéntica, ello no importa— atrapa distrayendo, controla liberando, señala ocultando. Esta doble alternativa se plantea al artista que transita los terrenos del barroco y su solución depende —como se ha visto repetidamente— de su disciplina hacia sí mismo, de su actitud frente a un público siendo que los momento de soledad intensa son, en él, los más propicios al silencio reconcentrado que nos habla desde las grandes creaciones.

La «soledad», tema constante de García Márquez —desde *La Hojarasca*, pasando por *El Coronel*, hasta *Cien años*...— se halla un tanto extraviada en los relatos de la cándida Erendira, y mirado desde

B.D.I.C

este punto de vista, el final del relato que lleva el título del libro adquiere un valor simbólico. La huida asumida, la fuga como último reducto de una condición humana —que nos hace pensar en el ya clásico final de *Los 400 golpes*, de Truffaut, y en el de *El Dios y el Diablo*... de Rocha— es un intento de reanudar el vínculo extraviado; no nos atrevemos a creer que el acta de defunción de Macondo —que corre paralela al acta de defunción de un lenguaje— sea también el acta de defunción de dicha soledad, y que el «segundo García Márquez» vaya a ser una especie de Blacaman asediado y repudiado por un público... Relatos como *Un Señor muy viejo con unas alas enormes*, *El Mar del Tiempo perdido*, *El ahogado más hermoso del mundo*, junto a los mejores trozos de *La increíble y triste historia*..., nos permiten suponer, de una manera quizás algo balbuceante los unos, de una manera más explícita los otros, que la vena de «soledad» continúa, aunque por el momento se limite a ser la simple llama que mantiene vivo el fuego del cual podría surgir, en un futuro próximo la llamarada de *El Otoño del Patriarca*. Un nuevo contacto con la «soledad», como se trasunta en lo poco que el autor ha dejado saber de este libro, nos sacaría de la incertidumbre en la cual nos hunde aún más *La increíble y triste historia*... que es, ante todo, un paréntesis, un ejercicio de manos, una pequeña demostración de alguien que, seguramente, se prepara para un asalto mayor. ¿Qué es lo que viene detrás? ¿Qué clase de «soledad» se fragua en las dependencias secretas de este escritor que se ha visto sometido a la más rotunda de las pruebas, la del éxito y la del público? Y más aún: ¿es una soledad distinta o una nueva versión de la misma soledad?

Ricardo Cano Gaviria

Severo Sarduy
Cobra

(Editions du Seuil, 1972.)

En un texto sobre Góngora, Sarduy decía que éste elude siempre el primer grado del enunciado, que parte de un terreno ya corroído, constituido por las metáforas tradicionalmente poéticas, ésas que, para los otros poetas son hallazgos; que el poeta cordobés se eleva de ese nivel, como los otros del nivel hablado, para llegar, en las *Soledades*, a una inmensa proliferación hiperbólica en la cual los ejes de la naturaleza han sido borrados.

Igualmente, en *Cobra*, el relato, se sustrae, se retira de lo real —de todo relato preexistente— y substituye sus personajes con muñecas esplendentes de artificio que representan el espacio independiente de la creación litraria. Cobra, en ese relato eludido, en ese relato natural que aún la retórica no ha depravado, sería un «travestí», una vedette cualquiera de cualquier Carrousel parisino; pero en el texto de la novela no la vemos más que como substancia metafórica: Cobra es la Reina del Teatro Lírico de Muñecas. (Así como Góngora evitaba la palabra «halcones» y hablaba de «los raudos torbellinos de Noruega»).

Si hablo de Góngora a propósito de Sarduy es porque me parece que el poeta cordobés es sin lugar a dudas su maestro. Es en Góngora donde Sarduy ha aprendido que la escritura es *un proyecto de cultura, que se sustenta en la cultura y que todo lo que es exterior a ésta toma con relación al lenguaje connotación de referencia*[1]. Es en Góngora donde Sarduy ha aprendido su pasión por las frases irreductibles.

Hay obras importantes en la literatura latino-americana de nuestro tiempo de las cuales no podríamos reconocer el autor si leyéramos sólo unas líneas. Se trata de autores reconocibles por sus obsesiones; en ellos las palabras sirven un momento y luego se borran, son puramente utilitarias. Al contrario, basta con leer una línea, algunas palabras asociadas por Sarduy, para identificarlo. Su lenguaje es uno de los más bellos de nuestros días y, ya que se trata de la versión francesa de *Cobra*, digamos enseguida que la re-creación de Philippe Sollers es espléndida.

La novela se divide en dos partes. Primero, nos encontramos en casa de la Señora, patrona del Teatro Lírico de Muñecas, que pasa el día atareada con sus «internas», *trenzando moños, reduciendo con masajes de hielo aquí un vientre, allá una rodilla, alisando manazas, afinando con inhalaciones de cedro los vozarrones rebeldes, disimulando los pies irreductibles con una plataforma doble y un tacón piramidal, distribuyendo aretes y adjetivos, dando un gin-tonic a las sedientas y a las que impacientaba la espera entre compresas de terebentina ardiendo y emplastes de hojas machucadas, su concepto predilecto: sean brechtianas.*

Cobra es su logro mejor, su fetiche. Sin embargo, nada es perfecto: como Berta, la favorita tiene los pies demasiado grandes y es por eso que pasa el día —*desnuda, sobre una piel de alpaca, entre ventiladores y móviles de Calder*— gimiendo en su camerino, tratando de reducirlos por todos los medios —desde armaduras ortopédicas hasta la magia—: un día los invade *una erupción blanca, una escarcha que iba ascendiendo, sarna arborescente que formaba en los tobillos dibujos coptos.*

Teatro en que toda aparición es posible, el relato, inmensa hipérbole, seguirá proliferando incesantemente. La escritura será lo mismo «el arte de la elipsis» que «el de la disgresión» que el de «restituir la historia», que el del «remiendo» o el de «descomponer un orden y componer un desorden», pero siempre será la ceremonia de la transformación, de la metamorfosis.

Descifrando herbarios, preparando cocimientos de semillas, Cobra y la Señora continuarán, frenéticas, sus experimentos de miniaturización. Así surge Pup, reducción de Cobra, raíz cuadrada, doble enano.

Cediendo al vértigo del cambio constante, la escritura, espacio del transvestismo, se ha alejado definitivamente del relato *natural*. Hasta les descripciones de los paisajes que ven pasar la Señora, Cobra y Pup están hechas a partir de paisajes pintados, de cuadros. Las seguimos en sus peregrinaciones por retablos barrocos, atravesando las severas planicies del Greco, hasta llegar a Tánger, donde Cobra va a realizar su

1. *Sur Góngora*, de Severo Sarduy, en *Tel Quel*, núm. 25 y en español en *Escrito sobre un Cuerpo*, Editorial Sudamericana, 1969.

metamorfosis en manos de un «*aunque oculto señalado galeno, el relevante doctor Ktazob, que en taimado raspadero tangerino arranca de un tajo lo superfluo y esculpe en su lugar lúbrica rajadura, coronando el ingenio con punturas de un bálsamo mahomético que trueca en melíflua siflautilla hasta la voz de un brigante napolitano, achica a lo Ming los pies, bizantiniza el gesto y en el pecho hincha dos turgencias nacaradas, remedos de las que en un plato ostenta Santa Olalla*». El doctorazo realizará la intervención, según sus principios, sin anestesia, y para ello enseña a Cobra cómo transferir su dolor a Pup, que muere. Y de momento, cuando el largo martirio de Pup termina, en ese relato que era como un remolino de partículas doradas, sueño de un Bizancio del lenguaje en el que a veces un adjetivo un absurdo voluntario o un anacronismo nos habían hecho reír, en el que todo nos divertía y maravillaba, hay como una ruptura. La muerte de la enana nos conmueve. ¿Por qué? Habría que referirse a ese relato que califiqué de preexistente, ése que la escritura ha abolido y, corriendo el riesgo de parecer groseramente *natural*, preguntarse si Pup no es el último avatar, el último fragmento de Cobra antes de su iniciación al transvestismo, el último residuo de su ser progresivamente sacrificado, ése que ella pierde para siempre al disolverse en pura metáfora de sí misma.

En la segunda parte de la novela, Cobra, metáfora al cuadrado, es un muchacho a quien el relato hará recorrer —en una síntesis paródica de las nociones culturales de todos los tiempos y a partir de un erotismo de pacotilla hasta un erotismo sacramental— todas las etapas de una iniciación a las doctrinas del tantrismo. Búsqueda de la fusión de los contrarios, del objeto y el sujeto, de lo masculino y lo femenino, del mundo de los fenómenos y el de la trascendencia, de lo permitido y lo prohibido. Fusión, abolición de todo dualismo realizado en el exceso, en la transgresión y hasta en el crimen ritual que anula la distancia entre lo horrible y lo divino para que al fin se consuma la absorción del cuerpo en aras del vacío.

Drugtores y mitos tibetanos. Botas, mariguana, motocicletas y mandalas. Y en el centro, Cobra, víctima señalada —predestinada—, cuerpo del sacrificio. En la cima de una colina sus cenizas serán esparcidas al viento, para los pájaros.

Con él nos hundimos en el espacio oscuro de la novela, en su otra vertiente. Detrás de su trama verbal que ignoraba toda ideología, que se reía de todo, una brecha se abre hacia el silencio. Un sonido grave cubre los juegos, las diabluras, el chisporroteo paródico. ¿Y si el malabarista, el burlón cuyas astucias nos sedujeron a lo largo del libro no fuera más que un gnóstico que espera, en su obsesionante substitución de imágenes, que detrás de los disfraces múltiples, detrás de la última máscara, se produzca una revelación? ¿Y si, en definitiva, la palabra escondida detrás de las palabras —como los halcones de Góngora detrás de los «raudos torbellinos de Noruega»— no fuera otra que Dios, o su «negativo», su gran ausencia?

No puedo evitar asimilar a un desafío a los dioses improbables la explosión de Rosa, la vidente, cuando exclama: «¡Hay que teatralizar la inutilidad de todo!»

El libro termina con un *Diaro Indio* que se sitúa, como un despertar brusco, más acá del relato. No hay estructuras novelísticas en la vigilia de lo real cubierto de signos, sino topografía, carta desplegada, bajorrelieve donde se amplían las trazas de una civilización que ,aun muriente, continúa viviendo el sueño irrealizado de Occidente: el de la conciliación de la vida consigo misma, el de la calma en la muerte aceptada.

Triunfo de la sofisticación como saber negativo y, al nivel de la escritura como categoría estética, este libro, que parecía no ser más que una pura superficie espejeante, oculta en sus pliegues los problemas más graves, los que no tienen respuesta, desvelándonos una faz nocturna, secreta, mostrándonos una densidad grabada como graffitis inmemoriales.

Hector Bianciotti

Rodolfo Cardona y Anthony Zahareas
Visión del esperpento
(Ed. Castalia, 1970)

Lo dijo Cernuda en uno de sus ensayos: ninguna obra tan digna de admiración, ninguna figura tan noble, como la de Ramón del Valle-Inclán: singularidad aún más destacable por contraste con la vida y obra de sus compañeros de generación.

El primoroso Azorín, Unamuno el doliente, el hosco Baroja, Machado el bueno, han ido encontrando encaje poco a poco o poco a mucho en las también singularísimas coordenadas culturales de la España actual. Pero difícil encontrar acoplamiento, peliagudo promocionar a clásico, al inclasificable escritor y extravagante paisano. Y sencillo, claro es, relegarle al limbo de lo graciosamente castizo o pintoresco, convertirle en inagotable fuente de ingeniosas anécdotas y españolísimos desplantes. No debe sorprendernos, pues, que todavía carezcamos de una completa edición de sus obras, ni es de extrañar que varios de sus mejores esperpentos no hayan sido jamás representados en España —país tan falto de auténticos valores dramáticos y tan sobrado de anatomistas de una chata realidad con olor a fritanga.

Los profesores Cardona y Zahareas han venido dedicando un buen número de años a la labor de exégesis y compilación de la obra de Valle. A los excelentes resultados ya obtenidos añaden ahora su *Visión del esperpento*: estudio teórico de la estética deformante y análisis de *Luces de Bohemia, Los cuernos de Don Friolera* y *Martes de Carnaval.*

Don Ramón, por boca de sus personajes, en un claro intento de hacernos comprender la necesidad y razón de ser de su nueva poética, declaró en 1924 que «el sentido trágico de la vida española sólo puede darse con una estética sistemáticamente deformada»; «España es una deformación grotesca de la civilización europea». Los autores cuyo libro comentamos, partiendo de esa correlación entre mito e historia, apuntada por el mismo Valle-Inclán, esbozan la teoría del esperpento en general para abordar en páginas posteriores el estudio del sentido y forma de tres muestras significativas.

Mucho se ha escrito, a la hora de analizar el esperpento, de los famosos espejos del Callejón del Gato, de su cóncava naturaleza y de sus propiedades deformatorias. La crítica ibérica —con esa facilidad tan notoria para perorar en torno a lo anecdótico, para discurrir por los cauces de lo meramente superficial e irrelevante, para trivializar todo aquello que no entiende— tomando literalmente lo que sin duda era tropo en *Luces de Bohemia,* creyó hallar en los manidos espejitos cabal explicación a la teoría esperpéntica. No son Zahareas y Cardona los primeros en llamar la atención sobre tamaño simplismo, pero sí quizá los que más han profundizado la compleja relación Historia-discurso en la obra del último Valle, desvelando tras el metafórico espejo la sociedad española del primer tercio de siglo y toda su capacidad de distorsión.

Una vez reafirmada la estimulación recíproca entre mito y acontecer social, obligado era documentar el carácter genuinamente histórico de las tragedias esperpénticas: es ésta otra de las aportaciones que el libro nos presenta, evitando al mismo tiempo el afán positivista —tan común— del dato por el dato con la utilización del documento para mejor penetrar la intención estética de don Ramón al dar la forma que dio a sus últimos escritos, y encontrar pleno sentido a la programática correspondencia entre fantasía literaria y realidad histórica, enunciada por él mismo.

Termina *Visión del esperpento* con un apéndice documental donde se incluyen comentarios dispersos del Valle sobre su propia obra. Inteligentemente seleccionados para ilustrar las tesis expuestas en el estudio, serán útiles también para quienes en el futuro emprendan la aproximación a Valle-Inclán como teórico del arte, tarea crítica en gran parte por hacer.

Antonio Ramos Gascón

J. Leyva
Leitmotiv
(Seix Barral.)

La literatura española de hace algunos años parecía responder a unas pautas más definidas que la actual. Desde la recreación dialógica de un Sánchez Ferlosio, pasando por el escrupuloso buceo en una realidad histórica y social de Juan Goytisolo, hasta la mayor *summa* de la novelística española contemporánea, *Tiempo de silencio*, de Luis Martín Santos se trataba siempre de una literatura que, por diversos motivos, se atenía a la convención de la realidad. La obra de Martín Santos sería, en última instancia, la que más intensamente se suscribiría a una de las principales corrientes de la literatura contemporánea: la realidad cotidiana redimida por un lirismo que apunta hacia el mito, en la novela joyceana. Es el momento, asimismo, en que una literatura adquiere conciencia de sus posibilidades, que son, paradójicamente, sus propias imposibilidades, volteadas al revés; el «silencio», habiendo adquirido carta de ciudadanía, deja de ser tal, y *habla*. *Reivindicación del Conde don Julián*, de Juan Goytisolo, tiene a este respecto un significado especial; el asalto premeditado a una realidad que ya no es sólo realidad real sino también realidad de un lenguaje institucionalizado. Es únicamente a partir de la «explosión» de este «silencio» que se podría comprender la diversidad de caminos y de pautas por las que se lanzan los más recientes novelistas españoles; desde el discutido (y discutible) faulknerianismo —que a veces, en el tratamiento, se insinúa vagamente proustiano— de Juan Benet, considerando al margen la obra de otros ya consagrados como García Hortelano, Marsé, y Luis Goytisolo, hasta la obra de los más recientes, Guelbenzu, volcado más que todo hacia la experimentación linguística, Ana M. Moix, tradicionalista en sus técnicas pero audaz en la evocación del mundo del pasado, y otros como el recientísimo Martínez Torres, F. A. Molina, y J. Leyva, verdaderos creadores de mundos y atmósferas, que por lo tanto hay que considerar por separado.

Dentro de este panorama J. Leyva es uno de los casos más insólitos; *Leitmotiv*, su primera novela —cuya redacción data de 1967— pasa por ser una de las experiencias más arriesgadas dentro del actual panorama de la narrativa española. Un impresionante volumen de seiscientas páginas que no sólo por su extensión sino también por la vocación suicida que se agita ya, entre bambalinas desde las primeras páginas, implica un serio desafío a la ingenua tarea del lector; hay que tener un mínimo de coraje para sortear con éxito el oleaje de este insólito mar agitado... Pero la figura es menos gratuita de lo que parece; bajo la innegable tutoría de un Kafka, los personajes de Leyva no participan, sin embargo, de la misma vocación metafísica y angustiada de los del escritor checo. Hay un ingrediente ajeno, distinto, que los editores han tenido la buena puntería de acertar en Jarry pero no, ciertamente, en Gombrowicz; la vena picaresca que corre subterráneamente en *Leitmotiv* se halla bastante lejana de la premeditada astucia de los personajes del autor de *Cosmos* y *La seducción*, y mucho más cercana a la absurda y negra comicidad de los personajes de un Jarry. Varios aspectos de esta novela, como son no sólo la ausencia de una trama lineal sino también de una continuidad en la identidad de los personajes, la reiterada transmutación de climas y ambientes y sobre todo la importancia del lenguaje en la solución anecdótica, nos sugieren, antes que un modelo literario, un modelo plástico, pictórico: un amplio retablo, sombriamente épico, fundamentalmente gris, habitado por seres distorsionados, evadidos de todos los condicionamientos que no sean los de una realidad limítrofe con la pesadilla. Arturo Can, el «personaje central», no es siquiera un «personaje», en el sentido tradicional de la palabra —un personaje definible según una problemática psicológica, social y hasta metafísica... A propósito de él habría que hablar, más bien, de una constante narrativa (¿un leitmotiv?) que se realiza, siempre de una manera apriorística, a partir de la situación que le rodea. Podría incluso decirse, de acuerdo con lo anterior, que en cada una de las cuatro partes que constituyen la novela —la más lograda de

las cuales, en nuestra opinión, es ciertamente la última (El Viaje)— esta constante narrativa adquiere rostros diversos: no hay que dejarse desconcertar pues por los momentos que, en la novela, parecen ceñirse a un planteamiento metafísico; ningún Joseph K nos acecha detrás de Arturo Can con el contenido de una condición humana comprensible en términos filosóficos.

Un elemento lúdico, de parte del novelista mismo, nos llama más la atención; su método de trabajo no es la construcción coherente y lógica de un modelo narrativo animado por un principio de realidad constante y específica, aglutinado por una concepción del hombre y del mundo, sino un simple arte de la combinatoria que, partiendo de una realidad previamente climatizada (codificada), le permite mezclar los términos entre sí, guiándose por su buen sentido, por su espíritu de *bricoleur*. El novelista es, ante todo, el explorador de las posibilidades de un lenguaje y de la exploración misma, que tiene todas las características de una aventura, surge la novela... Lo anterior ilumina, aunque de una manera indirecta, la peculiaridad de su lenguaje; neutro, imparcial, aséptico, pero al mismo tiempo minucioso, sensual en el detalle, astuto en los matices, mantiene un justo equilibrio entre la simple función informativa y la bullente prolijidad de la anécdota. De tal modo que aquello que parece ser rechazado, en principio, por sus pautas internas, es justamente lo que moviliza la anécdota, puesta a su servicio. *Leitmotiv* es un producto híbrido entre una vocación aséptica del lenguaje y una desbordante actividad fabuladora. El hecho es que, en esta novela, todo gravita sobre aquella zona secreta en la que el lenguaje, sin atentar en lo mínimo contra la integridad de la anécdota, llega a ser no sólo *medium* sino también *mensaje* —lo cual quiere decir que de alguna manera la anécdota se halla sobredeterminada por él. En este punto podría plantearse pues un interrogante; ¿si no hay argumento, si la anécdota está encapsulada dentro de las fronteras del lenguaje, de donde sacar un punto de referencia para establecer un límite, ante el cual detenerse El *novelista-bricoleur* corre evidentemente el riesgo de sobrepasarse (y es esto lo que creemos le ha sucedido a Leyva en varios pasajes de su novela, sobre todo en la segunda y tercera parte), porque no hay ninguna válvula en su código, ni en su léxico, que le indique el probable punto de saturación. Sin embargo, con relativa frecuencia es este desbordamiento mismo el que constituye el encanto de muchas obras de arte (*La maison du Facteur Cheval*, por ejemplo). La creación del *bricoleur* —arquitecto, pintor, novelista— introduce pues el azar dentro de su obra a condición de que, ya en ella dicho azar no se transforme en necesidad (como sucede en todos los demás casos) sino de que siga siendo azar y, más aún, necesidad del azar. Es por eso que la realidad evocada surgue confusa, caótica, metamorfoseante, más cercana al fluir de la pesadilla que al transcurrir de la vigilia. En cada una de sus cuatro partes, *Leitmotiv* somete a una nueva experiencia el punto de vista del lector; la perspectiva y el enfoque, que son los mismos del autor, hacen variar la realidad enfocada, que aparece entonces dotada de un insólito dinamismo.

Se hace laberinto, modelo del mundo, réplica de incompatibilidad. Cada momento en la trayectoria de Arturo Can es la resultante de un nuevo juego de luces y de sombras, en un colorido que varía siempre de acuerdo a una realidad interior a la novela que, a manera de un calidoscopio, exige no uno, sino muchos puntos de vista. En un mundo que resulta tan confuso, sinuoso y complicado como un altar barroco, la identidad de los personajes se metamorfosea con la misma facilidad con que se cambia una máscara por otra, y más que de la identidad de los personajes habría que hablar de la identidad de las situaciones, que surgen las unas de las otras no por continuidad lógica sino por combinación de posibilidades narrativas; el autor, él mismo, no detenta la omnisciencia de los puntos de vista, y es por eso que su tarea, al ir trazando los contornos de la reali-

dad, es simétrica y equidistante a la del lector...

El mayor secreto de esta novela, como ya lo hemos insinuado, surge de esa rara simbiosis entre un lenguaje neutro, translúcido, sometido a su propia inercia, y la combinatoria de una anécdota que, abocada a una fría comicidad, plastifica la narración, haciendo de ella un retablo en el que la ironía se une a lo grotesco, y que hay que contemplar con la espectante seriedad con que se contempla un cuadro del Bosco; la carcajada, que muere antes de estallar, se convierte en punto de vista... Para finalizar, digamos que habría que considerar a *Leitmotiv* como una gran novela frustrada, en la que la «frustación» se halla implícita en su propio planteamiento. El pasaje final de la novela nos parece muy ilustrativo a este respecto; «Días más tarde, Arturo Can escuchó unas voces, entre las que creyó distinguir la de Rull, quien impartía órdenes para que arrastraran el vagón hasta cierto lugar; por fin, cuando aquellos parecieron concluir el trabajo, se sintió hundido en la soledad. "Estoy en una vía muerta", se dijo.» Una «vía muerta» del lenguaje, que es al mismo tiempo una «vía muerta» de la anécdota, las cuales, en su secreto maridaje, nos recuerdan que no todo en literatura es tierra colonizada, país de jauja, sino también delirio y suicidio de la realidad —provechosa lección, insólita en la literatura peninsular. Con esta novela, J. Leyva (último premio Biblioteca Breve, con *La circunscisión del señor solo*) se coloca a la vanguardia de esa corriente, perceptible ya en la más reciente literatura española, que se propone traducir en un lenguaje inteligible el mensaje de una realidad «vacía», esquizofrénica, silenciosa y, al mismo tiempo, ventrílocua...

Ricardo Cano Gaviria

Carlos Meneses

Oquendo de Amat, del sueño a la realidad

El poeta peruano Carlos Oquendo de Amat, nacido en Puno en 1904, alcanzó a escribir en sus treinta y dos años de vida, escasamente, veintiún poemas, de los cuales dieciocho aparecieron en un libro publicado en 1927, bajo el título de *Cinco metros de poemas*. Cuatro de dichos poemas habían sido escritos en 1923, y los catorce restantes estaban fechados en 1925. De los poemas de este segundo período de inspiración, media docena están dedicados a expresar su amor, el amor que produce en él (a la sazón un joven de veintiún años) una mujer a la que denomina, simplemente, «bella» o «compañera», así como la gran ternura que despierta el recuerdo de su madre, hermosa mujer limeña con la cual el poeta compartió, durante su adolescencia, una mísera y triste vida. Los otros poemas que no aparecen en el libro, son tres y fueron escritos después de 1927, publicándose en la revista *Amauta* en 1929 [1]. Su corta producción se completa con unos brevísimos versos que deben pertenecer a su primera época de poeta y que nunca fueron publicados, pero que supo conservar su buen amigo y también poeta, Enrique Peña Barrenechea. A partir de 1929 el poeta cede la iniciativa al político y nada escrito por él se ha podido encontrar, afirmándose por tanto que Oquendo finaliza su trayectoria poética en ese 1929.

A la muerte de su madre, en 1922, Carlos Oquendo de Amat, empieza a deambular por las calles de Lima, como buscando quien interprete la dimensión de su dolor y es, justamente a partir de 1923, cuando se le sabe incluido dentro de la generación de poetas jóvenes que lo cobijan espiritualmente, que lo alientan, y lo ayudan en sus primeros pasos de poeta.

Oquendo de Amat, desde el fallecimiento de su madre, hasta 1936, año en que muere él, divide su vida en dos partes perfectamente diferenciadas. De 1923 —año en que es acogido por el grupo de poetas jóvenes de entonces— a 1929, año en que muere el célebre pensador peruano José Carlos Mariátegui. Más allá de 1929, hasta marzo de 1936, el poeta prácticamente ha desaparecido y quien vive, o más preciso es decir, quien aceleradamente se acerca a la muerte, es el político, el irreductible luchador que solamente cede ante la asfixia producida por la tuberculosis.

Hablar de un poeta-político, o de un político-poeta, no es lo propio en este caso. Al menos, hasta la fecha ha sido imposible encontrar nada escrito por Oquendo fechado en los años treinta. Eso permite considerar con gran claridad la vida del poeta ente los diecinueve y los treinta y dos años, que era la edad que tenía cuando falleció en un sanatorio de las sierras de Guadarrama.

OQUENDO Y SU GENERACION

El autor de «cinco metros de poemas», debió haber marchado a su tierra natal, Puno, a la muerte de su madre, y ya en pleno 1923 reaparece en Lima. Solo, medroso, distante de la poca familia que le queda, sin recursos económicos, sin haber concluido sus estudios secundarios que seguía en el colegio Nuestra Señora de Guadalupe, recorre las calles de la capital peruana y es Xavier Abril el primero en entablar amistad con él.

Enrique Peña Barrenechea recordando esos años escribió: «Se inició nuestra amistad en 1924. Fue Xavier Abril quien nos presentó.» Y párrafos más adelante: «Durante años nos encontrábamos todas las noches en la Biblioteca de San Marcos. El leía a los surrealistas, especialmente a Breton y Aragon. Así mismo a Paul Eluard y a Apollinaire» [2].

El núcleo de poetas de esos años, llegó a ser amplio. A los ya mencionados se sumaban, Rafael Méndez Dorich, Adalberto Varallanos, Jorge Basadre, Manuel Beingolea, que aunque de generación anterior participaba en estas reuniones, Emilio Armaza, Guillermo Mercado, Francisco Xandoval, Ernesto More, Alberto Hidalgo, muchos poetas provincianos que pasaban algunos días en Lima, cuando no visitantes de más lejanas tierras, como el patriarcal Barba Jacob y el exiliado valenciano Pérez Doménech.

Es a través de Xavier Abril que Oquendo de Amat conoce a José Carlos Mariátegui, que aunque no muy mayor que los compo-

1. «El angel y la rosa»; «Poema surrealista del elefante y del canto»; «Poema de la niña y de la flor», revista AMAUTA, núms. 20 y 21, Lim, 1929.

2, 3, 4, 7. Correspondencia mantenida con el autor de esta nota.

nentes de esa generación, se ha erigido en su maestro. Es como consecuencia de estas reuniones, que son finalmente las que más huella dejan en él, por la admiración que llega a sentir hacia Mariátegui, que aumenta su preocupación por conocer a los poetas franceses; que lee con voracidad a los ultraístas; y, principalmente, que empieza a sentirse atraído por la doctrina marxista. Aun cuando, esto último, solamente prosperaría o se haría realidad mucho tiempo después. A lo largo de esos seis años, Oquendo, tímido y hambriento, enhebra pícaras anécdotas con momentos de blanca ingenuidad. De esa corta etapa de su vida, emergen los mitos que, con el correr del tiempo, lo convierten en una figura de leyenda. Porque muchos años más tarde y, refiriéndose a 1923-29, se habló del fantasioso Oquendo; del ingenuo Oquendo; como del exquisito, el dandy-pobre, y del aristócrata en decadencia, posiblemente, considerando que sus abuelos habían alcanzado la opulencia económica, que el padre y los tíos del poeta dejaron en París, durante una larga permanencia de casi veinte años.

Aparte de las influencias de sus maestros, Mariátegui o Barba-Jacob; de sus amigos Beingolea —que escribió un cuento utilizando la figura de Oquendo como personaje central—, Xavier Abril, Rafael Méndez Dorich; Enrique Peña Barrenechea; Adalberto Varallanos —con quien fundó la revista cinematográfica *Celuloide—;* por sobre sus lecturas, sus discusiones y la ideología hacia la que se encaminaba, se sitúan aquellos funestos días —los más de su vida— en que la imperiosa necesidad de alimentarse, buscar techo, tener con que cubrirse, lo obligaron a las más difíciles maniobras dignas de ser incluidas en la mejor antología picaresca.

Qué entremezclarse extraño y múltiple de elementos, en la personalidad del poeta. Hablador, para unos; cauto, para otros. Atormentado y, a la vez, sutil cautivador de acreedores. El joven soñador, el iluso, el indudablemente, tímido, durmiendo una noche en la cómoda cama del Nuncio Apostólico; comiendo, como único alimento, una ración de pepinos, que le regalaba Beingolea; huyendo cinematográficamente de la pensión a la que adeudaba varias semanas de alojamiento.

Como Valle-Inclán, Oquendo de Amat construía, obligado por la vida, un delicioso anecdotario, que con los años ayudaría a situarlo dentro de los caracteres del mito.

CAMBIO RADICAL

Se ha dicho que fue la muerte de José Carlos Mariátegui, la que determinó o precipitó la decisión de Oquendo de tomar militancia política y actuar muy vivazmente en pro de su partido. Coinciden las fechas, el pensador y político, autor de *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana,* muere en 1929, y es dentro de ese año cuando Oquendo deja de frecuentar las tertulias, de recorrer las calles limeñas e inicia otras actividades.

De los seis años que también dura su etapa de político, se conoce aún mucho menos que de su hexágono poético. Apenas si se dice que en 1931 el poeta se aleja de Lima y se dirige al sur del Perú, para cumplir misiones encomendadas por el partido comunista. Se sabe, también, que llega a Bolivia, interviniendo en mítines y reuniones políticas. Una verdadera nebulosa recubre todos estos hechos que, solamente alcanzan claridad en 1935, cuando bajo la dictadura del Mariscal Benavides, y durante un enfrentamiento de dos partidos políticos peruanos es apresado, sometido a tortura y, finalmente, deportado del país.

Lo más difundido con respecto a su salida del Perú, es que Oquendo solicitó el viaje como única forma de conseguir su libertad, aunque en muchas ocasiones insinuara que amigos suyos lo habían traicionado y habían influido para que él saliera de su país. No obstante, a juzgar por las opiniones de sus amigos más cercanos, la versión que tiene mayor fuerza es la primera, la de su solicitud de exilio, como mal menor, a pesar de hallarse en tan mal estado de salud.

VIAJE HACIA LA MUERTE

Fue en septiembre de 1935, cuando el melancólico poeta que había escrito «*se prohíbe estar triste*», abandonó su patria e inició su vía crucis internacional. Para muchos este viaje es inexplicable, dada su precaria salud. Sin embargo se comprende perfectamen-

te que el joven puneño haya preferido el exilio, una riesgosa aventura —trágica, como en realidad resultó— a la cárcel.

Se ignora con qué dinero compró el billete de barco, puesto que el gobierno peruano no estaba dispuesto a efectuar ningún desembolso. Solamente se sabe que cuando fue a despedirse de su primo el Dr. Emilio Romero, éste le preguntó si llevaba abrigo y la respuesta de Oquendo fue: «Salgo con lo que llevo puesto», por lo que Romero le obsequió el suyo.

El primer tramo del viaje de Oquendo, debió transcurrir sin novedad, ignorando este pasajero sui generis la tétrica cita hacia la cual se disponía a concurrir. Quién sabe si al partir del Callao, y asomado a la barandilla del barco, recordó sus propios versos: «En el muelle / de todos los pañuelos se hizo una flor.»

Solamente al llegar a Balboa, puerto de ingreso al canal de Panamá, se quiebra la placidez de la travesía. Oquendo es obligado por las autoridades de la zona del canal a abandonar la nave. Se ha descubierto, al revisar su pasaporte y, posiblemente, confrontarlo con las listas secretas, que se trata de un comunista. Ignoran que el Gobierno peruano lo ha dejado salir y lo creen evadido, por lo que consideran oportuno devolverlo al Perú. Y mientras se aclara su situación, es encerrado en una mazmorra.

El poeta ha perdido nuevamente la libertad, esta vez en un país extraño, está solo y enfermo, tal vez mucho más enfermo que solo, porque al salir de Lima, sus amigos le han dado cartas de recomendación para escritores y políticos que residen a lo largo de la ruta. Entre sus apuntes halla un nombre que será la clave de su dramática estancia en ese país, es Diógenes de la Rosa, a quien hace avisar la situación en que se encuentra.

«Al recibir el mensaje, comisioné al mismo obrero (el que había servido de contacto) para que comunicara a Oquendo que haríamos un esfuerzo por sacarlo de allí», cuenta De la Rosa. «Convenida la hora, pasadas las nueve de la noche, tras el toque de queda en la cuarentena, logramos que el mismo intermediario le hiciera a Oquendo un croquis, para que supiera el lugar donde lo esperábamos, fuera del alambrado que rodeaba el establecimiento.»

El poeta fue arrancado del cautiverio gracias a los esfuerzos y la decisión de su amigo, que no solamente lo sacó de ese campo de concentración, sino que, de inmediato, en el automóvil del Ayuntamiento de la ciudad de Panamá, lo trasladó a la ciudad de David, al norte de Panamá, desde donde Juan B. Soto y Julio E. Rivera, a quienes fue recomendado por De la Rosa, lo ayudaron a cruzar la frontera y llegar hasta San José de Costa Rica.

Diógenes de la Rosa explica algunos detalles más con respecto a la evasión de Oquendo del campo de concentración: «Como el automóvil portaba placas oficiales de la República del Panamá podía circular por la zona del canal en horas de la noche sin despertar sospechas. Todo se realizó con exactitud y puntualidad.» Y en otro párrafo: «En fin, sacamos a Oquendo y muy de madrugada lo embarcamos en un vehículo de transporte colectivo que lo llevó a la ciudad de David, en noroeste de la República, cerca de la frontera con Costa Rica. Me parece que allá se encargaron de hacerlo seguir hasta San José los compañeros Juan B. Soto y Julio E. Rivera, ambos fallecidos ya» [3].

Tras una corta estancia en San José de Costa Rica, se dirigió por vía terrestre, a través del istmo, hasta México, en donde, una vez más, sus relaciones políticas y culturales, lo ayudaron a subsistir y le permitieron continuar su interrumpido viaje a Europa.

EN EUROPA

Era ya pleno diciembre cuando el poeta desembarcó en puerto francés, según mayoría de sus contemporáneos, en La Rochelle. Su estancia en ese lugar debió haber sido de escasas horas, posiblemente el tiempo que tardó en averiguar de dónde salía el tren para París.

El cansancio que se le acentuaba más y más, que lo doblegaba totalmente, no estaba motivado solamente por la larga y difícil travesía, por la emoción de ver París, por los ayunos a que continuaba sometido, sino que eran otras, muy duras y poderosas, las razones. El ministro del Perú en Francia, Francisco García Calderón, descubrió fácilmente

la gravedad del mal y vio la imposibilidad de poder hacer algo por ese extraño visitante, y a lo único que atinó fue a aconsejarle que marchara a España, para lo cual se dice que le proporcionó el dinero suficiente.

Al llegar a Madrid, en los primeros días de 1936, Oquendo orienta sus dificultosos pasos hacia la embajada peruana, en busca de apoyo, deseoso de recuperar la salud, con esa ingenua esperanza de que hablan todos los que lo conocieron. Se le consiguió una cama en el hospital San Carlos, situado entonces junto a la Facultad de Medicina de Madrid.

Hasta allí llegan algunos amigos del poeta. Hasta el pabellón en que se halla internado va Xavier Abril, quien más tarde contará: «Yo me enteré de su llegada a la capital de España por un recado que me hizo llegar Armando Bazán, por intermedio del escritor puertorriqueño Emilio Delgado»[4]. En una de las oportunidades que Abril fue a visitarlo, el médico que lo atendió se acercó a él al abandonar el pabellón para confiarle que Oquendo ya no se recuperaría más.

En una patética carta escrita por el historiador y diplomático peruano Raúl Porras Barrenechea, y dirigida al poeta Enrique Peña, le cuenta que Oquendo: «Estaba extenuado y roído por la tuberculosis. Sus amigos y camaradas lo habían abandonado por completo. Me llamó o me hizo llamar desde el hospital en que había sido recluido. Fui a verlo inmediatamente y lo encontré en una sala general de aspecto pavoroso. Estaba echado vestido sobre un lecho inmundo y se asfixiaba por la destrucción de sus pulmones.»

No obstante su estado, Oquendo repetía sin cesar que cuando cambiara de clínica mejoraría. El mismo Porras Barrenechea explica: «Conseguí el apoyo de una mujer bonísima —la marquesa de la Conquista— y con su ayuda, la de la Legación y algunos amigos, pude satisfacer el deseo del enfermo.» Continúa la carta contando cómo fue el viaje, el triste viaje hacia Guadarrama, en donde quedó instalado en uno de los, para entonces, más modernos y cómodos sanatorios para enfermos del pulmón.

En este lugar permaneció alrededor de cuatro semanas, las últimas de su vida. Se sabe que en los primeros días se sintió muy recuperado y él se creyó ya salvado, pero pasado el efecto psicológico, finalizado el pequeño ciclo en que el espíritu indesmayable pudo más que la carcomida materia, todo volvió al cauce anterior. Se cuenta que el poeta imprecaba contra la fatalidad de su destino. Que trataba de autoanimarse, de reconquistar las esperanzas que ya se marchitaban. Insistemente solía llamar a Porras, para que le procurase un nuevo sanatorio, seguro de que un nuevo cambio sería decisivo en su curación.

Precisamente el día que se había decidido realizar un nuevo cambio, dentro de la misma zona de Guadarrama, y para lo cual el consulado había enviado al estudiante de medicina, también peruano, Enrique Chanyek, el poeta dejó de existir. «La mañana en que fueron por él, el 6 de marzo, murió, siempre rebelándose contra su suerte», añade Porras[5].

Después de su muerte, cuatro meses más tarde, se inició la guerra civil española y, desde entonces, se aseguró que la tumba de Oquendo, que se hallaba en el cementerio del pueblo de Navacerrada, había desaparecido como consecuencia de los bombardeos. Roca Arciniega, que se hallaba por esos años en España, escribió en 1937, en *La Prensa* de Lima: «En vez de unas florecillas silvestres depositadas sobre su tumba en la montaña —sobre aquella montaña y sobre aquella tumba donde quedó sepultado el poeta peruano Oquendo de Amat—, llueve, hoy, compacta, la metralla que siega vidas; y llueve, además, una lluvia pertinaz, hecha con rojas gotas de sangre que nacieron hermanadas»[6].

Xavier Abril, escribió: «La metralla franquista destruyó el cementerio donde Oquendo había sido enterrado»[7]. Y Porras Barrenechea en aquella documentada y triste carta: «Meses después tronaba sobre su tumba el cañón de la lucha de clases.»

En el Ayuntamiento de Navacerrada, se ins-

5. Carta de Raúl Porras Barrenechea a Enrique Peña Barrenechea, fechada en París el 8 de octubre de 1938, y cuyo original se halla en los archivos del Instituto Porras Barrenechea.

6. Rosa Arciniega: «Llanto de quenas sobre la sierra castellana», «La prensa», Lima, 1937.

cribió su defunción: «D. Carlos Oquendo de Amat, de veintisete años (edad equivocada), natural de Lima, provincia del Perú, hijo de D. Carlos Oquendo y de doña Aída Amat, domiciliado (está en blanco), de profesión estudiante y de estado soltero. Falleció en el Sanatorio del Guadarrama, el día seis de marzo a las diez, a consecuencia de "Parálisis bronquial" —tuberculosis pulmonar— según resulta de certificación facultativa y reconocimiento practicado, y su cadáver habrá de recibir sepultura en el Cementerio Municipal de esta Villa.»

LA TUMBA RECONQUISTADA

Tanto el libro *Cinco metros de poemas* como su autor estaban recubiertos por una espesa capa de olvido. El libro era prácticamente inhallable en el Perú; en cuanto al recuerdo del poeta muerto y enterrado en Navacerrada, se perdía en la distancia de los años. El discurso de Mario Vargas Llosa, durante la ceremonia de entrega del premio «Rómulo Gallegos», en 1967, fue el tábano que hizo despertar a todos los que algo tenían que decir sobre Oquendo. A partir de entonces surgen los investigadores, los críticos, los cronistas, pero si se reedita la obra, si se hace justicia al genio poético de Oquendo, y se conoce mucho de lo que hizo en vida, en cambio, se sigue creyendo que sus restos han desaparecido, que su tumba ha volado bajo el cruel imperio de una granada.

Pero la tumba de Oquendo de Amat existe. Sobre el pueblo de Navacerrada no cayeron ráfagas de metralla ni estallaron sonoras granadas. En el diminuto cementerio pudimos encontrar —Antonio Cillóniz y José A. Bravo, acompañaban al autor de esta nota— el breve túmulo, desprovisto de lápida, de recuerdos materializados en flores, un túmulo más, entre los muchos que se hallaban en ese estado.

La comprobación fue larga, lenta, pero precisa. Con la ayuda de Hermenegildo Verdesoto, más conocido en el pueblo por «Vedrines», famoso aviador de los años veinte, sepulturero del lugar entre los años 1923 y 1960, y la colaboración del señor José Navarro, del Ayuntamiento de Navacerrada, que consultó las listas de defunciones de aquel año, se pudo señalar al fin la tumba del poeta y ayudar a que todas las demás tumbas pertenecientes a ese año, y carentes de lápida, pudieran ser reconocidas.

Las señas del lugar donde se halla la tumba de Carlos Oquendo de Amat, son: «Cuartel 2; fila 7; sepultura 11». Sobre este sencillo y breve túmulo de tierra habrá que colocar la lápida en piedra viva que lo recuerde para siempre, y en la que se podría grabar la siguiente inscripción: «Oquendo, Oquendo / tan frágil que el olor / de una flor te desvanecía», versos que escribiera un contemporáneo suyo ya hace muchos años.

INTERPRETACION DE OQUENDO A TRAVES DE SU POESIA

Convertido en un legendario personaje que un día apareció en Lima, escribió un extraño libro y, así como apareció, desapareció, para no volver más al Perú; situado en el más enrevesado entrecruzarse de versiones, acerca de su estancia en Europa. Para unos, hábil vividor refugiado en una buhardilla del barrio latino de París; para otros, contundente conferenciante político, durante la República española. Oquendo de Amat empezaba a ser considerado como un personaje de novela, y, de no haber mediado la presencia de muchos contemporáneos suyos, hubiese terminado por ingresar de lleno en el mundo de la fábula y por llegarse a dudar de si alguna vez existió.

De lo que jamás se pudo dudar, fue de la calidad de su diminuta obra. A casi cincuenta años de escrita sigue teniendo vigencia y siendo pieza medular en la literatura peruana. Sus poemas de amor son, posiblemente, los que más se recuerdan y, también, a través de los cuales mejor se puede interpretar a su autor.

En «Compañera», se refiere a una mujer, a una amiga, quién sabe si de la adolescencia, tal vez si solamente soñada, a la que evoca sin la acritud que podrían dictarle sus continuos ayunos y le dice, con afecto, verdaderamente emocionado, «ah, y tus sonrisas maravillosas sombrillas para el calor / tú que llevas prendido un cine en la mejilla.» Nada de su tétrico transcurrir por el mundo llega hasta esta expresión enamorada. El verso permanece limpio, impoluto, sin que sus

calamidades terrenas alcancen a empañarlo. Incluso, su serenidad es conmovedora, hasta resulta ilógica. «Tus dedos sí que saben peinarse como nadie lo hizo / mejor que los peluqueros expertos de los transatlánticos». En el poema «Campo», el poeta sitúa a su amada en un maravilloso escenario que facilita el rito de su adoración. La ceremonia consiste en fundir la realidad de la belleza femenina con esa otra majestuosa hermosura que es la naturaleza. «El paisaje salía de tu voz / y las nubes dormían en la yema de tus dedos». Ella está por encima de todo. «De tus ojos cintas de alegría colgará / la mañana». Pero de pronto esa deliciosa serenidad del poeta se trunca, un ramalazo erótico altera bruscamente la cadencia de los versos: «Tus vestidos / encendieron las hojas de los árboles». Para más adelante ceder paso a la pesadumbre, aceptar que en la vida impera la fatalidad. «En el tren lejano iba sentada / la nostalgia.»

«Poema del mar y de ella» es la denuncia de su ilimitado cariño hacia esa mujer real o de ensueño, ¿amante, amiga, pariente, compañera? es impenetrable su confesión. Simplemente es una mujer que de pronto lo emociona por su pureza: «Tu bondad pintó el canto de los pájaros», y prácticamente en forma simultánea le arranca notas ígneas su belleza, «eres una sorpresa perenne. / DENTRO DE LA ROSA DEL DIA». Y el mar, ante esa mujer, es un sumiso elemento: «y el mar venía lleno de tus palabras».

En «Poema», el júbilo del poeta es total, se libera completamente del acento de tristeza que suele aparecer muy brevemente en otros poemas. Esa compañera, esa mujer, ya no despierta en él razonamientos, no reflexiona acerca de su belleza o bondad, sino que le arranca jirones de emoción dentro de un canto de pautas elegantes, con diluidas notas modernistas, donde flotan las palabras «japón», «fruta», «mapa», «río», «fiesta». El poeta se inclina fervoroso, contrito y en el instante mismo de la venia, exclama: «Para ti / tengo impresa una sonrisa en papel japón». Por momentos parece imposible que aquella a quien le pide: «déjame que bese tu voz», sea solamente un sueño, una ilusión. Se hace necesario situarla en la realidad, buscarla en la vida diaria. Pero Oquendo parece hacerla transitar de un ámbito a otro. Llevarla a través de su imaginación: «En tu ventana / cuelgan enredaderas de los volantes de los automóviles / y los expendedores disminuyen el precio de sus mercancías.»

La necesidad de ternura, el continuo precisar de calor y paz, aparecen una vez más, «ríos bondadosos» dice en el poema «Obsequio». No solamente la belleza de los ríos discurriendo alegremente, sino arrastrando bondad en sus aguas. Pero también quiere romper un mito. Colocar a nivel más humano algo que está muy distante. Se niega a aceptar la promesa y a conformarse con aguardar a que se haga realidad la hora de disfrutar del cielo, cuando dice: «ríos bondadosos y cielos palpables». A la alegría, al lujo, prefiere la sencilla hermosura de la naturaleza: «Cambiaría un tapiz antiguo / que trae / una cesta de sonrisas / con rosas despreocupadas». Todos esos trueques fabulosos, no determinan sino la superación, la búsqueda de lo mejor para entregárselo a ella, «de tus cabellos saldrá agua dulce», e inmediatamente pronostica una de las más hermosas fantasías: «y habrá voces de color en la luna».

Pero es el poema «Madre» el manojo de versos más conmovedores. Es de tan alto grado su amor, su ternura, que opaca esas formidables sinfonías de colores vertidas por aquella que llama su compañera. «Tu nombre viene lento como las músicas humildes / y de tus manos vuelan palomas blancas». En la madre se reunen la ternura, la humildad, la divina paz simbolizada por las palomas, ella lo es todo, justamente todo lo que, en el momento en que escribe, le falta, «Mi recuerdo te viste siempre de blanco / como un recreo de niños que los hombres miran desde aquí • distante». Tenía veintiún años cuando escribió este poema, que denota cuánto entrañaba la ternura maternal, «A tu lado el cariño se abre como una flor cuando pienso», no el cariño suyo, solamente, sino es el concepto cariño el que «se abre como una flor». Sin embargo el poeta sabe que la palabra no basta para alcanzar la dicha, «Entre ti y el horizonte / mi palabra está primitiva como la lluvia o como los himnos». A un lado está la madre, al otro, el límite, el horizonte, y en medio, sin fuerza, su palabra, como cayendo impotente, inca-

paz. Y finaliza manifestando la magnitud del amor en ese ser inefable, y proyectando su ternura, hasta el infinito, «Porque ante ti callan las rosas y la canción».

Carlos Meneses
Palma de Mallorca

Marta Traba

México: La venganza de la Coatlicue

Aunque ya es bien sabido que México *no son* los aztecas y que detrás de las maravillosas plumas de quetzal de la tiara de Moctezuma, hay un enorme camino en reverso que lleva hasta más sutiles, espléndidas y desconcertantes visiones precolombinas, la imagen de la Coatlicue sigue homologándose, fatalmente, con las concepciones del México moderno. Su voluntad compacta, su tremendismo, su brutal dominio de vida y muerte, su estructura ordenada, maciza y cíclica, la decisión de sus significados, han alimentado, desde que comenzó la revolución institucionalizada, gran parte de los horribles monumentos cuadrados, rotundos, destinados a cubrir la apología de la revolución, los indios y los héroes.

En todas estas trasposiciones de los «efectos» de la Coatlicue, no alcanzaba a verificarse más que un desesperado esfuerzo por asimilarse a su tremendismo y apoyar los actos revolucionarios sobre la hipertrofia del valor y la amplificación retórica de patria, coraje y sacrificio. La omnívora representación de la diosa azteca irrigó asimismo toda esa enorme zona del muralismo entregada a las hipérboles, el tremendismo, los amenazadores «closed up» que dieron a la historia su deliberado tono espectacular. Pero en ninguna de estas obras de décadas pasadas la venganza de la Coatlicue aparece más neta, menos diluida o metamorfoseada, que en el Poliforum de Siqueiros.

El Poliforum debe considerarse como un auténtico fenómeno de la arquitectura y la decoración contemporánea. Siqueiros lo proyectó y llevó a cabo con un equipo de colaboradores cuyos nombres importan poco, porque todos quedan aplastados y nivelados al estilo del viejo maestro. Describir el Poliforum es una tentación horrible y también un desafío para el crítico. Una gigantesca reja separa al Poliforum de la calle, y en ella ya están impresas las características que reinarán en el edificio y sus soluciones exteriores o sea el tremendismo, la gratuidad y el ansia descomedida de modernización. Esta ansia —ya vívidamente presente en las últimas obras muralistas del maestro, donde las acrobacias espaciales llegan a puntos casi inverosímiles y dolorosas, y donde una constante turbulencia que convulsiona y vuelve jadeantes las paredes intenta sin lograrlo desfigurar los netos significados siqueiranos—, se delata tanto en la propia reja como en su basamento de material. La reja se lanza a un cerramiento puntiagudo y desaforado, mientras el basamento echa mano de recursos de relojería aplicados en un gran friso donde se copia descaradamente pero sin su ajuste —y desde luego sin su intencionalidad—, el mural realizado por Felguerez años atrás para una firma comercial de Ciudad México.

Entrando al Poliforum, el espacio de jardines y exteriores queda acaparado por la fuente donde se inmortalizan (más apropiado sería decir, se asesinan), los más conspicuos muralistas mexicanos. ¡Siguiendo la vieja tradición muralista de la concepción jerárquica de los tamaños, las cabezas de los muralistas, subrayadas por un grueso material, emergen de la fuente como verdaderas proezas de decapitación; sin embargo, su sólo alineamiento no bastó a los autores, que, empujados nuevamente por la angustia de la modernidad, incrustaron en medio de las cabezas varios arabescos sosteniendo una semifigura de chatarra, suspendida en el espacio como un ex-abrupto, dentro del criterio acumulativo que siempre rigió el muralista mexicano y lo indujo a promover, como si fuera un valor, el defecto de las acumulaciones indiscriminadas de seres, cosas y materiales. Entre la reja y el edificio del Poliforum media un espacio que permite levantar la vista y tropezar con las paredes que se abren hacia arriba, íntegramente cubiertas de composiciones murales. Siqueiros siempre fue un hombre sin tino entre el paciente «descriptor» de la historia pasada, presente y futura que encarnó Diego Rivera, y el expresionista enérgico, a ratos realmente iluminado, que fue Orozco. Esta falta de tino ha dejado testimonios irreversibles; su ferocidad operática, sus mescolanzas indiscriminadas de descripción y abstraccionismo, su desprecio por las estructuras reflexivas de una obra de arte. Pero en las paredes del Poliforum, en los ambientes interiores y en su indescriptible espectáculo de luz y sonido, alcanza la perfección de sus defectos y carencias. Como el adefesio no está presidido por ningún criterio de composición, de organización imaginaria o propósitos representativos coherentes, no es susceptible de

ser analizado. No puede ser sino padecido o vituperado. Da dolor presenciar cómo lo padece el indefenso público de los domingos, las familias y los niños de caras impenetrables que miran hacia todos los lados guardando su inescrutable reserva. Pero también da cólera comprobar que, mediante la construcción de un edificio sin pies ni cabeza, netamente antiestético, hecho para sola gloria de Siqueiros, la opinión pública, la crítica de arte y el periodismo mexicano vuelven a caer en la trampa, reiteran una polémica de valor o desvalor que ya debía estar muerta y enterrada, y, sobre todo, recaen en la horrible fascinación del adefesio. De esta manera, Siqueiros, que carece de todos los argumentos estéticos necesarios para su supervivencia, pasa a llenar argumentos sociológicos. Sigue siendo el seductor de un público aterrado e ignorante que se detiene paralizado ante esta obra suntuaria, ofensivamente suntuaria en un país con bajísimos niveles de vida y necesidades endémicas de mejoramiento social.

La venganza de la Coatlicue en este panteón de lujo el muralismo mejicano, queda marcada, específicamente, en la exasperación de todos los elementos empleados y en su tendencia convergente a afirmar una condición energuménica; así empujadas hacia un vacío gratuito, hacia una operación irreal, las articulaciones que sostienen el poder de la Coatlicue, se desmoronan aquí en la inanidad. Todo este vano escándalo del Poliforum es inmoral y obsceno y revierte, por antítesis, sobre la grandeza silenciosa de los mitos.

Pasar por alto la existencia del Poliforum también me parece un error, porque el público vuelve a ser expoliado por los desafueros del muralismo, cuando ya éste parecía una historia envejecida, deteriorándose en los muros de Vasconcelos; vuelve a ser degradado y des-educado, vuelve a ser empujado por fuera de los límites de la estética trazados con tantas dificultades y contratiempos por los artistas plásticos mexicanos, desde Tamayo a Toledo.

Para saber qué ha pasado en el arte mexicano contemporáneo que sigue siendo ignorado por el gran público es preciso llevar a cabo un trabajo de investigación, que va desde monografías brillantes como la de Tamayo por Paz o la de Cuevas por Fuentes (junto a los habituales inertes trabajos monográficos), hasta intentos de totalizar la visión de un movimiento, a la manera honesta y literaria de Luis Cardoza y Aragón en *México pintura activa*, o según un riguroso propósito investigativo como resalta del libro de Ida Prampolini sobre el surrealismo en México, o de acuerdo a la intención expresa de relievar el trabajo de un grupo, como ha hecho Juan García Ponce con los artistas de la galería Juan Martín. Pero jamás estos artistas son noticia, en un país cada vez más habituado a que sólo el escándalo sea noticia. Esta situación conspira contra todo propósito de formación progresiva de un público con criterios de juicio, a la vez que desalienta a los creadores. Inventores solitarios como Ricardo Martínez se mantienen en el anonimato, e inventores tumultuosos como José Luis Cuevas salen a las planas de los periódicos por motivos extrapictóricos, jalonados por los episodios tragicómicos de un combate fatigante, estéril.

Durante el tiempo que estuve en México permanecieron abiertas al público, sin pena ni gloria, dos excelentes exposiciones; una de dibujos de Von Gunten, en la Galería Juan Martín, y otra de cajas y dibujos de Allan Glass, en las Pecanis. Von Gunten es un gran dibujante, que a una primera ojeada funciona dentro de los parámetros de línea entrecortada, afiebrada y belicosa del holandés-norteamericano De Kooning. Sin embargo, revisándolo con más atención se confirma que el dibujo no es, como para De Kooning, un prolegómeno de la pintura, sino una estructura coherente y autosuficiente, que afina sin cesar sus medios y defiende cuidadosamente sus elipses para expresarse con iguales dosis de economía e intensidad.

En la Pecanis, la muestra de Allan Glass, artista canadiense radicado en México, es de las más bellas exposiciones que pueden verse en medio de esa sucesión insoportable de ex-abruptos, actos gratuitos e improvisaciones sin talento que nacen y mueren en las galerías de todo el mundo. La caja es uno de los medios más seductores del arte moderno, no digo del arte actual, ya que el concepto de encerrar un mundo imaginario en un espacio desconectado con la realidad exterior —espacio que a su vez tiene la

firme voluntad de absorber al espectador hasta que acepte su arbitrariedad, su fantasía y sus relaciones internas— prevaleció en la extraordinaria obra de Schwitters y en la no menos extraordinaria del norteamericano Joseph Cornell. Pero en la actualidad la caja como medio ha sufrido el mismo proceso veloz de deterioro y degradación que los demás sistemas y ha pasado a ser un objeto más que engrosa un repertorio formal que sólo logra ser impresionante por la acumulación de la novedad. Yo me atrevería a rescatar a plena conciencia sólo el trabajo de tres cajistas, por cierto muy diferentes entre sí pero igualmente capaces de construir pequeños universos originales; la norteamericana Mary Bauermeister, el colombiano Bernardo Salcedo y Allan Glass. No obstante, a diferencia de la Bauermeister y de Salcedo, que han escogido una familia de elementos formales para construir su lenguaje (elementos transparentes y ajustes de relojería en el caso de Baurmeister; fragmentos de muñecos y objetos alineados dentro del blanco, en el caso de Salcedo), Allan Glass acepta un repertorio enorme e indiscriminado de cosas, que parecen simplemente alineadas o expuestas en el interior de las cajas y que sin embargo han sido dominadas por una extraña poesía inclemente, que no les deja ser lo que son, que las seduce y transforma hasta que se rinden a la común atmósfera de esa poesía. Se ve, hasta donde es posible seguir el paso del artista, que Glass acepta todas las libres asociaciones y todas las cosas ínfimas, aun cuando prevalezcan de pronto huevos, de pronto botones, difícilmente reconocibles al ser convertidos en piezas de su constante proyecto poético; también se ve una atención casi ansiosa hacia el color, diluido a ratos pero de repente imperioso y vibrante, sacudiendo el mundo fluido de los sueños. Pero analizar las cajas de Glass resulta, netamente, «contrariosensu». Si Glass propone algo, aparte del encantamiento indeclinable de ojo, es una descodificación poética de tal amplitud y variedad imaginativa, que sólo puede originar una literatura paralela, en la cual no quiero caer en modo alguno. Lo que sí me importa subrayar es la antítesis vertical entre dos concepciones estéticas que trabajan en profundidad, tal como los dibujos de Von Gunten y las cajas de Glass, frente al espectáculo circense organizado por Siqueiros que tantas gentes desprevenidas toman, todavía, por arte.

Marta Traba

Argentina: Represión y tortura

Después de los acontecimientos del pasado 10 de abril —muerte de Oberdan Sallustro, gerente de Fiat-Argentina, y ejecución del general Juan Carlos Sánchez por un comando del ERP y del FAR—, se ha producido un recrudecimiento de la represión gubernamental contra toda actividad considerada como subversiva. Una campaña de intimidación multiplica arbitrariamente las detenciones, torturas y desapariciones. Mientras el gobierno del general Lanusse organiza el Gran Acuerdo Nacional, un plan de conciliación política destinado a producir el pasaje de la dictadura militar a un gobierno parlamentario de representación controlada, que conserve las mismas estructuras de poder, organizaciones guerrilleras, sindicatos revolucionarios, grupos universitarios y clero tercermundista desarrollan en múltiples frentes una acción tendiente a promover un cambio radical, a desbarajustar la componenda oficial, a denunciar la explotación del pueblo, su empobrecimiento acelerado, el desquiciamiento económico y social del país, la perpetuación de la entrega al capital extranjero y a atacar a los causantes de la situación: el poder militar y financiero. El gobierno, con la complicidad de los partidos tradicionales, busca destruir estos focos de rebelión por todos los medios a su alcance. La policía federal y las policías provinciales han sido puestas bajo control militar. Emulando al brasileño, el ejército argentino ha organizado meticulosamente una fuerza represiva que incluye grupos paramilitares y parapoliciales; éstos actúan clandestinamente y gozan de impunidad judicial. El allanamiento, el secuestro, la tortura y el asesinato son prácticas cada vez más frecuentes. Las garantías constitucionales, las disposiciones del Código Penal, los recursos de habeas corpus cesan cuando se trata de detenidos políticos. Éstos, si no son eliminados antes de que su detención pase a conocimiento público, son puestos a la disposición del Poder Ejecutivo; ocultados, incomunicados, sujetos a toda clase de apremios y violencias, quedan en manos de organismos especialmente creados para la represión que gozan de fueros excepcionales y que pueden hasta decretar la pena de muerte, abolida por la constitución. Una legislación paralela, ilegal, de facto, otorga a las fuerzas armadas el control de las operaciones «antisubversivas» o «anticomunistas», el de las prisiones, barcos u otros sitios que sirven para la detención y tortura de inculpados por hechos terroristas o conexos. Mientras el gobierno proclama la normalización institucional, la tolerancia ideológica, el respeto a las libertades fundamentales, comete toda clase de violaciones contra los detenidos políticos.

Paradójicamente, el anuncio de elecciones con la participación de sectores peronistas, la promesa de restablecer la democracia constitucional y el hecho de haber incorporado al gobierno a ministros liberales, obligan al régimen argentino a permitir, a diferencia del brasileño, una relativa libertad de prensa. Desde hace por lo menos dos años, abundan en diarios y revistas testimonios sobre la crudeza de la represión y las torturas. Por otra parte se ha constituido en Buenos Aires el Foro por la Vigencia de los Derechos Humanos, que congrega un muy vasto espectro político; este Foro reúne y da a publicidad toda documentación probatoria de violencias, desde declaraciones directas de los torturados, peritajes médico-psiquiátricos, hasta fotocopias de legajos judiciales. La Comisión Internacional de Juristas con sede en Ginebra ha protestado ante el gobierno argentino por intimidaciones, vejámenes y encarcelamientos sufridos por abogados que defienden a los detenidos políticos. En Francia e Italia, el Comité de Defensa de los presos políticos argentinos, integrado por varios colaboradores de LIBRE, organiza una campaña de información, asistencia jurídica y ayuda material. La lista publicada en el último boletín de CODEPPA incluye los nombres de más de seiscientos presos políticos, detenidos en cárceles de todo el país; entre ellos, hay ochenta y uno cuyo paradero se ignora.

La progresión de la violencia represiva aumenta. Esta represión se ejerce a través de múltiples recursos. Por un lado, la matanza en manifestaciones populares por supuestos encuentros armados con fuerzas militares o policiales. En los recientes levantamientos populares de Mendoza para protestar contra el abusivo aumento de las tarifas eléctricas, mataron a cuatro manifestantes e hirieron a una cincuentena; hubo además más de quinientas detenciones. Otro medio represivo es el asesinato a personas secuestradas por organismos de seguridad del estado. Desde diciembre del 70 han matado

a Néstor Martins, Nilo Zenteno, Marcelo Verd, Sara Palacio de Verd, Juan Pablo Maestre, Mirta Misetich de Maestre y Luis Enrique Pujals. Eduardo Pablo Monti y Juan Lachowsky, dos obreros, murieron por abuso de torturas. En ambos casos, los médicos forenses dictaminaron deceso por causas patológicas y no traumáticas.

En cuanto a las torturas, las comprobaciones son escalofriantes. Tortura psicológica mediante toda clase de recursos de intimidación: amenaza de muerte, de represalias a familiares, simulacros de ejecución, presenciar las torturas al cónyuge, encierro en celdas completamente oscuras, interrogatorios sorpresivos, etc. Existen todas las variantes, todas las gradaciones, desde la tortura bárbara, manual, artesanal, a golpes, hasta la tortura metódica, científica, bajo control médico, con aparatos especiales y recursos farmacológicos. Un aparato de procedencia estadounidense se instala en la boca abierta de la víctima y lanza con espantosa fuerza una pelota de plástico (declaración de Guillermo Oscar Garamona, diario La Opinión del 12-1-72). He aquí el testimonio de Elena Codán, difundido por el Foro de Buenos Aires:

Soy Elena Codán, fui detenida el 1.° de abril e incomunicada. En DIPA fui torturada. Se me desnudó totalmente, fui atada fuertemente con los piernas y brazos estirados al máximo y totalmente separados. Con los ojos vendados y mientras se me picaneba en los genitales, planta de los pies, axilas vientre, esas preguntas que se me hacían iban acompañadas de golpes en la cabeza. Si al preguntar algo yo me quejaba, me pasaban la picana por las encías y dientes. Al cabo de una hora me transportaron a una celda donde me dejaron tirada en el suelo sobre diarios. A las dos horas me volvieron a llevar a la cámara de tortura donde se repitió la sesión anterior pero por cinco horas. Al cabo de las mismas, quedé con las piernas y brazos paralizados, el vientre cubierto de llagas con pus, estuve en esas condiciones por cuatro días. Durante las noches me amenazaban constantemente o me dejaban escuchar los gritos de los otros detenidos que estaban siendo torturados. Al quinto día me volvieron a llevar. Fui nuevamente torturada, uno de los torturadores me lamía el pecho entre jadeos, se me picaneaba varias partes del cuerpo simultáneamente, tenía abundantes pérdidas de flujo a consecuencia de la aplicación de la picana en la vagina, me violaron y me decían que me iban a «reventar», que tenía media matriz afuera. Perdí el conocimiento..., volví a ser picaneada, golpeada, amenazada; entre otras amenazas me decían que me iban a colocar un aparato mediante el cual me iban a picanear la matriz. Volví a desvanecerme, cuando recobré el sentido estaba nuevamente en la celda con fiebre y deliraba. Luego me comunicaron que el resto de las detenidas habían sido trasladadas y que lo iban a hacer conmigo y que me fusilarían. Me era imposible caminar para llegar al celular que me trajo a Devoto, me arrastraron.

Transcribimos otro testimonio que prueba la práctica de la tortura tecnificada. Dice Mirta Cortese de All, detenida el 1.° de julio en Rosario:

Recurrieron a otros métodos desconocidos. Me colocaron cables en los ojos cubiertos por papel y alrededor de la cabeza otros cables que me oprimían el cráneo fuertemente. Estos cables me quemaban, sintiendo un dolor muy agudo. Mi cuerpo iba resistiendo cada vez menos; tuve hemorragias por efectos de los golpes y de la picana. Cuando desfallecía, recurrían a las drogas puestas en cigarrillos, ampollas, algodones y pastillas que me reanimaban para seguir aguantando este tipo de interrogatorio. Pasaban por mi piel un disco pequeño que irradiaba calor, produciéndome quemaduras en algunas partes. En otras sesiones me aplicaban los rayos infrarrojos que me produjeron dos grandes quemaduras en la zona glútea. (La Opinión, 12-1-72).

Los abusos, los apremios ilegales no se reducen a la tortura directa. Ella se practica indirectamente a través de pésimas condiciones de encarcelamiento: incomunicación, dietas de hambre, encierro total, insalubridad, prohibición de

asistencia jurídica, traslados sin autorización judicial. Once abogados han sido encarcelados por intentar la defensa de los presos políticos y otros han sufrido allanamientos de sus domicilios.

La libertad de prensa, la posibildad de denuncia tiene un límite que el gobierno no permite franquear. He aquí una cronología que ilustra una censura violenta. En junio de 1969, el periodista Emilio Jáuregui, militante del sindicato de la prensa, fue asesinado en plena calle de Buenos Aires. En diciembre de 1971, Casiana Ahumada, directora de la revista Cristianismo y Revolución fue encarcelada y la revista clausurada. En marzo de 1972, el periodista Ignacio Ikonicoff fue detenido y torturado (V. documentación publicada por el Foro de Buenos Aires por la Vigencia de los Derechos Humanos). En abril, el periodista Eduardo Horacio Jozami fue secuestrado, maltratado y liberado gracias a un vasto movimiento de protesta y a la oportuna intervención de la Asociación Sindical de Abogados de Buenos Aires. En mayo último, el Dr. Silvio Frondizi fue víctima de un atentado; una bomba de grueso calibre destruyó el local de su revista Nuevo Hombre; inmediatamente después la revista fue decomisada. La libertad de prensa es atribuida sólo a ciertos sectores políticos, y dentro de márgenes celosamente controlados.

El último hecho ilustrativo de la represión en todos los sectores críticos de la vida nacional es la clausura de uno de los sindicatos más politizados, más activos, más radicales: CITRAC-SITRAM de Córdoba, que congrega a los trabajadores de las fábricas FIAT. El régimen elimina violentamente toda verdadera amenaza de cambio.

Cuba: Política cultural

Reseña de una conferencia de prensa

B.D.I.C

Frente al auditorio están Juan Marinello, embajador cubano ante la UNESCO, José Antonio Portuondo, profesor universitario y vice-presidente de la UNEAC (Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba), Cintio Vitier, poeta, co-director de la Sala Martí en la Biblioteca Nacional de La Habana, Guillermo Castañeda, redactor de *El Caimán Barbudo*. Todos ellos han participado en el coloquio sobre José Martí organizado por la Universidad de Burdeos. La Asociación «France-Cuba» aprovecha de su presencia en París para realizar esta conferencia de prensa sobre el siempre candente tema de la política cultural cubana. Se inicia con una introducción de Portuondo; su objetivo es reseñar los lineamientos generales de la cuestión y suscitar preguntas.

Portuondo señala como textos básicos que orientan la práctica cultural cubana: los escritos de José Martí, sobre todo *Nuestra América*, el discurso de Fidel Castro de 1961, titulado luego *Palabras a los intelectuales* [1], y *El socialismo y el hombre en Cuba* de Ernesto Che Guevara. El lema acuñado por Fidel —«Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada»—, sintetiza básicamente la posición del gobierno cubano, establece el margen de libertad permitida. Este axioma no debe interpretarse ni capciosa ni mezquinamente; no se lo puede desgajar del contexto en que se aplica y que le confiere su apropiada significación. Portuondo condena el neocolonialismo cultural, la desnaturalización de los intelectuales epidérmicamente sujetos a las modas y a la aprobación de las metrópolis culturales: París, Nueva York, Roma, Londres. Esto no quiere decir que la Revolución dé la espalda a la cultura universal. Como lo propuso Martí, se trata de injertar lo universal en un tronco que nunca debe dejar de ser nacional. La revolución, según Portuondo, necesita ante todo poner el acento en lo auténticamente nacional, bregar por la independencia en todos los órdenes, incluido el cultural. La amplitud, la receptividad de la Revolución se puede medir por la diversidad de autores editados en Cuba, el vasto repertorio de sus grupos teatrales, de sus conjuntos musicales (incluso existe en La Habana un laboratorio de música expermiental), la multiplicidad de tendencias que coexisten en todas las actividades artísticas.

El problema cultural comprende todos los niveles; en Cuba no puede separarse de la campaña de alfabetización, cuyo propósito fue llevar los bienes de cultura a toda la población y sentar las bases de una cultura revolucionaria. La isla entera se convirtió en una gran escuela. Este esfuerzo nacional aportó una nueva experiencia que exigió el reajuste de la política educacional del país. Para ello se convoca el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, preparado desde las bases, a través de múltiples reuniones regionales para que adquiera el máximo de representatividad. Allí se elaboran las disposiciones que guiarán la futura actividad educativa y cultural. Se analiza allí también el problema de los intelectuales extranjeros que tomaron ingerencia en los asuntos internos de la Revolución [2]. El Congreso hizo el balance de lo realizado en este campo. Los resultados son positivos: por un lado la creación y multiplicación de escuelas en todos los grados de enseñanza; por otra parte, los éxitos culturales obtenidos por escritores y artistas cubanos en el ámbito internacional.

Después del proemio de Portuondo, se da lugar al interrogatorio. Las preguntas formuladas tienden sobre todo a tornar más explícitos los márgenes de libertad consenti-

1. En este discurso, Fidel Castro definió así la actitud de la Revolución: «Que cada cual escriba lo que quiera, y si lo que escribe no sirve, allá él. Si lo que pinta no sirve, allá él. Nosotros no le prohibimos a nadie que escriba sobre el tema que prefiera. Al contrario. Y que cada cual exprese en la forma que estime pertinente y que exprese libremente la idea que desee expresar. Nosotros apreciaremos siempre su creación a través del prisma revolucionario. Este también es un derecho del Gobierno Revolucionario, tan respetable como el derecho de cada cual a expresar lo que quiera expresar.»

2. Al respecto, la alusión de José Antonio Portuondo es neutra y escueta. Contrasta con la virulencia con que tanto el congreso como Fidel Castro, en su discurso de clausura, se refirieron a los intelectuales extranjeros, sobre todo a los latinoamericanos en el exilio.

da por el gobierno cubano. Se pregunta qué se entiende por literatura contra-revolucionaria; si algunas tendencias, como el arte abstracto (evidente alusión al compulsivo realismo soviético), son censuradas; cuáles son las críticas admitidas y cuáles las condenadas; cuál es la situación del artista, su estatuto; si todo arte debe ponerse incondicionalmente al servicio de la Revolución; cuáles son las relaciones entre artista y público; si ha habido, junto con el desarrollo de la conciencia crítica, un desarrollo del ensayo como género literario.

Según las respuestas, formuladas de manera franca y directa, la Revolución no privilegia ninguna forma artística, no pretende imponer recetas en cuanto a la utilización de los medios expresivos. No hay una estética oficial, considerada como dogma imperativo. Antonio Portocarrero, uno de los mejores pintores cubanos, ha ejecutado frescos abstractos en edificios públicos. Nadie le pide que pinte tractores o alegorías patrióticas. Nadie exige a Alicia Alonso que baile *Giselle* en traje de miliciana. La expresión de la Revolución está por encontrarse. A los artistas les corresponde hallarla, pero éste es un proceso que no se puede forzar sin peligro de distorsión. Actualmente se lleva a cabo un esfuerzo de integración de todas las formas artísticas, de todos los estilos. Esta pluralidad estilística, esta coexistencia y fusión de múltiples recursos formales es sobre todo notoria en el cine cubano actual, el arte de más vasto alcance en cuanto a público y el que ha logrado mayor adecuación al contexto cubano, sin mengua de su calidad estética. Lo mismo puede decirse del afiche cubano, formalmente avanzado y muy popular.

Hay que absorber las formas artísticas de legítima novedad, que constituyen un factor de elevación cultural, social, y asimilarlas a lo que es propia y profundamente nacional. La Revolución no reclama un arte exclusivamente militante sino, ante todo, expresiones de alto nivel artístico.

En cuanto a los criterios de evaluación de lo contra-revolucionario, se deduce, según las declaraciones expresadas en esta conferencia, que son empíricos (y por ende, no dogmáticos), basados en los hechos, en la coyuntura y en la experiencia. Cintio Vitier señala que el apoyo a la Revolución no se expresa sólo temáticamente, que no sólo juegan factores ideológicos sino también la sensibilidad revolucionaria, infalible para detectar lo antirrevolucionario. Toda crítica que constituye una valoración de la Revolución no es contra-revolucionaria, lo es si niega la Revolución o si explícita o solapadamente pretende restaurar el capitalismo. Las disidencias o desviaciones dentro de la Revolución están en discusión, no son objeto de prohibición previa.

En Cuba pueden encontrarse diversas manifestaciones críticas. El premio de novela en el concurso Casa de las Américas de 1971 —*La última mujer y el próximo combate* de Manuel Cofiño López— presenta la desorganización de una granja colectiva. El cineasta Tomás Gutiérrez Alea muestra en sus filmes una aguda crítica contra el exceso de burocracia en un socialismo naciente. La UNEAC es un foro donde tiene lugar una crítica permanente sobre los problemas cubanos.

Inevitable es la referencia al caso Padilla, motivo de conflicto entre el gobierno cubano y un grupo importante de intelectuales extranjeros. José Antonio Portuondo aclara que se trata de un fenómeno aislado (atípico). Hay que distinguir dos etapas, sin confundirlas: la primera corresponde al premio que otorga a *Fueral del juego* un jurado internacional, por considerarlo, entre los libros propuestos, el más valioso estéticamente. La dirección de la UNEAC, no conforme con el contenido, lo publica precedido de un prólogo aclaratorio de su disidencia. La segunta etapa nada tiene que ver con la literatura. Heberto Padilla es encarcelado por haber pasado información a los enemigos de la Revolución. El escritor no goza en Cuba de fueros especiales ante la justicia. Lo mismo se hubiera hecho si el acusado fuese ingeniero, cañero o lustrabotas. Confrontado con las pruebas durante un mes y una semana de prisión, se descubre que la información de que Padilla disponía carece de valor. Sus informes fueron imprecisos y fantaseosos. En la cárcel no sufre apremios físicos. Luego, liberado, pide hacer su autocrítica en sesión pública de la UNEAC. Esta sesión es presidida justamente por Portuondo, quien considera la confesión de Padilla indudablemente sincera, como fueron sinceros sus errores. Padilla recupera su traba-

jo precedente de traductor del Instituto Nacional del Libro.

Cuba ha sido en la época prerrevolucionaria uno de los países más penetrados por la influencia extranjera. Se le planteó con especial primacía el problema del imperialismo, también en el orden cultural. La penetración imperialista ya había sido denunciada por los primeros ideólogos del americanismo: José Martí, José Enrique Rodó, Pedro Enríquez Ureña y José Carlos Mariátegui. Pero no se deben hacer exclusiones indiscriminadas. Hay que saber diferenciar amigos de enemigos. Se admira, por ejemplo, a Hemingway; su casa cubana ha sido convertida en museo; su influencia es notoria en varios narradores cubanos. Se procura estar al corriente de todo cuanto se hace en Estados Unidos; pero se prohibe la difusión de historietas, series televisivas, literatura pornográfica y de todas aquellas manifestaciones que constituyen una propaganda del «american way of life». Contrarrestar las influencias nocivas, no es sólo cuestión de vigilancia y de denuncia. El más eficaz antídoto es compenetrarse de los mejores valores nacionales.

No se puede hacer mucho en tiempo tan breve. No se puede crear rápidamente un nuevo escritor, un nuevo poeta. La mayor parte de los descollantes se formaron antes de la Revolución. Es más fácil convertir a un campesino en revolucionario dándole la propiedad de la tierra que trabaja.

Se intenta no sólo elevar el nivel de la producción cultural, sino también hacer extensible a todo el pueblo. Los poetas van a los centros de trabajo a leer y discutir su obra. Se han creado talleres artísticos y talleres literarios regionales. Se organizan movimientos de aficionados para interesarlos por un arte más elevado que el que transcurre «en el nivel de la cintura» (o sea la rumba). Pero lo más interesante en la Cuba de hoy es el proceso total, la ebullición, el estado febril de germinación en todos los estratos, en todos los ámbitos.

Tales son las declaraciones que los cubanos formularon en su conferencia de prensa. He procurado transmitirlas con las mínimas exclusiones o deformaciones. Concluyo que puede considerarse a esta delegación, dada su relevancia, como portavoz calificado del gobierno de Cuba. Ateniéndose a estos testimonios, lo expuesto indica que no se han producido variantes fundamentales de la política cultural cubana, en relación con las directivas impartidas en los inicios de la Revolución; que existe por parte del gobierno de Cuba, a través de estos autorizados representantes, la voluntad de asegurar un considerable margen de libertad de expresión; la voluntad de disipar malentendidos o resquemores que pudiesen haberse producido en el extranjero por información insuficiente o distorsionada; el deseo de provocar un deshielo después de la tensión ocasionada por el caso Padilla. Creo que debemos considerar lo expresado en esta conferencia como constancia y compromiso de la Revolución cubana para con sus intelectuales y artistas. Queda por esclarecer la relación con los latinoamericanos en el exilio, problema no suscitado ni dirimido en la conferencia. Hago votos por el total restablecmiento de un diálogo mutuamente respetuoso, por el pasaje de la invectiva al análisis, del enervamiento a la crítica constructiva, coincidente en los principos y tolerante con respecto a las posibles divergencias en las prácticas.

Saúl Yurkievich

Ya está a la venta

la traducción a la lengua castellana
del principe de los literatos
del Extremo Oriente,



CHUANG-TZU

La Paz y la calma taoísta
en la alta quietud del gran Tao...

Monte Avila Editores **Bs.20**
Apartado Postal 70712, Caracas, 107
Favor enviarme contra reembolso
CHUANG–TZU
Nombre .....
Dirección .....
.....

MONTE AVILA
1972 AÑO INTERNACIONAL DEL LIBRO

YA ESTA A LA VENTA

de un DUVALIER a otro

de LESLIE MANIGAT



el itinerario de un fascismo del subdesarrollo

Monte Avila Editores
Apartado Postal 70712, Caracas, 107
Favor enviarme contra reembolso **Bs.8**
DE UN DUVALIER A OTRO
Nombre .....
Dirección .....
.....

MONTE AVILA
1972 AÑO INTERNACIONAL DEL LIBRO

Sumario

B.D.I.C

3 Entrevista con Jean Paul Sartre.
12 *Alfredo Bryce Echenique*
Muerte de Sevilla en Madrid
32 *Fernando del Paso*
Esta casa de enfermos
46 *Salvador Garmendia*
El mocho, mata-hambre y los resucitados. Don Pancho el pájaro.
51 *Luis Loayza*
Aproximaciones a Garcilaso
58 *Juan Bosch*
El caso de los Panteras Negras, una lección de sociología política.
63 *Masud R. Khan*
Pornografía: Política de subversión y rabia.
69 *Ricardo Muñoz Suay*
Experiencias marginales de un hombre oculto.
72 *Tulio Bayer*
Memorias de la cárcel.
79 Debate: La liberación de la mujer.
80 Respuesta de Rosana Rossanda.
83 Respuesta de Susan Sontag.
102 Respuesta de Marta Lynch.
105 Respuesta de Françoise Giroud.
107 Respuesta de Blanca Varela.
109 Respuesta de Jean Franco
113 *Pere Gimferrer*
Luz de otoño.
114 Notas de lectura.
115 Palabras de la tribu, de José Angel Valente
por *Saúl Yurkievich.*
117 La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada, de Gabriel García Márquez
por *Ricardo Cano Gaviria.*
121 Cobra, de Severo Sarduy
por *Héctor Bianchotti.*
124 Leitmotiv, de J. Leyva
por *Ricardo Cano Gaviria.*
127 *Carlos Meneses*
Oquendo de Amat, del sueño a la realidad.
134 *Marta Traba*
México: la venganza de la Coatlicue.
137 Documentos: Argentina, represión y tortura.
140 Cuba: política cultural.

Libre
Revista crítica trimestral
para el mundo de habla española.
Oficina de Información:
26, rue de Bièvre, Paris 5e, tel. 325.26.45
Sede social: Domaine de Sien, Echandens, Vaud, Suiza.
Suscripciones y pedidos
Países de América Latina:
26, rue de Bièvre, Paris 5e.
Otros países:
Editions du Seuil, 27, rue Jacob, Paris 6e, tel. 326.84.70, por giro postal C.C.P. 3-042-04 Paris, por cheque bancario, o por mandat lettre.
Valor del número: 18 francos.
Suscripciones para cuatro números: 70 francos.
Distribuidores en América Latina.
Argentina Librería Galerna, Tucumán 1 425, Buenos Aires.
Bolivia Editorial Difusión, Mariscal Santa Cruz 1 224, La Paz.
Colombia Librería Nacional, Carrera 5a nº 11-50, Cali.
Ecuador RAID de Publicaciones, Casilla nº 3 853, Quito.
Guatemala Librería Universal, 13, calle 4-16, zona 1, Guatemala.
México Editorial Oasis, Oaxaca 28, México 7, D. F.
Paraguay Estudio 70, Presidente Franco 670, Asunción.
Perú Norma Angles, General Cordova 1 766, Lince, Lima.
Puerto Rico Librería La Tertulia, Amalia Marín esq. av. González, Río Piedras.
República Dominicana Librería Paz y Alegría, Apartado 341, Santo Domingo.
Uruguay Editorial Alfa, Ciudadela 1 389, Montevideo.
Venezuela Distribuidora Latinoamericana de Ediciones, C. A., Apartado 50 304, calle San Antonio, Sabana Grande, Caracas.
Pagos por concepto de distribución y publicidad deben hacerse por giro o cheque al Banque Crédit Suisse, Ginebra, para abonar en la cuenta nº 225 093 de Editions Libres, S. A.

Advertencia
Salvo mención contraria, los materiales publicados en Libre son inéditos en español. Se prohibe su reproducción total o parcial sin autorización previa. Todas las colaboraciones deben ser dirigidas a la oficina de información, 26, rue de Bièvre, Paris 5e. La revista no se hace responsable de manuscritos no solicitados. Las opiniones expresadas en los textos firmados sólo comprometen al autor.

Impreso por EMEGE, Enrique Granados, 91 y Londres, 98 Barcelona
Depósito legal: B-46.602-1972

B.D.I.C

José Donoso



L'OBSCÈNE OISEAU DE LA NUIT

"Une des œuvres romanesques les plus originales et aussi les plus troublantes de la littérature latino-américaine actuelle" **C. FELL - LE MONDE**

Traduit par Didier Coste. Un volume 448 pages 36 F

José Lezama Lima



PARADISO

"Ce livre fera son lent et délicieux chemin au cœur de ceux pour qui la littérature est un voyage" **J. CORTAZAR - LE MONDE**

Traduit par Didier Coste. Un volume 576 pages 45 F

Gabriel Garcia Marquez



CENT ANS DE SOLITUDE

"Un livre inoubliable" **C. COUFFON - LE MONDE**

Traduit par Claude et Carmen Durand. Un volume 392 pages 29 F

Severo Sarduy



COBRA

"Il suffit de lire une ligne, quelques mots assemblés par Sarduy, pour l'identifier. Sa langue est une des plus belles qui soient aujourd'hui"
H. BIANCIOTTI - LA QUINZAINE LITTERAIRE

Traduit par Philippe Sollers. Un volume 176 pages 21 F

Seuil

Oficina de Información en Francia
26, rue de Bièvre, París (5e)